MALAZ: EL LIBRO DE LOS CAÍDOS



STEVEN ERIKSON

LA TEMPESTAD DEL SEGADOR

En el imperio letherii reina el desconcierto. El emperador Rhulad Sengar se precipita a la locura mientras el Errante, en otro tiempo un dios clarividente, parece ahora incapaz de ver el futuro. Además, los corrompidos cortesanos a los que escucha el emperador parecen empeñados en librar una guerra total contra los vecinos del imperio.

Por otra parte, la flota edur se acerca cada vez más. Entre sus guerreros están Karsa Orlong e Icarium Robavida, y su mera presencia significa que va a correr la sangre.

Pero una pequeña banda de fugitivos busca una salida. Entre ellos hay uno, Temor Sengar, que va tras el alma de Scabandari Ojodesangre, pues juntos quizá podrían detener a los tiste edur y salvar al emperador, su hermano. Sin embargo, Silchas Ruina, hermano de Anomander Rake, también viaja con ellos. Lleva las cicatrices provocadas por las hojas de Scabandari y busca venganza. Habrá un ajuste de cuentas… y será a una escala inimaginable.

Lectulandia

Steven Erikson



La tempestad del Segador

Malaz: El libro de los caídos - 7

ePub r1.0

Maki 18.11.14

Título original: *Reaper’s Gale*
Steven Erikson, 2007
Traducción: Marta García Martínez
Diseño de cubierta: Steve Stone

Editor digital: Maki
ePub base r1.2

A Glen Cook

Agradecimientos

Debo dar las gracias a los lectores de mis primeros borradores: Rick, Chris, Mark, Bill, Hazel y Bowen. Gracias también a la gente del Black Stilt Cafe, Ambiente Cafe y Cafe Teatro en Victoria por la mesa, los cafés y los enchufes. Y por todo ese apoyo que me mantiene a flote, gracias a Clare, Simon de Transworld, Howard y Patrick, la espeluznante peña de *malazanempire.com*, David y Anne, Peter y Nicky Crowther.

EL IMPERIO DE LETHER

y sus vecinos...





N
ANDES ROSAZUL
Exterior
MAR ROSAZUL
Jasp
LEKESTER
Rosazul
DRENE
Kurash
Perlas
Pesebre
Endereza
Aceitunado
Deshaucio
LEZNA DAN
KRYN
AK'RYN
Reino Saphinang
Corredor Ak'ryn
Reino de Bolkando
D'RHASHILHANI
Krass



DRAMATIS PERSONAE

LOS LETHERII

Tehol Beddict, vecino indigente.
Bicho, sirviente de Tehol.
Shurq Elalle, pirata vagabunda.
Skorgen Kaban, primer oficial de Shurq.
Ublaba Pung, mestizo tarthenal sin oficio.
Ormly, miembro del gremio de los Cazarratas.
Rucket, investigadora jefe del gremio de los Cazarratas.
Karos Invictad, centinela de los patriotas.
Tanal Yathvanar, ayudante personal de Karos.
Rautos Hivanar, maese de la Consigna Libertad de Mercaderes.
Venitt Sathad, principal agente de campo de Rautos.
Triban Gnol, canciller del Nuevo Imperio.
Nisall, primera concubina del rey.
Janall, emperatriz depuesta.
Turudal Brizard, antiguo consorte.
Janath Anar, prisionera política.
Sirryn Kanar, guardia de palacio.
Brullyg (Temblor), gobernante simbólico del Segundo Fuerte de la Doncella.
Yedan Derryg, la guardia.

Orbyn (Buscaverdad), comandante de sección de los patriotas.
Letur Anict, comisionado en Drene.
Bivatt, atri-preda del Ejército Oriental.
Bruja de la Pluma, esclava letherii de Uruth.

LOS TISTE EDUR

Rhulad, gobernante del Nuevo Imperio.
Hannan Mosag, ceda imperial.
Tomad Sengar, padre del emperador.
Uruth, madre del emperador y esposa de Tomad Sengar.
Bruthen Trana, edur en palacio.
Brohl Handar, supervisor del Este en Drene.
K'risnan, hechiceros del emperador.

LLEGAN CON LA FLOTA EDUR

Yan Tovis (Crepúsculo), atri-preda del ejército letherii.
Varat Taun, su teniente.
Taralack Veed, agente gral de los sin nombre.
Icarium, arma de Taralack.
Hanradi Khalag, hechicero de los tiste edur.
Samar Dev, erudita y bruja de Siete Ciudades.
Karsa Orlong, guerrero toblakai.
Taxiliano, intérprete

LOS LEZNA'DAN

Mascararroja, exiliado que ha regresado.
Masarch, guerrero del clan Renfayar.

Hadralt, caudillo del clan Ganetok.
Sag’Churok, guardaespaldas de Mascararroja.
Gunth Mach, guardaespaldas de Mascararroja.
Torrente, cara de cobre.
Natarkas, cara de cobre.

LOS PERSEGUIDOS

Seren Pedac, corifeo letherii.
Temor Sengar, tiste edur.
Tetera, huérfana letherii.
Udinaas, esclavo fugado letherii.
Marchito, espectro de Sombra.
Silchas Ruina, ascendiente tiste andii.

EL REFUGIO

Ulshun Pral, imass.
Rud Elalle, huérfano adoptado.
Hostil Rator, t’lan imass.
Til’aras Benok, t’lan imass.
Gr’istanas Ish’ilm, t’lan imass

LOS MALAZANOS

Cazahuesos

Tavore Paran, comandante de los Cazahuesos.
Lostara Yil, segunda de Tavore.
Keneb, puño de los Cazahuesos.
Blistig, puño de los Cazahuesos.

Faradan Sort, capitán.
Madan'tul Rada, teniente de Faradan Sort.
Larva, hijo adoptado de Keneb.
Pico, mago, segundo de la capitán Faradan Sort.

Octava Legión, Novena Compañía

Cuarto pelotón
Violín, sargento.
Chapapote, cabo.
Koryk, mestizo seti, marine.
Sonrisas, kanesiana, marine.
Sepia, zapador.
Botella, mago del cuadro.
Corabb Bhilan Thenu'alas, soldado.

Quinto pelotón
Gesler, sargento.
Tormenta, cabo.
Arenas, marine.
Narizcorta, infantería pesada.
Destello de Ingenio, infantería pesada.
Uru Hela, infantería pesada.
Cachipolla, infantería pesada.

Séptimo pelotón
Cordón, sargento.
Casco, cabo.
Cojo, marine.
Ebron, mago del pelotón.
Bollito (Jambadar Tronco), zapador.
Peccado, maga.

Octavo pelotón
Hellian, sargento.

Pejiguero, cabo primero.
Sinaliento, cabo segundo.
Balgrid, mago de pelotón.
Tavos Estanque, marine.
Quizás, zapador.
Laúdes, sanador del pelotón.

Noveno pelotón
Bálsamo, sargento.
Olor a Muerto, cabo.
Rebanagaznates, marine.
Galt, marine.
Lóbulo, marine.
Jarretesgrandes, mago del pelotón.

Decimosegundo pelotón
Thom Tissy, sargento.
Tulipán, cabo.
Rampa, infantería pesada.
Jibb, infantería media.
Chorrogaviota, infantería media.
Tirabarro, infantería media.
Bellig Harn, infantería pesada.

Decimotercer pelotón
Urb, sargento.
Reem, cabo.
Masan Gilani, marine.
Tazón, infantería pesada.
Hanno, infantería pesada.
Lametazo de Sal, infantería pesada.
Escaso, infantería pesada.

Octava Legión, Tercera Compañía

Cuarto pelotón
Pravalak Borde, cabo.
Miel, zapador.
Correa Ponche, zapador.
Bajío, infantería pesada.
Miratrás, infantería pesada.

Quinto pelotón
Badan Gruk, sargento.
Fruncida, marine.
Roce, marine.
Nep Surco, mago.
Reliko, infantería pesada.
Inmenso Vacío, infantería pesada.

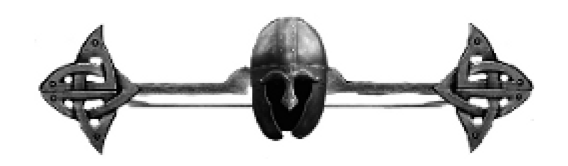
Décimo pelotón
Remilgo, sargento.
Caza, cabo.
Mulvan Pavor, mago.
Neller, zapador.
Muertecalavera, marine.
Sacaprimero, infantería pesada.

OTROS

Banaschar, el último sacerdote de D’rek.
Asimismo, fabricante de espadas meckros.
Sandalath Drukorlat, tiste andii, esposa de Asimismo.
Nimander Golit, tiste andii, descendiente de Anomander Rake.
Phaed, tiste andii, descendiente de Anomander Rake.
Cuajo, esqueleto de reptil poseído.

Telorast, esqueleto de reptil poseído.
Onrack, t'lan imass, no vinculado.
Trull Sengar, renegado tiste edur.
Ben Adaephon Delat, mago.
Menandore, soletaken (hermana de Amanecer).
Sheltatha Sabiduría, soletaken (hermana de Atardecer).
Sukul Ankhadu, soletaken (hermana Moteada).
Kilmandaros, diosa ancestral.
Clip, tiste andii.
Cotillion, la Cuerda, dios patrón de los asesinos.
Emroth, t'lan imass rota.
Seto, fantasma.
El viejo Joroba Arbat, tartheno.
Sucinta, antigua presa.
Brevedad, antigua presa.
Tirón, bruja temblor.
Skwish, bruja temblor.

Prólogo



La senda ancestral de Kurald Emurlahn
La era de la Partición

En un paisaje desgarrado por el dolor, los cadáveres de seis dragones yacían repartidos por una fila desigual que cubría mil pasos o más de la llanura; la carne desgarrada, los huesos rotos sobresaliendo, las mandíbulas abiertas y los ojos secos y quebradizos. Allí donde la sangre se había derramado por el suelo, los espectros se habían reunido como moscas para chuparla y habían quedado atrapados; los fantasmas se retorcían y exhalaban gritos huecos de desesperación a medida que la sangre se oscurecía y se fundía con el suelo inerte; y cuando al fin la sustancia se endureció y convirtió en piedra vítrea, esos fantasmas quedaron condenados a un encierro eterno en esa prisión tenebrosa.

La criatura desnuda que atravesaba el agreste sendero formado por los dragones caídos podía rivalizar en masa con éstos, pero estaba atada a la tierra y caminaba sobre dos piernas arqueadas, los muslos gruesos como árboles

milenarios. La anchura de los hombros igualaba la altura de un tartheno toblakai; desde un cuello grueso oculto bajo una melena de cabello negro brillante, la parte frontal de la cabeza era sobresaliente, frente, pómulos y mandíbula, y los ojos hundidos revelaban unas pupilas negras rodeadas por un blanco opalescente. Los brazos formidables eran de una largura desproporcionada, las manos enormes casi arañaban el suelo. Los pechos le colgaban, grandes y pálidos. Fue pasando sin prisa junto a los cadáveres magullados y medio podridos; el movimiento de su paso era de una fluidez extraña, en absoluto pesado, y cada miembro se revelaba como dueño de articulaciones extra. La piel, del tono del hueso blanqueado por el sol, se oscurecía hasta un rojo venoso en los extremos de los brazos de la criatura; varios cardenales rodeaban los nudillos, un encaje de carne agrietada que exponía el hueso aquí y allá. Las manos habían sufrido daños, el resultado de asestar golpes demoledores.

La criatura se detuvo, levantó la cabeza y observó tres dragones que surcaban el aire en las alturas, entre las nubes enturbiadas, aparecían y desaparecían entre el humo del reino moribundo.

Las manos de la criatura terrestre se crisparon y un gruñido bajo surgió de las profundidades de su garganta.

Tras un largo momento, reanudó su viaje.

Más allá del último de los dragones muertos, en un lugar donde se alzaba una cordillera de colinas, la más grande de éstas se abría como si una garra gigante hubiera arrancado el corazón del cerro y en esa grieta rugía un desgarro, un roto en el espacio por el que se desangraba el poder en chorros nacarados. La maldad de esa energía era evidente por el modo en que devoraba los lados de la fisura, royendo como ácido las rocas y los peñascos del antiguo margen.

El desgarro no tardaría en cerrarse y el último que lo había atravesado había intentado sanar la puerta tras él. Pero una sanación así no podía hacerse con prisas y esa herida volvió a sangrar.

Sin hacer caso de la virulencia que se derramaba por el desgarro, la criatura se acercó poco a poco. En el umbral hizo una nueva pausa y se volvió para mirar el camino por el que había llegado.

Sangre dracónica que se endurecía y convertía en piedra, láminas horizontales de esa sustancia que ya comenzaba a separarse de la tierra circundante para alzarse en un borde que formaba muros extraños, desarticulados. Algunos de los cuales empezaron entonces a hundirse, a desvanecerse de ese reino. Atravesaron un mundo tras otro. Para reaparecer al fin, sólidos e impermeables, en otros reinos, dependiendo de la orientación de la sangre, y ésas eran leyes que no se podían desafiar. Starvald Demelain, la sangre de dragones y la muerte de la sangre.

A lo lejos, tras la criatura, Kurald Emurlahn, el reino de Sombra, el primer reino nacido de la unión de Oscuridad y Luz, convulso en su agonía. A mucha distancia de allí todavía se libraban guerras civiles, mientras que en otras zonas la fragmentación ya había empezado, secciones inmensas del tejido arrancadas de ese mundo, desconectadas, perdidas y abandonadas para… o bien curarse solas, o morir. Con todo, todavía llegaban intrusos, como carroñeros reunidos alrededor de un leviatán caído, arrancando con impaciencia sus propios trozos del reino para su uso privado. Destruyéndose unos a otros en fieras batallas por los restos.

No había imaginado, nadie podía haber imaginado, que un reino entero podía morir así. Que los actos despiadados de sus habitantes podían destruir… todo. Los mundos continúan viviendo, había sido la creencia, la suposición,

hicieran lo que hicieran los que moraban sobre ellos. La carne desgarrada sana, el cielo se despeja, y algo nuevo sale reptando de la mugre salobre.

Pero no esa vez.

Demasiados poderes, demasiadas traiciones, crímenes demasiado inmensos que todo lo consumen.

La criatura miró la puerta una vez más.

Y luego, Kilmandaros, la diosa ancestral, la cruzó.

Las ruinas de la heredad k'chain che'malle tras la caída de Silchas Ruina

Los árboles estallaban en el frío cortante que descendía como una mortaja, invisible pero palpable, sobre ese bosque devastado, atormentado.

A Gothos no le costó seguir el sendero de la batalla, los choques sucesivos de dos dioses ancestrales guerreando con el dragón soletaken, y a medida que el jaghut atravesaba su mutilada extensión, llevaba con él la gelidez brutal de Omtose Phellack, la senda de Hielo. *Sellándolo de forma irrevocable, como me pediste, Mael. Encerrando la verdad para convertirla en algo más que recuerdo. Hasta el día que presencie la ruptura en mil pedazos de la propia Omtose Phellack*. Gothos se preguntó con aire ocioso si en algún momento había creído que tal ruptura no tendría lugar. Que los jaghut, en toda su perfecta brillantez, eran únicos, triunfantes en eterno dominio. Una civilización inmortal cuando todas las demás estaban condenadas.

Bueno, era posible. Una vez había creído que toda la existencia estaba bajo el control benigno de una omnipotencia cariñosa, después de todo. *Y los grillos existen para dormirnos con canciones*. Quién sabía qué otras

tonterías podrían haber penetrado en su cerebro joven e ingenuo tantos milenios atrás.

Ya no, por supuesto. Las cosas terminan. Las especies se extinguen. La fe en cualquier otra cosa era simple presunción, el producto de un ego desencadenado, la maldición de la prepotencia supina.

Bueno, ¿y qué creo ahora?

No se permitiría una carcajada melodramática como respuesta a esa pregunta. ¿Qué sentido tenía? No había nadie cerca que pudiera apreciarla. Incluyéndose él. *Sí, estoy condenado a vivir con mi propia compañía*.

Es una maldición privada.

La mejor.

Subió por un cerro roto, fracturado, una elevación violenta del lecho de roca, donde una inmensa fisura se había abierto, los lados verticales espejeaban por la escarcha cuando Gothos llegó al borde y miró. En algún lugar de aquella oscuridad, allí abajo, dos voces se alzaban en una discusión.

Sonrió.

Abrió su senda y utilizó una astilla de poder para elaborar un descenso lento y controlado hacia el fondo oscuro de la fisura.

Cuando Gothos se acercó, las dos voces cesaron, dejando solo un siseo áspero, palpitante (el aliento aspirado en oleadas de dolor), y el jaghut oyó el deslizamiento de escamas por la piedra, ligeramente a un lado.

Se posó sobre fragmentos rotos de piedra, a unos cuantos pasos de donde se encontraba Mael y, diez pasos más allá, la forma enorme de Kilmandaros, la piel con un vago tono luminiscente (de un modo casi enfermizo), de pie con los puños apretados, una actitud beligerante en su faz brutal.

A Scabandari, el dragón soletaken, lo habían empujado hasta un hueco de la cara del acantilado y estaba

agazapado, las costillas astilladas debían de hacer de cada aliento una agonía. Tenía un ala hecha pedazos, medio arrancada. Una pata trasera estaba rota, sin duda, los huesos atravesaban la carne. Su vuelo había llegado a su fin.

Los dos ancestrales miraban a Gothos, que se adelantó sin prisas y después habló.

—Siempre es para mí un placer —dijo— cuando un traidor es a su vez traicionado. En este caso, traicionado por su propia estupidez. Lo cual es incluso más delicioso.

—El ritual… ¿has acabado, Gothos? —preguntó Mael, dios ancestral de los mares.

—Más o menos. —El jaghut clavó la mirada en Kilmandaros—. Diosa ancestral, los hijos que tienes en este reino se han perdido.

La mujerona bestial se encogió de hombros y le contestó con voz suave y melodiosa.

—Siempre se están perdiendo, jaghut.

—Bueno, ¿y por qué no haces algo para remediarlo?

—¿Por qué no lo haces tú?

Se alzó una ceja fina y Gothos enseñó los colmillos en una especie de sonrisa.

—¿Es una invitación, Kilmandaros?

La mujerona miró al dragón.

—No tengo tiempo para esto. He de regresar a Kurald Emurlahn. Lo mataré ahora… —Y se acercó más.

—No debes —dijo Mael.

Kilmandaros lo miró, las manazas se abrieron y después volvieron a apretarse los puños.

—Es lo que no dejas de repetir, cangrejo hervido.

Mael se encogió de hombros y se volvió hacia Gothos.

—Explícaselo, por favor.

—¿Cuántas deudas quieres tener conmigo? —le preguntó el jaghut.

—¡Oh, vamos, Gothos!

—Muy bien. Kilmandaros. Dentro del ritual que en estos momentos desciende sobre esta tierra, sobre los campos de batalla y estos feos bosques, se niega la propia muerte. Si mataras aquí al tiste edur, su alma se desprendería de su carne, pero permanecería, su poder solo reducido de un modo marginal.

—Pienso matarlo —dijo Kilmandaros con su tono suave habitual.

—Entonces —la sonrisa de Gothos se ensanchó—, me necesitarás.

Mael lanzó un bufido.

—¿Por qué te necesito? —le preguntó Kilmandaros al jaghut.

Él se encogió de hombros.

—Ha de prepararse un finnest. Para albergar, para encerrar el alma de este soletaken.

—Muy bien, entonces haz uno.

—¿Como favor a los dos? Me parece que no, diosa ancestral. No, por desgracia, como aquí Mael, debes reconocer la deuda. Conmigo.

—Tengo una idea mejor —dijo Kilmandaros—. Te aplasto el cráneo entre el índice y el pulgar y luego meto tu cadáver por la garganta de Scabandari, para que se ahogue con tu pomposa persona. A mí me parece una muerte digna para los dos.

—Diosa, con la edad te has vuelto amargada y hosca —dijo Gothos.

—No es de sorprender —respondió ella—. Cometí el error de intentar salvar Kurald Emurlahn.

—¿Por qué molestarse? —le preguntó Mael.

Kilmandaros le enseñó los dientes irregulares.

—El precedente es… poco grato. Vete a enterrar la cabeza en la arena otra vez, Mael, pero te lo advierto, la

muerte de un reino es una promesa para todos los demás reinos.

—Como digas —dijo el dios ancestral tras un momento—. Y sí que admito esa posibilidad. En cualquier caso, Gothos exige recompensa.

Los puños se relajaron y se volvieron a apretar.

—Muy bien. De acuerdo, jaghut, elabora un finnest.

—Esto servirá —dijo Gothos al tiempo que sacaba un objeto de un desgarrón de su raída camisa.

Los dos ancestrales se lo quedaron mirando un rato, después Mael lanzó un gruñido.

—Sí, ya lo veo. Una elección bastante curiosa, Gothos.

—Las únicas que hago —respondió el jaghut—. Venga, Kilmandaros, procede, a tu sutil manera, a concluir la patética existencia del soletaken.

El dragón siseó y chilló de rabia y miedo al ver avanzar a la diosa ancestral.

Cuando la diosa metió un puño en el cráneo de Scabandari, justo en el centro del saliente que había entre y encima de los ojos del dragón, la grieta del denso hueso resonó como un canto fúnebre por toda la grieta, y con el impacto brotó sangre de los nudillos de la diosa.

La cabeza rota del dragón chocó con un golpe seco contra el lecho roto de piedra y los fluidos se derramaron bajo el cuerpo inerte.

Kilmandaros se dio media vuelta para mirar a Gothos.

Éste asintió.

—Tengo al pobre cabrón.

Mael dio un paso hacia el jaghut y extendió una mano.

—Yo me llevo el finnest, entonces…

—No.

Los dos ancestrales miraron a Gothos, que sonrió de nuevo.

—Será el pago de la deuda. Para cada uno de vosotros. Reclamo el finnest, el alma de Scabandari, que será mía. Nada queda pendiente entre nosotros ya. ¿No estáis complacidos?

—¿Qué pretendes hacer con él? —exigió Mael.

—No lo he decidido todavía, pero te aseguro que será de lo más curioso y desagradable.

Kilmandaros volvió a apretar los puños y los levantó a medias.

—Siento la tentación, jaghut, de enviar a mis hijos a por ti.

—Una pena, entonces, que se hayan perdido.

Ninguno de los dos ancestrales dijo otra palabra más cuando Gothos abandonó la fisura. Siempre le complacía ser más listo que unos viejos chochos y todo su manido y brutal poder. Bueno, al menos era un placer momentáneo, en cualquier caso.

El mejor tipo de placer.

Cuando regresó al desgarro, Kilmandaros se encontró con otra figura de pie ante ella. Manto negro, cabello blanco. Una expresión de meditación arqueada clavada en la fisura desgarrada.

¿A punto de entrar por la puerta o esperándola a ella? La diosa ancestral frunció el ceño.

—No eres bienvenido en Kurald Emurlahn —dijo.

Anomandaris Purake posó los ojos fríos en la monstruosa criatura.

—¿Imaginas que me planteo reclamar el trono?

—No serías el primero.

Él volvió a mirar el desgarro.

—A ti te asedian, Kilmandaros, y Caminante del Filo tiene compromisos en otro lado. Te ofrezco mi ayuda.

—En tu caso, tiste andii, no sería fácil ganarse mi confianza.

—No hay motivo para ello —respondió él—. Al contrario que muchos otros de mi especie, yo admito que las recompensas de la traición nunca pueden compensar el coste. Ahora hay soletaken, además de los dragones salvajes, luchando en Kurald Emurlahn.

—¿Dónde está Osserc? —preguntó la diosa ancestral—. Mael me informó de que…

—¿Que estaba planeando interponerse en mi camino otra vez? Osserc pensó que yo tomaría parte en la muerte de Scabandari. ¿Por qué habría de hacerlo? Mael y tú os bastabais. —Lanzó un gruñido—. Ya me imagino a Osserc, dibujando un círculo tras otro. Buscándome. El muy idiota.

—¿Y el modo en que Scabandari traicionó a tu hermano? ¿No deseas vengarte por eso?

Anomandaris la miró y le dedicó una pequeña sonrisa.

—Las recompensas de la traición. Para Scabandari el coste resultó demasiado alto, ¿no? En cuanto a Silchas, bueno, ni siquiera los azath duran para siempre. Casi le envidio su recién hallado aislamiento de todo lo que nos afligirá en los milenios venideros.

—Desde luego. ¿Deseas unirte a él en un túmulo parecido?

—Creo que no.

—Entonces me imagino que Silchas Ruina no estará muy predispuesto a perdonarte la indiferencia el día que sea libre.

—Quizá te sorprendas, Kilmandaros.

—Tú y los tuyos sois un misterio para mí, Anomandaris Purake.

—Lo sé. Bueno, diosa, ¿tenemos un pacto?

La diosa ladeó la cabeza.

—Pienso echar del reino a los pretendientes; si Kurald Emurlahn ha de morir, que lo haga solo.

—En otras palabras, quieres dejar el trono de Sombra sin ocupante.

—Sí.

Él lo pensó un momento, después asintió.

—De acuerdo.

—No me ofendas, soletaken.

—No lo haré. ¿Estás lista, Kilmandaros?

—Forjarán alianzas —dijo la diosa—. Todos nos harán la guerra.

Anomandaris se encogió de hombros.

—Hoy no tengo nada mejor que hacer.

Los dos ascendientes atravesaron la puerta y, juntos, cerraron el desgarro tras ellos. Después de todo, había otros caminos hacia ese reino. Caminos que no eran heridas.

Al llegar a Kurald Emurlahn contemplaron un mundo en el que se habían hecho estragos.

Y se pusieron a limpiar lo que quedaba de él.

La Lezna'dan en los últimos días del rey Diskanar.

La preda Bivatt, capitán de la guarnición Drene, estaba muy lejos de casa. Veintiún días en carreta al mando de una expedición de doscientos soldados del Ejército del Estandarte Raído, una tropa de treinta jinetes de la caballería ligera de Rosazul y cuatrocientos miembros del equipo de apoyo, incluyendo civiles; se había bajado del caballo después de dar órdenes de montar el campamento y había recorrido los cincuenta y pico pasos hasta el borde del risco.

Cuando llegó a la elevación, el viento le asestó un martillazo en el pecho, como si estuviera impaciente por

lanzarla atrás, por arrancarla de ese borde magullado de tierra. Más allá del risco, el océano era una visión sacada de la pesadilla de un artista, un paisaje marino desgarrado, revuelto, con densas nubes retorcidas que se hacían jirones en el cielo. El agua era más blanca que verde azulada, la espuma hervía, las coronas blancas volaban entre las rocas cuando las olas machacaban la orilla.

Aun así, vio con un escalofrío que le aporreó los huesos que ése era el lugar.

Un barco pesquero, empujado muy lejos de su rumbo, metido en el remolino letal que era esa extensión del océano, una extensión en la que ningún barco mercante, por muy grande que fuera, se aventuraría por gusto. Una extensión que, ochenta años antes, había capturado una ciudad meckros y la había deshecho en mil pedazos, empujando a las profundidades a veinte mil o más moradores de ese asentamiento flotante.

La tripulación del pesquero había sobrevivido el tiempo suficiente para encallar su malhadada nave y ponerla a salvo en aguas que llegaban a la cadera a unos treinta pasos de la playa de roca. La captura perdida, el barco convertido en astillas por las olas implacables; los cuatro letherii se las arreglaron para llegar a tierra firme.

Para encontrar… esto.

La preda Bivatt se apretó más la correa del yelmo, no fuera a arrancárselo el viento junto con la cabeza, y continuó examinando los restos que bordeaban esa costa. El promontorio sobre el que se encontraba estaba socavado y caía una altura de tres hombres hasta una orilla de arena blanca en la que se amontonaban filas alargadas de quelpos muertos, árboles arrancados y los restos de la ciudad meckros hundida ochenta años antes. Y otra cosa. Algo más inesperado.

Canoas de guerra. De las que se hacen a la mar, cada una tan larga como una ballena cara de coral, de proa alta, más larga y ancha de manga que las naves tiste edur. No lanzadas a la orilla como restos de un naufragio, no, ninguna de las que ella veía mostraba daño alguno. Aparecían ordenadas en hileras playa arriba, aunque estaba claro que se había hecho un tiempo atrás, meses al menos, quizá años.

Una presencia a su lado. El mercader de Drene al que habían contratado para abastecer esa expedición. La piel apenas sin color, el cabello de un rubio pálido, tan claro que era casi blanco. El viento estaba sacando un color rojo subido a la cara redonda del hombre, pero la preda podía ver los ojos de color azul claro clavados en la formación de canoas de guerra y rastreando la playa, primero al oeste, luego el este.

—Tengo cierto talento —le dijo el mercader a la preda en voz muy alta para que se le oyera por encima de la galerna.

Bivatt no dijo nada. El mercader sin duda tenía habilidad con los números, el talento que afirmaba tener. Y ella era oficial del ejército letherii y más que capaz de calcular la dotación probable de cada una de aquellas enormes naos sin su ayuda. Un centenar, veinte arriba o abajo.

—¿Preda?

—¿Qué?

El mercader hizo unos gestos de impotencia.

—Estas canoas. —Señaló playa arriba y después abajo—. Debe de haber… —Y luego no supo qué decir.

Bivatt lo entendía de sobra.

Sí. Filas y filas, todas ordenadas en aquella orilla inhóspita. Drene, la ciudad más cercana del reino, estaba a tres semanas de distancia, al sudoeste. Justo al sur de allí estaba la tierra de los lezna’dan, y de las rondas estacionales de las tribus con sus enormes rebaños apenas

se ignoraba nada. Los letherii estaban conquistándolos, después de todo. No se había informado de nada parecido.

Así pues, no mucho tiempo atrás había llegado una flota a esa costa, momento en el que todo el mundo había desembarcado y se había llevado cuanto tenían con ellos, y luego era de presumir que habían puesto rumbo al interior.

Debería haber habido señales, rumores, una reverberación entre los leznas, como mínimo. *Deberíamos haber oído algo*.

Pero no habían oído nada. Los invasores extranjeros se habían limitado a… desaparecer.

No es posible. ¿Cómo puede ser? Bivatt examinó las filas una vez más, como si esperara que revelaran un detalle fundamental, algo que aliviara el martilleo enloquecido de su corazón y el frío plomizo de sus miembros.

—Preda…

Sí. Un centenar por embarcación. Y aquí, ante nosotros… apiladas en filas de cuatro o cinco de profundidad, ¿qué? ¿Cuatrocientas, quizá quinientas?

La orilla norte era una masa de canoas de guerra de madera gris, llegaba casi hasta donde ella alcanzaba a ver hacia el oeste y también al este. Subidas más allá de la marea. Abandonadas. Llenando esa costa como un bosque derribado.

—Por encima del medio millón —dijo el mercader—. Son mis cálculos. Preda, en el nombre del Errante, ¿se puede saber dónde han ido todos?

Bivatt frunció el ceño.

—Dele una patada a ese nido de magos que tiene, Letur Anict. Que se ganen sus exorbitados honorarios. El rey necesita saberlo. Cada detalle. Todo.

—De inmediato —dijo el hombre.

Mientras, ella haría lo mismo con el pelotón de acólitos del ceda. La redundancia era necesaria. Sin la presencia de

los estudiantes elegidos por Kuru Qan, ella nunca se enteraría de todo lo que Letur Anict se guardaba en su informe final, jamás podría destilar las verdades de las medias verdades y las mentiras absolutas. Un problema constante cuando se trataba con contratistas privados; después de todo, ellos también tenían sus propios intereses y la lealtad a la corona era, para criaturas como Letur Anict, el nuevo comisionado de Drene, siempre secundaria.

Bivatt empezó a buscar una forma de bajar a la playa. Quería echar un vistazo más de cerca a esas canoas, sobre todo porque parecía que habían desmantelado secciones de sus proas. *Una cosa muy rara. Pese a todo, un misterio manejable, un misterio del que puedo ocuparme y así no tengo que pensar en el resto*.

Más de medio millón…

Por la bendición del Errante, ¿quién está ahora entre nosotros?

La Lezna'dan tras la conquista edur

Los lobos habían llegado y después se habían ido, y allí donde se habían sacado los cadáveres a rastras de la masa sólida de la cima de la colina (donde los soldados desconocidos habían librado su última batalla), las señales de su festín eran evidentes, y ese detalle permaneció con el jinete solitario mientras llevaba su caballo al paso entre los cuerpos espatarrados e inmóviles. Saquear así a los muertos era… inusual. Los lobos de piel parda de esa llanura eran tan oportunistas como cualquier otro depredador de la Lezna'dan, por supuesto. Aun así, la larga experiencia con los humanos debería haber hecho huir a las bestias ante el primer olor amargo, aunque estuviera mezclado con el de la

sangre derramada. Entonces, ¿qué los había atraído a ese silencioso campo de batalla?

El jinete solitario, el rostro oculto tras una máscara de escamas carmesíes, tiró de las riendas cerca de la base de la colina baja. Su caballo se estaba muriendo, atormentado por escalofríos; antes del final del día, el caballista tendría que ir a pie. Mientras estaba desmontando su campamento al amanecer, esa mañana, una serpiente cornuda había picado a su montura mientras comía de una mata de hierbas de tallo astillado al borde de un barranco. El veneno era lento pero implacable, y no lo podía neutralizar ninguna de las hierbas y medicinas que llevaba el hombre. La pérdida era de lamentar pero no desastrosa, puesto que no viajaba con prisas.

Los cuervos dibujaban círculos sobre su cabeza, pero no descendió ninguno, ni su llegada los había apartado tampoco del festín; de hecho, había sido verlos sobrevolando la colina lo que lo había guiado hasta allí. Sus graznidos eran infrecuentes, de un tono extraño y apagado, casi quejumbroso.

Las legiones de Drene se habían llevado a sus muertos y no habían dejado más que a sus víctimas para alimentar las hierbas de la llanura. La escarcha de la mañana todavía dibujaba mapas relucientes en la piel oscura como la muerte, pero ya había empezado a fundirse y le pareció que esos soldados muertos estaban llorando, los rostros quietos, los ojos abiertos, las heridas mortales.

Se aupó sobre los estribos y examinó el horizonte (todo lo que podía ver) en busca de sus dos compañeros, pero las pavorosas criaturas todavía tenían que regresar de su caza, y se preguntó si habían encontrado un rastro nuevo y más tentador: los soldados letherii de Drene, que marchaban triunfantes y saciados de regreso a su ciudad. Si era así, habría una matanza ese día. La idea de venganza, sin

embargo, era secundaria. Sus compañeros eran indiferentes a esos sentimientos. Que él viera, mataban por placer. Así pues, la aniquilación de los drene, y cualquier venganza que pudiera atribuirse al hecho, existía solo en su mente. La distinción era importante.

Pese a todo, una presunción de lo más satisfactoria.

Sin embargo, esas víctimas eran desconocidos, esos soldados con sus uniformes grises y negros. Despojados de armas y armaduras, los estandartes tomados como trofeos, su presencia en la Lezna'dan (en el corazón de la tierra natal del jinete) era perturbadora.

Conocía a los letherii invasores, después de todo. Las numerosas legiones con sus nombres peculiares y fieras rivalidades; conocía también a la intrépida caballería de los rosazules. Y los reinos y territorios todavía libres que lindaban con Lezna'dan, los rivales d'rhasilhani, los keryn, el reino de Bolkando y el estado de Saphinand; había tratado o cruzado la espada con ellos años antes, y ninguno era como esos soldados.

De piel pálida, cabello del color de la paja o rojo como el óxido. Ojos azules o grises. Y… tantas mujeres.

Su mirada se posó en una de esos soldados, una mujer cerca de la cima de la colina. Mutilada por la hechicería, la armadura fundida en la carne retorcida, había sigilos visibles en esa armadura…

Desmontó, subió por la ladera abriéndose camino entre los cuerpos, los mocasines resbalando en barro empapado de sangre, hasta que se agachó al lado de la mujer.

Pintura en el camisote de bronce ennegrecido. Cabezas de lobo, un par. Uno tenía el pelo blanco y un solo ojo, el otro era de pelo plateado y negro. Un sigilo que el hombre no había visto antes.

Desconocidos, sin duda.

Extranjeros. Allí, en la tierra de su corazón.

Tras la máscara frunció el ceño. *Me fui. Demasiado tiempo. ¿Soy yo ahora el extraño?*

Reverberaron redobles pesados por todo el suelo bajo sus pies. Se irguió. Sus compañeros regresaban.

Así pues, no había habido venganza, al fin y al cabo.

Bueno, todavía había tiempo.

El aullido lúgubre de los lobos lo había despertado esa mañana, sus llamadas habían sido lo primero que lo había llevado allí, a ese lugar, como si buscaran un testigo, como si de verdad lo hubieran emplazado. Y si bien sus gruñidos lo habían instado a continuar, no había llegado a ver a las bestias ni una sola vez.

Los lobos se habían alimentado, sin embargo, en algún momento de esa mañana. Habían sacado cuerpos a rastras de entre la multitud.

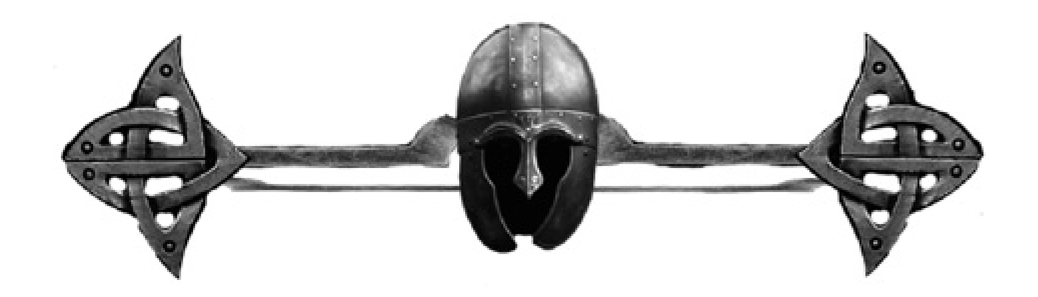
Sus pasos se fueron ralentizando a medida que bajaba la ladera, se fue deteniendo poco a poco hasta que se quedó inmóvil y contuvo el aliento mientras observaba con más atención los soldados muertos que lo cubrían todo.

Los lobos se han alimentado. Pero no como lo hacen los lobos… no… así…

Torsos desgarrados, costillas que sobresalían… habían devorado corazones. Nada más. Solo los corazones.

Los redobles se oían con más fuerza, más cerca, el estrépito de las garras siseando entre la hierba. En el cielo, los cuervos chillaron y huyeron volando en todas direcciones.

Libro primero



El emperador Dorado

La mentira se alza sola, el solitario engaño
con la espalda vuelta, da igual la dirección
de tu reticente acercamiento, y con cada paso
tu objetivo sigue adelante, tu zancada se pierde
el sendero se pliega sobre sí mismo, una y otra vez
caminas y lo que se alzaba solo ante ti,
errante como una desgracia, un pronunciamiento accidental,
ahora revela su legión de hijos, esta masa
que hierve en hebras y nudos y, rodeado,
no puedes coger aliento, no puedes moverte.

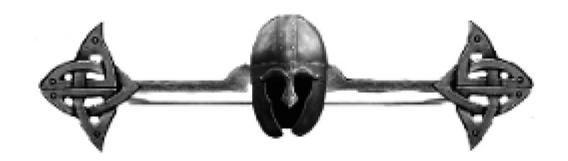
El mundo es tu obra, y un día,
amigo mío, te alzarás solo entre
un mar de muertos, la adquisición de tus palabras
todas sobre ti y el viento te abrirá con una carcajada
un nuevo sendero, que llevará al tormento interminable;
el solitario engaño es su soledad, la mentira es
la mentira que se alza sola, las hebras y los nudos
de la multitud se tensan en recto juicio
con el que tú, otrora, con tanta libertad estrangulaste

a cada cual que decía la verdad, cada voz disidente.

Así que ahora alivia tu sed en mi compasión
y vete al otro mundo muerto de sed en el yermo.

—Fragmento encontrado el día que
la poetisa Tesora Veddict fue arrestada por
los patriotas (seis días antes de su Ahogamiento)

1



Dos fuerzas, en otro tiempo en cruel oposición, se encontraron convertidas en virtuales compañeras de cama, aunque ninguna llegó a decidir a cuál le abrieron las piernas primero. Los hechos puros y duros son los siguientes: resultó que la estructura jerárquica original de las tribus tiste edur encajó a la perfección con el sistema de poder letherii, poder que se alcanzaba a través de la riqueza. Los edur se convirtieron en la corona, que se aposentó con facilidad sobre la glotonería hinchada de Lether, pero ¿una corona posee voluntad propia? ¿El portador se comba bajo su carga? Otra verdad ahora, en perspectiva, se hace evidente. Tan impecable como pareció ser esa fusión, bajo la superficie se produjo un ayuntamiento más sutil y mucho más letal: el de los defectos concretos de cada sistema, y esa combinación iba a resultar ser una infusión muy volátil.

La dinastía Hiroth (volumen XVII)
La colonia, una historia de Lether
—Dinith Amara

—¿De dónde es éste?

Tanal Yathvanar observó al centinela rotar con lentitud los extraños objetos en sus regordetas manos, las piedras de ónice de los muchos anillos que adornaban los cortos dedos refulgían bajo los haces de sol que entraban por las ventanas abiertas. El objeto que Karos Invictad manipulaba

era una deforme colección de cierres de bronce, los extremos doblados y convertidos en ondas que se retorcían unas alrededor de otras para formar una jaula rígida.

—Rosazul, creo, señor —respondió Tanal—. Uno de los de Senorbo. De media se tarda en resolverlo tres días, aunque el récord está en poco menos de dos…

—¿Quién? —quiso saber Karos, y alzó la vista desde su sillón, tras el escritorio.

—Un mestizo tartheno, si se lo puede creer, señor. Aquí, en Letheras. Según dicen, el tipo es retrasado, pero posee un talento natural para resolver rompecabezas.

—Y el reto es deslizar los cierres con una configuración concreta para provocar un derrumbamiento repentino.

—Sí, señor. Se aplasta. Por lo que he oído, el número concreto de manipulaciones es…

—No, Tanal, no me lo digas. Ya deberías saberlo. —El centinela, comandante de los patriotas, dejó el objeto en la mesa—. Gracias por el regalo. Y ahora —una breve sonrisa—, ¿hemos incomodado a Bruthen Trana tiempo suficiente, te parece? —Karos se levantó e hizo una pausa para colocarse bien las sedas carmesíes (el único color y el único material que vestía), después cogió el pequeño cetro que había convertido en el símbolo oficial de su cargo, palosangre negra de su tierra natal edur con chapa plateada tachonada de ónices pulidos, y señaló con él la puerta.

Tanal se inclinó y salió el primero al pasillo, rumbo a las amplias escaleras por donde bajaron al piso principal; atravesaron sin prisas las puertas dobles y salieron al complejo.

Habían colocado la fila de prisioneros a plena luz del sol, cerca del muro occidental del recinto. Los habían sacado de sus celdas una campanada antes del amanecer y era poco más del mediodía. La falta de comida y agua, y el calor abrasador de la mañana, todo ello combinado con los

brutales interrogatorios de la última semana, había provocado que más de la mitad de los dieciocho detenidos perdiera la consciencia.

Tanal vio el ceño del centinela al descubrir los cuerpos inmóviles derrumbados y encadenados.

El enlace tiste edur, Bruthen Trana, de los den-ratha, estaba en pie, a la sombra, más o menos enfrente de los prisioneros; su figura alta y silenciosa se giró poco a poco cuando se acercaron Tanal y Karos.

—Bruthen Trana, sea usted muy bienvenido —dijo Karos Invictad—. ¿Está usted bien?

—Procedamos, centinela —dijo el guerrero de piel gris.

—De inmediato. Si quiere acompañarme, podemos examinar a cada prisionero reunido aquí. Los casos concretos…

—No tengo ningún interés en acercarme a ellos más de lo que estoy —dijo Bruthen—. Se han ensuciado con sus propios desechos y apenas corre la brisa en este recinto.

Karos sonrió.

—Entiendo, Bruthen. —El centinela apoyó el cetro en un hombro y se volvió hacia la fila de detenidos—. No es necesario que nos acerquemos, como usted dice. Empezaré con el del extremo izquierdo, entonces…

—¿Inconsciente o muerto?

—Bueno, a esta distancia, ¿quién sabe?

Al observar el ceño del edur, Tanal se inclinó ante Bruthen y Karos y recorrió los quince pasos que lo separaban de la fila. Se agachó para examinar la figura echada, después se irguió.

—Vive.

—¡Entonces despiértalo! —ordenó Karos. Su voz, cuando se alzaba, se hacía aguda, lo suficiente para estremecer a cualquier oyente lo bastante idiota; es decir, idiota si el

centinela presenciaba esa reacción instintiva. Ese tipo de descuidos no ocurrían más que una vez.

Tanal pateó al prisionero hasta que el hombre consiguió emitir un sollozo seco, áspero.

—En pie, traidor —dijo Tanal en voz baja—. Son órdenes del centinela. Levántate o empezaré a romper huesos en ese saco patético que llamas cuerpo.

Observó mientras el prisionero se incorporaba con esfuerzo.

—Agua, por favor…

—Ni una sola palabra más. Ponte derecho, enfréntate a tus crímenes. Eres letherii, ¿no? Muéstrale a nuestro invitado edur lo que eso significa.

Tanal regresó entonces con Karos y Bruthen. El centinela había empezado a hablar.

—… relación conocida con elementos disidentes del Colegio de Médicos, cosa que ha admitido. Aunque no se le puede achacar ningún delito concreto, está claro que…

—El siguiente —interpuso Bruthen Trana.

Karos cerró la boca y sonrió sin mostrar los dientes.

—Por supuesto. El siguiente es poeta, escribió y distribuyó una llamada a la revolución. No niega nada y, de hecho, usted mismo puede ver su estoico desafío incluso desde aquí.

—¿Y el que tiene al lado?

—El propietario de una posada, frecuentaban la taberna de la misma elementos indeseables (soldados desencantados, de hecho), y dos de ellos están entre estos detenidos. Nos informó de la sedición una puta honorable…

—¿Una puta honorable, centinela? —El edur esbozó una media sonrisa.

Karos parpadeó.

—Bueno, sí, Bruthen Trana.

—Porque informó sobre un tabernero.

—Un tabernero implicado en traición…

—Que exigía una tajada demasiado alta de las ganancias de la moza, más bien. Continúe, y, por favor, sea breve en sus descripciones de los delitos.

—Por supuesto —dijo Karos Invictad, el cetro daba suaves golpecitos en su blando hombro, como una batuta que marcara una marcha lenta.

Tanal, de pie junto a su comandante, se mantuvo en posición de firmes mientras el centinela reanudaba su informe sobre las transgresiones concretas de esos letherii. Los dieciocho prisioneros eran una muestra representativa de los más de trescientos encadenados en las celdas subterráneas. Un número decente de arrestos para esa semana, reflexionó Tanal. Y a los traidores más notorios les aguardaban los Ahogamientos. De los más o menos trescientos veinte, un tercio estaba destinado a caminar por el fondo del canal, cargados con unos pesos aplastantes. Los corredores de apuestas se quejaban porque ya nadie sobrevivía a la ordalía. Por supuesto no se quejaban en voz muy alta, ya que los verdaderos agitadores se arriesgaban a sufrir el mismo destino; no habían hecho falta más que unos cuantos Ahogamientos en los primeros días para enmudecer las protestas del resto.

Era un detalle que Tanal había terminado por apreciar, una de las leyes perfectas de Karos Invictad sobre la coacción y el control, enfatizada una y otra vez en el extensísimo tratado que el centinela estaba redactando sobre el tema al que más aprecio tenía: «Coja cualquier segmento de la población, imponga definiciones estrictas pero claras sobre sus características concretas, y luego fije como objetivo que las cumplan. Soborne a los débiles para que expongan a los fuertes. Mate a los fuertes, y el resto será suyo. Continúe con el siguiente segmento».

Los corredores de apuestas habían sido objetivos fáciles, no caían bien a demasiada gente, sobre todo a los jugadores empedernidos, y de esos cada vez había más.

Karos Invictad concluyó su letanía. Bruthen Trana asintió, se volvió y dejó el complejo.

En cuanto desapareció, el centinela miró a Tanal.

—Una vergüenza —dijo—. Los que estaban inconscientes.

—Sí, señor.

—Un cambio de cabezas en la muralla exterior.

—De inmediato, señor.

—Bueno, Tanal Yathvanar, antes de nada debes venir conmigo. Solo será un momento, después podrás volver a las tareas pendientes.

Regresaron al interior del edificio; los pasos cortos del centinela obligaban a Tanal a frenar una y otra vez de camino al despacho de Karos.

El hombre más poderoso, sin contar con el propio emperador, ocupó de nuevo su lugar tras el escritorio. Cogió la jaula de cierres de bronce, cambió alrededor de una docena en un frenesí de movimientos precisos y el rompecabezas se aplastó. Karos Invictad le sonrió a Tanal y después tiró el objeto sobre el escritorio.

—Envía una misiva a Senorbo, en Rosazul. Infórmale del tiempo que necesité para encontrar una solución y luego añade, como nota personal mía, que temo que esté perdiendo su toque.

—Sí, señor.

Karos Invictad estiró una mano para coger un pergamino.

—Bueno, ¿cuál fue el porcentaje de intereses que acordamos que me pertenecía en la posada de la Serpiente Boca Arriba?

—Creo que Rautos indicó cuarenta y cinco, señor.

—Bien. A pesar de todo, creo que procede tener una reunión con el maese de la Consigna Libertad. A finales de

esta semana servirá. A pesar de los ingresos de los últimos tiempos, continuamos sufriendo una extraña escasez de dinero en metálico, y yo quiero saber por qué.

—Señor, ya conoce las sospechas de Rautos Hivanar sobre ese asunto.

—De forma vaga. Le complacerá saber que ahora estoy dispuesto a escuchar con más atención las susodichas sospechas. Así pues, dos temas en el orden del día. Programa la reunión para que dure una campanada. Oh, y una última cosa, Tanal.

—¿Señor?

—Bruthen Trana. Estas visitas semanales. Quiero saber si está obligado. ¿Es la forma edur de mostrar el descontento real o es un castigo? ¿O es que a esos cabrones les interesa de verdad lo que se cuece aquí? Bruthen no hace ningún comentario, jamás. Ni siquiera pregunta qué castigos se siguen de nuestras sentencias. Es más, su grosera impaciencia me cansa. Puede que nos merezca la pena investigarlo.

Tanal alzó las cejas.

—¿Investigar a un tiste edur?

—Con discreción, por supuesto. Cierto, no nos ofrecen más que una apariencia de lealtad incondicional, pero no puedo evitar preguntarme si de verdad son inmunes a la sedición entre los suyos.

—Incluso si no lo son, señor, con todo respeto, ¿son los patriotas la organización adecuada…?

—Los patriotas, Tanal Yathvanar —dijo Karos con aspereza —, poseen la cédula imperial para vigilar el imperio. En esa cédula no se hace distinción entre edur y letherii, solo entre leales y desleales.

—Sí, señor.

—Y ahora, creo que te aguardan tareas pendientes.

Tanal Yathvanar se inclinó y salió del despacho.

La finca dominaba un saliente de tierra en la orilla norte del río Lether, cuatro calles al oeste del canal Quillas. Unos muros escalonados marcaban sus límites y bajaban por la orilla hasta meterse en el agua, sobre postes para atemperar el tirón de la corriente, hasta una distancia de más de dos botes de largo. Poco más allá se alzaban unas estacas de amarre. Había habido riadas esa estación. Un suceso infrecuente en el último siglo, observó Rautos Hivanar mientras hojeaba el *Compendio de la Finca*, un tomo familiar de notas y mapas que recogía los ochocientos años de linaje Hivanar sobre esa tierra. Se acomodó en el sillón afelpado y con una languidez contemplativa se terminó el té de balat.

El administrador y agente principal de la casa, Venitt Sathad, se adelantó sin ruido para devolver el *Compendio* al cofre de madera y hierro hundido en el suelo, bajo la mesa de mapas, después volvió a colocar las tablas, desenrolló la alfombra y cubrió el punto. Una vez completada su tarea, dio un paso atrás para regresar a su puesto junto a la puerta.

Rautos Hivanar era un hombre grande, rubicundo y de rasgos bastos. Su presencia tendía a dominar cualquier sala, por espaciosa que fuera. Se encontraba en la biblioteca de la hacienda, cuyos muros estaban recubiertos de estantes hasta el techo. Pergaminos, tabletas de arcillas y libros encuadernados llenaban cada espacio disponible; el saber reunido de un millar de eruditos, muchos de los cuales ostentaban el nombre Hivanar.

Como cabeza de familia y supervisor de sus inmensas propiedades financieras, Rautos Hivanar era un hombre muy ocupado, y las exigencias sobre su intelecto se habían redoblado tras la conquista tiste edur (que había desencadenado la formación y el reconocimiento oficial de la Consigna Libertad, una asociación de las familias más

acaudaladas del Imperio de Lether) de modos que jamás habría imaginado antes. Le costaría mucho explicar lo tediosas o enervantes que le parecían todas esas actividades. Pero eso era en lo que se habían convertido, a medida que sus sospechas se transformaban poco a poco, de forma gradual, en certezas; al tiempo que empezaba a percibir que, en algún lugar, allí fuera, había un enemigo (o enemigos) empeñado en la singular tarea del sabotaje económico. No simple malversación, una actividad con la que él mismo estaba muy familiarizado, sino algo más profundo que lo abarcaba todo. *Un enemigo*. Un enemigo de todo lo que sustentaba a Rautos Hivanar y la Consigna Libertad de la que él era maese; de hecho, de todo lo que sustentaba al propio imperio, fuera quien fuera el que se sentaba en el trono, fueran quienes fueran incluso esos bárbaros salvajes, miserables, que se pavoneaban en la cumbre de la sociedad letherii como grajillas grises sobre un alijo de baratijas.

Tal comprensión por parte de Rautos Hivanar en otro tiempo habría provocado en su interior una respuesta entusiasta. La simple amenaza habría bastado para lanzar una caza vigorosa, y la noción de una agencia con un propósito tan diabólico (una agencia, se veía obligado a admitir, guiada por el más sutil de los genios) debería haber animado la partida hasta que su persecución terminara convirtiéndose casi en una obsesión.

En su lugar, Rautos Hivanar se encontró buscando anotaciones en los polvorientos libros de cuentas en busca de pruebas de riadas pasadas; estaba persiguiendo un misterio mucho más mundano que no interesaría más que a un puñado de académicos que hablaban entre dientes. Y eso, admitía con frecuencia para sí, era muy raro. No obstante, la compulsión cobraba fuerzas, y por la noche yacía junto a la masa recostada y sudorosa que era su mujer,

desde hacía treinta y tres años, y se encontraba con que sus pensamientos trabajaban sin cesar, luchaban contra el flujo cíclico de las corrientes del tiempo y trataban de hallar un modo de remontarse atrás, con toda su susceptibilidad, hasta eras pasadas. Buscando. Buscando algo…

Con un suspiro, Rautos dejó la taza vacía y se levantó.

Cuando se acercó a la puerta, Venitt Sathad (cuyo linaje familiar ya llevaba seis generaciones endeudado con los Hivanar) se adelantó para recuperar la frágil tacita y partió en pos de su amo.

Salieron al recinto del muelle, cruzaron el mosaico que representaba la investidura de Skoval Hivanar como ceda imperial tres siglos antes y bajaron las escaleras llanas de piedra a lo que, en épocas más secas, era el jardín inferior. Pero las corrientes del río se habían arremolinado allí y se habían llevado tierra y plantas, lo que había expuesto una disposición muy peculiar de cantos rodados colocados como en una calle pavimentada, enmarcada con postes de madera formando un rectángulo; los postes ya no eran más que tocones podridos que se alzaban de los charcos que había dejado la riada.

Al borde del nivel superior, varios trabajadores, bajo la dirección de Rautos, habían utilizado baluartes de madera para impedir que se derrumbara y, en un lado, había una carretilla llena de multitud de objetos curiosos que había expuesto la riada. El suelo pavimentado estaba sembrado de ese tipo de objetos.

En total, caviló Rautos, todo un misterio. No había ningún documento que revelara que el jardín inferior había sido otra cosa distinta a lo que era, y las anotaciones del paisajista (que databan de poco después de la finalización del edificio principal de la finca) indicaban que la orilla a ese nivel no era otra cosa más que antiguos sedimentos de riadas.

La arcilla había conservado la madera, al menos hasta hacía poco, así que no había forma de saber cuándo se había erigido el extraño constructo. La única indicación de su antigüedad quedaba probada en los objetos, todos de bronce o de cobre. No eran armas, que podían aparecer si se tratara de un túmulo, y si eran herramientas, entonces eran para actividades olvidadas mucho tiempo atrás, puesto que ni un solo trabajador de los que Rautos había llevado a ese lugar era capaz de desentrañar la función de esos utensilios; no se parecían a ninguna herramienta conocida, no eran para trabajar la piedra, ni la madera, ni para procesar alimentos.

Rautos cogió uno y lo examinó, y por lo menos era la centésima vez que lo hacía. Bronce, fabricado con un molde de arcilla (la pestaña era claramente visible), el objeto era largo, parecía redondeado, pero doblado casi en ángulo recto. Unas incisiones conformaban un patrón sombreado en la articulación. Ninguno de los extremos mostraba modo alguno de añadir un accesorio, así pues su función no era formar parte de un mecanismo más grande. Rautos levantó su peso considerable con la mano. Había algo desequilibrado en ese artilugio, a pesar del ángulo central. Lo dejó y sacó una lámina circular de cobre, más fina que la capa de cera de la tableta de un adivinador. Ennegrecida por el contacto con las arcillas, pero los bordes solo estaban empezando a mostrar señales de verdete. Se habían hecho un sinfín de agujeros en la lámina, sin ningún patrón concreto, pero cada agujero era uniforme y perfecto, de una redondez ideal, sin borde que indicara desde qué lado se había hecho el agujero.

—Venitt —dijo—, ¿tenemos un mapa que recoja las ubicaciones precisas de estos objetos cuando se encontraron en un principio?

—Desde luego, maese, no hay más que unas cuantas excepciones. Lo examinó la semana pasada.

—¿Lo examiné? Muy bien. Extiéndelo de nuevo en la mesa de la biblioteca esta tarde.

Ambos hombres se volvieron cuando la portera de la verja apareció por el estrecho pasaje lateral que había en el lado izquierdo de la casa. La mujer se detuvo a diez pasos de Rautos y se inclinó.

—Maese, un mensaje del centinela Karos Invictad.

—Muy bien —replicó Rautos con aire distraído—. Me ocuparé de él dentro de un momento. ¿El mensajero aguarda respuesta?

—Sí, maese. Está en el patio.

—Ocúpate de que le ofrezcan un refrigerio.

La portera se inclinó y se fue.

—Venitt, creo que debes prepararte para emprender un viaje en mi nombre.

—¿Maese?

—El centinela al fin percibe la magnitud de la amenaza.

Venitt Sathad no dijo nada.

—Has de viajar a Drene —dijo Rautos, los ojos una vez más puestos en el misterioso constructo que dominaba la terraza inferior—. La Consigna requiere un informe muy concreto de los preparativos que se llevan a cabo allí. Por desgracia, las misivas del comisionado no están siendo muy satisfactorias. Necesito confianza en esos asuntos si he de concentrarme al máximo en la amenaza que tenemos aquí.

Una vez más, Venitt no dijo nada.

Rautos miró al río. Los barcos pesqueros se reunían en la bahía de enfrente y dos mercantes se iban acercando a los muelles principales. Uno de ellos, que lucía la bandera de la familia Esterrict, parecía dañado, quizá por el fuego. Rautos se limpió la tierra de las manos y dio media vuelta para regresar al edificio, su sirviente echó a andar tras él.

—Me pregunto qué yace bajo esas piedras.

—¿Maese?

—No importa, Venitt. No hacía más que pensar en voz alta.

El campamento lezna’dan había sido atacado al amanecer por dos tropas de la caballería rosazul de la atri-preda Bivatt. Doscientos lanceros cualificados metiéndose a caballo en un torbellino de pánico entre las figuras que salían como podían de las chozas de pieles; los perros de guerra de raza drene, que llegaron momentos antes que los soldados montados, se habían abalanzado sobre las jaurías de perros pastores y de tiro leznas y en unos momentos las tres razas se habían enzarzado en una batalla despiadada.

Los guerreros leznas no estaban preparados y pocos tuvieron tiempo para buscar siquiera sus armas antes de que los lanceros irrumpieran entre ellos. En un instante, la matanza se extendió hasta abarcar a los ancianos y los niños. La mayor parte de las mujeres lucharon junto a sus parientes varones, esposa y marido, hermana y hermano, muriendo juntos en una última mezcla de sangre.

El combate entre los letherii y los leznas duró doscientos latidos enteros. La guerra entre los perros fue mucho más prolongada, pues los perros pastores (si bien más pequeños y más compactos que sus atacantes) eran rápidos y no menos crueles, mientras que los de tiro, criados para arrastrar carros en verano y trineos en invierno, eran comparables a la raza drene. Adiestrados para matar lobos, los perros de tiro demostraron poder competir con los perros de guerra, y si no hubiera sido por los lanceros, que se tomaron como un deporte el matar a las bestias moteadas, se hubieran vuelto las tornas de la batalla. En cualquier caso, la jauría lezna optó al final por escapar y los

supervivientes huyeron a la llanura, hacia el este; unos cuantos perros de guerra drene fueron a darles caza antes de que los llamaran sus adiestradores.

Mientras los lanceros desmontaban para asegurarse de que no había supervivientes entre los leznas, otros salían a caballo para recoger los rebaños de myrid y rodaras del valle siguiente.

La atri-preda Bivatt permanecía a horcajadas sobre su semental, luchando por controlar a la bestia a pesar del olor a sangre que impregnaba el aire matinal. A su lado, sentado con torpeza y obvia incomodidad en la extraña silla, Brohl Handar, recién nombrado supervisor tiste edur de Drene, observaba a los letherii saquear de forma sistemática el campamento, desnudar los cadáveres y sacar los cuchillos. Los leznas se trenzaban las joyas (la mayor parte de oro) a conciencia en el cabello, lo que obligaba a los letherii a rebanar esas secciones de cuero cabelludo para hacerse con el botín. Por supuesto, era algo más que conveniencia lo que dictaba esa mutilación, porque también se había extendido a la recolecta de jirones de la piel que se había decorado con tatuajes; el estilo particular de los leznas era rico en color y con frecuencia perfilado con puntadas de hilo de oro. Esos trofeos adornaban los escudos redondos de muchos lanceros.

Los rebaños capturados pertenecían desde ese momento al comisionado de Drene, Letur Anict, y cuando Brohl Handar observó los cientos de myrid que llegaban por la colina, y cuyo pelaje negro y lanudo les daba todo el aspecto de cantos rodados cuando empezaron a bajar a centenares por la ladera, quedó claro que la fortuna del comisionado había aumentado de forma notable. Los seguían los más altos rodaras, de lomo azul y cuello largo, las largas colas se agitaban casi aterradas cuando los perros de guerra que

flanqueaban el rebaño se abalanzaban una y otra vez en ataques fingidos.

La atri-preda lanzó un suspiro que siseó entre los dientes.

—¿Se puede saber dónde está el comisionado? Esos malditos rodaras van a lanzarse en estampida. ¡Teniente! ¡Que los adiestradores llamen a sus mastines! ¡Deprisa! —La mujer se desató el yelmo, se lo quitó y lo dejó sobre el pomo de la silla. Después miró a Brohl—. Ahí lo tiene, supervisor.

—Así que éstos son los leznas.

La mujer hizo una mueca y apartó los ojos.

—Un campamento pequeño para lo que suelen ser. Setenta y tantos adultos.

—Pero rebaños grandes.

La mueca femenina se transformó en un ceño.

—En otro tiempo eran más grandes, supervisor. Mucho más grandes.

—Deduzco entonces que esta campaña suya está consiguiendo expulsar a estos intrusos.

—No es mi campaña. —La atri-preda pareció leer algo en los ojos del hombre porque añadió—: Sí, por supuesto, yo estoy al mando de las fuerzas expedicionarias, supervisor. Pero recibo mis órdenes del comisionado. Y, hablando con propiedad, los leznas no son intrusos.

—El comisionado afirma otra cosa.

—Letur Anict ostenta un alto cargo en la Consigna Libertad.

Brohl Handar estudió a la mujer por un momento.

—No todas las guerras se libran por la riqueza y la tierra, atri-preda —dijo después.

—Debo disentir, supervisor. ¿Acaso los tiste edur no invadieron de forma preventiva para responder a lo que se percibía como una amenaza de pérdida de tierra y recursos? La asimilación cultural, el fin de su independencia. Y no me cabe la menor duda —continuó Bivatt— de que los letherii

buscábamos arrasar su civilización, como ya habíamos hecho con la tarthena y tantas otras. Y por tanto, una guerra económica.

—No me sorprende, atri-preda, que su raza lo viera de esa manera. Y seguramente el rey hechicero tuviera tales preocupaciones en mente. ¿Los conquistamos para poder sobrevivir? Quizá. —Brohl se planteó decir algo más, pero después sacudió la cabeza y observó los cuatro perros de guerra que se acercaban a un perro ganadero herido. La bestia coja se enfrentó a ellos, pero no tardó en caer pataleando, luego se quedó silenciosa e inerte cuando los perros de guerra le desgarraron el vientre.

—¿Se pregunta alguna vez, supervisor —preguntó Bivatt—, qué bando ganó en realidad esa guerra?

El otro le lanzó una mirada lúgubre.

—No, no me lo pregunto. Sus exploradores no han encontrado ninguna otra señal de leznas en esta zona, según tengo entendido. ¿Así que ahora el comisionado consolidará los derechos letherii de la forma habitual?

La atri-preda asintió.

—Puestos avanzados. Fuertes, caminos elevados. Los colonos llegarán a continuación.

—Y después el comisionado seguirá extendiendo sus codiciosas intenciones hacia el este.

—Como bien dice, supervisor. Por supuesto, estoy segura de que reconoce que las adquisiciones benefician también a los tiste edur. El territorio del imperio se expande. Estoy convencida de que el emperador estará complacido.

Era la segunda semana de Brohl Handar como gobernador de Drene. Había pocos tiste edur en esa esquina remota del imperio de Rhulad, menos de un centenar, y solo los tres miembros de su equipo pertenecían a la tribu de Brohl, los arapay. La anexión de la Lezna'dan, mediante lo que venía a ser un genocidio sistemático, había comenzado

hace años (mucho antes de la conquista edur), y los detalles concretos de quién gobernara en la lejana Letheras no parecían tener demasiada relevancia en esa campaña militar. Brohl Handar, patriarca de un clan dedicado a cazar focas de grandes colmillos, se preguntó (y no por primera vez) qué estaba haciendo allí.

Su función de supervisor parecía consistir en poco más que la mera observación. El verdadero poder del gobierno lo tenía Letur Anict, el comisionado de Drene, que «ostenta un alto cargo en la Consigna Libertad». Una especie de gremio de mercaderes, había descubierto, aunque no tenía ni idea de qué era, en concreto, lo liberador de esa misteriosa organización. A menos, por supuesto, que fuera la libertad de hacer lo que les placiese. Incluyendo el uso de tropas imperiales para contribuir a la adquisición de más riquezas todavía.

—Atri-preda.

—¿Sí, supervisor?

—Estos leznas… ¿se defienden? No, no como hicieron hoy. Me refiero a si montan incursiones. ¿Concentran a sus guerreros para prepararse para una guerra generalizada?

La mujer parecía incómoda.

—Supervisor, en esto hay dos… bueno, niveles.

—Niveles. ¿Qué significa eso?

—Oficial y… extraoficial. Es una cuestión de percepción.

—Explíquese.

—La creencia entre el pueblo común, según se ha difundido a través de los agentes imperiales, es que los leznas se han aliado con los ak’ryn al sur, así como con los d’rhasilhani y los dos reinos de Bolkando y Saphinand (en pocas palabras, todos los territorios que bordean el imperio), y han creado una fuerza beligerante, belicista y potencialmente abrumadora, la horda de la conspiración de Bolkando, que amenaza todos los territorios orientales del

Imperio de Lether. Es solo cuestión de tiempo que dicha horda termine de reunirse, momento en el que se pondrá en marcha. Por consiguiente, cada ataque lanzado por el ejército letherii sirve para reducir el número con el que los leznas pueden contribuir; y además, la pérdida de ganado valioso debilita a su vez a los salvajes. Es muy posible que la hambruna consiga lo que las espadas solas no pueden, el derrumbamiento total de los leznas.

—Entiendo. ¿Y la versión extraoficial?

La atri-preda lo miró.

—No hay ninguna conspiración, supervisor. Ninguna alianza. Lo cierto es que los leznas siguen luchando entre ellos; después de todo, sus pastos están menguando. Desprecian a los ak’ryn y los d’rhasilhani, y es muy probable que jamás hayan conocido a nadie de Bolkando o Saphinand. —La militar vaciló un momento antes de continuar—. Es cierto que tuvimos un choque con una especie de compañía mercenaria hace dos meses, la desastrosa batalla que provocó su nombramiento, sospecho. Ascendían a quizá setecientos y tras media docena de escaramuzas, encabecé una fuerza de seis mil letherii y fuimos en su persecución. Supervisor, perdimos casi tres mil soldados en esa batalla final. Si no hubiera sido por nuestros magos… —Bivatt sacudió la cabeza—. Y seguimos sin tener ni idea de quiénes eran.

Brohl estudió a la mujer. Él no sabía nada de ese choque. ¿La razón de su nombramiento? Quizá.

—La versión oficial que mencionó antes, la mentira, justifica la matanza de los leznas a los ojos del pueblo llano. Todo lo cual sirve al deseo del comisionado de hacerse más rico todavía. Entiendo. Dígame, atri-preda, ¿por qué necesita Letur Anict todo ese oro? ¿Qué hace con él?

La mujer se encogió de hombros.

—El oro es poder.

—¿Poder sobre quién?

—Quien sea, todo el mundo.

—Salvo los tiste edur, que son indiferentes a la idea letherii de riqueza.

La militar sonrió.

—¿Lo son, supervisor? ¿Todavía?

—¿Qué quiere decir?

—Hay hiroth en Drene, sí, los ha conocido. Cada uno de ellos afirma ser pariente del emperador y con esa afirmación han requisado las mejores fincas y tierras. Tienen cientos de endeudados como esclavos. Muy pronto, quizá, habrá tiste edur entre los miembros de la Consigna Libertad.

Brohl Handar frunció el ceño. En un risco lejano había tres perros leznas, dos de tiro y un perro ganadero más pequeño, que observaban cómo se llevaban los rebaños por el campamento destruido, el ganado chillando por el hedor a sangre derramada y excrementos. El tiste edur estudió las tres siluetas del risco. Se preguntó adónde irían ahora.

—Ya he visto suficiente. —Le dio la vuelta al caballo con un tirón demasiado brusco de las riendas, la cabeza de la bestia se levantó de golpe, bufó, dio unos pasos atrás y giró. Brohl tuvo que hacer un esfuerzo para mantener el equilibrio.

Si a la atri-preda le hizo gracia, fue lo bastante inteligente como para que no se le notara.

En el cielo habían aparecido las primeras aves carroñeras.

El río Jasp Sur, uno de los cuatro tributarios del río Lether que bajaba de las montañas Rosazul, estaba flanqueado en la orilla sur por un camino elevado que, poco más adelante, comenzaba su largo ascenso al paso montañoso tras el que se encontraba el antiguo reino de Rosazul, sometido ya al Imperio de Lether. El Jasp Sur bajaba rápido por allí, el

impulso de su descenso salvaje de las montañas no lo había ralentizado todavía la inmensa llanura que iba cruzando. El agua helada azotaba los enormes cantos rodados dejados por glaciares extinguidos largo tiempo atrás y arrojaba al aire una bruma gélida que flotaba en nubes sobre el camino.

La figura solitaria que aguardaba a los seis guerreros tiste edur y su séquito era, si acaso, más alta que cualquier edur, pero delgada, envuelta en un manto negro de piel de foca con la capucha subida. Dos tahalíes le cruzaban el pecho y de ellos colgaban dos espadas largas letherii; los pocos mechones de largo cabello blanco que habían escapado al viento estaban húmedos y se pegaban al cuello del manto.

Para los edur merude que se acercaban, la cara que se asomaba a la cogulla parecía pálida como la muerte, como si un cadáver acabara de salir arrastrándose de las aguas paralizantes del río, un ente congelado durante mucho tiempo entre las venas blancas de las montañas que los aguardaban.

El guerrero que iba en cabeza, un veterano de la conquista de Letheras, les hizo un gesto a sus compañeros para que se detuvieran y se acercó a hablar con el desconocido. Además de los otros cinco edur, había diez soldados letherii, dos carretas cargadas y cuarenta esclavos encadenados unos a otros en una fila tras la segunda carreta.

—¿Desea compañía —preguntó el merude, y guiñó los ojos para ver algo más de aquella cara en sombras— para el ascenso al paso? Se dice que quedan bandidos y renegados en las alturas.

—Soy mi propia compañía.

La voz era ronca, el acento arcaico.

El merude se detuvo a tres pasos. Ya podía ver algo más de la cara. Rasgos edur, más o menos, pero blancos como la

nieve. Los ojos eran… desconcertantes. Rojos como la sangre.

—¿Entonces por qué bloquea nuestro camino?

—Capturaron a dos letherii dos días atrás. Son míos.

El merude se encogió de hombros.

—Entonces debería haberlos mantenido encadenados por la noche, amigo. Estos endeudados echan a correr a la menor oportunidad. Por suerte para usted, los capturamos. Oh, sí, por supuesto que los devolveré a su cuidado. Por lo menos la chica; el hombre es un esclavo fugitivo de los hiroth, o eso revelan sus tatuajes. Le espera un Ahogamiento, por desgracia, pero consideraré ofrecerle un sustituto. En cualquier caso, la chica, joven como es, resulta valiosa. Confío en que pueda desembolsar el coste de recuperarla.

—Me los llevo a los dos. Y no le pago nada.

El merude frunció el ceño.

—Los perdió por descuidado —dijo—. Nosotros fuimos diligentes y los recuperamos. Por tanto, esperamos compensación por nuestros esfuerzos, del mismo modo que usted debería esperar que su descuido le suponga un coste.

—Desencadénelos —dijo el desconocido.

—No. ¿A qué tribu pertenece? —Los ojos todavía clavados sin vacilación alguna en los suyos parecían profundamente… muertos—. ¿Qué le ha pasado a su piel? —*Tan muerta como la del emperador*—. ¿Cómo se llama?

—Desencadénelos ya.

El merude sacudió la cabeza y se echó a reír (una carcajada un tanto débil), después les hizo un gesto a sus compañeros para que se adelantaran al tiempo que él empezaba a sacar su alfanje.

La incredulidad ante lo absurdo del desafío ralentizó su reacción. El arma estaba a medio salir de la vaina cuando

una de las espadas largas del desconocido salió con un destello de su funda y abrió la garganta del edur.

Con un grito de rabia, los otros cinco guerreros sacaron sus espadas y se abalanzaron, los diez soldados letherii siguieron su ejemplo a toda prisa.

El desconocido observó derrumbarse al líder, un chorro de sangre cayó en la bruma del río que descendía sobre el camino. Desenvainó la otra espada larga y se adelantó para recibir a los cinco edur. Un choque de hierro y las dos armas letherii estaban cantando en las manos del desconocido, un timbre creciente con cada golpe que absorbían.

Dos edur dieron un tropezón hacia atrás al mismo tiempo, ambos heridos de muerte, uno en el pecho y el otro con un tercio del cráneo rebanado. Este último se dio la vuelta, la lucha continuaba, pero él estiró un brazo para recoger el fragmento de cuero cabelludo y hueso y echó a andar como un borracho por el camino.

Cayó otro edur, la pierna izquierda amputada. Los dos que quedaban retrocedieron a toda prisa y les gritaron a los letherii que en ese momento vacilaban tres pasos por detrás de la lucha.

El desconocido continuó presionando. Paró una estocada del edur de la derecha con la espada larga de la mano izquierda, deslizó la hoja por debajo y la subió, la llevó a la izquierda antes de que un giro de muñeca arrancara el arma de la mano del atacante; después lanzó una estocada recta que enterró la punta en la garganta del edur. Al mismo tiempo extendió la espada larga del brazo derecho e hizo una finta por lo alto. El último edur se echó hacia atrás para evitar ese amago e intentó una cuchillada destinada a cortar la muñeca del desconocido. Pero la espada larga se hundió entonces con un movimiento hábil y apartó el alfanje al tiempo que la punta se clavaba en el ojo derecho del

guerrero y rompía los delicados huesos orbitales de camino al cerebro.

El desconocido avanzó entre los dos edur que caían y derribó a los dos letherii más cercanos, momento en el que los ocho restantes se rindieron y echaron a correr tras las carretas, donde los propios conductores se revolvían y abandonaban, aterrados, el lugar, y después siguieron corriendo junto a la fila de pasmados prisioneros. Volaron camino abajo arrojando las armas en el proceso.

Cuando un letherii concreto pasó enfrente de uno de los esclavos, una pierna salió disparada y puso la zancadilla al hombre; pareció entonces que la cadena se retorció cuando el esclavo emboscado saltó sobre el indefenso letherii, la cadena suelta envolvió el cuello y el esclavo la tensó. Las piernas patearon, los brazos se agitaron y las manos arañaron, pero el esclavo no cejó y al final cesaron los esfuerzos del guardia.

Silchas Ruina, las espadas todavía lamentándose en sus manos, se acercó adonde Udinaas continuaba estrangulando al cadáver.

—Ya puedes parar —dijo el tiste andii albino.

—Puedo —dijo Udinaas con los dientes apretados—, pero no quiero. Este cabrón era el peor de todos. El peor.

—Su alma ya está ahogándose en la bruma —comentó Silchas Ruina, y se volvió cuando dos figuras surgieron de los arbustos que bordeaban la zanja del lado sur del camino.

—Sigue ahogándolo —dijo Tetera desde donde estaba encadenada, fila abajo—. Me hizo daño, fue ése.

—Lo sé —respondió Udinaas con voz áspera—. Lo sé.

Silchas Ruina se acercó a Tetera.

—Te hizo daño. ¿Cómo?

—Lo habitual —respondió ella—. Con la cosa entre las piernas.

—¿Y los otros letherii?

La niña sacudió la cabeza.

—Ésos solo miraban. Se reían, siempre riéndose.

Silchas Ruina se volvió cuando llegó Seren Pedac.

Seren tuvo un escalofrío al ver la expresión en los ojos misteriosos del tiste andii cuando Silchas Ruina se dirigió a ella.

—Perseguiré a los que huyen, corifeo. Y me reuniré con vosotros antes del fin del día.

Seren apartó los ojos, su mirada vislumbró por un instante a Temor Sengar, en pie junto a los cadáveres de los tiste edur merude, después dejó a toda prisa que su mirada recorriera la llanura salpicada de rocas que llevaba al sur, por donde todavía vagaba el tiste edur que había perdido un tercio del cráneo. Pero esa visión también resultó demasiado conmovedora.

—Muy bien —dijo y miró con los ojos guiñados las carretas y los caballos que permanecían en los yugos—. Continuaremos por este camino.

Udinaas, que al fin había agotado toda su rabia con el cuerpo letherii que tenía debajo, se levantó y la miró.

—Seren Pedac, ¿qué hay del resto de estos esclavos? Debemos liberarlos a todos.

Seren frunció el ceño. Con el agotamiento le costaba pensar. Meses y meses de ocultarse, huir y eludir tanto a edur como a letherii; sus esfuerzos por dirigirse al este bloqueados una y otra vez, lo que los obligaba a ir siempre al norte, y el terror interminable que moraba en su interior, todo ello había abotargado sus pensamientos. *Liberarlos. Sí. Pero entonces*...

—Solo más rumores —dijo Udinaas, como si le leyera el pensamiento, como si él pudiera hallar las ideas de ella antes que ella misma—. De esos hay de sobra y confunden a nuestros cazadores. Escucha, Seren, ya saben dónde estamos, más o menos. Y estos esclavos harán todo lo que

puedan para evitar que los vuelvan a capturar. No tenemos que preocuparnos demasiado por ellos.

La corifeo alzó las cejas.

—¿Respondes por tus compañeros endeudados, Udinaas? Todos los cuales darán la espalda a la oportunidad de comprar con información vital una vida libre, ¿no?

—La única alternativa, entonces —dijo él, mirándola—, es matarlos a todos.

Los que escuchaban, aquéllos a los que las palizas no habían convertido en autómatas sin opinión, alzaron la voz de repente con proclamas y promesas, extendiendo las manos hacia Seren y haciendo repicar las cadenas. Los otros levantaron la vista con miedo, como myrid que captaran el olor de un lobo que no podían ver. Algunos sollozaron, encogidos en el barro pétreo del camino.

—El primer edur que mató —dijo Udinaas— tiene las llaves.

Silchas Ruina había bajado por el camino. Apenas visible entre la bruma, el tiste andii se transformó en algo enorme, alado, y emprendió el vuelo. Seren echó un vistazo a la fila de esclavos y comprendió con alivio que ninguno había visto el vuelo de Silchas.

—Muy bien —respondió a Udinaas, y se acercó adonde permanecía Temor Sengar, cerca de los edur muertos.

—He de coger las llaves —dijo la corifeo, y se agachó junto al primer edur caído.

—No lo toques —dijo Temor.

Ella alzó la mirada y lo estudió.

—Las llaves… las cadenas…

—Ya las busco yo.

Seren asintió, se irguió y dio un paso atrás. Observó mientras él rezaba una plegaria silenciosa y después se arrodillaba junto al cuerpo. Encontró las llaves en una saquita de cuero atada al cinturón del guerrero, una saquita

que también contenía un puñado de piedras pulidas. Temor cogió las llaves con la mano izquierda y sostuvo las piedras en la palma de la derecha.

—Éstas —dijo— son de la costa merude. Seguramente las recogió cuando no era más que un niño.

—Los niños crecen —dijo Seren—. Hasta de los árboles rectos brotan ramas torcidas.

—¿Y qué defecto tenía este guerrero? —quiso saber Temor, mirándola con rabia desde el suelo—. Siguió a mi hermano, como hicieron todos los demás guerreros de las tribus.

—Algunos, con el tiempo, le dieron la espalda, Temor. —*Como tú.*

—A lo que yo le he dado la espalda se encuentra a la sombra de aquello hacia lo que me vuelvo, corifeo. ¿Pone eso en duda mi lealtad hacia los tiste edur? ¿Mi propia raza? No. Eso es algo que a todos os conviene olvidar, una y otra vez. Entiéndeme, corifeo. Me esconderé si he de hacerlo, pero no mataré a los míos. Teníamos dinero, podríamos haber comprado su libertad…

—No la de Udinaas.

El otro enseñó los dientes y no dijo nada.

Sí, Udinaas, sé que sueñas con matarlo. Si no fuera por Silchas Ruina…

—Temor Sengar —dijo Seren—, has elegido viajar con nosotros y no puede haber duda, ninguna duda, de que Silchas Ruina está al mando de esta exigua partida. Pueden desagradarte sus métodos si quieres, pero solo con él llegarás al final. Lo sabes.

El guerrero hiroth apartó la mirada y volvió a observar el camino, parpadeando para espantar el agua.

—Y con cada paso, el coste de mi búsqueda aumenta, un endeudamiento que tú deberías entender, corifeo. La forma

de vida letherii, las cargas de las que nunca se puede escapar. Ni dejar atrás comprándolas.

La corifeo extendió la mano para coger las llaves.

El guerrero las dejó en su mano sin querer encontrarse con sus ojos.

No somos muy diferentes de estos esclavos. Seren sopesó el peso del hierro que tintineaba entre sus dedos. *Encadenados juntos. Y sin embargo… ¿quién tiene el medio para liberarnos?*

—¿Adónde ha ido? —preguntó Temor.

—A dar caza a los letherii. Confío en que no pongas objeciones.

—No, pero tú deberías, corifeo.

Supongo que sí. La corifeo echó a andar hacia donde aguardaban los esclavos.

Un prisionero cerca de Udinaas había reptado hasta él y Seren oyó la pregunta que le susurraba.

—Ese asesino alto… ¿era el Cuervo Blanco? Lo era, ¿verdad? He oído…

—Tú no has oído nada —dijo Udinaas mientras levantaba el brazo cuando vio acercarse a Seren—. La de tres bordes —le dijo—. Sí, ésa. Que el Errante nos lleve, os tomasteis vuestro tiempo.

Seren manipuló la llave hasta que el primer grillete se abrió con un chasquido.

—Se suponía que vosotros dos teníais que estar robando en una granja, no dejando que os cogieran unos rastreadores de esclavos.

—Los rastreadores acamparon en los puñeteros terrenos, nadie nos sonreía esa noche.

La corifeo abrió el otro grillete y Udinaas salió de la fila frotándose los verdugones rojos que le rodeaban las muñecas.

—Temor intentó disuadir a Silchas —dijo Seren—. ¿Sabes?, a juzgar por esos dos, no me extraña que los edur y los andii hayan librado diez mil guerras.

Udinaas lanzó un gruñido mientras los dos se dirigían adonde se encontraba Tetera.

—Temor está resentido por haber perdido el mando —contestó el antiguo esclavo—. Que sea a manos de un tiste andii solo empeora las cosas. Sigue sin convencerse de que la traición fue al revés todos esos siglos atrás, que fue Scabandari el que primero sacó el cuchillo.

Seren Pedac no dijo nada. Se colocó delante de Tetera, bajó la cabeza y miró la cara sucia de la niña, los ojos antiguos que se alzaban poco a poco para encontrarse con los suyos.

Tetera sonrió.

—Te he echado de menos.

—¿Cuánto abusaron de ti? —le preguntó Seren mientras le quitaba los grandes grilletes de hierro.

—Puedo caminar. Y he parado de sangrar. Eso es buena señal, ¿verdad?

—Es probable. —Pero esa charla sobre violaciones no era agradable, Seren tenía sus propios recuerdos que la acosaban cada minuto del día—. Habrá cicatrices, Tetera.

—Estar vivo es duro. Siempre tengo hambre, y me duelen los pies.

Odio a los niños con secretos, sobre todo a los que tienen secretos de los que ni siquiera son conscientes. Busca las preguntas adecuadas, no hay otra forma de hacer esto.

—¿Qué más te molesta de estar entre los vivos otra vez, Tetera? —*¿Y... cómo? ¿Por qué?*

—Sentirme pequeña.

El brazo derecho de Seren recibió el pellizco de un esclavo, un anciano que estiraba la mano en busca de las

llaves con una esperanza patética en los ojos. Seren se las dio.

—Libera a los otros —le dijo. El hombre asintió con vigor mientras hurgaba en sus grilletes—. Bueno —le dijo Seren a Tetera—, ésa es una sensación que todos debemos aceptar. Demasiado del mundo se resiste a nuestros esfuerzos por amoldarlo a lo que nos complacería. Vivir es conocer la insatisfacción y la frustración.

—Todavía quiero desgarrar gargantas, Seren. ¿Eso es malo? Creo que tiene que serlo.

Al oír a Tetera, el anciano se encogió y redobló sus torpes intentos de liberarse. Tras él, una mujer maldijo con impaciencia.

Udinaas había trepado al fondo de la carreta de cabeza y estaba muy ocupado saqueándola en busca de todo lo que pudieran necesitar. Tetera fue a reunirse con él con movimientos torpes.

—Tenemos que salir de esta bruma —murmuró Seren—. Estoy empapada. —Se acercó a la carreta—. Daos prisa con eso, vosotros dos. Si otra compañía nos encuentra aquí, podríamos meternos en un lío. —*Sobre todo ahora que Silchas Ruina se ha ido*. Habían sobrevivido hasta ese momento solo gracias al tiste andii. Cuando ocultarse y evadir a quienes los buscaban fallaba, se expresaban sus dos espadas, la espeluznante canción de la eliminación. *El Cuervo Blanco*.

Había pasado una semana desde la última vez que habían visto a edur y letherii que eran con toda claridad cazadores. Cazadores que buscaban al traidor, Temor Sengar. Que buscaban al que los había traicionado, Udinaas. Pero Seren Pedac estaba confusa, debería de haber ejércitos enteros dándoles caza. Si bien la persecución era persistente, era porfiada más que feroz en su ejecución. Silchas había mencionado una vez, de pasada, que los

k’risnan del emperador estaban haciendo hechicerías rituales cuya intención era atraer y atrapar. Y que al este los aguardaban trampas, y también alrededor de la propia Letheras. Seren entendía las del este, pues su destino siempre había sido las tierras salvajes que había más allá del imperio, tierras donde Temor (por alguna razón que no quiso explicar) creía que hallaría lo que buscaba; una creencia que Silchas Ruina no refutó. Pero rodear la capital en sí desconcertaba a Seren. *Como si Rhulad tuviera miedo de su hermano*.

Udinaas bajó de un salto de la carreta de cabeza y se dirigió a la segunda.

—Encontré dinero —dijo—. A montones. Deberíamos llevarnos también estos caballos, podemos venderlos una vez que bajemos el puerto.

—Hay un fuerte en el puerto —dijo Seren—. Puede que no tenga guarnición, pero no hay garantías, Udinaas. Si llegamos con caballos… y los reconocen…

—Podemos rodear el fuerte —respondió él—. Por la noche. Sin que nos vean.

Seren frunció el ceño y se limpió el agua de los ojos.

—Eso es más fácil sin caballos. Además, estas bestias son viejas, están deshechas, no nos darán mucho por ellas, sobre todo en Rosazul. Y cuando regrese el wyval, seguro que se mueren de terror.

—El wyval no va a volver —dijo Udinaas mientras le daba la espalda, la voz áspera—. El wyval se ha ido, y punto.

Seren sabía que no debería dudar de él. El espíritu del engendro del dragón había vivido en su interior, después de todo. Pero no había una explicación obvia para la desaparición repentina de la bestia alada, al menos ninguna que Udinaas quisiera compartir. El wyval se había ido más de un mes antes.

Udinaas juró desde donde se había agachado en el fondo de la carreta.

—Aquí no hay nada más que armas.

—¿Armas?

—Espadas, escudos y armaduras.

—¿Letherii?

—Sí. Bastante mediocres.

—¿Qué estaban haciendo estos traficantes de esclavos con una carreta cargada de armas?

El antiguo esclavo se encogió de hombros, se bajó, pasó junto a ella a toda prisa y empezó a desenganchar los caballos.

—Estas bestias lo habrían pasado mal en el ascenso.

—Ya vuelve Silchas Ruina —dijo Tetera, y señaló el camino.

—Qué rápido.

Udinaas lanzó una carcajada dura.

—Los muy idiotas deberían haberse desperdigado, haberlo obligado a darles caza uno por uno. En su lugar, seguro que se reagruparon como los estúpidos soldaditos buenos que eran.

Desde cerca de la carreta de cabeza habló Temor Sengar.

—Tu sangre es muy clara, Udinaas, ¿verdad?

—Como el agua —respondió el antiguo esclavo.

Por el amor del Errante, Temor, él no eligió abandonar a tu hermano. Lo sabes. Y tampoco es el responsable de la locura de Rhulad. Así que, ¿qué parte del odio que destilas por Udinaas es porque te sientes culpable? ¿A quién hay que culpar de verdad por Rhulad? ¿Por el emperador de las Mil Muertes?

El tiste andii de piel blanca salió sin prisas de entre las brumas, una aparición, el manto negro reluciendo como piel de serpiente. Las espadas una vez más en la vaina que

amortiguaría sus gritos; las voces de hierro, reticentes a desvanecerse, persistirían durante días.

Cómo odiaba Seren ese sonido.

Tanal Yathvanar estaba de pie mirando a la mujer desnuda que había en su cama. Los interrogadores habían trabajado duro con ella para arrancarle las respuestas que buscaban. Estaba casi destrozada, la piel llena de cortes y quemaduras, las articulaciones hinchadas y moteadas de cardenales. Apenas había estado consciente cuando la había usado la noche anterior. Era más fácil que con las putas, y, además, no le costaba nada. A él no le interesaba mucho golpear a sus mujeres, solo verlas golpeadas. Comprendía que su deseo era una perversión, pero esa organización (los patriotas) era el refugio perfecto para personas como él. Poder e inmunidad, una combinación letal. Sospechaba que Karos Invictad era más que consciente de esas escapadas nocturnas y que se guardaba esa información como un cuchillo envainado.

No es como si la hubiera matado. No es como si ella fuera a recordar esto siquiera. De todos modos, está destinada a los Ahogamientos, ¿qué importa si yo disfruto un poco antes? Los soldados hacen lo mismo. Él había soñado con ser soldado una vez, años antes, cuando en su juventud albergaba nociones románticas y equivocadas del heroísmo y la libertad sin restricciones, como si lo primero justificara lo segundo. Había habido muchos asesinos nobles en la historia de Lether. Gerun Eberict había sido uno de esos hombres. Había asesinado a miles: ladrones, matones y gandules, depravados e indigentes. Había «limpiado» las calles de Letheras, y ¿quién no había disfrutado de la recompensa? Menos mendigos, menos rateros, menos sin techo y demás fracasados decrépitos de la era moderna.

Tanal admiraba a Gerun Eberict, había sido un gran hombre. Asesinado por un matón que le había hecho papilla el cráneo; una pérdida trágica, sin sentido y cruel.

Un día encontraremos a ese asesino.

Le dio la espalda a la mujer inconsciente, se colocó bien la túnica ligera para que las costuras del hombro quedaran uniformes y rectas y después cerró los broches del cinturón de armas. Uno de los requisitos del centinela que debían cumplir los oficiales de los patriotas: llevar cinturón, daga y espada corta. A Tanal le gustaba sentir su peso, la autoridad implícita en el privilegio de llevar armas cuando a todos los demás letherii (salvo los soldados) se lo prohibía la proclama del emperador.

Como si fuéramos a rebelarnos. El maldito idiota cree que ganó la guerra. Todos lo creen. Pandilla de bárbaros lerdos.

Tanal Yathvanar fue hasta la puerta, salió al pasillo y se dirigió al despacho del centinela. Un momento antes de que llamara a la puerta sonó la segunda campanada después de mediodía. Un murmullo lo invitó a entrar.

Encontró a Rautos Hivanar, maese de la Consigna Libertad, ya sentado enfrente de Karos Invictad. El hombretón parecía llenar la mitad de la habitación y Tanal observó que el centinela había colocado su sillón tan atrás como había podido, de modo que estaba inclinado contra el alféizar de la ventana. En ese espacio, Karos intentaba encontrar una postura de afable comodidad.

—Tanal, nuestro invitado está insistiendo mucho en sus sospechas. Lo suficiente para convencerme de que debemos dedicar bastante más atención a encontrar la fuente de la amenaza.

—Centinela, ¿el propósito es la sedición o la traición, o estamos tratando con un ladrón?

—Un ladrón, diría yo —respondió Karos al tiempo que le lanzaba una mirada a Rautos Hivanar.

Las mejillas del hombre se hincharon y después exhaló un lento suspiro.

—Yo no estoy tan seguro. A primera vista parece que nos enfrentamos a un individuo obsesivo, consumido por la codicia y que, por tanto, atesora riquezas. Pero solo como dinero en sí, y por eso está resultando tan difícil encontrar un rastro. No hay propiedades, no hay ostentación, no hace alarde de privilegios. Ahora bien, como sutil consecuencia, la escasez de dinero es al fin perceptible. Cierto, no se ha producido ningún daño real en la estructura financiera del imperio. Todavía. Pero si continúa la merma —sacudió la cabeza—, comenzaremos a notar la tensión.

Tanal se aclaró la garganta.

—Maese —preguntó entonces—, ¿ha dedicado a alguno de sus agentes a investigar la situación?

Rautos frunció el ceño.

—La Consigna Libertad prospera precisamente porque sus miembros albergan la convicción de que son los jugadores más poderosos en un sistema inatacable. La confianza es una cualidad muy frágil, Tanal Yathvanar. Cierto, unos cuantos que tratan de forma específica con finanzas me han transmitido su preocupación. Druz Thennic, Barrakta Ilk, por ejemplo. Pero no se ha formalizado nada aún, no hay una sospecha real de que algo vaya mal. Sin embargo, esos hombres no son tontos. —Miró por la ventana que había detrás de Karos Invictad—. La investigación la deben llevar a cabo los patriotas con la mayor discreción. —Los ojos de párpados pesados bajaron y se posaron en el centinela—. Tengo entendido que en los últimos tiempos ha puesto las miras en académicos y eruditos.

Un encogimiento de hombros modesto y un alzamiento de cejas de Karos Invictad.

—Los muchos caminos de la traición.

—Algunos son miembros de familias establecidas y muy respetadas de Lether.

—No, Rautos, no los que hemos arrestado.

—Cierto, pero esas desafortunadas víctimas tienen amigos, centinela, que a su vez han acudido a mí.

—Bueno, amigo mío, es un asunto extraordinariamente delicado, desde luego. Pisa usted terreno muy poco firme, sin más que barro bajo sus pies. —Se adelantó en el sillón y plegó las manos en el escritorio—. Pero lo investigaré de todos modos. Es posible que la última serie de arrestos haya conseguido sofocar el desencanto que reina entre los intelectuales, o por lo menos que haya eliminado a los más notorios de esa panda.

—Gracias, centinela. Y bien, ¿quién llevará a cabo su investigación?

—Bueno, de eso me ocuparé yo en persona.

—Venitt Sathad, mi ayudante, que aguarda abajo, en el patio, puede servir como enlace entre su organización y yo esta semana; después asignaré a otra persona.

—Muy bien. Deberían de bastar informes semanales, al menos para empezar.

—De acuerdo.

Rautos Hivanar se levantó y, tras un momento, Karos Invictad siguió su ejemplo.

De repente el despacho estaba atestado y Tanal retrocedió un poco, enfadado por la intimidación que sentía por instinto alzarse en su interior. *No tengo nada que temer de Rautos Hivanar. Ni de Karos. Soy su confidente, de los dos. Confían en mí.*

Karos Invictad estaba un paso por detrás de Rautos, una mano en la espalda del hombre cuando el maese abrió la puerta. En cuanto Rautos salió al pasillo, Karos sonrió, le dijo

unas últimas palabras a su visitante, que respondió con un gruñido, cerró la puerta y se volvió hacia Tanal.

—Una de esos académicos tan respetados está ensuciando tus sábanas, Yathvanar.

Tanal parpadeó.

—Señor, se la sentenció a los Ahogamientos…

—Revoca el castigo. Que la aseen.

—Señor, bien podría ser que después recuerde…

—Podrías ejercer cierta moderación, Tanal Yathvanar —dijo Karos Invictad con tono frío—. Arresta a alguna hija de los que ya están encadenados, maldito seas, y diviértete con ellas. ¿Me he explicado bien?

—S-sí señor. Si ella se acuerda…

—Entonces habrá que darle una indemnización, ¿no crees? Confío en que mantengas tus finanzas en orden, Yathvanar. Y ahora, desaparece de mi vista.

Cuando Tanal cerró la puerta tras él, tuvo que hacer un esfuerzo para aspirar una bocanada de aire. *El muy cabrón. No podía advertirme para que no la tocara, ¿no? ¿Quién cometió este gran error? Pero quieres hacérmelo pagar a mí. Por todo ello. Que Filo y Hacha te lleven, Invictad, no sufriré solo*.

No lo haré.

—En la depravación se observa cierta fascinación, ¿no te parece?

—No.

—Después de todo, cuanto más enferma está el alma, más dulce es su castigo.

—Suponiendo que lo haya.

—Hay un punto central, estoy seguro. Y debería estar justo en el centro, según mis cálculos. Quizá el fulcro en sí tenga algún defecto.

—¿Qué cálculos?

—Pues los que te pedí que hicieras por mí, por supuesto. ¿Dónde están?

—Los tengo en la lista.

—¿Y cómo calculas el orden de tu lista?

—Ese cálculo no me lo pidió.

—Cierto. Pero en fin, si dejase las patas quietas, podríamos comprobar mi hipótesis como es debido.

—No quiere, y yo lo entiendo. Usted está intentando ponerlo en equilibrio sobre el punto medio de su cuerpo, pero él está diseñado para levantar esa parte con todas esas patas.

—¿Son observaciones formales? Si lo son, anótalas.

—¿En qué? Nos tomamos la tableta de cera para almorzar.

—No me extraña que me sienta como si pudiera comerme una vaca sin ni siquiera un hipido. ¡Mira! ¡Ja! ¡Está encaramado! ¡Perfectamente encaramado!

Los dos hombres se inclinaron para examinar a Ezgara, el insecto que tenía una cabeza en cada extremo. Nada único, por supuesto, los había a montones en esos días, llenando un nicho arcano en la complicada miasma de la naturaleza, un nicho que llevaba vacante un sinfín de milenios. Las patitas como ramitas rotas de la criatura pataleaban con gesto impotente.

—Lo está torturando —dijo Bicho— con una depravación clara, Tehol.

—Solo lo parece.

—No, es así.

—Está bien. —Tehol estiró la mano y levantó al indefenso insecto del fulcro. Las cabezas del animalito giraron sobre sí mismas—. Además —añadió mientras miraba de cerca a la criatura—, no era ésa la depravación de la que hablaba. ¿Cómo va el negocio de la construcción, por cierto?

—Hundiéndose a toda prisa.

—Ah. ¿Es una afirmación o indigencia menospreciada?

—Nos estamos quedando sin compradores. No hay dinero en metálico y se acabaron los créditos, sobre todo cuando resulta que los promotores no pueden vender las propiedades. Así que he tenido que despedir a todo el mundo, incluyéndome a mí.

—¿Y cuándo ocurrió todo eso?

—Mañana.

—Típico. Siempre soy el último en enterarme. ¿Crees que Ezgara tiene hambre?

—Comió más cera que usted, ¿adónde se cree que van todos los desperdicios?

—¿Los suyos o los míos?

—Amo, yo ya sé adónde van los suyos, y si Biri se entera…

—Ni una palabra más, Bicho. Bien, según mis observaciones y de acuerdo con las anotaciones que no has hecho, Ezgara ha consumido una cantidad de comida equivalente en peso a un gato ahogado. Sin embargo, sigue siendo diminuto y estando ágil y en forma, y gracias a nuestro almuerzo de cera de hoy, sus cabezas ya no chirrían cuando giran, lo que me tomo como una buena señal, puesto que ahora no nos despertará cien veces cada noche.

—Amo.

—¿Sí?

—¿Cómo sabe cuánto pesa un gato ahogado?

—Selush, por supuesto.

—No entiendo.

—Tienes que acordarte. Hace tres años. El gato salvaje que atraparon con una red en la hacienda Rinnesict, el que estaba violando a un pato ornamental que no podía volar. Lo sentenciaron al Ahogamiento.

—Una muerte terrible para un gato. Sí, ya me acuerdo. Los aullidos se oyeron en toda la ciudad.

—Ese mismo. Un benefactor anónimo se compadeció del empapado cadáver felino y le pagó a Selush una pequeña fortuna para que amortajase a la bestia y tuviese un enterramiento como era debido.

—Está usted loco. ¿Quién haría eso y por qué?

—Con segundas intenciones, por supuesto. De otro modo, ¿qué validez tendría la comparación? A modo de descripción, llevo años esperando para usarla.

—Tres.

—No, mucho más. De ahí mi curiosidad y oportunismo. Antes del líquido final de ese gato yo temía expresar en voz alta la comparación que, al carecer de veracidad por mi parte, podría invitar al ridículo.

—Es usted de lo más sensible, ¿no?

—No se lo digas a nadie.

—Amo, en cuanto a esas criptas…

—¿Qué pasa con ellas?

—Creo que habría que ampliarlas.

Tehol usó la punta del índice derecho para acariciar el lomo del insecto, o si no, para ponerlo de los nervios.

—¿Ya? Bueno, ahora mismo, ¿a qué profundidad estás bajo el río?

—Más de medio camino.

—¿Y eso son cuántas?

—¿Criptas? Dieciséis. Cada una de la altura de tres hombres por dos.

—¿Todas llenas?

—Todas.

—Oh. Así que es de presumir que ya está empezando a doler.

—Construcciones Bicho será la primera gran empresa en derrumbarse.

—¿Y a cuántas arrastrará con ella?

—No hay forma de decirlo. Tres, quizá cuatro.

—Creí que habías dicho que no había forma de decirlo.

—Entonces no se lo diga a nadie.

—Buena idea. Bicho, necesito que me construyas una caja, con especificaciones muy específicas que ya se me ocurrirán más tarde.

—Una caja, amo. ¿Sirve la madera?

—¿Qué clase de frase es ésa? La madera no sirve a nadie.

—No, que si sirve, ya sabe, si vale.

—Sí, sirve esa madera.

—¿Tamaño?

—Desde luego. Pero nada de tapa.

—Por fin entra en detalles.

—Ya te dije que lo haría.

—¿Para qué es la caja, amo?

—No puedo contártelo, por desgracia. No de forma específica. Pero la necesito pronto.

—En cuanto a las criptas…

—Haz diez más, Bicho. El doble de tamaño. En cuanto a Construcciones Bicho, aguanta un poco todavía: acumula deudas, elude a los acreedores, no dejes de comprar materiales y mételos en almacenes que cobren un alquiler exorbitante. Ah, y malversa todo lo que puedas.

—Perderé la cabeza.

—No te preocupes. A aquí Ezgara le sobra una.

—Vaya, pues gracias.

—Y ni siquiera chirría.

—Qué alivio. ¿Qué está haciendo ahora, amo?

—¿A ti qué te parece?

—Que se vuelve a la cama.

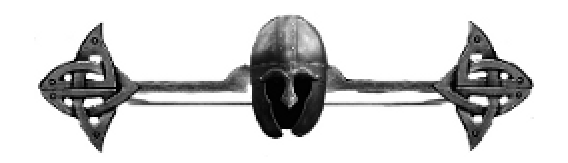
—Y tú tienes que construir una caja, Bicho, una caja de lo más lista. Pero acuérdate, nada de tapa.

—¿Puedo al menos preguntar para qué es?

Tehol se acomodó en su cama, estudió el cielo azul por un momento y después le sonrió a su criado, que resultaba que era un dios ancestral.

—Pues para que tenga su castigo, Bicho, ¿para qué si no?

2



El momento del despertar nos aguarda a todos
en un umbral o donde el camino vira
si de la vida se tira, chispas como polillas al interior
a esta única astilla de tiempo que resplandece
como el sol sobre el agua, nos acrecentaremos
convertidos en una masa hecha pequeña, nervada de temores
y atravesada por todo lo que de repente es
valioso, y el ahora se traga,
el peso del yo es una inmediatez aplastante,
en este día donde el camino vira,
llega el momento del despertar.

Reflejos en invierno
—Corara de Drene

El ascenso a la cima empezó donde terminaba el camino construido por los letherii. Con el río dando voz a su incesante rugido a quince pasos a su izquierda, los adoquines toscos se desvanecieron bajo un deslizamiento de piedras negras en la base de una morrena. Unos árboles arrancados alzaban ramas dobladas y retorcidas entre los escombros, miembros sobresalientes de los que colgaban raíces enroscadas que chorreaban agua. Ringleras de

bosque trepaban por la ladera de la montaña hacia el norte, al otro lado del río, y los riscos recortados que bordeaban el torrente de agua por ese lado verdeaban por el musgo. La montaña contraria, que flanqueaba la pista, era un contraste inhóspito decorado con un encaje de fisuras, un paisaje roto, excavado y casi sin árboles. En medio de esta fachada hecha pedazos, las sombras distinguían extrañas irregularidades de líneas y ángulos; y en la pista en sí, aquí y allá, se habían tallado unos escalones anchos y gastados, erosionados por el agua y los siglos de pisadas.

Seren Pedac creía que una ciudad había ocupado en otro tiempo toda la ladera de la montaña, una fortaleza vertical tallada en la roca viva. Incluso distinguía lo que ella creía que eran grandes ventanas abiertas, y quizá los salientes fragmentados de balcones en las alturas, desdibujados entre las brumas. Sin embargo, algo (algo enorme, terrible en su monstruosidad) había impactado contra el lado entero de la montaña y había borrado de su falda la mayor parte de la ciudad con un solo golpe. Casi podía discernir el perfil de esa colisión, pero entre los pedregales de escombros que resbalaban por las laderas hendidas, la única piedra visible pertenecía a la montaña en sí.

Se encontraban en la base de la pista. Seren observaba los ojos exánimes del tiste andii, que escrutaban las alturas con calma.

—¿Y bien? —preguntó.

Silchas Ruina sacudió la cabeza.

—No de mi gente. K’chain che’malle.

—¿Una víctima de vuestra guerra?

Él la miró como si intentara calibrar la emoción que se ocultaba tras la pregunta, después le contestó.

—La mayor parte de las montañas en las que los k’chain che’malle tallaron sus fortalezas flotantes están ahora bajo las olas, inundadas tras el desplome de Omtose Phellack.

Las ciudades están talladas en la piedra, aunque solo las primeras versiones son como las ves aquí, abiertas al aire en lugar de enterradas en el fondo de la piedra informe.

—Una transformación que sugiere una necesidad repentina de autodefensa.

Silchas asintió.

Temor Sengar había pasado junto a ellos y estaba empezando a subir. Tras un momento, Udinaas y Tetera lo siguieron. Seren había insistido en dejar los caballos atrás y se había impuesto. En el claro que tenían a la derecha había cuatro carretas cubiertas con lonas. Era obvio que ningún vehículo conseguía subir y a partir de aquel punto todo el transporte se hacía a pie. En cuanto a la cantidad de armas y armaduras que transportaban los traficantes, o bien habrían tenido que esconderlo por allí y aguardar a un equipo que lo llevara a hombros, o habrían cargado a los esclavos como mulas.

—Yo nunca he cruzado este puerto concreto —dijo Seren —, aunque he divisado esta ladera desde lejos. Incluso entonces me pareció ver pruebas de un cambio de forma. Una vez se lo pregunté a Casco Beddict, pero no quiso decirme nada. En algún momento, sin embargo, creo que nuestra pista nos lleva al interior.

—La hechicería que destruyó esta ciudad fue formidable —dijo Silchas Ruina.

—Quizá alguna fuerza de la naturaleza…

—No, corifeo. Starvald Demelain. La destrucción fue obra de dragones. Eleint de pura sangre. Al menos una docena, trabajando en armonía, un desencadenamiento combinado de sus sendas. Inusual —añadió.

—¿Qué parte?

—Una alianza tan grande, para empezar. Y también el alcance de su rabia. Me pregunto qué crimen cometieron los k’chain che’malle para merecer semejante represalia.

—Yo sé la respuesta —dijo un susurro sibilante tras ellos; Seren se volvió, bajó los ojos y los guiñó para mirar el espectro insustancial que se había agazapado allí.

—Marchito. Me preguntaba adónde habías ido.

—Viajes al corazón de la piedra, Seren Pedac. Al interior de la sangre congelada. ¿Cuál fue su crimen, te preguntas, Silchas Ruina? Pues nada menos que la aniquilación garantizada de toda existencia. Si los aguardaba la extinción, entonces también moriría todo lo demás. ¿Desesperación o un rencor maligno? Quizá ninguna de las dos cosas, quizá un desgraciado accidente, esa herida en el centro de todo. Pero ¿qué nos importa? Todos seremos polvo para entonces. Indiferentes. Insensibles.

Silchas Ruina le contestó sin volverse.

—Ten cuidado con la sangre congelada, Marchito. Puede apoderarse de ti de todos modos.

El espectro lanzó un siseo que era una carcajada.

—Como una hormiga en la savia, sí. Ah, pero es tan seductora, amo.

—Estás advertido. Si quedas atrapado, yo no puedo liberarte.

El espectro se deslizó junto a ellos y subió fluyendo por los irregulares escalones.

Seren se colocó bien la cartera de cuero que llevaba en los hombros.

—Los fent transportaban las provisiones en equilibrio sobre la cabeza. Ojalá pudiera hacer yo lo mismo.

—Las vértebras se compactaban —dijo Silchas Ruina—, lo que daba como resultado un dolor crónico.

—Bueno, ahora mismo noto unos cuantos crujidos en las mías, así que me temo que no veo la diferencia. —Empezó a subir—. Sabes, como soletaken podrías…

—No —dijo él al seguirla—, hay demasiada sed de sangre en la transformación. La avidez draconiana de mi interior es

donde reside mi rabia, y no es fácil dominar esa rabia.

La corifeo, incapaz de contenerse, lanzó un bufido burlón.

—¿Te divierte, corifeo?

—Scabandari está muerto. Temor vio su cráneo aplastado. A ti te apuñalaron y luego encerraron, y ahora que estás libre, lo único que te consume es el deseo de venganza… ¿contra qué? ¿Un alma incorpórea? ¿Algo menos que un espectro? ¿Qué quedará de Scabandari a estas alturas? Silchas Ruina, la tuya es una obsesión patética. Al menos Temor Sengar busca algo positivo, y no es que lo vaya a encontrar, dado que tú, con toda probabilidad, aniquilarás lo que quede de Scabandari antes de que tenga la oportunidad de hablar con él, suponiendo que sea siquiera posible. —Cuando el otro no dijo nada, Seren continuó—. Al parecer mi destino es guiar ese tipo de misiones. Igual que mi último viaje, el que me llevó a las tierras de los tiste edur. Todo el mundo reñido, por todas partes motivos ocultos y en conflicto. Mi tarea era singular, por supuesto: llevar a los muy idiotas y después apartarme todo lo posible cuando sacaran los cuchillos.

—Corifeo, mi rabia es más complicada de lo que crees.

—¿Qué significa eso?

—El futuro que nos planteas es demasiado simple, demasiado confinado; sospecho que cuando lleguemos a nuestro destino, nada procederá según anticipas.

Seren lanzó un gruñido.

—He de aceptarlo, puesto que fue lo que ocurrió en la aldea del rey hechicero. Después de todo, las repercusiones supusieron la conquista del Imperio de Lether.

—¿Asumes la responsabilidad, corifeo?

—Asumo la responsabilidad de muy pocas cosas, Silchas Ruina. Eso tiene que ser obvio.

Los escalones eran empinados, los bordes gastados y traicioneros. A medida que subían el aire se iba

enrareciendo, las brumas se arremolinaban procedentes de las cataratas que caían a su izquierda, el sonido era un rugido que trepaba entre las piedras en un tumulto de ecos. Donde las antiguas escaleras se desvanecían por completo, se habían construido caballetes de madera que formaban algo parecido a un cruce entre una escala y unos escalones apoyados en aquella roca escarpada, sesgada.

Tras subir un tercio del camino, encontraron un saliente donde pudieron reunirse para descansar. Entre los escombros esparcidos de la plataforma había restos de métopas, cornisas y frisos que lucían tallas demasiado fragmentadas para ser identificables, lo que sugería que una fachada entera había existido alguna vez justo encima de ellos. Los andamios se convirtieron en una auténtica escala y, a la derecha, a una altura de tres hombres, se abría la boca de una cueva rectangular, casi con forma de puerta.

Udinaas se quedó mirando ese portal oscuro durante un buen rato antes de volverse hacia los otros.

—Sugiero que lo intentemos.

—No es necesario, esclavo —respondió Temor Sengar—. Esta pista es recta, simple, fiable…

—Y cuanto más subimos, más helada está. —El endeudado hizo una mueca y se echó a reír—. Oh, es que hay canciones que cantar, ¿verdad, Temor? Los peligros y las tribulaciones, las glorias del sufrimiento, todo para ganar tu heroico triunfo. Quieres que los ancianos que en otro tiempo fueron tus nietos reúnan al clan alrededor del fuego para relatar tu historia, la misión de un guerrero solitario en busca de su dios. Ya casi los oigo describiendo al formidable Temor Sengar de los hiroth, hermano del emperador, con su recua de seguidores, la niña perdida, la inveterada guía letherii, un fantasma, un esclavo, y, por supuesto, el némesis de piel blanca. El Cuervo Blanco con sus elocuentes mentiras. Pero si tenemos toda la gama de arquetipos, ¿a

que sí? —Metió la mano en la cartera que tenía al lado, sacó una bota de agua, dio un largo trago y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Pero imagina que todo sea para nada, que te precipites de un escalón resbaladizo y caigas desde una altura de quinientos hombres a una muerte ignominiosa. No es como dice el cuento, por desgracia, pero claro, la vida no es un cuento, ¿no? —Volvió a guardar el cuero y se echó al hombro su mochila—. El esclavo amargado elige una ruta diferente hacia la cima, el muy idiota. Claro que —hizo una pausa para sonreírle a Temor—, alguien tiene que ser la moraleja en esta épica, ¿no?

Seren observó al hombre trepar los peldaños. Cuando llegó enfrente de la boca de la cueva, subió los brazos hasta que se agarró al borde de piedra con una mano y siguió con un pie que fue estirando hasta que la punta del mocasín se apoyó en el saliente. Y después, con un cambio rápido de peso combinado con un empujón que lo alejó de la escala, giró con agilidad sobre una pierna y levantó la otra en el aire. Se adelantó, empujado por el peso de la cartera que llevaba a la espalda, y entró en la oscuridad de la puerta.

—Nada mal hecho —comentó Silchas Ruina, y había algo parecido a la diversión en su tono, como si hubiera disfrutado al ver al esclavo picar la arrogancia sentenciosa de Temor Sengar, lo que revelaba dos perspectivas en su comentario—. Me parece que voy a seguirlo.

—Yo también —dijo Tetera.

Seren Pedac suspiró.

—Muy bien, pero sugiero que nosotros usemos cuerdas y dejemos los alardes para Udinaas.

La boca de la cueva reveló que había sido un pasillo que, con toda probabilidad, había llevado a un balcón antes de que la fachada se hubiera partido. Unas secciones inmensas

de los muros, desgarradas por las grietas, habían cambiado de posición y se habían asentado en ángulos opuestos. Y cada grieta, cada fisura que Seren podía ver por todos lados, hervía con los cuerpos peludos de murciélagos que se retorcían, despertados por su presencia, chirriando y a punto de sufrir un ataque de pánico. Cuando Seren dejó su mochila en el suelo, Udinaas se puso a su lado.

—Toma —dijo, su aliento surgía en penachos—, enciende tú este farol, corifeo; cuando baja la temperatura, las manos se me entumecen. —Cuando ella lo miró, el antiguo esclavo posó los ojos en Temor Sengar y luego dijo—: Demasiados años metiendo las manos en agua helada. Un esclavo entre los edur no sabe de comodidades.

—No pasabas hambre —dijo Temor Sengar.

—Cuando un árbol de palosangre caía en el bosque —dijo Udinaas—, nos enviaban a traerlo a rastras a la aldea. ¿Recuerdas esos momentos, Temor? A veces, el tronco cambiaba de posición de forma inesperada, se deslizaba por el barro o lo que fuera y aplastaba a un esclavo. Uno de ellos era de nuestra casa, tú no te acuerdas de él, ¿verdad? ¿Qué es un esclavo muerto más? Los edur gritabais cuando pasaba eso, decíais que el espíritu del palosangre tenía sed de sangre letherii.

—Ya basta, Udinaas —dijo Seren, que por fin consiguió encender el farol. Cuando brotó la luz, los murciélagos salieron como una explosión de las grietas y de repente el aire se llenó de aleteos frenéticos. Una docena de latidos después, las criaturas se habían ido.

Seren se irguió y levantó el farol.

Estaban pisando una pasta gruesa y mohosa, guano, plagada de larvas y escarabajos, de la que se alzaba un hedor pestilente.

—Será mejor que entremos —dijo Seren— y nos quitemos esto. Hay fiebres…

El hombre chillaba mientras los guardias que tiraban de las cadenas lo arrastraban por el patio hasta el muro de los anillos. Los pies aplastados dejaban manchas sanguinolentas en los adoquines. Los chillidos de acusación surgían del hombre como un lamento, una rabia estridente ante la forma del mundo, el mundo letherii.

Tanal Yathvanar lanzó un leve bufido.

—Oiga eso. Qué ingenuidad.

Karos Invictad, de pie junto a él en el balcón, le lanzó una mirada severa.

—Qué necio eres, Tanal Yathvanar.

—¿Centinela?

Karos Invictad apoyó los antebrazos en la barandilla y miró con los ojos guiñados al prisionero. Unos dedos como gusanos hinchados de río se entrelazaron poco a poco. En las alturas se carcajeaba una gaviota.

—¿Quién representa la mayor amenaza para el imperio, Yathvanar?

—Los fanáticos —respondió Tanal tras un momento—. Como ese de ahí abajo.

—En absoluto. Escucha lo que dice. Lo embarga la certeza. Se atiene a una visión segura del mundo, un hombre con las respuestas correctas; no hay ni que decir que las propias preguntas previas eran las correctas. En un ciudadano con certidumbre, Yathvanar, se puede influir, convertir en lo contrario, lo puedes transformar en un diligente aliado. Lo único que hay que hacer es encontrar lo que más lo amenaza. Prender su miedo, reducir a cenizas los cimientos de su certeza, y después ofrecerle una forma alternativa de pensar, de ver el mundo, igual de cierta. Extenderá los brazos, cruzará el abismo, por ancho que sea, y se aferrará a ti con todas sus fuerzas. No, nuestros

enemigos no son los que están seguros. Equivocados en estos momentos, como en el caso de ese hombre de ahí abajo, pero siempre vulnerables al miedo. Quítales el consuelo de sus convicciones y engatúsalos con convicciones fabricadas por ti, convicciones que parezcan contundentes y razonables. Podemos tener la seguridad de que al final las abrazarán.

—Entiendo.

—Tanal Yathvanar, nuestros mayores enemigos son aquellos que carecen de certezas. Los que tienen preguntas, los que contemplan nuestras pulcras respuestas con un escepticismo inextinguible. Esas preguntas nos asaltan, nos socavan… Agitan. Has de entender que esos peligrosos ciudadanos comprenden que no hay nada sencillo; su postura es todo lo opuesto al candor. Los hace humildes la ambivalencia de la que son testigos, y desafían nuestras sencillas y consoladoras afirmaciones de claridad, de un mundo en blanco y negro. Yathvanar, cuando desees insultar del peor modo posible a un ciudadano así, llámalo ingenuo. Se pondrán furibundos, se quedarán casi sin palabras… hasta que observas que sus mentes dan marcha atrás y revelan una cascada de expresiones cuando se preguntan a sí mismos: ¿quién es el que se atreve a llamarme ingenuo? Bueno, es su respuesta, está claro que una persona en posesión de certezas, con toda la arrogancia y pretensión que supone tal posición; una confianza, así pues, que permite el juicio displicente, el rechazo burlón articulado desde la más elevada postura. Y a partir de entonces en los ojos de tu víctima entrará la luz del reconocimiento; en ti, él se enfrenta a su enemigo, su enemigo más real. Y conocerá el miedo. De hecho, el terror.

—Surge entonces la pregunta, centinela…

Karos Invictad sonrió.

—¿Poseo yo certezas? ¿O de hecho me veo plagado por preguntas y dudas y me debato en las corrientes salvajes de la complejidad? —Se quedó callado un momento antes de continuar—. No me atengo más que a una certeza. El poder es lo que da forma al rostro del mundo. En sí mismo, no es ni benigno ni maligno; no es más que la herramienta con la que el que lo empuña reforma todo lo que le rodea, le da nueva forma para que se adapte a su… comodidad. Por supuesto, expresar poder es promulgar una tiranía, que puede ser sutil y blanda o cruel y dura. Implícita en el poder (político, familiar, como quieras) está la amenaza de la coerción. Contra todos los que optan por resistirse. Y que conste que si está disponible la coerción, no te quepa duda de que se utilizará. —El centinela hizo un gesto—. Escucha a ese hombre. Me está haciendo todo el trabajo. Abajo, en las mazmorras, sus compañeros de celda oyen sus desvaríos y algunos se unen al coro, los guardias toman nota de quién, y ésa es una lista de nombres que examino a diario, porque ésos son los que puedo ganarme. Los que no dicen nada, o los que dan la espalda, ésa es la lista de los que deben morir.

—Así que —dijo Tanal— lo dejamos chillar.

—Sí. La ironía es que es ingenuo de verdad, aunque no por supuesto en el sentido al que te referías en un principio. Es su misma certeza la que revela su alegre ignorancia. Es una ironía mayor que ambos extremos del espectro político revelan una convergencia de medios y métodos y, de hecho, hasta la misma actitud de los creyentes, su ferocidad contra los que les llevan la contraria, la sangre que derramarán con gusto por su causa, para defender su versión de la realidad. El odio que revelan hacia los que expresan dudas. El escepticismo disfraza el desprecio, después de todo, y ser despreciado por alguien que no se atiene a nada es sufrir la herida más profunda, la más cortante. Así que nos aferramos

a la certeza, Yathvanar, y pronto convertimos en nuestra misión arrancar de raíz y aniquilar a los que plantean preguntas. Ah, y qué placer derivamos de ello…

Tanal Yathvanar no dijo nada, lo embargaba una tormenta de sospechas, ninguna de las cuales podía aislar o ubicar.

—Juzgaste muy rápido, ¿no? —dijo Karos Invictad—. Ah, cuántas cosas revelaste con ese comentario desdeñoso. Y admito que me divirtió la respuesta instintiva que suscitaron en mí tus palabras. Ingenuo. Que el Errante me lleve, me apetecía arrancarte la cabeza del cuerpo, como decapitar a una mosca de los pantanos. Quería mostrarte el verdadero desdén. El mío. Por ti y todos los que son como tú. Quería coger esa expresión burlona de tu cara y meterla en una picadora. ¿Crees que tienes todas las respuestas? Debes de creerlo, dada la facilidad con la que juzgaste y hablaste. Bueno, patética criaturita, un día la incertidumbre llamará a tu puerta, se te meterá por la garganta y a ver qué llega antes, la humildad o la muerte. En cualquier caso, te concederé un momento de compasión, que es lo que me distingue a mí de ti, ¿no? Hoy llegó un paquete, ¿verdad?

Tanal parpadeó. *Ves como todos poseemos un ansia*. Después asintió.

—Sí, centinela. Un nuevo rompecabezas para usted.

—Excelente. ¿De quién?

—Anónimo.

—Qué curioso. ¿Forma parte del misterio, o es temor al ridículo cuando lo resuelva tras pensarlo un simple instante? Bueno, ¿cómo ibas a poder contestar tú a esa pregunta? ¿Dónde está ahora?

—Deberían haberlo entregado en su despacho, señor.

—Bien. Deja que el hombre de abajo se pase chillando el resto de la tarde. Luego envíalo otra vez abajo.

Tanal se inclinó cuando Karos dejó el balcón. Esperó un centenar de latidos antes de abandonarlo él también.

Muy poco después descendió al nivel inferior de las antiguas mazmorras y bajó por una escalera de caracol hasta unos pasillos y unas celdas que no se habían usado de forma regular en siglos. Las recientes riadas habían inundado ese nivel y el superior, aunque desde entonces las aguas ya habían bajado y dejado a su paso densos sedimentos y el hedor de aguas estancadas y sucias. Con un farol en la mano, Tanal Yathvanar fue descendiendo por un canal inclinado hasta que llegó a lo que una vez había sido la cámara de inquisición principal. Unos mecanismos arcanos, corroídos por el óxido, se agazapaban en el suelo adoquinado, o bien estaban clavados a los muros, con una jaula parecida al armazón de una cama suspendida del techo por gruesas cadenas.

Justo enfrente de la entrada había un artilugio con forma de cuña repleto de esposas y cadenas que podía tensar un trinquete montado en un lado del muro. La cama inclinada miraba hacia la cámara y esposada a ella estaba la mujer que le habían ordenado liberar.

Estaba despierta y apartó la cara de la luz repentina.

Tanal dejó el farol en una mesa atestada de instrumentos de tortura.

—Hora de la toma —dijo.

Ella no dijo nada.

Una académica muy respetada. Y mírala ahora.

—Todas tus grandilocuentes palabras —dijo Tanal—. Al final resultaron menos sólidas que el polvo al viento.

La voz femenina era entrecortada, ronca.

—Ojalá algún día te atragantes con ese polvo, hombrecito.

Tanal sonrió.

—«Hombrecito». Intentas herirme. Un esfuerzo patético. —Se acercó a un baúl que había apoyado en la pared, a su derecha. Había contenido yelmos de tortura, pero Tanal había sacado los aplastacráneos y había llenado el baúl con petacas de agua y alimentos secos—. Tendré que traer calderos con agua jabonosa —dijo mientras sacaba lo necesario para hacerle a la mujer algo de comer—. Por inevitable que sea la defecación, el olor y las manchas son muy desagradables.

—Oh, así que te ofendo, ¿eh?

Tanal la miró y sonrió.

—Janath Anar, profesora titular de la Academia de Estudios Imperiales. Por desgracia, parece que no has aprendido nada de las costumbres imperiales. Aunque se podría argüir que eso ha cambiado desde que has llegado aquí.

La mujer lo estudió, una expresión extraña y pesada en sus ojos amoratados.

—Desde el Primer Imperio hasta hoy, hombrecito, siempre ha habido épocas de tiranía pura y dura. Que los actuales opresores sean tiste edur apenas merece una nota siquiera. Después de todo, la verdadera opresión procede de vosotros. Letherii contra letherii. Es más…

—Es más —dijo Tanal burlándose de ella—, los patriotas son un regalo, un favor que los letherii hacen los suyos. Mejor nosotros que los edur. Nosotros no hacemos arrestos indiscriminados; no castigamos por ignorancia; no somos aleatorios.

—¿Un regalo? ¿De verdad crees eso? —preguntó la mujer sin dejar de estudiarlo—. A los edur les importa un bledo en un sentido u otro. Es imposible matar a su líder y eso convierte su dominio en absoluto.

—Un tiste edur de alto rango colabora con nosotros casi a diario…

—Para manteneros a raya. A ti, Tanal Yathvanar, no a tus prisioneros. A ti y a ese loco de Karos Invictad. —La académica ladeó la cabeza—. Me pregunto por qué las organizaciones como las vuestras las dirigen de forma invariable patéticos fracasos humanos. Pervertidos y psicóticos de mentes estrechas. A todos los maltrataron los matones del colegio siendo niños, claro está. O abusaron de ellos padres retorcidos; estoy segura de que tienes historias terribles que confesar de tu miserable juventud. Y ahora que el poder está en tus manos, ah, cómo debemos sufrir el resto.

Tanal se acercó con la comida y la petaca de agua.

—Por el amor del Errante —dijo la mujer—, suéltame al menos un brazo para que pueda comer sola.

Él se colocó a su lado.

—No, lo prefiero así. ¿Te humilla que te den de comer como si fueras un bebé?

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Janath mientras él destapaba la petaca.

Tanal se la puso en los labios agrietados y la miró beber.

—No recuerdo haber dicho que quisiera nada —respondió.

La académica apartó la cabeza y tosió, el agua se le derramó por el pecho.

—Lo he confesado todo —dijo tras un momento—. Tienes todas mis notas, mis traidoras conferencias sobre la responsabilidad personal y la necesidad de compasión…

—Sí, tu relativismo moral.

—Refuto cualquier noción de relativismo, hombrecito, cosa que sabrías si te hubieras molestado en leer esas notas. Las estructuras de una cultura no evitan ni excusan la ilegalidad manifiesta ni la injusticia. El *statu quo* no es sagrado, ni un altar que pintar con ríos de sangre. La tradición y la costumbre no son argumentos sólidos…

—Por el Cuervo Blanco, mujer, eres una auténtica conferenciante. Me gustabas más inconsciente.

—Pues vuelve a darme una paliza y déjame sin sentido —respondió ella.

—Por desgracia, no puedo. Se supone que debo liberarte.

Los ojos de la mujer se entrecerraron y se clavaron en los suyos, al cabo los volvió a apartar.

—Qué descuido por mi parte —murmuró.

—¿En qué sentido? —preguntó él.

—Casi me sedujo. El atractivo de la esperanza. Si se supone que tienes que liberarme, jamás me habrías traído aquí abajo. No, yo he de ser tu víctima privada, y tú mi pesadilla privada. Al final, las cadenas que te aten a ti podrán rivalizar con las mías.

—La psicología de la mente humana —dijo Tanal mientras le metía un poco de pan empapado de grasa en la boca—. Tu especialidad. Resulta que puedes leer mi vida con la misma facilidad con la que lees un pergamino. ¿Se supone que eso ha de asustarme?

Ella masticó y después, con cierto esfuerzo, tragó.

—Yo empuño un arma mucho más letal, hombrecito.

—¿Y cuál sería?

—Me deslizo en tu cabeza. Veo a través de tus ojos. Nado en las corrientes de tus pensamientos. Estoy aquí de pie, contemplando a esa criatura manchada por sus propios excrementos, encadenada a esta cama de violaciones. Y al final empiezo a entenderte. Es más íntimo que hacer el amor, hombrecito, porque todos tus secretos se desvanecen. Y por si te lo estuvieras preguntando, sí, lo estoy haciendo incluso ahora. Estoy escuchando mis propias palabras como las escuchas tú, siento la tensión que se apodera de tu pecho, ese extraño escalofrío bajo la piel a pesar del sudor fresco. El miedo repentino, cuando te das cuenta del alcance de tu vulnerabilidad…

La golpeó. Con la fuerza suficiente para ladearle la cabeza. A la profesora le brotó sangre de la boca y tosió, una, dos veces, recuperaba el aliento en jadeos entrecortados, líquidos.

—Podemos reanudar esta comida más tarde —dijo él luchando por no dar inflexión a sus palabras—. Supongo que chillarás lo que te toque en los días y semanas venideros, Janath, pero te aseguro que tus gritos no llegarán a nadie.

Una peculiar tos seca sacudió a la mujer.

Tras un momento, Tanal se dio cuenta de que se estaba riendo.

—Una bravuconería impresionante —dijo con sinceridad —. Al final puede que te libere de verdad. Por ahora, no me decido. Estoy seguro de que lo entiendes.

La mujer asintió.

—Zorra arrogante —dijo Tanal.

La académica se rió otra vez.

Su carcelero retrocedió.

—No creas que voy a dejar el farol —gruñó.

La carcajada femenina lo siguió al pasillo, cortándolo como vidrios rotos.

El ornamentado carruaje, con adornos de palosangre reluciente, permanecía inmóvil, aparcado en un lado de la avenida principal de Drene. Sus altas ruedas montaban a horcajadas la cloaca abierta. Los cuatro caballos, de un blanco óseo, permanecían apáticos bajo aquel calor impropio de la estación, las cabezas colgando por encima de las colleras. Justo delante de ellos, un arco abierto enmarcaba la calle y tras él se veía el laberinto extenso del Mercado Mayor, una inmensa explanada atestada de puestos, carretas, ganado y todo un gentío.

El flujo de riquezas, la cacofonía de voces y la multitud de manos que ofrecían o aferraban parecían culminar en una fuerza que apaleaba los sentidos de Brohl Handar incluso desde donde estaba sentado, protegido por los lujosos confines del carruaje. Los sonidos palpitantes del mercado, el flujo constante y caótico de gente bajo el arco y las multitudes en la calle misma, todo hacía pensar al supervisor en el fervor religioso, como si estuviera presenciando una versión frenética de un funeral tiste edur. En lugar de mujeres expresando sus rítmicos gruñidos de dolor constreñido, los boyeros obligaban a las bestias a abrirse paso rebuznando entre la masa. En lugar de jóvenes no iniciados en la sangre que vadeaban aguas cubiertas con espuma ensangrentada hundiendo los remos en las olas, se oía el estrépito de las ruedas de las carretas y los gritos agudos de los buhoneros. El humo de las piras y ofrendas que envolvían una aldea edur era allí un río denso, polvoriento, matizado por un millar de olores. Estiércol, pis de caballo, carne asada, verduras y pescado, pieles de myrid sin curar y pieles curtidas de rodara; desechos medio podridos y los aromas empalagosos de drogas narcóticas.

Allí, entre los letherii, no se arrojaban ofrendas valiosas al mar. El marfil de las focas de grandes colmillos se apoyaba en las estanterías como filas de dientes de algún mecanismo de tortura de madera. En otros puestos reaparecía ese mismo marfil, pero tallado con mil formas diferentes, muchas de ellas imitando objetos religiosos de los edur, los jheck y los fent, o como piezas de algún juego de mesa. El ámbar pulido era un adorno, no las lágrimas sagradas del atardecer capturado, y el propio palosangre había sido tallado para transformarlo en cuencos, tazas y utensilios de cocina.

O para adornar un carruaje ostentoso.

Por una rendija de las contraventanas, el supervisor observó la oleada que iba y venía por la calle. De vez en cuando aparecía algún edur entre la multitud, una cabeza más alto que la mayoría de los letherii, y a Brohl le pareció que podía leer cierta perplejidad tras sus expresiones altaneras y distantes; y una vez, en el rostro de un anciano del consejo, a quien Brohl conocía en persona, un anciano vestido con ostentosidad y repleto de anillos, vio el brillo de la avaricia en los ojos.

El cambio pocas veces se elegía y por lo común su llegada era lenta, sutil. Cierto, los letherii habían experimentado la conmoción de ejércitos derrotados, un rey asesinado y una nueva clase gobernante, pero al final tanto revés repentino no había resultado ser tan catastrófico como podría haberse esperado. La madeja que mantenía unido a Lether era resistente y, como ya sabía Brohl, mucho más fuerte de lo que parecía. Lo que más lo inquietaba a él, sin embargo, era la facilidad con la que esa madeja enredaba a todos los que se encontraban en medio.

Te toca y te envenena, nada letal todavía, solo embriagadora. Dulce, pero quizá, en último caso, fatal. Es lo que se puede esperar de… la comodidad. Aun así, él se daba cuenta de que no todos contaban con la recompensa de la comodidad; de hecho, parecía inquietantemente escasa. Mientras que los que poseían riquezas era obvio que se regocijaban en lucirla, esa misma ostentación subrayaba el hecho de que eran una minoría clara. Pero ese desequilibrio era, comprendía al fin, necesario. No todo el mundo podía ser rico, el sistema no permitiría tal igualdad, pues el poder y el privilegio que ofrecía dependían justo de lo contrario. *De la injusticia, ¿o cómo si no pueden apreciarse los regalos del privilegio? Para que haya ricos, tiene que haber pobres, y más de los últimos que de los primeros*.

Reglas sencillas a las que se llegaba con facilidad a través de la simple observación. Brohl Handar no era un hombre sofisticado, un defecto que le recordaban a diario desde su llegada como supervisor de Drene. No tenía ninguna experiencia concreta en el gobierno, y pocas de las habilidades que poseía podían aplicarse a sus nuevas responsabilidades.

El comisionado, Letur Anict, estaba librando una guerra no oficial contra las tribus de allende las fronteras, y estaba usando tropas imperiales para robar tierras y consolidar sus recién adquiridas propiedades. Un baño de sangre que no tenía ninguna justificación real, el objetivo era la riqueza personal. De momento, sin embargo, Brohl Handar no sabía lo que iba a hacer sobre el tema, si es que de verdad iba a hacer algo. Había preparado un largo informe para el emperador en el que proporcionaba detalles bien documentados para describir la situación en Drene. Ese informe continuaba en posesión de Brohl, porque había empezado a sospechar que, si lo enviara a Letheras, no llegaría al emperador, ni a ninguno de sus asesores edur. El canciller letherii, Triban Gnol, parecía ser cómplice y quizá incluso estaba confabulado con Letur Anict, lo que insinuaba una inmensa red de poder oculta bajo la superficie y que parecía prosperar sin trabas y sin que la afectara el gobierno edur. De momento, todo lo que Brohl Handar tenía eran sospechas, indicios de esa insidiosa red de poder. Una conexión era segura, y era con esa asociación letherii de familias acaudaladas, la Consigna Libertad. Era posible que esa organización estuviera en el fondo de todo el poder oculto. Pero no podía estar seguro.

Brohl Handar, un noble menor entre los edur y recién nombrado supervisor de una pequeña ciudad en una esquina remota del imperio, sabía de sobra que no podía desafiar a una entidad como la Consigna Libertad. De hecho,

estaba empezando a creer que las tribus tiste edur, repartidas como estaban por esa inmensa tierra, eran poco más que restos de un naufragio que sorteaban las corrientes indiferentes de un río profundo e hinchado.

Y, sin embargo, contamos con el emperador.

Que es muy probable que esté loco.

No sabía a quién acudir; ni siquiera si lo que estaba presenciando era, en verdad, tan peligroso como parecía.

A Brohl lo sobresaltó una conmoción cerca de la puerta del mercado, se inclinó hacia delante y apoyó un ojo en la ranura que quedaba entre las contraventanas.

Un arresto. La gente se iba apartando a toda prisa de la escena mientras dos letherii anodinos, uno a cada lado, empujaban a su víctima de cara contra uno de los postes de la puerta. No se gritaban acusaciones, no había negativas atemorizadas. El silencio compartido por los agentes patriotas y su prisionero dejó un extraño temblor en el supervisor. Como si los detalles no le importaran a ninguno.

Uno de los agentes hizo un registro en busca de armas, no encontró ninguna y luego, mientras su compañero sujetaba al hombre contra el ornamentado poste, le quitó a su víctima la cartera que llevaba en el cinturón, a la altura de la cadera, y empezó a rebuscar en ella. La cara del prisionero estaba ladeada y apretada contra el bajorrelieve de la amplia columna cuadrada, unas tallas que representaban alguna gloria pasada del Imperio de Lether. Brohl Handar sospechaba que a todos los implicados se les escapaba la ironía.

Al tipo se le acusaría de sedición. Siempre era la misma acusación. ¿Pero contra qué? No contra la presencia de los tiste edur, eso sería inútil, después de todo; y desde luego casi no había habido ningún intento de represalias, al menos ninguno del que se hubiera enterado Brohl Handar. Así que… ¿qué, con exactitud? ¿Contra quién? Siempre había

endeudados, y algunos huían de sus deudas, pero la mayoría no lo hacía. Había sectas construidas alrededor de inquietudes políticas o sociales, y muchas de ellas buscaban a sus miembros entre los restos privados de derechos de las tribus sometidas (los fent, los nerek, tarthenos y demás). Pero desde la conquista, la mayor parte de esas sectas o bien se habían disuelto o habían huido del imperio. Sedición. Una acusación que silenciaba cualquier debate. En algún lugar, por tanto, tenía que existir una lista de las creencias aceptadas, la multitud de convicciones y fes que componían la doctrina adecuada. ¿O se estaba produciendo algo más insidioso?

Se oyó un arañazo en la puerta del carruaje y un momento después se abrió.

Brohl Handar estudió la figura que subía al pescante y que hizo ladearse el carruaje con su peso.

—Por supuesto, Orbyn —dijo—, entre.

Músculo ablandado por años de inactividad, cara carnosa, las mandíbulas pesadas y flácidas, Orbyn Buscaverdad parecía sudar de forma incesante, fuera cual fuera la temperatura ambiente, como si una presión interna expulsara las toxinas de su mente hacia la superficie de la piel. El jefe local de los patriotas era, en opinión de Brohl Handar, la criatura más despreciable y maliciosa que había conocido jamás.

—Su llegada es muy oportuna —dijo el tiste edur cuando Orbyn entró en el carruaje y se acomodó en el banco de enfrente; el olor acre de su sudor flotó hasta él—. Aunque no era consciente de que supervisaba en persona las actividades diarias de sus agentes.

Los labios finos de Orbyn se plegaron en una sonrisa.

—Nos hemos topado con cierta información que podría ser de interés para usted, supervisor.

—¿Una más de sus inexistentes conspiraciones?

La sonrisa se ensanchó por un momento, un simple destello.

—Si se está refiriendo a la conspiración de Bolkando, por desgracia, esa pertenece a la Consigna Libertad. La información que hemos conseguido concierne a su gente.

Mi gente.

—Muy bien. —Brohl Handar esperó. Fuera, los dos agentes se estaban llevando a su prisionero a rastras y a su alrededor se reanudaba el flujo humano, sibilino y evasivo.

—Se ha avistado una partida al oeste de Rosazul. Dos tiste edur, uno de ellos de piel blanca. A este último creo que se le conoce como el Cuervo Blanco, un título que nos resulta muy inquietante a los letherii, por cierto. —Pestañeó, los párpados entornados—. Los acompañaban tres letherii, dos féminas y un esclavo fugado con los tatuajes de propiedad de la tribu Hiroth.

Brohl se obligó a permanecer imperturbable, aunque la tensión le atenazó el pecho. *Esto no es asunto tuyo*.

—¿Tiene más detalles sobre su ubicación actual?

—Se dirigían al este, a las montañas. Hay tres pasos, solo dos abiertos tan al principio de la temporada.

Brohl Handar asintió lentamente.

—Los k’risnan del emperador también son capaces de determinar su paradero general. Esos pasos están bloqueados. —Hizo una pausa y después añadió—: Es como predijo Hannan Mosag.

Los ojos oscuros de Orbyn lo estudiaron entre los pliegues de grasa.

—Pretende recordarme la eficacia edur.

Sí.

El hombre conocido como «Buscaverdad» continuó.

—Los patriotas tienen preguntas respecto al tiste edur de piel blanca, ese tal Cuervo Blanco. ¿De qué tribu procede?

—De ninguna. No es tiste edur.

—Ah. Me sorprende. La descripción…

Brohl Handar no dijo nada.

—Supervisor, ¿podemos ayudar?

—No será necesario en este momento —respondió Brohl.

—Por curiosidad, me pregunto por qué no han rodeado ya a la partida y efectuado la captura. Mis fuentes indican que el tiste edur no es otro que Temor Sengar, el hermano del emperador.

—Como he dicho, los pasos están bloqueados.

—Ah, entonces están cerrando la red en estos mismos momentos.

Brohl Handar sonrió.

—Orbyn, acaba de decir que la conspiración de Bolkando cae en el ámbito de la Consigna Libertad. Con eso, ¿está diciéndome en realidad que a los patriotas no les interesa el tema?

—En absoluto. La Consigna utiliza nuestra red de forma habitual…

—Por lo que sin duda los recompensan.

—Por supuesto.

—Me encuentro…

Orbyn alzó una mano y ladeó la cabeza.

—Tendrá que disculparme, supervisor. Oigo alarmas. —Se levantó con un gruñido y abrió de un empujón la puerta del carruaje.

Perplejo, Brohl no dijo nada y observó irse al letherii. Cuando se cerró la puerta, estiró la mano hacia un pequeño compartimento y sacó una bola tejida llena de hierbas aromáticas que se llevó a la cara. Un tirón de un cordón avisó al cochero de que recogiera las riendas. El carruaje dio un bandazo cuando empezó a avanzar. Brohl empezó a oír las alarmas, una cacofonía frenética. Se inclinó hacia delante y habló por el tubo del altavoz.

—Acerquémonos hasta esas campanas, cochero. —Dudó y después añadió—. No hay prisa.

La guarnición de Drene disponía de una docena entera de edificios de piedra situados en una colina baja al norte del centro de la ciudad. Arsenal, establos, barracones y el cuartel general de mando, todo bien fortificado, aunque el complejo no estaba amurallado. Drene había sido una ciudad-estado en un tiempo, siglos atrás, y tras una prolongada guerra con los leznas, el asediado rey había invitado a las tropas letherii a alcanzar la victoria contra los nómadas. Décadas después habían salido a la luz pruebas de que el conflicto en sí había sido el resultado de ciertas manipulaciones letherii. En cualquier caso, las tropas letherii nunca habían abandonado la ciudad; el rey aceptó el título de visir y, tras una sucesión de trágicos accidentes, tanto él como todo su linaje desaparecieron de la faz de la tierra. Pero eso ya se había convertido en historia, esa historia que se contemplaba con indiferencia.

Cuatro avenidas principales salían de la plaza de armas de la guarnición; la que llevaba al norte convergía con el camino de la Puerta que conducía a la muralla de la ciudad y la pista de la Costa Norte, la menos frecuentada de las tres rutas terrestres que entraban y salían de la ciudad.

Entre las sombras, bajo el balcón con tejado a dos aguas de una finca palaciega algo más allá del arsenal, en la avenida del norte, una figura baja y ágil permanecía en la penumbra fresca desde la que podía verlo todo sin obstáculos. Una capucha de tejido basto ocultaba los rasgos, aunque si alguien se hubiera molestado en pararse y hubiera guiñado mucho los ojos, se habría sorprendido de ver el destello de unas escamas carmesíes donde debería estar la cara y unos ojos ocultos en ranuras ribeteadas de

negro. Pero había algo en la figura que alentaba el desinterés. Las miradas la eludían, pocas veces comprendiendo que, de hecho, había alguien esperando en esas sombras.

Se había colocado ahí justo antes del amanecer y ya era bien entrada la tarde. Los ojos clavados en la guarnición, los mensajeros que entraban y salían del cuartel general, la visita de media docena de mercaderes nobles, la adquisición de caballos, chatarra, sillas de montar y materiales diversos. Estudió las pieles sin curar de los escudos redondos de los lanceros, las caras planas, la piel oscurecida hasta alcanzar un tono entre púrpura y ocre que hacía que los tatuajes fueran sutiles y extrañamente hermosos.

A última hora de la tarde, cuando se alargaban las sombras, la figura se fijó en dos hombres letherii que cruzaban su campo de visión por segunda vez. Su falta de atención parecía… llamativa, y un instinto le dijo a la figura encapuchada que era hora de irse.

En cuanto pasaron a su lado subiendo la calle hacia el oeste, la figura salió de entre las sombras con paso rápido y silencioso tras los dos hombres. Percibió que, de repente, estaban alertas, quizá incluso alarmados. Momentos antes de alcanzarlos, giró a la derecha y se metió por un callejón que llevaba al norte.

Quince pasos después encontró un hueco oscuro en el que podía esconderse. Se echó hacia atrás el manto y lo sujetó para dejar libres los brazos y las manos.

Pasaron una docena de latidos antes de oír sus pisadas.

Los observó pasar junto a él, cautos, los dos con cuchillos desenfundados. Uno le susurró algo al otro y vacilaron.

La figura permitió que su pie derecho arañara el suelo cuando se adelantó.

Los otros giraron en redondo.

El látigo cadaran de Lezna'dan fue un susurro que salió serpenteando: el cuero (tachonado con filos superpuestos con forma de medialuna, afilados como dagas y del tamaño de una moneda) surgió con un destello que dibujó un arco resplandeciente y lamió la garganta de los dos hombres. Salpicó la sangre.

Contempló cómo se derrumbaban. La sangre fluyó a borbotones, de manera más copiosa del hombre de la izquierda, y se extendió por los adoquines grasientos. La figura se acercó a la otra víctima, desenvainó un cuchillo y le clavó la punta en la garganta; luego, con un movimiento ágil fruto de la práctica, cortó la cara del hombre, llevándose piel, músculo y pelo. Repitió la espeluznante operación con el otro hombre.

Dos agentes menos de los patriotas con los que lidiar.

Por supuesto trabajaban en tríos, uno siempre seguía a distancia a los dos primeros.

En la guarnición sonaron las primeras alarmas, una colección aguda de campanas que repicaron por el aire polvoriento sobre los edificios.

Plegó sus horripilantes trofeos y los metió bajo un pliegue de la camisa suelta de lana de rodara que le cubría el camisote de hojuelas; después, la figura comenzó a andar por el callejón rumbo a la puerta del norte.

Un pelotón de la guardia de la ciudad apareció por la otra bocacalle, cinco letherii con armaduras y yelmos que empuñaban espadas cortas y escudos.

Al verlos, la figura echó a correr; liberó el látigo cadaran que llevaba en la mano izquierda y con la derecha soltó de una sacudida los cordones de cuero crudo que le ataban a la cadera el hacha rygtha con forma de medialuna. Tenía un mango grueso, de la longitud del hueso del muslo de un hombre adulto, y en cada extremo iba acoplada una hoja de hierro, también con forma de medialuna y cuyos planos

estaban en perpendicular. Cadaran y rygtha, armas ancestrales de la Lezna’dan, su dominio era prácticamente desconocido entre las tribus desde hacía al menos un siglo.

La policía, por tanto, jamás se había enfrentado a esas armas.

A diez pasos de los tres primeros guardias, el látigo se disparó, un ocho sesgado, desdibujado, que engendró gritos y chorros de una sangre que se derramó casi negra en la oscuridad del callejón. Dos de los letherii se tambalearon hacia atrás.

La figura ágil y fibrosa se acercó al último hombre de la primera fila. La mano derecha se deslizó por el mango hasta toparse con un reborde bajo la medialuna de la izquierda; el mango se levantó con un golpe seco, en paralelo a la parte inferior del antebrazo de la figura, un movimiento que bloqueó una estocada desesperada de la espada corta del guardia. Luego, cuando el lezna adelantó el codo, la hoja derecha salió con un destello y cortó la cara del hombre al impactar justo debajo del yelmo y hacer un tajo en el puente nasal y el hueso frontal antes de hundirse en la materia blanda del cerebro. La medialuna, ahusada y bien afilada, se desprendió con facilidad cuando el lezna se deslizó junto al guardia que empezaba a caer; el látigo regresó, en un movimiento que lo había mandado por encima de la cabeza de su dueño, y envolvió con un siseo el cuello del cuarto letherii (que chilló y dejó caer la espada mientras intentaba deshacerse de aquellas hojas letales); el lezna se agazapó, deslizó la mano derecha por el mango de la rygtha hasta el reborde de la hoja derecha y después lanzó un tajo. El quinto guardia levantó el escudo con una sacudida repentina para bloquearla, pero fue demasiado tarde, la hoja lo alcanzó entre los ojos.

Un tirón del látigo decapitó al cuarto guardia.

El lezna soltó el mango del cadaran y sujetó la rygtha por los dos extremos, se acercó al último guardia, le aporreó la garganta con el mango y le aplastó la tráquea.

Recogió el látigo y se apartó.

Una calle, el ruido de los lanceros a la derecha. La puerta, a la izquierda, a cincuenta pasos, estaba invadida por guardias y las cabezas se giraban hacia él.

La figura se lanzó directamente a por ellos.

La atri-preda Bivatt tomó en persona el mando de una tropa de lanceros. Con veinte jinetes tras ella, condujo su caballo a medio galope siguiendo el rastro del baño de sangre.

Los dos agentes de los patriotas en el centro del callejón. Cinco guardias de la ciudad al final del mismo.

Salió cabalgando a la calle, viró su montura a la izquierda y sacó su espada larga al acercarse a la puerta.

Cuerpos por todas partes, veinte o más, y solo dos parecían seguir vivos. Bivatt se quedó mirando por debajo del borde del yelmo, un sudor frío le cosquilleaba bajo la armadura. Sangre por todas partes. En los adoquines, las paredes y la propia puerta llenas de salpicaduras. Miembros amputados. El hedor a vientres vacíos e intestinos derramados. Uno de los supervivientes estaba chillando, la cabeza se agitaba de un lado a otro. Le habían rebanado las dos manos.

Junto a la puerta de la ciudad, Bivatt vio al frenar que había cuatro caballos derribados, sus jinetes tirados en el camino. El polvo que flotaba indicaba que el resto de la primera tropa en llegar se había lanzado en su persecución.

El otro superviviente se acercó tambaleándose. Había sufrido un golpe en la cabeza, el yelmo estaba abollado por un lado y la sangre le corría por ese lado de la cara y el

cuello. En sus ojos, cuando la miró, una expresión de horror. El hombre abrió la boca, pero no brotó ninguna palabra.

Bivatt examinó la zona una vez más y después se volvió hacia su finadd.

—Llévese a la tropa, vaya tras ellos. ¡Y saque las armas, maldito sea! —Bajó la cabeza y miró con furia al guardia—. ¿Cuántos había?

El otro la miró con la boca abierta.

Estaban llegando más guardias. Un sajador corrió hacia el hombre que chillaba y que había perdido las manos.

—¿Ha oído mi pregunta? —siseó Bivatt.

El hombre asintió.

—Uno. Un hombre, atri-preda —dijo.

¿Uno? Ridículo.

—¡Descríbalo!

—Escamas… su cara eran escamas. ¡Rojas como la sangre!

Un jinete de su tropa regresó del camino.

—La primera tropa de lanceros está muerta, todos, atri-preda —dijo con tono agudo y tenso—. Camino abajo. Todos los caballos menos uno… señor, ¿lo seguimos?

—¿Que si lo siguen? ¡Maldito idiota… pues claro que lo siguen! ¡No le pierdan el rastro!

Una voz habló tras ella.

—Esa descripción, atri-preda…

Bivatt se giró en la silla.

Orbyn Buscaverdad, empapado en sudor, se encontraba en medio de la carnicería y había clavado los ojitos en ella.

Bivatt le mostró los dientes en una especie de gruñido.

—Sí —soltó de repente. *Mascararroja. Nada menos*.

El comandante de los patriotas de Drene frunció los labios y bajó los ojos para examinar los cadáveres que había por todos lados.

—Parece —dijo— que su exilio de las tribus ha terminado.

Sí.

Que el Errante nos proteja.

Brohl Handar se bajó del carruaje y examinó la escena de la batalla. No podía ni imaginarse qué clase de armas habían usado los atacantes para lograr la clase de daño que veía ante él. La atri-preda había asumido el mando e iban apareciendo más soldados; mientras, Orbyn Buscaverdad permanecía a la sombra de la entrada de la garita de la puerta de la ciudad, observando sin decir nada.

El supervisor se acercó a Bivatt.

—Atri-preda —dijo—, aquí no veo a más muertos que los suyos.

La mujer lo miró con furia, pero era una mirada que contenía más que simple rabia. El supervisor vio miedo en los ojos femeninos.

—Alguien se infiltró en la ciudad —le contestó—, un guerrero lezna.

—¿Esto es obra de un solo hombre?

—Es el menor de sus talentos.

—Ah, entonces sabes quién es el hombre.

—Supervisor, estoy bastante ocupada…

—Hábleme de él.

La mujer hizo una mueca y le hizo un gesto para que la acompañara a un lado de la puerta. Los dos tuvieron que pasar con cuidado por encima de los cuerpos tirados en los adoquines resbaladizos.

—Creo que acabo de enviar una tropa de lanceros a la muerte, supervisor. No estoy del humor más adecuado para tener una conversación prolongada.

—Hágame el favor. Si hay una partida de guerra de guerreros leznas al borde de esta ciudad, tiene que haber una respuesta organizada… Una respuesta —añadió al ver la

expresión ofendida de la militar— que implique a los tiste edur además de a sus unidades.

Tras un momento, Bivatt asintió.

—Mascararroja. El único nombre por el que lo conocemos. Incluso en la Lezna'dan, allí no tienen tampoco más que leyendas sobre su origen…

—¿Y son?

—Letur Anict…

Brohl Handar siseó de rabia y miró furioso a Orbyn, que se había acercado hasta donde podía oírlos.

—¿Por qué es que cada desastre comienza con el nombre de ese hombre?

Bivatt reanudó su relato.

—Hubo una escaramuza, hace ya años, entre una rica tribu lezna y el comisionado. En pocas palabras, Letur Anict codiciaba los inmensos rebaños de la tribu. Despachó agentes que, una noche, entraron en un campamento lezna y lograron raptar a una joven, una de las hijas del jefe del clan. Verá, los leznas tenían por costumbre llevarse niños letherii. En cualquier caso, esa hija tenía un hermano.

—Mascararroja.

La atri-preda asintió.

—Un hermano menor. En fin, que el comisionado incorporó a la chica a su casa y en poco tiempo la chica estaba endeudada con él…

—Sin duda sin ni siquiera ser consciente de ello. Sí, lo entiendo. Así que, para cancelar esa deuda y con ello adquirir la libertad de la joven, Letur exigió los rebaños del padre.

—Sí, más o menos. Y el líder del clan accedió. Por desgracia, cuando las fuerzas del comisionado se acercaron al campamento lezna con su valiosa carga, la chica se clavó un cuchillo en el corazón. A partir de ahí las cosas son

bastante confusas. Los soldados de Letur Anict atacaron el campamento lezna y mataron a todo el mundo…

—El comisionado decidió que se llevaría los rebaños igualmente.

—Sí. Resultó, sin embargo, que hubo un superviviente. Unos cuantos años después, a medida que las escaramuzas se hicieron más fieras, las tropas del comisionado se encontraron perdiendo combate tras combate. Se volvían las tornas en las emboscadas. Y el nombre de Mascararroja se oyó por primera vez… un nuevo caudillo. Bueno, lo que sigue es incluso menos preciso que lo que he descrito hasta el momento. Al parecer hubo una reunión de clanes y Mascararroja habló, es decir, riñó con los ancianos. Pretendía unir a los clanes contra la amenaza letherii, pero no hubo forma de convencer a los ancianos. Rabioso, Mascararroja fue poco prudente al hablar. Los mayores le exigieron que se retractara de lo dicho. Él se negó y lo exiliaron. Se dice que viajó al este, a las tierras salvajes que hay entre esta tierra y Kolanse.

—¿Qué significa esa máscara?

Bivatt negó con la cabeza.

—No lo sé. Dice una leyenda que mató a un dragón muy poco tiempo después de la matanza de su familia. No era más que un niño, lo que hace poco probable la historia. —La atri-preda se encogió de hombros.

—Así que ahora ha vuelto —dijo Brohl Handar—, o algún otro guerrero lezna ha adoptado la máscara y pretende meter el miedo en los corazones letherii.

—No, era él. Utiliza un látigo recubierto de filos y un hacha con dos cabezas. Son armas casi míticas por sí solas.

El supervisor la miró con el ceño fruncido.

—¿Míticas?

—Las leyendas leznas sostienen que en otro tiempo su pueblo libró una guerra, lejos, al este, cuando los leznas

moraban en las tierras agrestes. El cadaran y la rygtha eran armas diseñadas para lidiar con ese enemigo. No tengo más detalles que los que le acabo de dar, salvo que parece que fuera lo que fuera ese enemigo, no era humano.

—Cada tribu tiene relatos de guerras pasadas, una época de héroes…

—Supervisor, las leyendas leznas no son así.

—¿Ah, no?

—No. En primer lugar, los leznas perdieron esa guerra. Por eso huyeron al oeste.

—¿No ha habido expediciones letherii que se adentraran en las tierras agrestes?

—No desde hace décadas, supervisor. Después de todo, sigue habiendo enfrentamientos con los distintos territorios y reinos que hay a lo largo de esa frontera. Prácticamente acabaron con la última expedición, solo hubo una única superviviente que se volvió loca por lo que había visto. Hablaba de algo llamado la «noche siseante». La voz de la muerte, al parecer. En cualquier caso, nadie pudo curarle la locura, así que se le dio muerte.

Brohl Handar lo pensó un momento. Había llegado un oficial y estaba esperando para hablar con la atri-preda.

—Gracias —le dijo a Bivatt, después dio media vuelta.

—¿Supervisor?

La miró otra vez.

—¿Sí?

—Si Mascararroja lo consigue esta vez… me refiero a con las tribus; bueno, entonces sí que necesitaremos a los tiste edur.

El otro alzó las cejas.

—Por supuesto, atri-preda. —*Y quizá así pueda lograr que me escuchen el emperador y Hannan Mosag. Maldito sea ese Letur Anict. ¿En qué nos ha metido ahora?*

Puso al caballo letherii a galope tendido, dejó el camino del norte y atajó por el este, cruzó campos recién labrados que antaño eran pastos de la Lezna'dan. Su paso atrajo la atención de los granjeros, y del último villorrio que rodeó salieron tres soldados apostados que habían ensillado caballos y se lanzaron a perseguirlo.

En una hondonada del valle que acababa de dejar Mascararroja, los soldados encontraron la muerte entre un coro de chillidos animales y humanos, penetrantes pero muy breves.

Una ráfaga de rhizanos giró en una nube estridente encima de la cabeza del guerrero lezna, la violencia los había ahuyentado de sus anfitriones favoritos, las alas batiendo como tambores diminutos y las largas colas serradas siseando en el aire tras Mascararroja. Éste ya hacía mucho tiempo que se había acostumbrado a su ubicua presencia. Habitantes de las tierras salvajes, esos reptiles voladores del tamaño de comadrejas estaban muy lejos de casa, a menos que a sus anfitriones (en el valle que dejaba atrás y seguramente preparando otra emboscada) los pudieran llamar su casa.

Fue frenando al caballo y cambió de posición, incómodo en la poco práctica silla de montar letherii. Sabía que ya no lo iba a alcanzar nadie y no tenía sentido matar a la bestia de agotamiento. El enemigo se sentía muy seguro de sí mismo en la guarnición de la ciudad, estaban orgullosos de sus trofeos y Mascararroja se había enterado de muchas cosas durante la noche y el día que había pasado observándolos. Lanceros de Rosazul, con los estribos adecuados y ágiles sobre sus monturas. Mucho más formidables que la infantería de años antes.

Y hasta el momento, desde su regreso, de su pueblo él solo había visto campamentos abandonados, los rastros que dejaban boyeros con rebaños más bien pequeños y círculos de tipis sin usar. Era como si hubieran diezmado su hogar y hubieran huido todos los supervivientes. Y en el único escenario de batalla que se había encontrado no había más que cadáveres de extranjeros.

El sol estaba bajo en el horizonte, tras él, y caía la tarde cuando se topó con el primer campamento lezna'dan quemado. De un año de antigüedad, quizá más. Huesos blancos que sobresalían entre la hierba, tocones ennegrecidos de los armazones de las chozas, un olor polvoriento a desolación. No había ido nadie a recuperar a los caídos, a colocar los cuerpos masacrados en las plataformas de tablones atados para liberar las almas y que bailasen con las aves carroñeras. La escena le trajo malos recuerdos.

Siguió cabalgando. A medida que oscurecía, los rhizanos poco a poco se fueron alejando y Mascararroja empezó a oír el golpeteo doble, uno a cada lado, de sus dos compañeros, que, una vez terminado su sangriento trabajo, llegaron a flanquearlo, apenas visibles en la oscuridad.

Los rhizanos se posaron en los lomos horizontales y recubiertos de escamas; comenzaron a lamer las entrañas que los habían salpicado y a arrancar pulgas, después levantaban las cabezas con movimientos bruscos e inhalaban de repente para absorber los insectos que pretendían picarlos y que zumbaban demasiado cerca.

Mascararroja dejó que se le cerraran un poco los ojos, llevaba despierto buena parte de dos días. Con Sag'Churok, el enorme macho deslizándose por el suelo a su derecha, y Gunth Mach, el joven parásito que se estaba convirtiendo en una hembra, a su izquierda, no podía estar más seguro.

Al igual que los rhizanos, los dos k’chain che’malle parecían satisfechos, aunque estuvieran en esa tierra extraña y tan lejos de los suyos.

Satisfechos de seguir a Mascararroja, de protegerlo, de matar letherii.

Y él no tenía ni idea de por qué.

Los ojos de Silchas Ruina eran como los de un reptil a la luz del farol, no podía haber una visión más apropiada dada la cámara en la que se encontraban, por lo menos en lo que respectaba a Seren Pedac. Las paredes de piedra, que subían curvándose hasta terminar en una cúpula, estaban talladas en forma de escamas superpuestas. El patrón ininterrumpido la desorientaba y le producía ciertas náuseas. Se sentó en el suelo y parpadeó para quitarse la gravilla de los ojos.

Le pareció que la mañana tenía que estar cerca. Llevaban casi la noche entera recorriendo túneles, subiendo pendientes y salvando rampas de caracol. El aire estaba cargado, a pesar de las corrientes constantes que bajaban, como si estuviera reuniendo fantasmas con cada cámara que atravesaba y cada corredor por el que descendía.

Seren apartó la mirada de la figura de Silchas Ruina, irritada por la fascinación que le inspiraba aquel guerrero salvaje, sobrenatural, el modo en que podía quedarse inmóvil, apenas perceptible el movimiento ascendente y descendente del pecho. Enterrado durante milenios, pero vivo sin lugar a dudas. La sangre fluía por sus venas, los pensamientos se alzaban manchados por el polvo del desuso. Cuando hablaba, la corifeo podía oír el peso de las lápidas de los túmulos. Era inimaginable para ella cómo podía sufrir tanto una persona sin volverse loca.

Claro que, quizá estaba loco, algo oculto en lo más profundo de su interior, ya fuera constreñido por las exigencias o solo esperando su liberación. Como asesino (porque eso era con toda seguridad lo que era) resultaba a la vez concienzudo y desapasionado. Como si las vidas mortales pudieran reducirse en significado, reducirse a un criterio quirúrgico: obstáculo o aliado. Nada más importaba.

Seren comprendía el consuelo de ver el mundo de ese modo. La comodidad de su sencillez era invitadora. Pero, para ella, imposible. No se podía cerrar los ojos a las complejidades del mundo. Sin embargo, para Silchas Ruina, tales aparentes complejidades carecían de relevancia. Había encontrado una especie de certidumbre, y eso era inatacable.

Por desgracia, Temor Sengar no estaba dispuesto a aceptar la futilidad de sus asaltos constantes contra Silchas Ruina. El tiste edur se plantó cerca del portal triangular que no tardarían en atravesar, como si lo impacientara ese descanso.

—Tú crees —le dijo entonces a Silchas Ruina— que no sé prácticamente nada de esa antigua guerra, la invasión de este reino.

Los ojos del tiste andii albino se movieron y se clavaron en Temor Sengar, pero Silchas Ruina no respondió.

—Las mujeres recordaban —dijo Temor—. Transmitieron los relatos a sus hijas. Generación tras generación. Sí, sé que Scabandari te acuchilló por la espalda, allí, en esa colina desde la que se contemplaba el campo de batalla. ¿Pero fue ésa la primera traición?

Si estaba esperando alguna reacción, el otro lo decepcionó.

Udinaas dejó escapar una carcajada profunda, estaba sentado con la espalda apoyada en el muro de escamas.

—Lo vuestro tiene tan poco sentido —dijo—. Quién traicionó a quién. ¿Qué importa? No es como si tuviéramos que confiar unos en otros para mantenernos unidos. Dime, Temor Sengar, que fuiste mi amo en su tiempo, ¿tiene tu hermano idea de quién es Ruina? ¿De dónde venía? Yo diría que no. O bien habría venido tras nosotros en persona, con diez mil guerreros para respaldarlo. En su lugar, juegan con nosotros. ¿No sientes ninguna curiosidad por saber la razón?

Nadie habló durante media docena de latidos, después Tetera lanzó una risita que atrajo las miradas de todos. La niña parpadeaba como un búho.

—Quieren que primero encontremos lo que estamos buscando, claro.

—Entonces ¿por qué bloquear nuestros intentos de viajar tierra adentro? —quiso saber Seren.

—Porque saben que no es en esa dirección.

—¿Cómo iban a saberlo?

Las manitas manchadas de polvo de Tetera aletearon como murciélagos por la oscuridad.

—Pues porque se lo dijo el dios Tullido. El dios Tullido dijo que todavía no es hora de viajar al este. Aún no está listo para una guerra abierta. No quiere que entremos en las tierras salvajes, donde aguardan todos los secretos.

Seren Pedac se quedó mirando a la niña.

—En el nombre del Errante, ¿se puede saber quién es el dios Tullido?

—El que le dio a Rhulad su espada, corifeo. El verdadero poder que respalda a los tiste edur. —Tetera levantó las manos de golpe—. Scabandari está muerto. El trato lo hizo Hannan Mosag y la moneda de cambio fue Rhulad Sengar.

Temor se levantó enseñando los dientes y se quedó mirando a Tetera con algo parecido al terror en los ojos.

—¿Cómo sabes tú eso? —le preguntó.

—Los muertos me lo dijeron. Me contaron montones de cosas. Y también los que estaban bajo los árboles, los atrapados. Y dijeron también otra cosa. Dijeron que la rueda inmensa está a punto de girar, una última vez, antes de que se cierre. Se cierra porque no le queda más remedio, porque él la hizo así. Para que le cuente todo lo que necesita saber. Para que le cuente la verdad.

—¿Contarle a quién? —preguntó Seren, que frunció el ceño con expresión confusa.

—A él, al que viene. Ya veréis. —La niña se acercó corriendo adonde estaba Temor, lo tomó por una mano y empezó a tirar de él—. Debemos darnos prisa o nos cogerán. Y si nos atrapan, Silchas Ruina tendrá que matar a todo el mundo.

Podría estrangular a esa cría. Pero la corifeo se puso de pie otra vez.

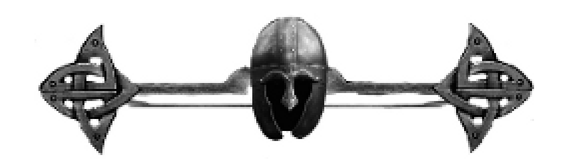
Udinaas se estaba riendo.

También le apetecía estrangularlo a él.

—Silchas —dijo Seren cuando se acercó—, ¿tienes idea de qué estaba hablando Tetera?

—No, corifeo. Pero —añadió— pienso seguir escuchando.

3



Nos topamos con el demonio en la ladera oriental del Espinazo Radagar. Estaba echado en un barranco poco profundo, formado por una riada, y el hedor que impregnaba el aire caliente nos habló de carne medio podrida; y así fue, en el examen realizado con el mayor cuidado en ése, el día siguiente a la emboscada a nuestro campamento, que habían realizado atacantes desconocidos, descubrimos que el demonio estaba, aunque todavía vivo, herido de muerte. ¿Cómo describir a semejante entidad demoníaca? Al erguirse, se habría alzado sobre dos enormes y musculadas extremidades traseras, reminiscencia de las de un shaba, esa ave incapaz de volar que se encuentra en las islas del archipiélago Dracónico, pero en comparación mucho más grandes. La cadera del demonio, cuando se pusiera en pie, se habría encontrado al nivel de los ojos de un hombre. De cola larga, el peso del torso del demonio, equilibrado de modo uniforme por las caderas, lo obligaría a adelantar el largo cuello y la cabeza y mantener la columna en horizontal. Dos largas extremidades delanteras, envueltas en densos músculos y escamas endurecidas que proporcionaban una armadura natural, terminaban no en garras o manos avariciosas, sino en enormes espadas de hojas de hierro que parecían fundidas, metal en hueso, con las muñecas. La cabeza tenía un morro pronunciado, como el de uno de esos cocodrilos que se encuentran en el barro de la orilla sur del mar Rosazul, pero, una vez más, mucho más grande. La deshidratación había hecho retroceder los labios, que revelaban filas desiguales de colmillos, cada uno largo como una daga. Los ojos, enturbiados por la muerte que se acercaba, eran, no obstante, misteriosos y ajenos a nuestros sentidos.

La atri-preda, osada como siempre, se adelantó para librar al demonio de su sufrimiento clavando una espada en el tejido blando de la garganta. Con esa herida letal, el demonio dejó escapar un grito de muerte que nos dolió, pues el sonido que emitió estaba más allá del registro que podíamos oír, y casi logra que nos estalle el cráneo, tan feroz fue que nos salió sangre de la nariz, los ojos y los oídos.
Otro detalle que merece la pena mencionar antes de que me extienda sobre el alcance de las susodichas lesiones. Las heridas visibles en el demonio eran de lo más curiosas. Cuchilladas alargadas, curvas, quizá efectuadas por algún tipo de tentáculo, pero un tentáculo que tenía dientes afilados, mientras que otras heridas eran más cortas pero de naturaleza más profunda, producidas de forma invariable en una región vital para la locomoción u otra aflicción parecida en los miembros, en los que se habían cortado tendones y demás...

—Comisionado Breneda Anict, *Expedición al interior de las tierras salvajes*
Anales oficiales de Pufanan Ibrys

No era un hombre en la cama. Oh, sus partes funcionaban a la perfección, pero en cualquier otro sentido era un niño, ese emperador de las Mil Muertes. Pero lo peor de todo, decidió Nisall, era lo que pasaba después, cuando caía en ese medio sueño, medio otra cosa, con espasmos en los miembros, una retahíla interminable de palabras reviviendo de su boca en una letanía de ruegos puntuados por sollozos desesperados que arañaban el aire perfumado de la estancia. Y no mucho después, cuando ella se escapaba de la cama en sí, se envolvía en una bata y se colocaba cerca de la escena pintada en la ventana falsa, a cinco pasos de distancia, lo observaba gatear por el suelo y dirigirse como si lo hubiera lisiado una lesión en la columna, arrastrando la omnipresente espada con una mano, al otro lado de la habitación, a una esquina, donde se pasaba el resto de la noche acurrucado, encerrado en una pesadilla eterna.

Un millar de muertes. Revividas noche tras noche. Mil.

Una exageración, por supuesto. Unas cuantas centenas como mucho.

El tormento del emperador Rhulad no era producto de una imaginación enfebrecida, ni nacía de una multitud de angustias. Lo que lo acosaba eran las verdades de su pasado. Nisall era capaz de identificar algunos de los murmullos, en concreto el que dominaba sus pesadillas, pues ella había estado allí. En la sala del trono, testigo de la no-muerte de Rhulad, que había sollozado en el suelo embadurnado por su propia sangre, con un cadáver en su trono y el asesino de Rhulad echado medio erguido contra el estrado. A ése se lo había llevado el veneno.

El patético deslizamiento de Hannan Mosag hacia ese trono lo había detenido el demonio que había aparecido para recoger el cuerpo de Brys Beddict, y la estocada casi indiferente que mató a Rhulad cuando la aparición salió de la sala.

El chillido del emperador al despertar había convertido el corazón de Nisall en un trozo de hielo, un grito tan brutal y crudo que sintió su fuego en la garganta.

Pero fue lo que siguió, muy poco después de su regreso, lo que perseguía a Rhulad con un millar de hojas chorreantes.

Morir, solo para regresar, es no escapar nunca. No escapar… de nada.

Al cerrarse las heridas se había aupado, se había quedado a gatas, todavía aferrado a la espada maldita, el arma que jamás soltaba. Sollozando, tomando aliento con bocanadas entrecortadas, se arrastró hacia el trono y hundió el cuerpo una vez más cuando alcanzó el estrado.

Nisall había salido de donde se había escondido momentos antes. Tenía la mente entumecida: el suicido de su rey, su amante, y el del eunuco, Nifadas, las conmociones, una tras otra, en ese terrible salón del trono, las muertes, que caían como una multitud de lápidas en un campo anegado. Triban Gnol, siempre pragmático, se

arrodilló ante el nuevo emperador y juró servirlo con la facilidad de una anguila deslizándose bajo una nueva roca. El primer consorte también lo había presenciado todo, pero Nisall no vio por ninguna parte a Turudal Brizad cuando Rhulad, entre el brillo de las monedas húmedas de sangre, se retorció en el escalón y le enseñó los dientes a Hannan Mosag.

—No es tuyo —dijo con voz ronca.

—Rhulad…

—¡Emperador! Y tú, Hannan Mosag eres mi ceda. Ya no eres el rey hechicero. Mi ceda, sí.

—Vuestra esposa…

—Muerta. Sí. —Rhulad se aupó al estrado, se levantó y se quedó mirando al rey letherii muerto, Ezgara Diskanar. Estiró la mano que le quedaba libre, cogió la pechera de la túnica de brocado del rey, sacó a rastras el cadáver del trono y lo dejó caer a un lado; la cabeza crujió contra el suelo de azulejos. Un escalofrío pareció atravesar a Rhulad. Se sentó en el trono y los miró, los ojos posándose una vez más en Hannan Mosag—. Ceda —dijo—, en éste, nuestro aposento, te acercarás siempre a nos boca abajo, como haces ahora.

Entre las sombras del otro extremo del salón del trono se oyó una risa aguda llena de flemas.

Rhulad se encogió un instante antes de seguir hablando.

—Nos dejarás ahora, ceda. Y llévate a esa arpía, Janall, y a su hijo contigo.

—Emperador, por favor, debéis entender…

—¡Largo!

El chillido sacudió a Nisall, que vaciló y luchó por contener el impulso de huir, de escapar de aquel lugar. De la corte, de la ciudad, de todo.

La mano libre del emperador se estiró de golpe y, sin volverse, se dirigió a ella.

—Tú no, puta. Tú quédate.

Puta.

—Es un término inapropiado —dijo Nisall, que se puso rígida de miedo, sorprendida por su propia temeridad.

El emperador clavó los ojos enfebrecidos en ella. Después, de modo harto incongruente, hizo un gesto de desdén con la mano y habló con un cansancio repentino.

—Por supuesto. Nos disculpamos, concubina imperial… —Su rostro rutilante se crispó en una pequeña sonrisa—. Tu rey debería haberte llevado a ti también. Fue egoísta, o quizá su amor por ti era tan profundo que no podía soportar invitarte a la muerte.

Nisall no dijo nada porque, en verdad, no tenía respuesta que darle.

—Ah, vemos la duda en tus ojos, concubina, pero te comprendemos. Has de saber que no te usaremos con crueldad. —Quedó en silencio y miró a Hannan Mosag, que volvía a cruzar a rastras el umbral de la grandiosa entrada de la cámara. Había aparecido otra media docena de tiste edur, trémulos, con movimientos furtivos, sin saber muy bien qué era lo que estaban presenciando. Una orden siseada de Hannan Mosag envió a dos al salón, y cada uno cubrió con la arpillera las formas mutiladas de Janall y Quillas, su hijo. El sonido cuando sacaron a rastras de la cámara los dos sacos llenos de carne fue, a oídos de Nisall, más espeluznante que todo lo que había escuchado hasta el momento ese malhadado día.

—Al mismo tiempo —continuó el emperador tras un momento—, el título y sus privilegios consiguientes… se mantienen, si así lo deseases.

Nisall parpadeó, se sentía como si se hubiera metido en arenas movedizas.

—¿Me dais libertad para elegir, emperador?

Un asentimiento, los ojos llorosos y enrojecidos todavía clavados en la entrada de la cámara.

—Udinaas —susurró—. Traidor. Tú… tú no fuiste libre de escoger. Esclavo, mi esclavo, jamás debería haber confiado en la oscuridad, nunca… —Se estremeció una vez más en el trono, los ojos reluciendo de repente—. Viene.

Nisall no tenía ni idea de a quién se refería, pero la emoción cruda de aquella voz la asustó de nuevo. ¿Qué más podía aparecer en ese día terrible?

Unas voces fuera, una de ellas sonaba amarga, después cohibida.

La mujer observó que un guerrero tiste edur entraba sin prisas en el salón del trono. El hermano de Rhulad. Uno de ellos. El que había dejado a Rhulad tirado en las baldosas. Joven, atractivo a ese modo de los edur, a la vez diferente y perfecto. Nisall intentó recordar si había oído su nombre.

—Trull —dijo el emperador con voz ronca—. ¿Dónde está? ¿Dónde está Temor?

—Se ha… ido.

—¿Ido? ¿Nos ha dejado?

—Nos. Sí, Rhulad, ¿o insistes en que te llame emperador?

Varias expresiones cruzaron el rostro tachonado de monedas de Rhulad, una tras otra, después hizo una mueca.

—Tú también me dejaste, hermano —dijo—. Me dejaste sangrando… en el suelo. ¿Te crees muy diferente a Udinaas? ¿Menos traidor que mi esclavo letherii?

—Rhulad, ojalá fueras mi hermano de antaño…

—¿Aquel del que te mofabas?

—Si parecía que eso hacía, me disculpo.

—Sí, ahora te das cuenta de la necesidad de disculpas, ¿no?

Trull Sengar se adelantó.

—Es la espada, Rhulad. Está maldita. Por favor, tírala. Destrúyela. Ya has conseguido el trono, ya no la necesitas…

—Te equivocas. —Le enseñó los dientes en una mueca fiera, como si lo pusiera enfermo el odio que sentía por sí

mismo—. Sin ella solo soy Rhulad, hijo menor de Tomad. Sin la espada, hermano, no soy nada.

Trull ladeó la cabeza.

—Nos has liderado en la conquista. Yo permaneceré a tu lado. También estarán Binadas y nuestro padre. Te has ganado ese trono, Rhulad, nada tienes que temer de Hannan Mosag…

—¿Ese miserable gusano? ¿Crees que me asusta? —La punta de la espada produjo un chasquido seco cuando saltó de las baldosas. Rhulad apuntó con el arma al pecho de Trull —. ¡Soy el emperador!

—No, no lo eres —respondió Trull—. Tu espada es el emperador… tu espada y el poder que la respalda.

—¡Mentiroso! —chilló Rhulad.

Nisall vio a Trull estremecerse y después recuperar la compostura.

—Demuéstralo.

El emperador abrió mucho los ojos.

—Haz pedazos esa espada, por la bendición de la Hermana, déjala caer de tu mano. Incluso eso, Rhulad. Solo eso. ¡Déjala caer!

—¡No! ¡Sé lo que quieres, hermano! La cogerás tú, te veo tenso, listo para tirarte a por ella, ¡veo la verdad! —El arma temblaba entre ellos, como si ansiase sangre, la sangre de quien fuera.

Trull negó con la cabeza.

—La quiero hecha pedazos, Rhulad.

—No puedes permanecer a mi lado —siseó el emperador —. Demasiado cerca, hay traición en tus ojos… ¡me dejaste! ¡Tullido en el suelo! —Alzó la voz—. ¿Dónde están mis guerreros? ¡Que entren en la cámara! ¡Vuestro emperador lo ordena!

Media docena de guerreros edur apareció de repente con las armas en la mano.

—Trull —susurró Rhulad—. Veo que no tienes espada. Ahora te toca a ti dejar caer tu arma favorita, tu lanza. Y tus cuchillos. ¿Qué? ¿Temes que te asesine? Demuéstrame que confías tanto como dices. Que tu honor sea mi guía, hermano.

Nisall no lo sabía entonces, no comprendía lo suficiente el modo de vida de los edur, pero vio algo en el rostro de Trull, una especie de rendición, pero una rendición que era mucho más complicada, más difícil, que limitarse a entregar sus armas allí, ante su hermano. Niveles de resignación que se posaban uno sobre otro, el descenso de cargas imposibles, y lo que sabían los dos hermanos que indicaba esa rendición. Ella no comprendió en ese momento lo que significaba la respuesta de Trull, el modo en que se hizo, no en su propio nombre, no por sí mismo, sino por Temor. Temor Sengar, más que cualquier otro. Ella no comprendió entonces la inmensidad del sacrificio de aquel edur cuando se descolgó la lanza y la dejó caer con estrépito sobre las baldosas; cuando se quitó el cinturón de los cuchillos y lo tiró a un lado.

Debería haber habido triunfo en los ojos torturados de Rhulad, pero no lo había. En su lugar, una especie de confusión nubló su mirada y lo hizo apartar los ojos, como si buscara ayuda. Su mirada encontró y se concentró en los seis guerreros, hizo un gesto con la espada y habló con voz entrecortada.

—Trull Sengar debe ser pelado y expulsado. Cesará de existir, para nos, para todos los edur. Llevadlo. Atadlo. Lleváoslo.

Nisall tampoco había comprendido lo que esa sentencia, esa decisión, le había costado al propio Rhulad.

Libre de elegir, la concubina había optado por quedarse, por razones que no pudo elucidar ni siquiera en su propia mente. ¿Era compasión? Quizá. Ambición, sin lugar a dudas,

pues había percibido, como el depredador que se ha de ser en la vida en la corte, que había una forma de llegar a él, una forma de sustituir (sin toda esa historia concomitante) a los que ya no estaban junto a Rhulad. No uno de los guerreros que lo adulaban; no servían para nada, en último caso, y ella sabía que Rhulad era más que consciente de esa verdad. Nisall comprendió que, a fin de cuentas, el emperador no tenía a nadie. No tenía a su hermano, Binadas, que, como Trull, lo conocía demasiado bien y por tanto era demasiado peligroso para que el emperador lo mantuviera cerca, así que lo había enviado en busca de paladines y de los parientes repartidos de las tribus edur. En cuanto al padre, Tomad, una vez más el papel subordinado resultaba extremadamente incómodo para encajarlo. De los k'risnan supervivientes de Hannan Mosag, a la mitad entera los había enviado a acompañar a Tomad y Binadas y así mantener la debilidad del nuevo ceda.

Y durante todo ese tiempo, mientras se iban tomando esas decisiones, cuando se llevó a cabo el pelado, en secreto, lejos de ojos letherii, y mientras Nisall maniobraba para meterse en la cama del emperador, el canciller, Triban Gnol, lo iba observando todo con los ojos entornados de un ave raptora.

El consorte, Turudal Brizad, había desaparecido, aunque Nisall había oído rumores entre los sirvientes de la corte, rumores que decían que no se había ido muy lejos, que rondaba por los pasillos menos frecuentados y los misterios subterráneos del antiguo palacio, fantasmal y pocas veces algo más que visto a medias. Nisall no sabía muy bien si creer esas afirmaciones; aun así, si de verdad continuaba oculto en el palacio, la concubina comprendió que tampoco le extrañaría. No importaba, Rhulad no tenía esposa, después de todo.

La amante del emperador, un papel al que estaba acostumbrada, aunque no lo parecía. Rhulad era tan joven, tan diferente de Ezgara Diskanar. Sus heridas espirituales eran demasiado profundas para que las sanaran sus caricias y así, aunque se encontraba en una posición de renombre, de poder (cerca como estaba del trono), se sentía impotente. Y profundamente sola.

Se levantó y observó al emperador de Lether retorcerse mientras se acurrucaba todavía más en la esquina de la habitación. Entre los gimoteos, gruñidos y jadeos, escupió fragmentos de su conversación con Trull, el hermano del que había renegado. Y una y otra vez, con susurros roncos, Rhulad rogaba que lo perdonara.

Pero los esperaba un nuevo día, se recordó Nisall. Y ella vería a ese hombre roto recuperar la compostura, recoger los trozos y ocupar su lugar en el trono imperial, mirarlo todo con ojos enrojecidos, la armadura fragmentada de monedas reluciendo con un brillo apagado bajo la luz de las antorchas tradicionales que revestían las paredes de la estancia; y donde faltaban monedas, no había más que tejido cicatrizado, verdugones ribeteados de carmesí de carne deformada. Y en el curso del día esa espeluznante aparición procedería a asombrarla.

El emperador de las Mil Muertes había renunciado a los antiguos protocolos del gobierno imperial y soportaba sentado un desfile de peticiones, un número siempre creciente de ciudadanos del imperio, pobres y ricos por igual, que habían terminado por aceptar la invitación imperial, alimentando su valor para enfrentarse cara a cara con su gobernante extranjero. Pues campanada tras campanada, Rhulad impartía justicia lo mejor que podía. Su esfuerzo y empeño en comprender las vidas de los letherii habían conmovido a Nisall de formas inesperadas, había llegado a creer que había un alma decente bajo todo ese

infausto trauma. Y fue entonces cuando Nisall se encontró siendo más necesaria, aunque con más frecuencia en los últimos tiempos era el canciller el que daba todos los consejos; la concubina se daba cuenta que Triban Gnol había empezado a verla como una rival. Él era el principal organizador de las solicitudes, el filtro que mantenía el número en un nivel manejable, y su despacho había prosperado en consecuencia. Que su extenso personal también servía como una inmensa e invasiva red de espías en palacio se daba por hecho.

Así pues, Nisall observaba a su emperador, que había ascendido al trono vadeando sangre, esforzarse por ser un gobernador benigno, buscar una sensibilidad tan honesta y torpe que no podía ser más que genuina. Y le estaba rompiendo el corazón.

Pues al poder no le interesaba la integridad. Incluso Ezgara Diskanar, tan lleno de promesa durante sus primeros años, había terminado por alzar un muro entre él y los ciudadanos del imperio durante la última década de su gobierno. La integridad era demasiado vulnerable al abuso de otros, y Ezgara había sufrido esa traición una y otra vez, y quizá la más dolorosa de todas, la de su propia mujer, Janall, y luego la del hijo de ambos.

Era demasiado fácil despreciar la carga de tales heridas, la profundidad de esas cicatrices.

Y Rhulad, el hijo menor de una familia noble edur, había sido víctima de la traición, la traición de lo que debía de haber sido verdadera amistad (con el esclavo, Udinaas) y en los hilos de la sangre compartida, la de sus propios hermanos.

Pero cada día ese hombre superaba los tormentos de la noche que acababa de terminar. Nisall se preguntaba, sin embargo, cuánto tiempo más podía durar aquello. Solo ella era testigo del triunfo interno del emperador, de esa guerra

extraordinaria que libraba consigo mismo cada mañana. El canciller, a pesar de todos sus espías, no sabía nada de ello, Nisall estaba segura. Y eso lo hacía peligroso en su ignorancia.

La concubina tenía que hablar con Triban Gnol. Necesitaba arreglar ese puente. *Pero no pienso ser su espía*.

Un puente muy estrecho, entonces, un puente que debía cruzar con cautela.

Rhulad se removió en la oscuridad. Se oyó un susurro.

—Sé lo que quieres, hermano… Así que guíame… que tu honor sea mi guía…

Ah, Trull Sengar, allí donde ahora aceche tu espíritu, ¿te complace? ¿Te complace saber que tu pelado fracasó?

De modo que ahora has regresado.

Para acosar así a Rhulad.

—Guíame —dijo Rhulad con voz ronca.

La espada arañó el suelo y reverberó sobre el mosaico como una carcajada fría.

—No es posible, me temo.

Bruthen Trana estudió al letherii que tenía delante durante largo rato y no dijo nada.

La mirada del canciller se apartó por un instante, como si se distrajese, parecía a escasos momentos de despedir al guerrero edur; después, quizá al darse cuenta de que eso podría no ser demasiado inteligente, se aclaró la garganta y habló con tono comprensivo.

—El emperador insiste en atender estas peticiones, como bien sabe usted, y consumen cada momento que pasa despierto. Son, si me disculpa, su obsesión. —Alzó las cejas unos milímetros—. ¿Cómo puede un auténtico súbdito cuestionar el amor por la justicia de su emperador? Los ciudadanos han terminado por adorarlo. Han terminado por

verlo como el gobernante honorable que es en realidad. Esa transición ha llevado cierto tiempo, lo admito, y ha implicado un esfuerzo inmenso por nuestra parte.

—Deseo hablar con el emperador —dijo Bruthen, su tono era idéntico al de la vez anterior que había pronunciado esas palabras.

Triban Gnol suspiró.

—Es de suponer que desea dar en persona su informe sobre el centinela Karos Invictad y sus patriotas. Le garantizo que remito tales informes. —Miró con el ceño fruncido al tiste edur, asintió y dijo—: Muy bien, transmitiré sus deseos a su alteza, Bruthen Trana.

—Si fuera necesario, póngame entre los solicitantes.

—Eso no será necesario.

El tiste edur contempló al canciller durante media docena de latidos, después se volvió y salió del despacho. En la gran antesala esperaba una multitud de letherii. Una veintena de rostros se volvieron para contemplar a Bruthen cuando serpenteó entre los presentes, rostros nerviosos que luchaban con el miedo, mientras otros estudiaban al tiste edur con ojos que no revelaban nada (los agentes del canciller, los que Bruthen sospechaba que salían cada mañana para reunir a los solicitantes del día y los aleccionaban sobre lo que le tenían que decir a su emperador).

Sin hacer caso de los letherii que se apartaban para dejarlo pasar, salió al pasillo y continuó por el laberinto de aposentos, pasillos y pasajes que componían el palacio. Vio muy pocos tiste edur, salvo uno de los k'risnan de Hannan Mosag, encorvado y caminando con un hombro rozando un muro, en los ojos un destello de reconocimiento antes de continuar su camino cojeando.

Bruthen Trana se dirigió al ala de palacio más cercana al río; allí el aire era frío y húmedo y los pasillos estaban casi

vacíos. Si bien la inundación sufrida durante las primeras etapas de la construcción se había rectificado gracias a un ingenioso sistema de pilones bajo la superficie, parecía que nada podía disipar la humedad. Se habían abierto agujeros en las paredes exteriores para crear un flujo de aire, sin demasiado resultado, aparte de llenar la oscuridad mohosa con el olor del barro del río y de las plantas que se pudrían.

Bruthen atravesó uno de esos agujeros y salió a un camino adoquinado casi deshecho, con árboles derribados deshaciéndose entre hierbas altas a su izquierda y los cimientos de un edificio pequeño a su derecha. El abandono persistía en el aire quieto como polen suspendido. Bruthen estaba solo cuando subió por la ladera irregular del camino y llegó al borde de la zona despejada, al otro extremo de la cual se alzaba la antigua torre de los azath, con las estructuras menores de los jaghut a ambos lados. En ese claro había jalones de tumbas dispuestas sin ningún orden discernible. Urnas medio enterradas, las bocas selladas con cera, de las que surgían armas. Espadas, lanzas rotas, hachas, mazas... trofeos del fracaso, un bosque atrofiado de hierro.

Los campeones caídos, los residentes de un cementerio prestigioso. Todos habían matado a Rhulad al menos una vez, algunos más de una; el mayor de todos, un tartheno casi de pura sangre, había asesinado al emperador siete veces, y Bruthen recordaba con absoluta claridad la expresión de rabia creciente y terror en el rostro bestial del tartheno cada vez que su oponente caído se levantaba, renovado, más fuerte y letal que unos instantes antes.

Entró en la extraña necrópolis, los ojos repasando las distintas armas, en otro tiempo cuidadas con tanto cariño (muchas de ellas tenían hasta nombre), pero en esos momentos recubiertas de orín. Al otro extremo, un poco separada de todas las demás, se hallaba una urna abierta.

Meses antes, por curiosidad, Bruthen había metido la mano en ella y había encontrado una copa de plata. La copa que contuvo el veneno que mató a tres letherii en el salón del trono, el veneno que mató a Brys Beddict.

No había cenizas. Hasta su espada había desaparecido.

Bruthen Trana sospechaba que si ese hombre regresase de nuevo, otra vez se enfrentaría a Rhulad y haría lo que había hecho antes. No, era más que una sospecha. Era una certeza.

Invisible para Rhulad, mientras el nuevo emperador yacía allí, hecho jirones en el suelo, Bruthen se había metido en la cámara para verlo por sí mismo. Y en la mirada temerosa de ese momento había discernido la espantosa precisión de esa masacre. Brys Beddict había ejecutado un trabajo mecánico. Como un erudito diseccionando un argumento débil, un esfuerzo no mayor por su parte que el de atarse los mocasines.

Ojalá Bruthen hubiera visto el duelo en sí, ojalá hubiera presenciado el arte de ese espadachín letherii trágicamente asesinado.

Se quedó allí, con la mirada baja, fija en la urna polvorienta y cubierta de telarañas.

Y rezó por el regreso de Brys Beddict.

Estaba tomando forma un patrón, poco a poco, de forma inexorable. Sin embargo, el Errante, en otro tiempo conocido como Turudal Brizad, consorte de la reina Janall, no podía discernir su significado. Esa sensación de inquietud, de pavor, era nueva para él. De hecho, él consideraba que no se podía imaginar un estado mental más embarazoso para un dios, allí, en el corazón del reino.

Oh, había conocido épocas de violencia; había recorrido las cenizas de imperios muertos, pero su sentido del destino

permanecía incluso entonces, sin tacha, inviolado y absoluto. Y para empeorar las cosas, los patrones eran su obsesión personal, una obsesión sostenida por su fe en su dominio de ese arcano lenguaje, un dominio que nada ni nadie podía desafiar.

¿Entonces quién es el que juega conmigo ahora?

Permaneció en la oscuridad, escuchando el goteo del agua que se filtraba por una pared invisible, y se quedó mirando la Cedance, las losas de piedra de las Fortalezas, el rompecabezas en el suelo que conformaba los cimientos de ese reino. La Cedance. *Mis losas. Mías. Yo soy el Errante. Ésta es mi partida*.

Entretanto, el patrón seguía desarrollándose ante él, penosamente, el rumor de las piedras demasiado bajo y profundo para oírlo, pero su resonancia hacía que le chirriasen los huesos. *Trozos dispares que se unen. Una función oculta hasta el último momento, cuando todo llega demasiado tarde, cuando el cierre impide toda huida*.

¿Esperas que no haga nada? No soy una simple víctima tuya más. Soy el Errante. Por mi mano, todo destino gira. Todo lo que parece aleatorio es propósito mío. Es una verdad inmutable. Siempre lo ha sido. Siempre lo será.

No obstante, tenía el sabor del miedo en la lengua, como si hubiera estado chupando monedas sucias día tras día, pasándose la riqueza de un imperio por la boca. *Pero ¿es un flujo amargo que entra o que sale?*

El susurro agudo del movimiento, todo propósito de las imágenes talladas en las losas… perdido. Ni una sola Fortaleza se revelaba.

La Cedance había estado así desde el día en que había muerto Ezgara Diskanar. El Errante tenía que ser idiota para despreciar la relación, pero ese razonamiento todavía tenía que llevarlo a alguna parte. Quizá no era la muerte de Ezgara lo que importaba, sino la del ceda. *Nunca le caí muy*

bien. Y me quedé allí, observando, cuando el tiste edur se apartó un poco hacia un lado, cuando arrojó su lanza, atravesó a Kuru Qan y mató al ceda más grande que había habido desde el Primer Imperio. Mi partida, pensé en ese momento. Pero ahora, me pregunto...

Pero quizá era la de Kuru Qan. *Y, de algún modo, sigue jugándose. No le advertí de ese peligro inminente, ¿verdad? Antes del estertor de su último aliento, él habría comprendido esa... omisión*.

¿Ese puñetero mortal me ha maldecido? ¡A mí, un dios!

Una maldición así sería vulnerable. Ni siquiera Kuru Qan era capaz de elaborar algo que no pudiera desmantelar el Errante. Solo tenía que entender su estructura, todo lo que la sujetaba, las estacas ocultas que guiaban esas losas.

¿Qué es lo que viene? El imperio ha renacido, vigorizado, revelando así la veracidad de la antigua profecía. Es todo como preví.

Su estudio de los borrosos adoquines bajo la pasarela se convirtió en una mirada feroz. Siseó de frustración y observó que su aliento desaparecía en jirones con el frío.

Una transformación desconocida en la que no veo nada salvo el hielo de mi propia exasperación. Así pues, veo, pero estoy ciego, ciego a todo.

El frío también era un fenómeno nuevo. El calor del poder se había desangrado de ese lugar. Nada era como debería.

Quizá, en algún momento, tendría que admitir la derrota. *Y entonces estaré obligado a hacer una visita a un vejestorio pequeño y malhumorado que trabaja como sirviente de un idiota inútil. Humilde, me acercaré en busca de respuestas. Permití vivir a Tehol, ¿no? Esto tiene que contar para algo*.

Mael, sé que interferiste la última vez. Con una indiferencia desvergonzada por las reglas. Mis reglas. Pero te he perdonado, y eso también tiene que contar para algo.

La humildad sabía incluso peor que el miedo. Todavía no estaba listo para eso.

Se haría cargo de la Cedance. Pero para usurpar el patrón, primero tendría que encontrar a su hacedor. ¿Kuru Qan? No estaba convencido.

Hay perturbaciones en el panteón, nuevas y antiguas. Caos, el hedor de la violencia. Sí, es la intromisión de un dios. Quizá la culpa sea del propio Mael; no, no es eso. Lo más probable es que no sepa nada, que permanezca en la bendita ignorancia. ¿Me servirá eso para hacerle comprender que algo va mal?

Un imperio renacido. Cierto, los tiste edur tenían sus secretos, o por lo menos ellos creían que esas verdades estaban bien escondidas. No lo estaban. Un dios extraño las había usurpado y había hecho de un joven guerrero edur un avatar, un paladín, con los defectos correspondientes en espeluznante homenaje a las patéticas disfunciones del propio dios. Poder que sale del dolor, gloria que sale de la degradación, temas que se yuxtaponen, un imperio renacido al que se le ofrece la promesa del vigor, de la expansión y la longevidad, nada de lo cual, tenía que admitir, se garantizaba de verdad. *Así son las promesas*.

El dios se estremeció de repente bajo el aire cortante de esa inmensa cámara subterránea. Se estremeció en esa pasarela que pendía sobre una incógnita arremolinada.

El patrón estaba tomando forma.

Y cuando la tuviera, sería demasiado tarde.

—Es demasiado tarde.

—Pero tiene que haber algo que podamos hacer.

—Me temo que no. Se muere, amo, y si no nos aprovechamos nosotros de su fallecimiento ahora mismo, otro lo hará.

El pez capabara había usado sus tentáculos para trepar por la pared del canal, se había subido al borde y desde allí a la pasarela, donde quedó aplastado, extrañamente despatarrado; yacía con la boca abierta, las agallas jadeantes, observando la mañana que se nublaba mientras él expiraba. La bestia era larga como un hombre es alto, gorda como un mercader de corderos de las islas interiores y, para asombro de Tehol, incluso más feo.

—Pues se me rompe el corazón.

Bicho se rascó la testa casi sin pelo y suspiró.

—Es el agua, que está más fría de lo habitual —dijo—. A éstos les gusta el barro caliente.

—¿Agua fría? ¿No puedes hacer algo sobre eso?

—La Hidrogación de Bicho.

—¿Estás extendiendo el negocio?

—No, solo estaba probando el título.

—¿Y cómo se hidroga?

—No tengo ni idea. Bueno, sí que la tengo, pero no es lo que se dice un oficio legítimo.

—Lo que significa que pertenece al reino de los dioses.

—Sobre todo. Aunque —dijo después, más animado— con la reciente serie de riadas, y dada mi pasada experiencia en la consecución de cimientos secos, empiezo a ver ciertas posibilidades.

—¿Puedes empapar inversores?

Bicho hizo una mueca.

—Siempre viendo el lado destructivo, ¿no, amo?

—Es mi naturaleza oportunista. La mayor parte de las personas —añadió— lo consideraría una virtud. Ahora bien, ¿me estás diciendo de verdad que no puedes salvar a este pobre pez?

—Amo, ya está muerto.

—¿Lo está? Oh. Entonces supongo que ya tenemos la cena.

—Más bien quince cenas.

—En cualquier caso, he de cumplir con un compromiso, así que te veré a ti y al pez en casa.

—Bien, gracias, amo.

—¿No te dije que este paseo matinal resultaría beneficioso?

—No para el capabara, por desgracia.

—Lo admito. Oh, por cierto, necesito que me hagas una lista.

—¿De qué?

—Ah, eso tendré que decírtelo más tarde. Como he dicho, llego tarde a una reunión. Se me acaba de ocurrir: ¿este pez es demasiado grande para que lo lleves tú solo?

—Bueno —dijo Bicho mientras le echaba un vistazo a los restos—, es pequeño para lo que suelen ser los capabaras, ¿recuerda al que intentó copular con una galera?

—La apuesta sobre el resultado dejó a los Ahogamientos en mantillas. Perdí todo lo que tenía ese día.

—¿Todo?

—Tres diques de cobre, sí.

—¿Qué resultado anticipó?

—Pues botecitos de remos que bogaban solos con grandes palas con aletas.

—Llega tarde a su reunión, amo.

—¡Espera! ¡No mires! Necesito hacer algo indecoroso ahora mismo.

—Oh, amo, ¿en serio?

Había espías en las esquinas. Pequeños pelotones de patriotas con capas de lluvia grises se movían entre la multitud, que se separaba para evitarlos cuando pasaban contoneándose con las manos enguantadas posadas en las porras que llevaban en el cinturón, en los rostros la

arrogancia bruta de los matones. Tehol Beddict vestía su manta a modo de sarong y caminaba con la elegancia benigna de un ascético de algún culto poco conocido pero inofensivo. O al menos eso esperaba él. Aventurarse por las calles de Letheras en esos días implicaba cierto riesgo que no había existido durante los tiempos del agradable descuido del rey Ezgara Diskanar. Si bien por un lado eso prestaba un aire de intriga y peligro a cada salida (incluyendo la compra de tubérculos ya pasados), también estaban los nervios tensos que no había forma de sofocar, por muchos nabos mohosos que uno llevara encima.

Lo que agravaba las cosas en ese caso era que su propósito sí que era la subversión. Una de las primeras víctimas del nuevo régimen había sido el gremio de los Cazarratas. Karos Invictad, el centinela de los patriotas, se había puesto a trabajar su primer día en el cargo y había despachado a todo un batallón de cien agentes a la Casa de las Escamas, el modesto cuartel general del gremio, donde habían arrestado a decenas de cazarratas, muchos de los cuales, resultó después, eran meras ilusiones, un detalle que nunca se anunció, por supuesto, no fuera a ser que la llegada de los temidos patriotas solo suscitara mofas públicas. Cosa que no sería muy útil.

Después de todo, la tiranía no suele tener sentido del humor. Demasiado sensible, demasiado pagada de su poder. Por consiguiente, nos encontramos ante una tentación casi abrumadora, ¿cómo no se me va a disculpar alguna que otra burla? Por desgracia, los patriotas carecían de flexibilidad en tales asuntos, el arma más letal contra ellos era la carcajada desdeñosa, y lo sabían.

Cruzó el canal Quillas por un puente menor, se dirigió al menos ostentoso distrito norte, y al final entró sin prisas en un callejón con recodos y revueltas repleto de sombras, un callejón que en otro tiempo había sido una calle de tierra,

antes del invento de las carretas de cuatro ruedas y las yuntas de dos caballos. En lugar de los habituales cuchitriles y puertas traseras que serían de esperar en un callejón así, a éste lo bordeaban tiendas que no habían cambiado demasiado en los últimos setecientos años, más o menos. Allí, la primera a la derecha, el templo Media-Hacha de las Hierbas, que olía como el agujero de un pantano y en el que se podía encontrar a una bruja con cara de pasa que vivía en un barrizal, con todas sus preciosas plantas atestando las orillas o creciendo en el propio charco moteado de insectos. Se decía que había nacido en ese cieno y solo era medio humana; y que su madre también había nacido allí, y la madre de su madre. Que eran concepciones inmaculadas no había ni que decirlo, puesto que Tehol no era capaz de imaginarse a ningún hombre razonable, ni siquiera a un hombre no razonable, zambulléndose ahí.

Enfrente del Media-Hacha estaba la entrada estrecha de una tienda dedicada a trozos cortos de cuerda y postes de madera de un hombre y medio de altura. Tehol no tenía ni idea de cómo podía sobrevivir una empresa tan especializada, sobre todo en un mercado tan confuso y truncado como aquél, pero su puerta había permanecido abierta durante casi seis siglos, cerrada cada noche con un trozo corto de cuerda y un poste de madera.

El surtido que iba bajando por el callejón era parecido solo en su peculiaridad. Estacas y clavijas de madera en un establecimiento, correas de sandalias en otro (no las sandalias, solo las correas). Una tienda que vendía cerámica con fugas, que no era una indicación de incompetencia, por cierto; en realidad las ollas se hacían de forma deliberada así para que filtraran líquido a diferentes, y precisos, ritmos de pérdida; había un lugar que vendía cajas imposibles de abrir; otro, tintes tóxicos. Dientes de cerámica, botellas llenas de orina de mujeres embarazadas, ánforas enormes

que contenían mujeres embarazadas muertas; los excrementos de puercos obesos; y mascotas en miniatura, perros, gatos, pájaros y roedores de todo tipo, todos ellos reducidos en tamaño generación tras generación de reproducción selectiva. Tehol había visto perros guardianes que no le llegaban a él más que al tobillo, y si bien eran muy monos y tan vivaces como correspondía, él tenía sus dudas en cuanto a su eficacia, aunque seguramente eran el terror de los ratones del tamaño de uñas y de los gatos que podían subirse al dedo gordo del pie de una anciana, que se los ataba con un ingenioso lazo en la correa de la sandalia.

Desde la ilegalización del gremio de los Cazarratas, el callejón de la Aventura había adquirido una nueva función, a la que Tehol se aplicó con la indolencia de los iniciados. Primero entró en el Media-Hacha, se abrió camino como pudo entre las enredaderas que había a la entrada, y se detuvo a un paso de caer de cabeza en el charco de barro.

Unos chapoteos y algo denso que se vertía y apareció una cara arrugada de piel oscura entre las hierbas altas que ribeteaban el agujero.

—Eres tú —dijo la bruja, que hizo una mueca y dejó salir deslizándose la lengua demasiado larga para mostrarle todas las sanguijuelas que tenía pegadas a ella.

—Y tú eres tú —respondió Tehol.

La protuberancia roja con todas sus amiguitas regresó a su sitio.

—Ven a nadar un poco, hombre odioso.

—Sal y deja que se te recupere la piel, Munuga. Resulta que sé que apenas tienes tres décadas.

—Soy un mapa de sabiduría.

—Como advertencia contra los peligros de los baños excesivos, es posible. ¿Dónde está la raíz gorda esta vez?

—¿Qué tienes para mí primero?

—Lo que siempre tengo. Lo único que quieres de mí, Munuga.

—¡Lo único que jamás darás, querrás decir!

Con un suspiro, Tehol se sacó de debajo del sarong improvisado un frasquito y lo levantó para que lo viera la bruja.

Ésta se lamió los labios, cosa que resultó de una complicación alarmante.

—¿Qué clase?

—Huevas de capabara.

—Pero yo quiero lo tuyo.

—Yo no produzco huevas.

—Ya sabes a qué me refiero, Tehol Beddict.

—Por desgracia, la pobreza es más que profunda. Además, he perdido el estímulo para ser productivo, en todos los sentidos de la palabra. ¿Pues, qué clase de mundo es éste para que me plantease siquiera traer un niño a él?

—Tehol Beddict, tú no puedes traer un niño al mundo. Eres un hombre. Déjame a mí esa parte.

—Verás, tú sales de esa sopa espesa, te secas y me dejas ver el aspecto que se supone que tienes, ¿quién sabe? Podrían ocurrir cosas extraordinarias.

La bruja frunció el ceño y levantó un objeto.

—Aquí tienes tu raíz gorda. Dame ese frasco y lárgate.

—Estoy deseando que llegue la próxima vez…

—Tehol Beddict, ¿sabes para qué se usa la raíz gorda?

La suspicacia había avivado los ojos de la mujer y Tehol se dio cuenta de que si le diera por secarse de verdad, quizá fuera bastante atractiva, después de todo, en un estilo un tanto anfibio.

—No, ¿por qué?

—¿Requieren de ti que la ingieras de un modo extraño?

Él negó con la cabeza.

—¿Estás seguro? ¿Nada de té extraño que huele amarillo?

—¿Que huele amarillo? ¿Qué significa eso?

—Si lo olieras, lo sabrías. Está claro que no lo has olido. Bien. Largo, me estoy arrugando.

Una partida apresurada, así pues, del Medio-Hacha. Continuó hasta la entrada de Ollas Inconmensurables de Grool. Cabía suponer que esa descripción estaba destinada a enfatizar la calidad sin rival o algo así, ya que las ollas se vendían como relojes y para experimentos alquímicos y demás, funciones que dependían de un ritmo preciso de flujo.

Tehol entró en la atestada y húmeda tienda.

—Siempre estás frunciendo el ceño cuando entras aquí, Tehol Beddict.

—Buenos días, loable Grool.

—La gris, sí, esa de ahí.

—Una olla magnífica…

—Es un vaso de precipitación, no una olla.

—Por supuesto.

—Precio habitual.

—¿Por qué te escondes siempre detrás de todas estas ollas, loable Grool? Lo único que te veo son las manos.

—Mis manos son la única parte importante que tengo.

—De acuerdo. —Tehol sacó una aleta dorsal recién extirpada—. Una sucesión de púas, estas de un capabara. Diámetros degradados…

—¿Cómo lo sabes?

—Bueno, se ve, se van haciendo más pequeñas a medida que van retrocediendo.

—Sí, ¿pero con qué precisión?

—Eso lo tienes que decidir tú. Tú pides objetos con los que hacer agujeros. Pues aquí tienes… a ver… doce. ¿Cómo no va a complacerte?

—¿Quién dijo que no estaba complacido? Ponlas en el mostrador. Coge el vaso de precipitación. Y saca esa maldita raíz gorda de aquí.

Y de allí a la tienda de enfrente, la tienda de animales pequeños y Vendeanimales Shill, una mujerona que no dejaba de ir y venir por las filas de jaulitas apiladas, tras sus planos talones una multitud de criaturitas que trinaban y se escabullían. Shill chilló encantada, como siempre, ante los regalos del vaso de precipitación y la raíz gorda; esta última, según resultó, la utilizaban de forma habitual las esposas maliciosas con la intención de encoger los testículos de sus maridos; mientras que Shill, tras ciertas delicadas modificaciones, aplicaba las propiedades menguantes de la raíz a sus camadas, a las que daba el té que olía amarillo en incrementos precisos, utilizando el vaso de precipitación agujereado.

La reunión se agrió cuando Tehol le dio una palmada a un mosquito que tenía en el cuello, y solo para que le informaran de que acababa de matar a un murciélago chupasangre pigmeo. Su respuesta de que no terminaba de ver la diferencia no fue bien recibida. No obstante, Shill abrió la trampilla que había en el suelo, al fondo de la tienda, y Tehol descendió los veintiséis estrechos y empinados escalones que llevaban al torcido pasillo (de veintiún pasos de longitud) que conducía a la antigua tumba vacía, con aspecto de colmena, cuyas paredes habían sido desmanteladas en tres lugares para moldear unas puertas toscas que daban paso a unos túneles serpenteantes de techos bajos, dos de los cuales terminaban en trampas fatales. El tercer pasadizo se abría al fin a una larga cámara ocupada por una docena, más o menos, de

refugiados desaliñados, la mayor parte de los cuales parecía dormido.

Por fortuna, la investigadora jefe Rucket no estaba entre los somnolientos. Alzó las cejas cuando vio a Tehol, su rostro admirable se llenó de una expresión de auténtico alivio y le hizo un gesto para que se acercara a su mesa. La superficie estaba cubierta de pergaminos que mostraban planos y diagramas estructurales.

—¡Siéntese, Tehol Beddict! ¡Tome, un poco de vino! Beba. ¡Por el Errante, una cara nueva! No tiene ni idea de lo harta que estoy de mis persistentes compañeros de tugurio.

—Está claro —respondió él mientras se sentaba— que necesita salir más.

—Por desgracia, la mayor parte de mis investigaciones actuales son, por su naturaleza, más propias de archivos.

—Ah, el gran misterio que ha descubierto. ¿Está más cerca de una solución?

—¿Gran misterio? Más bien maldito misterio, y no, continúo perpleja, al tiempo que mi mapa crece cada día que pasa. Pero no hablemos más de eso. Mis agentes informan de que las grietas de los cimientos se extienden de forma inexorable; bien hecho, Tehol. Siempre supuse que era más listo de lo que parecía.

—Bueno, gracias, Rucket. ¿Tiene esas teselas lacadas que le pedí?

—Ónice terminó la última esta mañana. Dieciséis en total, ¿correcto?

—Perfecto. ¿Bordes biselados?

—Por supuesto. Todas sus instrucciones fueron obedecidas con diligencia.

—Magnífico. Bien, sobre esa propagación inexorable…

—¿Desea que nos retiremos a mi aposento privado?

—Eh, ahora no, Rucket. Necesito dinero. Una inyección para reforzar una inversión primordial.

—¿Cuánto?
—Cincuenta mil.
—¿Veremos algún rendimiento?
—No, lo perderán todo.
—Tehol, lleva usted la venganza muy lejos, desde luego. ¿Qué beneficio obtenemos nosotros, entonces?
—Pues nada menos que el regreso a la preeminencia del gremio de los Cazarratas.
Los ojos más bien soñadores de la investigadora jefe se abrieron de par en par.
—¿El fin de los patriotas? ¿Cincuenta mil? ¿No será mejor setenta y cinco? ¿Cien?
—No, cincuenta es lo que necesito.
—No anticipo ninguna objeción por parte de mis compañeros maestros del Gremio.
—Maravilloso. —Dio una palmada y se levantó.
La mujer lo miró con el ceño fruncido.
—¿Adónde va?
—Pues a su aposento privado, por supuesto.
—Oh, qué bien.
Tehol la miró con los ojos entrecerrados.
—¿No viene usted también, Rucket?
—¿Para qué? El nombre «raíz gorda» es un chiste que hacemos las mujeres, ¿sabe?
—¡Yo no he bebido ningún té que oliera amarillo!
—En el futuro le aconsejo que se ponga guantes.
—¿Dónde está su aposento, Rucket?
Se alzó una ceja.
—¿Tiene algo que demostrar?
—No, solo necesito comprobar… una cosa.
—¿Para qué? —le volvió a preguntar ella—. Ahora que se ha despertado su imaginación, se convencerá de que ha empequeñecido, Tehol Beddict. Es la naturaleza humana. Peor, porque encima es usted hombre. —Rucket se levantó

—. Yo, sin embargo, puedo ser objetiva, aunque sea de forma devastadora en ocasiones. ¿Se atreve entonces con mi escrutinio?

Tehol frunció el ceño.

—Está bien, vamos. La próxima vez, sin embargo, prescindamos por completo de la invitación a su aposento, ¿de acuerdo?

—El sufrimiento está en los detalles, Tehol Beddict. Como estamos a punto de descubrir.

Venitt Sathad desenrolló el pergamino y ancló las esquinas con unas piedras planas.

—Como puede ver, maese, hay seis edificios independientes en las propiedades. —Empezó a señalar las ilustraciones de cada uno—. Establos y cuadras. Almacén frío. Despensa, con bodega. Alojamientos para sirvientes. Y, por supuesto, la posada en sí…

—¿Qué hay de ese edificio cuadrado de ahí? —preguntó Rautos Hivanar.

Venitt frunció el ceño.

—Por lo que tengo entendido, el interior lo llena casi en su totalidad un objeto icónico de algún tipo. El edificio es anterior a la posada en sí. Los intentos de desalojarlo fracasaron. Ahora, el espacio que queda se utiliza para almacenamientos varios.

Rautos Hivanar se recostó en su sillón.

—¿Hasta qué punto es solvente esta adquisición?

—Ni más ni menos que cualquier otro albergue, maese. Quizá merezca la pena debatir la inversión con los otros accionistas, incluyendo a Karos Invictad.

—Hmm, lo tomaré en consideración. —Se levantó—. Entretanto, coloca los artefactos nuevos en la mesa de limpieza de la terraza.

—De inmediato, maese.

A catorce leguas al oeste de las islas Dracónicas, una calma chicha se había asentado sobre esa zona del océano, aplanando los mares y convirtiéndolos en una pátina lisa y oleaginosa bajo el aire húmedo e inmóvil. A través del catalejo, aquel barco solitario, el casco negro bajo en el agua, parecía inerte. El mástil principal estaba astillado, todas las jarcias desaparecidas. Alguien había improvisado un trinquete, pero la lona deshecha por la tormenta colgaba flácida. El timón estaba atado. No había movimiento.

Skorgen Kaban, conocido como el Guapo, bajó poco a poco el catalejo, pero continuó mirando el barco lejano con el ojo bueno guiñado. Levantó una mano para rascarse uno de los agujeros por los que respiraba (lo único que le quedaba de lo que antaño había sido una nariz grande y ganchuda) e hizo una mueca cuando se clavó una uña en una cicatriz sensible. El picor no existía, pero los orificios abiertos tenían tendencia a supurar y al fingir rascarse miraba si había alguna humedad reveladora. Ése era uno de los muchos gestos que probablemente a él le parecían muy sutiles.

Por desgracia, su capitana era demasiado avispada para dejarse engañar. La mujer apartó la mirada de soslayo con la que estudiaba a Skorgen y se volvió hacia su tripulación, que esperaba allí. Una pandilla miserable pero ladina. La calma chicha agobiaba a todo el mundo, como era comprensible, pero la bodega del corsario estaba atestada de botín y esa racha de suerte del Errante no parecía terminar.

Acababan de encontrar otra víctima más.

Skorgen aspiró una bocanada de aire con un silbido.

—Es edur, sin duda —dijo—. Yo diría que se perdió y lo zarandeó un poco esa tormenta que vimos ayer por el oeste. Lo más probable es que la tripulación esté enferma o muerta, o que hayan abandonado el barco en uno de sus botes salvavidas knarri. Si lo hicieron, se habrán llevado lo bueno con ellos. Si no —le dedicó una gran sonrisa que reveló los dientes ennegrecidos—, podemos terminar lo que empezó la tormenta.

—Como mínimo —dijo la capitana—, echaremos un vistazo. —Sorbió por la nariz—. Al menos obtendremos algo de esta calma chicha. Que saquen los remos, Skorgen, pero que la cabeza del vigía no deje de girar en todas direcciones.

Skorgen la miró.

—¿Crees que podría haber más aquí fuera?

La capitana hizo una mueca.

—¿Cuántos barcos mandó el emperador?

El ojo bueno del otro se abrió todavía más y estudió al derrelicto solitario de nuevo con la ayuda del catalejo.

—¿Crees que es uno de ellos? Por el culo del Errante, capitana, si tienes razón…

—Ya tienes tus órdenes, y parece que he de recordártelo otra vez más, primer oficial. Nada de blasfemias en mi barco.

—Mis disculpas, capitana.

Se alejó a toda prisa y empezó a trasmitir las órdenes a la tripulación, que permanecía a la espera.

La calma chicha imponía siempre cierto silencio, una especie de suspicacia supersticiosa se apoderaba de los marineros, como si cualquier sonido que llegara demasiado lejos pudiera agrietar el espejo del mar.

La capitana escuchó los veinticuatro remos que salían deslizándose y las palas que se posaban en el agua. Un momento después se oyó la llamada apagada del timonel y el Gratitud Imperecedera se quejó con el primer bandazo.

Unas nubes de moscas durmientes se alzaron alrededor del barco cuando se alteró la superficie diáfana del mar cercano. Los puñeteros bichos tenían tendencia a buscar un sitio oscuro para refugiarse cuando las obligaban a echar a volar. Los marineros tosieron y escupieron, ellos que podían, observó la capitana, mientras una nube quejumbrosa le giraba alrededor de la cabeza y un sinfín de insectos empezaba a metérsele por la nariz, los oídos y entre los ojos. El sol y el mar ya eran problema suficiente, se combinaban para asaltar su dignidad y la poca vanidad que podía reunir una mujer que estaba muerta; pero en el caso de Shurq Elalle, esas moscas hacían que su desdicha fuera más profunda e intensa.

Pirata, no-muerta divina, ramera insaciable, bruja de las aguas profundas; habían sido buenos tiempos desde que había zarpado del puerto de Letheras por el río largo y ancho rumbo a los mares occidentales. Enjuta y lustrosa, esa primera galera había sido su billete a la fama, y Shurq todavía lamentaba su pérdida, víctima de las llamas provocadas por una escolta mare en Fin de la Risa. Pero estaba contenta con el Gratitud Imperecedera. Un poco grande para su tripulación, cierto, pero con su regreso a Letheras, ese problema se podría solucionar con bastante facilidad. La mayor sensación de pérdida la había experimentado con la partida de la Guardia Carmesí. Barras de Hierro había dejado claro desde el principio que solo se estaban pagando el pasaje. Aun así, habían sido unas adquisiciones formidables durante ese viaje salvaje por el océano, esa estela de sangre que habían mantenido ancha e ininterrumpida con la toma de un barco mercante tras otro, cada uno despojado de todos sus objetos valiosos y luego, las más de las veces, hundido en el agua oscura. No habían sido solo las espadas, letales como eran, sino la magia de Corlo, una magia mucho más refinada, mucho más

inteligente, que nada que hubiera presenciado Shurq hasta entonces.

Fueron detalles que le abrieron los ojos, y también la mente. El mundo era enorme. Y en muchos sentidos fundamentales, el Imperio de Lether, hijo del Primer Imperio, había quedado reducido a una especie de monte atrasado en su forma de pensar, en su modo de trabajar. Toda una lección de humildad.

La despedida de Barras de Hierro y su pelotón no había sido tan emotiva ni sentida para Shurq Elalle como seguramente les había parecido a todos los demás, porque la verdad era que cada vez le había ido inquietando más su compañía. Barras de Hierro no era de los que encontraba la subordinación de su agrado durante mucho tiempo; oh, sin duda era diferente cuando se trataba de sus compañeros juramentados de la Guardia Carmesí, o de su legendario comandante, el príncipe K’azz. Pero ella no era juramentada, ni siquiera soldado en esa compañía. Así que siempre que sus objetivos fueran en paralelo, las cosas iban bien, y Shurq se había asegurado de no desviarse nunca, para evitar cualquier enfrentamiento.

Había depositado a los mercenarios en una playa pedregosa de la costa oriental de una tierra llamada Jacuruku, bajo una tormenta de granizo que hacía tronar el cielo. El desembarco no había carecido de testigos, por desgracia, y la última vez que había visto a Barras de Hierro y sus soldados, se volvían hacia tierra para enfrentarse a una docena de figuras con inmensas armaduras que descendían por la accidentada cuesta, con grandes yelmos con el visor bajado. Una pandilla de aspecto brutal, Shurq esperaba que toda esa beligerancia fuera sobre todo para impresionar. Las cortinas grises de lluvia no habían tardado en ocultar los detalles de la playa cuando tiraron de remo para regresar al Gratitud.

Skorgen juró que había captado un choque de espadas (un leve eco) con la oreja buena, pero Shurq no había oído nada.

En cualquier caso, se habían escabullido de esas aguas, como tenían por costumbre hacer los piratas cuando se corría el riesgo de encontrarse con resistencia organizada acechando cerca, y Shurq consoló su agitada conciencia recordándose que Barras de Hierro había hablado de Jacuruku con cierta familiaridad, al menos en lo que respectaba a conocer su nombre. Y en cuanto a las aprensivas plegarias de Corlo a un variopinto elenco de divinidades, bueno, el tipo era propenso al melodrama. Una docena de caballeros no habría bastado para detener a Barras de Hierro y su Guardia Carmesí, decididos como estaban a hacer lo que fuera que tuviesen que hacer, que, en ese caso, era cruzar Jacuruku de una costa a otra y luego buscarse otro barco.

Un mundo enorme, desde luego.

Los remos salieron del agua, se introdujeron sin ruido y el Gratitud Imperecedera se puso al pairo del naufragio edur. Shurq Elalle se acercó a la barandilla y estudió la cubierta visible del barco de madera negra.

—Flota muy bajo —murmuró Skorgen.

No había cuerpos entre la confusión. Pero sí que había confusión y trastos.

—No fue una evacuación ordenada —dijo Shurq Elalle; salieron volando los rezones, las púas mordieron la madera y se tensaron las cuerdas—. Seis con nosotros, las armas en la mano —ordenó al tiempo que desenvainaba su propio estoque y se subía a la barandilla.

Cruzó de un salto y aterrizó con agilidad en la cubierta central, a dos zancadas del tocón astillado del palo mayor. Momentos después, Skorgen se reunió con ella, llegó con un

gruñido y una maldición cuando se dio un golpe en la pierna mala.

—Esto fue una pelea —dijo mirando a su alrededor. Regresó cojeando a la barandilla y arrancó de un tirón el astil astillado de una flecha, la estudió y frunció el ceño—. La muy puñetera es corta y achaparrada, mira esa cabeza, podría atravesar un escudo recubierto de bronce. Y este plumaje… es cuero, son como aletas.

¿Y dónde estaban los cuerpos? Shurq Elalle arrugó la frente y se dirigió a la escotilla del camarote. Se detuvo ante la bodega cuando vio que habían hundido la escotilla de un golpe. La apartó con un pequeño puntapié, se agachó y miró en la oscuridad del habitáculo.

El espejeo del agua y cosas flotando.

—Skorgen, aquí hay botín. Acércate y mete la mano para coger una de esas ánforas.

El segundo de a bordo, Miseria, los llamó desde su barco.

—¡Capitana! Esta carraca está más baja en el agua que cuando llegamos.

Shurq empezó a oír los gemidos suaves del casco.

Skorgen metió el brazo bueno y enganchó con la mano el asa de un ánfora. Siseando por el peso, levantó el objeto que le llegaba casi a la cadera y después lo hizo rodar entre la capitana y él.

El ánfora era una pieza preciosa, observó Shurq. Fabricada en el extranjero, tenía un vidriado de color crema que llegaba hasta la base, que era como una colmena invertida cuyas volutas estaban delineadas en patrones geométricos negros sobre un blanco reluciente. Pero fue la imagen pintada en la curva y el vientre lo que captó su interés. Abajo, en un lado, había una figura clavada en una cruz con forma de equis. De la cabeza levantada de la figura salían cuervos dibujando remolinos. Cientos, profundamente intrincados, cada detalle grabado (cuervos que se

desbordaban hacia el exterior, o quizá hacia el interior) para concentrarse en las curvas anchas del ánfora hasta rodear todo el objeto. ¿Convergiendo para alimentarse del hombre indefenso? ¿Huyendo de él como últimos pensamientos moribundos?

Skorgen había sacado un cuchillo y estaba cortando el sello para desprender la gruesa cera que envolvía la tapa. Tras un momento consiguió soltarla. Tiró de la tapa para abrirla y se apartó de un salto cuando brotó una sangre densa que se extendió por la cubierta.

Parecía fresca y de ella se alzaba un aroma a flores, acre y demasiado dulce.

—Polen de kagenza —dijo Skorgen—. Evita que la sangre se coagule, los edur la usan para pintar templos en el bosque, ya sabes, en los árboles. La sangre santifica. No es un templo de verdad, claro. No hay paredes, ni techo, solo un soto…

—No me gustan los primeros oficiales que cotorrean —dijo Shurq Elalle al tiempo que se erguía una vez más—. Saca las demás. Ya solo los recipientes nos harán ricos durante un mes o dos. —Y volvió a dirigirse a la cabina.

El pasillo estaba vacío, la puerta de la cabina rota, abierta y colgando de una bisagra de cuero. De camino les echó un vistazo a los huecos laterales y vio los catres de la tripulación, dispuestos en niveles, pero no había ninguno ocupado, aunque sí estaban desarreglados, como si los hubieran registrado.

En el camarote en sí, más señales de saqueo, y en el suelo el cadáver despatarrado de un edur. Le habían clavado las manos y los pies a los tablones con unas picas y alguien había usado con él un cuchillo, alguien muy metódico. La habitación hedía a excrementos derramados y la expresión congelada en el rostro era una máscara retorcida, invadida por la agonía, los ojos fijos en la nada como si fuera testigo

de una fe hecha pedazos, una revelación terrible en el momento de la muerte.

Oyó a Skorgen acercarse por detrás y oyó su maldición baja cuando vio el cuerpo.

—Lo torturaron —dijo—. Torturaron al capitán. Éste era merude, casi un anciano, maldita sea. Que el Errante nos proteja, capitana, nos van a cargar el muerto a nosotros si alguien se topa con esto antes de que se hunda del todo. Tortura. Eso sí que no lo entiendo.

—Es muy sencillo —le contestó—. Querían información.

—¿Sobre qué?

Shurq Elalle miró a su alrededor.

—Se llevaron el diario de navegación, los mapas. Veamos, podrían haber sido piratas, si no estuvieran familiarizados con Lether, claro que en ese caso no les habría hecho falta torturar al pobre cabrón. Además, se habrían ido con el botín. No, quienquiera que hiciese esto necesitaba más información, no solo la que se saca de los mapas. Y les importaba un pimiento el botín.

—Unos cabrones repugnantes, fueran quienes fueran.

Shurq pensó otra vez en el ánfora y su espeluznante contenido. Después se dio la vuelta.

—Quizá tenían una buena razón. Agujerea el casco, Skorgen. Pero esperaremos por aquí. A la madera negra no le gusta hundirse. Quizá tengamos que prenderle fuego.

—Una pira para atraerlos a todos, capitana.

—Soy consciente de los riesgos. Ponte a ello.

De regreso a cubierta, Shurq Elalle se dirigió al castillo de proa, donde se quedó examinando el horizonte mientras Skorgen y la tripulación comenzaban a demoler la nave.

Desconocidos en el mar.

Que no son amigos de los tiste edur. Con todo, creo que preferiría no encontrármelos. Se volvió para mirar la cubierta central.

—¡Skorgen! Cuando terminemos aquí, nos ponemos a los remos. Regresamos a la costa.

El tipo alzó las cejas llenas de cicatrices.

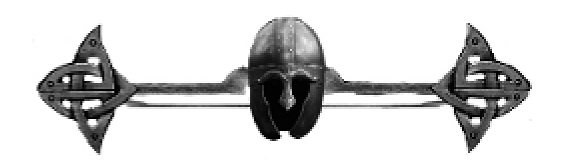
—¿Letheras?

—¿Por qué no? Podemos liquidar y cargar tripulación.

El magullado hombre esbozó una gran sonrisa.

Regresamos a Letheras, sí. Y rápido.

4



El motín se produjo ese malhadado amanecer, cuando entre las espesas brumas que nos habían atormentado durante diez días miramos al este, y allí vimos, alzándose inmensos e innumerables en el horizonte cubierto de nubes, dragones. Demasiado grandes para abarcarlos, sus cabezas por encima del sol, las alas plegadas descendiendo para arrojar una sombra que podría tragarse todo Drene. Era demasiado, demasiado aterrador incluso para los soldados más curtidos de nuestra tropa, pues sus ojos oscuros estaban sobre nosotros, una mirada extraña que nos drenaba la sangre del corazón, el hierro mismo de las espadas y las lanzas.
Adentrarse en esas sombras haría temblar a un paladín del Primer Imperio. No podíamos enfrentarnos a ese desafío, y aunque expresé mi furia, mi consternación, no fue más que el impulso exigido a cualquier líder de expedición, y desde luego, yo no tenía intención de exigir a mi partida el coraje del que yo mismo carecía. El impulso puede ser peligroso, no sea que uno triunfe donde uno no quisiera. Y así cesé en mi resentimiento, quizá con demasiada facilidad, pero ninguno echó cuentas de ello, aliviados como todos se sentían cuando desmontamos el campamento, cargamos las mulas y viramos al oeste.

Cuatro días adentrados en las tierras salvajes
—Thrydis Addanict

El destierro mataba a la mayor parte de las víctimas cuando el mundo que los esperaba era duro, cuando la supervivencia no podía adquirirse sin los dineros de la

cooperación. No había castigo más grave entre las tribus, ya fueran leznas, d’rhasilhani o keryn. Pero era la propia estructura de los clanes lo que imponía la intransigencia letal y, con ella, la correspondiente devastación cuando a uno se le expulsaba, solo, despojado de cuanto daba significado a la vida. Las víctimas se derrumbaban sobre sí mismas, abandonaban todas las habilidades que podrían servir para sostenerlas, se marchitaban y después morían.

Los letherii y sus inmensas ciudades, el tumulto de un sinfín de rostros eran (más allá de las cadenas del endeudamiento) casi indiferentes al destierro. Cierto, esas personas no eran inmunes a la noción del castigo espiritual (existían en familias, después de todo, una característica universal de los seres humanos), pero a las cicatrices que producía el alejamiento se podía sobrevivir. Otra aldea, otra ciudad; con la lucha de volver a empezar se podía lidiar y, de hecho, para algunos, comenzar de nuevo se convirtió en una adicción por derecho propio. Una forma de quedar absueltos de toda responsabilidad.

Mascararroja, su vida, la de los leznas no corrompidos en generaciones, había llegado a creer que la naturaleza de los letherii (su enemigo más odiado) había, no obstante, manchado su espíritu. El destierro no había resultado ser una sentencia de muerte. El destierro había resultado ser un regalo gracias al que había descubierto la libertad. El aliciente que arrastraba a tantos jóvenes guerreros al Imperio de Lether, donde el anonimato demostraba ser, a la vez, veneno y emancipación.

Tras la expulsión había vagado lejos sin pensar en regresar jamás. No era como había sido una vez, ya no era el hijo de su padre, pero en lo que se había convertido era, incluso para él, un misterio.

Ninguna nube estropeaba el cielo, la nueva estación iba encontrando su calidez y las liebres salían disparadas del

refugio momentáneo de un matorral al siguiente por delante de él; montaba el caballo letherii por la pista para ganado de la ruta nordeste. Un rebaño pequeño, había observado, con pocas manchas de nacimientos recubiertas de moscas en las cercanías del sendero, donde los machos rodara se reunían con gesto protector hasta que los recién nacidos eran capaces de ponerse en pie. El clan que guiaba esas bestias era seguramente pequeño.

A los guardianes k’chain che’malle de Mascararroja no se los veía por ninguna parte, pero eso no era inusual. Los enormes reptiles tenían un apetito prodigioso. En esa época del año, los bhederin salvajes, que habían pasado el invierno en pequeños bosques (una raza solitaria y más grande que la de las llanuras del sur), se aventuraban a salir de su refugio en busca de pareja. Más grandes que dos bueyes letherii, los machos eran feroces y beligerantes y cargaban contra cualquiera que se acercara demasiado, salvo una hembra de su misma especie. Sag’Churok, el cazador kell macho, disfrutaba recibiendo esa carga atronadora (Mascararroja había visto su placer, que se revelaba en el azote lento y sinuoso de la cola) cuando se interponía en el camino del animal, las hojas de hierro levantadas en el aire. Por rápido que fuera el bhederin, el k’chain che’malle lo era más. Y en cada ocasión, tras matar a la bestia, Sag’Churok le cedía el cadáver a Gunth Mach y la hembra podía comer hasta hartarse.

Mascararroja siguió cabalgando todo el día, el ritmo relajado para aliviar la carga del caballo, y cuando el sol comenzaba a descender hacia el horizonte y prender lejanas nubes de tormenta, llegó al campamento lezna, situado en una antigua isla con forma de herradura entre dos lechos fluviales secos y erosionados. Los rebaños se concentraban en los flancos de los valles de ambos lados y la extensión de chozas abovedadas, hechas con pieles cosidas, se

acurrucaba entre el humo de las hogueras que cubrían el valle.

Nada de exploradores. Ni piquetes. Y era un campamento demasiado grande para el tamaño de los rebaños.

Mascararroja frenó al borde del risco y estudió la escena. Aquí y allá se alzaban voces de un duelo ritual. No se veían muchos niños moviéndose entre las chozas.

Tras un rato, mientras permanecía inmóvil en la alta silla letherii, alguien lo vio. Gritos repentinos, movimiento de los que se escabullían entre las sombras crecientes y, poco después, media docena de guerreros salió al trote hacia él.

Tras ellos, el campamento ya había comenzado a desmontarse en medio del pánico, volaban las chispas de las hogueras que se pateaban y apagaban con los pies. Las paredes de piel se ondulaban en las chozas.

Aparecieron perros ganaderos y de tiro, que salieron como flechas a reunirse con los guerreros que se le acercaban.

Los guerreros leznas eran jóvenes, vio Mascararroja cuando se aproximaron. Solo habría pasado un año o dos desde sus noches de la muerte. Ni un solo veterano entre ellos. ¿Dónde estaban los ancianos? ¿Los cargadores?

Los seis guerreros se detuvieron a quince pasos ladera abajo y empezaron a consultarse con siseos bajos. Luego, uno se giró hacia el campamento y lanzó un grito penetrante. Abajo se detuvo toda actividad.

Se alzaron rostros que se quedaron mirando a Mascararroja. Ni un solo guerrero entre ellos parecía lo bastante osado como para aventurarse y acortar distancias.

A los perros los intimidaba menos la presencia de un guerrero solitario. Entre gruñidos, con el pelo erizado, se fueron arrastrando en semicírculo hacia él. Y entonces, al captar un olor inesperado, las bestias retrocedieron de

repente con las colas bajas y gemidos tímidos surgiéndoles de la garganta.

Al fin, un joven guerrero se adelantó un solo paso.

—Tú no puedes ser él —dijo.

Mascararroja suspiró.

—¿Dónde está vuestro caudillo? —quiso saber.

El joven sacó pecho y se irguió todavía más.

—Yo soy el caudillo de este clan. Masarch, hijo de Nayrud.

—¿Cuándo fue tu noche de la muerte?

—Ésas son costumbres antiguas —dijo Masarch enseñando los dientes con un gruñido—. Hemos abandonado esas tonterías.

Otro habló tras el caudillo.

—¡Las antiguas costumbres nos han fallado! ¡Nos hemos deshecho de ellas!

—Quítate esa máscara —dijo Masarch—, no es para ti. Pretendes engañarnos. Montas un caballo letherii, eres uno de los espías del comisionado.

Mascararroja no respondió de inmediato. Su mirada se deslizó junto al caudillo y sus seguidores y se clavó una vez más en el campamento. Se estaba reuniendo una multitud en el borde y los observaba. Se quedó en silencio otros veinte latidos y después habló.

—No habéis dispuesto ningún piquete. Una tropa letherii podría alinearse en este risco y precipitarse entre vosotros y no estaríais preparados. Vuestras mujeres anuncian a gritos su angustia, un sonido que puede escucharse en leguas a la redonda una noche tranquila como ésta. Tu pueblo se muere de hambre, caudillo, pero encienden un exceso de fuegos, suficientes para crear sobre vosotros una nube de humo que no se mueve y refleja la luz de abajo. Habéis estado matando a los rodaras y myrid recién nacidos en lugar de acabar con los machos viejos y las hembras que ya no pueden parir. No debéis de tener cargadores, pues si los

tuvierais, te enterrarían en la tierra y te obligarían a pasar tu noche de la muerte para que pudieras resurgir, nacido de nuevo y, con un poco de suerte, con una nueva sabiduría, una sabiduría de la que es obvio que careces.

Masarch no dijo nada a eso. Por fin había visto las armas de Mascararroja.

—Eres él —susurró—. Has regresado a la Lezna'dan.

—¿Qué clan es éste?

—Mascararroja —dijo el caudillo y señaló a su espalda—. Este clan… es el tuyo…

Al no recibir más que silencio del guerrero montado, Masarch añadió:

—Esto, nosotros, es cuanto queda. No hay cargadores, Mascararroja. Ni brujas. —Hizo un gesto para indicar los rebaños que los flanqueaban—. Estas bestias que ves aquí, son todo lo que queda. —Vaciló un instante y se irguió una vez más—. Mascararroja, has regresado… para nada. No hablas, y eso me dice que comprendes lo que ves. Gran guerrero, llegas demasiado tarde.

Incluso ante eso Mascararroja se quedó callado. Desmontó poco a poco. Los perros, que habían continuado con sus inquietos círculos con los rabos metidos entre las patas, o bien captaron un olor nuevo u oyeron algo en la oscuridad, porque de repente echaron a correr y bajaron disparados la cuesta hasta desaparecer en el campamento. Ese pánico pareció atravesar a los guerreros, pero ninguno huyó, a pesar del miedo y la confusión que se había apoderado de sus expresiones.

Tras lamerse los labios, Masarch volvió a hablar.

—Mascararroja, los letherii nos están destruyendo. Los campamentos avanzados han sufrido emboscadas, los han atacado y masacrado, han robado los rebaños. El clan Aendinar ya no existe. Restos de sevond y niritha se arrastraron hasta los ganetok, solo los ganetok continúan

siendo fuertes, porque son los que están más al este y, cobardes como son, hicieron un pacto con los extranjeros…

—Extranjeros. —Mascararroja entrecerró los ojos, convertidos en meras ranuras—. Mercenarios.

Masarch asintió.

—Hubo una gran batalla, cuatro estaciones atrás, una batalla que destruyó a esos extranjeros. —Hizo un gesto—. La hechicería gris.

—¿Los letherii victoriosos no marcharon entonces sobre los campamentos de los ganetok?

—No, Mascararroja, quedaron muy pocos; los extranjeros lucharon bien.

—Masarch —dijo—, no lo entiendo. ¿Los ganetok no lucharon junto a sus mercenarios?

El joven escupió.

—Su caudillo reunió quince mil guerreros entre los clanes. Cuando llegaron los letherii, él huyó y los guerreros lo siguieron. ¡Abandonaron a los extranjeros! ¡Los dejaron para que los masacraran!

—Tranquiliza al campamento —dijo Mascararroja. Señaló a los guerreros que permanecían detrás de Masarch—. Haced la primera guardia en este risco, aquí y al oeste. Ahora soy yo el líder del clan Renfayar. Masarch, ¿dónde se ocultan los ganetok?

—Siete días al este. Ahora tienen el último gran rebaño de los leznas.

—Masarch, ¿desafías mi derecho a ser caudillo?

El joven negó con la cabeza.

—Eres Mascararroja. Los ancianos entre los renfayar que eran tus enemigos están todos muertos. Sus hijos están muertos.

—¿Cuántos guerreros quedan entre los renfayar?

Masarch frunció el ceño y después señaló.

—Nos has conocido, caudillo.

—Seis.

Un asentimiento.

Mascararroja vio de repente un perro de tiro solitario, sentado al borde del campamento. Parecía observarlo. El guerrero levantó la mano izquierda y la bestia se abalanzó. El enorme animal, un macho, llegó junto a él solo momentos más tarde, se dejó caer sobre el pecho y acomodó la cabeza ancha y llena de cicatrices entre los pies de Mascararroja. Éste bajó la mano y le tocó el morro, un gesto que a la mayoría podría haberle costado los dedos. El perro no se movió.

Masarch se había quedado mirando al animal con los ojos muy abiertos.

—Un único superviviente —dijo— de un campamento avanzado. No nos dejaba acercarnos.

—Los extranjeros —dijo Mascararroja en voz baja—, ¿poseían perros de guerra?

—No. Pero eran seguidores jurados de los Lobos de la Guerra, y de hecho, caudillo, parecía que esas bestias fétidas y traicioneras los seguían, siempre a distancia, pero en un número inmenso. Hasta que los ancianos ganetok invocaron magia y los ahuyentaron. —Masarch dudó antes de seguir—: Mascararroja, el caudillo de los ganetok…

Invisible tras la máscara se formó una lenta sonrisa.

—Hijo primogénito de Capalah. Hadralt.

—¿Cómo lo supiste?

—Mañana, Masarch, conduciremos los rebaños al este, a los ganetok. Me gustaría saber más de esos desventurados extranjeros que decidieron luchar por nosotros. Morir por el pueblo de la Lezna’dan.

—¿Hemos de arrastrarnos ante los ganetok como hicieron los sevond y los niritha?

—Os morís de hambre. Los rebaños están demasiado débiles. Encabezo a seis jóvenes, ninguno de los cuales ha

pasado la noche de la muerte. ¿Quieres que los siete vayamos a la guerra contra los letherii?

Aunque joven, estaba claro que Masarch no era tonto.

—¿Quieres desafiar a Hadralt? Mascararroja, tus guerreros… nosotros moriremos todos. No somos suficientes para enfrentarnos a las centenas de desafíos que nos arrojarán, y una vez que estemos muertos, tú tendrás que hacer frente a esos desafíos mucho antes de que se te considere digno de cruzar armas con el propio Hadralt.

—No moriréis —dijo Mascararroja—. Y nadie os desafiará a ninguno de vosotros.

—¿Entonces tienes intención de abrirte paso a la fuerza entre un millar de guerreros para enfrentarte a Hadralt?

—¿Qué sentido tendría eso, Masarch? Necesito a esos guerreros. Matarlos sería un desperdicio. No. —Hizo una pausa y después continuó—. No carezco de guardianes, Masarch. Y dudo que un solo guerrero ganetok ose desafiarlos. Hadralt tendrá que enfrentarse a mí, él y yo, solos en el círculo. Además —añadió—, no hay tiempo para todo lo demás.

—Los ganetok se atienen a las antiguas costumbres, caudillo. Habrá rituales. Días y días antes de que se forme el círculo…

—Masarch, debemos ir a la guerra contra los letherii. Cada guerrero de los leznas…

—¡Caudillo! ¡No te seguirán! ¡Hasta Hadralt solo pudo obtener un tercio de ellos, y eso con el pago de rodaras y myrid que redujeron a la mitad sus propiedades! —Masarch señaló con la mano los mermados rebaños de las colinas—. ¡A nosotros… no nos queda nada! ¡No podrías ni adquirir las lanzas de cien guerreros!

—¿De quién son los mayores rebaños, Masarch?

—De los propios ganetok…

—No. Te lo pregunto otra vez, ¿quién tiene los mayores rebaños?

El ceño del joven se profundizó.

—Los letherii.

—Enviaré a tres guerreros para que acompañen a los últimos renfayar hasta los ganetok. Escoge a dos de tus compañeros para que nos acompañen a nosotros. —El perro de tiro se levantó y se hizo a un lado. Mascararroja recogió las riendas de su caballo y empezó a bajar hacia el campamento. El perro de tiro se colocó a su izquierda.

—Cabalgaremos al oeste, Masarch, y nos haremos con unos rebaños.

—¿Cabalgamos contra los letherii? Caudillo, ¿no te burlaste hace unos momentos de la idea de siete guerreros librando una guerra contra ellos? Y sin embargo ahora dices…

—La guerra es para más tarde —dijo Mascararroja—. Como bien dices, necesitamos rebaños. Para comprar los servicios de los guerreros. —Hizo una pausa, volvió la cabeza y miró al joven que lo seguía—. ¿Dónde consiguieron los rebaños los letherii?

—¡De los leznas! ¡De nosotros!

—Sí. Los robaron. Así que nosotros debemos recuperarlos robándolos.

—¿Nosotros cuatro, caudillo?

—Y un perro de tiro y mis guardianes.

—¿Qué guardianes?

Mascararroja reanudó su viaje.

—Careces de respeto, Masarch. Creo que esta noche será tu noche de la muerte.

—¡Las viejas costumbres son inútiles! ¡No pienso hacerlo!

El puño de Mascararroja fue una sombra difusa (se puede discutir si, en la oscuridad, Masarch lo vio siquiera) cuando conectó con un golpe sólido contra la mandíbula del joven y

lo tiró allí mismo. Mascararroja bajó la mano, cogió un puñado del chaleco de cuero y empezó a arrastrar al inconsciente Masarch de regreso al campamento.

Cuando el joven despertase se encontraría en un ataúd, bajo una brazada de tierra y piedras. Nada de los rituales habituales tradicionales, rituales medidos para preparar a los elegidos para el enterramiento. Claro que la desvergüenza de Masarch era muestra de una atroz falta de respeto, suficiente para obviar el regalo de la misericordia, que era en realidad de lo que trataban todos esos rituales.

Una lección dura, por tanto. Pero el paso a la edad adulta dependía de ese tipo de lecciones.

Suponía que tendría que apalear a los demás también para que se sometieran, lo que convertiría aquélla en una noche muy larga.

Para todos.

Sospechaba que a las ancianas del campamento les complacería el jaleo. Preferible a lamentarse la noche entera, en cualquier caso.

La última grada de la ciudad enterrada resultó ser la más interesante, al menos en lo que a Udinaas se refería. Ya estaba más que harto de la puñetera displicencia que parecía atormentar a esa malhadada partida de fugitivos, una irritabilidad que parecía estar empeorando, sobre todo en el caso de Temor Sengar. El antiguo esclavo sabía que el tiste edur quería asesinarlo y, en cuanto a los detalles que rodeaban el abandono de Rhulad (que dejaban claro que Udinaas no había tenido elección en el asunto, que había sido tan víctima como el propio hermano de Temor), bueno, digamos que el primogénito de Tomad no mostraba excesivo interés. Las circunstancias atenuantes no alteraban su intransigencia, su duro sentido del bien y del mal que, al

parecer, no extendía a sus propias acciones; después de todo, había sido él quien se había alejado de forma deliberada de Rhulad.

Udinaas, al recuperar la conciencia, debería haber regresado con el emperador.

¿Para hacer qué? ¿Sufrir una muerte espeluznante a manos de Rhulad? Sí, éramos casi amigos, él y yo, en la medida que es posible entre esclavo y amo, y en eso el amo siempre se siente más generoso y virtuoso que el esclavo, pero yo no pedí estar allí, junto al loco, luchando por guiarlo a través de ese estrecho puente de cordura, cuando todo lo que Rhulad quería era saltar de cabeza al vacío con cada paso. No, él se las había apañado con lo que tenía y, al mostrar esa simple esquirla de comprensión, había hecho más por Rhulad que cualquiera de los Sengar (hermanos, madre, padre). Más, de hecho, que cualquier tiste edur. *¿Es de extrañar que ninguno de vosotros conozca la felicidad, Temor Sengar? Sois todos ramas torcidas del mismo árbol enfermo.*

No tenía sentido discutirlo, por supuesto. Solo Seren Pedac podría entenderlo, quizá incluso estuviera de acuerdo con todo lo que Udinaas tenía que decir, pero a la mujer no le interesaba ser una más de esa partida. Se aferraba al papel de corifeo, una buscadora de senderos, la lectora de todos esos mapas guardados con celo dentro de su cabeza. Le gustaba no tener que elegir; mejor aún, le gustaba no tener que preocuparse por ese tema.

Una mujer extraña, la corifeo. Por lo general distante. Sin amigos… *y sin embargo, porta una espada tiste edur. La espada de Trull Sengar. Tetera dice que él se la puso en las manos. ¿Comprendió ella la importancia de ese gesto? Tenía que entenderla*. Trull Sengar había regresado entonces con Rhulad. Quizá el único hermano al que le había importado

de verdad… ¿dónde estaba en esos momentos? *Seguro que ya está muerto*.

El aire fresco, enfriado por la noche, bajaba por la amplia rampa y gemía en las entradas situadas cada diez pasos, más o menos, a ambos lados. Se estaban acercando a la superficie y saldrían en el puerto de montaña, pero ¿a qué lado del fuerte y su guarnición? Si era por el lado menos adecuado, las espadas de Silchas Ruina entonarían un lamento largo y estridente. Los muertos se apilaban al paso de esa pesadilla ambulante de ojos rojos y piel blanca, vaya si se apilaban. Las pocas veces que los cazadores alcanzaban a los cazados, pagaban con sus vidas, pero seguían yendo a por ellos, y eso no tenía mucho sentido.

Casi tan ridículo como este suelo de mosaico con sus ejércitos relucientes. Imágenes de guerreros lagarto enzarzados en una batalla, colas-largas contra colas-cortas, con los colas-largas sucumbiendo en mayor número, que él viera. La extraña matanza bajo sus pies se derramaba por las salas contiguas, cada una, al parecer, dedicada a la muerte heroica de algún paladín. «K’ell viciados, naw’rhuk, a’dat y matronas», dijo Silchas Ruina mientras, envuelto en una luz que era producto de la hechicería, exploraba cada cámara lateral con un interés poco entusiasta y somero en el mejor de los casos. De cualquier manera, Udinaas podía entender lo suficiente de las coloridas escenas como para reconocer una campaña de aniquilación mutua; a cada escena de victoria de los colas-cortas le respondía la conflagración hechicera de una matrona: los ganadores nunca ganaban porque los perdedores se negaban a perder. *Una guerra de locos*.

Seren Pedac iba la primera, veinte pasos por delante, y Udinaas la vio detenerse, agacharse de repente y alzar una mano. El aire que entraba a ráfagas estaba impregnado por el aroma a marga y serrín. La boca del túnel era pequeña,

repleta de hierbajos y medio bloqueada por fragmentos ladeados de basalto de lo que, en un tiempo, había sido un arco que servía como puerta, más allá solo había oscuridad.

Seren Pedac mandó avanzar a los demás con un gesto.

—Me adelantaré a explorar —susurró cuando se reunieron justo delante de la boca de la cueva—. ¿Alguien más notó que no había murciélagos en el último tramo? Ese suelo estaba limpio.

—Hay sonidos que no puede escuchar el oído humano —dijo Silchas Ruina—. El flujo del aire se canaliza a través de respiraderos y entra en tubos que hay detrás de las paredes, producen un sonido que perturba a murciélagos, insectos, roedores y demás. Los colas-cortas eran muy hábiles en ese tipo de cosas.

—¿Así que no es magia? —preguntó Seren Pedac—. ¿Ni guardas o maldiciones?

—No.

Udinaas se frotó la cara. Tenía la barba mugrienta y había cosas que se le arrastraban por la maraña de pelo.

—Tú solo averigua si estamos en el lado que debemos de ese puñetero fuerte, corifeo.

—Me estaba asegurando de que no iba a disparar una especie de guardia ancestral al salir, endeudado, algo que todos estos peñascos rotos sugieran que ya ha pasado antes. A menos, claro está, que quieras ser tú el que salga corriendo ahí.

—¿Y por qué haría yo eso? —preguntó Udinaas—. Ruina ya te ha contestado, Seren Pedac, ¿a qué estás esperando?

—Quizá —dijo Temor Sengar—, está esperando a que te calles. Supongo que la espera será eterna para todos.

—Atormentarte, Temor, es mi único placer.

—Una admisión muy triste, desde luego —murmuró Seren Pedac, después se adelantó poco a poco, pasó por encima de las rocas caídas y se adentró en la noche.

Udinaas se quitó la mochila y se acomodó en el suelo lleno de basura, las hojas secas crujían bajó él. Se apoyó en una losa inclinada de piedra y estiró las piernas.

Temor se alejó y se agazapó al borde mismo de la boca de la cueva.

Tetera, tarareando para sí, se metió dando un paseo en una sala lateral cercana.

Silchas Ruina se quedó de pie, mirando a Udinaas.

—Siento curiosidad —dijo tras un rato—. ¿Qué da significado a tu vida, letherii?

—Qué raro. Estaba pensando justo lo mismo de ti, tiste andii.

—¿No me digas?

—¿Por qué iba a mentir?

—¿Por qué no ibas a hacerlo?

—De acuerdo —dijo Udinaas—. En eso tienes razón.

—Así que no quieres contestar a mi pregunta.

—Tú primero.

—Yo no disimulo lo que me empuja.

—¿La venganza? Bueno, supongo que como motivación está bien… al menos durante un tiempo y quizá un tiempo es todo lo que te interesa en realidad. Pero seamos honestos, Silchas Ruina: como único sentido de la existencia, es una causa ínfima, patética.

—Mientras que tú afirmas existir para atormentar a Temor Sengar.

—Oh, para eso se las apaña él bien solito. —Udinaas se encogió de hombros—. El problema con preguntas como ésa es que pocas veces hallamos el sentido de lo que hacemos hasta mucho después de haberlo hecho. Entonces se nos ocurren no una, sino miles de razones, excusas, justificaciones, defensas sentidas. ¿Significado? En serio, Silchas Ruina, pregúntame algo interesante.

—Muy bien. Me estoy planteando desafiar a nuestros perseguidores, se acabó este subterfugio innecesario. Ofende mi naturaleza, a decir verdad.

En la boca del túnel, Temor se volvió para mirar al tiste andii.

—Darás una patada en un avispero, Silchas Ruina. Y lo que es peor, si ese dios caído está de verdad detrás del poder de Rhulad, podrías encontrarte sufriendo un destino mucho más nefasto que milenios enterrado en el suelo.

—Temor se está transformando en un anciano ante nuestros propios ojos —dijo Udinaas—. Se asusta de las sombras. Si quieres enfrentarte a Rhulad, Hannan Mosag y sus k’risnan, Silchas Ruina, tienes mi bendición. Coge al Errante por la garganta y haz pedazos este imperio. Conviértelo todo en cenizas y polvo. Arrasa este asqueroso continente, tiste andii, nosotros nos quedamos en esta cueva. Ven a recogernos cuando hayas terminado.

Temor hizo una mueca y le enseñó los dientes a Udinaas.

—¿Por qué iba a molestarse en perdonarnos la vida?

—No lo sé —respondió el antiguo esclavo al tiempo que alzaba una ceja—. ¿Por pena?

Tetera habló desde el arco de entrada de la sala lateral.

—¿Por qué no os gustáis ninguno? A mí me gustáis todos. Hasta Marchito.

—No te preocupes —dijo Udinaas—, es solo que para todos es una tortura ser quienes somos, Tetera.

Nadie dijo mucho más tras eso.

Seren Pedac llegó al borde del bosque, iba agazapada para mantenerse a la altura de los árboles atrofiados. El aire estaba enrarecido y frío a esa altitud. Las estrellas brillaban con nitidez en el cielo y la luna creciente envuelta en polvo seguía baja sobre el horizonte, al norte. A su alrededor se

percibían movimientos y susurros entre las matas de hojas muertas y líquenes, algo parecido a un ratón con escamas dominaba el suelo del bosque por la noche, una especie que ella jamás había visto. Parecían inusualmente temerarios, hasta el punto de que más de uno le había pasado corriendo por encima de las botas. Era de suponer que no había depredadores. Aun así, su comportamiento era extraño.

Ante ella, un tramo de claro inclinado de sesenta pasos o más terminaba en una pista acanalada. Después había un tramo llano de piedras afiladas e irregulares, lo bastante sueltas como para ser traicioneras. El fuerte que se agazapaba en medio de ese foso de escombros tenía muros de piedra, era grueso por la base y se iba ahusando de forma pronunciada hasta una altura del doble de un hombre. Los baluartes de las esquinas eran inmensos, cuadrados y con la cima plana. En esas plataformas había ballestas montadas sobre bases giratorias. Seren distinguió unas figuras agachadas alrededor de la más cercana, mientras otros soldados eran visibles, hombros y cabezas, recorriendo la plataforma elevada al otro lado de los muros.

Mientras estudiaba la fortificación, oyó el estrépito suave y metálico de armaduras y armas a su izquierda. Se encogió cuando apareció una patrulla por la pista acanalada. Inmóvil, con el aliento contenido, los vio pasar sin prisas.

Tras otros veinte latidos, se dio media vuelta y regresó por el bosque atrofiado. Estuvo a punto de saltarse la entrada a la boca de la cueva, una simple ranura negra tras altos helechos bajo un saliente rocoso de capas de granito ladeado. Al meterse entre la vegetación, chocó con Temor Sengar.

—Lo siento —susurró él—. Estábamos empezando a preocuparnos, o, por lo menos —añadió—, yo.

Ella le hizo un gesto para que volviera a entrar en la cueva.

—Buenas noticias —dijo una vez estuvieron dentro—. Estamos detrás de la guarnición; el paso que nos queda por delante debería estar casi libre de guardias…

—Hay guardas k'risnan pista arriba —interpuso Silchas Ruina—. Háblame de esa guarnición, corifeo.

Seren cerró los ojos. *¿Guardas? Que el Errante nos lleve, ¿a qué está jugando Hannan Mosag?*

—En el fuerte hay caballos, los olí. Una vez que disparemos esas guardas, vendrán tras nosotros, y no podemos dejar atrás a soldados montados.

—La guarnición —dijo Silchas.

Ella se encogió de hombros.

—El fuerte parece impenetrable. Yo diría que hay entre cien y doscientos soldados allí dentro. Y con tantos, tiene que haber magos, además de una veintena o más de tiste edur.

—Silchas Ruina está harto de que intenten darle caza —dijo Udinaas desde donde holgazaneaba con la espalda apoyada en una losa de piedra.

El miedo embargó a Seren Pedac al oír esas palabras.

—Silchas, ¿no podemos rodear esas guardas?

—No.

Seren miró a Temor Sengar y vio suspicacia e inquietud en la expresión del guerrero, pero éste se negaba a mirarla a los ojos. *¿Qué conversación me acabo de perder aquí?*

—Tú sabes de magia, Silchas Ruina. ¿Podrías dormir a todo el mundo en ese fuerte o algo así? O nublar sus mentes, confundirlos…

El otro le lanzó una mirada extraña.

—No conozco ninguna hechicería que haga eso.

—Mockra —respondió ella—. La senda de Mockra.

—No existía tal cosa en mis tiempos —respondió él—. La hechicería k'risnan, podrida por el caos como está, puedo reconocerla. Jamás he oído hablar de esa tal Mockra.

—Corlo, el mago que estaba con Barras de Hierro, esos mercenarios de la Guardia Carmesí, podía meterse en las mentes, llenarlas de falsos terrores. —Seren se encogió de hombros—. Decía que en casi todos los demás sitios se ha suplantado la magia de las Fortalezas y las sendas ancestrales.

—Ya me extrañaba la aparente debilidad de Kurald Galain en esta tierra. Corifeo, no puedo lograr lo que pides. Aunque tengo intención de silenciar a todos en ese fuerte. Y buscarnos unos cuantos caballos.

—Silchas, hay cientos de letherii ahí, no solo soldados. Un fuerte necesita personal de apoyo. Cocineros, mozos, herreros, carpinteros, sirvientes…

—Y los tiste edur —añadió Temor— tendrán esclavos.

—Nada de eso me interesa —dijo el tiste andii mientras pasaba junto a Seren y salía de la boca de la cueva.

Udinaas lanzó una suave carcajada.

—Ruina Roja acecha la tierra. Debemos prestar atención a este relato de justo y recto castigo terriblemente malogrado. Bueno, Temor Sengar, tu épica misión va por mal camino, ¿qué les contarás ahora a tus nietos?

El guerrero edur no dijo nada.

Seren Pedac dudó; oía a Silchas Ruina alejándose, unas cuantas zancadas que hacían crujir las hojas antes de desaparecer. Podía echar a correr tras él. Hacer un último intento por disuadirlo. Pero no se movió. Tras el paso de Ruina, el único sonido que llenaba el bosque eran los susurros y crujidos de los ratones con escamas al escabullirse, por miles parecía, todos fluyendo en la misma dirección que el tiste andii. El sudor le picaba como hielo en la piel. *Míranos. Paralizados como conejos*.

¿Pero qué puedo hacer yo? Nada. Además, no es asunto mío, ¿no? No soy más que una guía con ínfulas de grandeza. Ni uno solo de estos defiende una causa que me importe.

Allá ellos y sus grandiosas ambiciones. Se me pidió que los guiara, nada más.

Esta guerra es de Silchas Ruina. Y de Temor Sengar. Seren miró a Udinaas y lo encontró estudiándola desde donde permanecía sentado, los ojos relucientes, como si fuera consciente, casi como un adivino, de sus pensamientos, las pistas sórdidas que iban convergiendo en una única y patética conclusión. *No es asunto mío. Que el Errante te lleve, endeudado*.

Mutilado y deforme, el k'risnan Ventrala levantó un antebrazo flaco y nudoso como una raíz y se secó el sudor de la frente. A su alrededor parpadeaban las velas, una triste invocación a la hermana Sombra, pero parecía que el anillo de oscuridad de la pequeña cámara se iba cerrando por todos lados, tan inexorable como cualquier marea.

Había despertado media campanada antes, con el corazón martilleándole y cogiendo aire en jadeos entrecortados. El bosque al norte del fuerte hervía de orthen, una criatura con escamas que habitaba en las rocas y era exclusiva de ese paso de montaña; desde su llegada al fuerte había visto quizá media docena, traídos por los gatos melenudos que tenían los vecinos letherii. Esos gatos sabían de sobra que no podían comerse a los orthen, venenosos como eran, pero no les importaba jugar con ellos hasta que morían. Los orthen evitaban el bosque y el suelo blando. Vivían entre las rocas. Pero esa noche estaban invadiendo el bosque y el k'risnan podía sentir algo palpable en su presencia, una emoción que sabía a sed de sangre.

¿Debería quedarse allí agazapado, en su habitación, aterrado por criaturas que podía aplastar con el pie? Tenía que dominar ese pánico impúdico… *¡escucha!* No oía a los vigías del fuerte. Nadie lanzaba ninguna alarma.

Pero los puñeteros orthen cubrían el suelo del bosque paso arriba, se concentraban en números inimaginables, una pavorosa riada escamada que bajaba en oleadas; el pánico de Ventrala fue creciendo cada vez más, amenazaba con surgir de su garganta en chillidos. Luchó por pensar.

Una especie de migración que ocurría una vez por década, quizá. Incluso una vez por siglo. Un hambre sin forma. Eso y nada más. Las criaturas se apiñarían contra los muros, se removerían allí durante un tiempo y se irían antes del amanecer. O rodearían el fuerte, solo para precipitarse por los numerosos salientes y riscos que había a ambos lados del acceso. Algunas criaturas se veían empujadas al suicidio; sí, eso era…

La sed de sangre floreció de repente. La cabeza del k’risnan cayó hacia atrás como si lo acabaran de abofetear. Lo recorrieron unos escalofríos. Empezó a farfullar al tiempo que despertaba la hechicería de su interior. Su cuerpo se estremeció cuando un poder caótico brotó como veneno en sus músculos y huesos. La hermana Sombra no tenía nada que ver con esa magia que lo atravesaba disparada, nada en absoluto, pero a él ya habían dejado de importarle esas cosas.

Luego, cuando se alzaron gritos en la muralla, el k’risnan Ventrala percibió otra presencia en el bosque, algo que concentraba toda esa sed de sangre, un poder… y se dirigía hacia allí.

La atri-preda Hayenar despertó con unos gritos lejanos. Alguien daba la alarma en la muralla que conducía a la pista de subida. Y eso, comprendió mientras se ponía a toda prisa el uniforme, no tenía mucho sentido. Claro que, no había mucho en esa maldita misión que lo tuviera. Persigue, le habían dicho, pero evita el contacto. Y además había llegado

uno de esos asquerosos k’risnan escoltado por veinticinco guerreros merudes. Bueno, si se estaba cociendo algún problema de verdad, dejaría que se encargaran ellos.

Eran sus puñeteros fugitivos, después de todo. Podían quedarse con ellos, con la bendición del Errante.

Un momento después, una conmoción ensordecedora desgarró el fuerte y se encontró arrojada contra el suelo.

El k’risnan Ventrala chilló, resbaló lentamente por el suelo y se estrelló contra el muro cuando un inmenso poder frío lo barrió y empezó a tironear de él como haría un cuervo con un cadáver podrido. Su hechicería había retrocedido, se había contraído hasta convertirse en un núcleo tembloroso en lo más profundo de su pecho; había intentado sondear a la presencia que se acercaba, insistió hasta que logró una especie de contacto. Y entonces la sorpresa, algo había repelido a Ventrala, a Ventrala y a todo ese poder revuelto de su interior.

Y enseguida estalló el muro del fuerte.

La atri-preda Hayenar salió tropezando de la casa principal y se encontró con el complejo convertido en una escena de devastación. El muro que había entre los baluartes del camino de arriba tenía una brecha y el impacto había esparcido enormes trozos de piedra y mampostería por la plaza de armas. Y la roca estaba ardiendo, una crepitación negra que chispeaba y parecía devorar la piedra con llamas salvajes que atravesaban como un rayo los escombros.

Se veían cuerpos rotos entre los restos, y en los establos (donde la pared trasera del edificio se inclinaba hacia dentro de una forma precaria) los caballos estaban chillando como si los estuvieran devorando vivos. Los orthen invadían todo

lo que estaba a la vista, se precipitaban sobre soldados caídos y, allí donde se reunían, masticaban la piel, y después las diminutas criaturas escamadas se abrían camino con frenesí en la carne hecha pulpa.

Entre las nubes de polvo de la brecha apareció una figura alta con unas espadas en las manos.

Piel blanca, ojos carmesíes.

Que el Errante me lleve, ya está harto de huir… el Cuervo Blanco…

La atri-preda vio aparecer una docena de tiste edur cerca de los barracones. Las pesadas lanzas arrojadizas cruzaron como un rayo el complejo y convergieron sobre el espeluznante guerrero.

Las detuvo todas, una tras otra, y con cada choque de los astiles contra el filo, las espadas cantaban, hasta que dio la sensación de que un coro de voces letales llenaba el aire.

Hayenar vio que llegaba una veintena de soldados letherii y se tambaleó hacia ellos.

—¡Retirada! —gritó haciendo aspavientos como una loca —. ¡Retroceded malditos idiotas!

Pareció que solo estaban esperando la orden, porque la unidad salió en desbandada y bajó en masa hacia la puerta de la pista de bajada.

Uno de los tiste edur se acercó a la atri-preda.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó—. Ya viene el k’risnan, él se encargará de aplastar a ese mosquito…

—¡Cuando lo haga —le gruñó ella al tiempo que se alejaba—, estaremos encantados de reagruparnos!

El edur desenvainó su alfanje.

—Llámelos a la batalla, atri-preda, ¡o la mato aquí mismo!

La militar vaciló.

A su derecha, los otros tiste edur se habían abalanzado y estaban enfrentándose al Cuervo Blanco.

Las espadas aullaban, un sonido tan lleno de alegría que la sangre de Hayenar se congeló. Sacudió la cabeza y observó, junto con el guerrero que la presionaba, que el Cuervo Blanco se abría paso entre los merudes en un torbellino de miembros amputados, decapitaciones y estocadas que destripaban y mandaban los cuerpos tambaleándose hacia atrás.

—¡… sus letherii! ¡Cargue contra él, maldita sea!

Ella se quedó mirando al guerrero edur.

—¿Dónde está su k'risnan? —preguntó—. ¿Dónde está?

Ventrala se metió arrastrándose en una esquina de la habitación, la más retirada de la conflagración del exterior. Una sarta interminable de palabras sin sentido se derramaba de su boca llena de babas. Su poder había huido. Lo había abandonado allí, en ese maldito cuarto. No era justo. Él había hecho todo lo que le habían pedido. Había entregado su carne y su sangre, su corazón y hasta sus huesos, todo, a Hannan Mosag.

Le habían hecho una promesa, una promesa de salvación, de una inmensa recompensa por su lealtad, una vez que se arrancara del trono al odiado hijo menor de Tomad Sengar. Debían rastrear a Temor Sengar, el conspirador, el traidor, y cuando la red por fin se cerrara a su alrededor, no sería Rhulad el que sonreiría de satisfacción. No, Rhulad, el muy tonto, no sabía nada de todo aquello. La maniobra pertenecía a Hannan Mosag, el rey hechicero, al que le habían robado el trono. Y era Hannan el que, con Temor Sengar en sus manos (y el esclavo, Udinaas), llevaría a cabo su venganza.

Había que despojar al emperador de todo, cada rostro conocido retorcido en una máscara de traición, despojado de

todo, sí, hasta que se quedara solo por completo. Aislado en su propia locura.

Y entonces…

Ventrala se quedó paralizado, enroscado en una bola fetal, cuando una carcajada suave se derramó sobre él… *¡desde dentro de la habitación!*

—Pobre k’risnan —murmuró entonces la voz—. No tenías ni idea de que ese pálido rey de los orthen se volvería contra ti, este caminante de campos de batalla. Su camino es un río de sangre, patético idiota, y… ¡ah!, ¡mira!: su paciencia, su estoicismo… ¡ha desaparecido!

Un espectro, allí con él, susurrando locuras.

—¡Vete —siseó—, no sea que compartas mi destino! Yo no te invoqué…

—No, tú no me invocaste. Las cadenas que me ataban a los tiste edur se han partido. Las partió el que está ahí fuera. Sí, ya ves, soy suyo, no tuyo. Del Cuervo Blanco… Ja, me sorprendieron los letherii, pero fueron los ratones, k’risnan… Parece que hace ya toda una vida. En el bosque, al norte de la aldea de Hannan Mosag. Y una aparición… Por desgracia nadie entiende, nadie observa. Pero eso no es culpa mía, ¿no?

—Lárgate…

—No puedo. No quiero, más bien. ¿Lo oyes? ¿Fuera? Ya está todo en silencio. La mayor parte de los letherii consiguió escapar, por desgracia. Tropezando como cabras borrachas escaleras abajo, con su capitana entre ellos, la mujer no era idiota. En cuanto a tus merudes, bueno, están todos muertos. ¡Eh, escucha! Botas en el pasillo… ¡viene hacia aquí!

El terror abandonó a Ventrala. No tenía ningún sentido, ¿no? Por lo menos al fin lo liberarían de esa jaula retorcida y atormentada que era su cuerpo. Como si recordara la dignidad que había poseído una vez, el cuerpo se puso en

movimiento con una sacudida y se incorporó hasta sentarse con la espalda apoyada en una esquina; parecía haber adquirido voluntad propia, desconectada de Ventrala, de la mente y del espíritu que atendía por ese nombre, esa patética identidad. Hannan Mosag había dicho una vez que el poder del Caído se alimentaba de todas las imperfecciones y los defectos de alma, que a su vez se manifestaban en la carne y el hueso; lo que había que hacer era enseñarse a uno mismo a regocijarse con ese poder, aunque retorciera y destruyera el recipiente del alma.

Ventrala, con la repentina claridad que se adquiría al ver la muerte cerca, comprendió entonces que era todo mentira. No había que abrazar el dolor. El caos era anatema para un cuerpo mortal. Destrozaba la carne porque aquél no era su sitio. No había regocijo en la autodestrucción.

Un coro de voces le llenó el cráneo y fue creciendo cada vez más. *Las espadas*...

Se oyeron unos leves arañazos en el pasillo y se abrió la puerta con un chirrido.

Entró una avalancha de orthen, como espuma gris en la oscuridad granulosa. Casi al instante apareció el Cuervo Blanco. La canción de dos espadas llenó la cámara.

Unos ojos rojos, resplandecientes, se clavaron en Ventrala.

El tiste andii envainó entonces las espadas y acalló la música aguda.

—Háblame de ese que tanto se atreve a ofenderme.

Ventrala parpadeó y sacudió la cabeza.

—¿Crees que al dios Tullido le interesa desafiarte, Silchas Ruina? No, esta… ofensa… es de Hannan Mosag, y solo suya. Ahora lo entiendo, ¿sabes? Por eso mi poder se ha ido. Ha huido. El dios Tullido no está preparado para los que son como tú.

La aparición de piel blanca se quedó inmóvil, en silencio, durante un tiempo.

—Si ese tal Hannan Mosag sabe mi nombre —dijo después—, sabe también que tengo razones para sentirme ofendido. Por él. Por todos los tiste edur que han heredado las recompensas de la traición de Scabandari. Y, sin embargo, me provoca.

—Quizá —dijo Ventrala—. Hannan Mosag creía que el disfrute del dios Tullido con la discordia carecía de límites.

Silchas Ruina ladeó la cabeza.

—¿Cómo te llamas, k'risnan?

Ventrala se lo dijo.

—Te dejaré vivir —dijo el tiste andii— para que puedas comunicarle a Hannan Mosag mis palabras. El azath me maldijo con visiones, sus propios recuerdos, así que fui testigo de muchos acontecimientos, en este mundo y en otros. Dile a Hannan Mosag lo siguiente: un dios que sufre dolor no es lo mismo que un dios obsesionado con el mal. Las obsesiones de tu rey hechicero son solo suyas. Yo diría que, por desgracia, está algo… confuso. Por eso, seré misericordioso esta noche… y solo esta noche. A partir de ahora, si volviera a interferir, conocerá el alcance de mi desagrado.

—Transmitiré tus palabras con precisión, Silchas Ruina.

—Deberías elegir un dios mejor al que venerar, Ventrala. A los espíritus torturados les gusta la compañía, incluso la de un dios. —Hizo una pausa y después añadió—: Claro que, quizá habéis sido los que sois como tú los que, a vuestra vez, habéis dado forma al dios Tullido. Quizá, sin sus devotos rotos y deformados, él habría sanado hace mucho tiempo.

Una carcajada áspera y baja del espectro.

Silchas Ruina volvió a salir por la puerta.

—Voy a requisar unos caballos —dijo sin volverse.

Unos momentos después, el espectro se deslizó tras él.

Los orthen, que habían estado trepando por la habitación al parecer al azar, comenzaron a retirarse del aposento.

Ventrala se quedó solo de nuevo. *A las escaleras, busca a la atri-preda, una escolta para el viaje de regreso a Letheras. Y hablaré con Hannan Mosag. Y le hablaré de la muerte en el paso. Le hablaré de un soletaken tiste andii con dos cuchilladas en la espalda, heridas que no sanan. Y sin embargo… él resiste*.

Silchas Ruina sabe más del dios Tullido que cualquiera de nosotros, salvo quizá Rhulad. Pero él no odia. No, él siente piedad.

Piedad, incluso de mí.

Seren Pedac oyó los caballos primero, los cascos golpeando por la subida arbolada. El cielo nocturno sobre el fuerte era de un color negro extraño, opaco, como de humo, pero no se veía ningún fulgor de llamas. Habían oído la conmoción, la destrucción de al menos un muro de piedra, y Tetera había lanzado un gañido de regocijo, una carcajada que era un sonido grotesco, escalofriante. Después, gritos lejanos y al momento, demasiado pronto, nada salvo silencio.

Apareció Silchas Ruina guiando una docena de monturas y acompañado por el gemido hosco de las espadas envainadas.

—¿Y a cuántos de mi raza has asesinado esta vez? —preguntó Temor Sengar.

—Solo a los bastante idiotas como para presentar oposición. Esta persecución —dijo— no es idea de tu hermano. Es obra del rey hechicero. Creo que no podemos dudar de que busca lo que buscamos. Y ahora, Temor Sengar, ha llegado el momento de posar nuestros cuchillos en el suelo, los dos. Quizá los deseos de Hannan Mosag

encajen con los tuyos, pero te garantizo que esos deseos no pueden reconciliarse con los míos.

Seren Pedac sintió un peso en el fondo del estómago. Ya hacía mucho tiempo que se veía venir, el único problema que se evitaba una y otra vez, siempre postergado en aras de la conveniencia. Temor Sengar no podía ganar esa batalla, todos lo sabían. ¿Iba a interponerse en el camino de Silchas Ruina? ¿Un tiste edur más que derribar?

—No hay razón de fuerza mayor para abordar ese tema ahora mismo —dijo la corifeo—. Montemos en los caballos y vayámonos de una vez.

—No —dijo Temor Sengar, los ojos clavados en los del tiste andii—. Que sea ahora. Silchas Ruina, en el fondo acepto la verdad de la traición de Scabandari. Confiabas en él y, en consecuencia, sufriste de un modo inimaginable. Pero ¿cómo podemos compensarlo? No somos soletaken. No somos ascendientes. Somos simples tiste edur, así que caemos como arbolitos jóvenes ante ti y tus espadas. Dime, ¿cómo aliviamos tu sed de venganza?

—No la aliviáis, ni el hecho de matar a los de tu raza responde en modo alguno a mi necesidad. Temor Sengar, has hablado de compensar el daño, ¿es ese tu deseo?

El guerrero edur se quedó callado media docena de latidos.

—Scabandari nos trajo a este mundo —dijo después.

—El vuestro se moría.

—Sí.

—Puede que no seáis conscientes de ello —continuó Silchas Ruina—, pero Ojodesangre fue en parte responsable de la partición de Sombra. No obstante, de mayor relevancia para mí son las traiciones que se produjeron antes de ese crimen concreto. Traiciones contra mi propia familia, mi hermano, Andarist, que provocó tal dolor en su alma que se volvió loco. —Ladeó poco a poco la cabeza—. ¿Me creías

ingenuo cuando entablé una alianza con Scabandari Ojodesangre?

Udinaas lanzó una carcajada seca.

—Lo bastante ingenuo como para darle la espalda.

Seren Pedac cerró los ojos. *Por favor, endeudado, tú mantén la boca cerrada. Solo por esta vez*.

—Dices bien, Udinaas —respondió Silchas Ruina tras un instante—. Estaba exhausto, me descuidé. No imaginaba que lo fuera a hacer… en público. Pero, en retrospectiva, la traición tenía que ser absoluta, y eso incluía la matanza de mis seguidores.

—Tú pretendías traicionar a Scabandari —dijo Temor Sengar—, solo que él actuó primero. Una verdadera alianza entre iguales, entonces.

—Supuse que podrías verlo de ese modo —respondió el tiste andii—. Entiéndeme, Temor Sengar. No permitiré que se libere el alma de Scabandari Ojodesangre. Este mundo ya tiene suficientes ascendientes reprensibles.

—Sin padre Sombra —dijo Temor—, no puedo liberar a Rhulad de las cadenas del dios Tullido.

—No podrías ni siquiera con él.

—No te creo, Silchas Ruina. Scabandari era tu igual, después de todo. Y no creo que el dios Tullido se empeñe en darte caza. Si es de verdad Hannan Mosag el que está detrás de esta incesante persecución, entonces es a mí y a Udinaas a los que busca. No a ti. Es, quizá, incluso posible que el rey hechicero no sepa nada de ti, de quién eres, aparte del misterioso Cuervo Blanco.

—Ése no parece ser el caso, Temor Sengar.

La afirmación pareció sacudir al tiste edur.

Silchas Ruina continuó.

—El cuerpo de Scabandari Ojodesangre se destruyó. Ahora, contra mí, estaría indefenso. Un alma sin procedencia

es un ser vulnerable. Es más, es posible que su poder ya lo estén… usando.

—¿Quién? —preguntó Temor, casi con un susurro.

El tiste andii se encogió de hombros.

—Al parecer —dijo con algo parecido a la indiferencia—, tu misión carece de propósito. No puedes lograr lo que buscas. Te haré un ofrecimiento, Temor Sengar. El día que yo decida ir contra el dios Tullido, tu hermano se encontrará libre, al igual que todos los tiste edur. Cuando llegue ese momento, podremos hablar de compensaciones.

Temor Sengar se quedó mirando a Silchas Ruina y después volvió los ojos por un instante a Seren Pedac. Aspiró una profunda bocanada de aire antes de hablar.

—Tu ofrecimiento… me da una lección de humildad. Pero no podría imaginar lo que los tiste edur podríamos regalarte como respuesta a semejante liberación.

—Déjame eso a mí —dijo el tiste andii.

Seren Pedac suspiró y se acercó a los caballos.

—Ya casi ha amanecido. Deberíamos cabalgar hasta el mediodía por lo menos. Luego podemos dormir. —Hizo una pausa y miró una vez más a Silchas Ruina—. ¿Confías en que no nos perseguirán?

—Así es, corifeo.

—¿Entonces había de verdad guardas esperándonos?

El tiste andii no respondió.

Mientras la corifeo ajustaba la silla y los estribos de uno de los caballos para que lo pudiera utilizar Tetera, Udinaas observaba a la pequeña, que estaba en cuclillas cerca del borde del bosque, jugando con un orthen que no parecía demasiado desesperado por escapar de sus atenciones. La oscuridad se había desvanecido y las brumas eran plateadas bajo la luz creciente.

Marchito apareció junto a él, como una mancha de noche reticente.

—Estas ratas con escamas, Udinaas, salieron del mundo k'chain che'malle. Las había más grandes, criadas como alimento, pero eran listas, más listas, quizá, de lo que deberían. Empezaron a escapar de sus corrales y a desvanecerse en las montañas. Se dice que todavía quedan algunas…

Udinaas emitió un gruñido de desdén.

—¿Se dice? ¿Te dedicas a ir de taberna en taberna, Marchito?

—El terrible precio de la familiaridad; ya no me respetas, endeudado. Un error muy trágico, pues el conocimiento que poseo…

—Es como una maldición de aburrimiento —dijo Udinaas, y se levantó de un tirón—. Mírala —dijo señalando con la cabeza a Tetera—. Dime, ¿crees en la inocencia? No importa; no me interesa tu opinión. En general, yo no. Me refiero a creer. Y sin embargo, esa niña… bueno, yo ya la estoy llorando.

—¿Llorando qué? —preguntó Marchito.

—La inocencia, espectro. Cuando la matemos.

Marchito se quedó muy callado, cosa poco propia de él.

Udinaas bajó los ojos y miró la sombra agazapada, después se burló.

—Todo tu codiciado conocimiento…

Diecisiete leyendas describían la guerra contra los demonios con escamas que los leznas llamaban kechra; de ellas, dieciséis eran de batallas, choques terribles que dejaban los cadáveres de los guerreros esparcidos por las llanuras y colinas de la Lezna'dan. No tanto una guerra de verdad como una huida precipitada, al menos en los primeros años.

Los kechra habían llegado del oeste, de tierras que un día pertenecerían al Imperio de Lether, pero que por aquel entonces eran, todos esos incontables siglos atrás, poco más que yermos reventados, pantanales de turba y hielo podrido invadidos por las moscas. Una horda andrajosa y machacada, los kechra no era la primera vez que entraban en batalla y algunas versiones de esas leyendas sostenían que también los propios kechra venían huyendo, que escapaban de una guerra inmensa y devastadora que era la causa de su propia desesperación.

Ante la aniquilación inminente, los leznas habían aprendido a luchar contra esas criaturas. Se enfrentaron a la marea, resistieron y luego se volvieron las tornas.

O eso proclamaban los relatos en resonantes tonos emocionados de triunfo.

Mascararroja sabía la verdad, aunque a veces pensaba que ojalá no la supiera. La guerra terminó porque la migración de los kechra llegó al límite más oriental de la Lezna’dan y luego siguió avanzando. Era cierto que los habían vapuleado los belicosos ancestros de los leznas, pero en realidad habían sido casi indiferentes a ellos (un obstáculo en su camino), y la muerte de tantos de su raza no era más que otra ordalía que añadir en una historia plagada de ordalías peligrosas y trágicas desde su llegada a ese mundo.

Kechra, k’chain che’malle, los primogénitos de los dragones.

No había, en opinión de Mascararroja, nada sustancioso ni nutritivo en el conocimiento. Siendo un joven guerrero, su mundo había sido un único nudo en la cuerda del pueblo lezna, vinculado de forma deliberada a la larga y gastada historia de los linajes. Jamás había imaginado que hubiera tantas otras cuerdas, tantas hebras entrelazadas; jamás había comprendido lo vasta que era la red de la existencia,

ni lo enmarañada que se había hecho desde la noche de la vida, cuando todo lo que estaba vivo comenzó a ser, nacido del engaño y la traición y condenado a una eternidad de lucha.

Y Mascararroja había terminado por comprender la lucha, allí, en los ojos sorprendidos de los rodaras, en el miedo tímido de los myrid; en la incredulidad de un joven guerrero que moría sobre piedra y arena esparcida por el viento; en la comprensión de los ojos fijos de una mujer que entrega su vida al hijo que alumbró entre sus piernas. Había visto a ancianos, humanos y animales acurrucarse para morir; había visto a otros luchar por su último aliento con toda la voluntad que podían reunir. Pero en el fondo, Mascararroja no encontraba razón, no había recompensa esperando tras la lucha eterna.

Hasta los dioses espíritu de su pueblo batallaban, agitaban brazos y piernas, luchaban con las armas de la fe, con intolerancia y las aguas dulces y letales del odio. No menos confundidos y sórdidos que cualquier mortal.

Los letherii querían, y ese deseo se transformaba de forma invariable en el derecho moral de poseer. Solo los idiotas creían que tales cosas eran incruentas, ya fuera en intención o ejecución.

Bueno, según ese mismo argumento (según el mismo principio de colmillos y garras), existía el derecho moral a desafiarlos. Y era una batalla que no tendría final hasta que se hubiera destruido un bando o el otro. Pero lo más probable era que ambos bandos estuvieran condenados a sufrir el mismo destino. Ésa era la reflexión a la que se llegaba cuando se sabía demasiado.

Pero él iba a seguir luchando.

Esas llanuras que cruzaban sus tres jóvenes seguidores y él habían pertenecido en un tiempo a los leznas. Hasta que los letherii extendieron su noción del interés propio e

incluyeron el robo de tierras y la expulsión de sus habitantes originales. Habían quitado los jalones que marcaban los lugares sagrados y las piedras tótem y habían abandonado los cantos rodados en montones; hasta las piedras circulares que en un tiempo habían anclado las chozas habían desaparecido. Los pastos se habían sobreexplotado y, en algunos sitios, largas secciones rectangulares habían visto la tierra roturada en anticipación a la plantación de cultivos, los postes de las verjas apilados no muy lejos. Pero Mascararroja sabía que ese suelo era pobre y se agotaba con rapidez, salvo en los antiguos valles fluviales. Los letherii quizá consiguieran establecerse allí durante una generación o dos antes de que desapareciera la capa superior del suelo. Había visto los resultados al este de los yermos, en la lejana Kolanse, una civilización entera que se tambaleaba al borde de la hambruna a medida que el desierto se extendía como una plaga.

La luna borrosa se había alzado en el cielo salpicado de estrellas, y ellos se fueron acercando a la masa de rodaras. No tenía mucho sentido ir tras los myrid, no eran bestias que corrieran mucho ni muy lejos, pero al acercarse, Mascararroja vio todo el alcance de ese rebaño de rodaras. Veinte mil cabezas, quizá incluso más.

Un gran campamento de boyeros iluminado por hogueras dominaba la cima de una colina, al norte. Dos edificios permanentes de paredes de troncos tallados y tejados coronados por terrones se asomaban al valle poco profundo y a los rebaños; Mascararroja era consciente de que esas casas pertenecerían al capataz del comisionado y formarían el núcleo de un verdadero asentamiento.

Agazapado en las hierbas, al borde de una hondonada de drenaje que atravesaba un lado del valle, con los tres jóvenes guerreros a su izquierda, Mascararroja estudió a los letherii durante veinte latidos más; después les hizo un

gesto a Masarch y los demás para que regresaran a la hondonada en sí.

—Esto es una locura —susurró el guerrero llamado Theven—. Debe de haber un centenar de letherii en ese campamento… ¿y qué hay de los pastores y sus perros? Si cambia el viento…

—Calla —dijo Mascararroja—. Déjame a mí los perros y los pastores. En cuanto al campamento, bueno, no tardarán en estar muy ocupados. Regresad con los caballos, montad y estad listos para flanquear y conducir el ganado cuando llegue.

A la luz pálida de la luna, la expresión de Masarch estaba crispada por los nervios y había una mirada salvaje en sus ojos, no lo había pasado bien en su noche de la muerte, pero de momento parecía más o menos cuerdo. Mascararroja sospechaba que tanto Theven como Kraysos habían utilizado hierba sangrante que habían colado con ellos en sus ataúdes y que habían masticado para caer en la inconsciencia y eludir cosas como el pánico y las convulsiones. Quizá había sido lo mejor. Pero Masarch no había tenido hierba sangrante. Y como era común entre las gentes que se criaban en tierras abiertas, el confinamiento era peor que la muerte, peor que cualquier cosa que se pudiera imaginar.

Pero servía de algo grabar a fuego esa transición a la edad adulta, un renacimiento que comenzaba con el enfrentamiento a uno mismo, a tus propios demonios, que salían trepando en rápida sucesión, inmunes a cualquier negación. Con las cicatrices nacidas de esa transición, un guerrero podía llegar a entender lo que era la imaginación: un arma que la mente sacaba a cada paso, pero tan letal para el que la empuñaba como para sus enemigos conjurados. La sabiduría llegaba a medida que crecía la habilidad de uno con esa arma. *Luchamos cada batalla con*

nuestra imaginación: las batallas internas y las batallas del mundo real. Ésa es la verdad del mando, y un guerrero debe aprender a mandar, a dominarse a sí mismo y a otros. Era posible que algunos soldados, como los letherii, experimentaran algo parecido según iban ascendiendo y adquiriendo más rango, pero Mascararroja no estaba muy seguro de eso.

Al mirar atrás, vio que sus seguidores se habían desvanecido en la oscuridad. Calculó que ya debían de estar con los caballos. Esperando, respirando con bocanadas rápidas y superficiales que metían el aire en unos pulmones tensos de repente. Sobresaltándose al menor ruido, sujetando las riendas y las armas con manos cubiertas de sudor.

Mascararroja emitió un leve gruñido y el perro de tiro, tirado sobre el vientre, se acercó más. Le puso una mano en el grueso y peludo cuello durante un instante y después la quitó. Juntos, los dos echaron a andar uno al lado del otro, ambos agachados contra el suelo, hacia el rebaño de rodaras.

Abasard caminaba con lentitud por el borde del rebaño dormido para mantenerse alerta. Sus dos perros favoritos trotaban tras él. Nacido y criado como endeudado en Drene, el muchacho de dieciséis años no había imaginado un mundo como ése, el cielo inmenso, que era oscuridad extendida y un sinfín de estrellas por la noche, enorme y carente de profundidad de día; el modo en el que la tierra misma alcanzaba distancias imposibles, hasta que a veces podía jurar que veía la curvatura del mundo, como si existiera como una isla en el mar del Abismo. Y tanta vida, en la hierba, en el cielo. En primavera brotaban flores diminutas en las laderas de las colinas, con moras que

maduraban en los valles. Toda su vida, hasta que su familia había acompañado al capataz del comisionado, había vivido con su padre y su madre, sus hermanos y hermanas, con su abuela y dos tías, todos apiñados en una casa que era poco más que una choza que daba a un callejón repleto de basura que hedía a orina. La fauna de su juventud estaba compuesta por ratas, ratones de ojos azules, ratas de aguas, cucarachas, escorpiones y gusanos plateados.

Pero allí, en ese extraordinario lugar, había descubierto una nueva existencia. Vientos que no apestaban a podredumbre y excrementos. Y había espacio, tanto espacio. Su familia había ido recuperando la salud ante sus propios ojos: su frágil hermanita convertida en una personita enjuta y fuerte, bronceada por el sol, siempre sonriendo; su abuela, cuya tos casi se había desvanecido; su padre, que se erguía más alto porque ya no tenía que encorvarse en chozas y cobertizos de techos bajos. El día anterior mismo, Abasard lo había oído reírse por primera vez.

Quizá, el joven se atrevió a creer, una vez que se roturara la tierra y se plantara, cabría la posibilidad de pagar la deuda trabajando. De pronto todo parecía posible.

Sus dos perros pasaron junto a él a grandes zancadas y se desvanecieron en la oscuridad. Nada que no ocurriera alguna vez. Les gustaba perseguir liebres, o rhizanos en vuelo bajo. Oyó una breve conmoción en las hierbas que había justo detrás de un pequeño montículo. Abasard cogió bien el palo que llevaba y aceleró el paso; si los perros habían atrapado y matado una liebre, habría carne extra en el guiso del día siguiente.

Al llegar a la elevación, el joven se detuvo y buscó en la oscuridad a sus perros. No se les veía por ninguna parte. Abasard frunció el ceño y después emitió un silbido bajo esperando oírlos trotar de regreso con él en cualquier

instante. Pero solo el silencio respondió a su llamada. Confuso, se fue agachando lentamente.

Más adelante y a su derecha, unos cientos de rodaras cambiaron de posición, despiertos e inquietos.

Algo iba mal. ¿Lobos? La caballería rosazul que el capataz tenía contratada había dado caza a los que había por allí hace mucho. Hasta habían expulsado a los coyotes y a los osos.

Abasard empezó a reptar, la boca seca de repente, el corazón martilleándole en el pecho.

Con la mano libre extendida avanzó y entró en contacto con una piel suave y cálida. Uno de sus perros, echado inmóvil bajo el roce que lo sondeaba. Cerca del cuello, el pelo estaba húmedo. El muchacho fue bajando la mano hasta que los dedos se hundieron en carne desgarrada donde el animal debería haber tenido la garganta. La herida era irregular. *Un lobo. O uno de esos gatos rayados*. Pero de los últimos él solo había visto pieles, y procedían del extremo sur, cerca ya del reino de Bolkando.

Asustado de verdad, continuó y al poco encontró a su otro perro. Ése tenía el cuello roto. Los dos ataques, comprendió, tenían que haberse llevado a cabo de forma simultánea, o bien una u otra de las bestias habría ladrado.

Un cuello roto… pero ninguna otra herida, ni rastros de saliva en el pelo.

Los rodaras se removieron otra vez a media docena de pasos, a un lado, y Abasard distinguió, por el rabillo del ojo, las cabezas alzadas sobre los largos cuellos, las orejas tiesas. Pero no emitían ningún sonido de temor. Así que no había olores peligrosos, ni pánico, *alguien ha captado su atención. Alguien al que están acostumbrados a obedecer*.

La situación era inconfundible, estaban robando el rebaño. Abasard no podía creérselo. Se dio la vuelta y

regresó sobre sus pasos. Veinte pisadas silenciosas más tarde, echó a correr de regreso al campamento.

El látigo de Mascararroja salió serpenteando y se enrolló alrededor del cuello del pastor, el viejo letherii había estado de pie, perfilado a la perfección contra la oscuridad, con los ojos clavados, sin decir nada, en el rebaño que empezaba a moverse. Un tirón brusco de Mascararroja y la cabeza del pastor se desprendió de los hombros, el cuerpo (los brazos sacudiéndose por un momento a los costados) cayó en un lado.

El último, como sabía Mascararroja cuando se acercó. Salvo uno, que había sido lo bastante listo como para huir, aunque eso no lo fuera a salvar al final. Bueno, los invasores tenían que aceptar los riesgos, ellos también eran ladrones, ¿no? Disfrutaban de riquezas que no se habían ganado, ocupaban una tierra que no era suya, lo bastante arrogantes como para exigir que cambiara y se adaptara a sus propósitos. Igual que si se mearan en los espíritus de la tierra, había que pagar por tanta temeridad y blasfemia.

Desechó ese pensamiento por ser indigno. Los espíritus podían cuidarse solos, y ya se vengarían con el tiempo, porque eran tan pacientes como inexorables. No era él quien tenía que actuar en nombre de los espíritus. No, esa supuesta superioridad moral era falsa e innecesaria. La verdad era la siguiente: él disfrutaba siendo la mano de la venganza lezna. Personal y, por tanto, mucho más deliciosa.

Ya había empezado a matar letherii en Drene.

Sacó el cuchillo, se agachó sobre la cabeza amputada del viejo y desprendió la cara letherii, la enrolló y la metió con las otras en la saca incrustada de sal que llevaba en la cadera.

La mayor parte de los perros del rebaño se habían sometido al desafío del perro de tiro lezna; en ese momento seguían a aquella bestia más grande y temible que ellos que iba despertando a todo el rebaño para conducirlo en masa al este.

Mascararroja se irguió y se volvió cuando surgieron los primeros chillidos en el campamento de los boyeros.

Abasard todavía estaba a cuarenta pasos del campamento cuando vio que una de las tiendas se derrumbaba de lado, con los postes y las guías partidos; una enorme criatura de dos patas la pisoteaba, las garras la atravesaban para alcanzar las formas que se debatían debajo, los chillidos hendían el aire. La cabeza giró hacia un lado y el demonio continuó con su zancada larga y la cola tiesa. Había unas espadas enormes en sus manos.

Otro cruzó su camino, rápido, agazapado, en dirección a la casa del capataz. Abasard vio una figura salir disparada del camino de esa segunda bestia, pero no fue lo bastante rápida y la criatura echó de repente hacia delante la cabeza y la giró de modo que las mandíbulas se cerraron a ambos lados de la cabeza del hombre. Un instante después, el reptil lanzó la forma agitada por los aires con un impulso capaz de romper varios huesos. El cadáver inerte salió volando y aterrizó con un golpe antes de rodar por la hoguera entre una rociada de chispas.

Abasard se quedó allí, paralizado por el horror de la matanza que tenía delante. Había reconocido al hombre. Otro endeudado, un hombre que había estado cortejando a una de sus tías, un hombre que siempre parecía estar riéndose.

Otra figura le llamó la atención. Su hermana pequeña, de diez años, salía disparada del campamento, alejándose de

otra tienda cuyos habitantes estaban muriendo bajo las espadas que los destrozaban… *Nuestra tienda. Padre*…

El reptil levantó la cabeza, vio la silueta fugitiva de su hermana y se abalanzó tras ella.

De inmediato, Abasard se puso a correr en línea recta hacia la monstruosa criatura. Si el engendro lo vio a punto de cruzarse con él, le dio igual… hasta el último momento, cuando Abasard levantó el palo para blandirlo por encima de la cabeza con la esperanza de golpear a la bestia en la pata trasera, ya se imaginaba los huesos partiéndose…

La espada más cercana asestó una estocada, tan rápida, tan…

Abasard se encontró tirado en hierbas empapadas, notaba el calor que se derramaba por un lado de su cuerpo, y según el calor salía a raudales, él sentía cada vez más frío. Se quedó mirando, sin ver nada todavía, notando que algo iba mal. Se hallaba tirado de lado, pero tenía la cabeza pegada al suelo y la oreja aplastada contra el mismo. Debería haber un hombro por debajo de la cabeza, y un brazo, y era por donde se le estaba derramando todo el calor.

Y más abajo todavía, en ese lado del pecho, eso también parecía haber desaparecido.

Podía sentir la pierna derecha dando patadas en el suelo. Pero no había pierna izquierda. No lo entendía.

Poco a poco se acomodó de espaldas y se quedó mirando el cielo nocturno.

Tanto sitio ahí arriba, un techo fuera del alcance de todos que cubría un lugar en el que podían vivir. Sin apiñarse, con espacio para todos.

Comprendió que se alegraba de haber ido allí, para ver, para presenciar, para entender. Se alegraba, incluso mientras moría.

Mascararroja salió de la oscuridad y se dirigió adonde esperaba Masarch con el caballo letherii. Tras él, el rebaño de rodaras era una masa en movimiento, los machos dominantes en cabeza, la atención fija en Mascararroja. Los perros ladraban y lanzaban mordiscos en los flancos más alejados. Gritos distantes de los otros dos jóvenes guerreros indicaban que estaban donde debían.

Mascararroja montó, saludó con la cabeza a Masarch y dio la vuelta con el animal.

Masarch hizo una larga pausa y se quedó mirando el lejano campamento letherii, donde parecía que la impía matanza continuaba sin amainar. *Sus guardianes, había dicho*.

No teme los desafíos venideros. Se apoderará de las pieles del caudillo ganetok. Nos liderará a la guerra contra los letherii. Es Mascararroja, que abjuró de los leznas solo para volver.

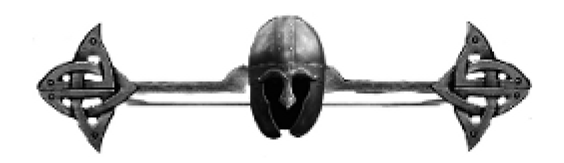
Me convencí de que era demasiado tarde.

Ahora creo que me equivocaba.

Pensó otra vez en su noche de la muerte, y los recuerdos regresaron como demonios alados. Se había vuelto loco en ese tronco ahuecado, se había vuelto tan loco que apenas nada de él había sobrevivido para regresar cuando la luz de la mañana lo había cegado. Y la locura estaba suelta, le hormigueaba en los extremos de los miembros, suelta y salvaje, pero sin decidirse todavía a actuar, a dar la cara. No había nada que la contuviese. Nadie.

Nadie salvo Mascararroja. Mi caudillo. Que desató su propia locura hace años.

5



La denigración afligió nuestros tan cacareados ideales hace mucho tiempo, pero son heridas complicadas de medir, es difícil levantarse y señalar con el dedo este lugar, este momento, y decir: «Aquí, amigos míos, ahí fue donde murió nuestro honor, nuestra integridad».

La aflicción fue demasiado insípida, un producto de nuestra mirada y diligencia, que se rindieron. Los significados de las palabras perdieron precisión, y nadie se molestó en reprender a los cínicos que abusaban de esas palabras para que sirvieran a sus propias ambiciones, a su propia evasión de la responsabilidad personal. Las mentiras no se cuestionaban, la persecución legítima se convirtió en una farsa, vulnerable al soborno, y la propia justicia se transformó en un artículo de consumo, mutable en su desequilibrio. La verdad se perdió, una quimera reformada para encajar en el programa, en los prejuicios, consignando así todo el proceso político a la charada de la falsa indignación de un actor, a las poses hipócritas y al desdén generalizado por el pueblo común.

Una vez subsumidos, los ideales y el honor creados por su admisión jamás pueden recuperarse, salvo, por desgracia, por un rechazo absoluto y sin restricciones instigado de forma invariable por el pueblo común en la coyuntura de un momento concreto, de un único acontecimiento de tal descarada injusticia que la revolución se erige en la única respuesta razonable.

Consideradlo, así pues, una advertencia. Los mentirosos mentirán, y seguirán haciéndolo, incluso cuando los hayan pillado. Mentirán, y con el tiempo, esos mentirosos se convencerán a sí mismos, con total santurronería despojarán a los mentirosos de culpabilidad. Hasta que llegue el momento en que se pronuncia una última mentira, aquélla a

la que solo se puede responder con rabia, con asesinato a sangre fría, y ese día, lloverá sangre sobre cada muro de esta cacareada sociedad destetada.

—Discurso del destituido maestro del Gremio
Semel Fural, del gremio de Fabricantes de Broches de Sandalias

De las tortugas conocidas como vinik, las hembras moraban sobre todo en los límites superiores de las innumerables fuentes del río Lether, en los estanques de las cuencas y los pantanos altos que se encontraban en los bosques de coníferas que atestaban la base de las montañas Rosazul. La escorrentía de la montaña, contenida y sostenida por las presas construidas por ratas de río de cola plana, descendía con pasos modestos hacia los tributarios más anchos y aunados que alimentaban el inmenso río. Las tortugas vinik tenían conchas largas y un caballete dorsal, y las fuertes patas delanteras terminaban en manos con garras que tenían pulgares oponibles. Durante la estación de puesta, las hembras, mucho más pequeñas que sus parientes machos de los ríos profundos y los mares, merodeaban por los estanques en busca de nidos de aves acuáticas. Al encontrar uno lo bastante grande y con un buen acceso, la hembra vinik se apropiaba de él. Antes de poner sus propios huevos, la tortuga exudaba una baba que cubría los huevos del pájaro y que poseía propiedades que suspendían el desarrollo de las crías. Una vez puesta la nidada de la vinik, la tortuga desenganchaba el nido entero y dejaba que flotase y que la corriente lo arrastrara. En cada barrera se reunían machos vinik jóvenes para llevar los nidos por el terreno seco para que pudieran continuar su migración pasiva por el río Lether.

Muchos se hundían o se topaban con un obstáculo fatal durante su largo y arduo viaje hacia el mar. Otros eran atacados por vinik adultos que moraban en las

profundidades del río principal. En los nidos que llegaban al mar, los huevos eclosionaban, las crías se alimentaban de los embriones de pájaro y después se deslizaban al agua salada. Solo al alcanzar la edad juvenil (sesenta o setenta años) la nueva generación de vinik comenzaba el viaje de varios años para remontar el río, rumbo a esos estanques lejanos y turbios del bosque boreal de Rosazul.

Los nidos cabeceaban en las aguas del río Lether, que bajaba fluyendo junto a la ciudad imperial, Letheras, residencia del emperador. Los barcos pesqueros de la zona los evitaban, ya que algunos machos vinik grandes a veces seguían a los nidos justo por debajo de la superficie, y siempre que no estuvieran lo bastante hambrientos como para atacar el nido, solían defenderlos. Pocos pescadores desafiaban por gusto a una criatura que podía pesar tanto como una galera fluvial y era capaz de hacer pedazos dicha galera con el pico y las garras.

La llegada de los nidos anunciaba el comienzo del verano, al igual que las nubes de mosquitos que invadían el río, la bajada del nivel del agua y el hedor de los sedimentos expuestos en las orillas.

En la pequeña elevación que había tras el antiguo palacio, la extensión desarreglada donde se alzaban los cimientos de antiguas torres, y una en concreto construida con piedra negra con un muro bajo que rodeaba un patio, una figura encorvada embutida en una capucha se arrastró hacia la verja con paso doloroso y torpe. Tenía la columna retorcida, presionada por pasados estragos de poder sin restricciones: el saliente de cada vértebra era visible bajo el manto raído, el ángulo le forzaba los hombros hacia delante hasta el punto de que tenía el terreno descuidado al alcance de los brazos, que utilizaba para impulsar su cuerpo deshecho.

Había ido en busca de un nido. Un montículo de tierra irregular y hierbas moribundas, un agujero roído por los gusanos que llevaba a un reino ya muerto. Sondeando con sentidos sobrenaturales, el hombre fue atravesando el patio, de un túmulo al siguiente. Vacío… vacío… vacío.

Unos extraños insectos se apartaban de su camino. Los mosquitos giraban en torbellinos caprichosos sobre él, pero no se posaban para alimentarse, pues la sangre del buscador estaba podrida de caos. La luz moribunda del día tironeaba de su sombra deforme, como si buscara sentido a una mancha tan maligna en el terreno destrozado del patio.

Vacío…

Pero ése no lo estaba. El hombre se permitió un pequeño momento de alegría. Sospechas confirmadas, al fin. El lugar que estaba muerto… no lo estaba del todo. Oh, el azath ya no era más que piedra sin vida, todo poder y toda voluntad drenados y desaparecidos. Pero persistía cierta hechicería, allí, bajo ese montículo enorme rodeado de árboles destrozados. Kurald con toda seguridad. Quizá Galain, el hedor a tiste andii era casi palpable. Rituales cegadores, una madeja densa, entretejida, para mantener algo… a alguien… ahí abajo.

Agachado, la figura estiró los sentidos y después se encogió de repente, el aliento siseando entre los labios mutilados.

¡Ha empezado a deshacerse! ¡Alguien ha estado aquí… antes que yo! No hace mucho. Hechicería que trabajaba para liberar a esa criatura encerrada. *¡Padre de Sombras, he de pensar!*

Hannan Mosag permaneció inmóvil, encorvado al borde del montículo, la mente disparada.

Más allá de los terrenos en ruinas, el río seguía fluyendo, bajando hacia el mar lejano. Transportados por la corriente, los nidos de vinik giraban con pereza; unos huevos de color

verde lechoso, todavía cálidos por el calor del día, encerraban unas formas vagas que se agitaban, impacientes por el nacimiento de la luz.

Levantó la cabeza con un movimiento brusco, sangre y fragmentos de pulmón humano le manchaban la boca y la barbilla, se deslizaban y después chorreaban hasta la caja torácica abierta en canal de su víctima, un idiota que, consumido sin duda por delirios de dominación y tiranía, había decidido acecharla todo el camino desde los Mercados de Arriba. Se había convertido en algo muy simple, una mujer de noble cuna, solitaria, aparentemente perdida, que vagaba entre la multitud sin ser consciente de las miradas entornadas y las expresiones de avaricia que la perseguían. Era como el cebo que usaban los pescadores para atrapar peces sin cerebro en el río. Cierto, mientras permanecía encapuchada, los brazos cubiertos con seda esplendorosa del tono del corazón de buey crudo, siempre que luciera elegantes guantes de piel de becerro y pantalones muy ceñidos de lino negro, no había forma de que nadie le viera el molde de la piel ni sus rasgos inusuales. Y, a pesar de la sangre tiste edur que corría diluida por sus venas, no tenía una altura exagerada, lo que convenía a su aparente vulnerabilidad, pues estaba claro que los ocupantes edur de esa ciudad eran demasiado peligrosos para que los cazara el violador común.

Lo había conducido a un callejón, donde le metió una mano en el pecho y le arrancó el corazón. Pero eran los pulmones lo que más disfrutaba, la carne pulposa rica en oxígeno y todavía no agriada por los jugos malolientes de la muerte violenta.

El reino mortal era un lugar delicioso. Ya se le había olvidado.

Pero acababan de interrumpir su festín. Alguien había entrado en los terrenos Azath. Alguien había sondeado sus rituales, que habían estado disolviendo las guardas vinculantes impuestas por Silchas Ruina. Puede que hubiese problemas, y ella no estaba dispuesta a tolerar interferencias en sus planes.

Quizá fuera el Errante, ese cabrón entrometido. O, lo que era más alarmante, ese dios ancestral, Mael. Una ciudad miserable y atestada, esa Letheras; no tenía intención de demorarse allí demasiado tiempo, no fuera que se descubriera su presencia y se malograran sus intrigas.

Se limpió la boca y la barbilla con el dorso de un antebrazo cubierto por una manga, se irguió, abandonó su festín y se fue de allí.

Rautos Hivanar, cabeza de la Consigna Libertad, se agachó en la orilla embarrada del río; las cuadrillas de trabajo estaban terminando la excavación del día justo detrás de él, las cuadrillas de la bomba ya se estaban lavando, los ruidos de la cocina trasera de la finca iban aumentando con las exigencias crecientes de la cena. Rautos insistía en alimentar bien a sus cavadores, tanto para aliviar su confusión como para mantenerlos trabajando. En esos momentos estaban excavando muy por debajo del nivel del río después de todo y, si no fuera por las bombas, junto a las que siempre había alguien, estarían trabajando hundidos hasta el pecho en agua turbia. Además, los refuerzos de las paredes necesitaban atención continua, propensas como eran a combarse hacia dentro.

Con los ojos puestos en media docena de nidos de vinik que iban bajando por el río, Rautos Hivanar estaba perdido en sus pensamientos. Habían encontrado más objetos misteriosos, enterrados a mucha profundidad y sin conexión

aparente, pero él había empezado a sospechar que todos pertenecían a una misma unidad, que de un modo todavía inconcebible podían montarse y transformarse en una especie de mecanismo. Le parecía que había una pieza central que todavía no se había descubierto. Quizá el próximo día…

Oyó unos pies embutidos en zapatillas en la pasarela de tablones que bajaba hasta el río y, tras unos momentos, se oyó la voz de Venitt Sathad.

—Maese.

—Venitt, te has asignado dos guardias de la casa para el viaje. Llévate dos más. Y, por tanto, dos caballos de carga más. Viajarás sin carreta de suministros, como acordamos, pero eso no es razón para reducir tu nivel de comodidades.

—Muy bien, maese.

—Y recuerda, Venitt. Letur Anict es, en todos los sentidos, el gobernante de hecho de Drene, a pesar del estatus oficial del gobernador edur. Según mis informes encontrarás en Orbyn Buscaverdad, el agente del centinela, un aliado fiable. En cuanto a Letur Anict… las pruebas señalan que el comisionado ha perdido… perspectiva. Su ambición parece carecer de restricciones, ya no la sujeta la razón ni, si a eso vamos, el sentido común.

—Seré diligente en mi investigación, maese.

Rautos Hivanar se levantó y miró a su criado.

—Si es necesario, Venitt, peca de cauto. No quisiera perderte.

Un destello de algo parecido a la sorpresa cruzó el rostro arrugado del endeudado, después el hombre se inclinó.

—Seré siempre prudente, maese.

—Una última cosa —dijo Rautos mientras pasaba junto a Venitt y subía hacia la finca—. No me pongas en evidencia.

Los ojos del endeudado siguieron a su amo durante un momento, su expresión ilegible una vez más.

Tras ellos, en el río, sin que nadie la viera, una forma enorme se alzó bajo un nido de vinik y, cuando rompió el agua al volcarse el nido, se vio el saliente de proa de una enorme concha, y bajo ella un cuello musculoso y un pico abierto inmenso que se tragó el nido entero.

Las corrientes se llevaron luego la perturbación hasta que no quedó ninguna señal.

—¿Sabes?, presenciar algo es una cosa. Comprenderla, otra.

Bicho le dio la espalda a su estudio del lejano río, donde la luz del sol poniente convertía el agua en una lámina ondulada de oro batido; frunció el ceño al mirar a Tehol Beddict.

—Muy reflexivo por su parte, amo.

—Sí que lo fue, ¿no? He decidido que es mi ojo normal el que presencia, mientras que es mi ojo azul el que comprende. ¿Tiene eso sentido para ti?

—No.

—Bien, me alegro.

—La noche promete ser densa y cálida, amo. Sugiero emplear la mosquitera.

—De acuerdo. ¿Puedes ocuparte tú? Yo no llego.

—Llegaría si estirase un brazo.

—¿Qué pretendes decir?

—Nada. Admito cierta... distracción.

—¿Justo ahora?

—Sí.

—¿Ya la has superado?

—Casi. Por desgracia, ciertos individuos se agitan en la ciudad esta noche.

—Bueno, ¿vas a hacer algo sobre el tema o tengo que hacerlo yo todo?

Bicho atravesó el tejado y se colocó junto a la cama. Estudió la forma reposada de Tehol Beddict durante un momento, después recogió la mosquitera y cubrió con ella a su amo.

Los ojos, uno marrón y el otro azul, lo miraron con un parpadeo.

—¿No debería haber un armazón o algo? Tengo la sensación de que me están preparando para mi propio funeral.

—Usamos el armazón para el fuego de esta mañana.

—Ah. Bueno, ¿va a evitar esto que me piquen?

—Seguramente no, pero tiene un aspecto de lo más atractivo.

Tehol cerró el ojo azul.

—Ya veo…

Bicho suspiró.

—Humor negro, amo.

—Vaya, qué nervioso estás, ¿no?

—No lo tengo decidido —dijo Bicho con un asentimiento —. Sí, lo sé, uno de mis eternos defectos.

—Lo que te hace falta, viejo amigo, es la perspectiva de un mortal. Así que, venga, oigámoslo. Preséntame el dilema, Bicho, para que pueda proporcionarte una solución concisa y como es debido.

—El Errante sigue al rey hechicero para ver lo que planea. El rey hechicero se entromete en rituales nefarios colocados por otro ascendiente, que, a su vez, deja de comer un cadáver recién asesinado y se dirige a un encuentro inesperado con el susodicho rey hechicero, donde es muy probable que se conozcan y después regateen buscando el beneficio propio por las cadenas medio deshechas que atan a otro ascendiente más, uno que pronto será liberado, cosa que perturbará a alguien muy al norte, aunque ése es probable que todavía no esté listo para actuar. Mientras, la

flota edur, que partió hace tanto, rodea el mar del Dragón y no tardará en entrar por la desembocadura del río en su infortunado regreso a nuestra bella ciudad, y con ella hay dos malhadados paladines, ninguno de los cuales es probable que haga lo que se espera de ellos. Bien, para añadir un poco de picante a toda la mezcla, el secreto que es el alma de un tal Scabandari Ojodesangre dejará, en un periodo deprimentemente corto de tiempo, de ser un secreto y en consecuencia, de forma adicional y concomitante, estamos a punto de disfrutar de un verano muy interesante.

—¿Es eso todo?

—En absoluto, pero un bocado de cada vez, como siempre digo.

—No, no lo dices. Shurq Elalle es la que siempre dice eso.

—Su predilección por las imágenes repugnantes, amo, es, como siempre, inoportuna y en absoluto apropiada. Bueno, en cuanto a esa solución concisa suya…

—En fin, he de admitir cierta decepción. Ni siquiera has mencionado mi gran estratagema para llevar a la quiebra al país.

—El centinela lo está buscando y va muy en serio.

—¿Karos Invictad? No me extraña que me hayas amortajado. Procuraré estar cerca del borde del tejado el día que trepe hasta aquí con sus babeantes secuaces para así poder arrojarme al vacío, cosa que, estarás de acuerdo, es preferible a soportar, aunque sea una campanada, su infame y espeluznante inquisición. Entretanto, ¿qué hay para cenar?

—Huevos de dinik. Encontré un nido un poco roto que el agua había llevado debajo de un muelle.

—Pero los huevos de vinik son venenosos, de ahí las nubes de gaviotas quejumbrosas que dibujan círculos constantes sobre cada una de esas desagradables islitas flotantes.

—Es cuestión de saber cocinarlos bien, amo, y añadir unas cuantas hierbas esenciales que sirven para anular la mayor parte de los efectos adversos.

—¿La mayor parte?

—Sí.

—¿Y tienes en tu posesión esas hierbas sustentadoras de la vida?

—Bueno, no, pero pensé que podía improvisar.

—Ahí lo tienes.

—¿Ahí tengo qué, amo?

—Pues mi respuesta concisa, claro.

Bicho miró con los ojos entrecerrados a Tehol Beddict, que le guiñó un ojo, y esa vez el que cerró fue el ojo marrón. El dios ancestral frunció el ceño.

—Gracias, amo —dijo después—. ¿Qué haría yo sin usted?

—Escatimar poco, apostaría.

Tanal Yathvanar dejó el paquete en la mesa del centinela.

—Entregado por un golfillo con cara de rata esta mañana. Señor, creo que no supondrá un reto especial. En cualquier caso —continuó mientras empezaba a desenvolver el paquete—, se me ordenó que lo tratara con delicadeza y que lo mantuviera recto. Y en unos momentos verá usted por qué.

Karos Invictad observó con los ojos entornados cuando retiraron, con toda delicadeza, el envoltorio de algas de mala calidad y manchadas de grasa, que reveló la presencia de una cajita de madera abierta por arriba, la cual parecía tener lados de varias capas. El centinela se echó hacia delante y se asomó al interior.

Y vio un insecto de dos cabezas como los que estaban apareciendo junto al río. Movía las patas con precisión para

dar vueltas… y más vueltas. El interior de la caja estaba formado por lados de teselas pulidas de colores y parecía que las teselas se podían deslizar para liberarlas, o recolocarlas, si así se decidía.

—¿Cuáles eran las instrucciones, Tanal?

—El reto es detener el movimiento del insecto. Al parecer continuará caminando en círculos, en el mismo sitio, hasta que se muera de hambre, cosa, que, por cierto, es el punto en el que se da por fracasado el rompecabezas… más o menos cuatro meses. Mientras la criatura rota sin moverse, no va a comer. En cuanto a agua, un trocito de musgo empapado será suficiente. Como puede ver, las teselas del interior se pueden recolocar, y es de suponer que una vez se descubra el orden o la secuencia adecuado, el insecto se detendrá. Y usted habrá derrotado al rompecabezas. Las restricciones son las siguientes: no se puede colocar ningún objeto dentro del recipiente; ni tampoco puede tocar o entrar en contacto físico con el insecto.

Karos Invictad lanzó un gruñido.

—Parece bastante sencillo. ¿Cuál es el récord para solucionarlo?

—No lo hay. Usted es el primer y único jugador, al parecer.

—No me digas. Qué curioso. Tanal, anoche murieron en sus celdas tres prisioneros; hay algún contagio desatado ahí abajo. Que quemen los cadáveres en el Terreno de Receptación, al oeste de la ciudad. A conciencia. Y que al resto los bañen con desinfectante.

—De inmediato, centinela.

Las ruinas ocupaban una extensión mucho más amplia de lo que se suele imaginar. De hecho, la mayor parte de los historiadores del primer periodo de la colonia ha prestado

poca o nula atención a los informes del ingeniero real, en concreto los de Keden Qan, que sirvió desde la fundación hasta la sexta década. Durante la formulación del plan de construcción del asentamiento se llevó a cabo un estudio minucioso. Las tres torres jhag existentes, detrás del antiguo palacio, formaban parte, de hecho, de un complejo mucho mayor, lo que por supuesto contradice lo que se sabe de la civilización jhag. Por esta razón, quizá sea acertado suponer que el complejo jhag que hay en la orilla del río Lether representa un emplazamiento anterior a la dispersión. Es decir, antes de que la cultura se desintegrara en una diáspora repentina y violenta. Una interpretación alternativa sería que las tres torres principales, cuatro criptas subterráneas, y lo que Qan llamó el Foso Revestido, todo ello pertenecía a una única familia inusualmente leal.

El cualquier caso, lo que intento demostrar aquí es lo siguiente: más allá del complejo jhag (o, por decirlo de manera más correcta, jaghut), había otras ruinas. Por supuesto, no es necesario señalar la estructura más obvia y todavía en existencia, la estructura azath; esa conferencia tendrá que esperar otro día. Así pues, en una zona que cubre casi toda la superficie de la Letheras actual, podrían encontrarse cimientos, plazas o explanadas, pozos construidos, zanjas de drenaje y, de hecho, algún tipo de cementerio o depósito de cadáveres, y (escuchen con atención) no todo ello de diseño humano. No era jaghut, ni siquiera tartheno.

Bien, ¿cuáles eran los detalles de este complejo desconocido? Bueno, para empezar, era independiente, amurallado y cubierto por completo por un tejado de varios niveles, incluso las plazas, callejones y calles. Como fortaleza, era casi impenetrable. Bajo los suelos de pavimento intrincado y las calles había una segunda ciudad incluso más defendible, cuyos corredores y túneles se

pueden encontrar ahora formando parte integral de nuestro sistema de alcantarillado.

En pocas palabras, Letheras, la colonia del Primer Imperio, se fundó sobre las ruinas de una ciudad anterior, una cuyo trazado parecía hacer caso omiso de la presencia de las torres jaghut y el azath, lo que sugiere que es anterior a ambos.

Ni siquiera el primer ingeniero, Keden Qan, pudo o quiso intentar identificar a estos primeros constructores. Prácticamente no se han hallado artefactos (no hay cascos, ni esculturas, no hay rastros de trabajo en metal). Un último detalle interesante. Parece que en las últimas etapas de ocupación, los moradores dieron comienzo a unas alteraciones frenéticas de su ciudad. El análisis que hizo Qan de esos esfuerzos lo llevó a la conclusión de que se había producido un cambio climático catastrófico, pues las modificaciones indicaban un intento desesperado de añadir material aislante.

Es de suponer que ese esfuerzo fracasó…

Su monólogo interior cesó de repente cuando oyó los roces leves de alguien acercándose. Levantar la cabeza suponía un esfuerzo, pero Janath Anar lo consiguió justo cuando la pesada puerta de la cámara se abría con un crujido y entraba luz a raudales de un farol, sin brillo y baja, pero cegándola de todos modos.

Apareció Tanal Yathvanar, ella sabía que no podía ser otro más que él, y un momento después habló.

—Ruego que todavía tengas que volverte loca.

Entre los labios agrietados y llenos de ampollas, la estudiosa sonrió y le contestó con voz ronca.

—Conferencias. Estoy en pleno trimestre. Historia antigua. ¿Loca? Oh, sí, sin lugar a dudas.

Lo oyó acercarse más.

—Te he dejado aquí sola demasiado tiempo, estás sufriendo. Un descuido por mi parte.

—Un descuido es mantenerme con vida, pequeño desgraciado miserable —dijo ella.

—Ah, quizá me lo merecía. Vamos, tienes que beber.

—¿Y si me niego?

—Entonces, con tu muerte inevitable, quedas derrotada. Yo te habré derrotado. ¿Estás segura de que es lo que quieres, erudita?

—Me instas a que presente una resistencia obstinada. Lo entiendo. El sádico necesita a su víctima viva, después de todo. Durante todo el tiempo que sea humanamente posible.

—La deshidratación es una forma muy desagradable de morir, Janath Anar.

Tanal le puso en la boca la espita de un cuero de agua. Ella bebió.

—No tan deprisa —dijo Tanal al tiempo que se apartaba—. Solo conseguirás vomitar. Cosa que, según veo, tampoco sería la primera vez.

—Cuando ves gusanos que te salen de los excrementos, Yathvanar… La próxima vez —añadió—, llévate tu puñetera vela contigo.

—Si lo hago —respondió él—, te quedarás ciega…

—¿Y eso importa?

Él se acercó una vez más y le vertió más agua en la boca.

Después se puso a lavarla. Se habían abierto llagas allí donde los fluidos estomacales habían quemado la piel deshidratada, y vio también que la mujer había estado tirando de las ataduras para intentar meter las manos por los grilletes.

—Se te ve bastante desmejorada —dijo mientras ponía ungüento en las heridas—. No puedes sacar las manos, Janath…

—Al pánico no le importa lo que se puede y no se puede hacer, Tanal Yathvanar. Un día lo descubrirás. Hubo un sacerdote en el siglo segundo que creó un culto basado en la premisa de que cada víctima que provocamos en nuestra vida mortal nos aguarda tras la muerte. Desde la más ligera de las heridas a la más dolorosa, cada víctima que te preceda en la muerte… espera. Te espera.

»Un mortal gestiona su economía espiritual a lo largo de su vida, y amasa crédito o deudas. Dime, patriota, ¿cuánta deuda tienes tú a estas alturas? ¿Hasta qué punto es grande el desequilibrio entre las buenas obras y tus incontables actos de maldad?

—Un culto oscuro, perturbador —murmuró él mientras se apartaba—. No me extraña que fracasara.

—En este imperio, sí, no es de extrañar en absoluto. Al sacerdote lo arrojaron a la calle y lo descuartizaron miembro a miembro. No obstante, se dice que quedan partidarios entre los pueblos derrotados, los tarthenos, los fent y nerek, las víctimas, por así decirlo, de la crueldad letherii; y antes de que esos pueblos desaparecieran casi por completo de la ciudad, había rumores de que el culto estaba reviviendo.

Tanal Yathvanar esbozó una mueca de desdén.

—Los que fracasan siempre necesitan una muleta, una justificación, convierten la miseria en virtud. Karos Invictad ha identificado esa debilidad en uno de sus tratados…

La carcajada de Janath se interrumpió con un ataque de tos seca. Cuando se recuperó, escupió antes de hablar.

—Karos Invictad. ¿Sabes por qué desprecia tanto a los académicos? Porque él es un académico fracasado. —Le enseñó a su carcelero los dientes manchados—. Los llama tratados, ¿no? El Errante nos libre, qué patético. Karos Invictad sería incapaz de elaborar un argumento decente, y mucho menos un tratado.

—Te equivocas en eso, mujer —dijo Tanal—. Incluso ha explicado por qué rindió tan poco siendo un joven erudito; oh sí, no quiso refutar tu valoración de su carrera como estudiante. Por aquel entonces lo dominaban las emociones. Era incapaz de adoptar una postura convincente, lo que lo dejaba invadido por la rabia, pero contra sí mismo, contra sus defectos. Sin embargo, años después, aprendió que tenía que despojarse de toda emoción, solo entonces quedaría clara su visión interna.

—Ah, así que necesitaba que lo hirieran. ¿Qué pasó? Una especie de traición, supongo. ¿Una mujer? ¿Un protegido, un mecenas? ¿Importa siquiera? Por fin Karos Invictad empieza a tener sentido para mí. Por qué se ha convertido en lo que se ha convertido. —La estudiosa se echó a reír de nuevo, esta vez sin toser, y después dijo—: Qué deliciosa ironía. Karos Invictad se convirtió en víctima.

—No seas…

—¡Una víctima, Yathvanar! Y no le gustó, oh, no, para nada. Le dolió, el mundo le hizo daño, así que ahora le hace daño él. Pero todavía tiene que igualar el marcador. Aunque ya ves, nunca lo hará, porque en su mente él todavía es esa víctima, todavía lucha y se rebela. Y como dijiste antes, la víctima y su muleta, la virtud que hace de la miseria, uno alimenta a lo otro, sin cesar. No me sorprende que se erice de farisaísmo a pesar de todas sus protestas de intelecto sin emociones…

Tanal la golpeó con fuerza. La cabeza de la mujer giró de golpe y dejó un rastro de saliva y sangre.

—Despotrica contra mí todo lo que quieras, erudita. Lo esperaba —siseó Tanal respirando deprisa, con una extraña tensión en el pecho—. Pero no contra Karos Invictad. Es la última esperanza del imperio. Solo Karos Invictad puede guiarnos a la gloria, a una nueva era, una era sin los edur, sin los mestizos, sin ni siquiera pueblos fracasados. No, solo

los letherii, un imperio que se va expandiendo con sangre y fuego, hasta llegar a la tierra natal del Primer Imperio. ¡Él ha visto nuestro futuro! ¡Nuestro destino!

La estudiosa se lo quedó mirando bajo la luz sin brillo.

—Por supuesto. Pero antes tiene que matar a cada letherii digno de ese nombre. Karos Invictad, el gran erudito, y su imperio de matones…

Tanal la volvió a golpear, con más dureza que antes, después se echó hacia atrás con una sacudida y levantó la mano; le temblaba, la piel rasgada y magullada, un fragmento de un diente roto le sobresalía de un nudillo.

La mujer estaba inconsciente.

Bueno, ella se lo buscó. No paraba. Eso significa que lo deseaba, en el fondo quería que le pegara. He oído hablar de eso, Karos me lo ha contado, al final les gusta. Les gusta la… atención.

Así que no debo desatenderla. No de nuevo. Agua de sobra, mantenerla limpia y bien alimentada.

Y maltratarla de todos modos.

Pero la mujer no estaba inconsciente, porque habló entonces con un murmullo. Tanal fue incapaz de entenderla y se acercó un poco más.

—… al otro lado… te esperaré… al otro lado…

Tanal Yathvanar sintió que algo se le deslizaba en lo más hondo de la tripa. Y huyó de ello. *Ningún dios espera para dictar sentencia. Nadie apunta el desequilibrio de las obras; no hay dios que carezca de sus propios desequilibrios, pues sus propias obras están tan sometidas a juicio como las de los demás. Así que, ¿quién elabora entonces el más allá? ¿Alguna imposición natural? Ridículo… no hay equilibrio en la naturaleza. Además, la naturaleza existe en este mundo y solo en él, sus reglas no significan nada una vez que se cruza el puente…*

Tanal Yathvanar se encontró subiendo por el pasillo, aquella horrible mujer y su celda habían quedado muy atrás, no recordaba haber salido de allí.

Karos lo ha dicho una y otra vez, la justicia es una presunción. No existe en la naturaleza. «El justo castigo que se ve en catástrofes naturales es algo que fabrican personas demasiado impacientes y demasiado devotas, cada una convencida de que el mundo le perdonará la vida a ella y solo a ella. Pero todos sabemos que los que heredarán el mundo serán los aborrecibles, no los justos».

A menos, fue el pensamiento que lo invadió con la voz de Janath, *que los dos sean uno y lo mismo*.

Tanal hizo una mueca de desdén mientras se apresuraba a subir las gastadas escaleras. Aquella mujer estaba allí abajo, en el fondo. Una prisionera en su celda solitaria. No había forma de huir para ella.

La he dejado ahí abajo, en el fondo. Muy atrás. No puede escapar.

Pero, en su mente, Tanal la oyó reír.

Y ya no estuvo tan seguro.

Dos alas enteras del Domicilio Eterno estaban vacías, pasillos largos y desocupados y aposentos nunca habitados, almacenes, sótanos dedicados a la administración, alojamientos para sirvientes y cocinas. Los guardias que patrullaban esas secciones una vez al día llevaban sus propios faroles y dejaban una oscuridad sin mitigar a su paso. En la humedad creciente de esos lugares desiertos, el polvo se había convertido en moho, el moho se había hecho podredumbre y la podredumbre a su vez filtraba líquidos malolientes que corrían por las paredes enyesadas y se acumulaba en charcos en el suelo.

El abandono y la desatención no tardarían en derrotar las ingeniosas innovaciones de Construcciones Bicho, como derrotaban la mayor parte de las cosas alzadas de la tierra por manos humanas, y Turudal Brizad, el Errante, se consideraba casi único en su reconocimiento absoluto de tales sórdidas verdades. De hecho, había otros ancestrales insistiendo en su existencia nominal, pero todos y cada uno seguían luchando contra los estragos de la disolución inevitable. Mientras que el Errante ni se molestaba.

La mayor parte del tiempo.

Los jaghut habían llegado a comprender la naturaleza de la futilidad, y habían inspirado en el Errante un mínimo de empatía por ése, el más trágico de los pueblos. Se preguntó dónde estaría Gothos. Dadas las circunstancias, seguro que llevaba mucho tiempo muerto. Había escrito una nota de suicidio de varios volúmenes (su *Locura*), que era de presumir que concluía en algún momento, aunque el Errante no había visto ni oído que existiera dicha conclusión. Quizá, se planteó con una suspicacia repentina, había un mensaje oculto en un testimonio suicida sin fin, pero si era así, ese significado era demasiado oscuro para la mente de cualquiera que no fuera jaghut.

Había seguido al rey hechicero hasta el azath muerto y se había quedado allí el tiempo suficiente para discernir las intenciones de Hannan Mosag, después había regresado al Domicilio Eterno, donde podía recorrer los pasillos vacíos en paz. Contemplando, entre otras cosas, la posibilidad de meterse de nuevo en la refriega. Batallar, una vez más, contra los estragos de la disolución.

Le pareció que oía reírse a Gothos por algún lugar. Pero sin duda solo era su imaginación, siempre impaciente por burlarse de sus bien razonados impulsos.

Al encontrarse en un tramo de pasillo inundado de agua cargada de cieno, el Errante se detuvo.

—Bueno —dijo con un suave suspiro—, para acabar un viaje, uno debe antes empezarlo. Será mejor que actúe mientras todavía haya voluntad.

Su siguiente paso lo llevó a un claro, hierbas verdes y densas bajo los pies, un círculo de flores deslumbrantes en los bordes de los árboles de troncos negros que rodeaban el terreno diáfano. Las mariposas bailaban de un brote de color a otro. El trozo de cielo visible en las alturas tenía un leve tinte bermellón y el aire parecía extrañamente enrarecido.

Una voz habló a su espalda.

—Aquí la compañía no es bienvenida.

El Errante se volvió y ladeó la cabeza poco a poco.

—No es frecuente que la visión de una mujer inspire miedo en mi alma.

La mujer frunció el ceño.

—¿Tan fea soy, ancestral?

—Al contrario, Menandore. Más bien… formidable.

—Has invadido mi refugio. —Hizo una pausa antes de continuar—. ¿Te sorprende que alguien como yo necesite refugiarse?

—No sé cómo responder a eso —contestó él.

—Tienes mucho cuidado, Errante.

—Sospecho que buscas una razón para matarme.

Ella pasó junto a él, el largo sarong negro flotaba por los extremos raídos y los desgarros deshilachados.

—Por el Abismo del inframundo —murmuró—, ¿tan transparente soy? ¿Quién, salvo tú, habría adivinado que requiero justificación para matar?

—Así que tu sentido del sarcasmo ha sobrevivido a tu soledad, Menandore. Es de lo que siempre se me acusa, ¿no? De lo… aleatorio de mis actos.

—Oh, yo sé que no son aleatorios. Solo lo parecen. Tú disfrutas con el fracaso trágico, lo que me lleva a

preguntarme qué quieres de mí. No nos compenetramos bien, tú y yo.

—¿Qué has estado haciendo en los últimos días? —preguntó el Errante.

—¿Por qué debería decírtelo?

—Porque tengo información que transmitir, información que verás que se… compenetra con tu naturaleza. Y busco recompensa.

—Si la rechazo, habrás hecho este peligroso viaje para nada.

—Será solo peligroso si intentas algo desafortunado, Menandore.

—Exacto.

Los ojos inhumanos de la mujer lo contemplaron con firmeza.

Él esperó.

—Fortalezas flotantes —dijo ella.

—Ah, ya veo. ¿Entonces ha empezado?

—No, pero pronto.

—Bueno, tú no eres de las que actúas sin largos preparativos, así que no me sorprende demasiado. ¿Y en qué lado terminaremos encontrándote, Menandore?

—Pues en el mío, claro está.

—Hallarás oposición.

Se arqueó una ceja fina.

El Errante miró a su alrededor.

—Un lugar agradable. ¿En qué senda estamos?

—No me creerías si te lo dijera.

—Ah —asintió él—, en ésa. Muy bien, tus hermanas conspiran.

—No contra mí, Errante.

—No de forma directa, o, más bien, no de forma inmediata. Puedes tener la certeza, sin embargo, de que la separación de tu cabeza de los hombros es el objetivo final.

—¿Ha sido liberada, entonces?

—Es inminente.

—¿Y tú no harás nada? ¿Qué hay de los otros en esa malhadada ciudad?

¿Otros?

—Mael está siendo… Mael. ¿Quién más se oculta en Letheras, aparte de tus dos hermanas?

—Hermanas —dijo ella, hizo una mueca de desdén, se dio la vuelta y se acercó a un borde del claro, donde se agachó y arrancó una flor. Se giró hacia él de nuevo y levantó la flor para aspirar su aroma.

Del tallo cortado iba saliendo un flujo constante de densa sangre roja.

Es cierto que he oído decir que la belleza es la piel más fina.

Ella sonrió de repente.

—Bueno, nadie, me equivoqué.

—Me invitas a una búsqueda frenética y que sin duda me arrebatará mucho tiempo para demostrar tu candidez, Menandore. ¿Qué posible razón podrías tener para mandarme tras ese rastro?

Ella se encogió de hombros.

—Te lo tienes merecido por violar mi refugio, Errante. ¿Hemos terminado ya?

—Tu flor se ha desangrado —dijo él mientras daba un paso atrás y se encontraba de nuevo en el pasillo vacío e inundado de la quinta ala del Domicilio Eterno.

Otros. La muy zorra.

En cuanto el Errante se desvaneció en el claro, Menandore tiró la flor marchita y dos figuras salieron del bosque, una por su izquierda y la otra por su derecha.

Menandore arqueó la espalda y se pasó las dos manos por el denso pelo rojo.

Las dos figuras se detuvieron a mirar.

Como ella sabía que harían.

—¿Habéis oído? —preguntó, le daba igual cuál contestara.

Ninguna de las figuras respondió. Menandore dejó la postura y miró con el ceño fruncido al dios flaco e invadido por las sombras de su izquierda.

—Ese bastón es una afectación absurda, que lo sepas.

—Qué más dan mis afectaciones absurdas, mujer. Sangre chorreando de una flor, por el amor del Embozado, uy… —El dios conocido como Tronosombrío volvió la cabeza hacia la figura alta y encapuchada que tenía enfrente—. Humildes disculpas, Segador.

El Embozado, señor de la Muerte, pareció ladear la cabeza como si se hubiera sorprendido.

—¿Tuyas?

—¿Las disculpas? Por supuesto que no. No he hecho más que una aserción. ¿Había un sujeto que adjuntar a ella? No. Nosotros tres, feroces criaturas, nos hemos encontrado, hemos hablado, hemos acordado casi nada y hemos llegado a la conclusión de que las impresiones previas que teníamos de los otros han resultado ser demasiado… generosas. No obstante, parece que estamos de acuerdo, más o menos, en el único asunto que tú, Embozado, querías tratar. No es de extrañar que estés eufórico.

Menandore miró con el ceño fruncido al señor de la Muerte en busca de pruebas de la susodicha euforia. Al no encontrar ninguna, miró a Tronosombrío una vez más.

—Has de saber que yo nunca he aceptado tu reivindicación.

—La pena me abruma. Así que tus hermanas van a por ti. Qué familia más pavorosa tienes. ¿Quieres ayuda?

—¿Tú también? Recuerda cómo despedí al Errante.

Tronosombrío se encogió de hombros.

—Los ancestrales piensan muy despacio. Mi ofrecimiento es de otra magnitud. Piénsalo bien antes de rechazarlo.

—¿Y qué pides a cambio?

—El uso de una puerta.

—¿Qué puerta?

Tronosombrío lanzó una risita, después el espeluznante sonido se detuvo de golpe y el dios habló con tono serio.

—Starvald Demelain.

—¿Con qué fin?

—Pues proporcionarte ayuda, por supuesto.

—Quieres quitarte a mis hermanas de en medio, quizá incluso más que yo. Te retuerces en ese trono que tienes, ¿no?

—Una conveniente convergencia de deseos, Menandore. Pregúntale al Embozado, sobre todo ahora.

—Si te doy acceso a Starvald Demelain, lo utilizarás más de una vez.

—No seré yo el que haga tal cosa.

—¿Lo juras?

—¿Por qué no?

—Idiota —dijo el Embozado con tono ronco.

—Esperaré que te atengas a ese juramento, Tronosombrío —dijo Menandore.

—¿Entonces aceptas mi ayuda?

—Como aceptas tú la mía en este asunto. Convergencia de deseos, has dicho.

—Tienes razón —dijo Tronosombrío—. Retiro toda idea de «ayuda». Estamos ambos contribuyendo a algo, como corresponde a dicha convergencia; y una vez terminemos con la tarea que tenemos entre manos, no existirá ninguna otra obligación entre nosotros.

—Me parece bien.

—Vosotros dos —dijo el Embozado al tiempo que se daba la vuelta— sois peores que letrados. Y no queréis saber lo que hago con las almas de los letrados. —Un latido más tarde, el señor de la Muerte había desaparecido.

Menandore frunció el ceño.

—Tronosombrío, ¿qué son los letrados?

—Una profesión dedicada a la subversión de las leyes para obtener un beneficio —respondió el otro, su bastón iba dando golpecitos inexplicables a medida que iba arrastrando de nuevo los pies hacia el bosque—. Cuando era emperador, me planteé masacrarlos a todos.

—¿Y por qué no lo hiciste? —le preguntó ella al que empezaba a desvanecerse en una miasma de tenebrosidad bajo los árboles.

Le llegó una respuesta apenas perceptible.

—El letrado real dijo que sería un terrible error.

Menandore se había quedado sola una vez más. Miró a su alrededor y lanzó un gruñido.

—Dioses, cómo odio este sitio. —Un momento después ella también se había desvanecido.

Janall, en otro tiempo emperatriz del Imperio de Lether, apenas podía reconocerse ya como ser humano. Utilizada de forma brutal como conducto del poder caótico del dios Tullido, su cuerpo se había retorcido hasta convertirse en una pesadilla maligna, tenía los huesos combados, los músculos estirados y gruesos, y unos enormes bultos de grasa habían empezado a colgarle en pliegues de su cuerpo deformado. No podía caminar, ni siquiera podía levantar el brazo izquierdo, y la hechicería le había destrozado la mente, la locura ardía en unos ojos que resplandecían con maldad en la oscuridad cuando Nisall, con un farol en la mano, se detuvo en la puerta.

El aposento hedía a sudor, orina y otras secreciones procedentes del sinfín de llagas supurantes que cubrían la piel de Janall; el tufo dulce a comida estropeada y otro olor acre que le recordó a la concubina del emperador a dientes podridos.

Janall avanzó arrastrándose con un giro extraño, asimétrico, de las caderas, pivotando sobre el brazo derecho. El movimiento hacía un ruido húmedo bajo ella, y Nisall vio los chorros de saliva que se desprendían de la boca deforme de aquella mujer que había sido tan bella. En el suelo había charcos de mucosidad y se dio cuenta de que era ésa la fuente del olor acre.

La concubina luchó contra las náuseas y se adelantó.

—Emperatriz.

—¡Ya no! —La voz era entrecortada, surgía de una garganta deforme, y la saliva salpicaba con cada sacudida de la mandíbula informe—. ¡Soy reina! De esta Casa, de esta meliflua Casa. Oh, somos una familia feliz, oh, sí, y un día, un día muy pronto, ya lo verás, ese cachorrito del trono vendrá aquí. A por mí, su reina. Tú, puta, tú no eres nada… la Casa no es para ti. Tú ciegas a Rhulad ante la verdad, pero su visión será clara, una vez —la voz se sumió en un susurro y se inclinó hacia delante— que nos deshagamos de ti.

—He venido —dijo Nisall— para ver si necesitaba algo.

—Mentirosa. Viniste en busca de aliados. Crees que puedes llevártelo. Arrebatármelo a mí. A nuestro verdadero amo. ¡Fracasarás! ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está?

Nisall sacudió la cabeza.

—No lo sé. Ni siquiera sé si sigue vivo; en la corte los hay que afirman que lo está, mientras que otros me dicen que murió ya hace tiempo. Pero, emperatriz, intentaré averiguarlo. Y cuando lo haga, regresaré. Con la verdad.

—No te creo. Nunca fuiste mi aliada. Eras la puta de Ezgara, no la mía.

—¿Ha venido de visita Turudal Brizad, emperatriz?

Por un momento pareció que la mujer no iba a contestar. Después consiguió algo parecido a un encogimiento de hombros.

—No se atreve. El amo ve a través de mis ojos, díselo a Rhulad, y entenderá lo que debe ser. A través de mis ojos, mira con más atención si quieres conocer a un dios. El dios. El único dios que importa ahora. El resto está ciego, tan ciego como has hecho tú a Rhulad, pero todos se van a llevar una sorpresa, oh sí. La Casa es grande, más grande de lo que imaginas. La Casa somos todos nosotros, puta, y un día se proclamará esa verdad para que todos la oigan. ¿Me ves? Estoy de rodillas y no es ninguna casualidad. Cada humano estará de rodillas, un día, y me conocerán como su reina. En cuanto al Rey de las Cadenas —se echó a reír, un sonido impregnado de flemas—, bueno, la corona es indiferente a qué cráneo ciñe. El cachorrito está fallando, ¿sabes? Fracasa. Hay… insatisfacción. Debería matarte aquí, ahora. Acércate más, puta.

En su lugar, Nisall retrocedió un paso, después dos, hasta que se encontró una vez más en la puerta.

—Emperatriz, el canciller es la fuente de los… fallos de Rhulad. Su dios debería saberlo, no sea que cometa un error. Si quiere matar a alguien, debería ser a Triban Gnol y, quizá, a Karos Invictad; conspiran para derrotar a los edur.

—¿Los edur? —La mujer escupió—. El amo ya casi ha terminado con ellos. Casi acabados.

—Diré que bajen unos sirvientes —dijo Nisall—. Para que limpien su aposento, emperatriz.

—Espías.

—No, de su propio séquito.

—Que se pasaron al otro bando.

—Emperatriz, cuidarán de usted; su lealtad permanece intacta.

—¡Pero no los quiero! —Janall se encorvó todavía más—. No quiero… que me vean así.

—Haremos que bajen una cama. Con dosel. Puede correr el velo cuando lleguen. Pasarles las sábanas manchadas por una abertura de la cortina.

—¿Harías eso? Yo te quería muerta.

—El pasado no es nada —dijo Nisall—. Ya no.

—Largo —dijo con voz ronca Janall, y apartó la vista—. El amo está disgustado contigo. Sufrir es nuestro estado natural. Una verdad que proclamar, y eso haré, cuando consiga mi nuevo trono. Sal de aquí, puta, o acércate más.

—Espere a sus sirvientes antes de una campanada —dijo Nisall mientras se daba la vuelta y abandonaba el espeluznante aposento.

Cuando se desvaneció el eco de las pisadas de la puta, Janall, Reina de la Casa de las Cadenas, se acurrucó hecha una bola sobre el repugnante suelo resbaladizo. La locura destelló en sus ojos, desapareció y después regresó una vez más. Una y otra vez. Habló, una voz pastosa, la otra ronca.

—Vulnerable.

—Hasta la guerra definitiva. Observa el ejército, que gira y da la vuelta completa. Estos sórdidos juegos de aquí, los tiempos ya casi han pasado, nos han pasado a todos. Oh, cuando el dolor al fin acabe, entonces verás la verdad que soy. Querida reina, mi poder fue una vez el beso más dulce. Un amor que no rompía nada.

—Dame mi trono. Lo prometiste.

—¿Merece la pena?

—Te lo ruego…

—Todos me ruegan, y lo llaman plegaria. ¿Qué amarga bendición debo tragar de esta eterna fuente de pavor, rencor y codicia sin rodeos? ¿Jamás lo verás? ¿Nunca

comprenderás? Debo encontrar a los que están rotos, pero no esperes mi mano, mi roce. Nadie lo entiende, lo mucho que los dioses temen la libertad. Nadie.

—Me has mentido.

—Te has mentido a ti misma. Todos os mentís y lo llamáis fe. Soy vuestro dios. Soy lo que me hicisteis. Todos censuráis mi indiferencia, pero os aseguro que censuraríais mucho más mi atención. No, no proclames lo contrario. Sé lo que afirmáis hacer en mi nombre. Sé que vuestro mayor miedo es que un día os lo eche en cara, y ése es el verdadero juego, esta partida de tabas del alma. Obsérvame, mortal, observa cómo os lo echo en cara. A todos y cada uno de vosotros.

—Mi dios está loco.

—Como quieres tenerme, así estoy.

—Quiero mi trono.

—Tú siempre quieres.

—¿Por qué no me lo das?

—Respondo como dios: si te doy lo que quieres, morimos todos. Ja, ya lo sé, ¡te da igual! Ah, los humanos, sois de lo que no hay. Convertís cada uno de mis alientos en una agonía. Y cada una de mis convulsiones es vuestro éxtasis. Muy bien, mortal, responderé a tus plegarias. Lo prometo. Pero no digas jamás que no te lo advertí. No lo digas. Nunca.

Janall se echó a reír y lo roció todo de saliva.

—Estamos locos —susurró—. Oh, sí, muy locos. Y estamos trepando hacia la luz…

A pesar de todos los sirvientes que se escabullían de un lado a otro y los guardias inmóviles con yelmo que protegían varias entradas, a Nisall las zonas más pobladas del Domicilio Eterno le parecían, en algunos sentidos, más deprimentes que los pasillos abandonados que había dejado

atrás un tercio de campanada antes. La suspicacia agriaba el ambiente, el miedo acechaba como sombras bajo los pies entre los soportes de las antorchas. El nombre del palacio había adquirido un matiz irónico, plagado como estaba el Domicilio Eterno de paranoia, intriga y traiciones incipientes. Como si los humanos no pudieran hacer nada mejor y estuvieran condenados a perpetuidad a una existencia sórdida.

Estaba claro que no había nada satisfactorio en la paz, más allá de la libertad que proporcionaba para no tramar nada bueno. La había conmocionado su visita a la que había sido emperatriz, Janall, que se suponía que estaba loca. Ese tal dios Tullido desde luego que acechaba en los ojos de la mujer, Nisall lo había visto, había sentido esa atención escalofriante, inhumana, clavada en ella, calculadora, reflexionando qué posible uso podía darle. Ella no quería formar parte de los planes de un dios, sobre todo de ese dios. Era incluso más aterrador pensar que las ambiciones de Janall continuaban intactas, hinchadas por visiones de poder supremo, a pesar de su cuerpo torturado, brutalizado. El dios también la estaba usando.

Había rumores de guerra siseando como el viento en el palacio, relatos de una conspiración beligerante tramada por los reinos y las tribus fronterizas del este. Los informes que el canciller le había entregado a Rhulad habían sido de todo menos sencillos en sus exhortaciones para subir las apuestas. Una declaración formal de guerra, la puesta en marcha de una concentración de tropas que partiría hacia las fronteras en una campaña preventiva de conquista. Mucho mejor derramar sangre en sus tierras que en suelo letherii, después de todo.

—Si la alianza encabezada por Bolkando quiere guerra, deberíamos dársela. —Los ojos relucientes del canciller

contradecían la enunciación fría, casi átona de esas palabras.

Rhulad se había removido en su trono y había murmurado su inquietud, los edur se habían desplegado demasiado, los k’risnan tenían un exceso de trabajo. ¿Por qué desagradaba tanto a los bolkandanos? No había habido lista de afrentas. Él no había hecho nada para dar vida a ese fuego.

Triban Gnol había señalado, en voz baja, que habían capturado a cuatro agentes de la conspiración cuando entraban en Letheras solo el otro día. Disfrazados de mercaderes en busca de marfil. Karos Invictad había enviado por mensajero sus confesiones, ¿le gustaría verlas al emperador?

Rhulad había negado con la cabeza y no había dicho nada, los ojos atormentados por el dolor clavados en las losas del estrado que había bajo sus pies, embutidos en zapatillas.

Tan perdido, ese terrible emperador.

Cuando giró por el pasillo que llevaba a sus aposentos privados, Nisall vio una figura alta junto a su puerta. Un tiste edur, uno de los pocos que residían en el palacio. Recordaba de forma vaga que el guerrero tenía algo que ver con la seguridad.

El hombre ladeó la cabeza a modo de saludo cuando ella se acercó.

—Primera concubina Nisall.

—¿Lo ha enviado el emperador? —preguntó ella al tiempo que pasaba junto a él y le indicaba con un ademán que entrara tras ella en sus aposentos. Pocos hombres podían intimidarla, conocía sus mentes demasiado bien. Se sentía menos cómoda en compañía de mujeres y de hombres prácticamente castrados como Triban Gnol.

—Por desgracia —dijo el guerrero—, no se me permite hablar con mi emperador.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿Ha perdido su favor?

—No tengo ni idea.

Intrigada, Nisall miró al edur durante un momento.

—¿Quiere un poco de vino? —le preguntó después.

—No, gracias. ¿Era usted consciente de que el centinela Karos Invictad ha emitido una directiva para recopilar pruebas que lleven a su arresto por sedición?

Nisall se quedó muy quieta. La atravesó un calor repentino y sintió perlas de sudor frías como el hielo contra su piel.

—¿Está aquí —susurró— para arrestarme?

El hombre alzó las cejas.

—No, nada por el estilo. Más bien lo contrario, de hecho.

—¿Desea, así pues, unirse a mi traición?

—Primera concubina, no creo que esté tomando parte en ningún acto de sedición. Y si lo está, dudo que vayan dirigidos contra el emperador Rhulad.

Nisall frunció el ceño.

—Si no es contra el emperador, ¿contra quién entonces? ¿Y cómo se iba a considerar traición si el objetivo no es Rhulad? ¿Cree que estoy resentida contra la hegemonía tiste edur? Con exactitud, ¿contra quién estoy conspirando?

—Si me obligaran a apuntar una posibilidad… el canciller Triban Gnol.

La primera concubina no dijo nada por un momento.

—¿Qué quiere? —preguntó después.

—Discúlpeme. Me llamo Bruthen Trana. Me encargaron que supervisara las operaciones de los patriotas, aunque es probable que el emperador ya haya olvidado ese detalle.

—No me sorprende. Todavía no le ha informado de nada.

El hombre hizo una mueca.

—Cierto. El canciller se ha asegurado de eso.

—E insiste en que lo informe a él, ¿no? Estoy empezando a entender, Bruthen Trana.

—He de suponer que las garantías de Triban Gnol de que ha transmitido los dichos informes a Rhulad son falsas.

—Los únicos informes que el emperador recibe sobre los patriotas son los del centinela, tras la revisión obligatoria y necesaria del canciller.

Bruthen suspiró.

—Como sospechaba. Primera concubina, se dice que su relación con el emperador es algo más profunda que la habitual entre el gobernante y la puta favorita, y disculpe el uso del término. A Rhulad lo están aislando de su propio pueblo. A diario recibe peticiones, pero son todas de letherii, y éstas son seleccionadas con todo cuidado por Triban Gnol y su personal. La situación ha empeorado desde que zarparon las flotas, pues con ellas fueron Tomad Sengar y Uruth, y muchos otros hiroth, incluyendo el hermano de Rhulad, Binadas. Todos los que podrían haberse opuesto con eficacia a las maquinaciones del canciller han sido eliminados de la escena. Hasta Hanradi Khalag… —Sus palabras se fueron apagando y se quedó mirándola, después se encogió de hombros—. Debo hablar con el emperador, Nisall. En privado.

—Es posible que no pueda ayudarlo, si me van a arrestar —contestó ella.

—Solo el propio Rhulad puede evitar que eso ocurra —dijo Bruthen Trana—. Entretanto, yo puedo proporcionarle cierta protección.

Nisall ladeó la cabeza.

—¿Cómo?

—Le asignaré dos guardaespaldas edur.

—Ah, así que no está del todo solo, Bruthen.

—El único edur que está solo de verdad aquí es el emperador. Y, quizá, Hannan Mosag, aunque todavía tiene a sus k'risnan, pero no hay ninguna certeza de que el que fuera rey hechicero sea leal a Rhulad.

Nisall sonrió sin muchas ganas.

—Así que resulta —dijo— que los tiste edur no son tan diferentes de los letherii, después de todo. ¿Sabe?, a Rhulad le gustaría que fuera… de otro modo.

—Quizá, entonces, primera concubina, podamos trabajar juntos para ayudarlo a lograr su visión.

—Será mejor que sus guardaespaldas sean sutiles, Bruthen. Los espías del canciller me vigilan de forma constante.

El edur sonrió.

—Nisall, somos hijos de Sombra.

Una vez, mucho tiempo atrás, había caminado durante un tiempo por el reino del Embozado. En el idioma de los eleint, la senda que no era nueva ni ancestral se conocía con el nombre de Festal'rythan, las Vetas de los Muertos. Ella había encontrado la prueba cuando atravesaba el tajo serpenteante de un barranco cuyas crudas paredes revelaban innumerables estratos que mostraban señales de la verdad de la extinción. Cada especie que había existido hasta entonces estaba atrapada en los sedimentos de Festal'rythan, pero no como esas formaciones geológicas que podían encontrarse en cualquier mundo, no. En el reino del Embozado lo que persistía eran las chispas de las almas, y lo que ella presenciaba eran sus «vidas», abandonadas allí, aplastadas e inmovilizadas. La piedra misma estaba, en ese oxímoron peculiar que plagaba el lenguaje de la muerte, «viva».

En los terrenos rotos que rodeaban el azath sin vida de Letheras, muchas de esas criaturas largo tiempo extintas habían regresado arrastrándose por la puerta, tan insidiosas como cualquier alimaña. Cierto, no era una puerta como tal, solo… desgarros, fisuras, como si algún terrible demonio la hubiera destrozado desde ambos lados con garras del tamaño de mandobles que atravesaran el tejido entre las sendas. Había habido batallas allí, el derramamiento de sangre ancestral, el pronunciamiento de promesas imposibles de cumplir. Todavía podía oler la muerte de los dioses tarthenos, casi podía oír su rabia e incredulidad cuando uno caía, luego otro, y otro… hasta que todos desaparecieron, arrojados a Festal'rythan. No los compadecía. Era demasiado fácil ser arrogante al llegar a ese mundo, pensar que nadie podía desafiar el desencadenamiento de poder ancestral.

Desde entonces había descubierto una multitud de verdades en la progresión irresistible del tiempo. Lo crudo se convertía en refinado, y con el refinamiento, el poder se hacía incluso más letal. Todo lo que era simple adquiría, con el tiempo y bajo presión suficiente (y si el azar resultaba benigno en lugar de maligno), mayor complejidad. Y sin embargo, en algún momento, se cruzaba un umbral, y la complejidad se derrumbaba en la disolución. No había nada fijado en eso, algunas formas se alzaban y caían con una rapidez asombrosa, mientras que otras podían persistir durante periodos de tiempo extraordinariamente largos en aparente estasis.

Así pues, ella creía comprender más que la mayoría, pero se encontró con que no podía hacer mucho con ese conocimiento. En pie en aquel patio maltratado y repleto de malas hierbas, sus ojos fríos, inhumanos, se clavaron en la figura deforme que estaba agachada al borde del túmulo hendido más grande; podía ver a través del caos el interior

del hombre, podía ver cómo se instaba a la disolución dentro de esa compleja matriz de carne, sangre y huesos. El dolor irradiaba de esa espada retorcida, encorvada, mientras continuaba estudiándolo.

Él había terminado por ser consciente de su presencia y el miedo susurraba y lo atravesaba; la hechicería del dios Tullido iba creciendo. Sin embargo, no estaba muy seguro de si ella representaba una amenaza. Entretanto, la ambición se alzaba y caía como olas que se estrellasen alrededor de la isla de su alma.

Ella podía, si así lo decidía, utilizar a aquel hombre.

—Soy Hannan Mosag —dijo la figura sin volverse—. Tú… tú eres soletaken. La más cruel de las Hermanas, maldita entre el panteón edur. Tu corazón es traición. Te saludo, Sukul Ankhadu.

Ella se acercó.

—La traición pertenece a la que está enterrada ahí debajo, Hannan Mosag, a la Hermana que en un tiempo veneraste. Me pregunto hasta qué punto, edur, eso dio forma a tu destino. ¿Alguna traición que atormente a tu pueblo en los últimos tiempos? Ah, te he visto estremecerte. Bueno, en fin, ninguno de los dos debería sorprenderse.

—Pretendes liberarla.

—Siempre he trabajado mejor con Sheltatha Sabiduría que con Menandore… aunque puede que ése no sea el caso ahora. La enterrada tiene sus… obsesiones.

El tiste edur lanzó un gruñido.

—¿No las tenemos todos?

—¿Cuánto tiempo hace que sabes que tu venerada protectora estaba enterrada aquí?

—Sospechas, desde hace años. Había pensado, esperado, descubrir también aquí lo que quede de Scabandari Ojodesangre.

—Te equivocas de ascendiente —dijo Sukul Ankhadu con tono divertido—. Si hubieras acertado en cuanto a quién traicionó a quién por aquel entonces, lo habrías sabido.

—Oigo el desdén en tu voz.

—¿Por qué estás aquí? ¿Tan impaciente como para añadir tus poderes a los rituales que desencadené ahí abajo?

—Es posible —dijo Hannan Mosag— que podamos trabajar juntos… durante un tiempo.

—¿De qué serviría eso?

El tiste edur cambió de posición para levantar la cabeza y mirarla.

—Parece obvio. En estos mismos momentos Silchas Ruina está buscando al que pensé que estaba aquí. Dudo que a ti o a Sheltatha Sabiduría os complazca que lo consiga. Puedo guiaros tras su rastro. También puedo prestaros… apoyo en el momento del enfrentamiento.

—¿Y a cambio?

—Para empezar, podemos poner fin a tus actividades, dejarás de matar y comer ciudadanos. En segundo lugar, podemos destruir a Silchas Ruina.

Ella lanzó un gruñido.

—No es la primera vez que oigo esa afirmación, Hannan Mosag. ¿El dios Tullido está preparado de verdad para desafiarlo?

—Con aliados… sí.

Ella se planteó la propuesta. Habría traiciones, pero no le parecía que se fueran a dar hasta después de que se deshicieran de Ruina, y la partida pondría a su disposición el finnest. Ella sabía de sobra que el poder de Scabandari Ojodesangre no era el que había sido, y lo que quedaba sería muy vulnerable.

—Dime, ¿Silchas Ruina viaja solo?

—No. Tiene un puñado de seguidores, pero de ellos, solo uno es causa de preocupación. Un tiste edur, el hermano

mayor de los Sengar, en otro tiempo comandante de los guerreros edur.

—Una alianza sorprendente.

—Precaria es una palabra mejor para describirla. Él también busca el finnest, y hará, según creo, todo lo que pueda para evitar que caiga en manos de Ruina.

—Ah, el oportunismo nos atormenta a todos. —Sukul Ankhadu sonrió—. Muy bien, Hannan Mosag. Estamos de acuerdo, pero dile a tu dios Tullido una cosa: huir en el momento del ataque y abandonarnos a Sheltatha Sabiduría y a mí a merced de Silchas Ruina y, digamos, largarse con el finnest durante la lucha, se revelará como un error fatal. Con nuestro último aliento le contaremos a Silchas Ruina todo lo que necesita saber y él irá a por el dios Tullido, y no descansará hasta encontrarlo.

—Nadie os abandonará, Sukul Ankhadu. En cuanto al finnest en sí, ¿deseáis reclamarlo como vuestro?

Ella se echó a reír.

—¿Para pelearnos por él entre nosotras? No, preferiríamos verlo destruido.

—Entiendo. ¿Pondríais objeciones, entonces, a que el dios Tullido utilizara su poder?

—¿Con ese uso se logrará al final su destrucción?

—Oh, sí, Sukul Ankhadu.

Ella se encogió de hombros.

—Como quieras. —*Debes de creerme de verdad idiota, Hannan Mosag*—. Tu dios marcha a la guerra, necesitará toda la ayuda que pueda conseguir.

Hannan Mosag consiguió esbozar una sonrisa, una mueca retorcida, fiera.

—Es incapaz de marchar. Ni siquiera se arrastra. La guerra va a él, hermana.

Si había algún significado oculto en esa distinción, Sukul Ankhadu fue incapaz de discernirlo. Alzó la mirada y la clavó

en el río, al sur. Gaviotas que dibujaban círculos, extrañas islas de hierbas y palitos que giraban en las corrientes. Y percibía que bajo la superficie arremolinada había unos leviatanes enormes, beligerantes, que utilizaban las islas como cebo. Lo que se acercara lo suficiente…

Atrajo su atención un rumor sordo de poder en el túmulo roto y volvió a bajar los ojos.

—Ya viene, Hannan Mosag.

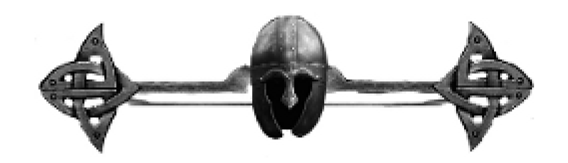
—¿Me voy? ¿O le parecerá bien nuestro arreglo?

—Sobre eso, edur, no puedo hablar por ella. Será mejor que te vayas; después de todo, tendrá mucha hambre. Además, ella y yo tenemos muchas cosas de las que hablar… viejas heridas que curar entre nosotras.

La Hermana observó al hechicero deforme que se alejaba a rastras. *Después de todo, eres más hijo de ella que mío, y preferiría que ella careciera, de momento, de aliados*.

Fue todo obra de Menandore, en cualquier caso.

6



El argumento era el siguiente: una civilización encadenada a las restricciones del control excesivo del pueblo, desde la elección de religión hasta la producción de bienes, minará la voluntad y el ingenio de su población, para quienes tales cualidades dejan de tener suficiente incentivo o recompensa. En apariencia, esto es exacto. El problema se produce cuando los oponentes a tal sistema instituyen el extremo opuesto, donde el individualismo se convierte en un dios sacrosanto y no es posible mayor servicio a ningún otro ideal (incluyendo la comunidad). En un sistema así, la codicia rapaz medra bajo el disfraz de la libertad y los peores aspectos de la naturaleza humana empiezan a destacar, una especie de intransigencia tan fiera y absurda como su contrapartida paternalista.

Y así, en el choque de esos dos sistemas extremos, se es testigo de una brutalidad estúpida y de la insensibilidad salpicada de sangre; dos rostros beligerantes que se miran con furia a través de una distancia insondable, pero que, en obra y reflexión fanática, no son más que reflejos el uno del otro.

Cosa que tendría su gracia si no fuera tan patética y absurda…

En defensa de la compasión
—Denabaris de Letheras, siglo IV

Los piratas muertos eran mejores, caviló Shurq Elalle. Había una especie de justicia retorcida en el hecho de que los muertos se aprovecharan de los vivos, sobre todo cuando se

trataba de robarles todas sus amadas posesiones. El placer que sentía al arrancarles de las manos esos objetos, que en última instancia carecían de valor, era la única razón para sus actividades criminales, más que el incentivo suficiente de mantener su recién hallada profesión. Además, se le daba bien.

La bodega del Gratitud Imperecedera estaba repleta gracias al cargamento del barco edur abandonado, los vientos eran frescos y firmes y los empujaban con fuerza al norte para salir del mar del Dragón, y parecía que la enorme flota que seguía su estela no se estaba acercando demasiado.

Barcos edur y letherii, cien, quizá más. Habían salido del sudoeste y se dirigían con un ángulo convergente hacia la ruta marina que llevaba a la desembocadura del río Lether. La misma ruta que el barco de Shurq Elalle estaba siguiendo, además de dos gabarras mercantes que el Gratitud Imperecedera estaba alcanzando a toda prisa. Y ese último detalle era una pena, ya que esas gabarras de Piloto eran objetivos perfectos y, sin la concentración de barcos imperiales que se arrastraban detrás, ella ya se habría abalanzado.

Con una maldición, Skorgen Kaban cojeó hasta donde ella se encontraba, junto a la barandilla de popa.

—Es esa búsqueda infernal, ¿a que sí? Las dos flotas principales, o lo que queda de ellas. —El primer oficial se inclinó sobre la barandilla y escupió en la espuma revuelta que brotaba de la quilla—. Nos van a comer el culo todo el camino hasta el puerto de Letheras.

—Eso es, Guapo, lo que significa que tenemos que portarnos bien.

—Sí. Nada más trágico que portarse bien.

—Lo superaremos —dijo Shurq Elalle—. Una vez que estemos en el puerto, podemos vender lo que tenemos, con

un poco de suerte antes de que llegue la flota para hacer lo mismo, porque entonces el precio caerá, ya lo verás. Después volvemos a zarpar. Habrá más gabarras de Piloto, Skorgen.

—Tú no crees que la flota se topó con los restos flotantes, ¿verdad? Llevan izado hasta el último jirón de lona, como si quizá nos estuvieran persiguiendo. Llegamos a la desembocadura y estamos atrapados, capitana.

—Bueno, algo de razón tienes. Si de verdad los hubiera dispersado esa tormenta, unos cuantos podrían haberse encontrado con el naufragio antes de que se hundiera. —Lo pensó un momento y dijo—: Vamos a hacer una cosa. Pasaremos de largo la desembocadura. Y si no nos hacen caso y ponen rumbo río arriba, podemos dar la vuelta y seguirlos al puerto. Pero eso significa que descargarán antes que nosotros, lo que significa que no sacaremos tanto…

—A menos que su carga no vaya al mercado —interpuso el primer oficial—. Quizá sea todo para volver a llenar las criptas reales, capitana, o quizá vaya a los edur y nadie más. Sangre y kagenza, después de todo. Siempre podríamos buscar un puerto costero y vender allí.

—Te haces más sabio con cada parte del cuerpo que pierdes, Guapo.

Él lanzó un gruñido.

—Alguna ventaja tenía que haber.

—Así me gusta —respondió ella—. De acuerdo, eso es lo que haremos, pero olvídate del puerto costero; aquí, tan al norte, son todos pobres como ratas, no les rodea nada salvo monte y caminos malos donde los bandidos hacen cola para cobrar peaje. Y si unas cuantas galeras edur vienen detrás de nosotros, siempre podemos subir a toda marcha hasta esa isla prisión que resiste a este lado de Fent Límite. Es una bocana de puerto estrecha, o eso me han dicho, y tienen una cadena para que no entren los malos.

—¿Los piratas no son malos?

—No en lo que a ellos se refiere. Ahora los que dirigen aquello son los prisioneros.

—Dudo que vaya a ser tan fácil —murmuró Skorgen—. Solo les estaríamos llevando los problemas a ellos; no es como si los edur no pudieran haberlos conquistado hace ya mucho tiempo. Es solo que ni se han molestado.

—Quizá sí, quizá no. El caso es que nos vamos a quedar sin comida y agua si no podemos reabastecernos en alguna parte. Las galeras edur son rápidas, lo bastante rápidas como para no perdernos. En cualquier sitio que amarremos los tendremos encima antes de tirar la última cuerda al bolardo. Con la excepción de la isla prisión. —Shurq frunció el ceño—. Es una puñetera pena. Quería irme a casa un tiempo.

—Entonces será mejor que esperemos que toda esa maldita flota de ahí atrás se dirija río arriba —dijo Skorgen el Guapo mientras se rascaba alrededor de la cuenca de un ojo.

—Esperar y rezar, ¿tú le rezas a algún dios, Skorgen?

—Espíritus del mar, sobre todo. La Cara Bajo las Olas, el Guardián de los Ahogados, el Que Traga Barcos, el Ladrón de Vientos, la Torre de Agua, los Oculta-Arrecifes, el…

—De acuerdo, Guapo, con eso sirve. Puedes guardarte para ti tu multitud de desastres… tú solo asegúrate de hacer todas las ofrendas.

—Creí que tú no creías en todas esas cosa, capitana.

—Y no creo. Pero no hace daño asegurarse.

—Un día sus nombres se alzarán del agua, capitana —dijo Skorgen Kaban mientras hacía complicados gestos de protección con la mano que le quedaba—. Y con ellos los mares se elevarán por los aires para reclamar el propio cielo. Y el mundo se desvanecerá bajo las olas.

—Tú y tus malditas profecías.

—No son mías. Son de Fent. ¿Has visto alguna vez sus primeros mapas? Muestran una costa que estaba a leguas de donde está ahora. Todas sus primeras aldeas están bajo cientos de palmos de agua.

—Así que creen que su profecía se está haciendo realidad. Únicamente que va a llevar miles de años.

El encogimiento de hombros del primer oficial fue solo de un lado.

—Podría ser, capitana. Hasta los edur afirman que el hielo que hay al norte se está rompiendo. Diez mil años, o cien. En cualquier caso, para entonces llevaremos muertos mucho tiempo.

Habla por ti, Guapo. Claro que, menuda idea. Yo vagando por el fondo del mar para toda la eternidad.

—Skorgen, que el joven Burdenar baje de la cofa de vigía y vaya a mi camarote.

El primer oficial hizo una mueca.

—Capitana, estás acabando con él.

—Yo no lo he oído quejarse.

—Pues claro que no. Ya nos gustaría a todos tener tanta suerte; disculpa, capitana, por el atrevimiento, pero es verdad. Hablaba en serio, sin embargo. Estás acabando con él y es el marinero más joven que tenemos.

—Ya, lo que significa que al resto seguramente os mataría. Dile que baje, Guapo.

—Sí, capitana.

Shurq se quedó mirando los barcos lejanos. Al parecer se había terminado la larga búsqueda. ¿Con qué regresarían a la bella Letheras, aparte de con toneles de sangre? *Paladines. Cada uno convencido de que puede hacer lo que ningún otro ha logrado antes. Matar al emperador. Matarlo bien muerto, más muerto que yo, tan muerto que jamás vuelva a levantarse*.

Una pena que nunca fuera a ocurrir.

Al salir de Letheras, Venitt Sathad, sirviente endeudado de Rautos Hivanar, detuvo la modesta reata junto a la última incorporación a las propiedades Hivanar. Vio que la restauración de la posada avanzaba a buen ritmo cuando, acompañado por el propietario de la compañía de construcción que habían contratado, pasó junto a las cuadrillas de trabajo que atestaban el edificio principal y después salió adonde se levantaban los establos y otras dependencias.

Y entonces se detuvo.

La estructura que se había levantado alrededor del antiguo mecanismo desconocido se había desmontado. Venitt permaneció un rato mirando el enorme monolito de metal desconocido y se preguntó por qué, una vez que había quedado expuesto, le parecía tan familiar. El edificio se encorvaba sin una sola juntura visible, a tres cuartos de altura (más o menos a un equivalente de su altura y media) en unos noventa grados en apariencia perfectos. El vértice parecía esperar algún tipo de accesorio, si los intrincados bucles de metal eran otra cosa que una decoración. El objeto se alzaba sobre una plataforma del mismo material peculiar y apagado, y de nuevo no había ninguna separación obvia entre él y la plataforma en sí.

—¿Habéis conseguido identificar su propósito? —preguntó Venitt al hombre anciano y casi calvo que tenía al lado.

—Bueno —admitió Bicho—, tengo algunas teorías.

—Me interesaría escucharlas.

—Encontrarás otros en la ciudad —dijo Bicho—. No hay dos iguales, pero son lo mismo, no obstante, si sabes a lo que me refiero.

—No, no lo sé, Bicho.

—Misma manufactura, mismo misterio en cuanto a su función. Jamás me he molestado en trazar un mapa, pero es posible que haya algún tipo de patrón, y a partir de ese patrón, se podría comprender el propósito de su existencia. Es posible.

—¿Pero quién los construyó?

—Ni idea, Venitt. Hace mucho tiempo, sospecho; los pocos que he visto yo están sobre todo bajo tierra, y bastante más pegados a la orilla del río. Enterrados en sedimentos.

—En sedimentos… —Venitt continuó mirándolo, después sus ojos se abrieron más, poco a poco. Se volvió hacia el anciano—. Bicho, tengo que pedirte un gran favor. Debo continuar mi viaje y dejar Letheras. Pero necesito que se entregue un mensaje, que lo lleven a mi amo. A Rautos Hivanar.

Bicho se encogió de hombros.

—No veo dificultad en llevarlo a cabo, Venitt.

—Bien. Gracias. El mensaje es el siguiente: «Debe venir aquí y ver esto en persona». Y, y esto es lo más importante, debe traer su colección de artefactos.

—¿Artefactos?

—Él lo entenderá, Bicho.

—De acuerdo —dijo el anciano—. Puedo acercarme yo en un par de días… o puedo enviar un mensajero, si quieres.

—Mejor en persona, Bicho, si no te importa. Si el mensajero confunde el mensaje, mi amo podría terminar por no hacerle caso.

—Como quieras, Venitt. ¿Puedo preguntar adónde vas?

El endeudado frunció el ceño.

—Rosazul, y de allí a Drene.

—Te aguarda un viaje largo, Venitt. Que te resulte aburrido y sin incidentes.

—Gracias, Bicho. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Estamos esperando otro cargamento de materiales. Cuando llegue, podremos terminar. Tu amo me ha quitado otra de mis cuadrillas para ese proyecto de apuntalamiento que tiene en su finca, pero hasta que llegue el entramado no es un inconveniente tan grave como podría suponer. —Miró a Venitt—. ¿Tienes idea de cuándo terminará Hivanar con todo eso?

—Estrictamente hablando, no es un apuntalamiento, aunque también hay algo de eso. —Hizo una pausa y se frotó la cara—. Más bien un interés erudito. El maese está ampliando los baluartes hacia el río, y después quiere drenar y bombear las zanjas para despejarlas y que las cuadrillas puedan cavar en los sedimentos.

Bicho frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Está planeando construir un rompeolas o un muelle?

—No. Está recuperando… artefactos.

Venitt observó que el anciano volvía los ojos hacia el edificio y vio que los ojos llorosos se entrecerraban.

—No me importaría verlos.

—Algunos de tus capataces e ingenieros lo acaban de hacer… pero ninguno fue capaz de descubrir su función. —*Y sí, tienen relación con esta cosa de aquí. De hecho, hay una pieza que es una réplica perfecta, solo que a una escala mucho más pequeña*—. Cuando entregues el mensaje, puedes pedir que te enseñe lo que ha encontrado, Bicho. Estoy seguro de que agradecería tus observaciones.

—Quizá —dijo el anciano con aire distraído.

—Bueno —dijo Venitt—. Será mejor que me vaya.

—Que el Errante te ignore, Venitt Sathad.

—Y a ti, Bicho.

—Ojalá…

Lo último fue poco más que un susurro y Venitt volvió los ojos un momento para mirar a Bicho mientras cruzaba el

patio para salir de la hacienda. *Qué comentario más peculiar*.

Claro que los viejos tenían tendencia a ese tipo de excentricidades.

Tras desmontar, la atri-preda Bivatt echó a andar entre los restos. Buitres y cuervos trepaban de un cuerpo hinchado al siguiente, como confusos por un festín tan abundante. A pesar de los esfuerzos de los carroñeros, estaba claro que la naturaleza de la matanza era inusual. Hojas enormes, colmillos y garras inmensos habían provocado el daño a esos desventurados colonos, soldados y boyeros. Y fuera lo que fuera lo que había matado a esas personas, no era su primer ataque; la unidad de caballería que había perseguido a Mascararroja desde la Puerta Norte de Drene había sufrido una suerte parecida.

Tras ella caminaba el supervisor edur, Brohl Handar.

—Hay demonios —dijo— capaces de esto. Como los que conjuraron los k'risnan durante la guerra… aunque pocas veces usan dientes y garras.

Bivatt se detuvo cerca de una hoguera apagada. Señaló una extensión de tierra junto a ella.

—¿Sus demonios dejan rastros como ésos?

El guerrero edur se acercó a su lado.

—No —dijo tras un momento—. Esto tiene toda la apariencia de un pájaro descomunal incapaz de volar.

—¿Descomunal? —La atri-preda lo miró y después reanudó su paseo.

Sus soldados estaban haciendo casi lo mismo, silenciosos mientras exploraban el campamento destrozado. Varios exploradores, todavía montados, rodeaban la zona sin abandonar el risco.

Se habían llevado los rebaños de rodaras y myrid, vieron rastros visibles dirigiéndose al este. El rebaño de rodaras había sido el primero y los myrid se habían limitado a seguirlos. Era posible, si el destacamento letherii cabalgaba deprisa, que alcanzaran a los myrid. Bivatt sospechaba que los asaltantes no iban a rezagarse para ocuparse de las bestias más lentas.

—¿Y bien, atri-preda? —preguntó Brohl Handar detrás de ella—. ¿Los perseguimos?

Bivatt no se dio la vuelta.

—No.

—Al comisionado le desagradará sobremanera su decisión.

—¿Y eso es de su incumbencia?

—En absoluto.

La atri-preda no dijo nada. El supervisor iba adquiriendo cada vez más confianza en su cargo. Tenía más confianza, o menos cautela; había percibido desdén en el tono del tiste edur. Claro que el hecho de que hubiera decidido acompañar a esa expedición era prueba suficiente de su floreciente independencia. Por todo eso, Bivatt casi lo sintió por el guerrero.

—Si ese tal Mascararroja está conjurando demonios de algún tipo —continuó Brohl Handar—, será mejor entonces que nos movamos en masa, acompañados tanto por magos edur como letherii. Así pues, estoy de acuerdo con su decisión.

—Me complace que comprenda las implicaciones militares, supervisor. Con todo, en este caso hasta los deseos del comisionado carecen de importancia para mí. Soy, ante todo y sobre todo, una oficial del imperio.

—Lo es, y yo soy el representante del emperador en esta región. Así es.

La mujer asintió.

Unos cuantos latidos después, el tiste edur suspiró.

—Me aflige ver tantos niños asesinados.

—Supervisor, nosotros no somos menos concienzudos cuando asesinamos a los leznas.

—Eso también me aflige.

—Así es la guerra —dijo ella.

Él lanzó un gruñido antes de volver a hablar.

—Atri-preda, lo que está ocurriendo en estas llanuras no es una simple guerra. Ustedes, los letherii, han iniciado una campaña de exterminación. Si los edur hubiéramos decidido cruzar ese umbral, ¿no nos habrían llamado ustedes bárbaros? No tienen ustedes la razón moral de su parte en este conflicto, por mucho que intenten justificar sus acciones.

—Supervisor —dijo Bivatt con tono frío—, me importan muy poco las justificaciones o la razón moral. Soy soldado desde hace demasiado tiempo como para creer que esas cosas influyen en algo en nuestras acciones. Lo que está en nuestro poder hacer, lo hacemos. —Señaló con un gesto el campamento destrozado que los rodeaba—. Han asesinado a ciudadanos de Lether. Es responsabilidad mía responder, y eso haré.

—¿Y quién ganará? —preguntó Brohl Handar.

—Nosotros, por supuesto.

—No, atri-preda. Perderán. Como perderán los leznas. Los vencedores son hombres como el comisionado Letur Anict. Por desgracia, las personas como el comisionado la ven a usted y a sus soldados de una forma no muy diferente a como ven a sus enemigos. Son ustedes algo que pueden usar, y eso significa que muchos de ustedes morirán. A Letur Anict le da igual. Los necesita para lograr esta victoria, pero después deja de necesitarlos… hasta que encuentre un nuevo enemigo. Dígame, ¿los imperios existen solo para devorar? ¿No sirve para nada la paz? ¿El orden, la

prosperidad, la estabilidad y la seguridad? ¿Las únicas recompensas dignas son las montañas de dinero que se acumulan en el tesoro de Letur Anict? Así lo quiere él, todo lo demás es secundario y solo útil si le sirve de algo. Atri-preda, en realidad usted es menos que un endeudado. Usted es una esclava, y digo bien, pues soy un tiste edur que posee esclavos. Una esclava, Bivatt, así es como Letur Anict y los que son como él la ven a usted.

—Dígame, supervisor, ¿cómo le iría a usted sin sus esclavos?

—Mal, sin duda.

Bivatt se dio la vuelta y regresó a su caballo.

—Monte. Regresamos a Drene.

—¿Y estos ciudadanos muertos del imperio? ¿Les deja sus cuerpos a los buitres?

—En un mes, hasta los huesos habrán desaparecido —dijo Bivatt mientras se subía al caballo y recogía las riendas—. Los escarabajos talladores los roerán a todos hasta convertirlos en polvo. Además, no hay suelo suficiente para cavar tumbas como es debido.

—Hay piedras —observó Brohl Handar.

—Cubiertas de glifos leznas. Utilizarlas sería maldecir a los muertos.

—Ah, así que la enemistad persiste, de modo que hasta los fantasmas luchan entre sí. Es un mundo muy oscuro el que habita, atri-preda.

Ella lo miró desde su altura por un momento antes de contestar.

—¿Son las sombras mejores, supervisor? —Cuando no contestó, la mujer dijo—: Suba al caballo, señor, si tiene la bondad.

El campamento ganetok, aumentado por los supervivientes de los clanes Sevond y Niritha, se extendía por todo el valle. Más allá, al este, se cernían nubes inmensas de tono pardo procedentes de los rebaños principales que pastaban en los valles siguientes. El aire estaba arenoso por el polvo y el olor acre de las hogueras. Pequeños grupos de guerreros se movían de un lado a otro como bandas de matones, las armas erizadas y dando voces.

Los exploradores habían entrado en contacto con Mascararroja y su miserable tribu horas antes, pero se habían mantenido a distancia, al parecer más interesados en el considerable rebaño de rodaras que seguía al pequeño grupo. Una riqueza inesperada para tan pocos leznas, lo que dejaba la posesión a merced de cualquier desafío, y estaba claro para Mascararroja, cuando se detuvo en una elevación que se asomaba al campamento, que el rumor los había precedido, incitando a un sinfín de guerreros a un desafío descarado; todos y cada uno codiciaban los rodaras y estaban impacientes por quitarles las bestias a aquel simple puñado de guerreros renfayar.

Por desgracia iba a tener que desilusionarlos.

—Masarch —dijo en ese momento—, quédate aquí con los otros. No aceptes ningún desafío.

—Nadie se ha acercado lo suficiente para verte la máscara —dijo el joven—. Nadie imagina lo que buscas, caudillo. En cuanto eso ocurra, nos veremos bajo asedio.

—¿Tienes miedo, Masarch?

—¿De morir? No, ya no.

—Entonces ya no eres un niño. Espera, no hagas nada.

Mascararroja azuzó su caballo por la ladera y lo puso a un medio galope contenido al acercarse al campamento ganetok. Varios ojos se clavaron en él y sostuvieron las

miradas a medida que los gritos se iban alzando, las voces más coléricas que conmocionadas. Hasta que los guerreros más cercanos observaron las armas que llevaba. De inmediato un silencio cayó sobre el campamento y se onduló como una ola, y en su estela surgieron los murmullos, la cólera que había oído en un primer momento solo que con un timbre más profundo.

Unos perros de tiro captaron la ira creciente y se acercaron mostrando los dientes y los pelos erizados.

Mascararroja detuvo al caballo letherii, que agitó la cabeza y pateó el suelo, lanzando bufidos para advertir a los perrazos que no se acercaran.

Alguien se abría paso entre la multitud reunida, como la proa de un barco invisible que se acercara entre juncos altos. Mascararroja se puso cómodo en la silla extranjera y esperó.

Hadralt, hijo primogénito de Capalah, caminaba con el contoneo de su padre, pero no con su autoridad física. Era bajo y enjuto, se decía que muy rápido con las espadas cortas de hoja curva que llevaba cruzadas bajo cada brazo. Lo rodeaba una docena de sus guerreros favoritos, hombres enormes, pesados, cuyas caras aparecían pintadas con un simulacro de escamas, de tono cobrizo, con la intención obvia de imitar la de Mascararroja. Las expresiones bajo la pintura eran de disgusto.

Con las manos posadas en los fetiches que le bordeaban el cinturón, Hadralt alzó la cabeza y miró con furia a Mascararroja.

—Si eres quien afirmas ser, entonces éste no es tu sitio. Vete o tu sangre regará la tierra seca.

Mascararroja dejó que su mirada impasible se deslizara sobre los guerreros con la cara pintada de bronce.

—Pronunciáis los ecos, pero os encogéis ante la fuente. —Miró una vez más al caudillo—. Estoy ahora ante ti, Hadralt

hijo de Capalah. Mascararroja, caudillo del clan Renfayar, y en este día te mataré.

Los ojos oscuros se abrieron mucho, después Hadralt se burló.

—Tu vida fue una maldición, Mascararroja. No te has ganado todavía el derecho a desafiarme. Dime, ¿ese número patético de cachorritos que traes luchará por ti? Tu ambición hará que los veamos a todos muertos y mis guerreros se apoderarán de los rebaños renfayar. Y de las mujeres renfayar, pero solo de las que estén en edad de parir. Los niños y los ancianos morirán, pues son cargas que no toleraremos. Los renfayar dejarán de existir.

—Para que tus guerreros se ganen el derecho a desafiar a los míos, Hadralt, antes deben derrotar a mis paladines.

—¿Y dónde se ocultan, Mascararroja? A menos que te refieras a ese perro de tiro lleno de cicatrices que te ha seguido.

Las carcajadas que exaltaron la broma fueron demasiado estridentes.

Mascararroja volvió la vista y miró a la bestia solitaria. Echada en el suelo, justo a la derecha de su caballo, había amilanado a todos los demás perros de la zona sin ni siquiera levantarse. El perro de tiro levantó la cabeza y se encontró con los ojos de Mascararroja, como si el animal no solo comprendiera las palabras que se habían pronunciado, sino que también agradeciera la oportunidad de enfrentarse a cualquier aspirante. El guerrero sintió que algo se le removía en el pecho.

—Esta bestia sabe lo que es el valor —dijo mirando de nuevo a Hadralt—. Ojalá tuviera diez mil guerreros como él. Pero todo lo que veo ante mí es a ti, Hadralt, caudillo de diez mil cobardes.

El clamor que estalló entonces pareció ampollar el aire. Destellaron las armas al sol, la multitud comenzó a acercarse

más. Un mar de rostros crispados de cólera.

Hadralt se había puesto pálido. Alzó los brazos y los mantuvo levantados hasta que el alboroto se calmó.

—Cada guerrero que hay aquí —dijo con voz temblorosa— se llevará un trozo de tu piel, Mascararroja. No merecen menos como respuesta a tus palabras. ¿Pretendes ocupar mi lugar? ¿Quieres liderar? ¿Liderar a… estos cobardes? No has aprendido nada en tu exilio. Ni un solo guerrero de éstos te seguirá ahora, Mascararroja. Ni uno solo.

—Contrataste un ejército —respondió Mascararroja, incapaz de contener el desdén de su tono—. Marchasteis a su lado contra los letherii. Y luego, cuando se entabló batalla y tus recién adquiridos aliados estaban combatiendo, luchando por vosotros, vosotros huisteis. ¿Cobardes? Ése es un término demasiado amable. Para mí, Hadralt, tú y tu pueblo no sois leznas, ya no, pues ningún verdadero guerrero lezna haría algo así. Me encontré con sus cuerpos. Fui testigo de tu traición. La verdad es la siguiente. Cuando sea caudillo, antes de que el sol de este día toque el horizonte, recaerá sobre los hombros de cada guerrero presente demostrar su valía, ganarse el derecho a seguirme. Y no será fácil convencerme. Pintura cobre en la cara de unos cobardes, no podríais haberme insultado de un modo peor.

—Baja del caballo —dijo Hadralt con voz ronca—. Desmonta de ese animal letherii. Baja, Mascararroja, para enfrentarte a tu fin.

En su lugar Mascararroja sacó un cuerno de rodara hueco y se lo llevó a los labios. El penetrante estallido llevó el silencio a todo el campamento, salvo por los perros, que respondieron con un aullido lúgubre. Mascararroja volvió a meterse el cuerno por el cinturón.

—Es lo que dictan los tiempos —dijo, en voz lo bastante alta para que lo oyeran todos—, que los antiguos enemigos

hallen la paz con el paso de las eras. Hemos librado muchas guerras, pero es la primera la que permanece en el recuerdo de los leznas, aquí, en esta misma tierra. —Hizo una pausa, sintió la reverberación bajo sus pies, al igual que otros, cuando los dos k’chain che’malle se acercaron en respuesta a su llamada—. Hadralt, hijo de Capalah, estás a punto de presentarte en soledad, y tú y yo sacaremos nuestras armas. Prepárate.

En el risco, donde se alzaba la modesta línea de guerreros renfayar, seis en total, aparecieron ante todos otras dos formas, enormes, imponentes. Y después, con un movimiento fluido, la pareja bajó la ladera.

El silencio se cernió, pesado, aparte de los golpes secos de las garras de los pies de las bestias; las manos que habían descansado en las empuñaduras y pomos de las armas se desprendieron.

—Mis campeones —dijo Mascararroja—. Están listos para tus aspirantes, Hadralt. Para tus caras de cobre.

El caudillo no dijo nada y Mascararroja pudo ver en la expresión del guerrero que no quería arriesgarse a perder la fuerza de sus palabras cuando desobedecieran sus órdenes, como las desobedecerían, una verdad de la que eran conscientes todos los presentes. El destino se decidiría, así pues, en ese solitario choque de voluntades.

Hadralt se lamió los labios.

—Mascararroja, cuando te haya matado, ¿qué será entonces de estos kechra?

Sin responder, Mascararroja desmontó, avanzó y se detuvo a seis pasos de Hadralt. Se descolgó el hacha de medialuna rygtha y cogió el mango del arma por el centro.

—Tu padre ya no está. Suéltate de su mano y enfréntate solo, Hadralt. Por primera y última vez. Has fracasado como caudillo. Te pusiste al frente de los leznas para la batalla y después los encabezaste en la huida. Traicionaste a tus

aliados. Y ahora te ocultas aquí, en el borde mismo de los yermos, en lugar de enfrentarte a los invasores letherii espada contra espada, dientes contra garganta. Te harás a un lado ahora o morirás.

—¿Hacerme a un lado? —Hadralt ladeó la cabeza y consiguió esbozar el rictus de una sonrisa—. Esa alternativa no se ofrece a un guerrero lezna.

—Cierto —dijo Mascararroja—. Solo a ancianos que ya no pueden defenderse, o a los que están demasiado vencidos por sus heridas.

Hadralt enseñó los dientes.

—No es mi caso.

—Ni tampoco eres un guerrero lezna. ¿Se hizo tu padre a un lado? No, ya veo que no. Miró en tu alma y supo cómo eras, Hadralt. Y así, anciano como era, luchó contra ti. Por su tribu. Por su honor.

Hadralt desenvainó sus hojas curvas. Estaba temblando de nuevo.

Uno de los caras de cobre habló entonces.

—Capalah comió en la choza de su hijo. En una sola noche se puso enfermo y murió. Por la mañana, su rostro era del color del liquen azul.

—¿Trenys'galah? —Los ojos de Mascararroja se entrecerraron en las ranuras de la máscara—. ¿Envenenaste a tu padre, Hadralt? ¿En lugar de enfrentarte a sus filos? ¿Cómo es que te presentas aquí siquiera?

—El veneno no tiene nombre —murmuró el mismo cara de cobre.

—¡Yo soy la razón de que los leznas sigan vivos! —dijo Hadralt—. ¡Tú los conducirás a la masacre, Mascararroja! Todavía no estamos listos para enfrentarnos a los letherii. He estado comerciando para conseguir armas; sí, hay letherii que creen que nuestra causa es justa. Entregamos tierras

pobres y recibimos magníficas armas de hierro, ¡y ahora vienes tú y deshaces mis planes!

—Veo esas armas —dijo Mascararroja—. En las manos de muchos de tus guerreros. ¿Se han probado en batalla? Eres un necio, Hadralt, si crees que ganaste algo en ese trato. Los comerciantes que conoces están al servicio del comisionado, que saca beneficios de ambos bandos en esta guerra…

—¡Eso es mentira!

—Estuve en Drene —dijo Mascararroja— hace menos de dos semanas. Vi las carretas y sus cajones de armas desechadas, las hojas de hierro que se harán pedazos al primer golpe contra un escudo. Las armas se rompen, se pierden, pero eso es lo que tú aceptaste, por eso cediste tierras, la tierra natal del polvo de nuestros ancestros, hogar de espíritus leznas, tierra que ha bebido sangre lezna.

—Armas letherii…

—Que hay que arrebatar a los cadáveres de los soldados, ésas son las armas dignas de ese nombre, Hadralt. Si has de luchar como ellos, entonces debes usar armas de la misma calidad. A menos que quieras provocar una matanza entre tus guerreros. Y eso —añadió— es con toda claridad lo que no estabas preparado para hacer. Así pues, Hadralt, he de llegar a la conclusión de que sabías la verdad. Si es así, entonces los comerciantes te pagaban con algo más que armas. ¿Compartíais el dinero, caudillo? ¿Los tuyos saben siquiera el tesoro que ocultas en tu choza?

Mascararroja observó que los caras de cobre se iban apartando de Hadralt al reconocer la traición que su líder había cometido contra ellos, contra los leznas.

—Tenías intención de rendirte —continuó Mascararroja—, ¿no es cierto? Te ofrecieron una finca en Drene, ¿a que sí? Y esclavos y endeudados para cumplir tus órdenes. Contabas con vender a nuestro pueblo, nuestra historia…

—¡No podemos ganar!

Fueron las últimas palabras de Hadralt. Tres hojas de espada brotaron de su pecho, clavadas por la espalda por sus propios caras de cobre. Con los ojos muy abiertos por la conmoción, el primogénito y asesino de Capalah, el último líder digno de los ganetok, se quedó mirando a Mascararroja. Las hojas curvas se le cayeron de las manos, se inclinó hacia delante y se deslizó de las espadas con un ruido de ventosa enfermizo que casi de inmediato quedó sustituido por el chorro de sangre.

Los ojos ya vacíos en la muerte, el cadáver de Hadralt cayó boca abajo en el polvo.

Mascararroja devolvió la rygtha a su arnés.

—Las semillas caen de la corona del tallo. Los defectos de esa parte debilitan a cada uno de sus retoños. La maldición de la cobardía ha terminado este día. Somos leznas y yo soy vuestro caudillo. —Hizo una pausa y miró a su alrededor—. Y os capitanearé yo en la guerra.

En el risco que se asomaba al extenso campamento, Masarch señaló con un gesto el sol y el cielo, después la tierra y el viento.

—Mascararroja gobierna ahora a los leznas.

Kraysos, de pie a su derecha, lanzó un gruñido antes de hablar.

—¿De veras dudabas de que triunfaría, Masarch? Son kechra los que protegen sus flancos. Él es la cresta de un río de sangre que se abalanza e inundará estas tierras. E igual que los letherii se ahogarán en él, también nos ahogaremos nosotros.

—Tú hiciste trampas la noche de la muerte, Kraysos, así que todavía temes morir.

Al otro lado de Masarch, Theven lanzó un bufido.

—La hierba sangrante había perdido la mayor parte de su potencia. No nos hizo aguantar toda la noche. Yo le grité a la tierra, Masarch. Le grité y grité. Y también gritó Kraysos. No le tememos a lo que está por venir.

—A Hadralt lo mataron sus propios guerreros —dijo Masarch—. Por la espalda. Esto no presagia nada bueno.

—Te equivocas —dijo Theven—. Las palabras de Mascararroja los convencieron a todos. No creía que tal cosa fuera posible.

—Sospecho que diremos eso con frecuencia —comentó Kraysos.

—Deberíamos bajar ya —dijo Masarch—. Somos sus primeros guerreros y detrás de nosotros hay decenas de miles.

Theven suspiró.

—El mundo ha cambiado.

—Quieres decir que viviremos un poco más.

El joven guerrero miró a Masarch.

—Eso es algo que debe decidir Mascararroja.

Brohl Handar cabalgaba junto a la atri-preda, la tropa bajaba por la pista de mercaderes, todavía a medio camino de las puertas de Drene. Los soldados que avanzaban tras ellos iban en silencio, alimentando su ira y sus sueños de venganza, sin duda. Se contaba con elementos de la caballería de Rosazul estacionados en Drene desde poco después de la anexión de la propia Rosazul. Por lo que entendía Brohl Handar, la adquisición de Rosazul no había sido tan incruenta como la de Drene. Una religión complicada había servido para unir a los elementos desafectos de la población, liderados por un sacerdocio misterioso que los letherii no habían sido capaces de erradicar por completo. Se decía que todavía existían ciertos

grupos rebeldes, activos sobre todo en las montañas que bordeaban el lado occidental del territorio.

En cualquier caso, la antigua política letherii de transferir unidades rosazules a lugares distantes del imperio continuaba bajo el gobierno edur, lo que desde luego sugería que los riesgos persistían. Brohl Handar se preguntaba cómo se las estaba arreglando el supervisor edur recién nombrado en Rosazul, y se recordó que debía ponerse en contacto con su homólogo; la estabilidad en Rosazul era esencial, pues cualquier alteración de la principal ruta de abastecimiento de Drene y de su socio comercial podía resultar desastrosa si la situación en la Lezna'dan desembocaba en una guerra generalizada.

—Está muy pensativo, supervisor —dijo Bivatt tras un momento.

—Logística —contestó él.

—Si con eso se refiere a la militar, esas necesidades son responsabilidad mía, señor.

—Las necesidades de su ejército no se pueden satisfacer aisladas de otras, atri-preda. Si este conflicto se intensifica, como creo que hará, ni siquiera el comisionado podrá garantizar que no haya escasez, sobre todo entre los no combatientes de Drene y las comunidades circundantes.

—En una guerra generalizada, supervisor, los requerimientos del ejército siempre tienen prioridad. Además, no hay razón para anticipar escasez. Los letherii estamos bien versados en estos asuntos. Todo nuestro sistema de transporte se perfeccionó con las exigencias de la expansión. Somos dueños de los caminos, las necesarias rutas marinas y los navíos mercantes.

—No obstante, continúa habiendo un cuello de botella —señaló Brohl Handar—. Las montañas Rosazul.

La mujer le lanzó una mirada sorprendida.

—Los productos comerciales primordiales que atraviesan hacia el este esa cordillera son esclavos y ciertos alimentos de lujo del lejano sur. Rosazul por supuesto es famosa por su riqueza mineral, produce un hierro de tal calidad que rivaliza con el acero letherii. Estaño, cobre, plomo, cal y roca ígnea, además de cedro y píceas, todo en abundancia, mientras que en el mar Rosazul abunda el bacalao. A cambio, las inmensas granjas de Drene generan cada año un gran excedente de grano. Supervisor, parece que está mal informado con respecto a las exigencias materiales en cuestión. No habrá escasez…

—Quizá tenga razón. —El hombre hizo una pausa, después continuó—: Atri-preda, tengo entendido que el comisionado ha instituido un tráfico extenso de armas y armaduras de baja calidad a través de las montañas Rosazul. Esas armas a su vez se venden a los leznas a cambio de tierras, o al menos para poner fin a la disputa por la tierra. Hasta el momento se han enviado más de cuatrocientos carros de gran capacidad. Aunque el comisionado tiene el sello del diezmo, no ha habido un reconocimiento formal ni se han aplicado impuestos a estos artículos. Tras lo cual solo puedo suponer que muchos otros suministros se están trasladando de un lado a otro de esas montañas, y ninguno tiene aprobación oficial.

—Supervisor, a pesar de las operaciones de contrabando del comisionado, las montañas Rosazul no son en modo alguno un cuello de botella cuando se trata de suministros necesarios.

—Espero que tenga razón, sobre todo dados los recientes fracasos en esa ruta.

—¿Disculpe? ¿Qué fracasos?

—El último envío de material de guerra de baja calidad no llegó a este lado de las montañas, atri-preda. Es más,

unos bandidos atacaron una fortaleza importante en el paso y aplastaron a la compañía letherii estacionada allí.

—¿Qué? ¡Yo no he sabido nada de eso! ¿Una compañía entera… aplastada?

—Eso parece. Por desgracia, ésa es toda la información de la que dispongo. Aparte de las armas, no sé muy bien qué otros artículos perdió el comisionado en ese envío. Si, tal y como me cuenta usted, no había nada de más importancia que pudiera caer en las manos de los bandidos, para mí supone cierto alivio.

Ninguno de los dos habló durante un rato. Brohl Handar era consciente de que los pensamientos de la atri-preda se habían disparado, quizá sumidos en un tumulto de confusión e incertidumbre ante lo que podía saber Brohl, y por extensión, los tiste edur, sobre las ilegalidades letherii; y quizá mayor inquietud ante todo lo que ella misma ignoraba sobre los recientes acontecimientos en Rosazul. La conmoción de la mujer le indicaba al supervisor que no era una agente al servicio de Letur Anict como había temido.

Decidió que ya había esperado suficiente.

—Atri-preda, esta guerra inminente con los leznas. Dígame, ¿han determinado la dotación de fuerzas que creen que serán necesarias para lograr la victoria?

La mujer parpadeó y cambió de forma visible el curso de sus pensamientos para abordar la pregunta.

—Más o menos, supervisor. Creemos que los leznas podrían, en el mejor de los casos, poner en el campo de batalla unos ocho o nueve mil guerreros. Desde luego no más que eso. Como ejército, carecen de disciplina, están divididos debido a antiguas enemistades y rivalidades y su estilo de lucha no se adapta a combatir como unidad. Así pues, es fácil romper su cohesión y no están preparados para un combate que dure más de una campanada, si acaso. Por lo general prefieren llevar a cabo ataques rápidos y

emboscadas, se ciñen a las tropas pequeñas y procuran eludir encuentros. Al mismo tiempo, su dependencia casi absoluta de sus rebaños y la vulnerabilidad de sus campamentos principales los obligará de forma inevitable a luchar, momento en el que los aniquilaremos.

—Un prefacio sucinto —dijo Brohl Handar.

—Para responder a su pregunta, poseemos seis compañías del Batallón Rosazul y casi la dotación completa del reformado Batallón Artesano, junto con destacamentos de la guarnición de Drene y cuatro compañías de la Brigada Harridicta. Para garantizar una sólida superioridad numérica, solicitaré la Brigada Rampante Carmesí y al menos la mitad del Batallón de los Mercaderes.

—¿Anticipa que ese tal Mascararroja modificará de algún modo las tácticas empleadas por los leznas?

—No. No lo hizo la primera vez. La amenaza que representa se encuentra en su genialidad para montar emboscadas magníficas e incursiones de una eficacia aplastante, sobre todo contra nuestras líneas de abastecimiento. Cuanto antes se le mate, más rápido llegará el fin de la guerra. Si logra evadir la captura, entonces podemos anticipar un conflicto largo y sangriento.

—Atri-preda, tengo intención de solicitar tres k’risnan y cuatro mil guerreros edur.

—La victoria será rápida, entonces, supervisor, pues Mascararroja no será capaz de ocultarse durante mucho tiempo de sus k’risnan.

—Exacto. Quiero que esta guerra termine lo antes posible, y con una pérdida mínima de vidas, en ambos bandos. Por lo tanto, mataremos a Mascararroja a la primera oportunidad. Y haremos pedazos el ejército lezna tal y como está ahora.

—¿Quiere obligar a los leznas a capitular y preguntar nuestros términos?

—Sí.

—Supervisor, aceptaré la capitulación. En cuanto a los términos, lo único que exigiré será la rendición absoluta. Los leznas serán esclavizados, todos y cada uno. Se les repartirá por todo el imperio, pero nunca cerca de sus territorios natales tradicionales. Como esclavos, serán botín, y el derecho a elegir será la recompensa que ofrezca a mis soldados.

—El destino de los nerek, los fent y los tarthenos.

—Eso es.

—La idea no me agrada, atri-preda. Ni agradará a ningún tiste edur, incluyendo al emperador.

—Discutamos ese punto una vez que hayamos matado a Mascararroja, supervisor.

El otro hizo una mueca y asintió.

—De acuerdo.

Brohl Handar maldijo en silencio a ese tal Mascararroja, que sin ayuda de nadie había desgarrado todas sus esperanzas de un cese de hostilidades a cambio de una paz equitativa. En su lugar, Letur Anict tenía todos los motivos que necesitaba para exterminar a los leznas, y, a la hora de la verdad, no habría genio táctico en emboscadas y ataques que pudieran marcar la diferencia. *Es la maldición de los líderes creer que de verdad pueden cambiar el mundo*.

Una maldición que me ha afectado incluso a mí, al parecer. ¿Ahora soy también esclavo de Letur Anict y los que son como él?

La rabia de su interior era el aliento del hielo, contenido en lo más profundo y durante demasiado tiempo, hasta que su roce abrasador le ardió en el pecho. Al oír las últimas palabras del cara de cobre Natarkas, se levantó en silencio, furioso, y salió con grandes zancadas de la choza, después

se quedó allí, los ojos entrecerrados hasta que su visión se acostumbró a la noche sin luna y encapotada. Cerca, inmóviles como centinelas tallados en piedra, se encontraban sus guardianes k'chain che'malle, sus ojos eran manchas que refulgían un poco en la oscuridad. Cuando Mascararroja se puso en movimiento, sus cabezas se volvieron a la vez para observarlo cuando empezó a atravesar el campamento.

Ninguna de las criaturas lo siguió, cosa que el hombre agradeció. Cada paso que daban las enormes bestias provocaba los aullidos de los perros del campamento y él no estaba de humor para sus gritos descerebrados.

La mitad de la noche se había ido. Había llamado a los líderes de clan y a los ancianos más respetados, y todos y cada uno se habían apiñado en la choza que en otro tiempo había pertenecido a Hadralt. Habían acudido esperando castigos, más condenas por parte de su nuevo y temido caudillo, pero Mascararroja no tenía ningún interés en menospreciar más a los guerreros que se habían puesto bajo su mando. Las heridas de ese día todavía estaban frescas. El valor que habían perdido solo se podía recuperar en batalla.

A pesar de todos los defectos de Hadralt, en una cosa tenía razón: el antiguo modo de luchar contra los letherii estaba condenado al fracaso. Sin embargo, el supuesto propósito del difunto caudillo de volver a adiestrar a los leznas en un modo de combate idéntico al de los letherii estaba, les dijo Mascararroja a sus seguidores, también condenado. La tradición no existía, los leznas eran hábiles con las armas equivocadas y la lealtad pocas veces traspasaba los límites de clan y familia.

Había que encontrar una nueva forma.

Mascararroja había preguntado entonces por los mercenarios que se habían contratado, y la historia que se desplegó había resultado tan complicada como sórdida, así

que había tenido que ir sonsacando los detalles a unos guerreros reticentes y avergonzados. Oh, habían recibido dinero letherii de sobra como parte de la adquisición de tierras, y esa riqueza se había amasado en un principio con la intención de contratar un ejército extranjero, uno que se había encontrado en las tierras fronterizas, al este. Pero entonces Hadralt había empezado a codiciar todo ese oro y plata, tanto que había traicionado a ese ejército y los había llevado a morir antes que entregarles el dinero.

Tal era el veneno que suponían las monedas.

¿De dónde procedían esos extranjeros?

Del mar, al parecer, un desembarco en la costa norte de los yermos, en transportes que llevaban la bandera de Lamatath, un reino peninsular lejano. Sacerdotes y sacerdotisas soldados que habían jurado lealtad a deidades lobunas.

¿Qué les había traído a este continente?

«Una profecía».

Mascararroja se había sobresaltado al oír esa respuesta, que había salido de boca de Natarkas, el portavoz de los caras de cobre, el mismo guerrero que había revelado el asesinato de Capalah a manos de Hadralt.

«Una profecía, caudillo», continuó Natarkas. «Una guerra definitiva. Vinieron buscando un lugar que llamaban el Campo de Batalla de los Dioses. Se hacían llamar las Espadas Grises, la Revelacion de Togg y Fanderay. Había muchas mujeres entre ellos, incluyendo uno de los comandantes. El otro es un hombre tuerto que afirma que ha perdido ese ojo tres veces… No, caudillo, está todavía vivo. Sobrevivió a la batalla. Hadralt lo encerró. Se encuentra encadenado detrás de la choza azul de las mujeres…».

Natarkas se había quedado callado entonces, encogido ante la rabia repentina que había visto con toda claridad en los ojos de Mascararroja.

Y en ese momento, el caudillo enmascarado atravesaba con grandes zancadas el campamento ganetok, hacia el este, hacia el otro extremo, donde habían cavado trincheras en la ladera para que se llevaran los desechos de los leznas; iba a la choza de sangre que pertenecía a las mujeres y, tras ella, al lugar donde, encadenado a una estaca, dormía una criatura mugrienta, la mitad inferior de su cuerpo maltratado metida en la zanja de drenaje, donde la sangre y la orina de las mujeres se filtraba por el barro, las raíces y las piedras en su camino para desembocar en los pozos profundos que había más allá.

Se detuvo entonces al pie del hombre, que despertó y volvió la cabeza para levantar un ojo brillante con el que miró a Mascararroja.

—¿Me entiendes? —preguntó el caudillo.

Un asentimiento.

—¿Cómo te llamas?

El único ojo parpadeó y el hombre levantó una mano para rascarse las cicatrices ampolladas que rodeaban la cuenca vacía donde había estado el otro ojo. Después lanzó un gruñido, como si se sorprendiera, e hizo un esfuerzo por incorporarse y quedarse sentado.

—Anaster era mi nuevo nombre —contestó, una extraña crispación de la boca que podría haber sido una sonrisa, y añadió—: Pero creo que mi antiguo nombre me conviene más; es decir, con una pequeña alteración. Soy Toc. —La sonrisa se amplió—. Toc el Desafortunado.

—Soy Mascararroja.

—Sé quién eres. Incluso sé lo que eres.

—¿Cómo?

—En eso no puedo ayudarte.

Mascararroja volvió a intentarlo.

—¿Qué conocimiento oculto de mí crees poseer?

La sonrisa se desvaneció y el hombre bajó la mirada, pareció estudiar el torrente hinchado de sangre diluida que le rodeaba las rodillas.

—No tenía mucho sentido por aquel entonces. Y tiene incluso menos ahora. No eres lo que esperábamos, Mascararroja. —Tosió y después escupió con cuidado para evitar la sangre de las mujeres.

—Dime lo que esperabais.

Otra pequeña sonrisa, pero Toc no quiso levantar los ojos al hablar.

—Bueno, cuando uno busca a la primera espada de los k'chain che'malle, bueno, se supone que iba a ser un… k'chain che'malle. No humano. Una suposición obvia, ¿no te parece?

—¿Primera espada? No conozco ese título.

Toc se encogió de hombros.

—Campeón k'ell. Consorte de la matrona. Que el Embozado me lleve, rey, si quieres. Son todo lo mismo en tu caso. —El hombre al fin alzó la mirada una vez más y algo resplandeció en su único ojo cuando preguntó—: Así que no me digas que la máscara los engañó. Por favor…

El barranco del que salió la solitaria figura era apenas visible. Con una anchura de menos de tres alturas de hombre, la fisura se acurrucaba entre dos escarpadas laderas montañosas, tenía media legua de longitud y una profundidad de mil pasos. Los viajeros que pasaran a treinta pasos de distancia atravesando la roca pura de la montaña que había a ambos lados ni siquiera sabrían que existía la garganta. Por supuesto, la probabilidad de que hubiera viajeros involuntarios en cinco leguas a la redonda de ese valle era casi inexistente. Ningún sendero obvio serpenteaba por la cordillera Rosazul tan al norte de los

pasos principales; no había pastos altos ni mesetas que invitaran al asentamiento, y el clima solía ser fiero.

Tras trepar al borde de la garganta y salir al sol de mediodía, la figura hizo una pausa, se agazapó y examinó los alrededores. Al no ver nada hostil, se irguió. Alto, delgado, el cabello largo, negro como la medianoche, liso y sin atar, el rostro sin arrugas, los rasgos un tanto velados, los ojos como la roca ígnea, el hombre metió la mano en un pliegue de su camisa de piel sin curtir de color negro desvaído y sacó un trozo de cadena fina, ambos extremos sujetaban unos sencillos anillos, uno de oro y el otro de plata. Un rápido movimiento del índice derecho hizo girar los anillos y los envolvió cuando la cadena se enrolló con fuerza. Un momento después hizo el ademán contrario. Con la mano derecha así ocupada, enrollando y desenrollando la cadena, echó a andar.

Puso rumbo al sur, saliendo y entrando de las ringleras de sombra y sol, las pisadas casi inaudibles, el estallido de la cadena era el único ruido que lo acompañaba. Llevaba atado a la espalda un cuerno y un arco de palosangre sin cuerda. En la cadera derecha llevaba un carcaj de flechas, astiles de palosangre y plumas de halcón; en la base recubierta de musgo del carcaj, las puntas de flechas eran de hierro, con forma de lágrima y con ranuras, los filos de cada una formaban una equis. Además de esta arma, llevaba un sencillo estoque colgado del tahalí y metido en una vaina de concha de tortuga con bandas plateadas. La vaina entera y los aros que la sujetaban iban envueltos en piel de oveja para amortiguar el ruido mientras avanzaba. Detalles sigilosos que quedaban todos y cada uno minados por el giro y los estallidos de la cadena.

La tarde fue cayendo, y él se movía por la sombra ininterrumpida que rodeaba el flanco oriental de cada valle sucesivo que atravesaba, siempre hacia el sur. Durante todo

ese tiempo la cadena daba vueltas y más vueltas, los anillos trapaleando al tocarse y susurrando al separarse y volver a girar.

Al atardecer llegó a un saliente que se asomaba a un valle más amplio, uno que corría más o menos de este a oeste, lugar en el que, satisfecho con su atalaya, se colocó en cuclillas y se puso a esperar. La cadena susurraba, los anillos trapaleaban.

Dos mil giros más tarde, los anillos tintinearon y se quedaron quietos, atrapados dentro del puño de la mano derecha. Los ojos, que había mantenido clavados en la boca occidental del paso, sin hacer caso de la oscuridad, habían captado un movimiento. Volvió a meter la cadena y los anillos en la saquita que le recubría el interior de la camisa y se levantó.

Y comenzó el largo descenso.

Los Magos de Ónice, los de sangre más pura, ya hacía mucho tiempo que habían dejado de luchar contra las restricciones de la prisión que habían creado para sí mismos. La antigüedad y el sinfín de tradiciones que se mantenían para conservar su recuerdo con vida eran las cadenas y los grilletes que habían terminado por aceptar. Aceptar, decían, era comprender la importancia de la responsabilidad, y si algo como un dios secular pudiera existir, para los moradores de Andara, los últimos seguidores del señor de las Alas Negras, el nombre de ese dios era Responsabilidad. Y a lo largo de las décadas transcurridas desde la conquista letherii, ese dios había terminado por rivalizar en poder con el propio señor de las Alas Negras.

El joven arquero, diecinueve años de edad, no era el único que rechazaba las sólidas y anticuadas costumbres de los Magos de Ónice. Y como muchos de sus compatriotas de

edad parecida (la primera generación nacida en el Exilio) había adoptado un nombre que indicaba toda la medida de ese rechazo. Desechado el nombre de clan, prescindiendo de todos los ecos del antiguo idioma (tanto la lengua común como el dialecto de los sacerdotes). Su clan era el de los exiliados, nada más.

A pesar de todos esos gestos de independencia, de una orden directa comunicada por Ordant Brid, maestro de la Revelación de la Roca entre la Orden del Ónice, no se podía hacer caso omiso.

Y fue así como el joven guerrero llamado Clip de los Exiliados abandonó el monasterio eternamente oscuro de Andara, ascendió la pared interminable del acantilado y terminó saliendo a la odiada luz del sol para viajar por tierra bajo las cegadas estrellas del día hasta llegar a un saliente por encima del paso principal.

El pequeño grupo de viajeros a los que se estaba acercando no eran comerciantes. No los acompañaba una reata cargada de productos. No había esclavos encadenados dando traspiés tras ellos. Montaban caballos letherii, pero incluso con la presencia de por lo menos tres letherii, Clip sabía que aquélla no era ninguna delegación imperial. No, eran refugiados. Y los estaban persiguiendo.

Y entre ellos camina el hermano de mi dios.

Cuando Clip se acercó, todavía sin que lo vieran los viajeros, percibió una presencia que fluía a su lado. El joven lanzó un bufido de desagrado.

—Esclavo de los tiste edur, dime, ¿es que no conoces a tu propia sangre? Te arrancaremos de tus cadenas, fantasma, algo que deberías haber hecho por ti mismo hace mucho tiempo.

—Carezco de ataduras —fue la respuesta siseada.

—Entonces supongo que nada tienes que temer de nosotros.

—Tu sangre es impura.

Clip sonrió en la oscuridad.

—Sí, soy una amalgama de fracasos. Nerek, letherii… incluso d’rhasildhani.

—Y tiste andii.

—Entonces salúdame, hermano.

Una carcajada áspera.

—Te ha percibido.

—¿Es que me acercaba furtivo a ellos, fantasma?

—Se han detenido y ahora aguardan.

—Bien, ¿pero pueden adivinar lo que les voy a decir? ¿Lo adivinas tú?

—Eres un impertinente. Careces de respeto. Estás a punto de enfrentarte cara a cara con Silchas Ruina, el Cuervo Blanco…

—¿Traerá recado de su hermano perdido? ¿No? Ya me lo parecía.

Otra carcajada siseada.

—Por raro que sea, creo que encajarás a la perfección con los que estás a punto de conocer.

Seren Pedac guiñó los ojos en la oscuridad. Estaba cansada. Lo estaban todos después de largos días atravesando el paso, sin final a la vista. El anuncio de Silchas Ruina de que se acercaba alguien los detuvo a todos junto al borde arenoso de un arroyo, donde los insectos se alzaron en nubes para descender sobre ellos. Los caballos bufaron, y agitaron la cola con la piel estremecida.

Seren desmontó un momento después de Silchas Ruina y cruzó tras él el arroyo. A su espalda, los demás se quedaron donde estaban. Tetera dormía en los brazos de Udinaas, que parecía reacio a moverse por si la despertaba. Temor Sengar se bajó de su caballo, pero no se movió más.

En pie junto al tiste andii albino, Seren oyó entonces un extraño silbido y un sonido metálico que bajaba susurrando por las rocas caídas. Al cabo apareció una forma alta y delgada que se dibujó contra la piedra gris.

Una mancha de oscuridad más profunda salió flotando de su lado para cernerse sobre Silchas Ruina.

—Parientes —dijo el espectro.

—¿Un descendiente de mis seguidores, Marchito?

—Oh, no, Silchas Ruina.

Un siseo de aliento se escapó poco a poco del tiste andii.

—De mi hermano. ¿Tan cerca estaban?

El joven guerrero se acercó más, sin precipitarse, casi como si diese un paseo. El tono de su piel era oscuro, no muy diferente del de un tiste edur. Hacía girar una cadena en la mano derecha y los anillos de cada extremo se desdibujaban en la penumbra.

—Silchas Ruina —dijo—, te doy la bienvenida en nombre de la Orden de Ónice de Andara. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que vimos un tiste andii que no perteneciera a nuestra colonia. —La boca ancha se crispó un poco—. No te pareces en nada a lo que me esperaba.

—Tus palabras rayan en el insulto —dijo Silchas Ruina—. ¿Es así como me saludaría la Orden del Ónice?

El joven guerrero se encogió de hombros, la cadena se tensó con un golpe seco durante un latido y después volvió a girar una vez más.

—Hay guardas k’risnan en el camino, más adelante, trampas y lazos. Y tampoco hallaréis lo que buscáis en Rosazul, ni en la ciudad en sí ni en Jasp ni en Exterior.

—¿Cómo es que sabes lo que busco?

—Dijo que vendrías, antes o después.

—¿Quién?

Las cejas se alzaron.

—Pues tu hermano. No llegó a tiempo de evitar que te derribaran, ni la matanza de tus seguidores…

—¿Me vengó?

—Un momento —interpuso Seren Pedac—. ¿Cómo te llamas?

Una sonrisa blanca.

—Clip. Para responderte, Silchas Ruina, tu hermano no estaba por la labor de matar a todos los tiste edur. A Scabandari Ojodesangre lo habían destruido dioses ancestrales. Se hizo caer una maldición sobre las tierras que hay al oeste de aquí, se les negó hasta la liberación de la muerte. Los edur quedaron diseminados, atacados por el hielo, los mares que se retiraban y terribles tormentas. En el periodo inmediato que siguió a la maldición de Omtose Phellack, su supervivencia estaba en riesgo y Rake los dejó en esa coyuntura.

—No recuerdo que mi hermano fuera tan… clemente.

—Si nuestras historias de esa época son acertadas —dijo Clip—, por aquel entonces tenía muchas preocupaciones. La partición de Kurald Emurlahn. Rumores de que Osserc estaba en los alrededores, uno tormentoso coqueteo con *lady* Envidia, discusiones y una alianza precaria con Kilmandaros y por último, Silanah, la eleint que salió a su lado de Emurlahn cuando se cerró esa puerta.

—Parece que buena parte de esa época es de dominio público entre tu orden —comentó Silchas Ruina con tono inexpresivo—. Su estancia entre vosotros fue prolongada, entonces.

—No permanece en ningún sitio mucho tiempo —contestó Clip, al que era obvio que le divertía algo.

Seren Pedac se preguntó si el joven sabía lo cerca que estaba de sacar a Ruina de quicio. Unas cuantas palabras más mal elegidas y la cabeza de Clip se desprendería de sus hombros.

—¿Es tu misión —le preguntó al tiste andii— guiarnos hasta nuestro destino?

Otra sonrisa, otro papirotazo de la cadena.

—Lo es. Se os, eh, recibirá como invitados de Andara. Aunque la presencia de letherii y tiste edur en vuestro grupo es un tanto problemática. La Orden de Ónice ha sido proscrita, como sabéis, y sometida a una represión cruel. Andara representa el último refugio secreto de nuestro pueblo. Su ubicación no debe quedar comprometida.

—¿Qué sugieres? —preguntó Seren.

—El resto del viaje —replicó Clip— será a través de una senda. A través de Kurald Galain.

Silchas Ruina ladeó la cabeza al oír eso y rezongó.

—Estoy empezando a entender. Dime, Clip, ¿cuántos magos de la orden moran en Andara?

—Hay cinco y son los últimos.

—¿Y se ponen de acuerdo en algo?

—Pues claro que no. Estoy aquí porque me lo ha mandado Ordant Brid, maestro de la Revelación de la Roca. Mi partida de Andara careció de incidentes, de otro modo lo más probable es que no estuviese aquí…

—Puesto que otro de la orden te habría interceptado.

Un asentimiento.

—¿Te imaginas el torbellino que provocará tu llegada, Silchas Ruina? Estoy deseando verlo.

—Entonces deberías haber matizado un poco más tu saludo. La orden no nos da la bienvenida. Más bien nos la da ese tal Ordant Brid.

—Todos optan por hablar en nombre de la orden —dijo Clip, al que le brillaban los ojos— cuando más confundirá a los demás. Bien, ya veo lo impacientes que estáis. —En la mano derecha la cadena salió disparada, el anillo de plata rodeó el índice y con el golpe seco de la cadena entera apareció una puerta a la Oscuridad a la derecha del guerrero

—. Llama a los otros, que vengan —dijo Clip—, y que se apresuren. En estos momentos están convergiendo espectros vinculados que sirven a los tiste edur. Por supuesto todos sueñan con la huida, pero por desgracia no podemos proporcionársela. Pero sus amos edur vigilan por sus ojos y eso no nos ayuda.

Seren Pedac se volvió y llamó a los otros.

Clip se apartó e hizo una profunda reverencia.

—Silchas Ruina, pasa tú primero, por favor, conocerás así una vez más el abrazo bienvenido de la verdadera Oscuridad. Además —añadió al tiempo que se erguía cuando Ruina se acercó a la puerta—, así podrás servirnos de baliza…

Una de las espadas de Silchas Ruina salió con un siseo, un resplandor borroso cuyo filo acuchilló el espacio que un instante antes había ocupado el cuello de Clip, pero el joven guerrero se habían echado hacia atrás… solo lo justo, y el arma cantó por el aire.

Una suave carcajada del joven, que tenía un aspecto de lo más relajado.

—Dijo que te enfadarías.

Silchas Ruina se quedó mirando a Clip durante un buen rato, después se dio la vuelta y atravesó la puerta.

Seren Pedac respiró hondo para tranquilizar los latidos de su corazón y miró con furia a Clip.

—No tienes ni idea…

—¿Ah, no?

Aparecieron los otros conduciendo a los caballos. Udinaas, con Tetera cogida con un brazo, apenas le dirigió una mirada a Clip antes de meter su caballo de un tirón en la fisura.

—¿Deseas cruzar la espada con un dios, Clip?

—Se delató él solo; oh, es muy rápido, sí, y con dos armas no sería fácil de manejar, lo admito…

—¿Y al maestro de la Revelación que te envió le complacerá tu inmaduro comportamiento?

Clip se echó a reír.

—Ordant podría haber elegido a cualquiera de entre el centenar de guerreros que tenía a mano para esta misión, letherii.

—Pero te eligió a ti, lo que significa que es un auténtico estúpido o que anticipaba tu irreverencia.

—Pierdes el tiempo, corifeo —dijo Temor Sengar cuando llegó junto a ella y le echó un vistazo a Clip—. Es tiste andii. Su mente no es más que oscuridad en la que medran la ignorancia y la estupidez.

Ante Temor el joven guerrero volvió a inclinarse.

—Edur, por favor, procede. La Oscuridad te aguarda. —Y señaló con un gesto la puerta.

Cuando Temor Sengar llevó su caballo a la puerta, la cadena del índice derecho de Clip giró una vez más y el movimiento terminó con un choque de los anillos.

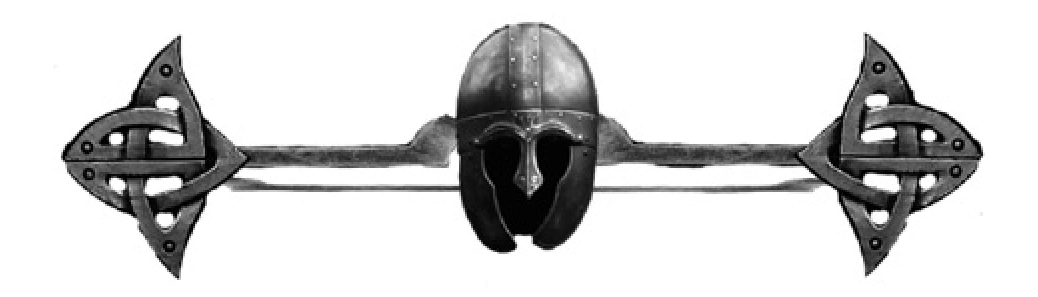
—¿Por qué haces eso? —preguntó Seren, irritada.

Las cejas se alzaron.

—¿Hacer qué?

La corifeo maldijo por lo bajo y atravesó la puerta.

Libro segundo

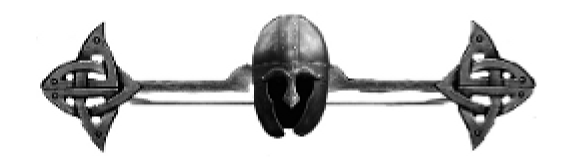


Vetas de los Muertos

Quién ahora recorre a grandes zancadas mi estela,
devorando la distancia intermedia,
no importa cómo huya yo, el desperdiciado
aliento de mis prisas arrojado al viento,
y estos perros se impondrán,
y me arrastrarán con aulladora alegría,
pues las bestias nacieron predestinadas,
adiestradas en audaz venganza
por mi propia fusta y mano,
y ningún dios se pondrá en mi lugar,
ni me proporcionará santuario, e incluso
si yo rogase la absolución:
los mastines de mis obras me pertenecen
solo a mí, y largo tiempo han dado caza.
Y ahora la caza termina.

Canciones de culpa
—Bet'netrask

7



Al doble de lejos de lo que crees,
a la mitad de la distancia que temes,
demasiado delgado para sujetarte,
y muy por encima de tu cabeza.
Muchísimo más listo con diferencia,
pero tonto sin mesura,
¿querrás oír mi historia ahora?

Cuentos del bardo borracho
—Pescador

En pie en la barandilla, la atri-preda Yan Tovis, conocida entre sus soldados como Crepúsculo, observaba pasar la costa inclinada del río Lether. Las gaviotas remontaban las olas en los bajíos. Los barcos de pesca remaban con espadilla entre los juncos, los que arrojaban las redes se detenían a observar la maltratada flota que se iba abriendo paso con esfuerzo hacia el puerto. En la orilla, los pájaros atestaban las ramas sin hojas de los árboles que habían sucumbido a la riada de la última estación. Tras los árboles muertos se veían jinetes en el camino de la costa, cabalgando a medio galope hacia la ciudad para informar a

varios oficiales, aunque Yan Tovis estaba segura de que ya se había informado en palacio que se acercaba la primera de las flotas, con otra a apenas medio día de distancia.

La atri-preda agradecería sentir suelo sólido bajo sus botas de nuevo. Y la presencia de caras desconocidas en su campo visual, en lugar de los rasgos cansados que tenía detrás y a ambos lados y que había terminado por conocer demasiado bien y, en ocasiones, tenía que admitir, hasta por despreciar.

El último océano que habían cruzado lo habían dejado ya muy atrás, y por ello su alivio era profundo. El mundo había resultado ser… inmenso. Incluso las antiguas cartas letherii que trazaban la gran ruta migratoria desde la tierra del Primer Imperio no habían revelado más que una fracción del colosal territorio que era ese reino mortal. La magnitud los había hecho sentirse a todos muy pequeños, como si sus grandes dramas carecieran de importancia, como si el verdadero significado se hallara demasiado diseminado y fuera demasiado elusivo para que lo comprendiera una sola mente. Y se había pagado un precio demoledor por esos malhadados viajes. Decenas de barcos perdidos, miles de marineros muertos; había imperios y pueblos beligerantes y más que capaces allí fuera, pocos de los cuales eran reacios a poner a prueba la pericia y determinación de los invasores extranjeros. Si no hubiera sido por las formidables hechicerías de los edur y los nuevos cuadros de magos letherii, habría habido más derrotas que victorias registradas en los libros mayores, y muchos menos soldados y marineros posando los ojos una vez más en su tierra natal.

Hanradi Khalag, Uruth y Tomad Sengar tenían nuevas duras que transmitirle al emperador, suficientes para aplastar sus escasos éxitos, y Yan Tovis agradecía no estar presente cuando informaran de todo ello. Además, ella tendría más que suficiente a lo que enfrentarse a título

propio. Los marines letherii habían quedado diezmados, habría que informar a las familias, distribuir las pensiones por muerte, cobrar el equipamiento perdido y transferir deudas a herederos y familiares. Trabajo deprimente y tedioso, y ella ya estaba ansiando el momento de firmar y sellar el último pergamino.

Cuando los sotos de árboles y matorrales fueron menguando, sustituidos por chozas de pescadores, malecones y después las fincas valladas de la élite, se apartó de la barandilla y miró por la cubierta. Al ver a Taralack Veed cerca de la popa, se acercó.

—Ya estamos muy cerca —dijo—. Letheras, sede del emperador, la ciudad más grande y rica de este continente. Y todavía tu paladín no quiere subir a cubierta.

—Veo puentes más adelante —comentó el bárbaro al volver la vista barco arriba.

—Sí. Las gradas. Hay canales en la ciudad. ¿No te he hablado de los Ahogamientos?

El hombre hizo una mueca, se volvió a dar la vuelta y escupió por encima de la barandilla de popa.

—Mueren sin honor y eso os entretiene. ¿Qué es lo que querrías que viera Icarium, Crepúsculo?

—Necesitará su ira —respondió ella en voz baja.

Taralack Veed se pasó las dos manos por la cabeza y se aplastó el pelo.

—Cuando se vuelva a despertar, las resoluciones no importarán nada. Tu emperador quedará aniquilado y es probable que, con él, la mayor parte de esta chispeante ciudad. Si decides presenciarlo, también morirás tú. Como lo harán Tomad Sengar y Hanradi Khalag.

—Por desgracia —dijo ella tras un momento—, yo no estaré allí para presenciar el choque. Mis obligaciones volverán a llevarme al norte, de regreso a Fent Límite. —

Crepúsculo lo miró—. Un viaje de más de un mes a caballo, Taralack Veed. ¿Será eso distancia suficiente?

El otro se encogió de hombros.

—No prometo nada.

—Salvo una cosa —señaló ella.

—¿Sí?

—Que luchará.

—No conoces a Icarium como yo. Puede que permanezca abajo, pero hay emoción en él. Anticipación como yo no he visto jamás. Crepúsculo, ha terminado por aceptar su maldición; de hecho, ahora la abraza y asume. Afila su espada una y otra vez. Engrasa su arco. Con cada amanecer examina su armadura en busca de defectos. Ya no me hace preguntas, y ése es el detalle más siniestro de todos.

—Nos ha fallado una vez —dijo ella.

—Hubo una… intervención. Eso no volverá a ocurrir, a menos que tu negligencia lo permita.

El río dibujó una curva suave y Letheras se reveló extendiéndose desde el fondo de la orilla norte, puentes magníficos arqueándose sobre edificios pintados con tonos chillones y la calima de un sinfín de hogueras. Surgieron cúpulas y terrazas, torres y plataformas, los bordes desdibujados bajo el humo iluminado por el sol. Los muelles imperiales estaban justo delante, detrás de un espigón, y los primeros dromones de la flota estaban metiendo los remos y virando hacia los amarraderos. Decenas de figuras se estaban reuniendo en el paseo del puerto, incluyendo una procesión de movimientos vivos que bajaba del Domicilio Eterno, pendones y estandartes ondeando en lo alto, la delegación oficial, aunque Yan Tovis observó que no había edur entre ellos.

Parecía que la sutil usurpación de Triban Gnol ya casi se había completado. A la atri-preda no le sorprendía. Era probable que el canciller hubiera empezado a planearlo

mucho antes de que el rey Ezgara Diskanar tomara el trago letal en el salón del trono. *Para garantizar una transición en calma*, es como se habría defendido. *El imperio es más grande que su gobernante, y ahí es donde reside la lealtad del canciller. Siempre y para toda la eternidad*. Unos sentimientos loables, qué duda cabía, pero la verdad nunca estaba tan clara. La sed de poder era una corriente fuerte que se agitaba con nubes que ocultaban todo a los demás, salvo, quizá, al propio Triban Gnol, que estaba en el mismísimo centro del torbellino. Nadie había desafiado jamás su ilusión de control, pero Yan Tovis creía que no podía durar.

Después de todo, habían regresado los tiste edur. Tomad Sengar, Hanradi Khalag y otros tres antiguos caudillos de las tribus, así como más de cuatro mil guerreros curtidos que ya hacía mucho tiempo que habían dejado atrás toda ingenuidad, la habían perdido en Callows, en Sepik, Nemil, la costa de Perecedero, Shal-Morzinn y Deriva Avalii, en una multitud de aguas extranjeras, entre los meckros… el viaje había sido largo. Tenso…

—El nido está a punto de despertarse de una patada —dijo Taralack Veed, una sonrisa bastante fea le crispaba los rasgos.

Yan Tovis se encogió de hombros.

—Era de esperar. Hemos estado fuera mucho tiempo.

—Quizá tu emperador ya esté muerto. No veo tiste edur en ese contingente.

—No me parece probable. Nuestros k’risnan lo habrían sabido.

—¿Informados por su dios? Yan Tovis, no hay dios que regale nada. Más bien, si le conviene, no les dirá nada a sus seguidores. O, de hecho, mentirá. Los edur no lo entienden, pero tú me sorprendes. ¿No está en la propia naturaleza de vuestra deidad, ese tal Errante, engañaros a cada momento?

—El emperador no está muerto, Taralack Veed.

—Entonces solo es una cuestión de tiempo.

—Eso es lo que no dejas de prometer.

Pero el otro negó con la cabeza.

—No hablo ahora de Icarium. Hablo de cuando el elegido de un dios fracasa. Y siempre lo hacen, Crepúsculo. Nunca somos suficiente a sus ojos. Nunca lo bastante fieles, nunca lo bastante temerosos, nunca lo bastante sumisos. Antes o después los traicionamos, por debilidad o por una ambición desmesurada. Vemos ante nosotros una ciudad de puentes, pero lo que yo veo y lo que tú ves son dos cosas diferentes. No dejes que tus ojos te engañen, los puentes que nos aguardan son demasiado estrechos para unos simples mortales.

Su barco fue virando poco a poco hacia el muelle imperial central, como una bestia cansada de su carga; había un puñado de oficiales edur ya en cubierta mientras los marineros preparaban las cuerdas en la barandilla de babor. El hedor a desechos se alzaba de las aguas turbias, lo bastante denso como para hacer escocer los ojos.

Taralack Veed se escupió en las manos y se volvió a alisar el pelo.

—Ya casi es la hora. Voy a recoger a mi campeón.

Sin que nadie lo viera, Turudal Brizad, el Errante, había apoyado la espalda en un almacén del muelle, a unos treinta pasos del malecón principal. Su mirada siguió el desembarco de Tomad Sengar (el venerable guerrero tenía un aspecto agotado y envejecido), y su expresión, al observar la ausencia de tiste edur entre la delegación de palacio, parecía oscurecerse con cada momento que pasaba. Pero ni él ni ninguno de los otros edur conservó la atención del dios durante mucho tiempo. Su atención se agudizó cuando la

atri-preda al mando de los marines letherii de esa flota recorrió la pasarela entera, seguida por media docena de ayudantes y oficiales, pues el dios percibió en un instante que había algo condenado en esa mujer. Aunque los detalles lo eludían.

El dios frunció el ceño, frustrado por su percepción menguada. Debería haber advertido de inmediato lo que le aguardaba a Yan Tovis. Cinco años antes lo habría visto y no le habría dado la menor importancia al don, el privilegio puro y duro del poder de un ascendiente. Desde esos últimos y tumultuosos días del Primer Imperio (la sucesión de acontecimientos espeluznantes que condujeron a la intercesión de los t'lan imass para sofocar la agonía letal del imperio de Dessimbelackis), el Errante no se había sentido tan desconectado de todo. El caos se precipitaba hacia Letheras con la fuerza de un cataclismo, un maremoto que se limitaba a envolver las corrientes de ese río. *Sí, procede del mar. Eso sí que lo sé, eso lo percibo. Del mar, igual que esta mujer, esta tal Crepúsculo*.

Apareció otra figura en la pasarela. Un extranjero, la piel de los antebrazos era un torbellino de tatuajes arcanos, el resto de la parte superior del cuerpo iba envuelto en una capa de tejido basto y la capucha le ocultaba los rasgos. Bárbaro, cauto, el brillo de los ojos lo abarcaba todo; a medio camino de la pasarela se detuvo, carraspeó y escupió la flema por un lado, un gesto que sobresaltó al Errante y, al parecer, a la mayor parte de los que se encontraban en el muelle.

Un momento después surgió otro extranjero que se detuvo en la cima de la pasarela. El Errante se quedó sin aliento por un instante y lo invadió un escalofrío repentino, como si acabara de llegar el propio Embozado y le echara el aliento frío en la nuca.

Que el Abismo me lleve, todo lo que aguarda en su interior. El encono que ningún otro aquí puede ver, ni siquiera podría adivinar. Querido hijo de Gothos y esa vieja bruja descomunal, la mancha de la sangre azath te rodea como una nube. Era más que una maldición todo lo que afligía al feroz guerrero. Madejas deliberadas entretejidas a su alrededor, los hilos de un ritual elaborado, antiguo y letal. Y él conocía su sabor.

Los sin nombre.

Dos soldados de la Guardia de Palacio de Triban Gnol se acercaron a aguardar al jhag cuando lo vieron descender, sin prisas, al muelle.

El corazón del Errante le palpitaba con fuerza en el pecho. *Han entregado un campeón, un paladín que desafiará al emperador de las Mil Muertes*…

El jhag bajó a tierra firme.

De los edificios que había detrás del puerto alzaron el vuelo de repente los pájaros, cientos, después miles, emitiendo un coro de chillidos, y bajo los pies del Errante las piedras se movieron con un gemido pesado. Algo grande se derrumbó en medio de la ciudad, más allá del canal Quillas, y lo siguieron unos gritos distantes. El Errante se apartó del muro y vio brotar una nube de polvo que se alzaba tras los maullidos y el ruido de pichones, grajos, gaviotas y estorninos aterrados.

Los gemidos subterráneos cesaron entonces y cayó un silencio pesado.

La boca de Icarium reveló los colmillos en la más leve de las sonrisas, como si le complaciera la bienvenida de la tierra; el Errante no podía estar seguro, a tanta distancia, si esa sonrisa era de verdad tan infantil como parecía o era, de hecho, irónica, o, en realidad, amarga. Contuvo el impulso de acercarse más en busca de una respuesta a esa pregunta,

y se recordó que no quería llamar la atención de Icarium. Ni en ese momento, ni nunca.

Tomad Sengar, a qué va a enfrentarse tu hijo…

No era de extrañar, comprendió de repente, que todo lo que estaba por venir estuviera oculto por un torbellino de caos. *Han traído a Icarium… al corazón de mi poder*.

Entre la delegación y otros letherii cercanos estaba claro que nadie había relacionado el primer paso de Icarium en suelo sólido con el pequeño terremoto que iba retumbando por Letheras; sin embargo, tales sismos eran casi desconocidos en esa región, y mientras el terror entre los pájaros y los berridos de varias bestias de carga continuaban sin amainar, la consternación de los que había ante los ojos del Errante ya comenzaba a desvanecerse. *Necios mortales, qué pronto desechan la inquietud*.

En el río el agua poco a poco perdió su agitación estremecida y las gaviotas, a lo lejos, empezaron a posarse de nuevo entre más barcos que iban virando hacia la orilla. Pero en algún lugar de la ciudad un edificio había caído, con toda probabilidad algún venerable y antiguo edificio cuyos cimientos había debilitado el agua subterránea y cuya argamasa y vigas estaban podridas.

Habría habido bajas, *las primeras de Icarium, pero con toda seguridad no las últimas*.

Y él sonríe.

Todavía maldiciendo, Taralack Veed se volvió hacia Yan Tovis.

—Tierras inestables, Ascua no descansa tranquila aquí.

La atri-preda se encogió de hombros para ocultar su mareo y conmoción.

—Al norte de aquí, por las montañas Límite, el suelo tiembla con frecuencia. Lo mismo puede decirse del lado

norte de las cordilleras del extremo sur, al otro lado del mar del Dragón.

Crepúsculo vio el destello de los dientes en la sombra de la capucha.

—Pero no en Letheras, ¿no?

—No he sabido de otros, pero eso no significa mucho —respondió ella—. Esta ciudad no es mi hogar. No donde yo nací. No donde yo crecí.

Taralack Veed se acercó un poco más y le dio la espalda a Icarium, que estaba allí en pie, escuchando a los dos guardias de palacio que le estaban dando instrucciones sobre lo que iba a pasar.

—Necia —le siseó a la atri-preda—. La carne de Ascua se estremeció, Crepúsculo. Se estremeció… por él.

La atri-preda lanzó un bufido.

El gral ladeó la cabeza y la mujer pudo sentir su desdén.

—¿Y ahora qué pasa? —preguntó él.

—¿Ahora? Muy poco. Hay residencias protegidas, para ti y tu paladín. En cuanto a cuándo elige el emperador enfrentarse a sus aspirantes, eso ya es cosa suya. A veces está impaciente y el choque se produce de inmediato. Otras veces espera, con frecuencia semanas enteras. Pero te diré lo que empezará de inmediato.

—¿Qué?

—La urna de enterramiento para Icarium, y su lugar en el cementerio en el que reside cada aspirante al que se ha enfrentado Rhulad.

—Ni siquiera ese lugar sobrevivirá —murmuró Taralack Veed.

El gral, que empezaba a tener el estómago revuelto, se acercó a Icarium. No quería pensar en la destrucción que iba a producirse. La había visto una vez, después de todo.

Ascua, incluso en tu sueño eterno sentiste la puñalada que es Icarium, pero ninguna de estas personas de aquí lo admitió, ninguna estaba lista para la verdad. Sus manos no están en la tierra, el toque se ha perdido, pero míralos: y me llamarían a mí salvaje.

—Icarium, amigo mío…

—¿No lo sientes, Taralack Veed? —En sus ojos inhumanos, el brillo de anticipación—. Este lugar… yo ya he estado aquí; no, no en esta ciudad. Antes de que naciera esta ciudad. Yo ya he pisado este suelo…

—Y el suelo lo recordaba —rezongó Taralack Veed.

—Sí, pero no del modo que tú crees. Aquí hay verdades que me aguardan. Verdades. Jamás he estado tan cerca de ellas como estoy ahora. Ahora entiendo por qué no te rechacé.

¿Rechazarme? ¿Te lo planteaste? ¿De verdad estuve tan cerca del borde?

—Tu destino pronto te dará la bienvenida, Icarium, como siempre he dicho. No podrías rechazar esto más de lo que podrías rechazar la sangre jaghut que corre por tus venas.

Una mueca.

—Jaghut… sí, han estado aquí. En mi estela. Quizá incluso siguiendo mi rastro. Hace mucho tiempo, y ahora, de nuevo…

—¿De nuevo?

—Omtose Phellack, el corazón de esta ciudad es hielo, Taralack Veed. Una imposición violenta.

—¿Estás seguro? No entiendo…

—Ni yo. Todavía. Pero lo entenderé. Ningún secreto sobrevivirá a mi estancia aquí. Cambiará.

—¿Qué cambiará?

Icarium sonrió, una mano apoyada en el pomo de la espada, y no respondió.

—¿Te enfrentarás a este emperador, así pues?

—Eso se espera de mí, Taralack Veed. —Una mirada brillante—. ¿Cómo podría negárselo a ellos?

Por los espíritus del inframundo, mi muerte se acerca. Fue lo que siempre quisimos. ¿Entonces por qué ahora clamo contra ello? ¿Quién me ha robado el valor?

—Es como si —susurró Icarium— mi vida despertase de nuevo.

La mano salió disparada en la oscuridad y cogió de golpe la rata que había encima de la jaula de madera que sujetaba la bomba delantera. La escuálida criatura tuvo un momento para chillar de pánico antes de que le partieran el cuello. Se oyó un golpe seco cuando arrojaron la rata muerta a un lado y se deslizó hasta el agua turbia del pantoque.

—Oh, cómo te odio cuando pierdes la paciencia —dijo Samar Dev con tono cansado—. Vas a provocar enfermedades, Karsa Orlong.

—La vida provoca enfermedades —rezongó el enorme guerrero desde las sombras. Tras un momento, añadió—: Se la daré a las tortugas. —Después bufó—. Tortugas lo bastante grandes como para arrastrar al fondo este puñetero barco. Estos letherii viven en la pesadilla de un dios chiflado.

—Más de lo que te imaginas —murmuró Samar Dev—. Escucha. Gritos en la orilla. Por fin estamos entrando en el puerto.

—Un alivio para las ratas.

—¿No tienes algo que hacer para prepararte?

—¿Por ejemplo?

—No sé. Romper unas cuantas lascas más de tu espada, o algo. Afilarla.

—La espada es irrompible.

—¿Qué hay de esa armadura? La mayor parte de las conchas están rotas; no es digna de tal nombre y no detendrá un filo…

—Ningún filo la alcanzará, bruja. No me enfrentaré más que a un hombre, no a veinte. Y es pequeño, mi pueblo os llama niños. Y eso es todo lo que en realidad sois. Vivís poco, tenéis brazos y piernas como palos, y caras que me apetece pellizcar. Los edur no son muy diferentes, solo un poco más largos.

—¿Pellizcar? ¿Y eso sería antes o después de decapitarnos?

El otro lanzó una carcajada que más pareció un gruñido.

Samar Dev se recostó contra el fardo en el que se había envuelto algo duro y aterronado; a pesar de la ligera incomodidad, no le apetecía investigar mucho más. Tanto los edur como los letherii tenían ideas peculiares sobre lo que constituía un botín. En esa misma bodega había ánforas que contenían sangre humana con especias y una docena de cadáveres revestidos de cera, eran «refugiados» edur de Sepik que no habían sobrevivido al viaje, apilados como rollos de tela contra un trono de conchas manchado de sangre que había pertenecido al cacique de una isla remota y cuya cabeza encurtida seguramente residía dentro de una de las tinajas en las que se apoyaba Karsa Orlong.

—Por lo menos vamos a bajarnos pronto de este asqueroso barco. Tengo toda la piel seca. Mírame las manos, las he visto momificadas con mejor aspecto. Y esta maldita sal… se pega como una segunda piel, y se está cayendo escama a escama…

—Por los espíritus del inframundo, mujer, me incitas a retorcerle el cuello a otra rata.

—Así que la responsable de la muerte de esa última rata soy yo, ¿no? Ni que decir tiene que eso me ofende. Fue tu mano la que se estiró, toblakai. Tu mano la que…

—Y tu boca la que nunca para, la que hace que me apetezca matar algo.

—No me eches la culpa a mí de tus impulsos violentos. Además, yo solo estaba pasando el rato con una conversación inofensiva. Hace tiempo que no hablamos, tú y yo. Creo que prefiero la compañía del taxiliano, y si no estuviera enfermo de nostalgia y no fuera más desdichado incluso que tú…

—Conversación. ¿Así es como tú lo llamas? ¿Entonces por qué se me han dormido las orejas?

—¿Sabes?, yo también estoy impaciente. Hace mucho tiempo que no le echo una maldición a nadie.

—Tus espíritus chillones no me asustan —replicó Karsa Orlong—. Y llevan chillando desde que llegamos al río. Un millar de voces clamando en mi cráneo, ¿no puedes hacerlos callar?

Con un suspiro, Samar echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

—Toblakai… tendrás mucho público cuando enfrentes la espada a la de ese emperador edur.

—¿Qué tiene eso que ver con tus espíritus, Samar Dev?

—Sí, eso fue demasiado sutil, ¿no? Entonces tendré que ser más precisa. Hay dioses en esta ciudad a la que nos acercamos. Dioses residentes.

—¿Alguna vez descansan?

—No viven en templos. Ni hay señal alguna sobre las puertas de sus residencias, Karsa Orlong. Están en esta ciudad, pero pocos lo saben. Has de comprender que los espíritus chillan porque no son bienvenidos, y, lo que es más preocupante, si alguno de esos dioses decidiera expulsarlos de mi lado, bueno, no hay mucho que pueda hacer yo contra ellos.

—Sin embargo, también están vinculados a mí, ¿no?

La bruja cerró de repente la boca y lo miró con los ojos entrecerrados en la penumbra. El casco dio un golpe seco cuando el barco se acercó por un lado del muelle. Samar vio el destello de los dientes, la mueca fiera, y la invadió un escalofrío.

—¿Qué sabes de eso? —preguntó.

—Es mi maldición reunir almas —respondió Karsa Orlong —. ¿Qué son los espíritus, bruja, si no simples almas poderosas? Me rondan… yo los rondo. Las velas que encendí en esa botica tuya… Ellos estaban en la cera, ¿verdad?

—Liberados, después retenidos otra vez, sí. Los reuní… cuando te mandé marchar.

—Los vinculaste a ese cuchillo que llevas en el cinturón —dijo Karsa—. Dime, ¿percibes las dos almas toblakai que llevo yo en mi arma?

—Sí. No. Es decir, los percibo, pero no me atrevo a acercarme.

—¿Por qué?

—Karsa, son demasiado fuertes para mí. Son como fuego en el cristal de ese pedernal, atrapados por tu voluntad.

—No atrapados —respondió él—. Moran en el interior porque así lo han elegido, porque el arma los honra. Son mis compañeros, Samar Dev. —El toblakai se levantó de repente, encorvado bajo el techo—. Si un dios fuera lo bastante necio como para intentar robar nuestros espíritus, lo mataré.

La bruja lo miró con los ojos entornados. Afirmaciones tan rotundas como aquélla no eran excepcionales en Karsa Orlong, y ella había aprendido mucho tiempo atrás que no eran alardes vacíos, por absurda que pudiera parecer la frase.

—Eso no sería muy inteligente —dijo Samar tras un momento.

—Un dios desprovisto de sabiduría se merece lo que le pase.

—No me refería a eso.

Karsa se inclinó un momento para coger la rata muerta y se dirigió a la trampilla.

Samar lo siguió.

Cuando la bruja llegó a la cubierta principal, el toblakai iba hacia el capitán. Lo observó poner la rata empapada en las manos del letherii y darse la vuelta.

—Coge el montacargas —dijo—. Quiero mi caballo en cubierta y fuera de este maldito trasto. —Tras él, el capitán se quedó mirando la criatura que tenía en las manos y después, con un gruñido, la tiró por encima de la barandilla.

Samar Dev se planteó tener unas palabras rápidas con el capitán para conjurar la tormenta inminente, una tormenta que Karsa había desatado con total indiferencia innumerables veces durante ese viaje; pero decidió que no merecía la pena. Al parecer, el capitán había llegado a la misma conclusión, porque un marinero llegó corriendo con un cubo de agua de mar en el que el letherii metió las manos. Estaban quitando la trampilla principal que llevaba a la bodega de carga mientras otras manos empezaban a montar los cabestrantes.

Karsa se acercó a la pasarela. Se detuvo y habló en voz muy alta.

—Esta ciudad apesta. Cuando acabe con su emperador, es muy posible que la queme hasta los cimientos.

Las maderas se combaron y botaron cuando el toblakai descendió a tierra.

Samar Dev se apresuró a seguirlo.

Uno de los dos guardias con armadura completa ya había empezado a dirigirse a Karsa en tono desdeñoso.

—... ir desarmado siempre que se te permita dejar el complejo, dicho permiso lo podrá conceder solo el oficial de mayor rango de la Guardia. Nuestro cometido inmediato es

escoltarte a tus alojamientos, donde se te quitará la mugre del cuerpo y el cabello…

No pudo decir más porque Karsa estiró el brazo, cerró la mano alrededor de las correas de cuero de las armas del guardia y con un único tirón arrojó al letherii por el aire. El tipo surcó los cielos seis o más pasos a la izquierda y chocó contra tres estibadores que habían estado observando el proceso. Los cuatro cayeron al suelo.

Con un juramento, el segundo guardia tiró de su espada corta.

El puñetazo de Karsa le echó la cabeza hacia atrás y el hombre se derrumbó.

Gritos roncos de alarma, más soldados letherii llegando.

Samar Dev se precipitó hacia delante.

—Que el Embozado te lleve, toblakai, ¿es que pretendes librar una guerra contra el imperio entero?

Karsa miró con furia el semicírculo de guardias que lo rodeaba, lanzó un gruñido y se cruzó de brazos.

—Si vais a ser mi escolta —les dijo—, sed corteses, u os haré pedazos a todos. —Después se dio la vuelta y pasó junto a Samar con un empujón—. ¿Dónde está mi caballo? —bramó a la tripulación que permanecía en cubierta—. ¿Dónde está Estragos? ¡Me estoy hartando de esperar!

Samar Dev se planteó regresar al barco y exigir que zarparan, que regresaran por el río, volvieran al mar del Dragón y siguieran navegando. Dejar a ese impredecible toblakai a Letheras y todos sus desventurados habitantes.

Por desgracia, ni siquiera los dioses se merecen eso.

Bicho se encontraba a treinta pasos de la magnífica entrada de la hacienda Hivanar, una mano estirada y apoyada en el muro para sujetarse. En el huerto de algún callejón, a poca distancia de allí, las gallinas chillaban con un clamor salvaje

y se arrojaban contra las portezuelas enrejadas con un pánico frenético. En el cielo, los estorninos todavía iban en masa de un lado a otro, disparados.

Se limpió las gotas de sudor de la frente y luchó por respirar hondo.

Un recordatorio encomiable, se dijo. Todo era solo cuestión de tiempo. Lo que se estiraba, después se contraería. Los acontecimientos se precipitaban, las fuerzas empezaban a colisionar y a pesar de todo eso, el paso medido parecía permanecer inmutable, una corriente bajo todo lo demás. Pero él sabía que hasta eso se ralentizaba, poco a poco, de una era a la siguiente. *La muerte está escrita en el nacimiento, palabras de una gran sabia. ¿Cómo se llamaba? ¿Cuándo vivió? Ah, tanto se ha deslizado de mi mente, esos recuerdos, como arena entre los dedos. Pero ella podía ver lo que la mayoría no puede, ni siquiera los dioses. Muerte y nacimiento. Hasta en oposición las dos fuerzas están vinculadas, y definir una es definir la otra*.

Y ya había llegado. Con su primer paso había llevado el peso de la historia. La de esa tierra. La suya propia. Dos fuerzas en oposición, pero vinculadas de modo inextricable.

¿Tienes la sensación de haber regresado a casa, Icarium? Te recuerdo saliendo del mar, refugiado de un reino que habías asolado. Pero tu padre no te aguardaba, se había ido, había descendido por la garganta de un azath. Icarium, era jaghut, y entre los jaghut, ningún padre estira el brazo para coger a su hijo de la mano.

—¿Estás enfermo, viejo?

Bicho parpadeó y vio a un sirviente de una de las haciendas cercanas que regresaba del mercado con una cesta de alimentos equilibrada sobre la cabeza. *Solo de pena, querido mortal*. Negó con la cabeza.

—Fueron las riadas —continuó el sirviente—. Movieron la arcilla.

—Sí.

—La Casa de las Escamas se ha derrumbado, ¿te has enterado? En medio de la calle. Menos mal que estaba vacía, ¿eh? Aunque oí que hubo una víctima, en la calle. —El hombre sonrió de repente—. ¡Un gato! —Y reanudó su trayecto con una gran carcajada.

Bicho se lo quedó mirando; después, con un gruñido, echó a andar hacia la verja.

Esperó en la terraza, observó con el ceño fruncido la zanja de una profundidad sorprendente que la cuadrilla se las había arreglado para excavar en la orilla y luego había ido ampliando a través de los sedimentos depositados por el propio río. El apuntalamiento era robusto y Bicho no vio muchas fugas entre las tablillas selladas. Con todo, había dos trabajadores en la bomba, las espaldas desnudas cubiertas de sudor.

Rautos Hivanar llegó a su lado.

—Bicho, bienvenido. Me imagino que desea recuperar a su cuadrilla.

—No hay prisa, señor —respondió Bicho—. Está claro que este proyecto suyo es… ambicioso. ¿Cuánta agua está subiendo del fondo de ese hoyo?

—Sin un bombeo constante, la zanja rebosaría en poco menos de dos campanadas.

—Le traigo un mensaje de su sirviente, Venitt Sathad, que nos hizo una visita al salir de la ciudad. Vino a ver nuestros progresos en la reforma de la posada que adquirió no hace mucho y tuvo una especie de revelación al ver el misterioso mecanismo que encontramos dentro de un cobertizo. Sugirió que era imperativo que usted lo viera por sí mismo. Además mencionó una colección de artefactos… recuperados de esta zanja, ¿no es así?

El hombretón se quedó callado un momento, después pareció tomar una decisión, porque le hizo un gesto a Bicho para que lo siguiera.

Entraron en la mansión, pasaron por una sala alargada con las contraventanas cerradas y en la que se habían colgado a secar varias hierbas, bajaron por un pasillo y entraron en un taller dominado por una gran mesa y faroles de prismas acoplados a brazos articulados para que, si se desease, los pudieran acercar o alejar cuando alguien estaba trabajando en la mesa. Sobre la superficie de madera pulida había alrededor de una docena de objetos, tanto de metal como de arcilla cocida, ninguno de los cuales revelaba ninguna función obvia.

Con Rautos Hivanar todavía en silencio y de pie a su lado, Bicho examinó los objetos durante largos minutos, luego estiró el brazo y cogió uno en concreto. Pesado, sin marcas de muescas ni podredumbre, dibujaba un ángulo casi perfecto a la derecha.

—Sus ingenieros —dijo Rautos Hivanar— no pudieron determinar propósito alguno para estos mecanismos.

Bicho alzó las cejas al oír el uso que hizo el hombre de la palabra «mecanismo». Sopesó el objeto con las manos.

—He intentado montarlos —continuó el mercader—, pero en vano. No hay ningún punto obvio de acoplamiento, pero, de algún modo, a mí me parecen una sola pieza. Quizá algún objeto esencial sigue enterrado bajo el río, pero ya hace tres días que no encontramos nada, salvo una carretilla entera de lascas y fragmentos de piedra, y las recuperamos en un nivel de sedimentos que estaba muy por debajo de estos artefactos, lo que me lleva a creer que son anteriores en varios siglos, si no milenios.

—Sí —murmuró Bicho—. Eres’al, una pareja, preparando pedernal para herramientas, aquí en la orilla del inmenso pantano. Él trabajaba los núcleos, ella tallaba los detalles.

Vinieron aquí durante tres estaciones, después ella murió de parto y él empezó a vagar con un bebé famélico en los brazos hasta que la criatura también murió. No encontró otros de su especie, pues habían quedado diseminados tras la conflagración de los grandes bosques, cuando los fuegos forestales barrieron las llanuras. El aire estaba impregnado de cenizas. Vagó hasta que murió, y fue el último de su linaje. —Se quedó mirando el artefacto sin verlo, incluso cuando su peso pareció retoñar y amenazó con tirarle de los brazos y hacerlo caer de rodillas—. Pero Icarium dijo que no habría fin, que el hilo cortado no era más que una ilusión… en su voz, entonces, pude oír a su padre.

Una mano se cerró sobre su hombro y le dio la vuelta. Sobresaltado, se encontró con los ojos perspicaces y brillantes de Rautos Hivanar. Bicho frunció el ceño.

—¿Señor?

—Tiene… tendencia a inventar historias. O quizá es usted un sabio con el don de la visión sobrenatural. ¿Es eso lo que estoy oyendo, anciano? Dígame, ¿quién era ese tal Icarium? ¿Era ése el nombre del eres'al? ¿El que murió?

—Lo siento, señor. —Levantó el objeto un poco más—. Este artefacto, verá que es idéntico al inmenso objeto de la posada, salvo por la escala. Creo que eso es lo que su sirviente quería que comprendiera, como lo comprendió él cuando puso los ojos por vez primera en el edificio una vez que tiramos los muros que lo encerraban.

—¿Está seguro de todo esto?

—Sí. —Bicho señaló con un gesto la serie de objetos que había en la mesa—. Falta una pieza central, como sospechaba, señor. Por desgracia, no la encontrará porque no es física. El armazón que lo sostendrá todo es de energía, no de materia. Y —añadió con tono distraído— todavía tiene que llegar.

Volvió a dejar el artefacto en la mesa y salió del aposento, subió por el pasillo, atravesó la sala de secado y salió a la terraza. No hizo caso de los dos trabajadores que hicieron una pausa para mirarlo cuando Rautos Hivanar apareció en aparente persecución, el mercader llevaba las manos abiertas, las palmas hacia arriba, como si rogara; aunque el hombretón no dijo ni una sola palabra, movía la boca en silencio, como si se hubiera quedado mudo. La mirada que le dirigió Bicho al magnate fue fugaz. Continuó andando por el pasaje que había entre el muro de la finca y el muro del complejo, hasta el postigo lateral que había cerca de la verja principal.

Se encontró una vez más en la calle, sin apenas notar la presencia de los transeúntes que aprovechaban la sombra fresca de la tarde.

Todavía tiene que llegar.

Y sin embargo, viene.

—¡Mira por dónde vas, viejo!

—Déjalo en paz, ¿no ves cómo llora? Un viejo tiene derecho a lamentarse, así que déjalo estar.

—Debe de estar ciego, el idiota torpe este…

Y aquí, mucho antes de que naciera esta ciudad, se alzaba un templo, un templo en el que entró Icarium, tan perdido como cualquier hijo, el retoño separado del hilo. Pero el dios ancestral del interior no podía darle nada. Nada más allá de lo que él mismo se estaba preparando para hacer.

¿Podrías haber imaginado, K'rul, cómo se tomaría Icarium lo que hiciste? ¿Que lo asumiría como propio como haría cualquier niño que buscara una mano que lo guiara? ¿Dónde estás, K'rul? ¿Percibes su regreso? ¿Sabes lo que busca?

—Torpe o no, es una cuestión de modales y respeto.

Alguien agarró la túnica raída, lo arrastraron a un lado y lo tiraron contra una pared. Se quedó mirando una cara

magullada bajo el borde de un yelmo. A un lado, con el ceño fruncido, otro guardia.

—¿Sabes quiénes somos? —le preguntó el hombre que lo sujetaba, enseñándole unos dientes manchados.

—Los matones de Karos Invictad, sí. Su policía privada, los que abren puertas a patadas en plena noche. Los que arrebatan madres a los bebés, padres a los hijos. Los que, con la verificada gloria que acompaña al poder incontestado, saquean luego las casas de los arrestados, por no mencionar que violan a las hijas…

A Bicho lo tiraron una segunda vez contra el muro, la parte posterior de la cabeza crujió con fuerza en el ladrillo picado.

—Por eso, cabrón —gruñó el hombre—, acabarás ahogado.

Bicho parpadeó para apartarse el sudor de los ojos y luego, cuando comprendió las palabras del matón, se echó a reír.

—¿Ahogado? Oh, es para morirse de risa. Y ahora quítame las manos de encima antes de que pierda la calma.

En su lugar, el hombre lo cogió con más fuerza por la pechera de la túnica.

—Tenías razón, Kanorsos, necesita una paliza —dijo el otro.

—El mayor terror de un matón —dijo Bicho— es cuando se encuentra con alguien más grande y más vil…

—¿Y ese eres tú?

Los dos hombres se echaron a reír.

Bicho giró la cabeza y miró a su alrededor. Los ciudadanos pasaban a toda prisa, no era muy inteligente presenciar según qué acontecimientos, no cuando estaban implicados los asesinos de los patriotas.

—Como queráis —dijo Bicho por lo bajo—. Caballeros, permitidme presentaros a alguien más grande y más vil, o,

para ser precisos, algo.

Un momento después Bicho estaba solo. Se colocó bien la túnica, miró a su alrededor y echó a andar otra vez hacia la morada de su amo.

Sabía que era inevitable que alguien hubiera presenciado la desaparición repentina de dos hombres armados y con armadura. Pero nadie chilló tras él, cosa que fue un alivio, no le apetecía debatir mucho con nadie en ese momento.

¿Acabo de perder los nervios? Es posible, claro que, estabas distraído. Perturbado, incluso. Estas cosas pasan.

Bruja de la Pluma no perdió el tiempo. Abandonó los malditos barcos y su infinidad de multitudes desdichadas, los ojos siempre puestos en ella, las expresiones de suspicacia o desdén y el hedor a sufrimiento que emitían cientos de prisioneros, los edur caídos de Sepik, mestizos todos y cada uno, peores a los ojos de las tribus que los esclavos letherii; las decenas de extranjeros que poseían conocimientos considerados útiles, al menos de momento; los pescadores nemil; los cuatro guerreros de piel cobriza de Shal-Morzinn sacados a rastras de una carraca que se hundía; habitantes de Siete Ciudades, procedentes de Ehrlitan, las islas Karang, Pur Atrii y otros lugares; marineros de Quon que afirmaban ser ciudadanos de un imperio llamado Malaz; moradores de Lamatath y Callows…

Entre ellos había guerreros considerados dignos de ser tratados como aspirantes. Un guerrero con un hacha de la ciudad meckros en ruinas sobre la que había caído la flota, un monje cabalhii y una mujer silenciosa que lucía una máscara de porcelana cuya frente estaba marcada con once glifos arcanos, la habían encontrado medio muerta en una gabarra sacudida por la tormenta al sur de Callows.

Había otros, encadenados en las bodegas de otras embarcaciones, en otras flotas, pero de donde procedieran y lo que eran era casi irrelevante. El único detalle que había llegado a fascinar a Bruja de la Pluma (entre todas esas patéticas criaturas) era la desconcertante serie de dioses, diosas, espíritus y ascendientes que veneraban. Plegarias en una docena de idiomas, voces que se alzaban para penetrar en silencios inmensos, todos esos necios desesperados y todas las llamadas sin respuesta en busca de salvación.

No había fin, en ese mundo enorme y caótico, para los delirios de los que creían haber sido elegidos. Únicos en su especie, disfrutando de la mirada de unos dioses a los que les importaba algo, como si así fuera, cuando la verdad era que cada rostro inmortal, a pesar de todos sus rasgos peculiares, no era más que una faceta de uno solo, y ése había dado la espalda a todo mucho tiempo atrás, solo para librar una batalla eterna contra sí mismo. De los cielos solo llovía indiferencia, como cenizas que hacían escocer los ojos y dejaban en carne viva la garganta. No había sustento en ese diluvio cegador.

Elegidos, ésa sí que era una arrogancia de proporciones aterradoras. *O bien lo somos todos o no lo somos nadie. Y si es lo primero, entonces todos nos enfrentaremos al mismo juez, la misma mano de la justicia, el rico, el endeudado, el amo, el esclavo, el asesino y la víctima, el violador y la violada, todos nosotros, así que, rezad con ganas, todos (si eso ayuda), y mirad bien a vuestra propia sombra*. Más probable, en su opinión, era que no había elegidos y que no había día de juicio esperando a cada alma. Todos y cada uno de los mortales se enfrentaba a un fin singular, que era el olvido y la desaparición.

Oh, desde luego que existían los dioses, pero a ellos les importaba un bledo el destino del alma de un mortal, a menos que pudieran plegar ese alma a su voluntad para que

sirviera como un soldado más en sus inútiles guerras autodestructivas.

En cuanto a ella, ya había dejado de pensar en eso. Había hallado su propia libertad y disfrutaba de la lluvia bendita de la indiferencia. Haría lo que le placiese y ni siquiera los dioses podrían detenerla. Serían los propios dioses, juró, los que acudirían a ella. Suplicando, de rodillas, enredados en su propio juego.

Se movía en silencio por las profundidades de las criptas del antiguo palacio. *Fui esclava, una vez, muchos creen que todavía lo soy; pero mírame, gobierno este reino enterrado. Solo yo sé dónde residen las cámaras ocultas, sé lo que me aguarda en su interior. Camino por este malhadado sendero y, cuando llegue el momento, ocuparé el trono*.

El trono del Olvido.

Uruth bien podría estar buscándola en esos momentos, la vieja arpía con esos aires que se daba, la suficiencia de mil secretos imaginados, pero Bruja de la Pluma conocía todos esos secretos. No había nada que temer de Uruth Sengar, los acontecimientos la habían superado. La había superado su hijo menor, los otros hijos que después traicionaron a Rhulad. La conquista en sí. La sociedad de mujeres edur había quedado diseminada, desgarrada; iban adonde destinaban a sus maridos; se habían rodeado de esclavos letherii, aduladores y endeudados. Había dejado de importarles. En cualquier caso, Bruja de la Pluma ya estaba harta de todo. Estaba en Letheras una vez más y, como ese idiota de Udinaas, huía de sus ataduras; y allí, en las catacumbas del antiguo palacio, nadie la encontraría.

Las antiguas despensas ya estaban abastecidas, equipadas bocado a bocado en los días anteriores al largo viaje por los océanos. Tenía agua dulce, vino y cerveza, pescado y carne seca, tarros de arcilla cocida con frutas en conserva. Ropa de cama, mudas y más de un centenar de

pergaminos robados a la Biblioteca Imperial. Historias de los nerek, los tarthenos, los fent y una multitud de pueblos más recónditos todavía que los letherii habían devorado en los últimos siete u ocho siglos, los bratha, los katter, los dresh y los temblor.

Y allí, bajo el antiguo palacio, Bruja de la Pluma había descubierto aposentos recubiertos de estanterías en las que reposaban miles de pergaminos medio podridos, tabletas de arcilla que se deshacían y libros encuadernados roídos por los gusanos. De los que había examinado, el texto desvaído de la mayoría estaba escrito en un estilo arcano de letherii que resultaba difícil de descifrar, pero ella estaba aprendiendo, aunque fuera con lentitud. Un puñado de viejos tomos, sin embargo, estaban redactados en un idioma que jamás había visto.

El Primer Imperio, de donde había llegado esa colonia en un principio todos esos siglos atrás, parecía un lugar complicado, hogar de un sinfín de pueblos, cada uno con sus propios idiomas y dioses. A pesar de todas las reivindicaciones imperiales de que era el origen de la civilización humana, para Bruja de la Pluma estaba claro que una afirmación así no se podía tomar en serio. Quizá el Primer Imperio constituía la nación inicial compuesta por algo más que una sola ciudad, con toda probabilidad nacida de la conquista, una ciudad-estado tras otra absorbida por los agresivos fundadores. Pero incluso entonces la legendaria Siete Ciudades era un imperio que lindaba con tribus y pueblos independientes, y había habido guerras y luego tratados. Algunos se rompieron, otros no. Las ambiciones imperiales habían quedado bloqueadas y había sido ese hecho el que había desencadenado la época de colonización de tierras lejanas.

El Primer Imperio había encontrado enemigos que se negaron a hincar la rodilla. Ésa era, para Bruja de la Pluma,

la verdad más importante de todas, una verdad que, de forma conveniente y deliberada, se había olvidado. Ella había cobrado fuerzas de eso, pero tales detalles no eran en sí mismos más que la confirmación de descubrimientos que ella ya había hecho, allí fuera, en el ancho mundo. Había habido choques, pueblos de marinos fieros que se ofendían cuando una flota extranjera invadía sus aguas. Habían hundido barcos letherii y edur, figuras entre olas repletas de desechos, brazos alzados en una súplica desesperada, el tirón y el torbellino de los tiburones, los dhenrabi y otros misteriosos depredadores de las profundidades; gritos, gritos lastimeros que todavía resonaban en su cabeza y se retorcían en el fondo de su estómago. Asco y alegría a la vez.

Las tormentas que habían machacado la flota, sobre todo al oeste del mar del Dragón, habían revelado la verdadera inmensidad del poder natural, zurras caprichosas que se tragaban barcos enteros; era delicioso sentirse tan humilde, que cayera sobre ella el peso de la revelación. El Imperio de Lether era endeble; era igual que Uruth Sengar, se daba aires de grandeza cuando no era más que otro tugurio patético de mortales acobardados.

No lamentaría destruirlo.

Acurrucada al fin en su aposento favorito, el techo sobre su cabeza era una cúpula agrietada, las pinturas de escayola ocultas por las manchas y el moho, Bruja de la Pluma se sentó con las piernas cruzadas y sacó una bolsita de cuero. Dentro, la más preciada de sus posesiones. Podía palpar su modesto tamaño a través del tejido fino, las protuberancias, el extremo un poco irregular y, en el otro lado, el bucle de una uña que había seguido creciendo. Quería sacarlo, tocar una vez más la piel bruñida…

—Niña tonta.

Bruja de la Pluma se estremeció y se apartó con un siseo de la puerta. Una figura retorcida y deforme ocupaba el umbral (no lo había visto en mucho tiempo, ya casi se había olvidado).

—Hannan Mosag. No respondo ante ti. Y si me crees débil…

—Oh, no —resolló el rey hechicero—, no es eso. Elegí la palabra con cuidado cuando dije «tonta». Sé que has profundizado mucho en tu magia letherii. Has ido mucho más allá de arrojar esas viejas losas desconchadas de hace mucho tiempo, ¿verdad? Ni siquiera Uruth tiene la menor idea sobre tu Cedance, hiciste bien en disimular lo que habías aprendido. Sin embargo, a pesar de todo, sigues siendo tonta, sueñas con todo lo que podrías lograr, cuando, en realidad, estás sola.

—¿Qué quieres? Si el emperador se enterase de que andas escondiéndote por aquí abajo…

—No se enterará de nada. Tú y yo, letherii, podemos trabajar juntos. Podemos destruir esa abominación…

—Para poner a otro en su lugar, tú.

—¿De verdad crees que yo habría dejado que se llegara a esto? Rhulad está loco, al igual que el dios que lo controla. Hay que eliminarlos.

—Sé el hambre que ocultas, Hannan Mosag…

—¡No lo sabes! —soltó el edur de repente, y un estremecimiento se apoderó de él. Se adentró despacio en el interior del aposento y extendió una mano mutilada—. Mírame con atención, mujer. Ya ves lo que la hechicería del Encadenado le hace a la carne; oh, ahora estamos vinculados al poder del caos, a su sabor, a su gusto seductor. Jamás se debería haber llegado a esto.

—Eso es lo que no paras de decir —interrumpió ella con desdén—. ¿Y qué aspecto habría tenido el gran imperio de Hannan Mosag? ¿Una lluvia de flores en cada calle, todos los

ciudadanos libres de deudas, con los benignos tiste edur supervisándolo todo? —La joven se inclinó hacia delante—. Olvidas que nací entre tu gente, en tu propia tribu, rey hechicero. Recuerdo que pasé hambre durante las guerras de unificación. Recuerdo la crueldad que ejerciste sobre nosotros, los esclavos; cuando nos hacíamos viejos nos utilizabas como cebo para pescar cangrejos beskra, metías a nuestros ancianos en una jaula y la tirabas por un costado de tu knarri. Oh, sí, ahogarse era una bendición, pero a los que no te caían bien les mantenías la cabeza por encima de la marea y dejabas que los cangrejos los devoraran vivos, y te reías de sus gritos. Éramos músculo y cuando el músculo se agotaba, éramos simple carne.

—Y el endeudamiento es mejor…

—No, pues ésa es una plaga que se extiende a cada miembro de la familia, a cada generación.

Hannan Mosag sacudió la cabeza deforme.

—Yo no habría sucumbido al Encadenado. Él creía que me estaba usando, pero lo estaba usando yo a él. Bruja de la Pluma, no habría habido guerra. Ni conquista. Las tribus estaban unidas como una sola, yo me aseguré de eso. Nos aguardaba la prosperidad, quedar libres del miedo, y en ese mundo las vidas de los esclavos habrían cambiado. Quizá, de hecho, las vidas de los letherii entre los tiste edur habrían resultado atractivas para los endeudados de las tierras del sur, lo suficiente para hacer pedazos la columna vertebral del imperio, pues les habríamos ofrecido la libertad.

Bruja de la Pluma se giró y ocultó con un movimiento hábil la bolsita de cuero.

—¿Qué pretendes con todo esto, Hannan Mosag?

—Tú quieres derribar a Rhulad…

—Os derribaré a todos.

—Pero hay que empezar por Rhulad, eso lo entiendes. A menos que se le destruya a él, y a esa espada con él, no

puedes lograr nada.

—Si pudieras haberlo matado, rey hechicero, ya lo habrías hecho hace mucho tiempo.

—Oh, pero lo mataré.

La chica lo miró con furia.

—¿Cómo?

—Pues con su propia familia.

Bruja de la Pluma permaneció en silencio durante una docena de latidos.

—Su padre se encoge de miedo. Su madre no puede mirarlo a los ojos. Binadas y Trull están muertos y Temor ha huido.

—¿Binadas? —El aliento se escapó con un siseo lento de boca de Hannan Mosag—. No lo sabía.

—Tomad soñó la muerte de su hijo y Hanradi Khalag buscó su alma, no la encontró.

El rey hechicero la contempló con los ojos entornados.

—¿Y mi k’risnan intentó lo mismo con Trull Sengar?

—No, ¿por qué habría de hacerlo? Fue el propio Rhulad el que asesinó a Trull. Lo encadenó en el Naciente. Si se suponía que debía ser un secreto, fracasó. Nos enteramos, los esclavos nos enteramos de todo…

—Sí, os enteráis, y por eso podemos ayudarnos mutuamente. Bruja de la Pluma, tú deseas ver derrumbarse este imperio maldito, yo también. Y cuando eso ocurra, has de saber algo: tengo intención de llevarme a mis edur a casa. De regreso al norte. Si el sur se prende en llamas, no es asunto mío, dejo a los letherii en manos de los letherii, pues no hay receta mejor para su destrucción. Eso lo sabía desde el comienzo. Lether no puede sostenerse solo. Su apetito es una adicción y abusa de los recursos que necesita para sobrevivir. Tu pueblo ya había cruzado ese umbral, aunque ellos no lo sabían. Era mi sueño, Bruja de la Pluma, alzar un muro de poder y garantizar así la inmunidad de los tiste

edur. Dime, ¿qué sabes de la guerra que está a punto de estallar en el este?

—¿Qué guerra?

Hannan Mosag sonrió.

—La maraña comienza a deshacerse. Cojamos cada uno un hilo, tú en un extremo, yo en el otro. Detrás de ti, los esclavos. Detrás de mí, todos los k’risnan.

—¿Vive Trull Sengar?

—Es Temor Sengar el que busca el modo de destruir a Rhulad. Y yo voy a procurar que lo encuentre. Decide ahora, Bruja de la Pluma, ¿estamos del mismo lado?

La bruja se permitió una pequeña sonrisa.

—Hannan Mosag, cuando llegue el momento de destruirlo todo… será mejor que te arrastres rápido.

—No quiero verlos.

Con esas palabras el emperador se giró en su trono, levantó las piernas y pareció concentrarse en el muro que tenía a la izquierda. La espada de la mano derecha, la punta apoyada en el estrado, estaba temblando.

De pie, en un hueco a un lado, Nisall quiso acudir corriendo y extender los brazos hacia aquel atormentado edur muerto de miedo.

Pero Triban Gnol permanecía delante del trono. Esa audiencia le pertenecía a él y solo a él; y el canciller tampoco toleraría ninguna interrupción por parte de la concubina. Estaba claro que detestaba su misma presencia, pero era un detalle en el que Rhulad había insistido, la única victoria de Nisall hasta el momento.

—Alteza, estoy de acuerdo con vos. Vuestro padre, por desgracia, ha insistido en que os trasmita sus deseos. Le gustaría saludar a su amadísimo hijo. Es más, trae nefastas noticias…

—Las que más le gustan —murmuró Rhulad, cuyos ojos vacilaron como si buscara una forma de huir de la sala—. ¿Amadísimo? ¿Eso dijo? No, ya me parecía que no. Lo que ama es mi poder, lo quiere para sí. Para él y para Binadas…

—Disculpad mi interrupción, alteza —dijo Triban Gnol con una inclinación de la cabeza—. Hay noticias sobre Binadas.

El emperador se estremeció. Después se lamió los labios secos.

—¿Qué ha ocurrido?

—Se sabe ahora —respondió el canciller— que Binadas fue asesinado. Estaba al mando de una sección de la flota. Se produjo una batalla con un enemigo desconocido. Se intercambió hechicería terrible y los restos de ambas flotas se precipitaron al Naciente para terminar su batalla en ese reino inundado. Sin embargo, todo eso no fue más que el preludio. Después de que huyeran los restantes barcos enemigos, un demonio se topó con el barco de Binadas. Tal era su ferocidad que todos los edur fueron masacrados. Al propio Binadas lo clavó a su silla una lanza arrojada por ese demonio.

—¿Cómo —graznó Rhulad— se sabe todo esto?

—Vuestro padre… soñó. En ese sueño se encontró un testigo silencioso, fantasmal, atraído allí como por el capricho de un dios malévolo.

—¿Qué hay del demonio? ¿Todavía ronda por el Naciente? Iré a darle caza, lo destruiré. Sí, sobre él ha de caer la venganza. Era mi hermano. Y lo envié yo, a mi hermano, lo envié yo. Todos mueren cumpliendo mis órdenes. Todos ellos, y eso es lo que me dirá mi padre, oh, cómo ansía ese momento, ¡pero no lo tendrá! El demonio, sí, el demonio que acecha a los míos… —Sus enfebrecidas divagaciones se fueron apagando, y tan desfigurada estaba la cara de Rhulad que Nisall tuvo que apartar la vista, no fuera a estallar en llanto.

—Alteza —dijo el canciller en voz baja.

Nisall se puso rígida, a eso era a lo que se encaminaba Triban Gnol, todo lo acontecido hasta entonces iba dirigido a ese preciso momento.

—Alteza, han traído al demonio. Está aquí, emperador.

Rhulad pareció encogerse sobre sí mismo. No dijo nada, aunque empezó a mover la boca.

—Aspira a desafiaros —continuó Triban Gnol—. Sangre tarthena, pero más pura, según afirma Hanradi Khalag, que la de cualquier tartheno de este continente. Tomad supo lo que era en el momento en que el gigante puso el pie sobre palosangre edur. Lo supo, pero no fue capaz de enfrentarse a él, pues el alma de Binadas está en la sombra del tartheno, junto con un millar de otras desventuradas víctimas. Claman, todas y cada una, en busca de libertad y venganza. Alteza, la verdad debe de estar ya clara para vos. Vuestro dios lo ha traído. A vos, para que podáis asesinarlo, para que podáis vengar la muerte de vuestro hermano.

—Sí —susurró Rhulad—. Se ríe, oh, cómo se ríe. Binadas, ¿estás cerca? ¿Cerca de mí ahora? ¿Ansías la libertad? Bueno, si yo no puedo tenerla, ¿por qué habrías de tenerla tú? No, ya no hay prisa, ¿verdad? Querías este trono y ahora estás aprendiendo lo que se siente, solo una insinuación, sí, de todo lo que me acosa.

—Alteza —murmuró el canciller—, ¿no estáis impaciente por vengar a Binadas? Tomad…

—¡Tomad! —Rhulad dio una sacudida en el trono y miró furioso a Triban Gnol, que se echó hacia atrás de forma visible—. ¡Vio al demonio asesinar a Binadas y ahora cree que me hará lo mismo a mí! ¡Ése es el deseo de venganza que hay aquí, maldito idiota con escamas! ¡Tomad quiere que muera porque yo maté a Binadas! ¡Y a Trull! ¡He matado a sus hijos! ¿Pero de quién es la sangre que arde en mis venas? ¿De quién? ¿Dónde está Hanradi? Oh, ya sé por qué

no se le puede hallar en la antesala, ¡va a ver a Hannan Mosag! Se sumergen en la oscuridad y planean en susurros la traición… ¡ya he perdido la paciencia con ellos!

Triban Gnol abrió las manos.

—Alteza, tenía intención de hablar con vos de eso, pero en otro momento…

—¿De qué? ¡Dilo ya!

—Una humilde consulta del centinela Karos Invictad, alteza. Con todo respeto, os lo aseguro, pregunta cuál es vuestra voluntad en cuestiones de traición, no entre los letherii, por supuesto, pues eso lo tiene bajo control, sino entre los propios edur…

El grito ahogado de Nisall resonó en el repentino silencio de la sala. La mujer miró hacia donde estaban apostados los guardias edur y los encontró inmóviles como estatuas.

Rhulad parecía a punto de echarse a llorar.

—¿Traición entre los edur? ¿Mis edur? No, eso no puede ser, ¿tiene pruebas?

Un leve encogimiento de hombros.

—Alteza, dudo que se hubiera aventurado a consultarlo si no se hubiera tropezado sin querer con cierta… información sensible.

—Vete. Largo. ¡Largo!

Triban Gnol se inclinó y salió caminando de espaldas de la sala. Quizá se había excedido, pero la semilla había quedado plantada. En un suelo muy fértil.

En cuanto las puertas exteriores se cerraron, Nisall salió del hueco en el que se encontraba. Rhulad le hizo un gesto para que se acercara.

—Mi amor —susurró el emperador con voz infantil—, ¿qué voy a hacer? El demonio… lo han traído aquí.

—Nadie os puede derrotar, emperador.

—Y para destruirlo, ¿cuántas veces he de morir? No, no estoy listo. Binadas era un mago poderoso, capaz de

rivalizar con el propio rey hechicero. Mi hermano…

—Puede ser —aventuró Nisall— que el canciller haya errado sobre esos detalles. Es muy posible que el sueño de Tomad fuera un envío engañoso; hay muchos dioses y espíritus ahí fuera que ven al dios Tullido como un enemigo.

—No digas más. La confusión es mi condena; no entiendo nada. ¿Qué está pasando, Nisall?

—Ambiciones palaciegas, amado mío. El regreso de las flotas lo ha removido todo.

—Mis propios edur… tramando traiciones…

La concubina estiró un brazo y puso una mano en el hombro izquierdo del emperador. El más ligero de los roces, por un momento, después la retiró una vez más. *¿Me atrevo?*

—Karos Invictad es quizá el más ambicioso de todos. Disfruta con el reinado de terror que ha impuesto entre los letherii, y le gustaría expandirlo para incluir a los tiste edur. Alteza, soy letherii, conozco a los hombres como el centinela, sé lo que los empuja, lo que alimenta sus almas malignas. Ansía el control, pues su corazón tiembla de temor cuando se le escapa dicho control, cuando cree que reina caos. En su mundo, se ve atacado por todos lados. Alteza, el mundo ideal de Karos Invictad es un mundo rodeado por un mar de cadáveres, todo lo conocido e incognoscible borrado del mapa. Y ni siquiera entonces encontrará la paz.

—Quizá debería enfrentarse él a mí en la arena —dijo Rhulad con una repentina sonrisa cruel—. Cara a cara con un hijo del caos, ¿no crees? Pero no, necesito que dé caza a sus letherii. A los traidores.

—¿Y a ese letherii se le permitirá dominar a los tiste edur también?

—La traición no sabe de colores —dijo Rhulad, y volvió a cambiar de posición con gesto incómodo en el trono—. Fluye invisible sea cual sea el tono de la sangre. No he tomado

una decisión todavía. Necesito pensar, entenderlo. Quizá debería hacer llamar al canciller de nuevo.

—Alteza, una vez designasteis a un edur para que supervisara a los patriotas. ¿Lo recordáis?

—Pues claro que sí. ¿Me crees idiota, mujer?

—Quizá Bruthen Trana…

—Sí, ése. Ni una sola vez me ha informado. ¿Ha hecho lo que le ordené? ¿Cómo lo sé siquiera?

—Hacedlo llamar, entonces, alteza.

—¿Por qué se oculta de mí? A menos que conspire con los otros traidores.

—Alteza, sé con certeza que solicita audiencia con vos casi a diario.

—¿Lo sabes? —Rhulad la miró con los ojos entrecerrados —. ¿Cómo?

—Bruthen Trana me buscó y me rogó que hablara con vos en su nombre. El canciller le niega una audiencia con vos…

—¡Triban Gnol no es quién para negar nada! ¡Es letherii! ¿Dónde están mis edur? ¿Por qué nunca los veo? ¡Y ahora Tomad ha regresado, y Hanradi Khalag! ¡Ninguno de ellos quiere hablar conmigo!

—Alteza, Tomad aguarda en la antesala…

—Él sabía que le negaría la entrada. Me estás confundiendo, puta. No te necesito. ¡No necesito a nadie! Solo necesito tiempo. Para pensar. Eso es todo. Todos me tienen miedo, y con razón, oh, sí. Los traidores siempre tienen miedo, y cuando se descubren sus intrigas, ¡oh, cómo ruegan por sus vidas! Quizá debería matar a todo el mundo, un mar de cadáveres, entonces habría paz. Y eso es lo único que quiero. Paz. Dime, ¿el pueblo es feliz, Nisall?

La mujer inclinó la cabeza.

—No lo sé, alteza.

—¿Y tú? ¿Eres feliz conmigo?

—No siento nada más que amor por vos, emperador. Mi corazón es vuestro.

—Las mismas palabras que le dijiste a Diskanar, sin duda. Y a todos los otros hombres que has llevado a tu lecho. Que tus esclavas te preparen un baño, hiedes a sudor, mujer. Después espérame bajo sedas. —El emperador alzó entonces la voz—. ¡Llamad al canciller! ¡Deseamos hablar con él de inmediato! Vete, Nisall, tu hedor letherii me pone enfermo.

Mientras la mujer retrocedía, Rhulad levantó la mano libre.

—Queridísima mía, las sedas doradas… eres como una perla entre ellas. La perla más dulce…

Bruthen Trana aguardó en el pasillo hasta que Tomad Sengar, después de que se le negara una audiencia con el emperador, salió de la Sala de Ciudadanos. Bruthen se interpuso en el camino del anciano y se inclinó.

—Permítame saludarlo, Tomad Sengar —dijo.

Distraído, el anciano tiste edur lo miró con el ceño fruncido.

—Den-ratha. ¿Qué desea de mí?

—Una palabra o dos, no más que eso. Soy Bruthen Trana…

—Uno de los aduladores de Rhulad.

—Mucho me temo que no. Se me encargó en los primeros tiempos del régimen supervisar la organización de seguridad letherii conocida con el nombre de los patriotas. Como parte de mis responsabilidades debía informar al emperador en persona cada semana. Hasta el momento no he podido dirigirme a él ni una sola vez. El canciller se ha interpuesto y me impide la entrada todas y cada una de las veces.

—Mi hijo menor mama de la teta de Gnol —dijo Tomad Sengar en voz baja y amarga.

—En mi opinión —dijo Bruthen Trana—, el propio emperador no es del todo consciente del alcance de las barreras que el canciller y sus agentes han alzado a su alrededor, anciano Sengar. Aunque he intentado atravesarlas, hasta el momento he fracasado.

—¿Entonces por qué acude a mí, den-ratha? Yo soy menos capaz todavía de llegar a mi hijo.

—Es a los tiste edur a los que se está aislando de su emperador —dijo Bruthen—. No solo a usted y a mí. A todos nosotros.

—Hannan Mosag…

—Lo desprecian, se da por sentado que el rey hechicero es el responsable de todo esto. Su ambición, su pacto con un dios vil. Buscaba la espada para sí, ¿no es cierto?

—¿Entonces Rhulad está solo en verdad?

Bruthen Trana asintió.

—Hay una posibilidad… —añadió entonces—, hay una persona. La mujer letherii que es su primera concubina…

—¿Una letherii? —gruñó Tomad con desdén—. Tiene que estar loco. Es una agente de Gnol, una espía. Ha corrompido a Rhulad, ¿de qué otro modo podría seguir siendo primera concubina? Mi hijo jamás la habría tomado, a menos que ella tuviera alguna influencia nefaria sobre él. —El desdén crispó los rasgos del anciano—. Lo están utilizando, guerrero. Usted y yo no volveremos a hablar.

Tomad Sengar lo apartó de un empujón y bajó el pasillo a grandes zancadas. Bruthen Trana se volvió para verlo marchar.

Karos Invictad sacó un paño de seda carmesí y se secó el sudor de la frente, los ojos fijos en el extraño insecto bicéfalo

que andaba en círculos dentro de su jaula.

—Ni una sola disposición de las teselas detendrá a esta condenada y estúpida criatura. Empiezo a creer que esto es un engaño.

—Si fuera yo, señor —dijo Tanal Yathvanar—, habría aplastado el artilugio entero con el tacón hace ya mucho tiempo. Sin duda tiene que ser un engaño, la prueba es que usted no lo ha solucionado todavía.

El centinela alzó los ojos y miró a Tanal.

—No sé qué es más repugnante, que admitas que un insecto te ha derrotado, o ese patético intento de halagarme. —Dejó el paño otra vez en la mesa y se recostó—. La búsqueda estudiada de soluciones requiere paciencia y, lo que es más, cierto tipo de intelecto. Por eso tú jamás lograrás más de lo que tienes, Tanal Yathvanar. Tu competencia tiene un límite al borde del que te tambaleas… ah, no es necesario que la sangre se te acumule en el rostro, es lo que eres lo que me resulta tan útil. Es más, muestras una sabiduría poco común al contener tu ambición de ese modo, sin esforzarte por intentar lo que está por encima de tu capacidad. Ése es un talento escaso. Bien, ¿de qué tienes que informarme en esta magnífica tarde?

—Maese, estamos a punto de conseguir que nuestros esfuerzos incluyan a los tiste edur.

Karos Invictad alzó las cejas.

—¿Triban Gnol ha hablado con el emperador?

—Así es. Por supuesto, al emperador lo conmocionó la noción de que había traidores entre los edur. Tanto que echó al canciller del salón del trono. Durante un rato. —Tanal Yathvanar sonrió—. Un cuarto de campanada, al parecer. El tema no se volvió a abordar ese día, pero está claro que las sospechas de Rhulad sobre sus compatriotas edur han retoñado.

—Muy bien. No falta mucho, entonces. —El centinela volvió a inclinarse hacia delante y miró con el ceño fruncido el rompecabezas de la caja—. Es importante que se eliminen todos los obstáculos. Las únicas palabras que debiera oír el emperador deberían provenir de los labios del canciller. Tanal, prepara un informe sobre la primera concubina. —Alzó la vista de nuevo—. Supongo que comprendes que la oportunidad de liberar a esa erudita que tienes encadenada en las profundidades ya ha pasado, ¿no? Ahora no queda más alternativa que hacerla desaparecer.

Incapaz de hablar, Tanal Yathvanar se limitó a asentir.

—Te lo hago notar (y con cierta urgencia) porque, en cualquier caso, sin duda ya te habrás cansado de ella; y si no es así, ya deberías haberte cansado. Confío haberme explicado con claridad. ¿No disfrutarías sustituyéndola por la primera concubina? —Karos sonrió.

Tanal se lamió los labios secos.

—Un dosier así será difícil, amo…

—No seas tonto. Trabaja con los agentes del canciller. No nos interesan los datos objetivos. Invéntate lo que haga falta para incriminarla. No debería ser tan difícil. Bien sabe el Errante que práctica hemos tenido más que suficiente.

—No obstante, discúlpeme, señor, pero es la única amante del emperador.

—¿Tú no lo entiendes, verdad? No es el primer amor de Rhulad. No, había una mujer, una edur, que se suicidó… oh, da igual la versión oficial, tengo informes de testigos del trágico acontecimiento. Estaba encinta del hijo del emperador. Así pues, en todos los aspectos imaginables, esa mujer lo traicionó. Tanal, para Rhulad las lluvias acaban de pasar, y si bien la arcilla parece firme bajo sus pies, en realidad es fina como el papiro. A la primera insinuación de sospecha, Rhulad perderá la cabeza de rabia, tendremos suerte si podemos arrancar a la mujer de sus garras. Por

consiguiente, el arresto debe tener lugar en el palacio, en privado, cuando la primera concubina esté sola. Después hay que trasladarla aquí de inmediato.

—¿No cree que el emperador exigirá su regreso?

—El canciller aconsejará lo contrario, por supuesto. Por favor, déjanos los sutiles detalles de la naturaleza humana, y edur, a los que los comprendemos de verdad. Tendrás a la mujer, no temas. Para hacer con ella lo que te plazca, una vez que logremos su confesión, claro está. Ensangrentada y magullada, ¿no es así como las prefieres? Y ahora déjame. Creo que he hallado una solución para este artilugio.

Tanal Yathvanar permaneció un rato junto a la puerta cerrada, luchando por ralentizar los latidos de su corazón, la mente disparada. ¿Asesinar a Janath Anar? ¿Hacerla desaparecer como a todos los demás? *¿Que engorde a los cangrejos del fondo del río? Oh, Errante, no sé… si… no sé…*

Detrás de la puerta de la oficina se oyó un gruñido de frustración.

Por extraño que fuera, el sonido le encantó. *Sí, intelecto imponente, te derrota de nuevo. Esa pesadilla bicéfala en miniatura. A pesar de todas tus altaneras cavilaciones sobre tu propio genio, este rompecabezas te confunde. Quizá, centinela, el mundo no es como quisieras que fuera, no es tan claro, ni tan perfectamente diseñado como para agradecer tu dominio*.

Se obligó a echar a andar y bajó por el pasillo. No, no mataría a Janath Anar. La quería. Karos Invictad se quería solo a sí mismo; Tanal sospechaba que siempre había sido así y eso no iba a cambiar. El centinela no entendía la naturaleza humana, por mucho que se engañara y creyera lo contrario. De hecho, Karos se había traicionado con esa despreocupada orden de que la matara. *Sí, centinela, ésta*

es mi revelación. Soy más listo que tú. Y superior en todos los sentidos que importan de verdad. Tú y tu poder, solo pretendes compensar lo que no entiendes del mundo, el vacío que hay en tu alma y que debería ocupar la compasión. Compasión, y el amor que se puede sentir por otra persona.

Se lo diría. Le confesaría a esa mujer la profundidad de sus sentimientos, y después la desencadenaría y huirían. Se irían de Letheras. Fuera del alcance de los patriotas. Juntos construirían su vida de nuevo.

Bajó a toda prisa las escaleras húmedas, gastadas, lejos de los ojos de todos, y descendió a su propio mundo privado. Donde lo aguardaba su amor.

El centinela no podía llegar a todas partes, como Tanal estaba a punto de demostrar.

Bajó por la oscuridad, todo tan conocido ya que no necesitaba farol. Donde dominaba él, no Karos Invictad, no, allí no. Por eso el centinela lo atacaba una y otra vez, siempre con la misma arma, la amenaza implícita de desenmascararlo, de difamar el buen nombre de Tanal Yathvanar. Pero todos esos crímenes pertenecían a Karos Invictad. Imagina las acusaciones con las que podía contraatacar Tanal si hiciera falta, tenía copias de archivos; sabía dónde estaban enterrados todos los secretos. Las cuentas de la riqueza manchada de sangre que había amasado el centinela con las haciendas de sus víctimas, Tanal sabía dónde se guardaban esos documentos. Y en cuanto a los cadáveres de los que habían desaparecido…

Al llegar a la puerta cerrada con una barra que llevaba a la cámara de torturas, cogió el farol que había dejado en un saliente y, tras de unos cuantos esfuerzos, consiguió encender la mecha. Levantó la pesada barra y abrió de un empujón la puerta maciza con una mano.

—¿De vuelta tan pronto? —La voz era un graznido ronco.

Tanal entró en la cámara.

—Has vuelto a ensuciarte. Da igual, ésta es la última vez, Janath Anar.

—Has venido a matarme, entonces. Muy bien. Deberías haberlo hecho hace mucho tiempo. Estoy deseando abandonar esta carne rota. No puedes encadenar a un fantasma. Y así, con mi muerte, el prisionero serás tú. Tú serás el que sufra el tormento. Durante todo el tiempo que vivas, y espero de verdad que sea mucho, te susurraré al oído… —La mujer sufrió entonces un ataque de tos.

Tanal se acercó un poco más; se sentía vacío por dentro, la vehemencia de las palabras de la mujer lo habían despojado de toda su determinación.

Las esposas parecían llorar sangre, había estado luchando contra los grilletes otra vez. *Soñando con perseguirme, con destruirme. ¿En qué se diferencia de las demás, entonces? ¿Cómo pude esperar que fuera diferente?*

—Mírate —le dijo en voz baja—. Ya ni siquiera eres humana, ¿no te importa tu aspecto, no te importa cómo te vea cuando vengo aquí?

—Tienes razón —le contestó ella con voz áspera—. Debería haber esperado hasta que llegaras, hasta que te acercaras. Y después haberlo vaciado todo sobre ti. Lo siento. Me temo que mis intestinos no están en muy buena forma, los músculos se debilitan, es inevitable.

—No me perseguirás, mujer, tu alma es demasiado inútil, el Abismo se la llevará, estoy seguro. Además, todavía tardaré mucho en matarte…

—No creo que sea ya cosa tuya, Tanal Yathvanar.

—¡Todo es cosa mía! —chilló él—. ¡Todo!

Se acercó a ella a grandes zancadas y empezó a quitarle las cadenas de los brazos y las piernas. La mujer perdió el sentido antes de que él le hubiera liberado la segunda muñeca y se deslizó en un montón que casi le rompe las dos

piernas antes de que él se las arreglara para abrir los grilletes de los tobillos magullados y llenos de desgarros.

No pesaba casi nada y Tanal pudo moverse con rapidez y subir unas veinte escaleras hasta que llegó a un pasaje lateral. Bajo sus tambaleos, el viscoso suelo adoquinado bajaba en pendiente, la mujer echada al hombro, el farol balanceándose en su mano libre. Las ratas se escabullían de su camino y se apartaban a los lados, donde un flujo casi constante de aguas de escorrentía había tallado unos desagües estrechos y profundos.

Con el tiempo, el goteo de agua oscura del techo curvo se convirtió en una auténtica lluvia. Las gotas revivieron a Janath por un momento, lo suficiente para que gimiese, después tosió durante media docena de zancadas, y Tanal agradeció que se desmayara una vez más y cesaran los débiles arañazos que sentía en la espalda.

Y entonces llegó el hedor. *¿Desaparecer? Oh, no, están aquí. Todos ellos. Todos aquellos que desagradaban a Karos Invictad, aquéllos a los que no necesitaba, a los que quería quitarse de en medio.*

Entró en la primera de las enormes cámaras abovedadas con su pasarela de piedra rodeando un pozo profundo en el que cangrejos de concha blanca trepaban entre los huesos. Ese pozo estaba lleno a rebosar, que era lo que había obligado a abrir otro, y luego otro, y otro más… había tantos allí abajo, bajo el río.

Al llegar a la última de las cámaras, Tanal la dejó en el suelo y le encadenó una pierna a la pared. A ambos lados la erudita tenía compañía, aunque ninguna de las víctimas estaba viva. Tanal retrocedió cuando la mujer volvió a removerse.

—Esto es temporal —le dijo Tanal—. No te reunirás con los amigos que tienes al lado. Cuando vuelva, y no tardaré mucho, te volveré a trasladar. A una nueva celda que no

conoce nadie salvo yo. Allí te enseñaré a amarme. Ya verás, Janath Anar. No soy el monstruo que crees que soy. El monstruo es Karos Invictad, él me ha retorcido, me ha convertido en lo que soy. Pero Karos Invictad no es ningún dios. Ni inmortal. Ni… infalible. Como todos descubriremos. Cree que la deseo a ella, a esa puta del emperador, esa zorra sucia, perdida. Qué equivocado está. Oh, ahora hay tanto que hacer, pero te prometo que no tardaré mucho en volver. Ya verás, mi amor…

Despertó con el ruido de sus pisadas, que iban desapareciendo y luego se perdieron entre los chorritos y el goteo del agua. Estaba oscuro y hacía frío, más frío que nunca; estaba en otro sitio, en otra cripta, pero la pesadilla era la misma.

Levantó una mano, lo que pudo, y se limpió la cara. Sacó la mano resbaladiza de cieno. Y sin embargo… *las cadenas, ya no están*. A duras penas consiguió encoger los miembros y casi de inmediato oyó el tintineo de unos eslabones de hierro serpenteando por la piedra. *Ah, no del todo*.

Y entonces llegó el dolor, en cada articulación, un fuego desgarrador. Ligamentos y tendones, estirados durante tanto tiempo, empezaron a contraerse como cuerdas en llamas. *Oh, Errante, llévame*…

Volvió a abrir los ojos con un parpadeo y al recuperar la conciencia fue consciente de que sentía un hambre salvaje que se le enroscaba en el estómago encogido. Derramó desechos acuosos.

No valía la pena llorar. No valía la pena preguntarse cuál de los dos estaba más loco, él por sus apetitos básicos y crueldad sin sentido, o ella por aferrarse de ese modo a aquel resto de vida. Un duelo de voluntades, pero de una

desigualdad profunda, ella lo sabía en el fondo, lo había sabido todo el tiempo.

La sucesión de grandilocuentes conferencias que había elaborado en su mente resultaron ser una presunción hueca que le dejó un sabor amargo en la boca. Ese hombre la había derrotado porque las suyas eran armas sin razón, *así que yo respondí con mi propia locura. Pensé que funcionaría. En su lugar, terminé entregando todo lo que tenía que valía algo*.

Así que ahora, con el frío de la muerte acercándose con sigilo, solo puedo soñar con convertirme en un fantasma vengativo, impaciente por atormentar al que me atormentó a mí, con el ansia de ser para él lo que él fue para mí. Con la creencia de que tal equilibrio era justo, y que estaba justificado.

Una locura. Responder con la misma moneda es ser esa moneda.

Así que ahora déjame abandonar esto, irme para siempre…

Y sintió que la locura le tendía las manos, un abrazo que borraría toda su conciencia del yo, dejaría de saber quién había sido una vez, esa académica orgullosa y altanera con un intelecto prístino que ordenaba y volvía a ordenar el mundo. Hasta que incluso el sentido práctico se convirtió en una noción pintoresca, ni siquiera digno de ser debatido, porque el mundo exterior no merecía que uno le tendiera las manos, en realidad no; además, estaba manchado, ¿no era así? Por hombres como Tanal Yathvanar y Karos Invictad, los que gozaban con la suciedad que provocaban, porque solo el hedor del exceso podía penetrar en sus sentidos entumecidos…

… *como penetra en los míos. ¡Escucha! Regresa, paso tras vacilante paso*…

Una mano encallecida se posó en su frente.

Janath Anar abrió los ojos.

Una luz leve que salía de todas direcciones. Una luz cálida, dulce como un aliento. Se cernía sobre ella una cara. Anciana, arrugada y marchita, con los ojos profundos como los mares, incluso cuando las lágrimas los hacían brillar.

Sintió que arrastraban la cadena para acercarla. Después, el anciano dio un tirón con una mano y los eslabones se partieron como juncos podridos. El hombre estiró entonces los brazos y la levantó sin esfuerzo.

Abismo, el tuyo es un rostro dulce…

Oscuridad, una vez más.

Bajo el lecho del río, por debajo de sedimentos de casi una planta de grosor, descansaban los restos de casi dieciséis mil ciudadanos de Letheras. Sus huesos llenaban pozos antiguos que se habían perforado antes de la llegada del río, antes de que el curso hidrográfico de las montañas orientales cambiara como un cataclismo e hiciera que la serpiente azotara la cola y que el torrente tallara un nuevo canal, un canal que inundó una ciudad naciente incontables milenios antes.

Los ingenieros letherii de siglos anteriores se habían tropezado con esos constructos sumergidos y se habían preguntado por los pasillos encorvados y las cámaras abovedadas, se extrañaron ante los enormes y profundos pozos con su agua fría y transparente. Eran incapaces de explicar cómo era posible que esos túneles permanecieran más o menos secos, y que los canales tallados parecieran absorber el agua como alfombrillas esponjosas.

Ya no existían archivos que relataran esos descubrimientos, los túneles, las cámaras y los pozos eran un saber perdido para todos salvo unos cuantos elegidos. Y de la existencia de pasajes paralelos, puertas ocultas en las paredes de pasillos y cientos de tumbas menores, ni siquiera

esos cuantos eran conscientes. Ciertos secretos pertenecían en exclusiva a los dioses.

El dios ancestral metió a aquella mujer famélica y brutalizada en uno de esos pasajes laterales, la puerta voladiza se cerró sin ruido tras él. En su mente había recriminación, un torrente hirviente de rabia dirigido contra sí mismo. No había imaginado todo el alcance de la depravación y las matanzas llevadas a cabo por los patriotas, y sentía la fuerte tentación de despertarse y desatar toda su ira contra esos auténticos sádicos.

Por supuesto, eso atraería atención indeseada, lo que sin duda provocaría una matanza todavía mayor, una matanza que no haría distinción entre aquellos que merecían la muerte y los que no. Ésa era la maldición del poder, después de todo.

Como, bien sabía él, Karos Invictad no tardaría en descubrir.

Qué idiota, centinela. ¿Quién ha vuelto su mirada letal hacia ti? Letal, oh, sí, vaya si es letal.

Aunque quizá no muchos lo comprendieran, dados los rasgos de modesto atractivo y tan benignos que rodeaban esa cara.

Aun así, Karos Invictad, Tehol Beddict ha decidido que debes irte.

Y yo casi te compadezco.

Tehol Beddict estaba de rodillas en el suelo de tierra del cuchitril revolviendo entre un pequeño montón de escombros cuando oyó que alguien arrastraba los pies en la puerta. Miró por encima de un hombro.

—Ublala Pung, buenas noches, amigo mío.

El enorme tartheno mestizo se metió poco a poco en el aposento, encorvado a causa del techo bajo.

—¿Qué estás haciendo?

—Una cuchara de madera, o por lo menos un fragmento de la misma. Tuvo un papel fundamental en la preparación de la colación de esta mañana. Temo la posibilidad de que Bicho la haya tirado al fuego. ¡Ah! Aquí está, ¿ves eso? ¡Queda en ella un cuajarón de grasa!

—A mí me parece suciedad, Tehol Beddict.

—Bueno, hasta la suciedad tiene sabor —respondió el otro mientras se arrastraba hasta la olla que hervía a fuego lento en el hogar—. Por fin mi sopa adquiere una sutil suntuosidad. ¿Te lo puedes creer, Ublala Pung? ¡Mírame, reducido a hacer tareas serviles, incluso he de preparar mis propias comidas! Como lo oyes, a mi criado se le han subido los humos a la cabeza. Se da muchos aires, el bueno de Bicho. Quizá podrías darle algunas collejas por mí. Bueno, no soy tan indiferente como podrías pensar, está ese brillo de emoción acrecentada en tus más bien romos y porfiados rasgos. ¿Qué ha pasado? ¿Es que ha regresado Shurq Elalle?

—¿Estaría aquí si lo hubiera hecho? —preguntó Ublala—. No, Tehol Beddict. Se ha ido. Se ha hecho a la mar con todos sus jóvenes piratas. Yo era demasiado grande, ¿sabes? Tenía que dormir en cubierta, hiciera el tiempo que hiciera, y eso no tenía gracia, y esos piratas, no hacían más que querer atarme velas, riéndose como si fuera divertido o algo.

—Ah, bueno, los marineros tienen una mente muy simple, amigo mío. Y los piratas son en su mayoría marineros fracasados, lo que lleva su simpleza a extremos más profundos…

—¿Qué? Tengo noticias, sabes.

—¿Las tienes?

—Las tengo.

—¿Puedo saberlas?

—¿Quieres?

—Pues sí, de otro modo no habría preguntado.

—¿Quieres de verdad?

—Mira, si no te interesa decírmelo…

—No, me interesa. Decírtelo. Por eso estoy aquí, aunque me tomaré un poco de esa sopa si me invitas.

—Ublala Pung, puedes tomar la sopa que quieras, pero antes déjame sacar este trapo que metí en el caldo, no sea que te atragantes o algo.

—¿Trapo? ¿Qué clase de trapo?

—Bueno, pues más bien cuadrado. Creo que se utilizó para limpiar la encimera de la cocina, con lo que absorbió un sinfín de alimentos variados.

—Tehol Beddict, uno de pura sangre ha venido a la ciudad.

—¿Ésa es tu noticia?

El hombretón asintió con gesto solemne.

—¿Pura sangre?

Otro asentimiento.

—Así que un tartheno…

—No —interpuso Ublala Pung—. Pura sangre. Más pura que la de cualquier tartheno. Y porta una espada de piedra. En su rostro se ven los tatuajes más aterradores, como una losa hecha pedazos. Luce grandes cicatrices y un sinfín de fantasmas se arremolina tras él…

—¿Fantasmas? ¿Pudiste ver fantasmas siguiéndolo?

—¿Verlos? Pues claro que no. Pero los olí.

—¿En serio? ¿Y a qué huelen los fantasmas? Da igual. Un tartheno que es más tartheno que cualquier tartheno ha llegado a la ciudad. ¿Qué quiere?

—No lo entiendes, Tehol Beddict. Es un campeón. Está aquí para desafiar al emperador.

—Ah, pobre hombre.

—Sí. Pobre hombre, pero no es un hombre, ¿no? Es tiste edur.

Tehol Beddict miró con el ceño fruncido a Ublala Pung.

—Ah, es que estábamos hablando de dos pobres hombres diferentes. Bueno, hace un momento me hizo una visita un mensajero de Rucket, parece que la Casa de las Escamas se derrumbó durante ese terremoto. Pero no fue un terremoto normal, como los que, de todos modos, nunca se dan aquí. Ublala Pung, hay otro campeón, uno mucho más aterrador que cualquier tartheno de pura sangre. Reina la consternación entre los Cazarratas, todos los cuales parecen saber más de lo que dicen. La opinión parece ser que esta vez la búsqueda del emperador ha atraído un alijo de lo más letal.

—Bueno, yo no sé nada de eso —dijo Ublala Pung mientras se frotaba con aire pensativo el rastrojo de barba de la barbilla—. Solo que este pura sangre tiene una espada de piedra. Desportillada, como esas viejas puntas de lanza que la gente vende en los Mercados de Abajo. Es casi tan alta como él y él es más alto que yo. Lo vi coger a un guardia letherii y lanzarlo por los aires.

—¿Lanzarlo?

—Como un saco pequeño de… champiñones o algo.

—Así que tiene todavía peor genio que tú.

—Los de sangre pura no conocen el miedo.

—Ya. ¿Y cómo es que tú sabes algo sobre los de sangre pura?

—Los sereghal. Nuestros dioses, los que ayudé a matar, eran caídos de pura sangre. Expulsados.

—¿Así que el que acaba de llegar es el equivalente a uno de tus dioses, Ublala Pung? Por favor, no me digas que estás planeando matarlo. Quiero decir, tiene una espada de piedra y todo eso.

—¿Matarlo? No, no lo entiendes, Tehol Beddict. Éste, este pura sangre, es digno de auténtica veneración. No del modo en que apaciguábamos a los sereghal, eso era para que no se acercaran. Espera y verás, espera y verás lo que va a

pasar. Los míos se reunirán una vez que se corra la voz. Se reunirán.

—¿Y si el emperador lo mata?

Ublala Pung se limitó a negar con la cabeza.

Los dos miraron cuando Bicho apareció en la puerta, en sus brazos el cuerpo de una mujer desnuda.

—Pero bueno —dijo Tehol—, la olla no es tan grande. Además, por hambriento que esté, hay ciertos límites y comerse académicas los supera con creces…

El criado frunció el ceño.

—¿Reconoce a esta mujer?

—Pues sí, de mi antigua vida, repleta como estuvo de tutores severos y protagonistas de algún que otro encaprichamiento juvenil y demás. Por desgracia tiene un aspecto muy desmejorado. Siempre había oído que el mundo de los eruditos era feroz. Me pregunto qué debate sobre qué matices fue lo que provocó esto…

Bicho entró con ella y la depositó en su propio catre.

Cuando el criado retrocedió, Ublala Pung se acercó y golpeó a Bicho en un lado de la cabeza con la fuerza suficiente como para lanzar al anciano tambaleándose contra un muro.

—¡Espera! —le gritó Tehol al gigante—. ¡Basta!

Bicho se frotó la sien y miró a Ublala Pung con un parpadeo.

—¿A qué vino eso? —preguntó.

—Tehol dijo…

—Da igual lo que dije, Ublala. No fue más que un pensamiento pasajero, una cavilación desprovista de sustancia, unas palabras despreocupadas, desconectadas por completo de la acción física. Nunca pretendí…

—Dijiste que le hacían falta unas collejas, Tehol Beddict. Me lo pediste… porque se daba aires o algo así, así que tenía que pincharlo para que volviera a bajar. A mí no me pareció

más grande. Pero eso fue lo que dijiste. Dijiste que tenía muchos gases…

—Humos, no gases. A lo que voy es… dejad de mirarme así los dos. A lo que voy es que no estaba más que expresando unas cuantas quejas sin importancia de naturaleza doméstica. En ningún momento sospeché que Ublala Pung se lo iba a tomar de modo tan literal.

—Amo, es Ublala Pung.

—Lo sé, lo sé. Es obvio que el que fuera un intelecto tallado con precisión se ha despuntado en los últimos tiempos. —Entonces su expresión se iluminó—. ¡Pero ahora tengo una tutora!

—Una víctima de los patriotas —dijo Bicho, y miró a Ublala de soslayo mientras se acercaba a la olla que hervía en el hogar—. Por el Abismo del inframundo, amo, esto apenas pasa por agua cenagosa.

—Sí, por desgracia; necesita con desesperación tu magia culinaria. ¿Los patriotas? ¿La sacaste de prisión?

—Es una forma de decirlo. Sin embargo, no anticipo una caza del hombre generalizada por toda la ciudad. Iba a ser una de las personas que se limitan a desaparecer.

Ublala Pung lanzó una pequeña carcajada.

—Jamás la encontrarían si fuera una caza del hombre.

Los otros dos se lo quedaron mirando.

El mestizo tartheno señaló lo obvio con un gesto.

—Mirad, tiene pechos y eso.

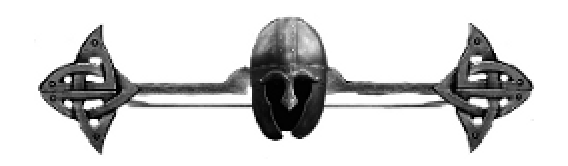
El tono de Bicho fue quedo cuando se dirigió a Tehol.

—Necesita una sanación suave, amo. Y paz.

—Bueno, no hay mejor refugio de los pavores del mundo que la morada de Tehol Beddict.

—Una caza del hombre —se volvió a reír Ublala, después sacudió la cabeza—. Esos patriotas son imbéciles.

8



Cuando la piedra es agua, el tiempo es hielo.
Cuando todo se congela,
los hados llueven en malhadado torrente.

Mi rostro revelado en esta piedra que es agua.
Las ondas, encerradas en su forma
un semblante de paso extraño.

Las eras se ocultarán cuando la piedra es agua.
Los ciclos atados a estas profundidades
son defectuosas ilusiones que rompen el torrente.

Cuando la piedra es agua, el tiempo es hielo.
Cuando todo se congela,
nuestras vidas son piedras en el torrente.

Y llovemos, llovemos
como agua sobre piedra
con cada golpe de la mano.

Agua y Piedra
—Ancestral Fent

El reino de Sombra albergaba lugares brutales, pero ni uno solo podía rivalizar con la brutalidad de las sombras del alma. Eran pensamientos que acosaban a Cotillion en esos

días. Se encontraba en una elevación; ante él, una ladera suave, alargada, que bajaba hasta las aguas plácidas de un lago. Un campamento improvisado era visible en una terraza plana a cuarenta pasos a su izquierda, una única casona flanqueada por dependencias medio enterradas que incluían un establo y un gallinero. El complejo entero (por fortuna no ocupado a la sazón salvo por una docena de gallinas, un gallo, un grajo irritado y cojo y dos vacas lecheras) había sido robado de otro reino, capturado por algún capricho de la casualidad o, más probablemente, la consecuencia de la ruptura de leyes misteriosas, como parecía ocurrir de forma esporádica durante la interminable migración del reino de Sombra.

Hubiera llegado como hubiera llegado, Tronosombrío se enteró de su existencia a tiempo de despachar un frenesí de espectros que reclamaron los edificios y los animales y los salvaron de la depredación de demonios errantes o, incluso, de uno de los mastines.

Tras el desastre junto al primer trono, la veintena de supervivientes había sido trasladada a ese lugar para que vagara y se maravillara ante los extraños artefactos dejados por sus anteriores habitantes: las proas de madera curva que coronaban los picos de la casona con sus intrincadas tallas serpentinas; las misteriosas joyas totémicas, la mayor parte de plata, aunque el ámbar también parecía ser común; los rollos de tela, lana tanto basta como fina; cuencos de madera y copas de bronce batido. Se pasearon entre todo ello, aturdidos, un vacío en los ojos…

Recuperándose.

Como si tal cosa fuese posible.

A su derecha, una figura solitaria envuelta en una capa permanecía al borde del agua, inmóvil, parecía clavar los ojos en la extensión impecable del lago. Cotillion sabía que no había nada normal en aquel lago, aunque el paisaje que

mostraba desde esa parte de la orilla era de una serenidad engañosa. Salvo por la falta de pájaros. Y la ausencia de moluscos, crustáceos y hasta insectos.

Cada bocado de la comida que alimentaba a los animales de la granja (y al desdichado grajo) lo traían los espectros que Tronosombrío había asignado a la tarea. Con todo, el gallo había muerto apenas unos días después de llegar. *Murió de pena, supongo. Ni un solo amanecer que despertar con su cacareo*.

Oyó voces detrás de la casona. Panek, Aystar y los otros niños supervivientes; bueno, apenas se les podía llamar niños. Habían visto batallas, habían visto morir a sus amigos, sabían que el mundo (cada mundo) era un lugar desagradable donde la vida humana no valía mucho. Sabían, también, lo que significaba que los usaran.

Playa abajo, mucho más allá de la solitaria figura encapuchada, caminaban Trull Sengar y el t'lan imass, Onrack el Fracturado. Como un artista con su musa inmortal, o quizá junto a él, un crítico de aire funesto. Una extraña amistad la suya. Claro que, los t'lan imass estaban llenos de sorpresas.

Con un suspiro, Cotillion echó a andar ladera abajo.

La cabeza encapuchada se giró a medias cuando se acercó Cotillion. Un rostro del tono del cuero bruñido, los ojos oscuros bajo el fieltro del borde de la capucha de lana.

—¿Has venido con la llave, Cotillion?

—Ben el Rápido, me alegro de ver que te has recuperado.

—Más o menos.

—¿Qué llave?

El destello de una sonrisa sin ganas.

—La que me libera.

Cotillion se detuvo junto al mago y estudió la extensión turbia de agua.

—Yo diría que podrías irte de aquí en cualquier momento. Eres mago supremo, con más de una senda a tu disposición. Fuerza una puerta y atraviésala.

—¿Me tomas por tonto? —preguntó Ben el Rápido en voz baja—. Este puñetero reino anda vagando por ahí. No hay forma de saber adónde saldría, aunque si mis suposiciones son correctas, tendría por delante un buen chapuzón.

—Ah. Bueno, me temo que estos días no presto demasiada atención a este tipo de cosas. ¿Estamos cruzando un océano, entonces?

—Eso sospecho.

—Entonces, desde luego, para viajar adonde sea necesitarás nuestra ayuda.

El mago le lanzó una mirada.

—Como pensaba. Has creado senderos, puertas con salidas fijas. ¿Cómo te las has arreglado, Cotillion?

—Oh, no es cosa nuestra, te lo aseguro. Nosotros solo nos topamos con ellos, por decirlo de algún modo.

—Los azath.

—Muy bien. Siempre has sido muy perspicaz, Ben Delat.

Un gruñido.

—Hace mucho tiempo que no uso esa versión de mi nombre.

—¿No? ¿Cuándo fue la última vez, lo recuerdas?

—Esos azath —dijo Ben el Rápido, que era obvio que había decidido hacer caso omiso de la pregunta—. La propia Casa de Sombra, aquí, en este reino, ¿correcto? De algún modo ha usurpado la puerta, la puerta original, Kurald Emurlahn. La Casa existe como una sombra arrojada y también como su manifestación física real. No se puede hacer ninguna distinción entre las dos. Un nexo… pero eso no es inusual para los constructos azath, ¿no? Lo que sí lo es, sin embargo, es que la puerta a Kurald Emurlahn fuese vulnerable, ya en primer lugar, ante tal usurpación.

—Cuestión de necesidad, supongo —dijo Cotillion, y frunció el ceño al ver una extensión lenta de ondas anchas que se acercaba a la orilla, la fuente de las mismas estaba bastante más lejos. *En absoluto lo que parece*…

—¿A qué te refieres?

El dios se encogió de hombros.

—El reino se hizo pedazos. Se moría.

—¿Los azath participaron en la sanación de los fragmentos? ¿Fue intencionado? ¿Fue a propósito, algo estudiado? ¿O del modo en que la sangre se seca para crear una costra? ¿Los azath no son más que una especie de sistema inmune natural, como el que desatan nuestros cuerpos para luchar contra la enfermedad?

—La amplitud de tus conocimientos eruditos es impresionante, Ben el Rápido.

—Qué más dará eso. Las sendas fueron el sacrificio supremo de K'rul, su propia carne, su propia sangre. Pero no las sendas ancestrales, o eso hemos de creer. ¿De quién eran las venas que se abrieron para crear ésas, Cotillion?

—Ojalá lo supiera. No, mejor no. Dudo que sea relevante, en cualquier caso. ¿Los azath se limitan a responder al daño o tras sus acciones hay una inteligencia que los guía? No puedo responderte. Dudo que alguien pueda. ¿Importa siquiera?

—A decir verdad, no lo sé. Pero no saberlo me pone nervioso.

—Tengo una llave para ti —dijo Cotillion tras un momento. Se acercaban Trull Sengar y Onrack—. Para los tres, de hecho. Si la queréis.

—¿Hay elección?

—No para ellos —dijo Cotillion al tiempo que señalaba con la cabeza a Trull y al t'lan imass—. Y no les vendría mal tu ayuda.

—Lo mismo se podía decir de Kalam Mekhar —dijo Ben el Rápido—. Por no hablar de la consejera Tavore.

—Sobrevivieron —respondió Cotillion.

—Pero no puedes estar seguro, no con Kalam. No puedes estar seguro del todo, ¿verdad?

—Estaba vivo cuando lo atrapó la Casa de Muerte.

—Eso es lo que dice Tronosombrío.

—No mentiría.

El mago lanzó una carcajada amarga.

—Kalam sigue vivo, Ben el Rápido. Lo tiene la Casa de Muerte, fuera del alcance del propio tiempo. Pero se curará. El veneno se degradará, perderá su eficacia. Tronosombrío salvó la vida del asesino…

—¿Por qué?

—Ésa es una pregunta más difícil de contestar —admitió Cotillion—. Quizá solo para desafiar a Laseen, y no debería sorprenderte que ésa fuera su única razón. Créeme, para Tronosombrío, eso basta. *—Alégrate, Ben Adaephon Delat, de que no te cuente la verdadera razón*.

Trull Sengar y Onrack se acercaron y después se detuvieron. El tiste edur llevaba la lanza nueva con punta de piedra atada a la espalda; vestía una capa larga para defenderse del frío, la lana teñida de un borgoña profundo, uno de los tesoros más útiles hallados en la casona. La sujetaba un broche exquisito que representaba una especie de martillo estilizado. A su lado, el esqueleto de Onrack el Fracturado estaba tan machacado, repleto de muescas y fisuras que era un milagro que el guerrero siguiera de una pieza.

El que habló fue el t'lan imass.

—Este lago, dios, la orilla del otro lado…

—¿Qué pasa con ella?

—No existe.

Cotillion asintió.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Trull Sengar—. Onrack dice que no es una puerta al otro lado. No hay nada de nada.

Cotillion se pasó una mano por el pelo, se rascó la barbilla (notó que necesitaba un afeitado) y miró con los ojos guiñados el agua.

—El otro lado está… pendiente.

—¿Qué significa eso? —quiso saber Ben el Rápido.

—Para entenderlo del todo, tendréis que ir allí, mago. Los tres, ése es el sendero de vuestro viaje. Y debéis partir pronto.

—Perdona si no nos mostramos muy impresionados —dijo el tiste edur con sequedad—. La última pesadilla en la que nos metiste nos ha convertido en aventureros más bien reticentes. Necesitamos una razón mejor, Cotillion.

—Me lo imagino.

—Estamos esperando —dijo Ben el Rápido, que se cruzó de brazos.

—Por desgracia, no puedo ayudaros. Cualquier explicación que intente daros influirá en vuestra percepción de lo que encontraréis al final de vuestro viaje. Y no se debe permitir que ocurra eso, porque el modo en que percibís dará forma y, de hecho, definirá la realidad de lo que os aguarda. —Volvió a suspirar—. Lo sé, no es muy útil.

—Entonces llama a Tronosombrío —dijo Trull Sengar—. Quizá él pueda hacerlo mejor.

Cotillion se encogió de hombros y asintió.

Una docena de latidos después una sombra casi informe se alzó entre ellos, y de ella surgió un bastón nudoso al final de un brazo flaco y huesudo. El dios miró a su alrededor, bajó los ojos y se encontró metido en el agua hasta los tobillos. Con un siseo, Tronosombrío levantó los extremos raídos de su manto y se acercó al terreno seco dando brincos.

—Ah, qué divertido, ¿no? —canturreó—. Granujas, todos vosotros. ¿Qué queréis? Estoy ocupado. ¿Lo entendéis? Ocupado.

Onrack extendió un brazo esquelético y señaló el lago.

—Cotillion pretende enviarnos al otro lado del agua en una misión que no desea explicar, para lograr objetivos que se niega a definir en un lugar que no puede describir. Así pues, acudimos a ti, informe, para que te pronuncies sobre lo que él no quiere.

Tronosombrío lanzó una risita.

Cotillion apartó los ojos al sospechar lo que iba a pasar.

—Será un placer, huesitos. Respondo de este modo. Es lo que cree Cotillion. El gallo se murió de pena.

Una maldición de Ben el Rápido cuando Tronosombrío desapareció en la nada con un remolino.

Cotillion les dio la espalda.

—Os aguardan provisiones junto a la casona. Cuando regreséis aquí abajo, estará preparado un bote. Despedíos de Minala y los niños de la forma más breve posible. El camino que os espera es largo y arduo y nos estamos quedando sin tiempo.

El Gratitud Imperecedera se escoró con fuerza a estribor, la tempestad mordía con el hedor frío del hielo. A tirones, y medio trepando para abrirse camino por la cubierta de popa mientras la tripulación luchaba contra las bruscas arremetidas, el primer oficial Skorgen Kaban llegó junto al puesto del práctico, donde Shurq Elalle, sujeta con un arnés de cuero, se había plantado con las piernas bien abiertas.

Parecía inmune a la temperatura gélida, las ráfagas de viento no habían levantado ni siquiera una insinuación de color en sus mejillas. Una mujer misteriosa, desde luego. Misteriosa, insaciable, sobrenatural, era como una diosa del

mar de la antigüedad, un súcubo hechicero que los atraía a todos hacia la perdición, pero no, era mejor no pensar eso, no en ese momento, ni nunca. O, por lo menos, mientras siguiera navegando con ella.

—¡Capitana! Va a ser por los pelos… ¡esas montañas de hielo se están acercando al tajo, quizá más rápido que nosotros! ¿Se puede saber de dónde salieron, en el nombre del Errante?

—Lo conseguiremos —afirmó Shurq Elalle—. Rodéala y métete al socaire de la isla, es la orilla noroeste la que van a machacar. Me asombraría si los muros de la ciudadela de ese lado sobreviven a lo que se les viene encima. Mira el Límite, Guapo, no son más que colmillos de hielo, no sé de dónde ha salido todo esto, pero está devorando la costa entera.

—Puñetero frío, eso es lo que es —rezongó Skorgen—. Quizá deberíamos dar la vuelta, capitana. Total, esa flota no vino a por nosotros, podríamos poner rumbo a la desembocadura del Lether…

—Y morirnos de hambre antes de llegar a medio camino. No, Guapo, el Segundo Fuerte de la Doncella ahora es un estado independiente, cosa que empieza a atraerme. Además, siento curiosidad. ¿Tú no?

—No la suficiente como para arriesgarme a que me aplasten esas mandíbulas blancas, capitana.

—Saldremos de ésta.

El revoltijo de materiales que era la cresta de los palpitantes icebergs era del color del cuero viejo, hecho jirones por los fragmentos revueltos de hielo, raíces de árboles, troncos hechos pedazos y enormes rocas rotas que parecían desafiar la atracción de las profundidades, al menos durante el tiempo suficiente para aparecer encima del agua, como si aquello fuera el borde de un tobogán y rodaran por la

superficie del tumulto antes de desvanecerse de mala gana en las profundidades.

La niebla salía dando tumbos de ese oleaje como cortinas podridas, punteada y rasgada por los vientos feroces; Shurq Elalle, de cara a popa, observaba el remolino que palpitaba en su estela. Remolino que estaba ganando terreno, pero no lo bastante rápido; en solo unos momentos el barco iba a rodear el cabo rocoso de la isla, que parecía lo bastante formidable como para desviar el hielo costa abajo.

Al menos eso esperaba. Si no, el puerto del Segundo Fuerte de la Doncella estaba condenado. *Igual que mi barco y mi tripulación*. En cuanto a ella, bueno, si se las arreglaba para evitar terminar aplastada o congelada, seguramente podría abrirse paso, quizá hasta trepar a bordo para el largo viaje hasta el continente.

No llegaremos a eso. A las islas no las empujan de acá para allá. En todo caso las entierran, claro que Fent Límite es donde se está amontonando todo, lo que nos persigue aquí es solo un brazo exterior, y antes de mucho tiempo estará luchando contra la marea. El Errante nos libre, imagínate lo que le ocurrió a la tierra edur, esa costa entera debió de terminar hecha pedazos, o tragada entera. Pero qué rompió la presa, eso es lo que yo quiero saber.

El Gratitud Imperecedera rodeó la punta con un gran gemido, el viento amainó a toda prisa y el barco se aposentó en el agua y comenzó su lento avance entre los muros altos del puerto. Una isla prisión, sin duda, quedaban todas las pruebas: las fortificaciones inmensas, las torres con visuales y arcos de fuego orientados tanto hacia el mar como hacia tierra. Enormes ballestas, mangonelos y escorpiones montados en cada espacio disponible, y en el propio puerto unas islas de piedra albergaban fuertes en miniatura festoneados de banderas de señales, con rápidas galeras de persecución de diez hombres amarradas a ellas.

Una docena de barcos estaban anclados en las aguas picadas. En los muelles, Shurq vio figuras diminutas que corrían en todas direcciones, como hormigas tras darle una patada al nido.

—Guapo, vamos a echar el ancla al otro lado de ese dromon tan raro. Parece que nadie nos va a prestar mucha atención, ¿oyes ese rugido? Es la costa noroeste recibiendo el golpe.

—Toda la puñetera isla podría hundirse, capitán.

—Por eso vamos a quedarnos a bordo, para ver lo que pasa. Si tenemos que tirar al este, quiero que estemos listos para largarnos.

—Mira, viene hacia aquí una gabarra del puerto.

Maldita sea.

—Típico. El mundo se hunde, pero eso no detiene a los recaudadores de impuestos. De acuerdo, prepárate para recibirlos.

El ancla había bajado con un traqueteo para cuando la gabarra se abrió paso a su lado. Dos mujeres de aspecto oficial treparon a bordo, una alta, la otra baja. Esta última fue la primera en hablar.

—¿Quién es el capitán aquí y de dónde sois?

—Soy la capitana Shurq Elalle. Hemos subido de Letheras. Veinte meses en el mar con una bodega llena de mercancía.

La mujer alta, delgada, pálida, con el pelo rubio y correoso, sonrió.

—Muy servicial por tu parte, querida. Bueno, si sois tan amables, aquí Brevedad bajará a la bodega a inspeccionar la carga.

—Y aquí Sucinta —dijo después la mujer baja y morena, Brevedad— os cobrará los honorarios por echar el ancla.

—Quince diques al día.

—¡Eso es un poco excesivo!

—Bueno —dijo Sucinta con un encogimiento de hombros torcido—, parece que el puerto tiene los días contados. Mejor sacamos lo que podamos.

Brevedad estaba mirando al primer oficial de Shurq con el ceño fruncido.

—¿Tú no serás Skorgen Kaban el Guapo, verdad?

—Pues sí, soy yo.

—Pues resulta que tengo tu ojo perdido, Skorgen. En un tarro.

El hombre frunció el entrecejo y miró a Shurq Elalle antes de hablar.

—Tú y unas cincuenta personas más.

—¿Qué? ¡Pero si pagué una pasta! ¿Cuánta gente pierde un ojo estornudando? ¡Por el Errante, eres famoso!

—¿Así que estornudando? ¿Eso fue lo que oíste? ¿Y te lo creíste? Por todos los espíritus del inframundo, muchacha, ¿y cuánto le pagaste al granuja?

Shurq se dirigió a Sucinta.

—Aquí tu amiga y tú podéis inspeccionar la carga si queréis, pero si no vamos a descargar, la cosa no pasa de ahí, y si descargamos o no dependerá de los precios que tus compradores estén dispuestos a ofrecer.

—Te lo demostraré —dijo Brevedad al tiempo que se acercaba a Skorgen Kaban—. Es el gemelo de ése, lo noto desde aquí.

—No puede ser el gemelo —replicó el primer oficial—. El ojo que perdí era de un color diferente a éste.

—¿Tenías ojos de diferente color?

—Eso es.

—Eso es una maldición entre los marineros.

—Quizá por eso ya no'ta ahí. —Skorgen señaló con un gesto el dromon cercano—. ¿De ónde es ése? Jamás he visto líneas como ésas, y, aparte, parece que ha visto un follón o dos.

Brevedad se encogió de hombros.

—Extranjeros. Aparecen de vez en cuando…

—Se acabó ya —interpuso Sucinta—. Comprueba la carga, cielo. No perdamos más el tiempo.

Shurq Elalle se volvió y examinó el barco extranjero con más atención tras aquel peculiar intercambio. El dromon parecía muy castigado por los elementos, decidió, pero el único ojo de su primer oficial había sido muy perspicaz; el barco había estado en una batalla, una batalla en la que había habido hechicería. Unas vetas negras, carbonizadas, recubrían el casco como una telaraña pintada. *Un buen montón de hechicería. Ese barco debería estar hecho astillas*.

—Escuchad —dijo Sucinta, que estaba mirando hacia tierra—. Lo han hecho retroceder, como dijeron.

El incipiente cataclismo parecía estar sufriendo una muerte rápida, allí, al otro lado de la isla, donde unas nubes de cristales de hielo ondeaban en el cielo. Shurq Elalle se giró y miró al mar, al sur, más allá del promontorio. El hielo, que parecía un inmenso lago helado, se estaba apilando en la estela de la violenta vanguardia que tan cerca había estado de hacer naufragar al Gratitud Imperecedera. Pero su energía se iba disipando a toda velocidad. Una ráfaga de viento cálido atravesó la cubierta.

Skorgen Kaban lanzó un gruñido.

—¿Y a cuántas víctimas sacrificaron en el acantilado para ganarse este aplacamiento? —Se echó a reír—. ¡Claro que, seguramente aquí lo que no escasea son los prisioneros!

—No hay prisioneros en esta isla —dijo Sucinta, que adoptó una expresión arrogante y se cruzó de brazos—. En cualquier caso, zoquete ignorante, los sacrificios de sangre no habrían ayudado, solo es hielo, después de todo. Las enormes láminas del norte fueron y rompieron no hace ni una semana, y aquí estábamos sudando cosa mala, y eso no

es algo que se vea por estas tierras, en Segundo Fuerte de la Doncella. Que me lo digan a mí, que nací aquí.

—¿Nacida de prisioneros?

—¿Es que no me has escuchado, Skorgen Kaban? No hay prisioneros en esta isla…

—No desde que echasteis a vuestros carceleros, querrás decir.

—Ya basta —dijo Shurq Elalle, que vio que el resentimiento de la mujer iba subiendo unas cuentas muescas más por el palo mayor, y eso que ya estaba bastante arriba—. Segundo Fuerte es ahora independiente, y eso despierta en mí una admiración sin límites. Dime, ¿cuántos barcos edur atacaron vuestra isla en la invasión?

Sucinta lanzó un bufido.

—Les echaron un vistazo a las fortificaciones, se olieron los magos que habíamos soltado por los muros, y nos rodearon sin pararse más.

Las cejas de la capitana se alzaron unos milímetros.

—Había oído que hubo pelea.

—La hubo, cuando se declaró nuestra gloriosa liberación. Después de los terribles accidentes que le acaecieron a nuestro alcaide y sus compinches.

—¡Accidentes, ja! Ésa sí que es buena.

Shurq Elalle miró con furia a su primer oficial, pero como a la mayor parte de los hombres, al tipo no le hizo ningún efecto esa advertencia no verbal.

—Me llevo ahora los quince diques —dijo Sucinta con tono frío—. Más los cinco diques de la cuota de desembarco, suponiendo que tengáis intención de bajar a tierra para coger provisiones, vender vuestra carga, o ambas cosas.

—No habías mencionado los cinco…

—Guapo —lo interrumpió Shurq Elalle—, vete abajo y échale un vistazo a Brevedad, puede que tenga preguntas sobre nuestros productos.

—Sí, capitana. —Con una última mirada furiosa a Sucinta, el Guapo se fue cojeando a la trampilla.

Sucinta miró con los ojos entrecerrados a Shurq Elalle durante un momento, después examinó a los marineros que estaban a la vista.

—Sois piratas.

—No seas absurda. Somos comerciantes independientes. Vosotros no tenéis prisioneros en vuestra isla. Yo no tengo piratas en mi barco.

—¿Qué estás sugiriendo con esa afirmación?

—Está claro que si estuviera sugiriendo algo, tú ni te habrías enterado. He de entender que no eres la capitana del puerto, solo una recaudadora de peajes. —Se volvió cuando primero Skorgen y después Brevedad salieron a cubierta. A la bajita le brillaban los ojos.

—¡Sucinta, tienen un porrón de cosas!

—Eso sí que es un informe preciso —dijo Shurq Elalle—. Brevedad, asegúrate de informar al capitán del puerto de que deseamos un amarradero en uno de los muelles de piedra, para llevar a cabo mejor la descarga de nuestra mercancía. Un mensajero que saliera a informar a los compradores en potencia también podría resultar… ventajoso. —Miró a Sucinta, después apartó los ojos y añadió —: En cuanto a las cuotas de amarre y desembarco, las saldaré directamente con el capitán del puerto una vez que haya negociado su comisión.

—Te crees muy lista —soltó Sucinta—. Debería haber traído un pelotón conmigo, ¿qué te habría parecido eso, eh, capitana? Que metieran las narices aquí y allá y echaran un verdadero vistazo. ¿Qué te parecería?

—Brevedad, ¿quién gobierna Segundo Fuerte? —preguntó Shurq Elalle.

—Temblor Brullyg, capitana. Es gran maestro de la Asamblea Putativa.

—¿La Asamblea Putativa? ¿Estás segura de que la palabra es ésa, muchacha? ¿Putativa?

—Eso fue lo que dije. Es así, ¿no, Sucinta?

—La capitana se cree que es muy lista, pero no es tan lista, ¿verdad? Espera a que conozca a Temblor Brullyg, menuda sorpresa se va a llevar…

—La verdad es que no —dijo Shurq—. Resulta que conozco a Temblor Brullyg. Hasta sé por qué delito lo encerraron. La única sorpresa es que siga vivo.

—Nadie mata a Temblor Brullyg con tanta facilidad —dijo Sucinta.

Un miembro de la tripulación estalló en una carcajada que de inmediato convirtió en una tos.

—Aguardaremos la respuesta del capitán del puerto —dijo Shurq Elalle.

Sucinta y Brevedad regresaron a su gabarra y la primera cogió los remos.

—Qué mujeres más raras —murmuró Skorgen Kaban mientras observaban alejarse la barquita entre bamboleos.

—Una isla llena de presos que han engendrado entre sí —respondió Shurq con un murmullo—. ¿Te sorprende, Guapo? Y si no bastara con eso, un Temblor de pura raza, que además resulta que está como una cabra, es el que gobierna el gallinero. Déjame decirte una cosa, nuestra estancia podría ponerse interesante.

—Odio lo interesante.

—Y es probable que resulte lucrativa.

—Ah, bien. Me gusta lo lucrativo. Puedo tragar lo interesante siempre que sea lucrativo.

—Que los marineros se preparen para izar el ancla. Dudo que tengamos que esperar mucho por la bandera de señales del capitán del puerto.

—Sí, capitana.

Udinaas estaba sentado observándola limpiar y aceitar su espada. Una espada edur puesta en sus manos por un guerrero tiste edur. Todo lo que necesitaba aquella mujer era una casa para poder enterrar el maldito trasto. Ah sí, y el fatídico regreso de su futuro marido. Bueno, quizá no había querido decir nada con eso; un simple gesto práctico por parte de uno de los hermanos de Temor, el único hermano Sengar que Udinaas, de hecho, respetaba. Quizá, pero quizá no.

El interminable soniquete zumbaba por los muros de piedra, un sonido incluso más lúgubre que los francos gruñidos de las mujeres edur en los duelos. Los Magos de Ónice estaban llevando a cabo una ronda de consultas. Si había algo de verdad en una afirmación así, entonces la versión sacerdotal de su idioma era incomprensible y desprovista del ritmo que, por lo general, se encontraba tanto en las canciones como en el lenguaje hablado. Y si no era más que un cántico, entonces los viejos idiotas ni siquiera podían ponerse de acuerdo en el tempo.

Y él que había creído que los tiste edur eran raros. No eran nada comparados con esos tiste andii, que habían llevado el aspecto arisco a extremos inhumanos.

Aunque tampoco era de extrañar. El Andara era un edificio de piedra negra medio deshecha y situado en la base de una garganta repleta de desperdicios. Tan aislado como una prisión. Las paredes del risco eran un laberinto de cuevas salpicado de cámaras irregulares, como burbujas gigantes estalladas a lo largo de unos túneles serpenteantes. Había pozos sin fondo, callejones sin salida, pasajes tan empinados que solo podían atravesarse con escalas de cuerda. Unas torres huecas se alzaban como agujas invertidas a través de la roca sólida, mientras que

sobre simas subterráneas se arqueaban puentes estrechos de piedra pómez blanca, tallados con formas amorfas y construidos sin argamasa. Había un lago de lava endurecida, más liso que el hielo pulido por el viento, la obsidiana veteada de rojo, y ésa era la Cámara Amass, donde la población entera podía reunirse (descalza) para presenciar las interminables disputas de los maestros de la Revelación, también conocidos como los Magos de Ónice.

Maestro de la Roca, del Aire, de la Raíz, del Agua Oscura, de la Noche. Cinco magos en total que se peleaban por la precedencia en procesiones, por las jerarquías de propiciación, el largo apropiado del dobladillo de las túnicas del Ónice y el Errante sabría qué más. Con esos neuróticos medio chiflados, cualquier erizo en la tela se convertía en una masa de arrugas y pliegues.

Por lo que Udinaas había llegado a entender, no más de catorce del alrededor de medio millar de habitantes (aparte de los propios magos) eran tiste andii puros y, de ésos, solo tres habían visto la luz del día (a la que daban el curioso nombre de «estrellas cegadas»), solo tres habían trepado al mundo que se abría allí arriba.

No era de extrañar que se hubieran vuelto todos chavetas.

—¿Por qué será —dijo Udinaas— que cuando algunas personas se ríen, parece más bien que lloran?

Seren Pedac alzó la vista de la espada que le ocupaba las rodillas, el paño manchado de aceite en sus manos de dedos largos.

—Yo no oigo reírse a nadie. Solo llantos.

—No me refería necesariamente a cuando lo hacen en voz alta —respondió él.

Un bufido de Temor Sengar, que se había sentado en un banco de piedra cerca del portal.

—El aburrimiento te está robando los últimos fragmentos de cordura, esclavo. Yo por lo menos no los voy a extrañar.

—Los magos y Silchas deben de estar discutiendo cómo te van a ejecutar, Temor Sengar —dijo Udinaas—. Al fin y al cabo, eres su enemigo más odiado. Hijo del Traidor, engendro de mentiras y todo eso. Encaja con tu gloriosa misión, de momento al menos, ¿no? Metido en la guarida de la víbora, todo héroe tiene que hacerlo, ¿no? Y momentos antes de que la perdición caiga sobre ti, sale siseando tu espada encantada y los malvados secuaces mueren por decenas. ¿Alguna vez te has preguntado cuáles serán las consecuencias de semejante matanza? Una despoblación pavorosa, familias hechas pedazos, bebés llorando, y si se cruzase ese umbral crucial, entonces está garantizada la extinción inevitable, que se cerniría sobre ellos como un espectro horripilante. Oh, sí, oí lo mío cuando era niño, relatos épicos, poemas y todo lo demás. Pero a mí siempre me preocupaban… esos malvados secuaces, las víctimas de los héroes de brillantes armaduras y su intratable rectitud. Es decir, alguien invade tu escondite, tu amado hogar, y por supuesto que intentas matarlo y comértelo. ¿Quién no lo haría? Ahí estaban, con cara de feos y sospechosos, ocupados con sus vidas sin importancia, trenzando sogas o algo parecido. ¡Y entonces el gran susto! ¡Saltan todas las alarmas! ¡Los intrusos se han deshecho de algún modo de sus cadenas y la muerte es un torbellino en cada pasillo!

Seren Pedac envainó la espada.

—Creo que me gustaría oír tu versión de esos relatos, Udinaas. Cómo te gustaría a ti que terminaran. Como mínimo, para pasar el rato.

—Preferiría no ofender los oídos inocentes de Tetera…

—Está dormida. Algo que hace mucho últimamente.

—Quizá esté enferma.

—Quizá sabe que es la mejor manera de entretener la espera —respondió la corifeo—. Vamos, Udinaas, ¿cómo termina esa épica heroica tuya, tu versión revisada?

—Bueno, primero, la guarida oculta de los malos. Se está cociendo una crisis. Las prioridades se han confundido, algún gobernante malvado del pasado que carecía de habilidades de gestión o algo así. Así pues, tienen mazmorras e instrumentos de tortura ingeniosos, pero, en último caso, ineficaces. Tienen cámaras de vapor con enormes calderos que aguardan la carne humana para endulzar la olla, pero, por desgracia, nadie se ha pasado por allí en un tiempo. Después de todo, según dicen, la guarida está maldita, es un lugar del que ningún aventurero regresa jamás, todo propaganda dudosa, por supuesto. De hecho, la guarida es un buen mercado para los leñadores de la zona y los fabricantes de brea (hogares enormes, antorchas y lámparas de aceite turbio), ése es el problema de las guaridas subterráneas, que está oscuro. Y lo peor es que todo el mundo lleva ochocientos años compartiendo el mismo catarro. Pero bueno, hasta una guarida de malvados tiene las necesidades básicas de una existencia razonable. Verduras, cestas de moras, especias y medicinas, tela y cerámica, pieles y cuero bien roído, sombreros de aspecto maléfico. Y eso que ni siquiera he mencionado las armas y los uniformes intimidantes.

—Te has apartado del curso de tu narrativa, Udinaas —comentó Seren Pedac.

—Es cierto, y ése también es un punto esencial. La vida es así. Damos un tropezón y nos desviamos. Igual que esos malvados secuaces. Una crisis, no hay prisioneros nuevos, no hay carne fresca. Los niños se mueren de hambre. Es un verdadero desastre.

—¿Cuál es la solución?

—Pues inventar una historia. Un objeto mágico en su posesión, algo para atraer a los imbéciles a la guarida. Es razonable, si lo piensas bien. Todo cebo necesita un gusano que se retuerza. Y entonces escogen entre ellos a uno que haga el papel del «maestro loco», el que pretende liberar los nefastos poderes de ese objeto mágico y provocar una utopía de cadáveres animados que atraviesen dando traspiés un reino de ceniza y desechos. Bueno, si eso no atrae a los héroes en tropel, no los atraerá nada.

—¿Tienen éxito?

—Durante un tiempo, pero recuerda esos instrumentos de tortura mal hechos. Es inevitable, algún idiota emprendedor con suerte siempre termina por liberarse y aplasta el cráneo de un guardia adormilado, o de más de uno, y se arma el follón. Una matanza interminable, cientos, luego miles de guerreros malvados sin adiestrar que se olvidaron de afilar sus espadas, por no hablar ya de los escudos de corteza de abedul que les vendió el leñador de la joroba.

Hasta Temor Sengar lanzó una carcajada reticente al oír eso.

—De acuerdo, Udinaas, tú ganas. Creo que prefiero tu versión, después de todo.

Udinaas se quedó callado de la sorpresa y miró a Seren Pedac, que le sonrió.

—Acabas de revelar tu verdadero talento, Udinaas —dijo la corifeo—. Así que el héroe consigue vencer. ¿Y luego qué?

—Qué va, el héroe no hace nada de eso. Lo que hace es pillar un resfriado en esos túneles húmedos y oscuros. Consigue salir vivo, sin embargo, y se retira a una ciudad cercana, donde la plaga que trasmite se extiende y mata a todo el mundo. Y durante miles de años, el nombre de ese héroe es una maldición tanto para los que viven en la superficie como para los que están bajo el suelo.

Tras un momento, el que habló fue Temor.

—Ah, hasta tu versión tiene una advertencia implícita, esclavo. Y eso es lo que quieres que yo escuche, lo cual me lleva a preguntarme una cosa: ¿qué te importa a ti lo que me pase? Me llamas enemigo, tu eterno adversario, por todas las injusticias que mi pueblo te ha infligido. ¿De verdad deseas que preste atención a tu mensaje?

—Como quieras, edur —respondió Udinaas—, pero mi fe profundiza más de lo que imaginas, y sigue un rumbo totalmente diferente a lo que es obvio que piensas. Dije que el héroe consigue salir, al menos de momento, pero no mencioné nada de sus desventurados seguidores, de sus valientes compañeros.

—Mueren sin excepción en la guarida.

—En absoluto. Tras lo ocurrido, había una necesidad extrema de sangre nueva. A todos y cada uno los adoptaron los malvados, que eran malvados solo en un sentido relativo, puesto que estaban enfermos, eran desdichados, tenían hambre y no resultaban demasiado inteligentes. En cualquier caso, se produjo un gran renacimiento en la cultura de la guarida, que dio origen al mejor arte y a tesoros como el mundo no había visto hasta entonces.

—¿Y qué pasó después? —preguntó Seren.

—Que duró hasta que llegó un nuevo héroe, pero ésa es otra historia para otro momento. Me he quedado ronco de tanto contar.

—Entre las mujeres de los tiste edur —dijo Temor Sengar entonces—, se cuenta la historia de padre Sombra, Scabandari Ojodesangre, que se prestó a morir y liberar su alma para que bajara por el Camino Gris, un viaje en busca de absolución, pues tal era la culpa por lo que había hecho en las llanuras de los kechra.

—Ésa sí que es una versión conveniente.

—Ahora eres tú el que carece de sutileza, Udinaas. Esta interpretación alternativa es en sí misma alegórica, pues lo

que en realidad representa es nuestra sensación de culpa. Por el crimen de Scabandari. No podemos retirar lo que hizo padre Sombra, ni estuvimos jamás en posición de contradecirlo. Él guiaba, los edur lo seguíamos. ¿Podríamos haberlo desafiado? Es posible. Pero no probable. Como tal, solo nos queda una sensación de culpa que no puede apaciguarse, salvo en un sentido alegórico. Y por tanto recurrimos a leyendas de redención.

Seren Pedac se levantó y se acercó a poner su espada envainada en el suelo, junto a la bolsa de comida.

—Pero ése era un relato que contaban en privado las mujeres de tus tribus, Temor. Dejando aparte, de momento, el curioso detalle de que tú sepas de él, ¿cómo es que la promesa de la redención pertenece solo a las mujeres?

—Los guerreros siguen otro camino —respondió Temor—. Yo conozco la historia, y la verdad de Scabandari, gracias a mi madre, que rechazó la tradición del secretismo. Uruth no huye del conocimiento, y le gustaría que sus hijos no lo hicieran tampoco…

—¿Entonces cómo explicas lo de Rhulad? —preguntó Udinaas.

—No lo atormentes —le dijo Seren Pedac al esclavo—. Rhulad está maldito. Por la espada que lleva en la mano, por el dios que hizo esa espada.

—Rhulad era joven —dijo Temor, que se retorcía de forma inconsciente las manos y clavaba los ojos en el suelo gastado de la cámara—. Todavía había tanto que enseñarle. Quiso convertirse en un gran guerrero, un guerrero heroico. Estaba desconcertado, vivía a la sombra de sus tres hermanos mayores, y eso lo hizo precipitarse.

—Creo que el dios lo eligió a él… antes que a Hannan Mosag —dijo Udinaas—. Rhulad no tuvo alternativa.

Temor estudió a Udinaas un largo instante, después asintió.

—Si eso es lo que crees, entonces eres mucho más generoso con Rhulad que cualquier tiste edur. Una y otra vez, Udinaas, me desconciertas.

Udinaas cerró los ojos y se recostó contra el muro tosco.

—Me habló, Temor, porque escuché. Algo que el resto de vosotros nunca os molestasteis en hacer, cosa que tampoco es de sorprender, dado que vuestro tan cacareado orden familiar acababa de resquebrajarse. Vuestra preciosa jerarquía se había desmoronado. Qué escándalo. Terrible. Así que, mientras él no podía hablar con vosotros, vosotros, a vuestra vez, tampoco estabais dispuestos a escucharlo a él. Él se callaba y vosotros estabais sordos a ese silencio. Un desastre típico, no lamento no tener familia.

—Tú le echas toda la culpa al dios caótico.

Udinaas abrió los ojos, parpadeó un momento y sonrió.

—Demasiado conveniente, con mucho. Bueno, si yo estuviera buscando la redención, saltaría a lomos de esa oportunidad y cabalgaría a la bestia hasta el final, hasta el borde del acantilado, y después saltaría. Así sea.

—¿Y luego… qué?

—¿A qué echarle la culpa? Bueno, ¿cómo iba a saberlo yo? No soy más que un esclavo agotado. Pero si tuviera que adivinar, le echaría un buen vistazo a esa rígida jerarquía que ya he mencionado. Atrapa a todo el mundo, y todo el mundo se asegura de que atrape a todos los demás. Hasta que no podéis moveros, ni de lado, ni hacia arriba. Podéis bajar, claro, solo tenéis que hacer algo que a nadie le guste. La desaprobación derriba de una patada todos los peldaños de la escalera y allá que os precipitáis.

—Así que es el modo de vida entre los tiste edur —bufó Temor, y apartó la vista.

—De acuerdo —dijo Udinaas con un suspiro—, déjame hacerte una pregunta. ¿Por qué no se ofreció la espada a un letherii, a un oficial brillante de un ejército, a un frío príncipe

de mercaderes? ¿Por qué no al propio Ezgara? O mejor todavía, a su hijo, Quillas. Ahí sí que había ambición y estupidez en perfecto equilibrio. Y si no a un letherii, ¿por qué no a un chamán nerek? ¿O a un fent o a un tartheno? Por supuesto, todos ésos, bueno, esas tribus quedaron casi borradas del mapa, o por lo menos todos los tabúes, las tradiciones y las reglas de cualquier tipo que mantenían a esos pueblos a raya, todo desaparecido, gracias a los letherii.

—Muy bien —dijo Seren Pedac—, ¿por qué no un letherii?

Udinaas se encogió de hombros.

—Porque no eran los defectos fatales que buscaba, por supuesto. El Encadenado reconoció la perfección absoluta de los tiste edur: su política, su historia, su cultura y su situación política.

—Ahora lo entiendo —murmuró Temor con los brazos cruzados.

—¿Entender qué?

—Por qué Rhulad te apreciaba tanto, Udinaas. Qué desperdicio que te pasaras el día limpiando pescado cuando, a juzgar por tu inteligencia y el alcance de tu visión, podrías sentarte con orgullo en el trono de cualquier reino.

La sonrisa del esclavo se impregnó de malicia.

—Maldito seas, Temor Sengar.

—¿En qué te he ofendido?

—Acabas de exponer el argumento central, tanto a favor como en contra de la institución de la esclavitud. Así que estaba desaprovechado, ¿no? O por necesidad se me mantenía bien metido en cintura. Demasiados como yo y no hay gobernante, tirano o no, que pueda sentarse tranquilo en su trono. Podríamos agitar las cosas, una y otra vez. Desafiaríamos, protestaríamos, lo retaríamos todo. Con la debida instrucción, podríamos provocar un auténtico

alboroto. Así que, Temor, trae para acá otra cesta de pescado, es lo mejor para todos.

—Salvo para ti.

—No, incluso para mí. De este modo mi inteligencia permanece en barbecho, resulta inofensiva para todos y en especial para mí, no vaya a ser que mis elevadas ideas provoquen un torrente de sangre.

Seren Pedac lanzó un gruñido.

—¿Te asustan tus propias ideas, Udinaas?

—Todo el tiempo, corifeo. ¿A ti no?

La mujer no dijo nada.

—Escuchad —dijo Temor—. El sonsonete ha parado.

Como siempre, el debate terminó con todo el mundo perdiendo. El choque de perspectivas intratables no producía armonía, solo agotamiento y un buen dolor en la nuca. Clip, sentado con las piernas apoyadas en el respaldo del siguiente banco, en la penumbra de la grada más alta que se asomaba al Disco de la Concordancia (un nombre absurdo), en el que se encontraban cinco enfurecidos Magos de Ónice, luchaba por despertarse cuando los magos se volvieron a la vez hacia Silchas Ruina.

Ordant Brid, la Revelación de la Roca, que había enviado a Clip a buscar a esos malhadados vagabundos, fue el primero en hablar.

—Silchas Ruina, hermano de sangre de nuestro señor de las Alas Negras, sabemos lo que buscas.

—Entonces también sabéis que no debéis interponeros en mi camino.

Al oír tan frías palabras, Clip se incorporó un poco más.

—¡Como os advertí! —exclamó Rin Varalath, la Revelación de la Noche, con su voz aguda y áspera—. ¡Llega aquí como un leviatán de destrucción! ¿Cuál de los

hermanos recibió el don de una mayor parte de reflexión y sabiduría? ¡Bueno, la respuesta está clara!

—Cálmate —dijo Penith Vinandas.

Clip sonrió para sí y se preguntó, una vez más, si los aspectos de la revelación creaban las personalidades de sus maestros (o, en el caso de Penith, de sus maestras), o si era al revés. Por supuesto, la Maestra de la Raíz tenía que aconsejar calma, el sosiego de las voluntades salvajes, pues ella estaba sin lugar a dudas muy… enraizada.

—¡Estoy tranquilo! —gruñó Rin Varalath y señaló con un dedo a Silchas Ruina—. No debemos ceder ante éste o cuanto hemos logrado se derrumbará sobre nuestras cabezas. El equilibrio es lo único que nos mantiene con vida, y todos y cada uno lo sabéis. Y si no lo sabéis, entonces es que estáis más perdidos de lo que imaginasteis jamás.

Draxos Hulch, la Revelación del Agua Oscura, habló con su suave tono barítono.

—El tema, compañeros magos, está menos abierto al debate de lo que esperaríais. A menos, por supuesto, que podamos explicar a este guerrero la naturaleza de nuestra lucha y el difícil equilibrio que no hemos hecho más que recuperar.

—¿Por qué habría de interesarle? —preguntó Rin Varalath —. Si todo esto se derrumba a él no le importa nada. Él continuará su camino sin hacer caso; nuestras muertes no significarán nada en lo que a él respecta.

Silchas Ruina suspiró.

—No soy insensible a la batalla que habéis librado aquí, magos. Pero vuestro éxito se debe en su totalidad a la desintegración inevitable del ritual del jaghut. —Examinó las caras que tenía ante él—. No sois rivales para Omtose Phellack cuando el que lo empuñaba era nada menos que Gothos. En cualquier caso, el equilibro que creéis haber alcanzado es ilusorio. El ritual fracasa. El hielo, que se había

mantenido a raya y en un estado intemporal, ha comenzado a moverse una vez más. Vacila en la calidez de ésta era, pero su volumen es tan inmenso que, incluso fundido, provocará un vasto cambio. En cuanto a los glaciares encerrados en las grandes alturas de las montañas de Rosazul, las del norte, bueno, ya han comenzado su migración. Inmunes al asalto del océano lejano, extraen poder de una corriente díscola de aire frío. Estos glaciares, magos, todavía sostienen la lanza del ritual y no tardarán en apuntar a vuestro corazón. El Andara está condenado.

—Nos da igual el Andara —dijo Gestallin Aros, la Revelación del Aire—. El equilibrio del que hablas no es el que nos importa. Silchas Ruina, el ritual del jaghut era de hielo igual que el fuego necesita de madera, era el medio utilizado para lograr un objetivo concreto, y ese objetivo era la congelación del tiempo. De la vida, y de la muerte.

La mirada de Clip se concentró en Silchas Ruina cuando el andii albino ladeó poco a poco la cabeza antes de hablar.

—Hablas de un fracaso diferente, pero los dos están unidos…

—Somos conscientes de ello —interpuso Ordant Brid. Después siguió con una leve sonrisa—. Quizá más que tú. Hablas de una lanza de hielo, del mismísimo núcleo de Omtose Phellack todavía vivo, todavía poderoso. Esa lanza, Silchas Ruina, arroja una sombra, y es dentro de esa sombra donde encontrarás lo que buscas. Aunque no, creo, del modo en que deseas.

—Explícate.

—No —soltó de repente Rin Varalath—. Si pretendes entenderlo, mira entonces a los tuyos.

—¿A los míos? ¿Sois entonces capaces de invocar a Anomander?

—A él no —respondió Ordant Brid. Vaciló, pero no tardó en continuar—: Nos visitó, no hace tanto tiempo, una

ascendiente. Menandore. Hermana Amanecer…

Si acaso, la voz de Ruina se hizo más fría todavía cuando formuló la pregunta.

—¿Qué tiene ella que ver con esto?

—¡El equilibrio, necio ignorante! —El chillido de Rin Varalath resonó en la cámara.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Silchas Ruina.

—Por desgracia —respondió Draxos Hulch—, no lo sabemos. Pero está cerca, por razones que solo ella conoce. Me temo que se enfrentará a ti, si decidieras abrirte paso a la fuerza entre nosotros.

—Yo busco el alma de Scabandari Ojodesangre. No entiendo por qué habríais de poner objeciones.

—Comprendemos la verdad que hay en eso —dijo Ordant Brid.

Un largo momento de silencio. Los cinco Magos de Ónice miraron a un perplejo Silchas Ruina, que parecía no saber qué decir.

—Es —dijo Penith Vinandas— una cuestión de… compasión.

—No somos idiotas —dijo Ordant Brid—. No podemos enfrentarnos a ti. Quizá, sin embargo, podríamos guiarte. El viaje al lugar que buscas es arduo, el sendero no es recto. Silchas Ruina, es con cierto asombro que te digo que hemos alcanzado una especie de consenso. No tienes ni idea de lo poco común que es eso; cierto, hablo de un compromiso, un compromiso que nos resulta menos fácil a unos que a otros. No obstante, hemos acordado ofrecerte un guía.

—¿Un guía? ¿Para llevarme por ese retorcido sendero o para desviarme de él?

—Un engaño que no funcionaría demasiado tiempo.

—Cierto, ni yo sería clemente al descubrirlo.

—Por supuesto.

Silchas Ruina se cruzó de brazos.

—Nos proporcionaréis un guía. Muy bien. ¿Cuál de vosotros se ha ofrecido?

—Bueno, ninguno —dijo Ordant Brid—. La necesidad que hay de nosotros aquí nos impide hacerlo. Como bien has dicho, hay una lanza de hielo que apunta hacia nosotros y, si bien no podemos hacerla pedazos, quizá podamos… redirigirla. Silchas Ruina, tu guía será la espada mortal del señor de las Alas Negras. —Al decir eso, el mago hizo un gesto.

Clip se puso en pie y comenzó a bajar al Disco de la Concordancia. La cadena y los anillos aparecieron en su mano, zumbaron, dieron un golpe seco y volvieron a zumbar.

—¿Él es la espada mortal de Anomander? —preguntó Silchas Ruina con tono de incredulidad mientras miraba al único público de esa reunión.

Clip sonrió.

—¿Crees que le desagradaría?

Tras un momento, el hermano de Rake hizo una mueca y negó con la cabeza.

—Seguramente no.

—Llegada la mañana —dijo Ordant Brid— comenzaremos a preparar el camino para la continuación de tu viaje.

Al llegar al borde de la grada inferior, Clip se dejó caer con suavidad en la piedra pulida del Disco y se acercó a Silchas Ruina, la cadena no dejaba de girar y tintinear en su mano.

—¿Siempre tienes que hacer eso? —preguntó Silchas Ruina.

—¿Hacer qué?

Silchas Ruina entró en la cámara, seguido un momento después por el tiste andii Clip.

Seren Pedac sintió un escalofrío repentino, aunque fue incapaz de determinar su fuente. Clip sonreía, pero era una sonrisa cínica, y parecía que sus ojos no se apartaban de Temor Sengar, como si esperara algún tipo de desafío.

—Corifeo —dijo Silchas Ruina mientras soltaba el broche de su manto y se acercaba a la mesa de piedra que había contra la pared contraria, donde sus anfitriones habían dispuesto vino y comida—, al menos un misterio se ha resuelto.

—¿Sí?

—La preponderancia de espectros aquí, en el Andara, el sinfín de fantasmas de tiste andii muertos; sé por qué están aquí.

—Lo siento, no sabía que este lugar estaba atestado de espectros. No he visto a Marchito en los últimos tiempos.

Silchas la miró y se sirvió una copa de vino.

—Es extraordinario —murmuró— cómo algo tan básico como la ausencia de gusto en la lengua puede convertirse en la tortura más atroz… cuando te has pasado enterrado miles de años.

Seren lo observó tomar un trago del vino aguado y lo observó saborearlo.

—Tiempo, corifeo —continuó Silchas—. El ritual de Omtose Phellack, que lo congeló todo, desafió al propio Embozado; mis disculpas, el Embozado es el señor de la Muerte. Los fantasmas… bueno, no tenían adónde ir. Capturados con facilidad y esclavizados por los tiste edur, pero muchos otros se las arreglaron para evadir ese destino y están aquí, entre sus parientes mortales. Los Magos de Ónice hablan de compasión y equilibrio, ya sabes…

No, no lo sé, pero no creo que eso importe.

—¿Nos ayudarán los magos?

Una mueca irónica de Silchas Ruina, que después se encogió de hombros.

—Nuestra feroz partida se ha hecho con un nuevo miembro, corifeo, que tiene el encargo de guiarnos hasta lo que buscamos.

Temor Sengar, tenso de repente, se acercó a Clip.

—Tiste andii —dijo—, has de saber algo, por favor. No siento enemistad alguna hacia ti o tu pueblo. Si de veras vas a guiarnos adonde aguarda atada el alma de Scabandari, estaré en deuda contigo; de hecho, todos los edur estarán en deuda contigo.

Clip esbozó una gran sonrisa.

—Ah, pero no es eso lo que quieres, guerrero.

Temor pareció quedar desconcertado.

—Tú —le dijo Silchas Ruina al tiste edur— supones la mayor amenaza para estos andii. Tu raza tiene muchas razones para dar caza hasta al último de ellos; y los letherii tampoco están bien dispuestos hacia ellos, dada su resistencia a la anexión, una resistencia que continúa aun hoy. A Rosazul no le hace gracia estar ocupada, y los humanos que vivían en paz junto a los que poseían sangre andii en sus venas no sienten lealtad alguna hacia los conquistadores letherii. Cuando gobernaba la Orden del Ónice, era un gobierno distante, reacio a interferir en las actividades diarias y que no exigía demasiado a la población. Y ahora, Temor Sengar, los tuyos gobiernan a los letherii y agravan el resentimiento que hierve en Rosazul.

—No puedo hablar por el imperio —dijo Temor—. Solo por mí mismo. Pero creo que, si los acontecimientos se suceden del modo en que yo deseo, entonces la verdadera liberación podría ser la recompensa concedida por los edur a cambio de su ayuda… a la provincia entera de Rosazul y todos sus habitantes. Desde luego, yo abogaría por eso.

La carcajada de Clip fue sardónica.

La cadena giró y envolvió con fuerza la mano derecha de su dueño. Ése fue el único comentario que hizo a tan serios

pronunciamientos y osadas promesas.

Seren Pedac sintió que se le revolvía todo. Clip, ese chavalito enloquecedor con esa cadena y esos anillos, esa expresión siempre burlona…

Oh, Temor Sengar, no confíes en él. No confíes en absoluto.

—¿Está seguro de que quiere hacer esto, supervisor?

Brohl Handar miró a la atri-preda.

—Esta expedición ha de ser punitiva, Bivatt. No se ha hecho ninguna declaración de guerra formal, la misiva de Letheras es muy clara en ese aspecto. Al parecer, entra dentro de mis obligaciones como supervisor garantizar que el enfrentamiento no exceda esos parámetros. Usted marcha a dar caza y destruir a los que masacraron a los colonos.

Los ojos de la mujer permanecieron clavados en las columnas de tropas edur y letherii que marchaban por el camino. El polvo impregnaba el aire y manchaba el azul brillante del cielo. El sonido del ejército le recordaba a Brohl Handar a hielo roto gimiendo y abriéndose paso por el río, aplastándolo todo.

—Ésa es precisamente mi intención, supervisor —dijo entonces Bivatt—. Eso y nada más, como me han ordenado.

Brohl la estudió un momento más, después cambió de postura en la silla para aliviar la tensión de los riñones, él prefería admirar a los caballos de lejos que encaramarse a los puñeteros bichos. Daba la sensación de que los animales comprendían su desagrado y le correspondían del mismo modo, y ese caballo concreto tenía por costumbre agitar la cabeza cuando paraba tras cada medio galope con la intención clara de romper la barbilla de Brohl. La atri-preda le decía que se echaba demasiado hacia delante, el caballo lo sabía y veía el error como una oportunidad de infligir

daño. El tiste edur no tenía demasiadas ganas de emprender ese viaje.

—No obstante —dijo al fin—, la acompañaré.

Sabía que a la atri-preda le desagradaba la perspectiva. Pero él tenía sus propios guardaespaldas, de su propia tribu. Su propio carruaje, cochero y yunta de bueyes. Provisiones más que suficientes para garantizar que no iban a ser una carga para la comitiva militar.

—Continúa preocupándome su seguridad —dijo la atri-preda.

—No hace falta. Tengo confianza absoluta en mis arapay…

—Discúlpeme, supervisor, pero cazar focas no es lo mismo que…

—Atri-preda —la interrumpió Brohl Handar a su vez—, mis guerreros se enfrentaron a soldados letherii de primera en la conquista, y fueron sus letherii los que se derrumbaron. ¿Focas? De hecho, algunas pesan tanto como un buey, con colmillos más grandes que una espada corta. Y osos de pelo blanco, y osos que viven en cuevas. Lobos de patas cortas, y lobos que atacan en manadas. Y no hay que olvidar a los cambiaformas jheck. ¿Se imagina acaso que los yermos blancos del norte eran tierras vacías? Sabiendo todo a lo que un arapay debe enfrentarse cada día, los letherii nunca supusieron una gran amenaza. En cuanto a protegerme de los leznas, es de suponer que esa necesidad solo surgiría tras la desbandada de sus fuerzas, atri-preda. Tendremos un k’risnan de los den-ratha además de su cuadro de magos. En pocas palabras —concluyó el supervisor—, su preocupación no me parece muy sincera. Dígame, atri-preda, ¿qué se habló en su reunión secreta con el comisionado Letur Anict?

La pregunta, expresada como si se le acabara de ocurrir, pareció golpearla como un puñetazo y los ojos que clavó en

él estaban muy abiertos, con gesto alarmado, hasta que algo más oscuro cobró vida con un torbellino.

—Temas financieros, supervisor —dijo al fin con tono frío —. Un ejército tiene que comer.

—La financiación de esta expedición punitiva corre a cargo del tesoro imperial.

—Dichos fondos los gestiona el comisionado. Después de todo, ésa es la función de un comisionado, señor.

—No en este caso —respondió Brohl Handar—. El desembolso lo gestiona mi oficina. De hecho, son dineros edur los que patrocinan esta expedición. Atri-preda, en el futuro debería asegurarse de los hechos antes de ponerse a mentir. Bien, parece que ahora ha de proceder bajo la carga de las órdenes de dos entidades diferentes. Espero por el bien de su mente que no resulten contradictorias.

—Yo diría que no —dijo ella con voz tensa.

—¿Está segura de eso, atri-preda?

—Lo estoy, señor.

—Bien.

—Supervisor, varios de los colonos asesinados procedían de la propia casa del comisionado.

Brohl alzó las cejas.

—El deseo de una venganza sangrienta debe de ser abrumador, por tanto, para el pobre Letur Anict.

—En la reunión, señor, me limité a reiterar mi intención de castigar como es debido a los asesinos. El comisionado necesitaba que lo tranquilizara en ese aspecto, cosa que me complació hacer, dadas las circunstancias.

—En otras palabras, a Letur Anict lo alarmó que le hubieran quitado el control sobre la gestión de la expedición, una decisión que carecía de precedentes. Hay que suponer que es lo bastante inteligente para reconocer (una vez que se haya calmado un poco) que la maniobra indica que se desaprueban sus últimos excesos.

—No sabría decirle, señor.

—Me interesará calibrar su humildad una vez regresemos triunfantes, atri-preda.

La mujer no dijo nada.

Por supuesto, añadió Brohl para sí, seguro que la respuesta de Letur Anict no se quedaría en eso llegado el momento, dado que, de hecho, no había nada oficial en todo aquel asunto. Los amigotes que tenía el comisionado en palacio (los sirvientes letherii de, con toda probabilidad, el canciller) se indignarían cuando descubrieran el rodeo que se había dado para salvar el obstáculo; pero esa vez habían sido los edur los que habían organizado una pequeña usurpación, obra de las tribus, el vínculo establecido a través de los k'risnan y los empleados edur de varios supervisores. Se corría un riesgo inmenso, claro está; después de todo, el propio emperador no sabía nada de aquello.

Pero había que meter en vereda a Letur Anict. No, más que eso, había que escarmentar a aquel hombre. De forma permanente. Si Brohl se salía con la suya, en menos de un año habría un nuevo comisionado en Drene, y en cuanto a las propiedades de Letur Anict, bueno, el crimen de alta traición y corrupción a la escala que él había alcanzado sin duda se castigarían con la confiscación de todo, los derechos de familia revocados y una reparación a tan alto nivel que el linaje Anict quedaría endeudado durante generaciones.

Es un corrupto. Y ha tejido una telaraña letal, desde Drene hasta el resto de las naciones fronterizas. Busca la guerra con todos nuestros vecinos. Una guerra innecesaria. No tiene sentido más allá de la codicia egoísta de un individuo. Una corrupción así había que extirparla, había muchos Letur Anict en ese imperio que medraban bajo la protección de la Consigna Libertad y, muy posiblemente, de

los patriotas. Ese hombre se convertiría en el ejemplo y la advertencia.

Los letherii os creéis que somos tontos. Os reís de nosotros a nuestras espaldas. Os burláis de nosotros porque ignoramos vuestros sofisticados engaños. Bueno, hay más de un tipo de sofisticación, como no tardaréis en descubrir.

Por fin Brohl Handar ya no se sentía tan indefenso.

La atri-preda Bivatt echaba pestes en silencio. El maldito idiota que llevaba al lado iba a hacer que lo mataran, y a ella la harían responsable del fracaso, de no haberlo protegido. Los k'risnan y los guardaespaldas arapay no lograrían nada. Los agentes del comisionado infectaban todas las legiones letherii que participaban en esa marcha, y entre esos agentes… *puñeteros asesinos del Errante. Maestros del veneno*.

Le caía bien el guerrero que llevaba al lado, por adusto que fuera, cosa que, de todos modos, parecía ser algo propio de los tiste edur. Y aunque era obvio que era inteligente… también era ingenuo.

Estaba claro que Letur Anict había descubierto los patéticos esfuerzos extraoficiales de Brohl Handar y media docena más de supervisores, y que el comisionado estaba dispuesto a eliminar esa amenaza recién nacida allí mismo, sin esperar. En esa misma expedición.

—Tenemos un problema con Brohl Handar —había dicho el comisionado. Su rostro pálido y redondo parecía piedra polvorienta en la penumbra habitual de su sanctasanctórum.

—¿Señor?

—Sin autorización alguna intenta excederse en sus responsabilidades, y con ello socavar las funciones tradicionales de un comisionado en una provincia fronteriza.

Sus ambiciones han arrastrado a otros a su telaraña, cosa que, por desgracia, podría tener repercusiones letales.

—¿Letales? ¿Cómo?

—Atri-preda, debo decírselo. Los patriotas ya no se están concentrando de forma exclusiva en los letherii del imperio. Han salido a la luz pruebas de una conspiración emergente entre los tiste edur… contra el estado, es posible que contra el propio emperador.

Absurdo. ¿De verdad me tomas por tonta, Anict? Contra el estado y contra el emperador son dos cosas diferentes. El estado eres tú y personas como tú. El estado es la Consigna Libertad y los patriotas. El estado es el canciller y sus amigotes. Contra ellos, la noción de una conspiración entre los tiste edur para deshacer al imperio de la corrupción letherii parecía más que plausible. Llevaban siendo ocupantes el tiempo suficiente como para llegar a entender el imperio que habían ganado, como para empezar a comprender que se había producido una conquista mucho más sutil en la que los perdedores eran ellos.

Los tiste edur eran, sobre todo, un pueblo orgulloso. Resultaba improbable que soportaran la derrota, y el hecho de que los vencedores eran, según sus estándares, cobardes en el verdadero sentido del término solo les dolería más. Así que a Bivatt no le sorprendió que Brohl Handar y sus compañeros edur hubieran dado comienzo al fin a una campaña para erradicar a los letherii que dirigían el estado. *Tampoco es de extrañar ver hasta qué punto los edur han subestimado a su enemigo*.

—Señor, soy oficial del Ejército Imperial. Mi comandante es el propio emperador.

—El emperador nos gobierna a todos, atri-preda —había dicho Letur Anict con una leve sonrisa—. La conspiración entre los suyos amenaza de forma directa al sistema de

leales que lo apoyan, los que procuran, con gran sacrificio personal, mantener el aparato de gobierno.

—Personas como usted.

—Exacto.

—¿Qué me está pidiendo, señor?

—Brohl Handar insistirá en acompañar a su expedición punitiva. Creo que su intención es reclamar para sí territorios reconquistados —un gesto de la otra mano—, sin duda en nombre del imperio o alguna otra absurda tontería parecida.

¿Te refieres a que va a hacer lo mismo que hiciste tú?

—Intentaré disuadirlo —dijo Bivatt—. La seguridad no está garantizada…

—Desde luego que no. Justo lo que yo quería decir. —Tras un momento, Letur Anict se recostó en su asiento—. Por desgracia, no ganará la discusión. El supervisor marchará con usted y aceptará los riesgos.

Los riesgos, sí. Que imaginará que procederán de los leznas.

—Haré todo lo que pueda por protegerlo —dijo Bivatt.

El otro abrió las manos.

—Por supuesto. Ésa es su obligación y los dos sabemos lo traicioneros que pueden ser los leznas, sobre todo ahora que están bajo el mando nada menos que de Mascararroja. Quién puede decir qué pavorosas emboscadas pretende tenderles con el objetivo principal de asesinar comandantes y otros personajes importantes. Desde luego, atri-preda, usted tiene su deber y yo no esperaría menos de usted. Pero le recuerdo que Brohl Handar está implicado en un acto de traición.

—Entonces haga que Orbyn Buscaverdad lo arreste. —*Si es que Orbyn se atreve, porque eso lo sacaría todo a la luz, y tú todavía no estás listo para eso*.

—Lo haremos —dijo el comisionado, y después añadió—: Estaremos preparados para su regreso.

¿Tan pronto?

—¿Se ha informado al emperador de estas novedades, señor?

—Desde luego. Los patriotas no se involucrarían en esta caza si no fuera así, estoy seguro de que lo entiende, atri-preda.

Eso creía Bivatt. Ni siquiera Karos Invictad procedería sin algún tipo de autorización.

—¿Es eso todo, señor?

—Lo es. Que el Errante le sonría en su caza, atri-preda.

—Gracias, señor.

Y al final todo había procedido según las predicciones del comisionado. Brohl Handar acompañaría a la expedición, había rebatido cada uno de los argumentos que había expuesto Bivatt para disuadirlo. Al leer su expresión la atri-preda veía una confianza y una voluntad renovadas, el supervisor se sentía como si por fin pisara tierra firme. No se equivocaba en cuanto a quién era su verdadero enemigo. El desastre sin paliativos se encontraba en la creencia del edur de que había sido él el que había hecho el primer movimiento.

—Señor, si me disculpa —le dijo la atri-preda al supervisor—. Debo hablar con mis oficiales.

—Por supuesto —respondió Brohl Handar—, ¿cuándo anticipa que vamos a entrar en contacto con el enemigo?

Ah, idiota, ya has entrado.

—Eso depende, señor, de si están huyendo o si vienen directamente hacia nosotros.

El supervisor alzó las cejas.

—¿Teme a ese tal Mascararroja?

—El temor que engendra respeto no es mala cosa, señor. En ese sentido, sí, temo a Mascararroja. Como me temerá él

a mí más pronto que tarde.

La mujer se alejó entonces a caballo, hacia sus tropas, en busca no de un oficial, sino de un hombre en concreto, un jinete entre los rosazul, más alto y más moreno que la mayoría. Tras un rato lo encontró y le hizo un gesto para que cabalgara a su lado; los dos llevaron los caballos al paso por uno de los bordes del camino. La mujer habló de dos cosas, una en voz lo bastante alta como para que la oyeran los otros y concerniente a la salud de las monturas y otros detalles mundanos; la otra en tono mucho más discreto, que nadie salvo el hombre podría oír.

—¿Qué puedes ver de la mancha magullada del horizonte, la que no puede ocultar una mano alzada?

Mascararroja le echó un vistazo al extranjero.

Anaster Toc sonrió.

—Tirarse en una zanja entre los excrementos de la humanidad es algo que recomendaría a cualquier poeta incipiente. Los ritmos del flujo y reflujo, el legado de lo que desechamos. Riqueza como oro líquido.

No del todo cuerdo ya, le pareció a Mascararroja, sin que lo sorprendiera mucho. Piel y huesos, lleno de costras y con manchas de sarpullidos fieros que se iban desprendiendo. Al menos ya podía ponerse en pie sin ayuda de un bastón y volvía a tener apetito. Mascararroja creía que el extranjero no tardaría mucho en recuperarse, al menos a nivel físico. La mente del pobre hombre era otra historia.

—Tu pueblo —continuó Anaster Toc tras un momento— no cree en la poesía, en el poder de las simples palabras. Oh, cantáis con la llegada del amanecer y la huida del sol. Les cantáis a las nubes de tormenta, a las huellas del lobo y a las cuernas desprendidas que encontráis en la hierba. Cantáis para decidir el orden de las cuentas en un hilo. Pero

sin palabras en ninguna de esas canciones. Solo variaciones tonales tan sin sentido como los trinos de un pájaro…

—Los pájaros trinan —interpuso Natarkas, que se encontraba al otro lado del extranjero y miraba con los ojos guiñados al oeste, al sol moribundo— para decirles a otros que existen. Cantan para advertir de la presencia de cazadores. Cantan para cortejar a su pareja. Cantan en los días previos a su muerte.

—Muy bien, mal ejemplo. Cantáis como las ballenas…

—¿Cómo qué? —preguntaron Natarkas y otros dos caras de cobre detrás de ellos.

—Oh, da igual. Lo que quiero decir es que cantáis sin palabras.

—La música es su propio lenguaje.

—Natarkas —dijo Anaster Toc—, respóndeme a una cosa, si tienes la bondad. La canción que usan los niños cuando ensartan cuentas en un hilo, ¿qué significa?

—Hay más de una, dependiendo del dibujo que se desee. La canción estipula el tipo de cuenta y su color.

—¿Por qué hay que estipular esas cosas?

—Porque las cuentas relatan una historia.

—¿Qué historia?

—Historias diferentes, dependiendo del dibujo, que a su vez es lo que garantiza la canción. La historia no se pierde, no se corrompe, porque la canción nunca cambia.

—Por el amor del Embozado —murmuró el extranjero—. ¿Qué tienen de malo las palabras?

—Con palabras —dijo Mascararroja al tiempo que se giraba—, los significados cambian.

—Bueno —dijo Anaster Toc y siguió a Mascararroja cuando éste emprendió el regreso al campamento de su ejército—, de eso se trata, precisamente. Ése es su valor, su capacidad para adaptarse…

—Para corromperse, querrás decir. Los letherii son maestros absolutos a la hora de corromper palabras, sus significados. Llaman a la guerra, paz; a la tiranía, libertad. En qué lado de la sombra te encuentras decide el significado de una palabra. Las palabras son las armas utilizadas por aquellos que miran a los otros con desdén. Un desdén que solo se profundiza cuando ven cómo se engaña a esos otros y se les hace parecer tontos porque decidieron creer. Porque, en su ingenuidad, creyeron que el significado de una palabra era único, inmune al abuso.

—Por las tetas de Togg, Mascararroja, es un discurso muy largo para haber salido de tu boca.

—Desdeño las palabras, Anaster Toc. ¿Qué quieres decir cuando dices «por las tetas de Togg»?

—Togg es un dios.

—No una diosa.

—No.

—Entonces sus tetas son…

—Inútiles. Exacto.

—¿Y qué hay de las otras expresiones? ¿«Por el aliento del Embozado»?

—El Embozado es el señor de la Muerte.

—Así pues… no tiene aliento.

—Correcto.

—¿«Por la misericordia de Ascua»?

—No tiene misericordia.

—¿«Mowri nos libre»?

—La señora de los Pobres no libra de nada.

Mascararroja miró al extranjero.

—Tu pueblo tiene una relación extraña con sus dioses.

—Es posible. Algunos la critican y la llaman cínica, y es posible que tengan parte de razón. Tiene que ver con el poder, Mascararroja, y lo que les hace a los que lo poseen. Los dioses no son ninguna excepción.

—Si son tan poco serviciales, ¿por qué los veneráis?

—Imagínate lo poco serviciales que serían si no lo hiciéramos. —Fuera lo que fuera lo que Anaster Toc vio en los ojos de Mascararroja, se echó a reír.

—Vosotros luchasteis como un ejército leal al señor y la señora de los Lobos —dijo el líder, molesto.

—Y mira adónde nos llevó.

—Masacraron tu fuerza porque mi pueblo os traicionó. Esa traición no tuvo nada que ver con vuestros dioses lobos.

—Cierto, supongo. Aceptamos el contrato. Creímos que compartíamos el significado de las palabras que habíamos intercambiado con los que nos contrataron… —Al decir eso le dedicó a Mascararroja una sonrisa socarrona—. Marchamos a la guerra creyendo en el honor. Bueno. Togg y Fanderay no son responsables de eso, sobre todo no de la estupidez de sus seguidores.

—¿Careces ahora de dioses, Anaster Toc?

—Bueno, oí sus aullidos apenados de vez en cuando, o por los menos imaginaba que los oía.

—Unos lobos acudieron al lugar de la matanza y se llevaron los corazones de los caídos.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Abrieron el pecho de tus camaradas y se comieron sus corazones, dejaron todo lo demás.

—Vaya, eso no lo sabía.

—¿Por qué no moriste con ellos? —preguntó Mascararroja —. ¿Huiste?

—Yo era el mejor jinete de las Espadas Grises. Así que mi función era mantener el contacto entre nuestras fuerzas. Por desgracia, estaba con los leznas cuando se tomó la decisión de huir. Me bajaron a rastras de mi caballo y me dejaron sin sentido de una paliza. No sé por qué no me mataron allí mismo. O por qué no me dejaron para los letherii.

—Hay niveles dentro de la traición, Anaster Toc; límites para lo que hasta los leznas pueden soportar. Podían huir de la batalla, pero no podían abrirte la garganta con una espada.

—Bueno, qué alivio. Mis disculpas. Siempre he tenido tendencia a hacer comentarios ocurrentes. Supongo que debería estar agradecido, pero no lo estoy.

—Pues claro que no —dijo Mascararroja. Se estaban acercando al amplio toldo de piel sin curtir que protegía los mapas que había dibujado el caudillo en pieles de rodaras, gracias sobre todo a lo que podía recordar de los mapas militares letherii que había visto. Esos nuevos mapas se habían estirado en el suelo, clavados con estacas, dispuestos como las piezas de un rompecabezas para crear una única representación de una zona enorme, una zona que incluía los reinos fronterizos del sur—. Pero eres soldado, Anaster Toc, y yo necesito soldados.

—Así que buscas un acuerdo entre los dos.

—Así es.

—Una vinculación con palabras.

—Sí.

—¿Y si decido irme, alejarme?

—Se te permitirá, y se te proporcionará un caballo y provisiones. Puedes cabalgar al este, al sudeste o incluso al norte, aunque no hay nada en el norte. Pero no puedes ir al oeste, ni al sudoeste.

—En otras palabras, no al Imperio de Lether.

—Exacto. No sé qué venganza te guardas cerca de tu alma herida. No sé si traicionarías a los leznas en respuesta a la traición que tú sufriste. Cosa por la que no te culparía en absoluto. Detestaría verme obligado a matarte, y por eso te prohíbo que cabalgues hasta Lether.

—Entiendo.

Mascararroja estudió el mapa bajo la luz del crepúsculo. Las líneas negras parecían desvanecerse en la nada ante él.

—Es mi intención, sin embargo, apelar a tu deseo de venganza contra los letherii.

—Más que contra los leznas.

—Sí.

—Crees que puedes derrotarlos.

—Los derrotaré, Anaster Toc.

—Los derrotarás preparando campos de batalla con mucha antelación. Bueno, como táctica, es innegable. Suponiendo que los letherii sean lo bastante idiotas como para colocarse justo donde los quieres.

—Son arrogantes —dijo Mascararroja—. Además, no tienen alternativa. Desean vengar la matanza de colonos y el robo de rebaños que llaman propiedad suya, aunque nos los robaron a nosotros. Desean castigarnos, así que estarán impacientes por cruzar las espadas con nosotros.

—Utilizando caballería, infantería, arqueros y magos.

—Sí.

—¿Cómo piensas anular a esos magos?

—No te lo diré, todavía.

—Por si me voy, doy un rodeo y de algún modo te eludo a ti y a tus cazadores.

—La posibilidad de que ocurra eso es remota. —Al ver la sonrisa del extranjero, Mascararroja continuó—. Tengo entendido que eres un jinete experto, pero no enviaría leznas tras de ti. Enviaría a mis k’chain che’malle.

Anaster Toc se había girado y parecía estar estudiando el campamento, las filas tras filas de tiendas, el humo que se elevaba en espirales de las hogueras de estiércol.

—¿Has reunido qué, diez, doce mil guerreros?

—Casi quince mil.

—Pero has disuelto los clanes.

—Así es.

—Has hecho lo necesario para reunir algo que se parezca a un ejército profesional. Debes desplazar su lealtad, conseguir que abandonen los viejos lazos de sangre. Te he visto acosando a tus comandantes de tropa para asegurarte de que seguirán tus órdenes en plena batalla. Y los he visto a ellos a su vez atormentando a sus líderes de pelotón, y a los líderes de pelotón atormentando a sus pelotones.

—Eres soldado, Anaster Toc.

—Y odié cada momento, Mascararroja.

—Eso no importa. Háblame de tus Espadas Grises, las tácticas que empleaban.

—Eso no será de gran ayuda. Podría, sin embargo, hablarte del ejército al que pertenecí en un principio, antes de las Espadas Grises. —Lanzó una mirada con su único ojo brillante y Mascararroja vio diversión en él, una especie de hilaridad loca que lo inquietó—. Podría hablarte de los malazanos.

—No he oído hablar de esa tribu.

Anaster Toc se echó a reír otra vez.

—No es una tribu. Es un imperio. Un imperio tres, cuatro vez más grande que Lether.

—¿Entonces te quedas?

Anaster Toc se encogió de hombros.

—De momento.

Su interlocutor se dio cuenta de que no había nada sencillo en aquel hombre. Loco, sin duda, pero podría resulta ser una locura útil.

—Bueno, ¿y cómo —preguntó— ganan las guerras los malazanos?

La sonrisa torcida del extranjero centelleó en el atardecer, como el destello de un cuchillo.

—Esto podría llevar un rato, Mascararroja.

—Diré que traigan comida.

—Y lámparas de aceite, no se ve una mierda en tu mapa.

—¿Apruebas mis intenciones, Anaster Toc?

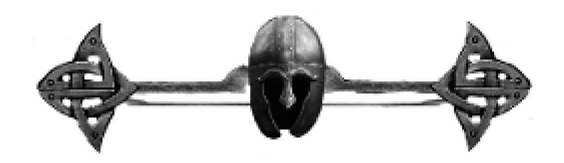
—¿De crear un ejército profesional? Sí, es esencial, pero lo cambiará todo. Tu pueblo, tu cultura, todo. —Hizo una pausa y después añadió con tono seco y burlón—: Necesitaréis una nueva canción.

—Entonces debes crearla —respondió el lezna—. Escoge una de entre los malazanos. Algo apropiado.

—Sí —murmuró el hombre—, un canto fúnebre.

El cuchillo blanco volvió a destellar y Mascararroja pensó que ojalá hubiera permanecido envainado.

9



Por todas partes que miraba veía signos de guerra en el paisaje. Allí los árboles habían coronado la elevación y habían despachado escaramuzadores ladera abajo para desafiar a esos advenedizos, los matorrales bajos del lecho del río, que había estado seco como un hueso hasta la ruptura de las presas de hielo en lo alto de las montañas, donde el sol salvaje había atacado con una emboscada inesperada, un asedio que abrió una brecha en las antiguas barricadas y desató torrentes de agua sobre las tierras bajas.

Y allí, en ese pliegue del lecho de roca, las antiguas cicatrices de los glaciares se desvanecían bajo muscos que avanzaban, arrastrándose y devorando colonias de líquenes, líquenes que a su vez estaban peleados con sus parientes.

Las hormigas arrojaban puentes que salvaban grietas en la piedra, el aire vibraba con termitas aladas que morían en silencio en las mandíbulas serradas de los rhizanos que giraban y se agachaban para eludir a depredadores todavía más fieros del cielo.

Todas estas guerras proclaman la verdad de la vida, de la propia existencia. Ahora debemos preguntarnos, ¿hemos de excusar todo lo que hacemos citando leyes tan antiguas y ubicuas? ¿O podemos proclamar nuestro libre albedrío desafiando el impulso natural que nos lleva a la violencia, a la dominación y la masacre? Tales eran mis pensamientos (pueriles y cínicos) cuando me alcé triunfante sobre el último hombre que había asesinado; su sangre era un chorro decreciente que bajaba por la hoja de mi espada, mientras en mi alma se hinchaba tal placer que me dejaba temblando…

—Rey Kilanbas en el valle de Pizarra

Las ruinas de un muro bajo rodeaban el claro, el estropeado basalto de talla basta dividía ringleras de hierbas verdes. Un poco más allá se alzaba un pequeño soto de abedules y álamos jóvenes, cuyas hojas de primavera brillaban y aleteaban en el aire. Detrás del soto, el bosque se espesaba, se oscurecía, los troncos grises de los pinos expulsaban a todo lo demás. Fuera lo que fuera lo que el muro había encerrado, se había desvanecido bajo la marga suave del claro, aunque se veían depresiones en algunos sitios que marcaban sótanos y otras cosas.

El aire soleado parecía girar y arremolinarse, tan densas eran las nubes de insectos voladores, y había una mancha de algo en el aire cálido, sofocante, que dejaba a Sukul Ankhadu con una vaga sensación de inquietud, como si los fantasmas observaran desde los nudos negros de los árboles que los rodeaban. Había buscado con sus sentidos más de una vez sin encontrar nada salvo diminutas chispas de vida (los habitantes naturales de cualquier bosque) y los murmullos bajos de espíritus terrestres, demasiado débiles para hacer mucho más que agitarse con gestos nerviosos en su eterno sueño moribundo. Nada que los preocupara, así pues; mejor.

En pie, cerca de uno de los muros que le llegaban a la pantorrilla, volvió la vista atrás, miró el refugio improvisado y reprimió otra oleada más de irritación e impaciencia.

Liberar a su hermana no debería de haber reportado más que gratitud por parte de la muy zorra. No era que a Sheltatha Sabiduría le hubiera ido muy bien en ese túmulo, la habían dejado sin sentido de una paliza, una paliza que le habían dado Silchas Ruina y un puñetero locqui wyval, y después la habían dejado a medio ahogar en una ciénaga sin fondo de un reino de bolsillo de la memoria de los azath,

donde cada momento se estiraba como si fueran siglos, hasta el punto que Sheltatha había salido manchada de forma indeleble por esas aguas oscuras, el cabello de un color rojo quemado, la piel del tono de un betel, tan cerosa y llena de costuras como la de un t'lan imass. Las heridas se abrían sin sangrar. Unas uñas como garras brillaban como caparazones alargados de escarabajos; los ojos de Sukul recaían sobre ellas una y otra vez, como si esperaran que se partieran y revelaran alas de piel exfoliada que arrastrarían los dedos y saldrían girando hacia los cielos.

Y su hermana estaba febril. Día tras día, sumida en un delirio de locura. El diálogo, cualquier tipo de negociación, había sido imposible hasta el momento. Lo único que había conseguido Sukul había sido sacarla de esa ciudad infernal y llevarla hasta allí, un lugar de relativa quietud.

En ese momento observaba el cobertizo que, desde ese ángulo, ocultaba la forma recostada de Sheltatha Sabiduría, una visión que la hacía esbozar una sonrisa forzada. Como residencia, no se podía llamar palacio precisamente, sobre todo dada la sangre real de ambas, si el torrente dracónico que corría por sus venas podía justificar el apelativo, ¿y por qué no habría de hacerlo? Después de todo, no había abundancia de ascendientes dignos en ese reino. Salvo por un puñado de ariscos dioses ancestrales y esos espíritus sin nombre de la piedra, el árbol, la fuente y el arroyo. *Seguro que Menandore se ha construido una morada más majestuosa, lista para que alguien se la apropie. Una fortaleza en la montaña, con chapiteles, impenetrable, tan alta que siempre estará envuelta en nubes. Quiero pasear por esos aireados pasillos y llamarlos míos. Nuestros. A menos que no tenga más alternativa que encerrar a Sheltatha en una cripta, donde pueda delirar y chillar sin molestar a nadie*…

—Debería arrancarte la garganta.

El graznido, que procedía de debajo del refugio de ramas, provocó un suspiro en Sukul. Se acercó rodeando el refugio hasta que llegó a la parte frontal y pudo mirar dentro. Su hermana se había incorporado, aunque tenía la cabeza inclinada y el largo cabello carmesí le ocultaba la cara. Las largas uñas en el extremo de las manos que colgaban relucían como si chorrearan aceite.

—Te ha bajado la fiebre, eso está bien.

Sheltatha Sabiduría no alzó los ojos.

—¿Ah, sí? Clamé por ti… cuando Ruina se escapaba y luchaba con uñas y dientes, cuando se volvió contra mí, ¡ese cabrón egoísta y cruel! ¡Te llamé!

—Te oí, hermana. Por desgracia, estaba demasiado lejos para hacer nada… en esa lucha tuya. Pero vine al fin, ¿no? Vine y te liberé.

Silencio durante un largo rato y después, la voz otra vez, oscura y brutal.

—Bueno, ¿y dónde está ésa?

—¿Menandore?

—Fue ella, ¿verdad? —Sabiduría alzó la mirada de repente y reveló unos ojos ambarinos, el blanco manchado como de orín. Una mirada espeluznante, con los ojos muy abiertos, buscando algo—. Golpearme por la espalda… yo no sospechaba nada, creí que estabas allí, creí… ¿estabas allí, verdad?

—Fui tan víctima como tú, Sheltatha. Menandore se había preparado durante mucho tiempo para esa traición, una veintena de rituales… para derribarte, para dejarme inerme e incapaz de intervenir.

—Querrás decir que golpeó ella primero. —La afirmación fue una especie de gruñido—. ¿Acaso no estábamos planeando nosotras lo mismo, Sukul?

—Un detalle que ahora carece de relevancia, ¿no?

—Y sin embargo, querida hermana, a ti no te enterró, ¿verdad?

—No gracias a que fuera más hábil que ella. Y tampoco negocié para conseguir mi libertad. No, al parecer Menandore no tenía interés en destruirme. —Sukul podía sentir el gruñido de odio que le retorcía las facciones—. Nunca pensó que valiera mucho. Sukul Ankhadu, la Moteada, la Veleidosa. Bueno, pues está a punto de aprender una lección, ¿no?

—Debemos buscar un azath —dijo Sheltatha Sabiduría, y enseñó los dientes marrones en una mueca fiera—. Debemos hacer que sufra lo que yo sufrí.

—Estoy de acuerdo, hermana. Por desgracia, no hay azath supervivientes en este lugar, me refiero a este continente. Sheltatha Sabiduría, ¿quieres confiar en mí? Tengo algo en mente, una forma de atrapar a Menandore, de lograr la venganza que esperamos desde hace tanto tiempo. ¿Quieres unirte a mí? Como auténticas aliadas, juntas, aquí no hay nada lo bastante potente como para detenernos…

—Idiota, está Silchas Ruina.

—También tengo una respuesta para él, hermana. Pero necesito tu ayuda. Si trabajamos juntas, lograremos la muerte tanto de Menandore como de Silchas Ruina. ¿Confías en mí?

La carcajada de Sheltatha Sabiduría fue dura.

—Desecha esa palabra, hermana. Carece de significado. Exijo venganza. Tienes algo que demostrarnos… a todos. Muy bien, trabajaremos juntas y ya veremos qué pasa. Cuéntame tu magnífico plan, entonces. Dime cómo vamos a aplastar a Silchas Ruina, que carece de igual en este reino…

—Debes vencer el miedo que te inspira —dijo Sukul apartando la mirada, estudió el claro y observó que los haces de luz se habían alargado y que el muro en ruinas que

las rodeaba se encorvaba como una oscuridad desmoronada —. No es indomable. Scabandari lo demostró de sobra…

—¿De verdad eres tan estúpida como para creerte eso? —preguntó Sheltatha mientras salía del cobertizo y se erguía como una especie de árbol antropomórfico. La piel le brillaba, pulida y del color de la madera manchada—. Compartí el túmulo de ese cabrón durante un millar de eternidades. Saboreé sus sueños, tomé sorbos del arroyo de sus pensamientos más secretos… se hizo descuidado…

Sukul miró con el ceño fruncido a su pariente.

—¿Qué estás diciendo?

Aquellos ojos terribles se clavaron con una mueca burlona en ella.

—Se plantó en el campo de batalla. Se plantó allí, le dio la espalda a Scabandari, a quién él llamaba Ojodesangre, ¿es que necesitaba más pistas? Te digo que se plantó allí y se limitó a esperar los cuchillos.

—No te creo, eso tiene que ser mentira, ¡tiene que serlo!

—¿Por qué? Herido, desarmado. Percibía el acercamiento rápido de los poderes de su reino, poderes que no dudarían en destruirlos a Ojodesangre y a él, a los dos. Destruir en el sentido más absoluto. Silchas no estaba en condiciones de defenderse de ellos. Ni tampoco lo estaba, bien lo sabía él, Scabandari, por mucho que el pomposo idiota se hubiera pavoneado del sinfín de muertos. Así que, ¿compartir el destino de Scabandari o… huir?

—Milenios dentro de un túmulo de un azath, ¿llamas huida a eso, Sheltatha?

—Más que cualquiera de nosotros, más incluso que Anomandaris —dijo la otra, los ojos velados de repente—, Silchas Ruina piensa… como un dragón. Igual de frío, igual de calculador, igual de intemporal. Por el Abismo del inframundo, Sukul Ankhadu, no tienes ni idea… —Un estremecimiento se apoderó de Sheltatha, que se giró—.

Asegúrate de lo que tramas, hermana —añadió con tono gutural—, y por muy segura que estés, déjanos un modo de escapar. Para cuando fracasemos.

Otro leve gemido de los espíritus de la tierra por todas partes, y Sukul Ankhadu se estremeció, asaltada por la incertidumbre… y el miedo.

—Debes contarme más sobre él —dijo—. Todo aquello de lo que te enteraste…

—Oh, lo haré. La libertad te ha hecho… arrogante, hermana. Debemos despojarte de eso, debemos desposeer tu mirada de ese velo de confianza. Y reelaborar tus planes como corresponde. —Una larga pausa, después Sheltatha Sabiduría miró a Sukul una vez más con un extraño brillo en los ojos—. Dime, ¿lo elegiste de forma deliberada?

—¿Qué?

Un gesto.

—Este lugar… para mi recuperación.

Sukul se encogió de hombros.

—Evitado por los lugareños. Privado… me pareció…

—Evitado, sí. Con razón.

—¿Y cuál sería?

Sheltatha la estudió durante un buen rato antes de darse la vuelta sin más.

—No importa. Ya estoy lista para irme de aquí.

Como yo, creo.

—De acuerdo. Al norte…

Otra mirada perspicaz; al cabo, un asentimiento.

Ah, veo tu desdén, hermana. Sé que pensabas lo mismo que Menandore, sé que me consideras poca cosa. ¿Y tú creías que me presentaría cuando ella golpeara? ¿Por qué? Hablé de confianza, sí, pero no lo entendiste. Desde luego que confío en ti, Sheltatha. Confío en que ansíes venganza. Y eso es todo lo que necesito. Por diez mil vidas enteras de desaires e indiferencia… no necesito más.

Los brazos tatuados desnudos bajo el calor húmedo, el taxiliano se acercó a la mesa baja donde estaba sentada Samar Dev sin hacer caso de la mirada curiosa de los otros parroquianos que había en el patio del restaurante. Se sentó sin una sola palabra, estiró el brazo para coger la jarra de vino frío aguado y se sirvió una copa, después se inclinó hacia delante.

—Por los Siete Sagrados, bruja, esta maldita ciudad es una maravilla… y una pesadilla.

Samar Dev se encogió de hombros.

—Se ha corrido la voz, una veintena de campeones aguardan la voluntad del emperador. Es lógico que atraigas la atención.

Él negó con la cabeza.

—No me has entendido. En otro tiempo fui arquitecto, ¿sabes? Una cosa es —hizo un gesto descuidado con la mano— quedarse con la boca abierta ante las extraordinarias calzadas y tramos, los puentes y esa dudosa arrogancia que es el Domicilio Eterno, incluso los canales con sus esclusas, entradas y salidas, los cursos de los acueductos y los enormes blocaos con sus inmensas bombas y demás. —Hizo una pausa para tomar otro trago de vino—. No, hablo de algo totalmente diferente. ¿Sabías que una especie de templo antiguo se derrumbó el día que llegamos, un templo dedicado, al parecer, a las ratas…?

—¿Ratas?

—Ratas, y no es que haya podido descubrir insinuación alguna de un culto centrado en criaturas tan sucias.

—A Karsa la idea lo divertiría —dijo Samar Dev con una pequeña sonrisa—, y se buscaría en los devotos de ese culto otro enemigo más, dada su predilección por retorcer cuellos de roedores…

—No solo roedores, tengo entendido… —dijo el taxiliano en voz baja.

—Por desgracia, pero en ese asunto yo le concedería al toblakai un poco de margen; les advirtió que nadie debía tocar su espada. Una docena de veces o más, de hecho. Ese guardia debería haber sabido lo que le esperaba.

—Mi querida bruja —suspiró el taxiliano—, fue un descuido por tu parte o, lo que es peor, dejadez. Tiene que ver con el emperador, ¿sabes? El arma destinada a cruzar la hoja con la de Rhulad. Tocarla significa una bendición, ¿no lo sabías? Los leales ciudadanos de este imperio quieren que los campeones lo logren. Quieren que su maldito tirano desaparezca. Rezan por ello, sueñan con ello…

—De acuerdo —siseó Samar Dev—, ¡pero baja la voz!

El taxiliano abrió las manos e hizo una mueca.

—Sí, por supuesto. Después de todo, cada sombra oculta un patriota…

—Cuidado de quién te burlas. Es una panda caprichosa y sedienta de sangre, taxiliano, y siendo como eres extranjero, eso solo te hace más vulnerable.

—Debes poner la oreja en más conversaciones, bruja. Es imposible matar al emperador. Karsa Orlong se unirá a todos los demás en el cementerio de urnas. No esperes otra cosa. Y cuando eso ocurra, bueno, todos sus parásitos, sus compañeros, todos los que vinieron con él, sufrirán el mismo destino. Así está decretado. ¿Por qué se iban a molestar los patriotas con nosotros, dada nuestra muerte inevitable? —Se acabó la copa y la volvió a llenar de vino—. En cualquier caso, me has distraído. Estaba hablando de ese templo derrumbado, y de lo que vi de su apuntalamiento, la prueba irrefutable de mi creciente sospecha.

—No sabía que estábamos destinados a ser ejecutados. Bueno, eso cambia las cosas… aunque no sé muy bien cómo.

—Se quedó callada; y luego, tras pensar en lo que había seguido diciendo el taxiliano, dijo—: Continúa.

El taxiliano se echó con lentitud hacia atrás y acunó la copa entre las manos.

—Piensa en Ehrlitan, una ciudad construida sobre los huesos de muchas otras. En eso no se diferencia mucho de la mayoría de asentamientos de toda Siete Ciudades. Pero esta Letheras, no se parece en nada, Samar Dev. No. Aquí, la ciudad antigua no se derrumbó, no se desintegró en escombros. Continúa en pie y sigue patrones de calles no del todo ocultos. Aquí y allí permanecen edificios antiguos, como dientes torcidos. Jamás he visto nada parecido, bruja; parece que a esas antiguas calles nadie les prestó atención alguna. Las atraviesan justo por el centro al menos dos canales, se puede ver el abultamiento de la cantería en las paredes del canal, como los extremos serrados de unos huesos largos.

—Peculiar, desde luego. Por desgracia, un tema que solo a un arquitecto o a un albañil le parecería una fuente de grandes emociones, Taxiliano.

—Sigues sin entenderlo. Ese antiguo patrón, esa cuadrícula en su mayor parte escondida y el resto de las estructuras similares… bruja, nada de ello es accidental.

—¿A qué te refieres?

—Supongo que no debería decírtelo, pero entre albañiles y arquitectos hay secretos de naturaleza mística. Ciertas verdades concernientes a los números y la geometría revelan energías ocultas, celosías de poder. Samar Dev, esos cursos de energía existen, como cables retorcidos en la argamasa, entretejidos por toda esta ciudad. El derrumbamiento de la Casa de las Escamas lo reveló ante mis ojos: una herida abierta que goteaba sangre antigua; sangre casi muerta, lo admito, pero innegable.

—¿Estás seguro de eso?

—Lo estoy, y es más, alguien lo sabe. Lo suficiente para garantizar que los constructos esenciales, los edificios que forman una red de fulcros, los puntos de fijación de la celosía de energía, continúan todos en pie…

—Salvo esa Casa de las Escamas.

Un asentimiento.

—Lo que no tiene por qué ser malo… de hecho, no tiene por qué ser accidental, ese derrumbamiento.

—Ahora sí que me he perdido. ¿El templo se cayó a propósito?

—Yo no lo descartaría. De hecho, eso concuerda con mis sospechas. Nos acercamos a un acontecimiento trascendental, Samar Dev. De momento, no puedo llegar más allá. Va a ocurrir algo. Solo ruego que estemos vivos para presenciarlo.

—No has hecho mucho por animarme el día —dijo la bruja mientras miraba el desayuno a medio terminar que tenía delante: pan, quesos y frutas desconocidas—. Como mínimo podrías pedirnos otra frasca de vino para purgar tus pecados.

—Creo que deberías huir —dijo el taxiliano en tono bajo, sin mirarla a los ojos—. Yo lo haría, salvo por el acontecimiento que creo que viene. Pero como bien dices, mi interés es sobre todo profesional. Tú, por otro lado, harías bien en preocuparte por tu vida, es decir, por conservarla.

La mujer frunció el ceño.

—No es que tenga una fe irracional en la pericia marcial de Karsa Orlong. Ha habido insinuaciones suficientes de que el emperador ha luchado contra otros grandes campeones, otros guerreros de habilidad formidable, y ninguno pudo derrotarlo. No obstante, admito sentir cierta… bueno, lealtad.

—¿Suficiente para unirte a él ante la puerta del Embozado?

—No estoy segura. En cualquier caso, ¿no crees que nos están vigilando? ¿No te parece que otros ya habrán querido huir de su destino?

—Sin duda. Pero, Samar Dev, no intentarlo siquiera…

—Lo pensaré, taxiliano. Pero he cambiado de opinión, esa segunda frasca de vino tendrá que esperar. Paseemos por esta bella ciudad. Me apetece ver ese templo en ruinas con mis propios ojos. Podemos mirarlo boquiabiertos como los extranjeros que somos, y a los patriotas no les parecerá raro. —Se levantó de su asiento.

El taxiliano la imitó.

—Confío en que ya hayas pagado al propietario.

—No hace falta. Dádivas imperiales.

—Generosidad con los condenados… eso contradice todo lo que pienso de este infortunado imperio.

—Las cosas son siempre más complejas de lo que parecen a primera vista.

Seguidos por los ojos de una docena de parroquianos, los dos dejaron el restaurante.

El sol devoró las últimas sombras del suelo de arena del complejo, el calor se elevaba en constantes oleadas por toda la longitud de aquel recinto rectangular de muros altos. Las arenas habían sido rastrilladas y alisadas por sirvientes y esa superficie permanecería incólume hasta las últimas horas de la tarde, cuando los aspirantes que aguardaban saldrían en tropel para practicar unos con otros y reunirse (los que compartían idioma) para rumiar y dar vueltas y más vueltas a esas extrañas y macabras circunstancias. Sin embargo, apoyado contra un muro justo al lado de la entrada interna, Taralack Veed observaba a Icarium moverse con lentitud por el muro exterior del complejo, una mano estirada para rozar

con las puntas de los dedos la piedra polvorienta, blanqueada, y su friso desdibujado.

En ese friso, imágenes desvaídas de héroes imperiales y reyes empapados de gloria, desportillados y marcados a esas alturas por las armas de extranjeros descuidados que luchaban entre sí, todos y cada uno de esos extranjeros empeñados en asesinar al emperador que en ese momento ocupaba el trono.

Así pues, un único juego de pisadas que iban siguiendo un muro, una sombra que se reducía casi a la nada bajo el guerrero alto de piel olivácea, que hizo una pausa para mirar al cielo cuando una bandada de aves desconocidas pasó rozando el hueco azul, y después continuó hasta que llegó al otro extremo, donde una enorme verja enrejada bloqueaba el camino que llevaba a la calle. Las figuras de los guardias eran apenas visibles tras los gruesos barrotes salpicados de orín. Icarium se detuvo delante de la verja, permaneció allí inmóvil, el sol decolorando su piel como si el jhag acabara de salir del friso de su izquierda, tan desvaído y gastado como cualquier héroe de la antigüedad.

Pero no, no es un héroe. Nadie lo ve así. Jamás. Es un arma y solo eso. Y sin embargo… vive, respira y cuando algo respira, es más que un arma. Sangre caliente en las venas, la elegancia del movimiento, una cabriola de pensamientos y sentimientos en ese cráneo, una conciencia que arde en los ojos. Los sin nombre se habían arrodillado en el umbral de piedra durante demasiado tiempo. Habían venerado una casa, sus terrenos desiguales, sus habitaciones llenas de ecos… ¿por qué no a los seres vivos y conscientes que podrían morar en esa casa? ¿Por qué no a los constructores inmortales? Un templo era terreno santificado no a su propia existencia, sino al dios que iba a honrar. Pero los sin nombre no lo veían así. *Veneración llevada a su extremo más absurdo… pero quizá, en realidad, tan primitiva como dejar*

una ofrenda en un pliegue de roca, como pintar con sangre esa superficie gastada… Oh, no soy la persona adecuada para esto, los pensamientos me hielan la médula del alma.

Un gral, herido y marcado por las traiciones, las que esperan a la sombra de todo hombre, pues somos a la vez casa y morador. Piedra y tierra. Sangre y carne. Y así rondaremos por las viejas habitaciones, recorreremos los pasillos conocidos hasta que, al volver una esquina, nos encontremos delante de un desconocido que no puede ser otro que nuestro reflejo más vil.

Y entonces se sacan los cuchillos y se libra la batalla de una vida, año tras año, obra tras obra. Valor e infame traición, cobardía y malicia brillante.

El desconocido me ha hecho retroceder, paso a paso. Hasta que ya no me reconozco, ¿qué hombre cuerdo osaría reconocer su propia infamia? ¿Quién se complacería en la sensación del mal, quién se sentiría satisfecho con todas sus amargas recompensas? No, en su lugar huimos con nuestras propias mentiras, ¿acaso no pronuncio mis votos de venganza cada amanecer? ¿No susurro mis maldiciones contra todos aquellos que me agraviaron?

Y ahora oso juzgar a los sin nombre, que quieren empuñar un mal contra otro. ¿Y qué hay de mi lugar en esta espantosa intriga?

Se quedó mirando a Icarium, que seguía delante de la verja, que permanecía allí en pie, como una estatua, desdibujado tras las ondas de calor. *Mi desconocido. Pero ¿cuál de los dos es el malvado?*

Su predecesor, Mappo, el trell, ya hacía mucho tiempo que había dejado atrás esas luchas, sospechaba Taralack. Había elegido traicionar a los sin nombre antes que a ese guerrero que permanecía junto a la verja. ¿Una elección descabellada? El gral ya no estaba tan seguro de la respuesta.

Siseó por lo bajo y se apartó de la pared con un empujón, después recorrió todo el complejo entre las oleadas de calor hasta llegar junto al jhag.

—Si dejas tus armas —dijo Taralack—, eres libre de pasear por la ciudad.

—¿Libre de cambiar de opinión? —preguntó Icarium con una leve sonrisa.

—Poco conseguirías con eso, salvo, quizá, nuestra ejecución inmediata.

—Lo que quizá fuera una bendición.

—No crees en tus propias palabras, Icarium. Solo las pronuncias para burlarte de mí.

—Eso quizá sea verdad, Taralack Veed. En cuanto a esta ciudad —sacudió la cabeza—, no estoy listo todavía.

—El emperador podría decidirse en cualquier momento…

—No lo hará. Hay tiempo.

El gral levantó la cabeza y miró con el ceño fruncido al jhag.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque, Taralack Veed —dijo Icarium, tranquilo y comedido mientras se volvía para regresar—, tiene miedo.

El gral se lo quedó mirando sin decir nada. *¿De ti? ¿Qué sabe? Por los Siete Sagrados, ¿quién sabría de la historia de esta tierra? ¿De sus leyendas? ¿Están advertidos de la llegada de Icarium y todo lo que aguarda en su interior?*

Icarium se desvaneció en la sombra bajo la entrada del edificio. Tras una docena de rápidos latidos, Taralack lo siguió, no para reclamar la arisca compañía del jhag, sino para buscar a alguien que pudiera darle respuestas a la multitud de preguntas que lo asaltaban.

Varat Taun, en otro tiempo segundo al mando de la atripreda Yan Tovis, se agazapó en una esquina de la habitación

sin amueblar. Su única reacción a la llegada de Yan Tovis fue un estremecimiento. Todavía más acurrucado en esa esquina, no levantó la cabeza para mirarla. Ese hombre, él solo, había guiado a Taralack Veed y a Icarium en su regreso por las sendas, un túnel desgarrado por una magia desconocida, un túnel que cruzaba cada reino que había atravesado la expedición en su viaje de ida. La atri-preda había visto con sus propios ojos la herida devastadora que había sido la puerta de salida; había oído su aullido, una voz que pareció meterse en su pecho y estrujarle el corazón; se había quedado mirando sin poder creérselo, maravillada, las tres figuras que habían salido de allí, una arrastrada entre dos…

Ningún otro superviviente. Ni uno solo. Ni edur ni letherii.

La mente de Varat Taun ya se había quebrado por aquel entonces. Incapaz de dar explicaciones coherentes, había farfullado y le había chillado a cualquiera que se acercara demasiado a él, pero sin poder o querer arrancar los ojos muy abiertos de la forma inconsciente de Icarium.

Las palabras ásperas de Taralack Veed entonces: *Todos muertos. Todo el mundo. El primer trono está destruido, todos los defensores masacrados, solo Icarium quedó en pie, e incluso él estaba herido de gravedad. Es… es digno de vuestro emperador*.

Pero eso mismo llevaba diciendo el gral desde el comienzo. Lo cierto era que nadie lo sabía con seguridad. ¿Qué había ocurrido en el sepulcro subterráneo en el que se encontraba el primer trono?

Las terribles afirmaciones no terminaron ahí. El trono de Sombra también había quedado destruido. Yan Tovis recordó la consternación y el horror que invadieron los rasgos de los tiste edur cuando comprendieron las palabras que había pronunciado Taralack Veed con su espantoso acento.

Era necesaria otra expedición. Eso al menos había quedado claro. Para ver si lo que se afirmaba era verdad.

La puerta se había cerrado poco después de escupir a los supervivientes, la sanación casi tan violenta y tensa como la primera herida, con una cacofonía de chillidos (como las almas perdidas de los condenados) que brotaron de ese portal en el último momento, dejando a los testigos con la terrible convicción de que había otros que habían intentado salir de allí a la carrera.

A raíz de esa sospecha, no tardó en llegar la noticia de los fracasos (en un barco tras otro de la flota) de los hechiceros de los edur que intentaban tallar caminos nuevos en las sendas. El trauma creado por ese desgarro caótico, de algún modo, había sellado todo posible camino al lugar del trono de Sombra, y al del primer trono t'lan imass. ¿Era algo permanente? Nadie lo sabía. Incluso intentar tocarlo, como habían hecho los hechiceros, era solo para encogerse envueltos en un dolor salvaje. *Caliente*, decían; *la carne misma de la existencia brama como fuego*.

Pero lo cierto era que Yan Tovis no tenía mucho interés en esos asuntos. Había perdido soldados, y ninguno le dolía más que su segundo al mando, Varat Taun.

Se quedó mirando la forma agazapada en el suelo. *¿Es esto lo que les entregaré a su esposa e hijo en Rosazul?* Varios sanadores letherii lo habían atendido, pero sin mucho éxito; no estaba dentro de sus poderes curar las heridas de su mente.

El sonido de unas botas en el pasillo, tras ella. Yan Tovis se hizo a un lado cuando llegó una guardia con el hombre descalzo que le habían encargado llevar. Otro «invitado». Un monje de la teocracia del archipiélago de Cabal que, por extraño que fuera, se había presentado voluntario para unirse a la flota edur; resultó que cumplía con una tradición que imponía la entrega de rehenes para repeler enemigos en

potencia. La flota edur había quedado demasiado dañada para suponer una gran amenaza en ese momento, todavía se lamía las heridas tras chocar con los habitantes de Perecedero, pero eso no había parecido importar demasiado; la tradición que dictaba el primer contacto con desconocidos era una política oficial.

El monje cabalhii, que se encontraba en ese momento en el umbral de la puerta, no le llegaba a Crepúsculo más que al hombro; era de constitución menuda, calvo, en la cara redonda se había pintado una máscara cómica con unos pigmentos densos, sólidos, de colores estridentes que exageraban una expresión de hilaridad que se reflejaba a la perfección en el brillo de los ojos del hombre. Yan Tovis no había sabido qué esperar, pero desde luego… nada parecido.

—Gracias por acceder a verlo —dijo en ese momento Crepúsculo—. Tengo entendido que posee talento como sanador.

El monje parecía a punto de estallar en carcajadas con cada palabra que decía la atri-preda, y Crepúsculo sintió un destello de irritación.

—¿Me entiende? —preguntó.

Bajo la pintura facial los rasgos eran neutros, inexpresivos, cuando le respondió en un letherii fluido.

—Entiendo cada una de sus palabras. Por el tono cantarín de su acento deduzco que procede del norte del imperio, de la costa. También ha aprendido la entonación necesaria que forma parte del léxico del ejército, lo que no corrige del todo ese residuo que queda de su nacimiento humilde, pero que es mediación suficiente para que sus compañeros no tengan la certeza de cuál es en realidad la posición de su familia. —Los ojos, de un suave color castaño, rebosaban una silenciosa alegría con cada una de las frases—. Esto, por supuesto, no se refiere a la mácula temporal dejada por la

larga convivencia con los marineros, así como con los tiste edur. Cosa que, quizá le alivie saber, está desapareciendo muy deprisa.

Yan Tovis miró a la guardia que permanecía detrás del monje. La mandó marchar con un gesto.

—Si ésa era su idea de un chiste —le dijo Crepúsculo al monje cabalhii después de que se fuera la mujer—, que conste que ni siquiera la pintura ayuda.

Los ojos destellaron.

—Le aseguro que no había pretensión alguna de hacer una broma. Bien, me han dicho que sus sanadores no han tenido éxito. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí.

—¿Y los tiste edur?

—A ellos… no les interesa el destino de Varat Taun.

Un asentimiento, y el monje, tras recogerse las sedas sueltas, se acercó sin ruido a la figura que permanecía en la otra esquina.

Varat Taun lanzó un chillido y empezó a arañar las paredes.

El monje se detuvo, ladeó la cabeza, se dio media vuelta y se acercó a Yan Tovis.

—¿Desea oír mi valoración?

—Continúe.

—Está loco.

Crepúsculo se quedó mirando los ojitos bailarines y sintió un deseo repentino de estrangular a ese cabalhii.

—¿Eso es todo? —Le salió la pregunta con tono áspero, con una amenaza tosca.

—¿Todo? Es considerable. Locura. Un sinnúmero de causas, algunas el resultado de un daño físico en el cerebro, otras debidas a órganos disfuncionales que pueden atribuirse a rasgos familiares, un defecto heredado, por así llamarlo. Otras fuentes incluyen un desequilibrio de las diez

mil secreciones de la carne, una mácula en fluidos selectos, el beso enfebrecido del delirio. Estos desequilibrios pueden deberse al ya mencionado daño o disfunción.

—¿Puede sanarlo?

El monje parpadeó.

—¿Es necesario?

—Bueno, por eso envié a buscarlo… Disculpe, pero ¿cómo se llama?

—Mi nombre quedó desechado cuando alcancé mi rango actual dentro de las Sectas Unificadas de Cabal.

—Entiendo, ¿y qué rango es ése?

—Examinador superior.

—¿Para examinar qué?

La expresión no cambió.

—Todo asunto que requiera un examen. ¿Se requiere más explicación que ésa?

Yan Tovis frunció el ceño.

—No estoy segura —murmuró—. Creo que estamos perdiendo el tiempo.

Otra voltereta salvaje en los ojos del monje.

—La aparición de una flota extranjera entre nuestras islas requirió un examen. El imperio que la despachó requirió un examen. Las exigencias de este emperador requieren un examen. Y ahora, como vemos, el estado de este joven soldado requiere un examen. Así que lo he examinado.

—Bueno, ¿y dónde, con exactitud, entra su talento para sanar?

—A la sanación ha de preceder por necesidad un examen del éxito o fracaso del tratamiento.

—¿Qué tratamiento?

—Estas cosas siguen una progresión de requisitos, cada uno de los cuales debe cumplirse en su totalidad antes de que pueda procederse al siguiente. Así pues, yo he examinado el estado actual de este soldado. Está loco.

Luego, para que usted lo entendiera, describí las varias condiciones de la locura y sus posibles causas. A continuación negociamos el tema de la nomenclatura personal, un aparte sin demasiada relevancia, como ha resultado, y ahora estoy preparado para reanudar la tarea que tenemos entre manos.

—Disculpe la interrupción, entonces.

—No es necesario. Bien, continuemos. Este soldado ha sufrido un trauma suficiente para alterar el equilibrio normal de las diez mil secreciones. Varios órganos dentro de su cerebro están atrapados ahora en un ciclo de disfunción que no puede solucionar ninguna medida de reparación propia. El trauma ha dejado un residuo en forma de una infección de caos; si me permite añadir, no es de sabios probar las aguas letales que hay entre las sendas. Además, este caos está manchado por la presencia de un dios falso.

—Un dios falso... ¿qué tiene de falso?

—Yo soy un monje de las Sectas Unificadas de Cabal, y al parecer ahora es necesario que explique la naturaleza de mi religión. Entre el pueblo de Cabal hay tres mil doce sectas. Estas sectas son devotas, todas y cada una, del Único Dios. En el pasado, terribles guerras civiles atormentaron las islas de Cabal, ya que cada secta luchaba por dominar tanto los asuntos seculares como los espirituales. Hasta el Gran Sínodo del Año Nuevo Uno no se pudo garantizar la paz, que se formalizó para cada generación venidera. De ahí las Sectas Unificadas. Resultó que la solución a los interminables conflictos era de una sencillez brillante: «La fe en el Único Dios ocluye todas las demás preocupaciones».

—¿Cómo podía haber tantas sectas y un solo dios?

—Ah. Bueno, tiene que entenderlo. El Único Dios no escribe nada. El Único Dios ha concedido a sus hijos el regalo del idioma y el pensamiento con la esperanza de que los deseos del Único Dios sean registrados por manos

humanas e interpretados por mentes humanas. Que hubiera tres mil doce sectas en el Año Nuevo Uno solo sorprende en el sentido de que en otro tiempo hubo decenas de miles, resultado de una antigua y desacertada política que proporcionaba una educación exhaustiva a cada ciudadano de Cabal, una política que desde entonces se ha corregido en interés de la unificación. Ahora hay un colegio universitario por secta, y es allí donde se formaliza la doctrina. Gracias a ello, Cabal ha conocido veintitrés meses de paz ininterrumpida.

Yan Tovis estudió al hombrecito, los ojos bailarines, la absurda máscara de pintura.

—¿Y qué doctrina sectaria aprendió usted, examinador superior?

—Pues la de los Burlones.

—¿Y su principio fundamental?

—Solo el siguiente: el Único Dios, puesto que no ha escrito nada, puesto que ha dejado todos los asuntos de interpretación de la fe y la veneración a las mentes sin guía de mortales con un exceso de educación formal, está, de forma inequívoca, loco.

—Lo cual, supongo, es la razón por la que su máscara muestra una carcajada salvaje…

—En absoluto. En los Burlones se nos prohíbe la carcajada, pues es una invitación a la histeria que aflige al Único Dios. En la expresión sagrada que adorna mi cara, usted tiene el privilegio de ver al Que Hay Detrás del Gran Propósito, tal y como nuestra secta lo determina. —El monje de repente unió las manos bajo la barbilla—. Bien, nuestro pobre soldado ha sufrido ya demasiado tiempo mientras nosotros volvemos a divagar. He examinado la mancha de un dios falso en la mente asediada de este hombre herido. Así pues, hay que expulsar a ese dios falso. Una vez hecho eso, eliminaré los bloqueos que hay en el cerebro que

impiden que se repare solo, y así se remediarán todos los desequilibrios. Los efectos de dicho tratamiento serán casi inmediatos y obvios a simple vista.

Yan Tovis parpadeó.

—¿De verdad que puede sanarlo?

—¿No lo he dicho ya?

—Examinador superior.

—¿Sí?

—¿Es usted consciente del propósito que se supone que ha de servir aquí, en Letheras?

—Creo que se espera de mí que me encuentre con el emperador en la arena, momento en el que procuraremos matarnos el uno al otro. Es más, se me ha dado a entender que a este emperador no se le puede matar con ninguna medida de finalidad, maldito como está por un dios falso, el mismo dios falso que ha afligido a este soldado de aquí, por cierto. Así pues, es el resultado de mi examen que me matarán en ese combate, para consternación de todos y de nadie.

—¿Y su Único Dios no lo ayudará, siendo como es sacerdote de alto rango de su templo?

Los ojos del hombre brillaron.

—El Único Dios no ayuda a nadie. Después de todo, si ayudara a uno, tendría que ayudarlos a todos, y tal ayuda potencialmente universal llevaría de forma inevitable a un conflicto irreconciliable, cosa que, a su vez, y sin lugar a dudas, volvería loco al Único Dios. Como de hecho ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Y ese desequilibrio no puede remediarse?

—Me lleva a que la vuelva a examinar, atri-preda Yan Tovis. Es usted bastante lista, de un modo intuitivo. Resuelvo que sus diez mil secreciones fluyen claras y constantes, es probable que sea el resultado de una objetividad implacable o alguna blasfemia parecida del espíritu, por lo cual le

aseguro que no siento un resentimiento especial. Así pues, compartimos esta pregunta, que enuncia el núcleo mismo de la doctrina de los Burlones. Es nuestra creencia que si cada mortal de este reino lograse la claridad de pensamiento y una perspectiva contundente de la moralidad y, por tanto, adquiriese una humildad y un respeto profundos por todos los demás y por el mundo en el que vivimos, entonces el desequilibrio se redimiría y la cordura regresaría una vez más al Único Dios.

—Ah… entiendo.

—Estoy convencido. Bien, creo que era inminente una sanación. Una unión de las sendas de Alto Mockra y Alto Denul. La enmienda fisiológica lograda gracias a este último. La expurgación de la mancha y la eliminación de los bloqueos a través del primero. Por supuesto, las manifestaciones de dichas sendas son leves aquí, en esta ciudad, por varias razones. No obstante, es cierto que poseo talentos considerables, algunos de los cuales pueden aplicarse de forma directa al asunto que nos concierne.

Yan Tovis, que se sentía un tanto entumecida, se frotó la cara. Cerró los ojos y luego, al oír un suspiro entrecortado de Varat Taun, los volvió a abrir y vio a su segundo desplegar los miembros poco a poco, el nudo fiero de los músculos del cuello se aflojó de forma visible cuando el hombre, con un parpadeo, levantó la cabeza con lentitud.

Y la vio.

—Varat Taun.

Una pequeña sonrisa, impregnada de pena, pero era una pena natural.

—Atri-preda. Conseguimos regresar, entonces…

Ella frunció el ceño y sonrió.

—Usted sí. Y después, teniente, la flota regresó a casa. —Señaló con un gesto la habitación—. Está en el Anexo del Domicilio, en Letheras.

—¿Letheras? ¿Qué? —El militar hizo un esfuerzo por levantarse, se detuvo un momento para mirar con extrañeza al monje cabalhii y al cabo, usando el muro que tenía detrás, se irguió y miró a los ojos a Crepúsculo—. Pero eso es imposible. Teníamos que cruzar dos océanos enteros, como mínimo…

—Su huida resultó ser una ordalía terrible, teniente —dijo Yan Tovis—. Ha estado usted en coma durante muchos, muchos meses. Supongo que se siente usted débil…

Una mueca.

—Agotado, señora.

—¿Qué es lo último que recuerda, teniente?

El miedo invadió los rasgos demacrados y la mirada se apartó de ella.

—Una matanza, señora.

—Sí. El bárbaro conocido como Taralack Veed sobrevivió, al igual que el jhag, Icarium…

La cabeza de Varat Taun se alzó de repente.

—¡Icarium! Sí… atri-preda, ese hombre es… ¡es una abominación!

—¡Un momento! —exclamó el examinador superior, una mirada penetrante en los ojos clavados en el teniente—. ¿Icarium, el guerrero jhag? ¿Icarium Robavida?

Asustada de repente, Yan Tovis le contestó.

—Sí, cabalhii. Está aquí. Al igual que usted, él retará al emperador… —Crepúsculo se detuvo entonces, conmocionada, cuando el hombre, los ojos saliéndose de las órbitas, se llevó de repente las dos manos a la cara y se frotó la densa pintura, después aparecieron los dientes, que atraparon con fuerza el labio inferior y mordieron. Hasta que brotó la sangre. El monje se tambaleó hacia atrás y chocó con la pared que había junto a la puerta, dio media vuelta y huyó de la habitación.

—Que el Errante nos lleve —siseó Varat Taun—, ¿de qué iba todo eso?

¿Risa prohibida? La atri-preda negó con la cabeza.

—No lo sé, teniente.

—¿Quién… qué…?

—Un sanador —respondió ella con voz temblorosa, y se obligó a tomar una bocanada de aire para tranquilizarse—. El que lo despertó, Varat. Un invitado del emperador, de la flota de Uruth.

Varat Taun se lamió los labios agrietados, rotos.

—Señora.

—¿Sí?

—Icarium… que el Errante nos libre, no se le debe despertar. Taralack lo sabe, estaba allí, lo vio. El jhag… que lo echen, señora…

Crepúsculo se acercó a él, las botas pisaron con fuerza el suelo.

—¿Lo que afirma el gral no son exageraciones, entonces? ¿Traerá la destrucción?

Un susurro.

—Sí.

Incapaz de contenerse, la mujer estiró los brazos y con las manos enguantadas cogió a Varat por la raída camisa y lo arrastró hacia sí.

—¡Dígamelo, maldito sea! ¿Puede matarlo? ¿Puede matarlo Icarium?

El horror se arremolinó en los ojos del soldado cuando asintió.

Por la bendición del Errante, quizá esta vez…

—Varat Taun, escúcheme. Voy a encabezar a una compañía que se va en dos días. Regresamos al norte. Usted cabalgará conmigo, subiremos por la costa tanto como sea necesario, después usted se encaminará al este, a Rosazul.

Lo voy a destinar al personal del comisionado de allí, ¿comprendido? Dos días.

—Sí, señora.

Yan Tovis lo soltó, avergonzada de repente de su estallido. Pero todavía sentía las piernas débiles como juncos. Se limpió el sudor de los ojos.

—Bienvenido de nuevo, teniente —dijo con voz ronca sin mirarlo a los ojos—. ¿Se siente con fuerzas para acompañarme?

—Señora, sí, lo intentaré.

—Bien.

Al salir de la habitación se encontraron cara a cara con el bárbaro gral. El aliento se escapó con un siseo de Varat Taun.

Taralack Veed se había detenido en el pasillo y estaba mirando al teniente.

—Te has… recuperado. No pensé… —Sacudió la cabeza antes de continuar—. Me alegro, soldado…

—Nos advertiste una y otra vez —dijo Varat Taun.

El gral hizo una mueca y pareció a punto de escupir, aunque optó por no hacerlo.

—Lo hice —dijo con tono grave—. Y sí, fui lo bastante necio como para convertirme en un testigo entusiasta…

—¿Y la próxima vez? —La pregunta de Varat Taun fue más bien un gruñido.

—No te hace falta preguntarme eso.

El teniente se quedó mirando con atención al salvaje, después pareció hundirse y Yan Tovis se quedó asombrada al ver a Taralack Veed adelantarse para coger el peso de Varat. *Ah, es lo que han compartido. Es eso. Eso*.

El gral la miró con furia.

—¡Está medio muerto de agotamiento!

—Sí.

—Lo ayudaré. ¿Adónde quieres llevarnos, atri-preda?

—A un alojamiento más acogedor. ¿Qué estás haciendo aquí, Veed?

—Un temor repentino —dijo mientras movía con esfuerzo la forma inconsciente de Varat.

Ella fue a ayudarlo.

—¿Qué clase de temor?

—Temor a que lo detuviesen.

—¿A quién?

—A Icarium. Que quisieras detenerlo, ahora sobre todo, ahora que este hombre está cuerdo una vez más. Te lo contará, te contará todo…

—Taralack Veed —dijo la atri-preda con tono duro—, el teniente y yo abandonamos la ciudad en dos días. Cabalgamos al norte. Hasta entonces, Varat Taun queda a mi cuidado. Al de nadie más.

—Nadie salvo yo, claro está.

—Si insistes.

Con el teniente entre los dos, el gral la estudió.

—Lo sabes, ¿verdad? Te lo contó…

—Sí.

—Y tu intención es no decir nada a nadie. Ninguna advertencia…

—Exacto.

—Quién más podría sospechar… vuestras historias antiguas del Primer Imperio. Vuestros eruditos…

—No sé si los hay. Hay uno y, si puedo, vendrá con nosotros. —*Ese puñetero monje. Debería ser muy sencillo. Los sacerdotes de Cabal entendieron mal. Nos enviaron un embajador, no un campeón. Qué sentido tiene matarlo, el pobre idiota no sabe luchar, imagínense la rabia de Rhulad cuando vea que está perdiendo el tiempo… sí, con eso debería bastar*.

—No hay eruditos…

Crepúsculo hizo una mueca antes de hablar.

—Muertos o en prisión. —Miró con furia al gral—. ¿Qué hay de ti? ¿Huirás con nosotros?

—Sabes que no puedo, he de compartir el destino de Icarium. Más de lo que ellos creen. No, atri-preda, no abandonaré esta ciudad.

—¿Era esta tu tarea, Taralack Veed? ¿Traer a Icarium aquí?

El gral no quiso mirarla a los ojos.

—¿Quién te envió? —preguntó Crepúsculo.

—¿Importa acaso? Estamos aquí. Escúchame, Crepúsculo, a tu emperador lo están utilizando. Hay guerra entre los dioses y nosotros no somos nada, tú, yo, Rhulad Sengar. Así que súbete al caballo, sí, y vete tan lejos como puedas. Y llévate a este valiente guerrero contigo. Hazlo y yo moriré sin pena…

—¿Y qué hay del arrepentimiento?

El gral escupió en el suelo. Su única respuesta, pero ella lo entendió a la perfección.

Sellado por un muro grueso de piedra caliza tallada al final de un pasillo largo tiempo abandonado en un pasaje olvidado del antiguo palacio, el antiquísimo templo del Errante ya no existía en la memoria colectiva de los habitantes de Letheras. Su cámara central, con su cúpula como una colmena, había permanecido sin iluminar, el aire quieto e inmóvil, durante más de cuatro siglos, y los ramales radiados que llevaban a salas menores habían resonado con el eco de pisadas por última vez casi cien años antes.

El Errante había salido al mundo, después de todo. El altar se alzaba frío y muerto, probablemente destruido. Los últimos sacerdotes y sacerdotisas (títulos ostentados en secreto para evitar la plaga de pogromos) se habían llevado

sus tradiciones gnósticas a la tumba sin que quedaran seguidores que los sustituyeran.

El señor de las Fortalezas ha salido al mundo. Está ahora entre nosotros. No puede haber veneración, ni sacerdotes ni templos. La única sangre que el Errante probará de ahora en adelante será la suya propia. Nos ha traicionado.

Nos ha traicionado a todos.

Y, sin embargo, los susurros nunca desaparecieron. Resonaban como vientos fantasmales en la mente del dios. Con cada pronunciamiento de su nombre, ya fuera plegaria o maldición, podía sentir ese temblor de poder, se burlaba de todo lo que en una ocasión había tenido en sus manos, se burlaba de los fuegos rabiosos del sacrificio de sangre, de esa fe ferviente, temerosa. Tenía que admitir que había momentos en los que se arrepentía. De todo aquello a lo que había renunciado por voluntad propia.

Maestro de las Losas, el Caminante entre las Fortalezas. *Pero las Fortalezas se han debilitado, su poder olvidado, enterrado por el paso de era tras era. Y yo también me he desvanecido, atrapado en este fragmento de tierra, este imperio patético en una esquina de un continente. Salí al mundo... pero el mundo ha envejecido*.

Se encontraba delante del muro de piedra al final del pasillo. Otra media docena de latidos de indecisión, después entró.

Y se encontró en la oscuridad, el aire viciado y seco en la garganta. Una vez, hace mucho tiempo, había necesitado losas para lograr eso de atravesar una pared sólida de piedra. En otro tiempo su poder parecía nuevo, rebosante de posibilidades; en otro tiempo parecía que él podía dar forma y volver a formar el mundo. Qué arrogancia. Ese poder había desafiado cada asalto de la realidad, durante una temporada.

Él todavía persistía en su engreimiento, bien lo sabía, una maldición entre todos los dioses. Y de vez en cuando se divertía, un empujoncito aquí, un pequeño tirón allá, y después daba un paso atrás para ver cómo se reconfiguraba la madeja de destinos, cada hebra vibrando con su intrusión. Pero cada vez era más difícil. El mundo se le resistía. *Porque soy el último, yo mismo soy la última hebra que alcanza a las Fortalezas*. Y si esa hebra se cortase, la tensión partiéndose de repente, soltándolo de golpe, saliendo a tropezones a la luz del día… ¿entonces qué?

El Errante hizo un gesto, las llamas se alzaron una vez más en los nichos bajos con forma de concha que había en el muro redondo de la cúpula y arrojaron sombras vacilantes por el suelo de mosaico. Habían golpeado con una almádena el altar en su estrado elevado. Las piedras hechas pedazos parecían seguir sangrando, recriminaciones que se derramaban a los ojos del Errante. *¿Quién servía a quién, malditos seáis? Salí entre vosotros para marcar la diferencia, para poder repartir sabiduría, la poca o mucha sabiduría que poseía. Pensé… pensé que lo agradeceríais.*

Pero preferisteis derramar sangre en mi nombre. Mis palabras solo se interpusieron en vuestro camino, mis llantos para que tuvierais misericordia de vuestros conciudadanos… ah, cómo os encolerizó eso.

Sus pensamientos se callaron. Se le puso de punta el vello de la nuca. *¿Qué es esto? No estoy solo.*

Una carcajada suave en uno de los pasadizos. Se volvió sin prisas.

El hombre agachado allí era más ogro que humano, hombros anchos cubiertos de pelo negro erizado, una cabeza con forma de proyectil que sobresalía sobre un cuello corto. La parte inferior de la cara era extrañamente pronunciada bajo un bigote y una barba largos y rizados, y unos colmillos grandes y amarillentos sobresalían de la

mandíbula inferior, abriéndose paso entre los labios y los tirabuzones de cabello espeso. Unas manos achaparradas, maltratadas, colgaban de los brazos largos, los nudillos por el suelo.

De la aparición brotaba un hedor bestial, apestoso.

El Errante entrecerró los párpados, intentaba penetrar la oscuridad que reinaba bajo las cejas pesadas, donde unos ojos pequeños y muy juntos brillaban con una luz apagada, como granates bastos.

—Éste es mi templo —dijo—. No recuerdo haber cursado invitación alguna a… nadie.

Otra carcajada profunda, pero no había buen humor en ella, comprendió el Errante. Amargura, tan densa y acre como el olor que azuzaba la nariz del dios.

—Te recuerdo —dijo la voz de la criatura, baja y atronadora—. Y conocía este lugar. Sabía lo que había sido. Era… seguro. ¿Quién recuerda las Fortalezas, después de todo? ¿Quién sabía lo suficiente para sospechar? Oh, pueden intentar darme caza todo lo que quieran, sí, y al final me encontrarán, ya lo sé. Pronto, quizá. Más pronto, ahora que me has encontrado, maestro de las Losas. Puede que él me haya devuelto, ¿sabes?, junto con otros… regalos. Pero ha fracasado. —Otra carcajada, esta vez dura—. Una desaparición común entre los mortales.

Aunque hablaba, no brotaba ninguna palabra de la boca del ogro. Esa voz pesada, torpe, estaba en la cabeza del Errante, y mucho mejor, porque esos colmillos habrían brutalizado cada frase hasta hacerla casi incomprensible.

—Eres un dios.

Más carcajadas.

—Lo soy.

—Saliste al mundo.

—No por gusto, maestro de las Losas. No como tú.

—Ah.

—Y por ello mis seguidores murieron, oh, cómo han muerto. Por medio mundo su sangre empapó la tierra. Y yo no pude hacer nada. No puedo hacer nada.

—Ya es algo —comentó el Errante— que te limites a tan modesta forma. ¿Pero cuánto tiempo más durará ese control? ¿En qué breve plazo harás estallar los confines de este templo mío? ¿Cuánto tiempo ha de pasar antes de que te alces a la vista de todos, apartes de un empujón las nubes y sacudas las montañas para convertirlas en polvo…?

—Me habré ido mucho antes de que ocurra eso, maestro de las Losas.

La sonrisa del Errante era irónica.

—Es un alivio, dios.

—Has sobrevivido. —Dijo entonces el dios—. Durante mucho tiempo. ¿Cómo?

—Por desgracia —dijo el Errante—, mi consejo a ti no te serviría. Mi poder se disipó rápido. Ya había sufrido terribles heridas, los pogromos a los que los forkrul assail sometieron a mis fieles se ocuparon de eso. Pensar en otro fracaso parecido era demasiado… así que me presté a renunciar a la mayor parte de lo que me quedaba. Eso me inutilizó, aparte de lo que pueda hacer, quizá, en esta ciudad y un modesto tramo de río. Así que no soy una amenaza para nadie. —*Ni siquiera para ti, colmilludo*—. No es algo, sin embargo, que tú puedas elegir. Querrán el poder puro de tu interior, el que corre por tu sangre, y necesitarán que se derrame para que puedan beber, para que puedan bañarse en lo que quede de ti.

—Sí. Me aguarda una última batalla. Eso, al menos, no lo lamento.

Afortunado tú.

—Una batalla. Y… ¿una guerra?

Cierta diversión en sus pensamientos.

—Oh, desde luego, maestro de las Losas. Una guerra, lo suficiente para hacer que mi corazón se hinche de vida, de hambre. ¿Cómo no iba a hacerlo? Soy el Jabalí del Verano, señor de las Multitudes en el Campo de Batalla. El coro de los moribundos venideros… ah, maestro, alégrate de que no vaya a ser cerca…

—No estoy tan seguro de eso.

Un encogimiento de hombros.

El Errante frunció el ceño.

—¿Y cuánto tiempo tienes planeado permanecer aquí?

—Pues tanto tiempo como pueda, antes de que mi control se desmorone… o me emplacen a la batalla, a mi muerte, quiero decir. A menos, claro está, que tú decidas desterrarme.

—No me arriesgaría al poder que eso revelaría —contestó el Errante.

Una carcajada profunda.

—¿Crees que no me iría en silencio?

—Lo sé, Jabalí del Verano.

—Muy cierto. —Una vacilación, y después el dios de la guerra continuó—: Ofréceme santuario, Errante, y te entregaré un regalo.

—Muy bien.

—¿Sin regateos?

—No. No tengo energía para eso. ¿Cuál es el regalo, entonces?

—Éste: la Fortaleza de las Bestias ha despertado. Me expulsaron, ¿sabes? Y era necesario, había necesidad, insistencia incluso, de que surgiera algún heredero que ocupara mi lugar, que adoptara las voces de la guerra. Treach era demasiado joven, demasiado débil. Así que los Lobos despertaron. Flanquean ahora el trono… no, ellos son el trono.

El Errante apenas podía respirar ante esta revelación. ¿Una Fortaleza despertada? A pesar de la boca seca como el polvo, consiguió hablar.

—El santuario es tuyo, Jabalí del Verano. Y, para el rastro que te trajo aquí, todos mis esfuerzos para… confundir. Nadie lo sabrá, nadie lo sospechará siquiera.

—Por favor, bloquea entonces a esos que todavía acuden a mí. Sus llantos llenan mi cráneo, es demasiado…

—Sí, lo sé. Haré lo que pueda. Tu nombre… ¿apelan al Jabalí del Verano?

—No con frecuencia —respondió el dios—. Fener. Apelan a Fener.

El Errante asintió e hizo una profunda reverencia.

Atravesó el muro de piedra y una vez más se encontró en el pasillo abandonado del antiguo palacio. *¿Despertado? Por el Abismo del inframundo… no es de extrañar que la Cedance gire en un torbellino de caos. ¿Lobos? Podría ser…*

¡Esto es caos! ¡No tiene sentido! Bruja de la Pluma se quedó mirando las losas astilladas repartidas por el suelo de piedra que tenía delante. *Hacha, vinculada tanto al Salvador como al Traidor de la Fortaleza Vacía. Nudillos y el Cuervo Blanco rodean el Trono de Hielo como hojas en un remolino. El ancestral de la Fortaleza de la Bestia se encuentra ante el Portal de la Fortaleza Azath. La Puerta del Dragón y Bebesangre convergen sobre el Vigilante de la Fortaleza Vacía… pero no, todo esto es una locura*.

La Fortaleza del Dragón estaba prácticamente muerta. Todo el mundo lo sabía, cada Invocador de las Losas, cada Soñador de las Eras. Pero competía por el dominio con la Fortaleza Vacía, ¿y qué había del Hielo? Intemporal, inmutable, ese trono llevaba muerto milenios. *Cuervo Blanco, sí, lo he oído. Un bandido en los confines de las*

montañas Rosazul reclama ese título. Hannan Mosag quiere darle caza; es decir, hay poder en la osada reivindicación de ese bandido. Debo hablar de nuevo con el rey hechicero, ese cabrón encorvado y roto.

Se echó hacia atrás, todavía acuclillada, y se limpió el sudor frío de la frente. Udinaas había afirmado que había visto un cuervo blanco, parecía que hacía siglos ya, allí, en aquella playa junto a la aldea. Un cuervo blanco al atardecer. Y ella había invocado al wyval, su ansia de poder había vencido toda cautela. Udinaas… le había robado tanto. Bruja de la Pluma soñaba con el día en que al fin lo capturasen, vivo, indefenso y encadenado.

El muy idiota creía que me quería, podría haberme aprovechado de eso. Debería haberlo aprovechado. Mi propio juego de cadenas que ponerle en los tobillos y las muñecas para arrastrarlo al fondo. Juntos podríamos haber destruido a Rhulad mucho antes de que alcanzara tanto poder. Se quedó mirando las losas, las que habían caído boca arriba, ninguna de las otras estaba en juego, como habían decretado los hados. *Pero al Errante no se le ve por ningún sitio, ¿cómo puede ser?* Estiró la mano hacia una de las losas que estaban boca abajo, la cogió y miró el lado oculto. *Buscaformas. ¿Ves?, ni siquiera aquí muestra su mano el Errante*. Miró la losa con los ojos entrecerrados. *Abrasador Amanecer, estas insinuaciones son nuevas… Menandore. Y yo estaba pensando en Udinaas… sí, ahora lo veo. Esperaste hasta que te cogí de este campo. Tú eres el eslabón secreto*.

Recordó la escena, la terrible visión de su sueño, esa horrenda bruja llevándose a Udinaas y… *Quizá las cadenas que lo atan ahora le pertenecen a ella. No pensé en eso. Cierto, fue una violación, pero a veces los hombres hallan placer en ser víctimas. ¿Y si ella lo está protegiendo ahora? Una rival… inmortal. El wyval lo eligió a él, ¿no? Decisión*

que tiene que significar algo... por eso se lo llevó ella, después de todo. Tiene que ser.

Con un gesto repentino, recogió las losas y las volvió a meter en la caja de madera, envolvió la caja en tiras de cuero y metió el paquete bajo su catre, tras lo cual, sacó de un hueco de una pared un volumen encuadernado en cuero y abrió la cubierta manchada y mohosa. Sus dedos temblorosos repasaron una docena de quebradizas hojas de vitela antes de llegar al lugar donde había dejado por última vez la tarea de memorizar los nombres de la lista, los nombres que llenaban el volumen entero.

Compendio de los dioses.

El roce de una brisa fresca. Bruja de la Pluma alzó la vista y miró con furia a su alrededor. Nada. Nadie en la entrada, ninguna sombra inoportuna en las esquinas, los faroles ardían por todas partes. Había habido una mancha en ese aliento indecoroso, algo parecido a la cera...

Cerró el libro y lo volvió a deslizar en el estante; después, con los latidos disparados en su pecho, se apresuró a llegar a un único adoquín en el centro de la habitación, un lugar en el que había grabado antes con un estilo de hierro un intrincado patrón. *Captura*.

—Las Fortalezas están ante mí —susurró con los ojos cerrados—. Veo al Rastreador de las Bestias, las pisadas avanzan sin ruido por la pista del que se oculta, del que piensa en huir. Pero no hay huida posible. La presa dibuja un círculo tras otro, pero se ve atraída cada vez más hacia la trampa. Tira, arrastra, la criatura chilla, pero no hay socorro posible, nada salvo mi misericordia, ¡y eso nunca es gratis! —Abrió los ojos y vio una mancha de bruma encerrada en los confines del patrón inscrito—. ¡Te tengo! ¡Fantasma, espía... muéstrate!

Una risa baja.

La bruma giró, vaciló y se aposentó una vez más, zarcillos que se estiraban con timidez… más allá de los bordes grabados.

Bruja de la Pluma ahogó un grito.

—Te burlas de mí con tu poder, pero, cobarde como eres, no te atreves a mostrarte.

—Mi querida niña, este juego te comerá viva. —Las palabras, el más leve de los susurros, el roce de un aliento en ambos oídos. La chica se sobresaltó, miró con furia a su alrededor, presintió una presencia tras ella y se giró… Nadie.

—¿Quién anda ahí? —preguntó.

—Cuidado con la reunión de los nombres… Es… prematura…

—¡Di tu nombre, fantasma! Te lo ordeno.

—Oh, la coacción es el arma de los indignos. Negociemos en su lugar con la fe. Ese dedo amputado que llevas alrededor del cuello, invocadora, ¿qué pretendes hacer con él?

Bruja de la Pluma se aferró al objeto.

—No te lo diré…

—Entonces yo, a mi vez, te revelaré lo mismo, nada.

La mujer vaciló.

—¿No lo adivinas?

—Ah, y al adivinar he acertado.

—Sí.

—Prematuro.

—Espero mi momento, fantasma, no soy tonta.

—Desde luego que no —respondió el fantasma—. Con todo, sigamos con el trato…

—¿Por qué? No has revelado nada de ti mismo…

—Paciencia. Invocadora de las losas, aguarda mi… estímulo. Antes de que hagas lo que pretendes. Espérame y te ayudaré.

Bruja de la Pluma lanzó un bufido.

—Eres un fantasma. No tienes poder…

—Soy un fantasma, y justo por eso tengo poder. Es decir, para lo que tú buscas.

—¿Por qué habría de creerte? ¿Por qué debería acceder a lo que tú sugieras?

—Muy bien, mi parte del trato. Estás hablando con Kuru Qan, en otro tiempo ceda del rey Ezgara Diskanar.

—Asesinado por Trull Sengar…

Algo parecido a una risita.

—Bueno, alguien tenía arrojar la lanza…

—¿Entonces sabías que te golpearía?

—Saberlo y ser capaz de hacer algo son dos cosas muy diferentes, invocadora de las losas. En cualquier caso, échale la culpa al Errante. Y he de admitir que me apetece llamarle la atención sobre eso, en algún momento. Pero, al igual que tú, entiendo la necesidad de esperar al momento adecuado. ¿Tenemos un trato?

La bruja se lamió los labios y asintió.

—Lo tenemos.

—Entonces te dejaré con tus estudios. Ten cuidado cuando arrojes las losas, arriesgas mucho revelando de ese modo tu talento como vidente.

—Pero debo saber…

—Saber y ser capaz de hacer algo…

—Sí —le soltó ella—, ya te oí la primera vez.

—Qué poco respeto, niña.

—Y da las gracias.

—Puede que tengas algo de razón. Creo que eso merece cierta consideración.

—¿Ahora vas a espiar cada uno de mis movimientos aquí abajo?

—No, eso sería cruel, por no decir aburrido. Cuando venga aquí, serás advertida, el viento, la bruma, ¿sí? Y ahora, observa su desaparición.

Bruja de la Pluma se quedó mirando al suelo, a la nube revuelta, y observó cómo se iba desvaneciendo y después desaparecía.

Silencio en la cámara, el aire quieto, aparte de su aliento. *¡Kuru Qan, el ceda! Ya ves cómo reúno aliados. ¡Oh, cuán dulce será la venganza!*

Los haces de luz polvorienta del sol moribundo atravesaban el espacio donde se había alzado el viejo templo, aunque los restos que llenaban la mitad inferior de esa brecha estaban envueltos en oscuridad. Había fragmentos de la fachada esparcidos por la calle, trozos de ratas en descorazonadora profusión. Samar Dev se acercó más, dio una patada a los escombros y frunció el ceño al ver los desarticulados roedores de piedra.

—Esto es de lo más… alarmante —dijo.

—Ah —dijo el taxiliano con una sonrisa—, ahora habla la bruja. Dime, ¿qué percibes en este malhadado lugar?

—Demasiados espíritus para contarlos —murmuró—, y todos ellos… ratas.

—Hubo un d'ivers una vez, ¿no es cierto? Una terrible criatura demoníaca que recorrió los caminos de mercaderes de toda Siete Ciudades…

—Gryllen.

—¡Sí, así se llamaba! Entonces, ¿tenemos aquí otro tal… Gryllen?

La bruja negó con la cabeza.

—No, este parece más viejo, mucho más.

—¿Y qué hay de esa hemorragia? ¿Es poder?

—No estoy segura. —Miró a su alrededor y vio un hombre alto, cubierto con un manto, apoyado en una pared al otro lado de la calle, observándolos—. Algunas cosas, que hace

mucho tiempo se detuvieron en seco, no deberían despertarse jamás. Por desgracia…

El taxiliano suspiró.

—Usas esa expresión muy a menudo. «Por desgracia». Te resignas demasiado, Samar Dev, huyes de tu propia curiosidad. No creo que fueras siempre así.

Ella lo miró con los ojos guiñados.

—Oh, mi curiosidad sigue ahí. Es mi fe en mi propia eficacia lo que ha recibido una paliza.

—Giramos y damos vueltas en las corrientes del destino, ¿es eso?

—Si quieres. —Samar Dev suspiró—. Muy bien, ya he visto bastante. Además, pronto llegará el toque de queda y tengo entendido que los guardias matan a los infractores con solo verlos.

—Has visto… ¡pero no explicas nada!

—Lo siento, taxiliano. Todo esto exige… cierta reflexión. Si llego a alguna conclusión espectacular en breve, no me olvidaré de avisarte.

—¿Merezco tanta ironía?

—No, no la mereces. Por desgracia.

Bicho al fin rodeó la esquina, salió de la oscuridad del callejón y se detuvo en la calle iluminada por el sol. Miró entonces a Tehol, que permanecía apoyado en una pared, los brazos cruzados bajo la manta en la que se había envuelto como si fuera una túnica.

—Amo —dijo—, ¿por qué vacila ahora?

—¿Yo? Bueno, esto solo parece una vacilación. ¿Sabes?, podrías haberme dejado que te ayudara a llevar eso.

Bicho posó el pesado saco en el suelo.

—No se ofreció.

—Bueno, sería indecoroso. Tú deberías haber insistido.

—¿Está seguro de eso, amo?

—En absoluto, pero un poco de gentileza por tu parte nos habría ayudado a dejar atrás este incómodo momento.

En el saco se oyeron unos cloqueos apagados.

Tehol se lo quedó mirando con un parpadeo.

—Bicho, dijiste gallinas retiradas, ¿correcto?

—Así es. A cambio de unas modestas reparaciones en un abrevadero.

—Pero… no están muertas.

—No, amo.

—Pero… eso significa que uno de nosotros tiene que matarlas. Retorcerles el pescuezo. Ver cómo la luz de la vida se apaga en sus ojitos. Eres un hombre duro, Bicho.

—¿Yo?

—Retiradas, sus días poniendo huevos han acabado. ¿No hay algún tipo de pastos que las espere? ¿Algún terreno bien salpicado que puedan picotear?

—Solo el del cielo, amo. Pero entiendo lo que dice. Es decir, sobre lo de matarlas.

—Tienes sangre en las manos, Bicho… Me alegro de no ser tú.

—Esto es ridículo. Ya pensaremos en algo cuando volvamos a casa.

—Podríamos construirnos un gallinero en el tejado, como hacen los locos para los pichones. De ese modo, las aves podrían entrar y salir volando, ir de un sitio a otro, y ver algo de esta magnífica ciudad.

—Las gallinas no vuelan, amo.

—Pero es mejor que retorcerles el cuello, ¿no te parece?

—¿Ver la ciudad?

—Bueno, de momento.

Obviamente satisfecho con su solución, Tehol se colocó bien la manta y salió a la calle. Con un suspiro, Bicho

recogió el saco con su docena de gallinas y lo siguió con un paso un tanto más lento.

—Bueno —dijo cuando se reunió con Tehol delante de la ruina—, por lo menos la bruja extranjera se ha ido.

—¿Era una bruja extranjera? Bastante mona, de un modo terco y terrenal. De acuerdo, atractiva entonces, aunque te aseguro que yo jamás se lo diría a la cara, sabiendo la facilidad con la que se ofenden las mujeres.

—¿Por un cumplido?

—Desde luego. Si es el cumplido equivocado. Llevas… inactivo demasiado tiempo, mi querido Bicho.

—Es posible. Yo también soy reticente cuando se trata de cumplidos. Tienen la costumbre de volver a por ti.

Tehol lo miró y arqueó las cejas.

—Lo dices como si hubieras estado casado una o dos veces.

—Una o dos veces —respondió Bicho con una mueca. Levantó la vista hacia la ruina de la Casa de las Escamas y se quedó muy quieto—. Ah, ahora veo lo que sin duda vio ella.

—Si lo que estás viendo es la razón para que se me ponga el vello de la nuca de punta cada vez que vengo aquí, entonces me complacería que te explicaras.

—Para que alguien entre —dijo Bicho—, por necesidad ha de haber una puerta. Y si no existe, ha de hacerse.

—¿Cómo es posible que un edificio derrumbado sea una puerta, Bicho?

—Empiezo a comprender lo que se acerca.

—¿Suficiente para sugerir alguna medida?

—En este asunto, amo, la mejor medida es no hacer nada.

—Un momento, Bicho, esa conclusión concreta parece aflorar con bastante frecuencia en tu caso.

—Será mejor que lleguemos a casa antes del toque de queda, amo. ¿Le apetece llevar un rato este saco?

—Por la bendición del Errante, ¿has perdido la cabeza?
—Eso me parecía.

Había poco en los pensamientos de Sirryn Kanar que alcanzara las profundidades de su alma; era algo que él percibía, lo suficiente como para que admitiera que disfrutaba de una vida prácticamente sin preocupaciones. Poseía una esposa lo bastante asustada como para hacer lo que él quisiera que hiciera. Inspiraba en sus tres hijos la mezcla justa de respeto y terror, y había visto en su hijo mayor el desarrollo de rasgos similares de dominación y certidumbre. Su cargo de teniente en la célula de palacio de los patriotas no entraba en conflicto, al menos en lo que a él se refería, con su título oficial de sargento de la Guardia; después de todo, la protección de los poderosos exigía diligencia tanto manifiesta como encubierta.

Las emociones que lo dominaban eran igual de simples y claras. Temía lo que no podía entender y despreciaba lo que temía. Pero admitir el miedo no lo convertía en un cobarde, pues había declarado en su propio nombre guerra eterna contra todo lo que lo amenazaba, ya fuera una esposa artera que había alzado muros alrededor de su alma, o conspiradores que atacaran el Imperio de Lether. Sus enemigos, bien comprendía él, eran los verdaderos cobardes. Ellos pensaban dentro de nubes que ocultaban todas las duras verdades del mundo. Sus esfuerzos por «entender» llevaban, de forma inevitable, a posiciones sediciosas contra la autoridad. Al tiempo que perdonaban a los enemigos del imperio, condenaban las debilidades de su propia tierra natal, sin reconocer que eran ellos los que personificaban tales debilidades.

Un imperio como el de Lether estaba siempre bajo asedio. Ésa había sido una de las primeras frases pronunciadas por

Karos Invictad durante el proceso de reclutamiento y formación, y Sirryn Kanar había comprendido la verdad que ocultaba tras pensarlo apenas un momento. Un asedio, dentro y fuera, sí; los mismos privilegios que concedía el estado los explotaban aquellos que querían destruir el imperio. Y no podía haber sitio para «entender» a ese tipo de personas, eran malvadas, y el mal había que expurgarlo.

La visión de Karos Invictad lo había golpeado con la fuerza de una revelación, le había reportado una visión clara y perfecta y, de hecho, también paz en lo que había sido en ocasiones un alma trastornada (maltratada y atacada en ocasiones por un mundo desdibujado en el que reinaba la confusión y la incertidumbre), hasta el punto que todo lo que bramaba en su interior se resolvió cuando llegó la certeza, llameante y cegadora, con ese maravilloso don que era la liberación.

Así que vivía en esos momentos una vida sin preocupaciones y por tanto daba ejemplo a sus compañeros de palacio. En los ojos de los otros agentes él había visto, una y otra vez, el destello del asombro y el miedo, o, algo igual de satisfactorio, un reflejo perfecto de los suyos; una expresión firme, implacable, tan inmune a todo engaño que pudiera intentar el enemigo como la suya propia.

Sin preocupación alguna, por tanto, hizo un gesto a dos fornidos patriotas, que se adelantaron y asestaron una patada a la puerta. Esta prácticamente salió volando de los endebles goznes y se derrumbó en el espléndido aposento que había detrás. Un chillido, después otro, procedentes de la penumbra de la izquierda (donde dormían las doncellas), pero los agentes de cabeza ya estaban cruzando la habitación hacia la puerta de enfrente. Más violencia, madera que se astillaba bajo las pesadas botas.

Despatarrado en el pasillo, detrás de Sirryn, estaba el cadáver de un tiste edur; alguien había puesto un guardia.

Cosa curiosa, pero carente de importancia. Unos cuadrillos envenenados habían hecho un trabajo rápido y casi silencioso. Dos de sus hombres ya se estaban preparando para llevarse el cadáver, un edur más que desaparecía de forma misteriosa.

Sirryn Kanar se colocó en el centro del primer aposento, llegó otro agente con un farol regulable y se quedó a un lado, desde donde arrojó solo la luz justa. No podía haber demasiada luz, las sombras tenían que estar vivas, retorciéndose, confusión por todas partes. Sirryn disfrutaba con la precisión.

Sus hombres salieron de la habitación interior, entre ellos una figura (medio desnuda, el pelo revuelto, una expresión incrédula en la cara). No, los ojos de Sirryn Kanar se entrecerraron. No era incredulidad. Resignación. Bien, la traidora sabía cuál era su destino, sabía que no podría huir de él. Sin decir nada les hizo un gesto a sus agentes para que la sacaran de allí.

Tres doncellas sollozaban acurrucadas contra el muro, cerca de los catres en los que dormían.

—Ocúpense de ellas —ordenó Sirryn, y cuatro miembros de su pelotón se acercaron a las mujeres—. Se interrogará a la de más rango, de las otras dos se desharán de inmediato.

Miró a su alrededor, complacido por la facilidad de la operación y sin advertir apenas los gritos agónicos de las dos mujeres.

En muy poco rato entregaría a sus dos prisioneras al pelotón que aguardaba en un postigo lateral del palacio, pelotón que se encaminaría a toda prisa en medio de la noche (solos en las calles tantas horas después del toque de queda) hasta el cuartel general de los patriotas. Meterían a las dos mujeres en las celdas para los interrogatorios. Y comenzaría entonces el trabajo; lo único que les ahorraría la

ordalía sería la confesión absoluta de sus crímenes contra el imperio.

Un procedimiento rápido y sencillo. De resultados probados. Los traidores carecían, de forma invariable, de toda voluntad.

Y a Sirryn Kanar no le parecía que la primera concubina fuera a ser diferente en ese aspecto. Si acaso, incluso más endeble de espíritu que la mayoría.

Las mujeres disfrutaban dándose aires de misterio, pero esos aires se desvanecían ante la tormenta de la voluntad de un hombre. Cierto, las putas ocultaban cosas mejor que la mayoría, las ocultaban tras una interminable sucesión de mentiras que a él nunca lo engañaban. Sabía que esas mujeres lo despreciaban, a él y a los hombres como él, creían que era débil solo porque hacía uso de ellas, como si ese uso fuera producto de una necesidad real y sincera. Pero él siempre había sabido cómo borrar las sonrisitas de satisfacción de sus rostros pintados.

Envidiaba a los interrogadores. Esa zorra de Nisall… Sirryn sospechaba que no se diferenciaba mucho de su propia esposa.

«Nuestros enemigos son legión», había dicho Karos Invictad, «así que debéis entender, todos vosotros, que esta guerra durará para siempre. Para siempre».

A Sirryn Kanar le satisfacía la idea. Así no se complicaban las cosas.

«Y es nuestra tarea», había continuado el maestro de los Patriotas, «garantizar eso. Para que nunca seamos prescindibles».

Un tanto más confusa, esa parte, pero Sirryn no sintió compulsión alguna de examinar mejor esa idea. Karos era muy listo, después de todo. *Es muy listo y está de nuestro lado. El lado correcto*.

Sus pensamientos cambiaron de rumbo y se concentraron en la cama que lo aguardaba y en la puta que había hecho que le llevaran allí, y con eso el teniente bajó por el pasillo vacío del palacio con sus hombres en formación tras él.

Bruthen Trana entró en el aposento. Posó los ojos en los cadáveres de las dos doncellas.

—¿Cuánto tiempo hace? —le preguntó al hechicero arapay que se había agachado junto a los cuerpos. Otros dos edur entraron en el dormitorio de la primera concubina y salieron de nuevo un momento más tarde.

El hechicero murmuró algo inaudible por lo bajo y después habló en voz más alta.

—Una campanada, quizá. Espadas cortas. Como las que utiliza la Guardia de Palacio.

—Reúna diez guerreros más —dijo Bruthen Trana—. Nos vamos al cuartel general de los patriotas.

El hechicero se puso en pie poco a poco.

—¿Quiere que informe a Hannan Mosag?

—Todavía no. No podemos demorarnos aquí. Dieciséis guerreros edur y un hechicero deberían bastar.

—¿Piensa exigir la liberación de la mujer?

—Hay dos, ¿no?

Un asentimiento.

—Comenzarán los interrogatorios de inmediato —dijo Bruthen Trana—. Y no es un procedimiento agradable.

—¿Y si les han arrancado confesiones?

—Comprendo su preocupación, K’ar Penath. ¿Teme que haya violencia esta noche?

Los otros guerreros presentes en la cámara habían hecho una pausa, los ojos clavados en el hechicero arapay.

—¿Temer? En absoluto. Pero con confesiones en la mano, Karos Invictad, y por extensión Triban Gnol, podrán hacer

valer sus derechos en sus dominios…

—Estamos perdiendo el tiempo —interpuso Bruthen Trana —. Se me ha terminado la paciencia con Karos Invictad. —*¿Y dónde está el guardia que puse fuera, en el pasillo? Como si no lo adivinara.*

Una voz nueva habló en la puerta del pasillo.

—La enemistad personal, Bruthen Trana, es una guía muy peligrosa para las acciones personales.

El tiste edur se volvió.

El canciller, con dos guardaespaldas rondando en el pasillo tras él, permanecía allí con las manos plegadas. Tras un momento entró en la habitación y miró a su alrededor. Una expresión de arrepentimiento cruzó su rostro cuando vio las dos mujeres muertas.

—Es obvio que hubo cierta resistencia. Eran sirvientas muy leales a la primera concubina, es muy posible que inocentes de todo pecado, es una auténtica tragedia. Ahora hay sangre en las manos de Nisall.

Bruthen Trana estudió a aquel hombre alto y delgado durante un buen rato, después pasó a su lado y salió al pasillo.

Ninguno de los guardaespaldas sospechó nada y ninguno tuvo tiempo de sacar las armas antes de que los cuchillos del edur (uno en cada mano) se deslizaran bajo sus mandíbulas, las puntas ahondando en el cerebro. Bruthen Trana dejó las armas clavadas, se giró en redondo y las dos manos saliendo disparadas para coger al canciller por el cuello de pesado brocado. El letherii jadeó cuando las manos lo levantaron por el aire, le dieron la vuelta para que mirara a Bruthen y después lo estrellaron con fuerza contra la pared contraria del pasillo.

—Mi paciencia con usted —dijo el edur en voz baja— también se ha terminado. Una muerte trágica las de sus guardaespaldas. Hay sangre en sus manos, por desgracia. Y

ahora mismo no estoy por la labor de perdonarle sus muertes.

Los pies de Triban Gnol colgaban en el aire, las zapatillas de puntas rígidas golpeaban sin mucha fuerza las espinillas de Bruthen Trana. La cara del letherii se estaba oscureciendo, los ojos se le salían y se clavaban en la mirada fría y dura del edur.

Debería matarlo ahora mismo. Debería quedarme aquí y ver cómo se ahoga en los largos pliegues de su propia túnica. Mejor aún, recuperar un cuchillo y abrirle las tripas, ver cómo se caen al suelo.

Tras él, habló K'ar Penath.

—Comandante, como ha dicho, no tenemos tiempo para esto.

Bruthen Trana hizo una mueca que enseñó los dientes y tiró al suelo a aquel hombre patético. Una mala caída: Triban Gnol estiró una mano para amortiguar el golpe y al crujido de los huesos de algún dedo (como clavos de hierro metidos en la madera) lo siguió de inmediato un jadeo y un chillido de dolor.

Bruthen Trana les hizo un gesto a sus guerreros para que lo siguieran, pasó por encima del canciller y bajó con paso rápido por el pasillo.

El eco de las pisadas fue desapareciendo; Triban Gnol, con una mano pegada al torso, se puso en pie poco a poco. Miró con furia el pasillo ya vacío. Se lamió los labios secos y siseó.

—Morirás por eso, Bruthen Trana. Tú y todos los demás testigos que se apartaron y no hicieron nada. Moriréis todos.

¿Podría advertir a Karos Invictad a tiempo? No era muy probable. Bueno, el maestro de los Patriotas era un hombre capaz. Disponía de algo más que dos simples, incompetentes y patéticos guardaespaldas. Unas notas breves a las viudas: *Su marido no cumplió con sus*

responsabilidades. No se facilitará pensión alguna por su muerte. Abandone las residencias familiares de la Guardia de Palacio de inmediato… salvo su hijo o hija mayor, que ahora está endeudado con las propiedades del canciller.

El canciller despreciaba la incompetencia, y si le hacían sufrir sus consecuencias… bueno, alguien tenía que pagar. Siempre. *Dos jóvenes, entonces, sí. Con un poco de suerte, varones*. E iba a necesitar dos guardaespaldas nuevos. De entre los guardias casados, por supuesto. *Alguien que pague la deuda si me fallaran*.

Se le estaban entumeciendo los dedos rotos, aunque un dolor pesado le latía en la muñeca y el antebrazo.

El canciller partió hacia la residencia de su sanador privado.

Con el camisón medio desgarrado, a Nisall la empujaron al interior de una habitación sin ventanas que estaba iluminada por una única vela colocada en una mesita en el centro. El aire frío y húmedo hedía a miedo antiguo y desechos humanos. Temblando tras la marcha nocturna por las calles, se quedó allí sin moverse por un momento, intentando envolverse mejor con la tela fina como una gasa.

Dos mujeres jóvenes e inocentes estaban muertas. Masacradas como delincuentes. *Y Tissin es la siguiente, lo más parecido a una madre que he tenido jamás. No ha hecho nada… no, no pienses en eso. Ninguna hemos hecho nada. Pero eso no importa, no puedo pensar de otro modo. No puedo fingir que algo de lo que diga va a cambiar las cosas, que va a cambiar de algún modo mi destino. No, esto es una sentencia de muerte. Para mí. Para Tissin*.

El emperador no se enteraría de aquello. De eso estaba segura. Triban Gnol anunciaría que había desaparecido de palacio. Que había huido, otra traición más, solo eso. Rhulad

se estremecería en su trono, parecería encogerse sobre sí mismo mientras el canciller, con mucho cuidado, de forma implacable, iría alimentando las muchas inseguridades del emperador, después retrocedería para observar cómo sus palabras envenenadas iban robando la vida de los ojos torturados de Rhulad.

No podemos ganar contra esto. Son demasiado listos, demasiado despiadados. Su único deseo es destruir a Rhulad, su mente, para dejarlo farfullando, acosado por terrores invisibles, incapaz de hacer nada, sin querer ver a nadie. A cualquiera que pudiese ayudarlo.

Que el Errante lo salve…

La puerta se abrió de un tirón y se balanceó hasta chocar contra el muro donde antiguas grietas demostraban que ese violento anuncio formaba parte del patrón habitual. Pero Nisall ya las había notado y no se sobresaltó al oír el estrepitoso crujido, solo se limitó a volverse para mirar a su torturador.

Nada menos que el propio Karos Invictad. Un torbellino de sedas carmesíes, anillos de ónice en los dedos, el cetro del cargo sujeto en una mano y descansando entre el hombro derecho y la clavícula. Una expresión de leve consternación en los rasgos mundanos.

—Mi querida señora —dijo con su voz aguda—, seamos rápidos para que pueda mostrarme clemente. No tengo deseo alguno de hacerle daño, encantadora como es. Así pues, una declaración firmada que esboce su traición contra el imperio y una ejecución rápida y privada. Su doncella ya ha obedecido y la han decapitado con toda compasión.

Oh, bien hecho, Tissin. Pero ella seguía luchando, intentaba buscar un valor parecido… para aceptar las cosas como eran, para reconocer que no había otro recurso posible.

—¿Decapitar no produce daños?

Una sonrisa vacía.

—El daño al que me refería, por supuesto, tiene que ver con arrancarle una confesión. Un pequeño consejo: componga sus rasgos un momento antes de que descienda la hoja. Siento apuntar que está demostrado que la cabeza sigue viva unos momentos después de haberla separado del cuerpo. Unos cuantos parpadeos, se ponen los ojos en blanco y, si uno no tiene… cuidado, una avalancha de expresiones desagradables. Por desgracia, su doncella fue reacia a escuchar ese consejo, demasiado ocupada como estaba con una absurda diatriba de maldiciones.

—Ruego para que el Errante la oyera —dijo Nisall. El corazón le martilleaba con fuerza contra las costillas.

—Oh, no me maldijo en el nombre del Errante, mi dulce puta. No, en su lugar reveló una fe que se creía extinta hace largo tiempo. ¿Sabía usted que sus ancestros eran temblor? Por las Fortalezas, ni siquiera recuerdo el nombre del dios que mencionó. —Se encogió de hombros y esbozó una vez más su sonrisa vacía—. No importa. De hecho, incluso si hubiera apelado al Errante, yo no habría tenido motivos para aterrarme.

»Mimada como está usted, o más bien estaba, en el palacio, es muy probable que no sepa que el puñado de templos de la ciudad que, se supone, están santificados al Errante en realidad son privados y del todo seculares; la cruda verdad es que son negocios que se aprovechan de la ignorancia de los ciudadanos. Sus sacerdotes y sacerdotisas son actores, todos y cada uno. A veces me pregunto si Ezgara Diskanar lo supo alguna vez, parecía extrañamente devoto del Errante. —Hizo una pausa y suspiró. El cetro empezó a dar golpecitos—. Pretende retrasar lo inevitable. Comprensible, pero yo no tengo deseo alguno de quedarme aquí toda la noche.

»Tengo sueño y ansío retirarme lo antes posible. Parece que tiene frío, Nisall. Y ésta es una habitación horrenda, después de todo. Regresemos a mi despacho. Guardo una túnica de sobra a prueba de cualquier corriente. Y material de escritura a mano. —Hizo un gesto con el cetro y se dio la vuelta.

La puerta se abrió y Nisall vio a dos guardias en el pasillo.

Aturdida, siguió a Karos Invictad.

Subieron un tramo de escaleras, bajaron por un pasillo y entraron en el despacho del patriota. Como le había prometido, Karos Invictad encontró un manto y lo puso con cuidado sobre los hombros de Nisall.

La mujer se lo ciñó bien al cuerpo.

Invictad le indicó con una mano una silla delante del enorme escritorio donde esperaba una hoja de papel vitela, un pincel de pelo de caballo y un frasquito de tinta de calamar. En un lado del tintero, un poco apartada, había una extraña cajita abierta por arriba. Incapaz de contenerse, Nisall se inclinó para ver mejor.

—Eso no es nada que le incumba. —Las palabras salieron en un tono más alto de lo habitual y cuando miró, la primera concubina vio que el hombre fruncía el ceño.

—Tiene un insecto como mascota —dijo Nisall, a la que le extrañó el color subido de la cara de Karos Invictad.

—Ni hablar. Como le dije, nada de su incumbencia.

—¿También pretende que el bicho confiese? Tendrá que decapitarlo dos veces. Con una hoja muy pequeña.

—¿Se está divirtiendo, mujer? Siéntese.

Nisall se encogió de hombros e hizo lo que le ordenaban. Se quedó mirando la hoja en blanco, después estiró el brazo y cogió el pincel. Le temblaba la mano.

—¿Qué es lo que desea que confiese?

—No tiene que dar detalles. Usted, Nisall, admite conspirar contra el emperador y el imperio. Declara esto de

forma libre y en plenas facultades y se somete al destino que les aguarda a todos los traidores.

Nisall metió el pincel en la tinta y empezó a escribir.

—Es un alivio que se lo esté tomando tan bien —dijo Karos Invictad.

—Lo que me preocupa no soy yo —dijo ella mientras completaba la escueta declaración y la firmaba con una floritura que no terminaba de ocultar los temblores de la mano—. Es Rhulad.

—En usted no pensará más que con veneno, Nisall.

—Una vez más —dijo ella, y se recostó en la silla—. No me importa lo que me ocurra a mí.

—Su compasión es admirable…

—Se extiende a usted, Karos Invictad.

El patriota extendió la mano, recogió el papel vitela y lo agitó un poco en el aire para secar la tinta.

—¿Yo? Mujer, me insulta…

—No era mi intención. Pero cuando el emperador se entere de que ha ejecutado a la mujer que llevaba a su heredero en su seno, bueno, maestro de los Patriotas o no…

El papel vitela cayó de los dedos del hombre. El cetro cesó su satisfecho golpeteo. Después, un comentario áspero.

—Miente. Fácilmente demostrable…

—Desde luego. Llame a un sanador. Es de suponer que tiene uno de guardia, no vaya a ser que el verdugo se pinche con una astilla, o, con más probabilidad, le estalle una ampolla, con lo ocupado que está.

—Cuando descubramos su treta, Nisall, bueno, podremos prescindir de la clemencia a pesar de la confesión firmada. —Se inclinó y recogió el papel vitela. Al verlo, frunció el ceño—. Ha usado demasiada tinta, se ha corrido y ahora es ilegible.

—La mayor parte de las misivas que redacto son con estilo y cera —dijo la mujer.

Invictad le puso de golpe el papel de nuevo delante de ella, vuelto del revés.

—De nuevo. Volveré en un momento, con el sanador.

Nisall oyó abrirse la puerta y cerrarse tras ella. Escribió su confesión una vez más, dejó el pincel en la mesa y se levantó. Se inclinó sobre la rara cajita con el insecto de dos cabezas que pivotaba en el interior. *Vueltas y más vueltas sin descanso. ¿Conoces la consternación? ¿La impotencia?*

Una conmoción en algún piso inferior. Voces, algo que se estrellaba contra el suelo.

Detrás, la puerta se abrió de golpe.

Se volvió.

Karos Invictad entró y se dirigió directamente a ella.

Lo vio girar la mitad inferior del cetro y vio que una hoja corta de cuchillo salía de la base del cetro.

Nisall alzó los ojos y se encontró con los del hombre.

Y no vio en ellos nada humano.

Karos le clavó la hoja en el pecho, en el corazón. Después, dos veces más hasta que la mujer se encorvó, cayó y chocó con la silla.

Nisall vio subir el suelo para recibir su rostro, oyó el crujido de su frente y sintió un escozor vago, al instante la envolvió la oscuridad. *Oh, Tissin*…

Bruthen Trana apartó con un hombro a un guardia herido y entró en el despacho de Invictad.

El maestro de los Patriotas se estaba apartando de la forma desplomada de Nisall, el cetro que llevaba en la mano (la hoja de su base) resplandecía con un color carmesí.

—La confesión exigida…

El tiste edur se acercó al escritorio y retiró de una patada la silla caída. Cogió la hoja de papel vitela y entrecerró los ojos para leer las palabras en letherii. Una única línea. Una

declaración. Una confesión, desde luego. Por un momento sintió que el corazón se le encogía.

En el pasillo, guerreros tiste edur. Bruthen Trana se dirigió a ellos sin volverse.

—K'ar Penath, recoja el cuerpo de la primera concubina…

—¡Esto es un atropello! —siseó Karos Invictad—. ¡No la toquen!

Bruthen Trana lanzó un gruñido, dio una zancada hacia el hombre y le asestó un revés con el dorso de la mano izquierda.

La sangre salpicó cuando Karos Invictad se tambaleó y el cetro salió por los aires, el centinela golpeó el muro con el hombro, más sangre, de la boca y la nariz, una expresión de horror en los ojos del hombre cuando se quedó mirando la salpicadura que le manchaba las manos.

En el pasillo, un guerrero habló en edur.

—Comandante. A la otra mujer la han decapitado.

Bruthen Trana enrolló con cuidado la hoja de papel vitela y se la metió debajo del camisote. Después estiró el brazo y levantó a Karos Invictad a pulso.

Volvió a golpear al hombre otra vez, y otra. Chorros de sangre, dientes rotos, hebras de saliva carmesí.

Otra vez. Y otra.

El hedor de la orina. Trana cogió puñados de seda de debajo del cuello flácido y sacudió la letherii con fuerza, observando la cabeza que se agitaba de un lado a otro. Y siguió sacudiéndolo.

Hasta que una mano se cerró alrededor de su muñeca.

Entre una bruma roja, Bruthen Trana miró y se encontró con los ojos serenos de K'ar Penath.

—Comandante, si continúa tratando así a ese hombre inconsciente, terminará rompiéndole el cuello.

—¿Y con eso qué quiere decir, hechicero?

—La primera concubina está muerta, la mató él. ¿Es usted el que debe castigarlo?

—Que la Hermana lo lleve —rezongó Bruthen Trana antes de arrojar a Karos Invictad al suelo—. Ambos cuerpos se vienen con nosotros.

—Comandante, el canciller…

—Él da igual, K'ar Penath. Envuelva bien los cuerpos. Regresamos al Domicilio Eterno.

—¿Qué hay de los letherii muertos que hay abajo?

—¿Sus guardias? ¿Qué pasa con ellos? Decidieron interponerse en nuestro camino, hechicero.

—Como diga. Pero con su sanador muerto, algunos de ellos se desangrarán a menos que llamemos…

—No es de nuestra incumbencia —dijo Bruthen Trana.

K'ar Penath se inclinó.

—Como diga, comandante.

Medio ciego de terror, Tanal Yathvanar se acercó a la entrada del cuartel general. La mujer había desaparecido. Había desaparecido de ese lugar, el más oculto de los lugares, el grillete roto, el hierro doblado y retorcido, los eslabones de la cadena partidos como si no fueran más que arcilla mojada.

Karos Invictad, fue obra tuya. Otra vez. Otra advertencia que me haces, que cumpla tus órdenes. Lo sabes todo, lo ves todo. Para ti, nada salvo juegos, juegos en los que te aseguras de ganar siempre. Pero ella no era un juego. No para mí, cabrón. La quería, ¿dónde está? ¿Qué has hecho con ella?

Poco a poco fue cayendo en la cuenta de que algo iba mal. Guardias corriendo por el complejo. Gritos, antorchas que parpadeaban. La entrada principal del edificio estaba

abierta de par en par, vio un par de botas unidas a unas piernas inmóviles tiradas en el umbral.

¡Que el Errante nos lleve, nos han atacado!

Echó a correr.

Salió un guardia que pasó por encima del cuerpo.

—¡Tú! —gritó Tanal—. ¿Qué ha pasado aquí?

Un saludo militar tosco. El rostro del hombre estaba pálido.

—Hemos pedido sanadores, señor…

—¿Qué ha pasado, maldito seas?

—Edur… una emboscada brutal… no esperábamos…

—¿El maestro?

—Vivo. Pero ha recibido una fuerte paliza. ¡Golpeado, señor, por un tiste edur! El enlace… Trana… Bruthen Trana…

Tanal Yathvanar pasó con un empujón junto al necio, entró en el vestíbulo y fue a las escaleras. Más cuerpos, guardias derribados sin que hubieran podido sacar las armas. *¿Qué provocó esto en los edur? ¿Se enteraron de nuestras investigaciones? Bruthen Trana… ¿sigue ahí su expediente? Maldito sea, ¿por qué no se limitó a matar al cabrón? ¿A estrangularlo, a hacer que su rostro se pusiera tan rojo como esas malditas sedas? Oh, yo dirigiría esto de forma muy diferente. Dada la oportunidad…*

Llegó al despacho y se detuvo con un tropezón al ver la sangre que salpicaba las paredes, los charcos que había en el suelo. El hedor a pis impregnaba el aire. Karos Invictad, que parecía muy pequeño y roto, estaba sentado, encorvado, en su enorme sillón, y se llevaba unos trapos manchados a la cara hinchada y amoratada. En los ojos del hombre, una rabia incisiva como el diamante. Que se clavaba en ese instante en Tanal Yathvanar.

—¡Maestro! Vienen sanadores de camino…

Entre los labios triturados unas palabras ahogadas.

—¿Dónde estabas?

—¿Qué? Pues en casa. En la cama.

—Arrestamos a Nisall esta noche.

Tanal miró a su alrededor.

—No me informaron, señor…

—No… ¡porque nadie pudo encontrarte! ¡Ni en tu casa ni en ninguna parte!

—Señor, ¿entonces Bruthen Trana ha sacado de aquí a la puta?

Una carcajada seca, ahogada.

—Oh, sí. Su carne fría, pero no su espíritu. Pero lleva su confesión escrita, ¡por las Fortalezas, cómo duele hablar! ¡Me partió la cara!

¿Y cuántas veces tu puño hizo lo mismo con un prisionero?

—¿Quiere intentar tomar un poco de vino, señor?

Una mirada furiosa por encima de los trapos, después un asentimiento brusco.

Tanal se acercó a toda prisa a una vitrina. Encontró una jarra de arcilla que contenía vino sin diluir. *Un olor mejor que… el pis de tu terror, hombrecito*. Sirvió una copa, dudó y decidió servirse otra para sí. *Maldito seas, ¿por qué no?*

—Los sanadores no tardarán en llegar, he informado a los guardias que cualquier retraso pone sus vidas en riesgo.

—Rápida reacción, Tanal Yathvanar.

Le llevó la copa a Karos Invictad sin saber muy bien si había ironía en la última frase, tan distorsionada estaba la voz.

—Sorprendieron a los guardias desprevenidos, una traición brutal…

—Los que no están ya muertos desearán estarlo —dijo el maestro de los Patriotas—. ¿Por qué no se nos advirtió? Canciller o no, me va a responder.

—No pensé que nos íbamos a llevar ya a la puta —dijo Tanal al tiempo que recuperaba su propio vino. Observó por

encima de la copa a Karos, que apartó el trapo empapado y reveló el terrible ataque que había sufrido su rostro mientras tomaba un cuidadoso sorbo de vino y hacía una mueca de dolor cuando el alcohol mordió brechas y cortes—. Quizá el edur debería haber sido el primero. Bruthen Trana… no parecía una víbora tan grande. No dijo ni una sola palabra, no reveló nada…

—Pues claro que no. Ni lo revelaría yo en su lugar. No. Esperar, observar y, al fin, golpear sin avisar. Sí, lo subestimé. Bueno, un fallo así no ocurre más que una vez. Esta noche, Tanal Yathvanar, ha comenzado una guerra. Y esta vez los letherii no perderán. —Otro sorbo—. Es un alivio —dijo después— que despacharas a esa académica, una pena que no consiguieras a Nisall para jugar con ella, pero tenía que actuar con rapidez. Dime cómo te deshiciste de ella… de la académica. Necesito alguna noticia satisfactoria para variar…

Tanal se quedó mirando al hombre. *Si no fuiste tú…*

En el pasillo el ruido de pasos rápidos. Los sanadores habían llegado.

—Comandante —dijo K'ar Penath mientras se apresuraba junto a Bruthen Trana—, ¿pedimos audiencia con el emperador?

—No. Todavía no. Observaremos cómo se desarrollan las cosas durante un tiempo.

—¿Y los cuerpos?

—Ocúltelos bien, hechicero. E informe a Hannan Mosag de que deseo hablar con él. Lo antes posible.

—Señor, no disfruta del favor del emperador en estos momentos…

—No me ha entendido, hechicero. Esto no tiene nada que ver con Rhulad. Todavía no. Nosotros conquistamos este

imperio y parece que a los letherii eso se les ha olvidado. Ha llegado el momento de despertar a los tiste edur una vez más. De provocar el terror, de dejar claro nuestro desagrado. Esta noche, K'ar, se sacan las armas.

—Habla de una guerra civil, comandante.

—En cierto modo, aunque no espero ninguna señal manifiesta del canciller o de Invictad. Una guerra, sí, pero una guerra que se librará a espaldas del emperador. Él no sabrá nada…

—Comandante…

—La conmoción que muestra ante mis palabras no me convence. Hannan Mosag no es idiota, ni lo es usted ni ninguno de sus otros hechiceros. Dígame ahora que no anticipaban nada… ah, ya me lo parecía.

—Me temo que no estamos listos…

—No lo estamos. Pero tampoco lo estaban ellos. Eso de llevarse a Nisall… este asesinato… me dice que algo les dio motivos para aterrarse. Tenemos que averiguar qué fue. Ha ocurrido algo, o está ocurriendo ahora, algo que hizo que se precipitaran las cosas. Y ése es el rastro que debe perseguir Hannan Mosag; no, no pretendo darle órdenes a ese hombre…

—Lo entiendo, Bruthen Trana. Habla como tiste edur. Apoyaré su consejo al rey hechicero con todo mi celo.

—Gracias.

—Esta noche, comandante —dijo K'ar Penath—, al presenciar su actuación… me sentí orgulloso. Hemos… despertado, como dice usted. Esta civilización es un veneno. Una podredumbre en nuestras almas. Debe extirparse.

Y ahora oigo a Hannan Mosag hablar por tus labios, hechicero. Responder a otras… sospechas. Así sea.

Nisall. Primera concubina, lo siento. Pero has de saber una cosa, te vengaré, de verdad. Como vengaré a mi

valiente guerrero, que la Hermana me lleve, eso fue un descuido…

—El canciller hablará con el emperador…

—Solo si es estúpido —dijo Bruthen Trana—, o alguien con tendencia a dejarse llevar por el pánico. No es ninguna de las dos cosas. No, hay que empujarlo, desconcertarlo… oh, sembraremos el pánico, sí, y antes o después hará lo que usted dice. Hablar con Rhulad. Y entonces ya lo tendremos. Y a Invictad. Dos serpientes en la misma cesta… una cesta empapada de aceite. Y será el propio Triban Gnol el que encienda la chispa.

—¿Cómo?

—Ya lo verá.

Tehol se quedó mirando por la trampilla del tejado con una expresión de verdadero horror.

—Gran error —dijo.

Inclinado a su lado, mirando también abajo, Bicho asintió.

—Fue un acto de misericordia, amo. Doce gallinas en un saco, medio aplastándose unas a otras, sacudidas en una oscuridad fétida. Se corría el riesgo de asfixia.

—¡Exacto! Una muerte tranquila, remota, invisible. ¡No haría falta retorcer pescuezos! ¡Pero ahora míralas! ¡Se han apoderado de nuestra habitación! Mi casa. Mi morada, mi único hogar…

—En cuanto a eso… parece que una se ha prendido fuego, amo.

—Está ardiendo sin llama, y es demasiado idiota para que le importe. Si esperamos, podemos tomarnos gallina asada de desayuno. ¿Y cuál puso ese huevo?

—Hmm, un misterio de lo más grávido, sin duda.

—Puede que esto te parezca muy gracioso ahora mismo, Bicho, pero eres tú el que va a dormir ahí abajo. Te sacarán

los ojos a picotazos, sabes. El mal se ha infundido en ellas, generación tras generación, hasta que sus diminutos cerebros negros como judías se han convertido en nudos condensados de malicia…

—Muestra una familiaridad inesperada con las gallinas, amo.

—Tuve un tutor que era una versión humana.

Bicho se echó hacia atrás y miró a la mujer que dormía en la cama de Tehol.

—No me refiero a ella. Janath solo era ligeramente despiadada, como corresponde a todos los instructores, atormentados como con frecuencia se ven por estudiantes granujientos que lloriquean mirándolos con adoración.

—Oh, amo, lo siento.

—Calla. No estamos hablando de eso. No, en su lugar, Bicho, mi casa se ha visto invadida por gallinas rabiosas, por culpa de esa costumbre que tienes de traer cachorritos perdidos y demás.

—¿Cachorritos perdidos? Nos vamos a comer a esos animales.

—No me extraña que los cachorritos perdidos te eviten en los últimos tiempos. Escúchalas, ¿cómo vamos a dormir con ese jaleo?

—Supongo que están contentas, amo. Y, además, se están ocupando de esa plaga de cucarachas en nada de tiempo.

Un crujido en la cama, a su espalda, llamó la atención de los dos hombres.

La erudita se había incorporado y miraba a su alrededor con aire confuso.

Tehol se apresuró a empujar a Bicho hacia ella.

La mujer frunció el ceño cuando se acercó el anciano.

—¿Dónde estoy? ¿Quién es usted? ¿Estamos en un tejado?

—¿Qué es lo último que recuerda? —preguntó Bicho.

—Estaba sola. En la oscuridad. Él me llevó… a un sitio nuevo.

—Ha sido liberada —dijo el criado.

Janath estaba examinando la túnica basta e informe que vestía.

—Liberada —dijo en voz muy baja.

—Esa combinación fue todo lo que pudimos encontrar con tan poco tiempo —comentó Bicho—. Por supuesto, procuraremos… eh… mejorar su apariencia en cuanto nos sea posible.

—Me han sanado.

—Las heridas físicas, sí.

La mujer hizo una mueca y asintió.

—Las otras son un poco más elusivas.

—Parece notablemente… cuerda, Janath.

La académica alzó la cabeza y lo miró.

—Me conoce.

—Mi amo fue en otro tiempo estudiante suyo. —Observó que la mujer intentaba mirar detrás de él, primero por un lado, luego por el otro. Confuso, Bicho se volvió y vio que Tehol se movía de un lado a otro en un esfuerzo por mantener al criado entre él y la mujer que seguía en la cama —. ¿Tehol? ¿Qué está haciendo?

—¿Tehol? ¿Tehol Beddict?

Bicho volvió a girar en redondo y vio a Janath recogiéndose la túnica y estirándola por todas partes en un esfuerzo por cubrirse lo más posible.

—¿Ese patético gusano lujurioso? ¿Eres tú, Tehol? ¿Oculto ahí, detrás de este anciano? Bueno, desde luego no has cambiado nada. ¡Sal aquí, ahora mismo!

Tehol se dejó ver entonces. Y después se ofendió.

—¡Un momento, ya no soy tu estudiante, Janath! Además, ya te tengo más que superada, que lo sepas. Hace que no

sueño contigo… ¡años! ¡Meses!

La mujer alzó las cejas.

—¿Semanas?

Tehol se irguió todavía más.

—Es un hecho de sobra conocido que los errores de adolescencia de un hombre adulto con frecuencia se insinúan cuando dicho hombre está durmiendo, en sus sueños, quiero decir. O, en realidad, en sus pesadillas…

—Dudo que yo aparezca en tus pesadillas, Tehol —dijo Janath—. Aunque tú sí que apareces en las mías.

—Ah, no me digas. Yo no era más patético que cualquier otro patético estudiante perdidamente enamorado. ¿Verdad?

A eso la mujer no dijo nada.

—Es cierto que está usted en un tejado —le dijo entonces Bicho.

—¿Encima de un gallinero?

—En cuanto a eso… ¿Tiene hambre?

—Se me está haciendo la boca agua con ese magnífico aroma a pollo asado —respondió la académica—. Oh, por favor, ¿no tiene otras ropas? No me cabe ninguna duda sobre lo que se está cociendo ahora mismo en el asqueroso cerebrito de mi antiguo estudiante.

—Llegada la mañana —dijo Bicho—, le haré una visita a Selush, cuyo guardarropa, si bien un tanto abismal en gusto, es, no obstante, extenso.

—¿Quieres mi manta? —le preguntó Tehol.

—Por los dioses del inframundo, amo, está casi salivando de lascivia.

—No seas loco, Bicho. Solo intentaba quitar importancia a la situación. Ja, ja, estamos atrapados en una sequía de prendas. Ja, ja. Después de todo, ¿y si eso hubiera sido la túnica de un niño?

—Y si lo hubiera sido —dijo Janath con voz inexpresiva.

—Por la bendición del Errante —dijo Tehol con un gran suspiro—, qué calor hace estas noches de verano, ¿verdad?

—Sé de una gallina que estaría de acuerdo con usted —observó Bicho mientras regresaba a la trampilla por la que empezaba a surgir una columna de humo.

—Tehol Beddict —dijo Janath—. Me alegro de que estés aquí.

—¿Ah, sí? —preguntaron a la vez Bicho y Tehol.

La mujer asintió sin mirarlos a los ojos.

—Me estaba volviendo loca, creí que ya lo estaba. Yathvanar… me pegó, me violó… y todo el tiempo me hablaba de su amor sempiterno. Así que, Tehol, tú eres justo lo contrario, inofensivo en tu encaprichamiento. Me recuerdas a tiempos mejores. —Se quedó callada un rato—. Tiempos mejores.

Bicho y Tehol intercambiaron una mirada; después, el criado empezó a bajar por la escala. Arriba oyó hablar a Tehol.

—Janath, ¿no estás impresionada con lo que he hecho con mi vasta educación?

—Es un tejado magnífico, Tehol Beddict.

Bicho asintió para sí y fue en busca de la gallina asada entre nubes de humo acre. Rodeado por todas partes por cloqueos sin sentido. *Que el Abismo me lleve, para esto podría estar en un templo*…

El sol de la mañana se abrió paso entre los tablones de las contraventanas, extendiendo cintas de luz por la larga y pesada mesa que dominaba la sala del consejo. Rautos Hivanar se limpió las manos con un paño al entrar y se colocó tras su silla en un extremo de la mesa. Dejó el paño y estudió los rostros dispuestos vueltos hacia él, y vio en más de uno expresiones de miedo tenso y ansiedad.

—Amigos míos, bienvenidos. Dos asuntos en el orden del día. Primero abordaremos el que sospecho que es el más destacado en vuestras mentes en este momento. Hemos llegado a un estado de crisis; la escasez de dineros en metálico, de plata, de oro, de gemas talladas e, incluso, de lingotes de cobre, se ha agravado. Alguien está saboteando de forma activa la economía de nuestro imperio…

—Se veía venir —interrumpió Uster Taran—. ¿Pero qué medidas tomó la Consigna? Que yo haya visto, ninguna. Rautos Hivanar, en la mente de los reunidos aquí también ronda la cuestión de tu continuación en el cargo de maese.

—Entiendo. Muy bien, presentadme vuestra lista de preocupaciones.

El rostro arrugado de Uster enrojeció.

—¿Lista? ¿Preocupaciones? Que el Errante nos lleve, Rautos, ¿es que no has puesto siquiera a los patriotas sobre la pista de esta criatura perturbada? ¿O criaturas? ¿No podría ser esto un atentado planeado desde el exterior, desde uno de los reinos fronterizos para desestabilizarnos antes de una invasión? Hay noticias sobre esa tal conspiración de Bolkando que deberían…

—Un momento, por favor. Los temas de uno en uno, Uster. Los patriotas están, desde luego, llevando a cabo una investigación, sin resultados hasta la fecha. Un anuncio general en ese sentido, si bien es posible que mitigara vuestra ansiedad, habría sido, en mi opinión, igual de probable que desencadenara el pánico. Por tanto, preferí mantener el asunto en privado. Mis propias investigaciones, entretanto, me han llevado a eliminar fuentes externas en este asalto financiero. La fuente, amigos míos, está aquí, en Letheras.

—¿Entonces por qué no hemos cogido al cabrón? —preguntó Druz Thennict, la cabeza parecía mecerse sobre un cuello largo y delgado.

—Ha ocultado las pistas de forma muy inteligente, Druz —dijo Rautos—. Por decirlo de forma sencilla, estamos en guerra con un genio.

Desde el otro extremo de la mesa, Horul Rinnesict lanzó un bufido.

—¿Por qué no acuñar más monedas y quitar un poco de presión?

—Podríamos —respondió Rautos—, aunque no sería fácil. Hay un rendimiento fijo en las minas imperiales que es, por necesidad, modesto. Y, por desgracia, bastante inflexible. Aparte de lo cual, podrías preguntarte: ¿qué haría yo entonces si fuera ese saboteador? ¿Una entrada repentina de nuevos dineros? Si pretendieras crear caos en la economía, ¿qué harías?

—Liberar mi provisión —dijo Barrakta Ilk con un gruñido— y provocar una inflación desbocada. Nos estaríamos ahogando en monedas sin ningún valor.

Rautos Hivanar asintió.

—Yo creo que nuestro saboteador no puede ocultarse mucho tiempo más. Él o ella tendrá que dejarse ver. La clave está en observar qué empresa es la primera en desmoronarse, pues es ahí donde la pista de esa persona se hará más fácilmente discernible.

—Momento en el que —dijo Barrakta— los patriotas se precipitarán sobre ella.

—Ah, lo cual me lleva al segundo tema. Según tengo entendido, ha habido noticias de Drene. No, no tengo detalles concretos todavía, pero parece que ha provocado algo muy parecido al pánico entre los patriotas. Anoche, aquí, en Letheras, se produjeron varios arrestos sin precedentes…

Uster se echó a reír.

—¿Qué falta de precedentes tiene el que los patriotas arresten a unas cuantas personas?

—Bueno, la más importante de todas fue la primera concubina.

Se hizo el silencio alrededor de la mesa.

Rautos Hivanar se aclaró la garganta e hizo todo lo posible para contener la furia que embargaba su voz.

—Parece que Karos Invictad actuó con precipitación, cosa que, como estoy seguro que sabéis todos, no es nada propio de él. El resultado fue que las cosas salieron mal. Se produjo un enfrentamiento, tanto dentro como fuera del Domicilio Eterno, entre los patriotas y los tiste edur.

—¡Ese maldito idiota! —bramó Barrakta mientras con una mano aporreaba la mesa.

—La primera concubina está, según tengo entendido, muerta. Al igual que varios guardias, la mayoría del complejo de los patriotas, y al menos dos guardaespaldas del canciller.

—¿Es que esa puñetera serpiente también quiere suicidarse?

—Casi es eso lo que parece, Barrakta —admitió Rautos—. Todo muy inquietante, sobre todo la reticencia de Karos Invictad a explicar lo que pasó con exactitud. Lo único que he podido saber de lo extremos que fueron los acontecimientos anoche es un rumor que dice que a Karos le dieron una paliza que casi lo mató. No puedo confirmar ese rumor, dado que no ha querido ver a nadie y además, no cabe duda de que los sanadores lo visitaron después.

—Rautos —murmuró Druz—, ¿tenemos que distanciarnos de los patriotas?

—Merece la pena planteárselo —respondió Rautos—. Quizá queráis hacer algún preparativo en ese respecto. Entretanto, sin embargo, necesitamos a los patriotas, pero admito que me preocupa la posibilidad de que no nos sean de ayuda el día que más necesitemos sus servicios.

—Contrata personal propio —dijo Barrakta.

—Ya lo he hecho.

Asentimientos bruscos respondieron a esa sencilla declaración.

Uster Taran se aclaró la garganta.

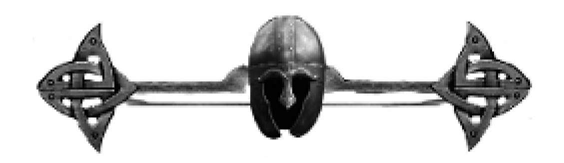
—Mis disculpas, Rautos. Siempre procedes con tu habitual diligencia. Lamento haber dudado.

—Como siempre —dijo Rautos al tiempo que estiraba el brazo para coger el paño y se limpiaba las manos—, agradezco los comentarios. De hecho, incluso los desafíos. No vaya a hacerme descuidado. Bien, tenemos que evaluar la salud de nuestras propiedades para que todos contemos con una indicación mejor de nuestra capacidad de resistencia…

A medida que continuaba la reunión, Rautos se limpiaba las manos una y otra vez. Un cadáver se había enredado en los postes de amarre enfrente del desembarcadero de la finca esa mañana. Hinchado y medio podrido, invadido de cangrejos y atestado de anguilas.

Ocurría de vez en cuando, pero cada vez lo golpeaba con más fuerza, sobre todo en los últimos años. Esa mañana había sido especialmente desagradable y, aunque él no había pasado de la grada superior de su patio, todavía tenía la sensación de que quedaba algún residuo que lo había alcanzado y le provocaba una extraña sensación pegajosa en las manos, un residuo que él parecía incapaz de quitarse, por mucho que lo intentara.

10



El Único Dios salió sin prisas (una marioneta que arrastraba hilos cortados) de la conflagración. Otra ciudad destruida, otro pueblo derribado a decenas de miles. ¿Quién entre nosotros, al presenciar su aparición, no podría por menos de concluir que la locura se había apoderado de él? A pesar de todo el poder de creación que poseía, no arrojaba más que muerte y destrucción. Ladrón de Vida, Asesino y Segador, en sus ojos, donde momentos antes había ardido el fuego de la rabia irracional, ya solo había calma. No sabía nada. No comprendía la sangre que cubría sus manos. Nos rogó que le diéramos respuestas, pero no podíamos decir nada.
Podíamos llorar. Podíamos reír.
Elegimos la risa.

Credo de los Burlones
—Cabal

«Juguemos a un juego», susurró el viento. Después se echó a reír en el suave siseo de polvo y arena.

Seto estaba sentado, escuchando. El quebradizo bloque de piedra que tenía debajo se había erosionado hasta alcanzar la forma de una silla de montar, bastante reconfortante, dadas las circunstancias. Quizá hubiera sido un altar una vez, caído por algún agujero del cielo; bien sabía el Embozado que más de uno y de dos objetos

extraños se habían derrumbado de las nubes bajas e impenetrables durante el largo y serpenteante viaje de Seto por ese funesto mundo. Y algunos habían caído demasiado cerca para su gusto.

Sí, con toda probabilidad un altar. La depresión en la que se alojaba su trasero le parecía demasiado uniforme, demasiado simétrica para ser natural. Pero no se preocupó por una posible blasfemia, ahí era, después de todo, adonde iban los muertos. Y los muertos incluían, en ocasiones, dioses.

El viento se lo dijo. Llevaba mucho tiempo siendo su compañero y Seto ya se había acostumbrado a sus sencillas revelaciones, su tono áspero y suave, repleto de secretos, y su abrazo acariciador. Cuando se tropezó con un surtido de huesos enormes que insinuaban la presencia de algún dios monstruoso e inhumano de mucho tiempo atrás, el viento (cuando se deslizó entre los huesos, cuando se filtró entre las costillas que sobresalían y se coló por los huesos orbitales y en las cuevas huecas de los cráneos) gimió el que había sido el sagrado nombre de ese dios. Nombres. Al parecer tenían tantos, los que pronunciaban en ese momento y para siempre atrapados en el dominio del viento. Pronunciados en el remolino de polvo, nada ya salvo ecos.

Juguemos a un juego.

No hay puerta… oh, la has visto, bien lo sé.

Pero es mentira. Es lo que construye tu mente, piedra a piedra.

Pues a tu especie le encantan las fronteras. Umbrales, divisiones, delineaciones. Para entrar en un lugar creéis que debéis dejar otro. Pero mira a tu alrededor y ya lo ves. No hay puerta, amigo mío.

Te muestro esto. Una y otra vez. El día que comprendas, el día que la sabiduría te llegue, te unirás a mí. La carne que te envuelve es tu última vanidad. Abandónala, amor mío.

Una vez te dispersaste entero y lo volverás a hacer. Cuando te llegue la sabiduría. ¿Ya ha llegado la sabiduría?

Los esfuerzos del viento por seducirlo, sus invitaciones para que aceptara algún tipo de disolución intencionada, se estaban haciendo irritantes. Seto se levantó con un gruñido.

En la ladera de su izquierda, a cien pasos o más de distancia, estaba tirado el esqueleto de un dragón. Algo le había hecho pedazos el tórax, los golpes punzantes habían clavado trozos y fragmentos en la carne, con resultados fatales, como podía ver Seto incluso desde esa distancia. Los huesos tenían un aspecto extraño, recubiertos todos y cada uno por algo parecido a vidrio negro, ahumado. Vidrio que iba bajando como una telaraña hasta el suelo y después corría en chorros congelados por surcos abiertos en la ladera. Como si la carne fundida de la bestia se hubiera vitrificado de algún modo.

Había visto lo mismo en los otros dos restos de dragones con los que se había topado.

Se quedó allí de pie, disfrutando de su vanidad, del dolor apagado en los riñones, del vago dolor de oídos por el viento insistente, y de la sequedad en la garganta que lo obligaba a carraspear repetidas veces. Cosa que hacía antes de decir:

—Todas las maravillas y miserias del cuerpo, viento, eso es lo que has olvidado. Lo que ansías. ¿Quieres que me una a ti? Ja, es al revés.

Jamás ganarás este juego, amor mío…

—¿Entonces para qué jugarlo?

Echó a andar en ángulo colina arriba. En la cima vio más escombros de piedra, los restos de un templo que había caído por un agujero en la tierra, arrancado de los ojos mortales en una conflagración de polvo y trueno. Como cortarle los pies a un dios. Como destruir una fe con un simple tajo de un cuchillo. Un agujero en la tierra y los trozos del templo se desmoronaban por el Abismo, las capas

etéreas de reino tras reino, hasta que se quedaron sin mundos por los que precipitarse.

Una llamada, pum, pum, justo en la cabeza del Embozado.

Tu irreverencia te hará acreedor del más profundo pesar, amado.

—Mi más profundo pesar, viento, es que aquí nunca llueve. No desciende el agua, estrellándose contra el suelo, para ahogar cada una de tus palabras.

Estás hoy de mal humor. No es propio de ti. Hemos jugado a tantas cosas juntos, tú y yo.

—Se te está enfriando el aliento.

¡Porque te has equivocado de camino!

—Ah. Gracias, viento.

Una ráfaga repentina y cortante lo golpeó, mostrando así su desagrado. La arenilla le hizo escocer los ojos y se echó a reír.

—El secreto del Embozado revelado al fin. Regresa a toda prisa con él, viento, esta partida la has perdido.

Serás idiota. Reflexiona sobre lo siguiente: entre los caídos, entre los muertos, ¿encontrarás más soldados, más combatientes que no combatientes? ¿Encontrarás más hombres que mujeres? ¿Más dioses que mortales? ¿Más necios que sabios? Entre los caídos, amigo mío, ¿el eco de los ejércitos al marchar ahoga todo lo demás? ¿O los gemidos de los enfermos, los llantos de los famélicos?

—Supongo que, al final —dijo Seto tras un momento—, todo se iguala.

Te equivocas. Debo responderte, aunque te romperá el corazón. Debo hacerlo.

—No hace falta —respondió él—. Ya lo sé.

¿Lo sabes?, susurró el viento.

—Quieres que vacile. Que me desespere. Conozco tus trucos, viento. Y sé también que es muy probable que tú

seas todo lo que queda de algún dios antiguo y olvidado hace mucho tiempo. Bien sabe el Embozado que quizá seas todos ellos, sus voces un desastre enmarañado que empuja polvo, arena y poco más. Quieres que caiga de rodillas ante ti. En abyecta veneración, porque quizá obtengas entonces algún chorrito de poder. Suficiente para que consigas huir. —Lanzó una carcajada áspera—. Pero reflexiona tú sobre lo siguiente, viento. Entre todos los caídos, ¿por qué me rondas a mí?

¿Por qué no? Impones con descaro carne y hueso. Querrías escupirle al Embozado a la cara, querrías escupirme a mí si se te ocurriera algún modo de esquivar el escupitajo que yo te devolvería.

—Eso es cierto. Y a eso voy. Elegiste mal, viento. Porque soy soldado.

Juguemos a un juego.

—No juguemos.

Entre los caídos, quién…

—La respuesta es «niños», viento. Más niños que cualquier otro.

¿Entonces dónde está tu desesperación?

—No entiendes nada —dijo Seto al tiempo que hacía una pausa para escupir—. Para que un hombre o una mujer alcancen la edad adulta, primero han de matar al niño que llevan dentro.

Eres un hombre cruel, soldado.

—Sigues sin entender nada. Te acabo de confesar mi desesperación. Esta partida la ganas tú. Tú ganas cada partida. Pero yo continuaré adelante, me meteré en tu aliento helado, porque eso es lo que hacen los soldados.

Qué raro, no tengo la sensación de haber ganado.

En una extensión plana de barro frío pero no helado todavía, se encontró con un rastro. Pies anchos, planos y huesudos, unas pisadas que iban en la misma dirección. Alguien… que buscaba, quizá, lo que él buscaba. El agua se acumulaba en las huellas profundas, inmóvil, reflejando el cielo de color peltre.

Se agachó y estudió las profundas impresiones.

—Sé útil, viento. Dime quién camina por delante de mí.

Silencioso. Alguien que no juega.

—¿Es lo mejor que sabes hacer?

No muerto.

Miró el rastro con los ojos entrecerrados y observó el paso ancho, un poco desalineado, las leves vetas dejadas por mechones colgantes de cuero, pieles, lo que fuera.

—¿T'lan imass?

Roto.

—Dos, quizá tres leguas por delante de mí.

Más. El agua se arrastra con lentitud por aquí.

—Huelo nieve y hielo.

Mi aliento traiciona todo lo que devoro. Vuélvete hacia un beso más dulce, amado.

—¿Te refieres al hedor de ciénaga invadida de moscas que he soportado durante los últimos dos meses? —Se irguió y se colocó bien la pesada mochila.

Eres cruel. Al menos el que va por delante no dice nada. No piensa. No siente.

—T'lan imass con toda seguridad, entonces.

Roto.

—Sí, te entendí la primera vez.

¿Qué harás?

—Si es necesario, te haré un regalo, viento.

¿Un regalo? ¿Oh, qué es?

—Un nuevo juego, tienes que adivinar.

Pensaré y pensaré y…

—Por el aliento del Embozado… oh… ¡oh! ¡Olvídate de lo que acabo de decir!

… y pensaré y pensaré…

Cabalgaron sin parar, rumbo al oeste al principio, en paralelo al gran río durante la mayor parte de dos días, antes de alcanzar la pista secundaria que viraba al norte hacia Almas, un pueblo modesto que solo se destacaba por contar con una guarnición y unos establos, donde la atri-preda Yan Tovis, Varat Taun y su compañía letherii pudieron descansar, reabastecerse y requisar monturas frescas.

Varat Taun sabía reconocer una huida cuando la veía, sobre todo cuando se encontraba formando parte de ella. Dejaban atrás Letheras, donde, un día antes de su partida, el palacio y los barracones habían parecido sumidos en una tormenta creciente de tensión, el olor a sangre impregnaba el aire, un millar de rumores hacían cabriolas en todas direcciones, pero sin que ninguno poseyera demasiada solidez, aparte de las noticias que relataban la expulsión de dos familias, las viudas y los hijos de dos hombres que habían sido guardaespaldas del canciller y que estaba claro que ya no se contaban entre los vivos.

¿Alguien había intentado asesinar a Triban Gnol? Se había preguntando eso mismo en voz alta al principio de aquel viaje y su comandante se había limitado a gruñir, como si nada en esa idea la sorprendiera o alarmara siquiera. Por supuesto que la atri-preda sabía más de lo que insinuaba, pero Crepúsculo jamás había sido demasiado locuaz.

Y resulta que yo tampoco lo soy. Los horrores de lo que presencié en esa cueva… no, nada de lo que pueda decir

podría expresar el... el extremismo puro de la verdad. Así que será mejor dejarlo. Los que lo presencien, no durarán mucho después de la experiencia. ¿Qué quedará entonces del imperio?

¿Y no es eso por lo que huimos?

Un extranjero cabalgaba con ellos. Un burlón, había dicho Yan Tovis, significara eso lo que significara. Una especie de monje. *Con la cara pintada de un mimo que hace cabriolas en el escenario, ¿qué religión de chiflados es ésa?* Varat Taun no recordaba que aquel extraño hombrecito dijera una sola palabra, quizá era mudo, quizá le habían cortado la lengua. Los adeptos a un culto se hacían cosas terribles a sí mismos. Durante el viaje a través de los mares y océanos del mundo habían sido testigos de un desfile en apariencia interminable de culturas y costumbres extrañas. No había automutilación en descaminado servicio a un dios que pudiera sorprender a Varat Taun. El burlón había estado entre los aspirantes a desafiar al emperador, una idea absurda que empezaba a quedar patente; tras el primer día de cabalgada, el pobre hombre estaba agotado y se tambaleaba en la silla. Era evidente que era sanador.

El que me sanó. El que me guió y me sacó del terror y la confusión. He expresado mi gratitud, pero él se ha limitado a asentir. ¿Presenció las visiones que había en mi mente? ¿Se ha quedado mudo, su cordura asediada? En cualquier caso, no podía enfrentarse al emperador y por eso en ese momento cabalgaba junto a Yan Tovis, aunque el valor que su comandante le daba a ese tal burlón era algo que se le escapaba al teniente.

Quizá no sea muy diferente del modo en que me ve a mí. Cabalgo en esta compañía para hacerme un favor. Pronto se me destinará a un puesto en mi ciudad natal. Para que esté con mi esposa y mi hijo. Crepúsculo no está pensando como atri-preda, ni siquiera su obligación como soldado fue

suficiente para forzarla a informar a sus superiores de lo que se había enterado.

Pero ésta no es la primera vez, ¿verdad? ¿Por qué habría de sorprenderme? Entregó Fent Límite a los edur, ¿no? No entablaron batalla, se limitaron a abrir las puertas.

«Es obvio que ama tanto a los edur que puede ir con ellos, puede tomar el mando de las fuerzas letherii de las flotas». Eso decía el argumento, seco y burlón.

La verdad puede que sea que Yan Tovis es una cobarde.

A Varat Taun no le hacía gracia pensar eso, aunque fuera un pensamiento que lo acosaba. Se recordó las batallas, las escaramuzas, tanto en el agua como en la orilla, en las que no había habido nada, ni un solo momento, que le hubiera dado motivos para dudar del valor de aquella mujer que era su superior.

Pero allí estaba, Yan Tovis huye de Letheras con su compañía de élite.

Porque yo confirmé las afirmaciones de ese gral. Además, ¿estaría yo dispuesto a apoyar a Icarium otra vez, me pondría a su lado? No, a su lado no, ni en la misma ciudad, y a ser posible, ni siquiera en el mismo puñetero continente. ¿Me convierte eso a mí también en cobarde?

Había habido un niño en esa cueva, una cosita extraña, más diablillo que humano. Y había conseguido lo que nadie más pudo, derribar a Icarium, robarle la rabia y todo el poder que iba con ella. A Varat Taun no le parecía que fuera a haber otra intervención parecida. Los defensores del primer trono habían tenido aliados. El emperador de Oro no podía más que negarse a eso. Allí no habría nadie para detener a Icarium. Nadie salvo el propio Rhulad, cosa que, por supuesto, era posible.

Es nuestra falta de fe en nuestro emperador lo que nos ha llevado por este camino.

¿Pero y si no cae ninguno? ¿Y si Icarium termina matando a Rhulad una y otra vez? ¿Diez veces, cincuenta, cien, diez mil? Una sucesión interminable de batallas que borran todo lo demás. ¿No estaríamos ante el fin del mundo?

Icarium no puede rendirse. Rhulad no querrá. Compartirán esa inevitabilidad. Y compartirán la locura que sale de eso.

Rosazul no estaría lo bastante lejos. *Ningún lugar lo estará*.

Había dejado atrás al único hombre que entendía lo que se avecinaba mejor que nadie. El bárbaro. Que vestía una pesada capucha para ocultar sus rasgos cuando estaba entre desconocidos. Que se escupía en las manos para alisarse el pelo. Que recibía todos y cada uno de los amaneceres con una letanía de maldiciones contra todos aquellos que le habían hecho algún mal. *Y sin embargo, ahora lo imagino y es como si contemplara a un hermano*.

Solo él y yo sobrevivimos. Juntos sacamos a Icarium de allí.

Sus pensamientos lo habían llevado a ese momento, a esa combinación de revelaciones, y sintió que se le helaba el corazón en el pecho. Varat Taun azuzó su caballo para que acelerara el paso hasta que se colocó a la misma altura que su comandante.

—Atri-preda.

La mujer lo miró.

—Debo regresar —dijo.

—¿Para advertirlos?

—No, señor.

—¿Qué hay de su familia, Varat Taun?

Él desvió la mirada.

—Me he dado cuenta de algo. No hay sitio que esté bastante lejos.

—Entiendo. Entonces, ¿no le gustaría estar a su lado?

—Sabiendo que no puedo salvarlos… —Varat sacudió la cabeza—. El gral y yo, juntos, no sé, quizá podamos hacer algo, si estamos allí.

—¿Puedo convencerlo de lo contrario?

Varat negó con la cabeza.

—Muy bien. Que la bendición del Errante lo acompañe, Varat Taun.

—Tiene razón —dijo el burlón tras ellos—. Yo también debo regresar.

Un gran suspiro brotó como una ráfaga de aire de Yan Tovis.

—Así sea; debería haber sabido que sería imposible salvar a nadie salvo a mí misma; no, no siento tanta amargura como pudiera parecer. Mis disculpas. Ambos cuentan con mi bendición. Sin embargo, asegúrense de llevar esos caballos al paso de vez en cuando.

—Sí, señor. ¿Atri-preda? Gracias.

—¿Qué recado envío a su esposa?

—Ninguno, señor. Por favor.

Yan Tovis asintió.

Varat Taun sacó su montura del camino y frenó. El monje siguió su ejemplo, aunque con algo más de torpeza. El teniente lo observó con cierta diversión.

—¿No tienen caballos en sus tierras?

—Pocos. Cabal es un archipiélago en su mayor parte. Las propiedades del continente están junto a acantilados bastante escarpados, en un tramo de costa muy montañoso. Y los caballos que tenemos se crían para hacer trabajos pesados y como alimento.

A eso, Varat Taun no dijo nada.

Esperaron en un lado del camino y observaron la columna de soldados montados pasar a su lado.

Que el Errante me lleve, ¿qué he hecho?

El lago se extendía sin final aparente a la vista. Las tres figuras habían remado su bien aprovisionado bote durante lo que pasaba por día en el reino de Sombra y buena parte de una noche, antes de que la nave se quedara varada en los bajíos. Incapaces de encontrar un modo de pasar, se habían echado al hombro las mochilas y habían desembarcado para vadear el agua repleta de sedimentos que les rozaba la rodilla. En ese momento, en pleno día siguiente, arrastraban las piernas agotadas, entumecidas, por un lago tranquilo que no les había subido más arriba de las caderas desde el amanecer, hasta que llegaron a una caída repentina.

Trull Sengar había ido en cabeza, utilizando la lanza para sondear las aguas que tenían por delante y en ese momento se movía hacia un lado, paso a paso, el cabo del arma agitando los sedimentos grises, lechosos, por el borde. Continuó así durante un rato, observado por sus compañeros.

—No parece natural —dijo al fin mientras regresaba con los otros—. La caída es lisa, uniforme. —Pasó junto a Onrack y Ben el Rápido y reanudó los sondeos del saliente en dirección contraria—. Aquí no hay cambios.

El mago articuló una larga y elaborada sarta de maldiciones en su lengua malazana.

—Podría elevarme por los aires —dijo después—, recurrir a Serc, aunque quién sabe cuánto tiempo podría lograrlo. —Miró a Onrack, furioso—. Tú puedes fundirte con los sedimentos y ya está, maldito t’lan imass.

—Lo que me deja a mí —dijo Trull, que se encogió de hombros—. Yo puedo nadar, puede que dé con los bajíos más adelante. ¿Sabéis?, llevamos un tiempo caminando por un fondo llano que no es natural. Imaginad de momento que

estamos en una explanada sumergida de algún tipo; enorme, lo admito, pero una explanada. Esta caída podría marcar sencillamente un canal. En cuyo caso no tardaría en encontrar el otro lado.

—¿Una explanada? —Ben el Rápido hizo una mueca—. Trull, si lo que hay debajo de nosotros es una explanada, es del tamaño de una ciudad-estado.

—Encontrarás un constructo así, mago —dijo Onrack—, cubriendo la península sudeste de Stratem. K'chain che'malle. Un lugar donde se libraron guerras rituales antes de que se abandonara todo ritual.

—Quieres decir cuando se rebelaron los colas-cortas.

Trull lanzó una maldición por lo bajo.

—Odio cuando todo el mundo sabe más que yo. —Lanzó un bufido—. Claro que mi compañía consiste en un mago y un no muerto, así que supongo que tampoco es de extrañar que yo me quede corto en comparación.

—¿Quedarte corto? —El cuello de Onrack crujió con fuerza cuando el guerrero se volvió para mirar al tiste edur —. Trull Sengar, tú eres el Caballero de Sombra.

Ben el Rápido pareció atragantarse.

Por encima del repentino ataque de tos del mago, Trull empezó a gritar.

—¿Que soy qué? ¿Fue idea de Cotillion? Ese maldito advenedizo…

—Cotillion no te eligió, amigo mío —dijo Onrack—. No puedo decirte quién te hizo lo que eres. Quizá la eres'al, aunque no comprendo la naturaleza de lo que pretende dentro del reino de Sombra. Una cosa, sin embargo, está muy clara, le interesas, Trull Sengar. Pese a todo, no creo que la eres'al fuera la responsable. Creo que fuiste tú mismo.

—¿Cómo? ¿Qué hice?

El t'lan imass ladeó la cabeza poco a poco a un lado.

—Guerrero, te plantaste ante Icarium. Contuviste al Robavida. Hiciste lo que ningún guerrero ha hecho jamás.

—Absurdo —soltó Trull—. Estaba acabado. Si no hubiera sido por Ben el Rápido, y la eres'al, estaría muerto, mis huesos picados se estarían pudriendo junto al salón del trono ahora mismo.

—Tienes por costumbre, amigo mío, desbaratar tus propios logros.

—Onrack…

Ben el Rápido se echó a reír.

—Te está llamando modesto, edur. Y no te molestes en negarlo, todavía consigues sorprenderme en ese sentido. He vivido la mayor parte de mi vida entre magos o en las filas de un ejército, y en ninguna compañía he visto excesivo autodesprecio. Estábamos todos demasiado ocupados tomándoles el pelo a los demás. Hace falta cierto nivel de… bueno, fanfarronería cuando tu trabajo es matar personas.

—Trull Sengar luchó como soldado —le dijo Onrack al mago—. La diferencia entre los dos es que él es incapaz de ocultar su dolor ante la fragilidad de la vida.

—No hay nada frágil en nosotros —murmuró Ben el Rápido—. La vida sigue siendo tozuda hasta que no le queda más remedio que rendirse, e incluso entonces es muy probable que escupa en el ojo una última vez al que la mató. Somos crueles en la victoria y crueles en la derrota, amigos míos. Ahora, si podéis callaros los dos un momento, puedo ir en busca de una forma de salir de aquí.

—¿No vas a volar? —preguntó Trull, y se apoyó en la lanza.

—No, me refiero a una puñetera puerta. Estoy empezando a sospechar que este lago no tiene fin.

—Tiene que terminar —dijo el edur.

—El Abismo no siempre está retorcido por tormentas salvajes. A veces es así, plácido, soso, una marea que sube

con tanta lentitud que es imposible notarla, pero sí que sube, y se traga este reino sesgado y moribundo.

—¿El reino de Sombra se está muriendo, Ben el Rápido?

El mago se lamió los labios, un gesto nervioso que Trull ya había visto en aquel hombre alto y delgado, después se encogió de hombros.

—Eso creo. Con una herida abierta en cada frontera, tampoco es tan extraño. Y ahora, silencio todo el mundo. Necesito concentrarme.

Trull observó cuando Ben el Rápido cerró los ojos.

Un momento después su cuerpo se hizo indistinto, granuloso en los bordes, hasta que empezó a oscilar, a cobrar y perder solidez.

El tiste edur, todavía apoyado en su lanza, le sonrió a Onrack.

—Bueno, viejo amigo, parece que vagamos por lo desconocido una vez más.

—No lamento nada, Trull Sengar.

—Es casi lo contrario para mí, con la excepción de convencerte para que me liberaras cuando estaba a punto de ahogarme en el Naciente… que me acabo de dar cuenta de que no es muy diferente de este lugar. Mundos que se inundan. ¿Ocurre con más frecuencia de lo que creemos?

Un tintineo de huesos cuando el t’lan imass se encogió de hombros.

—Me gustaría saber algo, Trull Sengar. Cuando la paz le llega a un guerrero…

Los ojos del edur se entrecerraron sobre el machacado no muerto.

—¿Cómo te deshaces de todo lo demás? ¿De la oleada de placer en el punto culminante de la batalla? ¿De la descarga de emociones, cada una amenazando con abrumarte, ahogarte? ¿De esa sensación crepitante de estar vivo? Onrack, creí que tu especie… no sentía nada.

—Con el despertar de los recuerdos —respondió Onrack—, también despiertan otras… fuerzas del alma. —El t’lan imass levantó una mano marchita—. Esta calma por todas partes… se burla de mí.

—¿Mejor una tormenta salvaje?

—Creo que sí. Es un enemigo que combatir. Trull Sengar, si me uniera a esta agua transformado en polvo, no creo que volviera. El olvido me llevaría con la promesa del fin de la lucha. No lo que deseo, amigo, pues eso significaría abandonarte. Y renunciar a mis recuerdos. ¿Pero qué hace un guerrero cuando se alcanza la paz?

—Se va de pesca —murmuró Ben el Rápido, los ojos todavía cerrados, el cuerpo aún oscilando—. Y ya está bien de hablar, vosotros dos. Esto no es fácil.

Entró y salió de la existencia con una nueva oscilación y, de repente, desapareció.

Desde que Tronosombrío se lo había llevado sin preguntar (cuando Kalam más lo necesitaba), Ben el Rápido había hervido de rabia en silencio. Saldar una deuda en una dirección había significado traicionar a un amigo en otra. Inaceptable.

Diabólico.

Y si Tronosombrío se cree que cuenta con mi lealtad solo porque metió a Kal en la Casa de Muerte, entonces es que de verdad está tan loco como todos pensamos. Oh, estoy seguro de que el azath y el horrendo guardián que reside allí dentro le darían la bienvenida a Kalam encantados. Quizá montaran su cabeza en la pared, encima de la chimenea… está bien, no es muy probable. Pero el azath se dedica a recopilar. Eso es lo que hace, y ahora tienen a mi amigo más antiguo. Así que, ¿cómo Embozado lo saco?

Maldito seas, Tronosombrío.

Pero esa rabia lo desconcertaba, lo que dificultaba la concentración. *Y la piel que se me pudre en las piernas tampoco ayuda*. Con todo, necesitaban una salida. Cotillion no había explicado mucho. *No, se limitó a esperar que averiguáramos las cosas nosotros solos. Lo que significa que solo hay una dirección real. No querrá que nos perdamos ahora, ¿no?*

Un poco más animado (un triunfo momentáneo sobre la inseguridad), Ben el Rápido se concentró, sus sentidos se extendieron hacia el éter que lo rodeaba. Sólido, pegajoso, una superficie lisa que cedía como esponja bajo la presión de manos imaginadas. El tejido de ese reino, la piel picada de un mundo desfigurado. Empezó a aplicar más presión, a buscar… *puntos blandos, debilidades, sé que existís*.

Ah, ahora eres consciente de mí, lo percibo. Qué curioso, pareces casi… femenino. Bueno, siempre hay una primera vez. Lo que había sentido pegajoso bajo los dedos ya solo estaba frío. *Por el aliento del Embozado, no estoy seguro de que me gusten las imágenes que acompañan a este pensamiento de abrirme paso a empujones*.

Más allá de su sentido del tacto no había nada. Nada que sus ojos pudieran encontrar; no había aroma en el aire tibio; no había sonido más allá del susurro leve de la sangre en el cuerpo, que estaba allí un momento y desaparecía al siguiente, cuando luchaba por separar su alma, dejarla libre para que vagara.

Esto no está tan mal…

Un desgarro horripilante y después una inhalación inmensa, inexorable, que desgarraba su espíritu y lo soltaba, lo lanzaba de un empujón y lo hacía atravesar algo para caer dando tropezones en un calor revuelto y acre, unas nubes densas cerrándose por todos lados, un suelo empapado y blando bajo los pies. Fue tanteando, los pulmones llenándose con un vapor picante que hizo que le

diera vueltas la cabeza. *Dioses, ¿qué enfermedad es ésta? No puedo respirar*…

El viento giró, lo empujó dando traspiés, un frío repentino, piedras que giraban bajo sus pies, bendito aire limpio que Ben absorbió con jadeos desesperados.

Cayó a gatas. En el suelo rocoso, líquenes y musgo. A ambos lados, un bosque en miniatura disperso; vio robles, píceas, alisos, viejos y retorcidos y ninguno le llegaba siquiera a la cadera. Pájaros de color pardo aleteaban entre hojitas verdes. Los mosquitos se acercaban con la intención de posarse, pero allí él era un fantasma, una aparición. *De momento. Pero es aquí adonde debemos ir.*

El mago levantó la cabeza poco a poco y empezó a ponerse de pie.

Se encontraba en un valle ancho, poco profundo, el bosque enano cubría la cuenca tras él y trepaba por las laderas de los lados, como un extraño parque en el generoso espacio que quedaba entre los árboles. Y estaba plagado de aves. De algún lugar cercano llegaba el sonido de un chorro de agua. En el cielo, libélulas con alas que rivalizaban con las de los cuervos volaban disparadas con su extraña precisión, alimentándose de mosquitos. Más allá de ese frenético festín, el cielo era de un color cerúleo, casi morado cerca de los horizontes. Jirones de nubes alargadas se desperdigaban en cintas altas, como la espuma de olas congeladas en alguna orilla celestial.

Belleza primordial, *el borde de la tundra. Dioses, odio la tundra. Pero así sea, como dicen reyes y reinas cuando todo se va por el retrete. No hay más que hacer. Aquí hemos de venir*.

Trull Sengar se sobresaltó al oír una tos repentina, Ben el Rápido había reaparecido, medio encorvado, los ojos llenos

de lágrimas y algo parecido al humo desprendiéndose de todo su cuerpo. Carraspeó con fuerza, escupió y se irguió poco a poco.

Con una gran sonrisa.

El propietario de la taberna Harridicta era un hombre atormentado. Una aflicción que se había extendido durante meses que se habían convertido en años. Su establecimiento, en otro tiempo dedicado a servir a los guardias de la isla prisión, se había arruinado junto con el resto de la ciudad portuaria tras la rebelión de los prisioneros. Gobernaba el caos, haciendo que las personas honestas envejecieran mucho más de lo que debían. Pero el dinero estaba bien.

Se había aficionado a unirse a la capitana Shurq Elalle y a Skorgen Kaban, el Guapo, en su mesa preferida, en la esquina, durante los momentos de calma, cuando las mozas de la taberna y los friegaplatos iban de un lado a otro con más propósito que pánico, cuando el agotamiento apagado sustituía al terror abyecto en los ojos vidriosos, y todo parecía, de momento, ir como la seda.

Había cierta calma en aquella capitana (*una pirata, si el Errante mea recto, y a ver cuándo se equivoca ése*), y cierta elegancia y cortesía marcadas en su porte que le indicaban al propietario que aquella mujer no había robado solo dineros a los de alta alcurnia, sino también cultura, lo que la convertía en una mujer inteligente y perspicaz.

Tenía la sensación de estar enamorándose, por imposible que fuera. La tensión del oficio y el sinfín de veces que se había dedicado a probar las cervezas de tierra adentro lo habían convertido (según su criterio honesto, duro y no del todo irracional) en un desastre físico que encajaba con su lasitud moral, que en los días buenos él llamaba su «tino

comercial». Un vientre que sobresalía redondo como la olla de un guiso y casi tan grasienta como éste. Una nariz bulbosa (en eso superaba a Skorgen) con venas estalladas, espinillas de las que brotaban pelos y cerdas revueltas que le bajaban de los orificios de la nariz para entrelazarse con el bigote, en otro tiempo toda una moda entre los hombres hirsutos, pero ya no, por desgracia. Ojos muy juntos y desvaídos, el blanco de color amarillo desde hacía tanto tiempo que ya no estaba seguro de si alguna vez había sido de otro color. Le quedaban unos cuantos dientes frontales, cuatro en total, uno arriba y tres abajo. Pero mejor que su mujer, que había perdido los dos últimos al chocar con una pared mientras vaciaba un barril de cerveza, la espita de latón le habían arrancado los dos huérfanos de cuajo, y si después no se hubiera asfixiado con los malditos, todavía estaría con él, bendita fuera. Cuando estaba sobria trabajaba como una mula y mordía con la misma fuerza, dos talentos que le habían sido muy útiles para servir las mesas.

Pero qué solitaria se había hecho su vida, la verdad, y entonces entra sin prisas esa gloriosa y seductora capitana pirata. Muchísimo mejor que esos extranjeros que entraban y salían del palacio de Brullyg Temblor como si fuera su casa ancestral, y después se pasaban las noches allí, encorvados sobre la mesa de juegos, la mesa más grande de toda la puñetera taberna, si no te importa, con una sola jarra de cerveza que les duraba la noche entera por muchos que se apiñaran alrededor de aquella extraña partida extranjera que no parecía terminar nunca.

Oh, él había exigido la parte que le correspondía y ellos le pagaban sin rechistar, aunque él no le encontraba sentido alguno a las reglas de juego. ¡Y cómo iban y venían esas peculiares monedas rectangulares! Pero lo que sacaba con la taberna no merecía la pena. Una partida normal del Cucharón de Bale una noche cualquiera dejaba el doble para

la casa. Y la cerveza corría como el agua, un jugador no tenía que tener el cerebro despejado para jugar al Bale, bendito fuera el Errante. Así que esos extranjeros eran peores que terrones de musgo horadando una roca, como solía decir su querida esposa siempre que él se sentaba para descansar un poco.

A contemplar la vida, mi amor. Contempla este puño, querido marido. Era tremenda, sencillamente tremenda. Qué silencioso está todo desde que esa espita le hizo tragar los dientes.

—Muy bien, Ballant —dijo Skorgen Kaban con una repentina ráfaga de aliento cervecero cuando se inclinó sobre la mesa—. Vienes a sentarte con nosotros cada puñetera noche. Y te quedas ahí sentado. Sin decir nada. Eres el tabernero más hermético que he conocido jamás.

—Deja al hombre en paz —dijo la capitana—. Está de luto. El dolor no necesita palabras que lo acompañen. De hecho, palabras es lo último que necesita el dolor, así que límpiate esos mocos, Guapo, y cierra el agujero con dientes que tienes debajo.

El primer oficial agachó la cabeza.

—Eh, que yo no sé na de lutos, capitana. —Utilizó el dorso de un puño para limpiarse los agujeros húmedos que tenía donde antes estuvo la nariz y se dirigió a Ballant—: Tú siéntate ahí, tabernero, y sigue sin decir nada a nadie todo el tiempo que quieras.

Ballant hizo un esfuerzo por apartar la mirada de adoración de la capitana el tiempo suficiente para asentir y sonreírle a Skorgen Kaban, después volvió a mirar a Shurq Elalle.

El diamante que tenía en la frente resplandecía a la luz amarillenta del farol como un sol diminuto, la joya en su ceño (oh, esa tendría que recordarla), pero el caso era que

estaba frunciendo el ceño y eso nunca era bueno. No cuando se trataba de una mujer.

—Guapo —decía en ese momento en voz baja—, ¿tú te acuerdas de un par de ésos de la Guardia Carmesí, los del pelotón? El que era muy moreno, un color como más terroso que un edur. Y el otro, con esa piel de tono azul desvaído, un mestizo isleño, dijo.

—¿Qué pasa con ellos, capitana?

—Bueno. —Shurq señaló con la cabeza a los extranjeros que estaban en la mesa de juego al otro lado de la sala—. Ésos. Hay algo que me recuerda a esos dos del pelotón de Barras de Hierro. No solo la piel, sino también los gestos, el modo en que se mueven, incluso algunas de las palabras que he alcanzado a oír en el idioma que hablan. Solo… ecos extraños. —Clavó la mirada oscura pero luminosa en Ballant—. ¿Qué sabes de ellos, tabernero?

—Capitana —objetó Skorgen—, que está de luto…

—Calla, Guapo. Ballant y yo estamos sosteniendo una conversación intrascendental.

Sí, de lo más intrascendental, y eso que el diamante lo cegaba, y ese maravilloso aroma especiado que era su aliento hacía que le diera vueltas la cabeza como el mejor de los licores. Ballant parpadeó, se lamió los labios (saboreó sudor) y contestó.

—Tienen un montón de reuniones privadas con Brullyg Temblor. Después bajan aquí y pierden el tiempo.

Hasta el rezongo de respuesta de aquella mujer era encantador.

Skorgen lanzó un bufido (húmedo), estiró la mano buena y limpió la mesa.

—¿Te lo puedes creer, capitana? ¡Brullyg es un viejo amigo tuyo y tú no puedes siquiera pasar a verlo mientras que un puñado de extranjeros corrientes y molientes le come la oreja todo el día y encima a diario! —Se levantó a

medias—. Estoy pensando en tener unas palabritas con estos…

—Siéntate, Guapo. Algo me dice que no quieres meterte con esa gente. A menos que te apetezca perder otra parte del cuerpo. —El ceño femenino se profundizó y a punto estuvo de tragarse el diamante—. Ballant, has dicho que pierden el tiempo, ¿no? Bueno, eso sí que es curioso. Las personas como ellos no pierden el tiempo. No. Están esperando. Algo o a alguien. Y esas reuniones con ese Temblor, es lo más parecido a una negociación, el tipo de negociación que Brullyg no puede rehuir.

—Eso no suena demasiado bien, capitana —murmuró Skorgen—. De hecho, a mí me pone nervioso. A quién le importan las avalanchas de hielo… Brullyg no echó a correr cuando la vio bajar…

Shurq Elalle dio un golpe en la mesa.

—¡Eso es! Gracias, Guapo. Fue algo que dijo una de esas mujeres. Brevedad o Sucinta, una de ellas. Hicieron retroceder el hielo, claro que sí, pero no gracias al puñado de magos que trabajan para los temblor. No, fueron esos extranjeros los que salvaron esta puñetera isla. Y por eso Brullyg no puede darles con la puerta en las narices. No es una negociación porque son ellos los únicos que hablan. —Shurq se había ido echando hacia atrás poco a poco—. No me extraña que Temblor no quiera verme, que el Errante nos lleve, me sorprendería que estuviera vivo siquiera…

—No, está vivo —dijo Ballant—. Por lo menos hay gente que lo ha visto. Además, le gusta la cerveza de Fent y me pide un barril cada tres días sin falta, y eso no ha cambiado. Pero si solo ayer… —La capitana se volvió a inclinar hacia delante.

—Ballant, la próxima vez que te digan que lleves uno, deja que seamos aquí el Guapo y yo los que lo llevemos.

—Bueno, no podría negarte nada, capitana —dijo Ballant, y sintió que se ponía colorado.

Pero la mujer se limitó a sonreír.

Al tabernero le gustaban esas conversaciones intrascendentes. No muy diferentes de las que solía tener con su mujer. Y… sí, ahí estaba, esa repentina sensación de que un abismo enorme y abierto lo estaba esperando. Lo invadió la nostalgia y se le llenaron los ojos de agua.

¿Atormentado, maridito? Un solo golpe de este puño y se derrumba cualquier tormento, eso lo sabes, marido, ¿verdad?

Oh, sí, mi amor.

Qué raro, a veces podría jurar que su mujer no se había ido. Muerta o no, todavía tenía dientes.

Un moho de color gris azulado llenaba pozos en el hielo podrido, como si fuera el pelo de la nieve que se desprendía con la estación cuando el calor brillante del sol devoraba el glaciar. Pero el invierno, cuando llegara, haría poco más que ralentizar la desintegración inexorable. Ese río de hielo se estaba muriendo, una era que retrocedía.

Seren Pedac no era demasiado consciente de la era que estaba por llegar, puesto que tenía la sensación de que se estaba ahogando en su nacimiento, que la arrastraba el barro y los desechos de los escombros largo tiempo congelados. De forma periódica, a medida que su discorde y siempre enfadado grupo iba subiendo por las montañas Rosazul, oían el derrumbe atronador de lejanos acantilados de hielo que cedían bajo el asedio del sol; y por todas partes el agua atravesaba en torrentes la roca desnuda, iba tosiendo por canales y fisuras, pasaba como un rayo a su lado en su descenso hacia la oscuridad (el viaje al mar

recién comenzado), cruzaba rauda cuevas subterráneas, gargantas en sombras y bosques empapados.

El moho estaba soltando esporas y eso había desencadenado la reacción de los sentidos de Seren: tenía la nariz taponada, la garganta seca e irritada y la atormentaban ataques de estornudos que habían resultado ser lo bastante divertidos como para arrancarle una sonrisa de comprensión incluso a Temor Sengar. Esa simple insinuación de comprensión se ganó el perdón de la corifeo; el placer que los otros derivaban de su incomodidad no merecía más que pagarles con la misma moneda cuando surgiera la oportunidad, y ella estaba segura de que surgiría.

El sentido del humor de Silchas Ruina, por supuesto, brillaba por su ausencia, al menos que ella viera. Y si lo tenía, su sequedad superaba a la del desierto. Además, caminaba por delante con ventaja suficiente como para ahorrarse los ataques de estornudos; él marchaba con el tiste andii, Clip, a solo unas zancadas por detrás, como un gorrión acosando a un halcón. De vez en cuando algún fragmento del monólogo de Clip flotaba hasta donde Seren y sus compañeros se esforzaban por seguirlos, y si bien estaba claro que estaba intentando hacer picar al hermano de su dios, era igual de evidente que la espada mortal del señor de las Alas Negras no había, como había comentado Udinaas, acertado con el cebo.

Cuatro días ya de esa búsqueda por el norte destrozado, trepando por el espinazo de las montañas. Rodeando enormes masas de hielo roto que se deslizaban, casi de forma perceptible, ladera abajo entre terribles gemidos y jadeos. *Los leviatanes están heridos de muerte*, había comentado Udinaas una vez, *y no se irán en silencio*.

El hielo fundido exudaba un hedor que iba más allá del mordisco acre de las esporas del moho. Detritos putrefactos: vegetación y barro congelado durante siglos; los cadáveres

marchitos de animales, algunos de ellos bestias extintas largo tiempo atrás, que dejaban a su paso pellejos retorcidos de pelo quebradizo que cada susurro del viento lanzaba por los aires, huesos fracturados y cavidades abombadas llenas de gases que al final estallaban, siseando con un aliento fétido. No era de extrañar que el cuerpo de Seren Pedac se rebelase.

Resultó que las montañas migratorias de hielo eran motivo suficiente para el casi pánico de los habitantes tiste andii del monasterio subterráneo. La profunda garganta que marcaba la entrada del lugar santo se bifurcaba como un árbol hacia el norte, y por cada rama se iba arrastrando nieve compacta y enormes bloques de hielo, con torrentes de hielo fundido proporcionando la grasa suficiente para acelerar su migración al sur. Y había magia fétida en ese hielo, restos de un antiguo ritual todavía lo bastante poderoso como para derrotar a los Magos de Ónice.

Seren Pedac sospechaba que había algo más en ese viaje, y en la presencia de Clip, de lo que habían querido hacerles creer a ella y a sus compañeros. *Nos dirigimos al corazón de ese ritual, al núcleo que queda. Porque allí nos aguarda un secreto*.

¿Clip pretende hacer pedazos el ritual? ¿Qué ocurrirá si lo hace?

¿Y si hacerlo supone nuestra ruina? ¿El fin de nuestras posibilidades de encontrar el alma de Scabandari Ojodesangre, de liberarla?

Estaba empezando a temer el fin de ese viaje.

Correrá la sangre.

Envuelto en las pieles que les habían proporcionado los andii, Udinaas caminaba a su lado.

—Corifeo, he estado pensando.

—¿Es eso inteligente?

—Pues claro que no, pero no es como si pudiera evitarlo. Lo mismo te pasa a ti, estoy seguro.

Seren hizo una mueca antes de contestar.

—Ya no hay razón para mi presencia. Clip es el que lidera ahora. Y yo… yo no sé por qué sigo caminando en vuestra sórdida compañía.

—¿Así que te estás planteando dejarnos?

La corifeo se encogió de hombros.

—No lo hagas —dijo Temor Sengar detrás de ellos.

Sorprendida, ella se volvió a medias.

—¿Por qué?

El guerrero pareció incómodo con lo que acababa de decir y dudó.

¿Qué misterio es éste?

Udinaas se echó a reír.

—Su hermano te ofreció una espada, corifeo. Temor entiende… que no fue solo conveniencia. Ni que tú la cogieras, apostaría…

—Eso no lo sabes —dijo Seren, intranquila de repente—. Trull habló… me aseguró que no era nada más…

—¿Esperas que todo el mundo hable sin rodeos? —preguntó el antiguo esclavo—. ¿Esperas que alguien hable sin rodeos? ¿En qué clase de mundo habitas, corifeo? —Se echó a reír—. No es el mismo que el mío, eso seguro. Por cada palabra que decimos, ¿acaso no hay un millar que no se dicen? ¿Acaso no decimos con frecuencia una cosa y queremos decir la contraria? Mujer, míranos, mírate a ti misma. Nuestras almas bien podrían estar atrapadas dentro de un torreón encantado. Es verdad, lo construimos nosotros, cada uno de nosotros, con nuestras propias manos, pero hemos olvidado la mitad de las habitaciones, nos perdemos por los pasillos. Tropezamos con cuartos donde reina un calor abrasador y retrocedemos tambaleándonos, no vaya a ser que nuestras emociones nos asen vivos. Otros

lugares son fríos como el hielo, tan fríos como esta tierra helada que nos rodea. Y otros permanecen por siempre oscuros, ningún farol funciona, todas las velas mueren como si les faltara el aire y tanteamos por la habitación, chocamos con muebles y muros que no vemos. Nos asomamos a las ventanas altas, pero desconfiamos de todo cuanto contemplamos. Nos armamos contra fantasmas irreales, pero las sombras y los susurros nos hacen sangrar.

—Menos mal que hay mil palabras por cada una de esas que han quedado sin decir —murmuró Temor Sengar—, no vaya a ser que nos encontremos en el crepúsculo de toda existencia antes de que hayas terminado.

Udinaas respondió sin volverse.

—Arranqué el velo del motivo que tenías, Temor, para pedirle a la corifeo que se quedase. ¿Lo niegas? Para ti es la prometida de tu hermano. Y que se dé la casualidad de que él está muerto no significa nada, porque, al contrario que tu hermano menor, tú eres un hombre de honor.

Un gruñido de sorpresa de Udinaas cuando Temor estiró el brazo y agarró al antiguo esclavo, las manos cerrándose alrededor de los pliegues de pelo de la túnica. Una oleada de ira mandó a Udinaas despatarrado por el pedregal embarrado.

Cuando el tiste edur giró en redondo para abalanzarse sobre el letherii, que se había quedado sin aliento, Seren Pedac se interpuso en su camino.

—Para. Por favor, Temor. Sí, sé que se lo merecía. Pero… para.

Udinaas se las había arreglado para incorporarse y Tetera se había agachado a su lado e intentaba limpiarle las manchas de barro de la cara. El esclavo tosió y después habló.

—Es la última vez que te hago un cumplido, Temor.

Seren se volvió hacia el antiguo esclavo.

—Fue un cumplido bastante cruel, Udinaas. Y estoy de acuerdo, no vuelvas a decir algo así. Jamás. No si valoras tu vida…

Udinaas escupió arena y sangre.

—Ah, mira por donde nos hemos tropezado con una sala oscura. Y, Seren Pedac, ahí no eres bienvenida. —Se incorporó—. Estás advertida. —Alzó la mirada y posó una mano en el hombro de Tetera. Sus ojos, brillantes de repente, ávidos, examinaron a Seren y Temor y subieron por la pista hasta donde Silchas Ruina y Clip se encontraban uno junto al otro, contemplando a los que permanecían ladera abajo—. Aquí tenéis una reveladora pregunta, de las que pocos se atreven a pronunciar, por cierto. ¿A cuál de todos nosotros no le ronda el deseo de morir? Quizá deberíamos debatir el suicidio mutuo…

Nadie habló durante media docena de latidos.

—¡Yo no quiero morir! —comentó Tetera entonces.

Seren vio que la sonrisa amarga del antiguo esclavo se deshacía, se derrumbaba de repente en un dolor innegable, antes de darse la vuelta.

—Trull era ciego a su propia verdad —le dijo Temor a la corifeo en voz baja—. Yo estaba allí, corifeo. Sé lo que vi.

La mujer se negó a mirarlo a los ojos. *Fue pura conveniencia. ¿Cómo podía un guerrero así proclamar su amor por mí? ¿Cómo podía creer siquiera que me conocía lo suficiente para eso?*

¿Y por qué puedo ver su rostro con tanta claridad en mi mente como si se encontrara ante mí? Es verdad que algo me ronda. Oh, Udinaas, tenías razón. Temor es un hombre de honor, tanto que nos rompe el corazón a todos.

Pero, Temor, no sirve de nada honrar a alguien que está muerto.

—Trull está muerto —dijo Seren, y se sorprendió de su propia brutalidad cuando vio a Temor estremecerse de forma

visible—. Está muerto. —*Y yo también. No tiene ningún sentido honrar a los muertos. He visto demasiado para creer lo contrario. Llora el potencial perdido, el fin de las posibilidades, la desaparición eternamente silenciosa de la promesa. Llora eso, Temor Sengar, y entenderás al fin que el dolor no es más que un espejo que uno se lleva a la cara*.

Y cada lágrima brota de las decisiones que nosotros mismos no tomamos.

Cuando yo lloro, Temor, ni siquiera puedo ver cómo surge mi propio aliento, ¿qué te dice eso?

Echaron a andar otra vez. En silencio.

Cien pasos por encima del grupo, Clip hacía girar su cadena y sus anillos.

—¿De qué iba todo eso? —preguntó.

—Has vivido demasiado tiempo en tu bonita cueva —dijo el tiste andii de piel blanca.

—Oh, yo salgo muchas veces. Me voy de juerga por Rosazul… los dioses sabrán cuántos bastardos habrá cocido mi semilla. Pero si…

—Un día, espada mortal —lo interrumpió Silchas Ruina—, descubrirás qué corta más que cualquier arma de hierro.

—Sabias palabras del que todavía huele a túmulos y telarañas podridas.

—Si los muertos pudieran hablar, Clip, ¿qué te dirían?

—Poco, imagino, aparte de quejarse de esto y aquello.

—Quizá, entonces, es todo lo que te mereces.

—Ah, así que me falta honor, ¿eh?

—No sé muy bien lo que te falta —respondió Silchas Ruina—, pero estoy seguro de que lo comprenderé antes de que hayamos acabado.

Anillos y cadena dieron un golpe seco.

—Aquí vienen. ¿Continuamos subiendo?

Había tanto que Toc el Joven (Anaster, Primogénito de la Semilla Muerta, el Tres Veces Cegado, Elegido por los Dioses Lobo, el Desafortunado) no deseaba recordar. Su otro cuerpo, para empezar; el cuerpo en el que había nacido, el primer hogar de su alma. Explosiones contra Engendro de Luna sobre la ciudad condenada de Pale, fuego y un calor abrasador, llameante… *Ah, no te pongas ahí*. Y después esa puñetera marioneta, Mechones, que lo había entregado al olvido, y luego su alma había encontrado un jinete, otra fuerza, un lobo, tuerto y abrumado por el dolor.

Cómo había ansiado su muerte el vidente painita. Toc recordaba la jaula, esa prisión espiritual, y el tormento a medida que rompían su cuerpo, lo sanaban y después lo volvían a romper, un proceso sin aparente fin. Pero esos recuerdos, el dolor y la angustia, persistían como poco más que nociones abstractas. Sin embargo, mutilado y retorcido como había estado ese cuerpo, *al menos era mío*.

Quítate años, surca de repente sangre nueva, siente esos miembros extraños tan vulnerables al frío. Despertar en la carne de otro, comenzar contra los recuerdos de otros músculos, luchar con los que han desaparecido de repente. Toc se preguntó si alguna otra alma mortal se había tambaleado alguna vez por ese sendero torturado. La piedra y el fuego lo habían marcado, como le había dicho una vez Tool. Perder un ojo concede el don de la visión preternatural. ¿Y qué tal dejar un cuerpo usado por otro más joven y más sano? *Pues claro que era un regalo, así lo deseaban los lobos, ¿o era Zorraplateada?*

Pero espera, echa un vistazo mejor a ese Anaster, que perdió un ojo, le dieron uno nuevo y lo volvió a perder, cuya mente (antes de que la rompieran y desecharan) estaba retorcida de terror, acosada por el amor terrible de una

madre; que había vivido la vida de un tirano entre caníbales; oh, sí, mira con atención estos miembros, los músculos de debajo, y recuerda: este cuerpo ha crecido comiendo carne humana. Y esta boca, tan impaciente con sus palabras, ha saboreado los jugos suculentos de los suyos, ¿te acuerdas de eso?

No, no se acordaba.

Pero el cuerpo sí. Conoce el hambre y el deseo en el campo de batalla, caminar entre los muertos y morir, ver la carne desgarrada, los huesos que sobresalen, oler el hedor a sangre derramada. Oh, cómo se hace la boca agua.

Bueno, todo el mundo tenía sus secretos. Y pocos son dignos de compartirse. *A menos que disfrutes perdiendo amigos*.

Cabalgaba aparte de la fila, ocupándose de forma ostensible de escoltar un flanco, como había hecho siendo soldado, mucho tiempo atrás. El ejército lezna de Mascararroja, unos catorce mil guerreros, y en la recua de apoyo la mitad de eso (herreros, sanadores, esposas, ancianos, mujeres viejas, los cojos y recién nacidos, y, por supuesto, unos veinte mil rodaras). Junto con carretas, travesaños y casi tres mil perros pastores y los cazalobos, esos perros más grandes que los leznas llamaban «de tiro». Si algo podía desencadenar un miedo frío en Toc eran esas bestias. Demasiadas, con mucho, y pocas veces recibían alimento; se desplazaban en manadas que derribaban a toda criatura que se encontraran en las llanuras en leguas a la redonda.

Pero no olvidemos a los k'chain che'malle. Vivitos y coleando. Tool (o quizá había sido *lady* Envidia) le había dicho que llevaban extintos miles de años, decenas, centenas de miles, incluso. Su civilización era polvo. *Y heridas en el cielo que nunca se curan; ése sí que es un detalle que merece la pena recordar, Toc*.

Las enormes criaturas formaban la escolta de Mascararroja en la cabeza de la vanguardia; no había riesgo de asesinato, eso era seguro. El macho, Sag'Churok, era un cazador k'ell, criado para matar, la guardia de élite de una matrona. *¿Entonces dónde está la matrona? ¿Dónde está su reina?*

Quizá fuera la joven hembra que acompañaba al k'ell, Gunth Mach. Toc le había preguntado a Mascararroja cómo había llegado a saber sus nombres, pero el caudillo no le había respondido. Cabrón reservado. *Un líder debe tener sus secretos, quizá más que cualquier otro. Pero los secretos de Mascararroja me están volviendo loco. ¡Que son k'chain che'malle, por el amor del Embozado!*

Tras su expulsión, el joven guerrero se había internado en los yermos orientales. Eso decían los relatos, aunque tras esa primera frase el relato en realidad no iba a ninguna parte, ya que apenas se sabía nada más de las aventuras de Mascararroja durante esas décadas. *Y sin embargo, en algún momento, este hombre se puso una máscara de escamas rojas. Y se buscó unos k'chain che'malle de carne y hueso. Unos k'chain che'malle que no lo hicieron picadillo. Que de algún modo le comunicaron sus nombres. Y después le juraron lealtad. ¿Qué es, entonces, en esta historia lo que en realidad no me gusta?*

Pues más o menos todo.

Los yermos orientales. La descripción típica de un lugar que a los dadores de nombres les pareció inhóspita o inconquistable. *No podemos reclamarla, así que no vale nada, una tierra yerma, un yermo. ¡Ja, y pensabais que nos faltaba imaginación!*

Frecuentada por fantasmas, o demonios, la tierra reventada, donde cada brizna de hierba se aferra a la vecina en abyecto terror. La luz del sol es más oscura, su calidez más fría. Las sombras están manchadas. El agua es salobre y

es muy posible que venenosa. Los bebés de dos cabezas son comunes. Toda tribu necesitaba un lugar así. Para que los caudillos heroicos se internen en alguna búsqueda peligrosa repleta de oscuras motivaciones que podía moldearse con facilidad para convertirla en fábulas con moraleja. *Y, por desgracia, esta fábula concreta está lejos de haber terminado. El héroe tiene que volver, tiene que liberar a su pueblo. O aniquilarlo*.

Toc tenía sus recuerdos, un campo de batalla entero y, como último hombre que había quedado en pie, no se hacía muchas ilusiones de grandeza, ya fuera como testigo o como actor. *Así que este único ojo no puede evitar mirar de soslayo. ¿Es de extrañar que me haya dado por la poesía?*

Habían hecho pedazos a las Espadas Grises. Los habían masacrado. Sí, habían entregado sus vidas con sangre suficiente como para pagar el «peaje de los mastines», como acostumbraban a decir los gadrobi. ¿Pero qué habían significado sus muertes? *Nada. Un desperdicio*. Pero allí cabalgaba él, en compañía de los que los habían traicionado.

¿Ofrece Mascararroja la redención? Es cierto que promete la derrota de los letherii, pero los letherii no eran enemigos nuestros, no hasta que aceptamos el contrato. Entonces, ¿qué se redime? ¿La extinción de las Espadas Grises? Oh, tengo que hacer mil y una acrobacias para unir esas dos cosas, ¿y cómo me va hasta el momento?

Mal. Ni un solo susurro de rectitud, ningún cuervo grazna en mi hombro cuando marchamos a la guerra.

Oh, Tool, no me vendría mal tu amistad ahora mismo. Una cuantas lacónicas palabras sobre la futilidad para animarme.

Habían matado a veinte myrid, los habían destripado y desollado, pero no los habían colgado para drenar la sangre. Las cavidades donde habían tenido los órganos las habían

rellenado con tubérculos de la zona que habían rehogado sobre piedras calientes. Después envolvieron los cadáveres en pieles y los cargaron en una carreta que se mantenía aparte de todas las demás de la comitiva. *Planes de Mascararroja para la batalla inminente. No más peculiares que todos los demás. Ese hombre se ha pasado años pensando en esta guerra inevitable. Cosa que me pone nervioso*.

Eh, Tool, se diría que después de todo lo que he pasado y sufrido ya no me quedarían nervios. Pero yo no soy Whiskeyjack. Ni Kalam. No, para mí cada vez es peor.

Marchamos a la guerra. Otra vez. Parece que el mundo quiere que sea soldado.

Bueno, pues que le den por el culo al mundo.

—Un hombre atormentado —dijo el anciano con un rezongo entrecortado, levantó una mano y se rascó la salvaje cicatriz roja que le estropeaba el cuello—. No debería estar con nosotros. Misterioso en la oscuridad, ése. Sueña con correr con lobos.

Mascararroja se encogió de hombros y se preguntó una vez más qué quería aquel viejo de él. Un anciano que no temía a los k’chain che’malle, que era tan osado que incluso metía su antiguo caballo entre Mascararroja y Sag’Churok.

—Deberías haberlo matado.

—No te he pedido consejo, anciano —dijo Mascararroja—. Se le debe un respiro. Debemos redimir a nuestro pueblo ante sus ojos.

—No tiene sentido —soltó de repente el viejo—. Mátalo y no tenemos que redimirnos ante nadie. Mátalo y somos libres.

—No se puede huir del pasado.

—¿Ah no? Esa creencia debe de saberle muy amarga a alguien como tú, Mascararroja. Mejor te deshaces de ella.

Éste se giró poco a poco hacia el hombre.

—De mí, anciano, no sabes nada.

Una sonrisa retorcida.

—Por desgracia, sí que lo sé. No me reconoces, Mascararroja. Deberías.

—Eres renfayar, mi tribu. Llevas la misma sangre que Masarch.

—Sí, pero soy más que eso. Soy viejo. ¿Entiendes? Soy el más anciano de nuestro pueblo, el último que queda… que estaba allí, que recuerda. Todo. —La sonrisa se ensanchó y reveló unos dientes podridos, una lengua puntiaguda roja, casi violeta—. Conozco tu secreto, Mascararroja. Sé lo que ella significaba para ti, y sé por qué. —Los ojos resplandecieron, negros y ribeteados de rojo—. Será mejor que me temas, Mascararroja. Será mejor que escuches mis palabras, mi consejo. Cabalgaré junto a ti, ¿de acuerdo? Desde este momento hasta que llegue el día de la batalla. Y yo hablaré con la voz de los leznas, mi voz será la voz de sus almas. Y has de saber algo, Mascararroja: no toleraré que los traicionen. Ni tú, ni ese desconocido tuerto y sus lobos sedientos de sangre.

Mascararroja estudió al anciano un momento más y después clavó de nuevo la mirada en el camino.

Una carcajada suave, áspera, a su lado.

—No te atreves a decir nada. No te atreves a hacer nada. Soy una daga que se cierne sobre tu corazón. No me temas, no hace falta, a menos que pretendas algún mal. Te deseo gran gloria en esta guerra. Deseo el fin de los letherii, para siempre. Quizá tal gloria llegue por tu mano, juntos tú y yo, luchemos por eso, ¿eh?

Un largo momento de silencio.

—Habla, Mascararroja —rezongó el anciano—. No vaya a sospechar que me desafías.

—El fin de los letherii, sí —dijo al fin Mascararroja con voz ronca—. Victoria para los leznas.

—Bien —gruñó el viejo—. Bien.

El mundo mágico había terminado de forma abrupta, un fin tan repentino como el golpe seco de la tapa de un baúl al cerrarse, un sonido que siempre la había conmocionado, siempre la había dejado paralizada. Allá, en la ciudad, ese lugar de malos olores y ruido, había habido un mayordomo, un tirano, que daba caza a los niños esclavos que, en sus propias palabras, lo habían decepcionado. Pasar una noche en los confines mohosos de la caja de bronce les enseñaría una cosa o dos, ¿verdad?

Stayandi había sufrido una de esas noches, encerrada en una oscuridad estrecha, dos meses o así antes de que los esclavos se unieran a los colonos en las llanuras. El tintineo sólido de la tapa le había parecido de verdad el fin del mundo. Sus chillidos habían llenado el aire sofocante del baúl hasta que algo se le rompió en la garganta, hasta que cada grito no fue más que un siseo de aire.

Desde ese día se había quedado muda, pero al final le habían hecho un favor, puesto que la habían elegido para que entrara al servicio de la señora como aprendiz de doncella. Después de todo, ningún secreto traspasaría sus labios. Y todavía estaría allí, si no hubiera sido por el caserío.

Un mundo mágico. Tanto espacio, tanto aire. La libertad de los cielos azules, el viento interminable y la oscuridad iluminada por un sinfín de estrellas; jamás había imaginado que existía un mundo así, y a su alcance.

Y entonces, una noche, todo terminó. Una pesadilla fiera convertida en realidad entre gritos y matanzas.

Abasard…

Había huido en medio de la oscuridad, aturdida por la certeza de su muerte, la de su hermano, que se había arrojado en el camino del demonio, su hermano, que había muerto en su lugar. Los pies desnudos, ligeros como plumas, se la llevaron; el siseo de las hierbas pronto fue el único sonido que llegó a sus oídos. El resplandor de las estrellas, la llanura bañada con una luz plateada, el viento enfriando el sudor de su piel.

En su mente, sus pies la llevaron a través de todo un continente. Lejos del reino de las personas, de esclavos y amos, de rebaños, soldados y demonios. Se había quedado sola, testigo de una sucesión de amaneceres, atardeceres manchados, sola en una llanura que se extendían sin interrupción por todos lados. Vio criaturas salvajes, sobre todo a lo lejos. Liebres veloces, antílopes que observaban desde los riscos, halcones dibujando círculos en el cielo. Por la noche oía el aullido de los lobos y los coyotes y, una vez, el bramido gutural de un oso.

No comía, y las punzadas de hambre no tardaron en pasar, de modo que flotaba y todo lo que sus ojos presenciaban brillaba con una claridad luminosa. El agua la lamía de hierbas cargadas de rocío, de los hoyos dejados por las huellas de ciervos y alces en las cuencas, y una vez encontró un manantial casi oculto por densos matorrales en los que aleteaban cientos de pájaros diminutos. Habían sido sus trinos lo que le había llamado la atención.

Una eternidad de carreras más tarde se había caído. Y no había encontrado fuerzas para levantarse otra vez, para reanudar el maravilloso viaje por esa tierra resplandeciente.

Llegó con sigilo la noche y, no mucho después, apareció el pueblo de cuatro patas. Vestían pieles que olían a viento y polvo y se reunieron muy cerca, se echaron y compartieron la calidez de sus mantos gruesos y blandos. Había pequeños

entre ellos, bebés diminutos que se arrastraban como sus padres, retorciéndose y acurrucándose contra ella.

Y cuando los pequeños se alimentaron de leche, también se alimentó Stayandi.

El pueblo de cuatro patas era tan mudo como ella, hasta que comenzaron sus lúgubres llantos, cuando la noche estaba en su momento más oscuro; llantos que ella sabía que eran para invocar al sol.

Se quedaron con ella, guardianes con sus dones de calor y alimento. Después de la leche, hubo carne. Cadáveres aplastados, mutilados (ratones, musarañas, una serpiente sin cabeza), ella comió todo lo que le daban, huesecillos que le crujían en la boca, pelo húmedo y piel correosa.

Eso también le pareció intemporal, algo para siempre. Los adultos iban y venían. Los pequeños crecieron y se hicieron más fornidos, y ella empezó a gatear con ellos cuando llegó el momento de vagar.

Cuando apareció el oso y se abalanzó sobre ellos, ella no tuvo miedo. El animal quería a los pequeños, eso era obvio, pero los adultos lo atacaron y lo expulsaron. Su pueblo era fuerte, audaz. Eran ellos los que dominaban ese mundo.

Hasta que una mañana despertó y se encontró sola. Se obligó a incorporarse sobre las patas traseras, un gimoteo indefenso le brotaba de la garganta con sacudidas de dolor, y examinó la tierra en todas direcciones…

Y vio al gigante. Desnudo de cintura hacia arriba, el tono profundo de la piel curtida por el sol casi oculto por completo bajo una pintura blanca, pintura que le transformaba en hueso el pecho, los hombros y la cara. Los ojos, cuando se acercó más, eran pozos negros en la máscara endurecida del cráneo. Llevaba armas: una lanza larga, una espada con una hoja ancha y curva. El pelo del pueblo de cuatro patas le envolvía las caderas, y los pequeños pero letales cuchillos que colgaban en un collar

alrededor del cuello del guerrero también pertenecían a su pueblo.

Asustada, enfadada, le enseñó los dientes al desconocido y se encogió en el pliegue de un pequeño montecillo; no había sitio al que huir, sabía que él podría cogerla sin esfuerzo. Sabía que otro más de sus mundos se había hecho pedazos. El miedo se había convertido en su caja de bronce, y estaba atrapada, era incapaz de moverse.

La estudió un rato, ladeó la cabeza cuando ella chasqueó de repente la boca y gruñó. Después, poco a poco, se agachó hasta que sus ojos quedaron al mismo nivel que los de ella.

Y ella se quedó callada.

Recordando… cosas.

No eran ojos amables, pero eran, lo sabía, como los suyos. Al igual que su rostro lampiño bajo esa pintura letal.

Ella había huido, recordó entonces, hasta que pareció que su mente esquiva había dejado atrás su cuerpo de carne y hueso y había salido disparada hacia algo desconocido e incognoscible.

Y ese rostro salvaje que tenía enfrente estaba recuperando poco a poco su mente. Y comprendió entonces quiénes eran el pueblo de cuatro patas, lo que eran. Recordó lo que era erguirse, correr sobre dos piernas en lugar de a cuatro patas. Recordó un campamento, la excavación de pozos para las bodegas, la primera de las casas de muros de terrones. Recordó a su familia, a su hermano, y la noche que llegaron los demonios para llevarse todo eso.

Tras un momento de silenciosa contemplación mutua, él se irguió, reunió una vez más las armas y el equipo y echó a andar.

Ella dudó y al cabo se levantó.

Y, a distancia, lo siguió.

Él caminaba hacia el sol naciente.

Toc se rascó el agujero abierto y lleno de cicatrices donde había tenido un ojo y observó a los niños que corrían de un lado a otro, las primeras hogueras comenzaban a encenderse. Los ancianos pasaban cojeando con ollas de hierro y alimentos envueltos; era un pueblo enjuto y fuerte, curtido por los elementos, pero los días de marcha habían amortiguado el fuego de sus ojos, y más de uno y de dos reñían a los más pequeños que pasaban demasiado cerca.

Vio a Mascararroja, seguido por Masarch, Natarkas y otro que lucía la pintura facial roja, aparecer cerca de la zona reservada para la yurta del caudillo. Al ver a Toc, Mascararroja se acercó.

—Dime, Toc Anaster, tú flanqueaste nuestra marcha por el norte en este día, ¿viste rastros?

—¿De qué clase?

Mascararroja se volvió al compañero de Natarkas.

—Torrente cabalgó al sur. Distinguió unas huellas que seguían el rastro de un antílope, una docena de hombres a pie…

—O más —dijo el llamado Torrente—. Eran hábiles.

—No eran letherii, entonces —supuso Toc.

—Calzados con mocasines —respondió Mascararroja, su tono traicionaba una pequeña irritación por la interrupción de Torrente—. Altos, pesados.

—No observé nada parecido —dijo Toc—. Aunque admito que estaba examinando sobre todo el horizonte.

—Instalaremos en este punto nuestro campamento —dijo Mascararroja tras un momento—. Nos encontraremos con los letherii a tres leguas de aquí, en un valle conocido como Bast Fulmar. Toc Anaster, ¿quieres quedarte con los ancianos y los niños o acompañarnos?

—Ya he visto suficientes campos de batalla, Mascararroja. Dije que me había convertido en soldado de nuevo, pero hasta la comitiva de un ejército necesita guardias, y eso es todo de lo que me veo capaz ahora. —Se encogió de hombros—. Quizá de ahora en adelante.

Los ojos de la máscara de escamas se posaron en Toc durante media docena de latidos, después, poco a poco, se giró.

—Torrente, tú también te quedarás aquí.

El guerrero se puso rígido por la sorpresa.

—Caudillo…

—Comenzarás a adiestrar a esos niños que pronto se someterán a su noche de la muerte. Arcos, cuchillos.

Torrente se inclinó con gesto rígido.

—Como ordenes.

Mascararroja los dejó, seguido por Natarkas y Masarch.

Torrente miró a Toc.

—Mi valor sigue incólume —dijo.

—Todavía eres joven —respondió el otro.

—Tú supervisarás a los niños más pequeños, Toc Anaster. Eso y nada más. Los mantendrás a ellos y a ti mismo fuera de mi camino.

Toc ya estaba harto de aquel hombre.

—Torrente, tú cabalgabas junto a tu antiguo caudillo cuando los leznas nos abandonasteis a merced del ejército letherii. Ten cuidado con tus alardes de valor. Y cuando me acerqué a ti y te rogué por las vidas de mis soldados, tú te diste la vuelta con los demás. Creo que Mascararroja te acaba de tomar la medida, Torrente, y si vuelves a amenazarme, te daré razones para maldecirme… con lo que será tu último aliento.

El guerrero enseñó los dientes en una sonrisa que carecía de humor.

—Todo lo que veo en ese único ojo, Toc Anaster, me dice que ya estás maldito. —Giró en redondo y se alejó.

Bueno, el muy cabrón tiene razón en algo. Así que quizá no se me dé tan bien este toma y daca como me imaginaba. Para estos leznas, es una forma de vida, después de todo. Claro que, a los ejércitos malazanos no se les da nada mal tampoco. No me extraña que nunca llegara a encajar de verdad.

Media docena de chiquillos pasaron a su lado corriendo, seguidos por un pequeñuelo manchado de barro que hacía lo posible por no perderlos. Al ver que la pandilla se desvanecía tras una tienda sin dejar de parlotear, el pequeñuelo se detuvo y dejó escapar un gemido.

Toc lanzó un gruñido. *Sí, tú y yo, los dos*.

Emitió un ruido grosero y el pequeñuelo lo miró con los ojos muy abiertos. Después se echó a reír.

La cuenca del ojo le volvía a picar muchísimo y Toc se rascó por un instante, al cabo se acercó y lanzó otro ruido grosero. *Ah, mira eso, qué inocente placer. Bueno, Toc, disfruta de lo que puedas cuando puedas*.

Mascararroja se encontraba al borde mismo del extenso campamento, estudiando el horizonte del sur.

—Hay alguien ahí fuera —dijo en voz baja.

—Eso parece —dijo Natarkas—. Desconocidos que recorren nuestra tierra como si fuera suya. Caudillo, has ofendido a Torrente…

—Torrente debe aprender lo que significa el respeto. Y eso hará, como maestro de armas de una veintena de adolescentes inquietos. La próxima vez que se una a nosotros, será un hombre más sabio. ¿Desafías mi decisión, Natarkas?

—¿Desafiar? No, caudillo. Pero a veces las sondearé, si veo que necesito entenderlas mejor.

Mascararroja asintió y se dirigió al guerrero que se encontraba a poca distancia.

—Presta atención a esas palabras, Masarch.

—Eso haré —respondió el joven guerrero.

—Mañana —dijo su jefe— llevo a mis guerreros a la guerra. Bast Fulmar.

Natarkas siseó.

—Un valle maldito —dijo al fin.

—Honraremos la sangre derramada allí hace trescientos años, Natarkas. El pasado morirá allí, y a partir de entonces miraremos solo a un nuevo futuro. Nuevo en todos los sentidos.

—Esta otra forma de luchar, caudillo… No veo mucho honor en ella.

—Es cierto. No lo hay. Pero es lo que necesitamos.

—¿Es que la necesidad ha de ser claudicación?

Mascararroja miró al guerrero cuyo rostro estaba pintado a semejanza de su máscara.

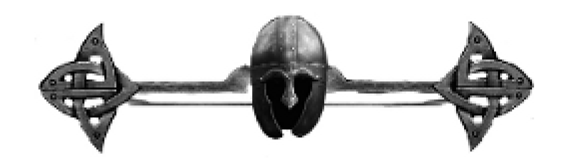
—Cuando las costumbres que se rinden no albergan más que la promesa del fracaso, entonces sí. Ha de hacerse. Tienen que desecharse.

—A los ancianos les costará aceptarlo, caudillo.

—Lo sé. Tú y yo ya hemos jugado esta partida antes. Ésta no es su guerra. Es la mía. Y pretendo ganarla.

Se quedaron en silencio mientras el viento, una endecha que cruzaba las hierbas muertas, gemía como un fantasma por la tierra.

11



Mar sin agua
extiende huesos blancos,
desmoronados y decolorados
como pergamino,
donde caminé.

Pero este garabato
que araña mi paso
no tiene historia,
carece de atavío
que vista mi destino.

El cielo ha perdido sus nubes
ante algún viento deshilachado
que nunca encalla
estos bajíos revelados
en caminos sin pisar.

El viento levanta olas
no vistas en la concha,
una taza de promesa insatisfecha,
la maloliente mentira de la sal
que me muerde la lengua.

Moré junto a un mar una vez,
grabando historias
por la interminable playa
en rollos ondulados

de restos y algas.

Rumores del mar
—Pescador Kel Tath

Había llovido por la tarde, y menos mal, porque no servía de mucho quemar el bosque entero y, además, tampoco es que él fuera muy popular, en el mejor de los casos. Se habían burlado de sus raras costumbres y también habían dicho que apestaba, tanto que nadie se ponía al alcance de sus enormes manos nudosas. Claro que si alguno de sus vecinos se hubiera acercado, lo mismo les habría arrancado los miembros para responder a años de desprecios y abusos.

El viejo Joroba Arbat ya no tiraba de su carreta de granja en granja, de choza en choza, para recoger los excrementos con los que enterraba los ídolos de los dioses tarthenos que habían dominado un claro casi olvidado en el fondo del bosque. Ya no hacía falta, después de todo. Esas malditas viejas pesadillas estaban muertas.

A sus vecinos no les había hecho gracia la jubilación repentina de Arbat desde que el hedor de sus desechos había empezado a contaminar sus hogares. Gandules perezosos que eran, no les daba por profundizar sus sentinas, ¿acaso no las vaciaba el viejo Joroba de forma regular? Pues mira, ya no.

Solo eso ya podría habría sido razón suficiente para largarse. Y a Arbat nada le hubiera gustado más que desvanecerse en la oscuridad del bosque y que no lo volvieran a ver. Alejarse caminando, sí, hasta llegar a una aldea o pueblo donde nadie lo conociera, donde nadie supiera siquiera de él. Lavado por la lluvia de todo olor, un simple anciano tartheno mestizo, inofensivo, bondadoso, que podía, por una moneda o dos, arreglar cosas rotas, incluyendo carne y huesos.

Echar a andar, entonces. Dejar atrás los viejos territorios tarthenos, lejos de las estatuas enmarañadas de malas hierbas de los claros repletos de matorrales. Y quizá, incluso, alejarse de la sangre antigua de su herencia. No todos los sanadores eran chamanes, ¿verdad? No le harían preguntas incómodas, siempre que los tratara bien, y eso podía hacerlo, estaba chupado.

Los viejos cabrones como él se merecían un descanso. Una vida entera de servicio. Ofrendas, las máscaras del sueño, los rostros lascivos de piedra, los rituales solitarios, se había acabado ya. Podía dar su último paseo hacia lo desconocido. Una aldea, un pueblo, un peñasco calentado por el sol junto a un arroyo cantarín, donde podía acomodarse, descansar su cuerpo torturado, y no moverse hasta que se quitara la última máscara…

En su lugar, había despertado en la oscuridad, en los momentos previos al falso amanecer, temblando como si lo afligiera la fiebre, y ante sus ojos se habían cernido los fragmentos que se iban desprendiendo poco a poco de una inesperada máscara del sueño. Una que él no había visto jamás, pero que era un semblante de poder aterrador. Una máscara repleta de grietas, una máscara que estaba a escasos momentos de hacerse pedazos con una explosión…

Echado en su catre, el armazón de madera crujiendo bajo él mientras temblaba de los pies a la cabeza, esperó la revelación.

El sol estaba en lo más alto cuando por fin salió de su choza. Unos bancos de nubes trepaban por el cielo hacia el oeste (una tormenta casi agotada que llegaba del mar) y él se puso a hacer los preparativos sin hacer caso de la lluvia cuando llegó.

Y cuando el atardecer empezó a caer a toda prisa, Arbat recogió un fardo de mimbres y prendió fuego a un extremo con las llamas del hogar. Incendió su choza, después el

cobertizo y por último el viejo granero donde guardaba su vieja carretilla de dos ruedas. Luego, satisfecho con las llamas de cada edificio, se echó al hombro el saco que contenía las posesiones y provisiones que iba a necesitar y partió por el sendero que bajaba al camino.

Un gruñido de sorpresa al poco tiempo, en el camino, cuando se tropezó con una veintena de aldeanos que se apresuraban hacia él en bloque. A la cabeza, el comisionado, que lanzó un grito de alivio al ver a Arbat.

—¡Gracias al Errante que estás vivo, Joroba!

Arbat frunció el ceño y estudió el rostro caballuno del hombre durante un momento, después examinó las manchas pálidas de los otros rostros que rondaban tras el comisionado.

—¿Qué es todo esto? —preguntó.

—Una tropa de edur se aloja en la posada esta noche, Joroba. Cuando les llegó noticia de los fuegos, insistieron en que viniéramos a ayudar, por si la madera estalla, ya sabes…

—La madera, claro. ¿Y dónde están ahora los entrometidos?

—Se quedaron allí, por supuesto. Pero se me ordenó… —El comisionado se detuvo y se acercó más para mirar a Arbat desde abajo—. ¿Fue Vrager, entonces? Al muy idiota le gusta el fuego y no es que sea muy amigo tuyo.

—¿Vrager? Podría ser. Ha cogido la costumbre de colarse por allí por la noche y mearme en la puerta. No acepta que me haya retirado. Dice que tengo la obligación de llevarme su mierda.

—¡Y es que la tienes! —rezongó alguien entre la turba que permanecía detrás del comisionado—. ¿Por qué si no te dejamos vivir aquí?

—Bueno, ahora el problema está solucionado, ¿no? —dijo Arbat con una gran sonrisa—. Vrager me lo quemó todo y

me echó, así que me voy. —Dudó un momento y después preguntó—: ¿Qué les importaba a los edur? Taba lloviendo, pa qué preocuparse por unas llamas que casi ni se van a mover. ¿No les dijisteis que mi casa está en un claro despejado de entre ochenta y cien pasos por todos lados? Y están los viejos estanques de vaciado, mejor que un foso.

El comisionado se encogió de hombros antes de contestarle.

—Preguntaron por ti, y luego decidieron que quizá alguien te tenía ojeriza y te había prendido fuego, y eso va contra la ley y a los edur no les gusta cuando pasa eso…

—Y te dijeron que hicieras tu trabajo, ¿no? —se rió Arbat—. ¡Ésa sí que sería la primera vez!

—Vrager, dijiste… ¿es una acusación formal, Arbat? Si es así, tienes que dictar y luego poner tu marca y quedarte por aquí para la reunión, y si Vrager contrata un defensor…

—Vrager tiene un primo en Letheras que es uno de ésos —dijo alguien.

El comisionado asintió.

—Todo esto podría llevar una puñetera eternidad, Arbat, y nosotros tampoco tenemos obligación de poner un techo sobre tu cabeza…

—Así que mejor que no líe las cosas, ¿eh? Puedes decirle a los edur que no hice ninguna queja formal, así que ya está. Y a estas alturas, con las chozas ya quemadas, el frío que se os cuela por los huesos y sin señal de que el fuego haya saltado a ningún sitio… —Arbat le dio una palmada al comisionado en el hombro (un gesto que casi tiró al hombre de rodillas) y pasó junto a él—. Dejad paso, los demás, igual todavía soy contagioso, con todos los males que habéis estado tirando en mi carretilla.

El comentario funcionó al momento y de repente Arbat tuvo el camino despejado. Y siguió caminando.

Meterían en algún lío a Vrager, no podían hacer caso omiso de lo que decían los edur, después de todo, pero no sería para tanto. Al muy idiota no le iba a pasar nada por mear en una puerta, ¿no? Además, los edur seguirían su camino hacia donde fuera que se dirigieran y él los dejaría…

¿Y ahora qué? Caballos en el camino, jinetes que se acercaban a medio galope. Rezongando por lo bajo, el viejo Joroba Arbat se retiró a un lado del camino y esperó a que pasaran.

Otra puñetera tropa. Letherii esa vez.

La amazona que iba en cabeza, una oficial, frenó su montura al ver a Arbat, y la tropa que llevaba detrás hizo lo mismo cuando dio la orden. Se acercó más, con el caballo al trote, y lo llamó.

—Usted, señor, ¿hay un pueblo más adelante?

—Lo hay —respondió Arbat—, aunque quizá les cueste encontrar sitio en la posada.

—¿Y eso por qué? —preguntó ella al pasar enfrente con el caballo.

—Unos edur que se alojan allí.

Al oír eso la oficial detuvo el caballo y le hizo un gesto al resto para que parase. Se giró en la silla y lo miró por debajo del borde del yelmo de hierro.

—¿Tiste edur?

—Esos mismos.

—¿Qué están haciendo allí?

Antes de que él pudiera responder, habló uno de los soldados.

—Atri-preda, hay algo ardiendo más adelante; se ve el fulgor y también se huele.

—Eso sería mi propiedad —respondió Arbat—. Un accidente. No se va a extender, estoy más que seguro. No tiene nada que ver —añadió— con esos edur. Solo están de paso.

La atri-preda maldijo por lo bajo.

—Tartheno, ¿no?

—Sobre todo.

—¿Se le ocurre algún sitio en el que podamos acampar para pasar la noche? Cerca, pero apartados del camino.

Arbat la miró con los ojos entrecerrados.

—Fuera del camino, ¿eh? ¿Lo bastante lejos como para que no los molesten, quiere decir?

La mujer asintió.

Arbat se frotó el vello erizado que le cubría la mandíbula prognata.

—Cuarenta pasos o así más arriba hay una pista, a la derecha del camino. Atraviesa un matorral y después un viejo huerto, y más allá hay un caserío abandonado; el granero todavía tiene tejado, aunque dudo que esté a prueba de los elementos. También hay un pozo que debería ser utilizable todavía.

—¿Tan cerca y nadie lo ha ocupado ni saqueado?

Arbat sonrió.

—Oh, no tardarán en ponerse a ello. Estaba a favor del viento y muy cerca de mi casa, ya sabe.

—No, no lo sé.

La sonrisa de Arbat se ensanchó todavía más.

—El color local como que palidece cuando se les explica a los forasteros. Da igual, en realidad. Lo único que van a oler esta noche es humo, y eso espantará a los bichos.

La observó mientras ella se planteaba insistir más; pero cuando el caballo agitó la cabeza, la oficial tiró de las riendas una vez más.

—Gracias, tartheno. Que tenga un viaje seguro.

—Y usted, atri-preda.

Siguieron adelante y Arbat esperó en el arcén a que pasara la tropa.

Un viaje seguro. Sí, bastante seguro, supongo. Nada en el camino que no pueda manejar.

No, es mi destino lo que me tiene temblando las rodillas como dos calaveras en un saco.

Echado boca abajo, se acercó milímetro a milímetro a la trampilla y se asomó. Una casa de fieras en la habitación inferior, pero reconfortante en su extraña domesticidad. Bueno, él conocía artistas que pagarían por una escena parecida. Diez gallinas rondando por allí que, de vez en cuando, se apartaban con un graznido del camino del pie girado con torpeza de Ublala Pung, el hombretón que se estaba paseando de un lado a otro. La erudita Janath, sentada con la espalda apoyada en un muro, estiraba plumón de pollo, o como se llamara, entre las palmas de las manos antes de meterlo en un saco de arpillera cuya función sería servir de almohada en algún momento… lo que demostraba sin lugar a dudas que los académicos no sabían nada sobre nada que mereciera la pena saber algo. Por no mencionar que eso le hacía temer un tanto que la sanación que había hecho Bicho de la mente de la mujer no había estado del todo a la altura. Y al fin, el propio Bicho, agachado junto al fuego, usando una pata de gallina con sus garras y todo para revolver la olla humeante de sopa de gallina, un detalle que Tehol tenía que admitir que tenía un cierto trasfondo macabro. Como lo tenía el monótono tarareo que emitía su fornido criado.

Cierto, la familia disfrutaba de la bendición de tener comida de sobra, lo que marcaba la continuación de su racha de buena suerte. Un enorme capabara junto al canal un par de semanas antes y después las gallinas retiradas a las que iban retirando una por una, inexorable como el gruñido de un estómago. O dos, o tres. O cuatro, suponiendo

que Ublala Pung no tuviera más que un estómago, cosa que no era, en absoluto, segura. Selush quizá lo supiera, había amortajado cuerpos suficientes por dentro y por fuera. Los tarthenos tenían más órganos en esos corpachones que la gente normal, después de todo. Por desgracia, ese rasgo no se extendía al cerebro.

Pero otra preocupación inefable, sin forma, afligía a Ublala Pung. Podría haberse enamorado perdidamente otra vez, o quizá lo perdía el miedo por amor. El mestizo vivía en un mundo de preocupaciones, cosa que, dadas las circunstancias, era más bien sorprendente. Claro que, la innegable virtud que tenía entre las piernas atraía una buena cantidad de adoradoras e iluminaba los ojos femeninos con el destello de la posesión, la avaricia, la competición maliciosa... en pocas palabras, todos esos rasgos más comunes entre el sacerdocio. Pero era una adoración por todas las razones equivocadas, como dejaba patente la inquietud manifiesta del pobre Ublala. Su ínfimo cerebro quería que lo amaran por sí mismo.

Lo que lo convertía, por desgracia, en un idiota absoluto.

—Ublala —dijo Bicho desde su puesto junto a la olla de sopa—, hazme el favor de echar un vistazo arriba, si eres tan amable, y confirma que esos ojitos que nos estudian pertenecen a mi amo. Si es así, por favor ten la gentileza de invitarlo a bajar para la cena.

Alto como era, la cara de Ublala, al alzarse para mirar con los ojos guiñados a Tehol, quedó a su alcance. Tehol sonrió y le dio unos golpecitos en la cabeza.

—Amigo mío, si eres tan gentil de apartarte de lo que sirve como escala de mano aquí (y dados los mediocres esfuerzos de mi criado por repararla, estoy usando la descripción con conocimiento de causa) para que pueda descender de un modo acorde con mi linaje...

—¿Qué?

—¡Quítate del medio, zoquete!

Ublala agachó la cabeza y se apartó un poco.

—¿Por qué es tan desdichado? —rezongó después y señaló con una sacudida del pulgar a Tehol—. El mundo está a punto de acabarse, pero ¿le importa eso? No. Nada. No le importa. El fin del mundo. ¿A que no?

Tehol se dio la vuelta para poner los pies en el peldaño superior de la escala.

—Locuaz Ublala Pung, ¿cómo podríamos seguir el curso de tus pensamientos? Yo me rindo, desesperado. —Se contoneó por el borde y empezó a tantear con los pies.

—Dada la vista que nos está proporcionando ahora mismo, amo —dijo Bicho—, desesperación es el término adecuado, sin duda. Será mejor que no mire, Janath.

—Demasiado tarde —respondió ella—, para mi horror.

—¡Vivo en compañía de mirones! —Tehol consiguió al fin encontrar el peldaño con un pie y empezó a bajar.

—Yo pensé que eran gallinas —dijo Ublala.

Un chillido penetrante de un ave que terminó en un crujido mutilado.

—Oh.

Una maldición de Bicho.

—¡Maldito seas, Pung! ¡Ésa te la comes tú! ¡Entera! ¡Y también la puedes cocinar tú!

—¡Se puso en medio! Si construyeras alguna habitación más, Bicho, no habría pasado.

—Y si tú te dieras tus paseos en el callejón de fuera, o mejor aún, si dejaras de preocuparte por todo, o de traer esas preocupaciones aquí, o de aparecer siempre a la hora de comer, o…

—Vamos, vamos —interpuso Tehol, que acababa de bajarse del último peldaño y se estaba colocando bien la manta—. Los nervios están de punta, el espacio es escaso, y el escaso cerebro de Ublala nos está poniendo los nervios de

punta sin dejar lugar a espacio, así que sería mejor si todos…

—¡Amo, acaba de aplastar a una gallina!

—Un mirón —insistió Ublala.

—… nos lleváramos bien —terminó Tehol.

—Es hora, creo yo —dijo Janath—, de cierto alivio, Tehol. Creo recordar que tenías cierto talento para eso, sobre todo para eludir los muchos intentos de expulsarte.

—Sí —dijo Ublala—, ¿dónde hacemos eso?

—¿Hacer qué? —preguntó Janath.

—Tengo que ir.

—En el almacén —dijo Tehol mientras empujaba a Ublala hacia la puerta, sin mucho éxito, todo hay que decirlo—. Ublala, expulsa lo que tengas que expulsar detrás del almacén, cerca del canalón de desagüe. Usa el arbusto de consuelda que sobresale del montón de basura y después lávate las manos en la artesa inclinada.

Con expresión de haberse quitado un peso de encima, el hombretón se agachó y salió al callejón.

Tehol se dio la vuelta y miró a Bicho.

—De acuerdo, un momento de silencio, entonces, por la gallina retirada.

Bicho se frotó la frente, se echó hacia atrás y suspiró.

—Perdón. No estoy acostumbrado a estas… multitudes.

—Lo que me asombra —dijo Tehol, que estaba estudiando a las gallinas supervivientes— es su espeluznante indiferencia. Se limitan a rodear a su hermana aplastada…

—Espere un momento y empezarán a descuartizarla —dijo Bicho, que se acercó arrastrando los pies a recoger el cadáver—. Entre una cosa y la otra, yo prefiero la indiferencia. —Levantó la forma inerte y miró con el cuello fruncido el pescuezo flotante—. Silencio en la muerte, como con todas las cosas. Casi todas las cosas, quiero decir… —De

repente sacudió la cabeza y tiró la criatura muerta al suelo, delante de Janath—. Más plumas para usted, erudita.

—Una tarea de lo más apropiada —murmuró Tehol—, desprender el bello plumaje para revelar la pesadilla de granos que hay debajo.

—Más o menos como mirar sin querer debajo de tu túnica, Tehol Beddict.

—Eres una mujer cruel.

La mujer cruel hizo una pausa, levantó la cabeza y miró a Tehol.

—Suponiendo que fueran solo granos.

—Muy cruel, lo que me lleva a sospechar que, en realidad, te gusto.

Janath le lanzó a Bicho una mirada.

—¿Qué clase de sanación practicó conmigo, Bicho? Mi mundo parece… más pequeño. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Aquí dentro. Mis pensamientos recorren cualquier distancia, cualquier tipo de distancia, y después se desvanecen en un… una nada blanca. Un bendito olvido. Así que, sí, recuerdo lo que ocurrió, pero no me invade ni un susurro de emoción siquiera.

—Janath, la mayor parte de esas protecciones son obra suya, no mía. Las cosas se… expandirán. Pero llevará tiempo. En cualquier caso, tampoco es de extrañar que esté desarrollando cierto afecto por Tehol, puesto que lo ve como su protector…

—¡Espere un momento, viejo! ¿Afecto? ¿Por Tehol? ¿Por un antiguo estudiante? Eso es, de todos los modos imaginables, asqueroso.

—Pues yo creía que era un suceso común —dijo Tehol—. Bueno, algunas de las historias que he oído…

—Común para esos necios que confunden el amor con veneración, todo para alimentar sus miserables egos,

añadiría yo. Por lo general hombres, además. Hombres casados. Es patético…

—Janath, tú… No, da igual. —Tehol se frotó las manos y miró a Bicho—. Caramba, esa sopa huele de maravilla.

Ublala Pung regresó y se abrió paso como pudo por la puerta.

—Esa consuelda sabe a rayos —dijo.

Los tres se lo quedaron mirando un rato.

Después habló Bicho.

—¿Ves esas mitades de calabaza, Ublala? Tráelas y te sirvo tu sopa de mirón.

—Podría comerme uno entero yo solo, qué hambre tengo.

Tehol señaló.

—Hay uno ahí mismo, Ublala.

El hombretón se detuvo y miró el cadáver mustio. Después puso las calabazas en manos de Tehol.

—Vale —dijo.

—¿Me dejas unas plumas? —dijo Janath.

—Vale.

—Ublala —dijo Tehol—, ¿te importa si los demás comemos… eh, arriba, en el tejado?

—Adelante.

—Después de cenar —continuó Tehol mientras el mestizo se sentaba en el suelo con las piernas cruzadas, estiraba la mano para coger el cadáver y le arrancaba una pata—. Después, quiero decir, Ublala, podemos hablar de lo que te preocupa, ¿de acuerdo?

—No tiene sentido hablar —dijo Ublala con la boca llena de plumas, pellejo y carne—. Tengo que llevarte con él.

—¿Con quién?

—Un campeón. El toblakai.

Tehol miró a los ojos a Bicho y vio en ellos auténtica alarma.

—Tenemos que meternos en el complejo —continuó Ublala.

—Ah, ya.

—Y luego asegurarnos de que no nos mata.

—¡Creí que habías dicho que no tenía sentido hablar!

—Y lo dije. No lo tiene.

Janath recogió su calabaza de sopa.

—¿Así que tenemos que trepar con una sola mano por esa escala? ¿Y supongo que querréis que vaya yo la primera? ¿Pensáis que soy idiota?

Tehol la miró con el ceño fruncido y después se le iluminó la expresión.

—Puedes elegir, Janath. Nos sigues a Bicho y a mí, a riesgo de arruinar tu apetito, o nosotros te seguimos a ti y te elevamos a los cielos con nuestros suspiros de admiración.

—¿Y qué tal ninguna de las dos cosas? —Y con eso la mujer salió al callejón.

Unos crujidos horribles salían de donde estaba sentado Ublala. Tras un momento, tanto Tehol como Bicho siguieron la estela de Janath.

Ormly, en otro tiempo campeón de los Cazarratas, estaba sentado enfrente de Rucket.

Tras un gesto de saludo, la mujer regresó a su comida.

—Te ofrecería alguna de estas orejas de cerdo fritas, pero, como ves, no quedan muchas y es de mis comidas favoritas.

—Lo haces a propósito, ¿verdad?

—Los hombres siempre imaginan que las mujeres hermosas no piensan más que en el sexo, o, más bien, que están obsesionadas con el potencial del mismo, en cualquier y todo momento. Pero te aseguro que la comida supone una sensualidad que pocas veces logran los magreos torpes

sobre un colchón repleto de pulgas con corrientes errantes que te provocan escalofríos con cada cambio de postura.

El rostro consumido de Ormly se crispó con un ceño.

—¿Cambio de postura? ¿Qué significa eso?

—Algo me dice que no hay una legión de mujeres atormentadas lamentando la pérdida de un tal Ormly.

—Qué iba a saber yo de eso. Escucha, estoy nervioso.

—¿Cómo te crees que me siento yo? ¿Te apetece un poco de vino? Oh, esperaba que lo rechazaras. ¿Sabes?, escondernos en esta cripta de enterramiento está forzando mucho las añadas selectas. Tú lo tienes muy fácil, ocultándote en las sombras cada noche, pero como nueva comandante de nuestra organización de insurgencia, yo tengo que esconderme aquí abajo, recibiendo y despachando todo el día, haciendo un sinfín de papeleo…

—¿Qué papeleo?

—Pues el papeleo que hago para convencer a los paniaguados de lo ocupada que estoy, para que no vengan corriendo a preguntarme algo a cada puñetero momento.

—Sí, ¿pero qué estás escribiendo, Rucket?

—Tomo nota de trozos de conversaciones que oigo, la acústica aquí abajo es impresionante, aunque un poco caprichosa. Se puede lograr auténtica poesía a veces, con un uso juicioso de la yuxtaposición.

—Si es aleatorio, entonces no es poesía —dijo Ormly, todavía con el ceño fruncido.

—Es obvio que no estás al día de los movimientos modernos.

—Solo de uno, Rucket, y eso es lo que me pone nervioso. Es Tehol Beddict, sabes.

—Una yuxtaposición extraordinaria la de ese hombre —respondió la mujer mientras estiraba la mano para coger otra oreja de cerdo—. Idiotez y genialidad. En particular su

genialidad para crear momentos idiotas. Bueno, la última vez que hicimos el amor…

—¡Rucket, por favor! ¿No ves lo que está pasando ahí fuera? Oh, perdona, supongo que no. Pues entonces, escúchame. ¡Le va demasiado bien! ¡Va demasiado rápido! Los patriotas andan muy revueltos y puedes estar segura de que la Consigna Libertad los está respaldando con todos los recursos que tiene a su disposición. En los Mercados de Abajo están empezando a hacer trueques porque no hay dinero.

—Bueno, ése era el plan…

—¡Pero no estamos listos!

—Ormly, la Casa de las Escamas se derrumbó, ¿no?

El otro la observó con expresión suspicaz, después gruñó y apartó la mirada.

—De acuerdo, así que sabíamos lo que iba a pasar. Estábamos preparados, sí. Cierto. Aunque no estamos más cerca de saber lo que pasará cuando pase lo que sea, suponiendo que lleguemos a saber que está pasando cuando pase. En cualquier caso, tú solo estás intentando confundirme porque has perdido toda objetividad en lo que a Tehol respecta.

—Oh, venga, ¿me tomas por tonta?

—Sí. El amor, la lujuria, lo que sea, ha afectado tu capacidad de pensar con claridad cuando se trata de ese chiflado.

—Eres tú el que no piensa con claridad. El misterio no es Tehol. Tehol es fácil, no, no de ésos, oh, muy bien, también de ésos. En fin, como he dicho. Es fácil. El verdadero misterio que tenemos ante nosotros, Ormly, es ese puñetero criado.

—¿Bicho?

—Bicho.

—Pero si solo es el testaferro…

—¿Estás seguro de que no es al revés? ¿Qué hace con esa suma de dinero que ha amasado? ¿Lo ha enterrado todo en el patio de atrás? Ni siquiera tienen un patio de atrás. Ormly, estamos hablando de toneladas de monedas. —Agitó una mano en el aire—. Podrían llenar esta cripta veinte veces. Bueno, claro, hay otras criptas bajo la ciudad, pero las conocemos todas. He enviado mensajeros a cada una de ellas, pero están vacías, el polvo del suelo no se ha movido en años. Hemos enviado ratas a cada fisura, cada rendija, cada grieta. Nada. —Chasqueó los dedos—. Ha desaparecido. Como si se hubiera evaporado. Y no solo en esta ciudad.

—Así que puede que Tehol haya encontrado un escondite en el que no hemos mirado todavía. Algo inteligente e idiota a la vez, como has dicho.

—Se me ocurrió, Ormly. Pero confía en mí cuando te digo que ha desaparecido.

El ceño masculino se despejó de repente y el hombre estiró el brazo para volver a llenarse la copa de vino.

—Ya lo tengo. Lo han tirado al río. Simple. Sencillo.

—Salvo que Tehol insiste en que se puede recuperar, que podemos inundar el mercado si los financieros de la Consigna sufren un ataque de pánico y empiezan a acuñar más de la cuota habitual. E incluso esa cuota está provocando inflación, ya que no se están reciclando las monedas antiguas. No regresa ninguna para volverla a fundir. He oído que está sufriendo hasta el tesoro imperial. Tehol dice que puede ponerlo todo otra vez en las calles en un solo momento.

—Quizá mienta.

—Quizá no.

—Quizá me tome esa última oreja de cerdo.

—Olvídalo.

—Bien. Tenemos otro problema. Está creciendo la tensión entre los edur y los patriotas, y con el canciller y su ejército de matones y espías. Ya ha corrido la sangre.

—No es de extrañar —respondió Rucket—. Tenía que pasar. Y no creas que la tensión financiera no tiene nada que ver con ello.

—Si es así, es solo de forma indirecta —dijo Ormly—. No, este choque fue, creo, personal.

—¿Podemos utilizarlo?

—Ah, por fin podemos debatir algo y llegar, de hecho, a alguna parte.

—Solo estás celoso de Tehol Beddict.

—Y qué si lo estoy. Olvídalo. Hagamos planes.

Con un suspiro, Rucket le hizo un gesto a uno de sus criados.

—Tráenos otra botella, Unn.

Ormly arqueó una ceja y cuando el hombretón se fue arrastrando los pies a una cámara lateral, se inclinó hacia delante.

—¿Unn, el que…?

—¿Mató a Gerun Eberict? Pues sí, ese mismo. Con sus propias manos, Ormly. Sus propias manos. —Rucket sonrió—. Y esas manos, bueno, digamos que asesinar no es lo único que se les da bien.

—¡Lo sabía! ¡Es en lo único que piensas!

Rucket se acomodó en su sillón. *Que se sientan más listos. La única forma segura de mantener la paz*.

Bajo la ciudad de Letheras había un inmenso núcleo de hielo. Un puño de Omtose Phellack que sujetaba en su presa implacable un espíritu antiguo. Atraído y después atrapado por la sorprendente alianza del ceda Kuru Qan, una hechicera jaghut y un dios ancestral. Al Errante le costaba

agradecer esa unión, por ventajosa que fuese la consecuencia. Un espíritu encerrado, hasta el momento en el que ese viejo ritual se debilitase, o, más probable, quedara hecho pedazos por una malicia intencionada. Así que, si bien temporal (¿y qué no lo era en realidad?), había evitado la muerte y la destrucción a una escala colosal. Todo eso estaba muy bien.

Kuru Qan tratando con una hechicera jaghut, sorprendente pero no inquietante. No, era la implicación de Mael lo que reconcomía sin cesar los pensamientos del Errante.

Un dios ancestral. Pero no K'rul, ni Draconus, ni Kilmandaros. No, se trata de un dios ancestral que no se implica jamás. La maldición de Mael es la bendición de todos los demás. ¿Entonces qué ha cambiado? ¿Qué ha apretado las tuercas al viejo cabrón lo suficiente como para que forje alianzas, para que desate su poder en las calles de la ciudad, para que salga en una isla remota y deje sin sentido de una paliza a un dios roto?

¿Su amistad con un patético mortal?

¿Y ahora, mi querido Mael, qué tienes planeado hacer con todos esos devotos? ¿Los que abusan de ese modo de tu indiferencia? Son legión y tienen las manos manchadas de sangre en tu nombre. ¿Eso te complace? De ellos, después de todo, adquieres poder. Suficiente para ahogar este reino entero.

Una guerra entre los dioses, pero ¿la línea de batalla estaba trazada con tanta sencillez como parecía? El Errante ya no se mostraba tan seguro.

Permanecía sobre roca sólida, al alcance del enorme nudo de hielo. Podía olerla, esa hechicería antigua y gélida que pertenecía a otra era. El espíritu encarcelado en su interior, inmovilizado en el momento de atravesar un lago fétido, era una tormenta hirviente de rabia impotente, desdibujada e

indistinta en el centro. Uno de los propios parientes de Mael, sospechaba el Errante, como un trozo arrancado solo para sufrir un hechizo del dios Tullido. Sin ver en absoluto (de momento) las terribles fisuras extendidas como telarañas enloquecidas por el hielo, fisuras que en ese mismo instante se iban extendiendo hacia el interior.

Hecho pedazos sin duda. ¿A propósito? No, esta vez no, pero al imaginar un lugar de permanencia eligieron mal. Y no, no podían haberlo sabido. Éste... empujoncito... no es mío. Solo... una pavorosa circunstancia.

¿Lo sabe Mael? Que el Abismo me lleve, necesito hablar con él, ¡ah, la idea me espanta! ¿Cuánto tiempo más puedo retrasarlo? ¿Qué podrida mercadería podría comprar mi silencio? ¿Con qué magra recompensa se pagaría mi advertencia?

Quizá otra palabra con ese dios de la guerra, Fener. Pero no, seguramente esa pobre criatura sabía incluso menos que él. Acobardado, casi desbancado... *Desbancado, bueno, ésa sí que es una noción interesante. Dioses en guerra... sí, es posible*.

El Errante se retiró, atravesó roca como un fantasma. Un deseo repentino, la impaciencia, lo empujaba. Necesitaría la mano de un mortal para lo que planeaba. La sangre de un mortal.

Salió en un suelo de adoquines irregulares y llenos de moho. ¿Qué distancia había recorrido? ¿Cuánto tiempo había pasado? Oscuridad y el sonido apagado de un goteo de agua. Olisqueó el aire y captó el aroma de la vida. Con un matiz acre por hurgar en magia vieja. Y supo dónde estaba. Así que, no muy lejos. No faltaba mucho. *Nunca te escondas en el mismo sitio, niña*. Con la boca seca (algo parecido a la anticipación) bajó corriendo el pasillo torcido.

Yo no puedo hacer nada, débil como soy. Desviar un poco el curso de los hados... fui en otro tiempo mucho más.

Señor de las Losas. Todo ese poder en esas imágenes grabadas, las casi-palabras de un tiempo en el que no existían palabras escritas. Se habrían muerto de hambre sin mi bendición. Se habrían marchitado. ¿Es que eso no significa nada? ¿Es que ya no puedo regatear?

Podía sentirlo, en su interior, cobrando vida con una llamarada, una brasa en otro tiempo sin vida de… de… *¿de qué? Ah, sí, lo veo con claridad. Lo veo.*

Ambición.

El Errante llegó a la cámara secreta y pudo discernir un goteo de calor en la entrada.

Agachada sobre un brasero, se giró en redondo cuando él entró en la habitación. El aire embriagador, húmedo, impregnado de especias, lo emborrachó un poco. Vio que los ojos femeninos se abrían mucho.

—Turudal Brizad…

El Errante se adelantó con un tambaleo.

—Eres tú, ya veo. Un trato…

Vio la mano femenina que se extendía con cuidado y flotaba sobre los carbones del brasero.

—Todos quieren hacer un trato. Conmigo…

—Las Fortalezas, bruja. Chocan, torpes como viejas. Contra las jóvenes, las sendas. Solo un idiota lo llamaría una danza de iguales. El poder fue robusto, una vez. Ahora es… —sonrió y dio otro paso más—, grácil. ¿Lo entiendes?, ¿lo que te ofrezco, bruja?

Ella estaba frunciendo el ceño para ocultar su miedo.

—No. Hiedes como un pozo de desechos, consorte… no eres bienvenido aquí…

—Las losas tienen muchas ganas de jugar, ¿verdad? Pero caen con estrépito en patrones rotos, siempre rotos. No hay flujo. Están anticuadas, bruja. Anticuadas.

Un gesto de la mano que flotaba y los ojos de Bruja de la Pluma se posaron con un parpadeo más allá del Errante.

Una voz tenue tras él.

—*No hagas esto*.

El Errante se volvió.

—Kuru Qan. ¿Te invocó ella? —Se echó a reír—. Podría desterrarte con el parpadeo de un ojo, fantasma.

—*Ella no debía saberlo. Escucha mi advertencia, Errante; te empujan a la desesperación. Y a la ilusión de gloria, ¿no entiendes lo que tanto te ha afligido? Te colocaste demasiado cerca del hielo. Te asaltó la tormenta de deseo del demonio atrapado. Su ambición. Su lujuria*.

Una punzada de duda lo azuzó y el Errante sacudió la cabeza.

—Soy el maestro de las Losas, ancestral. Ningún patético espíritu de un manantial podría infectarme así. Mis pensamientos son claros. Mi propósito… —Se volvió de nuevo y desechó al fantasma que tenía detrás. Y se tambaleó un poco, tuvo que dar un paso para recuperar el equilibrio.

El fantasma del ceda habló entonces.

—*Errante, ¿pretendes desafiar a las sendas? ¿No te das cuenta que, al igual que las losas en otro tiempo tuvieron un maestro, también lo tienen las sendas?*

—No seas idiota —dijo el Errante—. No hay losas que describan esas sendas…

—*Losas no. Cartas. Una baraja. Y sí, hay un maestro. ¿Quieres ahora enfrentarte a él? ¿Para lograr qué?*

El Errante no respondió, aunque su respuesta susurraba en su cráneo. *La usurpación. Como un niño ante uno como yo. Quizá incluso lo compadezca mientras le arranco todo poder, cada gota de sangre, su propia vida*.

Ya no me retiraré más de este mundo…

Kuru Qan continuó.

—*Si enfrentas a las Fortalezas contra las sendas para que luchen, Errante, harás pedazos alianzas*…

El Errante lanzó un bufido.

—Ya están hechas pedazos, ceda. Lo que comenzó como otra marcha más contra el dios Tullido para castigarlo con crueldad (como si el Caído cometiera un delito en virtud de su sola existencia), bueno, ya no lo es. Los ancestrales han despertado, despertado a su propio ser, al recuerdo de lo que fueron una vez, lo que podrían ser de nuevo. Además —dijo mientras daba otro paso hacia la temblorosa bruja letherii—, el enemigo está dividido, confuso…

—*Todos desconocidos para ti. Para nosotros. ¿Tan seguro estás de que lo que percibes es cierto y no solo lo que tu enemigo quiere que creas?*

—Ahora el que juegas eres tú, Kuru Qan. Tu eterno defecto.

—*Ésta no es nuestra guerra, Errante*.

—Pero es que lo es. Mi guerra. La guerra de Rhulad. La del dios Tullido. Después de todo, no son los dioses ancestrales los que ansían destruir al Caído.

—*Lo harían si lo entendieran siquiera, Errante. Pero están cegados por el cebo de la resurrección, tan ciegos como tú, aquí, ahora. Todos salvo uno, y ése es el creador de las sendas. El propio K'rul. ¡Errante, escúchame! Si pones a las Fortalezas contra las sendas, le declaras la guerra a K'rul*…

—No. Solo a sus hijos. Hijos que lo matarán si pueden. No lo quieren. Se fue, pero ahora recorre los reinos otra vez, y arrastra consigo las losas, las Fortalezas, los antiguos lugares que conocía tan bien, ¡ahí está la verdadera guerra, ceda!

—*Cierto, y la absurda nostalgia de K'rul está resultando ser un veneno virulento, aunque él todavía tiene que comprenderlo. Estoy muerto, Errante, los caminos por los que he vagado*…

—No me interesan.

—*No hagas esto. ¡Es la partida del dios Tullido!*

El Errante extendió el brazo con una sonrisa, el movimiento desdibujado. Cogió a la bruja letherii por la garganta y la levantó del suelo.

En la otra mano apareció un cuchillo.

Sangre. El regalo de un mortal al ancestral…

La mujer sostenía algo en una mano. Agitando los brazos, luchando contra aquella presa que le robaba la vida, los ojos saltándose en las órbitas, el rostro oscurecido, comenzó a repartir golpes con esa mano.

Y clavó un dedo amputado en el ojo izquierdo del Errante.

Éste bramó, conmocionado, un rejón incandescente entró como una lanza en su cerebro.

Su cuchillo mordió el cuerpo de la mujer. La arrojó al suelo y después dio una sacudida y empezó a golpearse la cara, donde chorreaba sangre, donde algo colgaba al final de un hilo contra la mejilla. *La tengo, no importa lo que me haya hecho, la tengo, esa criatura vil, su sangre, mi sangre… que el Abismo me lleve, ¡qué dolor!*

Y entonces la mujer volvió. Unas manos como garras le arañaban la cara, cogían algo, lo arrancaban… *¡el dolor!* Y el gruñido cruel, muy cerca.

—Estoy de recolecta.

La mujer se retorció al mismo tiempo que él volvía a asestar otra cuchillada y le cortaba la carne, el filo vibró contra huesos.

La bruja le había sacado un ojo. Ya no estaba. Aplastado en una mano ensangrentada.

Pero la sangre femenina resplandecía en el cuchillo del dios. Suficiente. Más que suficiente.

El Errante, una mano estirada, el único ojo luchando por encontrarle sentido a una perspectiva destrozada, rota, se tambaleó hacia la puerta.

Todo lo que necesito.

Dejando tras de sí un rastro de sangre, Bruja de la Pluma se arrastró hasta la pared contraria, donde se acurrucó. En una mano manchada, el ojo de un dios; en la otra, el dedo amputado de Brys Beddict; le parecía hinchado, como si hubiera absorbido la sangre del Errante. Cálido, no, caliente.

—De recolecta —susurró.

Se acercó el fantasma del ceda.

—*Te estás muriendo, niña. Necesitas un sanador*.

—Entonces búscame uno —escupió ella.

Los carbones del brasero palpitaban, pero lo único que sentía ella era frío, en lo más hondo de su cuerpo, extendiéndose para robarle la vida de los miembros.

—Date prisa —dijo en un murmullo.

Pero no respondió nadie.

El Errante bajó dando traspiés por el puente. A ambos lados, las losas de la Cedance giraban en un alboroto confuso. Lanzó una carcajada aguda, sostenía el cuchillo resbaladizo ante él como si fuera una antorcha, podía sentir el calor que le abrasaba la piel, secaba la sangre y otros fluidos que se filtraban de su cuenca izquierda.

Alguien había pasado por allí. No hacía mucho tiempo.

Hannan Mosag. Ahondando en los misterios del poder antiguo.

Pero era tiste edur. Desconocía esas fuerzas.

No, son mías. Siempre fueron mías. Y ahora vengo.

A reclamarlas.

Y te desafío, señor de la Baraja, quien seas, lo que seas. Enfréntate a mí aquí, si tienes valor. ¡Te desafío!

El Errante llegó al estrado del centro, levantó el cuchillo y lo arrojó sobre las losas.

La punta se hundió en piedra pintada.

Se quedó mirando al suelo. Un ojo. Que se abrió más todavía.

El cuchillo había perforado el centro de una losa y se había clavado allí. Las otras empezaron a girar a su alrededor como si las atrajera un vórtice.

El centro de una losa.

La suya. La hoja enterrada en el pecho de la imagen. *Mi pecho. ¿Qué significa eso? No importa. ¿Qué otra losa podría elegir?*

El mundo tembló, podía sentirlo en lo más hondo, extendiéndose en ondas, y esas ondas se alzaban, devoraban energía, se alzaban en olas. Las olas palpitaban y se elevaban todavía más, cobraban velocidad, subían…

El Errante se echó a reír cuando el poder floreció en su interior.

—¡Sangre mortal!

¿Estaba muerta? La había apuñalado dos veces. Había hundido bien el arma. Ya se habría desangrado a esas alturas. Un cadáver acurrucado en esa cámara maldita. Hasta que las ratas la encontraran. Y era lo mejor. No podía permitir que sobreviviera, él no quería ninguna suma sacerdotisa, ninguna atadura mortal en su divinidad resucitada. *Las otras plegarias las puedo tragar. O ignorar. Todos saben que nunca respondo. Nunca regalo nada. No esperan nada, así que nada reciben, y no estoy vinculado a ellos*.

Pero una suma sacerdotisa…

Tendría que asegurarse. Regresar. Y asegurarse.

El Errante dio media vuelta y echó a andar.

—Cabrón —dijo Bruja de la Pluma, la boca llena con el sabor de la sangre. Le corría por la nariz, le burbujeaba en el fondo

de la garganta. Presiones inmensas que le aplastaban el pecho por el lado derecho.

Ya no podía esperar más. El fantasma llegaba demasiado tarde.

—Me estoy muriendo.

No. Errante, dios malnacido, dios olvidado, dios hambriento.

Bueno, no eres el único con hambre por aquí.

La bruja mostró los dientes en una sonrisa roja y se metió el globo ocular mutilado en la boca.

Y tragó.

El Errante se tambaleó, rebotó en la pared de un pasillo cuando algo lo alcanzó en el pecho y desgarró un revoltijo de poder. Se lo llevó. Y dejó una caverna de agonía.

—¡La muy zorra!

El rugido resonó contra la piedra fría.

Y oyó la voz de la mujer, que le llenó el cráneo.

—*Ahora soy tuya. Tú eres mío. Adorador y adorado, trabados en un odio mutuo. Oh, cómo va a complicar eso las cosas, ¿verdad?*

»Deberías haber buscado a otra persona, Errante. Yo he leído las historias. Destrai Anant, dios Elegido, el Pozo del Espíritu. Bruja de la Pluma. Eres mío. Yo soy tuya. Y escucha mi plegaria, ¡escucha! ¡Tu destrai te lo ordena! En mi mano, ahora, aguarda nuestra espada mortal. Él también ha probado tu sangre. Tu poder puede curarlo a él como me ha curado a mí. ¿No sientes todavía su —placer malicioso— *“tacto”?*

La carcajada femenina chirrió en la cabeza del dios y rebotó con un matiz amargo con su poder robado.

—*Invócalo, Errante. Lo necesitamos*.

—No.

—¡Lo necesitamos! Y un yunque del escudo, un t'orrud segul en el idioma del Primer Imperio. ¿Cuál de nosotros escogerá? Oh, por supuesto te arrogarías tú ese derecho. Pero yo tengo un candidato. Otro envuelto en las densas telarañas del rencor, pronuncio su nombre y encuentro un rostro que odio con todo mi ser, ¿no es lo más adecuado?

»Y sí, todavía vive. Udinaas. Convirtamos este sacerdocio en una compañía de traidores. Reclamemos el Trono Vacío, siempre fue nuestro por derecho, Errante, amado.

»Udinaas. ¡Reclámalo! ¡Escógelo! Podemos devorarnos una al otro el alma durante mil años enteros. ¡Diez mil!

—¡Déjame, maldita seas!

—¿Dejarte? ¡Dios mío, te ordeno!

El Errante cayó de rodillas, echó la cabeza hacia atrás y chilló de rabia.

Y el mundo volvió a temblar.

Lo había olvidado. Las cadenas. Las voluntades trabadas en un eterno tira y afloja. Las riadas de la emoción fiera que se alzaban una y otra vez. Ahogarse sin morir. *Estoy de nuevo en el mundo. Rendí mi debilidad y me encarceló el poder*.

—Solo los débiles y los inútiles son libres de verdad —susurró.

Bruja de la Pluma lo oyó.

—No hace falta ponerse sensiblero, Errante. Regresa a la Cedance y podrás verlo por ti mismo. Ahora fluye sangre entre las losas. Entre todas ellas. Las sendas. La Cedance al fin dibuja un mapa de la verdad de las cosas. La verdad de las cosas. Por usar tus palabras, las losas ahora… fluyen.

»¿No las saboreas? ¿Estas nuevas sendas? Vamos, explorémoslas, tú y yo, y escojamos nuestra orientación. Hay sabores… luz y oscuridad, sombra y muerte, vida y… oh, ¿qué es esto? ¿Los Bufones del Azar, un neutral, Oponn? Oponn… querido Errante, tienes a unos advenedizos

ocupando tu lugar. Estos Gemelos juegan a lo mismo que tú, Errante.

»¿Qué vamos a hacer?

—Que el Abismo me lleve —gimió el dios, y se hundió en las baldosas frías y húmedas.

—Invócalo, Errante. Es necesario. Ahora. Llama a nuestra espada mortal.

—No puedo. Maldita idiota. Lo hemos perdido.

—Poseo…

—Sé lo que posees. ¿De verdad crees que es suficiente? ¿Para arrancarlo de las garras de Mael? Patética zorra estúpida. Vamos, cesa en tu maldita plegaria, destrai. Cada una de tus exigencias me debilita, y eso no es muy inteligente. Ahora no. Demasiado pronto. Soy… vulnerable. Los edur…

—Los hechiceros edur ahora tiemblan y se sobresaltan de las sombras, no saben qué ha pasado. Lo único que conocen es un terror ciego…

—¡Silencio! —bramó el dios—. ¿Quién puede llegar a través de esos hechiceros, maldita capabara balbuceante? ¡Déjame en paz! ¡Ya!

Le respondió la… nada. Una ausencia repentina, una presencia que se encogía.

—Mejor —gruñó él.

Pero permaneció allí, derrumbado sobre el suelo frío, rodeado de oscuridad. Pensando. Pero ni siquiera los pensamientos llegaron gratis, sin un precio que pagar.

Por el Abismo del inframundo, creo que he cometido un error. Y ahora debo asumirlo.

Y hacer planes.

Gadalanak se metió por detrás y por debajo de su escudo redondo. Una mano enorme lo cogió por el brazo y lo

envolvió justo por debajo del hombro, y un momento después estaba volando por el complejo; aterrizó con un golpe, resbaló y luego fue rodando hasta que se estrelló contra el muro.

El guerrero meckros gimió, sacudió la cabeza, soltó el hacha de hoja doble y mango corto y estiró el brazo para quitarse el yelmo de un tirón.

—No es justo —dijo con una mueca de dolor cuando se incorporó. Miró con furia a Karsa Orlong—. El emperador no podría haber hecho eso.

—Peor para él —respondió el toblakai con voz profunda.

—Creo que me desgarraste algo en el brazo.

Samar Dev habló desde donde estaba sentada en una silla, a la sombra.

—Será mejor entonces que busques un sanador, Gadalanak.

—¿Quién más se atreve a enfrentarse a mí? —preguntó Karsa y miró a la media docena de guerreros mientras se apoyaba en su espada. Todos los ojos se volvieron hacia la mujer enmascarada, que permanecía en silencio y sin moverse, gastada y curtida por los elementos como una estatua olvidada en medio de unas ruinas. Parecía indiferente a la atención que recibía. Y todavía no había sacado sus dos espadas.

—Cobardes —bufó Karsa.

—Un momento —dijo el llamado Puddy, la cara llena de cicatrices crispada—. No es eso, puto bhederin. Es tu estilo de lucha. De qué sirve aprender a enfrentarse a eso, ese tal emperador edur no pelea así. A ver, no podría. No tiene tanta fuerza. Ni tanto alcance. Además, es civilizado; tú luchas como un animal, Karsa, y puede que derribes al muy cabrón, solo que no tendrás que hacerlo, porque lo haré yo antes que tú. —Levantó la jabalina corta con una mano—. Primero lo atravesaré, y ya veremos cómo lucha con un

mango de madera empalándolo. Lo ensarto desde seis pasos de distancia, ¿vale? Después me acerco con el alfanje y lo hago pedazos.

Samar Dev dejó de escuchar, no era la primera vez que oía los alardes de Puddy, y posó la mirada en la mujer que el guerrero meckros había dicho que era seguleh. Una palabra del Primer Imperio. *El yunque*. Extraño nombre para un pueblo, seguramente algún clan que quedaba del periodo colonial del imperio de Dessimbelackis. Una parte de un ejército, asentado en alguna isla agradable recibida como recompensa por alguna gran victoria; esos ejércitos tenían cada uno un nombre y el «yunque» no era más que una variación sobre un tema común en el ejército del Primer Imperio. La máscara, sin embargo, era una afectación única. Gadalanak decía que todos los seguleh iban ataviados así, y algo en los glifos y marcas de las máscaras de esmalte indicaba el rango. *Pero si esas marcas son una escritura, no pertenece al Primer Imperio. Ni se acerca siquiera. Qué curioso. Una pena que nunca diga nada*.

Acunándose el brazo del escudo, Gadalanak utilizó el muro para apoyarse, se puso en pie y se fue en busca de un sanador.

Algo había ocurrido en el palacio que habían enviado temblores a distancia suficiente como para llegar al complejo de los aspirantes a luchar con el emperador. Quizá se había formalizado la lista y se había decidido el orden de los combates. Un rumor para complacer a los estúpidos guerreros reunidos allí… aunque la única respuesta de Karsa a la posibilidad había sido un gruñido amargo. Samar Dev casi estaba de acuerdo con él, no estaba convencida de que el rumor fuera acertado. No, había pasado otra cosa, algo más complicado. *Facciones que lanzan mordiscos como chuchos en un festín que todos podrían compartir si*

tuvieran un poco de cerebro. Pero siempre es así, ¿no? Nunca hay suficiente.

Sintió algo entonces, un escalofrío que recorría las hebras, los huesos, enterrados bajo la carne de ese reino. *Este reino… y todos los demás. Dioses del inframundo*… La bruja se dio cuenta de que se había puesto en pie. Parpadeó. Y en el centro del complejo vio que Karsa la miraba, una expresión fiera en sus ojos de bestia. El toblakai enseñó los dientes.

Samar apartó la mirada del terrible guerrero, se dirigió a toda prisa a la columnata y atravesó el pasaje bordeado de celdas donde se alojaban los campeones. Bajó por el pasillo.

Y entró en su modesta habitación.

Cerró la puerta a su espalda murmurando ya el ritual de sellado. Ahí fuera había problemas, sangre derramada que crepitaba como el ácido. Acontecimientos pavorosos, algo de una antigüedad increíble que exultaba poder nuevo…

El corazón le vaciló en el pecho. Una aparición surgía del suelo en el centro de la habitación. Se abría paso entre sus guardas.

Samar sacó su cuchillo.

Un puñetero fantasma. El fantasma de un puñetero mago, de hecho.

Unos ojos luminosos pero indistintos se clavaron en ella.

—*Bruja* —susurró—, *no te resistas, te lo ruego*.

—No se te ha invitado —respondió ella—. ¿Por qué no habría de resistirme?

—*Necesito tu ayuda*.

—Parece un poco tarde para eso.

—*Soy el ceda Kuru Qan*.

Samar frunció el ceño y asintió.

—He oído ese nombre. Caíste en la conquista edur.

—*¿Caí? Una noción digna de considerarse. Por desgracia, no ahora. Debes sanar a alguien. Por favor. Puedo llevarte*

hasta ella.

—¿Quién?

—*Una letherii. Se llama Bruja de la Pluma*…

Samar Dev lanzó un siseo antes de contestar.

—Has escogido a la persona equivocada, ceda Kuru Qan. ¿Sanar a esa rhizan rubia? Si se está muriendo, será un placer darle el último empujón. Esa mujer les da mala fama a las brujas.

Otro temblor atravesó como un trueno la telaraña invisible que unía al mundo.

La bruja vio que el fantasma de Kuru Qan se estremecía, vio el terror repentino en sus ojos.

Y Samar Dev escupió en la hoja del cuchillo, se lanzó de repente y atravesó al fantasma con el arma.

El chillido del ceda no duró mucho, el arma de hierro enganchó al fantasma, lo metió dentro y lo dejó encerrado. En la mano femenina, la empuñadura del cuchillo se quedó de repente fría como el hielo. El vapor se deslizó por la hoja. La bruja añadió a toda prisa unas palabras por lo bajo para reforzar la vinculación. Después se tambaleó hacia atrás hasta que las piernas chocaron con el catre y se dejó caer, estremecida por los efectos de la captura. Posó los ojos en el arma que llevaba en la mano.

—Dioses del inframundo —murmuró—. Tengo otro.

Al poco, la puerta se abrió de golpe. Karsa Orlong se agachó para entrar. Samar Dev lo maldijo.

—¿Siempre tienes que hacer eso? —dijo luego.

—Esta habitación apesta, bruja.

—Atraviesas mis guardas como si fueran telarañas. Toblakai, haría falta un maldito dios para hacer lo que acabas de hacer, pero tú no eres ningún dios. Podría jurarlo sobre los huesos de cada pobre idiota que has matado.

—Me importan un rábano tus puñeteras guardas —respondió el enorme guerrero, que apoyó la espada contra un muro y dio un solo paso que lo colocó en el centro de la habitación—. Conozco ese olor. Fantasmas, espíritus, es el hedor del olvido.

—¿El olvido?

—Cuando los muertos olvidan que están muertos, bruja.

—¿Como los amigos que tienes en esa espada de piedra que llevas?

Los ojos que se clavaron en ella eran fríos como cenizas.

—Han engañado a la muerte, Samar Dev. Ése fue mi regalo. Ése fue el suyo, darle la espalda a la paz. Al olvido. Ellos viven porque la espada vive.

—Sí, una senda dentro de un arma. No te creas que es algo tan único como tú querrías que fuera.

El guerrero mostró los dientes.

—No. Después de todo, tú tienes ese cuchillo.

La bruja se sobresaltó.

—No se puede llamar senda a lo que hay en esta hoja, Karsa Orlong. Solo hierro plegado. Plegado de un modo muy concreto…

—Para elaborar una prisión. A las personas civilizadas os encanta despuntar el significado de vuestras palabras. Quizá porque tenéis tantas, y las usáis con demasiada frecuencia y sin razón. —Miró a su alrededor—. Así que has vinculado un fantasma. No es propio de ti.

—No te lo voy a discutir —admitió Samar—, ya no estoy segura de quién soy. Ni de cómo se supone que soy.

—Una vez me dijiste que tú no obligabas, tú no vinculabas. Tú negociabas.

—Ah, eso. Bueno, sí, si tengo elección. Pero parece que en tu compañía se pisotea el privilegio de elegir, toblakai.

—¿Me echas a mí la culpa de tu codicia?

—No es codicia. Más bien una necesidad abrumadora de poder.

—¿Para oponerte a mí?

—¿A ti? No, no creo. Para seguir viva, me parece. Eres peligroso, Karsa Orlong. Tu voluntad, tu fuerza, tu… indiferencia. Tú presentas un argumento tan peculiar como espantoso que dice que si te empeñas con testarudez en hacer caso omiso de las leyes y reglas del universo no puedes sufrir su influencia. Como es de imaginar, tu éxito supone la demostración palpable de ese principio, cosa que yo no puedo reconciliar, puesto que es contrario a toda una vida de observación.

—De nuevo demasiadas palabras, Samar Dev. Habla claro.

—Bien —soltó ella, malhumorada—. Todo lo que hay en ti me aterra.

Él asintió.

—Y también te fascina.

—Arrogante malnacido, ¡cree lo que quieras!

El guerrero se volvió hacia la puerta. Recogió su espada y habló por encima del hombro.

—La seguleh ha desenvainado sus espadas por mí, bruja.

Y se fue.

Samar Dev permaneció en su catre otra docena de latidos.

—¡Maldito sea! —dijo después. Se levantó y se apresuró para llegar antes de que comenzara el combate. ¡Maldito fuera!

El sol había reptado lo suficiente por un lado del cielo como para dejar el complejo en sombras. Cuando salió de la columnata cubierta, Samar Dev vio a la seguleh de pie en medio de la zona de ejercicios, una espada larga de hoja fina

en cada mano enguantada. El cabello oscuro le colgaba en mechones grasientos por los hombros y, tras los agujeros para los ojos de la máscara, su mirada negra seguía a Karsa Orlong, que caminaba sin prisas para reunirse con ella en el claro de arena.

Una veintena de campeones los observaban, lo que indicaba que se había corrido la voz y Samar Dev vio (con cierta conmoción) al gral, Taralack Veed y, detrás de él, a Icarium. *Dioses del inframundo, el nombre, el jhag… todo lo que sé, todo lo que he oído. Icarium está aquí. Es uno de los campeones*.

Dejará esta ciudad convertida en un montón de escombros. Dejará a sus ciudadanos convertidos en una montaña de huesos hechos pedazos. ¡Dioses, miradlo! En pie, sereno, tan metido en las sombras que es casi invisible… Karsa no lo ve, no. El toblakai está concentrado en la seguleh mientras la rodea a distancia. Y ella se mueve como un gato para no dejar nunca de darle la cara.

Oh, toda una combatiente.

Y Karsa la va a arrojar por encima de ese puñetero muro.

Si ella osa acercarse. Como tiene que hacer. Para meterse dentro de esa enorme espada de pedernal.

Por encima de ese muro. O a través de él.

El corazón le martilleó en el pecho, el ritmo rápido, errático, inquietante.

Sintió que tenía a alguien al lado y vio, con una sacudida de alarma, a un tiste edur, y entonces lo reconoció. *Preda… Tomad. Tomad Sengar*.

El padre del emperador.

Karsa, no es el público que quieres…

Una explosión de movimiento cuando los dos contendientes se acercaron… y nadie supo decir quién se movió antes,

como si hubiera algún acuerdo instintivo entre la seguleh y Karsa y actuaran en consonancia más rápido que el propio pensamiento.

Y cuando el hierro resonó sobre la piedra (o la piedra sobre el hierro), Karsa hizo algo inesperado.

Bajó con todas sus fuerzas un pie. Un fuerte golpe en la arena compacta.

En medio de la danza ágil de la seguleh.

Machacó el suelo con la fuerza suficiente como para hacer tambalearse a los espectadores cuando tronó el terreno del complejo entero.

El equilibrio perfecto de la seguleh… se desvaneció.

No cabe duda de que fue apenas una fracción, la vacilación tan pequeña que muy pocos la notarían siquiera, y sin duda la recuperación de la mujer fue igual de instantánea… pero ya se estaba tambaleando hacia atrás por un golpe salvaje de la parte plana del filo de Karsa, ambas muñecas rotas por el impacto.

Aun así, cuando se derrumbó, la seguleh se giró y disparó un pie hacia arriba, hacia la entrepierna del toblakai.

Éste capturó la patada con una mano y bloqueó el golpe, después la levantó a pulso en el aire.

La mujer lo intentó con el otro pie.

Y el toblakai, riéndose, soltó su espada y le enganchó esa pierna también.

Y sostuvo a la mujer allí.

Colgando.

Detrás de Taralack Veed se oyó un suave suspiro y el gral se giró con un parpadeo.

Icarium sonrió.

—Nos conocemos, creo —dijo en voz baja—. Él y yo. Quizá hace mucho tiempo. Un duelo que fue interrumpido.

Por Mappo. Tuvo que ser él. Mappo, que vio una tormenta surgiendo entre estos dos. Oh, trell...

Taralack se lamió los labios secos.

—¿Te gustaría reanudar ese duelo, Icarium?

Las cejas del jhag se alzaron unos milímetros. Después sacudió la cabeza y no respondió más.

Gracias a los espíritus.

Del preda Tomad Sengar, un gruñido.

—Estos juegos —aventuró Samar Dev para atraer su atención—, la intención es entretener, ¿no? Cada combate más estimulante que el anterior.

El tiste edur la miró sin expresión antes de contestar.

—Entre el público los hay que se entretienen.

—Sí.

—Sí, este tartheno será el último —añadió Tomad tras un momento—. La decisión de nuestros observadores fue unánime. —Se encogió de hombros y continuó—: Vine a verlo por mí mismo. Aunque mi criterio no tiene relevancia.

—Esa seguleh era muy buena —dijo Samar Dev.

—Quizá. Pero no ha combatido contra otros.

—La respetan mucho.

—¿Incluso ahora? ¿Cuándo la va a dejar en el suelo?

Samar sacudió la cabeza.

Tomad Sengar le dio la espalda.

—El tartheno es extraordinario.

—Y, sin embargo, su hijo es mejor.

Eso lo detuvo una vez más y se la quedó mirando con los ojos entrecerrados.

—Su tartheno es extraordinario —repitió Tomad—. Pero morirá de todos modos.

El tiste edur se alejó.

Al final, respondiendo a los gritos y súplicas de los espectadores, Karsa Orlong dejó a la mujer en el suelo.

Tres sanadores letherii corrieron a atenderla.

Karsa recogió su espada, se irguió y miró a su alrededor.

Oh, pensó Samar Dev, *oh, no.*

Pero Icarium se había ido. Al igual que su cuidador gral.

El toblakai se acercó a ella.

—No me hacía falta saberlo —dijo la mujer.

—No, ya lo sabías.

¡Oh, dioses!

Se acercó más a ella y se la quedó mirando desde su altura.

—El jhag huyó. El trell que estaba con él ha desaparecido. Es probable que esté muerto. Ahora hay un guerrero del desierto al que podría romper con una sola mano. No habría habido nadie para detenernos, a ese tal Icarium y a mí. Lo sabía, así que huyó.

—Maldito idiota, Karsa. Icarium no es la clase de guerrero que lucha solo para entrenarse. ¿Me entiendes?

—No habríamos luchado para entrenarnos, Samar Dev.

—¿Entonces para qué cansarte contra él? ¿No es de estos edur y sus esclavos letherii de los que quieres vengarte?

—Cuando haya terminado con su emperador, buscaré a nuestro Icarium. Terminaremos lo que empezamos.

—Ten cuidado con reunir a los hombres ante el ariete, Karsa Orlong.

—Un dicho absurdo —se pronunció él tras un momento.

—Ah, ¿y eso por qué?

—Entre los teblor, los hombres son el ariete. Mírame, Samar Dev. He luchado y he vencido. ¿Ves el sudor en mis músculos? Ven a yacer conmigo.

—No, me encuentro mal.

—Haré que te sientas mejor. Te partiré en dos.

—Qué divertido. Anda, vete.

—¿Debo ir en busca de otra puta?

—Todas echan a correr cuando te ven, Karsa Orlong. En dirección contraria, quiero decir.

Él lanzó un bufido y miró a su alrededor.

—Quizá la seguleh.

—¡Ah, no me digas! ¡Pero si le acabas de romper los brazos!

—No los necesitará. Además, los sanadores la están arreglando.

—Dioses del inframundo. Yo me voy.

Mientras se alejaba con grandes zancadas oyó la carcajada profunda del gigante. *Oh, sé que te diviertes a mi costa. Lo sé y, sin embargo, siempre caigo en tus trampas. Eres demasiado listo, bárbaro. ¿Dónde está ese cabezota salvaje?, ¿el que tiene tu misma actitud?*

Arrastrando unas piernas mutiladas, cada sacudida una punzada de dolor por toda la columna doblada, retorcida, Hannan Mosag guiñó los ojos para mirar y pudo distinguir apenas el pedregal de piedras pulidas por el río que se alzaba como un camino entre los acantilados del cañón. No sabía si lo que estaba viendo era real.

Pero lo parecía.

Como en casa.

Kurald Emurlahn, el reino de Sombra. No un fragmento, no una mancha arrancada atravesada de impurezas. Su hogar, como en un tiempo lo fue, antes de que la partieran las traiciones. *El paraíso nos aguarda. En nuestras mentes. Imágenes fantasmales, toda perfección reunida por la voluntad y solo por ella. Cree lo que ves, Hannan Mosag. Estás en casa*.

Y, sin embargo, el lugar se resistía. Intentaba rechazarlo, rechazar su cuerpo roto, su mente manchada por el caos.

Madre Oscuridad, padre Luz, contemplad a vuestros hijos tullidos. Contempladme a mí. Contemplad Emurlahn. Sanadnos. ¿No veis el mundo que elaboró mi mente? Todo como una vez fue. Me aferro todavía a esta pureza, a todo lo que intenté crear en el reino mortal, entre las tribus a las que metí en cintura, la paz que exigí y gané.

Nadie habría podido adivinar mi deseo más profundo. El trono de Sombra era para mí. Y con mi gobierno, Kurald Emurlahn se haría fuerte una vez más. Estaría entero. Ocuparía el lugar que le pertenece.

Sí, había caos, el poder puro e ilimitado que corría como ríos impracticables, aislando cada isla de Sombra. Pero yo habría usado el caos… para sanar.

Cadenas. Cadenas para juntar los fragmentos, para unirlos.

El dios Caído era una herramienta, nada más.

Pero Rhulad Sengar lo había destruido todo. Al estirar una mano infantil. Y todo estaba muriendo. Envenenado. Desmoronándose en la disolución.

Alcanzó la base del pedregal, guijarros lisos y redondos que tintineaban bajo las garras de sus dedos. Arena basta bajo sus uñas, húmeda, cortante. *Mi mundo*.

Lluvia que caía en jirones de bruma, el olor acre del musgo y la madera podrida. Y en el viento… el mar. Coronando la escarpada ladera de piedras, los troncos de los árboles de maderanegra se alzaban dispuestos como centinelas.

Allí no había demonios invasivos. Ese mundo era el mundo de los tiste edur.

La sombra de un búho que planeaba se deslizó por la cuesta resplandeciente, cruzó el camino que pretendía recorrer y Hannan Mosag se quedó paralizado.

No. No puede ser. No hay nadie vivo que pueda reclamar ese título.

Está muerto.

¡Ni siquiera era tiste edur!

Y sin embargo, ¿quién se plantó solo ante Rhulad Sengar? *Sí, ella tiene su dedo amputado. El búho (el más antiguo de los presagios), el búho, para señalar la venida del único.*

Pero la rabia lo invadió.

Soy yo quien debe elegir. ¡Yo! ¡Madre Oscuridad! ¡Padre Luz! Guiadme al trono de Sombra. ¡Emurlahn renacido! Es esto, os lo digo a los dos, esto o el Rey de las Cadenas, ¡y tras él el dios Tullido! ¡Escuchad mi oferta!

—Andii, liosan, edur, los ejércitos de los tiste. Sin traiciones. Se acabaron las traiciones; vinculadnos a nuestras palabras como os habéis vinculado el uno al otro. Luz, Oscuridad y Sombra, los primeros elementos de la existencia. Energía y vacío y el movimiento incesante del flujo y reflujo entre ellos. Estas tres fuerzas, las primeras, las más grandes, las más puras. Oídme. ¡Quisiera así comprometer a los edur con esta alianza! Enviadme a aquellos que podrían hablar por los andii. Los liosan. Enviadlos, ¡reunid a vuestros hijos!

»Madre Oscuridad. Padre Luz. Aguardo vuestro recado. Aguardo…

No pudo seguir.

Con un sollozo, Hannan Mosag apoyó la cabeza en las piedras.

—Como digáis —murmuró—. No negaré el presagio. Muy bien, no soy yo quien escoge. Él será nuestra espada mortal de Emurlahn… no, no el viejo título. El nuevo, como corresponde a esta época. Espada mortal. —*Qué locura, ¿por qué iba a aceptar siquiera? Un letherii*…—. Así sea.

Había caído la tarde. Pero sintió una punzada de calidez contra una mejilla y levantó la cabeza. Las nubes se habían separado, allí; al este, una banda de oscuridad que brotaba.

Y al oeste, otra cuchillada partía el cielo cubierto.
El fulgor chillón del sol.
—Así sea —susurró.

Bruthen Trana retrocedió cuando el rey hechicero se estremeció, las piernas de Hannan Mosag se levantaron como las de un insecto al morir.

Un momento después, los ojos inyectados en sangre del hechicero se abrieron con esfuerzo. Y por un instante no parecieron ver nada. Luego se alzaron con un parpadeo.

—Guerrero —dijo con tono pastoso, hizo una mueca y escupió una gran flema a los adoquines mugrientos—. Bruthen Trana. K'ar Penath habla con audacia de su lealtad, su honor. Usted es tiste edur, como todos lo fuimos una vez. Antes… antes de Rhulad. —Tosió, se sentó de un tirón y alzó la cabeza con un esfuerzo obvio para mirar con furia a Bruthen Trana—. Y por tanto, debo decirle que se vaya.

—Rey hechicero, sirvo a este imperio…

—¡Que el Errante se lleve a este maldito imperio! ¡Usted sirve a los tiste edur!

Bruthen Trana contempló a aquella criatura rota del suelo sin decir nada.

—Lo sé —dijo Hannan Mosag—, querría ponerse al mando de nuestros guerreros… por el palacio que tenemos encima. Ir sala por sala y acabar con cada uno de los perniciosos espías del canciller. Liberar a Rhulad de la telaraña que lo atrapa, pero ese necio del trono no sabría reconocer la libertad ni aunque le salieran alas en los hombros. Lo verá como un ataque, una rebelión. ¡Escúcheme! ¡Déjenos al canciller a nosotros!

—¿Y Karos Invictad?

—Todos ellos, Bruthen Trana. Se lo juro.

—¿Dónde desea que vaya, rey hechicero? ¿Tras Temor Sengar?

Hannan Mosag se sobresaltó, pero negó con la cabeza.

—No. Pero no me atrevo a pronunciar el nombre del que debe encontrar. Aquí, en este reino, el dios Tullido recorre mis venas; donde viajé hace unos momentos, allí era libre. Para entender. Para… rezar.

—¿Cómo sabré dónde mirar? ¿Cómo lo sabré cuando encuentre al que usted busca?

El rey hechicero vaciló. Se humedeció los labios antes de hablar.

—Está muerto. Pero no muerto. Distante, pero ha sido llamado. Su tumba yace vacía, pero jamás estuvo ocupada. Nunca se habla de él, aunque su roce nos persigue a todos una y otra vez.

Bruthen Trana levantó una mano y no le sorprendió ver que temblaba.

—Ya basta. ¿Dónde encontraré el comienzo del sendero?

—Donde el sol muere, creo.

El guerrero frunció el ceño.

—¿Al oeste? ¿Pero no está seguro?

—No lo estoy. No me atrevo.

—¿He de viajar solo?

—Debe decidirlo usted, Bruthen Trana. Pero antes que nada, debe conseguir algo, un objeto, de la esclava letherii. Bruja de la Pluma… se oculta bajo el antiguo palacio…

—Conozco esos túneles, rey hechicero. ¿Qué objeto es?

Hannan Mosag se lo dijo.

El guerrero estudió al hechicero retorcido durante un momento más, el brillo ávido en los ojos de Hannan Mosag, brillante como la fiebre. Después se dio media vuelta y salió del aposento.

Con faroles en las manos, el pelotón de guardias formaba un estanque de luz amarilla chillona que espejeaba por las aguas del canal Quillas mientras avanzaba con paso esforzado por el puente entre el tintineo de las armas y murmullos poco entusiastas. Una vez en el otro lado, el pelotón giró a la derecha y siguió la avenida principal hacia el distrito Enredadera.

En cuanto el fulgor se alejó a tirones, Tehol le dio un empujoncito a Ublala y los dos se apresuraron hacia el puente. Tehol volvió la cabeza para mirar al mestizo, frunció el ceño y siseó.

—¡Mírame, imbécil! ¿Ves? Yo me voy escondiendo. No, encórvate, mira a tu alrededor con suspicacia, desvíate a un lado y a otro. ¡Agáchate, Ublala!

—Pero es que entonces no veo.

—¡Silencio!

—Perdón. ¿Podemos salir de este puente?

—Primero déjame ver cómo te escondes. Venga, tienes que practicar.

Con un gruñido, Ublala Pung se encorvó, y su frente se onduló cuando levantó una ceja para mirar a un lado y después volvió a fruncirse cuando alzó la otra ceja para escudriñar el lado contrario.

—Bien —dijo Tehol—. Ahora date prisa y avanza escondiéndote detrás de mí.

—De acuerdo, Tehol. Es solo que está el toque de queda y yo no quiero problemas.

Llegaron al otro lado y Tehol continuó el camino el primero, treinta pasos por detrás de los guardias, atajó de repente por la izquierda y apareció cerca de los Depósitos de las Cuotas. Entró en un callejón, se agachó y le hizo unos gestos frenéticos a Ublala para que hiciera lo mismo.

—De acuerdo —susurró—. ¿Sabes qué ala?

Ublala parpadeó en la penumbra.

—¿Qué?

—¿Sabes dónde está alojado el tartheno?

—Sí. Con todos los demás campeones.

—De acuerdo. ¿Y dónde está eso?

—Bueno, tiene que estar por algún sitio.

—Bien pensado, Ublala. Y ahora no te alejes de mí. Soy, después de todo, un maestro en esto de los robos.

—¿En serio? Pues Bicho dijo…

—¿Qué? ¿Qué dijo el miserable de mi criado? ¿Sobre mí? ¿A mis espaldas?

Ublala se encogió de hombros.

—Montones de cosas. Es decir, nada. Oh, me has oído mal, Tehol. Yo no he dicho nada. No eres un zoquete torpe con la cabeza llena de delirios de grandeza ni nada. De eso. —Se animó—. ¿Quieres que le dé otra colleja?

—Más tarde. Te voy a decir lo que pienso. Cerca del Cuartel Imperial, pero en un ala del Domicilio Eterno. O entre el Domicilio Eterno y el antiguo palacio.

Ublala asentía.

—Bueno —continuó Tehol—, ¿vamos entonces?

—¿Adónde?

—Por alguna razón me parece que esta noche no va a ir muy bien. No importa, tú quédate conmigo.

Un vistazo rápido a la calle, primero a un lado, luego al otro, y Tehol salió agachado contra el muro. A medida que se acercaban al Domicilio Eterno las sombras iban disminuyendo, había postes con faroles en los cruces, las calles eran más anchas, y encima había soldados apostados en poternas, junto a los blocaos de las esquinas; de hecho, había soldados por todas partes.

Tehol tiró de Ublala y lo metió en el último callejón utilizable, donde se agazaparon de nuevo en la oscuridad.

—Esto no tiene buena pinta —susurró—. Hay gente, Ublala. Bueno, escucha, nosotros lo intentamos. Pero nos ha vencido un sistema de seguridad muy superior, ya está.

—Están todos en medio de su propia luz —dijo Ublala—. No ven na, Tehol. Además, tengo en mente una distracción.

—¿Una distracción como tus distracciones habituales, Ublala? Olvídalo. Shurq Elalle me habló de la última vez…

—Sí, así. Funcionó, ¿no?

—Pero eso fue para meterla dentro de la hacienda Gerrun, a ella, no a ti. ¿No eres tú el que quiere hablar con el campeón?

—Por eso eres tú el que va a distraerlos, Tehol.

—¿Yo? ¿Estás loco?

—Es la única forma.

Oyeron el roce de unas botas en la calle y una voz que retumbaba.

—¡Eh! ¿Quién se está escondiendo en ese callejón?

Ublala se encogió de repente.

—¿Cómo lo supo?

—¡Será mejor que corramos!

Salieron disparados justo cuando el haz de luz de un farol cruzó de repente la boca de la callejuela; a continuación, perseguidos por soldados que daban gritos, los dos fugitivos llegaron al otro extremo del callejón.

Donde Tehol giró a la izquierda.

Y Ublala giró a la derecha.

Y resonaron las alarmas en la noche.

La respuesta a sus plegarias no se pareció en nada a lo que Bruthen Trana había imaginado. La respuesta no podía ser esa grotesca criatura que era Hannan Mosag, el rey hechicero. El mismo hombre que había puesto a los edur en el camino de la disolución. Ambición, codicia y traición;

Bruthen apenas era capaz de contenerse ante Hannan Mosag, porque lo que quería era estrangular al rey hechicero.

Pero de esa boca retorcida había surgido… la esperanza. Parecía imposible. Macabro. Como si se burlara de las visiones de salvación heroica de Bruthen Trana. *La caída de Rhulad, todo el linaje Sengar borrado de la faz de la tierra, y luego… Hannan Mosag. Por sus delitos. Podemos recuperar el honor… Yo me ocuparé de eso*.

Así es como debe ser.

No le preocupaban en exceso los letherii. El canciller no viviría mucho más. Purgarían el palacio. Aplastarían a los patriotas, asesinarían a sus agentes y esos pobres prisioneros cuyo único delito, al menos que él viese, era no estar de acuerdo con las prácticas de los patriotas, esos prisioneros, letherii todos y cada uno, podrían quedar libres. Allí no había auténtica sedición. No había traición. Karos Invictad utilizaba esas acusaciones como si abarcaran una culpabilidad que no necesitaba pruebas, como si justificaran cualquier tratamiento de los acusados que él deseara. Por irónico que fuera, al hacerlo subvertía la humanidad en sí y se convertía en el mayor traidor de todos.

Pero ni siquiera eso importaba. A Bruthen Trana no le caía bien aquel hombre, un desagrado que parecía razón suficiente para matar al cabrón. Karos Invictad se complacía en la crueldad, lo que lo convertía a la vez en patético y en peligroso. Si se le permitía continuar, se corría el riesgo real de que el pueblo letherii se levantara en una auténtica rebelión, y por las alcantarillas de cada ciudad del imperio correría la sangre. *No importa. No me gusta. Durante años he sido testigo del desdén que siente por mí, lo vi allí, en sus ojos. No toleraré la afrenta nunca más*.

Eso, más que cualquier otra cosa, era lo que consternaba a Bruthen Trana. La insistencia de Hannan Mosag en que se

fuera de inmediato, hacia algún lugar en el que muere el sol. *Al oeste. Pero no, no al oeste. El rey hechicero entendió mal su propia visión*…

Una idea repentina frenó sus pasos mientras se abría paso hasta los pasillos subterráneos y las cámaras que había bajo el antiguo palacio. *¿Quién respondía a sus plegarias? ¿Quién le mostraba el sendero? Él sugirió que no era ese tal dios Tullido. ¿El padre Sombra? ¿Ha regresado Scabandari Ojodesangre con nosotros?*

No, no ha vuelto. Entonces… ¿quién?

Un momento más tarde Bruthen Trana frunció el ceño, maldijo por lo bajo y reanudó su viaje. *Me dan esperanza, ¿y qué hago yo? Intento matarla con mis propias manos. No, entiendo el camino, incluso mejor que el propio Hannan Mosag*.

Donde el sol muere no es al oeste.

Es bajo las olas. En las profundidades.

¿No recuperó un demonio de los mares su cuerpo? No, Hannan Mosag, tú no te atreves a nombrarlo. Ni siquiera es tiste edur. Pero debe ser nuestra salvación.

Llegó al túnel inclinado que lo llevaría a la supuesta morada secreta de la esclava. Esos letherii eran patéticos de verdad.

Cada uno llevamos un susurro de Emurlahn en nuestro interior, todos y cada uno de los tiste edur. Por eso ningún esclavo entre las tribus podía escapar de nosotros.

Salvo por uno, se corrigió. Udinaas. Claro que los k’risnan sabían dónde estaba, o eso sospechaba Bruthen Trana. Lo sabían, pero optaban por no hacer nada.

No era de extrañar que Rhulad no confiara en ellos.

Ni yo tampoco.

Podía oler el hedor a magia amarga mientras se acercaba, y oyó los murmullos de la mujer en su cámara, y supo que

algo había cambiado. En la que se llamaba Bruja de la Pluma. En el poder que poseía.

Bueno, no le daría tiempo a esa mujer para prepararse.

Bruja de la Pluma alzó la vista con una expresión de temor y alarma cuando el guerrero tiste edur entró sin prisas. La bruja retrocedió con un gemido agudo hasta que la detuvo una pared, después se hundió y se tapó la cara.

El crudo propósito era fiero en la cara del guerrero.

La cogió por el pelo, la levantó de un tirón y la subió más; el dolor arrancó un chillido de los labios femeninos.

Con la otra mano, el guerrero atrapó la saquita de cuero que tenía entre los pechos. Se la arrancó de un tirón y el cordel le cortó, como un alambre, parte del cuello y por detrás de una oreja. Bruja de la Pluma pudo sentir la sangre. Creyó que casi le había cortado la oreja y que le colgaba por una hebra de…

El hombre volvió a tumbarla con violencia. La cabeza de la mujer chocó contra la piedra del muro y se derrumbó en el suelo; unos sollozos entrecortados brotaban del pecho trémulo.

Y escuchó (más allá del rugido íntimo de la sangre que le palpitaba en el cráneo), las pisadas masculinas que iban desapareciendo.

Se había llevado el dedo amputado.

Se va en busca del alma de Brys Beddict.

Tehol entró tambaleándose en la única habitación y se derrumbó cerca del hogar. Empapado en sudor y jadeando para recuperar el aliento.

Bicho, sentado con la espalda apoyada en la pared y bebiendo té, alzó poco a poco las cejas.

—Aquejado por delirios de una supuesta competencia, por lo que veo.

—¿Eso… eso es lo que le dijiste… a Ublala? Cruel, despiadado…

—La observación se hizo con respecto a todos los mortales, en realidad.

—¡Él no se lo tomó así!

Janath habló desde donde estaba sentada, tomando sorbitos de su propia taza de arcilla desportillada.

—¿Todas esas alarmas que suenan por la ciudad son por tu culpa, Tehol Beddict?

—Ahora estarán alerta —comentó Bicho— y buscarán a un hombre que viste una manta.

—Bueno —replicó Tehol—, de ésos tiene que haber muchos, ¿no?

No le respondió nadie.

—Tiene que haberlos —insistió Tehol, con lo que le pareció, incluso a él, cierto exceso de entusiasmo. Se apresuró a adoptar un tono más razonable—. La siempre creciente división entre ricos y pobres, esa historia. De hecho, las mantas son la última moda entre los indigentes, estoy seguro.

Ninguno de sus interlocutores dijo nada, ambos se limitaron a dar un sorbo de sus respectivas tazas.

—¿Qué es eso que bebéis? —dijo Tehol frunciendo el ceño.

—Té de gallina —dijo Bicho.

—Sopa, querrás decir.

—No —dijo Janath—. Té.

—Espera, ¿dónde están todas las gallinas?

—En el tejado —dijo Bicho.

—¿Y no se caerán?

—Quizá una o dos. Hacemos rondas regulares. De momento han hecho gala de una agudeza inusitada. Algo

único en esta casa.

—Ah, claro, dale de patadas al fugitivo agotado, anda. Es muy probable que hayan cogido al bueno de Ublala, el pobre.

—Quizá. Lo cierto es que tenía una distracción en mente.

Los ojos de Tehol se entrecerraron al mirar a su criado.

—Esos mechones que tienes encima de las orejas hay que recortarlos. Janath, búscame un cuchillo, ¿quieres?

—No.

—Te tenías que poner de su parte, ¿verdad?

—Bicho es, de hecho, un hombre muy capaz, Tehol. No te lo mereces, ¿sabes?

—Te aseguro, erudita, que la falta de merecimiento es mutua.

—¿Qué significa eso?

—Sabes, por el olor creo que podría decirse que hay razones de peso para decir que el té de gallina no se diferencia mucho de una sopa de pollo aguada o, como mínimo, de un caldo.

—Jamás fuiste capaz de entender la semántica, Tehol Beddict.

—Jamás fui capaz de entender muchas cosas, según creo recordar. Pero defenderé mi diligencia, mi obstinada sed de conocimiento seductor, la pureza del verdadero saber académico… eh, la persecución de… bueno, podría seguir así de forma indefinida…

—Tu eterno defecto, Tehol.

—Pero no lo haré, maldito como estoy por un público incapaz de apreciarlo. Así que dime, Bicho, ¿por qué estaba Ublala tan impaciente por hablar con ese tartheno de pura sangre?

—Desea descubrir, imagino, si el guerrero es un dios.

—¿Un qué?

—Un dios nuevo, quiero decir. O un ascendiente, para ser más preciso. Dudo que haya devotos implicados. Todavía.

—Bueno, los tarthenos solo adoran a lo que los aterroriza, ¿no? Éste no es más que un guerrero condenado a morir por la espada del emperador. No creo que sea un sujeto que inspire al pobre Ublala Pung.

Bicho respondió a eso con un simple encogimiento de hombros.

Tehol se limpió el sudor de la frente.

—Dame un poco de ese té de gallina, ¿quieres?

—¿Con o sin?

—¿Con o sin qué?

—Plumas.

—Eso depende. ¿Son plumas limpias?

—Ahora sí —respondió Bicho.

—De acuerdo, entonces, puesto que no se me ocurre nada más absurdo. Con.

Bicho estiró la mano para coger una taza de arcilla.

—Sabía que podía contar con usted, amo.

Despertó al oír un estrépito metálico en el pasillo.

Samar Dev se incorporó y se quedó mirando la oscuridad de su habitación.

Le pareció escuchar a alguien respirando tras la puerta de su habitación y después, con toda claridad, un quejido apagado.

Se levantó, se envolvió en la manta y se acercó sin ruido a la puerta. Levantó el pestillo y abrió la endeble barrera.

—¿Karsa?

La enorme figura giró y la miró.

—No —dijo ella entonces—. No es Karsa. ¿Quién eres?

—¿Dónde está?

—¿Quién?

—El que es como yo. ¿Qué habitación?

Samar Dev salió poco a poco al pasillo. Miró a la izquierda y vio las formas inmóviles de los dos guardias de palacio que solían colocarse a ambos lados de la entrada del pasillo. Las cabezas cubiertas estaban en una posición llamativa, muy juntas, y las ollas de hierro que servían de yelmo lucían unas pronunciadas abolladuras.

—¿Los has matado?

El hombretón miró y lanzó un gruñido.

—Estaban mirando para donde no debían.

—Quieres decir que no te vieron.

—Quizá las manos.

El absurdo pero extrañamente satisfactorio intercambio se había hecho en susurros. Samar Dev le hizo un gesto al otro para que la siguiera y los dos echaron a andar pasillo arriba hasta que llegaron a la puerta de la habitación de Karsa Orlong.

—Está aquí dentro.

—Llama —ordenó el gigante—. Y entra por delante de mí.

—¿O si no?

—O si no hago que tu cabeza… choque.

Con un suspiro, Samar estiró un puño hacia la puerta. Ésta se abrió y la punta de una espada de piedra se cernió de repente sobre el hueco de la garganta femenina.

—¿Quién es el que está detrás de ti, bruja?

—Tienes visita —respondió ella—. De… fuera.

Karsa Orlong, desnudo de cintura para arriba, los tatuajes de esclavo fugado una telaraña enloquecida que le bajaba hasta los hombros y el pecho, retiró la espada y dio un paso atrás.

El desconocido apartó a Samar Dev y entró en la pequeña habitación.

Lugar en el que se hincó de rodillas e inclinó la cabeza.

—Oh, puro —dijo, las palabras fueron como una plegaria.

Samar Dev se coló en el interior y cerró la puerta tras ella; Karsa Orlong tiró la espada en el catre, bajó una mano… y aporreó al desconocido en un lado de la cabeza.

El hombre se meció, empezó a sangrar por la nariz y parpadeó con expresión estúpida mirando a Karsa.

Que entonces se dirigió a él.

—Hay sangre toblakai en ti. Los toblakai no se arrodillan ante nadie.

Samar Dev se cruzó de brazos y se apoyó en la puerta.

—Primera lección cuando tratas con Karsa Orlong —murmuró—. Espera lo inesperado.

El hombretón se levantó como pudo, limpiándose la sangre de la cara. No era tan alto como Karsa, pero sí casi tan ancho.

—Soy Ublala Pung, de los tarthenos…

—Tarthenos.

—Un resto mestizo de una población local de toblakai —dijo Samar Dev—. Solía haber más en la ciudad… aunque yo, desde luego, no he visto ningún otro en los mercados y por ahí. Prácticamente han desaparecido, igual que la mayor parte de las otras tribus sometidas por los letherii.

Ublala se había vuelto a medias y la miraba con furia.

—Desaparecidos no. Derrotados. Y ahora los que quedan viven en islas del mar del Dragón.

Al pronunciarse la palabra «derrotados», Samar Dev vio que Karsa fruncía el ceño.

Ublala miró al toblakai una vez más y después habló con una extraña torpeza.

—Lidéranos, caudillo.

Un fuego repentino en los ojos de Karsa, que se encontraron con la mirada de Samar Dev.

—Te lo dije una vez, bruja, que lideraría un ejército de los de mi raza. Ha comenzado.

—No son toblakai…

—Aunque no haya más que una gota de sangre toblakai ardiendo en sus venas, bruja, son toblakai.

—Diezmados por hechicería letherii…

Una sonrisa desdeñosa.

—¿Hechicería letherii? Nada me importa eso.

Ublala Pung, sin embargo, estaba sacudiendo la cabeza.

—Incluso con nuestros mejores chamanes, oh, puro, no pudimos derrotarla. Pero si el propio Arbanat…

Esa vez fue Samar Dev la que interrumpió.

—Ublala, he visto a Karsa Orlong abrirse camino a la fuerza entre esa hechicería.

El mestizo se la quedó mirando con la boca abierta.

—¿A la fuerza? —Solo lo articuló, apenas fue un simple susurro.

A pesar de sí misma, Samar asintió.

—Ojalá pudiera decirte lo contrario, pobre cabrón. Ojalá pudiera decirte que huyeras a esconderte con los tuyos en esas islas porque este de aquí hace promesas vacías. Por desgracia, no puedo. No hace promesas vacías. De momento no, por lo menos. Claro que —añadió con un encogimiento de hombros que contradecía la amargura que sentía—, este emperador edur lo matará.

A oír eso Ublala Pung sacudió con la cabeza.

¿Negación? ¿Consternación?

Karsa Orlong se dirigió a Ublala.

—Debes irte cuando todo haya pasado, guerrero. Debes viajar a tu isla y reunir a tu pueblo, tráelos aquí. Ahora sois mi ejército. Soy Karsa Orlong. Toblakai y teblor. Soy vuestro caudillo.

—Las marcas de tu rostro —susurró Ublala.

—¿Qué pasa con ellas?

—Hecho pedazos, como los tarthenos. Como los toblakai, rotos, separados. Eso cuentan las leyendas más antiguas: dispersados por el hielo, por la traición…

Una corriente helada pareció fluir alrededor de Samar Dev, como una ola fría que envolviera una roca, y se estremeció. *Oh, no me gusta nada cómo suena eso, hay ecos de verdad en todo ello. Ecos demasiado claros*.

—Pero ves mi cara detrás —dijo Karsa—. Dos verdades, lo que fue y lo que será. ¿Lo niegas, Ublala de los Tarthenos?

Una sacudida muda de la cabeza. El guerrero le lanzó otra mirada a Samar Dev antes de hablar.

—Caudillo, tengo palabras. De… de Rhulad Sengar, el emperador edur. Palabras… de su secreto.

—Déjanos, bruja —dijo Karsa.

Ella se sobresaltó.

—¿Qué? De eso nada…

—Déjanos o le diré a mi guerrero que te haga chocar la cabeza.

—Ah, ¿así que es ahora la idiotez la que te inspira?

—Samar Dev —dijo Karsa—, este guerrero ha derrotado cada barrera que rodea el complejo. No me interesan sus palabras. ¿No has oído las alarmas? Lucha como lo haría un toblakai.

—Y una vez también intentaron el Ahogamiento —dijo Ublala.

Samar Dev lanzó un bufido.

—Con él cerca, lo cierto es que cuesta mantener la seriedad, por no hablar de la dignidad. Una cura para la pomposidad, Karsa Orlong: asegúrate de mantenerlo a tu lado.

—Vete.

La bruja hizo un gesto de desdén repentino.

—Oh, está bien, allá vosotros dos. Más tarde, Karsa, te recordaré una cosa.

—¿Qué?

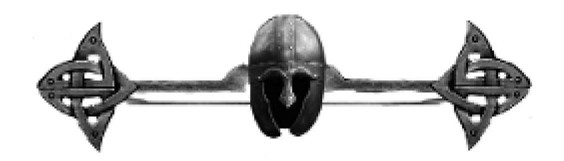
Samar abrió la puerta detrás de ella.

—Ese zoquete ni siquiera era capaz de encontrar tu habitación.

Ya fuera, en el pasillo, Samar Dev oyó que se movía uno de los guardias, después un gemido y tras eso unas palabras claras.

—¿Qué son todas esas luces?

12



Miré al oeste y vi un millar de soles poniéndose.

—Sidivar Trelus

El olor a tierra de las hogueras de estiércol precedió la primera visión del ejército lezna. Bajo la luz manchada de una luna sin brillo, la atri-preda y Brohl Handar cabalgaron con la tropa de exploración hasta la base de un risco, donde desmontaron y, tras dejar un soldado con los caballos, echaron a andar ladera arriba.

La cima estaba casi desprovista de hierbas, allí donde los vientos incesantes habían erosionado el escaso suelo se asomaban bultos de roca angular. La media docena de letherii y el único tiste edur se pegaron al suelo y se fueron acercando entre los afloramientos, llenando los espacios del espinazo roto de basalto.

Más allá, quizá a un tercio de legua de distancia, ardían las hogueras del enemigo. Un mar de estrellas caídas que se habían prendido sin llama y que llenaban la cuenca de un

valle entero y subían por la ladera contraria definiendo sus contornos.

—¿Cuántos le parece a usted? —le preguntó Brohl Handar a la atri-preda en voz baja.

Bivatt suspiró.

—¿Combatientes? Quizá diez, once mil. Estos ejércitos son más como migraciones, supervisor. Todo el mundo va detrás.

—¿Entonces dónde están los rebaños?

—Es probable que al otro lado del valle contrario.

—Así que mañana cabalgamos a la batalla.

—Sí. Y otra vez, le aconsejo que usted y su escolta permanezcan con la comitiva…

—Eso no será necesario —interpuso Brohl Handar, repitiendo palabras que había pronunciado una docena de veces en los últimos tres días y noches—. Hay guerreros edur con usted, y los utilizaremos, ¿no?

—Si es necesario, supervisor. Pero la lucha que nos aguarda parece que no será diferente de todas las demás que los letherii hemos librado contra estos pueblos de las llanuras. Parece que Mascararroja no ha podido convencer a los ancianos con ninguna estrategia nueva. Son las viejas tácticas, las que les fallan una y otra vez. —La mujer se quedó callada un momento y después continuó—: El valle que hay detrás se llama Bast Fulmar. Tiene algún significado arcano para los leznas. Ahí es donde nos encontraremos.

El otro volvió la cabeza y la estudió en la oscuridad.

—¿Le parece bien dejar que sean ellos los que escojan el lugar de la batalla?

La atri-preda lanzó un bufido.

—Supervisor, si estas tierras estuvieran llenas de desfiladero, cañones, arroyos o ríos impracticables, o incluso bosques, entonces desde luego que me lo pensaría bien antes de entrar en combate con el enemigo donde quieren

ellos. Pero no aquí. La visibilidad no es problema; con nuestros magos, los leznas no pueden ocultarse. No hay vías de retirada difíciles, no hay puntos ciegos. La lucha de mañana será brutal en su simplicidad. La ferocidad lezna contra la disciplina letherii.

—Y con ese tal Mascararroja a la cabeza, serán feroces sin duda.

—Sí. Pero fracasarán al final.

—Está muy segura, atri-preda.

El hombre captó la sonrisa femenina.

—Aliviada, supervisor. Esta noche veo solo lo que he visto ya una docena de veces. No imagine, sin embargo, que estoy menospreciando al enemigo. Correrá mucha sangre. —Con eso hizo un gesto y el grupo comenzó a retirarse del risco.

Mientras iban bajando hacia los caballos que los esperaban, Brohl Handar le hizo un comentario.

—No veo piquetes, atri-preda. Ni exploradores montados. ¿No le parece un poco extraño?

—No. Saben que estamos cerca. Querían que viéramos ese campamento.

—¿Para lograr qué? ¿Un esfuerzo inútil de asombrarnos?

—Algo parecido, sí.

Quieres que sienta desdén por estos leznas. ¿Por qué? ¿Para que puedas justificar no utilizar a los tiste edur? ¿A los k'risnan? Quieres que la victoria de por la mañana sea letherii. No quieres encontrarte en deuda con los edur, no por este gran robo de tierras y bestias, esta cosecha de esclavos.

Sospecho que ésas fueron las instrucciones del comisionado. Letur Anict no es de los que comparten el botín.

Yo, atri-preda, no siento alivio alguno.

—Flechas con punta de piedra, eres tonto de verdad. Se romperán contra la armadura letherii. No puedo esperar nada de ti. Por lo menos lo descubro ahora, en lugar de en plena batalla.

Toc Anaster se acomodó en cuclillas y observó a Torrente alejarse del fuego con paso decidido. Rumbo… a alguna parte. *Algún sitio importante. Como las letrinas*. Se puso de nuevo a examinar las plumas de las flechas imass. *Regalo de un viejo amigo. Esa colección crujiente y tintineante de huesos graciosos*. Apenas recordaba la última vez que había estado entre amigos. Rezongo, quizá. Otro continente. Una tarde de borrachera. ¿Era vino saltoano? ¿Cerveza gredfalana? No se acordaba.

Lo rodeaba el murmullo de miles, sus movimientos por el campamento, sus conversaciones quedas alrededor de las hogueras. Ancianos y ancianas, los inválidos, los pequeños. Un fuego ardiendo para todos y cada uno de los leznas.

Y en algún lugar de la llanura, Mascararroja y sus guerreros, una noche sin fuegos, sin conversaciones. Nada, imagino, salvo afilar sin ruido las hojas de las armas. Hierro y piedra susurrando en la noche.

Un engaño sencillo, su éxito dependía de las expectativas letherii. Unos exploradores enemigos habían descubierto ese campamento, después de todo. Tal y como habían predicho. Un sinfín de hogueras en la oscuridad, cerca, como era de esperar, de Bast Fulmar, el lugar de la batalla inminente. Todo como se suponía que debía ser.

Pero Mascararroja tenía otros planes. Y para ayudar en el engaño, Toc sospechaba, cierta hechicería arcana de los k’chain che’malle.

Apareció un anciano que entró en el fulgor del fuego andando con piernas combadas. Toc lo había visto hablando

con Mascararroja, cabalgando con frecuencia junto al caudillo. Se agachó enfrente de Toc y lo estudió durante una docena de latidos, después escupió en las llamas, asintió al ver el chisporroteo de respuesta y habló.

—No confío en ti.

—Qué pena.

—Esas flechas, están envueltas en magia ritual. Pero ningún espíritu las ha bendecido. ¿Qué clase de hechicería es ésa? ¿Letherii? ¿Eres una criatura de las losas y las Fortalezas? Un traidor entre nosotros. Maquinas una traición, quieres vengarte de nosotros por haberos abandonado.

—¿Intentas inspirarme, anciano? Siento desilusionarte, pero no hay brasas en las cenizas, nada que pueda cobrar vida si las revuelves.

—Eres joven.

—No tan joven como crees. Además, ¿qué tiene eso que ver?

—A Mascararroja le caes bien.

Toc se rascó la cicatriz donde había habido un ojo.

—¿La edad te ha podrido el ingenio?

Un gruñido.

—Conozco secretos.

—Yo también.

—Ninguno comparable a los míos. Yo estaba allí cuando se suicidó la hermana de Mascararroja.

—Y yo mamé de la teta de una matrona k’chain che’malle . Si es que teta es la palabra correcta.

El rostro del anciano se crispó con una expresión de incredulidad.

—Ésa es una buena mentira. Pero no es el juego que estoy jugando. Vi con mis propios ojos las grandes canoas marinas. En la costa norte. Miles y miles.

Toc empezó a devolver las flechas al carcaj de cuero sin curtir.

—Estas flechas las hizo un hombre muerto. Muerto desde hace cientos de miles de años, o más.

El ceño arrugado que tenía enfrente se profundizó.

—He visto esqueletos corriendo en la noche, en esta misma llanura.

—Este cuerpo que ves no es mío. Lo robé.

—Yo solo sé la verdad de Bast Fulmar.

—El padre de este cuerpo era un hombre muerto, exhaló su último aliento en el momento en que se tomó su semilla en un campo de batalla.

—La victoria de tanto tiempo atrás fue en realidad una derrota.

—Este cuerpo se hizo fuerte devorando carne humana.

—Mascararroja nos traicionará.

—Esta boca se hace agua cuando te miro.

El viejo se puso en pie.

—El mal habla con mentiras.

—Y el bien conoce solo una verdad. Pero es una mentira, porque siempre hay más de una verdad.

Otra bocanada de flemas a la hoguera y una complicada serie de gestos, algo grabado en el aire sobre las llamas, una maraña de guardas que parecieron arremolinarse durante un momento en el humo fino.

—Estás desterrado —dijo entonces el anciano.

—No tienes ni idea, viejo.

—Creo que deberías haber muerto hace mucho tiempo.

—Más veces de las que puedo contar. Comenzó con un trozo de una luna. Después una puta marioneta, luego… oh, da igual.

—Torrente dice que huirás. Al final. Dice que tu valor está roto.

Toc se quedó mirando las llamas.

—Eso bien puede ser —dijo.

—Entonces te matará.

—Suponiendo que pueda atraparme. Si hay algo que sé hacer es montar.

Con un gruñido de desdén, el anciano se alejó hecho una furia.

—Valor —murmuró Toc para sí—. Sí, está eso. Y quizá la cobardía se engendra de verdad en los mismos huesos. —*Porque, afrontémoslo, Anaster no era hierro frío. Ni caliente, si a eso vamos*.

En algún lugar de la noche brotó el aullido agudo de un lobo.

—Sí, bueno —rezongó Toc—, no es como si tuviera el privilegio de elegir, ¿no? Me pregunto si alguno lo tenemos. Alguna vez. —Alzó la voz un poco—. ¿Sabes, Torrente? Sí, te veo acechando ahí fuera… se me ocurre, dados los precedentes, que la cuestión de la cobardía es algo que los leznas debéis afrontar mañana. No me cabe duda de que Mascararroja, si tiene alguna preocupación, está pensando en eso ahora mismo. Seguro que se lo pregunta. ¿Puede intimidaros a todos para que actuéis con honor?

La forma vaga que era Torrente se alejó.

Toc se quedó callado, tiró otro trozo más de estiércol de rodara al fuego y pensó en viejos amigos desaparecidos hace tanto, tanto tiempo.

La línea solitaria de huellas arrastradas terminaba en una figura que subía con esfuerzo la lejana ladera de arcilla y guijarros. Era lo que pasaba cuando seguías un rastro, se recordó Seto. Era fácil olvidar que las puñeteras huellas pertenecían a algo real, sobre todo después de lo que parecían semanas de rastrear al cabrón.

T’lan imass, como había sospechado. Esos pies abiertos, huesudos, se arrastraban demasiado, sobre todo con un arco tan alto que no dejaba impresión alguna. Cierto, algún

wickano con las piernas estevadas podría dejar algo parecido, pero no caminando a un ritmo que había permanecido por delante de Seto durante demasiado tiempo. Imposible. Con todo, era extraño que el antiguo guerrero no muerto estuviera caminando siquiera.

Mucho más fácil atravesar ese yermo como polvo.

Quizá es demasiado húmedo. Quizá no sea muy divertido ser barro. Tendré que preguntárselo.

Suponiendo que no me mate nada más verme. O que lo intente, quiero decir. Siempre se me olvida que ya estoy muerto. Si hay una cosa que los muertos deberían recordar, es ese detalle crucial, ¿no te parece, Viol? Bah, qué sabrás tú. Tú sigues vivo. Y tampoco estás aquí.

Que el Embozado me lleve, empiezo a necesitar compañía.

Pero no los susurros de ese asqueroso viento. Menos mal que ha huido, incapaz de acercarse más a ese t'lan imass con, sí, un solo brazo. Una criatura muy maltratada, desde luego.

Seto estaba seguro de que el t'lan imass sabía que estaba allí, mil pasos por detrás de él. *Y seguro que también sabe que soy un fantasma. Que es por lo que no se ha molestado en atacarme*.

Creo que empiezo a acostumbrarme a esto.

Pasó otro tercio de legua antes de que Seto fuera capaz de acercarse lo suficiente para atraer al fin la mirada del guerrero no muerto. Que se detuvo y se giró poco a poco. El arma de pedernal que llevaba en su única mano era más un alfanje que una espada, la punta terminaba en un gancho extraño. Había fabricado una empuñadura con la parte palmeada de unas cuernas, que habían creado un guardamano acampanado con púas que el tiempo había curtido. Parte de la cara del guerrero la habían aplastado con brutalidad, pero un lado de la pesada mandíbula continuaba

intacto, lo que le daba a la espeluznante faz una inclinación torcida.

—Fuera de aquí, fantasma —dijo el t'lan imass con la voz distorsionada.

—Bueno, me gustaría —respondió Seto—, solo que parece que llevamos la misma dirección.

—Eso no puede ser.

—¿Por qué?

—Porque tú no sabes adónde voy.

—Ah, la lógica perfecta de los imass. En otras palabras, una idiotez. No, no sé con exactitud adónde vas, pero es innegable que se encuentra en la misma dirección que llevo yo. ¿Es una observación demasiado perspicaz para ti?

—¿Por qué te aferras a tu carne?

—Por la misma razón, supongo, por la que tú te aferras a lo que te queda de la tuya. Escucha, me llamo Seto. En otro tiempo fui soldado, abrasapuentes. Marines malazanos. ¿Y tú eres una especie de marginado de los t'lan imass logros?

El guerrero no dijo nada por un momento.

—Fui una vez de los t'lan imass kron —dijo después—. Nacida en la estación de la Sangre de la Montaña, en el clan de Eptr Phinana. Los de mi estirpe llegaron a las costas de Jagra Til. Soy Emroth.

—¿Una mujer?

Un encogimiento de hombros irregular que tintineó.

—Bueno, Emroth, ¿y qué estás haciendo cruzando a pie este pozo de hielo olvidado del Embozado?

—Aquí no hay ningún pozo.

—Como tú digas. —Seto miró a su alrededor—. ¿Es aquí adonde vienen los t'lan imass abandonados?

—Aquí no —respondió Emroth. Se alzó el alfanje y señaló con lentitud.

Más adelante. La dirección que Seto había decidido llamar norte.

—¿Y qué, entonces nos dirigimos a un enorme montón de huesos congelados?

Emroth se volvió y echó a andar una vez más. Seto se movió al lado de la criatura no muerta.

—¿Fuiste hermosa una vez, Emroth?

—No lo recuerdo.

—Yo era un desastre con las mujeres —dijo Seto—. Tengo las orejas muy grandes, sí, por eso llevo esta gorra de cuero. Y tengo las rodillas huesudas. Por eso me hice soldado, sabes. Para conocer mujeres. Y entonces descubrí que las mujeres soldado dan miedo. Quiero decir, mucho más miedo que las mujeres normales, que ya es decir. Supongo que con vosotros los imass, bueno, todo el mundo era guerrero, ¿no?

—Entiendo —dijo Emroth.

—¿Sí? ¿Entiendes qué?

—Por qué no tienes compañeros, Seto de los Abrasapuentes.

—No te me irás a convertir ahora en una nube de polvo, ¿verdad?

—En este lugar no puedo. Por desgracia.

Con una gran sonrisa, Seto reanudó su parloteo.

—No es que muriera virgen ni nada de eso, claro. Hasta cabrones feos como yo… bueno, siempre que tengas dinero suficiente a mano. Pero te voy a decir algo, Emroth, eso no es lo que llamaríamos amor, ¿no crees? Así que, bueno, la verdad es que nunca compartí eso con nadie. El amor. Quiero decir, desde que dejé ser un niño hasta que morí.

»Bueno, hubo una soldado una vez. Era grande y mala. Se llamaba Detoran. Decidió que me quería y me lo demostraba dándome grandes palizas. ¿A ti qué te parece eso? Bueno, yo al final lo comprendí. Verás, ella era incluso menos adorable que yo. Pobre foca. Ojalá lo hubiera entendido en su momento. Pero estaba demasiado ocupado huyendo de ella. Tiene su gracia, ¿no?

»Murió también. Así que tuve la oportunidad de, ya sabes, hablar con ella. Puesto que nos encontramos en el mismo sitio. El problema de ella era que no podía unir palabras suficientes para formar una frase completa. No era lerda, o no mucho. Solo le costaba expresarse. La gente así, ¿cómo vas a adivinar lo que tiene en mente? No te lo pueden decir, así que solo puedes intentar adivinar y la mayor parte de las veces te equivocas tanto que es patético. Bueno, lo solucionamos, más o menos. Creo. Decía incluso menos siendo fantasma.

»Pero eso es lo que pasa, Emroth. Está la gran explosión, lo blanco, luego negro, y después empiezas a despertarte otra vez. Un puñetero fantasma sin ningún lugar al que merezca la pena ir, y lo único que te queda son las cosas que comprendes y lo que lamentas. Y una lista de deseos más larga que lo del Embozado…

—Se acabó, Seto de los Abrasapuentes —interpuso Emroth, el temblor de la emoción en su voz—. No soy tonta. Comprendo el juego que te traes. Pero mis recuerdos no son para ti.

Seto se encogió de hombros.

—Ni para ti tampoco, deduzco. Los regalaste todos para librar una guerra contra los jaghut. Eran tan malvados, tan peligrosos, que os convertisteis en vuestras primeras víctimas. Una especie de venganza al revés, ¿no te parece? Vais y les hacéis el trabajo sucio. Y el chiste es que en realidad no eran tan malos ni peligrosos. Bueno, quizá un puñado, pero ese puñado se ganó la ira de los suyos enseguida, con frecuencia mucho antes de aparecierais vosotros y vuestros ejércitos. Podían controlarse solos. Os arrojaron glaciares, ¿y qué hicisteis vosotros para derrotarlos? Pues helasteis vuestros corazones todavía más, los transformasteis en algo más inerte que cualquier glaciar. Bien sabe el Embozado que eso sí que es una ironía.

—Yo no estoy vinculada —dijo Emroth con tono áspero—. Mis recuerdos se quedan conmigo. Son esos recuerdos los que me han roto.

—¿Roto?

Otro encogimiento de hombros.

—Seto de los Abrasapuentes, al contrario que tú, yo recuerdo el amor.

Ninguno habló durante un rato después de eso. El viento azotaba, cortante y seco. Los restos acartonados de nieve crujían bajo los pies en los lechos de musgo y líquenes. En el horizonte, más adelante, había un risco, gris como la pizarra, anguloso como una masa de edificios caídos. Sobre esa línea, el cielo era de un blanco lechoso. Seto señaló al norte.

—Entonces, Emroth, ¿es eso?

La cabeza medio destrozada se alzó.

—Omtose Phellack.

—¿En serio? Pero…

—Debemos cruzarlo.

—Oh, ¿y qué hay detrás?

La t'lan imass se detuvo y se quedó mirando a Seto con los ojos marchitos y hundidos en sombras.

—No estoy segura —respondió—. Pero ahora creo que puede ser… mi casa.

Maldita seas, Emroth. Acabas de poner las cosas mucho más difíciles.

El templo se alzaba en una colina baja, la tierra yerma por todas partes. Sus enormes muros ciclópeos parecían maltratados, empujados hacia dentro como por la acción de diez mil puños de piedra. Unas fisuras torcidas recubrían el granito gris oscuro desde la planta baja al inmenso dintel de piedra que se inclinaba como un borracho sobre lo que en otro tiempo había sido una magnífica entrada noble. Los

restos de unas estatuas sobresalían de pedestales colocados a ambos lados de los anchos escalones que ya se combaban.

Udinaas no sabía dónde estaba. Solo un sueño más, o lo que había empezado como un sueño. Condenado, como todos los demás, a deslizarse hacia algo mucho peor.

Así que esperó, temblando, las piernas tullidas, rotas e inertes bajo él, una nueva variación del tema de la incapacidad. Símbolo aplastante de sus muchos defectos. La última vez, recordó, se había estado retorciendo en el suelo, sin miembros, una serpiente con la espalda rota. Parecía que su subconsciente carecía de sutileza, una admisión de lo más amarga.

A menos, por supuesto, que alguien o algo le estuviera enviando esas visitaciones.

Y entonces empezaron a aparecer cadáveres en las laderas de piedra bajo el templo. Decenas y luego centenares.

Altos, piel pálida como la cáscara de huevos de tortuga, ojos ribeteados de rojo y hundidos en rostros alargados de facciones marcadas, demasiadas articulaciones en los largos miembros transformaban las expresiones rígidas de la muerte en algo irreal, enfebrecido, pero ese último detalle no era ninguna sorpresa.

Surgió una mancha de movimiento en la oscuridad, bajo la piedra del dintel. Una figura que aparecía tambaleándose. Distinta de los muertos. No, ésa parecía… humana.

Salpicado de sangre de la cabeza a los pies, el hombre avanzó oscilando, se detuvo en la cima de los escalones y miró a su alrededor con los ojos encolerizados, salvajes. Después echó la cabeza hacia atrás y le chilló al cielo incoloro.

Sin palabras. Solo furia.

Udinaas se encogió e intentó alejarse arrastrándose.

Y la figura lo vio. Una mano carmesí, chorreante, se alzó y lo buscó. Lo llamó con un gesto.

Como si lo hubieran agarrado por la garganta, Udinaas se acercó con una sacudida al hombre, al templo, al pedregal frío de cadáveres.

—No —murmuró—, yo no. Elige a otro. A mí no.

—*¿Puedes sentir esta pena, mortal?*

—¡No es para mí!

—*Pero es que lo es. Eres el único que queda. ¿Sus muertes han de ser en vano, se han de olvidar, desprovistas de significado?*

Udinaas intentó aferrarse al suelo, pero las piedras se soltaban bajo sus manos, el suelo arenoso se desprendía y sus uñas abrían surcos a su paso.

—¡Busca a otro! —Su chillido levantó ecos como si lo lanzara directamente contra el templo, como si entrara por la puerta abierta y resonara en el interior, atrapado, robado, rebotando hasta que ya no era su voz sino la del propio templo, el llanto lastimero de un moribundo, de un desafío desesperado. El templo, que enunciaba su sed.

Y algo sacudió el cielo entonces. Un rayo sin fuego, trueno sin sonido, una llegada que hacía vibrar el mundo y lo soltaba.

El templo entero palpitó de lado, nubes de polvo que brotaban entre las junturas carentes de argamasa. Estaba a punto de derrumbarse…

—*¡No!* —bramó la figura de la cima de las escaleras al tiempo que se tambaleaba para recuperar el equilibrio—. *¡Éste es mío! ¡Mi t'orrud segul! Mira estos muertos… hay que salvarlos, liberarlos, hay que…*

Y entonces se oyó otra voz detrás de Udinaas, aguda, distante, la voz del propio cielo.

—No, Errante. Estos muertos son forkrul assail. Muertos por tu propia mano. No puedes matarlos para salvarlos…

—*¡Bruja pavorosa, no sabes nada! ¡Son los únicos que puedo salvar!*

—La maldición de los dioses ancestrales, mira la sangre que tienes en las manos. Es todo obra tuya. Todo ello.

Una sombra enorme pasó por encima de Udinaas. Y giró en el aire.

Ráfagas de viento que levantaban el cabello negro y enmarañado de los cadáveres y golpeaban los fragmentos rasgados de sus ropas; y entonces una presión repentina, como la de un peso inmenso que descendiera, y allí estaba el dragón, entre Udinaas y el Errante, largas patas traseras estirándose hacia el suelo, las garras clavándose en los cuerpos fríos, aplastándolos y partiendo huesos cuando la enorme criatura se posó en la ladera. Un cuello sinuoso que se enroscó, la enorme cabeza se acercó más a Udinaas, ojos de fuego candente.

La voz del dragón llenó el cráneo de Udinaas.

—¿Me conoces?

Llamas argénteas rizándose por las escamas doradas, una presencia que exudaba un calor incandescente; cuerpos forkrul assail ennegrecidos bajo ella, la piel arrugada, desprendiéndose. La grasa que se fundía, que estallaba en ampollas repentinas y rezumaba de las articulaciones.

Udinaas asintió.

—Menandore. Hermana Amanecer. Violadora.

Una carcajada pastosa, líquida. La cabeza se giró y se alzó hacia el Errante.

—Éste es mío —dijo ella—. Lo reclamé hace mucho tiempo.

—*Reclama lo que quieras, Menandore. Antes de que hayas terminado aquí, me lo darás. Por voluntad propia*.

—¿Ah, sí?

—*Como… pago*.

—¿Por qué?

—*Por noticias de tus hermanas*.

Ella se echó a reír otra vez.

—¿Imaginas que no lo sé?

—*Pero yo te ofrezco más*. —El dios alzó las manos rojas—. *Puedo garantizar que se quiten de tu camino, Menandore. Un simple… empujoncito*.

El dragón cambió de postura y contempló a Udinaas de nuevo.

—¿Por éste?

—*Sí*.

—Muy bien, puedes quedarte con él. Pero no con nuestro hijo.

Le tocó al Errante echarse a reír.

—*¿Cuándo fue la última vez que visitaste a ese… hijo, Menandore?*

—¿Qué significa eso?

—*Solo una cosa. Ha crecido. Su mente es suya. No tuya, Menandore. Estás advertida, y esta vez no exijo nada a cambio. Los dioses ancestrales, querida, pueden a veces conocer la piedad*.

Ella lanzó un bufido, una ráfaga de poder puro.

—Eso dicen. Bonita propaganda, el bocado que les das a tus patéticos devotos famélicos. Este hombre, este padre de mi hijo, te fallará. ¡T'orrud segul! No tiene fe alguna. La compasión de su interior es como una rata de aguas en un pozo lleno de leones, bailando más rápido de lo que puedas ver, siempre a punto de la aniquilación. Ha jugado a lo mismo durante mucho tiempo, Errante. No puedes cogerlo, no puedes reclamarlo ni vincularlo a tu causa. —La dragona volvió a lanzar su carcajada cruel—. Me llevé más de él de lo que crees.

Incluyendo, zorra, el miedo que te tenía.

—¿Crees que puedes regalarme, Menandore?

Los ojos llamearon con una expresión de diversión o desdén, o las dos cosas.

—Habla entonces, Udinaas, oigamos tus audaces reivindicaciones.

—Los dos pensáis que me llamasteis aquí, ¿verdad? Para vuestro estúpido toma y daca. Pero lo cierto es que fui yo el que os invoqué a los dos.

—Estás loco…

—Quizá, Menandore. Pero éste es mi sueño. No el tuyo. No el de él. El mío.

—Idiota —escupió la diosa—. Tú intenta desterrarnos…

Udinaas abrió los ojos y se quedó mirando un cielo nocturno frío y despejado, y se permitió una sonrisa. *Mi sueño, tu pesadilla*. Se ciñó mejor las pieles que lo envolvían y encogió las piernas para asegurarse de que no estaban rotas. Rigidez en las rodillas, normal, producto de arrastrarse sobre roca y hielo, pero cálidas y llenas de vida.

—Todo va bien —susurró.

—Bien —dijo Tetera.

Udinaas se volvió y alzó la vista. La niña estaba agachada a su lado.

—¿Por qué estás despierta? —le preguntó el antiguo esclavo.

—No lo estoy. Y tú tampoco. El templo se derrumbó. Después de que te fueras.

—Pues espero que aplastara al Errante.

—No. Tú ya lo habías mandado marchar. Y a ella también.

—Pero no a ti.

—No. No sabías que estaba allí.

—De acuerdo, así que sigo soñando. ¿Qué quieres?

—Ese templo. No podría haber albergado todas esas almas. Todo ese dolor. Estaba roto y por eso se derrumbó.

Eso era lo que se suponía que tenías que ver. Para que lo entiendas cuando ocurra todo. Y no estés triste. Y seas capaz de hacer lo que él quiere que hagas, no solo del modo en que él pensó que sería. Eso es todo.

—Bien. Ahora vuelve a arrastrarte a tus propios sueños, Tetera.

—De acuerdo. Solo recuerda, no llores demasiado pronto. Tienes que esperar.

—No me digas. ¿Cuánto tiempo antes de que me ponga a llorar?

Pero la niña se había ido.

Había cogido alguna puñetera fiebre del hielo podrido. Temblando y sufriendo alucinaciones durante tres, quizá cuatro noches ya. Sueños extraños dentro de sueños y así sucesivamente. Delirios de calor, de comodidad, de pieles no empapadas de sudor, el bálsamo de conversaciones misteriosas en los que el significado no era un problema. *Me gusta esta vida. Es predecible. En su mayor parte. Y cuando no lo es, no parece diferente. Tomo lo que me llega. Como si cada noche recibiera lecciones de… de asumir el control*.

Había llegado el momento de la enorme mesa cargada con toda su comida favorita.

Decían que, como espectro, estaba muy chupado.

Pero cada noche comía hasta saciarse.

Cuando la luz del amanecer empezó a empujar las sombras hacia las grietas y valles y transformó los picos nevados en oro fundido, Seren Pedac se levantó de sus pieles y se puso en pie, se sentía sucia y desaliñada. La gran altitud le dejaba la garganta irritada y los ojos secos, y sus alergias solo exasperaban esas afecciones. Temblando bajo el viento cortante, observó a Temor Sengar, que luchaba por volver a encender el fuego. La madera helada durante tanto tiempo

era reacia a arder. Tetera había estado reuniendo hierbas y acababa de agacharse junto al tiste edur con sus ofrendas.

Una tos seca procedente de donde yacía Udinaas, todavía enterrado en pieles. Tras un momento, el antiguo esclavo se sentó poco a poco. La cara enrojecida por la fiebre, sudor en la frente, la mirada apagada. Emitió un sonido áspero que Seren tardó en darse cuenta que era una carcajada.

La cabeza de Temor se giró de repente como si lo acabara de picar una avispa.

—¿Esto te divierte? ¿Prefieres otra comida fría para empezar el día?

Udinaas miró con un parpadeo al tiste edur, después se encogió de hombros y apartó la vista.

Seren se aclaró la garganta.

—Fuera lo que fuera lo que le divertía, Temor, no tenía nada que ver contigo.

—¿Ahora hablas por mí? —le preguntó Udinaas. Se puso en pie con un tambaleo, todavía envuelto en las pieles—. Esto podría ser otro sueño —dijo—. En cualquier momento ese guerrero de piel blanca que hay encaramado ahí podría transformarse en un dragón. Y la pequeña Tetera abrirá la boca como una puerta en la que Temor Sengar se arrojará, devorado por su propia avidez de traición. —Los ojos sin brillo, turbios, se clavaron en Seren Pedac—. Y tú conjurarás eras perdidas, corifeo, como si las locuras de la historia tuvieran alguna relevancia, la que sea.

El zumbido y el golpe seco de una cadena puntuaron los extraños pronunciamientos.

Udinaas miró a Clip y sonrió.

—Y tú sueñas con hundir las manos en un baño de sangre, pero no cualquier sangre antigua. La cuestión es, ¿puedes manipular los acontecimientos para lograr ese torrente rojo?

—La fiebre te ha hervido el cerebro —dijo el guerrero tiste andii con una sonrisa de respuesta. Después miró a Silchas Ruina—. Mátalo o déjalo atrás.

Seren Pedac suspiró antes de hablar.

—Clip, ¿cuándo comenzaremos a descender? Más abajo habrá hierbas para acabar con su fiebre.

—Aún faltan días —respondió el otro mientras hacía girar la cadena en la mano derecha—. E incluso entonces… bueno, dudo que encuentres lo que buscas. Además —añadió—, lo que lo aflige no es del todo natural.

Silchas Ruina contemplaba la pista por la que treparían ese día.

—Lo que dice es cierto —dijo entonces—. Una vieja hechicería llena este aire fétido.

—¿De qué clase? —preguntó Seren.

—Está fragmentada. Quizá… k'chain che'malle; pocas veces usaban su magia de modos fácilmente comprensibles. Nunca en batalla. Sí que recuerdo algo… nigromántico.

—¿Y es eso lo que es esto?

—No sé decir, corifeo.

—¿Entonces por qué es Udinaas el único afectado? ¿Qué hay del resto de nosotros?

Nadie se aventuró a responder, salvo otra carcajada entrecortada de Udinaas.

Tintinearon los anillos.

—Yo he hecho mi sugerencia —dijo Clip.

De nuevo la conversación pareció morir. Tetera se acercó a Udinaas y permaneció junto a él, como si quisiera protegerlo.

La pequeña hoguera por fin estaba encendida, aunque fueran unas llamas débiles. Seren cogió una olla de estaño y se fue en busca de nieve limpia, cosa que debería de haber sido una tarea bastante sencilla. Pero los trozos podridos estaban repletos de detritos. Manchas de vegetación

descompuesta, capas moteadas de carbón y ceniza, los cadáveres de una especie de gusano o escarabajo que vivía en el hielo, madera y trozos de un sinfín de animales. No demasiado apetitoso. Le extrañaba que no estuvieran todos enfermos.

Se detuvo ante una sección larga y estrecha de nieve incrustada de hielo que llenaba una grieta o pliegue en la roca. Sacó el cuchillo, se arrodilló y empezó a picotearla. Se rompieron unos pedazos. Examinó cada uno, desechó los que estaban demasiado descoloridos por la suciedad y colocó los otros en la olla. No se parecía mucho a los glaciares normales, los pocos que había visto de cerca. Después de todo, estaban hechos de nevadas sucesivas tanto como de hielo progresivo. Esas nevadas, por lo general, producían estratos relativamente prístinos. Pero allí era como si el aire por el que había caído la nieve estuviera impregnado de desechos flotantes que atascaban cada copo que caía. *Aire impregnado de humo, ceniza, trozos de lo que habían sido seres vivos. ¿Qué podría haber hecho eso?* Si solo fuera ceniza, ella podría interpretarlo como el resultado de alguna erupción volcánica. *Pero no puñeteros fragmentos de piel y carne. ¿Qué secretos se ocultan en estas montañas?*

Se las arregló para hundir la punta del cuchillo en el hielo y apoyó todo el peso en él. La losa entera de hielo que quedaba se levantó de repente, arrancada de la grieta. Y allí, posada debajo, una lanza.

El asta, larga como Seren era alta, no era de madera. Pulida, moteada de ámbar y marrón, parecía casi… escamada. La ancha cabeza era una sola pieza, filo y tallo, jade molido, lisa, lechosa, con forma de hoja. No había un pegamento o atadura obvia que uniera el hueco al asta.

Seren soltó el arma. Vio que la textura escamada la creaba una sucesión de capas intrincadas de cuerno, lo que

explicaba la apariencia moteada. Una vez más, no distinguió indicación alguna de cómo se unían las capas. La lanza tenía un peso sorprendente, como si el asta se hubiera mineralizado.

Oyó una voz detrás de ella.

—Ése sí que es un hallazgo interesante.

Seren se volvió, estudió la expresión burlona de Clip y sintió una oleada de irritación.

—¿Tienes por costumbre seguir a la gente por ahí, Clip?

—No, en general los guío. Lo sé, esa tarea sirve para apartarte a ti. Lo que te deja con una sensación de inutilidad.

—¿Alguna otra brillante observación que quieras hacer?

Clip se encogió de hombros e hizo girar la maldita cadena de un lado a otro.

—Esa lanza que encontraste. Es t'lan imass.

—¿Se supone que eso tiene que significar algo para mí?

—Lo hará.

—No es el arma con la que luchas tú, ¿verdad?

—No. Y no me escondo en árboles ni tampoco arrojo fruta.

Ella frunció el ceño.

Él se echó a reír y le dio la espalda.

—Nací en Oscuridad, corifeo.

—¿Y?

Clip se detuvo y se volvió para mirarla.

—¿Por qué crees que soy la espada mortal del señor de las Alas Negras? ¿Por mi cara bonita? ¿Por mi encanto personal? ¿Por mi habilidad con estas hojas de aquí?

—Bueno —respondió Seren—, acabas de agotar mi lista de razones.

—Ja, ja. Escúchame. Nacido en Oscuridad. Bendecido por nuestra Madre. El primero en miles de años; ella les dio la espalda, ¿sabes? A sus hijos elegidos. ¿Miles de años? Más bien decenas de miles. Pero no a mí. Yo puedo caminar por la

Oscuridad, corifeo. —Agitó la mano con la que hacía girar la cadena y señaló a los otros—. Ni siquiera Silchas Ruina puede decir eso.

—¿Lo sabe?

—No. Es nuestro secreto todo el tiempo que decidas.

—¿Y por qué iba a decidir no decírselo, Clip?

—Porque yo soy el único aquí que puede impedirle que te mate. A ti y a Udinaas, los dos a los que considera más inútiles. De hecho, enemigos en potencia.

—¿Enemigos? ¿Por qué iba a pensar eso? —Seren sacudió la cabeza sin poder creérselo—. Solo somos unos bichos que puede aplastar cuando quiera. Un enemigo es alguien que supone una amenaza. No es nuestro caso.

—Bueno, en esa cuestión, no veo necesidad de iluminarte. Todavía.

La corifeo se volvió con un bufido y recogió la olla con los trozos de hielo reluciente.

—¿Piensas quedarte con tu hallazgo? —preguntó Clip.

Ella miró el arma que llevaba en la mano derecha.

—Udinaas puede utilizarla de muleta.

La carcajada de Clip fue tan mordaz como cruel.

—Oh, qué injusticia, corifeo. Para un arma con tanta historia como ésa.

Ella lo miró con el ceño fruncido.

—Hablas como si la reconocieses. ¿La reconoces?

—Digamos solo que su sitio está con nosotros.

Frustrada, pasó junto a él y emprendió el regreso al campamento.

La lanza atrajo la atención, con una rapidez aterradora, de Silchas Ruina, que antes de girarse en redondo para mirarla, pareció estremecerse. Udinaas también, levantó la cabeza de golpe cuando la corifeo se dirigió a él. Seren sintió que el corazón le daba un vuelco en el pecho y tuvo miedo de repente.

Intentó ocultarlo aferrándose con obstinación a su idea original.

—Udinaas, he encontrado esto, puedes utilizarla para mantener el equilibrio.

El hombre gruñó y después asintió.

—Una punta de piedra molida, no puede tener mucho filo, ¿verdad? Al menos no tropezaré y me sacaré un ojo, a no ser que me empeñe, claro, ¿y por qué habría de hacer eso?

—No te burles —dijo Silchas Ruina—. Úsala del modo que ha sugerido la corifeo, desde luego. Pero has de saber que no es tuya. Tendrás que entregarla, tenlo claro, Udinaas.

—Entregarla… ¿a ti, por casualidad?

De nuevo el estremecimiento.

—No. —Y Silchas Ruina se volvió una vez más.

Udinaas le dedicó una sonrisa débil a Seren.

—¿Me acabas de dar un arma maldita, corifeo?

—No lo sé.

El antiguo esclavo se apoyó en ella.

—Bueno, da igual. Tengo una colección entera de maldiciones, una más no importa mucho.

Fundieron el hielo y llenaron las botas de agua. Otra olla de nieve helada proporcionó el agua para un caldo de hierbas, cortezas de grasa de myrid, moras y pepitas de savia cogidas de arces, el último de los cuales habían visto diez días antes, en una elevación donde el aire era vivificante y tenía el olor acre y dulce de la vida. Allí no había árboles. Ni siquiera arbustos. El inmenso bosque que los rodeaba apenas les llegaba a los tobillos, un mundo enmarañado de líquenes y musgos.

Con un cuenco de sopa en las manos temblorosas, Udinaas fue a hablar con Seren.

—Bueno, solo para tener las cosas claras en esta farsa épica que nos traemos entre manos, ¿encontraste tú la lanza

o te encontró ella a ti?

La mujer sacudió la cabeza.

—No importa. Ahora es tuya.

—No. Silchas tiene razón. No has hecho más que prestármela, corifeo. Se desliza como grasa en mis manos. No podría utilizarla para luchar ni aunque supiera cómo, que no sé.

—No es difícil —dijo Clip—. No la sujetes por el lado afilado y solo tienes que pinchar a la gente con ella hasta que caigan. Yo todavía tengo que enfrentarme a un guerrero con una lanza que no pueda hacer pedazos.

Temor Sengar lanzó un bufido.

Y Seren sabía por qué. Fue suficiente para iluminar esa mañana, suficiente para llevar una sonrisa irónica a sus labios.

Clip lo notó y esbozó una mueca de desdén, pero no dijo nada.

—Recogedlo todo —dijo Silchas Ruina tras un momento —. Estoy cansado de esperar.

—No hago más que decírtelo —dijo Clip haciendo girar los anillos una vez más—, todo llegará en su momento, Silchas Ruina.

Seren se volvió para mirar los picos que se alzaban por el norte. El dorado había palidecido, como si lo hubieran drenado de vida, de asombro. Los aguardaba otro día de viaje pesado. La invadió el abatimiento y suspiró.

Si le hubieran dado a elegir, esa partida la habría dominado él. No Cotillion, ni Tronosombrío. Pero suficientes detalles se habían filtrado hasta Ben Adaephon Delat, pesados y lúgubres como la ceniza de un incendio forestal, para que se conformara, de momento, con atragantarse con los problemas de otro. Desde la Escalada de Pale su vida había

ido más bien de cráneo. Se sentía como si se estuviera precipitando por una ladera escarpada, siempre a un paso de un desastre en el que terminaría con los huesos rotos y sangrando por todas partes.

Antes se crecía con esas sensaciones. Eran prueba de que estaba vivo.

Pero… muchos amigos habían caído por el camino. Demasiados, y era reticente a dejar que otros ocuparan su lugar, ni siquiera ese humilde tiste edur con el corazón demasiado lleno, ese dolor en carne viva; ni ese maldito t'lan imass que en ese instante vadeaba un mar henchido de recuerdos, como si buscara uno (solo uno) que no sollozara de futilidad. La compañía equivocada, desde luego, para Ben el Rápido; le ofrecían amistad. No conmiseración, que habría sido más fácil. No, la maldita nobleza de aquellos dos demolía esa posibilidad.

Y mira dónde habían terminado todos sus amigos. Whiskeyjack, Seto, Trote, Dujek Unbrazo, Kalam… bueno, ¿no era siempre así, el dolor de la pérdida no vencía siempre al de… al de lo no perdido todavía? Y esa triste lista era solo la versión más reciente. Solo desde Pale. ¿Qué había de todos los demás de hace aún más? *Los malditos supervivientes no lo tenemos fácil. Ni nos acercamos siquiera*.

La idea lo hizo sonreír con desdén para sí. ¿Qué era eso de autocompadecerse? Una indulgencia patética y nada más.

Rodearon el borde de un barranco sumergido y chapotearon por el agua tibia que les llegaba a la cintura. Su paso levantaba nubes de sedimentos que había posados sobre un fondo pavimentado, invisible e interminable. Los seguía una especie de peces cuyos lomos curvos aparecían de vez en cuando en un lado u otro, la espina dorsal

ribeteada, el abultamiento del agua insinuando tamaños demasiado grandes para contemplarlos con tranquilidad.

Y lo menos agradable de todo, el comentario de Trull Sengar solo unos momentos antes sobre que aquellos peces quizá fuesen del mismo tipo que los que habían intentado comérselo a él una vez.

Y la respuesta de Onrack el Fracturado tampoco ayudó mucho.

—Sí, son los mismos que aquellos contra los que peleamos en la muralla inundada, aunque, por supuesto, entonces estaban en la fase terrestre de su vida.

—¿Entonces por qué están aquí? —preguntó Trull.

—Hambre —respondió Onrack.

Suficiente para arrancar a Ben el Rápido de su taciturnidad malhumorada.

—¡Escuchadme, vosotros dos! ¡Estamos a punto de ser atacados por peces gigantes que comen magos y vosotros os dedicáis a rememorar! A ver, ¿estamos en peligro de verdad o qué?

La cara robusta y prognata de Onrack giró para mirarlo un momento.

—Suponíamos que tú nos estabas protegiendo de ellos, Ben el Rápido —dijo entonces el t'lan imass.

—¿Yo? —Miró a su alrededor en busca de alguna señal de tierra firme, pero el agua lechosa se extendía sin fin aparente.

—¿Es hora, entonces, de utilizar tu puerta?

Ben el Rápido se lamió los labios.

—Eso creo. Es decir, me he recuperado de la última vez, más o menos. Y he encontrado un sitio al que ir. Es solo…

Trull Sengar se apoyó en su lanza.

—Saliste de ese viaje mágico, Ben el Rápido, luciendo la mueca de los condenados. Si de verdad nuestro destino es tan peligroso como debe de ser, entiendo tu reticencia.

Además, tras observarte durante ya cierto tiempo, me parece evidente que tu batalla contra Icarium te ha debilitado a cierto nivel fundamental, ¿quizá temes no ser capaz de elaborar una puerta lo bastante perdurable para permitir el paso de los tres? Si es así…

—Espera —interpuso el mago con una maldición silenciosa—. De acuerdo. Estoy un poco… frágil. Desde lo de Icarium. Ves demasiado, Trull Sengar. Pero puedo hacernos pasar a todos. Es una promesa. Es solo… —Miró a Onrack—. Bueno, puede que haya ciertos… cambios, en fin, no anticipados.

—¿Corro riesgo? —dijo Onrack.

—No estoy seguro. Es posible.

—Eso no debería afectar tu decisión en exceso —respondió el t'lan imass—. Soy prescindible. Estos peces no pueden comerme, después de todo.

—Si nos vamos —dijo Ben el Rápido—, tú te quedarás atrapado aquí para siempre.

—No. Abandonaré esta forma. Me uniré al olvido y la nada en estas aguas.

—Onrack… —empezó a decir Trull con tono alarmado.

Pero Ben el Rápido lo interrumpió.

—Tú te vienes con nosotros, Onrack. Únicamente estoy diciendo que hay cierta incertidumbre sobre lo que te pasará. No puedo explicar más. Solo que tiene relación con el lugar en el que nos encontraremos. Con la orientación de ese reino, quiero decir.

Trull Sengar lanzó un bufido.

—A veces —dijo con una sonrisa irónica—, eres un auténtico caso perdido, mago. Será mejor que abras la puerta antes de que terminemos en la barriga de un pez. —Después señaló algo detrás de Ben el Rápido—. Ese parece el más grande de todos, mira cómo se desperdigan los demás, y viene directamente a por nosotros.

El mago se volvió y abrió mucho los ojos.

El agua que les llegaba a la cintura no alcanzaba siquiera los ojos del animal, y el monstruoso pez se limitaba a abrirse paso a la fuerza entre los bajíos. Un puñetero bagre de algún tipo, más largo que una galera napaniana…

Ben el Rápido levantó los brazos y gritó en voz muy alta y con un extraño tono agudo.

—¡Es hora de irse!

Frágil. Oh, sí, y que lo digas. Vertí demasiado a través de mí para intentar hacerlo retroceder. Todo tiene un límite, incluido lo que puede soportar un mortal de carne y hueso. La regla más antigua de todas, por el amor del Embozado.

Forzó la puerta y la abrió, oyó el agua que se precipitaba con una explosión por el reino que había detrás, la corriente que le envolvía las piernas, y se abalanzó con un grito.

—¡Seguidme!

Una vez más, ese momento nauseabundo, pavoroso, en el que se asfixiaba y después se tambaleaba por un arroyo, el agua salpicando por todas partes, la corriente alejándose, y un aire frío e invernal que lo ceñía entre nubes de vapor.

Trull Sengar pasó junto a él dando traspiés, usando la lanza para sujetarse un momento antes de caer.

Ben el Rápido se volvió con un jadeo.

Y vio una figura que surgía entre las brumas blancas.

El grito de sorpresa de Trull Sengar asustó a los pájaros de una ringlera cercana de árboles enanos; las aves echaron a volar y se precipitaron hacia el cielo, girando en un semicírculo sobre la cabeza de Onrack el Fracturado. Al oír sus gritos, al sentir el enjambre de pequeñas sombras que lo rodeaban, el guerrero alzó la cabeza y se detuvo.

Ben el Rápido vio que el pecho de Onrack se hinchaba con una inspiración que pareció no tener fin.

La cabeza bajó entonces una vez más.

Y el mago se quedó mirando un rostro de piel lisa, bruñida por el viento. Unos ojos verdes resplandecían bajo el saliente pesado de la frente. Dos chorros de aire frío brotaron entonces de la nariz de Onrack, una nariz ancha, aplastada y rota con frecuencia.

—¿Onrack? ¡Por las Hermanas, Onrack! —exclamó Trull Sengar.

Los ojitos, enterrados en pliegues epicánticos, se movieron. Una voz baja, vibrante, brotó como un rumor profundo del guerrero de carne y hueso.

—Trull Sengar. ¿Es esto… es esto la mortalidad?

El tiste edur se acercó un paso más.

—¿No lo recuerdas? ¿Lo que se siente al estar vivo?

—Yo, yo… sí. —Una repentina expresión de asombro en el rostro pesado de rasgos marcados—. Sí. —Otra inspiración profunda, después una ráfaga que era casi salvaje en su júbilo. La extraña mirada clavada en Ben el Rápido una vez más—. Mago, ¿es esto una ilusión? ¿Un sueño? ¿Un viaje de mi espíritu?

—No creo. Es decir, creo que es bastante real.

—Entonces este reino… es Tellann.

—Quizá. No estoy seguro.

Trull Sengar estaba de repente de rodillas y Ben el Rápido vio lágrimas corriendo por el rostro demacrado y moreno del tiste edur.

El guerrero fornido y musculoso que tenían ante ellos, todavía vistiendo los restos podridos de sus pieles, miró poco a poco a su alrededor, al paisaje marchito de tundra abierta.

—Tellann —susurró—. Tellann.

—Cuando el mundo era joven —empezó Mascararroja—, estas llanuras que nos rodeaban eran más altas, estaban

más cerca del cielo. La tierra era como una piel fina que cubría una carne gruesa que no era más que madera y hojas heladas. El cadáver putrefacto de antiguos bosques. Bajo el sol de estío, unos ríos invisibles atravesaban ese bosque, entre cada ramita, cada rama aplastada. Y con cada verano, el calor del sol era mayor, la estación más larga y los ríos fluían, drenando el inmenso bosque enterrado. Y así las llanuras descendieron, se posaron a medida que el bosque seco se fue deshaciendo en polvo, y con las lluvias se hundía más agua que se llevaba ese polvo al sur, al norte, al este, al oeste, siguiendo los valles, subiendo para unirse a los arroyos. En todas direcciones, fluyendo sin parar.

Masarch estaba sentado en silencio con los otros guerreros, una veintena o más ya, reunidos para escuchar el antiguo relato. Ninguno, sin embargo (Masarch incluido) lo había oído contar de ese modo, las palabras surgiendo de la máscara de escamas rojas, pronunciadas por un guerrero que pocas veces decía nada, pero que en ese momento hablaba con facilidad, imitando la cadencia de los ancianos con una precisión perfecta.

Los k’chain che’malle permanecían cerca, pesados e inmóviles como un par de estatuas grotescas. Pero Masarch imaginaba que estaban escuchando, igual que él y sus compañeros.

—La tierra abandonó el cielo. La tierra se apoyó en piedra, el propio hueso del mundo. De este modo la tierra cambió para hacerse eco de las hechicerías malditas de los Chamanes de la Cornamenta, los que se arrodillan entre cantos rodados, los que adoran la piedra, los fabricantes de armas. —Hizo una pausa y continuó—. No fue casualidad. Lo que acabo de describir no es más que una verdad. Hay otra. —Una vacilación más larga, después un suspiro persistente, prolongado—. Los Chamanes de la Cornamenta, retorcidos como las raíces de un árbol, los pocos que quedan, esos

pocos que todavía rondan nuestros sueños al tiempo que rondan esta antigua llanura. Se ocultan en grietas del hueso del mundo. A veces sus cuerpos casi han desaparecido, hasta que solo sus rostros marchitos nos miran desde esas grietas, desafiando a la eternidad, como corresponde a su terrible maldición.

Masarch no era el único que temblaba bajo el frío previo al amanecer con las imágenes que conjuraban las palabras de Mascararroja. Todo niño sabía de esos espíritus retorcidos y malévolos, los envoltorios de chamanes muertos mucho, mucho tiempo atrás, pero incapaces de morir de verdad. Hacían rodar piedras para dibujar extraños patrones bajo los cielos nocturnos salpicados de estrellas, royendo con los dientes las superficies de los cantos rodados para crear escenas aterradoras que solo aparecían al atardecer o al amanecer, cuando la luz del sol acababa de nacer o se desvanecía en la muerte; y con demasiada frecuencia los cantos rodados estaban ladeados de tal forma que era en los momentos del atardecer cuando la magia profunda se despertaba, las imágenes cobraban vida en lo que habían parecido peculiaridades aleatorias en la piedra. Magia para asesinar al viento en esos lugares…

—En la época antes de que las llanuras descendieran, los chamanes y sus temidos seguidores hacían música cuando moría el sol, esa noche en que su viaje es más corto, y en otros momentos sagrados antes de que llegaran las nieves. No utilizaban tambores de piel. No era necesario. No, utilizaban la piel de la tierra, el bosque enterrado debajo. Golpeaban la piel del mundo hasta que cada bestia de la llanura temblaba, hasta que los bhederin estallaban en movimiento, decenas de miles a la vez, y corrían desaforados toda la noche, y así ellos también se hacían eco de la música de los Chamanes de la Cornamenta y alimentaban su poder oscuro.

»Pero la tierra se desmoronó al final, cayó en la eternidad que la acogió, los chamanes asesinaron a la propia tierra. Esta maldición no tiene descanso. Esa maldición nos envolvería el cuello, el de todos y cada uno de nosotros, si pudiera.

Mascararroja se quedó callado durante un rato, como para permitir que el terror atravesara con libertad los corazones de su público. Por fin reanudó el relato.

—Los Chamanes de la Cornamenta reunieron a sus guerreros inmortales y partieron para librar una guerra. Abandonaron esta llanura y desde ese momento, solo a los que caían en batalla se los traía de regreso aquí. Trozos rotos. Fracasados y marchitos como la llanura en sí, nunca jamás extenderían la mano o mirarían siquiera al cielo. Tal era su maldición.

»No perdonamos. No está en nosotros perdonar. Pero tampoco olvidaremos.

»Bast Fulmar, el Valle de los Tambores. Los letherii creen que le tenemos un temor reverencial. Creen que este valle fue el lugar de una antigua guerra entre los leznas y los k'chain che'malle, aunque los letherii ignoran el nombre verdadero de nuestro antiguo enemigo. Quizá hubo de verdad escaramuzas, de modo que el recuerdo pervive, solo para retorcerse y reunirse de nuevo en formas falsas. Muchos de vosotros os aferráis a esas nuevas formas y la creéis verdaderas. Una antigua batalla. Una que ganamos. Una que perdimos; hay ancianos que se sirven de este último secreto, como si la derrota fuese un cuchillo oculto en su mano del corazón. —Mascararroja se encogió de hombros ante la idea y la desechó. Una luz pálida empezaba a colarse. Unos trinos se alzaban de los matorrales bajos—. Bast Fulmar —dijo otra vez—. Valle de los Tambores. Ésta es, por tanto, su verdad secreta.

»Los Chamanes de la Cornamenta tocaron como un tambor la piel de este valle que tenemos ante nosotros. Hasta que se robó toda vida, hasta que todas las aguas huyeron. Bebieron a fondo, hasta que no quedó nada. Pues en ese momento los chamanes no estaban solos, no para ese malhadado ritual. No, otros como ellos se les habían unido… en continentes lejanos, a cientos, miles de leguas de distancia, todos y cada uno en esa única noche. Para separar su vida de la tierra, para separar a esta tierra de su propia vida.

Cayó el silencio, ni un solo guerrero aspiraba una bocanada de aire. Lo contuvieron… demasiado tiempo…

Mascararroja los liberó con otro suspiro.

—Bast Fulmar. Nos alzamos ahora para entablar batalla. En el Valle de los Tambores, guerreros míos, fracasará la hechicería letherii. Fracasará la hechicería edur. En Bast Fulmar no hay agua de magia, no hay arroyo de poder del que robar. Se agotó todo, todo se lo llevaron para sofocar el fuego que es la vida. Nuestro enemigo no es consciente. Averiguarán la verdad en este día. Demasiado tarde. Hoy, guerreros míos, será hierro contra hierro. Eso y nada más.

Mascararroja se levantó entonces.

—Contad la verdad a cada guerrero. Después preparaos. Marchamos a la batalla. A la victoria.

Una oleada de valor atravesó el pecho de Masarch y se encontró con que estaba de pie, temblando y después alejándose en la oscuridad que se iba desvaneciendo, susurrando sus palabras a todos con los que se cruzaba. Una y otra vez.

—Bast Fulmar canta en este día. Canta: no hay magia. No hay magia.

Con los mozos de cuadra reuniendo a los caballos y conduciéndolos por el patio que tenía detrás, la atri-preda Yan Tovis dejó las riendas de su montura en manos de un ayudante y se dirigió con zancadas decididas hacia la entrada achaparrada y amenazadora de la finca. A treinta leguas al sur de la ciudad portuaria de Rennis, la torre Boaral era el lugar de nacimiento de la brigada de las Chaquetas de Hierba, pero eso había sido un largo siglo atrás y en esos momentos un tercer o cuarto hijo de un pariente Boaral lejano era el que ostentaba la propiedad de esa fortaleza y se aferraba al anticuado título noble de dresh-preda o «señor de la heredad». Y a su mando, una guarnición que consistía en apenas una docena de soldados, al menos dos de los cuales (en la verja exterior) estaban borrachos.

Cansada, dolorida de tanto montar, y sin reserva alguna de paciencia, Yan Tovis ascendió los cuatro escalones anchos y bajos hasta las puertas principales cubiertas por un dintel. No había guardia a la vista. Levantó el pestillo de un tirón, abrió de una patada la pesada puerta, entró con paso decidido en el vestíbulo oscuro, y les dio un susto de muerte a dos ancianas con cubos y unas fregonas hechas con enredadera de khalit.

Las mujeres retrocedieron con un estremecimiento e hicieron una apresurada genuflexión.

—¿Dónde está el dresh Boaral? —preguntó Crepúsculo mientras se quitaba los guanteletes.

Las viejas intercambiaron unas miradas y una intentó algo parecido a una reverencia antes de contestar.

—Señora, pues muy bien la estará durmiendo, sí. Y nosotras, pues bien estamos limpiándole la cena.

Un bufido ahogado de la otra sirvienta.

Solo entonces detectó Yan Tovis el olor acre a bilis bajo el jabón de lejía.

—¿Dónde está el maestro de armas, entonces?

—Señora —otra reverencia y después—: pues tará cabalgando con cuatro soldaos, al oeste, como dicen, pa llegar a la costa rápido como un escupitajo de almeja, y ésa es una nube que no se posó entoavía.

—¿Ha partido hace poco, entonces? ¿Cuál era la razón? ¿Y a qué distancia está la costa?

—Señora, pos sería menos de una campaná na más, rápido como iba.

—¿Y la razón?

Otro misterioso intercambio de miradas.

—Señora, la costa pos está negra y con rumores en los últimos tiempos. Hay pescadores que desaparecen y ojos de demonios que destellan en las profundidades. Hay islas que vien tan llenas de hielo y eso, pálidas y mortales como las entrañas de la calavera de un asesino.

—¿El maestro de armas partió a cuenta de unos rumores supersticiosos?

—Señora, pues yo tengo una prima en la costa…

—La cabeza chorlito, sí —interpuso la otra vieja bruja.

—Pues será cabeza chorlito, pero eso qué más da, que son las voces del mar, que ella oyó y más de una vez. Voces, señora, como los fantasmas de los ahogaos como ella dice, que los ha oído y oído más de una vez.

Dos de los sargentos de Crepúsculo habían llegado tras la atri-preda y estaban escuchando. La oficial se aflojó la correa del yelmo.

—¿Ese maestro de armas suele estar sobrio? —preguntó.

—Alguno tie que estarlo, estar bien y eso.

—Pues es él —asintió la otra—. Y es esa una maldición que nos pone peor en malas horas de la noche como ahora…

—¡Calla! ¡Esta señora es un soldao que es superior al propio dresh!

—¿Tú qué sabes, Tirón? Pero si…

—¡Pero es que lo sé! De quién era el sobrino que cavó letrinas para los Chaquetas de Hierba, ¿eh?, ¡pues él! Y los rangos, y la torques en el cuello y el corte de la capa y to eso…

Yan Tovis se volvió hacia uno de los sargentos.

—¿Hay caballos frescos en los establos?

Un asentimiento.

—Cuatro, atri-preda.

La primera anciana le dio un empujón a la otra.

—¿Viste? —chilló—. ¡Te lo dije!

Yan Tovis echó la cabeza hacia atrás en un esfuerzo por relajar los músculos del cuello. Cerró los ojos por un momento y suspiró.

—Que los ensillen, sargento. Elíjame a tres de los jinetes menos agotados. Me voy a buscar a nuestro desaparecido maestro de armas.

—Señor. —El hombre hizo un saludo militar y partió.

La atri-preda se volvió hacia las ancianas.

—¿Dónde está el destacamento más cercano de los tiste edur? —preguntó.

Media docena de latidos de comunicación no verbal entre las dos viejas arpías antes de que la primera asintiera y contestara.

—Rennis, señora. Pos no han visitao ni una vez.

—Y dad gracias —dijo Crepúsculo—. A Boaral le habrían arrancado la cabeza de los hombros.

La segunda mujer lanzó un bufido.

—Total, pa lo que lo iba a notar…

—Shh —la riñó la primera. Después se dirigió a Crepúsculo—. Señora, dresh Boaral, pues que perdió casi toda su parentela cuando bajaron los edur. Y perdió a su

mujer, también, en el pantano de la Soga, pues, como que ya hace tres años…

La otra vieja escupió en el suelo que acababan de limpiar.

—¿Perdido? ¡Estrangulada y allí tirada, Tirón, por el señor mismo! ¡Así que ahora como que ahoga las penas! Pero es que ella era fuego, verdad, no tenía tiempo pa maridos que lloriquean, solo que a él le gusta lloriquear ¡y bien que le gusta, como pa asesinar a su propia mujer!

Crepúsculo se dirigió al sargento que permanecía con ella.

—Nos quedaremos unos días. Quiero al dresh en arresto domiciliario. Envíe un jinete a Rennis para solicitar una orden de los tiste edur. La investigación supondrá el uso de cierta hechicería, en concreto para hablar con los muertos.

El sargento hizo un saludo militar y se fue.

—Pues que mejor es no hablar con l’ama, señora.

Crepúsculo miró a la mujer con el ceño fruncido.

—¿Por qué no?

—Igual empieza a hablar y no para. El amo bebía y ella es fuego, todo fuego, a ver si ella le arranca los ojos, estando bien y eso.

—¿Vosotras dos sois brujas?

Más comunicación silenciosa entre las dos arpías; la primera adelantó un poco un pie nudoso y lleno de vello y con cuidado limpió el escupitajo de las baldosas. Crepúsculo vio que los dedos de los pies eran garras.

—¿Sois temblor? ¿Cargadoras de las viejas costumbres?

Se alzaron unas cejas arrugadas y después la llamada Tirón hizo otra reverencia.

—Nacida por aquí tie que ser como bien sabíamos, sí. Eso es, señora, usté es hija de la costa y mira que se ha ido lejos, pero no tan lejos como pa olvidar. Al ama nunca le gustamos mucho.

—¿Entonces quién la estranguló y dejó su cadáver en el pantano de la Soga, Tirón?

La otra pareció atragantarse antes de contestar.

—El dresh da sus órdenes claras como una telaraña en un camino, ¿no, Tirón? Da sus órdenes y con nosotros bien que tamos aquí desde que se colocó la primera piedra negra de la torre. Leales, sí. La sangre Boaral era sangre letherii, la primera de estas tierras, los primeros amos y eso. Dresh el Primero nos da su sangre con todo conocimiento, pa ennegrecer la piedra negra.

—¿El primer dresh de aquí os encontró y forzó vuestra bendición?

Una carcajada seca de la segunda mujer.

—¡Lo que él piensa que era bendición!

Crepúsculo apartó la vista, se hizo a un lado y apoyó un hombro en la pared sucia. Estaba demasiado cansada para aquello. El linaje Boaral, maldito por brujas temblor, que permanecían allí, vivas y vigilantes, generación tras generación. Cerró los ojos.

—Tirón, ¿cuántas esposas habéis asesinado vosotras dos?

—Ninguna sin la orden del dresh, señora.

—Pero vuestra maldición las vuelve locas, a todas y cada una. No me obliguéis a hacer otra vez la pregunta.

—Señora, pues bien serán veinte y una. Una vez que sus días fértiles han terminado. En su mayoría.

—Y habéis estado trabajando duro para mantener a los tiste edur a distancia.

—No es asunto de'llos, señora.

Ni mío. Sin embargo… eso no es del todo cierto, ¿verdad?

—Pon fin a la maldición, Tirón. Ya habéis hecho suficiente.

—Boaral mató a más temblor que ningún otro dresh, señora. Ya lo sabe.

—Ponle fin —dijo Crepúsculo, abrió los ojos y se enfrentó a las dos mujeres—, o vuestras cabezas terminarán metidas

en sacos y enterradas en lo más profundo del pantano de la Soga antes de que termine la noche.

Tirón y su compañera se sonrieron.

—Soy de la costa —dijo Yan Tovis con tono duro—. Mi nombre temblor es Crepúsculo.

Las arpías retrocedieron de repente y cayeron de rodillas con las cabezas gachas.

—Poned fin a la maldición —dijo de nuevo Crepúsculo—. ¿Queréis desafiar a una princesa de la Última Sangre?

—Ya no eres princesa —le dijo Tirón al suelo.

Yan Tovis sintió que la sangre le desaparecía de la cara; si no hubiera sido por el muro en el que se apoyaba, se habría tambaleado.

—Tu madre murió bien hace un año ya —dijo Tirón en voz baja y triste.

Y la otra bruja añadió más.

—Venía de la Isla y el bote volcó. Dicen que fue un demonio de las profundidades, se acercó demasiado empujado por una magia oscura que había en el mar, la misma magia, mi reina, que bien podría haber espoleado al maestro de armas al oeste, como dicen. Un demonio, ahí debajo del bote, y se ahogaron tos. Susurros de las aguas, mi reina, oscuros y bien casi negros.

Yan Tovis respiró hondo. Ser temblor era saber mucho del dolor. Su madre estaba muerta, una cara ya sin vida. Bueno, no había visto a la mujer en más de una década, ¿no? ¿Entonces por qué ese dolor? *Porque hay algo más*.

—¿Cómo se llama el maestro de armas, Tirón?

—Yedan Derryg, alteza. La guardia.

El hermanastro que nunca he conocido. El que huyó… de su sangre, de todo. El que se fue casi tan lejos como yo. Y sin embargo, ¿era cierto siquiera ese antiguo relato? La guardia estaba allí, después de todo, a una simple campanada a caballo de la costa. Comprendió entonces por

qué el hombre había salido aquella noche. *Algo más, y es esto*.

Yan Tovis se ciñó mejor el manto y empezó a ponerse los guanteletes.

—Dad bien de comer a mis soldados. Regresaré con Derryg antes de que amanezca. —Cuando se volvió hacia la puerta hizo una pausa—. La locura que afecta al dresh, Tirón.

Tras ella, respondió la bruja.

—Pues ya es muy tarde pa él, alteza. Pero fregaremos la piedra negra esta noche. Antes de que lleguen los edur.

Ah, sí, que envié a buscarlos, ¿no?

—Imagino —dijo, la mirada clavada en la puerta— que la ejecución sumaria del dresh Boaral será una especie de acto de misericordia para el pobre hombre.

—¿Quies hacerlo antes de que los edur lleguen aquí como se suele decir, alteza?

—Sí, Tirón. Morirá, supongo, intentando huir del arresto. —Tras un momento, preguntó—: Tirón, ¿cuántas cargadoras quedan?

—Más de doscientas, alteza.

—Entiendo.

—Mi reina —aventuró la otra—, se enviará recado, de tela a araña, como se suele decir, antes de que salga el sol. Te han elegido un desposado.

—¿Ah, sí? ¿Y quién?

—Temblor Brullyg, de la Isla.

—¿Y mi desposado permanece en el Segundo Fuerte de la Doncella?

—Eso pensamos, alteza —respondió Tirón.

Al oír eso, Crepúsculo se giró.

—¿No lo sabéis?

—La telaraña se ha partido, alteza. Casi hace un mes ya. Hielo y oscuridad y susurros, no podemos atravesar las olas.

La costa está ciega al mar, alteza.

La costa está ciega al mar.

—¿Ya ha ocurrido antes alguna vez?

Las dos brujas negaron con la cabeza.

Crepúsculo dio media vuelta y salió a toda prisa. Sus jinetes la aguardaban, montados ya, silenciosos y exhaustos. La oficial se dirigió al caballo que llevaba su silla, un castaño castrado, el mejor de todos, según vio a la luz de las antorchas, y se aupó sobre su ancho lomo.

—¿Atri-preda?

—A la costa —dijo al tiempo que recogía las riendas—. A medio galope.

La angustia había hecho estragos en la cara del maestro de Mastines, las lágrimas le corrían por las mejillas quemadas por el viento y resplandecían como sudor en la barba.

—¡Los han envenenado, atri-preda! Carne envenenada, dejada en el suelo… ¡voy a perderlos a todos!

Bivatt maldijo por lo bajo antes de contestar.

—Entonces tendremos que prescindir de ellos.

—Pero los magos edur…

—Si los nuestros no pueden tratarlos, Bellict, tampoco pueden los hechiceros; las tribus edur no crían perros para la guerra, ¿no? Lo siento. Déjame ahora.

Solo una sorpresa desagradable más para recibir ese amanecer. Su ejército había marchado durante las últimas dos campanadas de la noche para llegar al valle, quería ser la primera en disponer sus tropas para la batalla inminente, para obligar a Mascararroja a reaccionar en lugar de iniciar. Dada la ubicación del campamento lezna, no le había parecido que fuera necesario apurar la marcha, anticipaba que hasta mediodía, como mínimo, los salvajes no aparecerían en el lado este de Bast Fulmar, lo que anularía

cualquier ventaja de contar con el sol brillante de la mañana a la espalda.

Pero ese campamento enemigo había sido un truco.

A menos de media legua del valle, los exploradores habían regresado a la columna y habían informado de fuerzas enemigas en masa en Bast Fulmar.

¿Cómo era que sus magos no los habían encontrado? No tenían respuesta, solo un miedo inquietante en los ojos. Ni el k'risnan den-ratha de Brohl Handar ni sus cuatro hechiceros habían sido capaces de explicar el éxito del engaño de Mascararroja. La noticia había dejado en Bivatt el sabor amargo de lo que solo podía recriminarse a sí misma, confiar en los magos había sido un error, una pereza que se apoyaba en éxitos pasados. Los exploradores habrían descubierto la treta días antes si ella se hubiera molestado en enviarlos más allá del horizonte. Al mantenerlos cerca, garantizaba que no habría incursiones ni emboscadas, maniobras ambas por las que eran famosos los leznas. Ella había seguido el protocolo al pie de la letra.

Maldito sea ese tal Mascararroja. Es obvio que conoce el protocolo tan bien como yo. Y lo ha utilizado contra nosotros.

La batalla que los aguardaba era inminente y el brillante sol del amanecer resplandecería en los ojos de sus soldados cuando se derramase la primera sangre.

Se alzó sobre los estribos y volvió a examinar con los ojos guiñados el otro lado del valle. Leznas montados que se arremolinaban en un caos aparente, yendo de un lado a otro, levantando nubes de polvo que ardían con un tono dorado a la luz de la mañana. Muchos arqueros a caballo. Tendían a concentrarse delante de una de las laderas más anchas del sur, a la derecha de la atri-preda. Había una segunda pendiente más ligera un poco a su izquierda y allí, cambiando de postura con gesto inquieto, había cinco cuñas

distintas de guerreros leznas a pie, revistiendo lo que pasaba por risco; la oficial pudo ver sus largas lanzas agitándose como juncos en una orilla. Lanzas, no esas espadas endebles que les habían vendido los agentes del comisionado. Le pareció que había unos mil guerreros por cuña, demasiado disciplinados incluso en ese momento, antes de comenzara la lucha. *Deberían estar borrachos. Aporreando los escudos. Sus chamanes deberían estar corriendo de un lado para otro delante de ellos, bajando hasta el lecho del río. Enseñándonos sus traseros mientras defecan. Chillando maldiciones, bailando para invocar a los espíritus y todo lo demás. En su lugar, esto…*

Bueno, ¿qué probabilidad hay de que esas cuñas sobrevivan al contacto con mis soldados? No están adiestrados para este tipo de guerra, y Mascararroja no ha tenido tiempo de montar más que esta fina capa de organización. Yo tengo más de dieciséis mil conmigo. Dieciocho si incluyo a los tiste edur. Este ejército supera en número a toda la población lezna de guerreros, y si bien desde luego parece que Mascararroja los ha reunido a todos, siguen sin ser suficientes.

Pero el tipo no le estaba poniendo fácil calcular el número. El movimiento tumultuoso de los arqueros montados, las nubes de polvo, la línea de visión truncada más allá del risco del valle… la estaba dejando a ciegas.

Brohl Handar detuvo su caballo a su lado y habló en voz muy alta para hacerse oír por encima del movimiento de las tropas de la atri-preda y los oficiales que bramaban órdenes.

—Atri-preda, parece que tiene intención usted de mantener en reserva a la mayor parte de su infantería media. —Señaló a su espalda para puntuar sus palabras. Después, cuando fue obvio que ella no pensaba responder, señaló al frente—. Los flancos de este valle, si bien no son muy escarpados, están ribeteados de canales de drenaje…

—Estrechos —interpuso ella—. Nada profundos.

—Cierto, pero sirven para dividir el campo de batalla en segmentos.

La atri-preda lo miró.

—Tenemos tres de esos canales en nuestro lado, y todos ellos a mi derecha. Ellos tienen cuatro, uno a mi derecha, dos delante de mí y uno a mi izquierda… y en esa dirección, el norte, el valle se estrecha. —Le indicó con una mano—. ¿Ve el peñasco de nuestro lado, allí, donde se están emplazando las ballestas dresh? No se puede asaltar desde el fondo del valle. Ésa será nuestra roca en la corriente. Y antes de que acabe el día, no solo una roca, sino un yunque.

—Siempre que pueda contener allí la desbandada —comentó el tiste edur.

—Le ruego al Errante para que los leznas decidan huir por ese desfiladero. Puede que no parezca letal, pero le aseguro que si empuja a unos cuantos miles de bárbaros aterrados a ese embudo, morirán tantos pisoteados como masacrados por nosotros.

—Así que su intención es bajar arrasando y entrar con el flanco derecho para empujar al enemigo al fondo del valle, al norte, hacia ese estrechamiento. ¿Mascararroja no puede ver lo mismo?

—Él fue el que eligió este sitio, supervisor.

—Lo que sugiere que ve lo mismo que usted, que este lugar invita a formar un semicírculo para canalizar a sus guerreros al norte, a la muerte. Usted dijo, no es cierto, que ese tal Mascararroja no es tonto. ¿Cómo contrarrestará entonces lo que usted pretende?

La atri-preda miró el valle una vez más.

—Supervisor, me temo que no tengo tiempo para esto…

—¿No nos sería más ventajoso que emplazara usted poco a poco sus fuerzas, dada la posición del sol?

—Creo que él ya está listo —respondió la oficial, que hubo de contener su irritación—. Podría avanzar en cualquier momento, y nosotros no estamos listos.

—¿Entonces por qué no retirarnos?

—Porque la llanura que tenemos detrás es plana y se extiende a lo largo de leguas enteras, él tendrá más guerreros montados que yo, con armaduras más ligeras que mis lanceros rosazules, y sobre caballos descansados; pueden hostigarnos a voluntad, supervisor. Y lo que es peor, nosotros hemos perdido a nuestros perros de guerra, mientras que, por los ladridos que se oyen, Mascararroja tiene cientos si no miles de sus perros de tiro y ganaderos. Lo que sugiere que puede provocar el caos, una sucia sucesión de escaramuzas, ataques, fintas, incursiones…

—Muy bien —la interrumpió Brohl Handar—. Atri-preda, mi k'risnan me dice que este valle está muerto.

—¿Qué quiere decir, «muerto»?

—Despojado de las energías que se utilizan para crear magia. Ha sido… asesinado.

—¿Es por eso que ninguno de los magos percibió al ejército lezna?

Brohl Handar asintió.

¿Asesinado? ¿Por Mascararroja? No importa.

—¿Le preguntó a su k'risnan por la batalla inminente? ¿Podrá utilizar hechicería?

—No. Y tampoco podrán usarla sus magos, atri-preda. Según dijo, aquí no habrá magia. En este valle. Por eso aconsejo de nuevo que nos retiremos. Incluso en la llanura, expuestos como ha afirmado que estamos, al menos tendremos la hechicería.

Bivatt se quedó callada y lo pensó. Ya sabía que sus magos no podrían hacer nada en aquel valle, aunque no le habían podido explicar por qué. Que los hechiceros edur hubieran averiguado la razón confirmaba que había

implicada magia espiritual. Tras un largo momento, la atri-preda maldijo y sacudió la cabeza.

—Seguimos superándolos en número, con tropas más disciplinadas y con mejores armaduras. Hierro contra hierro, hoy aplastaremos a los leznas. El final de esta guerra, supervisor. ¿No aconsejó usted una campaña rápida y precisa?

—Así es. Pero no estoy tranquilo, atri-preda.

—Nos aguarda una batalla, no hay nadie tranquilo.

—No en ese sentido.

Bivatt hizo una mueca.

—Mantenga a sus guerreros, supervisor, a medio camino entre nuestro campamento base y mis unidades de reserva; una infantería media, por cierto, que está dispuesta en batallones independientes de quinientos como mínimo, y cada uno protege a uno de mis magos. Y ellos no están en el valle.

—Así pues, si se ve obligada a retirarse…

—Estaremos en posición de mitigar la persecución con hechicería, sí.

—¿Es ése su plan? ¿Una retirada fingida, atri-preda?

—Uno de ellos, pero no creo que vaya a ser necesario.

Brohl Handar la estudió durante un largo momento, después recogió las riendas e hizo dar la vuelta al caballo.

—Volveré a emplazar a mis guerreros, entonces.

Cuando se alejó, comenzaron a sonar cuernos de señales en el lado occidental del valle; las unidades anunciaban que estaban en posición y listas. Bivatt se aupó una vez más en los estribos y examinó las líneas.

Esa sección del valle invitaba a un avance anunciado, el borde occidental se arqueaba, marcando lo que había sido una amplia curva en el curso del río muerto tiempo atrás. El lado enemigo era más ondulado y se abultaba en el centro. El acceso más ancho para los leznas era por la derecha de la

oficial. Para contrarrestarlo, ella había ubicado tres legiones de la Brigada Rampante Carmesí en formación de muro de escudos en la cima de la ladera, mil quinientos soldados de infantería media flanqueados por el lado más cercado por quinientos pesados de la Brigada Harridicta. En el extremo derecho, y ya metiéndose en el valle, había mil soldados escaramuzadores de la infantería ligera de la Rampante Carmesí. Entre los pesados, otros mil quinientos escaramuzadores, esta vez del Batallón Artesano, iban, del mismo modo, en desorden, bajando poco a poco. Los soldados de infantería de ese lado ocultaban tres alas de caballería rosazul: mil quinientos lanceros que, cuando ella diera la señal, se precipitarían entre los escaramuzadores del sur y el muro de escudos de la Rampante Carmesí para empezar a empujar al enemigo al norte por el fondo del valle, al tiempo que el muro de escudos avanzaba hacia el lecho del río.

Justo a la derecha de la atri-preda, en un modesto abombamiento de la línea del risco, la oficial había colocado a la guarnición de Drene (mil quinientos soldados de infantería media) asomándose a un acceso encerrado por dos canales de drenaje. Enfrente de ella esperaban las cuñas combinadas de mil soldados de infantería pesada del Batallón de los Mercaderes, en formación de dientes de sierra, que haría avanzar ladera abajo y después girar a la izquierda o la derecha según se desarrollase la batalla. Hacia la derecha era problemático, en el sentido de que tendrían que cruzar un canal de drenaje, pero lo harían casi al principio del descenso, así que a la atri-preda no le preocupaba demasiado.

Justo a su izquierda esperaban tres medias legiones de pesados del Batallón Artesano, ocultas por un millar de escaramuzadores de la Harridicta que acababan de empezar su descenso hacia el amplio y plano lecho del río. Al norte de

esas unidades aguardaba el puño de cota de malla de la atripreda, mil soldados de la pesada de la Rampante Carmesí, de nuevo en formación de dientes de sierra, contra la que esperaba que Mascararroja lanzara su fuerza principal de guerreros, a los que ya tenía allí enfrente, todavía ateniéndose a sus formaciones de cabeza de lanza, cinco en total.

Detrás de ese muro sólido de infantería pesada esperaban las tres compañías restantes de lanceros de Rosazul, aunque eso era una finta, porque Bivatt tenía intención de enviarlos al norte, para que rodeasen el montículo de la ballesta y bajaran al lecho del río más allá del cuello de botella.

Al norte de la infantería pesada de la Rampante Carmesí había otro muro de escudos de la infantería media de la brigada, emplazada para proteger el flanco de los pesados por la derecha y el acceso al montículo por la izquierda.

Bivatt se volvió a acomodar en su silla, hizo un gesto y un ayudante se apresuró a su lado.

—Haga una señal a la pesada de la Rampante Carmesí, que avance hacia el valle y se detenga a medio camino entre su posición actual y el lecho del río. Confirme que las ballestas dresh tienen las miras colocadas para la escalada.

El mensajero salió corriendo hacia el bloque de comunicadores que se habían reunido con sus banderas en la plataforma elevada que tenía detrás la oficial. Sin magos, tenían que recurrir a las antiguas prácticas de comunicación. La situación estaba lejos de ser ideal, admitió Bivatt, y una vez que las nubes de polvo se alzaran sobre el combate… bueno, en ese punto las señales solían dejar de ser relevantes, después de todo.

Hizo un gesto para llamar a otro ayudante.

—Envíe el flanco izquierdo de lanceros al norte del cuello de botella.

A la derecha e izquierda de la ladera del valle que tenía delante había escaramuzadores letherii alcanzando las arenas del lecho del río, todavía sin encontrar respuesta. El sonido de concentraciones de soldados en movimiento se alzaba en un susurro sobre el trueno de los cascos de los caballos del otro lado del valle.

En ese lado, las nubes de polvo iluminado por el sol lo ocultaban casi todo, pero Bivatt observó que esas nubes se extendían tanto al norte como al sur, mucho más allá del lugar de la batalla. *Bueno, una de ellas marca una finta, seguro que la del norte. Sabe cuál de mis cuernos profundizará más en el ataque antes de girar*. Llamó a un tercer mensajero.

—Dé la señal a los lanceros del flanco derecho para que avancen hasta el borde del lecho del río, en formación amplia por si los escaramuzadores tienen que retirarse a toda prisa. Los medios de la Rampante Carmesí y los pesados de la Harridicta que bajen marchando tras ellos.

Empecemos de una vez con esto, Mascararroja.

No lo veía. No había grupos de estandartes ni pendones que marcaran la posición de mando. No había jinetes que convergieran en un lugar y luego salieran de nuevo.

Pero, al fin, movimiento. Escaramuzadores con armadura ligera empezaban a precipitarse al encuentro de su avance derecho. Guerreros con hondas, arqueros con arcos cortos, lanzadores de jabalinas, escudos de piel redondos y cimitarras. La concentración de arqueros a caballo que había estado yendo de un lado a otro por ese risco había desaparecido de repente.

—¡Que los lanceros del sur esperen! —soltó de repente Bivatt. Esos escaramuzadores leznas era una invitación a la carga, momento en el que esos arqueros montados, y lo que fuera que acechara tras ellos, barrerían el flanco de su caballería.

Se estaba produciendo un combate ligero entre los escaramuzadores, justo debajo de la guarnición de Drene. Las jabalinas eran una inclusión inesperada y su eficacia estaba haciendo correr la sangre.

Los escaramuzadores de la Rampante Carmesí situados más al sur habían cruzado el lecho del río y viraban hacia el norte, todavía a mil pasos o más de entrar en contacto con sus contrapartidas leznas. Entonces empezaron a descender flechas sobre ellos, arqueros montados que atestaban el risco justo encima de la orilla más escarpada. No se les podía llamar nubes de proyectiles, pero sí suficientes para que los escaramuzadores con armadura ligera se encogieran y después se retiraran un poco hacia el lecho del río.

Donde se estaba combatiendo cuerpo a cuerpo, los escaramuzadores de los Artesanos (al tiempo que capeaban el ataque de jabalinas) estaban haciendo retroceder a los leznas.

El aire de primeras horas de la mañana permanecía quieto, lo que era exasperante, no había viento alguno y el polvo giraba, rodaba y se extendía en una bruma cada vez más espesa.

Al ver al medio millar de infantería pesada de la Harridicta aparecer en el borde occidental del lecho del río, los escaramuzadores leznas comenzaron una retirada en masa, muchos arrojando al suelo sus escudos redondos.

Mascararroja no es dueño de sus corazones. Ah, podemos acabar con ellos aquí mismo. Con unos cuantos golpes fuertes y duros.

—¡Haga una señal a los pesados de los Mercaderes para que avancen y giren al sur!

A la izquierda de Bivatt, el único movimiento era el que hacían sus fuerzas, los escaramuzadores de la Harridicta, y justo al norte de ellos, la infantería pesada de la Rampante Carmesí, casi ya en el lecho del río. La atri-preda entrecerró

los ojos y miró el lado contrario del valle. Quizá el caos que estaba viendo era prueba de la pérdida de control de Mascararroja. *No, espera. Espera hasta que tomemos el extremo sur del valle*.

Los escaramuzadores de los Artesanos estaban intentando mantener el contacto con los leznas que se retiraban, pero Bivatt advirtió que los sargentos los tenían bajo control y los mantenían justo por delante de la avanzada de pesados de su flanco derecho. *Aun así, arrojar esos putos escudos*…

Y entonces, justo ante ella, aparecieron arqueros montados, una lanza estrecha que bajaba por el centro del campo de batalla, con solo escaramuzadores enfrente de ellos, que de inmediato retrocedieron ladera arriba en un ángulo que viraba al sur para meterse detrás de la infantería pesada del Batallón de los Mercaderes de Bivatt. *¿Mascararroja está loco? Esa punta de lanza se estrellará contra los pesados, no es así como carga la caballería, ¡solo son arqueros a caballo!*

Momento en el que los arqueros montados viraron y la lanza se convirtió en una línea de mil o más que de repente se precipitó hacia el sur.

Sorprendiendo a los escaramuzadores de los Artesanos por el flanco.

Destellaron flechas.

La infantería ligera letherii pareció fundirse y los cuerpos empezaron a desmoronarse. Los supervivientes echaron a correr para salvar la vida.

La amplia línea de arqueros a caballo comenzó entonces una maniobra complicada, asombrosa; el extremo oriental fue frenando y subiendo hacia el este, tirando para cambiar de posición la línea y darle una orientación sur-norte; comenzaron a barrer a flechazos las filas frontales de la infantería pesada de la Harridicta y después la infantería

media de la Rampante Carmesí antes de que la cabeza de la línea volviera a virar al este y más proyectiles subieran dibujando un arco hacia los lanceros rosazules, que respondieron con un estruendo de cuernos y se abalanzaron contra los leznas.

Pero a los otros no les interesaba entrar en combate. La línea se partió cuando los jinetes azuzaron sus monturas y regresaron al risco oriental.

—¡Detengan esa carga! —gritó Bivatt. *Nos pican y arremetemos, ¿quién está al mando de esa ala?*

Cuando los lanceros se extendieron en su enconada persecución, tres alas de guerreros montados leznas con armas y armaduras pesadas aparecieron en el risco y se precipitaron por la pendiente para atacar a las compañías rosazules por el flanco. Tres alas, que superaban a los lanceros en una proporción de dos a uno.

Bivatt observó furiosa que su caballería intentaba girar para enfrentarse al ataque, mientras que otros respondían a su orden y, por tanto, perdían todo impulso.

—¡Den la señal de retirada para esos lanceros!

Demasiado tarde.

Los guerreros montados leznas pasaron barriendo entre los escaramuzadores desperdigados de la Rampante Carmesí y se arrojaron contra las compañías rosazules.

Bivatt oyó gritos animales, sintió temblar el impacto por el suelo, suficiente para que su montura tuviera que dar un paso de lado, y después el polvo ocultó la escena.

—¡Avance de los pesados a paso ligero!

—¿Qué pesados, atri-preda?

—¡Los de la Harridicta y Mercaderes, idiota! ¡Y la misma orden para los medios de la Rampante Carmesí! ¡Rápido!

Vio jinetes y caballos sin caballeros aparecer de pronto entre los remolinos de polvo. Habían hecho pedazos a sus lanceros, ¿iban los leznas en persecución? *La sangre debe*

de hervirles… oh, que pierdan el control, ¡que se encuentren con los puños de mis pesados!

Pero no, allí estaban, subiendo por la ladera contraria, agitando las armas en el aire para anunciar su triunfo.

Se dio cuenta de que los escaramuzadores leznas volvían a aparecer en el risco, en bloques que dejaban avenidas en medio para dejar paso a los jinetes, pero esa infantería ligera se había transformado. Equipados con escudos rectangulares recubiertos de cobre y portando lanzas largas, cerraron filas tras el último de los guerreros montados y estabilizaron la línea al borde mismo del risco.

En el fondo del valle, el polvo trepaba al cielo e iba revelando poco a poco los efectos devastadores de la carga de ese flanco contra las compañías rosazules. *Por el Errante en el inframundo, los han aniquilado*. Cientos de escaramuzadores muertos o moribundos cubrían los terrenos a ambos lados del fatídico impacto.

Su avance por la derecha había sufrido una profunda herida. *Todavía no es mortal, pese a todo*.

—Que avancen los medios y las dos pesadas por el valle, ordenen que entablen combate con esa línea del risco. ¡Formaciones de cuña! —*Esos escaramuzadores están demasiado desperdigados para aguantar*.

—¡Atri-preda! —exclamó una ayudante—. ¡Movimiento en el lado norte!

Bivatt llevó su caballo a medio galope hasta el borde mismo de la elevación y examinó la escena inferior, a su izquierda.

—¡Informen!

—Lanceros rosazules en retirada, atri-preda; el fondo del valle detrás del cuello de botella es suyo…

—¿Qué? ¿Cuántos malditos arqueros montados tiene ese hombre?

La oficial sacudió la cabeza.

—Perros de guerra, señor. Cerca de dos mil de esos puñeteros bichos; atravesaron las hierbas altas de la cuenca, los lanceros los tenían encima antes de poder enterarse de algo. Los caballos se volvieron locos, señor…

—¡Mierda! —Después, al ver los ojos muy abiertos de la mensajera, se contuvo—. Muy bien. Que muevan la infantería media de reserva al flanco norte del montículo. —*Setecientos cincuenta, Batallón de los Mercaderes. Dudo que intenten enviar perros contra eso. Aún puedo hacerlos avanzar para que vuelvan a tomar la salida del cuello de botella cuando llegue el momento*.

Mientras lo pensaba, iba estudiando la disposición que tenía delante. Justo enfrente, los mil escaramuzadores de la Harridicta habían cruzado el lecho del río, al tiempo que la sierra dentada de la avanzadilla de la Rampante Carmesí se colocaba en terreno llano. Y las cinco cuñas de guerreros de Mascararroja iban marchando para enfrentarse a ellos. *Excelente. Inmovilizamos ese combate, una escalada de ballestas para debilitar su flanco norte, y luego bajan los medios de la Rampante Carmesí y viran hacia su flanco*.

Por sorprendente que fuera, las cuñas leznas más o menos mantuvieron la formación, aunque cada una se encontraba a una distancia considerable de los vecinos de los flancos; una vez que las distancias se acortaran, Bivatt sospechaba que las cuñas empezarían a mezclarse y los bordes a deshacerse. Marchar al unísono era la maniobra de batalla más difícil, después de todo. Entre cada una de las cuñas, así pues, estarían los puntos débiles. Quizá suficientes para penetrar con los dientes de sierra y comenzar a aislar cada cuña.

—¡Perros de guerra en el montículo!

La atri-preda giró en redondo al oír el grito.

—¡Por la patada del Errante! —Ladridos frenéticos, chillidos de los equipos de artilleros—. ¡Legión de la

segunda reserva, los Artesanos! Avancen a paso ligero, ¡masacren a esas puñeteras bestias!

Recordó de una manera vaga una escena de meses antes… heridos pero vivos, apenas un puñado de bestias en una colina que se asomaba a un campamento lezna observaba a los letherii que daban muerte a los últimos de sus amos. Y Bivatt se preguntó con un estremecimiento de miedo supersticioso si esas bestias no se estarían vengando con una furia feroz. *Maldita sea, Bivatt, eso ya da igual*.

Vio entonces que las cabezas de lanzas leznas no se estaban juntando, y tampoco había necesidad una vez que ella había perdido de momento sus ballestas. De hecho, las dos cuñas más septentrionales estaban virando para desafiar a su infantería media de la Rampante Carmesí. Pero Bivatt sabía que eso sería un combate al viejo estilo y que los leznas no poseían la disciplina ni el adiestramiento necesarios para ese tipo de masacre acerada.

Con todo, Mascararroja no está librando esta batalla al estilo lezna, ¿verdad? No, esto es otra cosa. Está tratando esto como un combate en miniatura en las llanuras (el modo en que esos arqueros montados giraron, volvieron a formar y de nuevo otra vez), golpean y huyen, ésa es la táctica, todo a una escala más compacta.

Ahora lo veo, pero no funcionará mucho más tiempo. Una vez que los guerreros de Mascararroja trabaran combate con su puño blindado.

Las puntas de lanza leznas estaban acercándose a la parte llana del lecho del río, los dos lados entablarían combate en la arena compacta del lecho en sí. Ninguno de los bandos contaría con la ventaja de una ladera, *hasta que cambie la marea. De un modo u otro, no, no pienses*…

Una nueva reverberación hizo temblar el suelo. Más profunda, agitada, ominosa.

Surgieron del polvo, entre las cuñas leznas, unas formas enormes que se abalanzaban con un rumor sordo.

Carretas. *Carretas leznas, hijaputas de seis ruedas*… no arrastradas, sino empujadas. El fondo, atestado de guerreros medio desnudos con lanzas erizadas. Toda la zona frontal de cada carreta que avanzaba balanceándose, dando cabezadas, era un bosque horizontal de lanzas enormes. Unos escudos redondos estaban superpuestos para componer media concha de tortuga que encerraba la sección delantera.

Atravesaban como un trueno las amplias brechas que quedaban entre las cuñas, veinte, cincuenta, un centenar; se movían con pesadez, pero rodaban tan rápido tras el largo descenso al valle que las masas de fornidos guerreros que las habían estado empujando, y que seguían su estela, tenían que correr para alcanzarlas.

Las carretas se precipitaron directamente contra el frente de la infantería pesada de la Rampante Carmesí.

Cuerpos vestidos con armaduras dieron volteretas por encima de la multitud cuando la formación de sierra entera quedó destrozada; y fue entonces cuando los fanáticos de torso desnudo que montaban esas carretas se precipitaron por todos lados, chillando como demonios.

Las tres cuñas que se enfrentaban a la infantería pesada se metieron en la estela caótica y comenzaron a masacrar todo lo que se les ponía a tiro.

Bivatt se lo quedó mirando todo, sin poder creérselo. Después reaccionó.

—Pesada de Artesanos, avancen a paso ligero, en forma de medialuna, y preparados para cubrir la retirada.

La ayudante que tenía al lado la miró con fijeza.

—¿Retirada, atri-preda?

—¡Ya me ha oído! ¡Dé la señal de retirada general e indique a los Rampantes Carmesíes que retrocedan!

¡Deprisa, antes de que los masacren a todos y cada uno!

¿Nos seguirá Mascararroja? Oh, sí, sufriré graves pérdidas si lo hace, pero también le devolveré un buen golpe… en las llanuras. Veré estallar sus huesos en llamas…

Bivatt oyó más carretas, esa vez a su derecha. *Mi otra avanzada*…

—¡Toquen retirada general!

Resonaron los cuernos.

Unos gritos tras ella.

—¡Ataque contra el campamento de provisiones! ¡Ataque…!

—¡Silencio! ¿Cree que los edur no pueden lidiar con eso? —Rezó para que Brohl Handar pudiese. Sin suministros esa campaña estaba acabada. *Sin suministros jamás conseguiremos regresar a Drene. El Errante nos proteja, el otro ha sido más listo que yo en cada momento*…

Y en ese instante comenzó a alzarse un sonido a su espalda para contradecirla en el valle. Enferma de pavor, le dio la vuelta al caballo y regresó pasando junto a la plataforma de los comunicadores.

Las unidades de reserva que le quedaban habían girado todas y miraban hacia el otro lado. Al ver a un oficial metiéndose entre dos de los cuadrados, Bivatt azuzó a su montura para alcanzarlo.

—En el nombre del Errante, ¿se puede saber qué está pasando allí? —preguntó. Gritos lejanos, el hedor a humo, un trueno…

El yelmo se volvió hacia ella, el rostro que había debajo estaba pálido.

—¡Demonios, atri-preda! Los magos los persiguen…

—¿Que hacen qué? ¡Mándelos llamar, maldito sea! ¡Mándelos llamar ya!

Brohl Handar permanecía sentado a horcajadas sobre su caballo en compañía de ocho caudillos arapay, cuatro hechiceros y el k'risnan den-ratha. Los dos mil soldados de a pie (guerreros tiste edur, categorizados en términos militares letherii como infantería de media a ligera) estaban dispuestos en ocho bloques definidos, ataviados con armaduras completas y esperando la señal de marchar.

El campamento de suministros se extendía por una colina amplia, casi plana, a cien pasos de distancia, las bestias de carga metidas en corrales se arremolinaban bajo el polvo y el humo de estiércol que subía flotando. El supervisor podía ver las tiendas del hospital que iban levantando por el lado más cercano, los lados de lona brillaban bajo la luz de la mañana. Sobre otra colina, al norte del campamento de provisiones, giraban dos halcones, o quizá eran águilas. Aparte de eso, el cielo estaba vacío, una extensión de azul profundo que iba empalideciendo a medida que ascendía el sol.

Unas mariposas aleteaban entre florecillas amarillas, sus alas imitaban con precisión el color de los pétalos, comprendió Brohl, sorprendido de no haber notado ese detalle antes. *La naturaleza sabe lo importante que es el disfraz y el engaño. La naturaleza nos recuerda lo que significa sobrevivir*. Los tiste edur habían comprendido esas verdades… grises como las sombras de las que habían surgido ellos; grises como los troncos de los árboles en los bosques turbios de ese mundo; grises como las mortajas del atardecer.

—¿Qué hemos olvidado? —murmuró.

Un caudillo arapay, un preda, volvió el yelmo; el rostro lleno de cicatrices bajo el borde sobresaliente quedaba en sombras.

—¿Supervisor? Estamos apostados como ordenó…

—No importa —lo interrumpió Brohl Handar, al que irritó de una forma inexplicable la atención del veterano—. ¿Qué guardia hay en el campamento?

—Cuatrocientos de infantería surtida —respondió el guerrero, después se encogió de hombros—. Esos letherii siempre se confían demasiado.

—Es lo que pasa cuando hay una superioridad abrumadora —dijo alargando las palabras otro arapay.

El primer preda asintió.

—Recuerdo bien, viejo amigo, la sorpresa de sus rostros el día que los hicimos pedazos a las afueras de Letheras. Como si de repente el mundo se revelara como algo diferente a lo que siempre habían creído. Esa expresión… era incredulidad. —El guerrero lanzó una pequeña carcajada—. Demasiado ocupados negándolo todo para adaptarse cuando más falta hacía.

—Ya basta —soltó de repente Brohl Handar—. Las fuerzas de la atri-preda han entrado en combate con los leznas, ¿no lo oyen? —Giró en su silla y miró con los ojos entrecerrados al este—. Miren el polvo. —Se quedó en silencio una docena de latidos y después se volvió hacia el preda arapay—. Lleve dos cohortes al campamento. Cuatrocientos letherii no son suficientes.

—Supervisor, ¿y si nos llaman para reforzar a la atri-preda?

—Si nos llaman, entonces es que este día está perdido. Le he dado una orden.

Un asentimiento y el preda azuzó su caballo hacia los guerreros edur dispuestos.

Brohl Handar estudió al k’risnan que tenía a su lado durante un momento. La doblada criatura estaba encorvada en la silla como un cuervo hinchado. Iba encapuchado, sin duda para ocultar los estragos que habían retorcido lo que

habían sido unos rasgos atractivos. Hijo de un jefe, transformado en un icono espeluznante del poder caótico ante el que se arrodillaban en ese momento los tiste edur. Vio que la figura se crispaba.

—¿Qué lo aflige? —preguntó el supervisor.

—Algo, nada. —La respuesta fue gutural, las palabras desfiguradas por una garganta deforme. Era el sonido del dolor, perdurable e incesante.

—¿Qué?

Otro espasmo que podía pasar, comprendió Brohl, por un encogimiento de hombros.

—Pisadas sobre tierra muerta.

—¿Una partida de guerra lezna?

—No. —La cabeza encapuchada fue girando hasta que la cara engullida por las sombras se dirigió al supervisor—. Algo más pesado.

Brohl Handar recordó de golpe las enormes huellas de garras halladas en la hacienda destruida. Se irguió y se llevó una mano a la cimitarra arapay que llevaba al costado.

—¿Dónde? ¿En qué dirección?

Una larga pausa, después el k’risnan señaló con una mano engarfiada.

Hacia el campamento de suministros.

Donde estallaron gritos repentinos.

—¡Cohortes a paso ligero! —bramó Brohl Handar—. ¡K’risnan, usted y sus hechiceros, conmigo! —Y con eso azuzó a su caballo y espoleó a la sobresaltada bestia, que partió a medio galope y después al galope.

Vio algo más adelante que el preda arapay, que había estado escoltando a las dos cohortes, ya les había ordenado que emprendieran la media carrera. El yelmo del guerrero se volvió y observó al supervisor y su cuadro de magos cuando pasaron a su lado a toda velocidad.

Más adelante se oían los mugidos y rebuznos de bueyes y mulas aterradas, animales afligidos e indefensos, por encima de los sonidos de la matanza. Habían caído tiendas, las cuerdas azotaban el aire y Brohl empezó a ver figuras que huían del campamento y salían disparadas hacia el norte…

… donde los aguardaba una emboscada lezna perfecta. Una emboscada que surgía de las hierbas altas. Flechas, jabalinas, que atravesaban como granizo el aire. Cuerpos despatarrados, cayendo, y salvajes que se abalanzaban sobre ellos con lanzas, hachas y espadas entre gritos de guerra.

Nada que se pueda hacer por ellos, pobres cabrones. Tenemos que salvar los suministros.

Llegaron a la pequeña ladera y cabalgaron a toda velocidad hacia la fila de tiendas del hospital.

La bestia que apareció de repente justo delante de ellos era sin duda un demonio, una imagen que se cerró como una garra en su mente, la conmoción del reconocimiento. *Nuestro antiguo enemigo… tiene que serlo… Los edur no olvidan*.

La cabeza adelantada sobre un cuello sinuoso, la mandíbula ancha y abierta que revelaba colmillos como dagas, unos hombros inmensos detrás del cuello, brazos largos y musculosos con enormes hojas curvas de hierro atadas donde deberían estar las manos. Inclinándose todo lo posible hacia delante mientras corría hacia ellos sobre unas formidables patas traseras, la cola titánica estirada y recta para mantener el equilibrio, de repente tenían a la bestia justo en medio.

Los caballos gritaron. Brohl se encontró a la derecha del demonio, casi al alcance de esas hojas de guadaña, y se quedó mirando, horrorizado, la cabeza de víbora que saltaba hacia delante y las mandíbulas que se abalanzaban sobre el cuello de un caballo, se cerraban, aplastaban y después

arrancaban, entre un chorro de sangre, la boca todavía llena de carne y hueso, la columna del caballo medio desgarrada de la horrenda brecha dejada por el paso de esas mandíbulas salvajes. Una hoja cortó por la mitad al hechicero sentado a horcajadas sobre esa montura. La otra espada cayó con una cuchillada, atravesó el muslo de otro hechicero y la silla, se hundió en el hombro del caballo y aplastó la escápula y las costillas. La bestia se derrumbó bajo el mazazo y el jinete (el muñón amputado de la pierna chorreando sangre) empezó a tambalearse, equilibrado por un momento sobre el otro estribo, pero se derrumbó y aterrizó en el suelo, donde el casco de otro caballo se estampó contra su cara levantada.

El caballo del supervisor pareció chocar con algo y se partió las dos patas delanteras. El animal se precipitó al suelo y en su caída lanzó a Brohl por encima de su cabeza. Éste se golpeó contra el suelo y, con la voltereta, la hoja de la cimitarra le mordió la pierna izquierda, hasta que terminó deteniéndose delante de su montura, que agitaba las patas. La cola del demonio había hecho un barrido y se había interpuesto en su recorrido.

Brohl lo vio darse la vuelta para volver a atacar.

Una oleada espumeante de hechicería se alzó en el camino de la criatura, subiendo cada vez más, armándose de poder.

El demonio se desvaneció de la vista de Brohl tras esa ola agitada.

La luz del sol ocultó de repente…

… al demonio en el aire, arqueándose sobre la cima de la magia del k’risnan y después bajando, las garras de las patas traseras estiradas. Una se cerró sobre otro hechicero y empujó la cabeza en un ángulo demencial hasta meterla en el hueco que quedaba entre los hombros del hombre a medida que el peso del demonio descendía; el caballo

desmoronándose bajo esa fuerza abrumadora, las patas partiéndose como si fueran simples ramitas. La otra garra lo barrió todo rumbo al k’risnan, un golpe oblicuo que lo arrojó del lomo de su cabalgadura, que quiso salir disparada, pero las zarpas atraparon la grupa del animal antes de que pudiera saltar fuera de su alcance; las garras se hundieron en el cuerpo y extirparon una masa de carne que reveló (en un destello sangriento) los huesos de las caderas y de la parte superior de las patas.

El caballo se derrumbó en una caída retorcida que le fracturó costillas a menos de tres zancadas de donde estaba tirado Brohl. El supervisor vio el blanco de los ojos de la bestia, conmoción y terror, el espectro de la muerte…

El edur intentó levantarse, pero le pasaba algo en la pierna izquierda, se le había quedado sin fuerzas y sintió un peso extraño, empapado, en la hierba enmarañada. Bajó la mirada. Rojo de la cadera hacia abajo; su propia cimitarra le había abierto en ángulo, en el muslo, una brecha profunda y rebosante, el corte terminaba justo por encima de la rodilla.

Una herida mortal (no dejaba de sangrar); Brohl Handar cayó hacia atrás y se quedó mirando el cielo sin poder creérselo. *Me he matado yo solo*.

Oyó los golpes secos de los pies del demonio, rápidos, alejándose; después un sonido más profundo, la precipitación de guerreros que empezaban a rodearlo con las armas sacadas. Cabezas vueltas, rostros estirados y palabras que se gritaban, no los entendía, los sonidos se desvanecían, se retiraban, una figura que se arrastraba a su lado, encapuchada, sangrando por la nariz (la única parte de la cara que era visible), una mano nudosa que se acercaba a él… y Brohl Handar cerró los ojos.

La atri-preda Bivatt tiró de las riendas de su caballo cuando llegó entre dos unidades de su infantería media de reserva: Artesanos a su derecha, Harridicta a su izquierda, y más allá, donde estaba ubicada otra unidad de los Artesanos, estaba la conmoción del combate.

Vio una especie de reptil monstruoso abalanzándose entre sus filas, soldados que parecían fundirse y desaparecer de su camino, otros elevándose por los aires a ambos lados entre chorros de sangre provocados por las cuchilladas a diestro y siniestro que lanzaban las garras de la bestia. De tono oscuro, en perfecto equilibrio sobre dos patas traseras enormes, el demonio se abrió camino sin vacilar hasta el corazón del sólido cuadrado…

Estiró los brazos y las dos manos se cerraron sobre una única figura, una mujer, una maga… la arrojó agitando los brazos por el aire y la desmembró como haría un niño con un muñeco de paja.

Algo más allá, la atri-preda reconoció a la unidad más meridional, setecientos cincuenta soldados de infantería media del Batallón de los Mercaderes, una masa arremolinada salpicada de soldados muertos o moribundos.

—¡Hechicería! —chilló Bivatt, y giró hacia la unidad de Artesanos que tenía a la derecha… Buscó al mago que debería de haber en medio, un movimiento, alguien que se abría paso entre las filas.

Unas nubes de polvo llamaron su atención… El campamento… no se veía a la legión edur por ninguna parte… se habían precipitado a defenderlo. *¿De más de estos demonios?*

La criatura se libró de los soldados artesanos al sur de la unidad de la Harridicta, que iba en retirada y donde un segundo hechicero apareció con un traspié corriendo hacia

el otro mago. Bivatt podía ver cómo movía la boca para entretejer la magia y añadir su poder al del primero.

El demonio había girado a la izquierda en lugar de continuar su ataque y se había lanzado a la carrera para rodear la unidad que acababa de destrozar y que quedara entre la hechicería, que estallaba en un tumulto refulgente del suelo que tenían delante los magos, y él.

Inclinándose todo lo posible hacia delante, la velocidad del demonio era asombrosa en su huida.

Bivatt oyó que el ritual vacilaba y moría y se giró en la silla.

—¡Maldito sea! ¡Golpéelo!

—¡Sus soldados!

—¡Tardó usted demasiado! —Distinguió entonces a un preda de la unidad de la Harridicta—. ¡Reúnan todas las reservas detrás de los magos! ¡Al norte, idiota, haga sonar la orden! ¡Cuadro, mantengan la maldita magia lista!

—¡Ya lo hacemos, atri-preda!

Muerta de frío a pesar del calor creciente, Bivatt hizo girar su caballo una vez más y regresó a toda velocidad al valle. *Es más listo que yo. Me encojo por todos lados, retrocedo, solo reacciono… Mascararroja, ésta es tuya*.

Pero al final te cogeré. Lo juro.

Más adelante podía ver a sus tropas apareciendo en la elevación, replegándose con orden en lo que era obvio que era una retirada sin oposición. Mascararroja, al parecer, se daba por satisfecho; no lo sacarían del valle, ni siquiera con sus aliados demoníacos…

El campamento. Bivatt necesitaba llevar a sus soldados de regreso a ese maldito campamento, *esperemos que los edur hayan repelido el ataque. Por favor, que Brohl Handar no haya olvidado cómo piensa un soldado*.

Por favor, que le haya ido mejor que a mí en este día.

La orilla es ciega al mar. Para eso, que digan que la luna ha huido para siempre del cielo nocturno. Muerta de frío, agotada, Yan Tovis cabalgaba con sus tres soldados por el estrecho camino llano. Densos grupos de árboles a ambos lados, las hojas negras donde la luz de la luna no alcanzaba, los terraplenes altos y escarpados, indicativos de la antigüedad de esa ruta a la costa, raíces que descendían trenzadas, nudosas y chorreando en la oscuridad fría y húmeda. Piedras que se partían bajo los cascos, los resoplidos de los caballos, el crujido apagado de la armadura al cambiar de postura. Todavía faltaban dos campanadas para el amanecer.

Ciega al mar. La sed del mar era insaciable. Una verdad que se podía ver en su corrosión incesante de la orilla, que se podía oír en su voz hambrienta, que se podía encontrar en el veneno amargo de su sabor. Los temblor sabían que en el comienzo el mundo no había sido nada salvo mar, y que al final sería lo mismo. El agua alzándose, devorándolo todo, un destino inexorable del que los temblor eran testigos impotentes.

La batalla de la costa había sido siempre la batalla de su pueblo. La Isla, que en un tiempo había sido sagrada, había sido profanada, convertida en fétida prisión por los letherii. *Pero ahora es libre una vez más. Demasiado tarde*. Generaciones atrás había habido puentes de tierra que unían las muchas islas al sur de Límite. Ya desaparecidos. La Isla en sí se alzaba del mar con acantilados altos, no quedaba ya más que un solo puerto. Así era el mundo agonizante.

Con frecuencia entre los temblor habían nacido niños besados por los demonios. Algunos eran elegidos por el aquelarre y se les enseñaban las antiguas costumbres; al

resto los arrojaban desde esos mismos acantilados al mar sediento. El regalo de sangre mortal; un alivio momentáneo, patético, de su necesidad.

Ella había huido, años antes, por una razón. La sangre noble de su interior había ardido como veneno, el legado barbárico de su pueblo la abrumaba con una sensación asfixiante de vergüenza y culpa. Con el vigor en carne viva de la juventud, se había negado a aceptar la brutalidad bestial de sus ancestros, se había negado a revolcarse en el nihilismo empalagoso, asfixiante, de un crimen autoinfligido.

Todo el desafío de su interior quedó borrado cuando vio con sus propios ojos el nacimiento de una monstruosidad besada por los demonios: las manos y los pies con garras, la cara alargada, cubierta de escamas, la cola despuntada crispándose como un gusano sin cabeza, los ojos de un color verde brillante. Si nada más que unas garras en manos y pies hubieran distinguido la semilla del demonio, el aquelarre habría elegido a ese recién nacido, pues había poder auténtico en la sangre demoníaca cuando no más que una única gota corría por las venas del niño. Más que eso y la creación era una abominación.

Bebes grotescos que se arrastran por el barro del fondo del mar, garras que abren surcos en la oscuridad, la legión del mar, el ejército que nos aguarda a todos.

Las semillas prosperaban en las olas llenas de espuma donde se encontraban con la tierra, generación tras generación. Arrojadas a lo alto de la costa, se hundían en el suelo. Moraban en el interior de criaturas vivas, presa y depredador; se metían dentro de las plantas, se adherían a las propias briznas de hierba, a las hojas de los árboles, de esas semillas no se podía escapar: otra verdad amarga entre los temblor. Cuando encontraban el útero de una mujer en el que un niño ya estaba creciendo, la semilla robaba su

destino. Buscando… algo, pero sin producir más que una forma que se peleaba con la de un ser humano.

Los demonios habían sido puros, una vez. Parían a sus propios retoños, un mundo de madres y su prole. Las semillas habían morado en el mar hallado en úteros demoníacos. Hasta la guerra que vio los vientres de esas madres abiertos en canal y derramando por el mundo lo que pertenecía al interior, las semillas que hasta el mar intentó rechazar. Una guerra de matanzas, pero los demonios habían encontrado un modo de sobrevivir, hasta ese mismo día. En la espuma revuelta de los charcos dejados por la marea, en la precipitación de las olas que llegaban dando vueltas y se estrellaban contra la orilla. Perdidos pero no derrotados. Desaparecidos pero listos para regresar.

Buscando la madre adecuada.

Así que las brujas seguían allí. Yan Tovis había creído que habían borrado el aquelarre de la faz de la tierra, que lo habían aplastado; los letherii sabían de sobra que la resistencia a la tiranía se alimentaba en las escuelas de la fe, resistencia que adoptaban sacerdotes y sacerdotisas viejos y amargados, ancianos que trabajaban a través de jóvenes necios, a los que utilizaban como armas, que desechaban cuando se rompían, y lloraban de forma melodramática cuando se los destruía. Sacerdotes y sacerdotisas cuya versión de la fe justificaba el abuso de sus propios seguidores.

El nacimiento de un sacerdocio, comprendía al fin Yan Tovis, obligaba a imponer una jerarquía en lo que solo debía ser piedad, como si las reglas de la servidumbre fueran maleables, donde el ardid, envuelto en el misterio del conocimiento y la erudición, proporcionaba a la vida de un sacerdote o sacerdotisa mayor valor y virtud que la que podía tener el pueblo llano e ignorante.

En sus años de educación letherii, Yan Tovis había comprendido que la llegada de cargadores (de hechiceros y brujas) era en realidad una involución entre los temblor, una involución de lo que era conocer de verdad al dios que era la costa. Artificio y ambición secular que les negaban el conocimiento sagrado a aquellos que jamás serían iniciados, ésa no era la voluntad de la costa. *No, solo lo que los hechiceros y brujas querían*.

Manos y pies con garras que han demostrado ser icónicos de verdad.

Pero el poder lo daba la sangre demoníaca. Y siempre que a cada niño nacido con tal poder y al que se le permitiera sobrevivir se le iniciara e introdujera en el aquelarre, ese poder continuaba siendo exclusivo.

Los letherii, en su conquista de los temblor, habían llevado a cabo un pogromo contra el aquelarre.

Y habían fracasado.

Yan Tovis deseaba con todo su ser que hubieran triunfado.

Los temblor habían desaparecido como pueblo. Incluso los soldados de su compañía (cada uno elegido con sumo cuidado a lo largo de los años según los restos temblor que llevaban en la sangre) eran en realidad más letherii que temblor. Ella tampoco había hecho mucho, después de todo, para despertar su legado.

Y, sin embargo, los elegí yo, ¿no es cierto? Quería su lealtad, más de la que pueda sentir un soldado letherii por su atri-preda.

Admítelo, Crepúsculo. Ahora eres reina y estos soldados (estos temblor) lo saben. Y es lo que buscaste en las profundidades de tu propia ambición. Y al parecer había llegado el momento de hacer frente a la verdad de esa ambición, su sangre noble se removía y buscaba la preeminencia que le correspondía por derecho.

¿Qué ha llevado a mi hermanastro a la costa? ¿Cabalgó como temblor o como maestro de armas letherii de un dresh-preda? Pero se dio cuenta de que no podía tomarse en serio su propia pregunta. Sabía la respuesta, que temblaba como un cuchillo en su alma. *La costa está ciega*…

Cabalgaron en la oscuridad.

Nunca fuimos como los nerek, los tarthenos y los demás. No podíamos reunir ningún ejército contra los invasores. Nuestra fe en la costa no albergaba ningún poder inmerso, pues es una fe en lo mutable, en la transformación. Un dios sin cara, pero con todas las caras. Nuestro templo es la orilla donde se libra la guerra eterna entre la tierra y el mar, un templo que se alza solo para derrumbarse de nuevo. Templo de sonido, de olor, de sabor y lágrimas en la punta de cada dedo.

Nuestro aquelarre curaba heridas, libraba de enfermedades y asesinaba bebés.

Los tarthenos nos contemplaban con horror. Los nerek daban caza a nuestro pueblo en los bosques. Para los faered, éramos ladrones de niños en la noche. Nos dejaban mendrugos de pan en los tocones de los árboles, como si no fuéramos mejores que cuervos malignos.

De ese pueblo, de esos temblor, ahora soy reina.

Y un hombre que sería su esposo la aguardaba. En la Isla.

Que el Errante me lleve, estoy demasiado cansada para esto.

Cascos de caballos, que chapoteaban en los charcos donde se hundía el antiguo camino, se estaban acercando a la costa. Algo más adelante la tierra se alzaba de nuevo, la marca antiquísima de una marea alta, un borde ancho de piedras y guijarros lisos incrustados en arcilla arenosa, la clase de arcilla que se convertía en esquisto con el peso del tiempo, acribillado por las piedras incansables. En ese esquisto se podían encontrar conchas incrustadas,

fragmentos de moluscos, prueba de las muchas victorias del mar.

Los árboles eran más escasos allí, encorvados por el viento que Crepúsculo no podía sentir todavía en la cara, una calma que la sorprendía, dada la estación. El olor de la costa impregnaba el aire, inmóvil y fétido.

Frenaron sus monturas. Del mar todavía invisible no surgía sonido alguno, ni siquiera el susurro de unas olas suaves. Como si el mundo al otro lado del risco se hubiera desvanecido.

—Aquí hay huellas, señor —dijo uno de sus soldados cuando se detuvieron cerca de la pendiente—. Jinetes que van rodeando la orilla, al norte y al sur.

—Como si fueran a la caza de alguien —comentó otro.

Yan Tovis levantó una mano embutida en el guantelete.

Se acercaban unos caballos por norte, cabalgando a medio galope.

Golpeada por un miedo repentino, casi supersticioso, Yan Tovis hizo un gesto y sus soldados sacaron las espadas. Ella fue a coger la suya.

Apareció el primero de los jinetes.

Letherii.

Yan Tovis se relajó y expulsó la bocanada de aire.

—¡Alto, soldado!

Fue obvio que la orden repentina sobresaltó a la figura y a los otros tres jinetes que cabalgaban detrás. Los cascos resbalaron en unos guijarros sueltos.

Embutidos en armaduras como si fueran a la batalla: camisotes de cota de malla, el brillo de los eslabones ennegrecidos, los visores de los yelmos bajados. El jinete de cabeza sostenía un hacha de mango largo y un solo filo en la mano derecha; los que iban detrás empuñaban lanzas, las cabezas anchas y repletas de púas como si la tropa hubiera estado cazando jabalíes.

Yan Tovis azuzó un poco su caballo y lo acercó unos pasos más.

—Soy la atri-preda Yan Tovis —dijo.

Una inclinación del yelmo del hombre de cabeza.

—Yedan Derryg —dijo en voz baja—. Maestro de armas, torre Boaral.

Ella vaciló un instante antes de hablar.

—La guardia.

—Crepúsculo —respondió él—. Incluso con esta oscuridad veo que eres tú.

—Me cuesta creerlo, huiste…

—¿Huí, mi reina?

—De la casa de nuestra madre, sí.

—Tu padre y yo no nos llevábamos bien, Crepúsculo. No eras más que una pequeñuela la última vez que te vi. Pero eso no importa. Veo ahora en tu cara lo que vi entonces. Inconfundible.

Crepúsculo desmontó con un suspiro.

Tras un momento, los otros la imitaron. Yedan hizo un gesto con un ladeamiento de la cabeza y Yan Tovis y él se alejaron un poco. Terminaron bajo el árbol más alto que había a ese lado del risco, un pino muerto, cuando comenzó a caer una lluvia ligera.

—Acabo de estar en la torre —dijo Crepúsculo—. Tu dresh intentó huir del arresto y está muerto. O pronto lo estará. He tenido unas palabras con las brujas. Vendrán tiste edur, de Rennis, pero para cuando lleguen la investigación habrá acabado y tendré que disculparme por hacerlos perder el tiempo.

Yedan no dijo nada. La celada enrejada ocultaba por completo sus rasgos, aunque la maraña negra de su barba era visible; parecía que estaba masticando algo con calma.

—Guardia —siguió diciendo ella—, me has llamado «reina» delante de tus soldados.

—Son temblor.

—Entiendo. Entonces estás aquí… en la costa…

—Porque soy la guardia, sí.

—Ese título no significa nada —dijo ella con bastante más dureza de lo que había pretendido—. Es honorífico, un antiguo resto…

—Yo creía lo mismo —la interrumpió él, *como un hermano mayor, maldito sea*— hasta hace tres noches.

—¿Por qué estás aquí, entonces? ¿A quién buscas?

—Ojalá pudiera contestarte mejor. No estoy seguro de por qué estoy aquí, solo que me han llamado.

—¿Quién?

El hombre pareció masticar un poco más, después respondió.

—La costa.

—Entiendo.

—En cuanto a quién o qué estoy buscando, no sé decir. Han llegado desconocidos. Los oímos esta noche, pero no importa adónde cabalgáramos, no importa lo rápido que llegáramos, no encontramos a nadie. Ni señal alguna, no hay huellas, nada. Y sin embargo… aquí están.

—Quizá fantasmas, entonces

—Quizá.

Crepúsculo se volvió despacio.

—¿Del mar?

—Una vez más, no hay huellas en la playa. Hermana, desde que hemos llegado el aire no se ha movido. Ni un suspiro siquiera. Día y noche, la costa está quieta. —La guardia levantó la cabeza—. Y ahora esta lluvia… la primera vez.

Un murmullo de los soldados atrajo su atención. Miraban al risco, seis espectros inmóviles, metal y cuero reluciendo.

Más allá del risco, el flujo y reflujo irregular de un fulgor.

—Ahí —dijo Yedan, y echó a andar.

Yan Tovis lo siguió.

Atravesaron piedras sueltas, ramas sin hojas y raíces desnudas y subieron a la elevación. Los seis soldados los siguieron por la pendiente. Yan Tovis se colocó junto a su hermanastro y se abrieron camino entre los matorrales blandos hasta que los dos salieron a la orilla.

Donde se detuvieron con los ojos clavados en el mar.

Barcos.

Una hilera de barcos, todos bien alejados de la orilla. Extendiéndose hacia el norte, el sur.

Todos ardiendo.

—Por la bendición del Errante —susurró Yan Tovis.

Cientos de barcos. Ardiendo.

Las llamas jugueteaban sobre el agua quieta, se alzaban columnas de humo, iluminadas desde abajo como enormes carbones espolvoreados de cenizas en el lecho del cielo negro.

—Ésos —dijo Yedan— no son barcos letherii. Ni edur.

—No —susurró Crepúsculo—, no lo son.

Han llegado desconocidos.

—¿Qué significa esto? —Había un miedo crudo en la pregunta y Yan Tovis se volvió para mirar al soldado que había hablado. Tenue en sus rasgos, el fulgor naranja de las llamas lejanas.

La atri-preda volvió a mirar los barcos.

—Dromones —dijo. El corazón le martilleaba en el pecho, una especie de emoción febril, con una extraña malicia oscura y… un placer salvaje.

—¿Qué nombre es ése? —preguntó Yedan.

—Los conozco… esas proas, las jarcias. Nuestra búsqueda… un continente lejano. Un imperio. Matamos cientos, miles, de sus súbditos. Nos enfrentamos a sus flotas. —Se quedó en silencio durante una docena de alientos, después se volvió hacia uno de sus soldados—. Regrese a la

torre. Asegúrese de que el dresh está muerto. La compañía ha de irse de inmediato, nos encontraremos al norte de Rennis en el camino de la costa. Ah, y traigan a esas malditas brujas con ustedes.

—¿Qué…? —dijo Yedan.

Crepúsculo interrumpió a su hermanastro con una alegría cruel.

—Eres la guardia. Tu reina te necesita. —Lo miró con furia—. Cabalgarás con nosotros, Yedan. Con tus tropas.

La mandíbula barbuda se abultó.

—¿Adónde?

—A la Isla.

—¿Qué hay de los letherii y sus amos? Deberíamos enviar recado y advertirlos.

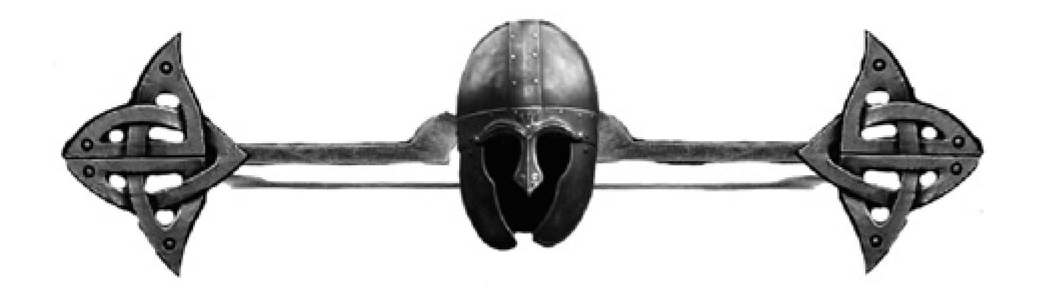
Con los ojos puestos en los cascos en llamas que había en el mar, la atri-preda casi gruñó su respuesta.

—Matamos a sus súbditos. Y es obvio que no lo van a dejar pasar. Que el Errante se lleve a los letherii y a los edur. —Giró en redondo y se dirigió a su caballo. Los otros se precipitaron tras ella—. ¿Desconocidos, Yedan? No para mí. Nos han seguido. —Se subió al caballo y tironeó de él para guiarlo a la pista del norte—. Dejamos una deuda de sangre —dijo enseñando los dientes—. Sangre malazana. Y parece que no se van a quedar sin cobrarla.

Están aquí. En esta costa.

Los malazanos están en nuestra costa.

Libro tercero



Nudillos del alma

Ansiamos
impugnar la bestia agazapada
en nuestras almas,
pero esta criatura es pura,
con ojos tímidos,
y observa nuestros frenéticos crímenes,
acobardada,
en la jaula de nuestra crueldad.

Tomaré
para mí y tu destino
en estas manos
la elegancia del animal para enmendar
sueños rotos,
libertad desencadenada e ilimitada
que largo tiempo huye.
La bestia matará cuando yo asesine.

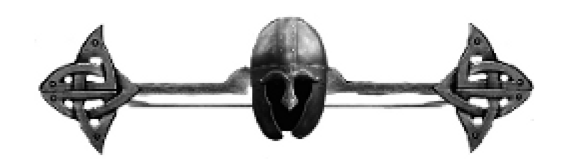
Como absolución,
una lista de inadvertidas distinciones

sirvió a estas manos,
libertad sin excusas.
Mira cuán limpia
esta sangre comparada con la tuya.
La sonrisa de la muerte
de tu bestial gruñido mancha el paisaje.

De tu rostro,
esto es lo que nos separa;
en nuestras almas,
mi bestia y yo encadenadas juntas,
como debemos.
Quién guía y quién es guiado nunca
se le llega a preguntar
a los encantados y los inocentes.

Confesiones del perro en el callejón
—Tibal Feredict

13



Quedaba una quilla y medio casco del naufragio donde nos reunimos los náufragos, y la tormenta de la noche pasada permanecía como saliva en el aire cuando nos metimos en esa cama de cuadernas dobladas.
Oí muchas plegarias murmuradas, manos destellando para espantar esto y aquello como conviene a la necesidad de cada alma, su conversación con el miedo comenzada en la niñez, sin duda, y, si pudiera recordar la mía, yo también habría querido remedar una huida del terror.
Pero en ese momento solo pude bajar la vista y contemplar esa cosecha de caparazones de esqueletos diminutos, los diablillos con cola y rostros que parecían humanos, garras de halcón y todo tipo de extraños adornos para detallar a la perfección esa brillante pesadilla soleada.
No es de extrañar que yo abjurara del mar ese día. La tormenta y el barco roto había levantado una hueste impía y, oh, había muchos más sin duda, rodeando esta maldita isla.
En cualquier caso, fui yo el que pronunció entonces una cascada de palabras repugnante:
—Supongo que no todos los diablillos saben volar.
Aun así, tampoco era motivo para arrancarme los ojos, ¿no?

—Tobor el Ciego, de *Límite*

—Ésa, amigos, es una mujer hermosa.

—Si te gustan así.

—¿Y por qué no iba a gustarme, maldito cavatúmulos? El caso es, y siempre pasa lo mismo, ¿verdad? Mira el matón con el que está, el tipo es un caso perdido. Eso es lo que no entiendo. Podría tener a quien quisiera aquí dentro. Podría tenerme incluso a mí. Pero, ahí está, sentada junto a ese perro ganadero cojo, manco, tuerto, con una sola oreja y sin nariz. A ver, para que hablen de feo.

El tercer hombre, que todavía no había hablado, le lanzó una mirada furtiva de soslayo, observó el pelo que parecía un nido de pájaros, las orejas que parecían remos, los ojos saltones y las calvas que eran las cicatrices del fuego en unos rasgos que le recordaban a una calabaza aplastada (de soslayo y breve, esa mirada); después Rebanagaznates optó por apartar la mirada toda prisa. Lo último que quería era estallar en otra de sus raras carcajadas llenas de trinos que parecían paralizar a todo el que las oía.

Caray con la carcajada, yo nunca me reí así. La maldita me mete miedo hasta a mí. Bueno, había aspirado una buena bocanada de llamas grasientas y eso le había hecho algo al tubo de la voz. El daño solo se revelaba cuando se reía, y recordó que en los meses que siguieron… *a todo aquello*… no había habido muchas razones para reírse.

—Allá va ese tabernero —comentó Olor a Muerto.

Era fácil hablar de todo y de nada, allí nadie salvo ellos entendía malazano.

—Otro que le pone ojitos a la dama —dijo el sargento Bálsamo con desdén—. ¿Y con quién se sienta ella? Que el Embozado me lleve, no tiene sentido.

Olor a Muerto se inclinó hacia delante y volvió a llenarse con cuidado la jarra.

—Es la entrega de ese barril. El de Brullyg. Parece que el guapo y la muchacha muerta se han ofrecido voluntarios.

Los ojos saltones de Bálsamo se salieron un poco más.

—¡No está muerta! ¡Yo te diré lo que está muerto, Olor a Muerto, ese gusano ahogado en una charca que tienes entre las piernas!

Rebanagaznates miró al cabo.

«Si te gustan así», había dicho. Se le escapó un gemido medio estrangulado que hizo que sus dos compañeros se estremecieran.

—¿Y tú de qué te vas a reír, en el nombre del Embozado? —preguntó Bálsamo—. Pues no te rías, y es una orden.

Rebanagaznates se mordió con fuerza la lengua. Las lágrimas le desdibujaron la visión por un momento y el dolor se le disparó por el cráneo como un guijarro en un cubo. Mudo, sacudió la cabeza. *¿Reír? ¿Yo? Para nada.*

El sargento miraba con furia a Olor a Muerto otra vez.

—¿Muerta? Pues a mí no me parece demasiado muerta.

—Confíe en mí —respondió el cabo después de echar un buen trago y eructar—. Sí, sabe ocultarlo, pero esa mujer murió hace algún tiempo.

Bálsamo estaba encorvado sobre la mesa rascándose las marañas de pelo. Unas escamas bajaron flotando y se posaron como motas de pintura en la madera oscura.

—Dioses del inframundo —susurró—. Quizá alguien debería… no sé… quizá… ¿decírselo?

Las cejas casi sin pelo de Olor a Muerto se alzaron.

—Disculpe, señora, tiene usted una tez para morirse y supongo que eso fue lo que hizo usted.

Otro chillidito de Rebanagaznates.

El cabo continuó.

—¿Es cierto, señora, que un cabello perfecto y un maquillaje costoso pueden ocultar cualquier cosa?

Un gemido ahogado de Rebanagaznates.

Las cabezas se volvieron.

Olor a Muerto bebió atropelladamente otro trago y empezó a entusiasmarse.

—Es gracioso, porque no parece usted muerta.

Y estalló el graznido agudo.

Cuando concluyó se hizo un silencio repentino en la sala principal de la taberna, salvo por el ruido de una jarra al rodar, jarra que después se cayó de una mesa y rebotó en el suelo.

Bálsamo miró con furia a Olor a Muerto.

—Ya estamos. Tenías que tirar y tirar. Como digas otra palabra, cabo, vas a terminar más muerto que ella.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Olor a Muerto—. Ah, ya. Esencia de pudrición.

Las mejillas de Bálsamo se abultaron y su rostro se volvió de un extraño tono púrpura. Sus ojos amarillentos parecían a solo unos momentos de saltarse de las cuencas.

Rebanagaznates intentó apretar la vista, pero la imagen de la cara del sargento estalló en su mente. Chilló tras las manos y miró a su alrededor con expresión impotente.

La atención de todos se concentraba en ellos y no hablaba nadie. Hasta la hermosa mujer que había entrado con ese zoquete mutilado y el propio zoquete (cuyo único ojo bueno resplandecía entre los pliegues de un severo ceño) se habían detenido, cada uno a un lado del barril de cerveza que había sacado el tabernero. Y el propio tabernero se había quedado mirando a Rebanagaznates con la boca abierta.

—Bueno —comentó Olor a Muerto—. Entre que aquí Gaznate anuncia que está en celo, y esperemos que no haya pavos en esta isla, y que a usted, sargento, la cabeza parece a punto de estallarle como un maldito, se acabó nuestra fama de chicos malos.

—Fue culpa tuya —siseó Bálsamo—, ¡cabrón!

—No creo. Como ve, yo estoy muy tranquilo. Aunque un poco avergonzado por la compañía, por desgracia.

—Muy bien, te cambiamos de turno. Bien sabe el Embozado que Gilani es mucho más guapa que…

—Sí, pero resulta que Gilani está viva, sargento. No es su tipo, por lo que se ve.

—¡No lo sabía!

—Ésa sí que es una admisión patética, ¿no le parece?

—Un momento —intervino Rebanagaznates al fin—. Yo tampoco me di cuenta, Olor a Muerto. —Y señaló con un dedo al cabo—. Otra prueba más de que eres un puñetero nigromante. No, no pongas esa cara de asustado, ya no nos lo tragamos. Sabías que estaba muerta porque los hueles, como tu propio nombre indica. De hecho, apuesto a que fue por eso por lo que Diente Bravo te puso ese nombre, no se le escapa ni una, ¿eh?

El ruido ambiental iba resucitando poco a poco, acompañado de más de un gesto contra el mal de ojo y un par de sillas arañando el suelo entre la mugre cuando unos parroquianos optaron por escaparse por la puerta principal.

Olor a Muerto tomó un poco más de cerveza. Y no dijo nada.

La mujer muerta y su compañero se dirigieron a la salida, él cojeando e intentando equilibrar el barril sobre un hombro.

—Allá van —rezongó Bálsamo—. Típico, ¿no? Justo cuando andamos cortos de personal.

—Nada de lo que preocuparse, sargento —dijo Olor a Muerto—. Está todo controlado. Aunque si el tabernero decide seguirlos…

—Si lo hace, se arrepentirá —gruñó Rebanagaznates. Se levantó y se colocó bien la capa impermeable de reglamento de los marines—. Qué suerte tenéis los dos, que podéis quedaros aquí sentados engordando el culo. Hace un frío de la hostia ahí fuera, que lo sepáis.

—Estoy tomando nota de toda esta insubordinación —rezongó Bálsamo y se dio unos golpecitos en la cabeza—. Aquí dentro.

—Ah, bueno, menos mal —dijo Rebanagaznates. Y se fue de la taberna.

Temblor Brullyg, tirano del Segundo Fuerte de la Doncella, aspirante a rey de la Isla, se había repantigado en el sillón de respaldo alto del prefecto de la antigua prisión y miraba con furia por debajo de las densas cejas a los dos extranjeros de la mesa que había al lado de la puerta del aposento. Estaban jugando otra de sus puñeteras partidas. Unas tabas, un cuenco de madera alargado y unas plumas de cuervo partidas.

—Con dos botes me gano una baza —dijo uno de ellos, aunque Brullyg no terminaba de estar seguro; aprender un idioma sin que nadie se entere no era cosa fácil, pero a él siempre se le habían dado bien los idiomas. Temblor, letherii, tiste edur, fent, la lengua de los mercaderes y meckros. Y empezaba a chapurrear un poco de ese… ese tal malazano.

Qué oportunos. Le habían arrebatado el momento con tanta facilidad como le habían arrebatado el cuchillo, el hacha de guerra. Extranjeros colándose en el puerto, no tantos a bordo como para causar mucha preocupación, o eso había parecido. Además, ya había problemas suficientes que rumiar por aquel entonces. Un mar repleto de montañas de hielo que se cernían sobre la Isla, más ominosas que cualquier flota o ejército. Habían dicho que podían ocuparse de eso, y él era un hombre que se ahogaba y empezaba a hundirse por última vez.

Aspirante a rey de la Isla, estrujado y aplastado bajo un hielo absurdo. Enfrentarse cara a cara con una verdad así

había sido como si unas garras de dragón le atravesaran la vela del barco. Después de todo lo que había hecho…

Qué oportunos. Empezaba a preguntarse si esos malazanos no habrían llevado el hielo con ellos. Si no lo habrían mandado girando con la corriente salvaje de la estación solo para poder llegar justo un paso por delante y ofrecerse a repelerlo. Ni siquiera los habría creído, recordó Brullyg, había sido su desesperación la que había hablado. «Hacedlo y seréis invitados reales todo el tiempo que queráis». Habían sonreído al oír la oferta.

Soy idiota. Y algo peor.

Así que resultaba que dos miserables pelotones lo gobernaban a él y a cada puñetero residente de esa isla, y no había nada que él pudiera hacer. *Salvo ocultar la verdad a todos los demás. Y cada día está empezando a costar más*.

—La baza está en el hoyo, coge una taba y casi que lo tienes —dijo el otro soldado.

Es posible.

—¡Resbaló cuando respiraste, lo vi, tramposo!

—Yo no respiré.

—Sí, ya, que ahora eres un puto cadáver del Embozado, ¿no?

—No, pero yo no respiré cuando dices. Mira, está en el hoyo, ¿lo niegas?

—A ver, déjame mirar mejor. ¡Ja, no, no está!

—¡Es que acabas de suspirar y la mueves, maldito seas!

—Yo no suspiré.

—Claro, y tampoco estás perdiendo, ¿a que no?

—Solo porque esté perdiendo no significa que suspirara. Y mira, no está en el hoyo.

—Espera mientras respiro…

—¡Pues entonces yo suspiro!

—Respirar es lo que hacen los que ganan. Suspirar es lo que hacen los que pierden. Por tanto, gano yo.

—Claro, para ti hacer trampas es tan natural como respirar, ¿no?

Brullyg poco a poco fue desviando la atención de los dos que había junto a la puerta y contempló al último soldado que había en la cámara. Por el aquelarre que la mujer era una belleza. Una piel tan oscura, mágica, esos ojos sesgados que resplandecían con una dulce invitación… maldito fuera, todos los misterios del mundo estaban en esos ojos. ¡Y esa boca! ¡Esos labios! Si pudiera deshacerse de los otros dos, y quizá robarle los terribles cuchillos que llevaba la chica encima, entonces sí que podría descubrir esos misterios del modo en que ella quería que se los descubriera.

Soy el rey de la Isla. O a punto de serlo. Una semana más, y si no aparece ninguna de las zorras de las hijas de la reina muerta, me corresponde todo a mí. Rey de la Isla. Casi. Queda tan poco que ya puedo usar el título, seguro. ¿Y qué mujer no dejaría la vida miserable de un soldado por la cálida y blanda cama de la primera concubina de un rey? Vale, es verdad que ésa es una costumbre letherii, pero como rey puedo hacer mis propias reglas. Y si al aquelarre no le gusta, bueno, siempre están los acantilados.

—Cuidado, Masan —dijo uno de los malazanos de la mesa—, se le está poniendo esa cara otra vez.

La mujer llamada Masan Gilani se estiró como un gato en su silla, levantó los brazos, unos brazos tersos, en absoluto flacos, y los arqueó con un gesto que transformó sus grandes pechos en globos redondos que tensaron la tela gastada de su camisa.

—Siempre que siga pensando con el otro cerebro, Lóbulo, vamos bien.

Después se volvió a acomodar y estiró las piernas perfectas.

—Deberíamos traerle otra puta —dijo el que se llamaba Lóbulo mientras recogía las tabas y las metía en una saquita de cuero.

—No —contestó Masan Gilani—. A Olor a Muerto le costó mucho revivir a la última.

Pero ésa no es la verdadera razón, ¿verdad? Brullyg sonrió. *No, me quieres para ti. Además, yo no suelo ser así. Estaba desahogando ciertas… frustraciones. Eso es todo*. Su sonrisa se desvaneció. *Pues sí que usan las manos cuando hablan. Gestos de todo tipo. Gente rara, estos malazanos*. Carraspeó y habló en letherii, con ese tono lento que parecían necesitar.

—No me iría mal otro paseo. Mis piernas necesitan ejercicio. —Un guiño hacia Masan Gilani, que respondió con una sonrisa cómplice que le iluminó a Brullyg los bajos, lo suficiente para hacerlo cambiar de postura en la silla—. Mi pueblo necesita verme, ¿entienden? Si empiezan a sospechar… bueno, si hay alguien que sabe lo que es un arresto domiciliario, son los ciudadanos del Segundo Fuerte de la Doncella.

Lóbulo le contestó en un letherii muy malo.

—Tú recibir tu cerveza viene hoy, ¿no? Mejor querer estar esperar aquí eso. Nosotros a ti paseamos esta noche.

Como una de las señoras de la Consigna Libertad con su perrito faldero. Qué bien, ¿no? Y cuando levante una pata y te mee encima, Lóbulo, ¿entonces qué?

No les tenía miedo a esos soldados. Era el otro pelotón, el que todavía estaba isla arriba. El que tenía a esa niña muda y flaca. La niña a la que le daba por aparecer como de la nada. En medio de un remolino de luz; se preguntó qué pensarían de ese truquito las brujas temblor. Lo único que Lóbulo tenía que hacer (Lóbulo, o Masan Gilani, o Galt, cualquiera de ellos), lo único que tenían que hacer era pronunciar su nombre.

Peccado.

Un auténtico terror, esa cría, y no se le veía ni una sola garra. Sospechaba que le iba a hacer falta un aquelarre entero para deshacerse de ella. A ser posible a costa de sufrir grandes pérdidas. El aquelarre tenía la costumbre de agobiar a los gobernantes elegidos de los temblor. *Y están de camino, como cuervos hacia un cadáver, todo saliva y cacareos. Claro que, no saben volar. No saben ni siquiera nadar. No, les harán falta barcos para cruzar el estrecho, y eso suponiendo que el Límite no sea ahora una masa revuelta de hielo, que es lo que parece desde aquí*.

El soldado llamado Galt se levantó de su silla, hizo una mueca por alguna punzada en los riñones y se acercó a lo que había sido la posesión más preciada del prefecto, un tapiz que dominaba un muro entero. Desvaído por el tiempo (y manchado en la esquina inferior izquierda por salpicaduras secas de la sangre del pobre prefecto), la colgadura mostraba el Primer Desembarco de los letherii, aunque en realidad no era el primer desembarco de los colonizadores. La flota había llegado a la vista de la costa en algún lugar enfrente del Límite. Varias canoas fent se habían aventurado a salir para entrar en contacto con los desconocidos. Un intercambio de regalos había ido mal y había provocado la masacre de los hombres fent y la subsiguiente esclavización de las mujeres y los niños de la aldea. Tres asentamientos más habían sufrido el mismo destino. Los siguientes cuatro, al sur, costa abajo, los habían abandonado a toda prisa.

La flota había rodeado al fin la península Sadon por la costa norte del mar Desahucio y después había pasado junto al brazo Longitud hasta entrar en la bahía Gedry. La ciudad de Gedry se fundó en el lugar del Primer Desembarco, en la desembocadura del río Lether. Ese tapiz, que con toda facilidad tenía mil años, era prueba suficiente. La creencia

generalizada en la actualidad era que el desembarco se había producido en el lugar de la propia capital, río arriba. Era extraño cómo se rehacía el pasado para que encajara con el presente. Una lección que Brullyg podía utilizar una vez que fuera rey. Los temblor era un pueblo en el que reinaba el fracaso, condenado a no conocer más que la tragedia y el patetismo. Guardianes de la costa, pero incapaces de protegerla contra el hambre incesante del mar. Todo eso había que… revisarlo.

Los letherii habían conocido la derrota. Muchas veces. Su historia en esa tierra era sangrienta, plagada de sus traiciones, sus mentiras, sus crueldades despiadadas. Todo lo cual se veía en el presente como triunfante y heroico.

Así es como un pueblo debe verse a sí mismo. Como debemos verlo los temblor. Un faro cegador en esta costa oscura. Cuando sea rey…

—Mira este maldito trasto —dijo Galt—. Aquí, ese texto de las esquinas… podría ser ehrlitano.

—Pero no lo es —murmuró Lóbulo. Había desmantelado una de sus dagas; en la mesa, ante él, estaba el pomo, unos cuantos remaches y clavijas, un mango de madera envuelto en cuero, una empuñadura con una hendidura y la hoja extendida. Daba la sensación de que el soldado no sabía muy bien cómo volver a montarlo todo.

—Algunas de las letras…

—El ehrlitano y el letherii proceden del mismo idioma —dijo Lóbulo.

La mirada furiosa de Galt era suspicaz.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—No lo sé, idiota. Es lo que me dijeron.

—¿Quién?

—Ebron, creo. O Casco. ¿Qué más da? Alguien que sabe de esto. Por el Embozado, me estás dando dolor de cabeza. Y mira este desastre.

—¿Eso es mi cuchillo?

—Lo era.

Brullyg vio que Lóbulo ladeaba la cabeza.

—Pisadas al final de las escaleras —dijo el soldado. Y con esas palabras movió las manos en un movimiento desdibujado y, al tiempo que Galt se dirigía a la puerta, Lóbulo ya estaba encajando el pomo y arrojando de un papirotazo el cuchillo hacia Galt, que lo cogió con una sola mano sin ni siquiera perder el paso.

Brullyg volvió a ponerse cómodo en su sillón.

Masan Gilani se levantó y soltó de sus vainas los cuchillos de hojas largas y aspecto cruel que llevaba en las caderas.

—Ojalá estuviera con mi propio pelotón —dijo, después dio un paso hacia donde estaba sentado Brullyg—. No te muevas —le dijo.

Con la boca seca, el hombre asintió.

—Seguro que es la entrega de cerveza —comentó Lóbulo desde un lado de la puerta mientras Galt le quitaba el cerrojo y la abría lo suficiente para poder asomarse un poco.

—Claro, pero esas botas no suenan como deberían.

—¿No es el pelmazo baboso de siempre y su hijo?

—Ni de lejos.

—Muy bien. —Lóbulo metió la mano bajo la mesa y sacó una ballesta. Un arma verdaderamente extranjera, elaborada por completo con hierro o algo muy parecido al acero letherii. La cuerda era gruesa como el pulgar de un hombre y el cuadrillo encajado en el surco estaba coronado por una cabeza con forma de equis capaz de atravesar un escudo letherii como si fuera abedul. El soldado tiró de la garra y de algún modo la encajó en su sitio. Después se movió por el muro de la puerta hasta la esquina.

Galt retrocedió un poco cuando se acercaron los pasos de las escaleras. Hizo una serie de gestos con las manos a los que Masan Gilani respondió con un gruñido; Brullyg oyó que

se rasgaba tela detrás de él y al instante sintió que la punta de un cuchillo lo presionaba entre los omóplatos, la mujer había atravesado el sillón entero. Mujer que se inclinó hacia él.

—Sé amable y sé estúpido, Brullyg. Conocemos a esos dos y nos imaginamos por qué están aquí.

Galt volvió la cabeza hacia Masan Gilani y asintió una vez, luego se metió en el umbral y abrió la puerta de par en par.

—Bueno —dijo arrastrando las palabras en su horrendo letherii—, si no es la capitana y su primer oficial. ¿Quedarse sin dinero viene muy pronto? ¿Qué hace vosotros venir con cerveza?

Un rezongo pesado detrás de la puerta.

—¿Qué ha dicho éste, capitana?

—Fuera lo que fuera, lo ha dicho mal. —Una mujer, y esa voz… Brullyg frunció el ceño. Ésa era una voz que había oído antes. La punta del cuchillo se le clavó un poco más en la espalda.

—Le traemos a Temblor Brullyg su cerveza —continuó la mujer.

—Qué bien —respondió Galt—. Nosotros vemos que él viene recibir.

—Temblor Brullyg es un viejo amigo mío. Quiero verlo.

—Está ocupado.

—¿Haciendo qué?

—Pensando.

—¿Temblor Brullyg? Lo dudo mucho, ¿y se puede saber, en el nombre del Errante, quién eres tú? No eres letherii, y tú y esos amigos tuyos que paran por la taberna, bueno, digamos que tampoco erais prisioneros aquí. He preguntado por ahí. Sois de ese extraño barco que hay anclado en la bahía.

—Bueno, capitana, es muy simple. Nosotros venimos para irse todo el hielo. Así que Brullyg, él recompensa a nosotros. Invitados. Invitados reales. Ahora nosotros hacemos compañía a él. Él es sonrisas agradable todo el tiempo. Nosotros agradables también.

—Agradables idiotas, me parece —rezongó el hombre de fuera, era de suponer que el primer oficial de la capitana—. A ver, a mí se me está cansando el brazo; apartaos y dejadme entregar este maldito trasto.

Galt miró por encima de un hombro a Masan Gilani, que se dirigió a él en malazano.

—¿Por qué me miras a mí? Yo solo estoy aquí para hacer babear a este tipo.

Brullyg se lamió el sudor de los labios. *E incluso sabiéndolo, ¿por qué sigue funcionando? ¿Tan estúpido soy?*

—Que entren —dijo en voz baja—. Para que pueda tranquilizarlos y que se vayan.

Galt miró otra vez a Masan Gilani, y aunque la mujer no dijo nada, algún tipo de comunicación debió de producirse entre ellos, porque el hombre se encogió de hombros y retrocedió.

—Viene la cerveza.

Brullyg observó a las dos figuras que entraron en la cámara. El que iba delante era Skorgen Kaban el Guapo. Lo que significaba… sí. El aspirante a rey sonrió.

—Shurq Elalle. No has envejecido ni un solo día desde la última vez que te vi. Y Skorgen… baja ese barril antes de que te disloques el hombro y añadas el tambaleo a la lista de tus males. Ponedle una espita al maldito trasto para que todos podamos tomar un trago. Ah —añadió cuando observó que los dos piratas asimilaban la presencia de los soldados, Skorgen casi dio un salto cuando vio a Lóbulo en la esquina con la ballesta acunada en los brazos—, éstos son algunos de mis invitados reales. En la puerta, Galt. En la esquina,

Lóbulo, y este encanto de aquí con la mano en el respaldo de mi sillón es Masan Gilani.

Shurq Elalle cogió una de las sillas que había cerca de la puerta y la arrastró enfrente de Brullyg. Se sentó, cruzó las piernas, una encima de la otra, y entrelazó las manos en el regazo.

—Brullyg, serás tramposo, cicatero cabrón medio chiflado. Si estuvieras solo, estaría estrangulando ese cuello fofo ahora mismo.

—No puedo decir que me sorprenda tanta animadversión —respondió Temblor Brullyg, de repente era un consuelo contar con esos guardaespaldas malazanos—. Pero sabes, nunca fue tan malo ni tan feo como tú pensabas. Es que nunca me diste la oportunidad de explicar…

La sonrisa de Shurq fue a la vez hermosa y oscura.

—Vamos, Brullyg, tú nunca fuiste de los que daban explicaciones.

—Un hombre cambia.

—Ésa sí que sería la primera vez.

Brullyg resistió al impulso de encogerse de hombros porque eso habría abierto una brecha muy fea en la carne de su espalda. En su lugar, levantó las manos con las palmas hacia arriba y contestó.

—Dejemos de lado toda esa historia. El Gratitud Imperecedera descansa sano y salvo en mi puerto. La carga en tierra y dinero de sobra en tu bolsa. Imagino que estarás deseando abandonar nuestra bendita isla.

—Algo así —respondió ella—. Por desgracia, parece que nos está costando conseguir, eh, permiso. Hay un barco, el puñetero barco más grande que he visto en mi vida, bloqueando la bocana del puerto ahora mismo, y una especie de lustrosa galera de guerra se dirige a lanzar amarras en el muelle principal. ¿Sabes? —añadió la mujer

con otra sonrisa rápida—, está empezando a parecer una especie de… bueno… bloqueo.

La punta del cuchillo dejó de pinchar la espalda de Brullyg y Masan Gilani volvió a envainar el arma y rodeó el sillón. Cuando habló, fue en un idioma que Brullyg no había oído jamás.

Lóbulo levantó la ballesta otra vez, apuntó a Brullyg y respondió a Masan en la misma lengua.

Skorgen, que se había arrodillado junto al barril y le daba golpes a la espita con el canto de una mano, se levantó.

—En el nombre del Errante, ¿se puede saber qué está pasando aquí, Brullyg?

Una voz habló desde la puerta.

—Solo una cosa. Tu capitana tiene razón. Se acabó la espera.

El soldado llamado Rebanagaznates estaba apoyado en el quicio de la puerta con los brazos cruzados. Le sonreía a Masan Gilani.

—Buenas noticias, ¿a que sí? Ya puedes coger tus deliciosas curvas, y todo lo demás, y bajar bailando hasta el muelle; seguro que Urb y los demás las echan mucho de menos.

Shurq Elalle, que no se había movido de su silla, exhaló un ruidoso suspiro.

—Guapo —dijo—, no creo que vayamos a salir de esta habitación en un buen rato. Búscanos unas jarras y empieza a servir, ¿quieres?

—¿Somos rehenes?

—No, no —respondió su capitana—. Invitados.

Masan Gilani, las caderas balanceándose considerablemente más de lo necesario, salió sin prisas de la sala.

Brullyg gimió por lo bajo.

—Lo dicho —murmuró Shurq—, los hombres no cambian. —Después miró a Galt, que había acercado la otra silla—. Supongo que no vas a dejar que estrangule a ese gusano odioso.

—Lo siento, no. —Una sonrisa rápida—. Todavía no, por lo menos.

—Bueno, ¿y quiénes son vuestros amigos del puerto?

Galt guiñó un ojo.

—Tenemos un trabajito que hacer, capitana. Y hemos decidido que esta isla nos irá muy bien como cuartel general.

—Tu habilidad con el letherii ha mejorado de forma notable.

—Debe de ser tu magnífica compañía, capitana.

—No te molestes —dijo Rebanagaznates desde la puerta —. Olor a Muerto dice que es del otro lado de la puerta del Embozado, a pesar de lo que veas o lo que creas ver.

Galt se puso cada vez más pálido.

—No sé muy bien lo que quiere decir tu amigo con eso — dijo Shurq Elalle, sus seductores ojos se posaron en Galt—, pero mis anhelos están más vivos que nunca.

—Eso es… asqueroso.

—Lo que explica el sudor de tu frente, supongo.

Galt se apresuró a secarse.

—Ésta es peor que Masan Gilani —se quejó.

Brullyg cambió de postura en el sillón con gesto nervioso. *Qué oportunos*. Esos malditos malazanos lo hacían como nadie. *La libertad debería haber durado más*.

—Date prisa con esa cerveza, Guapo.

De repente te ves solo, aislado, con un ejército desdichado retorciéndose en tus manos, la peor pesadilla de cualquier

comandante. Y cuando los has metido de cabeza en un océano salvaje, las cosas ya no pueden ir peor.

La furia los había unido, durante un tiempo. Hasta que habían empezado a asimilar la verdad, como gusanos de moscardón bajo la piel. Su tierra natal los quería a todos muertos. No iban a ver a la familia, nada de esposas, maridos, madres, padres. No habría niños con los que jugar al caballito mientras haces cuentas mentales y te preguntas de qué vecino son los ojos que estás mirando. Ninguna sima que cruzar, ninguna brecha que arreglar. Como si todos tus seres queridos estuvieran muertos.

Los ejércitos empiezan a desmandarse cuando pasa eso. Casi peor que cuando no hay botín ni paga.

Éramos soldados del imperio. Nuestras familias dependían de los salarios, las desgravaciones, las rescisiones y las pensiones. Y muchos de nosotros éramos lo bastante jóvenes como para pensar en dejarlo, buscarnos una nueva vida, una que no implicara empuñar una espada y mirar a los ojos a un matón que te gruñe mientras intenta partirte en dos. Algunos estábamos muy cansados, joder.

¿Entonces qué nos mantuvo unidos?

Bueno, a ningún barco le gusta navegar solo, ¿no?

Pero el puño Blistig sabía que era más que eso. Sangre seca que los mantenía a todos pegados como la cola. La quemadura abrasada de la traición, la punzada de la furia. Y una comandante que había sacrificado a su propia amada para verlos a todos sobrevivir.

Blistig se había pasado demasiados días y noches en el Lobo de Espuma, en pie, a no menos de cinco pasos de la consejera, estudiando la espalda rígida de la mujer que contemplaba aquellos mares hoscos. Una mujer que no mostraba nada, pero algunas cosas ningún mortal las podía ocultar, y una de ellas era el dolor. La había mirado y se lo

había preguntado. ¿Aquella mujer iba a conseguir recuperarse?

Alguien (posiblemente fuera Keneb, que en ese momento parecía entender a Tavore mejor que nadie, incluso mejor que la propia Tavore, quizá) había tomado entonces una decisión fatídica. La consejera había perdido a su ayudante. En la ciudad de Malaz. Ayudante y amante. Bien, quizá no se pudiera hacer nada por la amante, pero el papel de ayudante era un cargo oficial, un cargo necesario para cualquier comandante. No un hombre, por supuesto, tendría que ser una mujer, desde luego.

Blistig recordó esa noche; la undécima campanada sonaba en la cubierta y la andrajosa flota, flanqueada por los tronos de guerra de Perecedero, estaba a tres días al este de Kartool, comenzando un arco que viraba hacia el norte y que los llevaría a rodear los tumultuosos y letales estrechos que había entre la isla de Malaz y la costa de Korel; la consejera se encontraba sola detrás del mástil del castillo de proa, el viento le tironeaba de la capa impermeable haciendo que Blistig pensara en un cuervo con un ala rota. Apareció entonces una figura que se detuvo cerca de Tavore, a su izquierda. *Donde se pondría T'amber, donde se pondría el ayudante de cualquier caudillo*.

Tavore había vuelto la cabeza, sobresaltada, y se habían intercambiado palabras (demasiado bajas para que Blistig pudiera oírlas), seguidas por un saludo marcial de la recién llegada.

La consejera está sola. También lo está otra mujer, al parecer tan absorta en el dolor como la propia Tavore; sin embargo, esta mujer posee cierto matiz, una cólera atemperada como el acero de Aren. No tiene mucha paciencia, que quizá sea justo lo que hace falta aquí.

¿Fuiste tú, Keneb?

Claro que Lostara Yil, en otro tiempo capitán de las Espadas Rojas, reconvertida en una simple soldado prófuga más, no había revelado ningún interés por llevarse a esa mujer a la cama. Ni a nadie más, de hecho. Aunque tampoco era una tortura mirarla, si lo que te iba era el vidrio roto bien adornado. Eso y los tatuajes pardus. Pero era igual de probable que la consejera no estuviera pensando en esos términos. Demasiado pronto. Y en la mujer equivocada.

En toda la flota los oficiales habían estado informando de rumores de motín entre los soldados, salvo, y por extraño que fuera, entre los marines, que nunca parecían capaces de pensar más allá de la siguiente comida o de la próxima partida de hoyos. Una sucesión de informes, comentados en tonos cada vez más nerviosos, y parecía que la consejera no quería o no podía preocuparse siquiera por el tema.

Se pueden curar las heridas del cuerpo, pero son las otras las que hacen desangrarse un alma.

Tras esa noche, Lostara Yil se había pegado a una resentida Tavore como una puñetera garrapata. Ayudante del comandante. Sabía lo que implicaba el papel. En ausencia de directrices reales de su comandante, Lostara Yil asumió la tarea de dirigir a casi ocho mil desdichados soldados. Lo primero era aclarar el asunto de la paga. La flota había puesto rumbo a Robo, un reino miserable hecho jirones por las incursiones malazanas y la guerra civil. Hacía falta comprar provisiones, pero sobre todo los soldados necesitaban un permiso, y para eso tenía que haber no solo dinero, también la promesa de que habría más, no fuera a ser que el ejército entero desapareciera en los callejones de la primera escala.

Los cofres del ejército no podían cubrir lo que se debía.

Así que Lostara buscó a Banaschar, el que había sido sacerdote de D’rek. Le dio caza y lo arrinconó. Y en menos que canta un gallo los cofres del tesoro rebosaban.

Bueno, ¿y por qué Banaschar? ¿Cómo lo sabía Lostara?

Larva, claro está. Ese enano flaco que trepa a las jarcias con esos bhok'arala que no están del todo bien, y ni una sola vez lo he visto bajar, por brutal que sea el tiempo. Pero Larva se las había ingeniado para descubrir lo del monedero oculto de Banaschar y, de algún modo, había hecho llegar el recado a Lostara Yil.

El Decimocuarto Ejército se había hecho rico de repente. Si se hubiera repartido demasiado de una sola vez habría sido un desastre, pero Lostara eso ya lo sabía. Era suficiente con que se viera, que los rumores corrieran como armiños por cada barco de la flota.

Siendo los soldados lo que eran, no tardaron mucho en empezar a quejarse otra vez, y en esa ocasión la ayudante de la consejera no podía hacer nada.

En el nombre del Embozado, ¿se puede saber adónde vamos?

¿Seguimos siendo un ejército y, si lo somos, por quién luchamos? Resultó que la idea de convertirse en mercenarios no sentaba nada bien.

Según se decía, Lostara Yil había montado una buena con Tavore una noche en el camarote de la consejera. Una noche de gritos, maldiciones y, quizá, lágrimas. O bien fue otra cosa. Algo tan sencillo como Lostara agotando a su comandante, como los gusanos soldado de D'rek royendo los tobillos de la tierra, *chas, tras, y estás dentro*. Fueran cuales fueran los detalles, la consejera había… despertado. El Decimocuarto entero estaba a solo unos días de hacerse pedazos.

Se convocó a los puños y oficiales de rango de capitán para arriba para que se reunieran en el Lobo de Espuma. Y para asombro de todos, Tavore Paran apareció en cubierta y dio un discurso. Peccado y Banaschar estaban presentes y, gracias a la hechicería, las palabras de la consejera las oyó

todo el mundo, incluso la tripulación subida a las jarcias y las cofas de vigía.

Un puñetero discurso del Embozado.

De Tavore. Más hermética que la boca de un gato junto a las tetas de Togg, pero habló. Nada largo ni complicado. Y no había brillantez, ni genialidad. Algo sencillo, cada palabra recogida del suelo polvoriento y ensartada en un cordel masticado, ni siquiera ensalivado para sacarle brillo. Ni una sola piedra preciosa. Nada de perlas, ni ópalos ni zafiros.

Un granate en bruto, en el mejor de los casos.

En el mejor de los casos.

Atado al cinturón de armas de Tavore había el hueso de un dedo. Amarillento, chamuscado por un extremo. La consejera permaneció en silencio durante un rato, los rasgos poco atractivos parecían demacrados, envejecidos, los ojos apagados como la pizarra manchada. Cuando al fin habló, su voz era baja, extrañamente medida, desprovista de toda emoción.

Blistig todavía recordaba cada palabra.

—Ha habido ejércitos. Cargados de nombres, del legado de encuentros, de batallas, de traiciones. La historia que hay detrás del nombre es el lenguaje secreto de cada ejército, un lenguaje que nadie más puede entender y mucho menos compartir. Dassem Ultor, primera espada, las llanuras de Unta, las colinas de Gris, Li Heng, Y'Ghatan. Los Abrasapuentes, Raraku, Perronegro, el bosque de Mott, Pale, Coral Negro. El Séptimo de Coltaine: la cadena de Gelor, el paso de Vathar y el día de Pura Sangre, Sanimon, la Ladera.

»Algunos de vosotros compartís unos cuantos de esos nombres con camaradas que ya han caído y se han convertido en polvo. Son, para vosotros, las vasijas agrietadas de vuestro dolor y vuestro orgullo. Y no podéis quedaros en un solo sitio durante mucho tiempo, no sea que el terreno se convierta en un barro sin fondo alrededor de

vuestros pies. —Había bajado la mirada entonces, durante un latido y otro, antes de volver a levantar la cabeza para examinar los rostros sombríos que tenía delante—. Entre nosotros, entre los Cazahuesos, ha comenzado ya nuestro lenguaje secreto. Cruel en su nacimiento en Aren, sórdido en un río de sangre antigua. La sangre de Coltaine. Lo sabéis. No tengo que contaros nada. Tenemos nuestro propio Raraku. Tenemos nuestro propio Y'Ghatan. Tenemos Malaz.

»En la guerra civil de Robo un caudillo capturó al ejército rival y lo destruyó; pero sin provocar ninguna matanza, no, simplemente se limitó a dar la orden de que la mano con la que empuñaba el arma cada soldado enemigo perdiera el índice. Después, a los soldados mutilados los mandaron regresar con el rival de este caudillo. Doce mil hombres y mujeres inútiles. A los que alimentar, a los que enviar a casa para que tragaran el sabor amargo de la derrota. Me… me recordaron esa historia no hace mucho tiempo.

Sí, pensó Blistig entonces, *y creo que sé quién. Dioses, todos lo sabemos*.

—Nosotros también estamos mutilados. En el corazón. Cada uno de vosotros lo sabéis. Y así llevamos, atado al cinturón, un trozo de hueso. El legado de un dedo amputado. Y sí, no podemos evitar saber lo que es la amargura. —Hizo una pausa, se contuvo un largo momento y a Blistig le pareció que el silencio mismo le corroía el cráneo. Tavore reanudó su discurso—: Los Cazahuesos hablaremos en nuestro lenguaje secreto. Navegamos para añadir otro nombre a nuestra carga, y bien pudiera ser el último. No lo creo, pero hay nubes ante el rostro del futuro y no podemos verlo. No podemos saberlo.

»La isla de Sepik, un protectorado del Imperio de Malaz, está ahora vacía de vida humana. Sentenciados a una matanza sin sentido, cada hombre, cada niño, cada mujer.

Conocemos el rostro del asesino. Hemos visto los barcos oscuros. Hemos visto desvelada esa magia violenta.

»Somos malazanos. Seguimos siéndolo, juzgue lo que juzgue la emperatriz. ¿No es razón suficiente para dar respuesta?

»No, no lo es. La compasión nunca es suficiente. Ni lo es el ansia de venganza. Pero por ahora, para lo que nos aguarda, quizá nos baste. Somos los Cazahuesos y navegamos hacia otro nombre. Más allá de Aren, más allá de Raraku y más allá de Y'Ghatan, cruzamos el mundo para buscar el primer nombre que será nuestro de verdad. Que no compartirá nadie más. Navegamos para dar respuesta.

»Hay más. Pero solo diré lo siguiente: "Lo que os aguarda en el atardecer de la desaparición del viejo mundo quedará… sin testigos". Palabras de T'amber. —Otro largo rato de silencio dolorido—. Son palabras duras y bien podrían alimentar el rencor, si por debilidad lo permitimos. Pero a esas palabras yo respondo como vuestro comandante: nosotros seremos nuestros propios testigos, y eso será suficiente. Tiene que ser suficiente. Ha de ser siempre suficiente.

Incluso en ese momento, más de un año después, Blistig se preguntaba si había dicho lo que había que decir. Lo cierto era que no tenía del todo claro lo que había dicho. Lo que significaba. *Con testigos, sin testigos, ¿hay alguna diferencia en realidad?* Pero Blistig ya sabía la respuesta, aunque no pudiera articular con precisión lo que sabía. Algo se removió en lo más hondo de su alma, como si sus pensamientos fueran aguas negras que acariciaran rocas invisibles, doblándose en formas que ni siquiera la ignorancia podía alterar.

Bueno, ¿cómo puede tener sentido nada de esto? Yo no tengo las palabras.

Pero maldito sea yo mismo, ella las tenía. Por aquel entonces. Las tenía.

Sin testigos. Una idea criminal. Una injusticia profunda contra la que él se rebelaba. *En silencio. Como todos los demás soldados de los Cazahuesos. Quizá. No, no me equivoco, veo algo en sus ojos. Puedo verlo. Nos rebelamos contra la injusticia, sí. Que lo que hacemos no lo vaya a ver nadie. Nuestro destino nadie lo mide*.

Tavore, ¿qué has despertado? Y que el Embozado nos lleve, ¿qué te hace pensar que estamos a la altura?

No había habido deserciones. Blistig no lo entendía. No le parecía que fuera a entenderlo jamás. Lo que había ocurrido esa noche, lo que había ocurrido en aquel extraño discurso.

Nos dijo que jamás volveríamos a ver a nuestros seres queridos. Eso fue lo que nos dijo, ¿verdad?

¿Dejándonos con qué?

Unos con otros, supongo.

—Seremos nuestros propios testigos.

¿Y eso será suficiente? Quizá. De momento.

Y aquí estamos. Hemos llegado. La flota, la flota arde, dioses, que pudiera hacer eso. No queda ni un solo transporte. Quemados, hundidos hasta el fondo de esta maldita costa. Estamos… aislados.

Bienvenidos, Cazahuesos, al Imperio de Lether.

Por desgracia, no estamos aquí con espíritu festivo.

Habían dejado atrás el hielo traicionero, las montañas rotas que habían llenado el mar y trepado a Fent Límite, pulverizándolo todo. No quedaban ruinas sobre las que cavilar sobre algún futuro lejano, ni un solo signo de existencia humana quedaba en esa roca raspada. El hielo era aniquilación. No hacía lo que hacía la arena, no se limitaba a enterrar hasta la última traza. Era lo que habían

pretendido los jaghut: negarlo todo, restregarlo todo hasta dejar la roca desnuda.

Lostara Yil se ciñó mejor el manto forrado de piel y siguió a la consejera a la cubierta del castillo de proa del Lobo de Espuma. Tenían delante el puerto protegido, media docena de barcos anclados en la bahía, incluyendo el Silanda, su montón de cabezas tiste andii ocultas bajo una gruesa lona alquitranada. No había sido fácil quitarle a Gesler el silbato de hueso, recordaba; y entre los soldados de los dos pelotones que quedaban para tripular la nave embrujada, el único dispuesto a utilizarlo había sido ese cabo, Olor a Muerto. Ni siquiera Peccado quería tocarlo.

Antes de dividir la flota había habido un frenesí de traslados entre pelotones y compañías. La estrategia para esa guerra exigía ciertos ajustes y, como era de esperar, a pocos les habían entusiasmado los cambios. *Los soldados son unos cabrones muy conservadores*.

Pero al menos alejamos a Blistig del verdadero mando, peor que un perro viejo y legañoso, ése.

Lostara, todavía a la espera de que hablara su comandante, se volvió para echarle un vistazo al trono de guerra que bloqueaba la bocana del puerto. El último barco perecedero en esas aguas, de momento. Confiaba en que fuera suficiente para lo que estaba por venir.

—¿Dónde está el pelotón del sargento Cordón? —preguntó la consejera.

—En el extremo noroeste de la isla —respondió Lostara—. Peccado está manteniendo el hielo a raya…

—¿Cómo? —preguntó Tavore, no por primera vez.

Y Lostara no pudo más que dar la misma respuesta que había dado ya un sinfín de veces.

—No lo sé, consejera. —Vaciló un momento y después añadió—: Ebron cree que este hielo está muriendo. Un ritual jaghut que se está desmoronando. Él ve las marcas de agua

que hay en los acantilados de esta isla, muy por encima de las marcas de cualquier marea anterior.

A eso la consejera no respondió nada. Parecía no afectarle el frío, el viento húmedo, salvo por una ausencia de color en los rasgos, como si su sangre se hubiera retirado de la superficie de la carne. Llevaba el pelo muy corto, como si quisiera desechar cualquier insinuación de feminidad.

—Larva dice que el mundo se está ahogando —dijo Lostara.

Tavore se volvió un poco y alzó la vista hacia los obenques sin iluminar que había en lo alto.

—Larva, otro misterio —dijo.

—Parece capaz de comunicarse con los nachts, cosa que es, bueno, extraordinaria.

—¿Comunicar? Está empezando a costar distinguirlos.

El Lobo de Espuma se deslizó junto a los barcos anclados y viró hacia el muelle de piedra en el que se encontraban dos figuras. Con toda probabilidad el sargento Bálsamo y Olor a Muerto.

—Vaya abajo, capitán —dijo Tavore—, e informe a los otros de que estamos a punto de desembarcar.

—Sí, señor.

Sigue siendo soldado, se dijo Lostara Yil a sí misma, una afirmación que cruzaba su mente en susurros un centenar de veces al día. *Tú sigue siendo soldado y todo lo demás se irá*.

Con la primera luz del amanecer haciendo palidecer el cielo oriental, la tropa montada letherii bajó como un trueno por la estrecha pista de la costa; el arcén del antiguo risco de la playa quedaba a su izquierda; el bosque enmarañado, impenetrable, a su derecha. La lluvia se había disuelto, convertida en una bruma pegajosa que alargaba los últimos

minutos de oscuridad y las pisadas de los cascos quedaban amortiguadas de un modo extraño, y no tardaron en verse reducidas a la nada una vez se perdió de vista el último jinete.

Los charcos del camino se sosegaron una vez más, enturbiados por el barro. Las brumas giraron y flotaron entre los árboles.

Un búho, encaramado a una rama alta de un árbol muerto, había observado el paso de la tropa. Los ecos se desvanecieron y el animal permaneció donde estaba, sin moverse, los grandes ojos clavados sin parpadear en una masa caótica de arbustos y zarzas entre álamos de troncos finos. Donde había algo que no era del todo lo que parecía. Inquietud suficiente para confundir su mente de depredador.

El arbusto se desdibujó entonces, como si se desintegrara en un fiero vendaval (aunque no soplaba viento alguno) y al desvanecerse, surgieron unas figuras que parecían salir de la nada.

El búho decidió que tendría que esperar un poco más. Aunque hambriento, no obstante experimentaba un extraño contento, seguido por una especie de tirón en la mente, como si algo… se fuera.

Botella rodó de espaldas.

—Más de treinta jinetes —dijo—. Lanceros, armadura ligera. Unos estribos raros. Embozado, cómo me duele el cráneo. Odio Mockra…

—Ya está bien de quejas —dijo Violín mientras observaba a su pelotón que (salvo el inmóvil Botella) se iba acercando, con el de Gesler haciendo lo mismo bajo unos árboles a unos pasos de distancia—. ¿Estás seguro de que no se olieron nada?

—Esos primeros exploradores estuvieron a punto de pisarnos —dijo Botella—. Algo ahí… sobre todo en uno de ellos. Como si de alguna forma estuviera… no sé, sensibilizado, supongo. Él y esta puñetera costa, fea como ella sola, donde no pintamos nada…

—Tú limítate a responder —lo interrumpió Violín otra vez.

—Deberíamos haberlos emboscado a todos —murmuró Koryk, que estaba comprobando los nudos de los fetiches que llevaba puestos, después se acercó a rastras la enorme mochila de provisiones y examinó las correas.

Violín sacudió la cabeza.

—Nada de combates hasta que se nos sequen los pies. Lo odio.

—¿Entonces por qué eres un puñetero marine, sargento?

—Un accidente. Además, ésos eran letherii. Tenemos que evitar todo contacto con ellos, por ahora.

—Yo tengo hambre —dijo Botella—. Bueno, no. Era el búho, maldita sea. En fin, no te creerías lo que es mirar por los ojos de un búho por la noche. Brillante como el mediodía en el desierto.

—Desierto —dijo Chapapote—. Echo de menos el desierto.

—Tú echarías de menos el pozo de una letrina si fuese el último lugar por el que te arrastraste —comentó Sonrisas—. Koryk estaba apuntando a esos jinetes con la ballesta, sargento.

—¿Y tú qué eres, mi hermana pequeña? —preguntó Koryk. El soldado imitó la voz de Sonrisas—. ¡Y no agitó su pililla cuando terminó de mear, sargento! ¡Lo vi yo!

—¿Verlo? —se rió Sonrisas—. Jamás me acercaría tanto a ti, mestizo, créeme.

—La chica está mejorando —le dijo Sepia a Koryk, cuya única respuesta fue un gruñido.

—Silencio todo el mundo —dijo Violín—. Quién sabe quién más vive en estos bosques, o podría estar usando el camino.

—Estamos solos —se pronunció Botella, que se sentó poco a poco y se sujetó la cabeza—. Esconder catorce soldados que gruñen y se tiran pedos no es fácil. Y una vez que lleguemos a zonas más pobladas va a ser peor.

—Conseguir que un miserable mago cierre el pico es más difícil todavía —dijo Violín—. Que todo el mundo compruebe su equipo. Nos quiero mucho más metidos en el bosque antes de atrincherarnos por hoy. —Durante el último mes en los barcos, los Cazahuesos habían estado procurando invertir los ciclos de sueño. Cosa nada fácil, según resultó. Pero al menos ya casi todo el mundo había conseguido alterarlos. *Como mínimo, perdimos el bronceado*. Violín se acercó adonde estaba agazapado Gesler.

Salvo este cabrón de piel dorada y su peludo cabo.

—¿Tu gente está lista?

Gesler asintió.

—Los pesados se quejan de que se les va a oxidar la armadura.

—Siempre que reduzcan los chirridos al mínimo. —Violín echó un vistazo a los soldados acurrucados del pelotón de Gesler y después miró a los suyos—. Menudo ejército —dijo por lo bajo.

—Menuda invasión, sí —asintió Gesler—. ¿Sabes de alguien que lo haya hecho así?

Violín negó con la cabeza.

—Es raro, pero la verdad es que tiene sentido, ¿no? Según todos los informes, los edur están abarcando demasiado. Los oprimidos son legión… todos estos malditos letherii.

—Esa tropa que acaba de pasar junto a nosotros a mí no me parecía muy oprimida, Viol.

—Bueno, supongo que ya nos enteraremos, ¿no? Venga, vamos a comenzar con esta invasión.

—Un momento —dijo Gesler, y posó una mano llena de cicatrices en el hombro de Violín—. La tipa quemó los putos transportes, Viol.

El sargento se estremeció.

—Difícil no adivinar lo que quiere, ¿no te parece?

—¿A qué te refieres, Gesler? ¿A que las patrullas de esta costa van a ver las llamas, o que para nosotros no hay vuelta atrás?

—Que el Embozado me lleve, yo solo puedo masticar un trozo de carne en cada bocado, ¿sabes? Empecemos por el principio. Si yo fuera este maldito imperio, estaría inundando esta costa de soldados antes de que se pusiera el sol. Y por mucho Mockra que sepan ahora nuestros magos de pelotón, vamos a cagarla. Antes o después, Viol.

—¿Y eso sería antes o después de ponernos a hacer sangre?

—Ni siquiera estoy pensando en una vez que empecemos a matar a los puñeteros tiste edur del Embozado. Estoy pensando en hoy.

—Si alguien se tropieza con nosotros, montamos un buen número y salimos disparados según el plan.

—E intentamos seguir con vida, sí. Genial. ¿Y si estos letherii no son tan amables?

—Pues seguimos adelante y robamos lo que necesitemos.

—Deberíamos haber desembarcado en masa, no solo los marines. Con los escudos trabados y a ver qué hacen.

Violín se frotó la nuca y suspiró.

—Sabes lo que pueden hacer, Gesler —dijo—. Solo que la próxima vez no estará Ben el Rápido bailando por el aire y devolviéndoles horror por horror. Lo que tenemos por delante es una guerra nocturna. Emboscadas. Cuchillos en la oscuridad. Atacar y salir disparados.

—Sin forma de salir.

—Sí. Así que lo que yo me pregunto es si les prendió fuego a nuestros transportes para decirles a ellos que estamos aquí, o para decirnos a nosotros que no tiene sentido pensar en la retirada. O las dos cosas.

Gesler lanzó un gruñido.

—«Sin testigos», dijo. ¿Es ahí donde estamos? ¿Ya?

Violín se encogió de hombros y se levantó a medias.

—Podría ser, Gesler. Vamos a movernos, los pájaros están trinando casi tan alto como nosotros.

Pero a medida que se iban adentrando en aquel bosque húmedo y medio podrido, la última pregunta de Gesler empezó a acosar a Violín. *¿Tiene razón él, consejera? ¿Ya estamos ahí?* Invadir un puñetero imperio en unidades de dos pelotones. Correr solos, sin apoyo, viviendo o muriendo en los hombros de un único mago de pelotón. *¿Y si a Botella lo matan en la primera escaramuza? Estaríamos acabados, punto y final. Será mejor que Corabb no se separe mucho de Botella y esperemos que la suerte del viejo rebelde no se acabe.*

Como mínimo lo que había acabado era la espera. Tierra firme bajo los pies, todos se habían tambaleado como borrachos al subir por la playa, lo que habría tenido su gracia en otras circunstancias. *Pero no cuando podríamos habernos topado con una patrulla y nosotros dando traspiés*. Pero el terreno volvía a ser sólido. Gracias al Embozado. Bueno, tan sólido como era posible cuando se renqueaba por encima de musgo, agujeros llenos de maleza y raíces retorcidas. *Casi peor que en Perronegro. No, no pienses eso. Mira adelante, Viol. No dejes de mirar adelante*.

Sobre ellos, por alguna parte, entre una maraña enloquecida de ramas, el cielo comenzaba a iluminarse.

—Como sigáis quejándoos, me corto la teta izquierda.

Un semicírculo de caras se la comió con los ojos. Bien. Se alegró de ver que eso siempre funcionaba.

—Menos mal que el chapuzón la apagó, señor —dijo Tazón.

La sargento Hellian miró al enorme soldado con el ceño fruncido. ¿Apagarla?

—Los pesados sois idiotas, ¿lo sabías? Bueno. —Bajó la cabeza e intentó contar el número de toneles de ron que había conseguido sacar de la bodega antes de que las llamas se descontrolaran. Seis, quizá diez. Nueve. Señaló con un gesto la borrosa colección—. Que todo el mundo haga sitio en las mochilas. Uno cada uno.

—Sargento —dijo Pejiguero Sinaliento—, ¿no se supone que tenemos que buscar a Urb y su pelotón? Tienen que estar cerca. —Después su cabo volvió a hablar, pero esa vez con una voz diferente—. Tiene razón. Tazón, ¿de dónde saliste tú? ¿Costa arriba o costa abajo?

—No me acuerdo. Estaba oscuro.

—Un momento —dijo Hellian mientras daba un paso de lado para mantener el equilibrio en la cubierta que cabeceaba. No, en el suelo que cabeceaba—. Tú no estás en mi pelotón, Tazón. Lárgate.

—Nada me gustaría más —respondió él, y miró con los ojos entrecerrados el muro de árboles que los rodeaba—. Yo no pienso acarrear ningún tonel de puñetera cerveza. Mírese, sargento, está chamuscada por todas partes.

Hellian se irguió.

—Eh, espera un momento, estamos hablando de vituallas esenciales. Pero te diré lo que es mucho peor. Apuesto a que alguien vio ese fuego, y espero que el imbécil que lo prendió

sea un montón de cenizas ahora mismo, eso es lo que espero. Porque alguien lo ha visto, eso seguro.

—Sargento, les prendieron fuego a todos los transportes, a todos —dijo otro de sus soldados. Barba, torso fornido, sólido como un tronco y seguramente no mucho más listo tampoco. ¿Cómo se llamaba?

—¿Y tú quién eres?

El hombre se frotó los ojos.

—Balgrid.

—Vale, Baldy, ahora intenta explicarme cómo es que algún imbécil se dedicó a nadar de un barco a otro para prenderles fuego. ¿Y bien? Eso me parecía.

—Viene alguien —siseó el zapador del pelotón.

El del nombre estúpido. Un nombre que a ella siempre le costaba recordar. ¿Podría ser? No. ¿Aveces? ¿Inseguro? *Ah, Quizás. Nuestro zapador se llama Quizás. Y su amigo de ahí, ése es Laúdes. Y ahí está Tavos Estanque… que es demasiado alto. Los soldados altos siempre terminan con flechas en la frente. ¿Por qué no está muerto?*

—¿Alguien tiene un arco? —preguntó.

Un crujido entre los matorrales y dos figuras que salieron de la oscuridad.

Hellian se quedó mirando a la primera y sintió una inexplicable oleada de ira. Se frotó con gesto pensativo la mandíbula mientras intentaba recordar algo de ese soldado de aspecto triste. La rabia se consumió, sustituida por un afecto sincero.

Tazón pasó junto a ella.

—Sargento Urb, gracias al Embozado que nos ha encontrado.

—¿Urb? —preguntó Hellian, que se acercó haciendo eses y subió la cabeza para mirar la cara redonda del hombre—. ¿Eres tú?

—Encontraste el ron, ¿eh?

Laúdes habló detrás de ella.

—Se está envenenando el hígado.

—Mi hígado está muy bien, soldado. Solo hay que escurrirlo un poco.

—¿Escurrirlo?

La sargento se giró y miró con furia al sanador del pelotón.

—He visto hígados antes, sajador. Grandes esponjas llenas de sangre. Se caen cuando abres a alguien en canal.

—Eso se parece más a un pulmón, sargento. El hígado es esa cosa plana, de color marrón turbio o púrpura…

—Da igual —dijo Hellian y se volvió para mirar a Urb—. Si el primero muere, el otro echa a andar. Estoy bien. Bueno —añadió con un gran suspiro que pareció hacer que Urb retrocediera un paso con un tambaleo—. Estoy del mejor de los humores, amigos míos. El mejor de los humores. Y ahora que estamos todos juntos, emprendamos la marcha porque estoy bastante segura de que tenemos que marchar a algún sitio. —Le sonrió a su cabo—. ¿Tú qué dices, Pejiguero Sinaliento?

—Suena bien, sargento.

—Un plan brillante, sargento.

—¿Por qué siempre haces eso, cabo?

—¿Hacer qué?

—¿Hacer qué?

—Mira, aquí Baldy es el que está medio sordo…

—Ya no estoy medio sordo, sargento.

—¿Ah, no? ¿Entonces quién está aquí medio sordo?

—Nadie, sargento.

—No hace falta gritar. Baldy puede oírte y si no puede, entonces deberíamos haberlo dejado en el bote, junto con ese alto de ahí de la flecha en el cráneo, porque no nos sirve ninguno. Estamos buscando asesinos de piel gris y se están escondiendo en esos árboles. Detrás de ellos, quiero decir. Si

estuvieran dentro, dolería. Así que tenemos que empezar a mirar detrás de todos esos árboles. Pero primero, recoged uno de estos toneles, uno cada uno, y después podemos ponernos en marcha.

»¿Qué estáis mirando todos? Soy yo la que da las órdenes y me he hecho con una espada nueva que hará que cortarme una de estas tetas sea mucho más fácil. Moveos, todo el mundo, tenemos una guerra que librar. Detrás de esos árboles.

Agazapado ante él, Chorrogaviota tenía la mirada furtiva de una comadreja en un gallinero. Se limpió los mocos con el antebrazo y entrecerró los ojos.

—Todo el mundo presente, señor.

El puño Keneb asintió y se giró cuando alguien se deslizó con estrépito por el risco de la playa.

—Silencio por ahí. De acuerdo, Chorrogaviota, vaya a buscar a la capitán y mándemela.

—Sí, señor.

Los soldados se sentían expuestos, cosa comprensible. Una cosa era que un pelotón o dos fueran a explorar por delante de una columna, al menos la retirada era posible en el sentido tradicional. Allí, si se metían en un lío, su única salida era desperdigarse. Como comandante de lo que sería un combate caótico y prolongado, Keneb estaba preocupado. Su unidad de ataque de seis pelotones sería la más difícil de ocultar, los magos que tenía con él eran los más débiles de todos, por la sencilla razón de que su sección estaría conteniéndose en su marcha al interior; su objetivo principal era evitar todo contacto. En cuanto al resto de su legión, en ese momento estaba repartida a lo largo de treinta leguas de costa. Se movían en pequeñas unidades de una docena aproximada de soldados y estaban a punto de

dar comienzo a una campaña encubierta que podría durar meses.

Desde la ciudad de Malaz había habido cambios profundos en el Decimocuarto Ejército. Se había impuesto una especie de estandarización en las decenas de magos, chamanes, conjuradores e invocadores de las legiones con la intención de establecer la hechicería como medio principal de comunicación. Y entre los magos de pelotón de los marines (una fuerza que en ese momento tenía tanta infantería pesada como zapadores), ciertos rituales de Mockra eran conocidos por todos. Ilusiones que podían camuflarlos, que se tragaban el sonido y confundían los olores.

Todo lo cual le indicaba a Keneb una sola cosa. *Ella lo sabía. Desde el principio. Ella sabía adónde íbamos, y lo había planeado todo*. Una vez más no había habido consulta alguna entre los oficiales. Las únicas reuniones de la consejera eran con ese herrero meckros y el tiste andii de Deriva Avalii. *¿Qué pueden haberle dicho ellos sobre esta tierra? Ni siquiera son de aquí.*

Él prefería suponer que había sido un simple golpe de suerte que la flota hubiera avistado dos barcos edur que habían quedado separados de los otros tras una tormenta. Demasiado dañados para huir, los habían tomado los marines. No había sido fácil, esos tiste edur eran fieros cuando se veían acorralados, incluso cuando estaban medio famélicos y se morían de sed. Habían capturado a los oficiales, pero solo después de derribar a cada uno de los puñeteros guerreros.

El interrogatorio de los oficiales edur había sido sangriento. Sin embargo, a pesar de toda la información que habían proporcionado, habían sido los cuadernos de bitácora del barco y las cartas de navegación lo que había resultado más útil para esa extraña campaña. *Ah, «extraña» se queda*

corta. Cierto, las flotas tiste edur se enfrentaron a nuestro imperio (o lo que solía ser nuestro imperio) y llevaron a cabo matanzas en masa en pueblos que estaban bajo nuestra protección, aunque fuera simbólica. ¿Pero eso no es problema de Laseen?

La consejera tampoco pensaba renunciar a su título. ¿Consejera de quién? ¿De la mujer que había hecho todo lo posible por asesinarla? ¿Y qué había pasado esa noche allí arriba, en la fortaleza de Mock? Los únicos testigos, aparte de Tavore y la propia emperatriz, estaban muertos. T'amber. Kalam Mekhar (*dioses, ésa es una pérdida que nos perseguirá durante mucho tiempo*). Keneb se había preguntado entonces, y se seguía preguntando, si la debacle entera en la ciudad de Malaz no la habían planeado entre Laseen y su querida consejera. Cada vez que esa sospecha le susurraba al oído, surgía la misma objeción en su mente. *Ella no habría accedido al asesinato de T'amber. Y Tavore estuvo a punto de morir en ese puerto, joder. ¿Y qué hay de Kalam?* Además, ni siquiera Tavore Paran era lo bastante fría como para aceptar el sacrificio de los wickanos, y todo para alimentar una puñetera mentira. ¿Verdad?

Pero no era la primera vez que Laseen lo hacía. Ya había ocurrido con Dujek Unbrazo y la Hueste. Y aquella vez el trato implicaba la aniquilación de los Abrasapuentes, al menos eso es lo que parece. Así que... ¿por qué no?

¿Qué habría pasado si hubiéramos entrado marchando en la ciudad? ¿Si hubiéramos matado a todo tonto que se nos cruzara? ¿Si hubiéramos subido en masa con Tavore hasta la fortaleza de Mock?

Una guerra civil. Sabía que ésa era la respuesta a esas preguntas. Y seguía sin poder ver una salida, ni siquiera después de meses y meses de conjeturas.

No era de extrañar, por tanto, que todo eso estuviera reconcomiendo las tripas de Keneb, y sabía que no era el

único al que le pasaba. Blistig ya no creía en nada, empezando por sí mismo. Sus ojos parecían reflejar un espectro del futuro que solo él podía ver. Caminaba como un hombre ya muerto, con el cuerpo rechazando lo que la mente sabía que era una verdad irrevocable. Y habían perdido a Tene Baralta y sus Espadas Rojas, aunque quizá eso no fuera ninguna tragedia. *Bueno, si lo piensas bien, el círculo íntimo de Tavore casi se puede dar por desaparecido. Arrancado. El Embozado sabe que ése nunca fue mi sitio, de todos modos, que es por lo que estoy aquí, en este puñetero pantano chorreante en medio del bosque*.

—Estamos reunidos y esperando, puño.

Keneb parpadeó y vio que había llegado su capitán. *De pie, esperando, ¿cuánto tiempo?* Entrecerró los ojos y miró el cielo pintado de gris. *Mierda*.

—Muy bien, nos dirigiremos hacia el interior hasta que encontremos algún terreno seco.

—Sí.

—Ah, capitán, ¿ha seleccionado el mago que quiere?

Los ojos de Faradan Sort se entrecerraron por un instante y, bajo la luz incolora, los planos de su rostro duro parecieron más angulosos que nunca. Suspiró antes de contestar.

—Eso creo, puño. Del pelotón del sargento Gripe. Pico.

—¿Ése? ¿Está segura?

La capitán se encogió de hombros.

—No le cae bien a nadie, así que usted no lamentará la pérdida.

Keneb sintió una punzada de irritación y replicó en voz más baja.

—Su tarea no está pensada como misión suicida, capitán. Yo no estoy del todo convencido, no sé si este sistema de comunicación por hechicería va a funcionar. Y cuando los pelotones empiecen a perder magos, se va a desmoronar

todo. Es muy probable que usted se convierta en el único enlace con todas las unidades…

—Una vez que encontremos algún caballo —interpuso ella.

—Exacto.

El puño la miró mientras lo mujer lo estudiaba durante un buen rato, después la que habló fue ella.

—Pico tiene habilidades como rastreador, puño. Más o menos. Dice que puede oler la magia, lo que nos ayudará a encontrar a nuestros soldados.

—Muy bien. Bueno, hora de dirigirse al interior, capitán.

—Sí, puño.

Al rato, a medida que iba aumentando el calor del día, los cuarenta y tantos soldados de la sección de mando de Keneb se estaban abriendo paso por una ciénaga de agua negra y fétida. Los insectos se arracimaban en nubes hambrientas. Nadie hablaba mucho.

Ninguno lo tenemos claro, ¿verdad? Encontrar a los tiste edur (los opresores de esta tierra) y derribarlos. Liberar a los letherii para que se rebelen. Sí, fomentar una guerra civil, aquello por lo que huimos del Imperio de Malaz, para evitarla.

Qué raro, verdad, cómo ahora llevamos a otra nación lo que no nos habríamos hecho a nosotros mismos.

En el plano ético, estamos al mismo nivel que esta asquerosa charca. No, no estamos contentos, consejera. Nada contentos.

Pico no sabía mucho de eso. De hecho, él sería el primero en admitir que no sabía mucho de nada, salvo, quizá, de entretejer hechicerías. Lo único que sabía con certeza, sin embargo, era que no le caía bien a nadie.

Que lo ataran al cinturón de esa capitán aterradora igual terminaba siendo una mala idea. Aquella mujer le recordaba a su madre, por la pinta, cosa que debería haber acabado de inmediato con cualquier pensamiento de tinte lujurioso. Debería, pero no había sido así, cosa que encontraba un tanto inquietante si pensaba en ello, cosa que no hacía. O no mucho. Al contrario que su madre, de todos modos, a aquella mujer no le daba por intimidarlo a cada paso, y eso era nuevo y hasta alentador.

—Nací estúpido, hijo de unos padres muy ricos de alta alcurnia. —Por lo general las primeras palabras que le decía a todo el que conocía. Las siguientes eran—: Por eso me convertí en soldado, para poder estar con otros como yo. —Las conversaciones por lo general morían no mucho después, cosa que entristecía a Pico.

Le hubiera gustado hablar con los otros magos de pelotón, pero incluso entonces parecía que era incapaz de transmitir el profundo amor que sentía por la magia, algo que llevaba en los huesos.

—Misterio —decía, asintiendo una y otra vez—, misterio, ¿no? Y poesía. Eso es la hechicería. Misterio y poesía, que es lo que mi madre solía decirle a mi hermano cuando se colaba en su cama las noches que padre estaba en otra parte. «Vivimos en misterio y poesía, querido mío», le decía a mi hermano; y yo fingía que estaba dormido, porque una vez que me senté en la cama, mi madre me dio una paliza. Normalmente nunca lo hacía, me refiero a con los puños. Lo hacían la mayor parte de mis tutores, así que ella no tenía que hacerlo. Pero me senté y ella se enfadó muchísimo. El sanador de la casa dijo que estuve a punto de morir esa noche, y así fue como aprendí lo de la poesía.

La maravilla que era la hechicería era su gran amor, quizá el único que tenía, de momento, aunque estaba seguro de que conocería a su pareja perfecta algún día. Una

mujer guapa tan estúpida como él. En cualquier caso, los otros magos por lo general solo se lo quedaban mirando mientras él parloteaba, que era lo que hacía cuando se ponía nervioso. Hablaba y hablaba. A veces un mago se levantaba y lo abrazaba, así, sin más, y después se iba. Una vez, un hechicero con el que estaba hablando se había echado a llorar. Y eso había asustado a Pico.

La entrevista de la capitán con los magos de la sección había terminado con él, el segundo de la fila.

—¿De dónde eres, Pico, para tenerte tan convencido de que eres estúpido?

El chico no estaba muy seguro de lo que significaba esa pregunta, pero sí que intentó responderla.

—Nací en la magnífica ciudad de Quon, en Quon Tali, en el Imperio de Malaz, que es un imperio gobernado por una pequeña emperatriz y es el lugar más civilizado del mundo. Todos mis tutores me llamaban estúpido y ellos deberían saberlo. Nadie les dijo lo contrario, tampoco.

—¿Entonces, quién te enseñó magia?

—Teníamos una bruja seti a cargo de los establos. En la finca del campo. Decía que para mí la hechicería era la única vela en la oscuridad. La única vela en la oscuridad. Decía que mi cerebro había apagado todas las demás velas, así que esa brillaría cada vez con más luz. Así que me enseñó magia, primero la seti, que era la que mejor conocía. Pero más tarde siempre encontraba otros sirvientes, otras personas que conocían los otros tipos. Sendas. Así es como se llaman. Velas de diferente color para todas y cada una de ellas. Gris para Mockra, verde para Ruse, blanca para el Embozado, amarilla para Thyr, azul para…

—¿Sabes utilizar Mockra?

—Sí. ¿Quiere que se lo muestre?

—Ahora no. Necesito que vengas conmigo; te voy a destacar de tu pelotón, Pico.

—De acuerdo.

—Tú y yo vamos a viajar juntos, lejos de todos los demás. Vamos a cabalgar de unidad en unidad lo mejor que podamos.

—¿Cabalgar, en caballos?

—¿Sabes cabalgar?

—Los caballos quon son los mejores caballos del mundo. Nosotros los criábamos. Era casi otra vela en mi cabeza. Pero la bruja dijo que era diferente, porque yo había nacido con eso y llevaba montar en los huesos como escrito en tinta negra.

—¿Crees que serás capaz de encontrar a los otros pelotones incluso cuando estén usando hechicería para ocultarse?

—¿Encontrarlos? Por supuesto. Yo huelo la magia. Mi vela parpadea, después se inclina hacia acá y hacia allá, hacia cualquier sitio del que proceda la magia.

—De acuerdo, Pico, ahora estás destinado al personal de la capitán Faradan Sort. Te he elegido a ti por encima de todos los demás.

—De acuerdo.

—Coge tu equipo y sígueme.

—¿A qué distancia?

—Como si estuvieras atado al cinturón de mi espada. Ah, ¿y cuántos años tienes, por cierto?

—He perdido la cuenta. Tenía treinta, pero eso fue hace seis años, así que ya no lo sé.

—Las sendas, Pico, ¿cuántas velas conoces?

—Oh, montones. Todas.

—Todas.

—Tuvimos un herrero medio fenn durante mis últimos dos años y una vez me pidió que le hiciera una lista, así que lo hice y entonces él dijo que eran todas. Dijo: «Eso son todas, Pico».

—¿Qué más dijo?

—No mucho, solo me hizo este cuchillo. —Pico dio unos golpecitos en la gran arma que llevaba en la cadera—. Después me dijo que huyera de casa. Que me uniera al ejército malazano para que no me dieran más palizas por ser estúpido. Tenía un año menos de treinta cuando me fui, como me dijo el herrero, y no me han pegado desde entonces. No le caigo bien a nadie, pero nadie me hace daño. No sabía que el ejército iba a ser tan solitario.

La capitán lo estaba estudiando como lo estudiaba la mayor parte de la gente.

—Pico —le preguntó—, ¿nunca usaste tu hechicería para defenderte o para contraatacar?

—No.

—¿Has vuelto a ver a tus padres o a tu hermano desde entonces?

—Mi hermano se suicidó y mis padres están muertos, murieron la noche que me fui. Igual que mis tutores.

—¿Qué les pasó?

—No estoy seguro —admitió Pico—. Solo les enseñé mi vela.

—¿Lo has vuelto hacer desde entonces, Pico? ¿Enseñar tu vela?

—No toda, no toda la luz, no. El herrero me dijo que no lo hiciese, a menos que no me quedase más remedio.

—Como esa última noche con tu familia y tutores.

—Como esa noche, sí. Azotaron al herrero y luego lo echaron, ¿sabe?, por darme este cuchillo. Y entonces intentaron quitármelo. Y así, de repente, no tuve alternativa.

Así que la capitán dijo que se iban a separar de los demás, pero allí estaban, dándose la caminata con los demás, y los insectos no hacían más que picarlo, sobre todo en la nuca, y se le metían por las orejas y la nariz, y Pico se dio cuenta de que no entendía nada.

Pero ella estaba justo allí, justo a su lado.

La sección alcanzó una especie de isla en la ciénaga, rodeada de un foso de agua negra. Era redonda y cuando treparon a ella, Pico vio escombros cubiertos de musgo.

—Aquí había un edificio —dijo uno de los soldados.

—Jaghut —exclamó Pico, emocionado de repente—. Omtose Phellack. Pero no hay llama, solo el olor a sebo. La magia se ha agotado entera y eso es lo que hizo esta ciénaga, pero no podemos quedarnos aquí porque hay cuerpos rotos bajo las rocas y esos fantasmas tienen hambre.

Se lo habían quedado mirando todos. Él agachó la cabeza.

—Perdón.

Pero la capitán Faradan Sort le puso una mano en los hombros.

—No hace falta, Pico. Esos cuerpos, ¿jaghut?

—No. Forkrul assail y tiste liosan. Lucharon en las ruinas. Durante lo que llamaron las Guerras Justas. Aquí solo hubo una escaramuza, pero no sobrevivió nadie. Se mataron unos a otros y a la última guerrera en pie le hicieron un agujero en la garganta y se desangró justo ahí, donde está el puño. Era forkrul assail y su último pensamiento fue que la victoria demostraba que ellos tenían razón y que el enemigo se equivocaba. Después murió.

—Es el único terreno seco que se ve por aquí —dijo el puño Keneb—. ¿Hay algún mago presente que pueda desterrar a los fantasmas? ¿No? Por el aliento del Embozado. Pico, ¿qué pueden hacernos?

—Se nos meterán en el cerebro y nos harán pensar cosas terribles, de modo que todos terminemos matándonos entre nosotros. Es lo que pasa con las Guerras Justas, nunca terminan y nunca lo harán porque la Justicia es un dios débil con demasiados nombres. Los liosan lo llamaban Serkanos y

los assail lo llamaban Rynthan. Pero bueno, daba igual qué idioma hablara porque sus seguidores no lo entendían. Era un idioma misterioso, que es por lo que no tiene poder, porque todos sus seguidores creen lo que no es, cosas que se inventan y nadie se pone de acuerdo, y por eso las guerras no acaban jamás. —Pico hizo una pausa, miró a su alrededor, a los rostros confusos, y se encogió de hombros—. No sé, quizá si hablo con ellos. Invoco uno y podemos hablar con él.

—Creo que no, Pico —dijo el puño—. En pie, soldados, seguimos adelante.

Nadie se quejó.

Faradan Sort se llevó a Pico a un lado.

—Los vamos a dejar ya —dijo—. ¿Qué dirección crees que debemos tomar para salir de aquí cuanto antes?

Pico señaló al norte.

—¿A qué distancia?

—Mil pasos. Ahí es donde está el borde del antiguo Omtose Phellack.

La capitán observó a Keneb y sus pelotones, que iban bajando por la isla, chapoteando en su camino al interior, hacia el oeste.

—¿Cuánto tiempo para que salgan de aquí si van en esa dirección, me refiero hacia el oeste?

—Quizá mil doscientos pasos, si no se meten en el río.

La mujer lanzó un gruñido.

—Doscientos pasos más no les harán ningún daño. De acuerdo, Pico, al norte. Tú delante.

—Sí, capitán. Podemos usar la antigua calzada.

Su superior se echó a reír entonces. Pico no tenía ni idea de qué.

Había un sonido en la guerra que se oía durante los asedios, momentos antes de asaltar las murallas. Onagros, ballestas y catapultas concentrados se disparaban en una única salva. Los enormes proyectiles que golpeaban los muros de piedra, las fortificaciones y los edificios alzaban un coro caótico de piedra y ladrillo que explotaba, baldosas hechas pedazos y tejados que se desplomaban. El aire en sí parecía estremecerse, como si tanta violencia lo echara atrás.

El sargento Cordón se encontraba en el promontorio, luchando contra el fiero viento helado, y pensaba en ese sonido mientras miraba los icebergs de hielo revuelto que combatían en el estrecho. Como una ciudad desmoronándose, se iban partiendo enormes secciones que se cernían por donde solía estar Fent Límite, en medio de un silencio momentáneo, hasta que las oleadas de conmoción remontaban las olas picadas del mar y llegaban como un trueno. Turbias nubes plateadas, chorros de agua espumosa…

—Una cordillera montañosa atrapada en su agonía —murmuró Ebron a su lado.

—Máquinas de guerra machacando la muralla de una ciudad —respondió Cordón.

—Una tormenta helada —dijo Cojo tras ellos.

—Os equivocáis todos —intervino Bollito con un castañeteo de dientes—. Son como grandes trozos de hielo… cayendo.

—Eso es… asombroso, Bollito —dijo el cabo Casco—. Eres un puñetero poeta del Embozado. No puedo creer que los irregulares de Mott te dejaran escapar. No, en serio, Bollito. No puedo creerlo.

—Bueno, no es que tuvieran elección —dijo el alto zapador patizambo, que se frotó con vigor los dos lados de

la mandíbula antes de añadir—: A ver, me fui cuando no miraba nadie. Usé una raspa de pescado para forzar los grilletes; además no se puede arrestar a un mariscal supremo. No hacía más que decírselo. No se puede. No está permitido.

Cordón se volvió hacia su cabo.

—¿Has podido hablar con tu hermana? ¿Se está cansando de contener todo esto? Nosotros no tenemos forma de saberlo. Jarretesgrandes ni siquiera sabe cómo lo hace, así que no puede ayudar.

—No puedo responderle, sargento. A mí tampoco me habla. No sé, no parece cansada, pero ya casi no duerme nunca. No hay mucho que reconozca en Peccado en estos tiempos. No desde Y'Ghatan.

Cordón lo pensó un momento y asintió.

—Voy a mandar a Jarretesgrandes de regreso. A estas alturas, la consejera ya debería estar desembarcando en el Fuerte.

—Lo ha hecho —dijo Ebron, que se estaba tirando de la nariz como si quisiera confirmar que no se le había caído congelada. Al igual que Jarretesgrandes, el mago del pelotón no tenía ni idea de cómo se las estaba arreglando Peccado para repeler unas montañas de hielo. Un buen golpe para su autoestima, y se le notaba—. El puerto está bloqueado; el matón al mando, contenido. Todo va según el plan.

Un gruñido de Cojo.

—Me alegro de que no seas supersticioso, Ebron. En cuanto a mí, yo me voy a bajar de este espinazo antes de que resbale y me reviente una rodilla.

Casco se echó a reír.

—Ya te toca, Cojo.

—Gracias, cabo. Te agradezco mucho la preocupación.

—Preocupación es la palabra correcta. Tengo apostados cinco imperiales a que le haces honor a tu nombre antes de

que se acabe el mes.

—Cabrón.

—Casco —dijo Cordón después de que observaran, con cierto regocijo, a Cojo bajándose con mucho cuidado del promontorio—, ¿dónde está Peccado ahora?

—En ese viejo faro —respondió el cabo.

—De acuerdo. Vamos a ponernos a cubierto nosotros también, va a llover todavía más y la lluvia va a ser gélida.

—Eso es —dijo Ebron con una cólera repentina—. No solo está conteniendo el hielo, sargento. Lo está matando. Y el agua está subiendo cada vez más deprisa.

—Creí que ya se estaba muriendo todo, de todas formas.

—Sí, sargento. Pero Peccado ha acelerado el proceso, lo que ha hecho ha sido desmontar Omtose Phellack como juncos de una cesta rota, pero no los tiró, no, está tejiendo otra cosa.

Cordón miró furioso a su mago.

—Al parecer Peccado no es la única que no habla. ¿Qué quieres decir con «otra cosa»?

—¡No lo sé! ¡Por los huevos del Embozado, no lo sé!

—Allí no hay cestas —dijo Bollito—. No que yo vea. Por los cerdos de la marisma, menuda vista tienes, Ebron. Ni siquiera cuando guiño un ojo puedo ver…

—Ya está bien, zapador —interpuso Cordón. Estudió a Ebron un momento más y se giró—. Vamos, tengo un bloque de hielo entre las piernas y no es lo más frío que tengo.

Bajaron hacia la choza de pescadores que utilizaban como base.

—Debería deshacerse de ello, sargento —dijo Bollito.

—¿De qué?

—De ese bloque de hielo. O use las manos por lo menos.

—Gracias, Bollito, pero no estoy tan desesperado todavía.

Pensándolo bien, había sido una vida cómoda. Cierto, no se podía decir que la ciudad de Malaz fuese la joya del imperio, pero por lo menos no parecía que fuera a derrumbarse y hundirse en una tormenta. Y él no tenía queja de la compañía que había frecuentado. En lo de Gallera había un buen surtido de necios, suficientes para que Asimismo se sintiera como en casa.

Diente Bravo. Temple. Banaschar… por lo menos Banaschar estaba allí, la única cara conocida aparte de un trío de nachts y, por supuesto, su mujer. *Por supuesto. Ella*. Y aunque un dios ancestral le había dicho que esperara, el herrero meckros habría estado encantado de que esa espera durara para siempre. *Malditos sean los dioses, por cierto, con sus constantes intromisiones, el modo en que nos utilizan sin más. Como les da la gana*.

Incluso después haber pasado lo que tenía que ser un año en el mismo barco que la consejera, Asimismo no podía decir que la conociera. Cierto, había habido ese prolongado periodo de luto (a la amante de Tavore la habían matado en la propia Malaz, le habían dicho), y la consejera había parecido, durante un tiempo, una mujer más muerta que viva.

Si había vuelto a ser ella misma, entonces, bueno, no era gran cosa.

A los dioses les daba igual. Habían decidido utilizarla, igual que lo habían utilizado a él. Lo notaba, esa conciencia lúgubre en esos ojos femeninos tan corrientes. Y si había decidido enfrentarse a ellos, se enfrentaba sola.

Yo nunca tendría el valor de hacerlo. Ni de lejos. Pero quizá, para hacer lo que está haciendo, tiene que convertirse en algo menos que un ser humano. ¿En algo más que un ser humano? Quizá había elegido ser menos

para ser más. Allí había muchos que quizá pensaran que estaba rodeada de aliados. Aliados como el propio Asimismo, Banaschar, Sandalath, Peccado y Keneb. Pero él sabía que no era tan fácil. *Todos observamos. Esperando. Preguntándonos*.

Sin decidirnos.

¿Es esto lo que querías, Mael? ¿Llevarme a ella? Sí, era ella a quien yo esperaba.

Lo que llevaba, de forma inevitable, a una pregunta mucho más desconcertante: *Pero ¿por qué yo?*

Cierto, él podía hablarle de la espada. Su espada. El arma que había martilleado y batido hasta que había cobrado vida para el dios Tullido. Pero no había forma de responder a esa arma.

Sin embargo, la consejera no se dejaba intimidar. Había elegido una guerra que ni sus soldados querían. Con el objetivo de derribar un imperio. Y al emperador que sostenía esa espada en sus manos. Un emperador al que su propio poder había vuelto loco. Otra herramienta de los dioses.

No era fácil sentirse cómodo con la situación. Costaba confiar en la atrevida decisión de la consejera. A los marines los habían arrojado a la costa letherii; no en un solo desembarco en masa, con todos los efectivos, sino en muchos y desperdigados, clandestinos, por la noche. Después, como para desafiar todas las leyes de la táctica, habían prendido fuego a los transportes.

Todo un anuncio, sin lugar a dudas.

Estamos aquí. Buscadnos si os atrevéis. Pero tened por seguro que con el tiempo os encontraremos.

Entretanto, buena parte de otra legión permanecía en barcos apostados bien lejos de la costa letherii. Y solo la consejera sabía adónde habían ido los khundryl. Y la mayor parte de los perecederos.

—Te ha dado por ponerte melancólico, esposo.

Asimismo levantó poco a poco la cabeza y contempló a la mujer con piel de ónice que estaba sentada enfrente de él, en el camarote.

—Soy un hombre de pensamientos profundos —dijo.

—Eres un sapo perezoso atrapado en un pozo de obsesiones.

—Eso también.

—Pronto estaremos en tierra. Se diría que estarías impaciente en la regala, después de tanto gemir y quejarte. Bien sabe madre Oscuridad que jamás habría pensado que eras meckros, con ese odio permanente que sientes por el mar.

—Conque odio permanente, ¿eh? No, más bien… frustración. —Levantó las manazas—. Reparar barcos es una especialidad. Pero no es la mía. Necesito volver a hacer lo que mejor hago, esposa.

—¿Herraduras?

—Exacto.

—¿Bordes de escudos? ¿Empuñaduras de dagas? ¿Espadas?

—Si es necesario.

—Los ejércitos siempre arrastrarán herreros con ellos.

—No es mi especialidad.

—Bobadas. Puedes plegar el hierro para convertirlo en una hoja tan bien como cualquier armero.

—Porque tú has visto muchos, ¿no?

—Con una vida tan larga como ha sido la mía, he visto demasiado de todo. Bueno, nuestros desdichados pupilos seguramente estarán otra vez en la bodega. ¿Vas tú a buscarlos o voy yo?

—¿De verdad es hora de irse?

—Creo que la consejera ya ha desembarcado.

—Ve tú. A mí todavía me ponen los pelos de punta.

La mujer se levantó.

—Careces de empatía, que es una característica de los obsesivos. Estos tiste andii son jóvenes, Asimismo. Abandonados primero por Anomander Rake. Luego por Andarist. Hermanos y hermanas caídos en una batalla sin sentido. Demasiadas pérdidas; están atrapados en la fragilidad del mundo, en la desesperación que lleva a sus almas.

—Privilegio de los jóvenes, regodearse en un cinismo cansado del mundo.

—Al contrario que tus profundos pensamientos.

—Por completo al contrario que mis profundos pensamientos, Sand.

—¿Crees que no se han ganado el privilegio?

Asimismo notó la ira creciente de la mujer. Después de todo, ella no era menos tiste andii que ellos. Había cosas que era mejor rodear. Una isla volcánica. Una montaña flotante de hielo. Un mar de fuego. Y la lista de susceptibilidades de Sandalath Drukorlat.

—Supongo que se lo han ganado —respondió él con cuidado—. Pero ¿desde cuándo se ha convertido el cinismo en una virtud? Además, es cansino, leches.

—Eso no te lo voy a discutir —dijo ella en tono sepulcral antes de darse la vuelta y salir.

—Abandonarse a la melancolía es diferente —le murmuró él a la silla vacía que tenía enfrente—. Podría ser sobre cualquier tema, para empezar. Un tema en absoluto cínico. Como la intromisión de los dioses; no, de acuerdo, eso no. El oficio de herrero, sí. Herraduras. No hay nada cínico en las herraduras… creo. Eso. Tener cómodos a los caballos. Para que puedan entrar galopando en batalla y morir de una forma horrible. —Se quedó callado y frunció el ceño.

Phaed tenía el rostro plano y con forma de corazón, del color de la pizarra manchada, un tono poco afortunado con esa falta de vida. Tenía los ojos inexpresivos, salvo cuando se llenaban de veneno, como en ese momento, al posarse en la espalda de Sandalath Drukorlat, que estaba hablando con los otros.

Nimander Golit podía ver a la joven que llamaba hermana por el rabillo del ojo, y se preguntó una vez más por la fuente de la insaciable malicia de Phaed, una malicia que había estado allí, que él recordara, desde su primera infancia. En el interior de su hermana no existía la empatía, y en su ausencia crecía algo frío que prometía una especie de alegría brutal con cada victoria, real o imaginada, obvia o sutil.

No había nada fácil en esa mujer joven y hermosa. Comenzaba con la primera impresión que sentía un desconocido al verla, una especie de hechizo natural que podía quitarte el aliento. La perfección del arte, el lenguaje sin palabras de lo romántico.

Ese momento inicial era fugaz. Por lo general moría tras la primera pregunta cortés, que Phaed, de forma invariable, escuchaba con un silencio frío. Un silencio que transformaba ese idioma sin palabras, disipaba toda idea de romance y llenaba la inmensa y prolongada ausencia de decoro con un desdén sin rodeos.

El rencor quedaba reservado para aquellos que la veían de verdad, y era en esos instantes cuando Nimander sentía un escalofrío de premonición, pues él sabía que Phaed era capaz de asesinar. Pobre del observador perspicaz que viera, sin estremecerse, lo más hondo del alma de aquella mujer (ese nudo tembloroso de oscuridad veteado de temores

inimaginables), y después decidiera no disimular lo que sabía.

Nimander había aprendido mucho tiempo atrás a fingir una especie de inocencia cuando estaba con Phaed, a esbozar rápido una sonrisa relajada que parecía tranquilizarla. Era en esos momentos, por desgracia, cuando la joven acostumbraba a confiar sus crueles sentimientos, a susurrar elaborados planes para vengarse de toda una multitud de desaires.

Si algo era Sandalath Drukorlat era perspicaz, lo que tampoco resultaba sorprendente. Había vivido siglos y siglos. Había visto todo tipo de criaturas, desde las más honorables a las más demoníacas. Y no había tardado mucho en decidir a qué extremo del espectro pertenecía Phaed. Había respondido a la mirada fría con la suya propia; el desdén rebotaba en ella como los guijarros arrojados al escudo de un guerrero, sin provocar siquiera un rasguño. Y la estocada más hiriente de todas: había mostrado solo diversión ante el histrionismo mudo de Phaed, hasta llegar incluso a la burla manifiesta. Ésas, por tanto, eran las heridas profundas que supuraban en el alma de Phaed, producidas por la mujer que se había convertido en la madre sustituta de todos ellos.

Y Nimander sabía que, tras su rostro con forma de corazón, Phaed estaba planeando un matricidio.

Él admitía sus propios momentos de calma chicha (largos periodos de absoluta indiferencia), como si, de hecho, no mereciera la pena pensar en nada. Después de todo, él tenía su multitud privada de demonios, ninguno de los cuales parecía inclinado a desaparecer sin más. Sin inmutarse por el descuido ocasional, continuaban jugando sus oscuros jueguecitos y el modesto tesoro que componía la vida de Nimander iba de un lado a otro, hasta que las balanzas giraban sin cesar. Discordia y choques, caos celebrado por

los gritos triunfantes, las maldiciones siseadas, las monedas desperdigadas sin cuidado alguno. Nimander se sentía con frecuencia aturdido, como si no pudiera oír nada.

Pudiera ser que ésas fueran las características de los tiste andii. *Introvertidos incapaces de introspección alguna. Oscuridad en la sangre. Quimeras, incluso en sí mismos*. Él hubiera querido que le importara el trono que habían estado defendiendo, por el que había muerto Andarist, y por el que había llevado a sus pupilos a aquella batalla salvaje sin vacilación alguna. Quizá, incluso, con verdadero entusiasmo.

Una carrera hacia la muerte. Cuanto más vive uno, menos se valora esa vida. ¿Por qué?

Pero eso sería introspección, ¿no es cierto? Una tarea demasiado latosa, desentrañar esas preguntas. Mucho más fácil limitarse a seguir las órdenes de otros. ¿Otro rasgo de su especie, conformarse con seguir? ¿Pero quiénes entre los tiste andii podían convertirse en símbolos capaces de inspirar respeto y asombro? No jóvenes guerreros como Nimander Golit. No la malvada Phaed y sus viles ambiciones. *Anomander Rake, que se alejó. Andarist, su hermano, que no se fue. Silchas Ruina… ¡ah, qué familia!* Únicos, era obvio, entre la prole de la Madre. Vivían con más intensidad entre grandes dramas. Vidas tensas y vibrantes como las cuerdas de un arco, la ferocidad de la verdad en cada una de sus palabras, los intercambios duros y crueles que los separaban cuando nada más podía. Ni siquiera que madre Oscuridad les diera la espalda. Las primeras épocas de sus vidas eran poemas de grandiosidad épica. *¿Y nosotros? Nosotros no somos nada. Blandos, romos, confundidos y hundidos en la negrura. Hemos perdido nuestra simplicidad, hemos perdido su pureza. Somos la Oscuridad sin misterio.*

Sandalath Drukorlat (que había vivido en esos tiempos antiguos y debía de llorar en su alma por los tiste andii

caídos) se volvió y llamó con un gesto a los variopintos supervivientes de Deriva Avalii para que la siguieran. Subieron a cubierta. *Tienes el pelo, Nimander, del color de la luz de las estrellas*. Allí contemplaron esa miserable ciudad portuaria que se transformaría en su hogar durante la «próxima pequeña eternidad», por usar las palabras siseadas de Phaed.

—Solía ser una prisión, esta isla. Llena de violadores y asesinos. —Una mirada rápida a los ojos de él, como si buscara algo, y su hermana le dedicó una sonrisa fugaz que era poco más que enseñar los dientes y dijo—: Un buen lugar para asesinar.

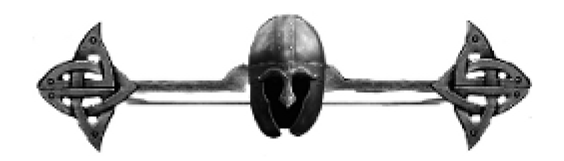
Palabras que, milenios antes, podrían haber desencadenado una guerra civil o algo peor, la furia de la propia madre Oscuridad. Palabras, por tanto, que apenas agitaban el reposo sereno de la indiferencia de Nimander.

Tienes el pelo, Nimander, del color de... Pero el pasado estaba muerto. *Deriva Avalii. Nuestra propia isla prisión, donde aprendimos lo que era morir*.

Y el precio terrible de seguir a alguien.

Donde aprendimos que el amor no tiene sitio en este mundo.

14



Cogí el cuenco de piedra
con las dos manos
y vertí mi tiempo
al suelo,
ahogando a desventurados insectos,
alimentando las malas hierbas,
hasta que el sol se alzó
mirando al suelo
y robó la mancha.

Al ver en la taza del recipiente
un millar de grietas,
miré atrás,
por donde había venido,
y vi un rastro verde
con recuerdos perdidos;
quienquiera que hiciera ese cuenco
era un necio, pero mucho mayor
aquel que lo llevaba.

Cuenco de piedra
—Pescador Kel Tath

La pendiente de hielo había soportado sucesivos deshielos y congelaciones hasta que su superficie terminó picada y esculpida como la corteza incolora de algún inmenso árbol

derribado. El viento, que a ratos era cálido y a ratos frío, gemía como un coro de voces melancólicas por esa superficie rasposa, y le parecía a Seto que cada vez que bajaba la bota y hacía crujir el suelo, un grito solitario quedaba silenciado para siempre. La idea lo ponía de mal humor, y esa abigarrada dispersión de desechos que salpicaba la llanura de hielo y nieve granulada solo empeoraba las cosas.

Detritos de vidas jaghut que iban subiendo poco a poco como piedras en el campo de un granjero. Objetos mundanos que daban fe de un pueblo entero; ojalá pudiera entenderlos, pudiera de algún modo reunir todas esas piezas dispares. Fantasmas, creía él, que existían en un estado de perpetua confusión, el modo en que ante ellos se extendía un paisaje interminable salpicado de escoria sin significado; las verdades de la vida eran secretos, el mapa físico de hechos ocultados para siempre. Un fantasma podía estirar el brazo, pero no podía tocar; podía mover esto y lo otro, pero nada podía moverlo a él, ni conmoverlo. Alguna esencia de empatía se había desvanecido, pero no, «empatía» no era la palabra adecuada. Él podía sentir, después de todo. Como sentía antes, cuando estaba vivo. Las emociones nadaban en aguas que eran tanto bajíos como aguas profundas. La empatía táctil quizá se acercara más al sentido que él buscaba. El consuelo de la resistencia mutua.

Él había adoptado por voluntad propia esa forma, ese cuerpo en el que moraba y que caminaba con pesadez junto al cadáver marchito, animado, que era Emroth. Y al parecer podía conjurar una especie de continuidad física con todo lo que lo rodeaba (como el crujido de sus pies), pero empezaba a preguntarse si esa continuidad no era una ilusión, como si al coger ese casco curvo de una antigua olla rota que tenía delante no estuviera en realidad recogiendo el fantasma de la olla. Pero a esa revelación sus ojos estaban ciegos, los

sentidos del tacto y el oído eran engaños, y él estaba tan perdido como un eco.

Continuaron avanzando penosamente por la meseta, bajo los profundos cielos azules donde las estrellas resplandecían en lo alto de la bóveda del cielo, un mundo de hielo que no parecía tener fin. El pedregal de basura los acompañaba por todas partes. Fragmentos de tela o ropas, o quizá tapices, cascos, utensilios para comer, herramientas arcanas de madera o piedra molida, el trozo de un instrumento musical con cuerdas y unos pequeños tambores en relieve, la pata astillada de una mesa de madera o un taburete. No vieron armas, no en varios días, y la que habían descubierto al principio (el mango de una lanza) era imass.

Habían muerto jaghut en ese hielo. Masacrados. Era casi lo que había dicho Emroth. Pero no había cuerpos y la t'lan imass tampoco había ofrecido ninguna explicación. Los habían recogido, supuso Seto, quizá un superviviente. ¿Los jaghut practicaban el enterramiento ritual? No tenía ni idea. En todos sus viajes no recordaba haber hablado jamás sobre una tumba o un cementerio jaghut. Si lo hacían, se lo guardaban para sí.

Pero estaban huyendo cuando habían muerto allí. Algunos de esos trozos de tela eran de tiendas. No los perseguían imass de carne y hueso, no a través de ese hielo inerte. No, debían de ser t'lan. Del ritual. *Como aquí Emroth*.

—Bueno —dijo Seto, su voz de un tono sorprendente a sus propios oídos—, ¿estuviste implicada en esta caza, Emroth?

—No puedo estar segura —respondió ella después de un rato—. Es posible.

—Las matanzas se parecen mucho entre sí, ¿no?

—Sí. Eso es cierto.

El asentimiento de la imass lo deprimió todavía más.

—Hay algo ahí delante —dijo la t’lan imass—. Creo que estamos a punto de descubrir la respuesta al misterio.

—¿Qué misterio?

—La ausencia de cuerpos.

—Ah, ese misterio.

La noche llegaba de repente a aquel lugar, como si se soplara una vela. El sol, que dibujaba un círculo justo por encima del horizonte a lo largo del día, se caía de repente como una pelota dando vueltas bajo aquella línea resplandeciente de color sangre. Y el cielo negro se llenaba de estrellas que solo se desvanecían con la llegada de unas pinceladas de luz de extraños colores que cubrían la bóveda, que siseaba como fragmentos rociados de vidrio fino.

Seto sintió que se acercaba la noche, las bolsas de calor del viento se iban haciendo más infrecuentes, la sombra ambarina de lo que Seto suponía que era el oeste se iba profundizando hasta alcanzar un matiz que era a la vez chillón y funesto.

Empezaba a ver lo que había llamado la atención de Emroth. Una joroba en la meseta rodeada de objetos oscuros. La forma que se alzaba del centro de ese montículo al principio le pareció un poste de hielo, pero a medida que se acercaron, Seto vio que su núcleo era oscuro y que esa oscuridad se introducía en el suelo.

Los objetos que rodeaban la elevación eran cuerpos envueltos en tela, muchos de ellos pequeños y lastimosos.

Cuando la luz del día disminuyó de pronto y la noche se anunció con una ráfaga de viento helado, Seto y Emroth se detuvieron justo delante de la joroba.

El palo erguido era en realidad un trono de hielo y sobre él estaba sentado el cuerpo congelado de un jaghut varón. Momificado por el frío y los vientos que lo habían secado, no obstante presentaba una figura imponente, aunque

espantosa, una figura de dominación, la cabeza ladeada un poco hacia abajo, como si examinara un círculo de súbditos postrados a perpetuidad.

—Muerte que observa muerte —murmuró Seto—. Muy apropiado, joder. Recogió los cuerpos y se sentó y murió con ellos. Se rindió. Sin pensamientos de venganza, sin sueños de resurrección. Aquí está tu pavoroso enemigo, Emroth.

—Más de lo que imaginas —respondió la t'lan imass.

Y continuó adelante, rodeó la edificación sin prisas, sus pies envueltos en pieles se hundían en la capa de hielo quebradizo entre pequeñas borlas chispeantes de nieve en polvo.

Seto se quedó mirando al jaghut en su trono medio fundido. *Todos los tronos deberían estar hechos de hielo, creo*.

Te sientas con el culo entumecido, te vas hundiendo cada vez más, con el charco de la disolución ensanchándose a tu alrededor. Siéntate, querido gobernante, y háblame de todos tus grandes planes.

Por supuesto, el trono no era lo único que se estaba desmoronando. La piel verde, correosa, del jaghut ya se había desprendido por la frente y revelaba el hueso enfermizo, casi luminiscente en la oscuridad; y en los hombros puntiagudos, la piel estaba desgastada, con las protuberancias pulidas de los huesos de los hombros asomando. Destellos parecidos en los nudillos de ambas manos, que descansaban en los reposabrazos inclinados del sillón.

La mirada de Seto regresó al rostro. Unos pozos negros, hundidos, en lugar de ojos, una nariz ancha y aplastada, colmillos de plata negra. *Creí que estas cosas nunca llegaban a morir. Que había que ponerles grandes rocas encima para evitar que volvieran a levantarse. O que había*

que hacerlos pedacitos y meter cada pedazo bajo un gran canto rodado.

No pensé que pudieran morir así.

Se sacudió la aprensión y echó a andar tras Emroth.

Caminaron la noche entera. Campamentos, comidas y sueño eran para los que todavía respiraban, después de todo.

—¡Emroth!

La cabeza giró con un crujido.

—Esa maldita cosa de ahí detrás no estará todavía vivo, ¿verdad?

—No. El espíritu se fue.

—¿Se… fue?

—Sí.

—¿No es eso, eh, inusual?

—El Trono de Hielo se estaba muriendo. Sigue muriendo. No quedaba… no queda nada que gobernar, fantasma. ¿Quieres que se quede ahí sentado para siempre? —No parecía muy inclinada a esperar una respuesta porque dijo—: No he estado aquí antes, Seto de los Abrasapuentes. Lo habría sabido.

—¿Sabido qué, Emroth?

—Jamás he visto el verdadero Trono de Hielo, en el corazón de la Fortaleza. El corazón mismo del reino jaghut.

Seto echó un vistazo atrás. *¿El verdadero Trono de Hielo?*

—¿Quién… quién era, Emroth?

Pero ella no le respondió.

Tras un rato, sin embargo, Seto creyó saberlo. Siempre lo había sabido.

Apartó de una patada una olla rota, la vio resbalar, rodar y tambalearse hasta que se detuvo. *Rey en tu trono medio fundido, aspiraste una bocanada y luego la soltaste. Y… nunca más. Así de sencillo. Así de fácil. Cuando eres el*

último de tu especie y exhalas ese último aliento, es el aliento de la extinción.

Y cabalga con el viento.

Todos los vientos.

—Emroth, había un estudioso en la ciudad de Malaz, un viejo cabrón miserable llamado Obo, que afirmaba haber presenciado la muerte de una estrella. Y cuando se volvieron a comparar las gráficas contra el cielo nocturno, bueno, una luz había desaparecido.

—Las estrellas han cambiado desde mi vida mortal, fantasma.

—¿Algunas se han apagado?

—Sí.

—¿Como en… muerto?

—Los invocahuesos no se ponían de acuerdo en eso —dijo ella—. Otra observación ofrecía una posibilidad diferente. Las estrellas se alejan de nosotros, Seto de los Abrasapuentes. Quizá las que ya no vemos se han ido demasiado lejos para que las veamos.

—La estrella de Obo era bastante brillante, ¿no se habría ido desvaneciendo primero, a lo largo de mucho tiempo, antes de apagarse?

—Quizá ambas respuestas son verdad. Hay estrellas que mueren. Hay estrellas que se alejan.

—Entonces, ¿el jaghut murió o se alejó?

—Tu pregunta no tiene sentido.

¿En serio? Seto lanzó una carcajada seca.

—Mientes muy mal, maldita seas, Emroth.

—Éste —dijo la t’lan imass— no es un mundo perfecto.

Las ringleras de colores que pasaban sobre sus cabezas siseaban con suavidad mientras a su alrededor el viento levantaba matas de tela y piel y gemía entre barrancos en miniatura y cuevas de hielo. Y más cerca todavía, un sonido

compartido por el fantasma y la t’lan imass: la destrucción chispeante de sus pisadas por la meseta.

Onrack se arrodilló junto al arroyo, hundió las manos en el agua helada y las volvió a levantar para observar los arroyuelos que caían. El asombro no había abandonado sus oscuros ojos desde su transformación, desde el milagro de una vida recuperada.

Un hombre tendría que no tener corazón para no sentir nada al observar ese renacimiento, esa alegría inocente en un guerrero salvaje que había estado muerto cien mil años. Cogía piedras pulidas como si fueran un tesoro, pasaba las puntas de los dedos romos, llenos de callos, por filas de líquenes y musgo, se llevaba a los labios llenos una cuerna desechada para saborearla con la lengua, para aspirar su aroma a pelo quemado. Al atravesar el arbusto espinoso de una rosa ártica, Onrack se había detenido con un grito de sorpresa al ver los arañazos rojos en sus espinillas combadas.

El imass, se recordó Trull Sengar una vez más, no se parecía en nada, nada, a lo que él habría imaginado. Casi sin vello salvo la melena oscura, casi negra, que le bajaba por la espalda más allá de los hombros anchos. En los días transcurridos desde que habían llegado a ese extraño reino, le había comenzado a crecer una barba fina por la línea de la mandíbula y sobre la boca, el pelo muy separado y negro como el de un jabalí, pero no le crecía en absoluto en las mejillas ni en el cuello. Los rasgos de la cara eran anchos y planos, dominados por una nariz prominente con un puente pronunciado, como un nudillo entre los ojos muy separados y hundidos. El pesado saliente de hueso sobre esos ojos parecía más robusto por la escasez de las cejas.

Aunque no era especialmente alto, Onrack, no obstante, parecía enorme. Músculos fibrosos que envolvían huesos densos, los brazos alargados, las manos anchas pero de dedos achaparrados. Las piernas eran cortas y desproporcionadas, arqueadas de modo que las rodillas sobresalían a los lados casi tanto como las caderas. Pero Onrack se movía con un sigilo ágil, furtivo como buscando una presa, los ojos parpadeando en cada dirección, la cabeza ladeada, la nariz disparada cuando rastreaba olores en el viento. Como un animal, pero necesitaba satisfacer un apetito prodigioso y cuando Onrack cazaba, lo hacía con disciplina, con una obstinación que era temible de contemplar.

Ese mundo era suyo, en todos los sentidos. Una mezcla de tundra al norte y una línea de árboles al sur que alcanzaba de vez en cuando la sombra de los enormes glaciares que se extendían por los valles. El bosque era una combinación confusa de árboles de hoja caduca y coníferas, interrumpidos por barrancos y rocas caídas, manantiales de agua limpia y hoyos pantanosos. Las ramas estaban atestadas de pájaros, su incesante cháchara en ocasiones ahogaba todo lo demás.

En los bordes había rastros. Los caribúes se movían al azar entre el bosque y la tundra mientras pastaban. Más cerca del hielo, en terreno alto donde quedaba expuesto el lecho de roca, había criaturas parecidas a cabras que se escabullían por los salientes para mirar desde arriba a esos desconocidos de dos patas que atravesaban su dominio.

Onrack había desaparecido en el bosque una y otra vez durante la primera semana de su marcha. Cada vez que reaparecía, su juego de herramientas había crecido. Un mango de madera, cuya punta endureció en el fuego del campamento; enredaderas y juncos con los que elaboró trampas y redes que después acopló al otro extremo de la

lanza; desplegaba una habilidad impresionante a la hora de apresar aves en pleno vuelo.

Con los pequeños mamíferos atrapados en sus trampas nocturnas fue reuniendo pieles y tripas. Con los estómagos y los intestinos de las liebres hizo flotadores para las redes pesadas que atravesaba en los arroyos, y de los tímalos y esturiones recolectados sacó numerosas espinas que después utilizó para coser las pieles y elaborar una bolsa. Recogió carbón y savia, líquenes, musgos, tubérculos, plumas y bolsitas de grasa animal, todo lo cual metió en la bolsa de piel.

Pero todas esas cosas no eran nada cuando se comparaba con el desarrollo del hombre en sí. Un rostro que Trull había conocido solo como piel seca tensa sobre hueso destrozado se había convertido en una cara animada por un sinfín de expresiones, y era como si Trull hubiera estado ciego a su amigo hasta entonces, cuando cada inflexión vocal era neutra y sin vida.

Onrack incluso sonreía. Una iluminación repentina de auténtico placer que no solo le quitaba el aliento a Trull (y tenía que admitir que con frecuencia le llenaba los ojos de lágrimas), sino que también podía silenciar a Ben el Rápido; el rostro oscuro del mago de repente mostraba un asombro inefable, la expresión que podría poner un adulto bienintencionado al ver los juegos de un niño.

Todo en ese imass invitaba a la amistad, como si ya solo su sonrisa invocara algún tipo de hechicería, un embrujo encantador, y la única respuesta solo podía ser una lealtad incuestionable. Trull Sengar no tenía ningún interés en resistirse a esa fascinación. *Onrack, después de todo, es el único hermano que elegí*. Pero el tiste edur podía ver, en ocasiones, el destello de suspicacia en el mago malazano, como si Ben el Rápido tuviera que contenerse al borde de

algún precipicio interno, una pendiente hacia un lugar en el que Ben, por su propia naturaleza, no podía confiar del todo.

A Trull no le preocupó; veía que a Onrack no le interesaba manipular a sus compañeros. El suyo era un espíritu contenido en sí mismo, un espíritu que había surgido de un lugar acosado que ya no lo estaba. *Muerto en una pesadilla demoníaca. Renacido en el paraíso. Onrack, amigo mío, estás redimido y lo sabes, con cada sentido, con el tacto, con la vista, con los aromas de la tierra y las canciones en los árboles*.

La noche anterior había regresado de un viaje al interior del bosque con una vaina de corteza en las manos. En ella había pepitas de ocre amarillo medio deshecho. Más tarde, junto al fuego, mientras Ben el Rápido cocinaba la carne que quedaba de un ciervo pequeño que Onrack había matado en el bosque dos días antes, el imass machacó las pepitas para convertirlas en polvo. Después, usando saliva y grasa, hizo una pasta amarilla. Mientras hacía esos preparativos, tarareaba una canción, una cadencia monótona, vibrante, que era tan nasal como vocal. El registro, como lo era la voz con la que hablaba, era sobrenatural. Parecía capaz de transmitir dos tonos nítidos, uno agudo y el otro profundo. La canción terminó cuando la tarea estuvo acabada. Se produjo una larga pausa; al cabo, cuando Onrack comenzó a aplicarse la pintura en la cara, el cuello y los brazos, surgió una canción diferente, esa vez con un ritmo rápido, rápido como el corazón de una bestia al huir.

Cuando la última mancha de pintura marcó su piel ambarina, la canción se detuvo.

—¡Dioses del inframundo! —había jadeado Ben el Rápido con una mano en el pecho—. ¡El corazón está a punto de salírseme de la jaula de huesos, Onrack!

El imass se acomodó en su postura habitual con las piernas cruzadas y contempló al mago con ojos serenos y

oscuros.

—Te han perseguido con frecuencia. En tu vida.

Una mueca de Ben el Rápido, que después asintió.

—Tengo la sensación de que han sido años y años.

—Hay dos nombres para la canción. Agkor Raella y Allish Raella. La canción del lobo y la canción del caribú.

—Ah, así que mis costumbres de rumiante han quedado expuestas al fin.

Onrack sonrió.

—Un día debes convertirte en el lobo.

—Puede que ya lo sea —dijo Ben el Rápido tras una larga pausa—. He visto lobos, un montón de ellos por aquí, después de todo. Esos de patas largas con las cabezas más bien pequeñas…

—Ays.

—Ays, sí. Y son tímidos, los puñeteros. Apostaría que no entran a matar hasta que todas las probabilidades están a su favor. Son los peores jugadores, de hecho. Pero se les da muy bien sobrevivir.

—Tímidos —dijo Onrack con un asentimiento—. Pero curiosos. Hace ya tres días que nos sigue la misma manada.

—Disfrutan aprovechando los restos de tus presas, te dejan a ti correr todos los riesgos. El trato es perfecto.

—Hasta el momento —dijo Onrack— no ha habido muchos riesgos.

Ben el Rápido le lanzó una mirada a Trull y sacudió la cabeza.

—Esa oveja de montaña o como quieras llamarla no solo cargó contra ti, Onrack, te mandó por los aires. Creímos que te había roto cada hueso del cuerpo, y solo hacía dos días que tenías el nuevo.

—Cuanto más grande es la presa, más tienes que pagar —dijo Onrack con otra sonrisa—. Así es el juego, ¿no?

—Desde luego —contestó el mago mientras pinchaba la carne del espetón—. A lo que me refería es que el lobo es el caribú hasta que la necesidad lo obliga a lo contrario. Si las probabilidades están en contra, el lobo huye. Es cuestión de ver en qué momento se está, de escoger el instante preciso para darse la vuelta y resistir. En cuanto a esos lobos que nos siguen, bueno, yo diría que jamás habían visto a nadie como nosotros…

—No, Ben el Rápido —dijo Onrack—. Justo al contrario.

Trull estudió a su amigo durante un instante.

—¿No estamos solos aquí? —preguntó después.

—Los ays sabían que debían seguirnos. Sí, son curiosos, pero también listos, y recuerdan. No es la primera vez que siguen a imass. —Levantó la cabeza y olisqueó con estrépito—. Esta noche están cerca, esos ays. Atraídos por mi canción, que no es la primera vez que la oyen. Veréis, los ays saben que mañana cazaré una presa peligrosa. Y cuando llegue el momento de entrar a matar, bueno, veremos.

—¿Peligrosa hasta qué punto? —preguntó Trull, inquieto de repente.

—Hay un felino cazador, un emlava; hoy entramos en su territorio, encontré los arañazos de sus marcas en piedra y en madera. Un macho, por el sabor de su orina. Hoy los ays estaban más nerviosos de lo habitual, saben que el felino los mata si tiene la oportunidad y que es una criatura dada a las emboscadas. Pero los he tranquilizado con mi canción. Después de todo, he encontrado *tog'tol*, ocre amarillo.

—Entonces —dijo Ben el Rápido, los ojos puestos en la carne que chorreaba sobre las llamas—, si tus lobos saben que estamos aquí, ¿qué hay del felino?

—Lo sabe.

—Bueno, estupendo, Onrack. Así que voy a necesitar tener sendas a mano todo el puñetero día. Pues resulta que es agotador, ¿sabes?

—No tienes que preocuparte con el sol en el cielo, mago —dijo Onrack—. El felino caza de noche.

—¡Por el aliento del Embozado! ¡Esperemos que esos lobos lo huelan antes que nosotros!

—No lo olerán —respondió el imass con una calma exasperante—. Al marcar su territorio con su olor, el emlava satura el aire con su seña. El olor de su cuerpo es mucho más débil y deja libre a la bestia para moverse por donde quiera dentro de su territorio.

—¿Se puede saber por qué las bestias idiotas son tan listas, puñeta?

—¿Por qué nosotros, la gente lista, somos con frecuencia tan estúpidos y bestias, Ben el Rápido? —preguntó Trull.

—Deja de intentar confundirme en mi estado de terror animal, edur.

La noche transcurrió sin incidentes y al llegar el día se adentraron todavía más en el territorio del emlava. Se detuvieron en un arroyo a media mañana, Onrack se había arrodillado al lado para comenzar su lavado ritual de manos. Por lo menos Trull suponía que era un ritual, aunque bien podría ser otro de esos momentos de asombro intenso que parecían invadir a Onrack, cosa nada sorprendente, después de todo; Trull sospechaba que él andaría tambaleándose meses enteros después de un renacimiento así. *Por supuesto, él no piensa como nosotros. Yo me parezco mucho más a este humano, Ben el Rápido, que a cualquier imass, muerto o no. ¿Cómo puede ser?*

Onrack se levantó y los miró, la lanza en una mano, la espada en la otra.

—Estamos cerca de la guarida del emlava. Aunque duerme, nos percibe. Esta noche tiene intención de matarnos a uno de nosotros. Voy a desafiar su dominio sobre este territorio. Si fracaso, es posible que a vosotros os deje en paz, pues se alimentará de mi carne.

Pero Ben el Rápido estaba negando con la cabeza.

—No vas a hacer esto solo, Onrack. Cierto, no estoy del todo seguro de cómo va a funcionar mi hechicería en este sitio, pero, maldita sea, es un simple gato. Un destello cegador de luz, un gran ruido…

—Y yo me uniré también —añadió Trull Sengar—. Comenzamos con lanzas, ¿no? He luchado contra suficientes lobos en mis tiempos. Recibiremos su carga con lanzas. Luego, cuando esté herido y lisiado, acabamos con él con armas de filo.

Onrack los estudió durante un momento y sonrió.

—Veo que no os voy a disuadir. Pero en la pelea en sí no debéis interferir. No creo que fracase, y veréis por qué antes de no mucho tiempo.

Trull y el mago siguieron al imass y subieron por la ladera de un abanico de escoria que llenaba buena parte de una grieta, arriba, entre el lecho de piedra recubierto de líquenes, ladeado y lleno de pliegues. Más allá de ese saliente de piedra negra se alzaba un muro escarpado de esquisto gris, moteado de cuevas, donde los sedimentos se habían ido erosionando bajo el torrente interminable del agua fundida del glaciar. El arroyo en el que Onrack había metido las manos poco antes se vertía desde ese risco y formaba un estanque en una cueva que se iba extendiendo hasta llenar una cuenca antes de continuar ladera abajo. A la derecha había otra cueva de forma triangular con un lado entero formado por el derrumbamiento de la sobrecarga de esquisto. El terreno llano que había delante estaba sembrado de huesos astillados.

Mientras rodeaban el estanque, Onrack se detuvo de repente y levantó una mano.

Una forma inmensa llenaba la boca de la cueva.

Tres latidos más tarde surgió el emlava.

—Por el aliento del Embozado —susurró Ben el Rápido.

Trull esperaba que un felino cazador no fuera demasiado diferente de un león de montaña, quizá uno de esos negros que se rumoreaba que vivían en los bosques más profundos de su tierra natal. La criatura que ocupaba su visión, y que parpadeaba para ahuyentar el sueño de los ojos de color carbón, era del tamaño de un oso pardo de las llanuras. Los enormes caninos superiores sobresalían por debajo de la mandíbula inferior, largos como el cuchillo de un cazador y pulidos, de tono ambarino. La cabeza era ancha y plana, las orejas pequeñas y muy retrasadas. Tras el cuello corto, los hombros del emlava estaban encorvados y formaban una especie de joroba musculosa. El pelo era de rayas, púas negras sobre un gris profundo, aunque en la garganta se revelaba un destello de blanco.

—No es que sea de constitución veloz, ¿no?

Trull le echó un vistazo a Ben el Rápido y vio que el mago sostenía una daga en una mano.

—Deberíamos conseguirte una lanza —dijo el tiste edur.

—Cogeré una de las que te sobran, si no te importa.

Trull se bajó el fardo atado del hombro y se lo ofreció.

—Elige tú.

El emlava los estaba estudiando. Bostezó y Onrack aprovechó para adelantarse un poco, medio agazapado.

Al hacerlo, unos guijarros se desperdigaron cerca y Trull se volvió.

—Bueno, parece que Onrack tiene aliados, después de todo.

Los lobos (*ays* en el idioma imass) habían aparecido y se estaban acercando a la posición de Onrack, las cabezas gachas y los ojos clavados en el enorme felino.

La llegada repentina de siete lobos desagradó con toda claridad al emlava, que empezó a agazaparse hasta que rozó el suelo con el pecho y metió las patas debajo. Abrió la boca otra vez y un siseo profundo llenó el aire.

—Casi mejor que nos quitemos de en medio —dijo Ben el Rápido al tiempo que daba un paso atrás con una expresión patente de alivio.

—Me pregunto —dijo Trull mientras observaba aquella calma momentánea— si es así como comenzó la domesticación. No uniéndose en la caza de una presa, sino eliminando a los depredadores rivales.

Onrack había preparado su lanza, no para recibir una carga, sino para lanzar el arma utilizando un átlatl hecho de cuernas anclado con piedras. Los lobos se habían desplegado en abanico a ambos lados y se iban acercando enseñando los colmillos.

—No se oye ni un gruñido —dijo Ben el Rápido—. Por alguna razón resulta más escalofriante.

—Los gruñidos son para advertir —respondió Trull—. Hay miedo en los gruñidos, igual que lo hay en el siseo de ese felino.

La única bocanada que había llenado los pulmones del emlava al fin silbó hasta terminar en silencio. El animal se llenó los pulmones otra vez y empezó de nuevo.

Onrack se adelantó y la lanza salió disparada de su mano.

El emlava retrocedió repentinamente y chilló cuando el arma se hincó en su pecho, justo a un lado del cuello y bajo la clavícula. En ese momento los lobos se precipitaron sobre él.

Una herida de muerte, sin embargo, que no fue suficiente para ralentizar al felino, que atacó con dos zarpazos escalonados de las garras delanteras a uno de los lobos. La primera zarpa hundió las garras en el hombro del lobo, acercó al animal entero de golpe y lo puso al alcance de la segunda zarpa, que arrastró todavía más hacia sí al desgañitado lobo. La inmensa cabeza cayó de pronto sobre el cuello de su enemigo y los colmillos se hundieron en la carne y el hueso.

El emlava se abalanzó e hizo caer todo su peso sobre el lobo moribundo, al que con toda probabilidad rompió cada hueso del cuerpo.

Y mientras lo hacía, otros cuatro lobos se tiraron a por su suave vientre, dos por cada lado, los caninos desgarraban y arrancaban la carne mientras, entre chillidos, el emlava giraba para repelerlos.

Y dejaba expuesto el cuello.

La espada de Onrack destelló y la punta se clavó en la garganta del felino.

El emlava se encogió y mandó un lobo dando vueltas por el suelo, después se alzó sobre las patas de atrás (como si pretendiera girar en redondo y huir de regreso a su cueva), pero las fuerzas lo abandonaron. Se derrumbó, cayó con un golpe seco y se quedó quieto.

Los seis lobos que quedaban (uno cojeando) se alejaron sin ruido, manteniendo cierta distancia entre ellos y los tres hombres, y al poco desaparecieron de la vista.

Onrack se acercó al emlava y liberó de un tirón su lanza salpicada de entrañas. Después se arrodilló junto a la cabeza del felino.

—¿Pidiendo perdón? —inquirió Ben el Rápido, su tono solo era un poco irónico.

El imass los miró.

—No, eso sería deshonesto, mago.

—Tienes razón, lo sería. Me alegro de que no estés echándonos encima esa basura de espíritus bendecidos y demás. Es bastante obvio, ¿no crees?, que hubo guerras mucho antes de que hubiera guerras entre las personas. Teníais vuestros cazadores rivales de los que deshaceros antes.

—Sí, eso es cierto. Y encontramos aliados. Si deseas buscar ironías, Ben el Rápido, has de saber que seguimos cazando hasta que se extinguió la mayor parte de nuestras

presas. Y nuestros aliados, los que no se rindieron a nuestro dominio, se murieron de hambre.

—No puede decirse que los imass sean los únicos en eso —comentó Trull Sengar.

Ben el Rápido lanzó un bufido.

—Y te quedas corto, Trull. Entonces dinos, Onrack, ¿por qué te arrodillas junto a ese cadáver?

—He cometido un error —respondió el imass al tiempo que se levantaba y se quedaba mirando la cueva.

—Pues a mí me ha parecido impecable.

—La muerte sí, Ben el Rápido. Pero este emlava es una hembra.

El mago lanzó un gruñido y pareció encogerse.

—¿Quieres decir que el macho todavía anda por aquí?

—No lo sé. A veces… se alejan un poco. —Onrack bajó los ojos y miró la lanza ensangrentada que tenía en las manos—. Amigos míos —dijo—. Ahora… vacilo, lo admito. Quizá, hace mucho tiempo no lo habría pensado dos veces; como has dicho, mago, luchábamos contra nuestros competidores. Pero este reino… es un regalo. Todo lo que se perdió a causa de nuestros actos irreflexivos, ahora vuelve a vivir. Aquí. Me pregunto si las cosas pueden ser diferentes.

En el silencio que siguió a esa pregunta oyeron, procedente de la cueva, el primer gañido lastimero.

—¿Alguna vez deseaste, Udinaas, poder hundirte en la piedra? Soltar con una sacudida sus inmensos recuerdos…

El antiguo esclavo miró a Marchito, una mancha más profunda en la oscuridad, y esbozó una mueca desdeñosa.

—¿Y ver lo que han visto? Maldito espectro, las piedras no ven.

—Muy cierto. Pero se tragan el sonido, lo envuelven y lo atrapan dentro. Sostienen conversaciones con el calor y el

frío. Sus pieles se desgastan con las palabras del viento y el roce del agua. La oscuridad y la luz viven en su carne y llevan en su interior los ecos de las heridas, de las brechas, las formas que les dieron con golpes crueles…

—¡Oh, ya basta! —soltó de repente Udinaas al tiempo que metía mejor un palo en el fuego—. Ve a fundirte con esas ruinas, anda.

—Tú eres el último que queda despierto, amigo mío. Y sí, he estado en esas ruinas.

—Juegos como esos van a terminar por volverte loco.

Una larga pausa.

—Sabes cosas que no tienes derecho a saber.

—A ver qué te parece esto: hundirte en la piedra es fácil, es salir otra vez lo que cuesta. Puedes perderte, atrapado en el laberinto. Y por todos lados, esos recuerdos que te presionan y hunden.

—Es en tus sueños, ¿verdad? Donde aprendes esas cosas. ¿Quién te habla? ¡Dime el nombre de ese malhadado mentor!

Udinaas se echó a reír.

—Serás idiota, Marchito. ¿Mi mentor? Nada menos que la imaginación.

—No te creo.

No parecía que fuera a servir de mucho responder a esa declaración. Con los ojos clavados en las llamas, Udinaas permitió que su danza caprichosa lo adormeciera. Estaba cansado. Debería estar durmiendo. La fiebre había desaparecido, las alucinaciones de pesadilla, los extraños néctares que alimentaban los delirios revueltos, todo se había ido escurriendo, *como orina por el musgo. La fuerza que sentí en esos otros mundos era mentira. La claridad, un engaño. Todos me ofrecían modos de avanzar a través de lo que vendrá, y todos y cada uno eran un callejón sin salida. Debería haberlo sabido*.

—K’chain nah’ruk, estas ruinas.

—¿Sigues aquí, Marchito? ¿Por qué?

—Antaño ésta fue una meseta en la que los colas-cortas construyeron una ciudad. Pero ahora, como puedes ver, está hecha pedazos. Ahora no hay nada más que estos espantosos adoquines torcidos y doblados; sin embargo, hemos ido bajando. ¿Lo has notado? No tardaremos en llegar al centro, el corazón de este cráter, y veremos lo que destruyó este lugar.

—Las ruinas —dijo Udinaas— recuerdan la sombra fresca. Después una conmoción. Sombra, Marchito, en una riada que anunciaba el fin del mundo. La conmoción, bueno, su sitio estaba en la sombra, ¿no?

—Sabes cosas…

—¡Maldito idiota, escúchame! Llegamos al borde de este lugar, esta meseta alta, esperando ver que se extendía en una bonita llanura. Pero parece un charco helado en el que alguien dejó caer una roca pesada. Paf. Todos los lados se hundieron. Espectro, no necesito saber ningún secreto para entenderlo. Algo grande bajó del cielo, un meteorito, una fortaleza flotante, lo que fuera. Avanzamos durante días entre sus cenizas. Cubrían la nieve antigua. Ceniza y polvo, se comían esa nieve como el ácido. Y las ruinas, están todas derrumbadas, estallaron hacia fuera y luego se derrumbaron hacia dentro. Primero hacia fuera y después hacia dentro. Una palpitación que baja y se vuelve a deslizar. Marchito, solo hay que mirar. Mirar de verdad. Nada más. Así que ya está bien de toda esa mierda mística de foca, ¿estamos?

Su perorata había despertado a los demás. *Mala suerte. Pero, total, ya casi amanece*. Udinaas los escuchó moverse, oyó una tos y luego a alguien escupiendo. *¿Quién? ¿Seren? ¿Tetera?* El antiguo esclavo sonrió para sí.

—Tu problema, Marchito, son tus puñeteras expectativas. Me rondaste durante meses y meses y ahora sientes la

necesidad de haber hecho que todo eso, yo, mereciera tanta atención. Así que aquí estás, intentando meter una especie de sabiduría ilustrada en este esclavo roto, pero te dije entonces lo mismo que te digo ahora: no soy nada, nadie. ¿Entiendes? Solo un hombre con un cerebro que, muy de vez en cuando, funciona de verdad. Sí, lo hago funcionar porque no encuentro consuelo alguno en ser estúpido. Al contrario, creo, que la mayoría de las personas. Que los que somos letherii, al menos. Estúpidos y orgullosos de ello. Debería estar en el sello imperial, tan feliz proclama. No me extraña que mi fracaso fuera tan miserable.

Seren Pedac se metió en el círculo de luz del fuego y se agachó para calentarse las manos.

—¿Fracasaste en qué, Udinaas?

—Pues en todo, corifeo. No hace falta dar detalles.

Temor Sengar habló a su espalda.

—Eras muy hábil, según recuerdo, remendando redes.

Udinaas no se giró, pero sonrió.

—Sí, supongo que eso me lo merecía. Habla mi bienintencionado atormentador. ¿Bienintencionado? Bueno, quizá no. ¿Indiferente? Es posible. Al menos hasta que hice algo mal. Una red mal remendada… ¡aah! ¡Desollad la espalda del muy necio! Lo sé, era todo por mi bien. O por el de alguien, en cualquier caso.

—¿Otra noche sin dormir, Udinaas?

El antiguo esclavo miró al otro lado del fuego, a Seren, pero la mujer estaba concentrada en las llamas que intentaban lamerle las palmas abiertas, como si la pregunta hubiera sido retórica.

—Me veo los huesos —dijo entonces Seren.

—No son huesos de verdad —respondió Tetera mientras se acomodaba con las piernas encogidas—. Se parecen más a ramitas.

—Gracias, querida.

—Los huesos son duros, como la roca. —Se puso las manos en las rodillas y las frotó—. Roca fría.

—Udinaas —dijo Seren—. Veo charcos de oro en las cenizas.

—Encontré trozos del marco de un cuadro. —El antiguo esclavo se encogió de hombros—. Qué extraño pensar que los k'chain nah'ruk colgaran cuadros, ¿no?

Seren alzó la vista y lo miró a los ojos.

—K'chain…

Silchas Ruina habló mientras rodeaba un montón de piedra tallada.

—Nada de cuadros. El marco se utilizaba para estirar piel. Los k'chain van mudando la piel hasta que alcanzan la edad adulta. Las pieles se utilizaban como pergamino, para escribir. Los nah'ruk lo registraban todo con auténtica obsesión.

—Sabes mucho de criaturas a las que matabas nada más verlas —comentó Temor Sengar.

La carcajada suave de Clip resonó más allá del círculo de luz, seguida por el chasquido seco de unos anillos en una cadena.

Temor levantó la cabeza con gesto tenso.

—¿Eso te divierte, pequeño?

La voz del tiste andii les llegó flotando, misteriosa y sin cuerpo.

—El pavoroso secreto de Silchas Ruina. Parlamentó con los nah'ruk. Es que había una guerra civil, ¿sabéis?

—Pronto habrá luz —dijo Silchas, y les dio la espalda.

El grupo no tardó mucho en separarse, como solía hacer. Por delante caminaban Silchas Ruina y Clip. La siguiente en el camino era Seren Pedac, y veinte pasos o más atrás se

rezagaban Udinaas (todavía utilizando la lanza imass como bastón), Tetera y Temor Sengar.

Seren no estaba segura de si estaba buscando la soledad de forma deliberada. Más bien era como si algún resto de su antigua profesión estuviera ejerciendo sobre ella una presión contrariada para que se adelantara, descartando con destreza la presencia de los dos guerreros tiste que iban por delante. *Como si no contaran. Como si, de forma intrínseca, no fueran fiables como guías… adonde quiera que nos dirijamos*.

Recordaba muchas veces la huida interminable de Letheras, el caos puro de aquella caminata, sus contradicciones de dirección y propósito; las veces en que no se movían (echando raíces vacilantes en alguna aldea perdida de la mano de los dioses o en una finca abandonada), pero su agotamiento no se aliviaba ni siquiera entonces, pues no era de la carne y el hueso. El alma de Scabandari Ojodesangre los aguardaba, como un parásito enervador, en un lugar olvidado mucho tiempo atrás. Ése era el propósito confeso, pero Seren había empezado, al fin, a preguntarse si era así.

Silchas había procurado llevarlos hacia el oeste, siempre al oeste, y cada vez lo habían desviado, como si la amenaza que representaban los sirvientes de Rhulad y Hannan Mosag fuera demasiado inmensa para desafiarla. Y eso no tenía ningún sentido. *El malnacido puede convertirse en un puñetero dragón. ¿Es que Silchas es en el fondo pacifista? No creo. Mata con los mismos escrúpulos que pudiera tener un hombre aplastando un mosquito. ¿Nos desvió para salvarnos la vida? De nuevo, poco probable. Un dragón no deja nada con vida, ¿verdad?* Empujados al norte, una y otra vez, lejos de las zonas más pobladas.

Hasta el mismo borde de Rosazul, una región en otro tiempo gobernada por los tiste andii *(ocultos todavía bajo*

las propias narices de los letherii y los edur), no, no me fío. No puedo. Silchas Ruina percibió a los de su raza. Tuvo que ser eso.

Sospechar que Silchas Ruina engañaba era una cosa, acusar otra muy diferente. Le faltaba valor. Tan sencillo como eso. *Más fácil, verdad, dejarse llevar y evitar pensar demasiado. Porque pensar demasiado es lo que ha hecho Udinaas, y mira cómo está. Sin embargo, incluso con eso se las arregla para mantener la boca cerrada. La mayor parte del tiempo. Puede que sea un antiguo esclavo, puede que sea un «don nadie», pero no es tonto*.

Así que caminaba sola. No había amistad que la uniera a nadie (al menos allí, en cualquier caso), y no sentía demasiado interés por cambiar las cosas.

La ciudad en ruinas, poco más que montones de piedras caídas, pasaba rodando a ambos lados, la ladera se iba haciendo cada vez más escarpada y a Seren le pareció, tras un rato, que podía oír el susurro de la arena, de la argamasa medio deshecha, de los cascotes, como si su paso estuviera inclinando todavía más el paisaje y mientras caminaban fueran reuniendo a su alrededor chorros de desechos. *Como si nuestra presencia fuera suficiente para cambiar el equilibrio*.

El susurro podrían haber sido voces articuladas por debajo del viento y Seren sintió (comprendió de repente, con una sensación que hizo brotar cuentas de sudor en su piel) que estaba a escasos momentos de entender las palabras. *De piedra y argamasa rota. Estoy cayendo en la locura de verdad*...

—*Cuando la piedra se rompe, todo grito escapa. ¿Puedes oírme ahora, Seren Pedac?*

—¿Eres tú, Marchito? Déjame.

—*¿Está alguna senda viva? La mayoría diría que no. Imposible. Son fuerzas. Orientaciones. Proclividades*

manifestadas como lo predecible... Oh, los grandes pensadores, convertidos en polvo hace ya una eternidad, le dieron vueltas en febril necesidad, como corresponde a los obsesos. Pero no lo entendieron. Una senda yace como una telaraña sobre todas las demás, y su voz es la voluntad necesaria para dar forma a la magia. Ellos no lo vieron. No por lo que era. Pensaron... caos, una red en la que cada hebra era energía sin diferenciar, sin articular todavía, sin que aún le hubiera dado forma la intención de un dios ancestral.

Seren escuchó sin captarlo todavía, el corazón le martilleaba en el pecho y le costaba aspirar cada bocanada de aire. Sabía que aquélla no era la voz de Marchito. Ni el lenguaje del espectro. Ni su cadencia.

—*Pero K'rul lo comprendía. La sangre derramada es sangre perdida, sangre sin poder al final. Muere cuando se abandona. Puedes presenciar una muerte violenta si quieres pruebas. Para que las sendas prosperen y corran por los ríos y arroyos que tienen señalados tiene que haber un cuerpo vivo, una forma más ambiciosa que exista por sí misma. No caos. No oscuridad, ni luz. Ni calor ni frío. No, una aversión consciente al desorden. La negación a todo y de todo lo demás, cuando todo lo demás está muerto. Pues el verdadero rostro de la muerte es la disolución, y en la disolución hay caos hasta que la última mota de energía cesa en su obstinado fulgor, en su persistente abnegación. ¿Comprendes?*

—No. ¿Quién eres?

—*Hay otra manera, entonces, de verlo. K'rul comprendió que no podía hacerlo solo. El sacrificio, abrirse las venas y las arterias, no significaría nada; de hecho fracasaría. Sin carne viva, sin una funcionalidad organizada.*

»Ah, las sendas, Seren Pedac, son un diálogo. ¿Lo ves ahora?

—¡No!

Su grito frustrado resonó entre las ruinas y vio que Silchas y Clip se detenían y se giraban.

—¿Corifeo? —exclamó tras ella Temor Sengar—. ¿Qué es lo que niegas?

Una carcajada astuta de Udinaas.

—*Haz caso omiso de la multitud cruel, del torrente de sonido que abruma las sendas, los usuarios, los guardianes, los parásitos y los cazadores, los dioses cómplices jóvenes y viejos. Aíslalos, como te enseñó Corlo. Recordar la violación es meter detalles en la sensación, y revivir cada vez su terrible verdad. Te dijo que podía convertirse en un hábito, una adicción, hasta que incluso la desesperación se transformase en un sabor bienvenido en tu lengua. Entiende entonces (como solo tú puedes) que quitarse la vida es la expresión definitiva de la desesperación. Tú lo viste. Buruk el Pálido. Lo sentiste, al borde del mar. Seren Pedac, K'rul no podía actuar solo en este sacrificio, no fuera a ser que llenara de desesperación cada senda.*

»Diálogo. Presuposición, sí, del plural. Uno con otro. O sucesión de otros, pues este diálogo debe ser continuo, de hecho, eterno.

»¿Hablo del señor de las Fortalezas? ¿Del señor de la Baraja? Quizá, el rostro del otro siempre está vuelto, para todos salvo para el propio K'rul. Así es como debe ser. El diálogo, por tanto, es alimentar el poder. Poder inimaginable, poder casi omnipotente, incontestable… siempre que la cara del otro permanezca… vuelta.

»Para ti. Para mí. Para todos nosotros.

Seren se quedó mirando como una loca a su alrededor, miró esas ruinas inclinadas, ese pedregal interminable de destrucción.

—*El diálogo, sin embargo, puede percibirse, incluso oírse, tal es su poder. La construcción del lenguaje, el acuerdo en*

el principio de significado e intención, las reglas de la gramática… Seren Pedac, ¿qué pensabas que era Mockra más que un juego de gramática? ¿Retorcer la semántica, invertir la inferencia, invitar a la sugerencia, reformar el lenguaje interno de una mente para engañar a sus propios sentidos?

»¿Quién soy? Bueno, Seren Pedac, soy Mockra.

Los otros se habían reunido a su alrededor. Seren se encontró de rodillas, empujada allí por la revelación; habría cardenales, una blandura espantosa en el tejido que se apretaba contra los duros adoquines. La corifeo registró todo eso mientras se quedaba mirando a los otros. Comunicación llena de reproches entre la carne dañada y su mente, entre sus sentidos y su cerebro.

Relegó las palabras y se acomodó en una calma dulce e indolora.

Así de fácil.

—*Cuidado, hay un riesgo mortal en engañarse a uno mismo. Puedes cerrar los ojos a tu propio daño. Puedes morir rápido en esa partida concreta, Seren Pedac. No, si tienes que… experimentar… entonces elige otro*.

»Corlo te lo habría mostrado, si hubiera tenido tiempo contigo.

—Entonces… ¿entonces te conoce?

—*No de forma tan íntima como tú. Hay pocos con esa… bendición*.

—Pero tú no eres un dios, ¿verdad?

—*No hace falta que preguntes eso, Seren Pedac*.

—Tienes razón. Aun así, estás vivo.

La corifeo oyó un matiz divertido en la respuesta.

—*¡A menos que mi mayor engaño sea el anuncio de mi propia existencia! Hay reglas en el lenguaje, y se necesita el lenguaje para establecer las reglas. Como K’rul comprendió, la sangre brota y después regresa. Débil pero vivificada. Da*

vueltas y vueltas. ¿Quién entonces, pregúntate a ti misma, quién entonces es el enemigo?

—No lo sé.

—*Todavía no, quizá. Pero tendrás que averiguarlo, Seren Pedac. Antes de que podamos acabar*.

La corifeo sonrió.

—¿Me das un propósito?

—*El diálogo, amor mío, no debe acabar*.

—¿El nuestro? ¿O el otro?

—*Tus compañeros creen que eres presa de la fiebre. Dime, antes de que nos separemos, cuál elegirías tú para tus… experimentos*.

Seren alzó los ojos con un parpadeo y vio el semicírculo de caras. Expresiones de preocupación, burla, curiosidad, indiferencia.

—No lo sé —dijo—. Parece… cruel.

—*El poder siempre lo es, Seren Pedac*.

—No decidiré entonces. Todavía no.

—*Así sea*.

—¿Seren? —preguntó Tetera—. ¿Qué te pasa?

La corifeo sonrió y se puso en pie. Udinaas, para asombro de Seren, extendió un brazo para ayudarla a recuperar el equilibrio.

Al verla hacer una mueca, el antiguo esclavo sonrió.

—Te has dado un buen golpe, corifeo. ¿Puedes caminar? —La sonrisa masculina se ensanchó—. ¿Aunque quizá ya no más rápido que el resto de los holgazanes que nos rezagamos?

—¿Tú, Udinaas? No, creo que no.

Él frunció el ceño.

—Solo nosotros dos ahora mismo —dijo.

Los ojos femeninos se alzaron con un destello y buscaron los del hombre, los rehuyeron y después regresaron con ellos… con dureza.

—¿Has oído?

—No me ha hecho falta —respondió él por lo bajo mientras le ponía el bastón imass en las manos—. Tenía a Marchito olisqueándome los talones mucho antes de abandonar el norte. —Y se encogió de hombros.

Silchas Ruina y Clip ya habían reanudado el viaje.

Apoyada en la lanza imass, Seren Pedac caminó junto al antiguo esclavo, luchando con una repentina riada de emoción por aquel hombre roto. *Quizá camaradas auténticos, después de todo. Él y yo.*

—Seren Pedac.

—¿Sí?

—Deja de cambiar el dolor de tus rodillas a las mías, ¿quieres?

Deja de… ¿qué? Ah.

—O eso o devuélveme el puñetero bastón.

—Si digo «perdón» entonces, bueno…

—Descubres el pastel. Bueno, dilo si lo piensas en serio, y lo dejamos así.

—Perdón.

La mirada sorprendida del hombre encantó a Seren Pedac.

El nivel del mar había crecido y saturado el suelo bajo la aldea. Cualquiera con medio cerebro se habría trasladado al terraplén pedregoso y arbolado que ribeteaba la llanura, pero los sórdidos restos de los temblor que moraban allí se habían limitado a subir sus hogares a unos pilares y habían elevado las calzadas de pizarra para vivir sobre un pantano fétido y salado atestado de cangrejos de lomos blancos conocidos como solideos.

Yan Tovis, Yedan Derryg y las tropas de lanceros detuvieron sus monturas en Final del Camino; el

desembarcadero del trasbordador y sus diversos edificios a la izquierda, a la derecha una masa de árboles caídos que se pudrían en el suelo. El aire era gélido, más de lo que correspondía a esas alturas de la primavera, y había zarcillos de niebla baja que ocultaban buena parte de la marisma salada que había bajo los pilares y las calzadas que hacían de puentes.

Entre los edificios auxiliares del desembarcadero (todos situados en terreno más alto) había un establo de paredes de piedra frente al que se veía un patio de troncos devastados y más allá, delante de la aldea, una posada sin nombre.

Yan Tovis desmontó y se quedó junto a su caballo durante un buen rato, los ojos cerrados. *Nos han invadido. Debería estar dirigiéndome a cada guarnición de esta costa; que el Errante nos libre, ya deben de saberlo a estas horas. La verdad descubierta por las malas. El imperio está en guerra*.

Pero se había convertido en la reina de la Última Sangre. La reina de los temblor. Abrió los ojos cansados y contempló aquella decrépita aldea de pescadores. *Mi pueblo, que el Errante me ayude*. Huir había tenido sentido por aquel entonces. Y en ese momento tenía más sentido todavía.

A su lado, Yedan Derryg, su hermanastro, se soltó la correa del yelmo con celada antes de hablar.

—Crepúsculo, ¿y ahora qué?

Ella lo miró, observó el abultamiento rítmico de su mandíbula barbuda. Comprendía la pregunta en todas sus ramificaciones. *¿Y ahora qué? ¿Los temblor proclaman su independencia y se alzan impacientes en medio del caos de una guerra entre malazanos y letherii? ¿Reunimos nuestras armas y a los jóvenes, a los que podamos llamar soldados? Los temblor proclaman su libertad, y el sonido lo devoran las olas que ruedan por la orilla.*

Crepúsculo suspiró.

—Yo estaba al mando en el Límite cuando llegaron los edur en sus barcos. Nos rendimos. Me rendí.

Hacer otra cosa habría sido un suicidio. Yedan debería haber pronunciado entonces esas palabras. Porque sabía que eran verdad. En su lugar, el hombre pareció cavilar un momento antes de volverse para mirar con los ojos guiñados el trasbordador plano y ancho.

—Ese trasto no ha dejado su amarre en algún tiempo, me parece. La costa al norte de Lezna debe de estar inundada.

No me da nada.

—Haremos uso de él hasta el Tercer Fuerte de la Doncella.

Un asentimiento.

—Pero antes debemos convocar a las brujas y los hechiceros.

—Encontrarás a la mayor parte acurrucados allá, en esa aldea, reina. Y Tirón y Skwish habrán anunciado tu regreso. Apostaría que hay garras dando golpecitos en los tablones del suelo.

—Baja hasta allí —ordenó Crepúsculo mientras miraba la posada—. Escóltalos de regreso aquí, estaré en la taberna.

—¿Y si la taberna no es lo bastante grande?

Una preocupación extraña. Crepúsculo echó a andar hacia la entrada.

—Entonces pueden encaramarse a algún hombro como los cuervos que son, Yedan.

—Crepúsculo.

Ella se volvió a medias.

Yedan se estaba apretando las correas del yelmo una vez más.

—No lo hagas.

—¿No haga qué?

—Enviarnos a la guerra, hermana.

Crepúsculo lo estudió.

Pero el hombre no dijo nada más y un momento más tarde había dado media vuelta y había puesto rumbo a la aldea.

Yan Tovis reanudó su marcha mientras sus soldados llevaban las monturas hacia el establo, los cascos de las bestias resbalaban por los troncos pulidos del patio. Habían cabalgado a toda velocidad, los últimos caballos sacados de una guarnición casi vacía que había justo al norte de Tulamesh; varios informes sobre bandidos habían enviado a los pelotones al campo y todavía no habían regresado. Yan Tovis creía que nunca lo harían.

Se detuvo en la entrada, bajó la cabeza y miró la baldosa de piedra que tenía bajo los pies y en la que se habían grabado unas runas temblor.

> *«Esta piedra elevada honra a Teyan Atovis, ascenso, que fue reclamado por la Costa en el año 1113 de la Isla. Asesinado por los letherii por deudas continuas».*

Yan Tovis lanzó un gruñido. Uno de sus parientes, nada menos, muerto hacía ya mil años.

—Bueno, Teyan —murmuró—, la bebida te mató y ahora tu piedra cubre el umbral de una taberna. —Cierto, una lista de deudas misteriosas y aplastantes lo había llevado a una caída vil en el alcohol y la miseria, pero esa grandilocuente conmemoración había adoptado una perspectiva sesgada de las manos que habían guiado el destino de aquel hombre. Y… *Brullyg iba a ser ascenso. ¿Llevarás la corona tan bien como lo hizo Teyan?*

Abrió la puerta de un empujón y entró.

La habitación de techos bajos estaba atestada, todos los rostros vueltos hacia ella.

Una figura conocida se abrió paso, su rostro era una masa de arrugas crispadas en una pequeña sonrisa.

—Tirón —dijo Crepúsculo con un asentimiento—. Acabo de enviar a la guardia al pueblo a buscaros.

—Pues bien será que encuentres a Skwish y una veintena más. Pues bien será que estén tejiendo tela a araña en el mar cercano más allá de la costa, reina, y todas las verdades escritas allí. Unos desconocidos…

—Lo sé —interpuso Yan Tovis, miró detrás de la vieja arpía y examinó a las otras brujas y hechiceros, los cargadores de las antiguas costumbres. Los ojos de todos destellaban en la oscuridad llena de humo y Crepúsculo pudo oler a esos ancianos temblor, lana húmeda medio destrenzada y piel de foca remendada, aceite de pescado y sudor rancio, el aliento que salía de las bocas oscurecido por encías enfermas o dientes podridos.

Si esa taberna tenía algún propietario, esa persona, hombre o mujer, había huido. Habían abierto toneles y habían llenado jarras con cerveza acre. Una enorme olla de sopa de pescado humeaba en el centro del hogar y había un sinfín de cuencos hechos con cáscara de calabaza repartidos por las mesas. Unas ratas grandes anadeaban por el suelo mugriento.

Muchas más brujas que hechiceros, observó Crepúsculo. Una tendencia perceptible entre los besados por el demonio, cada vez nacían menos varones con el número aceptado de rasgos; la mayor parte era demasiado demoníaca. *Más de doscientos de los cargadores. Reunidos aquí*.

—Reina —aventuró Tirón agachando la cabeza—. Tela a araña, todos los temblor saben que ahora gobiernas tú. Salvo aquellos que están en la Isla, que solo saben que tu madre está muerta.

—Así que Brullyg está allí, anticipando…

—Sí, Crepúsculo, pues bien que será ascenso, rey de los temblor.

Que el Errante me lleve.

—Debemos zarpar hacia la Isla.

Un murmullo de asentimiento entre trago y trago impaciente de cerveza.

—Planeáis, esta noche —dijo Yan Tovis—, un ritual.

—Estamos aflojando las cadenas, como suele decirse, reina. Hay redes que tender en el sendero del mundo, para ver qué capturamos.

—No.

Los ojos negros de Tirón se entrecerraron.

—¿Cómo es eso?

—No. No habrá ritual esta noche. Ni mañana por la noche, ni a la siguiente. No hasta que estemos en la Isla, y quizá ni siquiera entonces.

No se oía ni un solo sonido en la taberna.

Tirón abrió la boca, la cerró y la volvió a abrir.

—Reina, pues que la costa está viva con voces, como suele decirse, y las palabras, ésas son para nosotros. Éstas… estas que son las antiguas costumbres, nuestras costumbres…

—Y mi madre tenía por costumbre mirar hacia otro lado, sí. Pero yo no. —Crepúsculo alzó la cabeza y examinó una vez más la colección de rostros, vio la conmoción, la ira, la malicia creciente—. Las antiguas costumbres nos han fallado. Nos fallaron entonces y nos fallan ahora. Vuestras costumbres —les dijo con voz dura— nos han fallado a todos. Soy la reina. Crepúsculo en la costa. A mi lado en mi gobierno está la guardia. Brullyg quiere ser ascenso, pero eso está por ver; vuestra proclamación no es motivo suficiente, ni de lejos. Al ascenso lo eligen todos los temblor. Todos.

—No nos lo agües, reina. —La sonrisa de Tirón había desaparecido. Su rostro era una máscara de veneno.

Yan Tovis lanzó un bufido.

—¿Vas a echarme una maldición, vieja? Ni se te ocurra. Pienso conseguir que mi pueblo sobreviva, pase lo que pase. De todos vosotros necesitaré sanación, necesitaré bendiciones. Ya no gobernáis vosotros; no, no me hables de mi madre. Sé mejor que cualquiera de vosotros la profundidad de su rendición. Soy la reina. Obedecedme.

No les hizo ninguna gracia. Habían sido el poder auténtico durante mucho tiempo (si ese patético tejido de maldiciones en las sombras podía llamarse poder) y Yan Tovis sabía que esa lucha no había hecho más que empezar, a pesar de toda su aparente aquiescencia. *Comenzarán a planear mi caída. Es de esperar*.

Yedan Derryg, olvídate de vigilar la costa. Ahora debes vigilarme a mí la espalda.

Violín abrió los ojos. El atardecer había comenzado a asentarse. Rodó de espaldas con un gemido. Demasiados años durmiendo en el suelo duro y frío; demasiados años con solo una capa impermeable raída por todo colchón, una única manta de lana basta para taparse. Al menos podía dormir todo el día y mitigar el dolor de sus viejos huesos con el calor del sol.

Se sentó y miró por el claro. Figuras acurrucadas por todas partes. Algo más allá estaba Koryk, sentado en el tocón de un árbol hacía la última guardia mientras los otros dormían. *Sí, hay leñadores por este bosque*.

Y no es que hayamos visto ninguno.

Habían pasado tres noches desde el desembarco. Siempre dirigiéndose al este, tierra adentro. *Un imperio extraño, éste. Caminos y pistas y algún que otro caserío,*

apenas un puñado de pueblos en la costa, que hayamos visto. ¿Y se puede saber dónde están esos tiste edur, por el Embozado?

Violín se puso en pie y arqueó la espalda para mitigar dolores y punzadas. Había querido ser un soldado llamado Cuerdas, allí entre los Cazahuesos, un hombre diferente, un hombre nuevo. Pero no había funcionado demasiado bien. El ardid no había engañado a nadie. Y lo que era peor, no podía convencerse a sí mismo que había comenzado de nuevo, que podía relegar el legado de campañas pasadas. *Una vida no funciona así. Maldita sea*. Se acercó con paso pesado a Koryk.

El mestizo seti alzó la vista.

—Menuda puñetera guerra tenemos aquí, sargento. Hasta dejaría que me clavaran uno de los cuchillos de Sonrisas en la pierna solo para oler un poco de sangre. Olvidémonos de esos malditos edur y empecemos a matar letherii, venga.

—¿Granjeros y porqueros, Koryk? Los necesitamos de nuestro lado, ¿recuerdas?

—Pero si ni siquiera los vimos ni para montar un puñetero pelotón. Al menos deberíamos dejarnos ver…

—Todavía no. Además, seguro que solo ha sido mala suerte que aún no hayamos encontrado al enemigo. Apuesto a que otros pelotones ya han tenido una escaramuza o dos.

Koryk lanzó un gruñido.

—Lo dudo. Solo hace falta que un pelotón revuelva el avispero y estos bosques deberían verse plagados. Y no lo están.

Violín no pudo decir nada. Se rascó y se dio media vuelta.

—Cierra los ojos un rato, soldado. Te despertaremos cuando esté listo el desayuno.

Quéjate ahora, Koryk, porque cuando empiece el follón, miraremos atrás y recordaremos atardeceres como este como si fueran un paraíso idílico. Con todo, ¿cuántas veces

podía hacer esa promesa? El legado de los Cazahuesos de momento no era nada que pudiera inspirar canciones. Hasta Y'Ghatan había sido un desastre, con ellos silbando una canción mientras se metían de cabeza en una trampa. A él todavía lo irritaba. Debería haberse olido el lío. Igual que Gesler, *sí, ese día les fallamos. Como nunca*.

En Malaz había sido peor. Cierto, habían sacado las armas. Incluso unos cuantos pelotones de marines habían montado un muro de escudos. *Contra malazanos. Una chusma indisciplinada de nuestros propios compatriotas*. De algún modo, en algún sitio, ese ejército necesitaba un combate de verdad.

La consejera los había arrojado en esa costa como un puñado de pulgas en el lomo de un perro. Antes o después la bestia iba a rascarse.

Mientras los otros despertaban a la noche que caía, Violín se acercó a su mochila. Se quedó allí, estudiándola durante un rato. La baraja estaba allí, esperando. Y él sentía auténticas tentaciones. Solo para tener una idea de lo que iba a pasar. *No seas tonto, Viol. Acuérdate de Velajada. Mira de lo que le sirvió a ella*.

—Mala idea, sargento.

Violín echó un vistazo y frunció el ceño.

—Deja de leerme el pensamiento, Botella. No se te da tan bien como crees.

—Eres igual que un hombre que ha jurado no volver a beber, pero siempre lleva una petaca en la saca.

—Ya está bien, soldado.

Botella se encogió de hombros y miró alrededor.

—¿Dónde ha ido Gesler?

—Andará por ahí, fertilizando los árboles.

—Quizá —dijo Botella, que no parecía muy convencido—. Es solo que me desperté antes y tampoco lo vi.

Dioses del inframundo. Espantando mosquitos con las manos, Violín se acercó al otro extremo del claro, donde se había apostado el otro pelotón. Vio a Tormenta en pie, como un oso muerto de sueño (la barba y el pelo rojo era una maraña salvaje de ramas enredadas), y dando patadas sin parar a un Narizcorta que no dejaba de roncar.

—Tormenta —le preguntó Violín en voz baja—, ¿adónde se ha largado tu sargento?

—Ni idea —respondió el hombretón—. Pero tenía la última guardia en este lado. Oye, Viol, ella no habrá quemado el Silanda, ¿verdad?

—Pues claro que no. Escucha, si Gesler no vuelve pronto, vas a tener que ir a buscarlo.

Los ojitos porcinos de Tormenta lo miraron con un parpadeo.

—¿Se habrá perdido? No lo había pensado.

—Tú no te preocupes por tonterías como pensar, cabo.

—Ya. Ese tal Koryk tuyo, ¿tiene idea de rastrear?

—No. Un puñetero inútil, en realidad, aunque no se lo digas a la cara. Botella…

—Ah, ése. Es que ése me da escalofríos, Viol. Se masturba como quien se rasca la nariz. Oye, que ya sé que todos los soldados lo hacen, pero…

—Dice que no es él.

—Bueno, si Sonrisas quiere meter la mano bajo las mantas…

—¿Sonrisas? ¿De qué estás hablando, Tormenta?

—Quiero decir…

—Mira, a Botella lo persigue un puñetero fantasma; oye, que lo confirmó Ben el Rápido, así que deja de mirarme así. Además, ese fantasma es, bueno, mujer, o chica, o lo que sea, y Botella le gusta mucho…

—Los magos están enfermos, Viol.

—Eso no viene al caso, Tormenta.

—Eso dices tú —replicó el cabo, que se sacudió y le dio la espalda—. «Eso no viene al caso» —lo imitó por lo bajo.

—Todavía te oigo, cabo.

Tormenta agitó una manaza grande y peluda, pero no se dio la vuelta; en su lugar se encaminó hacia el fuego. Hizo una pausa antes de dar el primer paso y apoyó la bota en una de las manos de Narizcorta. Se oyó un pequeño crujido y el soldado de la infantería pesada hizo un ruidito, después se incorporó y se sentó. Tormenta siguió su camino mientras Narizcorta se miraba la mano y fruncía el ceño al ver el ángulo extraño del dedo anular; se lo recolocó de un tirón, se levantó y se alejó para buscar un sitio en el que vaciar la vejiga.

Violín se rascó la barba, dio media y vuelta y regresó con su pelotón.

Sí, somos una panda de lo más letal.

Gesler vagaba por las extrañas ruinas. La luz se iba desvaneciendo a toda prisa haciendo que el lugar pareciera más espectral todavía. Pozos redondos por todas partes, al menos una docena repartidos entre los viejos árboles. Las piedras estaban talladas con exquisitez, encajadas sin argamasa (como había descubierto al despegar un poco de musgo). Había distinguido las formas regulares desde el borde del claro, al principio había pensado que eran los pedestales de alguna estructura con columnatas que se había desmoronado mucho tiempo atrás. Pero no había más piedra que el pavimento, combado por las raíces que convertían el suelo en traicionero.

Se sentó al borde de uno de los pozos, se asomó a la negrura profunda y olió el agua estancada. Se sintió extrañamente satisfecho consigo mismo al darse cuenta de que su curiosidad no se había embotado tanto como había

creído. Sin llegar al extremo de Sepia, por nombrar a alguien. Ése sí que era un malnacido fúnebre. No obstante, Gesler había visto mucho en su vida, y algunas cosas le habían manchado la piel de forma permanente, por no mencionar otros cambios más sutiles. Pero era sobre todo esa multitud de cosas presenciadas, obras hechas o no hechas, eso era lo que acababa con un hombre.

No podía mirar las llamas diminutas del fuego del pelotón sin recordar a Verdad y su zambullida intrépida en el palacio de Y'Ghatan. O bajaba la vista y miraba la ballesta que tenía en las manos mientras cruzaban tropezando ese puñetero bosque y se acordaba de Pella, con la frente atravesada, encorvándose contra la esquina de un edificio apenas cien pasos después de entrar en el mismo Y'Ghatan. Con cada canto del gallo oía los ecos de los gritos escuchados cuando unos fantasmas pavorosos habían asaltado el campamento de los mataperros en Raraku. Un vistazo a sus manos desnudas y los nudillos magullados y en su mente surgía la visión de ese wickano, Coltaine, en las orillas del Vathar. *Dioses, haber llevado a esa multitud hasta allí, con más camino por recorrer, sin nada más que la traición cruel de la Ladera*.

La matanza de los habitantes de Aren cuando los logros t'lan imass se habían alzado del polvo de las calles y sus armas de piedra empezaron a subir y caer, subir y caer. Si no hubiera sido por ese antiguo espada roja que había abierto las puertas y con ellas una ruta para huir, no habría habido ningún superviviente. Ninguno. *Salvo nosotros, los malazanos, que solo pudimos apartarnos y contemplar la matanza. Impotentes como bebés*…

Un dragón atravesando el fuego, un barco surcando las llamas, su primera visión de un tiste edur: muerto, clavado a su silla por la lanza de un gigante. Bancos de remos en los que se sentaban remeros decapitados, manos que

descansaban en las palas, y las cabezas amputadas amontonadas en una pila alrededor del palo mayor, los ojos parpadeando bajo la luz repentina, los rostros crispados en expresiones horrorizadas…

¿Y quién construyó doce pozos en un bosque? Eso es lo que quiero saber.

Quizá.

Recordó una llamada a la puerta y abrirla para ver, con un placer absurdo, a un empapado t’lan imass al que reconoció. *Tormenta, es para ti. Y sí, sueño con momentos como éste, buey pelirrojo*. ¿Y qué decía eso sobre el propio Gesler? *Espera. No soy tan curioso*.

—Ahí estás.

Gesler alzó la cabeza.

—Tormenta, precisamente estaba pensando en ti.

—¿Pensando qué?

El sargento señaló el agujero negro del pozo.

—Si cabrías, por supuesto. La mayor parte de ti entraría, aunque no la cabeza, por desgracia.

—Siempre se te olvida, Gesler —dijo el cabo mientras se acercaba—, que yo era uno de los que devolvía el golpe.

—No recuerdo nada de eso.

—¿Quieres que te lo recuerde?

—Lo que quiero saber es por qué me estás molestando.

—Nos estamos preparando para emprender la marcha.

—Tormenta.

—¿Qué?

—¿Qué piensas de todo esto?

—A alguien le gustaba construir pozos.

—Eso no. Me refiero a la guerra. Esta guerra, la que hay aquí.

—Te lo diré en cuanto empecemos a reventar cabezas.

—¿Y si nunca empezamos?

Tormenta se encogió de hombros y se pasó unos dedos gruesos por la barba llena de nudos.

—Entonces otra guerra más típica de los Cazahuesos.

Gesler lanzó un gruñido.

—Venga, tú delante. Espera, ¿cuántas batallas hemos librado, tú y yo?

—¿Quieres decir uno contra otro?

—No, imbécil. Quiero decir contra otra gente. ¿Cuántas?

—He perdido la cuenta.

—Mentiroso.

—Vale. Treinta y siete, pero sin contar Y'Ghatan, porque yo no estaba allí. Treinta y ocho para ti, Gesler.

—¿Y cuántas hemos conseguido evitar?

—Cientos.

—Así que quizá, amigo mío, estamos empezando a cogerle el tranquillo.

El enorme falari frunció el ceño.

—¿Estás intentando estropearme el día, sargento?

Koryk apretó las correas de su abultada mochila.

—Yo solo quiero matar a alguien —rezongó.

Botella se frotó la cara y miró al mestizo seti.

—Siempre queda Sonrisas. O Chapapote, si te lanzas encima cuando no mire.

—¿Es un chiste?

—No, solo intentaba desviar tu atención del tipo más débil de este pelotón. Es decir, yo.

—Tú eres mago. O algo así. Por lo menos hueles a mago.

—¿Qué significa eso?

—Si te mato, me maldecirías con tu último aliento, y entonces yo sería desdichado.

—¿Y qué cambiaría, Koryk?

—Tener una razón para ser desdichado siempre es peor que no tener razón alguna, pero ser desdichado de todos modos. Si solo es un modo de vida, quiero decir. —De repente sacó la última arma que había añadido a su arsenal, un cuchillo largo—. ¿Ves esto? Igual que los que utilizaba Kalam. Un arma muy rápida, joder, pero yo no veo que pueda hacer mucho contra una armadura.

—Donde Kalam los clavaba no había armadura. Garganta, axila, ingle… Deberías dárselo a Sonrisas.

—Lo cogí para que no lo tuviera ella, idiota.

Botella miró hacia donde Sonrisas había desaparecido por el bosque solo momentos antes. La mujer regresaba ya, la expresión plácida de su rostro ocultaba todo tipo de diabluras, sin duda.

—Espero que no quieran que nos enfrentemos a los edur como lo hacen los pesados —le dijo a Koryk mientras observaba a Sonrisas—. Aparte de ti y de Chapapote, y quizá Corabb, como pelotón no es que seamos un gran puño de hierro, ¿no? Así que, en cierto sentido, este tipo de guerra nos va mejor, subterfugios, operaciones encubiertas. —Echó un vistazo y vio que el mestizo lo miraba con furia. Seguía sujetando el cuchillo largo—. Pero puede que seamos más versátiles. Podemos ser mitad puño de hierro y mitad guante negro, ¿vale?

—En fin —dijo Koryk, y volvió a envainar el arma—, que cuando dije que quería matar a alguien, me refería al enemigo.

—Tiste edur.

—A mí me sirven bandidos letherii; tiene que haber bandidos por aquí, en alguna parte.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Siempre hay bandidos por el campo, Botella. Encabezados por granujas con bigote y nombres estrambóticos: Zorala Risitas o Pamby Valeroso…

Un ruidoso bufido de Sonrisas, que acababa de llegar.

—Recuerdo esas historias. Pamby Valeroso con la pluma en el sombrero y su compinche jorobado, Pomolo Miserable el Astuto. Ladrones del tesoro real de Li-Heng. Los que cortaron la Gran Cuerda que sujetaba Deriva Avalii. Y Zorala, que siendo niño trepó al árbol más alto del bosque y después se encontró con que no podía volver a bajar, así que vivió allí durante años, y allí creció. Hasta que llegó el leñador…

—Por todos los dioses del inframundo —rezongó Sepia debajo de las mantas bajo las que se había quedado—, que alguien le rebane la garganta a esa mujer, por favor.

—Bueno —dijo Sonrisas con una curva tensa, epónima, en la boca—, al menos yo he empezado la noche de buen humor.

—Quiere decir que fue de lo más satisfactorio lo…

—Más vale que aprietes esos dientes, Koryk, o te voy a cortar esas trenzas mientras duermes y créeme, no te va a gustar lo que pienso hacer con ellas. Y tú, Botella, que no te den ideas a ti tampoco. Cargué con la culpa de lo que hiciste una vez, pero nunca más.

—Yo no le cortaría las trenzas a Koryk —dijo Botella—. Las necesita para estornudar en ellas.

—Venga, muévete, Sepia —dijo Violín cuando entró sin prisas entre ellos—. Mirad a Corabb, es el único que está listo de verdad…

—No, no lo estoy —respondió el hombre—. Es que me quedé dormido con la armadura puesta, sargento, y ahora necesito un sitio donde mear. Solo que…

—Da igual —interpuso Violín—. A ver si conseguimos tropezarnos con algún edur esta noche.

—Podríamos prender un incendio en el bosque —sugirió Koryk.

—Pero resulta que nosotros estamos dentro —señaló Chapapote.

—Solo era una idea.

Corabb Bhilan Thenu’alas admitió para sí que esos malazanos no se parecían en nada a los soldados de los mataperros, ni a los guerreros del ejército de Leoman. Ni siquiera estaba seguro de que fueran humanos. Eran más como… animales. Unos animales que nunca dejaban de reñir, como una jauría de perros hambrientos.

Por lo general con él era como si no lo vieran, y mejor así. Incluso Botella, del que el sargento le había ordenado a Corabb que no se separara. Proteger las espaldas de alguien era algo que Corabb sabía hacer, así que no tenía problemas con esa orden. Aunque Botella era mago y a él no le convencían mucho los magos. Hacían tratos con dioses, pero él sabía que no había que ser mago para eso. No, se podía ser un líder de toda confianza, un comandante cuyos guerreros lo seguirían al mismísimo infierno del Abismo. Incluso alguien así podía hacer tratos con los dioses y condenar de este modo a todos sus seguidores a un cataclismo abrasador mientras él huía.

Sí, huía.

Estaba contento de haber superado todo aquello. Historia antigua y la historia antigua era antigua, así que ya no significaba nada, porque… bueno, porque era antigua. Y él tenía una historia nueva. Una historia que había empezado en los escombros bajo Y’Ghatan. Entre esos… animales. Con todo, estaba Violín, y Corabb sabía que seguiría a su sargento porque ese hombre era digno de que lo siguieran. No como otros.

Un ejército de catorce personas parecía un poco pequeño, pero tendría que servir de momento. Esperaba, sin embargo,

que algo más adelante, tierra adentro, llegaran a un desierto. Demasiados árboles en ese bosque húmedo y maloliente. Y también le gustaría volver a subirse a un caballo. Estaba seguro de que tanta caminata no podía ser sana.

Cuando el pelotón dejó el claro y se deslizó por la oscuridad más profunda, él se colocó junto a Botella, que lo miró e hizo una mueca.

—¿Estás aquí para protegerme de los murciélagos, Corabb?

El guerrero se encogió de hombros.

—Si intentan atacarte, los mataré.

—Ni te atrevas. Resulta que me gustan los murciélagos. De hecho, hablo con ellos.

—Igual que la rata y sus crías que tenías, ¿no?

—Exacto.

—Me sorprendió, Botella, que las dejaras para que se quemaran en los transportes.

—Yo nunca haría eso. Las embarqué en el Lobo de Espuma. Hace algún tiempo, de hecho.

—Para poder espiar a la consejera, sí.

—Fue un acto de misericordia, el único barco que sabía que estaría a salvo, sabes…

—Y para poder espiar.

—De acuerdo, sí. Y para poder espiar. Pasemos a otro tema. ¿Alguna vez te habló Leoman de su trato con la reina de los Sueños?

Corabb frunció el ceño.

—No me gusta ese tema. Es historia pasada, lo que significa que ya nadie habla de eso.

—Bien, ¿entonces por qué no te fuiste con él? Estoy seguro de que te lo ofreció.

—Mataré al próximo murciélago que vea.

—¡Dejad de cotorrear, idiotas! —siseó alguien desde más adelante.

Corabb pensó que ojalá estuviera atravesando con un buen caballo un desierto ampollado por el sol, nadie podía entender de verdad la magia del agua si no había pasado tiempo en el desierto. En este sitio había tanta que a un hombre se le podían pudrir los pies, y a eso no había derecho.

—Esta tierra está loca —murmuró.

Botella rezongó también.

—Más bien le falta muerte. Veta tras veta, fantasmas enmarañados en cada raíz, retorciéndose sin cesar bajo cada piedra. Los búhos los ven, ¿sabes? Pobrecitos.

Otro siseo más adelante.

Empezó a llover.

Hasta el cielo desdeña el agua. Una auténtica locura.

Trantalo Kendar, hijo menor de cuatro hermanos de un clan costero de los tiste edur beneda, cabalgaba con una elegancia sorprendente que no podía igualar ninguno de sus compañeros edur, por desgracia. Era el único de su tropa al que le gustaban los caballos de verdad. Trantalo había sido un quinceañero muy verde durante la conquista, sin iniciar en la sangre, y lo más cerca que había estado del combate había sido como aprendiz de una tía lejana que había servido como sanadora en el ejército de Hannan Mosag.

Bajo sus órdenes amargas, el joven había visto el daño terrible que hacía la guerra a guerreros de otro modo totalmente sanos. Las espeluznantes heridas, las quemaduras que supuraban y los miembros que se marchitaban a causa de la hechicería letherii. Y mientras recorría los campos de batalla en busca de los heridos, había

visto la misma destrucción horrenda entre los soldados letherii muertos y moribundos.

Aunque joven, parte de su ansia de batalla lo había abandonado entonces y lo había apartado de sus amigos. Demasiados intestinos derramados, demasiados cráneos aplastados, demasiados ruegos desesperados de socorro a los que no contestaban más que cuervos y gaviotas. Había vendado un número incontable de heridas, se había mirado en los ojos vidriados de guerreros conmocionados por su propia mortalidad, o, lo que era peor, desesperados por la desdicha de los miembros perdidos, los rostros marcados, los futuros perdidos.

No se creía muy listo, ni en modo alguno excepcional (salvo, quizá, por su talento para montar a caballo), pero en ese momento cabalgaba con once guerreros edur veteranos, cuatro de ellos beneda, incluyendo el comandante de la tropa, Estav Kendar, el hermano mayor de Trantalo. Y se sentía orgulloso de estar a la cabeza de la columna, el primero en bajar por esa pista costera que llevaba a la torre Boaral, donde, según tenía entendido, algún tipo de desliz letherii exigía la atención de los edur.

Nunca había estado mucho más al sur de Rennis desde que se las había arreglado para huir de las garras de su tía justo a las afueras de la ciudad de Lezna. Trantalo no había visto las murallas de Letheras, ni los campos de batalla que rodeaban esa ciudad, y se alegraba, pues había oído que la hechicería desatada en esos últimos choques había sido la más horripilante de todas.

La vida en Rennis había sido una vida de extraños privilegios. Con solo ser tiste edur había razón suficiente para inspirar miedo y respeto a la vez entre los serviles letherii. Él había disfrutado con ese respeto. El miedo lo había consternado, pero no era tan ingenuo como para no

entender que sin miedo no existiría el respeto que tanto lo complacía.

—La amenaza de las represalias —le había dicho Estav la semana que había llegado—. Eso es lo que mantiene acobardadas a estas patéticas criaturas. Y habrá veces, hermano menor, en las que tendremos que recordarles, con sangre, esa amenaza.

Intentaba mitigar su regocijo la aprensión de que ese viaje que bajaba a esa torre levantada en el medio de la nada era justo eso, una represalia. Un arbitrio sangriento. No era de extrañar que los letherii procuraran mantener a los edur fuera de tales disputas. *No nos interesan las sutilezas. Los detalles nos aburren. Así que se sacarán las espadas, es probable que esta misma noche*.

Estav no le exigiría nada especial, lo sabía. Ya era suficiente que cabalgara en cabeza durante el viaje. Una vez llegaran a la torre, Trantalo sospechaba que lo apostarían en la verja, para que la vigilara, o algo parecido. Y con eso se daba por satisfecho.

La luz del sol se iba desvaneciendo a toda prisa por la estrecha pista que llevaba a la torre. Poco tiempo antes habían dejado el camino costero principal y allí, en ese modesto sendero, los márgenes eran escarpados, casi les llegarían al pecho si fueran a pie en lugar de a caballo, y estaban trenzados de raíces colgantes. Los árboles se arracimaban por ambos lados, las ramas casi se entrelazaban en las alturas. Trantalo giró por la pista y fue el primero en ver la estacada, los troncos bastos (que todavía lucían la mayor parte de la corteza) ladeados de modo irregular y hundidos. Media docena de dependencias decrépitas se apoyaban en un grupo de alisos y abedules a la izquierda, y una carreta sin lados y con un eje roto se agazapaba en las hierbas altas justo a la derecha de la verja.

Trantalo se detuvo frente a la entrada. La verja no estaba cerrada. La única puerta, hecha de arbolitos y un armazón de tablones con forma de zeta, estaba abierta de par en par, y así se había quedado, la base enmarañada de hierbas. El guerrero podía ver el complejo que había detrás, extraño y sin vida. Al oír que sus compañeros edur se acercaban a medio galope, hizo avanzar su caballo poco a poco hasta que distinguió la fachada manchada de humo de la torre en sí. No se veían luces en ninguna de las ventanas verticales estrechas como ranuras. Y la puerta principal también estaba abierta.

—¿Por qué dudas, Trantalo? —inquirió Estav cuando se acercó con el caballo.

—Preda —dijo Trantalo, encantado, como siempre, con esos nuevos títulos letherii—, la torre parece abandonada. Quizá hemos cabalgado hasta la que no era…

—Boaral —afirmó un guerrero detrás de Estav—. Ya he estado aquí antes.

—¿Y siempre parece tan tranquilo todo? —preguntó Estav, que alzó una ceja de ese modo que Trantalo conocía tan bien.

—Casi —dijo el guerrero y se alzó con cuidado en los estribos giratorios letherii para mirar a su alrededor—. Debería haber al menos dos antorchas, una plantada sobre esa carreta y luego otra en lo que es el patio.

—¿No hay guardias?

—Tendría que haber al menos uno; quizá se haya acercado a la trinchera de la letrina…

—No —dijo Estav—, aquí no hay nadie. —Hizo pasar su caballo junto al de Trantalo y cruzó la puerta.

Trantalo lo siguió.

Los dos hermanos se acercaron a la entrada principal escalonada de la torre.

—Estav, hay algo húmedo en esas escaleras.

—Tienes razón. Buena vista, hermano. —El guerrero beneda desmontó con una expresión clara de alivio, le pasó las riendas a Trantalo y se acercó a los escalones—. Un rastro de sangre.

—¿Quizá un motín?

Los otros edur habían dejado sus caballos con uno de la compañía y estaban cruzando el patio para registrar los establos, la herrería, el gallinero y la caseta del pozo.

Estav se encontraba al pie de los escalones con los ojos clavados en el suelo.

—Han arrastrado un cuerpo hasta el exterior —dijo tras estudiar el rastro de sangre.

Trantalo vio que la cabeza de su hermano se alzaba y miraba al establo. Y en ese mismo momento, Estav gruñó de repente y se sentó de golpe.

—¿Estav?

Trantalo miró al patio y vio que se derrumbaban cuatro guerreros. Gritos repentinos de los tres que estaban cerca de los establos cuando algo parecido a una roca bajó volando entre ellos.

Un destello de fuego. Un crujido sólido. Los tres cayeron de espaldas. Cuando brotó una nube pequeña se oyeron chillidos.

Trantalo se liberó de una patada de los estribos, pasó una pierna por encima del lomo del caballo, se dejó caer y se agazapó. Tenía la boca seca como yesca. El corazón le latía tan fuerte en el pecho que tenía la sensación de que el redoble lo había dejado medio sordo. Sacó la espada y se apresuró a llegar junto a su hermano.

—¿Estav?

Sentado, las piernas estiradas con el descuido de un niño, las manos apoyadas en el suelo embarrado. Algo le sobresalía del pecho. Un palmo de un astil, más grueso que una flecha normal, las plumas estaban hechas de aletas

curvas de cuero. La sangre había brotado de la boca del comandante, le cubría la barbilla y le empapaba la pechera del manto de lana. Los ojos fijos no parpadearon.

—¿Estav?

En el patio, el estruendo de las espadas al entrechocar.

Sin poder creérselo, Trantalo apartó los ojos del cadáver de su hermano. Dos guerreros edur estaban intentando retirarse luchando y retrocedían de espaldas hacia los inquietos caballos que permanecían a unos cinco pasos de la verja. El edur que se había quedado con los animales estaba a gatas, reptando rumbo a la abertura. Le sobresalía algo de un lado de la cabeza.

No era fácil distinguir quiénes eran los atacantes en plena oscuridad, pero estaban bien armados y disponían de armaduras, cuatro en total, manteniéndose en íntimo contacto con los dos últimos edur.

Un movimiento borroso tras ellos, Trantalo se puso en pie de un salto a punto de gritar una advertencia cuando, de súbito, un fuego repentino le llenó la garganta. Embargado por las arcadas se apartó con una sacudida y sintió que algo frío se le deslizaba por un lado del cuello. Estaba sangrando a chorros, por dentro y por fuera. Tosiendo, ahogándose, hincó una rodilla en el suelo casi al alcance de su hermano. La ceguera lo invadía y se abalanzó hacia su hermano con los brazos extendidos.

¿Estav?

Nunca llegó.

Hellian salió del establo, y hasta consiguió hacerlo en línea recta. Estaba un poco temblorosa, una vez superado el momento de auténticos sudores. El combate siempre la serenaba. No sabía por qué, pero lo hacía y suponía que, mirándolo bien, era mejor así.

—Que alguien encienda un maldito farol —rezongó—. Tú, Quizás, guarda ese fullero, los cazamos a todos. —Dejó escapar un ruidoso suspiro—. El gran enemigo feroz.

Al acercarse a los dos edur derribados delante de la torre, Hellian agitó la espada.

—Tavos, revisa esos dos. No basta con pegarle una puñalada y luego quedarse mirando. Puede que todavía le quede algo, ¿sabes?

—Los dos tan muertos como mi vida sexual —dijo Tavos Estanque—. ¿Quién lanzó el primero, sargento? Menudo tiro, joder.

—Laúdes —respondió ella mientras observaba a Urb, que llevaba a los otros por delante de los cuerpos edur que había en el patio—. Apoyó el arma en mi espalda.

—¿Su espalda?

—Estaba vomitando, si es que es asunto tuyo. Entre arcada y arcada, el tipo disparó. Le dio de lleno, ¿no?

—Sí, sargento.

—Y tú no querías traer el ron. Bueno, por eso estoy al mando yo y no tú. ¿Dónde está mi cabo?

—Aquí.

—Aquí.

—Que reúnan a los caballos, me da igual lo que ordenara el puño, vamos a montar.

Urb alzó la vista y se acercó.

—Hellian…

—No intentes siquiera comerme la oreja. Casi me acuerdo de lo que hiciste. —La sargento sacó su petaca y se tomó un buen trago—. Así que ten cuidado, Urb. Bueno, todos los que dispararon cuadrillos que vayan a buscarlos, ¡y eso significa todos! —Volvió la cabeza y miró a los dos edur muertos junto a la entrada.

—¿Cree que somos los primeros en hacer sangre? —preguntó Tavos Estanque, se había agachado para limpiar la

hoja de su espada en el manto del edur más mayor.

—Una guerra grande y gorda, Tavos Estanque. Eso es lo que tenemos aquí.

—Tampoco fue tan difícil, sargento.

—Pues porque tampoco se lo esperaban. ¿Te crees que podemos abrirnos paso de emboscada en emboscada hasta Letheras? ¡Venga ya! —Dio otro par de tragos, suspiró y miró con furia a Urb—. ¿Cuánto tiempo va a pasar antes de que sean ellos los que monten las emboscadas? Por eso quiero que vayamos a caballo, vamos a ir por delante de las malas noticias todo el tiempo que podamos. Así podemos ser nosotros las malas noticias, ¿estamos? Como tiene que ser.

El cabo Reem se acercó a Urb.

—Sargento, nos llevamos doce caballos.

—Uno para cada uno —dijo Hellian—. Perfecto.

—Según mis cuentas —dijo Reem con los ojos entrecerrados—, alguien tendrá que compartirlo.

—Si tú lo dices. Bueno, vamos a sacar estos cuerpos de ahí, ¿tienen dinero? ¿Lo comprobó alguien?

—Algo —dijo Quizás—. Pero sobre todo simples piedras pulidas.

—¿Piedras pulidas?

—Al principio pensé que eran para la honda, pero ninguno lleva. Así que sí, sargento. Piedras pulidas.

Hellian dio media vuelta y los soldados se dispusieron a deshacerse de los cadáveres edur. Por el tirón de Oponn, dar con esa torre y no encontrar a nadie dentro salvo un letherii al que alguien acababa de matar en el pasillo. Habían dejado limpio el sitio, aunque habían descubierto algo de comida en las fresqueras. Ni una sola gota de vino o cerveza, la prueba definitiva, al menos en lo que a ella se refería, de que ese imperio extranjero era un desastre, que eran unos inútiles y que merecía la pena destruirlo todo hasta acabar con el último ladrillo.

Qué pena que no fueran a tener la oportunidad de hacerlo.

Claro que a ningún cuerpo le viene mal malinterpretar las órdenes de vez en cuando. Así que nos vamos a cazar cabezas edur. Hellian volvió a registrar el patio. *Maldita sea esta oscuridad. Los magos lo tendrán fácil, quizá. Y esos pieles grises*.

—Urb —dijo en voz muy baja.

El otro se acercó poco a poco, con cautela.

—¿Hellian?

—Tenemos que organizar las emboscadas para el atardecer y el amanecer.

—Sí. Tienes razón. Fíjate, me alegro de que pusieran juntos a nuestros pelotones.

—Pues claro que te alegras. Tú me entiendes, Urb. ¿Sabes?, eres el único que me entiende. —Hellian se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Es triste, Urb. Muy triste.

—¿Qué? ¿Matar a estos tiste edur?

La sargento lo miró con un parpadeo.

—No, zoquete. El hecho de que nadie más me entienda.

—Sí, Hellian. Trágico.

—Eso era lo que siempre me decía Banaschar, daba igual de qué estuviera hab'ando yo. Me miraba, como acabas d'hacer tú, y decía «trágico». ¿De qué va eso? —Sacudió la petaca, *todavía medio llena, pero otro trago significa que la estoy gastando, así que voy a tener que rellenarla. Estas cosas hay que hacerlas con medida, por si pasa algo y no puedo rellenarla enseguida*—. Venga, es hora de montar.

—¿Y si nos encontramos con una tropa de letherii?

Hellian frunció el ceño.

—Entonces hacemos lo que nos dijo Keneb. Hablamos con ellos.

—¿Y si no les gusta lo que decimos?

—Los matamos, claro.

—¿Y nos dirigimos a Letheras?

Hellian le sonrió a Urb. Después se dio unos golpecitos con un dedo en un lado de la cabeza, ligeramente entumecida.

—Mem’icé er mapa, …ricé, memericé er mapa. Hay ciudades, Urb. Y cuanto más cerca tamos de Letheras, más hay. ¿Qué hay en las ciudades, Urb? Tabernas. Tugurios. Así que no vamos a seguir una ruta directa, una ruta pre-de-ci-ble.

—¿Vamos a invadir Lether de taberna en taberna?

—Eso.

—Hellian, odio decir esto, pero es bastante inteligente.

—Sí. Y además así podemos comer comida cocinada de verdad. Es la forma civilizada de hacer la guerra. Al estilo Hellian.

Los cuerpos se unieron al letherii solitario que permanecía en el pozo de la letrina. Medio desnudos, despojados de sus objetos de valor, los arrojaron a aquellas gachas densas e infladas que resultaron ser más profundas de lo que esperaban y se tragaron todos los cuerpos sin dejar rastro.

Los malazanos tiraron las piedras pulidas tras los cuerpos.

Después partieron a caballo por el camino oscuro.

—Eso tiene todo el aspecto de un apeadero para viajeros —dijo la capitán por lo bajo.

Pico guiñó un ojo antes de contestar.

—Huelo caballos, señor. Ese edificio largo de ahí.

—Establos —contestó Faradan Sort con un asentimiento—. ¿Algún tiste edur por aquí?

Pico sacudió la cabeza.

—El azul más profundo de Rashan, ésa es su vela, en general. No tan profundo como Kurald Galain. Ellos la llaman

Kurald Emurlahn, pero estos de aquí, bueno, hay una espuma sucia en ese azul, como la que se posa en las olas fuera de un puerto. Es poder caótico. Poder enfermo. Poder como dolor, si el dolor fuera bueno, quizá incluso fuerte. No sé. No me gustan estos edur de aquí.

—¿Están aquí?

—No. Me refería a este continente, señor. Ahí dentro solo hay letherii. Cuatro. En esa casita junto al camino.

—¿No hay magia?

—Solo unos amuletos.

—Quiero robar cuatro caballos, Pico. ¿Puedes arrojar un hechizo sobre esos letherii?

—La vela gris, sí. Pero se enterarán cuando nos vayamos.

—Cierto. ¿Alguna sugerencia?

Pico estaba encantado. Jamás había sido tan feliz. Esa capitana le estaba preguntando cosas. Le pedía sugerencias. Consejo. Y no solo por cumplir. *Estoy enamorado de ella*. Contestó a la pregunta con un asentimiento, después se subió un poco el yelmo con forma de solideo y se rascó el pelo antes de hablar.

—No el hechizo habitual, señor. Algo mucho más complicado. Terminando con la vela naranja…

—¿Que es?

—Tellann.

—¿Van a complicarse las cosas?

—No si nos llevamos todos los caballos, capitán.

Pico observó que su oficial lo estudiaba y se preguntó qué era lo que veía. No era de las que expresaba demasiado con ese rostro duro pero hermoso. Ni siquiera los ojos mostraban demasiado. La quería, cierto, pero también le tenía un poco de miedo a Faradan Sort.

—De acuerdo, Pico, ¿dónde me quieres?

—En los establos, con todos los caballos listos para irse, y quizá dos ensillados. Ah, y su pienso para el camino.

—¿Y puedo hacer todo eso sin que salte ninguna alarma?

—No oirán nada, señor. De hecho, podría subir ahora mismo y llamar a la puerta y no nos oirían.

Con todo, Faradan vaciló.

—¿Así que puedo acercarme a los establos sin más, ahora mismo?

Pico asintió con una gran sonrisa.

—Dioses del inframundo —murmuró la capitán—. No sé si alguna vez me acostumbraré a esto.

—Mockra se ha apoderado de sus mentes, señor. No tienen defensas. Creo que nunca les han lanzado un hechizo.

Faradan echó a andar medio agazapada, moviéndose con rapidez, aunque no fuera necesario, y momentos después estaba dentro de los establos.

Pico sabía que a la capitana le llevaría un tiempo hacer cuanto le había pedido. *¡Acabo de decirle a un capitán lo que tiene que hacer! ¡Y lo está haciendo! ¿Significa eso que ella también me quiere?* Se quitó la idea de la cabeza. No era buena idea dejar que su mente vagara según estaban las cosas. Salió poco a poco del refugio de los árboles que bordeaban ese lado del camino de piedra. Se agachó para recoger una roca pequeña, escupió encima y la volvió a dejar en el suelo (para sujetar a Mockra), después cerró los ojos y buscó la vela blanca.

Embozado. Muerte, un lugar muy, muy frío. Hasta el aire estaba muerto. En su mente se asomó a ese reino como si mirara por una ventana, el alféizar de madera lleno de cera fundida, la propia vela blanca parpadeando en un lado. En el suelo, un montón de cenizas y huesos de todo tipo. Pico estiró el brazo, cerró la mano alrededor de un hueso largo y pesado y lo sacó. Extrajo a toda prisa cuantos huesos pudo colar por la sinuosa ventana, y siempre escogió los grandes.

No tenía ni idea de a qué bestias pertenecían esos huesos, pero servirían.

Cuando quedó satisfecho con el montón blanco y polvoriento que había apilado en el camino, Pico cerró la ventana y abrió los ojos. Cuando miró, vio a la capitán en pie en los establos, haciéndole gestos.

Pico le respondió con la mano, después se giró y les mostró a los huesos la vela púrpura. Los huesos se alzaron del camino como plumas en una corriente de aire, y cuando el mago se apresuró a reunirse con Faradan Sort, los huesos lo siguieron flotando sobre el suelo a la altura de la cintura.

La capitán había vuelto a desaparecer en el interior de los establos antes de que llegara Pico; salió llevándose a los caballos justo cuando el soldado se aproximó sin ruido a las anchas puertas.

El mago entró con una gran sonrisa en los establos con los huesos detrás. Una vez dentro, con ese maravilloso olor a cerrado de los caballos, el olor a cuero, estiércol y paja empapada de orina, repartió los huesos, unos cuantos en cada caseta, y apagó la vela púrpura cuando terminó. Se acercó al montículo de paja de un extremo, cerró los ojos para despertar la vela naranja y escupió en la paja.

—Ya podemos irnos —le dijo a la capitán cuando se reunió con ella fuera.

—¿Ya está?

—Sí, señor. Estaremos a mil pasos de aquí, camino abajo, antes de que se prenda Tellann…

—¿Fuego?

—Sí, señor. Un fuego terrible, ni siquiera podrán acercarse; arderá rápido, pero no quemará nada más y por la mañana solo quedarán las cenizas.

—Y unos huesos carbonizados que podrían pertenecer a unos caballos.

—Sí, señor.

—Lo has hecho bien esta noche, Pico —dijo Faradan Sort al tiempo que se subía a uno de los caballos ensillados.

Pico, que se sentía el hombre más ligero de la tierra, saltó al otro y miró atrás, con orgullo, a las otras siete bestias. Animales bastante decentes, pero los habían tratado mal. Lo que convertía el robo en una buena acción. Los malazanos sabían cómo cuidar de sus caballos, después de todo.

Entonces frunció el ceño, bajó la cabeza y miró sus estribos.

Luego vio que la capitán también estaba mirando los suyos.

—¿Qué es esto? —le preguntó ella con un siseo.

—¿Rotos? —se preguntó Pico.

—No que yo vea, y los tuyos son idénticos a los míos. ¿Qué idiota inventó estos trastos?

—Capitán —dijo Pico—, no creo que tengamos que preocuparnos mucho por la caballería letherii, ¿verdad?

—Y que lo digas, Pico. Bueno, pongámonos en marcha. Si tenemos suerte, no nos romperemos el cuello antes de veinte pasos.

El padre del hombre llamado Rebanagaznates solía contar historias de la conquista de Li Heng por parte del emperador, mucho antes de que Kellanved fuera emperador de ningún sitio. Cierto, había derrocado a Mock en Malaz y se había proclamado gobernante de esta isla, pero ¿desde cuándo era la isla de Malaz otra cosa que un miserable refugio de piratas? En el continente pocos se fijaban en ese tipo de detalles. Un nuevo tirano que reemplazaba a un tirano viejo.

La conquista de Li Heng cambió todo eso. No hubo flota de barcos que atestara la desembocadura del río al sur y al este de la ciudad; ninguna pista, de hecho, que anunciara el

asalto. En su lugar, una hermosa mañana de primavera en nada diferente a un sinfín de otras mañanas parecidas. El padre de Rebanagaznates, junto con miles de esforzados ciudadanos más, había observado, al echar una mirada casual hacia el Foco Interno, donde se encontraba el palacio de la Protectora, la repentina e inexplicable presencia de unas figuras extrañas en las murallas y almenas. Achaparradas, anchas, vestían pieles y empuñaban espadas y hachas deformes. Llevaban yelmos de hueso.

¿Qué le había pasado a la tan cacareada Guardia? ¿Y por qué había jirones de humo alzándose de los barracones de la plaza y el patio de armas? ¿Y era, era de verdad, la propia protectora a la que habían visto precipitándose desde la torre Alta junto al templo de la ciudad, en el corazón de todo?

Alguien había cortado la cabeza de Li Heng en el palacio. Unos guerreros no muertos hacían guardia en las murallas y, muy poco tiempo después, salieron por miles de la puerta del Foco Interno para ocupar la ciudad. El ejército permanente de Li Heng (tras media docena de escaramuzas suicidas) capituló ese mismo día. Kellanved se había convertido en el gobernante de la ciudad-estado y oficiales y nobles de la corte se habían arrodillado para jurar lealtad; las reverberaciones de esa conquista hicieron vibrar las ventanas de palacios de todas las tierras de Quon Tali.

—*Ése, hijo, fue el despertar de los t'lan imass logros. El ejército no muerto del emperador. Yo estuve allí, en las calles, y vi con mis propios ojos a esos terribles guerreros con las cuencas vacías y hundidas, la piel estirada, desgarrada, los mechones de pelo desprovisto de todo color. Dicen, hijo, que los logros siempre estuvieron allí, bajo las Cataratas del Accesible. Quizá en la Grieta, quizá no. Quizá solo en el polvo que llegaba soplando del oeste cada maldito día y cada maldita noche, ¿quién puede decirlo?*

Pero él los despertó, les dio órdenes y te digo que tras ese día, cada gobernante de Quon Tali vio una calavera en su espejo de plata, sí.

»La flota de barcos llegó más tarde, al mando de tres locos: Costra, Urko y Nok, pero la primera en pisar tierra fue nada menos que Torva, y sabes en quién se convertiría, ¿verdad?

Como para no saberlo. Estar al mando de los t'lan imass no evitaba las cuchilladas por la espalda, ¿no? Ese detalle fue la revelación que definió la vida de Rebanagaznates. Puedes asumir el mando de miles, de decenas de miles. Puedes tener bajo tu autoridad a hechiceros y flotas imperiales. Tener en tus manos las vidas de un millón de ciudadanos. El verdadero poder no era eso. El verdadero poder era el cuchillo en la mano, y la mano en la espalda de un necio.

El navajazo igualitario. Ahí lo tienes, padre, viejo zorro, una palabra que jamás has oído entre las cincuenta o así que aprendiste durante tu larga y absurda vida. Pintar ollas, ése sí que es un oficio inútil, porque las ollas nunca sobreviven, así que todas esas bonitas imágenes terminan hechas pedazos, en las playas de guijarros, en el foso, entre las paredes, en los campos de los granjeros. ¿Y no es verdad, eh, padre, que tu cocción privada de «La llegada de los Logros» terminó siendo tan popular como una dosis del comecaras de cualquier puta?

Hijo mayor o no, mezclar vidrios y vigilar un horno el día de cocción no era el futuro con el que él soñaba. *Pero puedes pintarme, padre, y llamarlo «La llegada del asesino». Mi retrato podría adornar urnas funerarias, las de los que cayeron bajo el cuchillo, por supuesto. Una pena que nunca comprendieras el mundo lo suficiente como para honrarme. La profesión que elegí. Mi guerra contra la desigualdad en esta miserable y vil existencia*.

Y que borraras mi nombre del linaje familiar, venga, hombre, en serio, para eso no había motivos.

Con catorce años, Rebanagaznates se encontró en compañía de ancianos y ancianas, personas todas ellas muy reservadas. El porqué y el cómo carecieron de relevancia incluso entonces. Su futuro se dibujó ante él, en zancadas medidas, y ni siquiera los dioses pudieron apartarlo de ese sendero frío.

De vez en cuando se preguntaba por sus antiguos maestros. Todos muertos, por supuesto. Torva se había ocupado de eso. Y no era que la muerte significase un fracaso. Los agentes de Torva habían fracasado a la hora de encontrar el rastro de Rebanagaznates, y dudaba que fuera el único en haber eludido a la Garra. También se preguntaba si seguiría siendo lo que era, apartado como había estado del Imperio de Malaz. Pero él era un hombre paciente; en su profesión había que serlo, después de todo.

No obstante, la consejera ha pedido lealtad. Para servir a una causa desconocida. Dijo que no habría testigos de nuestra obra. Por mí, no hay problema. Así es como hacen los asesinos su trabajo. Así que él le seguiría el juego, a ella y a ese ejército de Oponn de imbéciles patéticos. De momento.

Se quedó allí, con los brazos cruzados, apoyado contra el muro con los hombros adelantados. Podía sentir de vez en cuando un roce en el pecho, ligero como la pata de un ratón, cuando miraba con un interés poco entusiasta lo que sucedía en el aposento privado de Brullyg.

El pobre gobernante temblor estaba sudando y no había cantidad de su cerveza favorita que pudiera detener los estremecimientos de sus manos mientras permanecía allí sentado, acurrucado en su sillón de respaldo alto, los ojos clavados en la jarra que sujetaba en lugar de en las dos mujeres con armadura que tenía delante.

Rebanagaznates pensaba que Lostara Yil era, si acaso, más atractiva de lo que lo había sido T'amber. O por lo menos estaba más en consonancia con su gusto. Los tatuajes pardus eran sensualidad inscrita en la piel y la redondez de su figura (mal disimulada por la armadura) se movía con la elegancia de una bailarina (cuando se movía, cosa que no hacía en ese momento, aunque la promesa de elegancia era inconfundible). La consejera presentaba un contraste desalentador, la pobre mujer. Como esos destinados a morar a la sombra de amigos más atractivos, la consejera sufría la comparación con aparente indiferencia, pero Rebanagaznates (al que no se le daba nada mal descubrir verdades tácitas) podía leer el dolor que causaba esa sosa insuficiencia, y ésa era una verdad humana, ni más ni menos sórdida que todas las demás verdades humanas. Los que carecían de belleza lo compensaban de otros modos, los modos formales pero artificiales del rango y el poder, y así eran las cosas en todo el mundo.

Por supuesto, cuando al fin tienes ese poder no importa lo feo que seas, ya puedes engendrar con los mejores. Quizá eso explicara la presencia de Lostara junto a Tavore. Pero Rebanagaznates tampoco estaba del todo seguro. No le parecía que fueran amantes. Ni siquiera estaba convencido de que fueran amigas.

Alineado cerca de la pared, a la derecha de la puerta, se encontraba el resto del séquito de la consejera. El puño Blistig, la cara ancha y roma ensombrecida por una especie de agotamiento espiritual. *No compensa, consejera, mantener cerca a un hombre así; acaba con la vida, la esperanza y la fe. No, Tavore, tienes que deshacerte de él y ascender a nuevos puños. Faradan Sort. Madan tul'Rada. Violín. Pero no al capitán Tierno, ni se te ocurra, mujer. No a menos que quieras tener un verdadero motín entre manos*.

Motín. Bueno, ya está, ya lo había dicho. Pensado, en realidad, pero se acercaba lo suficiente. Conjurar la palabra era despertar la posibilidad, como rascarse invitaba a que se enconara. Los Cazahuesos estaban repartidos a los cuatro vientos y eso era un riesgo terrible. Rebanagaznates sospechaba que al final de esa extraña campaña los soldados de Tavore regresarían en un goteo constante y en número muy escaso, si acaso.

Sin testigos. A la mayor parte de los soldados no les gusta la idea. Cierto, los había puesto a tono cuando se lo había dicho, pero esa fiereza no puede durar. El hierro es demasiado frío. Su sabor demasiado amargo. Dioses, solo hay que mirar a Blistig para ver lo que pasa.

Junto al puño se encontraba Asimismo, el herrero meckros, *el hombre al que fuimos a buscar a la ciudad de Malaz, y seguimos sin saber por qué. Ah, hay sangre en tu sombra, ¿verdad? Sangre malazana. La de T'amber. La de Kalam. Quizá también la de Ben el Rápido. ¿Mereces la pena?* Rebanagaznates todavía tenía que ver a Asimismo hablando con un soldado. Ni una sola palabra, ni de agradecimiento ni de disculpa por las vidas sacrificadas. Estaba allí porque la consejera lo necesitaba. ¿Para qué? *Y no es que la mujer diga nada, ¿eh? No nuestra reservada Tavore Paran*.

A la derecha de Asimismo se encontraba Banaschar, un sacerdote supremo depuesto de D'rek, si lo que decían los rumores era verdad. Otro pasajero más en aquel maldito ejército renegado. Pero Rebanagaznates sabía cuál era el fin de Banaschar. *Dineros. Miles, decenas de miles. Es el que nos paga, y toda esta plata y oro que llevamos en las bolsas se robó en alguna parte. Tuvo que robarse. No hay nadie tan rico. ¿La respuesta obvia? Bueno, ¿qué tal los cofres del templo del Gusano del Otoño?*

Un ruego al Gusano: paga a un ejército de gruñones descontentos. Por alguna razón, creyentes todos, dudo mucho que eso estuviera en vuestras plegarias.

Pobre Brullyg, no tenía muchos aliados en ese aposento. El objeto de la lujuria de Bálsamo, esa tal capitana Shurq Elalle del corsario Gratitud Imperecedera, y su primer oficial, Skorgen Kaban el Guapo. Y ninguno de ellos parecía impaciente por ponerse al lado de Brullyg en la arena.

Pero esa Shurq, cómo vigilaba la muy condenada. Seguro que era mucho más peligrosa que el usurpador de esa asquerosa isla.

La consejera había estado explicando, en una lengua de los comerciantes bastante decente, las nuevas reglas de gobierno del Segundo Fuerte de la Doncella, y con cada frase la expresión de Brullyg se había ido hundiendo cada vez más.

Entretenido, si lo que te gustaba era el humor sardónico.

—Unos barcos de nuestra flota —le estaba explicando en ese momento— entrarán en el puerto para reabastecerse. De uno en uno, puesto que no queremos provocar el pánico entre sus ciudadanos…

Un bufido de Shurq Elalle, que había arrastrado su silla hacia un lado, casi delante de donde estaba apoyado en el muro Rebanagaznates; la capitana quería tener una buena vista tanto del anfitrión como de los invitados. Junto a ella, Skorgen se llenaba la prodigiosa tripa con la cerveza favorita de Brullyg, la jarra en una mano, un dedo de la otra explorando las profundidades de una oreja mutilada y roja como una rosa. El hombre había dado comienzo a una sucesión de eructos, cada uno liberado con un pesado suspiro, que llevaban sucediéndose ya media campanada y sin señal de que fueran a terminar pronto. La sala entera hedía con sus exhalaciones de levadura.

La desdeñosa protesta de la capitana atrajo la atención de la consejera.

—Comprendo su impaciencia —dijo Tavore con voz fría—, y sin duda desea irse. Por desgracia, debo hablar con usted y lo haré en breve…

—Una vez que haya detallado con meticulosidad la emasculación de Brullyg, quiere decir. —Shurq levantó una pierna bien torneada y la cruzó sobre la otra, enlazó las manos en el regazo y le dedicó una dulce sonrisa a la consejera.

Los ojos incoloros de Tavore contemplaron a la capitana pirata durante un largo instante, después miró hacia donde se encontraba su séquito.

—Banaschar.

—¿Consejera?

—¿Qué le pasa a esta mujer?

—Está muerta —respondió el antiguo sacerdote—. Una maldición nigromántica.

—¿Está seguro?

Rebanagaznates se aclaró la garganta.

—Consejera, el cabo Olor a Muerto dijo lo mismo cuando la vimos abajo, en la taberna.

Brullyg se había quedando mirando a Shurq con los ojos muy abiertos, casi salidos de las cuencas, la mandíbula colgándole sin fuerza.

Junto a Shurq, Skorgen Kaban estaba de repente frunciendo el ceño, los ojos disparados. Sacó el dedo que había estado hundiendo en una oreja y miró la mugre que lo cubría entero. Tras un momento, Guapo se metió ese dedo en la boca.

—Bueno —suspiró Shurq y levantó los ojos hacia Tavore —. Ya lo ha hecho, ¿no? Por desgracia, la moneda de este secreto es la más vil de todas, a saber, la vanidad. Bien, he de decir que, si es dueña de algún desagradable prejuicio

con respecto a los no muertos, me veré obligada a evaluar de nuevo la consideración que le tengo, consejera. A usted y a sus variopintos compañeros.

Para sorpresa de Rebanagaznates, Tavore, de hecho, sonrió.

—Capitana, el Imperio de Malaz es buen conocedor de los no muertos, aunque pocos poseen sus muchos encantos.

¡Dioses del inframundo, está coqueteando con este cadáver de olor dulce!

—Muchos, sin duda —murmuró Banaschar, pero luego fue lo bastante grosero como para no añadir más.

Malditos sacerdotes del Embozado. No sirven para nada.

—En cualquier caso —continuó Tavore—, carecemos de prejuicios en este tema. Me disculpo por plantear la pregunta que llevó a desvelar el secreto. Solo sentía curiosidad.

—Yo también la siento —respondió Shurq—. Ese Imperio de Malaz suyo, ¿tiene alguna razón en concreto para invadir el Imperio de Lether?

—Se me dio a entender que esta isla es independiente…

—Y lo es, desde la conquista edur. Pero no creo que esté invadiendo una islita de nada. No. Está utilizando la islita para lanzar su asalto contra el continente. Así que permítame preguntar otra vez, ¿por qué?

—Nuestro enemigo —respondió la consejera, todo buen humor ya desaparecido— son los tiste edur, capitana. No los letherii. De hecho, querríamos alentar un levantamiento general de letherii…

—No lo conseguirá —dijo Shurq Elalle.

—¿Por qué no? —preguntó Lostara Yil.

—Porque resulta que nos gustan las cosas tal y como están. Más o menos. —Cuando nadie dijo nada, la pirata sonrió y continuó—: Es muy posible que los edur hayan derrocado a los gobernantes en su absurdo palacio a medio

terminar de Letheras. Y es muy posible que hayan hecho estragos en unos cuantos ejércitos letherii de camino a la capital. Pero en los bosques no va a encontrar bandas de rebeldes medio muertos de hambre soñando con la independencia.

—¿Por qué no? —volvió a preguntar Lostara en idéntico tono.

—Los que conquistaron fueron ellos, pero los que ganamos fuimos nosotros. Oh, ojalá estuviera aquí Tehol Beddict, a él se le da mucho mejor explicar las cosas, pero permítanme intentarlo. Me imaginaré a Tehol sentado aquí, para que me ayude. Conquista. Hay diferentes tipos de conquistas. Bien, tenemos a los tiste edur, que son dueños y señores aquí y acullá, la élite cuya palabra es ley y nunca se cuestiona. Después de todo, su hechicería es cruel, su criterio frío y muy simplista. Están, de hecho, por encima de toda ley, tal y como los letherii comprenden la noción…

—Y —interrumpió Lostara—, ¿cómo comprenden los letherii la noción de la ley?

—Bueno, una serie de directrices deliberadamente vagas que uno intenta eludir con la ayuda de un abogado contratado cuando es necesario.

—¿Qué era usted, Shurq Elalle, antes de ser pirata?

—Ladrona. He empleado unos cuantos abogados en mis tiempos. En cualquier caso, a lo que voy es a lo siguiente. Los edur gobiernan, pero por ignorancia o indiferencia (y, afrontémoslo, sin ignorancia no se llega a la indiferencia) les importa muy poco la administración diaria del imperio. Así que ese sistema concreto continúa siendo letherii, y en la actualidad está incluso menos regulado de lo que lo estuvo en el pasado. —Sonrió otra vez y balanceó una pierna—. En cuanto a nosotros, las clases inferiores, bueno, casi nada ha cambiado. Seguimos siendo pobres. Plagados de deudas,

cómodamente desdichados, y, como diría Tehol, desdichados en nuestra comodidad.

—Así que —dijo Lostara—, ni siquiera los nobles letherii agradecerían un cambio en el orden actual.

—Ellos menos que nadie.

—¿Qué hay del emperador?

—¿Rhulad? A decir de todos, está loco y, a todos los efectos, también aislado. El imperio lo gobierna el canciller, y ése es letherii. También era canciller en los tiempos del rey Dukanar; se le puso ahí para garantizar que la transición transcurriera sin contratiempos.

Un gruñido de Blistig, que se volvió hacia Tavore.

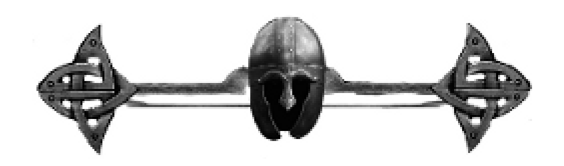
—Los marines, consejera —dijo con un pequeño gemido.

Y Rebanagaznates comprendió y sintió un escalofrío de pavor que lo empapó entero. *Los enviamos al interior con la perspectiva de encontrar aliados, con la perspectiva de que agitaran el campo y provocaran un frenesí beligerante. Pero no lo conseguirán*.

Todo este puñetero imperio se va a levantar, claro que sí. Pero para arrancarles las gargantas a nuestros marines.

Consejera, lo has vuelto a hacer.

15



Vuelve a meterte sol, no es tu hora.
Negras olas se deslizan bajo la luna enfundada,
sobre la orilla una silenciosa tormenta, una voluntad indomada
se arroja de la espuma ribeteada de rojo.
Corréis a vuestros nidos de las montañas, las nubes de hierro,
para dejarle al mar su desecho bailarín de estrellas
en esta hueste de saladas mareas de medianoche.
Reúne e hincha bien tu tempestad,
eleva como cabezas escamadas de las ciegas profundidades
todo tu refulgente poder en inquietos ojos errantes.
Retroceded bosques tambaleantes, esta noche
las negras olas se estrellan en la negra orilla
para robar la carne de vuestras óseas raíces;
llega la muerte, apartando en fría legión,
en un viento de marcha, este pavor, esta sangre,
esta tempestad del Segador.

La tormenta inminente
—Reffer

El puño se estampó contra el otro extremo de la mesa. Los cubiertos manchados de comida bailaron, los platos saltaron y después resbalaron. La reverberación (pesada como un trueno) hizo tamborilear las copas y sacudió a todos los que

se sentaban a lo largo del atestado mundo de la alargada mesa.

Con el puño tembloroso, el dolor atravesándole la entumecida conmoción, Tomad Sengar se acomodó poco a poco otra vez en su silla.

Las llamas de las velas se estabilizaron, parecían ansiosas por recuperar la calma; la diáfana calidez de su luz amarilla era, no obstante, una afrenta para la cólera amarga del edur.

Enfrente de él, su mujer se llevó una servilleta de seda a los labios, se dio un toquecito, la volvió a bajar y contempló a su marido.

—Cobarde.

Tomad se estremeció, su mirada se desvió y estudió la pared enyesada de su derecha. Dejó atrás el objeto discordante colgado allí y buscó un lugar menos… doloroso. Las manchas de humedad pintaban mapas moteados cerca del techo. El yeso se había levantado, abombado, socavado por esa filtración incesante. Las grietas bajaban zigzagueando como el rastro de un rayo.

—No quieres verlo —dijo Uruth.

—No quiere verme él a mí —contestó Tomad, y no estaba asintiendo. Era, de hecho, una réplica.

—Un letherii escuálido y repugnante que se acuesta con jovencitos te ha derrotado, esposo. No rebatas mis palabras, ni siquiera me miras a los ojos. Has entregado a nuestro último hijo.

Los labios de Tomad se crisparon en un gruñido de desdén.

—¿A quién, Uruth? Dímelo. ¿Al canciller Triban Gnol, que hace daño a los niños y lo llama amor? —La miró entonces, sin querer admitir, ni siquiera ante sí mismo, el esfuerzo que le exigía el gesto—. ¿Quieres que le rompa el cuello por ti, esposa? Sería más fácil que partir una rama muerta. ¿Qué crees que harán sus guardaespaldas? ¿Apartarse?

—Busca aliados. Nuestros parientes…

—Son idiotas. Se han ablandado con la indolencia, están ciegos de incertidumbre. Están más perdidos que Rhulad.

—Hoy tuve una visita —dijo Uruth mientras se llenaba la copa con el decantador de vino que casi se había caído de la mesa con la repentina violencia de Tomad.

—Me alegro por ti.

—Quizá lo hagas. Un k’risnan. Vino a decirme que Bruthen Trana ha desaparecido. Sospecha que Karos Invictad, o el canciller, han conseguido vengarse. Han asesinado a Bruthen Trana. Tienen sangre tiste edur en las manos.

—¿Tu k’risnan puede probarlo?

—Ha echado a andar por ese camino, pero admite que no hay motivos para el optimismo. Pero nada de eso es, a decir verdad, lo que quería contarte.

—Ah, ¿así que me crees indiferente al derramamiento de sangre edur por parte de manos letherii?

—¿Indiferente? No, esposo. Inerme. ¿Me vas a interrumpir otra vez?

Tomad no dijo nada, no por aquiescencia, sino porque se había quedado sin cosas que decir. A su mujer. A cualquiera.

—Bien —dijo ella—. Me gustaría transmitirte un pensamiento. Creo que el k’risnan mentía.

—¿Sobre qué?

—Me parece que sabe lo que le ha pasado a Bruthen Trana, y que vino a mí para llegar al consejo de mujeres y para llegar a ti, esposo. En primer lugar, para calibrar mi reacción ante la noticia en el momento de referirla, y después calibrar nuestra reacción más medida en los días siguientes. En segundo lugar, al expresar su sospecha, por falsa que sea, pretendía alentar nuestro odio creciente por los letherii. Y nuestra ansia de venganza, para continuar así

esta disputa entre bambalinas, lo que es de suponer que distraerá a Karos y Gnol.

—Y así distraídos, cabe la posibilidad de que no alcancen a ver alguna amenaza mayor, que tiene que ver con donde sea que ha ido Bruthen Trana.

—Muy bien, esposo. Cobarde puede que seas, pero no eres tonto. —Uruth hizo una pausa para tomar un sorbo antes de continuar—. Ya es algo.

—¿Hasta dónde vas a presionarme, esposa?

—Hasta donde sea necesario.

—No estábamos aquí. Estábamos cruzando la mitad de este maldito mundo. Regresamos y nos encontramos con el triunfo de la conspiración, dominante y bien atrincherada. Regresamos y nos encontramos con que hemos perdido a nuestro último hijo.

—Entonces debemos recuperarlo.

—No queda nada que recuperar, Uruth. Rhulad está loco. La traición de Nisall lo ha destrozado.

—Esa zorra está mejor desaparecida que interponiéndose en nuestro camino. Rhulad repite sus errores. Con ella. Lo mismo había hecho con aquel esclavo, Udinaas. No ha aprendido nada.

Tomad se permitió esbozar una sonrisa amarga.

—No ha aprendido. Ni aprendimos nosotros, Uruth. Vimos por nosotros mismos el veneno que era Lether. Comprendimos la amenaza y marchamos para emprender la conquista y aniquilar así la amenaza para siempre. O eso pensábamos.

—Nos devoró.

Tomad volvió a mirar a la pared de la derecha, donde, colgado de un gancho de hierro, había un fardo de fetiches. Plumas, tiras de piel de foca, collares de conchas ensartadas, dientes de tiburón. Los restos mustios de tres hijos, lo único que les quedaba para recordarles sus vidas.

Algunos no debían estar allí, pues el hijo al que habían pertenecido ciertos de esos objetos había sido desterrado, su vida barrida del mundo como si nunca hubiera existido. Si Rhulad los hubiera visto, ni siquiera los lazos de sangre filial salvarían las vidas de Tomad y Uruth. Trull Sengar, ya solo el nombre era anatema, un crimen, y el castigo por pronunciarlo era la muerte.

A ninguno de los dos le importaba.

—Un veneno insípido, desde luego —continuó Uruth mientras miraba su copa—. Engordamos. Los guerreros se emborrachan y duermen en las camas de putas letherii. O yacen inconscientes en antros de durhang. Otros solo… desaparecen.

—Regresan a casa —dijo Tomad, y reprimió una punzada al pensarlo. *A casa. Antes de todo esto*.

—¿Estás seguro?

La miró a los ojos una vez más.

—¿Qué quieres decir?

—Karos Invictad y sus patriotas nunca cesan en su vigilante tiranía del pueblo. Hacen arrestos todos los días. ¿Quién dice que no han arrestado algún tiste edur?

—Eso no podría ocultarlo, esposa.

—¿Por qué no? Ahora que Bruthen Trana no está, Karos Invictad hace lo que le place. Ya no lo vigila nadie.

—Antes ya hacía lo que le placía.

—Eso no lo sabes, esposo. ¿O sí? ¿Qué restricciones percibía Invictad, reales o imaginarias, poco importa, cuando sabía que Bruthen Trana lo estaba vigilando?

—Sé lo que quieres —dijo Tomad con un gruñido profundo—. Pero ¿quién tiene la culpa de todo esto?

—Eso ya no importa —respondió la mujer, que lo contemplaba con cautela y él se preguntó qué temía, ¿otro estallido descontrolado de violencia? ¿O el despliegue mucho más insípido que revelaba su desesperación?

—No sé cómo puedes decir eso —dijo Tomad—. Envió a nuestros hijos a recuperar la espada. Esa decisión los condenó a todos ellos. A todos nosotros. Y mira dónde estamos, en el palacio del Imperio de Lether, pudriéndonos en la mugre del exceso letherii. No podemos defendernos contra la indolencia y la apatía, contra la codicia y la decadencia. Esos enemigos no caen ante la espada, no esquivan un escudo alzado.

—Hannan Mosag, esposo, es nuestra única esperanza. Debemos acudir a él.

—¿Para conspirar contra nuestro hijo?

—Que está, como tú has dicho, loco. La sangre es una cosa —dijo Uruth, que se inclinó hacia delante poco a poco—, pero ahora hablamos de la supervivencia de los tiste edur. Tomad, las mujeres están listas, llevamos mucho tiempo preparadas.

Tomad se la quedó mirando, se preguntaba quién era esa mujer, esa criatura fría como el hielo. Quizá era un cobarde, después de todo. Cuando Rhulad había expulsado a Trull, él no había dicho nada. Claro que Uruth tampoco. ¿Y qué había de su propia conspiración? ¿Con Binadas? Busca a Trull. Por favor. Encuentra al más valiente entre nosotros. Recuerda el linaje Sengar, hijo. Nuestros primeros pasos por este mundo. Guiamos a una legión por este suelo pedregoso, oficiales leales de Scabandari. ¿Quién vertió la primera sangre andii el día de la traición? Ésa es nuestra sangre. Ésa… no ésta.

Y Tomad había despachado a Binadas. Había enviado a su hijo a la muerte. *Porque era incapaz de hacerlo yo.*

Cobarde.

Sin dejar de observarlo, Uruth se llenó con cuidado la copa.

Binadas, hijo mío, tu asesino aguarda la voluntad de Rhulad. ¿Es eso suficiente?

Como cualquier viejo idiota que en otro tiempo había apostado vidas mortales, el Errante vagaba por los pasillos de poder avivado, murmurando su letanía de oportunidades perdidas y malas decisiones. Una exhalación de hechicería desviaba los ojos de los que pasaban a su lado, de los guardias ante puertas y cruces varios, de los apresurados sirvientes que luchaban una batalla perdida con la residencia que se desmoronaba y que se conocía con el nombre (dicho ya con ironía) de Domicilio Eterno. Veían pero no veían, y ningún rastro quedaba en sus mentes tras su paso.

Más que cualquier fantasma, el dios ancestral era olvidable. Pero no tan olvidable como hubiera querido. Tenía adoradores, el coste de un ojo que lo ataba a él y su poder, y esos adoradores guerreaban con su voluntad bajo el disfraz de la fe. Por supuesto, todos los dioses sabían de esa guerra, una subversión que parecía el propósito primario de todo sacerdote. La reducción de lo sagrado al mundo mundano de las rivalidades mortales, la política y los juegos de control y manipulación de tantas personas como partidarios había. Ah, y sí, la adquisición de riqueza, ya fuera tierras o dineros, ya fuera el arbitrio del destino o la recolección de almas.

Perseguido por esos pensamientos, el Errante entró en el salón del trono y se colocó en silencio en su lugar habitual, contra un muro entre dos inmensos tapices, tan desapercibido como las grandiosas escenas tejidas en esos marcos; imágenes en las que se podía encontrar una figura en el fondo que se parecía mucho al Errante.

El canciller Triban Gnol (con quien el Errante había compartido lecho cuando la conveniencia lo exigía) permanecía ante Rhulad, que se repantigaba como una monstruosidad saciada, patética en su riqueza y locura. Uno

de los guardaespaldas del canciller rondaba a pocos pasos tras Gnol con expresión aburrida mientras su amo recitaba números. Detallaba, una vez más, la disolución creciente del tesoro.

Esas sesiones, comprendió el Errante con cierta admiración, suponían esfuerzos deliberados por agotar más al emperador. Ingresos y pérdidas, gastos y la cúspide repentina de deudas impagadas, apiladas en una cadencia monótona como fuerzas reuniéndose para poner asedio a una ciudad. Un asalto contra el que Rhulad no tenía forma de defenderse.

Se rendiría, como siempre. Le cedería toda la gestión al canciller. Un ritual tan enervador de presenciar como de soportar, pero el Errante no sentía compasión alguna. Los edur eran bárbaros. Como niños ante una sofisticación civilizada.

¿Por qué vengo aquí día tras día? ¿Qué espero presenciar? ¿El derrumbamiento definitivo de Rhulad? ¿Me complacerá eso? ¿Me entretendrá? ¿Hasta qué punto se han hecho sórdidos mis gustos?

Posó los ojos sobre el emperador. Las monedas deslustradas resplandecían con un brillo chillón, un ritmo de reflejos emborronados que se alzaban y caían con la respiración de Rhulad; la optimista promesa negra de la hoja larga y recta de la espada, la punta hundida en el estrado de mármol, la huesuda mano gris aferrada a la empuñadura envuelta en cable. Despatarrado en su trono, Rhulad era, sin duda, una metáfora convertida en realidad. Con una armadura de riquezas y con un arma que prometía inmortalidad y aniquilación, era inmune a todo salvo a su creciente locura. El Errante creía que cuando Rhulad cayese, lo haría derrumbándose por dentro.

Los estragos del rostro revelaban la verdad en una cascada de detalles, desde las cicatrices veteadas de

fracasos pasados a las que, en virtud de haber sobrevivido a ellas, el emperador era indiferente, a las lecciones que pudieran contener. Carne acribillada de marcas que se burlaba de la posesión de riqueza largo tiempo perdida. Ojos hundidos en los que residía la penuria desesperada de su espíritu, un espíritu que en ocasiones se acercaba a esos relucientes prismas oscuros y soltaba su silencioso aullido.

Unas crispaciones recorrían esa faz brutal. Ondulaciones aleatorias bajo la piel moteada, una migración de expresiones que intentaban huir de la remota máscara imperial.

Podía entenderse, al contemplar a Rhulad en su trono, la mentira de simplicidad que el poder susurraba al oído del observador. La voz seductora que alentaba una reducción tan placentera como satisfactoria, de la confusión de la vida a la claridad de la muerte. «Así», murmuraba el poder, «es como me rebelo. Atravesando desnudo todos los disfraces. Soy amenaza y si la amenaza no basta, entonces actúo. Como la guadaña de un segador».

La mentira de la simplicidad. Rhulad todavía la creía. En eso no se diferenciaba de todos los demás gobernantes, en cada era, en cada lugar donde las personas se reunían para elaborar algo en común, el bienestar de la comunidad con su necesidad de organización y división. El poder es violencia, su promesa, sus actos. Al poder no le importa la razón, no le importa la justicia, no le importa la compasión. Es, de hecho, la abnegación singular de esas cosas; una vez que se prescinde del manto de engaños, se revela la verdad.

Y el Errante estaba harto de eso. De todo ello.

Mael una vez había dicho que no había respuesta. Para nada de aquello. Decía que así eran las cosas y siempre lo serían, y la única redención que se podía encontrar era que todo poder, por inmenso que fuese, por centralizado que estuviese, por dominante que fuese, al final se destruirá a sí

mismo. Lo que entretenía entonces era presenciar todas esas expresiones de sorpresa en los rostros de los que lo detentaban.

Lo cual parecía una recompensa demasiado amarga, al menos en lo que al Errante se refería. *No tengo la capacidad de Mael para contemplar las cosas de forma fría y superficial. Ni tampoco su legendaria paciencia. Ni, si a eso vamos, su temperamento*.

Ningún dios ancestral era ciego a la locura de aquellos que querían reinar en los muchos mundos. Suponiendo que el dios fuera capaz de pensar, claro está, y en el caso de algunos no había certeza. Anomander Rake lo veía con bastante claridad, y por tanto le había dado la espalda a su inmensidad y en su lugar había escogido concentrarse en conflictos concretos, menores. Y negaba a sus devotos, un crimen tan profundo para ellos que se limitaban a rechazarlo de antemano. Osserc, por otro lado, expresaba su propio rechazo (de esa verdad desesperada) y lo intentaba una y otra vez, y siempre fracasaba. Para Osserc, la simple existencia de Anomander Rake se convertía en un insulto inadmisible.

Draconus, ah, ése no era idiota. Se habría hartado de su tiranía si hubiera vivido lo suficiente. Sigo preguntándome si, de hecho, no agradeció su aniquilación. Morir bajo la espada hecha con sus propias manos, ver apartarse a su hija más amada, testigo de todo, ciega por voluntad propia a la necesidad de su padre… Draconus, ¿cómo no ibas a perder la esperanza de tener todo lo que habías soñado?

Y luego estaba Kilmandaros. A ella sí que le gustaba la noción de… simplicidad. Le bastaba la rectitud sólida de su puño. Claro que, ¡mira dónde la llevó!

¿Y qué hay de K’rul? Bueno, él…

—¡Alto! —chilló Rhulad, y se sacudió de forma visible en su trono, la mitad superior de su cuerpo se inclinó hacia

delante de repente, los ojos negros con una amenaza súbita —. ¿Qué acabas de decir?

El canciller frunció el ceño y se lamió los labios marchitos.

—Emperador, estaba especificando los costes de deshacernos de los cadáveres de los calabozos…

—Cadáveres, sí. —La mano de Rhulad se crispó donde se plegaba sobre el brazo ornamentado del trono. Clavó los ojos en Triban Gnol y después, con una extraña sonrisa, preguntó —: ¿Qué cadáveres?

—De las flotas, mi señor. Los esclavos rescatados de la isla de Sepik, el protectorado más septentrional del Imperio de Malaz.

—Esclavos. Rescatados. Esclavos.

El Errante vio la confusión de Triban Gnol, una vacilación momentánea, y al momento… comprensión.

Ah, vaya, ¡presenciemos esto!

—Vuestros parientes caídos, mi señor. Esos de sangre tiste edur que habían sufrido bajo la tiranía de los malazanos.

—Rescatados. —Rhulad hizo una pausa como para saborear esa palabra—. Sangre edur.

—Diluida…

—¡Sangre edur!

—Así es, emperador.

—¿Entonces por qué están en los calabozos?

—Se les consideró caídos, mi señor.

Rhulad se retorció en el trono como si lo atacaran por dentro. Echó la cabeza atrás de repente. Un temblor se apoderó de sus miembros. Habló como alguien perdido.

—¿Caídos? Pero son nuestros parientes. En todo este puñetero mundo, ¿nuestros únicos parientes?

—Eso es cierto, emperador. Admito que me consternó un tanto la decisión de confinarlos en ésas, las más terribles celdas…

—¿De quién fue la decisión, Gnol? ¡Respóndeme!

Una inclinación que el Errante sabía que ocultaba un brillo satisfecho en los ojos del canciller, disimulado a toda prisa cuando volvió a alzar los ojos.

—La ubicación de los edur caídos de Sepik fue responsabilidad de Tomad Sengar, emperador.

Rhulad se fue calmando poco a poco.

—Y se están muriendo.

—Por decenas, mi señor. Por desgracia.

—Los rescatamos para infligirles nuestro propio tormento. Los rescatamos para matarlos.

—Es, sugeriría yo, un destino un tanto injusto…

—¿Injusto? Serpiente escuálida, ¿por qué no me lo contaste antes?

—Emperador, no indicasteis tener interés alguno en los detalles financieros…

Ah, gran error, Gnol.

—¿Los qué?

Unas gotas de sudor habían aparecido en la nuca del canciller.

—Los gastos varios asociados con su encarcelación, mi señor.

—¡Son tiste edur!

Otra inclinación.

Rhulad se arañó de repente la cara y apartó los ojos.

—Sangre edur —murmuró—. Rescatados de la esclavitud. Los calabozos son su recompensa.

Triban Gnol se aclaró la garganta.

—Muchos murieron en las bodegas de los barcos, mi señor. Según tengo entendido, su maltrato comenzó nada más abandonar la isla de Sepik. ¿Qué es lo que queréis que haga, emperador?

Con qué destreza recuperas el terreno perdido, Triban Gnol.

—Tráeme a Tomad Sengar. Y a Uruth. Tráeme a mi padre y a mi madre.

—¿Ahora?

La espada se liberó con un chirrido, la punta se alzó y apuntó a Triban Gnol.

—Sí, canciller. Ahora.

Triban Gnol y su guardaespaldas abandonaron la sala a toda prisa.

Rhulad se quedó solo en el salón del trono, con la espalda alzada y sin apuntar a nada.

—¿Cómo? ¿Cómo han podido hacer esto? Esa pobre gente, son de nuestra sangre. Necesito pensar. —El emperador bajó la espada, cambió de postura en el trono y levantó las piernas recubiertas de monedas—. ¿Cómo? ¿Nisall? Explícamelo… no, no puedes, ¿verdad? Has huido de mí. ¿Dónde estás, Nisall? Algunos afirman que estás muerta. Pero ¿dónde está tu cuerpo? ¿Eres otro cadáver hinchado más en el canal, los que veo desde la torre, eras uno de esos que pasaba flotando? Me dicen que eras una traidora. Me dicen que no eras una traidora. Me mienten todos. Lo sé, lo veo. Lo oigo. Todos me mienten… —Se echó a llorar, la mano libre le cubría la boca, los ojos salían disparados por toda la sala vacía.

El Errante vio que esa mirada se deslizaba sobre él. Se planteó adelantarse, renunciar a la hechicería que lo ocultaba, decirle al emperador: *Sí, mi señor. Todos os mienten. Pero yo no lo haré. ¿Os atrevéis a oír la verdad, emperador Rhulad? ¿Toda la verdad?*

—Esclavos. Está… está mal. Tomad, padre, ¿de dónde ha salido esta crueldad?

Oh, querido Rhulad…

—Padre, hablaremos. Tú y yo. A solas. Y madre, sí, tú también. Nosotros tres. Ha pasado mucho tiempo desde la

última vez que hablamos. Sí, eso es lo que haremos. Y debéis… no debéis mentirme. No, eso no lo toleraré.

»Padre, ¿dónde está Nisall?

»¿Dónde está Trull?

¿Podía romperse el corazón de un dios ancestral? El Errante estuvo a punto de hundirse cuando la acongojada pregunta de Rhulad resonó por un momento en la cámara y murió al momento, dejando solo el sonido de los jadeos del emperador.

Después, una voz más dura que surgió del emperador.

—Hannan Mosag, todo esto es culpa tuya. Lo hiciste tú. Nos lo hiciste tú. Me lo hiciste tú. Me retorciste, hiciste que los despachara lejos. Para buscar campeones. Pero no, eso fue idea mía, ¿verdad? No puedo… no recuerdo… hay tantas mentiras, tantas voces, todas mintiendo. Nisall, me abandonaste. Udinaas… os encontraré a los dos. Haré que os arranquen la piel a tiras mientras os retorcéis, escucharé vuestros gritos…

El sonido de botas en el pasillo.

Rhulad alzó la cabeza con expresión culpable, se acomodó en el trono y enderezó el arma. Se lamió los labios. Y luego, cuando las puertas se abrieron con un crujido, se sentó con una gran sonrisa rígida, enseñando los dientes para recibir a sus padres.

El postre llegó a punta de espada. Una docena entera de guardias letherii, encabezados por Sirryn Kanar, entró en tropel en los aposentos privados de Tomad y Uruth Sengar. Con las armas en las manos, se metieron en el comedor y se encontraron a los dos edur sentados cada uno en un extremo de la larga mesa.

Ninguno se había movido. Ninguno parecía sorprendido.

—En pie —rezongó Sirryn, incapaz de ocultar su satisfacción, el delicioso placer de ese momento—. El emperador exige su presencia. Ahora.

La sonrisa tensa del rostro de Tomad pareció vacilar un instante antes de que el anciano guerrero se pusiera en pie.

Con ademán desdeñoso, Uruth no se había movido.

—¿El emperador quiere ver a su madre? Muy bien, puede pedirlo.

Sirryn la miró desde su altura.

—Es una orden, mujer.

—Y yo soy suma sacerdotisa de Sombra, matón patético.

—Nos ha enviado aquí la voluntad del emperador. Se va a poner en pie o…

—¿O qué? ¿Osarás ponerme las manos encima, letherii? Recuerda el lugar que ocupas.

El guardia estiró el brazo.

—¡Alto! —gritó Tomad—. A menos, letherii, que desees que se te arranque la carne de los huesos. Mi esposa ha despertado a Sombra y no tolerará que la toques.

Sirryn Kanar se encontró con que estaba temblando. De rabia.

—Entonces advierta a su mujer, Tomad Sengar, de la impaciencia de su hijo.

Uruth se terminó poco a poco la copa de vino y la dejó con cuidado en la mesa. Solo entonces se levantó.

—Envainad vuestras armas, letherii. Mi esposo y yo podemos caminar hasta el salón del trono en vuestra compañía o solos. Yo prefiero lo último, pero os haré una única exhortación. Envainad vuestras espadas u os mataré a todos.

Sirryn les hizo un gesto a sus soldados y las armas se volvieron a deslizar en las vainas. Tras un momento, Sirryn hizo lo propio. *Responderás de esto, Uruth Sengar.*

¿Recordar el lugar que ocupo? Por supuesto, si te viene bien la mentira, como me viene bien a mí... por ahora.

—Al fin —le dijo Uruth a Tomad— tendremos una oportunidad de decirle a nuestro hijo todo lo que hay que decir. Una audiencia. Qué privilegio.

—Puede ser que tengan que esperar a que él lo disponga —dijo Sirryn.

—¿De veras? ¿Cuánto tiempo?

El letherii le sonrió a la mujer.

—No soy yo quien debe decirlo.

—Rhulad no juega a esto. Eres tú. Tú y tu canciller.

—No esta vez —respondió Sirryn.

—No es la primera vez que mato tiste edur.

Samar Dev observó a Karsa Orlong mientras el toblakai examinaba la raída camisa de la armadura de conchas que había extendido en el catre. Las hojuelas perladas estaban deslustradas y desconchadas y eran visibles grandes trozos de los gruesos paneles interiores de cuero (engoznados con cuero crudo). El guerrero había reunido unos cientos de monedas agujereadas (hechas de estaño y casi sin valor alguno) y era obvio que planeaba utilizarlas para arreglar la armadura.

Samar se preguntó si era un gesto burlón. ¿Una muestra visible de desdén que pretendía lanzar a la cara de Rhulad? Bárbaro o no, Samar lo creía muy capaz de eso.

—Despejé la cubierta de esos necios —continuó Karsa, después la miró—. ¿Y qué hay de esos del bosque de los anibar? En cuanto a los letherii, son hasta más patéticos, ¿ves cómo se encogen, incluso ahora? Exploraré esta ciudad con mi espada atada a la espalda y nadie me detendrá.

Samar se frotó la cara.

—Corre el rumor de que se va a llamar a la primera tanda de campeones. Pronto. Suscita la ira de este pueblo, Karsa, y no tendrás que esperar mucho para enfrentarte al emperador.

—Bien —rezongó él—. Entonces recorreré Letheras como su nuevo emperador.

—¿Es eso lo que buscas? —le preguntó la bruja, los ojos se clavaron en él, entrecerrados, sorprendidos.

—Si es lo que hace falta para que me dejen tranquilo.

Samar lanzó un bufido.

—Entonces lo último que quieres es ser emperador.

Karsa se irguió y miró con el ceño fruncido el peto, chillón pero desaliñado.

—No me interesa huir, bruja. No hay razón para que me prohíban nada.

—Puedes salir de este complejo y vagar por donde desees… pero deja tu espada aquí.

—Eso no lo haré.

—Entonces aquí te quedas, volviéndote loco lentamente mientras aguardas la voluntad del emperador.

—Quizá me abra camino luchando.

—Karsa, no quieren que mates ciudadanos, nada más. Dado que es tan… eh, fácil ofenderte, no es una petición tan extraña.

—Lo que me ofende es su falta de fe.

—Claro —soltó ella con enfado—, cosa que te has ganado a conciencia matando edur y letherii a cada paso. Incluyendo un preda…

—No sabía que lo era.

—¿Habría supuesto alguna diferencia? No, ya me parecía que no. ¿Qué tal el hecho de que fuera hermano del emperador?

—Eso tampoco lo sabía.

—¿Y?

—¿Y qué, Samar Dev?

—Lo asesinaste con una lanza, ¿no es así?

—Me atacó con magia…

—Me has contado esa historia, Karsa Orlong. Acababas de asesinar a su tripulación. Después rompiste de una patada la puerta de su camarote. Luego aplastaste los cráneos de sus guardaespaldas. En serio, en su lugar yo también habría recurrido a mi senda… suponiendo que la tuviera, que no la tengo. Y te hubiera arrojado todo lo que tuviera a mano.

—Esta conversación no tiene sentido —dijo el toblakai con un rezongo.

—Bien —contestó ella, y se levantó de su silla—. Me voy a buscar al taxiliano. Al menos sus obstinadas obsesiones son menos exasperantes.

—¿Ahora es tu amante?

Samar se detuvo en la puerta.

—¿Y si lo fuese?

—Casi mejor —dijo Karsa, que examinaba con furia su desigual armadura—. Yo te partiría en dos.

¿Celos además de la multitud de las otras locuras? ¡Por todos los espíritus del inframundo! La bruja se volvió de nuevo hacia la puerta.

—Yo me inclinaría más por el examinador superior. Por desgracia, ha hecho votos de celibato.

—¿El monje servil sigue aquí?

—Así es.

—Tienes unos gustos muy sórdidos, bruja.

—Bueno —dijo ella tras un momento—, no veo forma alguna de responder a ese comentario.

—Pues claro que no.

Con los labios apretados, Samar Dev dejó la habitación.

Karsa Orlong estaba de muy mal humor, pero no se le ocurrió que eso hubiera sazonado su conversación con Samar Dev. Era una mujer y cualquier intercambio de palabras con una mujer estaba plagado de la serie de instrumentos letales de su torturadora, cada uno cerniéndose al borde mismo de la comprensión de un hombre. Las espadas eran más sencillas. Hasta el agobiado desastre de una guerra total era más sencillo que el más leve y ligero roce de la atención de una mujer. Lo que lo exasperaba era lo mucho que él echaba de menos ese roce. Cierto, había abundancia de putas para los campeones que aguardaban al emperador. Pero no había nada sutil (nada real) en eso.

Tenía que haber un término medio, se dijo Karsa. Donde el intercambio se regocijara en las chispas y amagos que hacían las cosas interesantes, pero sin poner en peligro su dignidad. Sin embargo, él era lo bastante realista como para no albergar demasiadas esperanzas de llegar a encontrarlo algún día.

El mundo estaba lleno de armas y el combate era una forma de vida. Quizá la única forma de vida. Había sangrado bajo látigos y palabras, bajo puñetazos y miradas. Lo habían aporreado con escudos invisibles, lo habían cegado porras que no se habían dejado ver, y se había afanado bajo las cadenas de sus propios juramentos. Y como diría Samar Dev, uno sobrevive soportando esta arremetida, esta historia del entonces y el ahora. Fracasar era caer, pero caer no siempre era sinónimo de una muerte rápida y misericordiosa. Uno podía caer en esa disolución lenta, las pérdidas apilándose, que ponía a cualquier mortal de rodillas. Que los convertía en asesinos lentos de sí mismos.

Karsa había terminado por entender las trampas que se tendía él mismo y, en ese sentido, quizá no estuviera listo todavía para encontrarse con las de otra persona, para dar un mal paso y descubrir la conmoción del dolor. Pese a todo, el ansia nunca desaparecía. Y ese tumulto en su alma era fatigoso, y una invitación sórdida al mal humor.

Resuelto con facilidad por el caos.

A falta de amor, el guerrero busca violencia.

Karsa Orlong hizo una mueca desdeñosa, se colgó la espada de piedra sobre el hombro izquierdo y salió al pasillo.

—Te oigo, Bairoth Gild. ¿Tú quieres ser mi conciencia? —Lanzó una carcajada áspera—. Tú, que me robaste la mujer.

Quizá hayas encontrado otra, Karsa Orlong.

—La partiría en dos.

Eso no te ha detenido antes.

Pero no, solo estaba jugando. El alma de Bairoth Gild estaba vinculada a una espada. Esas palabras arteras que le llenaban el cráneo eran de Karsa. A falta de la atención de otra persona, se cavaba él sus propios agujeros.

—Creo que necesito matar a alguien.

Del pasillo a un corredor más ancho y después al crucero de la columnata, se metió por un pasaje lateral y continuó hasta la puerta septentrional del complejo. El hecho de no toparse con nadie por el camino contrarió todavía más a Karsa. La verja estaba incrustada en el muro y tenía una pequeña garita a la izquierda, donde se encontraba el pesado mecanismo del cerrojo.

El letherii sentado en el interior tuvo tiempo de alzar la mirada antes de que el puño del toblakai entrara en contacto con su cara con un golpe sólido. La nariz, hecha pedazos, empezó a sangrar y el desventurado se hundió en la silla antes de resbalar como un saco de cebollas hasta el suelo. Karsa pasó por encima, levantó el cerrojo y deslizó la barra de bronce a la izquierda hasta que el extremo de la

derecha se desprendió de la puerta en sí. La barra cayó en un hueco rodado con un estrépito metálico. Karsa dejó la garita, empujó la verja para abrirla, se agachó para no golpearse con el dintel y salió a la calle.

Hubo un destello de algún tipo de guarda mágica que se prendió en el momento en que cruzó el umbral. Brotaron fuegos, un susurro de dolor vago y después las llamas menguaron y se desvanecieron. Karsa sacudió la cabeza para desprenderse de la reverberación metálica que había dejado el hechizo en su mente y siguió andando.

Unos cuantos ciudadanos por aquí y por allá; solo uno observó su aparición y ése (con los ojos muy abiertos) apresuró el paso y en unos momentos giró una esquina y se perdió de vista.

Karsa respiró hondo y echó a andar hacia el canal que había divisado desde el tejado de los barracones.

Inmensa como una barcaza fluvial, la enorme mujer morena vestida con sedas malvas llenó la entrada del restaurante del patio, clavó los ojos en Tehol Beddict y se abalanzó con la intención singular de un leviatán hambriento.

A su lado, Bicho pareció encogerse en su silla.

—Por el Abismo, amo…

—Vamos, vamos —murmuró Tehol mientras se acercaba la mujer—. El pragmatismo, mi querido Bicho, debe ser la predominante entre todas tus, eh, consideraciones. Ve a buscar a Huldo y que sus muchachos arrastren hasta aquí ese enorme sofá que tienen al fondo de la cocina. ¡Rápido, Bicho!

La partida del criado fue una carrera despavorida poco propia de él.

La mujer (centro de atención repentino que apagó la mayor parte de las conversaciones) parecía, a pesar de toda

su impresionante circunferencia, flotar entre las mesas, que por dicha estaban muy separadas; en sus ojos violetas resplandecía una confianza sensual tan en contradicción con sus desgarbadas proporciones que Tehol sintió una agitación alarmante en la entrepierna, el sudor le escoció en suficientes sitios propios de un varón como para que cambiara de postura con gesto incómodo en la silla, y todo pensamiento sobre la comida que tenía en el plato voló arrancado como tanta y tanta ropa.

No creía posible que la carne pudiera moverse en tantas direcciones a la vez, cada turgencia bajo la seda parecía poseer una independencia corpórea propia, y sin embargo avanzaba en un coro singular de sexualidad manifiesta. La sombra de la mujer lo envolvió, Tehol dejó escapar un pequeño gimoteo y luchó por alzar los ojos y dejar atrás los pliegues apilados del vientre femenino, subió por los pechos imposiblemente altos que se abultaban como sacos de grano, se perdió por un momento en ese escote sin fondo, y después, con una voluntad heroica, continuó hasta la ubre lisa bajo la barbilla; y fue más arriba, por el cuello estirado, hasta esa cara tan redonda con los labios anchos pintados de violeta y ascendió más, *que el Errante me ayude*, hasta llegar a esos deliciosos ojos sagaces.

—Me asquea, Tehol.

—Yo… ¿qué?

—¿Dónde está Bicho con ese maldito sofá?

Tehol se inclinó hacia delante y se volvió a encoger con un impulso instintivo de supervivencia.

—¿Rucket? ¿Es usted?

—Calle, idiota. ¿Tiene idea del tiempo que nos llevó perfeccionar esta ilusión?

—P-pero…

—El mejor disfraz es la confusión.

—¿Confusión? Oh, pues… oh, bueno, claro, cuando lo pone así. Es decir, de esa manera general. Perdón, se me escapó. Quiero decir que no era eso…

—Deje de mirarme las tetas.

—Sería el único aquí que no las mirase —replicó Tehol—, lo que resultaría muy sospechoso. Además, ¿quién decidió ese… desafío al tirón eterno de la tierra? Seguro que fue Ormly, son esos ojitos de cerdo que tiene, que insinúan fantasías perversas.

Bicho había llegado con dos de los sirvientes de Huldo, que traían el sofá entre los dos. Lo dejaron en el suelo y se retiraron a toda prisa.

Bicho regresó a su asiento.

—Rucket —dijo por lo bajo mientras sacudía la cabeza—, ¿no cree que una mujer de su calibre debe de ser ya infame en Letheras?

—No si nunca salía, ¿verdad? Y resulta que ya hay reclusos de sobra en esta ciudad…

—Porque la mayoría eran ilusiones del Gremio, personalidades falsas que podía asumir usted cuando la necesidad lo exigía.

—Exacto —dijo ella como si con eso quedara todo aclarado.

Y después despejó la duda de cómo iba a acomodar tanto volumen y lo hizo con una elegancia consumada, descendiendo con un movimiento fluido sobre el enorme sofá, sus inmensos brazos de alabastro extendiéndose por el respaldo, lo que tuvo el efecto de levantarle los pechos todavía más y extenderlos como las puertas de los Condenados.

Tehol miró a Bicho.

—Hay ciertas leyes concernientes a las propiedades de las entidades físicas, ¿no? Tienen que haberlas. Estoy seguro.

—Es una mujer desafiante, amo. Y por favor, si tiene la bondad, colóquese bien la manta. Sí, ahí, bajo esta bendita mesa.

—Ya está bien.

—¿A quién o a qué se dirige usted? —preguntó Rucket con una expresión lasciva tan grande que ni dos mujeres juntas serían capaces de adoptar.

—Maldita sea, Rucket, acabábamos de pedir, ¿sabe? Invita Bicho, o más bien su compañía. Y ahora mi apetito… bueno…

—¿Es otro? —preguntó ella, unas cejas finas y perfectas se alzaron sobre esos ojos sagaces—. El problema de los hombres elucidado aquí mismo: vuestra incapacidad para disfrutar de más de un placer a la vez.

—Cosa que en estos momentos personifica usted a la perfección, por terrible que sea. Entonces, ¿hasta qué punto es perfecta esa ilusión suya? Es decir, hemos oído hasta el crujido del sofá.

—No cabe duda de que está impaciente por explorar esa cuestión de peso. Pero antes, ¿dónde está Huldo con mi almuerzo?

—Le echó un vistazo y salió a contratar a más cocineros.

Rucket se inclinó hacia delante y se acercó el plato de Tehol.

—Esto servirá. Sobre todo después de ese intento cruel de hacer un chiste, Tehol. —Y empezó a comer con una delicadeza absurda.

—No hay forma real de entrar ahí, ¿verdad?

Un bocado de comida se detuvo a medio camino de la boca abierta de la mujer.

Bicho pareció atragantarse con algo.

Tehol se limpió el sudor de la frente.

—Que el Errante me lleve, estoy perdiendo la cabeza.

—Me obliga —dijo Rucket— a demostrarle lo contrario. —El bocadito le cayó en la boca.

—¿Espera que sucumba a una ilusión?

—¿Por qué no? Los hombres lo hacen mil veces al día.

—Sin eso, el mundo se detendría en seco.

—El suyo, quizá.

—Hablando de eso —se apresuró a intervenir Bicho—, su gremio, Rucket, está a punto de caer en la bancarrota.

—Tonterías. Tenemos más riquezas ocultas que la Consigna Libertad.

—Me alegro, porque ellos están a punto de descubrir que la mayor parte de sus valores encubiertos han sido socavados con tal meticulosidad que no solo no valen nada, sino que son pasivos letales.

—Transferimos los nuestros fuera del imperio, Bicho. Hace meses. Una vez que comprendimos lo que estaban haciendo Tehol y usted.

—¿A dónde? —preguntó Bicho.

—¿Debería decírselo?

—No vamos tras ellos —dijo Tehol—. ¿Verdad, Bicho?

—Pues claro que no. Solo quiero estar seguro de que se los han, eh, llevado lo bastante lejos.

Rucket entrecerró los ojos.

—¿Tan cerca están?

No respondió ninguno de los dos hombres.

Rucket miró por un momento el plato y se acomodó como una esclusa humana, su vientre resurgiendo entre las sombras en oleadas sedosas.

—Muy bien, caballeros. Piloto del Sur. ¿Lo bastante lejos, Bicho?

—Justito.

—Esa respuesta me pone nerviosa.

—Estoy a punto de faltar al pago de todo lo que debo —dijo Bicho—. Lo que provocará una cascada financiera

masiva de la que no se salvará ni un solo sector de la industria, y no solo aquí en Letheras, sino por todo el imperio y más allá. Una vez lo haga, estallará el caos. La anarquía. Es posible que hasta mueran personas.

—¿Tan grande es Construcciones Bicho?

—En absoluto. Si lo fuera, ya nos habrían cogido hace mucho. No, hay unas dos mil operaciones en apariencia independientes de pequeño y medio tamaño, cada una ubicada a la perfección según el plan diabólico de Tehol para garantizar la temida cascada. Construcciones Bicho no es más que la primera lápida que volcará en un cementerio atestado.

—Su analogía me pone más nerviosa todavía.

—Su hechizo se desvanece un tanto cuando está nerviosa —comentó Tehol—. Por favor, recupere la confianza, Rucket.

—Cierre la boca, Tehol.

—En cualquier caso —continuó Bicho—, esta reunión era para darle el último aviso a usted y al Gremio del derrumbamiento. No hay ni que decir que no será fácil encontrarme una vez ocurra.

Los ojos de la mujer se posaron en Tehol.

—¿Y usted, Tehol? ¿También planea meterse en un agujero?

—Creí que ya no íbamos a hablar de eso.

—Por el Abismo, amo —murmuró Bicho.

Tehol parpadeó y miró primero a Bicho y después a Rucket.

—Oh —dijo luego—. Perdón. Se refería a si, eh, si estaba planeando esconderme, ¿no? Bueno, no lo he decidido. Parte de la satisfacción, yo creo, es presenciar el desastre. Porque sea como sea que nos hayamos insinuado en la maquinaria del inmenso comercio de Lether, la amarga verdad es que las causas que se ocultan tras el caos que está a punto de

estallar son, de hecho, sistémicas. Cierto es que estamos precipitando las cosas, pero la disolución (en su sentido más real) es un defecto integral del sistema en sí. Es muy posible que el sistema se vea a sí mismo como inmortal, en todo adaptable y demás, pero eso es a la vez una ilusión y un delirio.

»Los recursos no son nunca infinitos, aunque puedan parecerlo. Y esos recursos incluyen algo más que las materias primas de la tierra y el mar. Incluyen también el trabajo y el engaño manifiesto de un sistema monetario con sus nociones arbitrarias de valor, las dos fuerzas en las que pusimos nuestras miras, por cierto. Sacar de aquí a las clases inferiores, los desposeídos, para presionar sobre la infraestructura, y después despojar al sistema de una moneda fuerte para intensificar la recesión... ¿Por qué me miráis los dos así?

Rucket sonrió.

—Va por defecto a la comodidad de su análisis erudito para desviarnos de sus fijaciones más patéticas. Eso, Tehol Beddict, es quizá lo más bajo que ha caído hasta el momento.

—Pues acabamos de empezar.

—Puede que usted quiera creer que ése es el caso. En cuanto a mí, mi curiosidad se está reduciendo a pasos agigantados.

—Pero piense en todos los desafíos que nos esperan, Rucket.

La mujer se levantó de golpe.

—Voy a salir por detrás.

—No cabrá.

—Por desgracia, Tehol, jamás se podrá decir lo mismo de usted. Que tengan un buen día, caballeros.

—¡Espere!

—¿Sí, Tehol?

—Bueno, eh, confío en que reanudemos esta conversación en fecha próxima.

—Yo no pienso estar ahí para verlo —dijo Bicho, que cruzó los brazos musculosos en un intento de demostrar… algo. Asco, quizá. O, reconsideró Tehol, más bien vil envidia.

—No hay nada seguro —le dijo Rucket—. Salvo la verdad de que los hombres acostumbran a perderse en sus ilusiones de grandeza.

—Ah —murmuró Bicho—, muy bonito, Rucket.

—Si eso no me hubiera dejado sin palabras —comentó Tehol mientras la mujer se alejaba, en apariencia rodando—, habría dicho algo.

—No me cabe la menor duda, amo.

—Tu fe es un alivio, Bicho.

—Pequeño consuelo en comparación, apostaría.

—En comparación —asintió Tehol—. Bueno, ¿vamos a dar un paseo, viejo amigo?

—Suponiendo que el paño que le cubre no se vea echado a perder por feos bultos.

—En un momento.

—¿Amo?

Tehol sonrió al ver la expresión alarmada en la cara de Bicho.

—Me la estaba imaginando allí atascada, incrustada en el callejón de Huldo. Incapaz de girar. Indefensa, de hecho.

—Estupendo —dijo el otro con un suspiro—, al final se las ha arreglado para caer más bajo todavía.

Había una antigua leyenda gral que había empezado a obsesionar a Taralack Veed, aunque él no terminaba de comprender qué relevancia podía tener en ese momento, allí, en Letheras, con el Robavida caminando a su lado mientras se abrían camino entre las multitudes que se

arremolinaban junto a una fila de puestos en el mercado que había enfrente del canal Quillas.

Los gral eran un pueblo antiguo; sus tribus habían morado en las colinas salvajes del Primer Imperio, y las compañías gral habían servido en los tan cacareados ejércitos de Dessimbelackis; eran rastreadores, escaramuzadores y tropas de choque, aunque no se adaptaban bien a esa forma de combatir. Incluso entonces los gral preferían sus rencores, derramar sangre por una cuestión de honor personal. El afán de venganza era una causa digna. Masacrar desconocidos no tenía sentido y manchaba el alma, lo que exigía torturados rituales de purificación. Es más, no había satisfacción en un asesinato así.

Dos meses antes de la Gran Caída, un comandante llamado Vorlock Duven, que al mando de la legión Karasch se había adentrado en los yermos indomados del sudoeste, había enviado a sus setenta y cuatro guerreros gral a las colinas Tasse para dar comienzo a una campaña de sometimiento de la tribu que se creía que dominaba esa inhóspita cordillera. Los gral debían incitar a los tasse a entrar en batalla y después retirarse con los salvajes pisándoles los talones hasta un lugar donde los emboscarían al borde mismo de las tierras altas.

A la cabeza de los gral iba un sabio veterano del clan Bhok'ar de nombre Sidilack, llamado por muchos Lenguadeserpiente después de que una estocada se le introdujera en la boca y le rebanara la lengua entera. Sus guerreros, bien iniciados en la sangre tras una campaña de tres años de conquistas entre los pueblos del desierto y las llanuras al sur de Ugari, eran duchos en encontrar las pistas ocultas que penetraban en las bastas alturas y apenas tardaron en toparse con moradas rudimentarias y refugios de roca en medio de ruinas antiguas que insinuaban que

mucho tiempo atrás había afectado a los tasse alguna terrible regresión de los adelantos de la civilización.

Al atardecer del tercer día, siete salvajes pintados con hierba emboscaron a los exploradores de la avanzadilla y mataron a uno antes de que los repelieran. De los cuatro tasse que cayeron en el choque, solo uno no había muerto ya de sus heridas. Los desvaríos provocados por el dolor no se parecían a ningún lenguaje que Sidilack y sus guerreros hubieran oído antes. Bajo la pintura azul grisácea, los tasse tenían un físico muy diferente al de cualquier otra de las tribus cercanas. Altos, ágiles, con manos y pies extrañamente pequeños, su rostro era alargado, sus barbillas débiles y sus dientes muy grandes. Tenían los ojos muy juntos, los iris tostados como hierba seca, el blanco ampollado de tantos vasos sanguíneos que parecía que bien podrían llorar lágrimas rojas.

En los cuatro tasse, los signos de deshidratación y desnutrición resultaban obvios y, como luchadores, su habilidad con las lanzas de punta de piedra y las porras nudosas había dejado mucho que desear.

El salvaje herido no tardó en morir.

Los gral reanudaron su caza y siguieron adentrándose, subiendo cada vez más por las colinas. Encontraron antiguas terrazas que en un tiempo habían albergado cultivos; el terreno había quedado casi yermo, apenas capaz de sostener los matorrales secos del desierto. Descubrieron canales revestidos de piedra para recoger agua de lluvia que ya nunca caía. Hallaron tumbas de piedra con grandes lápidas talladas con formas fálicas. En la pista, cascos y fragmentos de huesos blanqueados crujían bajo los pies.

Al mediodía de la cuarta jornada los gral se toparon con el asentamiento de los tasse. Doce chozas miserables de las que salieron corriendo tres guerreros con lanzas, guerreros que adoptaron chillando una línea de defensa patética

delante de cinco mujeres famélicas y una única niña de dos o tres años.

Sidilack, el veterano sabio que había librado veinte batallas, que había manchado su alma con la matanza de un sinfín de desconocidos, mandó avanzar a sus gral. La batalla duró media docena de latidos. Cuando los hombres tasse cayeron, sus mujeres atacaron con uñas y dientes. Cuando todas estuvieron muertas, la única niña se agazapó y les siseó como una gata.

Alguien alzó una espada para acabar con ella.

La espada nunca bajó. De repente las sombras invadieron el claro. Siete mastines terribles surgieron y rodearon a la niña, y entonces apareció un hombre. Tenía los hombros tan anchos que parecía encorvado, vestía un manto de cota de malla azulada que le llegaba a los tobillos, llevaba el cabello negro largo y suelto. Unos ojos azules y fríos se clavaron en Sidilack y habló en el idioma del Primer Imperio.

—Eran los últimos. No censuro tu matanza. Vivían con miedo. Esta tierra, que no era su hogar, no podía alimentarlos. Abandonados por los deragoth y los suyos, habían fracasado en la lucha de la vida. —Se volvió entonces para mirar a la niña—. Pero a ésta me la llevo.

Sidilack, se decía, pudo sentir entonces la profunda mancha que se posó en su alma, la más profunda de todas. Una mancha que ningún ritual de purificación podría erradicar. Vio, en ese momento, la lúgubre suerte de su destino, un descenso a la locura del dolor inconsolable. El dios se llevaría a la última niña, que sería para siempre la última. La sangre de los otros manchaba las manos de Sidilack, una maldición, una obsesión que solo la muerte podría aliviar.

Pero era gral. Tenía prohibido quitarse la vida.

Seguía otra leyenda, una que relataba el largo viaje al final definitivo de Lenguadeserpiente, su búsqueda de

preguntas que no se podían responder, el patetismo de su andar tambaleante cuando entró en el Desierto del Muerto (reino de los gral caídos), donde hasta los espíritus nobles rechazaron su alma y la defensa hueca de su crimen.

Taralack Veed no quería pensar en todo eso. Ecos de la niña, esa criatura que siseaba, no del todo humana, y a la que un dios había arrastrado a las sombras, ¿con qué fin? Un misterio dentro de la leyenda que nunca se resolvería. Pero no creía que hubiera misericordia en el corazón de ese dios. No quería pensar en jovencitas con manos y pies pequeños, con barbillas sesgadas y grandes caninos, con ojos luminosos del tono de las hierbas de la sabana.

No quería pensar en Sidilack y la noche interminable de su perdición. El guerrero con sangre de tantas matanzas manchándole las manos y el alma. Ese idiota trágico no se parecía en nada a Taralack Veed, se decía una y otra vez. Las verdades no se ocultaban en vagas similitudes, después de todo; solo en detalles concretos, y él no compartía ninguno de ellos con el viejo Lenguadeserpiente.

—Hablas poco estos días, Taralack Veed.

El gral alzó la vista y miró a Icarium.

—Tengo miedo por ti —dijo.

—¿Por qué?

—No veo la dureza en tus ojos, amigo mío, la dureza que quizá nadie salvo un compañero de mucho tiempo sería capaz de detectar. La dureza que indica tu rabia. Parece dormir y no sé si ni siquiera Rhulad podrá despertarla. Si no puede, entonces morirás. Rápido.

—Si todo lo que dices de mí es verdad —respondió el jhag—, entonces mi muerte sería bienvenida. Y justificada en todos los sentidos de la palabra.

—Ningún otro puede derrotar al emperador.

—¿Por qué estás tan seguro de que yo puedo? No empuño una espada mágica. No regreso a la vida si caigo.

Ésos son los rumores que corren sobre el tiste edur llamado Rhulad, ¿no?

—Cuando tu ira se desata, Icarium, nada puede detenerte.

—Ah, pero parece que yo sí puedo.

Taralack Veed entrecerró los ojos.

—¿Es ése el cambio que se ha producido en ti, Icarium? ¿Has recordado?

—Creo que si así fuera, no estaría aquí —replicó el jhag, que se detuvo ante un puesto que ofrecía cerámica envuelta en cordones—. Mira estos objetos, Taralack Veed, y dime lo que ves. ¿Recipientes vacíos? ¿O una infinitud de posibilidades?

—No son más que ollas.

Icarium sonrió.

Era, decidió el gral, una sonrisa demasiado fácil.

—¿Te burlas de mí, Icarium?

—Algo me aguarda. Y no me refiero a ese emperador loco. Otra cosa. Respóndeme a algo. ¿Cómo se mide el tiempo?

—Por el curso del sol, las fases de la luna, el giro de las estrellas. Y, por supuesto, en ciudades como ésta, el sonido de una campana a intervalos fijos, una vanidad del todo absurda y que, de hecho, debilita el espíritu.

—Habla el gral.

—Ahora es cuando te burlas de verdad de mí. No es propio de ti, Icarium.

—El sonido de las campanas, sus incrementos establecidos por el paso de arena o agua a través de un recipiente estrechado. Como bien dices, una vanidad. Una aserción arbitraria de constancia. ¿Podemos decir de verdad, sin embargo, que el tiempo es constante?

—Como te diría cualquier gral, no lo es. O bien nuestros sentidos mienten.

—Quizá lo hagan.

—Entonces estamos perdidos.

—Agradezco tu beligerancia intelectual de hoy, Taralack Veed.

Continuaron andando y pasearon sin prisas a lo largo del canal.

—Comprendo que te obsesione el tiempo —dijo el gral—. Tú, que has vivido era tras era, inmutable, inconsciente.

—Inconsciente, sí. Ése es el problema, ¿verdad?

—No estoy de acuerdo. Es nuestra salvación.

Se quedaron en silencio unas cuantas zancadas más. Muchas eran las miradas curiosas (en ocasiones compasivas) que les lanzaban. Los campeones también eran los condenados, después de todo. Y sin embargo, ¿había esperanza enterrada en lo más hondo de esos ojos que los rehuían? Tenía que haberla. La esperanza de un fin para la pesadilla que era Rhulad Sengar, el emperador edur de Lether.

—Sin comprender el tiempo, la historia no significa nada. ¿Me sigues, Taralack Veed?

—Pero tú no entiendes el tiempo, ¿no?

—No, eso es cierto. Sin embargo, creo que he… perseguido esto… una y otra vez. De era en era. Confiando que una revelación del significado del tiempo desbloqueara mi propia historia oculta. Que encontrara su medida auténtica, Taralack Veed. Y no solo su medida, sino también su propia naturaleza. Piensa en este canal y lo que está vinculado a él. El agua es empujada por la corriente y por la marea del río, después atraviesa la ciudad, solo para volver a reunirse con el río no muy lejos de donde entró en un principio. Puede que intentemos apartarnos del río y elegir nuestro propio camino, pero por muy recto que parezca éste, al final regresaremos al río.

—Como con las campanas, entonces —dijo el gral—, el agua marca el paso del tiempo.

—Lo has entendido mal —respondió Icarium, pero no añadió nada más.

Taralack Veed frunció el ceño e hizo una pausa para escupirse una flema densa en las palmas de las manos y luego pasársela por el pelo. En algún punto de la multitud chilló una mujer, pero el sonido no se repitió.

—La corriente del canal no puede cambiar la ley que le marca la dirección. El canal no es más que un rodeo.

—Sí, un rodeo que ralentiza el paso de su agua. Y a su vez el agua cambia, recolecta los desechos de la ciudad por la que pasa, y así, al regresar al río, es de un color diferente. Más turbia, más sucia.

—¿Cuánto más lento es tu camino, más embarradas van tus botas?

—Incluso así —dijo Icarium con un asentimiento.

—El tiempo no es nada de eso.

—¿Estás seguro? Cuando debemos esperar, nuestras mentes se llenan de fango, pensamientos aleatorios, como desechos. Cuando nos empujan a actuar, nuestra corriente es rápida, el agua parece clara, fría y nítida.

—Preferiría, Icarium, que esperáramos mucho tiempo. Aquí, antes de enfrentarnos a lo que ha de pasar.

—¿El camino a Rhulad? Como quieras. Pero te digo una cosa, Taralack Veed, ése no es el sendero que yo recorro.

Otra media docena de zancadas.

Después habló el gral.

—Los envuelven en el cordel, Icarium, para evitar que se rompan.

Al examinador superior le brillaban los ojos; se encontraba en medio de la multitud, a veinte pasos del lugar en el que Icarium y Taralack Veed se habían detenido delante del

puesto del alfarero. Había unido las manos y los dedos se le crispaban. Respiraba de forma rápida y superficial.

A su lado, Samar Dev puso los ojos en blanco antes de dirigirse a él.

—¿Se me va a caer muerto aquí? Si hubiera sabido que este paseo implicaba esconderse a la sombra de ese jhag, creo que me habría quedado en el complejo.

—Las decisiones que toma —respondió el hombre— han de ser en todo por su propia voluntad, Samar Dev. Razonablemente diferentes de las mías o de las de cualquier otro. Se dice que la historia del conflicto humano reside de forma exclusiva en el choque de expectativas.

—¿Es el caso ahora?

—Es más…

—Deje en paz sus «es más», examinador superior. El compromiso es la negociación de las expectativas. Con sus caprichosas nociones no negociamos y, por tanto, todo el compromiso es por mi parte.

—Como decida.

Samar se planteó darle una buena colleja, pero decidió que no quería montar una escena. ¿Qué les pasaba a los hombres con sus obsesiones?

—Es muy probable que ese hombre muera, y pronto.

—Creo que no. No, con toda certeza me parece que no.

Icarium y el gral reanudaron su paseo entre la muchedumbre y, tras un momento, el examinador superior los siguió, aunque manteniendo la distancia. Samar Dev suspiró y echó a andar tras él. No le gustaba ese populacho. Había algo perturbador en el ambiente. Estaban tensos, crispados. El nerviosismo era visible en los rostros, y los reclamos de los vendedores ambulantes sonaban estridentes y medio desesperados. Observó que eran pocos los transeúntes que compraban.

—Algo va mal —dijo.

—Aquí no hay nada que no pueda explicar el pánico financiero inminente, Samar Dev. Aunque usted pueda creer que no soy consciente de nada salvo ese hombre, le aseguro que he examinado el estado de Letheras y, por extensión, de todo este imperio. Se avecina una crisis. La riqueza, por desgracia, no es una mercancía infinita. Los sistemas como éste, sin embargo, dependen del supuesto de los recursos ilimitados. Recursos que van desde la mano de obra y los materiales baratos hasta una demanda insaciable. Esa demanda, a su vez, depende de virtudes algo más etéreas, como la confianza, la voluntad, la necesidad percibida y la bendición del pensamiento a corto plazo, y cualquiera de ellas es vulnerable a influencias misteriosas y con frecuencia inexplicables. Aquí somos testigos de los efectos de una confabulación compleja de factores que está sirviendo para socavar tales virtudes. Es más, en mi opinión, esta situación se ha orquestado.

La mente de Samar había empezado a vagar con la perorata del examinador superior, pero esa última observación la hizo dar la vuelta.

—¿Letheras está a merced de un asalto económico?

—Bien planteado, Samar Dev. Alguien está manipulando la situación para lograr un derrumbe en cascada, sí. Ése es mi humilde dictamen.

—¿Humilde?

—Pues claro que no. Veo mi propia genialidad con ironía.

—¿Con qué fin?

—Pues para hacerme humilde.

—¿Vamos a seguir a Icarium y a su gral favorito toda la tarde?

—Soy el único nativo vivo de Cabal, Samar Dev, que ha visto con sus propios ojos a nuestro dios. ¿Es de extrañar que lo siga?

¿Dios? No es ningún dios. Es un puñetero jhag del Odhan, al oeste de Siete Ciudades. Un jhag que sufre una maldición trágica, claro que, ¿no la sufren todos? Una figura que caminaba muy por delante de Icarium y Taralack Veed le llamó la atención. Una figura alta, pesada, con un rostro hecho pedazos y una enorme espada de piedra atada a la espalda.

—Oh, no —murmuró.

—¿Qué pasa? —preguntó el examinador superior.

—Lo ha visto.

—¿Samar Dev?

Pero él se había quedado atrás y era ella la que se apresuraba y se abría camino con grosería entre la gente. ¿Expectativas? Sin lugar a dudas. ¿Compromiso? De eso nada.

Uno de los candelabros tenía una válvula defectuosa y había empezado a producir densos zarcillos negros de humo que se enroscaban como serpientes en el aire. Las toses de Uruth resonaban como ladridos en la antecámara. De espaldas a la puerta que llevaba al salón del trono, Sirryn Kanar permanecía en pie, con los brazos cruzados, observando a los dos tiste edur. Tomad Sengar se paseaba por la sala evitando con destreza a los otros guardias de servicio al tiempo que se empeñaba en fingir que ni siquiera estaban allí. Su mujer se había envuelto en su túnica de color gris oscuro y se la había ceñido tanto que a Sirryn le recordaba a un buitre con las alas plegadas. La edad le había encorvado un poco los hombros, lo que añadía peso a la impresión aviar, suficiente para provocar una pequeña sonrisa en la boca del guardia.

—Sin duda esta espera te divierte —rezongó Tomad.

—Así que me estaba mirando, después de todo.

—Estaba mirando la puerta, en la que se da la casualidad de que estás apoyado.

Planteándose atravesarla de una patada, sin duda. La sonrisa de Sirryn se ensanchó. *Por desgracia, tendrías que atravesarme a mí primero, y eso no lo vas a hacer, ¿verdad?*

—El emperador está muy ocupado.

—¿Con qué? —preguntó Tomad—. El que decide es Triban Gnol, después de todo. Rhulad se limita a sentarse ahí con la mirada vidriada y a asentir de vez en cuando.

—No tiene una gran opinión de su hijo.

Se dio cuenta de que eso era hurgar en la herida cuando tanto el marido como la mujer clavaron una mirada dura en él.

—Tenemos peor opinión de Triban Gnol —dijo Uruth.

No había necesidad de comentar tal observación, Sirryn sabía de sobra la opinión que les merecía el canciller; de hecho, la opinión que les merecían todos los letherii. Prejuicios ciegos, por supuesto; mucho más hipócritas si se tenía en cuenta el celo con el que los edur habían abrazado el modo de vida letherii mientras se burlaban y proclamaban su asco y desdén. *Si tanto asco te da, ¿por qué sigues mamando de la teta, edur? Tuviste la oportunidad de destruir todo esto. De destruirnos a nosotros. Y toda nuestra terrible civilización*. No, no había mucho que mereciera la pena decirles a esos dos salvajes.

Más que oír, sintió el arañazo en la puerta que tenía detrás y se irguió poco a poco.

—El emperador los recibirá ahora.

Tomad giró en redondo y miró la puerta; Sirryn vio en el rostro del malnacido una tensión repentina bajo la fachada altiva. Tras él, Uruth se echó el manto hacia atrás con un ademán y se liberó los brazos. ¿Era miedo lo que había en sus ojos? El guardia la observó acercarse y colocarse junto a

su marido, pero pareció que todo lo que sacaron de esa proximidad fue más tensión todavía.

Sirryn Kanar se hizo a un lado y abrió de golpe la puerta.

—Deténganse en el círculo de baldosas —dijo—. Traspásenlo y una docena de flechas encontrarán su cuerpo. No habrá advertencia alguna. Por orden del propio emperador. Y ahora procedan. Despacio.

En ese momento, un tiste edur y cuatro soldados letherii se acercaban a la puerta occidental de la ciudad sobre caballos cubiertos de espuma. Un grito del edur hizo dispersarse a los peatones de la calzada elevada. Los cinco jinetes estaban cubiertos de barro y dos tenían heridas. Las espadas de aquellos cuyas vainas no estaban vacías estaban incrustadas de sangre. El edur era uno de los que carecía de armas y de su espalda sobresalía el cabo de una flecha, la punta de hierro enterrada en la escápula derecha. La sangre le empapaba el manto allí donde el cuadrillo se lo había clavado a la espalda. Ese guerrero se estaba muriendo. Llevaba cuatro días muriéndose.

Otro grito ronco del tiste edur mientras llevaba su harapienta tropa bajo el arco de la puerta y entraban en la ciudad de Letheras.

El Errante estudió a Rhulad Sengar, que había permanecido inmóvil en su trono desde que había regresado el canciller para anunciar la llegada inminente de Tomad y Uruth. ¿Era cierta vacilación en su valor lo que le había impedido al emperador exigir su presencia inmediata? No había forma de saberlo. Ni siquiera las preguntas cautas del canciller habían conseguido sacarle nada.

Los faroles seguían ardiendo. Las antorchas tradicionales humeaban y el parpadeo de su luz lamía las paredes. Triban Gnol permanecía en pie, las manos plegadas, a la espera.

En la cabeza de Rhulad se libraban batallas. Los ejércitos de la voluntad y el deseo combatían con las fuerzas lunáticas del miedo y la duda. El campo estaba empapado de sangre y salpicado de héroes caídos. O en su cráneo había penetrado una niebla cegadora, opresiva como el propio olvido, y Rhulad vagaba perdido.

Estaba allí sentado como si lo hubieran tallado, ataviado con riquezas manchadas, la visión de un artista loco. Ojos lacados y carne llena de cicatrices, boca crispada y mechones negros de pelo grasiento. Como si lo hubieran esculpido pegado al trono para convencer con símbolos de permanencia y encarcelamiento, pero esa locura había perdido toda sutileza, la eterna maldición del fascismo, la tiranía de la alegre servidumbre que no podía tolerar subversión alguna.

Contempladlo y ved lo que ocurre cuando la justicia es venganza. Cuando el desafío es un delito. Cuando el escepticismo es traición. ¡Llámalos, emperador! Tu padre, tu madre. Pídeles que se presenten ante ti en esta pesadilla invertida de fidelidad, ¡y desata tu ira!

—Ahora —dijo Rhulad con voz ronca.

El canciller le hizo un gesto a un guardia situado cerca de la puerta lateral, éste se volvió con un crujido suave de armadura y rozó con el guantelete el ornamentado panel. Un momento después se abrió.

Todo esto ocurría a la izquierda del Errante, en el mismo muro en el que se apoyaba, así que no pudo ver lo que ocurrió tras la puerta, salvo por unas cuantas palabras indistintas.

Tomad y Uruth Sengar entraron sin prisa en el salón del trono y se detuvieron en el círculo de baldosas. Los dos se

inclinaron ante su emperador.

Rhulad se lamió los labios rotos.

—Son parientes —dijo.

Tomad frunció el ceño.

—Esclavizados por seres humanos. Se merecían que los liberáramos, ¿no es cierto?

—¿De la isla de Sepik, emperador? —preguntó Uruth—. ¿Son de esos de quienes habláis?

—Se les liberó, en efecto —dijo Tomad con un asentimiento.

Rhulad se inclinó hacia delante.

—Parientes esclavizados. Liberados. ¿Entonces por qué, querido padre, se pudren ahora encadenados?

Tomad pareció incapaz de responder, una expresión confusa en su rostro arrugado.

—A la espera de lo que vos dispongáis —dijo Uruth—. Emperador, hemos solicitado audiencia con vos muchas veces desde nuestro regreso. Por desgracia —la mujer miró a Triban Gnol—, el canciller nos mandaba marchar. Siempre, sin falta.

—Y por tanto —dijo Rhulad con tono áspero—, vosotros los proclamasteis invitados del imperio como era su derecho, y después los acomodasteis ¿dónde? No en las magníficas residencias que poseemos alrededor del palacio. No. Vosotros elegisteis los calabozos, los pozos, junto a deudores, traidores y asesinos. ¿Es ésa la idea que tienes en tu hogar de lo que es el «regalo del invitado», Tomad? ¿Uruth? Qué extraño, yo no recuerdo que en mi juventud se traicionara de forma tan profunda la costumbre tiste edur. ¡No en la casa de mi familia!

—Rhulad, emperador —dijo Tomad, que a punto estuvo de retroceder ante la ira de su hijo—, ¿habéis visto a esos parientes nuestros? Son… patéticos. Contemplarlos es sentirse manchado. Sucio. Sus espíritus están aplastados.

Los han convertido en una burla de todo lo que es tiste edur. Ése fue el crimen que los humanos de Sepik cometieron contra nuestra sangre, y a ello hemos dado respuesta, emperador. Esa isla está ahora muerta.

—Parientes —susurró el emperador—. Explícamelo, padre, pues no lo entiendo. Tú percibes el delito y dictas la sentencia, sí, en el nombre de la sangre edur. Por muy contaminada que esté, por muy decrépita que sea. De hecho, esos detalles carecen de relevancia, de ningún modo influyen en el castigo, salvo quizá para hacerlo todavía más severo. Todo esto, padre, es un único hilo de pensamiento y es sincero. Sin embargo, hay otro, ¿no es cierto? Algo retorcido, lleno de nudos. Uno en el que las víctimas de esos humanos no son dignas de nuestra atención, en el que hay que esconderlas, dejarlas para que se pudran en la mugre.

»¿Qué, por tanto, es lo que estabas vengando?

»¿Dónde, oh, dónde, padre, está el Regalo del Invitado? ¿Dónde está el honor que nos une a todos los tiste edur? ¿Dónde, Tomad Sengar, dónde, en todo esto, está mi voluntad? ¡Soy el emperador y la cara del imperio es la mía y solo la mía!

Cuando los ecos de ese chillido rebotaron por el salón del trono, reticentes a desvanecerse, ni Uruth ni Tomad parecieron capaces de hablar. Sus rostros grises eran del color de la ceniza.

Triban Gnol, de pie unos cuantos pasos por detrás y a la derecha de los dos edur, parecía un sacerdote penitente, los ojos clavados en el suelo. Pero el Errante, cuyos sentidos podían extenderse con una sensibilidad muy superior a la de cualquier mortal, podía oír el latido enloquecido del miserable corazón de aquel anciano; casi podía oler la alegría oscura oculta tras su expresión benigna, incluso un poco triste.

Uruth pareció sacudirse la conmoción y después, poco a poco, se irguió.

—Emperador —dijo—, no podemos saber vuestra voluntad cuando se nos impide veros. ¿Es privilegio del canciller rechazar a los propios padres del emperador? ¿A la sangre del emperador? ¿Y qué hay de todos los demás tiste edur? Emperador, han alzado un muro a vuestro alrededor. Un muro letherii.

El Errante oyó que el corazón de Triban Gnol se estremecía en su jaula.

—¡Majestad! —exclamó el canciller, indignado—. ¡No existe tal muro! Estáis protegido, sí. Desde luego. De todos los que querrían haceros daño…

—¿Hacerle daño? —gritó Tomad y se volvió en redondo hacia el canciller—. ¡Es nuestro hijo!

—Desde luego que no usted, Tomad Sengar. Ni usted, Uruth. Quizá la protección necesaria alrededor de un gobernante podría parecerles un muro, pero…

—¡Queríamos hablar con él!

—De vuestros labios —dijo Rhulad con una aspereza pavorosa— no quiero oír nada. Vuestras palabras no son más que mentiras. Los dos me mentís, como miente Hannan Mosag, como miente cada uno de mis compatriotas tiste edur. ¿Imagináis que no puedo oler el hedor de vuestro miedo? ¿Vuestro odio? No, no os oiré a ninguno de los dos. Sin embargo, vosotros me oiréis a mí.

El emperador se recostó poco a poco en su trono, en sus ojos una mirada dura.

—Nuestros parientes quedarán en libertad. Es una orden. Se los dejará en libertad. En cuanto a vosotros, mis queridos padres, parece que necesitáis una lección. Los dejasteis pudrirse en la oscuridad. En los barcos. En los calabozos. De actos tan atroces solo puedo deducir que no sois capaces de comprender el horror de semejante ordalía. Así pues, es mi

sentencia que probéis parte de lo que infligisteis a nuestros parientes. Los dos pasaréis dos meses enterrados en las criptas de mazmorras de la Quinta Ala.

»Viviréis en la oscuridad, se os alimentará una vez al día a través de las trampillas en el techo de vuestras celdas. No tendréis a nadie con quien hablar salvo el uno con el otro. Se os pondrán grilletes. En la oscuridad, ¿comprendes, Uruth? Verdadera oscuridad. Nada de sombras para que las manipules, no habrá poder que te susurre al oído. En ese tiempo, os sugiero a los dos que penséis de verdad en lo que significa el Regalo del Invitado para un tiste edur, en honrar a nuestros parientes por muy bajo que hayan caído. En lo que significa de verdad liberar. —Rhulad agitó la mano libre—. Despáchalos, canciller. Me enferma que hayan traicionado de ese modo a nuestros propios parientes.

El Errante, casi tan asombrado como se habían quedado Tomad y Uruth, se perdió el gesto que hiciese Triban Gnol para llamar a los guardias letherii. Éstos aparecieron al momento, como si los hubieran conjurado de la nada, y rodearon a Tomad y Uruth.

Manos letherii, con hojuelas de hierro, se cerraron implacables alrededor de brazos tiste edur.

Y el Errante supo que había empezado el final.

La esperanza de Samar Dev de poner fin a todo antes de que empezara no duró mucho. Ella todavía estaba a cuatro zancadas de Karsa Orlong cuando éste alcanzó a Icarium y Taralack Veed. El toblakai se había acercado por un lado, casi por detrás del jhag (que se había girado para contemplar las aguas turbias del canal) y la mujer observó que el enorme guerrero extendía una mano, agarraba a Icarium por la parte superior del brazo y hacía que se girase.

Taralack Veed se abalanzó para quitar la manaza, pero alcanzó su cabeza de repente un puñetazo que pareció casi casual. El gral se derrumbó en los adoquines y no se movió.

Icarium había clavado los ojos en la mano que se aferraba a su brazo izquierdo, en su expresión había una inquietud vaga.

—¡Karsa! —gritó Samar Dev, las cabezas se volvían y los ciudadanos, los que habían presenciado la suerte de Taralack Veed, se apartaban—. Si has matado al gral…

—Ése no es nada —rezongó Karsa, los ojos clavados en Icarium—. Tu último cuidador, jhag, era mucho más formidable. Aquí estás, sin nadie que me ataque por la espalda.

—Karsa, está desarmado.

—Pero yo no.

Icarium seguía estudiando la mano magullada que le aferraba el brazo, los verdugones rojos de las cicatrices dejadas por los grilletes que habían rodeado la gruesa muñeca, los puntos y rayas de antiguos tatuajes, como si el jhag fuera incapaz de comprender su función. Después miró a Samar Dev y su rostro se iluminó con una cálida sonrisa.

—Ah, bruja. Tanto el taxiliano como Varat Taun han hablado bien de ti. Ojalá nos hubiéramos conocido antes, aunque te he visto desde el otro lado del complejo…

—Ella no es tu problema —dijo Karsa—. Tu problema soy yo.

Icarium se volvió poco a poco y miró al toblakai a los ojos.

—Tú eres Karsa Orlong, que no comprende lo que significa luchar solo para entrenar. ¿Cuántos compañeros has dejado tullidos?

—No son compañeros. Ni lo eres tú.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Samar Dev—. ¿No soy compañera tuya, Karsa?

El otro frunció el ceño.

—¿Y qué?

—Icarium está desarmado. Si lo matas aquí, no te enfrentarás al emperador. No, te encontrarás encadenado a una pared. Al menos hasta que te corten la cabeza.

—Ya te lo he dicho, bruja. Las cadenas no me contienen.

—Quieres enfrentarte al emperador, ¿no?

—¿Y si éste lo mata primero? —preguntó Karsa, y le dio al brazo una sacudida que con toda claridad sobresaltó a Icarium.

—¿Es ése el problema? —preguntó Samar Dev. *¿Y por esto estás lisiando a otros campeones? Y no es que ninguno quiera volver a jugar contigo, matón descerebrado.*

—¿Deseas enfrentarte al emperador Rhulad antes que yo? —inquirió Icarium.

—No te estoy pidiendo permiso, jhag.

—Y sin embargo yo te lo doy, Karsa Orlong. Te puedes quedar con Rhulad.

Karsa miró con furia a Icarium, que, si bien no era tan alto, de alguna forma todavía parecía capaz de mirar al toblakai a los ojos sin levantar la cabeza.

Entonces ocurrió algo extraño. Samar Dev vio que los ojos de Karsa se abrían un poco más, muy poco, mientras estudiaba el rostro de Icarium.

—Sí —dijo con voz ronca—. Ahora lo veo.

—Me alegro —respondió Icarium.

—¿Ver qué? —preguntó Samar Dev.

En el suelo, tras ella, Taralack Veed gimió, tosió, rodó de lado y vomitó.

Karsa soltó el brazo del jhag y dio un paso atrás.

—¿Vas a cumplir tu palabra?

Icarium hizo una ligera reverencia.

—¿Cómo podría no cumplirla?

—Eso es cierto, Icarium, doy fe.

El jhag se inclinó por segunda vez.

—¡Mantén las manos alejadas de esa espada!

El grito hizo volverse a todos, y vieron a media docena de guardias letherii que se iban acercando despacio, las armas desenvainadas.

Karsa los miró con desdén.

—Regreso al complejo, niños: apartad de mi camino.

Se separaron como juncos ante la proa de una canoa cuando el toblakai echó a andar, después fueron tras él, apresurándose para seguir el ritmo de las largas zancadas de Karsa.

Samar Dev se los quedó mirando, y se le escapó un gañido repentino antes de taparse la boca con las manos.

—Me recuerdas al examinador superior cuando haces eso —comentó Icarium con otra sonrisa. Alzó la mirada más allá de ella—. Y sí, ahí continúa, mi buitre particular. Si le hago una seña para que se acerque, ¿crees que vendrá, bruja?

Samar negó con la cabeza, todavía luchando con una abrumadora sensación de alivio y las secuelas de la garra fría del terror que incluso en esos momentos todavía hacía que le temblasen las manos.

—No, prefiere venerar desde lejos.

—¿Venerar? Ese hombre se engaña. Samar Dev, ¿querrás informarle tú?

—Como quieras, pero no importará, Icarium. Verás, su pueblo te recuerda.

—No me digas. —Icarium entrecerró un poco los ojos y miró al examinador superior, que había empezado a encogerse bajo aquella atención particular de su dios.

Por todos los espíritus del inframundo, ¿pero a mí por qué me interesaba este monje? No hay atractivo alguno en el fulgor de la veneración fanática. Solo hay una intransigencia satisfecha y los cuchillos ocultos del juicio cortante.

—Quizá —dijo Icarium— deba hablar yo con él, después de todo.

—Huirá corriendo.

—En el complejo, entonces…

—¿Donde puedas arrinconarlo?

El jhag sonrió.

—Prueba de mi omnipotencia.

El júbilo de Sirryn Kanar era como una caldera hirviendo, la tapa pesada a meros momentos de soltarse con un tartamudeo, pero se había contenido durante el largo camino al interior de las criptas de la Quinta Ala, donde el aire era tan húmedo que se podía saborear, donde el moho resbalaba bajo sus botas y el frío acuoso parecía envolverle hasta los huesos con unos zarcillos resbaladizos.

Ése, así pues, sería el hogar de Tomad y Uruth Sengar durante los dos meses siguientes, y Sirryn no podía sentirse más satisfecho. A la luz de los faroles que llevaban los guardias, Sirryn vio, con inmensa satisfacción, esa mirada en los rostros edur, la que se posaba sobre la expresión de cada prisionero; la incredulidad aturdida, la conmoción y el miedo que se agitaba en los ojos de vez en cuando, hasta que los invadía una vez más esa estúpida negativa a aceptar la realidad.

Sabía que esa noche disfrutaría del placer sexual, como si ese momento no fuera más que una mitad del diálogo del deseo. Dormiría saciado, satisfecho con el mundo. Su mundo.

Recorrieron todo el corredor inferior hasta que llegaron al final. Sirryn hizo un gesto para que llevaran a Tomad a la celda de la izquierda; Uruth entraría en la de enfrente. Observó mientras la mujer edur, con una última mirada a su

marido, se volvía y acompañaba a sus tres guardias letherii. Un momento después, Sirryn la siguió.

—Sé que tú eres la más peligrosa —le dijo mientras uno de sus guardias se inclinaba para ponerle el grillete en el tobillo derecho—. En este sitio hay sombras, al menos mientras nosotros permanezcamos aquí.

—Dejo tu suerte en manos de otros —le contestó la mujer.

Él la estudió durante un momento.

—Se te prohibirán las visitas.

—Sí.

—La conmoción desaparece.

La edur lo miró y él vio en sus ojos desdén puro.

—En su lugar —continuó Sirryn— llega la desesperación.

—Vete ya, miserable.

Sirryn sonrió.

—Llevaos su manto. ¿Por qué tendría que ser Tomad el único que sufre el frío?

Uruth apartó de un empujón la mano del guardia y abrió el broche ella misma.

—Fuiste lo bastante idiota como para rechazar el Regalo edur —dijo Sirryn—, así que ahora recibes —y señaló con un gesto la diminuta celda con el techo con goteras y las paredes que chorreaban— el regalo letherii. Concedido con todo placer.

Cuando la mujer no respondió, Sirryn se dio la vuelta.

—Vamos —les dijo a los guardias—, dejémoslos con su oscuridad.

Cuando se desvanecieron los últimos ecos de sus pisadas, Bruja de la Pluma salió de la celda en la que se había escondido. Tenía invitados en su mundo privado. Invitados inoportunos. Ésos eran sus pasillos; las piedras irregulares bajo sus pies, las paredes resbaladizas, cenagosas, que tenía

a su alcance, el aire empapado, el hedor a putrefacción, la propia oscuridad, todo eso le pertenecía a ella.

Tomad y Uruth Sengar. Uruth, que en otro tiempo había sido dueña de Bruja de la Pluma. Bueno, era lo justo. Bruja de la Pluma era letherii, después de todo, ¿y quién podía dudar ya que se habían vuelto las tornas para la marea gris?

Salió con sigilo al pasillo; sus pies, envueltos en mocasines, no hacían ruido en el suelo hundido. Después vaciló. ¿Deseaba contemplarlos? ¿Burlarse de sus penurias? La tentación era grande. Pero no, mejor permanecer invisible, sin que ellos supieran de su presencia. Y en ese momento estaban hablando, así que se acercó un poco más para escuchar.

—… no mucho tiempo —decía Tomad Sengar—. Esto, más que nada, esposa, nos obliga a actuar. Hannan Mosag abordará a las mujeres y se forjará una alianza…

—No estés tan seguro de eso —respondió Uruth—. No hemos olvidado la verdad de la ambición del rey hechicero. Esto es obra suya…

—Olvida eso, no hay elección.

—Quizá. Pero será necesario hacer concesiones y no resultará fácil, puesto que no confiamos en él. Oh, él dará su palabra, sin duda. Como dices, no hay elección. Pero ¿qué vale la palabra de Hannan Mosag? Su alma está envenenada. Sigue ansiando esa espada por el poder que alberga. Y eso no se lo daremos. Nunca estará a su alcance. ¡Nunca!

Se oyó un crujido de cadenas y después habló Tomad.

—No parecía loco, Uruth.

—No —respondió ella en voz baja—. No lo parecía.

—Tenía razón en estar indignado.

—Sí.

—Como la teníamos nosotros, en Sepik, cuando vimos lo bajo que habían caído nuestros parientes. Su miseria, su

rendición de toda voluntad, todo orgullo, toda identidad. ¡En otro tiempo fueron tiste edur! Si hubiéramos sabido eso desde el principio…

—¿Los habríamos dejado allí, esposo?

Un silencio.

—No —se oyó después—. Había que vengarse de los malazanos. Pero por nosotros, no por nuestros parientes. Rhulad lo entendió mal.

—No lo entendió mal. Tomad, esos parientes sufrieron las bodegas de la flota. Sufrieron los pozos. Rhulad no entendió mal nada. Los estábamos castigando por su fracaso. Eso también era venganza. Contra nuestra propia sangre.

Había amargura en la voz de Tomad cuando volvió a hablar.

—No dijiste nada cuando se pronunció la sentencia, esposa. Complácete tú con esa falsa sabiduría si quieres. Si es lo que debo oír de tus labios, entonces prefiero el silencio.

—Entonces, esposo, es lo que tendrás.

Bruja de la Pluma se recostó contra la pared. Sí, aquello llegaría a oídos de Hannan Mosag. ¿Y qué haría él entonces? ¿Buscar a las mujeres edur? Esperaba que no. Si Bruja de la Pluma tenía algún enemigo de verdad, eran ellas. ¿Estaba el rey hechicero a la altura de aquellas mujeres? En el arte del engaño, desde luego. Pero ¿y en poder? Ya no. A menos, claro está, que tuviera aliados ocultos.

Bruja de la Pluma tendría que hablar con el Errante. Con su dios.

Tendría que obligarlo a hacer ciertas… concesiones.

Con una sonrisa, Bruja de la Pluma se deslizó corredor arriba.

La suerte de Tomad y Uruth Sengar pasó como una onda por su mente y después continuó adelante sin dejar apenas un murmullo.

Un túnel subterráneo del antiguo palacio se extendía hacia el interior casi hasta el cruce del canal Principal con el canal de la Enredadera. Ese pasaje se había tapiado con ladrillos en tres lugares distintos y esas barreras Hannan Mosag las había dejado en su sitio y había deformado la realidad con Kurald Emurlahn para poder atravesarlas, como había hecho con Bruthen Trana a remolque.

Los seguidores del rey hechicero habían mantenido al guerrero oculto durante un tiempo mientras Hannan Mosag hacía sus preparativos, y no había sido tarea fácil. No era que el palacio estuviera revolucionado con pelotones de búsqueda y demás, la fiebre de la confusión y el miedo era endémica en esos días, después de todo. La gente desaparecía con una regularidad inquietante, sobre todo entre los tiste edur. No, la dificultad residía en el propio Bruthen Trana.

Un hombre obstinado. Pero eso nos conviene, siempre que pueda meterle en la sesera que la impaciencia es una debilidad. Un guerrero necesitaba determinación, cierto, pero había un momento y un lugar, y no habían llegado todavía.

Hannan Mosag había conducido a Bruthen hasta la cámara que había justo al final del túnel, una habitación octagonal de piedras mal encajadas. El techo abovedado y anguloso, recubierto de lo que en su día había sido cobre brillante y ahora se había quedado negro, era tan bajo que la habitación parecía una choza.

Cuando el rey hechicero había encontrado ese aposento, tanto el lugar como por lo menos cuarenta pasos del túnel estaban sumergidos bajo el agua, y la profundidad seguía la pendiente descendente hasta que el fango negro y turbio casi rozaba el techo de la cámara.

Hannan Mosag había drenado el agua a través de una modesta fisura que llevaba al reino del Naciente, fisura que luego cerró; se había movido a toda prisa con sus andares de cangrejo para arrastrar siete fardos de palos de un brazo de largo de madera negra que bajó por el resbaladizo corredor y metió en la cámara. Ésta había empezado a llenarse otra vez, por supuesto, y el rey hechicero tuvo que chapotear hasta el centro, donde desató el fardo y comenzó a construir una verja octogonal, cada palo a un palmo de las paredes, dos a cada lado, sostenidos casi erectos en el cieno denso que cubría el suelo. Cuando hubo completado esta tarea, invocó su revelación absoluta de Kurald Emurlahn.

Y el coste fue espantoso. Intentó purgar el poder de todo caos, del aliento venenoso del dios Tullido, pero parecía no estar a la altura de la tarea que se había impuesto. Su carne deformada, sus huesos retorcidos, la sangre fina, ennegrecida, de sus venas y arterias, todo ello servía al mundo maligno del Caído, y formaba una simbiosis de vida y poder. Había pasado tanto tiempo desde la última vez que había sentido (sentido de verdad) la pureza de Kurald Emurlahn que, incluso en su estado debilitado, fragmentado, estuvo a punto de retroceder al sentir el roce ardiente.

Con el aire apestando a carne carbonizada y pelo chamuscado, Hannan Mosag buscó forzar la santificación del aposento. Quería atrapar el poder de Sombra en ése, su nuevo templo privado. Una noche entera de lucha, el agua fría sin dejar de subir, las piernas entumecidas, empezó a sentir que su concentración se deshacía. Desesperado, sintiendo que todo se le escapaba, invocó a padre Sombra.

Scabandari.

Desesperado, sabiendo que había fracasado…

Y un poder repentino, puro y decidido, brotó en la cámara. Hizo hervir el agua, que desapareció en ráfagas

revueltas de vapor hasta que el calor seco de un horno crujió en las paredes de piedra. El barro del suelo se endureció y cimentó los palos de madera negra.

Ese calor penetró en la carne de Hannan Mosag y se aferró a sus huesos. El rey hechicero había chillado de agonía al tiempo que un nuevo tipo de vida se extendía por su interior.

No lo había sanado; no había hecho nada por enderezar sus huesos o relajarle el tejido de las cicatrices.

No, había sido algo más parecido a una promesa, una invitación susurrada a algún futuro bendecido. Se había desvanecido en una docena de latidos, pero el recuerdo de esa promesa permanecía con Hannan Mosag.

Scabandari, padre Sombra, vivía todavía. Arrancado de la carne y el hueso, cierto, pero el espíritu persistía. Respondía a su desesperada plegaria y le regalaba a ese lugar la santidad.

He hallado el camino. Puedo ver el fin.

En ese momento se agazapaba en el suelo duro y seco y Bruthen Trana (obligado a encorvarse un poco a causa del techo bajo) permanecía de pie, a su lado. El rey hechicero señaló con un gesto el centro de la cámara.

—Ahí, guerrero. Debe acostarse. El ritual está preparado, pero se lo advierto, el viaje será largo y difícil.

—No lo entiendo, rey hechicero. Este… este templo. Es auténtico Kurald Emurlahn.

—Sí, Bruthen Trana. Bendecido por el poder del propio padre Sombra. Guerrero, su viaje se ve así bendecido también. ¿No le indica esto que vamos por el buen camino?

Bruthen Trana se lo quedó mirando desde su altura y permaneció en silencio media docena de latidos.

—A usted —dijo después—, más que a nadie, se le debería haber rechazado. El propio padre Sombra debería haberlo hecho. Su traición…

—Mi traición no significa nada —soltó de repente el rey hechicero—. ¡Guerrero, nos han bendecido! ¡Este lugar, no es un simple templo de Kurald Emurlahn! ¡Es un templo de Scabandari! ¡De nuestro propio dios! El primero de sus templos en este reino, ¿no comprende lo que eso significa? Va a regresar. A nosotros.

—Entonces quizá lo que buscamos sea inútil —respondió Bruthen Trana.

—¿Qué?

—Scabandari regresará, y se enfrentará a Rhulad Sengar. Dígame, ¿su dios Tullido se arriesgará a ese enfrentamiento?

—No sea necio, Bruthen Trana. Está haciendo la pregunta equivocada. ¿Se arriesgará Scabandari a esa confrontación? ¿En el mismo momento de su regreso? No podemos conocer el poder de padre Sombra, pero creo que estará débil, exhausto. No, guerrero, somos nosotros los que debemos protegerlo cuando regrese. Protegerlo, y nutrirlo.

—¿Entonces, lo ha encontrado Temor Sengar?

Los ojos oscuros de Hannan Mosag se entrecerraron.

—¿Qué sabe usted de eso, Bruthen Trana?

—Solo lo que saben la mayor parte de los edur. Temor se fue para buscar a padre Sombra. Para responder a su hermano. Para responderle a usted, rey hechicero.

—Está claro —dijo Hannan Mosag con voz tensa— que ha habido una reconciliación.

—Quizá la haya habido. No ha respondido a mi pregunta.

—No puedo, pues no lo sé.

—¿Vuelve a disimular una vez más?

—Su acusación es injusta, Bruthen Trana.

—Comencemos este ritual. Dígame, ¿viajaré en carne y hueso?

—No. Moriría, y al instante, guerrero. No, debemos liberar su espíritu de un tirón.

Hannan Mosag observó a Bruthen Trana mientras se colocaba en el centro de la cámara. El guerrero se despojó de su espada y cinturón y se tendió de espaldas.

—Cierre los ojos —dijo el rey hechicero y se acercó más, arrastrándose—. Lleve su mente a la comodidad de Sombra. Sentirá mi roce, sobre el pecho. Poco después, toda sensación de su cuerpo físico se desvanecerá. Abra entonces los ojos y aparecerá… en otra parte.

—¿Cómo sabré cuándo he encontrado el camino que busco?

—Como busca, encontrará, Bruthen Trana. Y ahora silencio, por favor. Debo concentrarme.

Muy poco después, el rey hechicero extendió el brazo y posó la mano en el pecho del guerrero.

Así de fácil.

El cuerpo tendido ante él no respiró. Si lo dejara allí demasiado tiempo comenzaría a pudrirse. Pero ése era suelo santificado, vivificado por el poder de Kurald Emurlahn. No habría deterioro. Para el cuerpo no transcurriría el tiempo.

Hannan Mosag se acercó un poco más y empezó a registrar las ropas de Bruthen Trana. El guerrero llevaba algo encima, algo con un aura de poder puro que golpeó los sentidos del rey hechicero como un hedor. Rebuscó entre los bolsillos del forro del manto de cuero del guerrero y no halló más que una nota raída de algún tipo. Vació la saca de monedas que llevaba atada al cinturón de la espada. Una única piedra pulida, negra como el ónice, pero no era más que una obsidiana erosionada por las olas. Tres diques, la moneda local letherii. Y nada más. Con una irritación creciente, Hannan Mosag empezó a desnudar al guerrero.

Nada. Pero podía olerlo, impregnando la ropa.

Con una mueca de furia, Hannan Mosag se echó hacia atrás con las manos crispadas.

Se lo ha llevado con él. Debería haber sido imposible. Sin embargo... ¿qué otra posibilidad hay?

Su mirada enfebrecida dio con la nota arrugada. La recogió, alisó el papel y leyó lo que había escrito.

Al principio no le encontró sentido a la declaración, no, no era una declaración, comprendió. Una confesión. Una firma que no había visto nunca, tan estilizada al modo letherii que era indescifrable. Unos momentos después, con la mente disparada, llegó la revelación.

Alzó los ojos, y los clavó en la forma ya desnuda de Bruthen Trana.

—¿Qué engaño estabas planeando con esto, guerrero? Quizá seas más listo de lo que había imaginado. —Hizo una pausa y sonrió—. Ya no importa.

El rey hechicero sacó su daga.

—Un poco de sangre, sí, para sellar la vida sagrada de mi templo. Scabandari, tú lo entenderías. Sí. La necesidad.

Se desplazó penosamente junto a Bruthen Trana.

—Trae al que buscamos, guerrero. Sí. Más allá de eso, por desgracia, ya no te necesito. —Alzó el cuchillo y lo clavó con fuerza en el corazón de aquel hombre.

Tehol Beddict miró a Bicho y vio que su criado completaba un giro entero, los ojos siguiendo al enorme tartheno como si se los hubieran clavado al bárbaro guerrero con su absurda espada de piedra. El cordón de guardias que flanqueaba al gigante parecía tan aterrado como exigía la ocasión.

—Bueno —dijo Tehol—, no es ningún Ublala Pung, ¿eh?

Bicho no pareció siquiera oírlo.

—Bah, allá tú. Creo que quiero hablar con ese otro, ¿cómo lo llamaste? Ah, sí, el jhag. Cualquier persona que no se encoge en las zarpas de ese tartheno es que le falta cerebro

o (y no es un pensamiento agradable) es que es más aterrador todavía. Quizá no estaría de más vacilar en este momento, teniendo en cuenta como siempre el consejo de un criado leal… ¿no? Pues que sea no. Así que, por favor, quédate ahí parado como un hombre cuyo corazón acaba de caerse para incrustarse en algún lugar bajo su «bazhígado» o algún otro órgano del que no quiero saber nada. Sí, eso, haz eso.

Tehol echó a andar hacia el jhag. El otro salvaje, al que había dejado inconsciente de un puñetazo el tartheno (por quien Ublala Pung había forzado la entrada en el complejo), estaba incorporándose y miraba aturdido a su alrededor. Todavía sangraba por la nariz rota, que más rota no podía estar. La mujer, atractiva en un estilo muy terrenal, observó Tehol otra vez, estaba hablando con el gigante tatuado mientras a una docena de pasos de distancia un extranjero miraba con algo parecido al asombro a la mujer o al jhag.

Visto lo visto, decidió Tehol, un escenario interesante. Lo bastante interesante como para interrumpir con su encanto habitual. Se acercó, extendió los brazos e hizo un anuncio.

—¡Hora es, creo, de una bienvenida más apropiada a nuestra bella ciudad! —Y la manta se le deslizó y le cayó alrededor de los pies.

Bicho, por desgracia, se perdió tan deliciosa presentación, pues al tiempo que sus ojos se aferraban al toblakai, se encontró caminando, siguiendo, paso tras paso, al guerrero y su escolta, que marchaban hacia el Complejo de los Campeones, o cualquier otro nombre de ironía involuntaria que los candorosos funcionarios de palacio hubieran querido darle. Habían llegado a una calle del recinto amurallado cuando toda esperanza de continuar llegó a un repentino pero confuso final. La calle estaba repleta de gente.

Personas demacradas, manchadas de excrementos, carne en su mayor parte desnuda cubierta de verdugones y llagas, atestaban la calle como niños abandonados, perdidos y desesperados, parpadeando bajo el sol duro de la tarde. Cientos de aquellas desgraciadas criaturas.

Los guardias del toblakai se detuvieron ante la inesperada barrera, y Bicho vio que el más adelantado se echaba hacia atrás como si lo asaltara un mal olor y luego se giraba para discutir con los otros. Su «prisionero», por otro lado, se limitó a bramarle a la chusma que despejara el camino, y siguió abriéndose paso entre la multitud.

Había avanzado unos veinte pasos cuando él también se detuvo. Con los hombros y la cabeza por encima de la multitud, miró con furia a su alrededor y después gritó algo en una versión grosera de malazano.

—¡Os conozco! ¡En otro tiempo esclavos de la isla de Sepik! ¡Oídme!

Los rostros giraron. La multitud se fue moviendo y formó un círculo tosco.

Oyen. Están desesperados por oír.

—¡Yo, Karsa Orlong, daré respuesta! Así lo juro. Vuestros parientes os rechazan. Os expulsan. Vivís o morís y a ellos no les importa. Ni a nadie en esta maldita tierra. ¡A vuestro destino no le ofrezco nada! En venganza por lo que os han hecho, lo ofrezco todo. Ahora seguid vuestro camino, vuestras cadenas han desaparecido. ¡Id ya, para que nunca os envuelvan de nuevo! —Y con eso el guerrero toblakai siguió andando hacia la verja principal del complejo.

No era precisamente lo que necesitaban oír, creo. Todavía no, en cualquier caso. Sospecho que con el tiempo podrían recordarlo.

No, esto (aquí y ahora), esto exige otro tipo de liderazgo.

Los guardias se habían retirado en busca de otra ruta.

Los pocos ciudadanos que había estaban haciendo lo mismo. Nadie quería ver ese legado.

Bicho se adelantó. Recurrió a su poder y lo sintió resistirse a tan indecoroso propósito. *Malditos sean mis devotos, quienes seáis o lo que seáis. ¡Haré lo que quiera!* Poder, desprovisto de comprensión, frío como el mar, oscuro como las profundidades. *Haré lo que quiera*.

—Cerrad los ojos —le dijo a la turba. Las palabras eran poco más que un susurro, pero todos las oyeron, sólidas e innegables en sus mentes. *Cerrad los ojos*.

Y lo obedecieron. Niños, mujeres, hombres. Inmóviles. Los ojos cerrados con fuerza, el aliento contenido en una tensión repentina, quizá incluso miedo, pero Bicho sospechaba que aquellas personas estaban más allá del miedo. Esperaban para ver qué ocurriría a continuación. Y no se movían.

Haré lo que quiera.

—Oídme. Hay un lugar seguro. Lejos de aquí. Os enviaré allí. Ahora. Unos amigos os recibirán. Os llevarán sanación y tendréis comida, ropa y refugio. Cuando sintáis el suelo moverse bajo vosotros, abrid los ojos a vuestro nuevo hogar.

El mar no perdonaba. Su poder era avidez y rabia hinchada. El mar luchaba con la costa, con el propio cielo. El mar no lloraba por nadie.

A Bicho no le importaba.

Como cualquier charco dejado por la marea bajo el sol ardiente, su sangre se había… calentado. Y el charco más pequeño estaba lleno de la promesa de un océano, una veintena de océanos, todo su poder se podía contener en una única gota de agua. Tal era Denaeth Rusen, tal era Ruse, la senda donde había nacido la vida. *Y ahí, en esa promesa de la propia vida, encontraré lo que necesito*.

De empatía.

De calidez.

El poder, cuando llegó, fue una auténtica corriente. Colérica, sí, pero real. El agua había conocido vida durante tanto tiempo que no albergaba recuerdo alguno de pureza. Poder y don se habían hecho uno, y ese uno se rindió a su dios.

Y él los envió lejos.

Bicho abrió los ojos y vio ante él una calle vacía.

De regreso en su habitación, Karsa Orlong se quitó la vaina que llevaba al hombro y después, mientras sostenía el arma y su arnés en las manos, se quedó mirando la larga mesa sobre la que reposaba un farol de aceite con la mecha baja. Tras un momento dejó la espada y el cinturón. Y se quedó quieto una vez más.

Muchas cosas que considerar, una palpitación de hervor y espuma en algún pozo abierto en las profundidades de su interior. Los esclavos. Expulsados porque sus vidas no significaban nada. Tanto los edur como los letherii eran despiadados pero cobardes. Impacientes por dar la espalda a lo que suponía su indiferencia. Contentos de despojar de su calidad de persona a cualquiera siempre que les convenía.

Pero era a él al que llamaban bárbaro.

Si era así, entonces le complacía la distinción.

Y fiel a su visión clara y salvaje de lo que estaba bien y mal, conservaría en su mente esa escena (esos rostros famélicos, los ojos líquidos que parecían brillar con tal fuerza que sentía que su roce lo quemaba), se aferraría a ella cuando se enfrentase al emperador Rhulad. Cuando se enfrentase después a cada letherii y cada edur que decidiera interponerse en su camino.

Eso había jurado, y de eso todos darían fe.

Ese frío pensamiento lo inmovilizó durante otra docena de latidos, al cabo recordó una segunda imagen. Icarium, al que llamaban Robavida.

Había estado a punto de romper el cuello de ese jhag.

Y entonces había visto en ese rostro de piel cenicienta… algo. Y con ello, reconocimiento.

Cedería ante Karsa. Había dado su palabra. Y Karsa sabía que no la rompería.

Había sangre jhag en ese tal Icarium, pero de eso Karsa no sabía mucho. Padre o madre jaghut, poco importaba cuál.

Y sin embargo, el otro progenitor, padre o madre…, bueno, él había visto suficiente en la cara de Icarium para conocer esa sangre. Para reconocerla como el susurro de la suya propia.

Toblakai.

En su opulento despacho, el canciller Triban Gnol se sentó despacio, con una cautela poco propia de él. Un soldado letherii cubierto de polvo, sudoroso y ensangrentado permanecía ante él, flanqueado a la derecha por Sirryn Kanar, cuyo regreso de las criptas había coincidido con la llegada de ese mensajero.

Triban Gnol apartó la mirada del agotado soldado. Llamaría después a los esclavos de la fregona para que lavaran el suelo en el que estaba el hombre; para que perfumaran el aire una vez más con aceite de pino. Con los ojos puestos en la caja lacada que tenía sobre el escritorio, se dirigió al soldado.

—¿Con cuántos ha venido, cabo?

—Otros tres. Y un edur.

La cabeza de Triban Gnol se alzó de golpe.

—¿Dónde está ahora?

—Murió menos de tres pasos después de traspasar la gran entrada del Domicilio, señor.

—¿Sí? ¿Murió?

—Sus heridas eran muy graves, señor. Y yo sabía lo suficiente para evitar que un sanador lo atendiera a tiempo. Me acerqué a ayudarlo cuando se tambaleó, le di a la flecha que tenía en la espalda unos cuantos giros y después un buen empujón. Se desmayó de dolor y cuando lo cogí y lo fui a depositar en el suelo, apreté con el pulgar la gran arteria del cuello. Pude mantenerlo así treinta latidos o más. Fue más de lo que el edur podía soportar.

—¿Y usted es un simple cabo en mi nómina? Creo que no. Sirryn, cuando hayamos acabado aquí, redacte un ascenso para este hombre.

—Sí, canciller.

—Y por tanto —continuó Triban Gnol—, al ser el de más rango entre los letherii que quedaban, la responsabilidad de informar recayó sobre usted.

—Sí, señor.

—Necesito los nombres de los otros.

El cabo pareció estremecerse.

—Señor, sin mis soldados, yo jamás habría…

—Comprendo su lealtad, y se la elogio. Por desgracia, debemos enfrentarnos a esta situación con claridad de miras. Hay necesidades que se han de reconocer. Esos soldados no son míos. No como usted.

—Son leales, señor…

—¿A quién? ¿A qué? No, el riesgo es demasiado grande. Le concederé un regalo, sin embargo. —La mirada del canciller se posó un instante en Sirryn—. Será rápido e indoloro. Nada de interrogatorios.

Sirryn alzó las cejas.

—¿Ninguno?

—Ninguno.

—Como ordene, señor.

El cabo se lamió los labios y después, con un esfuerzo obvio por pronunciar las palabras, se dirigió al canciller.

—Se lo agradezco, señor.

El asentimiento del canciller fue distraído, su mirada una vez más clavada en la caja reluciente de madera negra que permanecía sobre su escritorio.

—Me gustaría preguntarlo otra vez —dijo—, ¿no hubo indicación alguna de quiénes eran? ¿Ninguna declaración formal de guerra?

—Nada en absoluto, señor —respondió el cabo—. Cientos de barcos ardiendo, ésa fue su declaración de guerra. E incluso entonces, parecían… pocos. No había ejército, no había señal alguna del desembarco.

—Pero lo hubo.

—¡Que el Errante nos proteja, sí! Señor, yo cabalgaba con veinte letherii, veteranos todos, y seis tiste edur de los arapay. Con magia edur o sin ella, nos tendieron una emboscada en un claro que había tras una finca abandonada. En un momento dado pensábamos en montar el campamento y nos deteníamos entre las hierbas altas, solos, y al siguiente había truenos y fuego, y cuerpos volando, volando, señor, por el aire. O solo miembros. Trozos. Y flechas siseando en el atardecer.

—Y sin embargo, su tropa se recuperó.

Pero el cabo negó con la cabeza.

—El edur que nos mandaba… él sabía que la noticia que traíamos a la capital (la de los barcos ardiendo y los cadáveres tiste en los caminos), esa noticia exigía que nos retiráramos. Tantos como pudiéramos abrirnos paso luchando. Señor, con el edur en cabeza, salimos disparados. Éramos siete al principio, habían matado a los otros cinco edur en el primer aliento del ataque, siete, después cinco.

—¿Ese enemigo los persiguió? —preguntó Triban Gnol en voz queda y pensativa.

—No, señor. No tenían caballos, al menos que nosotros viéramos.

El canciller se limitó a asentir.

—¿Humanos? —preguntó después.

—Sí, señor. Pero no letherii, ni tampoco pertenecían a una tribu, por lo que pudimos ver. Señor, usaban ballestas, pero no los arcos de pesca pequeños y débiles como los que usamos nosotros en los bajíos durante la temporada de la carpa. No, éstas eran armas de hierro ennegrecido con cuerdas gruesas y cuadrillos que atravesaban armadura y escudo. Vi a uno de mis soldados derribado de espaldas por uno de esos cuadrillos, muerto en el acto. Y…

Se detuvo cuando Triban Gnol levantó un dedo con una manicura perfecta.

—Un momento, soldado. Un momento. Algo que ha dicho. —El canciller alzó la mirada—. Cinco de los seis edur, los mataron al comienzo mismo de la emboscada. Y el descubrimiento de los cadáveres edur en los caminos que proceden de la costa. ¿No había cuerpos letherii en esos caminos?

—Ninguno que encontráramos, señor, no.

—Y, sin embargo, el sexto edur sobrevivió a ese ataque inicial en el claro, ¿cómo?

—Debió de parecerles que no sobrevivió. El cuadrillo que lo alcanzó en la espalda, señor, el que terminó matándolo. Se cayó de la silla de montar. Dudo que nadie esperara que se volviera a levantar y que recuperara su montura…

—¿Vio todo eso con sus propios ojos?

—Lo vi, señor.

—Ese cuadrillo, ¿antes o después del trueno y el fuego?

El cabo frunció el ceño y después contestó.

—Antes. Justo antes, ni un parpadeo de uno a otro, creo. Sí, estoy seguro. Fue al primero de todos que alcanzaron.

—¿Porque era obvio que estaba al mando?

—Supongo, señor.

—Ese trueno y fuego, ¿dónde golpeó la hechicería primero? Déjeme responder a mí a eso. En medio de los edur que quedaban.

—Sí, señor.

—Ya puede irse, soldado. Sirryn, quédese un momento.

En cuanto se cerró la puerta, Triban Gnol se puso en pie.

—¡Que el Errante nos libre! ¡Una puñetera invasión! ¡Contra el Imperio de Lether!

—Parece más contra los edur —aventuró Sirryn.

El canciller lo miró con furia.

—Maldito idiota. Eso es secundario, un detalle interesante como mucho. Sin verdadera relevancia. Sirryn, los edur nos gobiernan, quizá solo de nombre, sí, pero son nuestros ocupantes. Están entre nosotros. Pueden dar órdenes a las fuerzas letherii como les dicte la necesidad.

Dio un fuerte puñetazo en la mesa. La caja lacada saltó y la tapa se desprendió con un tintineo. Triban Gnol se quedó mirando lo que había en el interior.

—Estamos en guerra —dijo—. No es nuestra guerra, no la que planeamos, no. ¡Guerra!

—Aplastaremos a esos invasores, señor…

—Pues claro que sí, una vez que nos enfrentemos a su hechicería con la nuestra. Eso tampoco es relevante.

—No entiendo, señor.

Triban Gnol miró al hombre con furia. *No, no lo entiendes. Que es por lo que jamás ascenderás, matón patético*.

—Cuando acabe de silenciar a los otros soldados, Sirryn, ah, sí, y de redactar el ascenso para nuestro emprendedor y joven cabo, quiero que entregue, en persona, un mensaje a Karos Invictad.

—¿Señor?

—Una invitación. Debe venir al palacio.

—¿Cuándo?

—De inmediato.

—Sí, señor. —Y Sirryn hizo un saludo militar.

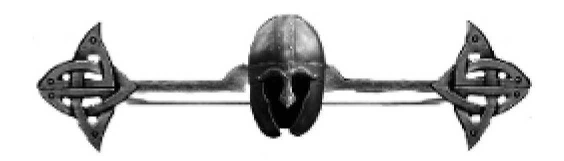
—Vaya.

Cuando se cerró la puerta por segunda vez, Triban Gnol se quedó mirando su escritorio. Dentro de la caja con la tapa desencajada. En el interior había una botellita achaparrada. Quedaba un tercio de su contenido.

Triban Gnol se complacía con frecuencia en mirarla, le bastaba con saber que estaba oculta dentro de su caja. Recordaba haber vertido el contenido en el recipiente de vino del que sabía que iba a beber Ezgara Diskanar ese día terrible. En el salón del trono. Ezgara, y ese patético primer eunuco. Nisall debería haber sido la siguiente. No Brys. No, cualquiera salvo Brys Beddict.

Eso sí que era de lamentar.

16



Cada campo de batalla
alberga cada grito proferido,
entreverado como raíces
entre piedras
y armadura rota,
armas hechas pedazos,
broches de cuero pudriéndose
en la tierra.
Los siglos no son nada
para esas voces,
esas almas ofendidas.
Mueren en el ahora.
Y el ahora es para siempre.

En las llanuras del Pino
—Rael de Salivalarga

El fuego se había apoderado de las hierbas. El viento y el agua se habían apoderado del suelo. El tramo llano donde desembocaban los dos canales de drenaje era un campo de cactus pequeños y dispersos, adoquines del tamaño de puños y roca agrietada por el fuego. El cadáver del explorador letherii había rodado desde el risco y había dejado un sendero de salpicaduras de sangre en las rocas,

sangre ya negra como la tinta. Coyotes, lobos o quizá perros leznas se habían comido los tejidos más blandos, la cara y las tripas, las nalgas y el interior de los muslos, y habían dejado el resto a las moscas y sus gusanos.

El supervisor Brohl Handar, que sabía que debería haber muerto en Bast Fulmar, que de hecho había creído en ese último momento que moriría, asesinado de forma absurda por su propia espada, les hizo un gesto a dos miembros de su tropa para que permanecieran en el risco y les indicó a los otros que se dirigieran a la elevación más alta, a treinta pasos de distancia, al otro lado de uno de los barrancos, después bajó con su caballo al paso hasta la llanura. Se armó de valor contra el hedor del soldado muerto y obligó a acercarse a su reticente montura.

El k'risnan había llegado a su lado a tiempo. Con el poder de sanar, un poder puro (sin mancha de caos), un poder que era, Brohl Handar al fin lo entendía, una bendición. Kurald Emurlahn. Oscuridad renacida. No la cuestionaría, no dudaría de ella. Una bendición.

El cabo de una flecha le sobresalía al explorador de la garganta. Se habían llevado su arma, así como el chaleco de cota de malla fina que vestía bajo la ligera camisa de cuero de color tostado. No había señal del caballo letherii. El zumbido de las moscas alcanzaba un volumen sobrenatural.

Brohl Handar dio la vuelta con su montura y la guió de regreso al risco. Habló con el explorador sollanta.

—¿Huellas?

—Solo el caballo, supervisor —respondió el guerrero—. El emboscado iba, creo, a pie.

Brohl asintió. Ése había sido el patrón. Los leznas estaban reuniendo caballos, armas y armaduras. La atri-preda había ordenado desde entonces que ningún explorador se adelantara solo. Lo que solo conseguiría que Mascararroja añadiera más emboscados.

—El lezna cabalgó hacia el sudeste, supervisor.

Días antes, por desgracia. No tenía sentido perseguirlo.

Los ojos entrecerrados para defenderse del duro sol, Brohl Handar examinó la llanura. ¿Cómo podía ocultarse un guerrero en esa tierra vacía? Los barrancos de drenaje habían parecido la respuesta obvia y en cuanto se divisaba uno, la tropa desmontaba, avanzaba a pie y se abalanzaba en el interior con la intención de sacar al enemigo de su escondrijo. Lo único que habían encontrado habían sido ciervos que se habían caído y guaridas de coyotes.

En las zonas de hierbas altas prácticamente lanzaban un ataque, tanto a caballo como a pie. De nuevo nada, salvo algún ciervo que otro que salía disparado casi a los pies de algún soldado sobresaltado que soltaba una maldición; o perdices blancas o tordos que levantaban el vuelo entre un frenesí de plumas y un tamborileo de alas.

Los magos insistían en que allí no se estaba ejerciendo hechicería alguna; de hecho, y cosa extraña, buena parte de la Lezna’dan parecía desprovista de lo que fuera necesario para dar forma a la magia. Estaba quedando claro que el valle conocido como Bast Fulmar no era de ningún modo el único con esa peculiaridad. Al principio Brohl Handar había creído que las llanuras no eran más que versiones sureñas de la tundra. En ciertos sentidos era cierto, en otros eran cualquier cosa salvo eso. Los horizontes mentían, las distancias engañaban. Los valles se ocultaban al ojo humano hasta que estabas encima. *Pero tan parecido a la tundra, un lugar terrible para librar una guerra*.

Mascararroja y su ejército habían desaparecido. Sí, había rastros de sobra; enormes ringleras de suelo pisoteado que serpenteaban de aquí para allá. Pero algunas eran de rebaños de bhederin, otras eran antiguas y había otras que parecían indicar que se viajaba en direcciones contrarias, superponiéndose de un lado a otro hasta que se perdía toda

orientación. Y así día tras día, las fuerzas letherii emprendían el camino, sus provisiones iban menguando, perdían exploradores en emboscadas, marchaban de acá para allá como si estuvieran condenados a perseguir una batalla mítica que nunca se produciría.

Brohl Handar había reunido a treinta de sus mejores jinetes y cada día los sacaba de la columna y se adentraba en los flancos (hasta una distancia que casi podía ser peligrosa) con la esperanza de avistar a los leznas.

En ese momento miraba con los ojos entrecerrados al explorador sollanta.

—¿Adónde se han ido?

El guerrero hizo una mueca.

—Lo he estado pensando, supervisor. De hecho, durante la última semana solo he pensado en eso. El enemigo, creo, está a nuestro alrededor. Después de Bast Fulmar, Mascararroja dividió a las tribus. Cada segmento empleó carretas para hacerlos indistinguibles; como hemos visto en el sinfín de rastros, arrastran esas carretas unas junto a otras, ocho o diez juntas, y las colocan al final, así borran las señales de todo lo que las precede por el camino. Podría haber un centenar de guerreros por delante, podría haber cinco mil.

—En ese caso —objetó Brohl—. Ya habríamos alcanzado al menos una de esas recuas.

—No nos movemos lo bastante rápido, supervisor. Recuerde que permanecimos acampados al sur de Bast Fulmar dos días enteros. Eso les dio una ventaja crucial. Sus columnas, con carretas y todo, se mueven más rápidas que las nuestras. Es tan sencillo como eso.

—Y la atri-preda se niega a enviar patrullas de reconocimiento en masa —dijo Brohl con un asentimiento.

—Una sabia decisión —dijo el explorador.

—¿Y eso?

—Mascararroja se volvería contra esa fuerza. La arrollaría y asesinaría a cada soldado. En cualquier caso, supervisor, estamos siguiéndole el juego.

—Eso es… inaceptable.

—Supongo que la atri-preda está de acuerdo con usted, señor.

—¿Qué se puede hacer?

El guerrero alzó las cejas.

—Yo no estoy al mando de este ejército, supervisor.

Y yo tampoco.

—¿Si lo estuviera?

Una inquietud repentina en la cara del explorador, que miró al otro escolta que estaba con ellos en el risco, pero ese hombre parecía concentrado en otra cosa, a lo lejos, en el horizonte, mientras arrancaba trocitos sueltos de carne seca de la fina tira que tenía en la mano izquierda y masticaba con lentitud.

—No importa —dijo Brohl con un suspiro—. Era una pregunta injusta.

—Pero me gustaría contestarla de todos modos, supervisor, si quiere.

—Continúe.

—Retirarnos, señor. Regresar a Drene. Volver a reclamar la tierra y protegerla mejor. Mascararroja tendrá que venir a nosotros si quiere responder al robo de la tierra lezna.

Estoy de acuerdo. Pero ella no lo consentirá.

—Llame a retirada —dijo—. Regresamos a la columna.

El sol ya había dejado atrás el mediodía para cuando la tropa tiste edur tuvo a la vista la columna letherii, y de inmediato quedó patente que había ocurrido algo. Las carretas de suministros se habían dispuesto en una formación cuadrada hueca, los bueyes y las mulas se habían

desenganchado y llevado a dos corrales separados dentro de esa disposición defensiva. Elementos de varias brigadas y regimientos comenzaban a formar tanto al norte como al sur del cuadrado, con tropas montadas dispuestas ya al este y al oeste.

Brohl Handar puso a su tropa a un rápido medio galope.

—Reúnanse con mis arapays —le dijo a su primer explorador—, los veo al oeste.

—Sí, señor.

Cuando la tropa giró tras él, el supervisor azuzó su caballo para ponerlo al galope y se dirigió al pequeño bosque de estandartes que marcaba la posición de la atri-preda, junto a la barrera de carretas, al este. Allí la tierra era relativamente plana. Otro risco de terreno un poco más elevado corría en general de este a oeste a unos mil pasos al sur, mientras que la topografía del lado norte estaba más o menos a la misma altura que la pista, repleta de hierba de briznas plateadas que llegaba a la cintura y que se conocía como hierba-cuchillo, una traducción literal del nombre lezna, *masthebe*.

Mascararroja sería idiota si se enfrenta a nosotros aquí.

Dejó que su caballo se pusiera a un trote rápido al irse acercando. Ya podía ver a la atri-preda, el arrebol de la emoción sustituía en su rostro a la tensión que había parecido hacerla envejecer un año por cada día transcurrido desde Bast Fulmar. Había reunido a sus oficiales y en ese momento se estaban alejando para cumplir sus órdenes. Para cuando llegó el supervisor, solo quedaban unos cuantos mensajeros y el portaestandartes de la tropa de Bivatt.

El supervisor tiró de las riendas.

—¿Qué ha pasado?

—Parece que se ha cansado de huir —respondió Bivatt con una expresión fiera y satisfecha.

—¿Lo ha encontrado?

—En este momento marcha hacia nosotros, supervisor.

—Pero… ¿por qué iba a hacer eso?

Hubo un destello de incomodidad en los ojos femeninos, la mujer apartó la vista y clavó la mirada en el sudeste, donde Brohl empezaba a ver una nube de polvo en el horizonte.

—Cree que estamos cansados, rendidos. Sabe que andamos escasos de comida y forraje decente, y que tenemos carretas atestadas de heridos. Pretende destrozarnos otra vez.

El sudor que cubría la frente de Brohl Handar lo secó una ráfaga de viento cálido. El aliento incesante de las llanuras, ese viento, siempre del oeste o del noroeste. Devoraba cada gota de humedad y volvía la piel correosa y bruñida. El supervisor se lamió los labios resecos y se aclaró la garganta.

—¿Se puede desatar hechicería aquí, atri-preda? —preguntó después.

Los ojos de la mujer destellaron.

—Sí. Y con eso vamos a responder.

—¿Y sus chamanes? ¿Qué hay de los chamanes leznas?

—Inútiles, supervisor. Sus rituales son demasiado lentos para el combate. Y tampoco pueden utilizar poder puro. Los tendremos en este día, Brohl Handar.

—Ha colocado a los tiste edur una vez más en la retaguardia. ¿Hemos de vigilar el estiércol dejado por los bueyes, atri-preda?

—En absoluto. Creo que hoy verán combates de sobra. Es seguro que habrá ataques en los flancos, en busca de nuestras provisiones, y necesitaré que usted y sus edur los repelan. Recuerde, también, a esos dos demonios.

—Son difíciles de olvidar —respondió él—. Muy bien, nos ubicaremos a la defensiva. —Recogió las riendas—. Disfrute de su batalla, atri-preda.

Bivatt observó al supervisor alejarse a caballo, irritada por sus preguntas, su escepticismo. Mascararroja era tan mortal como cualquier hombre. No era inmune a cometer errores, y ese día había cometido uno. El defensor siempre estaba en ventaja, y la regla general era que un atacante requería una superioridad numérica considerable. Bivatt había perdido, muertos o heridos, más de ochocientos de sus soldados en la debacle que había sido Bast Fulmar. Incluso con eso, Mascararroja no poseía números suficientes, suponiendo que tuviera intención de avanzar más allá del avistamiento inicial.

En un mundo ideal ella habría ubicado sus fuerzas a lo largo del risco del sur, pero no había habido tiempo para eso; y al quedarse donde estaba, evitaría que el risco se convirtiera en un factor en la batalla inminente. Cabía la posibilidad de que Mascararroja se limitara a tomar el risco y después la esperara allí, pero ella no le seguiría el juego otra vez. Si buscaba batalla ese día, tendría que avanzar él. Y rápido. Bivatt no iba a tolerar que se plantara y esperara en el risco, no cuando ella tenía a sus magos. *Quédate ahí si te atreves, Mascararroja, y enfréntate a oleada tras oleada de hechicería*.

Pero iba a avanzar. Bivatt no creía que el lezna fuese a buscar el risco para después limitarse a aguardar, no esperaría que ella renunciase a su formación defensiva para marchar sobre él.

No, ha perdido la paciencia. Ha revelado su debilidad.

Examinó el posicionamiento de sus tropas. La infantería pesada de la Rampante Carmesí anclada en el extremo izquierdo, el lado más oriental de su fila. La infantería pesada del Batallón de los Mercaderes, en el extremo de la derecha. La infantería pesada del Batallón Artesano, en el

centro. En los flancos, extendiéndose a doble profundidad (veinte filas en lugar de diez), estaba la variada infantería media de su fuerza. Los elementos de reserva de los escaramuzadores que le quedaban, la guarnición de Drene y la infantería media estaban dispuestos más cerca del cuadrado de carretas. A la caballería de Rosazul, dividida en dos alas, la reservaba para dar una respuesta rápida, ya fuera como contraataque o para cerrar una brecha.

Los tiste edur de Brohl Handar protegían el norte. Darían la espalda a la batalla principal, pero Bivatt estaba convencida de que los atacarían, los asaltarían en busca de los suministros. Y sospechaba que el asalto procedería de las hierbas altas del lado norte del camino.

Se alzó sobre los estribos y estudió la nube de polvo que se acercaba. Sus exploradores habían confirmado que se trataba de Mascararroja, que encabezaba lo que tenía que ser la mayoría de sus guerreros. Esa calima de polvo parecía ir virando hacia el risco. La atri-preda mostró una mueca de desdén y después le hizo un gesto a un mensajero para que se acercara.

—Tráiganme a mis magos. Ya mismo.

Al anciano lo habían encontrado muerto en su tienda esa mañana. Las huellas de las manos que lo habían estrangulado dejaban un mapa moteado de brutalidad bajo la cara hinchada y los ojos saltones. Su asesino se había sentado encima de él y se lo había quedado mirando para presenciar la llegada de la muerte. El último anciano de los renfayar, la tribu de Mascararroja, quizá el hombre más antiguo entre todos los leznas. La acechadora ciega que era la muerte debería haber tocado con más dulzura a un hombre así.

En el campamento, el miedo y la consternación silbaban y giraban como un viento atrapado en un barranco, puntuado por los terribles gemidos de las viejas y los gritos que anunciaban malos augurios. Mascararroja había llegado para contemplar el cadáver cuando lo habían sacado y, por supuesto, nadie pudo ver lo que ocultaba su máscara de escamas, pero no había caído de rodillas junto al cuerpo de su pariente, su sabio asesor. Se había quedado de pie, inmóvil, el látigo cadaran cruzado, envolviéndole el torso, la medialuna del hacha rygtha sujeta sin fuerzas en la mano izquierda.

Los perros estaban aullando, sus voces despertadas por los deudos, y en los flancos de las laderas del sur, los rebaños de rodaras cambiaban sin cesar de posición, nerviosos e inquietos.

Mascararroja se había dado la vuelta entonces. Sus oficiales de las máscaras de cobre se acercaron, junto con Masarch y, unos pasos tras ellos, Toc Anaster.

—Ya no vamos a huir más —dijo Mascararroja—. Hoy derramaremos más sangre letherii.

Eso era lo que los guerreros leznas estaban esperando oír. Nadie ponía en duda su lealtad, no desde Bast Fulmar, pero eran jóvenes y habían probado la sangre. Y querían probarla otra vez. La elaborada partida que habían librado con los letherii se había alargado demasiado. Ni siquiera las inteligentes emboscadas tendidas a los escoltas y exploradores enemigos habían sido suficiente. Aquella marcha caótica, serpenteante, se parecía demasiado a una huida.

Los guerreros estaban reunidos al norte del campamento, con el amanecer todavía fresco en el aire; los adiestradores de perros y sus ayudantes retenían con correas a las inquietas bestias que no cesaban de lanzar bocados, y orientaban a sus pupilos ligeramente hacia el este. Los

caballos pateaban el suelo embadurnado de rocío, los pendones de los clanes se agitaban como juncos altos. Se enviaron exploradores con arqueros montados para entrar en contacto con los escoltas letherii y obligarlos a regresar al nido. Eso garantizaría que la disposición concreta de las fuerzas de Mascararroja permaneciera oculta todo el tiempo posible.

Momentos antes de que el ejército se pusiera en marcha, llegó Torrente para colocarse junto a Toc. El guerrero fruncía el ceño, como hacía la mayor parte de las mañanas (y las tardes, y las noches), pues se había olvidado de ponerse su máscara de pintura. Ésta había empezado a producirle manchas y sarpullidos en las mejillas, la barbilla y la frente, razón por la que se le «olvidaba» con más frecuencia esos días. Toc respondió a la beligerante expresión con una sonrisa brillante.

—Las espadas se han desenvainado en este día, Torrente.

—¿Te ha dado permiso Mascararroja para entrar en batalla a caballo?

Toc se encogió de hombros.

—No ha dicho nada en un sentido u otro, lo que supongo que es permiso suficiente.

—No lo es. —Torrente hizo retroceder a su caballo de espaldas y le dio la vuelta para dirigirse donde se encontraba Mascararroja, a horcajadas sobre su montura letherii, más allá de la irregular fila de jinetes preparados.

Toc se acomodó en la extraña silla amazacotada lezna y examinó una vez más su arco y las flechas que llevaba en el carcaj atado al muslo derecho. No era que le interesara mucho la lucha en sí, pero como mínimo estaría listo para defenderse si era necesario. *Malos augurios*. Era obvio que Mascararroja era indiferente a esas cosas. Toc se rascó el tejido chillón que rodeaba la cuenca vacía del ojo. *Echo de menos ese ojo, regalo del Alto Denul en lo que parece que*

fue hace siglos. Bien saben los dioses que me volvió a convertir en un arquero de verdad; estos días soy casi inútil, maldita sea. Rápido e impreciso, ése es Toc el Desafortunado.

¿Le prohibiría Mascararroja cabalgar en ese día? A Toc no se lo parecía. Vio que Torrente intercambiaba unas palabras con el caudillo, el caballo del guerrero desenmascarado daba pasos de lado y agitaba la cabeza. *Qué cierto es que la bestia llega a parecerse al amo. Imagínate todos los perros tuertos que podría haber tenido yo*. Torrente giró entonces su montura y se dirigió a Toc a un medio galope rápido.

El ceño se había oscurecido. Toc sonrió una vez más.

—Las espadas se han desenvainado en este día, Torrente.

—Ya lo has dicho antes.

—Pensé que podríamos empezar otra vez.

—Quiere que no corras peligro.

—Pero todavía puedo cabalgar con el ejército.

—No confío en ti, así que no creas que en lo que hagas no habrá testigos.

—Mucho niegas, Torrente. Pero me siento generoso esta mañana, así que dejaré sueltas las riendas.

—Nunca deben anudarse las riendas —dijo Torrente—. Cualquier idiota lo sabe.

—Como tú digas.

El ejército se puso en marcha, todos montados de momento (incluyendo los adiestradores de los perros), pero eso no duraría. Y Toc sospechaba que la fuerza tampoco permanecería unida. Mascararroja no veía la batalla como un único acontecimiento. Más bien veía una colección de choques, un enfrentamiento de voluntades; allí donde se atemperaba uno, él mudaba su atención para reanudar el combate en otro sitio, y era en la orquestación de esos numerosos encuentros donde se ganaba o perdía una

batalla. Los elementos de los flancos se separaban de la columna principal. Más de un ataque, más de un objetivo.

Toc lo comprendía. Sospechaba que era la esencia de la táctica entre los comandantes de éxito de todo el mundo. Desde luego los malazanos habían luchado de ese modo, y con excelentes resultados. Renunciaban a la noción de amagos, cada enfrentamiento era deliberado y con la buscada pretensión de enzarzar al enemigo en un combate fiero y desesperado.

—Déjale las fintas a la nobleza —había dicho una vez Kellanved—. Que se lleven su ingeniosa elegancia al túmulo. —Eso había sido mientras Dassem Ultor y él observaban a los caballeros untan en el campo de batalla al este de Jurda. Caballeros que cabalgaban de un lado a otro y del otro al uno. Cansaban a sus cargados caballos de guerra, sembraban la confusión entre las nubes de polvo que envolvían a sus propias filas. Amagos y ataques ciegos. Dassem había hecho caso omiso de los idiotas de pura sangre y, antes de que terminara la batalla del día, había triturado al ejército untan entero, incluso a los tan cacareados y (en otro tiempo) temidos caballeros.

Los letherii no poseían caballería pesada. Pero si la tuvieran, Toc creía que jugarían a amagos y ataques ciegos toda la jornada.

O quizá no. Su hechicería en batalla no era sutil ni elegante. Tan fea como el puño de Fenn, en realidad. Lo que sugería cierto pragmatismo, un interés en la eficiencia por encima de la pompa y, de hecho, una especie de impaciencia con respecto a los amaneramientos de la guerra.

Hechicería. ¿Mascararroja había olvidado a los magos letherii?

La inmensa llanura nivelada donde aguardaba el enemigo, los leznas lo llamaban Pradegar, Sal Vieja, no

estaba muerta para la magia. Los chamanes de Mascararroja habían hecho uso de la magia residual que había allí para rastrear los movimientos del ejército enemigo, después de todo.

¿Mascararroja, has perdido la cabeza?

Los lezna siguieron cabalgando.

Más que espadas se han desenvainado en este día, me temo. Se rascó de nuevo la cuenca vacía y azuzó su caballo para ponerlo en movimiento.

A Orbyn Buscaverdad le desagradaba la sensación de suelo blando bajo él. Tierra, marga, arena, cualquier cosa que pareciera vacilar bajo su peso. No le suponía un problema tolerar un trayecto en carruaje, puesto que las ruedas eran bastante sólidas, y las sacudidas de lado a lado sobre la pista rocosa servían para tranquilizarlo siempre que pensaba en la incertidumbre inferior. En ese momento se encontraba sobre piedra firme, un abombamiento de lecho arañado de roca justo encima de la pista que serpenteaba por todo el fondo del valle.

El sol había calentado el aliento del aire y olía a agua fresca y pino. Los mosquitos vagaban en enjambres por los arroyos de hielo fundido que culebreaban por las laderas de las montañas, desviándose hacia un lado y otro siempre que una libélula entraba disparada entre ellos. No había ni una nube en el cielo y el azul era tan intenso y limpio, en comparación con la atmósfera polvorienta de Drene o de cualquier otra ciudad, si a eso iba, que Orbyn se encontró alzando los ojos una y otra vez y luchando contra algo parecido a la incredulidad.

Cuando no miraba al cielo, los ojos del patriota se clavaban en los tres jinetes que iban descendiendo del paso. Se habían movido muy por delante de su compañía, habían

trepado a las alturas y después habían cruzado el espinazo de las montañas hasta el paso contrario, donde una guarnición había sido masacrada. Y, lo que era más importante, donde cierto envío de armas no había llegado. Si se miraban las cosas en conjunto, una pérdida así no significaba mucho, pero el comisionado Letur Anict no era un hombre de conjuntos. Sus motivaciones estaban truncadas, expresadas y analizadas con un lenguaje preciso, intolerante con las desviaciones, casi neurótico cuando se enfrentaba a algo complicado. Y esa situación, sin duda, era complicada. En pocas palabras, Letur Anict, a pesar de toda su riqueza y poder, era un burócrata en todo el sentido de la palabra.

Los jinetes de la avanzadilla estaban regresando, por fin, pero a Orbyn no era algo que le complaciese en especial. Sabía que no tendrían nada bueno que decir. Historias de cadáveres putrefactos, madera carbonizada, cuervos y ratones que reñían entre huesos desmoronados. Como mínimo, podía obligarse una vez más a meterse en el carruaje del comisionado, sentarse enfrente de ese aborrecible contable y aconsejar (con mayor veracidad esa vez) que le dieran la vuelta a la columna y regresaran a Drene.

Y no era que lo fuera a conseguir, ya lo sabía. A Letur Anict cada insulto le dolía y cada fracaso era un insulto. Alguien iba a pagar. Siempre pagaba alguien.

Algún instinto hizo a Orbyn echar la vista atrás, hacia el campamento, y vio que el comisionado salía de su carruaje. Bueno, era un alivio, puesto que Orbyn tenía por costumbre sudar de forma profusa en el estrecho vehículo de Letur. Observó a aquel hombre pálido abrirse paso con delicadeza hasta donde él se encontraba. Con demasiada ropa para el aire suave, el cabello blanco y lacio cubierto por un sombrero de ala ancha para evitar que el sol alcanzara la

piel clara, la cara extrañamente redonda ya colorada por el esfuerzo.

—Buscaverdad —dijo en cuanto llegó al abombamiento de roca—, los dos sabemos lo que nos dirán los exploradores.

—Así es, comisionado.

—Entonces… ¿dónde están?

Orbyn alzó las finas cejas y parpadeó para despejar el sudor repentino que le escocía en los ojos.

—Como sabe, bajaron como mucho hasta aquí, donde estamos acampados ahora mismo. Lo que deja tres posibilidades. Una, dieron la vuelta, volvieron a subir y fueron por el paso…

—No se les vio hacer eso.

—No. Dos, dejaron la pista aquí y se dirigieron al sur, quizá en busca del paso de las Perlas, para entrar en el sur de Rosazul.

—¿Y viajar por el espinazo de las montañas? No parece muy probable, Buscaverdad.

—Tres, se dirigieron al norte desde aquí.

El comisionado se lamió los labios como si se planteara algo.

—¿Por qué iban a hacer eso? —preguntó sin inflexión.

Orbyn se encogió de hombres.

—Se podría, si así se deseara, rodear la cordillera hasta llegar a la costa, y después alquilar una nave para dirigirse a casi cualquier aldea costera o puerto del mar de Rosazul.

—Meses.

—Temor Sengar y sus compañeros están más que acostumbrados, comisionado. Ningún grupo de fugitivos ha huido durante tanto tiempo como ellos dentro de los confines del imperio.

—No ha sido solo cuestión de habilidad, Buscaverdad. Los dos sabemos que los edur podrían haberlos capturado un

centenar de veces en cien lugares diferentes. Y es más, los dos sabemos por qué no lo han hecho. La pregunta alrededor de la que usted y yo hemos bailado durante mucho, mucho tiempo, es qué vamos a hacer, si es que vamos a hacer algo.

—Esa cuestión, por desgracia —dijo Orbyn—, solo la pueden abordar nuestros amos en Letheras.

—¿Amos? —Letur Anict lanzó un bufido—. Ellos tienen otras preocupaciones más urgentes. Debemos actuar de forma independiente, de acuerdo con las responsabilidades que nos han dado; en realidad, de acuerdo con las expectativas de que satisfaremos esas responsabilidades. ¿Nos apartamos mientras Temor Sengar busca al dios edur? ¿Nos apartamos mientras Hannan Mosag y sus supuestos cazadores hacen gala de su hábil incompetencia en esta supuesta persecución? ¿Cabe alguna duda en su mente, Orbyn Buscaverdad, de que Hannan Mosag está cometiendo traición? ¿Contra el emperador? ¿Contra el imperio?

—Karos Invictad, y estoy seguro de que el canciller también, están lidiando con el asunto de la traición del rey hechicero.

—Sin duda. Pero ¿qué les podría ocurrir a sus planes si Temor Sengar triunfase? ¿Qué les ocurrirá a todos nuestros planes si el dios edur de las Sombras se alza otra vez?

—Eso, comisionado, es muy poco probable. —*No, de hecho es imposible*.

—Estoy familiarizado —dijo Letur Anict con tono irritado— con el cálculo de probabilidades y la valoración de riesgos, Buscaverdad.

—¿Qué es lo que desea? —preguntó Orbyn.

La sonrisa de Letur Anict era tensa. Miró al norte.

—Se están escondiendo. Y los dos sabemos dónde.

Orbyn no estaba muy contento.

—El alcance de sus conocimientos me sorprende, comisionado.

—Me ha subestimado.

—Eso parece.

—Buscaverdad. Tengo conmigo a veinte de mis mejores guardias. Usted tiene cuarenta soldados y dos magos. Y suficientes faroles como para expulsar a la oscuridad y robar el poder de esos hechiceros decrépitos. ¿Cuántos quedan en esa fortaleza escondida? Si golpeamos con rapidez, podemos deshacernos de ese detestable culto y ya solo eso merece el esfuerzo. Capturar a Temor Sengar solo endulzaría la operación. Piense en el placer, los elogios, si ponemos en las manos de Karos y el canciller al terrible traidor, Temor Sengar, y al idiota, Udinaas. Piense, si quiere, en las recompensas.

Orbyn Buscaverdad suspiró.

—Muy bien —concluyó después.

—Entonces conoce el camino. Eso sospechaba.

Y tú no, y yo eso ya lo sabía. Sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente y del vello que tenía bajo la barbilla.

—La subida es ardua. Tendremos que dejar los carruajes y los caballos aquí.

—Sus tres exploradores nos servirán para vigilar el campamento. Se han ganado un descanso. ¿Cuándo nos vamos, Buscaverdad?

Orbyn hizo una mueca.

—De inmediato.

Dos de los tres exploradores estaban sentados junto a un fuego sobre el que había una olla manchada de hollín de té hirviente; el tercero se levantó, arqueó la espalda para aliviarla y se fue sin prisas hacia la modesta recua que se había pasado la mayor parte del día descendiendo al valle.

Se intercambiaron los saludos habituales junto con invitaciones para compartir esa noche y ese campamento. El líder de la recua se acercó con aire cansado a unirse al explorador.

—¿No es ése el sello del comisionado de Drene, el del carruaje? —preguntó.

El explorador asintió.

—Así es. —Su mirada se perdió más allá de aquel casi insignificante que se le había acercado—. Veo que no son comerciantes. Y sin embargo, llevan muchos guardias.

—Una inversión sabia, diría yo —respondió el hombre con un asentimiento—. El fuerte de la guarnición es prueba suficiente. Continúa abandonado, medio quemado y salpicado por los huesos de soldados masacrados.

El explorador se encogió de hombros.

—El lado occidental de la cordillera es célebre por sus bandidos. Oí que les dieron caza y los mataron.

—¿Es eso cierto?

—Eso oí. Y hay un nuevo destacamento de camino, junto con carpinteros, leñadores y un herrero. El fuerte debería quedar reconstruido antes del final de la temporada. —Se encogió de hombros—. Gajes del oficio de viajar.

Venitt Sathad asintió otra vez.

—No nos cruzamos con nadie en la pista. ¿Entonces el comisionado viene a reunirse con ustedes aquí?

—Así es.

—¿No es poco habitual este viaje? Drene, después de todo, está en el lado contrario al mar.

—Los asuntos del comisionado son suyos —respondió el explorador con cierta sequedad—. No me ha contestado, señor.

—¿No lo he hecho? ¿Y cuál era la pregunta?

—Pregunté qué llevaban que necesitan tan pocos fardos y tantos guardias.

—No se me permite decírselo, por desgracia —dijo Venitt Sathad mientras empezaba a examinar el campamento—. Tenían más soldados aquí, no hace mucho.

—Bajaron al valle ayer.

—¿Para reunirse con el comisionado?

—Eso es. Y se me acaba de ocurrir que si suben esta noche, este campamento no será lo bastante grande. No para ellos y ustedes.

—Supongo que está usted en lo cierto.

—Quizá sería mejor, entonces, que continuaran. Hay otro lugar dos mil pasos más allá, valle abajo. Tendrán luz suficiente, diría yo.

Venitt Sathad sonrió.

—Haremos como nos ha pedido, pues. Cabe la posibilidad de que nos topemos con su comisionado por el camino.

—Es posible, señor.

En los ojos del hombre, Venitt Sathad vio la mentira. Sin dejar de sonreír regresó con su caballo.

—Montad —les dijo a sus guardias—. Seguimos adelante.

Una orden nada agradable, pero Sathad había elegido bien a su escolta. En muy poco tiempo la tropa se había puesto de nuevo en camino.

No tenía ni idea de por qué el hombre al que le habían enviado a ver estaba en esa pista, tan lejos de Drene. Y tampoco sabía adónde había ido Anict, dado que por todos lados salvo adelante no había más que montañas escarpadas y salvajes pobladas por poco más que ovejas cornudas que trepaban a las rocas y unos cuantos cóndores que anidaban en los riscos. Quizá terminara averiguándolo. En cualquier caso, antes o después Letur Anict regresaría a Drene y él, Venitt Sathad, agente de Rautos Hivanar y la Consigna Libertad de Letheras, lo estaría esperando.

Con algunas preguntas de su amo.

Y algunas respuestas.

Un chillido resonó a lo lejos y después se desvaneció. Algo más cerca, entre el parpadeo de la luz de los faroles y las sombras vacilantes, los últimos llantos de los masacrados ya hacía mucho tiempo que se habían desvanecido; los soldados de la guardia de Orbyn caminaban entre los cuerpos apilados (en esa cámara la mayor parte eran niños, mujeres y ancianos) para tener la certeza de que ninguno respiraba todavía.

Ninguno lo hacía. Orbyn Buscaverdad se había asegurado de ello en persona. De una forma distraída, debatiéndose entre el desagrado y la necesidad que no admitía descuido. Llevaban como mucho cuatro campanadas en ese laberinto subterráneo, desde que se produjo la primera ruptura de guardas en la entrada de la fisura y todo lo que siguió, de sala en sala, de pasillo en pasillo, el asalto de la luz y la hechicería refulgente.

Fuera cual fuera la elaborada organización de poder que se había atrincherado en esa morada enterrada, había sido borrada del mapa sin que apenas se perdieran vidas letherii y todo lo que quedó después fue simple carnicería. Habían dado caza a los que se escondieron, los que huyeron a los confines más lejanos, los que se metieron en los almacenes más pequeños, los niños acurrucados en huecos y, en el caso de uno, en un ánfora medio llena de vino.

Menos de cuatro campanadas, así pues, para aniquilar el culto del Señor de las Alas Negras. Esas versiones degeneradas de tiste edur. Casi ni merecían el esfuerzo, al menos en lo que respectaba a Orbyn Buscaverdad. Dejaba un sabor más amargo que no hubiera señal de Temor Sengar ni de ninguno de sus compañeros. Ninguna señal, de hecho, de que hubieran estado allí.

Su mirada se posó en los cadáveres amontonados y se sintió manchado. Letur Anict lo había utilizado en su persecución obsesiva de la eficiencia, de la cruel simplificación de su mundo. Una irritación persistente menos para el comisionado de Drene. Ya podían regresar, y Orbyn se preguntó si ese viaje para rastrear unas cuantas carretas de armas baratas no habría sido, de hecho, un simple ardid. Un ardid que lo había engañado con tanta facilidad como si fuese un crío inocente.

Sacó un paño para limpiar la sangre de la daga y deslizó aquella arma de hoja larga en su vaina, por debajo de su brazo derecho.

Se acercó uno de sus magos.

—Buscaverdad.

—¿Hemos acabado aquí?

—Sí. Encontramos la cámara del altar. Media docena de sacerdotes y sacerdotisas chochos que cayeron de rodillas pidiéndole a su dios misericordia. —El mago hizo una mueca amarga—. Por desgracia, el señor de las Alas Negras no estaba en casa.

—Qué sorpresa.

—Sí, pero había una, señor. Es decir, una sorpresa.

—Continúe.

—Ese altar, señor, estaba santificado de verdad.

Orbyn miró al mago con los ojos entrecerrados.

—¿Lo que significa?

—Tocado por la Oscuridad, por la propia Fortaleza.

—No sabía que existía siquiera una Fortaleza así. ¿Oscuridad?

—Las losas poseen una orientación de Oscuridad, señor, aunque solo los textos más antiguos dan cuenta de ello. De los fulcras, señor. El Cuervo Blanco.

Orbyn se quedó de repente sin aliento. Clavó los ojos en el mago que tenía delante y observó las sombras que

revoloteaban sobre el rostro arrugado del hombre.

—El Cuervo Blanco. El extraño edur que acompaña a Temor Sengar se llama así.

—Si ese desconocido se llama así, entonces no es tiste edur, señor.

—¿Entonces qué?

El mago indicó con un gesto los cuerpos que yacían por todas partes.

—Se hacen llamar tiste andii. Hijos de la Oscuridad. Señor, yo no sé mucho de ese tal… Cuervo Blanco que viaja con Temor Sengar. Si de verdad caminan juntos, entonces algo ha cambiado.

—¿A qué se refiere?

—Los edur y los andii, señor, eran enemigos acérrimos. Si en lo que hemos extraído de las leyendas edur y otras hay algo de verdad, libraron una guerra, y esa guerra terminó con traición. Con el asesinato del Cuervo Blanco. —El mago negó con la cabeza—. Por eso yo no creo en ese Cuervo Blanco que está con Temor Sengar; no es más que un nombre, un nombre dado por error, o quizá como burla. Pero si me equivoco, señor, entonces una vieja enemistad se ha enterrado en una tumba muy profunda y eso podría resultar… preocupante.

Orbyn apartó los ojos.

—Hemos masacrado al último de estos andii, ¿no es cierto?

—En este lugar, sí. ¿Deberíamos confiar que son los últimos andii que quedan? ¿Incluso en Rosazul? ¿Acaso los edur no encontraron parientes al otro lado del océano? Quizá se hayan hecho otros contactos, contactos que nuestros espías en las flotas no detectaron. Me inquieta, señor, todo esto.

Y no solo a ti, mago.

—Piense más en ello —dijo.

—Lo haré.

Cuando el mago giró para irse, Orbyn extendió una manaza rolliza para detenerlo.

—¿Ha hablado con el comisionado?

Un ceño, como si al mago le hubiese ofendido la pregunta.

—Pues claro que no, señor.

—Bien. Del altar, y la santificación, no diga nada. —Reflexionó un momento y añadió—. De sus otros pensamientos, tampoco diga nada.

—No habría obrado de otra forma, señor.

—Excelente. Bien, reúna a nuestros soldados. Me gustaría irme de aquí tan pronto como podamos.

—Sí, señor, será un placer.

Dejemos a Letur Anict en su mundo que ahora es más simple. Lo que le gustaría que fuera y lo que es no es lo mismo. Y eso, querido comisionado, es el camino que lleva a la ruina. Lo recorrerás sin mí.

Clip estaba mirando al sur. Tenía la mano derecha levantada, la cadena y los anillos se la envolvían con fuerza. No los había hecho girar en más de una docena de latidos. El cabello, que se había dejado suelto, se agitaba al viento. A unos pasos de distancia, Silchas Ruina se había sentado en un peñasco y pasaba una piedra de amolar por el filo de una de sus espadas cantarinas.

La nieve bajaba flotando de un cielo de color azul pálido, una versión de altura de un chaparrón con sol, quizá, o puede que los vientos hubieran levantado los copos de los picos jóvenes que se alzaban por todos lados salvo delante de ellos. El aire era cortante, tan seco que la lana soltaba chispas y crujía. Habían cruzado los últimos metros de la accidentada meseta el día antes y habían dejado atrás una

masa de piedra negra, hecha pedazos, que marcaba el centro, lleno de cráteres. La subida de esa mañana había sido traicionera, muchas losas de piedra estaban envueltas en hielo. Al llegar a la cresta de la caldera, con la última luz de la tarde, se habían encontrado con una inmensa ladera de descenso que se extendía al norte durante media legua o más hasta una llanura de tundra. Más allá, el horizonte caía en una línea plana, blanca, borrosa. Campos de hielo, había dicho Temor Sengar, y Udinaas se había reído.

Seren Pedac se paseaba sin descanso por el risco. Había estado caminando con los demás, muy por detrás de Clip y de Silchas Ruina. Todavía quedaba luz para continuar, pero el joven tiste andii se había encaramado a la cima y se había quedado mirando el camino que habían recorrido. En silencio, sin expresión.

Seren se acercó donde estaba Udinaas, al que le había dado por llevar otra vez la lanza imass y que, en ese momento, estaba sentado en una roca hurgando con la punta de la lanza en el césped musgoso.

—¿Qué está pasando aquí? —le preguntó la mujer en voz baja—. ¿Lo sabes?

—¿Te suena el pájaro jarack, corifeo? ¿El ladrón y asesino de cresta gris del bosque?

La corifeo asintió.

—¿Y qué pasa cuando una hembra de jarack encuentra un nido que contiene los polluelos de algún otro pájaro? ¿Un nido sin protección?

—Mata a los pollos y se los come.

Udinaas sonrió.

—Cierto. Todo el mundo lo sabe. Pero los jaracks en ocasiones hacen otra cosa, al principio de la estación. Tiran un huevo del nido y dejan uno de los suyos. Los otros pájaros no parecen advertir al cambio. Y cuando el jarack sale del huevo, por supuesto mata y se come a sus rivales.

—Después hace su llamada —dijo la corifeo—. Pero es una llamada que no se diferencia de las de los pollos del otro pájaro. Y esos pájaros vienen con comida en el pico.

—Solo para que los dos jaracks adultos que esperan cerca les tiendan una emboscada y los maten en el nido. Otra comida para su cría.

—Los jaracks son pájaros muy desagradables. ¿Por qué estamos hablando de jaracks, Udinaas?

—Por nada, en realidad. Pero a veces merece la pena recordarnos a nosotros mismos que la crueldad de los humanos no es la única en este mundo.

—Los fent creían que los jaracks son las almas de niños abandonados que murieron solos en el bosque. Ansían un hogar y una familia, pero los invade tanta rabia cuando lo encuentran que destruyen todo lo que desean.

—¿Los fent tenían por costumbre abandonar niños?

Seren Pedac hizo una mueca.

—Solo en los últimos cien años, más o menos.

—Obstáculos para sus apetitos autodestructivos, diría yo.

Seren no respondió, pero se imaginó a Casco Beddict en pie de repente a su lado, irguiéndose en toda su altura y bajando los brazos para coger a Udinaas por la garganta y levantarlo.

Udinaas se echó de repente hacia delante, ahogándose, intentando aferrarse a ella con una mano.

Seren Pedac retrocedió. *¡No, maldita sea!* Y luchó por arrojar de sí la visión.

Pero no se iba.

Con los ojos salidos, la cara ennegrecida, Udinaas se rodeó el cuello con las manos, pero no había nada que arrancar.

—¡Seren! —chilló Tetera.

¡El Errante nos libre! Qué, cómo... ¡Oh, lo estoy matando! Casco Beddict permanecía allí, aplastando a Udinaas,

arrancándole la vida. Seren quería estirar los brazos, obligarlo a soltar su presa, pero sabía que no sería lo bastante fuerte. No, comprendió, necesitaba a alguien más…

Y conjuró en la escena de su mente otra figura que se acercaba, ágil y vista solo a medias. Una mano se alzó como un rayo y golpeó a Casco Beddict también en la garganta. El letherii se tambaleó hacia atrás, cayó con una rodilla en el suelo y soltó a Udinaas. Casco echó entonces mano de su espada.

El mango de una lanza apareció cortando como una guadaña y le asestó a Casco un golpe en toda la frente que le echó la cabeza hacia atrás con un movimiento brusco. Casco se derrumbó.

El guerrero edur se encontraba entre Casco Beddict y Udinaas, la lanza sujeta en posición de alerta.

Al verlo, al ver su rostro, Seren se tambaleó hacia atrás. *¿Trull Sengar? Trull…*

La visión se desvaneció y desapareció.

Tosiendo, jadeando, Udinaas rodó de lado.

Tetera se apresuró a agacharse junto al antiguo esclavo.

Una mano se cerró sobre el hombro de Seren y la obligó a darse la vuelta. La mujer se encontró mirando hacia arriba, a la cara de Temor, y le pareció rara la extraña expresión del guerrero. *Él… no pudo haberlo visto. Eso sería*…

—Pelado —susurró Temor—. Más viejo. Una tristeza… —Se interrumpió, incapaz de seguir, y se giró.

Seren se lo quedó mirando. *Una tristeza en los ojos*.

En sus ojos.

—Juegos letales, corifeo.

Seren se sobresaltó, miró y vio que Silchas Ruina la estaba estudiando desde donde permanecía sentado. Tras él, Clip no se había dado la vuelta, no se había movido siquiera.

—No fui yo. Quiero decir, yo no…

—La imaginación —dijo Udinaas con voz áspera, tirado en el suelo a la derecha de la corifeo— siempre juzga demasiado rápido. —Volvió a toser y después una carcajada se escapó de su garganta dañada—. Pregúntale a cualquier hombre celoso. O mujer. La próxima vez que diga algo que te moleste, Seren Pedac, limítate a maldecirme, ¿quieres?

—Lo siento, Udinaas. No pensé…

—Pues claro que pensaste, mujer.

Oh, Udinaas.

—Lo siento —susurró Seren.

—¿Qué hechicería has encontrado? —preguntó Temor Sengar, los ojos un poco desquiciados cuando la miró con furia—. Vi…

—¿Qué viste? —preguntó Silchas Ruina con ligereza mientras metía una espada en la vaina y sacaba la otra.

Temor no dijo nada y tras un momento apartó los ojos de Seren Pedac.

—¿Qué está haciendo Clip? —inquirió.

—Está de luto, supongo.

Esa respuesta hizo incorporarse a Udinaas, que quedó sentado. Miró a Seren, asintió y articuló «Jarack».

—¿De luto por qué? —preguntó Temor.

—Todos los que moraban en el interior del Andara —respondió Silchas Ruina— están muertos. Masacrados por soldados y magos letherii. Clip es la espada mortal de Oscuridad. Si hubiera estado allí, todavía estarían vivos… sus parientes. Y los cuerpos tirados, inmóviles, en la oscuridad serían letherii. Se pregunta si no habrá cometido un terrible error.

—Ese pensamiento —dijo el joven tiste andii— fue fugaz. Te estaban buscando a ti, Temor Sengar. Y a ti, Udinaas. —Se volvió, el rostro aterrador en su sereno reposo. Las cadenas se desenrollaron de golpe, chasquearon en el aire frío y volvieron a enrollarse con un zumbido—. Mis parientes se

habrían asegurado de que no quedaba prueba alguna de vuestro paso por allí. Ni eran los magos letherii lo bastante poderosos ni lo bastante listos para profanar el altar, aunque lo intentaron. —Sonrió—. Llevaron sus faroles con ellos, eso sí.

—La puerta no se quedó allí el tiempo suficiente, en cualquier caso —dijo Udinaas con voz resquebrajada.

Los ojos duros de Clip se clavaron en el antiguo esclavo.

—Tú no sabes nada.

—Sé lo que sale girando de tu dedo, Clip. Ya nos lo enseñaste una vez, después de todo.

Silchas Ruina terminó con la segunda espada, la envainó y se levantó.

—Udinaas —le dijo a Clip— es un misterio tan grande como aquí la corifeo. Conocimiento y poder, la mano y el guantelete. Deberíamos continuar. A menos —hizo una pausa y miró a Clip— que sea hora.

¿Hora? ¿Hora de qué?

—Lo es —dijo Udinaas y usó la lanza imass para ponerse en pie—. Sabían que iban a morir. Ocultarse en ese pozo profundo no los llevaba a ninguna parte. Menos jóvenes, sangre cada vez más diluida. Pero esa sangre, bueno, si derramas suficiente…

Clip se fue contra el antiguo esclavo.

—No —dijo Silchas Ruina.

La espada mortal se detuvo y pareció dudar, después se encogió de hombros y se volvió. La cadena giró.

—Madre Oscuridad —continuó Udinaas con una sonrisa tensa—. Abre tu maldita puerta, Clip, ya se ha cobrado su precio.

Y la cadena giró y se tensó de golpe. En horizontal. En cada extremo un anillo, en equilibrio, como si se sostuviera solo. Dentro de la banda que más cerca tenían había…

oscuridad. Seren Pedac se quedó mirando. La esfera de negro comenzó a crecer y a derramarse del anillo.

—La señora la tiene tomada con los canales de nacimiento —murmuró Udinaas.

Silchas Ruina entró caminando en la Oscuridad y se desvaneció. Tras él hubo un revoloteo fantasmal cuando Marchito se metió disparado por la puerta. Tetera cogió a Udinaas de la mano y lo llevó al interior.

Seren miró a Temor. *Dejamos tu mundo atrás, tiste edur. Pero veo en tus ojos que comienzas a darte cuenta. Ahí dentro. Tras esa puerta, Temor Sengar, aguarda el alma de Scabandari*.

El tiste edur posó una mano en su espada y avanzó con paso firme.

Seren Pedac lo siguió, miró a Clip y se encontró con sus ojos; seguía allí, esperando con una mano levantada. La puerta formaba un túnel con forma de espiral que salía del anillo más cercano. En algún otro mundo, imaginó la corifeo, la puerta surgía del otro anillo. *La llevaba con él. Nuestro paso adonde necesitábamos ir. Todo este tiempo*.

Clip le guiñó un ojo.

Ese gesto le provocó escalofríos. La prometida de Trull avanzó un paso y se precipitó en la oscuridad.

La isla del Tercer Fuerte de la Doncella estaba todo a popa, surgía ante sus ojos cuando coronaban las olas y volvía a desaparecer cuando bajaban a los senos. El trasbordador gemía como una bestia revolcándose, retorciéndose bajo su bosque de mástiles y velas improvisadas, y la masa de temblor se acurrucaba, mareada y aterrada, en la cubierta. Brujas y hechiceros, de rodillas, gemían sus plegarias para ser oídos por encima de la furia hinchada de la galerna, pero la costa estaba muy lejos y ellos estaban perdidos.

Yedan Derryg, empapado por la espuma que de tiempo en tiempo traspasaba las regalas y lo azotaba todo con lo que parecía una alegría demoníaca, se abrió paso hacia Yan Tovis, que permanecía junto a los cuatro hombres que manejaban el remo del timón. La mujer se sujetaba a un par de flechastes, las piernas muy separadas para adaptarse al cabeceo y las subidas, y cuando estudió el rostro de su medio hermano al acercarse, vio lo que ya sabía que era verdad.

No vamos a conseguirlo.

Surcar las olas una vez pasada la marisma salada y después subir, rodear la península y salir por el borde norte de los arrecifes, un viaje de tres días y dos noches antes de que pudieran amarrar en una de las pequeñas ensenadas del lado de sotavento de la isla del Tercer Fuerte de la Doncella. El tiempo había aguantado y al amanecer de ese día todo había parecido posible.

—Las junturas, Crepúsculo —dijo Yedan Derryg al llegar junto a ella—. Estas olas las están machacando y las están abriendo. Nos hundimos… —Lanzó una carcajada salvaje—. ¡Más allá de la costa, pues que sea como dicen! ¡Más huesos a las profundidades!

Estaba pálido, tan pálido como sin duda estaba ella, pero en sus ojos había una furia oscura.

—El Esputo de Tour se desvía de la ruta, y hay bancos de arena, pero, hermana, es la única tierra firme que podríamos alcanzar.

—Ya, ¿y cuántos hay en esa cubierta que sepan nadar? ¿Alguno? —Crepúsculo sacudió la cabeza y parpadeó para quitarse la espuma salada de los ojos—. ¿Qué quieres que hagamos, que estrellemos este maldito trasto contra la playa? ¿Que le recemos a la costa para poder deslizarnos incólumes por los bajíos? ¿Querida guardia, quieres acurrucarte en el regazo de los dioses?

La mandíbula barbuda se abultó, los músculos fornidos se tensaron de tal modo que la mujer creyó que iba a oír el crujido de un hueso o un diente, después Yedan apartó la mirada.

—¿Qué quieres que hagamos, entonces?

—Que esos malditos idiotas se ponga a achicar, Yedan. Como nos hundamos más, la próxima ola nos hará volcar.

Pero sabía que era demasiado tarde. Fueran cuales fueran los grandes planes que había alimentado en el fondo de su corazón para la supervivencia de su pueblo, se habían desprendido. Por culpa de esa única tormenta. Había sido una locura apartar de la costa ese trasbordador que siempre se había arrastrado cerca de la orilla, aunque el único tramo verdaderamente peligroso había sido… *ése, ahí, al norte de la isla del Tercer Fuerte de la Doncella, al socaire de la isla de Spyrock. El único tramo abierto de verdad al océano occidental*.

La galerna se soltó de repente y clavó un puño en el lado de babor de la embarcación. Se partió un mástil, la vela giró, las lonas crujieron y, como una enorme ala, la vela se rasgó y se soltó, llevándose el mástil con ella. Las jarcias levantaron de golpe a unas desventuradas figuras y las elevaron al cielo. Un segundo mástil se derrumbó, ése lo bastante pesado como para arrastrar su vela. Y más chillidos diminutos se abrieron paso entre el aullido.

El trasbordador pareció desplomarse, como si estuviera a escasos momentos de precipitarse a las profundidades. Yan Tovis se encontró aferrándose a las cuerdas como si ellas pudieran soltarla, llevarla al cielo; como si ellas pudieran sacarla de allí. *La reina ordena. Su pueblo muere*.

Al menos me reuniré con…

Un grito de Yedan Derryg, que se había adelantado y se había metido en el caos de la cubierta, un grito que se abrió paso hasta ella.

Y entonces lo vio. Dos enormes barcos se habían acercado a ellos por popa, uno a cada lado, palpitando como gigantescos cazadores, ya solo las velas empequeñecían el trasbordador que cabeceaba entre ellos. La nave de babor robó el aliento fiero de la galerna y, en un instante, el trasbordador se había enderezado entre las olas picadas.

Yan Tovis se fijó bien y distinguió unas cuantas figuras moviéndose junto a unas ballestas montadas en los lados, y vio otras dirigiéndose a la barandilla bajo enormes rollos de cuerda.

¿Piratas? ¿Ahora?

La tripulación del barco de estribor, descubrió con alarma creciente, estaba haciendo lo mismo.

Pero eran los barcos lo que más la asustaba. Porque los reconoció.

Perecederos. ¿Cómo se llamaban? Sí, tronos de guerra. No se le había olvidado aquella batalla, el latigazo de hechicerías desgarrando las crestas de las olas, las detonaciones cuando las galeras edur se desintegraban delante de sus propios ojos. Los gritos de los guerreros al ahogarse…

Las ballestas soltaron sus robustos cuadrillos, pero los proyectiles dibujaron un arco alto y rebasaron la cubierta por dos o más alturas de un hombre. Y tras ellos serpenteaban cuerdas. El lanzamiento había sido casi simultáneo desde los dos barcos. Yan Tovis advirtió que los cuadrillos desgarraban las endebles velas, pasaban cortando las jarcias y los misiles de cabezas pesadas se hundían en el mar que quedaba entremedias.

Vio que las cuerdas se tensaban. Sintió el crujido de los cuadrillos cuando volvieron a alzarse del agua y anclaron las púas en las regalas del trasbordador.

Y a medida que el viento los empujaba a todos y los hacía avanzar, los tronos de guerra se acercaron.

Unas defensas inmensas de fardos de algas bajaron balanceándose para amortiguar el contacto de los cascos.

Varios marineros de los barcos perecederos cruzaron por las cuerdas, muchos de ellos de pie, en un equilibrio imposible en medio del cabeceo del mar, y se dejaron caer en la cubierta del trasbordador con cuerdas y un buen surtido de herramientas.

Las cuerdas se sujetaron a puntales y pilares de la embarcación.

Una perecedera con armadura salió de entre la masa de humanidad de la cubierta principal y trepó hasta donde se encontraba Yan Tovis.

Y se dirigió a ella en la lengua de los mercaderes.

—Su nave se está hundiendo, capitán. Debemos evacuar a sus pasajeros.

Aturdida, Yan Tovis asintió.

—Navegamos —dijo la perecedera— hacia la isla del Segundo Fuerte de la Doncella.

—Igual que nosotros —respondió Yan Tovis.

Una sonrisa repentina, tan bienvenida a ojos de Yan Tovis como el amanecer tras una larga noche.

—Entonces ha sido una suerte el encuentro.

Una suerte el encuentro. Y una suerte la respuesta. El Segundo Fuerte de la Doncella. La Isla Silenciosa ha sido conquistada. No solo por malazanos, entonces. Por perecederos también. Ah, mira lo que hemos despertado.

Había tenido meses para pensar las cosas y, al final, muy poco de lo que había pasado en el Imperio de Malaz sorprendía a Banaschar, en otro tiempo demidrek del Gusano del Otoño. Quizá, visto desde fuera, desde alguna tierra fronteriza donde el poder real era tan efímero, tan elusivo, como una nube ante la luna, habría una sensación

de asombro e incluso de incredulidad. Que la mujer mortal que estaba al mando del imperio más poderoso del mundo pudiera encontrarse tan… indefensa. Tan atada a las ambiciones y ansias de los jugadores sin rostro que había tras los tapices. El pueblo, por dicha ignorante de las maquinaciones de la política, quizá creyera que alguien como la emperatriz Laseen era omnipotente, que podía hacer lo que le placiese. Y que un mago supremo, como Tayschrenn por ejemplo, era igual de libre, sin obstáculos en sus ambiciones.

Banaschar sabía que para las personas con una visión tan simplista del mundo, las catástrofes eran cosas desconectadas, aisladas en sí mismas y por sí mismas. No había sensación de causa y efecto más allá de lo inmediato, más allá de lo directamente observable. Un risco se desploma sobre una aldea y mata a cientos. El efecto: la muerte. La causa: el derrumbamiento del risco. Por supuesto, si alguien hablara de la tala de cada árbol que crecía allí, incluyendo los de la cima de ese risco, como la verdadera causa del desastre (una causa que, en esencia, era achacable a las propias víctimas), entonces la respuesta era una negativa fiera; o, incluso más patético, una confusión aturdida. Y si después se empezara a hablar sobre las presiones económicas que exigían semejante deforestación rapaz, y que iban desde la necesidad de leña de los vecinos y el deseo de despejar tierras para pastos y para aumentar los rebaños, hasta el ansia de madera para satisfacer las necesidades de los astilleros de una ciudad portuaria situada a leguas de distancia, barcos que necesitaban para entrar en guerra con un reino vecino por zonas de pesca que se disputaban, y se disputaban porque los bancos de peces estaban desapareciendo, lo que llevaba a la amenaza de hambruna en ambos reinos, lo que a su vez podría desestabilizar a las familias gobernantes y hacer

surgir así el espectro de la guerra civil… bueno, entonces la noción entera de causa y efecto, que súbitamente revelaba su verdadero nivel de complejidad, era, sencillamente, abrumadora.

Rebelión en Siete Ciudades, seguida por una terrible plaga, y de pronto el corazón del Imperio de Malaz (Quon Tali) se enfrentaba a la escasez de grano. Pero no, Banaschar sabía que uno podía remontarse más atrás todavía. ¿Por qué se había producido la rebelión? Y que no mencionaran esas profecías tan convenientes sobre el apocalipsis. La crisis había nacido en el periodo posterior al golpe de estado de Laseen, cuando casi todos los comandantes de Kellanved habían desaparecido, se habían ahogado, como decía aquel horripilante chiste. La mujer se había sentado en el trono y solo para encontrarse con que ya no estaban los más capaces entre sus gobernadores y sus líderes militares. Y el vacío de esa partida lo habían llenado personas mucho menos preparadas y mucho menos fiables. A la emperatriz no debería haberle sorprendido su avaricia y corrupción, pues el capítulo al que había dado comienzo en la historia del imperio se había anunciado con traición y sangre. «Semillas amargas arrojas, fruta amarga recoges», como decía el refrán.

Corrupción e incompetencia. Ésas eran las chispas de la rebelión. Nacidas en el palacio imperial de Unta, solo para regresar a lo grande.

Laseen había usado la Garra para dar su golpe de estado. En su arrogancia, era obvio que imaginaba que nadie podría hacer lo mismo, nadie podría infiltrarse en su cuadro letal de asesinos. Pero a Banaschar le parecía que era eso lo que había pasado. Y así la mujer mortal más poderosa del mundo se había encontrado emasculada de repente, atrapada, de hecho, por una multitud de exigencias, presiones insoportables, peticiones ineludibles. Y su arma más letal de

control interno había quedado comprometida de forma irrevocable.

No había habido guerra civil (la «consejera» se había ocupado de eso), pero la escalada en la ciudad de Malaz quizá hubiera clavado la última estaca en el forzado corazón del gobierno de Laseen. La Garra había quedado diezmada, quizá hasta el punto de que nadie podría volver a usarla en años.

La Garra le había declarado la guerra a la gente que no debía. Y Cotillion (que en otro tiempo había sido Danzante) por fin había podido vengarse de la organización que había destruido a sus espolones y después había elevado a Laseen hasta el trono. Pues esa noche en Malaz había habido una Danza de Sombra.

Causas y efectos, eran como esas finas telarañas que se cruzaban entre las torres de Kartool; una red letal, una madeja sujeta a un millar de lugares. E imaginar que las cosas eran sencillas era de una ingenuidad que con frecuencia podía llegar a ser letal.

Un crimen del que él mismo era culpable, comprendía Banaschar. La rabia de D'rek contra sus devotos no había sido un acontecimiento aislado e interno. Pertenecía a una guerra inmensa y en la guerra la gente moría. Quizá, al contrario que a Banaschar, a Tayschrenn no le había afectado demasiado la tragedia. Quizá, de hecho, el mago supremo imperial lo había sabido todo el tiempo.

Pensamientos desagradables que tenían por costumbre filtrarse en su mente cuando ya hacía tiempo que el sol había huido del cielo, cuando debería estar dormido, hundido en un sopor empapado en alcohol en esa decrépita habitación que había alquilado enfrente de la taberna Harridicta, en esa condenada isla. En su lugar se encontraba junto a la ventana, bien despierto, escuchando el viento frío que se colaba con un crujido por las contraventanas. E

incluso si hubiera sido una noche cálida, dudaba mucho que hubiera abierto esas contraventanas. Mejor no ver más que esas tablillas erosionadas, mejor no olvidar que no había salida.

El Gusano del Otoño se agitó en sus tripas; un parásito inmortal y él su huésped mortal. La diosa estaba en su interior una vez más, tras tantos años. Y, de nuevo, no tenía nada de extraño. *Después de todo, soy el único que queda*. Pero D'rek no permanecía más que como una presencia, un sabor desvaído en la lengua. No había habido ninguna batalla de voluntades, pero él sabía que se produciría. La diosa lo necesitaba y más tarde o más temprano extendería el brazo y encerraría su alma en un puño frío.

Ésa no era forma de que te llamara tu dios.

Oyó unos ruidos, algo que rebullía tras él, y cerró los ojos lentamente.

—Olores. Olores, olores, olores.

Las palabras eran un susurro quejumbroso en la cabeza de Banaschar.

—Ése es el problema, Telorast. Con esta isla. ¡Con este continente entero! Oh, ¿por qué vinimos aquí? ¡Deberíamos haber robado los cuerpos de dos gaviotas, y no estos montones de palos podridos con barrigas vacías que nunca podemos llenar! ¿Cuántas ratas hemos matado, Telorast? ¡Respóndeme!

—Bueno, no podíamos comérnoslas —murmuró Telorast—. Pero matarlas fue divertido, ¿a que sí? Los barcos más limpios del mundo. Deja de quejarte, Cuajo. ¿No sientes lo cerca que estamos?

—¡Ella ha caminado por aquí! —Había terror en la voz de Cuajo—. ¿Qué estamos haciendo en este lugar?

Banaschar se volvió. Los dos largos esqueletos de reptiles se paseaban de un lado a otro por el catre, trepando con torpeza entre los pliegues desaliñados de las sábanas.

—Una buena pregunta —dijo—. ¿Qué estáis haciendo aquí? ¿En mi habitación? ¿Y quién es «ella»?

La cabeza de Cuajo se meneó, las mandíbulas chasquearon.

—No-No-Apsalar nos echó. ¡Pero necesitamos contárselo a alguien!

—¡A cualquiera! —interpuso Telorast—. ¡Incluso a ti!

—Se llama Lostara Yil —dijo Banaschar—. No No-No Apsalar; dioses, ¿acabo de decir eso?

—«Ella» —dijo Cuajo azotando la cama con la cola— es la que caminó por aquí. Hace mucho. Hace mucho más tiempo del que tú podrías pensar, tanto tiempo hace. Telorast está desquiciada. Está emocionada, pero ¿cómo puede emocionarse alguien cuando estamos tan cerca de ella? ¡Es una locura!

—Solo porque haya caminado por aquí —dijo Telorast— no significa que todavía ande por aquí. No tenemos cráneos grandes que pueda atravesar con el puño, hace ya mucho que no, ¿verdad? Y míranos, Cuajo. Podríamos bailar en la palma de su mano. En cualquiera de ellas. O en las dos, una para mí y otra para ti, y ella no se iba a enterar de nada, de nada. —La criatura se giró para mirar a Banaschar otra vez —. Por lo que no hay razón para el pánico, y eso es lo que tienes que decirle a Cuajo, Comida de Gusano. Así que, venga, díselo.

Banaschar parpadeó sin prisas.

—No hay nada de lo que preocuparse, Cuajo. ¿Y ahora queréis marcharos las dos? Tengo que dar más vueltas a las cosas y ya ha pasado media noche.

La cabeza afilada como una cuchilla de Telorast se volvió hacia Cuajo.

—¿Ves? Todo va bien. Estamos cerca porque tenemos que estarlo. Porque es donde Caminante del Filo quiere…

—¡Silencio! —siseó Cuajo.

Telorast se agachó.

—Oh. Ahora tenemos que matarlo, ¿verdad?

—No, ensuciaríamos mucho. Solo tenemos que esperar que haya un terrible accidente. ¡Rápido, Telorast, piensa en un terrible accidente!

—Jamás he oído hablar de Caminante del Filo —dijo Banaschar—. Relajaos, marchaos y olvidaos de matarme. A menos que queráis despertar a D’rek, claro está. La diosa igual sí que sabe quién es ese tal Caminante del Filo, podría deducir vuestra letal misión secreta, y decidir que sería mejor si os pulverizara a las dos.

Cuajo saltó del catre, reptó hasta Banaschar, y empezó a arrastrarse y rogar.

—No queríamos hacer nada malo. Nunca queremos hacer nada malo, ¿verdad, Telorast? Además, somos unas inútiles, y diminutas.

—Pues claro que podemos oler al Gusano —dijo Telorast subiendo y bajando la cabeza sin parar—. Sobre ti. En ti. Otro olor pavoroso más. No nos gusta nada. Vámonos, Cuajo. No es con el que deberíamos estar hablando. No es tan peligroso como No-Apsalar, pero da miedo igual. Abre esas contraventanas, Comida de Gusano; saldremos por ahí.

—Vosotras lo tenéis fácil —murmuró Banaschar, y se giró para apartar las barreras de listones. El viento entró en ráfagas como el aliento del propio Embozado y el sacerdote renacido se estremeció.

En un santiamén los dos reptiles se habían encaramado al alféizar.

—Mira, Telorast, caca de paloma.

Las dos criaturas desaparecieron de un salto. Tras un momento, Banaschar cerró las contraventanas otra vez. Y enderezó su visión del mundo. De su mundo, por lo menos.

Shillydan, el hombre de ojos oscuros,

saca la cabeza para echar un vistazo.
Hillyman, el hombre de las garras negras,
subió por el pozo para echar un vistazo.

«¡Bueno y… y!», dice el hombre de los doce dedos en los pies,
y colina abajo rebotó.
La mano quieta, el hombre de la sonrisa muerta,
fue botando y rebotando, abajo rebotó.

Shillydan, el hombre del agua roja,
grazna y besa la frente de la moza.
Hillyman, el hombre de la polla azul…

—¡Por el amor del Embozado, Bollito, deja de cantar de una puta vez!

El larguirucho zapador se irguió y se quedó mirando con la boca abierta, después volvió a agacharse y se puso a cavar el pozo de nuevo. Por lo bajo empezó a tararear su chiflada e interminable canción de los pantanos.

El cabo Casco observó un momento más la tierra que salía volando, atrapada por el viento que azotaba y la convertía en remolinos salvajes. A veinte pasos del profundo hoyo y los destellos de la pala de Bollito se agazapaba el recinto de piedra de muros bajos, donde el pelotón había metido su equipo y donde en ese momento se acurrucaban el sargento Cordón, Masan Gilani, Cojo y Ebron, que se estaban refugiando del viento tempestuoso. En un rato, Cordón haría levantar a todo el mundo y comenzaría la patrulla de esa parte de la costa.

Entretanto, Bollito estaba cavando un agujero. Un agujero profundo, como había ordenado el sargento. La orden que había dado el sargento cada día durante casi una semana.

Casco se frotó la cara entumecida, muerto de preocupación por su hermana. La Peccado que él conocía había desaparecido y no quedaba señal alguna de ella. Su hermana había encontrado su poder y ese poder había creado algo ávido, casi chillón, en sus ojos oscuros. Aquella chica había empezado a darle miedo, y no era el único que se sentía así. Las rodillas destrozadas de Cojo entrechocaban siempre que se acercaba, y Ebron hacía lo que él creía que eran gestos sutiles, invisibles, de protección por detrás. Masan Gilani no parecía afectada, lo que ya era algo; quizá fuera cosa de mujeres, porque con Faradan Sort había sido igual.

¿Así de simple? ¿Aterradora para los hombres, pero no para las mujeres? Pero ¿por qué?

No tenía respuesta para eso.

El tarareo de Bollito fue subiendo y volvió a atraer la atención de Casco. Lo bastante alto como para casi ahogar los gemidos lejanos del hielo moribundo del otro lado del estrecho. ¿Merecía la pena chillarle al idiota otra vez? Quizá no.

Tierra que salía volando, giraba hacia el cielo y se precipitaba disparada en la oleada del viento gélido.

Había agujeros salpicando media legua de la costa norte de esa isla. Bollito estaba orgulloso de su logro, y seguiría estando orgulloso, era probable que para siempre. Los mejores agujeros cavados jamás. Diez, cincuenta, cien, todos los que quisiera el sargento, sí, señor.

Casco creía que la esperanza enfebrecida de Cordón, de que uno de esos agujeros se derrumbase y enterrase al puñetero idiota de una vez por todas, no era más que una simple ilusión.

Después de todo, Bollito cava unos agujeros estupendos.

Oyó un chillido agudo detrás de él, a cierta distancia, y se volvió. Y allí estaba. Peccado, la niña que él solía echarse al

hombro como un saco de tubérculos (un saco muerto de risa) con el que corría de una habitación a otra, oyendo las carcajadas que se convertían en chillidos y sintiendo sus pataditas. El cabello negro despeinado se agitaba a su alrededor, llevaba una flauta de hueso en las manos, y arrojaba la música al amargo tumulto como hebras negras mientras hacía cabriolas a pesar del tiempo reinante, como si la hubiera picado una araña.

Peccado, la niña bruja. La maga suprema con sed de sangre.

Hija de la rebelión. Le habían robado la vida que debería haber llevado, el horror la había convertido en otra cosa. Hija de Siete Ciudades, de la Apocalíptica, oh sí. El engendro bendito de Dryjhna.

Casco se preguntó cuántas criaturas así había allí fuera, tropezando entre las ruinas como perros famélicos. Un levantamiento, un gran fracaso y después la plaga: ¿cuántas cicatrices podía soportar un alma joven antes de que se retorciera y se convirtiera en algo irreconocible, algo apenas humano?

¿Encontraba Peccado la salvación en la hechicería? Casco no tenía fe en que tal salvación fuera a resultar muy benigna. Un arma para la voluntad de su hermana, ¿hasta dónde podía llegar un mortal con un arma así en las manos? ¿Hasta qué punto sería inmenso el peso de su voluntad, sin vínculos ni ataduras?

Tenían razón al temer. Mucha razón.

Una orden brusca del sargento Cordón y era hora de empezar la patrulla. Una legua de costa inhóspita, barrida por el viento. Bollito salió del agujero y se sacudió las palmas de las manos, la cara brillante cuando bajó la vista para contemplar su obra.

—¿No es magnífico, cabo? Un agujero cavado por un mariscal supremo del bosque de Mott, y nosotros sí que

sabemos cavarlos, ¿a que sí? ¡Si es que puede ser el mejor hasta ahora! Sobre todo con todos esos cráneos pequeñitos en el fondo, pero si son como adoquines, aunque se rompen con nada, ¡hay que pisar con cuidado! ¡Pisad con cuidado!

De repente Casco sintió un escalofrío en un lugar tan profundo que ningún viento podría alcanzarlo, se acercó al borde del pozo y miró abajo. Unos momentos después se reunió con él el resto del pelotón.

En la oscuridad, allí al fondo, a una distancia de la altura de un hombre, el espejeo de unas formas redondeadas. *Pero si son como adoquines*.

Y se estaban agitando.

Un siseo de Ebron, que miró con furia a Peccado, cuya música y baile habían alcanzado un punto frenético.

—¡Dioses del inframundo! Sargento…

—Vuelve a coger esa pala —le gruñó Cordón a Bollito—. ¡Llénalo, idiota! ¡Llénalo! ¡Llénalos todos!

Bollito parpadeó, recogió su pala y empezó a empujar la tierra seca otra vez al agujero.

—¡Los mejores llenahoyos que se pueden encontrar! ¡Ya lo verá, sargento! ¡Bueno, jamás verá hoyos tan bien llenados como los que llena un mariscal supremo del bosque de Mott!

—¡Date prisa, maldito imbécil!

—Sí, señor, deprisa. ¡Bollito puede hacerlo!

Tras un momento, el zapador empezó a cantar.

Shillydan, el hombre del agua roja,
grazna y besa la frente de la moza.
Hillyman, el hombre de la polla azul,
caricias y bendiciones en agradecimiento por la cosa.

Nimander Golit, envuelto en un pesado manto de lana de color azul oscuro, se encontraba en un extremo de la calle tortuosa. Decrépitos edificios portuarios se inclinaban y combaban, una mueca triste de ladrillo dirigida al paseo del puerto, que brillaba a cien pasos de distancia. Jirones de nubes corrían bajo un cielo nocturno de estrellas llorosas que se precipitaban hacia el sur como avanzadillas de la nieve y el hielo.

Tiste andii, centinela de la oscuridad; le hubiera gustado que nociones tan magníficas lo envolvieran con tanta fuerza como ese manto. Una postura mística, repleta de… algo. Y la espada de su costado, un arma de voluntad heroica que él podría desenvainar cuando el temido destino llegase con su gemido del hada de la muerte, y él la utilizaría con una habilidad que podría asombrar, como los grandes de la antigüedad, un icono consumado de poder desvelado en el nombre de madre Oscuridad.

Pero era todo un sueño. Su habilidad con la espada no era gran cosa, un símbolo de mediocridad tan turbio como su linaje. No era ningún soldado de la oscuridad, solo un joven que estaba allí de pie, perdido en una calle extraña, un hombre que no tenía ningún sitio al que ir (pero que se veía empujado, empujado a continuar en ese mismo instante) para ir a alguna parte.

No, ni siquiera eso era cierto. Se encontraba allí en plena noche porque necesitaba escapar. La malicia de Phaed se había hecho rabiosa y Nimander era la persona en la que había decidido confiar. ¿Asesinaría a Sandalath Drukorlat allí, en ese puerto, como había jurado? Y lo que era más importante, ¿iba él, Nimander, a permitirlo? ¿Tenía siquiera valor para traicionar a Phaed, sabiendo lo rápido que reaccionaría y lo letal que era su veneno?

Anomander Rake no vacilaría. No, derribaría de una patada la puerta de Phaed, cogería a esa pequeña alimaña por el cuello y la sacaría a rastras, chillando. Y le quitaría la vida a sacudidas. No tendría alternativa, ¿verdad? Una mirada a los ojos de Phaed y el secreto quedaría revelado. El secreto del inmenso espacio vacío en su interior, donde debería estar su conciencia. Lo vería con claridad, e invadirían los ojos de la chica el horror del desenmascaramiento… momentos antes de que le partieran el cuello.

Madre Oscuridad esperaría el alma de Phaed y después, para su liberación entre chillidos, el parto maligno de una ejecución justa, de decisiones que no eran decisiones en absoluto. ¿Por qué? *Porque no puede hacerse nada más. No con alguien como ella*.

Y Rake aceptaría la sangre que le mancharía las manos. Aceptaría la terrible carga como lo que no dejaba de ser una más entre el sinfín que llevaba desde hacía cientos de miles de años. Asesino de niños. Un niño de tu propia sangre.

El valor de alguien con poder. Y ése era el vacío inmenso que tenía Nimander en el corazón de su alma. *Puede que seamos sus hijos, sus nietos, puede que llevemos su sangre, pero cada uno estamos incompletos. Phaed y su malvado vacío moral. Nenanda y su rabia irracional. Aranatha, con sus absurdas esperanzas. Kedeviss, que se despierta chillando cada mañana. Skintick, para quien toda existencia es un chiste. Desra, que se abriría de piernas para cualquier hombre si pudiera empujarla un escalón más hacia la gran gloria que imagina merecer. Y Nimander, que se cree el líder de esta malhadada familia de aspirantes a héroes, que llegará hasta los confines de la tierra en su búsqueda de… de valor, de convicción, de una razón para hacer algo, para sentir… lo que sea*.

Oh, para Nimander, entonces, una calle vacía en plena noche. Con los habitantes perdidos en su inquieto y patético sueño, como si el olvido ofreciera algún escape, el que fuera. Para Nimander, estos momentos interminables en los que podría plantearse tomar una decisión de verdad, interponerse de verdad entre una tiste andii mayor e inocente y la hermanita asesina de Nimander. Decir: «No, Phaed. No harás esto. Se acabó. Ya no serás ningún secreto. Se te conocerá».

Si pudiera hacerlo. Si al menos pudiera hacerlo.

Oyó un ruido. Algo girando, el susurro de una cadena fina que abría un camino en el aire, cerca, tan cerca que Nimander giró en redondo… pero no había nadie. Estaba solo. *Algo girando, dando vueltas, un siseo*… después un chasquido seco, dos tintineos claros, suaves, como dos objetos diminutos sostenidos en ambos extremos de esa cadena fina… *sí, ese sonido, la profecía… Madre me libre, ¿es la profecía?*

Cayó el silencio, pero el aire parecía febril por todos lados y a él le costaba respirar, los jadeos eran ásperos.

—*Él lleva las puertas, Nimander, eso se dice. ¿No es esta una causa digna? ¿Para nosotros? ¿Buscar en los reinos, encontrar, no a nuestro abuelo, nuestro amo y señor, sino al que lleva las puertas?*

»*Nuestro camino a casa, a madre Oscuridad, a su profundísimo abrazo. Oh, Nimander, mi amor, vayamos*…

—Basta —dijo con voz ronca—. Por favor. Para.

Estaba muerta. En la Isla Flotante. Derribada por un tiste edur para el que esa muerte no significaba nada. Nada. Estaba muerta.

Y ella había sido su valor. Y ya no quedaba nada.

¿La profecía? No para alguien como Nimander.

No sueñes con la gloria. Ella también está muerta.

Ella lo era todo. Y está muerta.

Un viento fresco suspiró y empezó a llevarse esa tensión, una tensión que ya sabía que no había más que imaginado. Un momento de debilidad. Algo escabulléndose por un tejado cercano.

Esas cosas no les ocurrían a los que estaban incompletos. Debería haberlo sabido.

Tres pequeños repiques resonaron en la noche y anunciaron otro cambio de turno en los piquetes avanzados. Casi en absoluto silencio, los soldados se levantaron, formas oscuras que salían poco a poco de sus posiciones, sustituidos a toda prisa por los que habían ido a vigilar en su lugar. Las armas crujieron, los broches y las hebillas tintinearon, las armaduras de cuero hicieron pequeños sonidos animales. Las figuras se movían de un lado a otro por la llanura. En la oscuridad, al otro lado de esa elevación, en las extensiones de hierbas altas y en los barrancos lejanos, se ocultaba el enemigo.

Los soldados sabían que Bivatt había creído que la batalla era inminente. Mascararroja y sus leznas se estaban acercando a toda prisa. Se derramaría sangre a últimas horas de la tarde del día recién terminado. Sí, los soldados letherii de los piquetes avanzados ya lo sabían, los salvajes sí que habían llegado. Y la atri-preda había dispuesto a sus magos para recibirlos. Unas hechicerías pestilentes habían crujido y escupido, habían ennegrecido ringleras enteras de pradera hasta que la ceniza había impregnado el aire.

Pero el enemigo ni siquiera se había aproximado, los malditos leznas no pensaban dar la cara. Se limitaban a seguir moviéndose sin que los vieran para rodear al ejército letherii. Lo cual sonaba más letal de lo que era en realidad, ninguna fila de bárbaros leznas sería capaz de resistir un asalto concertado, y los cientos de genios tácticos de bajo

rango que abundan en todos los ejércitos habían predicho una y otra vez que eso sería lo que haría Bivatt: empujar una cuña sólida que entraría en contacto con los leznas y los esparciría a los cuatro vientos.

Predicciones que empezaron a desmoronarse a medida que caía la tarde, a medida que se instalaba el atardecer y luego se cerraba la noche a su alrededor con su manto impenetrable.

Bueno, dijeron después, *pues claro que Bivatt no ha picado. Es una trampa obvia, tan torpe que no hay quién se la crea. Mascararroja quiere sacarnos de nuestras posiciones, que nos movamos de acá para allá. Quiere sembrar la confusión, ¿no lo ves? Bivatt es demasiado lista para eso*.

Y así fueron pasando la noche, cansados, nerviosos, oían en cada sonido el acercamiento sigiloso de asesinos en la oscuridad. Sí, amigos, había movimiento allí fuera, no cabía duda. Pero ¿qué estaban haciendo los malnacidos?

Esperan. Para sacar las espadas con el amanecer, como la última vez. Estamos sentados aquí fuera, con los ojos como platos, para nada. Y cuando nos alcance la mañana, tendremos los ojos irritados y estaremos rígidos como cadáveres, al menos hasta que la lucha empiece de verdad, entonces les arrancaremos el pellejo. Espadas y magia, amigos. Para anunciar el día que llega.

La atri-preda se paseaba. Brohl Handar todavía podía verla, aunque incluso si no pudiera, sería capaz de seguirle el rastro por el murmullo de la armadura. Y, a pesar de que cada vez se distinguían peor los detalles, el tiste edur sabía que estaba crispada, sabía que no era dueña de la necesaria calma que se esperaba en un comandante, así que casi era

mejor, concluyó, que los dos estuvieran a veinte pasos o más del vivac más cercano de tropas.

Y bastante expuestos, de hecho. Si el enemigo se había infiltrado en los piquetes, podría estar escondido a menos de diez pasos, con los cuchillos bien aferrados y en disposición de lanzarse sobre ellos. Para asesinar a los dos líderes de ese ejército invasor. Por supuesto, para haber conseguido eso, los salvajes habrían tenido que engañar las guardas mágicas entretejidas por los magos, y eso no parecía muy probable. Bivatt no era la única que estaba de los nervios, y él debía tener presente esos defectos.

Mascararroja se lucía en los ataques sorpresa. Ya lo había demostrado y había sido absurdo esperar un cambio repentino, que perdiera de ese modo su artería. ¿Pero era simple cuestión de buscar la batalla con la salida del sol? Parecía demasiado fácil.

La atri-preda se acercó.

—Supervisor —dijo en voz baja—. Me gustaría que mandara a sus edur. Necesito saber qué está haciendo.

Sorprendido, Brohl no dijo nada por un momento.

Ella interpretó el silencio como desaprobación, y acertó.

—Su raza es más capaz de ver en la oscuridad. ¿No es así? Por lo menos ven mejor que nosotros los letherii; y lo que es más importante, ven mejor que los leznas.

—¿Y sus perros, atri-preda? Nos olerán, nos oirán… levantarán las cabezas y despertarán la noche. Al igual que sus soldados —continuó—, los míos están en posición, frente a las hierbas altas y a la espera de ver al enemigo en cualquier momento.

La mujer suspiró.

—Sí, por supuesto.

—Juega con nosotros —dijo Brohl Handar—. Quiere que adivinemos sus intenciones. Quiere nuestras mentes entumecidas de cansancio cuando llegue el amanecer, y por

tanto con menos capacidad de reacción, de responder con prontitud. Mascararroja nos quiere confundidos, y lo ha conseguido.

—¿Se cree que no sé todo eso? —le preguntó ella con un siseo.

—Atri-preda, usted ni siquiera se fía de sus magos ahora mismo, de las guardas que han colocado para protegernos esta noche. Nuestros soldados deberían estar durmiendo.

—Tengo razones para desconfiar de mis magos —dijo con sequedad Bivatt—. Tengo buenos motivos. Y tampoco me ha impresionado su k'risnan hasta el momento, supervisor. Aunque —añadió— sus talentos para sanar han demostrado ser más que aceptables.

—Parece casi resentida —dijo Brohl.

La atri-preda desechó el tema con un ademán, se dio la vuelta y reanudó sus paseos.

Una comandante desazonada, sin duda.

Mascararroja debía de estar encantado.

Toc se inclinó sobre el cuello del caballo. Montaba a pelo; podía sentir el calor del animal, y su olor acre pero suave le llenaba la nariz mientras dejaba que la bestia diera otro paso más. Desde la altura del hombro del caballo podía ver justo por encima de la línea del risco que tenía a su izquierda.

Los modestos arcenes defensivos eran como tumbas abombadas en la llanura de ese lado del campamento letherii. Había habido un cambio de guardia, los repiques se habían oído con toda claridad, lo que significaba que habían perdido otro momento ideal para el ataque.

No era ningún genio militar, pero Toc creía que esa noche no podría haber sido más perfecta en lo que a los leznas se refería. Tenían a su enemigo confuso, cansado y tenso. En su

lugar, Mascararroja agotaba a sus propios guerreros mandándolos primero a un lado y luego al otro, al parecer con el único propósito de levantar un polvo que nadie podía ver siquiera. No se había dado orden de iniciar el contacto. No se estaban concentrando para lanzar un ataque repentino contra el campamento letherii. Ni siquiera andanadas de flechas que salieran despedidas en la oscuridad para acosarlos.

Creía comprender la razón de la inconstancia de Mascararroja. Los magos letherii. Sus exploradores habían presenciado esa hechicería impaciente, letal, preparada para recibir el ataque lezna. Habían regresado con historias de tierras ampolladas y rocas que se partían en el calor incandescente, y esos relatos se habían extendido a toda velocidad, hincando en el ejército una estaca de temor. El problema era muy sencillo. Allí, en ese lugar, Mascararroja no podía responder a esa magia. Y Toc empezaba a creer que su líder no tardaría en tocar a retirada, por muy mortificante que fuera; nada de derramamiento de sangre, habían renunciado a la gran ventaja de haberse alejado del alcance de la columna letherii y evitar así que los detectaran, lo habían desperdiciado inútilmente. No había batalla, pero era una derrota de todos modos.

Su caballo, sin la guía del humano que llevaba en el lomo, dio otro paso más y la cabeza se hundió para que el animal pudiera partir la hierba. Demasiada y la bestia terminaría con un nudo en las tripas.

Oh, os metemos en la matanza sin pensarlo ni un momento. Y sí, algunos llegáis a disfrutarlo, a ansiar esa cacofonía, esa violencia, el hedor de la sangre. Y así compartimos contigo, querido caballo, nuestra peculiar locura. Pero ¿quién nos juzga por este crimen contra ti y toda tu especie? Nadie.

A menos que los caballos tengáis un dios.

Se preguntó si podría haber un poema en todo eso. *Pero los poemas que nos recuerdan nuestros rasgos más atroces nunca son populares, ¿verdad? Mejor mentiras sin rodeos sobre héroes y grandes hazañas. El hábil consuelo del valor y la convicción de algún otro. Así podemos disfrutar del fulgor de la justicia y animarnos con ello*.

Sí, me quedo con las mentiras. ¿Por qué no? Los demás lo hacen.

Y a los que no se quedan con ellas se les dice que piensan demasiado. Ja, ése sí que es un ataque temible, cualquier alma audaz se encogería ante él. Mira cómo tiemblo.

Su caballo oyó un relincho a la derecha y, en el idioma que fuera que compartían las bestias, ese sonido fue con toda seguridad una llamada, pues el animal levantó la cabeza y se dirigió con lentitud hacia él. Toc esperó unos momentos más. Después, cuando le pareció que se habían apartado lo suficiente de la línea del risco que tenían detrás, se irguió y recogió las riendas.

Y vio ante él una línea sólida de guerreros montados, lanzas en ristre.

Al frente de la fila estaba el joven renfayar, Masarch.

Toc viró su caballo y se acercó.

—¿Qué es esto, Masarch? ¿Una carga de la caballería en la oscuridad?

El joven guerrero se encogió de hombros.

—Nos hemos preparado tres veces esta noche, mezla.

Toc sonrió para sí. Había lanzado ese término peyorativo en un ataque de autodesprecio y burla unos días atrás y había terminado convirtiéndose en un título honorífico. Cosa que tenía que admitir que apelaba a su sentido de la ironía. Acercó su caballo un poco más.

—¿Tienes idea de lo que está haciendo Mascararroja, Masarch? —le preguntó en voz baja.

Una mirada con los ojos entornados, otro encogimiento de hombros.

—Bueno —insistió Toc—, ¿es ésta la concentración principal de fuerzas? ¿No? ¿Entonces, dónde?

—Al noroeste, creo.

—¿Va a ser el vuestro un amago de ataque?

—Si sonase el cuerno, mezla, cabalgamos para hacer sangre.

Toc se viró en el caballo y volvió la vista atrás, al risco. Los letherii sentirían el tamborileo de los cascos y verían las siluetas cuando los leznas coronasen la fila. Y esos soldados habían cavado hoyos, ya podía oír los huesos de las patas partiéndose y los chillidos de los animales.

—Masarch —dijo—, no puedes cargar contra esos piquetes.

—Los vemos de sobra para rodearlos…

—Hasta que el animal que va junto a ti empuje al tuyo contra uno de ellos.

Al principio Toc creyó estar oyendo el aullido de unos lobos, pero el grito repentino se estabilizó: el cuerno de rodara de Mascararroja.

Masarch alzó su lanza.

—¿Cabalgas con nosotros, mezla?

¿A pelo?

—No.

—¡Entonces hazte a un lado, deprisa!

Toc azuzó su caballo y, al bajar por la fila, vio que los guerreros leznas preparaban sus armas sobre unas monturas de repente inquietas. Expelían el aliento en ráfagas que parecían humo. En algún lugar, al otro lado del campamento letherii, se sintió la reverberación repentina de un choque de armas.

Le pareció que Masarch encabezaba a seiscientos o setecientos jinetes leznas. Toc puso a su caballo al galope y

se apartó justo cuando la masa de guerreros se adelantó.

—¡Esto es una locura!

Hizo girar en redondo su montura y se soltó el arco del hombro al tiempo que se envolvía la muñeca izquierda con las riendas. Encajó un extremo del arco en un mocasín (entre el dedo gordo y los demás) y apoyó el peso para encordarlo. Con el arma lista en la mano derecha, ajustó con habilidad las riendas y las anudó para asegurarse de que no caían y se enredaban con las patas delanteras del caballo.

Mientras la bestia avanzaba a medio galope tras la estela polvorienta de la carga de caballería, Toc Anaster sacó del carcaj que llevaba en la cadera la primera flecha con punta de piedra. *En el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué estoy haciendo?*

¿Preparándome para cubrir la retirada que sé que va a ocurrir? Sí, un arquero tuerto…

Con la presión de los muslos y un pequeño cambio de peso guió su caballo hacia la elevación, donde los guerreros leznas se habían concentrado en una masa oscura; solo entonces comenzaron a lanzar sus gritos de guerra. A lo lejos se alzaba el sonido de los perros que se unían a esa cacofonía creciente de hierro sobre hierro y gritos.

Mascararroja al fin había golpeado y se había hecho el caos en la noche.

La caballería, al llegar a la elevación, bajó arrasando por el otro lado y no tardó en perderse de vista.

Toc azuzó su caballo y encajó la flecha. No tenía estribos en los que apoyarse mientras disparaba, lo que hacía que todo ese ejercicio pareciera ridículo, pero se acercó a toda prisa a la cima. Momentos antes de llegar, oyó el choque más adelante, los gritos, los chillidos agudos de los caballos heridos y, bajo todo ello, el trueno de los cascos.

Aunque difícil de discernir entre la oscuridad y el polvo, Toc vio que la mayor parte de los lanceros había rodeado los

piquetes periféricos y había continuado hasta estrellarse contra el campamento en sí. Vio soldados que salían de las trincheras, muchos heridos, algunos solo aturdidos. Guerreros leznas más jóvenes montaban entre ellos, lanzando estocadas con cimitarras en una matanza grotesca.

Una luz chispeante brotó a la derecha (el alzamiento espumoso de la hechicería) y Toc vio que la caballería lezna comenzaba a retirarse, se apartaba como los colmillos de la carne.

—¡No! —gritó, cabalgando con todas sus fuerzas hacia ellos—. ¡Quedaos entre el enemigo! ¡Volved! ¡Atacad, malditos idiotas! ¡Atacad!

Pero aunque podían oírlo, habían visto la magia, el tumulto que crecía y se convertía en una oleada retorcida de poder abrasador. Y el miedo se apoderó de sus corazones. El miedo se apoderó de ellos y huyeron…

No obstante, Toc siguió adelante, ya estaba entre los arcenes. Cuerpos tirados, caballos que yacían de lado, pataleando, las orejas aplastadas y enseñando los dientes; otros montones rotos llenaban hoyos.

Los primeros de los leznas que se retiraban pasaron disparados, sin ver nada; sus rostros, máscaras de terror.

Había aparecido una segunda oleada de hechicería por la izquierda, y él la observó rodar contra los primeros jinetes de ese lado. La carne estalló, los fluidos lo salpicaron todo. La magia fue trepando, frenó cuando pareció tener que luchar contra toda la carne con la que entraba en contacto. Gritos, el sonido llegaba a Toc en su propia oleada y le helaba los huesos. Cientos murieron antes de que la magia se agotara, y en el polvo comenzó a arremolinarse ceniza blanca, todo lo que quedaba de humano y caballo por todo el flanco occidental.

Jinetes que pasaban a toda velocidad junto a Toc, junto con caballos sin jinete que se precipitaban invadidos por el pánico. El polvo le irritaba el único ojo e intentaba metérsele por la garganta, y a su alrededor las sombras se retorcían en su propia guerra de luz y oscuridad, las hechicerías se alzaban, rodaban y después caían en ráfagas de nubes de ceniza.

Y entonces Toc Anaster se vio solo (la flecha todavía encajada) en el yermo que había justo dentro de los arcenes, observando otra oleada de hechicería que se precipitaba junto a él en persecución de los leznas que huían.

Antes de que pudiera pensar en un sentido u otro, Toc se encontró cabalgando a toda velocidad y se metió detrás de la pavorosa oleada, en ese aire hirviente y quebradizo de la estela de la magia, y allí, a sesenta pasos de distancia, entre una masa de soldados que avanzaban, vio al mago. Apretaba las manos y el poder caía de su persona y formaba otro desollador conjuro más de destrucción pura que se alzaba para recibir a Toc y arrastrarse a por él.

Tuerto o no, podía ver a ese puñetero mago.

Un disparo imposible, sacudido como iba a lomos de un caballo que zigzagueaba entre hoyos y terrones sospechosos de hierba, la cabeza de la bestia se alzó al reconocer de repente el terrible peligro.

Un poder con vetas de plata que se precipitaba hacia él.

Había emprendido el galope, tan chiflado como cualquier otro idiota esa noche, y avistó, a su izquierda, una trinchera profunda, alargada, el drenaje para las letrinas del campamento; obligó a su montura a dirigirse allí al tiempo que la hechicería se embalaba hacia él en una trayectoria convergente que llegaba por su derecha.

El caballo vio la trinchera, calculó la anchura y se estiró un momento antes de coger impulso para realizar el salto.

Sintió que la bestia se alzaba bajo él y se deslizaba por el aire, y durante un instante todo se quedó quieto, todo quedó en calma y en ese preciso momento Toc se giró por las caderas, las rodillas clavadas en los hombros del animal, estiró la cuerda del arco, apuntó (maldijo ese mundo plano y tuerto que era todo lo que le quedaba) y soltó la flecha con la punta de piedra.

El caballo aterrizó y arrojó a Toc hacia delante sobre su cuello. El arco en la mano derecha, las piernas estiradas por todo el lomo de la bestia y el brazo izquierdo rodeando, aferrándose con desesperación, al cuello musculoso del animal; tras ellos y a la derecha, el calor de esa oleada que se extendía y se iba acercando cada vez más…

El caballo chilló y salió disparado. Y él se asió con más fuerza.

Y sintió una ráfaga de aire fresco tras él. Se arriesgó a mirar.

La magia había muerto. Más allá, en la línea de avance (en ese momento detenida y arremolinada), tropas letherii, un cuerpo que caía de rodillas. Un cuerpo sin cabeza, un cuello del que se alzaba, no sangre, sino algo parecido al humo…

¿Una detonación? ¿Había habido una detonación, un crujido seco que había aporreado el aire? Sí, quizá había oído…

Recuperó el control del caballo, cogió las riendas anudadas en la mano izquierda e hizo girar a la asustada criatura de regreso a la cima.

El aire hedía a carne cocinada. Otros destellos iluminaron la noche. Perros que gruñeron. Soldados y guerreros que murieron. Y entre la caballería de Masarch, Toc se enteraría más tarde que la mitad no estaría allí para ver el amanecer.

En lo alto, la noche y su público de estrellas imperturbables habían visto suficiente y el cielo comenzó a

palidecer, como si se lavara toda la sangre, como si lo abandonara el último aliento de vida.

El sol tuvo la crueldad de iluminar el cielo de la mañana y revelar la ceniza acre, densa, de humanos, caballos y perros incinerados. Reveló también la carnicería esparcida de la batalla recién terminada. Brohl Handar caminó, medio entumecido, por el borde oriental del desaliñado campamento y se acercó a la atri-preda y su séquito.

La mujer había desmontado y se había agachado junto a un cadáver que yacía justo dentro de los arcenes, donde, al parecer, habían decidido atacar los leznas suicidas. Brohl se preguntó cuántos habían muerto presa de la hechicería letherii. Quizá hasta el último maldito de ellos. Cientos con toda seguridad, quizá miles; no había forma de saberlo tras una batalla así, ¿verdad? Un puñado de ceniza fina era la única prueba de lo que había sido un ser humano. Dos para un caballo. Medio para un perro. Nada más. El viento se lo llevaba todo; menos que el eco de un orador, menos que el gruñido profundo de desesperación de los dolientes.

Llegó tambaleante y se detuvo frente a Bivatt. Un cadáver descabezado, según resultó, entre los dos.

La atri-preda alzó la cabeza y quizá fuera la luz dura del sol, o la capa fina de polvo que la cubría, pero estaba más pálida de lo que él la había visto jamás.

Brohl estudió el cuerpo decapitado. Uno de los magos.

—¿Sabe, supervisor —preguntó Bivatt con voz áspera—, qué pudo haber hecho esto?

Él negó con la cabeza.

—Quizá su hechicería regresó a él, sin control…

—No —interpuso ella—. Fue una flecha. Fue un arquero solitario con la audacia de dejar atrás… de deslizarse entre…

Supervisor, un arquero que montaba a pelo y que disparó la flecha mientras su caballo saltaba una trinchera…

Se lo quedó mirando, sin poder creérselo, como si lo desafiara a que hiciera algo más que negar. Pero él estaba demasiado cansado. Había perdido guerreros esa noche. Perros que se precipitaban desde las hierbas altas. Perros… y dos kechra, dos, había solo dos, ¿verdad? La misma pareja que había visto antes. Solo uno con esas espadas atadas a él.

Espadas que habían partido a su k'risnan por la mitad, una empuñada desde un lado, la otra desde el lado contrario. Y no era que las hojas se hubieran llegado a encontrar. La de la izquierda había llegado más alta, desde la parte superior del hombro había bajado hasta justo por debajo del tórax. La hoja derecha había penetrado en las costillas, había bajado por las tripas, había salido por debajo de la cadera y se había llevado buena parte de esa cadera con ella. Así que, para ser exactos, no había sido en dos. Sino en tres.

El otro kechra se había limitado a usar las garras y las mandíbulas, pero no por eso había sido menos letal; de hecho, a Brohl le parecía más salvaje que su compañero más grande, era obvio que disfrutaba con el caos de violencia que provocaba. El otro luchaba con una elegancia mecánica. El kechra más pequeño, el que no tenía espadas, gozaba con las tripas y los miembros que arrojaba en todas direcciones.

Pero esas bestias no eran inmortales. Podían sangrar. Recibir heridas. Y suficientes lanzas y espadas se las habían arreglado para penetrar en sus duras pieles como para espantarlos a los dos.

Brohl Handar parpadeó y miró a la atri-preda.

—Un magnífico tirador, entonces.

La rabia crispó los rasgos femeninos.

—Estaba vinculado a otro de mis magos, ambos habían unido sus poderes. Estaban agotadas… todas las guardas que habían puesto. —Escupió—. Al otro, supervisor, también le estalló la cabeza. Igual que a éste. He perdido dos magos por una maldita flecha. —Se puso en pie con gesto rígido—. ¿Quién era ese arquero? ¿Quién?

Brohl no dijo nada.

—Que su k'risnan…

—Imposible. Está muerto.

Eso la hizo callar. Por un momento.

—Supervisor, los hemos vapuleado. ¿Lo entiende? Murieron miles, y solo unos cuantos cientos de los nuestros.

—Yo he perdido ochenta y dos guerreros edur.

Le complació ver que la mujer se estremecía, que la mirada dura vacilaba un instante.

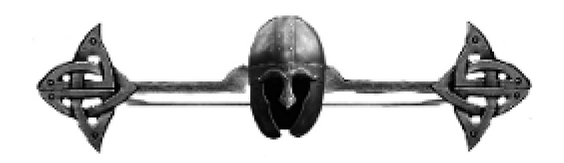
—Una flecha. Un jinete solitario. No era lezna, los testigos presenciales juran que no lo era. Un asesino de magos.

La única espina en este viaje salvaje por la noche. Entiendo, sí. Pero no puedo ayudarte. Brohl Handar se dio la vuelta. Diez, quince zancadas por el suelo agrietado, crujiente, cargado de cenizas.

La hechicería se había llevado las hierbas. La hechicería se había llevado la tierra y toda la vida que contenía. El sol, su gloria robada antes de que pudiera alzarse ese día, bajó la mirada, tuerto. Ofendido por ese rival.

Sí. Ofendido.

17



Cuando salgo a buscar,
el mundo grita
y se aleja dando vueltas.
Caminar es alcanzar,
pero el mundo gira
espantado en una sublime defensa,
estremeciéndose ante mi punzada;
un toque tan inocente,
esto es lo que es buscar
la respuesta del mundo;
es una réplica arrinconada,
no quiere que la vean,
no soporta que la conozcan.
Querer es fracasar
y morir mudo.
Siempre solitarios estos pasos,
brindando lo que es
estar solo,
exclamando al mundo
que se aleja dando vueltas,
cuando en su búsqueda
te descubre.

Búsqueda
—Gaullag del Manantial

Sabía que podía hablar de misterios y mostrar una máscara de asombro encantado, pero la verdad era que los misterios asustaban a Pico. Podía oler la hechicería, sí, y percibir su poética música, tan ordenada y elocuente, pero su calor podía quemar con tanta facilidad, quemar hasta el fondo de un hombre mortal. Lo suyo no era la valentía; oh, sí, sabía verla en otros soldados, la veía en cada detalle de la capitán Faradan Sort, que estaba sentada en su caballo, a su lado, pero sabía que él no tenía ni un gramo.

Cobarde y estúpido eran dos palabras que iban juntas, creía Pico, y las dos se podían aplicar a él. Oler la magia había sido una forma de evitarla, de huir de ella, y en cuanto a esas velas de su interior, bueno, era mucho más feliz cuando no pasaba nada que pudiera hacer que esas llamas parpadearan, se avivaran, estallaran en una conflagración. Suponía que era otra decisión estúpida, la de ser soldado, pero ya no podía hacer nada.

Mientras atravesaba ese desierto en ese lugar llamado Siete Ciudades (aunque él solo había visto dos ciudades, estaba seguro de que había cinco más en alguna parte), Pico había escuchado quejarse a todos los demás soldados. De… bueno, todo. La lucha. La falta de lucha. El calor del día, el frío de la noche, los puñeteros coyotes aullando en la oscuridad, sonaban tan cerca que parecía que los tenías justo al lado, con la boca pegada a la oreja. Las picaduras de los insectos, los escorpiones, las arañas y las serpientes, todos con ganas de matarte. Sí, habían encontrado un montón de cosas de las que quejarse. Esa ciudad terrible, Y’Ghatan, y la diosa que había abierto un ojo esa noche y se había llevado a ese rebelde malvado, Leoman. Y luego, cuando todo parecía perdido, esa niña, Peccado, mostrando su propia vela. De un brillo cegador, tan puro que Pico se había encogido ante él. También se habían quejado de eso. Peccado debería haber apagado esa tormenta de fuego. La

consejera debería haber esperado unos días más, porque no era posible que esos marines hubieran muerto con tanta facilidad.

¿Y qué había de Pico? ¿No los había percibido? Bueno, quizá. Ese mago, Botella, el de todas esas mascotas. Quizá Pico lo había olido, todavía vivo bajo todas esas cenizas. Pero él era un cobarde, ¿no? Acercarse a, digamos, la consejera, o al capitán Tierno, y decirles… no, eso era demasiado. Tierno era como su padre, y no le gustaba escuchar cuando se trataba de algo que no le interesaba oír. Y la consejera, bueno, ni siquiera sus propios soldados estaban seguros de ella.

Pico había escuchado su discurso junto a todos los demás, después de abandonar la ciudad de Malaz (una noche aterradora ésa, y él se alegraba de haber estado muy lejos, en un transporte) y recordaba que la mujer había hablado de continuar solos de allí en adelante. Y de hacer cosas de las que nadie más sabría nada. «Sin testigos», había dicho. Como si eso fuera importante. Ese tipo de charlas por lo general confundían a Pico, pero no esa vez. Él sabía que su vida entera era sin testigos. Así que la consejera había hecho a todos los demás soldados como él, igual que Pico, y ése había sido un regalo inesperado de esa mujer tan fría. Cobarde o no y estúpido como era, la consejera se lo había ganado esa noche. Algo a lo que ella no daría demasiada importancia, como es obvio, pero que para él significaba mucho.

En fin, su corazón había ralentizado su loca carrera y levantó la cabeza para mirar a la capitán. Ésta permanecía sentada en su caballo, en la sombra profunda, inmóvil como él había estado, y sin embargo, en un instante, Pico creyó captar en ella un sonido (el martilleo de las olas contra la piedra, los chillidos de soldados en batalla, espadas y

matanza, lanzas como hielo penetrando en carne caliente, y las olas) y después todo eso desapareció.

La capitán debió de advertir su mirada porque se dirigió a él en voz baja.

—¿Se han adelantado lo suficiente, Pico?

—Sí.

—¿No captaron nuestro olor?

—En absoluto, capitán. Nos oculté con gris y azul. Fue fácil. Esa maga se arrodilla delante de las Fortalezas. No sabe nada de las sendas gris y azul.

—Se suponía que los letherii iban a unirse a nosotros —murmuró Faradan Sort—. En su lugar los encontramos cabalgando con tiste edur, haciéndoles el trabajo.

—Todo revuelto, sí. Sobre todo por aquí.

—Y ése es el problema —respondió ella, que recogió las riendas y azuzó su montura para sacarla de debajo de las pesadas ramas bajo las que se habían ocultado, a quince pasos de la pista, mientras la partida de guerra pasaba a su lado—. Vamos muy por delante de los otros pelotones. O Hellian o Urb han perdido la cabeza, o quizá los dos.

Pico la siguió en su propio caballo, un bayo dócil al que había llamado Lirio.

—Como un atizador caliente, capitán, introduciéndose hasta el fondo de la forja. Así uno se quema la mano, ¿no?

—La mano, sí. Keneb. Tú y yo. Todos los demás pelotones.

—Eh, yo me refería a su mano.

—Estoy empezando a distinguir esos momentos —dijo ella, que lo estaba mirando.

—¿Qué momentos? —preguntó Pico.

—Cuando te convences a ti mismo de lo estúpido que eres.

—Ah. —*Esos momentos*—. Jamás he sido tan leal, capitán. Nunca.

La mujer le lanzó entonces una mirada extraña, pero no dijo nada.

Subieron al camino y encaminaron sus monturas en dirección este.

—Andan por ahí, en alguna parte —dijo la capitán—. Metiéndose en todo tipo de líos.

Pico asintió. Llevaban ya dos noches rastreando a esos dos pelotones. Y lo que seguían era un rastro de cadáveres. Emboscadas repentinas, letherii y tiste edur muertos, los cuerpos arrastrados para ponerlos a cubierto y despojarlos de todo, tan desnudos que Pico tenía que apartar los ojos, no fuera que pensamientos malignos se colaran en su mente. Todos los lugares que su madre había querido que le tocara esa noche, no, todo eso eran pensamientos malignos, recuerdos malignos, ese mal que podía hacer que se ahorcara como había hecho su hermano.

—Tenemos que encontrarlos, Pico.

Él volvió a asentir.

—Tenemos que detenerlos. Esta noche, ¿te parece?

—Es el que se llama Balgrid, capitán. Y el otro que se llama Tazón, que ha aprendido magia muy rápido. Balgrid tiene la vela blanca, ¿de acuerdo?, y esta tierra lleva mucho tiempo sin tener la vela blanca. Así que está arrastrando el olor de todos los cuerpos que están dejando y eso está embarrando las cosas, esas orejas que están cortando, y los dedos y demás que se están atando a los cinturones. Por eso vamos de emboscada en emboscada, ¿sabe? En lugar de directamente a por ellos.

—Bueno —dijo la capitán tras un momento y otra mirada larga y curiosa—, nosotros tenemos unos malditos caballos, ¿no?

—Y ahora ellos también, capitán.

—¿Estás seguro?

—Creo que sí. Solo esta noche. Son las Fortalezas. Hay una para las bestias. Y si los magos letherii se dan cuenta, podrían aprovecharlo y encontrarlos enseguida.

—Por el aliento del Embozado, Pico. ¿Y nosotros?

—A nosotros también. Claro que hay un montón de gente montando a caballo por aquí, y eso que los estribos son penosos. Pero si se acercan, entonces quizá ni siquiera funcionen las velas gris y azul.

—Puede que termines teniendo que enseñar unas cuantas más, entonces.

Oh, esa idea no le gustó.

—Espero que no. De verdad que espero que no.

—Entonces vamos a ponernos en marcha, Pico.

No me quemes hasta el fondo, capitán. Por favor. No será agradable, para nadie. Todavía puedo oír sus gritos y siempre hay gritos y yo el primero. Mis gritos son lo que más me asusta, capitán. Me vuelvo estúpido de miedo, sí.

—Ojalá Masan Gilani estuviera con nosotros —dijo Escaso mientras arrancaba matas de musgo para lavarse la sangre de las manos.

Hellian parpadeó y miró al idiota. ¿Masan qué?

—Escuche, sargento —dijo Balgrid otra vez.

Siempre estaba diciendo lo mismo, así que ella había dejado de escucharlo. Era como mear en el fuego, como podían hacer los hombres y las mujeres no. Un simple siseo en la oscuridad repentina y después ese horrible olor. «Escuche, sargento», y siseo. Ella dejó de escuchar.

—Tiene que escuchar —insistió Balgrid, que estiró el brazo para pincharla con un dedo—. ¿Sargento?

Ella miró con furia ese dedo.

—¿Quieres que me corte la mejilla izquierda, soldado? Tócame otra vez y te arrepentirás, fíjate lo que te digo.

—Alguien sigue nuestro rastro.

Hellian frunció el ceño.

—¿Desde hace cuánto?

—Dos, quizá tres noches seguidas —respondió Balgrid.

—¿Y decides decírmelo ahora? Tos mis soldaos son idiotas. ¿Cómo que nos siguen? Tú y Tazón dijisteis que lo teníais controlado, o por lo menos que teníais algo controlado. ¿Qué es lo que habíais controlado? Claro, lleváis meando por todo el camino o algo. —Lo miró con furia—. Siseo.

—¿Qué? No. Escuche, sargento…

Y otra vez con lo mismo. Hellian se puso en pie, tambaleándose sobre aquel suelo blando, arcilloso, donde uno podía caerse con cada puñetero paso si no se tenía cuidado.

—Alguien, tú, cabo, arrastra esos cuerpos y escóndelos.

—Sí, sargento.

—Ahora mismo, sargento.

—Y vosotros dos. Quizás. Lodes…

—Laúdes.

—Ayudad al cabo. Menuda habéis montado matando a éstos. —Y era lo que había que hacer, ¿no? Esa vez la cosa había estado difícil. Dieciséis letherii y cuatro edur. Unos cuadrillos en la cabeza les habían hecho a los edur lo que le hacen a la gente normal. Como sacos de patatas desde las alturas, yuuu, cayéndose de esos caballos. Después un par de fulleros, uno delante de la columna letherii, otro por la parte de atrás. Bum, bum y el atardecer no fue más que gritos y miembros sacudiéndose, humanos y equinos y algunos no se sabía de quién.

Los malditos letherii se habían recuperado un poco deprisa para el gusto de Hellian. Y desde luego muy deprisa para el gusto de Hanno, porque Hanno se había derrumbado con solo medio cráneo después de una de las estocadas más

mezquinas que ella había visto jamás. Pero el golpe había desequilibrado al soldado, claro, con esos estúpidos estribos, así que a Urb le había resultado fácil levantar una de esas manazas que tenía, coger un cinturón o lo que fuera y descabalgar al imbécil de golpe. Lo había tirado al suelo con tal fuerza que al tipo se le escapó el aliento por los dos extremos. Momento en el que Urb le había clavado un puño envuelto en cota de malla con tal fuerza en la cara, bajo el yelmo, que Urb se hizo daño en los nudillos con la nuca del hombre, bastante abajo, justo por encima de las vértablas o como se llamasen. Astillas de dientes y hueso y chorros de carne brotando por todas partes.

La primera pérdida de los pelotones había sido ésa. Todo porque Hanno se había metido de un salto pensando que los letherii todavía estaban confundidos y no podían hacer nada. Pero no, esos soldados eran veteranos. Y habían vuelto en sí a una velocidad endiablada.

A Lametazo de Sal lo habían acuchillado bien, aunque Balgrid se lo había trabajado y ya no se estaba desangrando ni estaba inconsciente. Y al cabo Reem habían ido y le habían amputado dos dedos de la mano izquierda, una mala parada con el escudo. Al pobre Urb no le iba demasiado bien como sargento.

Hellian se fue dando la vuelta con cuidado hasta que quedó mirando en otra dirección y vio a Urb, sentado en un tronco medio podrido, con aspecto desdichado. Hellian tomó un trago de ron y se acercó sin prisas.

—Ahora somos los dos sargentos, ¿no? Venga, vamos a buscar unos arbustos para meternos debajo. Me apetece sudar y gruñir con alguien, y como tenemos el mismo rango y eso, es lo obvio, y aquí nadie se va a quejar.

El otro alzó la vista con un parpadeo y la miró con los ojos muy abiertos, como una lechuza.

—¿Qué poblema ties, Urb? No soy tan fea como tú, ¿no?

—Urb no es feo —dijo Reem con una carcajada incrédula —. ¡Masan era incapaz de pensar con claridad con él por el medio! Quizá por eso dejó que la cambiaran al pelotón de Bálsamo.

Hellian lanzó un gruñido.

—Cállate, Reem. Tú eres cabo y esto es asunto de sargentos.

—Usted quiere un revolcón con Urb, sargento —dijo Reem —. No tiene nada que ver con que los dos sean sargentos, ni con que Urb parece un puñetero dios y usted va lo bastante curda como para tener ganas de sudar y gruñir.

—Sigue sin ser asunto tuyo.

—Quizá no, pero nosotros tenemos que oír esos gruñidos. Como dijo Escaso, si Masan estuviera aquí, todos podríamos soñar y puede que intentarlo con la esperanza de que ella se sintiera tan frustrada intentando llegar a alguna parte con Urb, que quizá hasta…

—¿Desde cuándo tienes la boca tan grande, Reem? —preguntó Balgrid—. Estabas mejor callado y misterioso. Así que ahora pierdes un par de dedos ¿y qué pasa?

—Callaos tos —dijo Hellian—. ¿Queréis que nos caiga encima otra patrulla y no temos listos pa ellos esta vez? Venga, los demás, sin contar aquí Urb, comprobad el equipo, coged vuestros trofeos y to eso y si queréis escuchar no os pongáis a hacer ruidos de gemidos. De envidia y eso.

—No vamos a gemir de envidia, Hellian. Más bien…

—¡Callado y misterioso, maldito seas, Reem!

—Me apetece hablar, Balgrid, y no puedes impedírmelo…

—Pero es que puedo, y no te va a hacer ninguna gracia.

—Puñetero nigromante.

—Solo el otro lado de Denul, Reem, como no hago más que decirte. Denul da, el Embozado se lleva.

Hellian se fue a por Urb, que de pronto parecía aterrado.

—Relájate —le dijo la sargento—. Que no voy a cortar nada. Por lo menos a ti no. Pero si me cascan uno de esos terribles rechazos…

—Una buena cama de musgo por aquí —dijo Escaso, que se irguió y se apartó haciendo un gesto que indicó algo tras él.

Hellian bajó el brazo y tiró de Urb para levantarlo.

De repente, Balgrid estaba al lado del hombre.

—Escuche, sargento…

Hellian arrastró a Urb y pasaron junto al mago.

—¡No, sargento! Los que nos seguían… ¡creo que nos han encontrado!

De inmediato se sacaron las armas y las figuras se dispersaron en posiciones defensivas, un círculo irregular que miraba hacia fuera, con Hellian y Urb en el centro.

—Balgrid —siseó Hellian—. Podrías haberlo dicho…

Cascos de caballo, el aliento pesado de un animal, y después una voz que exclamó algo en voz no muy alta y en malazano.

—Capitán Faradan Sort y Pico. Vamos a entrar, así que guardad los malditos fulleros.

—Ah, genial —suspiró Hellian—. Tranquilo todo el mundo, es esa capitana espeluznante.

Marines, claro. A Pico no le gustaba el aspecto de aquellos tipos. Mezquinos, hambrientos, con el ceño fruncido porque los había encontrado la capitán. Y encima había uno muerto.

Faradan Sort guió su caballo hasta el centro y desmontó. Pico se quedó donde estaba un instante, no lejos de donde se hallaban dos soldados que solo en ese momento empezaban a envainar las espadas. Veía al nigromante, el aura del hombre era blanca y fantasmal. Allí había muerte por todas partes, el aire quieto estaba impregnado de

últimos alientos y él podía sentir el asalto de la pérdida como un puñetazo en el pecho.

Siempre era así donde moría gente. Jamás debería haberse hecho soldado.

—Hellian, Urb, tenemos que hablar. En privado. —Fría y dura, la voz de la capitán—. ¿Pico?

—¿Capitán?

—Ven con nosotros.

Oh, no. Pero avanzó con el caballo y después se deslizó de la silla. De repente era mucha la atención que se clavaba en él, así que agachó la cabeza y fue a colocarse junto a la capitán.

Con Faradan Sort en cabeza, el grupo se adentró en el bosque.

—No hemos hecho na malo —dijo la sargento Hellian en cuanto se detuvieron a unos veinte pasos de los demás. Parecía balancearse de un lado a otro como una serpiente de cabeza plana momentos antes de escupir veneno.

—Se suponía que tenían que tomárselo con calma y no adelantarse tanto a los otros pelotones. En cualquier momento, sargento, vamos a empezar a encontrarnos no con patrullas de veinte, sino de doscientos. Y luego dos mil.

—Ése no es el poblema —dijo Hellian con un acento que Pico no había oído jamás—. El poblema es, captán, que los letherii están luchando con esos edur…

—¿Ha intentado ponerse en contacto con esos letherii?

—Lo intentamos —dijo Urb—. La cosa se complicó. —Sacudió la cabeza—. No hay señal, capitán, de que estas personas quieran ser liberadas.

—Lo que dijo Urb —añadió Hellian asintiendo con vigor.

La capitán apartó la mirada.

—Los otros pelotones han contado algo muy parecido.

—Quizá podamos convencerlos o algo —dijo Urb.

Hellian se apoyó en un árbol.

—Me parez a mí, captán, que tenemos dos cosas que poemos hacer y solo dos. Poemos retroceder de nuevo a la costa. Construir diez mil balsas y largarnos remando tan rápido como poamos. O seguimos. Golpes rápidos y secos. Y si luego vienen contra nosotros dos mil a la vez, pues corremos a escondeznos como nos adiestraron. Golpes rápidos y secos, captán, o a remar.

—Solo hay una cosa peor que discutir con una borracha —dijo Faradan Sort— y es discutir con una borracha que tiene razón.

Hellian esbozó una sonrisa radiante.

¿Estaba borracha? Estaba borracha. Una sargento borracha, solo que, como acababa de decir la capitana, no era idiota.

—¿Tienen caballos suficientes para sus pelotones? —continuó Faradan Sort.

—Sí, señor —respondió Urb—. Más que suficientes.

—Sigo queriendo que frenen el ritmo, durante unos días por lo menos. Tengo intención de ponerme en contacto con los otros pelotones y conseguir que empiecen a hacer lo que están haciendo ustedes, pero eso llevará algo de tiempo…

—Capitán —dijo Urb—. Tengo la sensación de que ya están aprendiendo. Ahora hay un montón de patrullas más, y cada vez son más grandes y van con más cuidado. Llevamos tiempo esperando caer en una emboscada en cualquier momento y eso era lo que nos tenía preocupados. La próxima vez que venga a buscarnos, puede que se encuentre con un montón de cadáveres. Cadáveres malazanos. No tenemos las municiones para llegar hasta el final, no las tiene nadie, así que esto va a empezar a ponerse mucho más difícil, señor.

—Lo sé, sargento. Perdió a alguien en ese combate, ¿no?

—Hanno.

—Se descuidó —dijo Hellian.

Urb frunció el ceño y asintió.

—Sí, eso es verdad.

—Entonces esperemos que baste con una lección dura —dijo la capitán.

—Eso esperamos —confirmó Urb.

Faradan Sort miró a Pico.

—Háblales de las Fortalezas, Pico.

El chico se encogió, después suspiró y empezó a hablar.

—Los magos letherii… puede que sean capaces de encontrarnos por los caballos, oliéndolos, quiero decir.

—Balgrid ha estado cubriendo nuestro rastro —dijo Urb—. ¿Estás diciendo que no va a funcionar?

—Podría ser —dijo Pico—. La nigromancia es una cosa que ellos no entienden. Los letherii. Ni los tiste edur. Pero es que hay una Fortaleza de las Bestias.

Hellian sacó una petaca y echó un buen trago.

—Tenemos que saberlo con seguridad —dijo luego—. La próxima vez, Urb, nos agenciamos vivo a uno de esos magos letherii. Hacemos unas preguntas y entre grito y grito, conseguimos respuestas.

Pico se estremeció. No solo borracha, también sedienta de sangre.

—Tengan cuidado —dijo la capitán—. Eso podría volverse en su contra muy rápido.

—Todos sabemos lo del cuidado, señor —dijo Hellian con una sonrisa agotada.

Faradan Sort estudió a la sargento del mismo modo que a veces estudiaba al propio Pico.

—Hemos terminado —dijo al cabo—. Frenen un poco y cuidado con las patrullas pequeñas, podrían ser un cebo. —Dudó antes de añadir—: Ya estamos metidos en esto. ¿Comprendido?

—¿Nada de balsas?

—Nada de balsas, Hellian.

—Bien. Si no veo más mares, moriré feliz.

Y Pico sabía que lo haría. Morir feliz. Era la suerte que tenía.

—Regresen con sus pelotones —dijo la capitán—. Tranquilicen a sus soldados nerviosos.

—No es el olor —dijo Pico.

Los otros se volvieron con gesto interrogante.

—No es lo que los está poniendo nerviosos, quiero decir —explicó Pico—. El olor a muerte, lo llevan con ellos, ¿no? Así que ya están acostumbrados. Solo están nerviosos porque llevan mucho tiempo sentados sin hacer nada. En un solo sitio. Nada más.

—Entonces no perdamos más tiempo —dijo Faradan Sort.

Buena idea. Por eso era capitán, claro. Lo bastante lista como para que su modo de pensar fuera un misterio para él, pero ése era un misterio que a él no le importaba. Quizá el único.

Se arrojaron al suelo al borde del bosque. Al borde, sí, demasiados malditos bordes. Detrás había un mosaico de cultivos y setos. Se veían dos granjas pequeñas, aunque por las ventanitas cerradas con contraventanas no se veía la luz de ningún farol o vela. Con el corazón martilleándole de forma dolorosa en el pecho, Violín rodó de lado para ver cuántos lo habían conseguido. Un coro de respiraciones forzadas de los cuerpos dispersados en la oscuridad a ambos lados del sargento. Estaban todos. Gracias a Corabb y la suerte imposible de aquel guerrero del desierto.

Tenía que admitir que la emboscada había sido muy inteligente. Debería haber acabado con todos ellos. En su lugar, media legua más atrás, en un pequeño claro cubierto de hierba, quedaba el cadáver de un ciervo (un ciervo que Corabb había sacado, sin querer, de su escondrijo) con unas

veinte flechas clavadas. Planeada con inteligencia, mal ejecutada.

Los malazanos no habían tardado en volver las tornas. Fulleros crujiendo en la noche, golpes secos de ballestas, el revoloteo de cuadrillos y el puñetazo del impacto. Chillidos de agonía. Una oleada de los pesados de Gesler había roto un lado de la emboscada…

Y entonces la hechicería se había revuelto y despertado, algo puro y terrible que devoraba árboles como ácido. Lenguas grises de fuego caótico que palpitaban en una especie de ola constante. Había cargado contra ellos y había envuelto a Arenas, cuyos gritos habían sido, por fortuna, cortos. Violín, a menos de diez pasos de distancia del lugar en el que se había desvanecido Arenas, había visto al mago letherii, que también parecía estar chillando de dolor al tiempo que la oleada se precipitaba. Con un bramido, Violín había girado la ballesta y había sentido el retroceso en las manos al disparar el pesado cuadrillo.

El maldito había golpeado un tronco justo por encima y detrás de la cabeza del mago. La explosión había tumbado árboles cercanos y triturado a una veintena de soldados letherii. También había apagado la hechicería de golpe. Los árboles habían empezado a derrumbarse, las ramas agitándose al caer, y los malazanos habían aprovechado para retirarse a toda prisa y echar a correr.

Un movimiento a la izquierda de Violín y apareció Gesler arrastrándose junto a él.

—El Embozado nos ha maldecido a todos, Viol. Nos estamos quedando sin bosque… ¿cómo está Sepia?

—La flecha entró hondo —respondió Violín—, pero no sangra. Podemos sacársela cuando tengamos una oportunidad.

—¿Crees que nos están siguiendo el rastro?

Violín sacudió la cabeza. No tenía ni idea. Quizá, si quedaban suficientes. Se giró.

—Botella —siseó—, por aquí.

El joven mago se acercó gateando.

—¿Puedes echar un vistazo atrás? —preguntó Violín—. ¿Averiguar si vienen a por nosotros?

—Ya lo hice, sargento. Usé todas las puñeteras criaturas que nos encontramos.

—¿Y? —quiso saber Gesler.

—Ese maldito se cargó a la mayoría, sargento. Pero el ruido trajo más. Al menos una docena de tiste edur y quizá unos cientos de letherii. ¿No están siguiendo el rastro ahora? Sí, pero continúan muy atrás; han aprendido a ser cautos, supongo.

—Estamos perdiendo la oscuridad —dijo Gesler—. Necesitamos un sitio para escondernos, Viol, solo que igual esta vez no funciona, ¿verdad? No van a descansar.

—¿Podemos perderlos? —le preguntó Violín a Botella.

—Estoy bastante cansado, sargento…

—No importa. Tú ya has hecho bastante. ¿Qué te parece, Gesler? ¿Hora de mancharnos las manos?

—¿Y usar los pocos malditos que tenemos?

—No veo otra alternativa, la verdad. Claro que yo siempre me guardo uno. Y Sepia igual.

Gesler asintió.

—Nosotros distribuimos los nuestros, y menos mal, tal y como reventó Arenas. Con todo, el tipo llevaba municiones encima, solo que no prendieron…

—Ah, pero es que sí que prendieron —dijo Violín—. Solo que no en este reino. ¿Tengo razón, Botella? Esa hechicería es como una puerta rota, de las que se come a quien pasa por ella.

—Por los espíritus del inframundo, Viol, pues sí que te lo oliste bien. Esa magia empezó como una cosa y luego se

convirtió en otra… y el mago estaba perdiendo el control, incluso antes de que lo hicieras picadillo.

Violín asintió. Era lo mismo que había visto él. O que había creído ver.

—Bueno, Botella, ¿y qué significa?

El joven mago negó con la cabeza.

—Esto se está saliendo de madre… en alguna parte. Había cosas viejas, magia primitiva, al principio. No tan antigua como lo que se vincula a los espíritus. Aun así, primitiva. Y luego algo caótico lo cogió por la garganta…

A muy poca distancia, Koryk se echó de espaldas. Estaba muerto de cansancio. Que Botella y los sargentos murmuraran todo lo que quisieran, él sabía que estaban metidos hasta el cuello en la mierda polvorienta del Embozado.

—Eh, Koryk.

—¿Qué pasa, Sonrisas?

—Estuviste a punto de espicharla ahí atrás, joder.

—¿Ah, sí?

—Cuando fueron esos cuatro a por ti, vaya baile te marcaste, toda una giga, mestizo. —La chica se echó a reír, una carcajada baja y rebosante de lo que parecía malicia—. Y si no hubiera aparecido yo para clavarle un cuchillo en el ojo a ése, el que se te había colado por debajo y estaba listo para abrirte la barriga en canal, bueno, te veo enfriándote ahí atrás.

—¿Y los otros tres? —preguntó Koryk sonriendo en la oscuridad—. Apuesto a que no sabías que era tan rápido, ¿eh?

—Algo me dice que tú tampoco lo sabías.

No dijo nada porque reconocía que su compañera tenía razón. Había sentido una especie de frenesí, pero su ojo y su

mano habían trabajado de un modo frío, preciso. Había sido como si se hubiera limitado a mirar cada movimiento, cada parada, cada cambio de postura y cada giro, cada cuchillada con su pesada hoja. Había observado, sí, pero con un amor profundo por ese momento, por cada momento. Había sentido algo parecido en el muro de escudos en el puerto, esa noche en Malaz. Lo que había empezado como una especie de euforia vaga se había transformado en una revelación pura. *Me gusta matar. Dioses del inframundo, me gusta, y cuanto más me gusta, mejor se me da*. Nunca se había sentido más vivo, más perfectamente vivo.

—Estoy deseando verte bailar otra vez —murmuró Sonrisas.

Koryk parpadeó en la oscuridad y cambió de postura para mirarla. ¿Estaba excitada? ¿De algún modo la había besado entre esas piernas musculosas que tenía y la había despertado? ¿Porque había matado bien? *¿He bailado esa giga, Sonrisas?*

—Cuanto más te conozco, mujer, más asustas.

Ella lanzó un bufido.

—Así me gusta, mestizo.

Chapapote habló desde el otro lado de Koryk.

—Creo que voy a vomitar.

Una carcajada un poco más distante de Sepia.

—Sí, Chapapote, es lo que pasa cuando se derrumba toda tu perspectiva del mundo. Claro que —añadió—, si pudieras conseguir que tu baile fuera poesía cuando matas a la gente, quién sabe…

—Ya está bien. Por favor.

—Tú tranquilo —insistió Sepia—. Que tú no eres de los que bailan. Estás enraizado como un árbol y eres igual de lento, Chapapote.

—Puede que sea lento, Sepia, pero los idiotas terminan cayendo, ¿no?

—Ah, sí, eso sí. No sugiero otra cosa. Pero tú puedes montar solo un muro de escudos, eso es lo que eres.

El cabo Tormenta estaba escupiendo sangre. Un puñetero codo le había partido la boca, así que tenía dos dientes sueltos y se había mordido la lengua. El codo en cuestión quizá hubiera sido el suyo, alguien había chocado contra él en la trifulca y él tenía el brazo del arma levantado con la punta de la espada en ángulo hacia abajo. Casi le había arrancado el hombro del maldito sitio.

Un revés salvaje con el pomo había aplastado la sien del atacante, que había retrocedido tambaleándose con un ojo a medio sacar. Narizcorta había acabado después con el letherii.

Menuda carga que había sido ésa, con él y sus pesados, Narizcorta y el trío de damas, cada una de las cuales podía dominar con una simple mirada a un bhederin macho en celo y hacerlo papilla si se daba el caso. Mala suerte lo de Arenas, sin embargo. *Pero no vamos a perder a nadie más. Ni uno solo más. Tengo a mis pesados y podemos acabar con lo que nos lancen, lo que sea*.

Y no solo nosotros. Ese Chapapote y Koryk... Viol tiene un par tremendo en esos dos. Y esa Sonrisas, tiene el corazón duro y negro de una garra. Buenos pelotones, sí, señor, para este tipo de trabajo. Y ahora vamos a dar la vuelta y vamos a matarlos de un patadón en la cara. Lo presiento. Viol y Gesler, cocinando en la vieja caldera de Kellanved.

Estaba encantado con que la consejera por fin los hubiera soltado de una vez. Y además así. Al Embozado con las malditas marchas en columnas. No, te metes, das un golpe rápido y a otra cosa, sí, y que no sepan de dónde les viene. Así que los idiotas de la pista iban a por ellos, ¿eh? ¿Y por

qué no? Solo eran dos pelotones de nada. Y seguro que ellos ya tenían cientos a aquellas alturas.

—Por la maldición de Kellanved —murmuró con una gran sonrisa.

La cara redonda de Destello de Ingenio surgió junto a él.

—¿Dices algo, cabo?

—Marines malazanos, querida, eso somos nosotros.

—¿No pesados? Yo creí…

—Eres las dos cosas, Destello. Relájate. Verás, los marines malazanos llevan años sin hacer lo que están adiestrados para hacer, desde antes de que muriera Kellanved. Adiestrados, ¿ves? Para hacer justo lo que estamos haciendo ahora, bendito sea Fener. Esos pobres cabrones de letherii y edur, dioses del inframundo, pobres idiotas ignorantes.

—Lo bastante listos para tendernos emboscadas —comentó Uru Hela por detrás de Destello de Ingenio.

—Pero no funcionó, ¿a que no?

—Solo porque…

—Ya está bien, Uru Hela. Estaba hablando yo, ¿estamos? Tu cabo. Así que escucha y calla.

—Yo solo preguntaba…

—Otra palabra y doy parte de ti, soldado.

Si la mujer lanzó un bufido, se apresuró a convertirlo en una tos.

—¡Silencio ahí abajo! —Era Gesler, que estaba con Violín.

Lo que él decía. Tormenta asintió.

Marines malazanos. Ja.

Violín señaló con la cabeza la pista estrecha y sinuosa que serpenteaba hacia la granja más cercana y sus exiguas dependencias.

—Echamos una buena carrera y arrastramos a los heridos hasta allí abajo. Directos hacia la casa por ese camino de

carretas.

—Como si todavía huyéramos asustados, llevados por el pánico —replicó Gesler—. Sí. Claro que tenemos que desalojar esa casa, lo que significa matar civiles y tengo que decir, Viol, que eso no me gusta.

—Quizá podamos buscar otra forma —respondió Violín—. ¿Botella?

—Sí, sargento. Estoy cansado, pero es muy probable que pueda hechizarlos. Quizá hasta meterles alguna idea falsa en la cabeza. Como que nos fuimos al norte cuando en realidad fuimos al sur. Algo así.

—No te nos mueras nunca, Botella —dijo Gesler. Y dirigiéndose a Violín, añadió—: Entonces voy a recoger municiones de mi pelotón.

—Sepia y yo —contestó Viol con un nuevo asentimiento.

—¿Cables para que tropiecen?

—No, ya será de día para entonces. No, haremos el tambor.

—Que el Embozado me lleve —dijo Gesler sin aliento—. ¿Estás seguro? Es decir, he oído hablar de eso…

—Oíste hablar de ello porque lo inventamos Seto y yo. Y lo perfeccionamos, más o menos.

—¿Más o menos?

Violín se encogió de hombros.

—O funciona o no. Tenemos el engaño de Botella por si no funciona…

—Pero no habrá vuelta atrás para recuperar esos malditos, ¿no?

—No a menos que quieras contemplar la luz blanca y brillante, Gesler.

—Bueno —dijo el hombre de tono ambarino con una gran sonrisa—, puesto que existe la posibilidad de ver la leyenda convirtiéndose en realidad con el genio que la inventó… no te voy a disuadir, Viol.

—La mitad del genio, Gesler. Seto fue la otra mitad.

—¿Lo estás pensando mejor?

—Mejor, peor y como sea, amigo mío. Pero lo vamos a hacer de todos modos. Cuando todo el mundo esté listo, te adelantas con todos, salvo Sepia y yo. Os vais a esa casa de la granja, la de acá. Creo que la de más allá está abandonada. Puede ser que el propietario volviera a construir. Los puñeteros campos parecen muy bien cuidados, ¿no crees?

—Sí, sobre todo dado lo pequeño que es el caserío.

—Que Botella olisquee un poco antes de lanzaros a la carga.

—Sí. ¿Oyes eso, mago?

—¿Qué? Perdón, creo que me dormí.

Gesler miró con furia a Violín.

—¿Nuestras vidas están en las manos de este hombre? Que el Embozado nos ayude.

Las órdenes se fueron pasando por la fila descuidada de hombres postrados. El amanecer empezaba a teñir el aire cuando Gesler, con Botella a su lado y seguidos por Corabb Bhilan Thenu'alas, condujeron a lo que ya era su enorme pelotón al camino de carretas. Arañando el suelo, abriendo surcos aquí y allá (nada demasiado obvio, solo lo justo) rumbo a la modesta casa.

Violín y Sepia los observaron durante un rato, hasta que se alejaron lo suficiente del lugar que habían decidido que era el mejor para la trampa: matorrales que se acercaban mucho al camino de carretas y estrechaban las líneas de visión en ese tramo. Más allá de los arbustos, dos árboles de mediana edad a la izquierda y uno muy antiguo a la derecha.

Cuatro malditos para eso. Dos muy juntos, luego uno y al final el último.

Sepia, la cara bañada en sudor por la punta de lanza que tenía alojada en el hombro, no hizo ningún comentario, cosa muy extraña en él, cuando Violín indicó al zapador que recorriera la pista desde su lado del estrechamiento hasta veinte pasos más allá, y que colocara los palos en el suelo cuando él se lo mandara. Una vez hecho eso, la tarea de Sepia era cavar agujeros en la tierra compacta donde habían estado los palos. Agujeros poco profundos.

Un zapador que confiara en el tirón de Oponn quizá lo hubiera dejado así y le hubiera rezado a los veleidosos Gemelos para que el casco de un caballo descendiera sobre, al menos, uno de los malditos plantados. Pero no era así como funcionaba el tambor. Lo único que hacía falta era una vibración. Si los malditos estaban recortados lo justo por un lado; si la piedra afilada que se apoyaba en ese punto era lo bastante afilada y se colocaba en el ángulo justo para que la reverberación clavara la punta en la concha de arcilla. El verdadero desafío, como habían descubierto Violín y Seto, era el afeitado del maldito (hasta que fuera fino como la cáscara de un huevo), pero sin llegar a romperlo, porque entonces terminabas pintando las hojas de los árboles más altos con sangre y tripas.

En cuanto Sepia terminó de excavar el primer agujero, Violín se dirigió hacia allí con un maldito acunado en las manos. Lo dejó con todo cuidado en el suelo, sacó un cuchillo e hizo unos ajustes diminutos en el agujero. Después volvió a concentrarse en el maldito. Ése, al principio del tramo, sería el primero en estallar. Lo que dispararía los otros en medio de la tropa, con dos en la parte de atrás por si la columna era especialmente larga.

Colocó el maldito en el agujero, se echó boca abajo y acercó el cuchillo a un lado de la mina. Y empezó a recortar

arcilla.

El sol se había alzado y, aunque el aire era todavía fresco, el sudor chorreaba por la cara de Violín mientras iba quitando astillas diminutas de aquella arcilla compuesta por granos finos. Le hubiera gustado que la luz incidiera directamente en el maldito, en el lado al que se estaba dedicando, así podría trabajar hasta que viera ese fulgor leve llegando al polvo incendiario de color amarillo brillante con sus fragmentos de hierro. Pero no hubo tanta suerte. Todo permanecía en sombras.

Al fin un último arañazo y sacó la hoja con extremo cuidado. Encontró la piedra afilada y la colocó junto a la concha recortada. La punta contra la arcilla, hizo un medio giro (el aliento contenido, los ojos apretados) y quitó la mano muy despacio. Abrió los ojos. Estudió su obra.

Respiró hondo unas cuantas veces más para tranquilizarse y empezó a llenar el agujero con pequeños puñados de tierra. Después esparció detritos sobre el punto.

Violín se alejó reptando boca abajo hasta que llegó al borde de la pista donde había dejado los otros malditos. Miró pista arriba y vio a Sepia esperando en el otro extremo, envolviéndose el torso con los brazos, y con una expresión como si se acabara de mear encima. *Sí, ya sabe por qué somos una especie en peligro de extinción*.

Violín cogió el segundo maldito y se dirigió, pisando con suavidad, al segundo agujero. No tan fino esa vez, pero lo bastante. Cada uno iba siendo un poco más fácil, lo que hacía que cada afeitado se fuera haciendo más peligroso, el riesgo de descuidarse, de hacer mal las cosas, producto de esa oleada de alivio tras haber conseguido el primero… bueno, él era consciente de todos los peligros del oficio, ¿no?

Con los dientes apretados llegó al segundo agujero del camino, y se puso con cuidado de rodillas. Posó el maldito y

echó mano de su cuchillo.

Sepia estaba a punto de mearse encima, se podía decir que más que nunca. No por la perspectiva de morir, eso lo tenía asumido y lo había tenido desde que se había encontrado en el Decimocuarto, sino ante lo que estaba presenciando allí.

El último gran zapador malazano. Nadie más se le parecía. Imagínate, afeitar la concha de unos malditos. Con un cuchillo. Dejarlas finas como cáscaras de huevo. Sepia había observado, incapaz de distinguir mucho desde tan lejos, cuando Violín se había puesto a trabajar en el primero, el más letal de todos. Y había rezado a cada dios que se le había ocurrido, a dioses cuyo nombre ni siquiera sabía, a espíritus y fantasmas y a cada zapador vivo o muerto, cada nombre una bendición en honor a la brillantez de un solo hombre. Rezaba para que ese único hombre al que él adoraba no lo… no lo ¿qué?

No me decepcione.

Era patético. Lo sabía. No dejaba de decírselo a sí mismo, entre súplica y súplica sin aliento. Como si tuviera tiempo para lamentar el fracaso de su fe.

Así que allí estaba Violín, más cerca, en el segundo agujero, haciéndolo todo otra vez. Imagínate, Viol y Seto, cómo debían de ser juntos aquellos dos. Dioses, esos Abrasapuentes debían de ser peores que demonios. Pero ahora… solo Violín, y allí Sepia, más pobre que una sombra del famoso Seto. Todo llegaba a su fin. Pero mientras Violín siguiera vivo, bueno, a la mierda con todo, merecía la pena seguir aguantando. Y esa flecha alojada en su hombro izquierdo, vale, es cierto que la había visto venir, pero tampoco se había inclinado hacia ella, ¿no? Quizá lo hubiera parecido. Era posible. Como si hubiera tenido tiempo para

pensar siquiera, con todo lo que estaba pasando a su alrededor. No era superhumano, ¿no?

Violín se apartó muy poco a poco de la mina y miró a Sepia. El tipo estaba pálido como la muerte. Bueno, si lo pensaba, ya no necesitaba tenerlo tan cerca, ¿verdad?

Le hizo una señal con la mano: *Vete, reúnete con los pelotones*.

Sepia negó con la cabeza.

Violín se encogió de hombros, no era momento de discutir y si Sepia quería suicidarse tampoco era nada nuevo; se levantó y partió a recoger el tercer maldito. Hasta las pisadas eran un riesgo, lo que lo obligaba a moverse despacio por el borde de la pista. Había supersticiones para aburrir sobre dónde se debían guardar las municiones mientras se trabajaba. Seto habría insistido en que los malditos estuvieran por delante del trabajo en todo momento, pero, para Violín, cuanto menos los manejara, mejor se sentía. Hiciera lo que hiciera, siempre tenía que ir de un lado a otro con los puñeteros trastos, ¿no?

Llegó al punto, bajó los ojos y contempló los dos malditos que quedaban. Más supersticiones. ¿Cuál? ¿Por el lado del corazón o por el de la cabeza? ¿Mirando al agujero o con el agujero detrás de él como estaba en ese momento? Por el aliento del Embozado, Seto se removía por su cráneo como un diablo. ¡Ya está bien de supersticiones! Violín se agachó y recogió un maldito.

Lado del corazón.

¿Y el azar era en realidad algo más que eso? Los moranthianos eran unos fanáticos cuando se trataba de precisión. Todo tipo de municiones perfeccionadas hasta unos límites increíbles. No había ninguna variación. Si hubiera variaciones, ser zapador no sería más que dedicarse

a lanzar rocas, rocas explosivas, claro, pero aun así. No supondría ningún talento especial, ninguna habilidad ganada con el sudor de la frente.

Violín recordaba, con la atroz claridad de una revelación divina, su primer encuentro con unas municiones moranthianas. Al norte de Genabackis, una semana antes de la marcha contra la ciudad de Mott, seguida por las dos pesadillas del bosque de Mott y el pantano de Perronegro. Habían oído rumores de contactos y extensas negociaciones con un extraño pueblo que gobernaba un lugar llamado el Bosque de las Nubes, situado muy al sur. Un pueblo aislado que se decía que era aterrador e inhumano en apariencia, que montaba unos enormes insectos domesticados de cuatro alas (libélulas gigantes) y que podía hacer llover muerte sobre sus enemigos desde grandes alturas.

Los negociadores malazanos incluían a Tayschrenn, un dignatario de alta alcurnia llamado Aragan y un t'lan imass solitario llamado Onos T'oolan. El Segundo y Tercer Ejércitos habían estado acampados en granjas nathii a dos días del desembarco al sur de Malyntaeas. Unos soldados sudorosos de la unidad del intendente habían traído un cajón con mucho cuidado y lo habían posado a diez pasos de la hoguera del pelotón. Whiskeyjack les había hecho un gesto a Seto y Violín para que se acercaran.

—Vosotros dos hacéis la mayor parte de las tareas de zapa en este miserable pelotón —había dicho el sargento con una mueca, como si se hubiera tragado algo desagradable, cosa que había hecho al legitimar la anarquía destructiva de Viol y Seto—. En la caja esa hay granadas y cosas peores, ideadas por los moranthianos, ahora que nos hemos aliado con ellos. Parece que tiene sentido, aunque parezca una locura, entregárosla a vosotros dos. Bueno, como es obvio, necesitaréis experimentar con lo que hay en esa caja. Pero aseguraos de que lo hacéis a media legua o

más de aquí del campamento. —Vaciló, se rascó la mandíbula barbuda y añadió—: Los grandes son demasiado grandes para arrojarlos lo bastante lejos, quiero decir lo bastante lejos como para sobrevivir a la explosión.

»Así que vais a tener que romperos la cabeza para encontrar la manera de probarlos. Como última orden, soldados, no os suicidéis. Este pelotón ya anda escaso de personal tal y como están las cosas y tendría que elegir a otros dos para enredar con esos puñeteros trastos. Y los únicos dos que podría utilizar son Kalam y Trote.

Sí, Trote.

Violín y Seto habían hecho palanca, habían abierto la tapa y se habían quedado mirando, perplejos, las granadas bien envueltas, acurrucadas en un armazón entre paja apelmazada. Pequeñas y redondas, alargadas, las había con forma de estaca hechas de un vidrio exquisito (no se veía ni una sola burbuja) y, en el fondo, unas mucho más grandes, lo bastante grandes como para colocarlas en la copa de una catapulta si te apetecía (y si, según resultó, querías suicidarte, ya que tendían a detonar en cuanto el brazo de la catapulta golpeaba el tirante; aunque estupendas para destruir catapultas y su desventurada dotación, sin embargo).

Vaya si hubo experimentos. Seto y Viol habían echado a andar, el cajón entre los dos, en un largo y agotador paseo que los adentró en un lugar remoto, donde se pusieron a arrojar las pequeñas, que decidieron llamar «fulleros», porque cuando detonaban demasiado cerca tenían tendencia a acribillar al lanzador con astillas de hierro y hacían sangrar los oídos; donde descubrieron las propiedades abrasadoras de los incendiarios entre los gemidos y protestas de un granjero que había presenciado la destrucción tórrida de una carreta de heno (al menos hasta que le entregaron cuatro cetros imperiales de oro, la

moneda recién acuñada de Kellanved, que era dinero suficiente para comprar una granja nueva). Los buscapiés, si los metías en agujeros alargados con forma de cuña en tierra bien compactada, montaban un follón tremendo en las piedras de los cimientos, aunque estuvieran sujetas con argamasa. Y, por último, los malditos, las municiones más feas y peligrosas jamás creadas. Estaban pensadas para que las dejaran caer desde las alturas los moranthianos montados en sus quorls, y Seto y Viol habían agotado la mayor parte de los que les habían asignado intentando descubrir un uso alternativo y no letal. Y al final habían necesitado veinte más (dos cajones enteros) para llegar a la conclusión definitiva de que un idiota tendría que disfrutar del beso de Oponn y del de la Señora para intentar algo que no fuera un uso secundario: añadidos a buscapiés e incendiarios y, si se presentaba la oportunidad, a un fullero bien lanzado.

Las ballestas enormes llegaron mucho después, al igual que otras variaciones maníacas como el tambor y el fuego lento. Y en todo momento, el Tirón de la Señora siguió siendo siempre el último recurso. Si Violín hubiera sido un hombre religioso, se habría sentido obligado, bien lo sabía, a depositar cada moneda de la paga y botín que se ganaba en los cofres de los templos de la Señora, dadas las muchas veces que había arrojado un maldito contra objetivos que estaban de sobra al alcance de una explosión que podría afectarlo a él y a un sinfín de malazanos más. Seto había sido incluso menos… contenido. Y, por desgracia, su fallecimiento había sido de una naturaleza, dicho en pocas palabras, nada sorprendente.

Los recuerdos tenían la costumbre de llegar en el peor de los momentos, un hechizo de nostalgia imbuido de sutiles pero atrayentes inclinaciones suicidas; Violín se vio obligado

a dejar de lado todas esas rememoraciones al acercarse a Sepia y al último agujero del camino.

—Deberías haber salido por patas de aquí —dijo Violín mientras se acomodaba junto a la modesta excavación.

—De eso nada —respondió Sepia en voz baja.

—Como quieras, pero no te quedes parado a la Puerta del Embozado si la cago con éste.

—Lo que tú digas, Viol.

E intentando no pensar en Seto, en Whiskeyjack, Trote y todos los demás; intentando no pensar en los viejos tiempos, cuando el mundo todavía parecía nuevo y maravilloso, cuando correr riesgos que eran una locura formaba parte del juego, Violín, el último gran saboteador, se puso a trabajar.

Botella miró la granja con los ojos guiñados. Dentro había alguien, estaba bastante seguro. Personas vivitas y coleando, oh sí. Pero… algo, un olor desvaído, evocaciones de osario, o… lo que fuera. No estaba seguro, no podía estarlo, y eso lo ponía muy nervioso.

Gesler había ido a colocarse a su lado y se había quedado allí echado con la paciencia de una pulga en una brizna de hierba, al menos para empezar. Pero en ese momento, cien o más latidos después, Botella notaba que el hombre empezaba a intranquilizarse. Él ya podía, con esa piel dorada que no se había quemado ni una vez en Y’Ghatan; claro que Verdad había demostrado que la extraña piel no era inmune a todo, sobre todo cuando se trataba de municiones moranthianas. No obstante, Gesler era un hombre que había atravesado fuego, en todas las combinaciones y permutaciones de la frase que se le podían ocurrir a Botella, así que, qué problema tenía él cuando se trataba de escondites, trucos, engaños y matanzas brutales.

Pero es conmigo con quien cuentan todos, y yo sería incapaz de utilizar esta estúpida espada que llevo en el cinturón para abrirme paso a estocadas entre una manada de mosquitas muertas puritanas que me señalaran con el dedo y esas uñas afiladas y… por los dioses del inframundo, ¿de dónde salió esa imagen? Maldito Mockra, a alguien se le están fugando pensamientos. Botella miró a Gesler.

—¿Sargento? —susurró.

—¿Qué?

—¿Tiene ideas raras en el cráneo, por casualidad?

Una mirada suspicaz y después Gesler negó con la cabeza.

—Estaba pensando en un viejo mago que conocí, Kulp. No es que me recuerdes a él ni nada, Botella. Tú eres más como Ben el Rápido, creo, más de lo que nos gustaría a ninguno, la verdad. Lo último que vi de Kulp, sin embargo, fue al pobre cabrón lanzado de cabeza por la baranda de popa de un barco en una tormenta de fuego. Siempre me pregunté que le habría pasado. Quiero pensar que salió de ésa, que se cayó de ese horno de senda y se encontró en el jardín trasero de alguna viuda joven, metido hasta la cintura en las aguas frescas de su fuente. Justo cuando ella estaba de rodillas rogando que la salvaran o algo. —El sargento adoptó una expresión avergonzada y apartó los ojos—. Sí, pinto unas imágenes muy bonitas de lo que podría ser, porque lo que es siempre resulta una cabronada.

El gruñido de Botella fue suave, después asintió.

—Me gusta, sargento. Como que… me alivia.

—¿Lo que significa?

—Solo que demuestra que no está tan lejos del resto de nosotros como parece a veces.

Gesler hizo una mueca.

—Pues te equivocarías, soldado. Soy sargento, lo que me aleja tanto de ti y de esos otros idiotas como un oso

cavernario de un puñetero armiño de tres patas. ¿Comprendido?

—Sí, sargento.

—¿Y se puede saber por qué seguimos aquí escondidos? Está saliendo humo de esa chimenea; es decir, que tenemos gente dentro. Así que déjanos seguir, coño, Botella, y después habrás terminado, por ahora.

—De acuerdo. Creo que hay dos ahí dentro. Silenciosos, pensamientos contemplativos, no hay conversación todavía.

—¿Contemplativos? ¿Como lo que piensa una vaca con la barriga llena de pienso y un ternero tirándole con ganas de una ubre? ¿O como una especie de serpiente gigante de dos cabezas que acaba de bajar por la chimenea y se ha tragado al viejo Mugre y su parienta?

—Una cosa intermedia, diría yo.

La expresión de Gesler se convirtió en una mirada furiosa; luego, con un bufido, se giró e hizo una señal con la mano. Al poco, Uru Hela pasó arrastrándose junto a Corabb Bhilan Thenu'alas, que estaba justo detrás del sargento, y se acercó por la izquierda de Gesler.

—¿Sargento?

—Botella dice que hay dos ahí dentro. Quiero que te acerques en plan son de paz y los llames, tienes sed y quieres pedir un cucharón o dos de ese pozo de ahí.

—Yo no tengo sed, sargento.

—Miente, soldado.

Botella vio que la idea disgustaba a la mujer. *Los espíritus nos libren, las cosas que se descubren*…

—¿Qué tal si solo pido que me dejen rellenar mi bota de agua?

—Sí, eso servirá.

—Claro que —dijo la mujer frunciendo el ceño—, necesitaré vaciarla primero.

—¿Por qué no lo haces?

—Sí, sargento.

Gesler se giró para mirar a Botella, el joven mago pudo ver con toda claridad la batalla que libraba el hombre con la lástima y la desesperación.

—Prepárate —dijo— para golpearlos con un hechizo o lo que sea si las cosas se ponen feas.

Botella asintió, y vio una expresión completamente nueva en la cara de Gesler.

—¿Qué ocurre, sargento? —preguntó.

—Bueno, o bien acabo de mearme encima, o Uru Hela está vaciando su bota de agua. A cierto nivel —añadió— creo que casi da igual.

Eso es, sargento. A mí acabas de ganarme. Aquí mismo. Me has ganado, así que te daré lo que tengo. De ahora en adelante. Pero a pesar de esa idea cuasiseria, tuvo que volver la cabeza y morderse la manga de la camisa de cuero curtido. *Mejor aún, sargento, espera a que todos veamos esa magnífica mancha de humedad en tu entrepierna. De ésta no te vas a librar jamás, no señor, de eso nada. ¡Ah, qué precioso recuerdo!*

Uru Hela se ató la bota de agua ya vacía al cinturón y se arrastró un poco más antes de ponerse en pie. Se colocó bien la pesada armadura, se quitó unas ramitas y hierbas de las junturas y goznes de metal, se apretó la correa del yelmo y echó a andar hacia la casa.

—Oh —murmuró Botella.

—¿Qué? —preguntó Gesler.

—De repente están alerta… no sé, quizá uno la vio por una ranura de las contraventanas… no, no puede ser.

—¿Qué?

—Siguen sin hablar, pero se mueven. Mucho. Y además rápido. Sargento, no creo que la vieran. Creo que la olieron. Y a nosotros.

—¿Olerla? Botella…

—Sargento, no creo que sean humanos…

Uru Hela estaba pasando junto al pozo, a unos quince pasos de la puerta de la casa, cuando la puerta se abrió de golpe (empujada con la fuerza suficiente como para arrancarla de los goznes de cuero) y la criatura que apareció de repente parecía demasiado grande para caber siquiera por el marco, subía como si ascendiese unas escaleras hundidas muy por debajo del nivel del suelo; subía, se cernía inmensa, sacaba a rastras una enorme hacha de un solo filo que se manejaba con dos manos…

Uru Hela se detuvo y se quedó inmóvil, como si fuera incapaz de avanzar.

—¡Adelante! —bramó Gesler, que se levantó como pudo y alzó su ballesta…

Corabb Bhilan Thenu’alas pasó a la carga junto al sargento con la espada en la mano…

Botella se dio cuenta de que estaba moviendo la boca, pero no salía ningún sonido. Se quedó mirando, luchando por comprender. Un demonio, ¡un puto demonio kenryll’ah del Embozado!

La criatura se había librado de un tirón del marco de la puerta y en ese momento se abalanzaba de cabeza hacia Uru Hela.

Ésta le arrojó la bota de agua, dio media vuelta para huir y tiró de su espada.

No tuvo tiempo de escapar, la enorme hacha del demonio se precipitó en un arco resplandeciente, desdibujado, y atrapó a la soldado en el hombro izquierdo. El brazo se desprendió de un salto. La sangre brotó de las junturas de las hojuelas por toda la espalda de la mujer cuando la cuña ancha de la hoja se clavó a más profundidad todavía. Siguió profundizando, le partió la columna y le arrancó la escápula derecha (partida por la mitad), atascada en la hoja

ensangrentada que salió de un golpe seco del cuerpo de Uru Hela.

Más sangre, mucha más, pero el rojo abrumador que brotaba a chorros no tardó en disminuir (el corazón de la soldado ya había parado, la vida que era su mente ya huía de la encarnación corpórea). La mujer se fue derrumbando, la espada de su mano derecha a medio sacar y nunca llegaría más allá, la cabeza gacha, la barbilla clavada en el pecho, cayó de cara contra el suelo. Un sonido pesado. Un golpe seco. Momento en el que cesó todo movimiento de la guerrera.

La ballesta de Gesler emitió un ruido sordo y liberó un cuadrillo que hendió el aire junto a Corabb, ni a un palmo de su hombro derecho.

Un bramido de dolor del demonio… el cuadrillo con aletas se había hundido en su pecho, muy por encima de sus dos corazones.

Corabb Bhilan Thenu'alas se acercó a toda velocidad gritando algo en la lengua tribal, algo parecido a: «¡Por los huevos de Leoman!».

Gesler recargando sobre una rodilla. Tormenta, Lametazo de Sal y Narizcorta pasaron junto a él como un trueno, seguidos por Koryk y Chapapote. Sonrisas efectuó un movimiento amplio, la ballesta en las manos, una de las armas de Viol, cargada con un fullero, que apuntó hacia la entrada de la granja, donde había aparecido un segundo demonio. Ah, la chica era rápida, el cuadrillo salvó el espacio revoloteando y emitiendo un extraño trino; el segundo demonio, al verlo, blandió su propia arma (un talwar) y la interpuso en el camino del proyectil; un gesto que no sirvió de mucho cuando explotó el fullero.

Otro chillido de dolor, el enorme demonio se tambaleó hacia atrás, cayó y chocó contra el costado de la casa. Madera, terrones y masilla se combaron hacia dentro cuando

se desplomó el demonio, el muro entero de ese lado de la puerta fue con él.

¿Y qué estoy haciendo yo? Maldito sea, ¿qué estoy haciendo? Botella se levantó de un salto y acudió con desesperación a la senda que primero respondió a su llamada.

El demonio que empuñaba el hacha se abalanzó sobre Corabb. La cuña afilada lanzó una cuchillada en un arco letal. Golpeó el escudo de Corabb en un ángulo oblicuo, rebotó hacia arriba y habría chocado con la sien de Corabb si éste no hubiera tropezado; la rodilla izquierda le cedió cuando sin querer pisó el agujero de una marmota, perdió el equilibrio y se inclinó hacia un lado. La estocada con la que respondió, estocada que debería de haber apartado el movimiento contrario del demonio, se metió por debajo y el filo penetró con un ruido seco en la rodilla derecha del demonio.

La criatura aulló.

Al instante llegó Tormenta flanqueado por sus pesados. Las espadas lanzaron tajos y los escudos trapalearon contra el kenryll'ah herido. La sangre y los trozos de carne salpicaron el aire.

Otro bramido del demonio, que se lanzó de golpe hacia atrás, se apartó de la letal lucha cuerpo a cuerpo y ganó terreno para blandir el hacha en una cuchillada horizontal que abolló los tres escudos que se alzaban para interceptarla. Las bandas de metal y madera explotaron en todas direcciones. Lametazo de Sal emitió un gruñido cuando se le rompió el brazo.

—¡Fuera! —gritó alguien, y Tormenta y sus pesados se echaron hacia atrás. Corabb, todavía tirado en el suelo, rodó tras ellos.

El demonio permaneció allí, confuso por un momento, preparando su arma.

El fullero lanzado a mano por Sonrisas lo golpeó en la sien izquierda.

Una luz brillante, un crujido ensordecedor, humo, y el demonio empezó a apartarse con un tambaleo, un lado de la cara bestial había desaparecido convertido en pulpa roja.

Pero Botella percibió que la mente de la criatura ya se estaba recuperando.

—¡Retirada! ¡Todo el mundo! —gritaba Gesler.

Botella invocó cuanto tenía y asaltó el cerebro del demonio con Mockra. Lo sintió retroceder, aturdido.

En la casa en ruinas, el segundo kenryll’ah estaba empezando a liberarse.

Sonrisas arrojó otro fullero a los restos. Una segunda explosión seca, más humo, más edificio que se derrumbaba.

—¡Nos largamos de aquí!

Botella vio que Koryk y Chapapote dudaban, desesperados por cercar al demonio aturdido. En ese momento llegaron Violín y Sepia.

—¡Por los huevos del Embozado! —maldijo Violín—. ¡Muévete, Koryk! ¡Chapapote! ¡Moveos!

Gesler estaba haciendo un gesto extraño.

—¡Nos vamos al sur! ¡Al sur!

Lametazo de Sal y Narizcorta giraron en esa dirección, pero Tormenta tiró de ellos.

—¡Eso se llama confundir al enemigo, malditos idiotas!

Los pelotones volvieron a formar de camino, rumbo al este, y ya a la carrera. La conmoción de la muerte de Uru Hela y la batalla siguiente los mantuvo en silencio, solo se oían los jadeos y los sonidos de las armaduras como loza rota bajo los pies. Tras ellos, el humo salía ondeando de la casa. Un demonio con un hacha en ristre se tambaleaba, atontado, la sangre chorreándole por la cabeza.

El maldito fullero debería haberle abierto el cráneo en canal, como bien sabía Botella. *Huesos densos, supongo*.

Kenryll'ah, sí, no sus subalternos. No, Ilustres de Aral Gamelon, estaba seguro.

El que empezó fue Tormenta.

—¡Puñeteros demonios granjeros del Embozado! ¡Tienen puñeteros demonios granjeros del Embozado! Sembrando, tirando de tetas, tejiendo lana… ¡y haciendo pedazos a desconocidos! Gesler, viejo amigo, odio este sitio, ¿me oyes? ¡Lo odio!

—¡Cállate! —le gruñó Violín—. Bastante suerte tuvimos que todos esos fulleros no nos hicieran picadillo en el camino, ¡y ahora tus balidos les dicen a esos demonios exactamente adónde vamos!

—No iba a perder a nadie más —replicó Tormenta con un gruñido amargo—, lo juré…

—Deberías haberlo sabido —interpuso Gesler—. Maldito seas, Tormenta, no hagas promesas que no puedes mantener; estamos en una lucha y va a morir gente. Ni una promesa más, ¿me oyes?

Un asentimiento hosco fue la única respuesta.

Siguieron corriendo; el final de una larga, larga noche cayó rodando convertido en día. Botella sabía que para los demás habría un descanso. En alguna parte. Pero no para él. No, él tendría que elaborar ilusiones para ocultarlos. Él tendría que revolotear por el bosque, de criatura en criatura, para comprobar su rastro. Tenía que mantener a esos idiotas con vida.

El príncipe demonio salió arrastrándose de entre los restos de la granja, escupió un poco de sangre, volvió a acomodarse en cuclillas y miró con cansancio a su alrededor. Su hermano no estaba muy lejos, con cortes y brechas por el cuerpo y la mitad de la cara arrancada. Bueno, nunca había

sido una gran cara, de todos modos, y la mayor parte le volvería a crecer. Salvo quizá ese ojo.

Su hermano lo vio y se acercó tambaleándose.

—No voy a volver a creerte nunca más —dijo.

—¿Qué quieres decir? —Las palabras eran duras, difíciles de pronunciar. Había inhalado alguna llama con esa segunda granada.

—Dijiste que las granjas eran tranquilas. Dijiste que podíamos retirarnos y ya está.

—Y eran tranquilas —replicó el otro—. Todos nuestros vecinos se largaron corriendo, ¿no?

—Pues éstos no.

—Es que no eran granjeros. Creo que puedo decirlo con cierta certeza.

—Me duele la cabeza.

—A mí también.

—¿Adónde huyeron?

—Al sur no.

—¿Deberíamos ir tras ellos, hermano? Tal y como están las cosas, tendría que aventurar la opinión de que nos vencieron en esta pequeña escaramuza y es algo que me desagrada.

—Merece la pena planteárselo. Se ha despertado mi ira, después de todo. Aunque sugiero que busques tu maza, hermano, en lugar de esa estúpida hacha doméstica.

—Lo que tenía más a mano. Y ahora tendré que rebuscar en nuestra desmoronada y ardiente morada… con lo que tuvimos que cavar, ¡todo para nada!

En ese momento oyeron con claridad el ruido de unos caballos. Subían a toda velocidad por la pista.

—Escucha, hay más. No hay tiempo para buscar tu maza, hermano. Pongámonos en camino y comencemos nuestra dulce venganza, ¿quieres?

—Una idea extraordinaria, sin duda. Todavía me funciona un ojo, lo que debería bastar.

Los dos príncipes demonios kenryll’ah se pusieron en camino por el sendero para carretas.

No se puede decir que fuera su día.

A un cuarto de legua de la granja, Violín se giró, lo que le confirmó a Botella una vez más que el viejo sargento tenía talentos ocultos.

—Caballos —dijo.

Botella había percibido lo mismo.

Los pelotones se detuvieron bajo la luz brillante del sol junto a un camino adoquinado en no muy buenas condiciones. Otro conjunto de edificios de una granja los esperaba a mil pasos al este. No salía humo de la chimenea. *No es de extrañar con demonios por vecinos, supongo*.

Las detonaciones fueron un tamborileo de conmociones atronadoras que hicieron temblar la tierra bajo ellos.

—¡Cuatro! —dijo Violín con una sonrisa salvaje.

Botella vio que Sepia se había quedado mirando al sargento con una expresión maravillada imposible de disimular y algo más que cierta veneración.

Se veía ondear el humo a lo lejos, una mancha terrosa que se alzaba por encima de los árboles.

—Vámonos a esa granja —dijo Violín—. Hoy descansaremos allí, no creo que nuestros perseguidores estén en condiciones de hacer mucho.

—El tambor —susurró Sepia—. Lo he visto. El tambor. Ya puedo morir feliz.

Malditos zapadores. Botella sacudió la cabeza. Había dolor allí, en ese trozo mutilado de pista a un cuarto de legua de distancia. Humano, bestia y… oh, y *demonio. Os*

habría ido mejor persiguiéndonos. Vaya, menudo desastre hemos montado.

Sí, dolor de sobra, pero más muerte. Muerte plana, menguante, que se extendía oscura como ese polvo en el aire. El tambor de Viol. No había mejor anuncio imaginable. Habían llegado los malazanos.

El descenso de Thom Tissy del árbol fue un poco ruidoso, un poco rápido. Entre una maraña de ramas rotas, ramitas, hojas y un nido de avispas abandonado, el sargento aterrizó de culo.

—¡Ah, dioses de ahí abajo, dioses de ahí abajo!

—No hay ningún dios ahí abajo, solo un hueso —exclamó un soldado de uno de los pelotones cercanos.

Keneb esperó unos cuantos latidos más antes de hablar.

—Sargento, dígame lo que vio —preguntó.

Thom Tissy lentamente y con mucho cuidado, volvió a ponerse en pie. Caminó un poco sobre las piernas cortas y combadas, achaparrado como un ogro, con la cara picada y las manos llenas de verrugas.

—Humo, puño, y mucho. Conté diez puntos en total, uno de ellos grande, quizá el trueno que oímos hace un rato, más de un maldito, eso seguro. Quizá tres, quizá más.

Lo que significaba que alguien se había metido en un lío desesperado. Keneb apartó los ojos y examinó a la variopinta colección de soldados agachados en el claro del bosque.

—¿Diez?

—Sí, puño. Supongo que los hemos cabreado, lo bastante como para que la lucha empiece a ponerse fiera. Cuando la capitán regrese, averiguaremos algún detalle, supongo.

Sí. Faradan Sort. Pero ella y Pico se habían ido hacía días ya, casi una semana.

—Diez.

—¿Esperaba más, puño? —preguntó Thom Tissy—. Mi visual no era mala, pero tampoco era perfecta. Vi seis por el norte, cuatro por el sur, con nosotros justo en el centro y con un retraso de media noche de viaje. En cualquier caso, los humos más periféricos estaban justo en el horizonte, así que seguimos repartidos, como deberíamos. Y el humo solo nos dice dónde se produjeron los combates más grandes, no todas las pequeñas escaramuzas y demás. ¿Ocurre algo, puño?

—Que los pelotones acampen —respondió Keneb, y se giró.

Sí, se estaba combatiendo. Pero las cosas no andaban igualadas. A sus marines los superaban en número; no parecía que fuesen a conseguir los aliados que habían pensado que conseguirían. Cierto, iban cargados de municiones, pero cuantos más magos llegaran con las tropas edur y letherii, más se empezaría a notar el abrumador desequilibrio. Sus pelotones, incluso de dos en dos, no podían permitirse pérdidas. Cuatro o cinco muertes y el umbral de eficacia se habría cruzado. Tendría que haber convergencia, fusión de supervivientes, y esa línea de avance que tenía leguas de longitud comenzaría a mermar. En lugar de ganar fuerza e impulso a medida que el avance se acercaba a la capital de ese imperio, los marines malazanos serían, de hecho, más débiles.

Por supuesto, esa invasión no era solo el avance encubierto de los marines de Keneb. Había otros elementos, la infantería regular de la consejera y Blistig, que sería conducida al campo de batalla, cuando llegase el momento, por el aterrador pero competente capitán Tierno. Estaban las Lágrimas Quemadas de los khundryl y los perecederos, aunque ésos se hallaban, de momento, muy lejos. Una invasión complicada, desde luego.

Nosotros lo único que tenemos que hacer es sembrar la confusión, cortar el abastecimiento de la capital siempre que podamos, y desconcertar al enemigo, que tenga que adivinar, reaccionar en lugar de iniciar. Los golpes letales procederán de otra parte, y tengo que recordármelo de vez en cuando. Para no intentar hacer demasiado. Lo que cuenta es mantener con vida a tantos de mis marines como sea posible, y no es que las tácticas de la consejera con nosotros me den muchas posibilidades. Creo que estoy empezando a entender cómo se sintieron los Abrasapuentes cuando los lanzaban a todas esas pesadillas, una y otra vez.

Sobre todo al final. Pale, Darujhistan, esa ciudad llamada Coral Negro.

Pero no, esto es diferente. La consejera no quiere que nos borren del mapa. Eso sería una locura, y ella puede que sea una zorra fría como un témpano, pero no está loca. Al menos que se le note, en cualquier caso.

Keneb se maldijo. La estrategia había sido audaz, sí, pero basada en unos principios sólidos. En unos principios tradicionales, de hecho. Los de Kellanved, en el propósito que había tras la creación de los marines, en el modo en que los zapadores adquirieron preeminencia una vez que llegaron las municiones moranthianas para revolucionar el estilo de guerra malazano. Ése era, de hecho, el modo antiguo, original, de emplear a los marines, aunque la ausencia de líneas de abastecimiento, por tenues o forzadas que estuvieran, obligaba a mantener un nivel de compromiso que no permitía desviación alguna, ni posibilidad de retirada (*esa mujer había quemado los transportes y no había ni un quorl a la vista*), lo que provocaba una situación que habría puesto nervioso al mismísimo emperador.

O no. Kellanved sabía lo que valían las jugadas arriesgadas, sabía que una guerra entera podía cambiar,

darse la vuelta con un único acto inesperado, extravagante, la ruptura del protocolo que dejaba al enemigo tambaleándose, y luego, de inmediato, los hacía salir en desbandada.

Eso era lo que consagraba a los genios militares; Kellanved, Dassem Ultor, Sher'arah de Korel, el príncipe K'azz D'avore de la Guardia Carmesí, Caladan Brood, Coltaine, Dujek.

¿Pertenecía la consejera Tavore a tan estimada compañía? *Todavía no lo ha demostrado, ¿verdad? Dioses del cielo, Keneb, tienes que dejar de pensar así. Te convertirás en otro Blistig y con un Blistig basta y sobra*.

Necesitaba concentrarse en lo que tenía entre manos. Los marines y él estaban metidos en esa campaña, en esa atrevida jugada. Que los otros hicieran su parte, que creyeran que lo conseguirían, que aparecerían en sus posiciones asignadas cuando llegara el momento. Aparecerían, sí, con la expectativa de que él, Keneb, haría lo mismo. Con el grueso de sus marines.

Simples fichas del juego, sí. Dejar la mano decisiva para otro. Al destino, a los dioses, a Tavore de la Casa Paran, consejera de nadie. Lo que me devolverá, maldito sea todo, la fe. Otra vez. Fe. En que no está loca. En que es un genio militar a la altura de un pequeño puñado de personas sacadas de toda la historia de Malaz.

Fe. No en un dios, ni en el destino, sino en otro mortal. Cuya cara él conocía bien, recordaba con una claridad lúgubre su limitada serie de expresiones, del dolor a la ira, su feroz voluntad de lograr… *lo que sea que intenta lograr. Pero ojalá yo supiera lo que es.*

Quizá fuera el tipo de lucha más apropiado para los marines. Pero no para Keneb. No como comandante, no como puño. Era difícil no sentirse impotente. Ni siquiera estaba en contacto con su ejército, aparte de unos

murmullos esporádicos entre los magos de pelotón. *Me sentiré mejor cuando regrese Faradan Sort*.

Si regresa.

—Puño.

Keneb se volvió.

—¿Me está siguiendo, sargento?

—No, señor —respondió Thom Tissy—. Solo pensé en decir, antes de irme al catre, que bueno, lo entendemos.

—¿Entender qué? ¿Y quién lo entiende?

—Todos, señor. Es imposible. Quiero decir, para usted. Lo sabemos.

—¿No me diga?

—Sí. No puede liderar. Tiene que aguantarse y seguir, y sin saber qué demonios del Embozado les está pasando a sus soldados porque andan por todas partes…

—Vaya a dormir un poco, sargento. Y dígale al resto que no me parece que nada de esto sea imposible. Mantenemos el avance y ya está.

—Bueno, eh…

—Asume demasiado, sargento. Ahora regrese con su pelotón, dígale a sus soldados que se guarden sus teorías y duerman un poco.

—Sí, señor.

Keneb observó alejarse a aquel hombre achaparrado. Muy decente, por su parte, todas esas estupideces. Decente pero absurdo y peligroso. *No somos amigos, Thom Tissy. Ninguno de nosotros podemos permitírnoslo*.

Tras un momento se consintió una sonrisa irónica. Él se quejaba de Tavore y allí estaba, haciendo justo lo mismo, joder, apartándolos a todos.

Porque era necesario. Porque no había alternativa.

Así que si ella está loca, entonces yo también.

Que el Embozado me lleve, quizá lo estemos todos.

El largo descenso del campo de hielo se extendía ante ellos, tachonado por los escombros y los detritos que era todo lo que quedaba de la «era de los jaghut». Permanecían hombro con hombro, un cuerpo sin alma y un alma sin cuerpo, y Seto pensó que ojalá pudiera disfrutar más de esa ironía, pero mientras no pudiera decidir cuál de los dos estaba más perdido, se le escapaba el placer fresco del reconocimiento.

Algo más allá de la accidentada disipación del campo de hielo, a dos mil pasos de distancia, se alzaban sotos de árboles de hoja caduca en una exuberancia desafiante, interrumpidos aquí y allá por claros verdes repletos de hierbas que llegaban al pecho. Un paisaje hecho de retazos que continuaba a lo lejos, trepando por colinas modestas hasta que esas colinas se alzaban más altas, más escarpadas, y el dosel del bosque, ininterrumpido ya, era del verde más oscuro de las coníferas.

—Lo admito —dijo Seto, rompiendo al fin el silencio entre ellos—. No me esperaba nada como esto. Trozos de tundra, quizá. Montones de gravilla, esas dunas secas y polvorientas agitadas por los vientos. Casi sin vida. Luchando por abrirse camino, en otras palabras.

—Sí —dijo Emroth con su voz áspera—. Inesperado, tan cerca del Trono de Hielo.

Echaron a andar ladera abajo.

—Creo —aventuró Seto tras un rato— que quizá deberíamos ponernos a comentar nuestros, eh, destinos respectivos.

La t’lan imass lo observó con sus ojos sacados, vacíos.

—Hemos viajado juntos, fantasma. Aparte de eso, nada existe que nos una a ti y a mí. Yo estoy rota, sin vínculos, y me he arrodillado ante un dios. Mi camino está así

decretado, y todo lo que se me oponga será destruido por mi mano.

—¿Y, con exactitud, cómo planeas destruirme, Emroth? —preguntó Seto—. Soy un fantasma olvidado de la mano del Embozado, después de todo.

—Mi incapacidad para resolver ese dilema, fantasma, es la única razón para que sigas conmigo. Eso y mi curiosidad. Empiezo a creer que pretendes algo hostil contra mi amo; de hecho, quizá tu tarea sea frustrarme. Y sin embargo, como fantasma, no puedes hacer nada…

—¿Tan segura estás?

La t’lan imass no respondió. Llegaron a menos de unos treinta pasos del borde del hielo, se detuvieron de nuevo y la t’lan imass se giró para estudiarlo.

—Manifestación de la voluntad —dijo Seto con una sonrisa mientras se cruzaba de brazos—. Me llevó mucho tiempo pensar esa frase y la idea que hay detrás. Sí, soy un fantasma, pero es obvio que no el tipo habitual de fantasma. Persisto, incluso hasta el punto de elaborar este cuerpo aparentemente sólido de carne y hueso, ¿de dónde sale tal poder? Ésa es la pregunta. He cavilado sobre este punto mucho tiempo. De hecho, desde que abrí mis inexistentes ojos y me di cuenta de que ya no estaba en Coral. Estaba en otro sitio. Y entonces, cuando me encontré en, bueno, compañía de conocidos, en fin, que las cosas se pusieron todavía más misteriosas. —Hizo una pausa y guiñó un ojo—. ¿A que ahora no te importa que hable, Emroth?

—Continúa —dijo ella.

La sonrisa de Seto se ensanchó, asintió y continuó.

—Los Abrasapuentes, Emroth. Así nos llamábamos. Una división de élite del ejército malazano. Puede decirse que nos aniquilaron en Coral, nuestro último combate oficial, supongo. Y así deberían de haber quedado las cosas.

»Pero no fue el caso. No. Un caminante espiritual tanno nos dio una canción, y era una canción muy poderosa. Los Abrasapuentes, Emroth (es decir, los muertos; no podría decir en un sentido u otro para los pocos que quedan vivos), los muertos ascendimos.

»Manifestación de la voluntad, t'lan imass. Yo diría que entiendes la idea, y es probable que hasta mejor que yo. Pero ese poder no terminó con vuestro maldito ritual. No, quizá vosotros solo establecisteis el precedente.

—Tú no eres carne sin alma.

—No, soy más bien como tu reflejo. Algo así como al revés, ¿sí?

—No percibo poder en ti —dijo Emroth, que ladeó la cabeza unos milímetros—. Nada. Ni siquiera estás aquí.

Seto sonrió otra vez y sacó poco a poco un maldito de debajo de su capa impermeable. Lo levantó entre los dos.

—¿Y esto, Emroth?

—No sé lo que es.

—Sí, ¿pero está aquí?

—No. Como tú, es una ilusión.

—¿Una ilusión o una manifestación de la voluntad? ¿Mi voluntad?

—No sirve de nada la distinción —aseveró la t'lan imass.

—No puedes ver la verdad en mi interior porque la visión que necesitarías para ver no está en tu interior. Os deshicisteis de ella en el ritual. Os cegasteis a propósito a la única cosa que puede destruiros. Que quizá esté destruyendo vuestra raza en estos mismos momentos, algún problema en el continente de Assail, ¿eh? Tengo vagos recuerdos de que alguien había oído algo… bueno, eso da igual. El caso es, Emroth, que no puedes entenderme porque no puedes verme. Es decir, más allá de aquello a lo que he dado existencia con mi voluntad, este cuerpo, este maldito, esta cara…

—En la cual —dijo Emroth— ahora veo mi destrucción.

—No necesariamente. Mucho depende de esta pequeña conversación nuestra. Dices que te has arrodillado ante un dios; no, no pasa nada, ya he averiguado quién, Emroth. Y ahora estás cumpliendo sus órdenes. —Seto miró el maldito que tenía en la mano. Le pareció que pesaba lo que debía. *Está aquí, como entonces, ante las estatuas de los deragoth. No hay ninguna diferencia*—. He caminado mucho —continuó—, comenzando por el inframundo jaghut. No recuerdo haber traspasado ninguna frontera obvia ni haber cruzado ninguna puerta. Y los campos de hielo por los que llevamos transitando durante lo que han debido de ser semanas, bueno, eso también tenía sentido. De hecho, ni siquiera me sorprende demasiado que encontráramos el Trono de Hielo; después de todo, ¿dónde sino iba a estar? —Con la mano libre señaló la extensión cubierta de bosque que tenían ante ellos—. Pero esto…

—Sí —dijo la t'lan imass—. Tú te aferraste a la noción de la distinción, como hacéis todos. Las sendas. Como si cada una fuera independiente…

—Pero es que lo son —insistió Seto—. Yo no soy mago, pero conocí a uno. Uno muy bueno, con más de unas cuantas sendas a su disposición. Cada una es una orientación de poder. Hay barreras entre ellas. Y caos en las raíces y entreverado en medio.

—¿Entonces qué ves aquí, fantasma?

—No lo sé, pero no es jaghut. Pero ahora, bueno, estoy pensando que es ancestral, igual que la jaghut. Una senda ancestral. Lo que no deja muchas opciones, ¿verdad? Sobre todo porque éste es tu destino.

—En eso te equivocarías —respondió Emroth.

—Pero reconoces el lugar.

—Pues claro. Es Tellann. Mi casa.

—Y sin embargo está aquí, atrapada en el inframundo jaghut, Emroth. ¿Cómo puede ser?

—No lo sé.

—Si no es tu destino, entonces creo que necesito saber si el hecho de que lo encontráramos cambia algo. Para ti, me refiero.

La cabeza se ladeó todavía más.

—¿Y de mi respuesta pende mi suerte, fantasma?

Seto se encogió de hombros. El maldito era más que real, desde luego: el brazo empezaba a dolerle.

—No tengo respuesta que darte —dijo Emroth y Seto creyó oír algo parecido al pesar en la voz de la criatura, aunque era más probable que solo fuera su imaginación—. Quizá, fantasma —continuó ella tras un momento—, lo que vemos aquí es un ejemplo de esa tal manifestación de la voluntad.

El zapador abrió mucho los ojos.

—¿La de quién?

—En las guerras jaghut cayeron muchos t'lan imass. Los que no pudieron huir de lo que quedaba de sus cuerpos fueron abandonados donde cayeron, pues habían fracasado. En escasas ocasiones a un caído se le concedía un don y su visión eterna se asomaba a un paisaje en lugar de a un trozo de suelo o a la oscuridad de la tierra. Se creía que los t'lan imass que habían sido destruidos más a conciencia habían encontrado el olvido y la nada. La verdadera no existencia, que llegamos a considerar el mayor regalo de todos.

Seto apartó la mirada. Esos puñeteros t'lan imass eran rompecorazones, en todos los sentidos del término.

—Quizá —continuó Emroth—, en el caso de algunos, el olvido no fue lo que encontraron. Se vieron arrastrados al inframundo jaghut, al reino jaghut de la muerte. Un lugar sin la guerra, sin, quizá, el propio ritual.

—¿Sin la guerra? Éste es el inframundo jaghut, ¿no debería estar lleno de jaghut? ¿Sus almas? ¿Sus espíritus?

—Los jaghut no creen en las almas, fantasma.

Seto se quedó mirando, mudo de asombro.

—Pero… eso es ridículo. Si no hay almas, entonces, ¿cómo diablos del Embozado estoy yo aquí?

—Se me ocurre —dijo Emroth con una sequedad áspera— que la manifestación de la voluntad puede funcionar en los dos sentidos.

—¿Su incredulidad aniquiló sus propias almas? ¿Entonces para qué crear un inframundo?

—Verdith'anath es una creación antigua. Es posible que las primeras almas jaghut no lo encontraran de su gusto. Crear un reino de muerte es la manifestación más real de la voluntad, después de todo. Y sin embargo, lo que se crea no es siempre lo que se quiso crear. Cada reino encuentra… seres residentes. Cada reino, una vez formado, está plagado de puentes, puertas, portales. Si los jaghut no lo encontraron de su gusto, otras criaturas sí.

—Como vuestros t'lan imass.

—En las épocas de hielo que afligieron a nuestra especie —dijo Emroth—, existían bolsas de tierra rica, con frecuencia rodeada de hielo, pero resistiéndose a su fiero poder. En esas bolsas, fantasma, las antiguas costumbres de los imass persistían. Lugares de bosques, a veces tundra, y siempre, las bestias que tan bien conocíamos. Nuestro nombre para un lugar así era «Farl ved ten ara». Un refugio.

Seto estudió las colinas boscosas.

—Hay imass allí dentro.

—Creo que sí.

—¿Tienes intención de buscarlos, Emroth?

—Sí, debo hacerlo.

—¿Y qué hay de tu nuevo dios?

—Si quieres destruirme, hazlo ahora, fantasma. —Con eso se dio la vuelta y echó a andar hacia el Refugio.

Seto permaneció allí, cambió el maldito a la mano derecha y calibró la distancia. *El dios Tullido agradecería la llegada de más aliados, ¿a que sí? Vete, Emroth, a conocer a tus parientes intemporales. Con tus palabras en posición de revista y listas para influir en ellos, para ofrecerles una nueva fe. Tus parientes. Podría haber miles de ellos. Decenas de miles*.

Pero no son por lo que viniste.

Como yo, Emroth, tú te diriges a la puerta. Starvald Demelain. Donde cualquier cosa es posible.

Incluyendo la destrucción de las sendas.

Es sangre, ¿sabes? La sangre de los dragones. Por fuera y por dentro. Muertos y vivos. Sí, es asombroso las cosas que desentrañas una vez que estás muerto. Pero no muerto. Sí, todo es la voluntad.

El maldito regresó a la mano izquierda.

El brazo se echó hacia atrás. Después se precipitó hacia delante. Seto observó el arco del maldito por un brevísimo instante y luego, como dictaba la costumbre, se tiró de lado, al suelo…

Al tiempo que éste se levantaba para recibirlo y una piedra crujía con fuerza contra su barbilla. La conmoción, por supuesto, lo había dejado sordo, y se quedó mirando alrededor, escupiendo sangre de la lengua hendida por un diente. Su brazo izquierdo había desaparecido, así como la mayor parte de la cadera izquierda y también ese muslo. Nieve y viento que bajaban flotando y destellaban a la luz del sol. Guijarros y terrones de tierra helada que empezaban a aterrizar a su alrededor y rebotaban o resbalaban por el suelo. La nieve en el aire destellaba como si fuera magia.

Escupió más sangre, se palpó la barbilla con la mano que le quedaba y encontró una brecha profunda tachonada de

gravilla. Frunció el ceño y desechó esos absurdos detalles. Nada de sangre, una lengua entera y siempre impaciente por menearse. Barbilla lisa, sin mácula de brecha alguna, bueno, más o menos lisa, bajo todo ese rastrojo de barba. Pierna izquierda nueva, cadera, brazo. *Sí, eso está mejor*.

El zapador se puso en pie.

El cráter era del tamaño apropiado y la hondura correspondiente, traspasaba la piel de hielo y nieve y llegaba al suelo, que en ese momento humeaba, empapado y reluciente. Trozos de Emroth por aquí y allá. No muchos. Los malditos eran así, después de todo.

—Sí —murmuró Seto—. El sentimental es Viol.

Treinta, treinta y cinco pasos más, y al llegar al primer tramo de hierba amotinada, el zapador se topó con otro fragmento del cuerpo de Emroth. Y se detuvo. Se lo quedó mirando durante un tiempo. Después, poco a poco, se volvió y estudió el camino por el que había llegado, la frontera entre el hielo y la tierra.

Farl ved ten ara. Menudo «refugio».

—Mierda —murmuró.

Y lo que era peor, ella se lo había dicho. *Un lugar sin el ritual*.

Tras un largo momento, Seto se volvió de nuevo hacia el bosque. Pasó por encima de la pierna izquierda arrancada, amputada, que yacía sangrando en la hierba. Carne y sangre, sí. Una pierna de mujer. Y encima bien torneada, coño.

—Mierda —dijo otra vez mientras se apresuraba—. Viol es el compasivo, eso es. Violín. No yo. No yo. —Se limpió las mejillas y maldijo las lágrimas fantasma en su cara fantasma, y a solas una vez más en ese insípido y monótono reino de los muertos, el abrasapuentes continuó su camino. No muerta durante unos cuantos cientos de miles de años. Rota, caída, y luego resucitada, lo suficiente para caminar

una vez más. Y al final, a unos treinta pasos del regreso a la vida…

Una lección difícil sobre las malas compañías.

Buscó el bosque. Por fin llegó bajo las ramas densas, el aleteo pesado de las hojas dolorosamente verdes de una nueva estación. El giro y zumbido de los insectos, el trino de los pájaros. Al bosque, sí, para dejar atrás la visión de ese miembro amputado, la frontera, el cráter humeante.

¡Mierda!

—Mira que eres blando, Viol. Pero estamos en guerra, como no hago más que decirte. Estamos en guerra. Y me da igual si es un puñetero puente jaghut de la muerte, sigue siendo un puente y tú sabes lo que les hacemos nosotros a los puentes, ¿no?

Refugio.

Pero no hay refugio para mí.

Las crías de emlava pesaban como perros ganaderos, pero con las patas más cortas y en absoluto tan energéticos. Lo único que querían era dormir. Y comer. Durante los primeros días, llevarlos en brazos provocaba ataques letales de garras que salían disparadas, y aterradoras embestidas con las mandíbulas bien abiertas. Sin hacer caso de la macabra ironía, Onrack usó la piel desollada de su madre para confeccionar un saco. Cortaron un arbolito joven y le acoplaron los extremos del saco, así el imass y Ben el Rápido o Trull podían transportar a las dos criaturas que no dejaban de sisear y agitarse en su espeluznante bolsa.

Los ays nunca volvieron a acercarse.

Un macho y una hembra, a la piel gris todavía no le habían salido las bandas y era del tono pálido de las cenizas en lugar del hierro oscuro de su madre. En la cueva había habido un tercer cachorro que llevaba muerto una semana o

más. Por el estado del cuerpo, parecía que sus hermanos habían decidido eliminarlo. Tal era la suerte que corrían los débiles en ése y en cualquier otro mundo.

La sensación de asombro de Trull se volvía a despertar cada vez que miraba a Onrack. Un amigo de carne y hueso era una auténtica revelación. Había imaginado que ya no cabía en él una estupefacción tan profunda y prolongada. El día que su hermano lo había pelado le había parecido que su corazón había muerto. Encadenado a la piedra, esperando el agua fría y la podredumbre que prometía, el músculo que forjaba las mareas de su sangre parecía latir con una especie de inercia menguante.

El cadáver desecado que era Onrack, acercándose donde él estaba atado, incluso entonces le había parecido una salvación improbable.

Trull recordó que había tenido que discutir con el t'lan imass para conseguir su liberación. La idea lo seguía divirtiendo. Tendones que crujían, músculos tensos y huesos en torsión, Onrack había sido la personificación de la indiferencia. Tan impasible ante la vida y su lucha por persistir como solo puede estarlo un objeto inánime.

Y Trull se había limitado a ir detrás, sin querer admitir la floreciente verdad de su salvación, su reticente regreso a la vida en compañía de un guerrero no muerto que había empezado a descubrir su propia existencia, los recuerdos que había creído entregar al tiempo y el cruel ritual, a la negación premeditada que se extendía a lo largo de decenas de miles de años.

¿Qué era lo que los había unido? ¿Qué impredecible colección de lacónicas conversaciones, emociones no anticipadas y momentos extremos compartidos en combate los habían entrelazado con tal meticulosidad, como si fueran hermanos, pero más unidos que cualquiera de aquéllos con los que Trull Sengar compartía sangre? *Estuvimos uno junto*

al otro, nos enfrentamos unidos a una derrota segura. Solo para encontrar la bendición en la mano tímida de una criatura que no era ni siquiera mitad humana. Oh, la conozco bien, a ésa.

Pero ella es un secreto que soy incapaz de compartir con Onrack, con mi amigo. Ojalá él fuera así de tímido, así de cauteloso. No este... esta mirada abierta, este hombre que desecha toda defensa natural, razonable. Este niñismo... por las Hermanas, Trull, al menos búscate una palabra que exista. ¡Pero parece tan joven! No en edad, sino en el molde. Una especie de inocencia pura, ¿es posible siquiera algo así?

Bueno, quizá no tardara en encontrar la respuesta. Habían ido topándose con señales a medida que recorrían ese joven mundo. Campamentos, piedras que bordeaban hogueras. Lugares donde se habían fabricado herramientas de piedra, un canto rodado plano donde se había sentado un imass y había extraído escamas de sílex, dejando a su paso un semicírculo de astillas desperdigadas. Pozos de desechos llenos de huesos carbonizados y blancos o hervidos para extraer la grasa, lo que los había dejado quebradizos y ligeros como la piedra pómez; fragmentos de las cáscaras abrasadas de los calabacines utilizados para calentar los huesos en agua; y las rocas hechas pedazos que se habían metido calientes en esa agua para hacerla hervir. Señales de paso, algunas de solo unas semanas de antigüedad, según los cálculos de Onrack.

¿Sabían esos imass que unos desconocidos habían llegado y se hallaban entre ellos? Ni siquiera Onrack podía responder a eso. Su raza era tímida, explicó, y astuta. Quizá observaran desde escondites durante días, noches, y solo cuando así lo decidieran revelarían lo suficiente para tocar los sentidos de Onrack, su conciencia animal, con su susurro instintivo. *Hay ojos sobre nosotros, amigos. Es la hora*.

Trull esperaba esas palabras.

Los cachorros de emlava aullaron de hambre.

Trull, que se había puesto en cabeza mientras Onrack y el mago llevaban a las bestias en su saco, se detuvo y se giró.

Hora de comer. O de lo contrario, ni un momento de paz.

Ben el Rápido dejó en el suelo con un gemido su extremo de la barra y observó, aturdido, a los dos cachorros que se liberaban de la piel escupiendo y arañando, que se siseaban el uno al otro y luego a Onrack, que empezó a sacar trozos de antílope crudo envueltos en hojas. La carne era repugnante, pero era obvio que eso no iba a disuadir a las crías de emlava, que se abalanzaron sobre el imass.

Éste arrojó la carne al suelo para salvar las manos y se apartó con una extraña sonrisa en la cara.

Demasiadas sonrisas extrañas estos días, pensó el mago. Como si el asombro y la alegría cegadores hubieran empezado a atenuarse, no mucho, solo mínimamente, pero a Ben el Rápido le parecía que había una insinuación de desesperación. No le sorprendía. Nadie podía mantener un placer tan puro de forma indefinida. Y a pesar de todo ese aparente paraíso (al menos paraíso según los estándares imass), seguía habiendo algo vagamente irreal en todo aquello. Como si no fuera más que una ilusión que ya comenzaba a desgastarse por los bordes.

No había evidencia concreta de ello, sin embargo. El mago podía sentir la salud de ese lugar. Era fuerte, y él empezaba a sospechar que estaba creciendo. A medida que Omtose Phellack decaía por todos lados. El final de una era, entonces. Una era que había terminado en los demás sitios mucho, mucho tiempo atrás. *¿Pero no está Tellann muerto en todos los demás sitios? Quizá no lo esté. Quizá solo haya cambiado, solo haya crecido. Quizá todos los demás sitios,*

lo que estamos viendo, lo que estamos viviendo, es Tellann ascendido, victorioso en la guerra de milenios pasados, dominante y seguro en su madurez. ¿Es eso posible?

Pero eso no encajaba con Onrack, con cómo había estado y cómo estaba en ese momento. A menos… *dioses del inframundo, al contrario que en el resto, esto es un fragmento de Tellann que se encuentra, de alguna manera, más allá del ritual. Por eso aquí es de carne y hueso. En este lugar no hubo ritual de Tellann, no se amputaron las almas imass. Lo que sugiere que los imass que viven aquí no saben nada*.

¿Entonces qué pasaría si Logros guiase a sus miles hasta aquí? Si Kron… Pero no, Zorraplateada no lo permitiría. Los necesitaba para otra cosa. Para otra guerra.

Estaría bien saber qué relación tenía ese fragmento con el creado por los Lobos al final de la Guerra Painita. Por lo que Ben el Rápido había entendido, esa Fortaleza de la Bestia, o como la hubieran llamado, la habían sembrado con almas de t'lan imass. O al menos con los recuerdos de esas almas. *Quizá eso sea todo lo que es un alma en realidad: la masa atada, enmarañada, de recuerdos de una vida. Mmm. Podría explicar por qué la mía es un desastre. Demasiadas vidas, demasiadas hebras dispares que están todas enredadas*…

Trull Sengar se había ido en busca de agua, los manantiales brotaban de la roca casi en todas partes, como si hasta la piedra misma estuviera saturada del glaciar fundido.

Onrack observó a los felinos un momento más y se volvió hacia Ben el Rápido.

—Hay un tramo de hielo tras esas colinas —dijo—. Puedo oler su podredumbre… un antiguo camino por el que en otro tiempo viajaron jaghut. Huían de la matanza. Esta intrusión, mago, me inquieta.

—¿Por qué? Es de suponer que esa batalla tuvo lugar hace miles de años y los jaghut están todos muertos.

—Sí. Con todo, ese camino me recuerda… cosas. Despierta recuerdos.

Ben el Rápido asintió poco a poco.

—Como sombras, sí.

—Eso es.

—Tenías que saber que no podía durar.

El imass frunció el ceño, la expresión acentuaba sus rasgos robustos, extrañamente humanos.

—Sí, quizá lo sabía, en lo más hondo. Lo había… olvidado.

—Eres demasiado duro contigo mismo, coño, Onrack. No tienes que estar brillando todo el tiempo.

En la sonrisa de Onrack había cierta tristeza.

—Le hago un regalo a mi amigo —dijo en voz baja—, por todos los regalos que me ha hecho él.

Ben el Rápido estudió el rostro del guerrero.

—El regalo pierde su valor, Onrack, si se prolonga demasiado. Comienza a agotarnos, a todos.

—Sí, ahora lo veo.

—Además —añadió el mago mientras observaba a los dos emlavas que, con las barrigas llenas, jugaban a luchar en la hierba manchada de sangre—, mostrar tu lado falible es otro tipo de regalo. El que inspira simpatía y comprensión en lugar de solo asombro. Si es que eso tiene algún sentido.

—Lo tiene.

—Has estado pintando mucho, ¿no?

Una sonrisa repentina.

—Eres listo. Cuando encuentro un muro de piedra que habla… sí, un tipo diferente de regalo. Mis talentos prohibidos.

—¿Prohibidos? ¿Por qué?

—Es tabú entre mi pueblo representar nuestras formas con un parecido real. Se captura demasiado, se atrapa

demasiado en el tiempo. Se pueden romper corazones y se engendran traiciones como alimañas.

Ben el Rápido alzó los ojos y miró a Onrack, después apartó la mirada. *Se pueden romper corazones. Sí, el alma puede acosar, cómo no.*

Trull Sengar regresó con los cueros de agua rebosantes.

—Por las Hermanas —le dijo a Onrack—, ¿es un ceño lo que veo en tu cara?

—Lo es, amigo. ¿Deseas saber por qué?

—En absoluto. Es solo, eh, bueno, un alivio, a decir verdad.

Onrack bajó el brazo, enganchó a uno de los cachorros y lo levantó por el cogote. La bestia siseó, indignada, retorciéndose cuando el imass la sostuvo en el aire.

—Trull Sengar, puedes explicarle a nuestro amigo por qué a los imass se les prohíbe pintar retratos de sí mismos. También puedes contarle mi historia, para que comprenda y no tenga que preguntar de nuevo por qué me he despertado al dolor de mi interior, al recordar ahora, como recuerdo, que la carne mortal solo adquiere realidad cuando la alimenta el aliento del amor.

Ben el Rápido estudió a Onrack con los ojos entrecerrados. *No recuerdo haber preguntado nada parecido. Bueno, no en voz alta, en cualquier caso*.

La expresión aliviada de Trull Sengar se deshizo y el guerrero suspiró, pero fue un suspiro impreciso, como los que marcan la liberación de tensiones largo tiempo contenidas.

—Lo haré. Gracias, Onrack. Algunos secretos pueden ser una pesada carga. Y cuando termine de revelarle a Ben el Rápido uno de los detalles de tu vida que ha servido para forjar nuestra amistad, entonces os contaré a los dos mi propio secreto. Os hablaré de la eres'al y lo que me hizo,

mucho antes de que se apareciera ante todos nosotros en la cueva.

Se hizo un largo silencio.

Ben el Rápido lanzó un bufido.

—Bien. Y yo contaré una historia de doce almas. Y una promesa que hice a un hombre llamado Whiskeyjack, una promesa que me ha traído hasta aquí, y lo que me queda por recorrer. Y después supongo que nos conoceremos de verdad.

—Es —dijo Onrack al tiempo que cogía al segundo cachorro para poder sostener a las dos bestias una al lado de la otra— un día de regalos.

Detrás de las colinas se oyó un trueno. Un trueno que se desvaneció y no se repitió.

Los emlavas se quedaron quietos de repente.

—¿Qué fue eso? —preguntó Trull Sengar.

Ben el Rápido podía sentir el corazón martilleándole en el pecho.

—Eso, amigos, era un maldito.

Violín cruzó el suelo de tierra del granero hasta donde dormía Botella. Se quedó mirando al joven soldado enroscado bajo una manta de color gris oscuro. *Pobre cabrón*. Le dio un golpecito con el pie y Botella gimió.

—El sol se ha puesto —dijo Violín.

—Lo sé, sargento. Lo vi ponerse.

—Hemos apañado una camilla. Solo tienes que levantarte y comer algo, y después tendrás una cama móvil para el resto de la noche.

—A menos que me necesitéis.

—A menos que te necesitemos, sí.

Botella se incorporó y se frotó la cara.

—Gracias, sargento. No necesito toda la noche, con la mitad servirá.

—Coges lo que te dé, soldado. Empiezas a recortar y podríamos terminar todos lamentándolo.

—Eso, muy bien, hazme sentir culpable. A ver si me importa.

Violín se dio la vuelta con una sonrisa. El resto del pelotón estaba preparando el equipo, entre los soldados flotaban unas cuantas palabras apagadas. Gesler y sus hombres estaban en la casa abandonada de la granja; no tenía sentido apiñarse todos en un solo lugar. Además, era mala táctica.

Nadie los había perseguido. El tambor había hecho su trabajo. Pero habían perdido cuatro malditos, además de los otros que ya habían usado. Solo les quedaban dos y eso eran malas noticias. Si los encontraba otra columna enemiga… *estamos muertos o algo peor*. Bueno, se suponía que los marines no debían tenerlo fácil. Bastaba con que siguieran con vida.

Se acercó Sepia.

—Chapapote dice que estamos listos, Viol. —Le echó un vistazo a Botella—. Empiezo con el peor lado de la camilla, soldado. Más vale que no tengas gases.

Botella, con un bocado de frutos secos y manteca abultándole las mejillas, se limitó a alzar los ojos y mirar al zapador.

—Dioses del inframundo —dijo Sepia—, te estás comiendo uno de esos pasteles khundryl, ¿verdad? Bueno, Viol, si necesitamos agenciarnos una antorcha para iluminar el camino…

—Permiso denegado, Sepia.

—Sí, supongo que tienes razón. Encendería la mitad del cielo nocturno. Por el aliento del Embozado, ¿por qué saco siempre la pajita más corta?

—Siempre que te enfrentes a Corabb en ese tipo de cosas —dijo Violín—, tu segundo nombre es corto.

Sepia se acercó todavía más a Violín y le habló en voz baja.

—El follón de ayer va a traer aquí a un puñetero ejército…

—Suponiendo que lo hayan concentrado. De momento nos estamos topando con compañías, batallones… como si hubieran dispersado un ejército, que es más o menos lo que esperábamos que hicieran. No tiene sentido mantener una única fuerza cuando tu enemigo está desperdigado por todo el trasero granujiento del Embozado. Si fueran listos, sacarían todas las reservas y saturarían la región, no nos dejarían ni una pista para ciervos para escabullirnos.

—De momento —dijo Sepia, que guiñaba los ojos y miraba en la oscuridad al resto del pelotón y, al mismo tiempo, se masajeaba el hombro más o menos curado—, no es que hayan sido muy listos.

—Las municiones moranthianas son nuevas para ellos —señaló Violín—. Igual que nuestro tipo de magia. No sé quién estará al mando aquí, pero supongo que todavía no se ha recuperado, todavía estará intentando adivinar nuestros planes.

—Pues yo diría que quienquiera que estuviera al mando, Viol, ahora mismo estará ranaleado en las ramas de los árboles.

Violín se encogió de hombros, se echó la mochila a la espalda y recogió su ballesta.

El cabo Chapapote comprobó su equipo una última vez y se incorporó. Pasó el brazo izquierdo por las correas del escudo, se ajustó el cinturón de la espada y apretó la correa del yelmo.

—La mayor parte de la gente lleva el escudo a la espalda —dijo Koryk desde la entrada del granero.

—Yo no —dijo Chapapote—. Como caigas en una emboscada, no hay tiempo de prepararse, ¿a que no? Así que yo voy preparado. —Hizo girar los hombros para acomodar el camisote de hojuelas, ese conocido y satisfactorio susurro y tintineo del hierro. Sentía que le faltaba algo sin ese peso sólido que lo anclaba al suelo. Tenía broches de apertura rápida en el fardo del equipo, así que podía dejarlo caer al suelo con una sola mano, adelantarse y sacar la espada, todo a la vez. Al menos uno de su pelotón tenía que ser el primero en enfrentarse para darles tiempo para sacar lo que fuera que tuvieran.

Para eso lo habían adiestrado. Diente Bravo lo había visto al momento, lo había visto en el alma tozuda e imperturbable de Chapapote, y se lo había dicho con todas las letras, ¿no? «*Te llamas Chapapote, soldado. Lo tienes bajo los pies y estás pegado. Cuando haga falta. Ése es tu trabajo, de ahora en adelante. Tú contienes al enemigo en ese primer abrir y cerrar de ojos, consigues que tu pelotón sobreviva a ese momento, ¿sí? Bueno, todavía no eres lo bastante sólido. Átate esos pesos extra, soldado, y empieza a practicar…*».

Le gustaba la idea de ser inamovible. También le gustaba la idea de ser cabo, sobre todo porque casi no tenía que decir nada. Tenía un buen pelotón en ese sentido. Aprendían rápido. Hasta Sonrisas. De Corabb no estaba muy seguro. Sí, era verdad que el hombre disfrutaba del guiño de Oponn. Y no le faltaba valor. Pero parecía que siempre tenía que llegar el primero, antes que el propio Chapapote. Intentaba demostrar algo, claro. No había misterio. En lo que al pelotón respectaba, Corabb era un recluta. Más o menos. Bueno, quizá ya había dejado esa fase atrás, nadie lo

llamaba «recluta», ¿verdad? Aunque Chapapote todavía pensara en él de ese modo.

Pero Corabb había sacado a Violín a rastras. Él solo. Un puñetero prisionero y lo había sacado. Había salvado la vida del sargento. Casi suficiente para que le perdonaran que estuviera al lado de Leoman cuando los dos atrajeron a los Cazahuesos a la pesadilla de fuego de Y'Ghatan.

Casi.

Sí, Chapapote sabía que él no era de los que perdonaban. Ni de los que olvidaban. Y sabía, en el fondo, que pelearía por cada soldado de su pelotón, pelearía hasta que cayera. Salvo, quizá, por Corabb Bhilan Thenu'alas.

Koryk se puso en cabeza y salieron todos a la noche.

Siguieron el borde del soto más cercano de árboles por el sendero que había entre los troncos y el borde del campo en barbecho, y se fundieron en silencio con Gesler y su pelotón. Se pusieron en camino, en la oscuridad, bajo las estrellas que comenzaban a salir.

Estaba bien tener a los pesados de Tormenta con ellos, decidió Chapapote. Casi tan duros y tan tozudos como él. Una pena, sin embargo, lo de Uru Hela. Pero la chica no había tenido cuidado, ¿no? Incluso si llevas un cuero de agua, lo mínimo que deberías tener preparado era un escudo. Y lo que era peor todavía, la soldado se había dado la vuelta y había echado a correr, dejando la espalda expuesta.

Deberían haberme enviado a mí. Demonio o no, yo me habría enfrentado al cabrón. Me habría plantado y habría resistido.

«*Recuerda tu nombre, Chapapote. Y solo para ayudarte a recordarlo, acércate y escucha a tu sargento mayor mientras te cuento una historia. Sobre otro soldado con chapapote bajo los pies. Se llamaba Temple, y el día que*

Dassem Ultor cayó, a las afueras de Y'Ghatan, bueno, ésta es la historia...».

Chapapote había escuchado, vaya si había escuchado. Lo suficiente para saber que un hombre así no podía haber existido salvo en la mente del sargento mayor Diente Bravo. Pero había sido inspirador, de todos modos. Temple, un buen nombre, joder si era un buen nombre. Casi tan bueno como Chapapote.

Tres pasos por detrás del cabo, Sonrisas examinaba ambos lados de la pista, los ojos incansables e inquietos, los sentidos tan agudizados que le dolía el cráneo. Botella estaba durmiendo. Lo que significaba que no había ojitos espiando y comprobando la zona, ningún animal del bosque engañado para que sucumbiera a la voluntad endeble de Botella, esa empatía de mínima inteligencia y tamaño de cerebro parecido que tan bien les había servido hasta el momento.

Y su maldito cabo, todo hojuelas tintineando y cuero crujiendo, que seguramente era incapaz de juntar quince palabras seguidas en una orden razonable y comprensible. Estaba bien para cerrar una brecha con ese ridículo y enorme escudo (el único que quedaba después de que el demonio se encargara de los utilizados por los pesados), y la espada corta de hoja gruesa. El tipo de soldado que resiste sin moverse incluso cuando está muerto. Útil, sí, pero ¿como cabo? Ella seguía sin entenderlo.

No, a Viol le habría ido mucho mejor con un cabo perspicaz, rápido, mezquino y difícil de alcanzar. Bueno, quedaba un consuelo, y era que cualquiera podía ver que ella era la siguiente. Y ahí atrás no lo había sido por los pelos, ¿verdad? Podría haber sido Chapapote al que hubieran enviado a saludar a ese demonio, y no habría

habido más. A esas alturas ella sería la cabo Sonrisas, y mucho cuidadito, malditos huelepescados.

Pero qué más daba Chapapote. Era Koryk el que le daba lo suyo… a nivel mental, claro. Un asesino, sí, un auténtico asesino. Parecido a ella, pero sin su sutileza, por eso encajaban tan bien. Peligrosos, aterradores, el núcleo del pelotón más cruel de los Cazahuesos. Bueno, puede que el equipo de Bálsamo se lo discutiera, sobre todo ese chillón de Rebanagaznates, pero ellos estaban ganduleando en esa puñetera isla, ¿no? No allí fuera, haciendo lo que se suponía que tenían que hacer los marines, infiltrarse, sacarles a patadas los huevecillos a los edur y a los letherii, y volar por los aires de vez en cuando a una compañía, solo para recordarle al Embozado quién entregaba los pedidos.

Le gustaba esa vida, sí, mucho. Mejor que esa miserable existencia de la que se había escapado. Pobre niña de pueblo encogiéndose a la sombra fantasmal de una hermana muerta. Preguntándose cuándo volverían a desaparecer los bancos de peces, lo que supondría su muerte en el agua. Ah, pero los chicos la habían deseado en cuanto se había convertido en la única que quedaba, querían llenar esa sombra con las suyas, como si eso fuera siquiera posible.

Pero allí Koryk, bueno, eso era diferente. La sensación era diferente, en cualquier caso. Porque ella era mayor, suponía. Tenía más experiencia, sabía lo que le removía el pajarito. Observar a Koryk matar gente, ah, qué dulce había sido, y menos mal que todos los demás estaban demasiado ocupados para oírla gemir y casi chillar y adivinar lo que significaba.

Las revelaciones eran la especia más intensa del mundo, y ella acababa de aspirar un buen puñado. Haciendo que la noche de algún modo fuera más clara, más limpia. Cada detalle afilado como una cuchilla, impaciente por dejarse ver, por dejarse notar por sus ojos resplandecientes.

Sonrisas oyó a las criaturitas que se movían entre los matorrales del campo en barbecho, oyó las ranas que subían disparadas por los troncos de árboles cercanos. El zumbido de los mosquitos y…

Un destello cegador y repentino al sur, un resplandor de luz fiera que se alzaba al cielo por encima de unos árboles lejanos. Un momento después el rumor sordo de dos detonaciones llegó a sus oídos. Todo el mundo inmóvil, agazapado. Las criaturitas paralizadas, temblorosas, aterradas.

—Mal momento para una emboscada —murmuró Koryk mientras iba volviendo sobre sus pasos y se deslizaba junto a Chapapote.

—Así que ésa no la hicieron saltar marines malazanos —dijo Violín, que avanzó para encontrarse con Koryk y Chapapote—. Eso fue a una legua de distancia, quizá menos. ¿Alguien se acuerda de qué pelotones teníamos a la derecha la primera noche?

Silencio.

—¿Nos acercamos, sargento? —preguntó Chapapote. Había sacado la espada corta—. Quizá necesiten nuestra ayuda.

Llegó Gesler.

—Tormenta dice que oyó fulleros después de los malditos —dijo el sargento—. Cuatro o cinco.

—Podría ser que se volvieran las tornas en la emboscada —dijo Sonrisas, que luchaba por controlar su respiración. *Oh, llévanos allí, maldito sargento. Déjame ver a Koryk luchar otra vez. Es el picor, ¿sabes…?*

—Ésa no es la orden —dijo Violín—. Si los han vapuleado, los supervivientes virarán al norte o al sur y vendrán en busca de amigos. Nosotros seguimos adelante.

—Si suben a buscarnos, podrían traer a mil enemigos pisándoles los talones —comentó Gesler.

—Siempre es una posibilidad —admitió Violín—. De acuerdo, Koryk, vuelve a ponerte en cabeza. Continuamos, pero con un extra de sigilo. No somos los únicos que ven y oyen, así que podríamos toparnos con una tropa que atraviesa a toda velocidad nuestro camino. Que el ritmo sea cauto, soldado.

Koryk asintió y echó a andar por la pista.

Sonrisas se lamió los labios y miró con furia a Chapapote.

—Guárdate ese puñetero puñal para cerdos, Chapapote.

—Para ti es «cabo», Sonrisas.

La mujer puso los ojos en blanco.

—Por el aliento del Embozado, se le ha subido a la cabeza.

—¿Y no son cuchillos lo que tienes en las manos?

Sonrisas los envainó sin decir nada.

—Venga —les ordenó Violín—. Koryk está esperando.

Corabb cogió su extremo de la camilla otra vez y echó a andar tras los otros. Botella había dormido durante toda aquella lejana sucesión de explosiones. Señal de lo agotado que estaba el pobre hombre. Aun así, era desconcertante no tenerlo despierto y echándole un ojo a las cosas, saltando de animal en animal. Pájaros también. Incluso insectos. Aunque Corabb se preguntaba hasta dónde podía ver un insecto.

Levantó una mano y aplastó un mosquito contra un párpado. La camilla se ladeó tras él y oyó a Sepia jurar por lo bajo. Corabb volvió a coger bien a toda prisa el arbolito. Malditos insectos, tenía que dejar de pensar en ellos. Porque pensar en ellos llevaba a oírlos y sentirlos, reptando y picando por todas partes, y él con las dos manos ocupadas. Eso no era como el desierto. Allí podías ver las garrapatas llegando con el viento, se podía oír una mosca de la sangre a cinco pasos de distancia, se podía adivinar que bajo cada

roca o piedra había un escorpión, o una gran araña peluda, o una serpiente, y todos ellos querían matarte. Simple y sencillo, en otras palabras. Nada de arteros susurros en la noche, ese gimoteo al oído, ese revoloteo que subía por las narices de un hombre. O se metía por el pelo para mordisquear la carne y dejar un agujero hinchado que rezumaba y picaba como un diablo.

Y después estaban esos bichos resbaladizos que chupaban sangre. Se escondían bajo hojas a la espera de que pasara un pobre cabrón, un soldado sin manos. Y pulgas. Y plantas que, cuando uno las rozaba con toda inocencia, provocaban un horrible sarpullido que picaba y después filtraba una especie de aceite… ése sí que era un inframundo auténtico, poblado por granjeros demonio y un extenso repertorio de formas de vida nocturna; era un devorador lunático y rapaz de hombres nacidos en el desierto. Por no hablar ya de los tiste edur y los deleznables letherii. Imagínate, mira que luchar a petición de unos amos tiránicos, ¿no tenían orgullo? Puede que fuera inteligente hacer un prisionero o dos, solo para conseguir alguna respuesta. Un letherii. Quizá le mencionara la idea al sargento. A Violín no le importaba que le hicieran sugerencias. De hecho, el ejército malazano entero parecía no tener problema con ese tipo de cosas. Una especie de reunión constante de guerreros en la que cualquiera podía hablar, cualquiera podía discutir y así se forjaban las decisiones. Por supuesto, entre las tribus, cuando acababa la reunión, la discusión terminaba.

No, los malazanos lo hacían casi todo de modo diferente, a su manera. A Corabb ya no le molestaba. Casi era mejor que hubiera albergado tantas atroces creencias ignorantes por aquel entonces, cuando estaba entre los rebeldes. De no ser así, quizá le hubiera costado odiar al enemigo como se suponía que debía, como tenía que ser.

Pero ahora sé lo que significa ser un marine del ejército malazano, aunque el imperio haya decidido que somos prófugos o algo por el estilo. Siguen siendo marines. Siguen siendo la élite y por eso es por lo que merece la pena luchar, por el soldado que tienes al lado, el de la camilla, el que va en cabeza. De Sonrisas no estoy seguro, sin embargo. No estoy en absoluto seguro de ella. Me recuerda a Gorrionpardo, con esa mirada astuta en los ojos y el modo en que se lame los labios siempre que alguien habla de matar. Y esos cuchillos... no, no estoy nada seguro de ella.

Pero al menos tenían un buen cabo. Un cabrón duro al que no le interesaban las palabras. El escudo y la espada hablaban por Chapapote, y Corabb siempre se encontraba corriendo para ponerse a su lado en cada trifulca. Del lado de la espada, pero un paso por delante porque Chapapote utilizaba ese puñal de hoja corta, así que sus paradas iban escorzadas y se arriesgaba demasiado al cuerpo a cuerpo, a una pelea rápida, sucia y solapada (el estilo que las tribus del desierto preferían usar contra un soldado especializado en muro de escudos, como Chapapote) cuando no había muro de escudos, cuando solo era un hombre, el flanco expuesto y la guardia demasiado tensa. Machacar y sacudir el escudo hasta que las rodillas se le doblaban una fracción más y él se agachaba por detrás y por debajo de ese escudo, la pierna izquierda adelantada, y entonces solo había que dar un paso de lado y rodear el escudo, por encima o por debajo de esa espada corta que apuñalaba, para cortar los tendones del brazo o la axila desprotegida.

Corabb sabía que tenía que proteger a Chapapote por ese lado, incluso si eso significaba desobedecer las órdenes de Violín sobre quedarse cerca de Botella. Siempre que Botella pareciera no haberse metido en problemas, Corabb se adelantaba, porque entendía a Chapapote y la forma de luchar de éste. No como Koryk, que era más guerrero del

desierto que cualquier otro en esos dos pelotones y lo que necesitaba protegiendo sus flancos era a alguien como Sonrisas, con el destello de sus cuchillos, sus cuadrillos de ballesta y todo lo demás. Alguien que permaneciera detrás y a un lado, fuera del alcance de los embates frenéticos de la espada larga de Koryk, y que derribara al enemigo que intentara penetrar por los flancos. Esos dos encajaban bien.

Sepia, aquel viejo veterano desdichado, tenía sus malditos, y si Botella corría peligro, el zapador se ocuparía de todo. También era perspicaz y rápido con la ballesta, un perro viejo a la hora de disparar y cargar mientras corría.

No era de extrañar que conquistaran Siete Ciudades a la primera con los marines malazanos en el campo de batalla. Por no hablar de los t'lan imass. Aunque a ésos solo los habían soltado en el levantamiento de Aren. *Y si Violín está diciendo la verdad, no fue el emperador. No, fue Laseen la que dio la orden. Gesler no está convencido, así que la verdad es que nadie sabe la verdad sobre Aren. Igual que, supongo, muy pronto nadie sabrá la verdad sobre Coltaine y la cadena de perros, o, espíritus del inframundo, la consejera y los Cazahuesos en Y'Ghatan y en la ciudad de Malaz*.

Sintió que un escalofrío lo recorría como un susurro, como si hubiera tropezado con algo profundo. Sobre la historia. Tal y como se recordaba, tal y como se contaba y volvía a contar. Tal y como se perdía en las mentiras cuando la verdad resultaba demasiado desagradable. *Algo, sí... Algo... ¡Maldita sea! ¡Se me ha escapado!*

En la camilla, a su espalda, Botella murmuró en sueños y luego habló con toda claridad.

—Nunca ve al búho. Ése es el problema.

Pobre cabrón. Desvaría en su delirio. Agotado. Duerme tranquilo, soldado. Te necesitamos.

Yo te necesito. Como nunca me necesitó Leoman, así es como te necesito. Porque ahora soy marine. Supongo.

—Pregúntale a los ratones —dijo Botella—. Ellos te lo dirán. —Después murmuró algo por lo bajo antes de suspirar y decir—: Si quieres vivir, presta atención a la sombra. La sombra. La sombra del búho.

En el otro extremo de la camilla, Sepia gruñó y sacudió las asas hasta que Botella volvió a gemir y se colocó de lado. Momento en el que el joven mago se calló.

Continuaron toda la noche. Y una vez más, poco después, volvieron a oír detonaciones a lo lejos. Al norte.

Pues sí, vaya si los habían despertado.

Las hierbas de Shurq Elalle se estaban poniendo rancias. No era un problema en el Gratitud Imperecedera, en una cubierta azotada por el viento y en la privacidad de su camarote. Y con un hombre sin nariz por toda compañía. Pero en ese momento se encontraba en una sala de mapas atestada, con media docena de extranjeros y Temblor Brullyg, el rey epónimo de esa islita miserable, y (sobre todo entre las mujeres) podía ver cómo se les arrugaba la nariz cuando captaban aromas desagradables en el aire hinchado y demasiado cálido.

Oh, vaya. Si querían tener tratos con ella, tendrían que vivir con eso. Y que dieran gracias por lo de «vivir». Miró a la consejera, que nunca parecía querer sentarse; y aunque permanecía en pie detrás de la silla que había reclamado en un extremo de la larga mesa llena de muescas, las manos posadas en el respaldo, no revelaba la agitación que se esperaba en alguien para quien sentarse suponía una condena al cepo en la plaza del pueblo.

En lo que al aspecto se refería, no había mucho que comentar de esa tal Tavore Paran. Apagada y estudiosa,

indiferencia asexuada, el guardarropa de los flemáticos. Una mujer para la que los encantos femeninos tenían menos valor que las pelusas de un monedero. Podría haberse puesto más atractiva (casi femenina, de hecho), si hubiese querido. Pero era obvio que tales encantos no contaban como activos valiosos en la idea que tenía la consejera del mando. Lo cual tenía su interés, de un modo académico y vago. Una líder que intentaba liderar sin presencia física, sin grandeza heroica, ni lasciva ni ningún otro tipo de grandeza imaginable. Y así, sin una sola insinuación de personalidad, ¿qué le quedaba a Tavore?

Bueno, estaba su mente, consideró Shurq. ¿Podía ser una especie de genio táctico? No estaba muy segura. Por lo que Shurq había entendido de los murmullos fragmentados del pelotón de Bálsamo, ya se había producido un inmenso error de criterio. Al parecer había habido un desembarco avanzado de algún tipo. Tropas de élite repartiéndose por la costa salvaje y su maraña de pantanos y bosques en plena noche. Soldados con la misión de sembrar la confusión, desestabilizar al gobierno edur, y agitar a los oprimidos letherii para que se alzasen.

¿Genio táctico? Más bien falta de información. A los letherii les gustaban las cosas tal y como estaban. Esa tal Tavore lo que quizá había hecho era conducir al matadero a una parte vital de su ejército. Habían quemado los transportes, *¿y de qué iba aquello? ¿Dejar a sus propias tropas sin más alternativa que continuar? Eso apesta a desconfianza, a falta de seguridad, sí, eso apesta peor que yo. A menos que lo esté leyendo mal. Que es una posibilidad evidente. No hay nada sencillo en estos malazanos.*

El Imperio de Malaz, sí. Pero no se parecía en nada al Imperio de Lether, con sus mezquinos jueguecitos de linajes y jerarquía racial. No, malazanos los había de todas las

formas y colores. Mira la ayudante de Tavore, una deslumbrante bárbara tatuada cuyos movimientos, todos y cada uno, eran la sensualidad personificada. Cualquiera que tuviera un aspecto tan salvaje y primitivo estaría limpiando establos en el Imperio de Lether. Y ahí estaba Masan Gilani, a los hombres se les caía la baba con ella, oh, ojalá Shurq pudiera tener una piel tan deliciosa, ese tono bruñido y las líneas gráciles, leoninas de esas piernas largas, los muslos llenos, la hinchazón de los pechos tensos con pezones que hacían pensar en higos maduros, *y no es que necesitara echar una mirada furtiva, esa chica tiene menos modestia que yo, que ya es decir. Así que Tavore mantiene a las guapas cerca. Eso sí que podría ser un indicio revelador*.

—¿A qué estamos esperando? —preguntó Temblor Brullyg, casi lo bastante borracho para empezar a pronunciar mal. Estaba repantigado en un sillón en el otro extremo de la larga mesa, justo enfrente de la consejera, pero con los ojos entornados clavados en Masan Gilani. Ese hombre creía de verdad que unas sonrisas lascivas podían hacer a una mujer desfallecer de deseo. Pero Masan Gilani sabía ocultar su asco y le seguía el juego para mantener a ese rey patético pendiente de ella. Aquella soldado bárbara estaba siguiendo órdenes muy concretas, sospechaba Shurq. Para impedir que Brullyg se pusiera beligerante. Hasta que ya no lo necesitaran.

Bueno, eso con ella no iba a funcionar, ¿verdad? A menos que esos malazanos tuvieran un Ublala Pung oculto no muy lejos. Eso sí que sería un golpe de mala suerte, desde luego, verla convertida en un animal insaciable en celo delante de todo el mundo. Ése era un secreto que sería mejor guardarse.

—Relájate, Brullyg —dijo—. Todo esto tiene que ver con esos enormes trimaranes que entraron en el puerto anoche.
—A ella también le encantaría tener uno de ésos, aunque

necesitaría dos tripulaciones, lo que significaba menos dinero para todo el mundo, *maldita logística, siempre interponiéndose en el camino de mis sueños*.

La consejera la estaba observando, una de esas miradas que se posaban en Shurq Elalle y la calibraban siempre que la pirata no muerta decía algo. En realidad era culpa suya, Shurq había enviado a Skorgen de regreso al Gratitud Imperecedera. La desafortunada colección de aflicciones de su primer oficial había empezado a distraer demasiado a todos los demás, hasta que la pirata se dio cuenta de que el tipo se estaba convirtiendo en una carga, estaba socavando su… profesionalidad. *Sí, ésa era la palabra que estaba buscando. Aquí tienen que tomarme en serio. Sospecho que mi misma existencia depende de ello*. Pero empezaba a echar de menos el agujero lloroso en la cara, la oreja mutilada, el ojo ciego, el muñón del brazo y la pierna mala, cualquier cosa que desviara la atención de Tavore cada vez que tenía la pésima idea de expresar una opinión o hacer un comentario.

Rebanagaznates, que estaba sentado enfrente de Shurq, se aclaró la garganta (produciendo un extraño pitido) y le sonrió.

Ella apartó los ojos adrede. Ese hombre no tenía nada de agradable. Igual que Gerun Eberict no había sido un hombre agradable. Shurq sospechaba que disfrutaba demasiado con su trabajo. E incluso para un soldado, no era lo más sensato. La gente así tendía a recrearse cuando recrearse no era buena idea. Tendía a poner en peligro a otros soldados. Tendía a dejarse llevar. No, no le caía nada bien Rebanagaznates.

Pero al apartar la mirada sin querer había posado los ojos en el cabo Olor a Muerto. *Raro nombre ese*. En algunos sentidos ese hombre era todavía peor. A ése no había forma de ocultarle secretos, sospechaba Shurq, por muy esquiva

que fuera; sí, ese tipo podía olerla, y no eran las hierbas pasadas. La había olido desde el comienzo. ¿Había sido algún cabrón como él el que había entretejido la maldición que la afligía? No, imposible. Olor a Muerto tenía talentos desconocidos allí, en Lether. Talentos que la hacían pensar en esa torre moribunda de Letheras, en Tetera y en los túmulos del patio.

Por fortuna, el tipo estaba dormitando en ese momento, la barbilla peluda caída sobre el pecho ancho, así se ahorraba la mirada astuta del cabo.

Ah, ojalá Tehol Beddict estuviera aquí conmigo, ya los habría descolocado a todos. ¿Con un ataque de confusión o de risa? La risa sería un problema, un grave problema. Para mí. Para cualquiera que estuviera sentado demasiado cerca de mí. Muy bien, olvídate de Tehol Beddict. Debo de estar perdiendo la cabeza.

La consejera se dirigió a ella.

—Capitana, he hablado largo y tendido con Temblor Brullyg para intentar comprender mejor este Imperio de Lether. Sin embargo, encuentro sus respuestas cada vez más insatisfactorias…

—El pobre Brullyg está descorazonado —dijo Shurq—. Y sufre mal de amores. Bueno, quizá lujuria no correspondida sería una descripción más precisa del estado sórdido y poco comunicativo de su mente.

¡Ja, podía ser más Tehol que el propio Tehol Beddict! Y sin riesgo de echarse a reír.

Brullyg la miró con un parpadeo.

El sargento Bálsamo se inclinó hacia Rebanagaznates.

—¿Qué acaba de decir?

—El emperador —dijo Tavore.

Shurq frunció el ceño, pero esperó.

—De las Mil Muertes.

—El título es una exageración, estoy segura. Quizá unos cientos. Campeones. Todos terminan muriendo.

—Es de suponer que sus edur lo tienen bien protegido en el palacio.

Shurq Elalle se encogió de hombros.

—No se filtran tantos detalles del Domicilio Eterno, consejera. Al canciller y todo su equipo, que es letherii, los mantuvieron en sus puestos tras la conquista. Ahora hay también una policía secreta muy poderosa, también letherii. En cuanto al sistema económico, bueno, también es letherii.

La mujer tatuada llamada Lostara Yil lanzó un bufido.

—¿Entonces se puede saber qué Embozado hacen los edur? ¿Dónde encajan?

—En la cima —respondió Shurq—. Bamboleándose.

Hubo un largo momento de silencio.

—Pese a todo —dijo al fin Tavore—, al emperador edur no se le puede matar.

—Eso es cierto. —Shurq observaba cómo esos detalles se iban abriendo paso por el cerebro de los malazanos, con la excepción de Olor a Muerto, claro está, cuyos ronquidos eran olas llegando a la playa de la pequeña cueva húmeda de aquella sala.

—¿Es eso —preguntó Tavore— irrelevante?

—A veces lo parece —admitió Shurq. Ojalá pudiera beber vino sin que se le escurriera por todas partes. No le iría mal una jarra o dos.

—Un emperador cuyo gobierno está dictado por la espada —dijo Tavore—. Lo que nadie aceita, sin embargo, son las necesidades de administrar un imperio.

—Necesidades sin brillo, sí —dijo Shurq con una sonrisa.

—Los tiste edur, que se apoyan con todo su peso en la solidez imperecedera de su gobernante, existen bajo la ilusión del dominio —continuó Tavore—. Pero la realidad no es tan generosa.

Shurq Elalle asintió.

—Los tiste edur eran pescadores —dijo—, cazadores de focas. Construían con madera. Una media docena de tribus. Hubo alguien llamado el rey hechicero, Hannan Mosag, que libró una guerra de subyugación. Por qué no terminó con esa horrenda espada solo los edur lo saben, y no es algo de lo que suelan hablar.

—¿Todavía vive ese tal Hannan Mosag? —preguntó Tavore.

—Es el nuevo ceda del emperador.

Los ronquidos de Olor a Muerto cesaron.

—Mago supremo imperial —dijo—. Ceda, una degradación de «cedance», apostaría. La cedance era una especie de ritual allá por los tiempos del Primer Imperio. —Abrió los ojos solo a medias—. A Ebron no le va a sorprender en absoluto. Estos letherii son una colonia perdida del Primer Imperio. —Los párpados pesados volvieron a descender y un momento después sus ronquidos cobraron vida de nuevo.

Shurq Elalle se planteó aclararse la garganta, pero cambió de opinión. Las cosas ya olían bastante mal.

—Lo que intentaba decir, consejera, es que los tiste edur serían incapaces de administrar ni siquiera un diezmo de amarre. Son guerreros y cazadores, los varones, quiero decir. Las mujeres son, que yo haya visto, una especie de místicas inútiles, y desde la conquista se puede decir que casi han desaparecido de la vista.

Resonaron unas botas en el pasillo y unos momentos más tarde se abrió la puerta. Acompañados por Galt y ese hombrecito extraño llamado Jarretesgrandes, dos soldados letherii entraron sin prisa en la sala. Uno de ellos era una atri-preda.

Temblor Brullyg se arrojó hacia atrás en su silla y estuvo a punto de volcarla. Después se levantó con la cara crispada.

—¡Malditas sean todas las malditas brujas hasta las profundidades!

—Y empeora —respondió la atri-preda con una leve sonrisa en los labios—. Yo elijo mi propio ascenso, y no eres tú. Yedan, pon a este idiota de patitas a la calle, servirá cualquier ventana.

Una alarma repentina en los ojos de Brullyg cuando miró al soldado que estaba junto a la capitana y que hizo amago de adelantarse.

La espada de Galt salió de su vaina con un movimiento apenas entrevisto y la parte plana se apoyó en el estómago del soldado, al que detuvo en seco.

—Quizá deberíamos retroceder todos unos cuantos pasos —dijo arrastrando las palabras—. Consejera, permítame presentarle a la atri-preda Yan Tovis y a la guardia de la Costa Yedan Derryg, que según creo es una especie de sargento al mando de algo parecido a una patrulla costera. ¿Qué es «atri-preda»? ¿Capitán? ¿Comandante? Lo que sea; estaban al mando de ese puñado medio ahogado que los perecederos rescataron de la tormenta.

La consejera miraba con el ceño fruncido a Yan Tovis.

—Atri-preda, bienvenida. Soy la consejera Tavore Paran, del Imperio de Malaz…

Yan Tovis la miró.

—¿Está usted al mando de esta invasión? ¿Cuántos soldados desembarcó en la costa, consejera? ¿Diez mil? ¿Veinte mil? Vi los barcos, los barcos ardiendo… ¿ha seguido a nuestras flotas todo el camino desde su imperio? Ha viajado mucho solo para vengarse y derramar un poco de sangre, ¿no le parece?

Shurq soñó con meterse al cuerpo otra jarra de vino. Por lo menos los malazanos ya no la estaban mirando a ella.

El ceño de la consejera se profundizó y acentuó su apagada falta de atractivo.

—Si lo desea —dijo con tono frío—, podemos formalizar su estatus como prisioneros de guerra. Sin embargo, me resulta difícil calificar su trasbordador medio hundido de expedición de invasión punitiva. Según los informes que he recibido, su situación se parece más a la de refugiado, ¿no cree? Una modesta compañía de soldados controlando una crecida colección de ancianos, niños y otros no combatientes. ¿Navegaban hacia aquí bajo la suposición de que la isla continuaba siendo independiente? —Posó de repente los ojos en Brullyg, que permanecía en pie, apoyado en la pared contraria—. Que Temblor Brullyg y usted se conozcan sugiere que está usted aquí para resolver algún asunto privado entre los dos.

Los ojos de Yan Tovis eran inexpresivos cuando se encogió de hombros y contestó.

—En absoluto privado. «Temblor» es el nombre de una tribu y podría, si así lo deseáramos, preceder a mi nombre y al de aquí Yedan, así como al de nuestra «colección de refugiados». Los temblor eran los habitantes originales de la costa occidental central y de algunas de las islas cercanas. Hace mucho tiempo caímos bajo el dominio letherii. —Volvió a encogerse de hombros—. Mi problema con Brullyg se refiere a un tema sucesorio.

Tavore alzó las cejas.

—¿Sucesorio? ¿Conservan esas cosas incluso bajo una dominación?

—Más o menos. El linaje se mantiene a través de las mujeres. La reina, mi madre, ha muerto hace poco. Brullyg esperaba que yo no regresara a reclamar el título. Brullyg quería gobernar él a los temblor. También quería, sospecho, hacer alguna atrevida declaración de independencia aprovechando su invasión, suponiendo que llegue a triunfar. Desprenderse del yugo letherii y crear un nuevo centro para nuestro pueblo en esta isla que una vez fue sagrada. Puede

que sea un asesino y un traidor, pero Brullyg también es una criatura ambiciosa. Por desgracia, su dominio sobre esta isla ha llegado a su fin.

Rebanagaznates lanzó una risa siseada.

—¿Oyes eso, Masan Gilani? Ya puedes dejar de enseñar toda tu dulce carne.

—No estoy segura —dijo la consejera— de que la decisión sea suya, atri-preda.

—Ese rango ya no tiene razón de ser. Puede dirigirse a mí como reina o, si lo prefiere, como Crepúsculo.

Shurq Elalle vio que los ojos de Olor a Muerto se abrían de repente y luego los vio clavarse con fuerza y sin parpadear en Yan Tovis.

A la consejera tampoco se le escapó, porque miró a Olor a Muerto un momento y después volvió a apartar los ojos.

—Crepúsculo, guardia y ascenso —murmuró Olor a Muerto—. Ya tenéis toda la noche cubierta, ¿eh? Pero maldita sea mi suerte, la sangre está muy diluida, joder. Vuestra piel es del color de la arcilla, no podía haber más de un puñado al principio, supongo que eran refugiados ocultos entre los salvajes de la zona. Un puñado patético, pero los viejos títulos ahí quedaron. Guardando las Costas de la Noche.

Yan Tovis se lamió los labios.

—Solo la Costa —puntualizó.

Olor a Muerto sonrió.

—Perdisteis el resto, ¿eh?

—Cabo —dijo Tavore.

—Nuestro pelotón pasó algún tiempo en un barco muy interesante —explicó Olor a Muerto—. Suficiente para que yo pudiera hablar a placer con nuestros invitados de piel negra. Crepúsculo —le dijo a Yan Tovis—, ésa es una palabra letherii. ¿Te sorprendería si te dijera que la palabra para «crepúsculo» en tu idioma original era *yenander*? ¿Y que

antovis significaba «noche» o incluso «oscuridad»? Tu nombre es tu título, y ya veo por tu expresión que ni siquiera lo sabías. ¿Yedan Derryg? No estoy seguro de lo que es *derryg*, tendremos que preguntarle a Sandalath, pero *yedanas* es «guardia», tanto el acto como el título. Por los dioses del inframundo, ¿qué oleada fue ésa? ¿La primera de todas? ¿Y por qué la Costa? Porque de ahí era de donde procedían los recién nacidos k'chain che'malle, ¿verdad? Los que no reclamó una matrona, claro está. —Sus ojos duros sostuvieron los de Yan Tovis un momento más, luego volvió a ponerse cómodo y cerró los ojos.

Que el Errante nos libre, ¿va a hacer eso toda la tarde?

—No sé de qué está hablando este hombre —dijo Yan Tovis, pero estaba claro que se había puesto nerviosa—. Ustedes son todos extranjeros, ¿qué pueden saber de los temblor? Apenas merecemos una mención, ni siquiera en la historia letherii.

—Crepúsculo —dijo Tavore—, está aquí para hacer valer su título de reina, ¿también se proclamará soberana de esta isla?

—Sí.

—Y, en tal capacidad, ¿ambiciona tratar con nosotros?

—Cuanto antes pueda negociar con ustedes, malazanos, para que abandonen esta isla, más contenta estaré. Y más contentos estarán ustedes también.

—¿Y eso por qué?

El mago llamado Jarretesgrandes fue el que contestó.

—Esos refugiados que traen, consejera. Son una panda de brujas y hechiceros. Bueno, cosas normalitas, garrapatosas, ensuciar el agua y maldecirnos con cagaleras, forúnculos y demás. Claro que, podrían juntarse y elaborar rituales más repugnantes…

Shurq Elalle se quedó mirando a aquel hombre raro. *¿Garrapatosas?*

—Sí —dijo Yan Tovis—. Podrían convertirse en un fastidio.

Galt lanzó un gruñido.

—¿Así que salvarles la vida no cuenta para nada?

—Pues claro que sí. Pero, como con todo, hasta la gratitud se diluye con el tiempo, soldado. Especialmente cuando la hazaña pende sobre nosotros como el hacha de un verdugo.

El ceño de Galt se profundizó y azuzó a Yedan Derryg con la espada.

—¿Tengo que dejar esto aquí? —preguntó.

El soldado barbudo, que no se había quitado el yelmo, pareció cavilar la respuesta antes de contestar.

—Es mi reina la que debe decidir.

—Demora mi última orden —dijo Yan Tovis—. Podemos ocuparnos de Brullyg más tarde.

—¡Y un engendro del demonio! —Brullyg se irguió en toda su altura—. Consejera Tavore Paran, por la presente solicito su protección. Puesto que he cooperado con ustedes desde el comienzo, lo menos que pueden hacer es evitar que me maten. Envíeme al continente si le viene bien. Me da igual dónde termine, pero no en las garras de esa mujer.

Shurq Elalle le sonrió al idiota. *Solo que tú no te lo mereces, Brullyg. ¿Misericordia? En el pedo del Errante, ahí es donde vas a encontrarla*.

La voz de Tavore se hizo fría de repente.

—Temblor Brullyg, se ha tomado debida nota de su ayuda, y cuenta con nuestra gratitud, aunque creo recordar algo sobre la inminente destrucción de esta isla bajo un mar de hielo, cosa que evitamos y continuamos evitando. Puede que complazca a la reina saber que no tenemos intención de permanecer aquí mucho más tiempo.

Brullyg se puso pálido.

—¿Pero qué hay de ese hielo? —preguntó—. Si se van…

—A medida que la estación se calienta —dijo Tavore—, la amenaza disminuye. Literalmente.

—¿Entonces qué es lo que los retiene aquí? —preguntó Yan Tovis.

—Buscamos un piloto para remontar el río Lether. Y llegar a Letheras.

Silencio otra vez. Shurq Elalle, que había estado observando muy contenta la disolución emocional de Brullyg, arrugó la frente poco a poco. Después miró a su alrededor. Todos los ojos estaban clavados en ella. ¿Qué acababa de decir la consejera? Ah. El río Lether y Letheras.

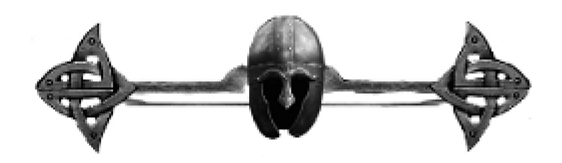
Y un piloto para guiar su flota invasora.

—¿Qué es ese olor? —preguntó de repente Jarretesgrandes.

Shurq frunció el ceño.

—El pedo del Errante, diría yo.

18



La vista así concedida era un paisaje para responder
a mi último día en el mundo mortal. La marcha
de descenso de las piedras talladas, menhires y rigolitos
mostraban en esas sombras sin mitigar la
serie de rostros imperturbables, las muecas y siseos
del inframundo, los dientes desnudos que amenazaban, las infinitas
filas de dioses enraizados y espíritus que se extendían
ladera abajo, cruzando colina tras colina, todo el
camino, sí, hasta el ilimitado más allá de toda vista,
más allá del espejo de estos ojos deformes,
guiñados. Y en estos beligerantes
empedernidos, que cada uno en su día de eminencia
extendió manos como garras ávidas, el
toque carmesí de la fe en todas sus exigencias
sobre nuestro tiempo, nuestras vidas, nuestros amores y nuestros
temores, no eran más que misterio ahora, todo
reconocimiento olvidado, abandonado al
reptar del cambio implacable. ¿Sus voces perdidas
cabalgaron este melancólico viento? ¿Temblé yo
ante el eco de las súplicas de la sangre, el desgarro
de joven carne virgen y las maravillas de un
corazón expuesto, los perplejos últimos latidos de
la indignación insistente? ¿Caí de rodillas
ante esta espeluznante sucesión de sagrada
tiranía, como haría cualquier ignorante medroso
en sombras atestadas?
Los ejércitos de los fieles desaparecieron.

Se alejaron marchando entre oleadas alzadas de polvo
y ceniza. Sacerdotes y sacerdotisas, los que sucumbieron
a la esperanza y transmitieron sus convicciones con
la sed desesperada de demonios acumulando
almas temerosas en sus propósitos privados
de riqueza, permanecieron encastrados en las grietas
de sus ídolos, trozos de hueso desmoronado incrustados
en las debilidades de la piedra, eso y nada más.
La visión así concedida es la maldición
del historiador. Lecciones interminables sobre la futilidad
de los juegos del intelecto, la emoción y la fe.
Los únicos historiadores loables, digo yo,
son los que concluyen sus vidas en
lacónicos actos de suicidio.

Sexta nota, volumen II
Colección de notas de suicidio
—Historiador Brevos el Indeciso

A su madre le encantaban sus manos. Manos de músico. Manos de escultor. Manos de artista. Por desgracia, esas manos debían de pertenecer a otro porque el canciller Triban Gnol carecía de esos talentos. Sin embargo, el cariño que le tenía a sus manos, por ensombrecido que pudiera estar por la burla que suponía un don físico sin la expresión artística correspondiente, había crecido con los años. En cierto sentido se habían convertido en sus propias obras de arte. Cuando se sumía en sus pensamientos le gustaba contemplarlas, sus sinuosos movimientos llenos de gracia y elegancia. Ningún artista podría capturar la verdadera belleza de esos inútiles instrumentos, y aunque había oscuridad en tal apreciación, ya hacía tiempo que lo había asumido.

Pero la perfección había desaparecido. Los sanadores habían hecho lo que habían podido, pero Triban Gnol podía ver las deformidades en lo que habían sido unas líneas impecables. Todavía podía oír el chasquido seco de los huesos de sus dedos, la traición de todo lo que su madre

había amado, lo que había venerado al modo secreto de ambos.

Su padre, por supuesto, se habría reído. Una carcajada amarga que casi era un gruñido. Bueno, no su verdadero padre, en cualquier caso. Solo el hombre que había gobernado la casa y la familia con una crueldad turbia, más bruto que un arado. Sabía que el hijo amado de su esposa no era suyo. Sus manos eran gruesas y torpes, una ironía mucho más cruel porque en esas herramientas, que eran como porras, sí que residía talento artístico. No, las que habían sido las manos perfectas de Triban Gnol eran herencia del amante de su madre, el joven (entonces tan joven) consorte, Turudal Brizad, un hombre que era cualquier cosa salvo lo que parecía. Cualquier cosa, sí, y nada a la vez.

Triban sabía que su madre habría aprobado que su hijo hubiera encontrado en el consorte (su padre) un amante perfecto.

Así eran los caprichos sórdidos de la vida en palacio en el amado reino del rey Ezgara Diskanar, todo lo cual parecía envejecido, agotado, amargo como las cenizas en la boca de Triban Gnol. El consorte se había ido, pero no del todo. El roce se había retirado, quizá ya para siempre, un consorte cuya existencia se había hecho tan efímera como su belleza intemporal.

Efímera, sí. Como todas las cosas que esas manos habían sostenido una vez; como todas las cosas que habían pasado por esos dedos finos. Sabía que se estaba compadeciendo de sí mismo. Un hombre viejo, perdida toda esperanza de atraer a nadie. Los fantasmas lo acosaban, la serie de tonos manchados que en otro tiempo habían pintado sus amadas obras de arte, capa sobre capa, oh, la única vez que habían estado de verdad empapadas de sangre había sido la noche que había asesinado a su padre. Todos los demás habían

muerto un poco más apartados de un esfuerzo tan directo. Una multitud de amantes que lo habían traicionado de un modo u otro, con frecuencia cometiendo el simple pero terrible delito de no amarlo lo suficiente. Así que, como un anciano encorvado, había decidido llevarse niños a su lecho y amordazarlos para silenciar sus gritos. Los agotaba. Contemplaba sus manos hacer su trabajo, el artista fracasado y siempre fracasando en busca de algún tipo de perfección, pero destruyendo todo lo que tocaba.

La muchedumbre de fantasmas era acusación suficiente. No les hacía falta susurrar en su cráneo.

Triban Gnol observó sus manos sentado tras su escritorio, observó su búsqueda de belleza y perfección, perdida ya para siempre. *Me rompió los dedos, todavía puedo oír*…

—¿Canciller?

Levantó la vista y estudió a Sirryn, su nuevo agente favorito en palacio. Sí, el hombre era ideal. Estúpido y sin imaginación, era muy probable que hubiera atormentado a los niños más débiles fuera de la clase del tutor para compensar la niebla que le invadía el cerebro y que hacía que todo intento de aprender fuera una pérdida inútil de tiempo. Una criatura impaciente por encontrar la fe, que mamaba de las tetas de alguien como si rogara que lo convencieran de que cualquier cosa (absolutamente cualquier cosa) podía saber a néctar.

—Está a punto de sonar la octava campanada, señor.

—Sí.

—El emperador…

—No me digas nada del emperador, Sirryn. No necesito tus observaciones sobre el emperador.

—Por supuesto. Mis disculpas, canciller.

Sabía que vería las manos que tenía ante él pintadas otra vez de carmesí. De un modo de lo más literal.

—¿Habéis encontrado a Bruthen Trana?

La mirada de Sirryn vaciló y se deslizó hasta el suelo.

—No. Se ha desvanecido de verdad, señor.

—Hannan Mosag lo envió lejos —dijo Triban Gnol, cavilando—. De regreso a su tierra natal edur, sospecho. Para cavar en los muladares.

—¿Los muladares, señor?

—Montones de basura, Sirryn.

—Pero… por qué…

—Hannan Mosag no aprobaba la estupidez precipitada de Bruthen. El muy idiota estuvo a punto de provocar un baño de sangre en palacio. Como mínimo, se haya tenido que ir o no, Bruthen Trana ha dejado claro que ese baño de sangre es inminente.

—Pero al emperador no se le puede matar. No puede haber…

—Eso no significa nada. Nunca lo ha significado. Yo gobierno este imperio. Además, ahora hay un campeón… —Triban Gnol se quedó callado, sacudió la cabeza y se levantó poco a poco—. Ven, Sirryn, es hora de hablarle al emperador de la guerra en la que ahora estamos.

Fuera, en el pasillo, los esperaban siete magos letherii a los que se había sacado de los cuatro ejércitos que se estaban concentrando al oeste de Letheras. El canciller experimentó un momento de pesar al pensar que Kuru Qan no estaba. Ni Enedictal ni Nekal Bara, magos de una capacidad impresionante. Esos nuevos no eran más que pálidas sombras, la mayor parte suplantados por la Cedance de tiste edur de Hannan Mosag. Pero los iban a necesitar porque no quedaban suficientes k’risnan. Y enseguida, sospechaba el canciller mientras echaba a andar hacia el salón del trono, los otros siguiéndole el paso, pronto habría todavía menos k’risnan.

El enemigo extranjero era letal. Mataban magos como si nada. Utilizaban explosivos incendiarios, granadas. Eran

capaces de esconderse de la hechicería que los buscaba, tendían emboscadas letales que pocas veces dejaban algún cadáver propio.

Pero el detalle más importante era uno que Triban Gnol iba a ocultar al emperador. Esos extranjeros estaban poniendo especial empeño en matar tiste edur. Así que, aunque se estaban reuniendo soldados letherii para marchar al oeste contra los invasores, el canciller había preparado instrucciones secretas para los comandantes. Podía ver una salida para todo aquello. *Es decir, para los letherii*.

—¿Has preparado tu equipo, Sirryn? —le preguntó mientras se acercaban a las puertas del salón del trono.

—Sí —dijo el soldado con tono aturdido.

—Necesito a alguien en quien pueda confiar con los ejércitos, Sirryn, y ese alguien eres tú.

—Sí, canciller.

Tú solo transmite mis palabras al pie de la letra, idiota.

—Fállame, Sirryn, y no te molestes en volver.

—Comprendido, señor.

—Abre las puertas.

Sirryn se precipitó hacia ellas.

Dentro del salón del trono había una sorpresa inesperada y poco grata. Reducidos a un poco entusiasta emplasto de huesos retorcidos y carne mutilada estaban Hannan Mosag y cuatro de sus k'risnan. Como emblemas de la hechicería pestilente que alimentaba a esos edur, no podría haber mejor imagen para grabarse a amargo fuego en el cerebro del canciller. Su padre habría sabido apreciar la escena, de hecho habría reunido enormes trozos de mármol en los que habría tallado semejanzas a tamaño natural, como si al imitar la realidad pudiera de algún modo descubrir lo que yacía debajo, las infladas corrientes del alma. Una pérdida de tiempo, en lo que a Triban Gnol se refería. Además, algunas cosas no habría que revelarlas jamás.

La cara deforme de Hannan Mosag pareció mirar con lascivia al canciller cuando pasó junto a él y sus cuatro hechiceros tiste edur, pero había miedo en los ojos del ceda.

La punta de la espada arañó las baldosas llenas de grietas, marcas y hoyos, el emperador de las Mil Muertes cambió de postura con incomodidad sobre el trono.

—Canciller —dijo Rhulad con voz áspera—, qué amable al venir. Y magos letherii, una reunión impresionante aunque inútil.

Triban Gnol se inclinó antes de hablar.

—Aliados con la formidable Cedance de Hannan Mosag, mi señor, nuestra capacidad hechicera debería ser más que suficiente para deshacernos de esos intrusos extranjeros.

Unas monedas tintinearon en la cara de Rhulad cuando hizo una mueca.

—Y los magos de la Brigada Borthen, ¿fueron suficientes? ¿Qué hay de la brigada en sí, canciller? ¡Los han destrozado! ¡Magos letherii, soldados letherii! ¡Tiste edur! ¡Tus intrusos extranjeros se están abriendo paso a tajos entre un puñetero ejército!

—No podía anticiparse —murmuró Triban Gnol con la mirada baja— que las flotas imperiales que iban en busca de campeones habrían de sulfurar tanto a un imperio remoto. En cuanto a la beligerancia de ese imperio, bueno, parece que casi no tiene rival; de hecho, es prácticamente una locura, dadas las distancias salvadas para llevar a cabo la venganza. Extraño, también, que no se recibiera ninguna declaración formal de guerra, aunque, por supuesto, es dudoso que nuestras flotas aventuraran lo mismo antes de la matanza de los ciudadanos de ese imperio. Quizá —añadió, al tiempo que alzaba la vista— una negociación siga siendo posible. Algún tipo de compensación económica, si fuéramos capaces de conseguir una tregua…

Una carcajada áspera de Hannan Mosag.

—Qué idiota más provinciano eres, Gnol. Ojalá fueras capaz de extender ese enclenque melodrama que tienes por mente, entonces es posible que la humildad detuviera esa lengua que te aletea en la boca.

Las cejas alzadas, el canciller se volvió a medias para mirar al ceda.

—¿Y qué conocimiento secreto de ese enemigo posees tú? ¿Serías tan amable de iluminarme a mí y a tu emperador?

—Esto no es punitivo —dijo Hannan Mosag—. Aunque pudiera parecerlo. Los imperios tienen trifulcas todo el tiempo, y hubo suficientes choques en el mar para llevar el mensaje de que con ese Imperio de Malaz era mejor no jugar. A nuestras flotas se les ordenó que se escabulleran de sus aguas; Hanradi Khalag fue de una honestidad brutal en su valoración. Los magos malazanos pueden vencernos con facilidad a nosotros y a los letherii.

—Si no es punitivo —preguntó Triban Gnol—, entonces ¿qué es?

Hannan Mosag miró al emperador.

—Mi señor, mi respuesta sería mejor reservarla solo para vos.

Rhulad enseñó los dientes en una mueca fiera.

—No me engañan tus juegos, ceda. Habla.

—Mi señor…

—¡Respóndele!

—¡No debo!

Un silencio en el que Triban Gnol no podía oír más que su propio corazón, que golpeaba con fuerza contra sus costillas. Hannan Mosag había cometido un terrible error, víctima de su propia prepotencia. Había intentado utilizar la información que tenía como un medio para regresar arrastrándose junto al emperador. Pero ese esfuerzo… ¡qué torpe!

—Dime —dijo Rhulad con un susurro— por qué debe ser nuestro secreto.

—Mi señor, este asunto pertenece solo a los tiste edur.

—¿Por qué?

Ah. Porque, querido emperador, estos malazanos vienen a por ti. Triban Gnol carraspeó y unió las manos por encima del cinturón de su túnica.

—Esto es innecesario —dijo con su voz más zalamera—. No soy tan provinciano como a Hannan Mosag le gustaría creer. Emperador, vuestras flotas partieron a cruzar el mundo en busca de campeones, y han reunido a los mejores, desde luego, los luchadores más capaces de entre una multitud de pueblos. Lo que no podían haber anticipado es que un imperio entero se proclamaría campeón. Y decidiría enfrentarse a vos, mi señor. Nuestros informes han dejado claro —añadió— que el enemigo está convergiendo sobre Letheras, esta misma ciudad. —Contempló a Hannan Mosag mientras seguía hablando—. Vienen, y sí, ceda, veo la verdad con claridad en tu rostro, vienen a por el emperador de las Mil Muertes. Por desgracia, no creo que vayan a optar por retarlo soldado a soldado.

Rhulad pareció encogerse en el trono. Había abierto mucho los ojos enrojecidos, había terror en su mirada.

—Hay que detenerlos —dijo con un siseo tembloroso—. Los detendréis. ¡Tú, Hannan Mosag! ¡Y tú, canciller! ¡Nuestros ejércitos deben detenerlos!

—Y eso harán —dijo Triban Gnol con una nueva inclinación antes de erguirse y mirar al ceda—. Hannan Mosag, a pesar de todas nuestras… disputas, no temas ni por un momento que los letherii abandonemos a nuestro emperador en manos de esos perros extranjeros. Debemos aliarnos, tú y yo, compartir cuanto tenemos los dos, y aniquilar a esos malazanos. Hay que castigar tanta audacia,

a conciencia. Unidos de verdad, no hay forma de derrotar a los tiste edur y los letherii.

—Sí —dijo Rhulad—. Eso es verdad. Disponed los ejércitos en una línea ininterrumpida fuera de la ciudad, ¿está claro, verdad, que no tienen el número suficiente para desafiar algo así?

—Mi señor —aventuró Triban Gnol—, quizá sería mejor avanzar cierta distancia, no obstante. Hacia el oeste. De ese modo podemos, si es necesario, reunir nuestras reservas por si se produce una brecha. Dos líneas de defensa, mi señor, para asegurarnos.

—Sí —dijo Rhulad—, esas tácticas son acertadas. ¿A qué distancia están esos malazanos? ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Semanas —dijo Triban Gnol.

—Bien. Eso está bien. Sí, debemos hacer eso. Todo eso, como dices. ¡Ceda! Tú y tus k’risnan secundaréis al canciller…

—Mi señor, él no es comandante militar…

—¡Silencio! Ya has oído mi voluntad, Hannan Mosag. Desafíame otra vez y haré que te desuellen.

Hannan Mosag no tembló al oír la amenaza. ¿Por qué habría de hacerlo en ese cuerpo destrozado? Era obvio que el ceda, en otro tiempo rey hechicero, estaba familiarizado con la agonía; de hecho, a veces parecía que la magia letal que se vertía por su cuerpo transformaba el dolor en éxtasis e iluminaba los ojos de Hannan Mosag con un fuego febril.

Triban Gnol se dirigió entonces al emperador.

—Mi señor, os protegeremos. —Dudó, solo el tiempo justo, después levantó a medias una mano como si se le acabara de ocurrir algo—. Emperador, me pregunto, ¿quizá sería mejor comenzar los Desafíos? ¿Pronto? Su presencia es una distracción, una molestia para mis guardias. Ha habido incidentes violentos, una impaciencia creciente. —Hizo otra

pausa, dos latidos, antes de añadir en tono más bajo—: Se especula, mi señor, que teméis enfrentaros a ellos…

La protesta burlona de Hannan Mosag produjo un gruñido bestial.

—Gnol, patética criatura…

—¡Ni una palabra más, ceda! —siseó Rhulad. Unos espasmos agitaron el rostro moteado del emperador. La espada resbaló otra vez.

Sí, Rhulad, tú entiendes lo que es temer a la muerte más que cualquiera de nosotros. Quizá más que cualquier criatura mortal que ha visto este mundo. Pero te estremeces no por una vaga noción de lo que es el olvido y la nada, ¿verdad? No, para ti, querido emperador, la muerte es un tanto diferente. Nunca un final, solo lo que precede a otro renacimiento más repleto de dolor. Ni siquiera en la muerte puedes perderte, no puedes escapar, ¿hay alguien aquí, aparte de mí, que comprenda de verdad el horror puro que es eso?

—Los Desafíos —dijo el emperador— comenzarán en cuatro días. Canciller, ¿tus asesores han acordado un orden?

—Sí, mi señor. Tres de los menos capacitados para empezar. Es probable que matéis a los tres en un solo día. Os pondrán a prueba, de eso podemos estar seguros, pero no de modo excesivo. El segundo día se reserva para un campeón. Una mujer enmascarada. Velocidad excepcional, pero quizá carente de imaginación. Sin embargo, será una competidora difícil…

—Bien.

—Mi señor…

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—Están los dos de los que hemos hablado con anterioridad. El tartheno de la espada de pedernal. No lo ha derrotado ningún otro campeón; de hecho, ya nadie se

atreve a practicar con él. Tiene la costumbre de romper huesos.

—Sí. El arrogante. —Rhulad sonrió—. Pero ya me he enfrentado a tarthenos antes.

—Pero no con la pericia de Karsa Orlong, mi señor.

—Eso no importa.

—Puede que logre mataros, mi señor. Quizá más de una vez. No siete. Tales días han pasado ya. Pero, quizá, tres o cuatro. Hemos asignado tres días.

—¿Tras la mujer enmascarada?

—No, hay otros seis a lo largo de dos días.

Hannan Mosag se quedó mirando al canciller.

—¿Tres días para ese tartheno? A ningún campeón se le han concedido todavía tres días.

—No obstante, mis asesores fueron unánimes, ceda. Éste es… único.

Rhulad estaba temblando una vez más. Asesinado por Karsa Orlong tres, cuatro veces. *Sí, mi señor, el horror puro que puede ser eso*…

—Queda uno más —dijo el emperador.

—Sí. El llamado Icarium. Él será el último. Si no es el octavo día, entonces el noveno.

—¿Y el número de días con él, canciller?

—Una incógnita, mi señor. No hace prácticas.

—¿Entonces cómo sabemos que sabe luchar?

Triban Gnol se inclinó de nuevo.

—Mi señor, ya lo hemos comentado. El informe de Varat Taun, corroborado por el compañero de Icarium, Taralack Veed. Y ahora, según me he enterado hoy, algo nuevo. Algo de lo más extraordinario.

—¿Qué? ¡Dímelo!

—Entre los campeones rechazados, mi señor, un monje de un archipiélago remoto. Al parecer, mi señor, este monje

(y, de hecho, todo su pueblo) venera a un único dios. Y este dios no es otro que Icarium.

Rhulad se estremeció como si lo hubieran abofeteado. La punta de la espada saltó del suelo y luego volvió a caer con un crujido. Unas lascas de mármol rebotaron por el escalón del estrado.

—¿He de cruzar la espada con un dios?

El canciller se encogió de hombros.

—¿Acaso hay alguna veracidad en tales afirmaciones, mi señor? Un pueblo primitivo, ignorante, esos cabalhii. Sin duda ven en los dhenrabi el alma de las tormentas marinas y en los caparazones de los cangrejos los rostros de los ahogados. Debería añadir, emperador, que este monje cree que su dios está loco, a lo que la única respuesta es una máscara pintada que muestra una carcajada. Los salvajes poseen las nociones más extrañas.

—Un dios…

Triban Gnol se atrevió a mirar a Hannan Mosag. La expresión del rey hechicero era ilegible mientras estudiaba a Rhulad. Hubo algo allí que despertó una larva de inquietud en la tripa del canciller.

—Mataré a un dios…

—No hay razón para creer otra cosa —dijo Triban Gnol con voz serena y llena de confianza—. Será muy oportuno, mi señor, para declarar vuestra propia divinidad.

Rhulad abrió mucho los ojos.

—Inmortalidad —murmuró el canciller—, establecida ya de sobra. ¿Venerado? Oh, sí, por cada habitante de este imperio. Demasiado modesto, sí, para declarar lo que es obvio para todos nosotros. Pero cuando os alcéis sobre el cadáver destruido de Icarium, bueno, eso será declaración suficiente, diría yo.

—Divinidad. Un dios.

—Sí, mi señor. Con toda seguridad. He dado instrucciones al gremio de escultores, y sus mejores artistas ya han comenzado a trabajar. Anunciaremos el final del Desafío del modo más apropiado y glorioso.

—Eres sabio, desde luego —dijo Rhulad, y se fue recostando poco a poco—. Sí, sabio.

Triban Gnol se inclinó sin hacer caso del gruñido amargo de Hannan Mosag. *Oh, ceda, ahora eres mío, y te voy a utilizar. A ti y a tus repugnantes edur. Oh, sí*. Clavó los ojos en las manos, plegadas con serenidad y posadas en el broche del cinturón.

—Mi señor, deben hacerse llegar las órdenes a nuestros ejércitos. El ceda y yo debemos debatir la disposición de magos y k’risnan.

—Sí, por supuesto. Dejadme todos. Atended vuestras tareas.

Con un gesto tras él, Triban Gnol se retiró de espaldas, la cabeza todavía gacha, los ojos puestos en el suelo, en las lascas de mármol y las vetas de polvo.

Podía oír a Hannan Mosag y su colección de bichos raros arrastrándose hacia las puertas como gigantescos sapos migratorios. El símil llevó una leve sonrisa a sus labios. Ya fuera, en el pasillo, con las puertas cerrándose tras ellos, Triban Gnol se volvió para estudiar a Hannan Mosag. Pero el ceda continuaba su camino con los sapos arremolinándose tras él.

—Hannan Mosag —exclamó el canciller—, tú y yo tenemos…

—Ahórrate la mierda para Rhulad —soltó de repente el ceda.

—Le desagradará enterarse de tu falta de cooperación.

—Echa a pacer esa lengua que tienes, Gnol. Los desagrados que están por llegar aplastarán todos tus patéticos balidos, estoy seguro.

—¿A qué te refieres?

Pero Hannan Mosag no respondió.

Triban Gnol observó mientras se metían en un pasillo lateral y desaparecían de la vista. *Sí, ya me ocuparé de ti, ceda, con gran satisfacción*.

—Sirryn, reúne a tu séquito en el complejo y ponte de camino antes de una campanada. Y llévate a estos magos contigo.

—Sí, señor.

El canciller se quedó donde estaba hasta que ellos también se fueron, después echó a andar hacia su despacho, complacido. Esa larva de inquietud, sin embargo, era reacia a dejar de carcomerlo. Tendría que pensar en ello, era demasiado peligroso limitarse a hacer caso omiso de esos instintos, después de todo. Pero no en ese momento. Era importante premiarse a uno mismo, con prontitud, así que liberó ese flujo de satisfacción. Todo estaba siguiendo el curso previsto; ese detalle, que era el propio emperador el objetivo final de esos extranjeros, solo facilitaba el guión. Los tiste edur, por supuesto, se dispondrían a defender a su emperador. *Desde luego que lo harán*.

Sin embargo, los hermanos de Rhulad, el día del ascenso al trono. La larva se retorció y le provocó un espasmo en la cara, así que aceleró el paso, impaciente por llegar al santuario de su despacho.

Solo para descubrir que estaba ocupado.

Triban Gnol permaneció en la puerta, sorprendido y desconcertado por la visión de un hombre de pie junto al enorme escritorio. Las sedas carmesíes, los anillos de ónice, el maldito cetro indicativo del cargo dando golpecitos rítmicos en un hombro redondo.

—En el nombre del Errante, ¿se puede saber qué está haciendo aquí, centinela?

Karos Invictad suspiró.

—Comparto su desagrado, canciller.

Triban Gnol entró en la habitación, rodeó su escritorio y se sentó.

—Tengo por costumbre dar por hecho que su control de la ciudad es absoluto…

—¿Dónde está Bruthen Trana?

El canciller frunció los labios.

—No tengo tiempo para esto. No se deje llevar por el pánico, Bruthen Trana ya no está en Letheras.

—¿Entonces adónde ha ido? ¿Por qué camino? ¿Cuánto tiempo hace? ¿Qué escolta lleva?

Triban Gnol suspiró, se recostó en su asiento y posó los ojos en las manos que descansaban palma abajo sobre el escritorio.

—Su necesidad de venganza, centinela, está comprometiendo su responsabilidad de mantener el orden. Debe retroceder un poco, respirar hondo unas cuantas veces…

El cetro cayó con un crujido brusco sobre el escritorio, justo entre las manos del canciller. Triban Gnol se echó hacia atrás de golpe, alarmado.

Karos Invictad se inclinó todavía más hacia él, buscaba una postura que impusiera, que fuera amenazante y, por desgracia, fracasó. El hombre era, por decirlo con palabras sencillas, demasiado pequeño. El sudor le brillaba en la frente, unas cuentas le pendían, resplandecientes, de la nariz y a ambos lados de esa boca demasiado llena.

—Mierdecilla condescendiente —susurró el centinela—. Se me dio permiso para dar caza a los tiste edur. Se me dio permiso para hacer arrestos. Busqué a ese k’risnan que acompañaba a Bruthen Trana, solo para encontrarme con que estaba fuera de mi alcance por culpa de Hannan Mosag y su maldita invasión por el oeste. Muy bien. Ese puede esperar hasta que se solucionen los problemas. Pero Bruthen

Trana… no, de eso no me voy a olvidar. Lo quiero. ¡Y lo quiero ya!

—Se lo han llevado, centinela, y no, no tenemos información sobre cuándo, ni por qué camino o en qué barco emprendió su viaje. Se ha ido. ¿Regresará? Imagino que sí y, cuando llegue el momento, por supuesto que es suyo. Entretanto, Karos, nos enfrentamos a preocupaciones mucho más importantes.

»Tengo cuatro ejércitos concentrándose al oeste de la ciudad y a los que ya se les debe el salario de dos semanas. ¿Por qué? Pues porque el tesoro está experimentando cierta escasez de dineros. Y mientras tanto, usted y sus agentes favoritos cubren las paredes de sus nuevas haciendas con botín robado y usted asume el control de una empresa confiscada tras otra. Dígame, centinela, ¿cómo le va al tesoro de los patriotas en estos días? ¿Les falta algún botín? —El canciller se levantó de su silla, aprovechó todo el poder de su superioridad en altura y vio con oscuro placer que el hombrecito retrocedía. Le tocó entonces a Triban Gnol inclinarse sobre el escritorio—. ¡Tenemos una crisis! ¡La amenaza de la ruina financiera se cierne sobre todos nosotros y usted se planta aquí a preguntar por un bárbaro tiste edur! —Fingió intentar contener su furia y añadió—: He recibido misivas cada vez más desesperadas de la Consigna Libertad, del propio Rautos Hivanar, el hombre más acaudalado del imperio.

»Misivas, centinela, que me imploran que lo llame a mi presencia, así que así sea, aquí está, ¡para responder a mis preguntas! Y si las respuestas no me satisfacen, ¡le aseguro que tampoco satisfarán a Rautos Hivanar!

Karos Invictad esbozó una mueca burlona.

—Hivanar. Ese viejo idiota está senil. Se ha obsesionado con un puñado de artefactos desenterrados en la orilla del

río. ¿Lo ha visto en los últimos tiempos? Ha perdido tanto peso que la piel le cuelga como cortinas de los huesos.

—Quizá usted sea la fuente de su tensión, centinela.

—En absoluto.

—Rautos ha indicado que usted se ha… excedido en el uso que le da a sus recursos. Comienza a sospechar que está utilizando su dinero para pagar las nóminas de toda la organización de los patriotas.

—Así es, y continuaré haciéndolo. En persecución de los conspiradores. —Karos sonrió—. Canciller, su opinión de que Rautos Hivanar es el hombre más acaudalado del imperio es, por desgracia, errónea. O al menos, si alguna vez lo fue, ya no lo es.

Triban Gnol se quedó mirando a aquel hombre. Su expresión triunfante, acalorada.

—Explíquese, Karos Invictad.

—Al comienzo de esta investigación, canciller, percibí la debilidad esencial de nuestra posición. El propio Rautos Hivanar, como líder de la Consigna Libertad, y por extensión la Consigna misma tenía, como organización, defectos inherentes. Nos enfrentábamos a una colisión que se cernía sobre todos, una colisión a la que yo no podía cerrar los ojos y, por tanto, me incumbía a mí rectificar la situación lo antes posible. Verá, el poder lo detentaba yo, pero la riqueza se encontraba en las garras de Hivanar y su Consigna. Eso era inaceptable. Para enfrentarme a la amenaza de los conspiradores (oh, tal y como ahora lo veo, al conspirador; sí, no hay más que uno), para enfrentarme a esa amenaza, tenía que atacar desde una posición consolidada.

Triban Gnol se quedó mirando sin poder creérselo y empezó a comprender la dirección que tomaba el pomposo monólogo megalomaníaco del centinela.

—La ironía más dulce es —continuó Karos Invictad con el cetro una vez más marcando un ritmo en el hombro— que

ese criminal solitario y sus esfuerzos, patéticos y simplistas, por provocar un sabotaje financiero fueron lo que me inspiraron. No fue difícil, para alguien de mi inteligencia, avanzar y, de hecho, elaborar más el tema de la aparente desestabilización. Por supuesto, las únicas personas a las que se estaba desestabilizando era a Rautos Hivanar y sus abotagados compañeros de sangre azul.

»¿Y se suponía que yo debía mostrarme compasivo? ¿Yo, Karos Invictad, nacido en una familia aplastada por una deuda asesina? ¿Yo, que luché con cada talento que poseía para deshacerme al fin de esa miseria heredada? No —se rió sin estrépito—, no había comprensión en mi corazón. Solo una revelación brillante, una inspiración genial, ¿sabe quién era mi mayor ídolo cuando libraba mi guerra contra el endeudamiento? Tehol Beddict. ¿Lo recuerda? El que no podía perder, cuya riqueza se disparó al cielo a una velocidad asombrosa y logró una altura extraordinaria, antes de apagarse de repente como una estrella agotada en el cielo nocturno. Oh, a ese hombre le gustaba jugar, ¿verdad? Pero ahí hubo una lección, una lección que yo aprendí bien. Tanto genio, al destellar con demasiada luz, demasiado rápido, lo dejó convertido en una cáscara vacía. Y eso, canciller, yo no lo iba a emular.

—Usted —dijo Triban Gnol— es la verdadera fuente de este sabotaje del imperio entero.

—¿Quién mejor posicionado? Oh, he de admitir que mi compañero conspirador ha desplegado en los últimos tiempos una tortuosidad cada vez más impresionante. Y no cabe duda de que yo no podría haber logrado el nivel de éxito que tengo sin él o ella. Triban Gnol, ante usted, en este momento, está el hombre más acaudalado que ha vivido jamás en Letheras. Sí, es cierto que se han desvanecido montones horrorosos de dineros. Sí, la tensión ha provocado fisuras letales en cada casa de mercaderes del imperio. Y sí,

muchas grandes familias están a punto de caer y nada puede salvarlas, ni aunque me sintiera inclinado a ello. Que no lo estoy. Pues bien. —El cetro se quedó inmóvil sobre ese hombro—. Soy a la vez el poder y la riqueza, y estoy en posición de salvar al imperio de la ruina financiera, si así lo decido.

Las manos del canciller, allí, sobre el escritorio, se habían quedado blancas, las venas y arterias prominentes en sus tonos enfermizos de verde y azul. Las manos, sus manos, las sentía frías como la muerte.

—¿Qué quiere, Karos Invictad?

—Oh, la mayor parte ya lo tengo, canciller. Incluyendo, cosa que me complace, que usted comprende la situación. Tal y como es. Tal y como será en el futuro.

—Parece olvidar que hay una guerra.

—Siempre la hay. Oportunidades para conseguir todavía más beneficios y poder. Durante la próxima semana o dos, canciller, me haré más famoso, seré un personaje más querido, más poderoso, de lo que ni siquiera usted podría imaginar o, debería decir, temer. —Su sonrisa se ensanchó—. Supongo que es temer, pero relájese, canciller. No es usted el siguiente de mi lista. Su posición es segura y, una vez que se haya lidiado con estos malditos tiste edur, incluyendo al emperador, seremos usted y yo los que estemos al mando de este imperio. No, lo verá con claridad suficiente, al igual que todos los demás. El saboteador arrestado. El dinero recuperado. Los invasores comprados. La Consigna Libertad borrada del mapa y los patriotas dominándolo todo. Verá, mis agentes controlarán los asuntos internos, mientras que usted será el dueño de los ejércitos (ejércitos bien pagados, se lo aseguro), y será el amo y señor absoluto del palacio.

—¿Qué? —preguntó Triban Gnol con sequedad—. ¿No busca el trono para sí mismo?

El cetro se agitó con gesto desdeñoso.

—En absoluto. Ponga un petimetre en él si siente la necesidad. O mejor aún, invoque la leyenda y déjelo vacío.

Triban Gnol plegó las manos y las unió.

—¿Está a punto de arrestar a su conspirador?

—Así es.

—¿Y mis ejércitos?

—Se les pagará. De inmediato.

El canciller asintió.

—Centinela —dijo después con el ceño ligeramente fruncido mientras se estudiaba las manos—, he oído informes inquietantes…

—¿Ah, sí?

—Sí. Parece que, de una forma dolorosamente parecida a Rautos Hivanar, usted también ha sucumbido a una obsesión peculiar. —Alzó los ojos con aire interrogante, inocente—. ¿Algo sobre un rompecabezas?

—¿Quién le ha contado eso?

El canciller se encogió de hombros.

Tras un momento, el arrebol en el rostro redondo del centinela se desvaneció convertido en manchas rojas en las mejillas y el hombre se encogió de hombros.

—Un pasatiempo ocioso. Divertido. Un desafío pintoresco que resolveré en unos pocos días. Al contrario que Rautos Hivanar, ¿sabe?, he descubierto que este rompecabezas, de hecho, ha agudizado mi mente. Jamás he visto el mundo con más claridad. Jamás ha sido tan limpio, tan preciso ni perfecto. Ese rompecabezas, canciller, se ha convertido en mi inspiración.

—Vaya. Pero lo persigue, llega a gritar en sueños…

—¡Mentiras! ¡Alguien se burla de usted faltando de ese modo a la verdad, Triban Gnol! He venido aquí, ¿no es cierto?, para informarle del triunfo inminente de mis planes. Cada detalle va a cumplirse al milímetro. Este esfuerzo suyo,

patético y transparente como es, resulta del todo innecesario. Como ya le he dicho, su posición está segura. Es, y seguirá siendo, del todo esencial.

—Como diga, centinela.

Karos Invictad se volvió para irse.

—En cuanto se entere del regreso de Bruthen Trana…

—Se le informará al punto.

—Excelente. Me complace. —Se detuvo en la puerta, pero no se volvió—. Respecto a ese k'risnan que está bajo la protección del ceda…

—Estoy seguro de que algo se podrá disponer.

—Me complace por partida doble, canciller. Bien, adiós.

La puerta se cerró. Aquella criatura odiosa, perturbada, se había ido.

Odiosa y perturbada, sí, pero… se había convertido en el hombre más acaudalado del imperio. Tendría que jugar esa mano con cuidado, con muchísimo cuidado. *Sin embargo, Karos Invictad ha revelado su propio defecto. Demasiado impaciente por recrearse y demasiado dispuesto a entregarse a esa impaciencia. Demasiado pronto, con diferencia*.

El emperador de las Mil Muertes continúa en el trono.

Se acerca un ejército extranjero al que no le interesa negociar.

Un campeón que es un dios pronto sacará su espada.

Karos Invictad tiene las manos de un niño. Un niño cruel que canturrea mientras observa cómo esas manos arrancan las entrañas de un gatito todavía vivo. O de un perrito. O de un vil prisionero en una de sus celdas. Un niño, sí, pero un niño desatado, libre de hacer lo que le place.

Por el Errante, los niños son unos monstruos.

El canciller comprendió que esa noche haría llamar a su propio niño. Para su propio placer. Y destruiría a ese niño

como solo un adulto con manos hermosas era capaz. Lo destruiría por completo.

Era lo único que se podía hacer con los monstruos.

El dios tuerto que permanecía invisible en el salón del trono estaba furioso. La ignorancia era el eterno enemigo, y el Errante comprendía que lo estaban atacando. Lo atacaba Triban Gnol. Lo atacaba Hannan Mosag. El choque de esas dos fuerzas del imperio era algo que el emperador en su trono apenas percibía, el Errante estaba seguro de eso. Rhulad estaba atrapado en su propia jaula de emociones, el terror empuñaba todos los instrumentos de tortura, empujaba, pinchaba, retorcía en lo más profundo. Pero el Errante había presenciado con los ojos bien abiertos (no, con un ojo bien abierto) en la tensa audiencia recién terminada lo cruel que se estaba haciendo esa batalla.

Pero soy incapaz de desentrañar sus secretos. Ni los de Triban Gnol ni los de Hannan Mosag. Éste es mi reino. ¡Mío!

Quizá renovara un viejo camino. El que llevaba al dormitorio del canciller. Pero incluso por aquel entonces, cuando esa relación estaba en pleno apogeo, Triban Gnol se guardaba sus secretos. Se hundía en sus varios personajes de víctima inocente y niño de ojos grandes y se convertía en poco más que un simplón cuando estaba con el Errante (con Turudal Brizad, el consorte de la reina, que nunca envejecía) y no había forma de apartarlo de los juegos que tanto necesitaba. *No, eso no funcionaría, porque nunca había funcionado*.

¿Había algún otro modo de llegar al canciller?

Incluso en ese momento Triban Gnol era una criatura sin dios. No era de los que se arrodillarían ante el Errante. Así que ese camino también estaba cerrado. *Podría limitarme a seguirlo. A todas partes. Reconstruir su intriga escuchando*

las órdenes que imparte, leyendo las misivas que despacha. Esperando que hable en sueños. ¡Por el Abismo del inframundo!

Furioso, desde luego. Furioso por el pánico creciente que sentía a medida que se acercaba la convergencia. No sabía mucho más en lo que a Hannan Mosag se refería, aunque algunos detalles eran imposibles de ocultar. El poder del dios Tullido, para empezar. Pero incluso en eso el rey hechicero no era un simple sirviente, no era un esclavo sin cerebro de esa promesa caótica. Había buscado la espada que había caído en manos de Rhulad, después de todo. Como con cualquier otro dios, el Caído no tenía favoritos. El primero en llegar al altar… No, Hannan Mosag no se haría ilusiones con eso.

El Errante miró una vez más a Rhulad, ese emperador de las Mil Muertes. El muy idiota, a pesar de toda su corpulencia, estaba sentado en ese trono sumido en una insignificancia dolorosa, tan obvia que dolía solo mirarlo. A solas en esa inmensa cámara abovedada, las mil muertes se refractaban en diez mil estremecimientos en esos ojos relucientes.

El canciller y su séquito se habían ido. El ceda también había salido con su puñado de hombres rotos. Ni un solo guardia a la vista, pero Rhulad continuaba allí. Sentado, las monedas bruñidas resplandeciendo. Y en su rostro todo lo que había sido privado, nunca revelado, se desplegaba en una serie expresiva. Todo el patetismo, las obsesiones abyectas; el Errante había visto, siempre había visto, en cara tras cara que abarcaban demasiados años para contarlos, la división del alma, la diferencia entre el rostro que sabía que lo estaban mirando y el rostro que se creía en soledad. Bifurcación. Y había presenciado cuando el interior se arrastraba al exterior, a un mundo que en apariencia no lo veía.

Alma dividida. La tuya, Rhulad, ha sido partida en dos. Por esa espada, por la sangre derramada entre tu persona y cada uno de tus hermanos, entre tu persona y tus padres. Entre tu persona y tu raza. ¿Qué me darías, Rhulad Sengar de los tiste edur hiroth, para quedar curado?

Suponiendo que yo pudiera conseguir semejante cosa, claro. Que no puedo.

Pero para el Errante estaba claro ya que Rhulad había comenzado a comprender al menos una cosa. El acercamiento rápido de la convergencia, la temida reunión y el choque inevitable de poderes. Quizá el dios Tullido había estado susurrando al oído del portador de su espada. O quizá Rhulad no era tan tonto como la mayoría creía. *Incluso yo, en ocasiones, ¿y quién soy yo para esbozar una mueca burlona de desdén? ¡Una puñetera bruja letherii se ha tragado uno de mis ojos!*

El miedo creciente era patente en el rostro del emperador. Monedas engastadas en piel quemada. Marcas moteadas donde se habían caído las monedas. Riqueza brutal y penuria herida, dos lados de otra maldición que plagaba esa era moderna. *Sí, divide el alma de la humanidad. Entre los que tienen y los que no tienen. Rhulad, eres en verdad un símbolo vivo. Pero ése es un peso que nadie puede soportar durante mucho tiempo. Ves llegar el final. O muchos finales y sí, uno de ellos es el tuyo*.

¿Será este ejército extranjero que, en las inteligentes palabras de Triban Gnol, se ha proclamado campeón?

¿Será Icarium, el Que Roba la Vida? ¿El Que Vaga por el Tiempo?

¿O algo mucho más sórdido, una emboscada perfecta que te tienda Hannan Mosag? ¿O una última traición para aniquilarte por completo, como la que cometería tu canciller?

¿Y por qué creo que la respuesta no será nada de lo anterior? Ninguna. Nada tan… directo. Tan obvio.

¿Y cuándo dejará esta sangre de filtrarse de esta cuenca? ¿Cuándo cesarán estas lágrimas escarlatas?

El Errante se fundió en el muro que tenía detrás. Ya estaba harto de la cara privada de Rhulad. Demasiado parecida, sospechaba, a la suya. *Me imagino no vigilado, pero ¿también a mí me están vigilando? ¿De quién es la mirada fría clavada en mí, la mirada que calcula significados y mide debilidades?*

Sí, ya ves dónde sollozo, ya ves lo que sollozo.

Y sí, todo esto fue obra de una mano mortal.

Se movió con rapidez, sin hacer caso de barreras de argamasa y piedra, de tapices y guardarropa, de suelos azulejados y vigas en el techo. Por la oscuridad, la luz y las sombras en todos sus sabores, por túneles hundidos, donde atravesó agua que le llegaba a los tobillos sin abrir su superficie turbia.

Y entró en la amada habitación de ella.

Ella había llevado piedras para construir plataformas y calzadas, había creado una serie de puentes e islas sobre el lago poco profundo que inundaba la cámara. Unas lámparas de aceite pintaban ondas y el Errante se quedó allí, tomando forma una vez más enfrente del altar deforme que ella había erigido, su magullada superficie atestada de extrañas ofrendas votivas, objetos de vinculación e investidura, relicarios reunidos para dar nueva forma al culto del dios. *A mi culto*. Aquella pesadilla gnóstica ctónica quizá hubiera divertido al Errante una vez, en otro tiempo. Pero en ese instante podía sentir que su rostro se crispaba de desdén.

Ella habló desde la esquina oscura que quedaba a su izquierda.

—Todo es perfecto, inmortal.

Soledad y locura, los compañeros de cama naturales.

—No hay nada perfecto, Bruja de la Pluma. Mira, mira a tu alrededor, ¿no es obvio? Estamos en plena disolución…

—El río ha subido —dijo ella con tono desdeñoso—. Un tercio de los túneles por los que solía vagar están ahora bajo el agua. Pero pude salvar todos los viejos libros, los pergaminos y las tabletas. Lo salvé todo.

Bajo el agua. Había algo en eso que lo inquietó, no lo obvio, la disolución de la que había hablado, sino… otra cosa.

—Los nombres —dijo ella—. Para liberar. Para vincular. Oh, tendremos muchos sirvientes, inmortal. Muchos.

—He visto —dijo el dios— las fisuras en el hielo. El agua de la nieve fundida. La prisión cada vez más débil de ese inmenso demonio del mar. No podemos esperar esclavizar una criatura así. Cuando se libere, la devastación será total. A menos, por supuesto, que regrese la jaghut, para hacer las reparaciones en su ritual. En cualquier caso, y por fortuna para todo el mundo, no creo que Mael permita que se llegue siquiera tan lejos, que escape.

—¡Debes detenerlo! —dijo Bruja de la Pluma con un siseo.

—¿Por qué?

—¡Porque quiero ese demonio!

—Te lo he dicho, no podemos esperar…

—¡Yo sí! ¡Conozco los nombres! ¡Todos los nombres!

El Errante se la quedó mirando.

—¿Buscas un panteón entero, Bruja de la Pluma? ¿No te basta con tener un dios bajo tus talones?

Ella se echó a reír y él oyó algo que salpicaba en el agua junto a ella.

—El mar recuerda. Cada ola, cada corriente. El mar, inmortal, recuerda la costa.

—¿Qué… qué significa eso?

Bruja de la Pluma se echó a reír otra vez.

—Todo es perfecto. Esta noche visitaré a Udinaas. En sus sueños. Por la mañana será mío. Nuestro.

—Esta red que tiendes —dijo el Errante— es demasiado fina, demasiado débil. La has forzado más allá de toda resistencia, y se partirá, Bruja de la Pluma.

—Sé cómo usar tu poder —respondió ella—. Mejor que tú. Porque los mortales entendemos ciertas cosas mucho mejor que tú y los tuyos.

—¿Por ejemplo? —preguntó el Errante, divertido.

—El hecho de que la veneración es un arma, para empezar.

Al oír esas secas palabras, un escalofrío recorrió al dios.

Ah, pobre Udinaas.

—Ahora vete —le dijo Bruja de la Pluma—. Sabes lo que hay que hacer.

¿Lo sabía? *Bueno... sí. Un empujoncito. Lo que mejor hago*.

El cetro crujió con fuerza contra un lado de la cabeza de Tanal Yathvanar, tras cuyos ojos explotaron estrellas; se tambaleó, hincó una rodilla en el suelo y empezó a sangrar. Sobre él, Karos Invictad le habló con tono tranquilo.

—Te aconsejo que la próxima vez que sientas tentaciones de informar de mis actividades a uno de los agentes del canciller, te lo pienses bien. Porque la próxima vez, Tanal, haré que te maten. De un modo muy desagradable.

Tanal observó la sangre que caía en gotas alargadas y salpicaba el suelo polvoriento. La sien le latía y, al sondear con los dedos, encontró un trozo de piel mutilada que le colgaba casi hasta la mejilla. El ojo de ese lado se le desenfocaba y se recuperaba al ritmo de los latidos. Se sentía expuesto, vulnerable. Se sentía como un niño entre adultos de rostros fríos.

—Centinela —dijo con voz temblorosa—, yo no le he dicho nada a nadie.

—Miente otra vez y prescindiré de la piedad. Miente otra vez y el aliento que utilices para emitir esa mentira será el último.

Tanal se lamió los labios. ¿Qué podía hacer?

—Lo siento, centinela. Nunca más. Lo juro.

—Lárgate de aquí y manda venir un sirviente para que limpie el desastre que has dejado en mi despacho.

Invadido por las náuseas, con un nudo en la garganta que intentaba contener un vómito impaciente, Tanal Yathvanar se apresuró a salir medio agachado.

Yo no he hecho nada. Nada que merezca esto. La paranoia de Invictad lo ha empujado al abismo de la locura. Al tiempo que su poder crece. Imagínate, amenazar con acabar con la vida del propio canciller, ¡en el despacho del propio Triban Gnol! Por supuesto ésa no había sido más que la versión del centinela. Pero Tanal había visto el brillo intenso en los ojos de Invictad, recién llegado de la gloria de su visita al Domicilio Eterno.

Todo había ido demasiado lejos. Todo.

Con la cabeza dándole vueltas, Tanal partió en busca de un sanador. Todavía había mucho que hacer en ese día. Había que realizar un arresto y, con el cráneo partido o sin él, había que mantener la precisa agenda de Karos Invictad. Aquél iba a ser un día triunfante. Para los patriotas. Para el gran Imperio de Lether.

Aliviaría la presión, las tensiones siempre crecientes que se apoderaban del pueblo, y no solo allí en Letheras, sino en todo el imperio. Demasiados rumores peligrosos, de batallas y derrotas sufridas. Las constricciones de que no hubiera suficiente dinero en metálico, la extraña desaparición de la mano de obra no cualificada, las historias de familias antes seguras que estaban cayendo en el endeudamiento. Los

susurros sobre enormes valores financieros que se tambaleaban como árboles con las raíces podridas. Eran necesarias victorias heroicas y ese día supondría una. Karos Invictad había encontrando al mayor traidor de todos y él, Tanal Yathvanar, haría el arresto. *Y oirán ese detalle. Mi nombre, en el centro de todo lo que ocurrirá en este día. Pienso asegurarme de ello*.

Karos Invictad no era el único con talento a la hora de recoger la gloria.

Las ciudades antiguas poseían muchos secretos. El ciudadano medio nacía, vivía y moría en la fuga de una ignorancia inmensa. El Errante sabía que había aprendido bien su desdén por la humanidad, por la escoria de la existencia mortal que llamaba ceguera a la visión, a la ignorancia, comprensión y al delirio, fe. Había visto con suficiente frecuencia el premeditado truncamiento que las personas emprendían cuando abandonaban la niñez (y la maravilla de sus infinitas posibilidades), como si existir exigiera el sacrificio tanto de los sueños sin trabas como de la ambición intrépida para lograrlos. Como si esas limitaciones autoimpuestas, que utilizaban para justificar el fracaso, fueran virtudes que añadir a la santurronería pía y a la condescendencia de los que se flagelan.

Ah, pero míralo a él, en ese preciso momento, mira lo que está a punto de hacer. Los antiguos secretos de la ciudad convertidos en cosas que utilizar, y utilizadas para lograr fines crueles. ¿Pero acaso no era él un dios? ¿No era ése su reino? Si todo lo que existía no estaba a su disposición para que lo usara y, de hecho, para que abusara, ¿cuál era entonces su propósito?

Atravesó las paredes fantasmales, los niveles sumergidos, reconoció una vaga conciencia de patrones ocultos, en su

mayor parte oscuros, estructuras, la disposición de cosas que tenían trascendencia, aunque tal comprensión no era para él, no para su temperamento, sino algo extraño, algo perdido hace mucho en las eras muertas del pasado distante.

No había fin para las manifestaciones, sin embargo, pocas de las cuales capturaban la conciencia de los mortales entre los que estaba caminando (caminaba sin que lo vieran, apenas una corriente fría en el cuello), y el Errante continuó, observando los detalles que atrapaban su atención.

Al encontrar el lugar que buscaba, se detuvo. Ante él se alzaban los muros de una hacienda. Nada menos que la que había pertenecido al difunto Gerun Eberict. Estaba abandonada, el título de propiedad enfangado en una maraña legal de reivindicaciones que se habían extendido hasta el infinito. Gerun Eberict, al parecer, se había llevado toda su riqueza con él, un detalle que divertía muchísimo al Errante.

El plano del enorme edificio principal atravesaba las líneas inadvertidas de una estructura más antigua que, en otro tiempo, se había alzado limitada por agua por tres lados: dos canales tallados y un arroyo nacido de profundos pozos artesianos llenos de fría agua negra por debajo de un inmenso saliente de piedra caliza que yacía, él también, bajo una gruesa capa de sedimentos, lentes de arena y lechos de arcilla. Esos canales habían sido importantes, al igual que el hecho de que el cuarto lado hubiera poseído, bajo lo que pasaba por calle siete mil años atrás, un túnel enterrado de arcilla cocida. Por ese túnel, independiente de todas las demás fuentes locales, había corrido agua de las profundidades del río. Así pues, los cuatro lados, el valioso sustento del dios ancestral que había sido venerado en el templo que en otro tiempo se alzaba achaparrado en ese lugar.

Eberict debería haber tenido cuidado con ese detalle, detalle en el que un vidente contratado bien podría haber discernido el fallecimiento de Gerun bajo las manos brutales de un gigante mestizo. No era casualidad, después de todo, que los que tenían sangre tarthena se sintieran atraídos por Mael incluso en esos momentos… alguna insinuación del instinto de esa primera alianza, forjada en el agua, entre imass y tarthenos, o toblakai, por utilizar su verdadero nombre. Antes de los Grandes Desembarcos que habían traído a los últimos de los gigantes que habían preferido conservar su sangre pura a esa y otras costas, donde los primeros fundadores se convertirían en los dioses crueles y rencorosos de los tarthenos.

Pero no era solo Gerun Eberict y el sinfín de ciudadanos de Letheras que moraban allí los que no eran conscientes (o quizá habían olvidado) de la antigua transcendencia de todo lo que se había barrido de la superficie de esa ciudad.

El Errante se adelantó. Traspasó el muro exterior de la hacienda. Después bajó, recorrió los adoquines del complejo, se deslizó como un fantasma junto a los escombros y la arena de relleno y descendió al aire maloliente e inmóvil del túnel recubierto de arcilla. Metido hasta las rodillas en un agua densa, turbia.

Miró el muro inclinado interno del muro y calculó su posición con respecto a los restos que quedaban del antiguo templo que había más allá. Y continuó adelante.

Piedra hecha pedazos, encajada y compacta, manchada de negro por las arcillas densas, mal ventiladas, que llenaban cada espacio. Evidencias de fuego en las grietas estalladas de los bloques de los cimientos. Restos de pintura cargada de mineral todavía aferrada a los fragmentos de yeso. Pedazos ubicuos de cerámica, trozos informes de cobre verde, las tabas de plata, negras y mutiladas, el brillo desafiante del oro teñido de rojo, todo lo que quedaba de

pasadas complejidades de la vida mortal, recordatorios de manos que una vez habían tocado, dado forma, apretado puntas para dejar marcas y uñas para hacer incisiones, que habían limpiado el vidriado, la pintura y el polvo de bordes desportillados; manos que no dejaban nada a su paso salvo esos objetos que conmovían con su fracaso.

Asqueado, abrumado por las náuseas, el dios se abrió camino entre los detritos y salió casi con garras y dientes: un espacio que marcaba un ángulo pronunciado, creado por el derrumbamiento parcial del muro interno. Teselas azules para pintar una imagen de mar ininterrumpido, pero varias piezas se habían caído y revelaban un yeso gris que todavía lucía los patrones acanalados dejados por la parte inferior de las diminutas losas talladas. En ese espacio estrecho se agachó el Errante, jadeando. El tiempo no contaba magníficas historias. No, el tiempo entregaba su mensaje mudo de disolución con una monotonía que nada mitigaba.

¡Por el Abismo, qué peso aplastante!

El Errante aspiró una profunda bocanada de aquel aire muerto, rancio. Y luego otra.

Y percibió, no muy lejos, el susurro leve del poder. Residual, tan exiguo que carecía de sentido, pero que hizo estallar el corazón del dios en un martilleo que le machacó el pecho. La santificación permanecía. No lo habían profanado, lo que hacía mucho más sencillo lo que él pretendía. Aliviado al pensar que no tardaría en irse de ese espeluznante lugar, el Errante echó a andar hacia aquel poder.

El altar estaba bajo una masa de escombros, las ruinas de caliza tan densas que debían de proceder de un techo desmoronado, el enorme peso se había derrumbado con la fuerza suficiente para hacer pedazos las piedras del suelo bajo ese bloque acanalado de piedra sagrada. *Incluso mejor.*

Y… sí, seco como un hueso. Podría murmurar un millar de empujoncitos en esa matriz circundante. Diez mil.

El Errante se acercó con cuidado, estiró el brazo y posó una mano en el altar. No podía sentir las estrías, no sentía el basalto gastado por el agua, no sentía los profundos canales tallados que una vez habían descargado sangre viva en los arroyos salados que llenaban las estrías. *Ah, qué sed teníamos en esos tiempos, ¿verdad?*

Despertó su propio poder, todo el que ella quiso darle, y para esa tarea era más que suficiente.

El Errante comenzó a tejer un ritual.

El abogado Sleem era un hombre alto y delgado. Le cubría buena parte de la frente, y se extendía por la mejilla izquierda hasta llegar a la línea de la mandíbula, una afección de la piel que creaba un patrón de escamas agrietadas que recordaba a los vientres de los caimanes recién salidos del huevo. Había ungüentos que podían sanar esa dolencia, pero era obvio que el legendario defensor de la ley letherii prefería cultivar esa dermatosis reptil que con tanta astucia complementaba tanto su reputación como sus ojos fríos y sin vida.

Se encontraba en el despacho de Bicho, con los hombros encorvados como si quisiera hacerse más estrecho todavía; el cuello alto de su manto verde oscuro se le disparaba como el capuchón de una serpiente tras la cabeza alargada, lampiña y de orejas pequeñas. Su mirada era lánguida, con esa expresión inerte tan propia de él, mientras estudiaba a Bicho.

—¿Le he oído bien? —preguntó el abogado con una voz que intentaba con todas sus fuerzas que pareciera sibilante, pero que en su lugar sonaba torpe e indecisa. El efecto, comprendió Bicho con un leve sobresalto, encajaba a la

perfección con lo que imaginaba que sería una serpiente de cuya boca sin labios brotaran palabras. Aunque, añadió para sí, la pregunta en cuestión no parecía de las que él esperaría que articulara una serpiente. *Las serpientes no piden aclaraciones, ¿no?*

—Luce usted una expresión de lo más extraña —dijo Sleem tras un momento—. ¿Acaso mi incapacidad para comprenderlo lo ha confundido, maese Bicho?

—¿De veras lo entendió mal?

—Por eso intentaba procurarme una repetición.

—Ah. Bueno, ¿qué creía haber oído?

Los ojos parpadearon.

—¿Hemos pronunciado de verdad todas estas palabras para regresar a mi interrogante original?

—Le invito a que utilice algunas más, Sleem.

—En lugar de limitarse a repetir lo que ha dicho.

—Odio repetirme.

Bicho sabía que el abogado Sleem despreciaba las descolocaciones, aunque, con toda probabilidad, quizá eso no fuera ni una palabra siquiera.

—Maese Bicho, como ya sabe, desprecio las descolocaciones.

—Oh, siento oír eso.

—Pues debería sentirlo, puesto que cobro por palabra.

—¿Por las palabras de los dos o solo por las suyas?

—Ya es un poco tarde para preguntar eso, ¿no le parece? —Las manos plegadas de Sleem hicieron algo sinuoso y vagamente desdoroso—. Me ha dado instrucciones, si lo he entendido bien, y corríjame si me equivoco, me ha dado instrucciones, así pues, para que me acerque a su financiero y solicite otro préstamo más con la intención expresa de utilizarlo para pagar una parte de los intereses del préstamo anterior, que, si recuerdo con precisión, y así es, tenía como destino abonar en parte los intereses de otro préstamo más.

Eso me lleva a preguntarme, puesto que yo no soy su único abogado, ¿con exactitud, cuántos préstamos ha concertado para pagar intereses de otros préstamos diferentes?

—Vaya, eso seguro que me ha salido caro.

—Me pongo locuaz cuando me pongo nervioso, maese Bicho.

—¿Tratar con usted es más costoso cuando está nervioso? Eso, Sleem, es muy inteligente.

—Sí que lo soy. ¿Responderá ahora a mi pregunta?

—Puesto que insiste. Hay unos cuarenta préstamos pendientes destinados a abonar los pagos de intereses de otros préstamos.

El abogado se lamió los labios que, como correspondía, tenía secos.

—Fue por razones de cortesía y respeto, maese Bicho, y, según veo ahora, ciertos malentendidos en cuanto a su solvencia, lo que me alentó a abstenerme de pedir un pago por adelantado… por mis servicios, quiero decir, que han sido considerables. Aunque no tan considerables, en proporción, como se me hizo creer.

—No recuerdo haberle llevado a suponer nada parecido, Sleem.

—Pues claro que no. Eran suposiciones.

—Como abogado, se hubiera esperado de usted que hiciera muy pocas suposiciones. Sobre lo que fuera.

—Permítame ser franco, maese Bicho. ¿En este esquema financiero suyo, dónde está el dinero que me debe?

—En ninguna parte todavía, Sleem. Quizá deberíamos disponer otro préstamo.

—Esto es muy doloroso.

—No me cabe duda, pero ¿cómo cree usted que me siento yo?

—Me resisto a hacerme esa pregunta, porque temo que la respuesta será algo parecido a: «Se encuentra

perfectamente». Bien, si decidiera aferrarme con gran fe a esas suposiciones concretas que hemos mencionado, ahora insistiría en que el próximo préstamo se dedicara de forma exclusiva a abonar mis honorarios. Da igual las mentiras que le cuente yo a su financiero. Lo que nos devuelve, por desgracia, a mi aseveración original, que se expresó en un tono de absoluta incredulidad. Verá, el actual estado de pánico de sus financieros es lo que me ha traído aquí, pues han llegado a un nivel de acoso de mi despacho a cuenta de usted, maese Bicho, que ha alcanzado unas proporciones absurdas. He tenido que contratar guardaespaldas; cosa que he hecho, por cierto, a costa suya. ¿Me atreveré a preguntar, por tanto, cuánto dinero tiene en su posesión?

—¿Ahora mismo?

—Sí.

Bicho sacó su raída bolsita de cuero, la abrió de un tirón y se asomó al interior. Después alzó la vista.

—Dos diques.

—Entiendo. No cabe duda de que exagera.

—Bueno, a uno le corté una astilla para pagar un corte de pelo.

—Usted no tiene pelo.

—Por eso fue solo una astilla. Pelos de la nariz. Pelos en las orejas, un recorte de las cejas. Es vital estar presentable.

—¿En su Ahogamiento?

Bicho se echó a reír.

—Eso sí que sería divertido. —Luego se puso serio y se inclinó sobre su escritorio—. Usted no creerá que se llegará a eso, desde luego. Como cliente suyo, espero una defensa mucho más diligente en mi juicio.

—Como abogado suyo, maese Bicho, seré el primero en la cola para pedir su sangre.

—Oh, eso no es muy leal por su parte.

—Usted no ha pagado mi lealtad.

—Pero la lealtad no es algo por lo que uno paga, abogado Sleem.

—Si hubiera sabido los delirios que acompañaban a su incompetencia, incompetencia que ahora queda patente, maese Bicho, jamás habría accedido a representarle en ningún asunto.

Bicho se recostó en su asiento.

—Eso no tiene sentido —dijo—. Como Tehol Beddict ha observado en infinidad de ocasiones, los delirios son el corazón mismo de nuestro sistema económico. Escritura como virtud ética. Trozos de un metal de otro modo inútil, aparte de como decoración, como riqueza. Servidumbre como libertad. Deuda como propiedad. Y así sucesivamente.

—Ah, pero es que esos delirios establecidos son esenciales para mi bienestar, maese Bicho. Sin ellos, mi profesión no existiría. Toda la civilización es, en esencia, una colección de contratos. Bueno, si hasta la misma naturaleza de la sociedad se funda en unas medidas de valor a las que se ha llegado por acuerdo mutuo. —El abogado se detuvo entonces y poco a poco sacudió la cabeza, un movimiento de una sinuosidad alarmante—. ¿Por qué estoy debatiendo esto con usted? Es obvio que está usted loco, y su locura está a punto de desencadenar una avalancha de devastación financiera.

—No veo por qué, maese Sleem. A menos, por supuesto, que su fe en la noción del contrato social no sea más que un egoísmo cínico.

—¡Pues claro que lo es, idiota!

Para que luego hablaran de las torpes sibilantes del caballero.

Los dedos de Sleem se agitaron como gusanos atrapados y ciegos que buscaban una salida.

—Sin cinismo —dijo con voz estrangulada—, uno se convierte en víctima del sistema en lugar de en su amo, ¡y

yo soy demasiado listo para ser una víctima!

—Cosa que debe demostrarse a sí mismo de manera repetida midiendo su riqueza, la comodidad de su vida, el contraste necesario con las víctimas; un contraste del que usted debe rodearse en cada momento, tal y como representan sus excesos materiales.

—Qué prolijo, maese Bicho. Ostentación engreída bastará.

—¿Brevedad por su parte, abogado Sleem?

—Recibe lo que paga.

—Según ese principio —comentó Bicho—, me sorprende que diga algo siquiera.

—Lo que sigue se lo regalo. Me voy ahora mismo a informar a sus financieros de que está usted arruinado por completo, y a ofrecerles al mismo tiempo mis servicios en el auténtico festín que van a organizar con sus activos materiales.

—Muy generoso por su parte.

Los labios de Sleem desaparecieron en una mueca huesuda. Sufrió un espasmo en un ojo. Los gusanos de los extremos de sus manos se habían quedado blancos y con aspecto letal.

—Entretanto, me llevaré esos dos diques.

—No llegan a dos.

—No obstante.

—Puedo deberle esa astilla que falta.

—Y puede tener la seguridad de que terminaré cobrándomela.

—De acuerdo. —Bicho metió la mano en la bolsa y sacó las dos monedas—. Esto es un préstamo, ¿no?

—¿A cuenta de mis honorarios?

—Como es natural.

—Percibo que ya no está usted jugando la partida, maese Bicho.

—¿Qué partida sería ésa?

—Aquélla en la que los ganadores ganan y los perdedores pierden.

—Ah, esa partida. No, supongo que no. Suponiendo, claro está, que alguna vez la jugara.

—Tengo una sospecha repentina: esa verdad más que real que se oculta tras todos esos rumores que hablan del colapso inminente de los mercados… Todo esto es obra suya, ¿no?

—En absoluto. Intervinieron un sinfín de ganadores, se lo aseguro. Creyendo, como es natural, que al final ganarían. Así es como funcionan estas cosas. Hasta que dejan de funcionar. —Bicho chasqueó los dedos—. ¡Puf!

—Sin esos contratos, maese Bicho, será el caos.

—Quiere decir que los ganadores sufrirán un ataque de pánico y los perdedores se abalanzarán a organizar su propio festín. Sí. El caos.

—Está usted loco de remate.

—No, solo cansado. He mirado a los ojos de demasiados perdedores, Sleem. Demasiados.

—Y su respuesta es convertirnos a todos en perdedores. ¿Quiere que se compita en igualdad de condiciones? Pero no servirá para eso, ¿sabe? Entérese, Bicho. No servirá. Lo único que conseguirá es que los matones suban a la cima de cada montón, y en lugar de deudas, tendrá usted auténtica esclavitud; en lugar de contratos, tendrá tiranía.

—Todas las máscaras arrancadas, sí.

—¿De qué sirve eso?

El dios ancestral se encogió de hombros.

—Los peligros de la expansión sin trabas, abogado Sleem, se revelan en el polvo y las cenizas que quedan a su paso. Se asume la inmortalidad de la especie porque es lo que conviene a la partida. A toda partida. Pero esa suposición no

le salva al final. No, de hecho, es probable que lo mate. Esa suposición egoísta, pía, pretenciosa y arrogante.

—Habla el viejo amargado.

—No tiene ni idea.

—Ojalá llevara un cuchillo encima. Porque lo mataría con él, aquí y ahora.

—Sí. La partida siempre termina, ¿verdad?

—Y se atreve usted a llamarme a mí cínico.

—Su cinismo se basa en su abuso intencionado de otros para consolidar su superioridad sobre ellos. Mi cinismo es con respecto a la ceguera premeditada de la humanidad cuando se trata de su propia extinción.

—Sin esa ceguera premeditada no queda más que la desesperación.

—Oh, no soy tan cínico. De hecho, no estoy en absoluto de acuerdo. Quizá, cuando la ceguera premeditada siga su curso inevitable, pueda nacer entonces una sabiduría premeditada, la revelación de ver las cosas como son.

—¿Cosas? ¿A qué cosas se refiere, viejo?

—Pues a que todo lo que tiene valor de verdad es, de hecho, gratis.

Sleem metió las monedas en su abultada bolsa y se dirigió a la puerta.

—Qué noción más pintoresca. Por desgracia, no le voy a desear que tenga un buen día.

—No se moleste.

Sleem se volvió al notar el matiz duro en la voz de Bicho y alzó las cejas con gesto curioso.

Bicho sonrió.

—El sentimiento no saldría gratis, ¿verdad?

—No, no lo sería.

En cuanto el desventurado abogado se fue, Bicho se levantó. *Bueno, ha empezado. Casi justo el mismo día que Tehol dijo que empezaría. Ese hombre es un misterio. Y*

quizá sea en eso donde se encuentre la esperanza de la humanidad. En todas esas cosas que no se pueden medir, que no se pueden cuantificar.

Quizá.

Bicho tendría que desaparecer. No fuera a ser que lo descuartizara un hatajo de abogados, por no hablar ya de los financieros. Y ésa sería una experiencia muy desagradable. Pero antes tenía que advertir a Tehol.

El dios ancestral echó un vistazo por su oficina con algo parecido a un pesar afectuoso, casi con nostalgia. Había sido divertido, después de todo. Esa partida. Como la mayor parte de las partidas. Se preguntó por qué Tehol se había parado en seco la primera vez. Pero no, quizá no era tan desconcertante. Cuando uno se encuentra cara a cara con una verdad brutal (cualquier verdad brutal) era comprensible dar marcha atrás.

Como dijo Sleem, ¿qué valor tiene la desesperación?

Pero hay desesperación de sobra en el valor, una vez que se revela la ilusión. Sí, estoy muy cansado.

Bicho salió de su oficina, a la que jamás regresaría.

—¿Cómo pueden quedar solo cuatro gallinas? Sí, Ublala Pung, te estoy mirando a ti.

—Por el amor del Errante —suspiró Janath—, deja al pobre hombre en paz. ¿Qué esperabas, Tehol? Son gallinas que ya no ponen huevos, lo que las hace tan escuálidas, secas e inútiles como la manada de maduros eruditos de mi antigua escuela. Lo que hizo Ublala fue un acto de profunda valentía.

—¿Comerse mis gallinas? ¿Crudas?

—Al menos las desplumó.

—¿Estaban muertas para ese entonces?

—No discutamos detalles concretos, Tehol. A todo el mundo se le permite un error.

—Mis pobres mascotas —gimió Tehol mientras miraba la gruesa almohada que ocupaba un extremo de la estera de juncos que servía de cama al mestizo tartheno.

—No eran mascotas.

Tehol clavó los ojos entrecerrados en su antigua tutora.

—Creo recordar haberte oído dar la tabarra sobre los terrores del pragmatismo a lo largo de la historia. Y sin embargo, ¿qué te oigo decir ahora, Janath? «No eran mascotas». Una aserción pronunciada con el tono más pragmático posible. Como si solo con las palabras ya pudieras purificar lo que debió de ser un incidente de brutal asesinato de unas aves.

—Ublala Pung tiene más estómagos que tú y yo juntos. Hay que llenarlos, Tehol.

—¿Sí? —Tehol se puso las manos en las caderas, en realidad para asegurarse de que el imperdible estaba sujetando bien la manta al recordar, con otra punzada, su más que pública exhibición una semana antes—. ¿Sí? —preguntó de nuevo y, acto seguido, añadió—: ¿Y qué problema había, para ser precisos y pragmáticos, con mi famosa sopa de grava?

—Que era arenosa.

—Una insinuación de sabores sutiles que solo se pueden cultivar tras recoger con diligencia raspaduras del suelo, sobre todo de un suelo sobre el que se pavoneaban gallinas hambrientas.

La mujer alzó la vista y se lo quedó mirando.

—No estarás hablando en serio, ¿no? ¿Era de verdad grava del suelo? ¿Este suelo?

—No creo que haya razón para poner una expresión tan sobresaltada, Janath. Por supuesto —soltó con displicencia Tehol, al tiempo que se acercaba a la almohada salpicada de

sangre—, la cocina creativa exige una cierta delicadeza de paladar, una cultura de la apreciación… —Le dio una patada a la almohada y ésta chilló.

Tehol se giró en redondo y miró con furia a Ublala Pung, que estaba sentado con la espalda apoyada en la pared y que agachó la cabeza.

—Estaba guardando una para después —musitó el gigante.

—¿Con plumas o desplumada?

—Bueno, está ahí metida para que no se enfríe.

Tehol miró a Janath y asintió.

—¿Ves? ¿Lo ves, Janath? ¿Lo ves al fin?

—¿Ver qué?

—La letal ladera del pragmatismo, señora. La prueba misma de todos tus argumentos de hace años. La historia de racionalizaciones insensibles de Ublala Pung (si pudieras llamar racional a lo que haya en ese cráneo) que lo lleva (a él y, me atrevo a añadir, a un sinfín de gallinas confiadas) al inevitable y atroz extremo de… ¡de una desnudez abyecta dentro de una almohada!

Janath alzó las cejas.

—Vaya, esa escena de la semana pasada te dejó marcado, ¿eh?

—No seas absurda, Janath.

Ublala había sacado la lengua (un enorme trozo guijarroso de carne) y estaba intentando estudiársela, de pronto bizco por el esfuerzo.

—¿Qué estás haciendo ahora? —preguntó Tehol.

La lengua se retiró y Ublala parpadeó unas cuantas veces para enderezar los ojos.

—Me corté con un pico —dijo.

—¿Te comiste los picos?

—Es más fácil empezar por la cabeza. No se mueven tanto si no tienen cabeza.

—¿En serio?

Ublala Pung asintió.

—¿Y supongo que consideras eso compasivo?

—¿Qué?

—Pues claro que no —soltó Tehol—. Es solo pragmático. «Oh, me están comiendo. Pero no pasa nada. ¡No tengo cabeza!».

Ublala lo miró con el ceño fruncido.

—Nadie te está comiendo, Tehol. Y todavía tienes la cabeza ahí, la estoy viendo.

—Estaba hablando de las gallinas.

—Pero ellas no hablan letherii.

—No te vas a comer mis cuatro últimas gallinas.

—¿Qué hay de la que está en la almohada, Tehol? ¿Quieres que te la devuelva? Podrían volverle a crecer las plumas, aunque quizá coja un catarro o algo. Puedo devolvértela si quieres.

—Muy generoso por tu parte, Ublala, pero no. Acaba con su desgracia de una vez, pero cuidado con el pico. Entretanto, sin embargo, creo que tienes que empezar a organizarte; después de todo, se supone que tendrías que haberte ido hace días, ¿no?

—No quiero ir a las islas —dijo Ublala arrastrando una uña astillada por la arenilla del suelo—. Envié recado. Con eso ya basta, ¿no? Envié recado.

Tehol se encogió de hombros.

—Si con eso basta, con eso basta. ¿Verdad, Janath? Desde luego, quédate con nosotros, pero tienes que salir a buscar comida. Para todos. Una expedición de caza, y no será fácil, Ublala. Nada fácil. Ya hace días que no sube un barco de abastecimiento por el río, y la gente ha empezado a acumular cosas, como si fuera inminente algún desastre terrible. Así que, como he dicho, Ublala, no será fácil. Y odio

admitirlo, pero hay personas ahí fuera que no creen que puedas conseguirlo.

Ublala Pung levantó de golpe la cabeza, había fuego en sus ojos.

—¿Quién? ¿Quién?

Las cuatro gallinas dejaron de rascar el suelo y ladearon las cabezas al unísono.

—Prefiero no decirlo —dijo Tehol—. En cualquier caso, necesitamos comida.

El tartheno se había puesto en pie, la cabeza hizo crujir el techo antes de adoptar su habitual postura encorvada cuando estaba en una habitación. El yeso le roció el pelo y bajó flotando para posarse en el suelo. Las gallinas se abalanzaron y se arremolinaron a sus pies.

—Si fracasas —dijo Tehol—, tendremos que empezar a comer, eh, yeso.

—La cal es venenosa —dijo Janath.

—¿Y el guano de gallina no? ¿Te oí quejarte mientras engullías mi sopa con ruidosos sorbidos?

—Te estabas tapando los oídos con las manos, Tehol, y yo no estaba engullendo nada, lo estaba vomitando.

—Puedo hacerlo —dijo Ublala al tiempo que apretaba los puños—. Puedo conseguir comida. Ya lo verás. —Y con eso se abrió camino por la puerta, salió al estrecho callejón y se fue.

—¿Cómo lo has hecho, Tehol?

—No voy a llevarme el mérito. Es como lo maneja Shurq Elalle. Ublala Pung está ansioso por demostrar lo que puede hacer.

—Quieres decir que te aprovechas de su falta de autoestima.

—Bueno, eso sí que es una hipocresía viniendo de una tutora, ¿no crees?

—Ooh, las antiguas heridas todavía escuecen, ¿eh?

—Qué más dan las antiguas heridas, Janath. Tienes que irte.

—¿Qué? ¿Hay rumores de que soy incapaz de algo?

—No, hablo en serio. Cualquier día de éstos va a haber problemas. Aquí.

—¿Y dónde se supone que debo ir?

—Debes ponerte en contacto con los amigos eruditos que te queden, busca uno en el que puedas confiar…

—Tehol Beddict, en serio. No tengo amigos entre mis compañeros eruditos, y desde luego ninguno en el que pueda confiar. Es obvio que no sabes nada de mi profesión. Trituramos picos entre los dientes sin pensarlo siquiera. En cualquier caso, ¿de qué tipo de problemas estás hablando? ¿Ese sabotaje económico que te traes entre manos?

—Bicho debería aprender de una vez a mantener la boca cerrada.

La antigua tutora lo estaba estudiando de una forma muy incómoda.

—Sabes, Tehol Beddict, nunca imaginé que pudieras ser un agente del mal.

Tehol se alisó el cabello e hinchó el pecho.

—Impresionante, pero no me convence. ¿Por qué estás haciendo todo esto? ¿Hay alguna herida del pasado que aplaste a todas las demás? ¿Alguna terrible necesidad de venganza para dar respuesta a algún horrendo trauma de juventud? No, siento auténtica curiosidad.

—Fue todo idea de Bicho, por supuesto.

Janath sacudió la cabeza.

—Prueba otra vez.

—Hay muchos tipos de mal, Janath.

—Sí, pero el tuyo quiere ver sangre derramada. Mucha sangre.

—¿Hay alguna diferencia entre la sangre derramada y la sangre exprimida poco a poco, de una forma dolorosa, a lo

largo de toda una vida acortada y repleta de tensión, miseria, angustia y desesperación, todo en nombre de un dios amorfo al que nadie se atreve a llamar sagrado?, ¿incluso cuando hincan la rodilla y repiten la letanía de la obligación sagrada?

—Oh, vaya —dijo la estudiosa—. Bueno, es una pregunta interesante. ¿Hay alguna diferencia? Quizá no, quizá solo es una cuestión de grado. Pero no creo que eso te ponga a ti por encima de los demás a nivel moral, ¿verdad?

—Jamás he pretendido estar por encima de los demás a nivel moral —dijo Tehol—, cosa que ya me distingue de mi enemigo.

—Sí, eso ya lo veo. Y por supuesto estás listo para destruir a ese enemigo con sus propias armas, usando su propia escritura sagrada; usándola, en pocas palabras, para matarlo. Tú estás justo en el extremo de la pendiente a la que se encarama tu enemigo. O debería decir «se aferra». Bueno, que seas diabólico no es ninguna sorpresa, Tehol. Vi ese rasgo en ti hace mucho tiempo. Con todo, ¿esta sed de sangre? Sigo sin verla.

—Es probable que esté relacionado con tus lecciones sobre el pragmatismo.

—¡Ah, no, no te atrevas a señalarme a mí con el dedo! El verdadero pragmatismo, en este caso, te guiaría hasta una inmensa riqueza y la recompensa de la indolencia, a la explotación más absoluta del sistema. El parásito perfecto, y que se fastidien todos esos seres inferiores, los indigentes y los estúpidos, los fracasos desechados que acampan en cada callejón. Tú desde luego posees el talento y genio necesarios y, de hecho, si fueras ahora mismo el ciudadano más acaudalado de este imperio y vivieras en alguna enorme hacienda rodeado de un ejército de guardaespaldas y con cincuenta concubinas en tus caballerizas, no me sorprendería en absoluto.

—No te sorprendería —dijo Tehol—, pero ¿quizá te decepcionaría, no obstante?

La mujer frunció los labios y apartó la mirada.

—Ése es otro tema, Tehol Beddict. Un tema que no vamos a debatir aquí.

—Si tú lo dices, Janath. En cualquier caso, la verdad es que sí que soy el ciudadano más acaudalado de este imperio. Gracias a Bicho, por supuesto, mi fachada.

—Y sin embargo vives en un cuchitril.

—¿Menosprecias mi morada? ¡Tú, una invitada que nada paga! Eso me ha dolido, Janath.

—No, a ti no te duele.

—Bueno, a las gallinas sí, y puesto que ellas no hablan letherii…

—Ya seas el ciudadano más acaudalado o no, Tehol Beddict, tu objetivo no es la expresión ostentosa de esa riqueza, ni la explotación del poder que te concede. No, tú pretendes provocar el derrumbamiento de la estructura económica fundamental de este imperio. Y yo sigo sin poder desentrañar por qué.

Tehol se encogió de hombros.

—El poder siempre termina destruyéndose a sí mismo, Janath. ¿Quieres rebatir esa afirmación?

—No. ¿Así que me estás diciendo que todo esto es un ejercicio de poder? ¿Un ejercicio que culmina en una lección que nadie podría no reconocer por lo que es? ¿Una metáfora convertida en realidad?

—Pero Janath, cuando decía que el poder se destruye a sí mismo, no hablaba en términos metafóricos. Lo decía de forma literal. Así que, ¿cuántas generaciones de endeudados tienen que sufrir mientras el boato de la civilización se multiplica y se exhibe por todos lados, con una proporción cada vez mayor de esos caprichos materiales fuera de su alcance financiero? Cuántas, antes de que nos paremos de

forma colectiva y digamos: «¡Eh! ¡Ya está bien! ¡No más sufrimiento, por favor! ¡No más hambre, no más guerra, no más desigualdad!». Bueno, por lo que yo veo, nunca hay suficientes generaciones. Nos limitamos a seguir avanzando como podemos, a devorar todo lo que queda a nuestro alcance, incluyendo a nuestros congéneres, como si no fuese más que la expresión innegable de una ley natural, que como tal no está sujeta a ningún contexto moral, a ninguna restricción ética, a pesar de la invocación excesiva, ubicua e insincera de esas dos magníficas nociones con las que todo el mundo da la tabarra.

—Demasiado sentimiento en tu disertación, Tehol Beddict. Eso resta puntos.

—¿Te escondes tras un humor seco, Janath?

—Ay. De acuerdo, comienzo a comprender tus motivos. Desencadenarás el caos y la muerte por el bien de todos.

—Si fuera de los que se compadece de sí mismo, quizá ahora gimiera que nadie me lo va a agradecer.

—Así que aceptas la responsabilidad de las consecuencias.

—Alguien tiene que hacerlo.

Janath se quedó callada una docena de latidos y Tehol observó sus ojos (unos ojos preciosos, sin duda), que se fueron abriendo poco a poco.

—Tú eres la metáfora hecha realidad.

Tehol sonrió.

—¿No gusto? ¡Pero eso no tiene sentido! ¿Cómo es posible que yo no guste? ¿Que no resulte admirable incluso? ¡Me he convertido en el epítome de la codicia triunfante, el icono de este gran dios sin nombre! Y si no hago nada con toda mi inmensa riqueza, bueno, me he ganado ese derecho. Según todas las reglas expresadas en la sagrada letanía, ¡me lo he ganado!

—Pero ¿dónde está la virtud en destruir luego toda esa riqueza? ¿En destruir el mismo sistema que utilizaste para crearla?

—Janath, ¿dónde está la virtud en nada de ello? ¿La posesión es una virtud? ¿Es una virtud pasarse la vida trabajando para un sapo rico? ¿Es una virtud tener un empleo leal en una casa de mercaderes? ¿Leal a qué? ¿A quién? Oh, ¿es que han pagado por esa lealtad con cien diques a la semana?, ¿como si fuera cualquier otro artículo de consumo? Claro que, ¿qué versión es más real, la virtud de la codicia egoísta o la virtud de la lealtad a tu jefe? ¿Los mercaderes que están en la cima de sus montones de tesoros no son despiadados y feroces como corresponde a esos privilegios que supuestamente se han ganado? Y si vale para ellos, ¿por qué no vale para el trabajador más humilde de su casa? ¿Dónde está la virtud en tener dos conjuntos de reglas que se contradicen entre sí, y por qué palabras tan elegantes como «moral» y «ético» son las primeras que gimotean aquellos que perdieron de vista su significado en su ascenso a la cima? ¿Desde cuándo la ética y la moralidad se han convertido en armas de sumisión?

Janath había alzado la cabeza y lo estaba mirando con expresión ilegible.

Tehol pensó en alzar las manos al aire para puntuar su arenga, pero en su lugar se encogió de hombros.

—Y, sin embargo, se me rompe el corazón por una gallina desnuda.

—Estoy segura —susurró ella.

—Deberías haberte ido —dijo Tehol.

—¿Qué?

Unas botas pisando con fuerza en el callejón y precipitándose hacia la puerta. La endeble contraventana rota (recién instalada por Bicho en nombre de la modestia

de Janath), astillada. Figuras con armaduras que se abrían paso.

Un lamento bajo de Janath.

Tanal Yathvanar se quedó mirando sin poder creérselo. Sus guardias se abrieron paso a su alrededor hasta que se vio obligado a extender los brazos para impedir que siguieran atestando esa absurda habitación con los pollos que cloqueaban, asustados, y dos ciudadanos con los ojos muy abiertos.

Bueno, ella al menos los tenía muy abiertos. El hombre, que tenía que ser el infame Tehol Beddict, se limitaba a mirar, ridículo en su manta sujeta por un imperdible, mientras Tanal clavaba los ojos en Janath y sonreía.

—Qué inesperado.

—Lo… conozco, ¿verdad?

—¿Puedo ayudarlo? —preguntó Tehol con voz serena.

Confundido por la pregunta de Janath, Tanal tardó un momento en comprender las palabras de Tehol. Después le dedicó una mueca burlona.

—Estoy aquí para arrestar a su criado. El que se llama Bicho.

—Oh, vamos, no cocina tan mal.

—Y resulta que, al parecer, me he tropezado con otro delito en pleno proceso.

Tehol suspiró y se agachó para coger una almohada. Metió la mano dentro y sacó un pollo vivo. Casi desplumado, solo quedaban algunas plumas aquí y allá. La criatura intentó agitar una alas fofas y rosadas, la cabeza meneándose de acá para allá sobre un pescuezo flaco. Tehol le tendió el pollo al otro.

—Aquí tiene. La verdad es que tampoco esperábamos recibir el rescate.

Detrás de Tanal, un guardia lanzó una carcajada que sofocó a toda prisa.

Tanal frunció el ceño y se recordó que debía averiguar quién había hecho ese ruido. Un expediente y una semana de turnos disciplinarios servirían de advertencia, esa falta de profesionalidad salía cara en presencia de Yathvanar.

—Quedan los dos arrestados. Janath, por haber escapado de la custodia de los patriotas. Y Tehol Beddict, por albergar a dicha fugitiva.

—Ah, bueno —dijo Tehol—, si quiere comprobar los Informes de la Abogacía del mes pasado, señor, se encontrará con que se concedió un perdón oficial a Janath Anar *in absentia*. El tipo de perdón que siempre emiten ustedes cuando alguien ha desaparecido sin dejar rastro y, por lo general, de forma permanente. Así que aquí la erudita ha sido totalmente perdonada, lo que a su vez significa que yo no albergo a ninguna fugitiva. En cuanto a Bicho, bueno, cuando encuentre su rastro, dígale que está despedido. No pienso tolerar delincuentes en mi casa. Y hablando de lo cual, ya puede irse, señor.

Ah, no, ésta no se me escapará una segunda vez.

—Si tal perdón existe —le dijo Tanal a Tehol Beddict—, entonces por supuesto que se les liberará a los dos, con las debidas disculpas. De momento, sin embargo, están bajo mi custodia. —Señaló a uno de sus guardias—. Espóselos.

—Sí, señor.

Bicho giró la esquina que llevaba a la estrecha callejuela y se la encontró bloqueada por un novillo al que acababan de matar, las patas estiradas, la lengua blanca colgando mientras Ublala Pung (un brazo envolviendo el cuello roto de la bestia) gruñía y tiraba, la cara roja y las venas de las sienes violáceas y sobresaliendo. El extraño latido múltiple

de sus corazones palpitaba de forma visible a ambos lados del grueso cuello del tartheno, que se empeñaba en arrastrar el novillo hacia la puerta de Tehol.

Se le iluminaron los ojitos al ver a Bicho.

—Ah, bien. Ayuda.

—¿De dónde has sacado eso? Da igual. Jamás cabrá por la puerta, Ublala. Tendrás que descuartizarlo aquí fuera.

—Oh. —El gigante agitó una mano—. Siempre se me olvida algo.

—Ublala, ¿Tehol está en casa?

—No. No hay nadie.

—¿Ni siquiera Janath?

El tartheno negó con la cabeza mientras miraba al novillo, que seguía atravesado en la callejuela.

—Tendré que arrancarle las patas —dijo—. Oh, las gallinas están en casa, Bicho.

Éste se había ido poniendo cada vez más nervioso con cada paso que lo había ido acercando a la casa de todos, y ya empezaba a entender por qué. Pero debería haber sentido más que simples nervios. *Debería haberlo sabido. Mi mente… he estado distraído. Devotos lejanos, algo más cercano*…

Bicho trepó por encima del animal muerto, se abrió paso junto a Ublala Pung, cosa que, dado el sudor que bañaba al hombretón, no supuso casi ningún esfuerzo, y se apresuró hacia la puerta.

La contraventana estaba rota, arrancada de los endebles goznes. Dentro, cuatro gallinas marchaban por el suelo como soldados sin rumbo fijo. La almohada de Ublala Pung estaba intentando hacer lo mismo.

Mierda. Los tienen.

Se montaría una escena en el cuartel general de los patriotas. Imposible evitarla. Destrucción total, la rabia de un dios ancestral desatada, oh, todavía era muy pronto. Se

alzarían demasiadas cabezas, los ojos entrecerrados, el hambre estallando como jugos bajo la lengua. *Tú quédate donde estás. Quédate donde estás, Icarium. Robavida. No eches mano de tu espada. No arrugues la frente. Que no haya ceños de rabia que estropeen tu rostro inhumano. ¡Quédate, Icarium!*

Entró en la habitación y encontró un saco grande.

Ublala Pung llenó la puerta.

—¿Qué está pasando?

El dios empezó a meter lo poco que poseían en el saco.

—¿Bicho?

Cogió de golpe una gallina y la metió, y después otra.

—¿Bicho?

La almohada ambulante fue lo último. Le hizo un nudo al saco, se dio la vuelta y se lo entregó a Ublala Pung.

—Busca otro sitio para esconderte —dijo Bicho—. Toma, es todo tuyo.

—¿Pero qué pasa con la vaca?

—Es un novillo.

—Lo intenté, pero está atascado.

—Ublala… de acuerdo, quédate aquí, pero estás solo. ¿Comprendido?

—¿Adónde vas tú? ¿Dónde está todo el mundo?

Si Bicho se lo hubiera contado entonces, en términos claros que Ublala Pung pudiera comprender, todo podría haber resultado de forma diferente. El dios ancestral volvería la vista a ese único momento, por encima de todos los demás, durante la prolongada época de retrospección que siguió. *Si hubiera dicho la verdad*…

—Se han ido, amigo, no volveremos ninguno. No en mucho tiempo. Quizá nunca. Cuídate, Ublala Pung, y cuidado con tu nuevo dios, es mucho más de lo que parece.

Y con eso Bicho ya estaba fuera, trepando por encima del cadáver una vez más y en la boca del callejón. Donde se

detuvo.

Lo estarían buscando. En las calles. ¿Quería una lucha constante? No, solo un único golpe, una escena de poder desvelado que mandara partes de cuerpos de los patriotas volando por los aires. Limpio y rápido. *Antes de que despierte a toda la puñetera colección de fieras*.

No, ahora necesito moverme sin que me vean.

Y rápido.

El dios ancestral hizo cobrar vida a cierto poder, poder suficiente para tironear de su ser material y desmontarlo. Dejó de ser corpóreo, se deslizó a través de los sucios adoquines de la calle y se coló en las venas de agua filtrada que entreveraban la ciudad entera.

Sí, mucho más rápido por allí, el movimiento veloz como el pensamiento…

Hizo saltar la trampa antes de ser consciente siquiera de que lo habían apartado de su curso, arrastrado como una limadura de hierro hacia un imán. Algo tiró de él con fuerza, y luego, como si estuviera en un remolino, fue bajando hasta un bloque de piedra enterrado en la oscuridad. Una piedra de poder… el propio poder de Mael, *¡un puñetero altar!*

Un altar que lo reclamaba con impaciencia, que lo encadenaba como todos los altares intentaban hacer con sus dioses elegidos. No era inteligencia o malicia, por supuesto, solo una cierta propensión a la estructura. El sabor de la sangre antigua se fundía partícula a partícula en el enrejado cristalino de la piedra.

Mael se resistió, dejó escapar un rugido que hizo estremecer los cimientos de Letheras e intentó reafirmar su forma física, concentrar su fuerza…

Y entonces saltó la trampa, por esa misma acción de recuperar su cuerpo. El altar, enterrado bajo escombros, los escombros moliendo y cambiando de posición, un millar de

ajustes diminutos que atrapaban a Mael… no podía moverse, ya ni siquiera podía gritar.

¡Errante! ¡Malnacido!

¿Por qué?

¿Por qué me has hecho esto?

Pero el Errante jamás había mostrado mucho interés en recrearse en sus triunfos. No estaba en la vecindad, e incluso si lo hubiera estado, no habría respondido.

Se había eliminado un jugador de la partida.

Pero la partida continuaba.

En el salón del trono del Domicilio Eterno, Rhulad Sengar, emperador de las Mil Muertes, se encontraba solo, la espada en una mano. Bajo la luz vacilante de las antorchas, tenía los ojos fijos en la nada.

En su mente había otro salón del trono y en ese lugar no estaba solo. Sus hermanos se encontraban ante él, y tras ellos, su padre, Tomad, y su madre, Uruth. En las sombras, junto a las paredes, se encontraban Udinaas, Nisall y la mujer que Rhulad no quería nombrar y que en otro tiempo había sido la esposa de Temor. Y cerca de las puertas cerradas con llave, una figura más, demasiado perdida en la penumbra para poder distinguirla. Demasiado perdida, con mucho.

Binadas inclinó la cabeza.

—He fracasado, emperador —dijo—. He fracasado, hermano mío. —Señaló hacia abajo y Rhulad vio la lanza que traspasaba el pecho de Binadas—. Un toblakai, fantasma de nuestras antiguas guerras tras la caída de los kechra. Nuestras guerras en los mares. Regresó para asesinarme. Es Karsa Orlong, un teblor, un tartheno toblakai, un tartheno, un fenn; oh, ahora tienen muchos nombres, sí. Me han asesinado, hermano, pero no morí por ti. —Binadas

alzó la vista y sonrió con la sonrisa de un muerto—. Karsa te espera. Está esperando.

Temor se adelantó un solo paso y se inclinó. Al erguirse clavó la mirada pesada en Rhulad, que gimoteó y se encogió en su trono.

—Emperador. Hermano. No eres el niño que yo crié. No eres ningún niño que yo haya criado. Nos traicionaste en la Aguja de Hielo. Me traicionaste cuando me robaste a mi desposada, a mi amor, cuando la dejaste encinta, cuando la sometiste a tal desesperación que se quitó la vida. —Mientras hablaba, su esposa muerta fue a reunirse con él y se cogieron de las manos. Temor dijo—: Ahora estoy con padre Sombra, hermano, y te estoy esperando.

Rhulad lanzó un grito, un sonido lastimero que resonó en la cámara vacía.

Trull, el cráneo pálido donde una vez estuvo su pelo, los ojos convertidos en los ojos de los pelados, vacíos, invisibles para todos, ojos en los que no podía mirarse ningún otro tiste edur. Ojos de soledad. Alzó la lanza que llevaba en las manos y Rhulad vio el brillo carmesí en ese mango, en la amplia hoja de hierro.

—Me puse al frente de legiones en tu nombre, hermano, y ahora están todos muertos. Todos muertos.

»Regresé a ti, hermano, cuando Temor y Binadas no podían. Para rogar por tu alma, tu alma de antes, Rhulad, por el niño, el hermano que habías sido. —Bajó la lanza y se apoyó en ella—. Me ahogaste, me encadenaste a la piedra, mientras el Rhulad que yo buscaba se ocultaba en la oscuridad de tu mente. Pero ya no se ocultará más.

La figura vaga salió de la oscuridad de las puertas y se adelantó, y el Rhulad del trono se vio a sí mismo. Un joven sin armas, sin haberse iniciado en la sangre, la piel libre de monedas, la piel lisa y limpia.

—Nos alzamos en el río de la sangre Sengar —dijo Trull—. Y te esperamos.

—¡Parad! —chilló Rhulad—. ¡Parad!

—La verdad —dijo Udinaas mientras se acercaba más— es implacable, amo. ¿Amigo? —El esclavo se echó a reír—. Nunca fuiste mi amigo, Rhulad. Sostenías mi vida en la mano, en cualquier mano, la vacía o la que llevaba la espada, eso da igual. Mi vida era tuya y tú pensaste que te había abierto mi corazón. Que el Errante me lleve, ¿por qué habría de hacer eso? Mírame a la cara, Rhulad. Es la cara de un esclavo. No más memorable que una máscara de arcilla. ¿Esta carne sobre los huesos? Hace funcionar miembros que no son más que herramientas. Metí las manos en el mar, Rhulad, hasta que desapareció toda sensación. Toda vida se fue. Se alejó de lo que habían sido unas manos desafiantes. —Udinaas sonrió—. Y ahora, Rhulad, ¿quién es el esclavo?

»Me encuentro en el extremo de las cadenas. No queda más que uno. Un juego de grilletes. Mira, ¿lo ves? Me encuentro aquí, y te espero.

Habló entonces Nisall, que se adelantó desnuda, el movimiento como el de una serpiente a la luz de las velas.

—Te espié, Rhulad. Averigüé cada uno de tus secretos y los tengo ahora conmigo, como simientes en mi útero, y pronto se hinchará mi vientre y surgirán los monstruos, uno tras otro. Engendros de tu semilla, Rhulad Sengar. Abominaciones todas y cada una. ¿Y tú imaginaste que esto era amor? Yo era tu puta. La moneda que dejabas caer en mi mano pagaba mi vida, pero no fue suficiente.

»Me encuentro donde nunca me hallarás. Yo, Rhulad, no te espero.

Por último, en silencio, su padre, su madre.

Recordaba la última vez que los había visto, el día que los había enviado a morar encadenados en el vientre de esa ciudad. Oh, qué inteligente había sido eso, ¿verdad?

Pero momentos antes uno de los guardias del canciller había solicitado audiencia. Un acontecimiento terrible que relatar. La voz del letherii había temblado como una lira con las cuerdas mal ajustadas. Una tragedia. Un error en la rotación entre los carceleros, una semana pasada sin que nadie descendiera hasta sus celdas. Sin comida, pero, por desgracia, con agua más que de sobra.

Una riada creciente, de hecho.

«Mi emperador. Se ahogaron. Las celdas, hundidas hasta el pecho, mi señor. Sus cadenas… no lo bastante largas. No lo bastante largas. El palacio solloza. El palacio clama. El imperio entero, mi señor, agacha la cabeza. El canciller Triban Gnol está desolado, mi señor. Se ha metido en la cama, incapaz de expresar todo su dolor».

Rhulad podía hacer apartar la vista a aquel hombre tembloroso, podía hacerlo apartar la vista, sí, con la mirada vacía de un hombre que ha conocido la muerte una y otra vez, que ha dejado atrás todo sentimiento. Y escuchar esas palabras vacías, esas correctas expresiones de horror y pena.

Y en la mente del emperador podría haber estas palabras: *Yo los envié ahí abajo para que se ahogaran. Sin que se formulara ni una sola apuesta*.

Las aguas crecientes, este palacio que se funde, que se hunde. Este Domicilio Eterno. He ahogado a mi padre. A mi madre.

Podía ver esas celdas, la riada negra, los surcos en las paredes donde habían arañado al llegar al final de esas cadenas. Podía verlo todo.

Así permanecían ante él. En silencio. La carne podrida e hinchada de gases, charcos de cieno extendiéndose alrededor de sus pies blancos, arrugados. Un padre sobre cuyos hombros Rhulad había cabalgado chillando de risa, un niño subido a su dios cuando corría por la playa con un

poder y una fuerza ilimitados, con la promesa de la certeza como un beso suave en la frente de un hijo.

Una madre… no, ya basta. *Yo muero y muero. Más muertes, sí, de las que nadie puede imaginar. Muero y muero, y muero*.

Pero ¿dónde está mi paz?

¿Ves lo que me aguarda? ¡Míralos!

Rhulad Sengar, emperador de las Mil Muertes, estaba sentado solo en su trono, soñando con la paz. Pero ni siquiera la muerte podía ofrecérsela.

En ese momento su hermano, Trull Sengar, se hallaba cerca de Onrack, los cachorros de emlava berreaban en el suelo tras ellos; observaban con asombro a Ben Adaephon Delat, mago supremo del Imperio de Malaz, que cruzaba caminando el río poco profundo. Sin hacer caso del frío glacial de ese arroyo que amenazaba con dejar entumecida su carne, sus huesos, hasta las sensaciones de su mente, nada podía disuadirlo.

Al ver a la figura solitaria que había aparecido entre los matorrales del otro lado, Ben el Rápido se había detenido. Y, tras un rato, había sonreído y por lo bajo había dicho algo parecido a: «¿Dónde si no aquí? ¿Quién si no él?».

Y luego, con una carcajada, el mago supremo había echado a andar.

Para encontrarse con un viejo amigo que también se metía sin vacilación alguna en ese ancho río.

Otro malazano.

Junto a Trull, Onrack le posó una mano en el hombro.

—Tú, amigo mío —le dijo—, lloras con demasiada facilidad.

—Lo sé —suspiró Trull—. Es porque, bueno, es porque yo sueño con eso. Para mí. Mis hermanos, mi familia. Mi pueblo.

Los dones de la paz, Onrack, eso es lo que acaba conmigo una y otra vez.

—Creo —dijo Onrack— que eludes una verdad más profunda.

—¿Eso hago?

—Sí. Hay otra persona, ¿no es cierto? No es un hermano, ni un pariente, ni siquiera es tiste edur. Alguien que ofrece otro tipo de paz, para ti, una paz nueva. Y eso es lo que anhelas y cuyo eco ves incluso en la reunión de dos amigos como la que presenciamos aquí.

»Sollozas cuando hablo de mi antiguo amor.

»Sollozas por eso, Trull Sengar, porque tu amor no ha hallado respuesta, y no hay mayor angustia que ésa.

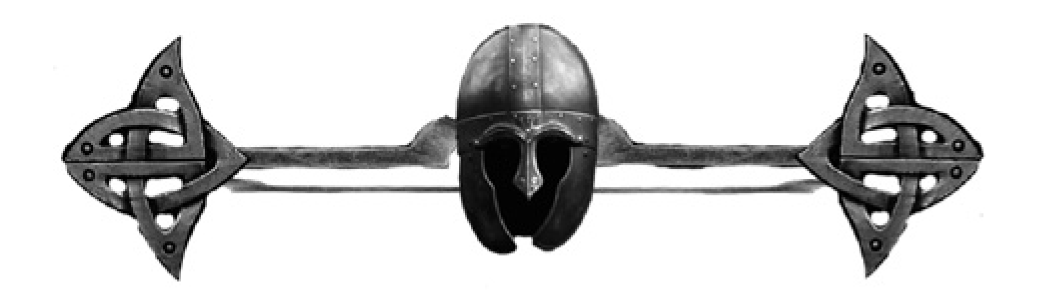
—Por favor, amigo, basta. Mira. Me pregunto qué se están diciendo.

—La corriente del río se lleva sus palabras, como nos lleva a todos. —La mano de Onrack apretó más el hombro de Trull—. Ahora, amigo mío, háblame de ella.

Trull Sengar se secó los ojos y sonrió.

—Había, sí, una mujer muy hermosa…

Libro cuarto



La tempestad del Segador

Fui en busca de la muerte
en las hundidas ruinas
de la nave del templo de alguien.
Fui en busca entre flores,
asintiendo a las palabras del viento,
de afligidos relatos de guerra.
Fui entre los canales de sangre,
tras las tiendas de las mujeres,
todos los niños que nunca fueron.

Y en la tormenta de hielo y olas,
fui en busca de los ahogados
entre conchas espinosas y romos gusanos,
donde los granos se arremolinaban,
todos y cada uno clamando
su nombre, su vida, su pérdida.
Fui a los actuales caminos
que me llevaron a ningún lugar conocido.

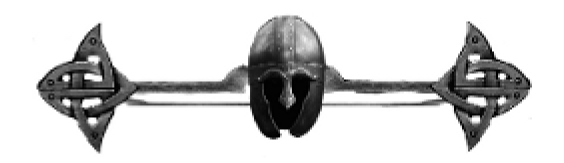
Y en las quietas brumas, muy lejos,

donde la luz misma se arrastraba incierta,
fui en busca de sabios espíritus,
gimiendo sus verdades en oscura marga.
Pero el musgo guardaba silencio, demasiado húmedo
para recordar mi búsqueda,
encontrando al fin donde los segadores siembran,
cortando tallos para llevarse la estación.
Fracasé en mi orgullosa búsqueda.

Ante una segadora hoja de pedernal.
Y postrado, perdido para el verano,
desnudo como su cálido caparazón
de juvenil promesa, fui enviado lejos,
al cielo del relicario del otoño,
hasta que los huesos de la noche
eran clavos resplandeciendo bajo el frío
olvido, y oscuridad abajo,
la muerte vino a encontrarme.

Antes de Q'uson Tapi
—Toc Anaster

19



La gran conspiración de los reinos de Saphinand, Bolkando, Ak'ryn y D'rhasilhani que culminó en la terrible guerra de las Tierras Orientales fue, en numerosos aspectos, de una profunda ironía. Para empezar, no había habido ninguna conspiración. Esa tensa amenaza política era, de hecho, una falsedad, creada y fomentada por poderosos intereses económicos de Lether; y algo más, ha de decirse, que simple economía. La amenaza de un enemigo temido permitía la imposición de restricciones entre la población del imperio que resultaban de utilidad para los agentes de la élite; y sin duda los habría enriquecido si no hubiera sido por el derrumbamiento financiero coincidente que ocurrió en éste, el más inoportuno de los momentos de la historia letherii. En cualquier caso, los reinos y naciones fronterizas del este no podían más que percibir la amenaza inminente, sobre todo con la campaña continua que se estaba desarrollando contra los leznas en las llanuras del norte. Así pues se creó una gran alianza, y con los ya mencionados incentivos extranjeros, la guerra estalló en toda la frontera oriental.

En combinación, de forma no del todo accidental, con la invasión punitiva que había comenzado en la costa noroeste, no cabe duda de que el emperador Rhulad Sengar comenzó a sentirse asediado por todas partes…

Las cenizas de la ascensión,
Historia de Lether, vol. IV
—Calasp Hivanar

No había sido diferente de cualquier otra niña con sus sueños infantiles de amor. Alto y orgulloso, un héroe que se metiera en su vida, la cogiera entre sus brazos y alejara todos sus miedos como sedimentos que se precipitaran por un arroyo para desvanecerse en algún océano lejano. La bendición de la claridad y la sencillez, ah, eso, sí, ése había sido el sueño que siempre había albergado.

Aunque Seren Pedac podía recordar a esa niña, podía recordar la angustia retorcida que tenía en el estómago cuando ansiaba la salvación, una angustia deliciosa en toda su posible destrucción, no se dejaba llevar por la nostalgia. Un niño tenía derecho a esas visiones falsas del mundo, no era algo que debiera molestar, pero tampoco eran dignas de un anhelo adulto.

En Casco Beddict, después de todo, la joven Seren Pedac había creído, durante un tiempo (mucho tiempo, de hecho, antes de que su absurdo sueño al fin se fuera marchitando), que había hallado a su héroe maravilloso, un hechizo majestuoso que ella había conjurado y cuya mirada era una bendición para su corazón femenino. Y Seren había aprendido que la pureza era veneno, es decir, la pureza de su fe en la existencia de ese tipo de héroes. Para ella. Para cualquiera.

Casco Beddict había muerto en Letheras. O, más bien, su cuerpo había muerto allí. El resto había muerto en brazos de Seren años antes. En cierto sentido, ella lo había utilizado y quizá no solo utilizado, sino violado. Había devorado la fe de aquel hombre, le había robado su visión de sí mismo, de su lugar en el mundo, de todo el significado que él, como cualquier otro hombre, buscaba para su vida. Ella había encontrado a su héroe y después, de modos sutiles y crueles, lo había destruido bajo el asedio de la realidad. Realidad tal y como ella la había visto, como todavía la veía. Ése había sido el veneno de su interior, la batalla entre el

sueño infantil y el cinismo corrupto que se filtraba en la edad adulta. Y Casco había sido a la vez su arma y su víctima.

Y a ella, a su vez, la habían violado. Borracha en una ciudad portuaria que se desgarraba con la entrada de los ejércitos tiste edur a sangre y fuego, entre humo, llamas y cenizas. Su carne convertida en arma, su alma convertida en víctima. No podía suscitar la sorpresa, ni un asombro profundo, su posterior intento de suicidio. Salvo entre aquellos que no podían entender, que nunca entenderían.

Seren mataba lo que amaba. Se lo había hecho a Casco, y si llegaba alguna vez el día en que esa flor letal se volvía a abrir en su corazón, mataría otra vez. No se podían borrar los temores. Los temores regresaban en mareas que todo lo inundaban y la arrastraban a la oscuridad. *Soy veneno*.

No os acerquéis. Ninguno, no os acerquéis.

Se sentó, el mango de la lanza imass cruzado en sus rodillas, pero era el peso de la espada que llevaba sujeta a la cadera izquierda lo que amenazaba con derribarla, como si esa hoja no fuera un trozo amartillado de hierro, sino eslabones de una cadena. *No quiso decir nada con esto. No querías decir nada, Trull. Lo sé. Además, como Casco, estás muerto. Tuviste la compasión de no morir en mis brazos. Da las gracias por ello*.

Nostalgia o no, la niña que todavía moraba en su interior iba avanzando en tímidos incrementos. Era seguro, verdad, tomar sus manitas sin cicatrices y mostrarle, en una exhibición privada, secreta, ese viejo sueño que volvía a brillar. Era seguro porque Trull estaba muerto. No se hacía daño a nadie.

Soltar el nudo que tenía en lo más hondo del estómago, no, más abajo. Después de todo, ya era una mujer adulta. Soltarlo, sí, ¿por qué no? Para alguien que es veneno, hay placer en la angustia. En el anhelo salvaje. En las

exploraciones absurdas de la rendición encantada, en la subyugación, bueno, subyugación que era en realidad dominación. *No tiene sentido ponernos tímidos ahora. Me rindo para exigir. Cedo para mandar. Invito a la violación porque la violadora soy yo y este cuerpo es mi arma y tú, mi amor, eres mi víctima*.

Porque los héroes mueren. Como dice Udinaas, es su destino.

La voz que era Mockra, que era la senda de la Mente, no le había hablado desde aquella primera vez, como si, de algún modo, no hubiera nada más que decir. La disciplina del control era ella quien la tenía que lograr, los señuelos de la dominación era ella quien los tenía que resistir. Y estaba logrando ambas cosas. Apenas.

En eso los ecos del pasado servían para distraerla, para arrullarla y sumirla en momentos de anhelo sensual por un hombre ya muerto, un amor que nunca podría ser. En eso, incluso el pasado podía convertirse en un arma que ella empuñaba para repeler el presente y, desde luego, el futuro. Pero también en eso había peligros. Recordar el instante en el que Trull Sengar había sacado la espada y la había puesto en sus manos. *Deseaba que estuviera a salvo. Eso es todo. ¿Me atrevo a crear algo más? ¿Incluso a dejar caer miel en el deseo?*

Seren Pedac alzó la vista. La infortunada reunión (sus compañeros) no estaba reunida ni era sociable. Udinaas había bajado hasta el arroyo y levantaba rocas en busca de cangrejos (cualquier cosa para añadir algo de variedad a sus comidas), el agua helada le había puesto las manos primero rojas y después azules, y a él parecía que no le importaba. Tetera estaba sentada cerca de un peñasco, encorvada para repeler el viento cortante que subía disparado por el valle. En los últimos días se había sumido en un silencio poco propio de ella y no miraba a nadie a los ojos. Silchas Ruina

se encontraba a treinta pasos de distancia, al borde de un saliente de roca veteada, y parecía estar estudiando el cielo blanco, un cielo del mismo tono que su piel. «El mundo es su espejo», había dicho Udinaas poco antes con una carcajada áspera, antes de bajar hasta el arroyo. Clip se había sentado en una roca plana más o menos a medio camino entre Silchas Ruina y todos los demás. Había extendido su surtido de armas para otro intenso examen más, como si la obsesión fuera una virtud. La mirada de Seren Pedac los encontró a todos de pasada, antes de que sus ojos se posaran en Temor Sengar.

El hermano del hombre al que amaba. Ah, ¿es que era fácil de decir? Fácil, quizá, en su falsedad. O en su sencilla verdad. Temor creía que el regalo de Trull era más de lo que parecía, que ni siquiera Trull había sido consciente del todo de sus propios motivos. Que el guerrero edur de rostro triste había hallado en ella, Seren Pedac, corifeo, letherii, algo que no había encontrado antes en nadie. Ni en una de la infinidad de hermosas mujeres tiste edur que debía de haber conocido. Mujeres jóvenes, sus rostros sin marcar por años de climas duros y una pena más dura todavía. Mujeres que no eran desconocidas. Mujeres con visiones del amor todavía puras.

Ese reino en el que se encontraban, ¿era de verdad el de la Oscuridad? ¿Kurald Galain? ¿Entonces por qué el cielo era blanco? ¿Por qué podía ver con una claridad casi dolorosa cada detalle y a tal distancia que le daba vueltas la cabeza? La puerta misma había sido profunda, impenetrable, ella había tropezado a ciegas, maldiciendo el suelo irregular, pedregoso, que pisaba; veinte, treinta zancadas y se había hecho la luz. Un paisaje salpicado de rocas, aquí y allá un árbol muerto que se alzaba encorvado hacia el cielo de madreperla.

En lo que pasaba por atardecer en ese lugar, el cielo se arrogaba un matiz extraño, rosado, antes de profundizarse con capas de violeta y azul y, al fin, negro. Así pues, un paso normal del día y la noche. En algún lugar tras ese manto de blanco había, entonces, un sol.

¿Un sol en el reino de Oscuridad? Seren no lo entendía.

Temor Sengar había estado estudiando la figura distante de Silchas Ruina. En ese momento se giró y se acercó a la corifeo.

—Ya no falta mucho —dijo.

Ella frunció el ceño y lo miró.

—¿Para qué?

Temor se encogió de hombros y clavó los ojos en la lanza imass.

—Trull habría sabido apreciar esa arma, creo. Más de lo que tú apreciaste su espada.

La rabia se disparó en el interior de Seren.

—Me lo dijo, Temor. Me dio su espada, no su corazón.

—Estaba distraído. En su mente solo cabía su regreso con Rhulad, lo que sería su última audiencia con su hermano. No podía permitirse pensar en… otras cosas. Sin embargo, esas otras cosas reclamaron sus manos y se hizo el gesto. En ese ritual habló el alma de mi hermano.

La corifeo apartó los ojos.

—Ya no importa, Temor.

—Me importa a mí. —Su tono era duro, amargo—. Me da igual lo que te parezca a ti, lo que ahora te digas a ti misma para evitar sentir nada. Una vez, un hermano mío exigió a la mujer que yo amaba. No se lo impedí y ahora ella está muerta. Allá donde miro, corifeo, veo su sangre corriendo en ríos. Al final me ahogará, pero eso no importa. Mientras yo viva, mientras pueda mantener la locura a raya, Seren Pedac, te protegeré y te defenderé, pues un hermano mío puso su espada en tus manos.

Se alejó entonces, pero ella siguió sin poder mirarlo. *Temor Sengar, idiota. Un idiota como cualquier otro hombre, como todos los demás hombres. ¿De qué van todos esos gestos? ¿Vuestra impaciencia por sacrificaros? ¿Por qué os entregáis a nosotras? No somos recipientes puros. No somos inocentes. No manejaremos vuestras almas como si fueran una joya preciosa y frágil. No, idiota, abusaremos de ella como si fuese la nuestra, o, de hecho, como si valiera incluso menos, si es que eso es posible*.

El crujido de unas piedras y, de repente, Udinaas estaba agachado ante ella. En el cuenco de sus manos, un pececillo de agua dulce. Se retorcía atrapado en un charco diminuto de agua que se iba deshaciendo.

—¿Planeas dividirlo en seis partes, Udinaas?

—No es eso, corifeo. Míralo. Con atención. ¿Lo ves? No tiene ojos. Está ciego.

—¿Y eso es significativo? —Pero lo era, comprendió ella. Alzó la vista, lo miró con el ceño fruncido, y advirtió el brillo perspicaz en su mirada—. No estamos viendo lo que hay de verdad, ¿es eso?

—Oscuridad —dijo él—. La cueva. El útero.

—Pero… ¿cómo? —Seren miró a su alrededor. El paisaje de rocas rotas, los líquenes y musgos pálidos y los árboles muertos. El cielo.

—Don o maldición —dijo Udinaas, y se irguió—. Ella tomó marido, ¿verdad?

Seren lo observó regresar al arroyo y lo vio devolver con suavidad el pececito ciego a la corriente precipitada de agua. Un gesto que Seren no habría esperado de él. *¿Ella? ¿Quién tomó marido?*

—Don o maldición —dijo Udinaas al volver a acercarse a ella—. El debate continúa con furia.

—Madre Oscuridad… y padre Luz.

Él esbozó su sonrisa fría habitual.

—Al fin, Seren Pedac se mueve y sale de su pozo. Me he estado preguntando por esos tres hermanos.

¡Tres hermanos!

El antiguo esclavo continuó como si ella supiera de quién hablaba.

—Engendrados por madre Oscuridad, sí, claro que, de ésos había muchos, ¿no es cierto? ¿Había algo que distinguía a esos tres? Andarist, Anomander, Silchas. ¿Qué nos contó Clip? Ah, ya, nada. Pero vimos los tapices, ¿no? Andarist, como la medianoche misma. Anomander, con el cabello de un blanco deslumbrante. Y aquí, Silchas, nuestra abominación andante sin sangre, más blanco que cualquier cadáver e igual de sociable. ¿Y qué provocó la gran brecha entre hijos y madre? Quizá no fue que se abría de piernas para Luz, un padrastro que ninguno de ellos quería. Quizá todo eso sea mentira, una de esas mentiras dulces y convenientes. Quizá, Seren Pedac, fue que averiguaron quién era su padre.

La corifeo no pudo evitar seguir la mirada de Udinaas hacia donde se encontraba Silchas Ruina. Después lanzó un bufido y se giró.

—¿Importa?

—¿Importa? Ahora mismo no —contestó Udinaas—. Pero importará.

—¿Por qué? Todas las familias tienen sus secretos.

Él se echó a reír.

—Yo tengo mi propia pregunta. Si Silchas Ruina es todo Luz por fuera, ¿qué debe de ser por dentro?

—El mundo es su espejo.

Pero el mundo que ahora contemplamos es mentira.

—Udinaas, yo creía que los tiste edur eran los hijos de madre Oscuridad y padre Luz.

—Generaciones sucesivas, es probable. No conectados de ninguna forma obvia con esos tres hermanos.

—Scabandari.

—Sí, me imagino. Padre Sombra, ¿no? ¡Ah, qué familia era ésa! ¡Y no olvidemos a las hermanas! Menandore, con su fuego rabioso del amanecer, Sheltatha Sabiduría, el atardecer cariñoso, y Sukul Ankhadu, zorra traidora de la noche. ¿Había más? Tenía que haber más, pero se han quedado por el camino. Los mitos prefieren números manejables, después de todo, y el tres siempre es el que mejor funciona. Tres de esto, tres de aquello.

—Pero Scabandari sería el cuarto…

—Andarist está muerto.

Oh. «Andarist está muerto». ¿Y cómo lo sabe él? ¿Quién te habla, Udinaas, en tu fiebre nocturna?

Seren podía averiguarlo, comprendió de repente. Podía colarse como un fantasma. Podía, con la hechicería de Mockra, robar conocimiento. *Podría violar la mente de otra persona, es lo que quiero decir. Sin que se enterara jamás*.

Era necesario, ¿no? Algo terrible iba a ocurrir. Udinaas sabía lo que era. Lo que podría ser, en cualquier caso. Y Temor Sengar, ese guerrero acababa de jurar que la protegería, como si él también sospechara que era inminente un terrible enfrentamiento. *Sigo siendo la única que no sabe nada*.

Podía cambiar eso. Podía utilizar el poder que había encontrado en su interior. No era más que una manera de protegerse a sí misma. Permanecer en la ignorancia era ganarse el sufrimiento de lo que fuera que la aguardaba; sí, si carecía de crueldad, sin duda terminaría mereciendo lo que le acaeciese. Por hacer caso omiso de lo que le ofrecía Mockra, por hacer caso omiso de su regalo.

No era de extrañar que no hubiera dicho nada desde aquella primera conversación. Ella había estado metida en su pozo, revolviendo arena vieja para ver qué semillas podrían cobrar vida, pero no había luz que llegara a ese

pozo, y no había vida entre los granos fríos. Un juego complaciente y nada más.

Tengo derecho a protegerme. A defenderme.

Clip y Silchas Ruina regresaban. Udinaas los estudiaba con la avidez que había mostrado cuando examinaba el pececillo ciego.

Averiguaré tus secretos, esclavo. Serán míos, y quizá, mucho, mucho más.

Udinaas no podía evitar mirar a Silchas Ruina de forma diferente. *Bajo una nueva luz, ja, ja. El hijo agraviado. Uno de ellos, en cualquier caso. Hijos agraviados, hijas, nietos, los hijos de éstos, y así sucesivamente hasta que la raza de Sombra lucha contra la de Oscuridad. Todo por una palabra desconsiderada, un insulto, una mirada equivocada hace cien mil años*.

Claro que, entonces, ¿dónde están los hijos de la Luz?

Bueno, menos mal, quizá, que no andaban por allí. Ya había suficientes problemas en el aire tal y como estaban las cosas, con Silchas Ruina y Clip por un lado y Temor Sengar y (acaso) Scabandari por el otro. *Pero, por supuesto, Temor Sengar no es ninguna espada mortal de Sombra. Aunque es probable que quiera serlo, que incluso crea serlo. Oh, esto va a acabar muy mal, ¿verdad?*

Siguieron caminando en silencio. Cruzando aquel paisaje inhóspito, sin vida. *¡Pero no del todo! Hay… pececillos.*

La búsqueda estaba llegando a su fin. Y menos mal. Nada peor, al menos en lo que a él se refería, que esas antiguas leyendas en las que aventureros nobles y leales se limitaban a continuar un día tras otro, a pasar de un episodio absurdo a otro, cada uno cumpliendo alguna función arcana para al menos uno de aquellos idiotas cándidos, como correspondía al resplandeciente lomo serrado de moralidad que recorría el

relato entero, desde la cabeza a la punta de esa larga y sinuosa cola. *Leyendas que muerden. Sí, todas muerden. Para eso son*.

Pero ésta no, no esta gloriosa búsqueda nuestra. Ningún mensaje atronador clavándose como una estaca de rayos entre los ojos. Ninguna cascada violenta de escenas tensas que ascendían como una puñetera escalera a la torre mágica encaramada a la cima de la montaña, donde todas las verdades se fundían en el simple combate de héroe contra villano.

¡Míranos! ¿Qué héroes? Somos todos villanos, y esa torre ni siquiera existe.

Todavía.

Veo sangre que chorrea entre las piedras. Sangre preparándose. Tanta sangre. ¿Quieres esa torre, Silchas Ruina? ¿Temor Sengar? ¿Clip? ¿Tanto la queréis? Tendréis que hacerla, y la haréis.

Fiebres cada noche. Fuera cual fuera la enfermedad que susurraba en sus venas, prefería la oscuridad de la mente que era el sueño. Las revelaciones llegaban en fragmentos arrancados, trozos que insinuaban alguna verdad mayor, algo inmenso. Pero él desconfiaba de esas revelaciones, eran mentira. *Las mentiras de alguien*. ¿Del Errante? ¿De Menandore? Los dedos que hurgaban en su cerebro eran legión. *Demasiadas contradicciones, cada visión lucha contra la siguiente*.

¿Qué queréis todos de mí?

Fuera lo que fuera, no iba a dárselo. Había sido esclavo, pero ya no lo era.

En ese reino no se había vivido en mucho, mucho tiempo. Al menos en esa región concreta. Los árboles llevaban muertos tanto tiempo que se habían convertido en piedra quebradiza, hasta las ramitas más finas con sus brotes por siempre congelados que aguardaban una estación de vida

que nunca llegaba. Y ese sol allá arriba, en algún lugar tras el velo blanco, bueno, eso también era mentira. De algún modo. *Después de todo, la Oscuridad debería ser oscura, ¿no?*

Pensó buscar ruinas o algo. Prueba de que los tiste andii en otro tiempo habían prosperado allí, pero no había visto ni un solo objeto elaborado por una mano inteligente, guiado por una mente sensible. No había caminos, no había senderos de ningún tipo.

Cuando el sol oculto comenzó a desvanecer su luz, Clip dio el alto. Desde que llegaran a ese lugar no había sacado ni una sola vez la cadena y sus dos anillos, lo único bueno de esa parte de su ambicioso viaje. No había nada que alimentara un fuego, así que los restos secos de la carne ahumada de ciervo no encontraron suculencia en un guiso y no prestaron calor a su poco entusiasta colación.

Lo que quiso hacerse pasar por conversación tampoco fue mucho mejor.

—Clip, ¿por qué hay luz aquí? —dijo Seren Pedac.

—Vamos por un camino —respondió el joven tiste andii—. Kurald Liosan, el regalo de padre Luz hace mucho, mucho tiempo. Como podéis ver, su orgulloso jardín no duró demasiado. —Se encogió de hombros—. Silchas Ruina y yo, bueno, como es natural no lo necesitamos, pero llevaros a todos de la mano… —Su sonrisa era fría.

—Creí que eso era lo que hacíais, de todos modos —dijo Udinaas. La oscuridad se estaba profundizando, pero se dio cuenta de que eso no tenía mucho efecto en su visión, un detalle que se guardó para sí.

—Estaba siendo amable al no exponer lo obvio, letherii. Por desgracia, tú careces de tal tacto.

—¿Tacto? Que follen al tacto, Clip.

La sonrisa se hizo más dura.

—Nadie te necesita, Udinaas. Supongo que lo sabes.

Una mueca tensó la cara de Seren Pedac.

—No tiene sentido…

—No pasa nada, corifeo —dijo Udinaas—. Empezaba a cansarme de tanto disimulo y tanta tontería, en cualquier caso. Clip, ¿adónde lleva este camino? Cuando salgamos de él, ¿dónde nos encontraremos?

—Me sorprende que no lo hayas adivinado.

—Bueno, es que lo he hecho.

Seren Pedac miró a Udinaas y frunció el ceño.

—¿Me lo dirás, entonces?

—No puedo. Es un secreto… y sí, sé lo que he dicho sobre lo de disimular, pero de este modo quizá continúes con vida. Ahora mismo, y con lo que va a pasar, tienes la posibilidad de irte, al fin y al cabo.

—Qué generoso por tu parte —dijo ella con tono cansado, y apartó la mirada.

—Es un simple esclavo —dijo Temor Sengar—. No sabe nada, corifeo. ¿Cómo podría saberlo? Arreglaba redes. Quitaba los juncos mojados del suelo y extendía los nuevos. Quitaba la concha a las ostras.

—Y en la orilla, una noche —dijo Udinaas—, vi un cuervo blanco.

Un silencio repentino.

Al fin, Silchas Ruina lanzó un bufido.

—Eso no significa nada. Salvo, quizá, un presentimiento de mi renacimiento. Así pues, Udinaas, es posible que seas una especie de vidente. O un mentiroso.

—Más bien las dos cosas —dijo Udinaas—. Pero había un cuervo blanco. ¿Atravesaba la oscuridad o el atardecer? No estoy seguro, pero creo que la distinción es, bueno, importante. Quizá merezca la pena hacer el esfuerzo, me refiero a recordar con exactitud. Pero mis días de esforzarme han quedado atrás. —Miró entonces a Silchas Ruina—. Lo averiguaremos muy pronto.

—Esto no tiene sentido —anunció Clip, y se recostó en el suelo duro, las manos entrelazadas tras la cabeza y los ojos puestos en el cielo negro y vacío.

—¿Así que esto es un camino? —preguntó Udinaas, en apariencia a nadie en concreto—. Regalo de padre Luz. Ésa es la parte interesante. Así que la pregunta que me gustaría hacer es la siguiente: ¿viajamos solos?

Clip se incorporó.

Udinaas le sonrió.

—Ah, así que lo has percibido, ¿eh? El vello suave de la nuca está intentando erizársete. Lo has percibido. Olido. Un susurro de aire como de un viento fuerte. Que te provoca extraños escalofríos. Todo eso.

Silchas Ruina se levantó, había cólera en cada una de sus arrugas.

—Menandore —dijo.

—Yo diría que ella tiene más derecho a este camino que nosotros —comentó Udinaas—. Pero Clip, bondadoso como es, nos trajo aquí. Qué nobles intenciones las suyas.

—Nos rastrea —murmuró Silchas Ruina, sus manos buscaron las empuñaduras de sus espadas cantarinas. Después miró con furia al cielo—. Desde el cielo.

—Porque vuestras miserables disputas familiares son lo único por lo que merece la pena vivir, ¿no?

Había alarma en la expresión de Temor Sengar.

—No lo entiendo. ¿Por qué nos sigue Hermana Amanecer? ¿Qué le importa a ella el alma de Scabandari?

—El finnest —dijo Clip por lo bajo. Y, luego, más alto—: El alma de Ojodesangre, edur. Intenta reclamarla para sí. Su poder.

Udinaas suspiró.

—Bueno, Silchas Ruina, ¿qué acto terrible cometiste contra tu hermana encerrada en el sol? O hija, o lo que sea. ¿Por qué va en busca de tu sangre? ¿Qué fue lo que os

hicisteis unos a otros hace todos esos milenios? ¿Es que no podéis daros un beso y hacer las paces? No, ya me imagino que no.

—No hubo ningún crimen —dijo Silchas Ruina—. Somos enemigos en nombre de la ambición, incluso cuando yo no lo quise así. Por desgracia, para vivir tanto como lo hemos hecho, parece que no hay nada más que nos sostenga. Nada salvo la rabia y el hambre.

—Yo sugiero un enorme suicidio mutuo —dijo Udinaas—. Tú y toda tu miserable parentela, y tú, Clip, tú podrías saltar también para apaciguar tu ego o algo. Desvaneceros de los reinos mortales, todos, y dejadnos al resto en paz.

—Udinaas —dijo Clip con tono divertido—, esto no es un reino mortal.

—Bobadas.

—No como tú lo concibes, entonces. Éste es un lugar de fuerzas elementales. Sin trabas, y bajo cada superficie, el potencial de que surja el caos. Éste es el reino de los tiste.

Seren Pedac pareció sobresaltarse.

—¿Solo «tiste»? No andii, edur…

—Corifeo —dijo Silchas Ruina—, los tiste son los primeros hijos. Los primogénitos. Las nuestras fueron las primeras ciudades, las primeras civilizaciones que se alzaron aquí, en reinos como éste. Como ha dicho Clip, elementales.

—Entonces ¿qué hay de los dioses ancestrales? —preguntó Seren Pedac.

Ni Clip ni Silchas Ruina respondieron, y el silencio se alargó, hasta que Udinaas lanzó una carcajada seca.

—Parientes inoportunos. Metidos en armarios. Atranca la puerta, no hagas caso de los golpes y esperemos que sigan su camino. Es el problema de siempre con las historias de la creación. «Nosotros somos los primeros, ¿no es obvio? ¿Esos otros? No les hagáis caso. ¡Impostores, intrusos y cosas peores! ¡Tú míranos! ¡Oscuridad, Luz, y la penumbra

intermedia! ¿Podría ser alguien más puro, más elemental que eso?». La respuesta, por supuesto, es sí. Cojamos un ejemplo, ¿os parece?

—Nada precedió a la Oscuridad —dijo Clip, la irritación agudizó su pronunciamiento.

Udinaas se encogió de hombros.

—Esa parece una afirmación bastante razonable. Claro que, ¿lo es? Después de todo, la Oscuridad no es solo la ausencia de luz, ¿verdad? ¿Puede haber una definición negativa así? Pero quizá Clip no estaba siendo tan displicente como pudiera parecer. «Nada precedió a la oscuridad». Nada, desde luego. Ausencia verdadera, por tanto, de lo que sea. Incluso de Oscuridad. Pero espera, ¿dónde encaja el Caos en eso? ¿Esa nada estaba de verdad vacía o estaba llena de caos? ¿La Oscuridad fue la imposición del orden en el Caos? ¿Fue la única imposición de orden en el caos? Eso suena presuntuoso. Ojalá estuviera aquí Bruja de la Pluma, hay demasiado de las losas que he olvidado. Todo eso del nacimiento de esto y el nacimiento de aquello. Pero el Caos también produjo el Fuego. Tuvo que hacerlo, pues sin Fuego no hay Luz. También se podría decir que sin Luz no hay Oscuridad, y sin ambas no hay Sombra. Pero el Fuego necesita combustible para arder, así que necesitaríamos materia de algún tipo, sólidos, nacidos de la Tierra. Y el Fuego necesita aire, así que…

—Ya estoy harto de escuchar tanta tontería —dijo Silchas Ruina.

El tiste andii se alejó en la noche, que no era noche en absoluto, por lo menos no a los ojos de Udinaas, que se encontró con que podía observar a Silchas Ruina cuando el guerrero avanzó unos cuarenta pasos más y se giró en redondo para mirar el campamento una vez más. *Ah, Cuervo Blanco, te gustaría seguir escuchando, ¿verdad? Pero sin que nadie te vea la cara, sin que nadie te desafíe de frente*.

Lo que yo supongo, Silchas Ruina, es que eres tan ignorante como el resto de nosotros cuando se trata del renacimiento de toda existencia. Que tus nociones son tan pintorescas como las nuestras, e igual de patéticas.

Habló entonces Temor Sengar.

—Udinaas, las mujeres edur sostienen que los kechra vincularon todo lo que existe al tiempo en sí, lo que garantiza la aniquilación de todo. Su gran crimen. Sin embargo, esa muerte (y he pensado mucho en eso), esa muerte no tiene el rostro del caos. Justo al contrario, de hecho.

—El caos persigue —murmuró Clip sin su arrogancia característica—. Es el Devorador. Madre Oscuridad desperdigó su poder, sus ejércitos, e intenta siempre reunirse, hacerse uno de nuevo, pues cuando eso ocurra, ningún otro poder, ni siquiera madre Oscuridad, podrá derrotarlo.

—Madre Oscuridad tuvo que buscarse aliados —dijo Udinaas—. O eso, o le tendió una emboscada al Caos, sorprendió a su enemigo desprevenido. ¿Nació toda existencia de la traición, Clip? ¿Es ése el núcleo de vuestra fe? No me extraña que os estéis lanzando siempre a la garganta del prójimo. —*Escucha bien, Silchas Ruina; estoy más cerca de tu rastro de lo que jamás imaginaste*. Cosa que, pensó entonces, quizá no fuera muy inteligente; podría, de hecho, resultar letal—. En cualquier caso, la propia madre Oscuridad tuvo que nacer de algo. Una conspiración dentro del Caos. Alguna alianza sin precedentes donde todas las alianzas estaban prohibidas. Así pues, otra traición más.

Temor Sengar se inclinó un poco hacia delante.

—Udinaas, ¿cómo supiste que nos seguían? ¿Que era Menandore?

—Los esclavos tienen que agudizar todos sus sentidos, Temor Sengar. Porque nuestros amos son veleidosos. Podrías despertarte una mañana con un dolor de muelas, sentirte desdichado e irritable y, en consecuencia, una familia entera de esclavos podría quedar devastada antes de que el sol alcance el mediodía. Un esposo o mujer muertos, un padre muerto, o ambas cosas. Golpeados, mutilados de por vida, cegados, muertos, cada posibilidad aguarda en nuestras sombras.

No le pareció que Temor quedara convencido y, lo admitía, el argumento era endeble. Cierto, los sentidos agudizados podrían ser suficientes para que se te pusieran los pelos de punta, para iluminar el instinto y saber que había algo tras tu rastro. Pero eso no era lo mismo que saber que era Menandore. *Me descuidé y revelé lo que sabía. Quería descolocar a estos idiotas, pero eso solo los ha hecho más peligrosos. Para mí.*

Porque ahora saben, o lo sabrán a no mucho tardar, que este esclavo inútil no camina solo.

De momento, sin embargo, nadie parecía querer desafiarlo.

Sacaron los petates y se acomodaron para pasar una noche inquieta. Oscuridad que no era oscuridad. Luz que no era luz. Esclavos que podrían ser amos y en algún lugar, por allí delante, una nube de tormenta amoratada en el cielo, llena de truenos, rayos y lluvia carmesí.

Esperó hasta que la respiración del esclavo se profundizó, se alargó, encontró el ritmo del sueño. Las guerras de conciencia habían pasado. Udinaas había revelado suficiente saber secreto para justificar lo que iba a hacer. Jamás había dejado atrás su esclavitud, solo que su ama era ahora Menandore, una criatura a decir de todos tan

traicionera, cruel y desalmada como cualquier otro de esa antigua familia de lo-que-podrían-ser-dioses.

Mockra cobró vida con un susurro en su mente, tan libre como un pensamiento errante, sin las constricciones de una concha de hueso duro, por los senderos gastados de la mente. Un zarcillo que se liberaba, se cernía en el aire sobre ella, y ella le dio la forma de una serpiente, la cabeza buscando, la lengua entrando y saliendo para buscar el olor de Udinaas, el alma de aquel hombre, ahí, deslizándose hacia él, un toque…

¡Caliente!

Seren Pedac sintió que la serpiente se encogía, sintió las ondas extenderse por ella de nuevo en oleadas de calor abrasador.

Sueños febriles, el fuego del alma de Udinaas. El hombre se agitó entre las mantas.

Tendría que ser más sutil, necesitaría la esencia de la serpiente que había elegido. Volvió a avanzar muy poco a poco y encontró esa forja rabiosa, después cavó en la arena caliente, debajo. Oh, había dolor, sí, pero comprendió que no era el horno esencial del alma del antiguo esclavo. Era el reino al que lo había llevado su sueño, un reino de luz devastadora…

Seren abrió los ojos en un paisaje desgarrado. Cantos rodados cocidos, rojos y quebradizos. El aire denso, hinchado, el aliento del horno de un alfarero. Un cielo blanco e inhóspito sobre ella.

Udinaas vagaba, bamboleándose, diez pasos por delante.

Ella envió a la serpiente a que se deslizara tras él.

Una sombra enorme se escurrió sobre ellos; Udinaas giró en redondo, se retorció y miró con furia al cielo cuando esa sombra pasó fluyendo y después continuó, y el dragón de escamas plateadas y doradas, que planeaba con las alas

estiradas, voló sobre el risco que había justo delante y tras un momento se desvaneció.

Seren vio que Udinaas esperaba que reapareciera. Y entonces lo vio otra vez, diminuto como una mota, un punto resplandeciente en el cielo que iba menguando a toda prisa. El esclavo letherii lanzó un grito, pero Seren no supo si había sido de rabia o de abandono.

A nadie le gusta que lo ignoren.

Unas piedras resbalaron cerca de la serpiente y con un terror repentino volvió la mirada, alzó la cabeza y vio a una mujer. No era Menandore. No, era una letherii. Pequeña, ágil, el cabello tan rubio que era casi blanco. Se acercó a Udinaas, trémula, cada movimiento revelaba unos nervios tensos, crispados.

Otra intrusa.

Udinaas todavía no le había dado la espalda a ese cielo lejano y Seren observó que la mujer letherii iba acercándose más. Al cabo, a cinco pasos de distancia, se estiró y se pasó las manos por el cabello salvaje, bruñido. La extraña mujer habló con voz sensual.

—Te he estado buscando, mi amor.

El esclavo no se giró. Ni siquiera se movió, pero Seren vio algo nuevo en las líneas de su espalda y los hombros, en el modo que sostenía la cabeza. En su voz, cuando respondió, había un tono divertido.

—¿Mi amor? —Y entonces se volvió hacia ella con ojos destrozados, una desolación como hielo desafiante en ese mundo de fuego—. Ya no soy la liebre sobresaltada, Bruja de la Pluma; sí, ya veo el modo provocativo en que ahora me miras, la confianza descarada, la invitación. Y a pesar de todo eso, la verdad que es tu desdén sigue atravesándolo todo con su calor. Además —añadió—, te oí aproximarte, incluso pude oler tu miedo. ¿Qué quieres, Bruja de la Pluma?

—No tengo miedo, Udinaas —respondió la mujer.

Ese nombre, sí. Bruja de la Pluma. La otra esclava, la invocadora de las losas. Oh, entre esos dos hubo algo, más de lo que cualquiera podríamos haber imaginado.

—Pero es que sí lo tienes —insistió Udinaas—. Porque esperabas encontrarme solo.

La mujer se puso rígida e intentó encogerse de hombros.

—Menandore no siente nada por ti, amor mío. Lo sabes. No eres más que un arma en sus manos.

—No creo. Demasiado embotada, demasiado marcada, demasiado frágil.

La carcajada de Bruja de la Pluma fue aguda y cortante.

—¿Frágil? Que el Errante me lleve, Udinaas, tú jamás lo has sido.

Seren Pedac estaba más que de acuerdo. ¿Por qué tanta falsa modestia?

—Te he preguntado qué querías. ¿Por qué estás aquí?

—He cambiado desde la última vez que me viste —respondió Bruja de la Pluma—. Ahora soy destra irant del Errante, del último dios ancestral de los letherii. Que se encuentra detrás del Trono Vacío…

—No está vacío.

—Lo estará.

—Es tu fe recién hallada la que se interpone de nuevo. Toda esa esperanzada insistencia en estar una vez más en el centro de todo. ¿Dónde se oculta tu carne ahora mismo, Bruja de la Pluma? En Letheras, sin duda. En algún cuchitril sin aire, apestoso, que has proclamado templo; sí, eso te duele, decirme que no me equivoco. Sobre ti. ¿Has cambiado, Bruja de la Pluma? Bueno, miéntete si quieres. Pero no creas que a mí me engañas. No creas que voy a caer en tus brazos jadeando de lujuria y devoción.

—Una vez me amaste.

—También apreté una vez monedas al rojo vivo contra los ojos muertos de Rhulad. Pero no estaban muertos, por

desgracia. El pasado es un mar de pesares, pero yo me he arrastrado hasta la orilla, Bruja de la Pluma. Un buen trecho, en realidad.

—Debemos estar juntos, Udinaas. Destra irant y t'orrud segul, y tendremos a nuestra disposición una espada mortal. Letherii todos nosotros. Como debería ser, y a través de nosotros el Errante se alza una vez más. Adquiere poder, comienza a dominar; es lo que nuestro pueblo necesita, lo que hemos necesitado durante mucho tiempo.

—Los tiste edur…

—Ya se van. El Imperio Gris de Rhulad… estaba condenado desde el principio. Hasta tú te diste cuenta. Se tambalea, se desmorona, se deshace en pedazos. Pero los letherii sobreviviremos. Como siempre; y ahora, con el renacimiento de la fe en el Errante, nuestro imperio hará temblar el mundo. Destra irant, t'orrud segul y espada mortal, estaremos los tres tras el Trono Vacío. Ricos, libres de hacer lo que nos plazca. Tendremos edur por esclavos. Edur rotos, patéticos. Encadenados, golpeados, los utilizaremos hasta acabar con ellos, como una vez hicieron con nosotros. Ámame o no, Udinaas. Saborea mi beso o dame la espalda, no importa. Tú eres t'orrud segul. El Errante te ha elegido…

—Querrás decir que lo intentó. Envié con viento fresco al muy idiota.

Fue obvio que el asombro la hizo callar.

Udinaas se giró a medias con un gesto desdeñoso de la mano.

—También mandé a Menandore con viento fresco. Intentaron utilizarme como si fuera una moneda, algo que podía pasar de mano en mano. Pero yo lo sé todo sobre monedas. He olido el hedor a quemado de su roce. —Se volvió y la miró de nuevo—. Y si soy una moneda, entonces no pertenezco a nadie. Me toman prestado en ocasiones. Me

apuestan con frecuencia. ¿Me poseen? Nunca por mucho tiempo.

—T'orrud segul…

—Búscate a otro.

—¡Te han elegido, maldito idiota! —La mujer dio un paso de repente y se rasgó la gastada túnica de esclava. La tela desgarrada aleteó en el viento caliente como los fragmentos raídos de alguna bandera imperial. Estaba desnuda y extendía los brazos para arrastrar a Udinaas, le rodeaba el cuello en un abrazo…

El empujón del esclavo la mandó despatarrada al suelo duro, pedregoso.

—Se acabaron las violaciones —dijo en voz baja y áspera—. Además, te he dicho que tenemos compañía. Es obvio que no me entendiste bien… —Pasó junto a ella y se dirigió directamente hacia la serpiente que era Seren Pedac.

Despertó con una mano callosa alrededor de la garganta. Alzó la mirada y la clavó en unos ojos resplandecientes en la penumbra.

Podía sentirlo temblando sobre ella, su peso la atrapaba, él bajó la cara hacia la de ella y con la barba erizada rozándole la mejilla, le rozó la oreja derecha con la boca y empezó a susurrar.

—Llevo algún tiempo esperando algo parecido, Seren Pedac. Contabas con mi admiración… por tu contención. Una pena, entonces, que no durara.

A Seren le costaba respirar; la mano que le envolvía la garganta era una banda de hierro.

—Hablaba en serio sobre las violaciones, corifeo. Si vuelves a hacerlo, te mataré. ¿Comprendido?

Ella consiguió asentir de algún modo y pudo ver entonces, en su rostro, toda la traición que sentía el antiguo

esclavo, el dolor atroz. Que ella pudiera abusar de él de esa manera.

—Puedes creer que no soy nada —continuó Udinaas—, si eso es lo que conviene al agujero pequeño y miserable en el que vives, Seren Pedac. Es lo que borró todo rastro de tu contención en primer lugar, al fin y al cabo. Pero ya me han utilizado diosas. Y hay dioses que lo intentan. Y ahora una bruja descarnada que una vez anhelé, que sueña que su versión de la tiranía es preferible a la de todos los demás. Fui esclavo, estoy acostumbrado a que me utilicen, ¿recuerdas? Pero, y escucha con mucha atención, mujer, ya no soy ningún esclavo…

La voz de Temor Sengar descendió sobre ellos.

—Suéltale la garganta, Udinaas. Lo que sientes en la nuca es la punta de mi espada, y sí, ese hilillo de sangre es tuya. La corifeo está desposada con Trull Sengar. Está bajo mi protección. Suéltala ya o muere.

La mano que le aprisionaba la garganta se aflojó y se alzó…

Y Temor Sengar puso una mano en el pelo del esclavo, lo apartaba a tirones, lo lanzaba al suelo, la espada siseando en un contorno borroso abrupto…

—¡No! —chilló Seren Pedac, que se arrastró a arrojarse sobre Udinaas—. ¡No, Temor! ¡No lo toques!

—Corifeo…

Los otros empezaban a despertarse y levantarse por todas partes…

—¡No le hagas daño! —*Ya he hecho yo suficiente por esta noche*—. Temor Sengar… Udinaas tenía derecho… —*Oh, Errante, sálvame*—. Tenía derecho… —repitió, sentía la garganta desgarrada por dentro tras ese primer chillido—. Yo… escucha, no, Temor, no lo entiendes. Yo… yo hice algo. Algo terrible. Por favor… —Se había sentado y se dirigía a todos—. Por favor, esto es culpa mía.

Udinaas empujó el peso de la mujer a un lado y ella se arañó un codo cuando el antiguo esclavo se liberó.

—Haz que sea de día otra vez, Silchas Ruina —dijo.

—La noche…

—¡Haz que sea de día otra vez, maldito seas! Ya está bien de dormir, vamos a seguir. ¡Ahora!

Para asombro de Seren Pedac, el cielo comenzó a iluminarse una vez más. *¿Qué? ¿Cómo?*

Udinaas estaba junto a su petate, luchando por plegarlo otra vez y meterlo en su mochila. Seren vio las lágrimas que brillaban en las mejillas curtidas del hombre.

Oh, qué he hecho. Udinaas…

—Comprendes demasiado —dijo Clip con ese tono cantarín y displicente propio de él—. ¿Me has oído, Udinaas?

—Que te follen —murmuró el esclavo.

—Déjalo, Clip —dijo Silchas Ruina—. No es más que un niño entre nosotros. Y quiere jugar sus partidas infantiles.

Con cenizas que bajaban flotando para enterrar su alma, Seren Pedac les dio la espalda a todos. *No, la niña soy yo. Todavía. Siempre*.

Udinaas…

A doce pasos de distancia estaba sentada Tetera con las piernas encogidas debajo del cuerpo, cogida de la mano de Marchito, fantasma de un andii, y no había calidez ni frío en ese gesto. La niña había ido clavando los ojos en los otros a medida que la luz brotaba para comenzar un nuevo día.

—Lo que se hacen unos a otros —susurró.

La mano de Marchito apretó la de la pequeña.

—Es lo que significa vivir, niña.

La pequeña lo pensó. Las palabras del fantasma, la fatiga de su tono, y tras un largo rato, al fin asintió.

Sí, esto es lo que significa vivir.

Hacía que todo lo que ella sabía que era inminente fuera un poco más fácil de soportar.

En las calles salpicadas de basura de Drene el olor a humo antiguo era amargo en el aire. Manchas negras adornaban muros de edificios. La loza, al caerse de carretas volcadas y estrellarse contra el suelo, había arrojado trozos por todas partes, como si el cielo de la noche antes hubiera hecho llover pedazos vidriados. Tela manchada de sangre, restos hechos jirones y desgarrados de túnicas y camisas, se ennegrecían bajo el sol cálido. Algo más allá de la mesa solitaria a la que estaba sentado Venitt Sathad, el caos de los disturbios que habían prendido el atardecer del día anterior era visible por todas partes.

El propietario del quiosco salió cojeando otra vez del hueco en sombras que servía de cocina y almacén, portaba una bandeja astillada con otra botella polvorienta de vino de Rosazul. Todavía no se había apagado la mirada aturdida en los ojos del hombre, lo que le daba a sus movimientos un aspecto extraño y desarticulado cuando posó la botella en la mesa de Venitt Sathad y después se retiró.

Las pocas figuras que habían pasado por la explanada esa mañana se habían detenido todas en su cruce furtivo para quedarse mirando a Venitt, y sabía que no era en absoluto porque la suya fuera una figura memorable o imponente, sino porque sentado allí, tomando un desayuno ligero y bebiendo un vino caro, el sirviente de Rautos Hivanar ofrecía una escena de calma civil. Una escena así afectaba, impresionaba a los que habían capeado el caos de la noche anterior, como si la iluminara su propia locura.

Cien versiones enturbiaban el comienzo del motín. El arresto de un prestamista. Una comida por la que se había cobrado de más y una discusión que se les había escapado de las manos. Una escasez repentina de esto o aquello. Dos espías patriotas que le habían dado una paliza a alguien y

sobre los que luego se habían abalanzado veinte testigos. Quizá nada de eso había ocurrido; o quizá había ocurrido todo.

Los disturbios habían destrozado la mitad del mercado de ese lado de la ciudad. Después se habían derramado por las barriadas del noroeste del puerto, donde, a juzgar por el humo, seguían bramando sin freno.

La guarnición había salido a las calles para emprender una campaña brutal de pacificación que fue indiscriminada al principio, pero que luego se concentró en un ataque salvaje contra la población más pobre de Drene. En el pasado, en ocasiones, a los pobres (que eran las verdaderas víctimas) se les había acobardado con facilidad con unas cuantas docenas de cráneos rotos. Pero no esa vez. Ya estaban hartos, así que se habían defendido.

En el aire de esa mañana Venitt Sathad todavía podía oler la conmoción, mucho más intensa que el humo, más fría que cualquier fardo de tela ensangrentada que pudiera contener todavía trozos de carne humana; la conmoción de los guardias que chillaban, heridos de muerte, de los matones con armadura arrinconados y luego despedazados por la muchedumbre frenética. La conmoción, al fin, de la innoble retirada de la guarnición de la ciudad a sus barracones.

Habían contado con pocos efectivos, por supuesto. Había demasiados fuera, con Bivatt, en la campaña contra los leznas. Y se habían mostrado arrogantes, envalentonados por siglos de precedentes. Y esa arrogancia los había cegado a lo que había estado pasando allí fuera, a lo que estaba a punto de pasar.

El único detalle que permanecía con Venitt Sathad, incrustado como una astilla de madera en carne infectada y que ninguna cantidad de vino podría llevarse, era lo que les había pasado a los residentes tiste edur: nada.

La chusma los habían dejado en paz. Extraordinario, inexplicable. Aterrador.

No, en su lugar, medio millar de ciudadanos había tomado por asalto entre gritos la finca de Letur Anict. Como es obvio, los guardias personales del comisionado que eran, todos y cada uno, tropas de élite reclutadas en cada compañía letherii que había estado estacionada en Drene, habían repelido a la turba. Se decía que había cadáveres apilados fuera de los muros de la hacienda.

Letur Anict había regresado a Drene dos días antes y Venitt Sathad sospechaba que el comisionado había estado tan poco preparado para aquel repentino torbellino como la guarnición. En ausencia del supervisor Brohl Handar, Letur gobernaba la ciudad y la región circundante. Cualesquiera que fueran los informes que sus agentes le hubieran entregado a su regreso, estarían repletos de temores, pero escasos en detalles concretos, la clase de información que Letur Anict despreciaba y desecharía de forma sumaria. Además, se suponía que los patriotas debían ocuparse de ese tipo de cosas en su perpetua campaña de terror. Unos cuantos arrestos más, algunas desapariciones destacadas, la confiscación de propiedades.

Por supuesto, Rautos Hivanar, su amo, había observado las señales reveladoras del caos inminente. El control tiránico dependía de una multitud de fuerzas con frecuencia dispares que recorría toda la gama, desde la percepción a la crueldad manifiesta. La sensación de poder tenía que ser generalizada para crear y mantener la ilusión de omnisciencia. El centinela Karos Invictad eso al menos lo entendía, pero lo que aquel matón de las sedas rojas no terminaba de comprender era que había umbrales, y que cruzarlos (con actos de brutalidad cada vez mayor, con la paranoia y el miedo convertidos en una fiebre creciente) era ver la ilusión hecha pedazos.

En algún momento, por muy represivo que fuera el régimen, la ciudadanía comenzaría a comprender el inmenso poder que tenía en sus manos. Los indigentes, los endeudados, las atormentadas clases medias; en pocas palabras, la miríada de víctimas. El control era un truco de prestidigitación, y contra cien mil ciudadanos desafiantes, no tenía posibilidad real alguna. Y era entonces cuando se acababa la partida.

El umbral, esa vez, era justo lo que Rautos Hivanar había temido. La presión de una economía sobrecargada que se desmoronaba. Escasez de dineros, el peso abrumador de deudas enormes que no dejaban de crecer, la incapacidad repentina de pagar nada. Los patriotas podían sacar cuchillos, espadas, podían empuñar sus porras nudosas, pero contra el hambre desesperada y la sensación de calamidad inminente, lo mismo podrían intentar golpear el viento con unos juncos.

Ante todo aquello, los tiste edur eran impotentes. Perplejos, sin comprender nada, y en absoluto preparados. *A menos, claro está, que su respuesta sea comenzar a matar. A todo el mundo*.

Otro de los puntos débiles de Karos Invictad. El desdén que sentía el centinela por los tiste edur podría resultar suicida. A su emperador no se le podía matar. Sus k'risnan podían desatar una hechicería capaz de devorar a todos los letherii del imperio. ¿Y el muy idiota los fijaba como objetivos en una campaña de arrestos?

No, los patriotas habían sido útiles; de hecho, durante un tiempo, hasta necesarios. Pero…

—Venitt Sathad, bienvenido a Drene.

Sin alzar la vista, Venitt hizo un gesto con una mano y estiró el brazo para coger la botella de vino.

—Busca una silla, Orbyn Buscaverdad. —Alzó la cabeza —. Ahora mismo pensaba en ti.

El odioso hombretón sonrió.

—Cuánto honor. Es decir, si tus pensamientos estaban dedicados a mí en concreto. Sin embargo, si en lo que pensaban era en los patriotas, bueno, sospecho que «honor» no sería la palabra adecuada.

El propietario luchaba por arrastrar otra silla hasta la mesa, pero estaba claro que lo que fuera que había provocado la cojera era muy doloroso. Venitt Sathad dejó la botella otra vez en la mesa y se acercó a ayudarlo.

—Mis más humildes disculpas, amable señor —jadeó el anciano, el rostro blanco y con gotas de sudor perlándole el labio superior—. Tuve una caída la víspera, señor…

—Debió de ser seria. Mire, déjeme a mí la silla y búsquenos otra botella de vino sin romper, si puede.

—Muy agradecido, señor…

Mientras se preguntaba dónde habría encontrado el anciano aquella sólida silla de roble (una lo bastante grande como para soportar el peso de Orbyn), Venitt Sathad tiró de ella por los adoquines y la colocó enfrente de su silla con la mesa entre los dos antes de volver a sentarse.

—Si no es honor —dijo al tiempo que recuperaba la botella y volvía a llenar la única copa de arcilla—, ¿entonces qué palabra se te ocurre, Orbyn?

Buscaverdad se dejó caer en el asiento y exhaló un ruidoso suspiro.

—Podemos regresar a eso en breve. Llevo ya algún tiempo aguardando tu llegada.

—Y sin embargo, Orbyn, no te encontré ni a ti ni al comisionado en la ciudad a mi llegada, que tanto habíais anticipado.

Un gesto desdeñoso cuando el propietario se acercó cojeando con una copa y una segunda botella de vino de Rosazul, después el hombre se retiró con la cabeza gacha.

—El comisionado insistió en que lo escoltara en una empresa que nos obligó a cruzar el mar. En los últimos tiempos ha tenido por costumbre hacerme perder el tiempo. Te aseguro, Venitt, que esos lujos ahora forman parte del pasado. Para Letur Anict.

—Imagino que en estos momentos debe de sentirse muy desconcertado.

—Agitado.

—¿Le falta confianza y cree que no podrá restaurar el orden?

—La falta de confianza jamás ha sido el punto débil de Letur Anict. Otra cosa, por desgracia, es reconciliarla con la realidad.

—Es una lástima que el supervisor decidiera acompañar a la atri-preda Bivatt en su campaña en el este.

—Y quizá hasta fatal, sí.

Venitt Sathad alzó las cejas.

—Toma un poco de vino, Orbyn. Y, por favor, elabora un poco ese comentario.

—Hay asesinos en esa compañía —respondió Buscaverdad, que frunció el ceño para indicar su desagrado —. No míos, te lo aseguro. Letur juega su propia partida con el supervisor. Una partida política. En realidad, no espero que Brohl Handar regrese a Drene, salvo, quizá, como un cadáver amortajado recubierto de sal.

—Entiendo. Por supuesto, esta disputa suya lo ha puesto ahora en gran desventaja.

Orbyn asintió mientras se llenaba la copa.

—Sí, a Brohl no se le ve por ninguna parte, así que la culpa de los disturbios de anoche la debe de tener en exclusiva el comisionado. ¿Habrá repercusiones, sin duda?

—Buscaverdad, los disturbios no han terminado todavía. Continuarán hasta bien entrada la noche, cuando rebosarán de los barrios bajos con mayor fuerza y ferocidad. Habrá más

ataques contra la finca de Letur, y luego contra las propiedades y posesiones que tiene por todo Drene, y ésas no las podrá proteger. Los barracones sufrirán un asedio. Habrá saqueos. Habrá una matanza.

Orbyn se inclinaba hacia delante y se frotaba la frente grasienta.

—Así que es verdad. Hundimiento financiero.

—El imperio se tambalea. La Consigna Libertad está herida de muerte. Cuando el pueblo se entere de que ha habido otros motines, ciudad tras ciudad…

—Los tiste edur comenzarán a despertarse.

—Sí.

Los ojos de Orbyn se clavaron en los de Venitt Sathad.

—Hay rumores de guerra en el oeste.

—¿Oeste? ¿Qué quieres decir?

—Una invasión procedente del mar que parece centrarse en los tiste edur. Punitiva, tras el paso de las flotas. Un imperio lejano que no se tomó muy bien el asesinato de sus ciudadanos. Y ahora, informes de los bolkandos y sus aliados, que se están concentrando en la frontera.

Una sonrisa tensa en los labios de Venitt Sathad.

—La alianza que forjamos nosotros.

—Así es. Otra de las brillantes tretas de Letur Anict que sale mal.

—No puede decirse que sea suya en exclusiva, Orbyn. Tus patriotas fueron participantes esenciales en esa propaganda.

—Ojalá pudiera negarlo. Así que llegamos a esa única palabra, la que llenó mi mente en lugar de «honor». Te encuentro aquí, en Drene. Venitt Sathad, entiéndeme. Sé lo que haces por tu amo y sé lo bien que lo haces. Sé lo que ni siquiera sabe Karos Invictad, y tampoco tengo ningún interés en instruirlo. Con respecto a ti, señor.

—¿Quieres hablar en tu propio nombre ahora? ¿En lugar de en el de los patriotas?

—Para seguir vivo, sí.

—Entonces la palabra no es desde luego honor.

Orbyn Buscaverdad, el hombre más temido de Drene, se terminó de un trago la copa de vino. Después se echó hacia atrás.

—Estás aquí sentado, en medio de una carnicería. La gente pasa a toda prisa y te ve, y si bien, en rasgos y estatura, apenas eres digno de alguna mirada, desde luego que te miran. Y un escalofrío se apodera de sus corazones. Ellos no saben por qué. Yo sí.

—Comprendes, entonces, que debo hacerle una visita a Letur Anict.

—Sí, y te deseo lo mejor.

—Por desgracia, Orbyn, nos encontramos en un momento de crisis. En ausencia del supervisor Brohl Handar, le corresponde a Letur Anict restaurar el orden. Sí, es muy posible que fracase, pero se le debe dar la oportunidad de intentarlo. Por el bien del imperio, Orbyn, espero de ti y tus agentes que ayudéis al comisionado de cualquier manera que os requiera.

—Desde luego. Pero he perdido treinta y un agentes desde ayer. Y los que tenían familia… bueno, nadie se salvó del castigo.

—Es una triste verdad, Orbyn, que a todos los que la tiranía ha premiado deben al final compartir una suerte idéntica.

—Pareces hasta satisfecho, Venitt.

El sirviente endeudado de Rautos Hivanar permitió que una leve sonrisa alcanzase sus labios y estiró la mano para coger su copa de vino.

La expresión de Orbyn se desanimó.

—Por supuesto —dijo—, tú no creerás que la chusma es capaz de hacer justicia.

—Se han mostrado bastante comedidos hasta el momento.

—¡No puedes hablar en serio!

—Orbyn, no han tocado ni a un solo tiste edur.

—Porque los amotinados no son imbéciles. ¿Quién se atreve a enfrentarse a la hechicería edur? Fue la propia inactividad de los edur locales lo que incitó a la chusma a extremos más crueles todavía, y te aseguro que Letur Anict es muy consciente de ese hecho.

—Ah, así que quiere echarles la culpa de este desastre a los tiste edur. Qué conveniente.

—No estoy aquí para defender al comisionado, Venitt Sathad.

—No, estás aquí para negociar y salvar la vida.

—Claro que ayudaré a Letur Anict a restaurar el orden. Pero no confío en su éxito y no pienso desperdiciar a mi personal.

—De hecho, eso es justo lo que vas a hacer.

Orbyn abrió mucho los ojos. El sudor le corría por la cara. La ropa se le pegaba a trozos a los pliegues de grasa de debajo.

—Buscaverdad —continuó Venitt Sathad—, los patriotas ya han dejado de sernos útiles, salvo por un último y noble sacrificio. Como foco de la rabia del pueblo. Tengo entendido que hay una costumbre drene, algo que ver con la temporada de tormentas y la elaboración de pescadores de algas, muñecos de tamaño real con conchas en lugar de ojos, vestidos con ropas viejas y demás. Se mandan a mar abierto en barquitos, creo, para celebrar el comienzo de la estación. Una ofrenda a los antiguos señores del mar para que las tormentas los ahoguen. Pintoresco y, como era de esperar, sanguinario, como lo son la mayor parte de las

costumbres. Los patriotas, Orbyn, deben convertirse en los pescadores de algas de Drene. Estamos en temporada de tormentas, y hay que hacer sacrificios.

Buscaverdad se lamió los labios.

—¿Y qué hay de mí? —preguntó en un susurro.

—Ah, esa negociación concreta no ha terminado.

—Entiendo.

—Eso espero.

—Venitt Sathad, mis agentes… hay esposas, maridos, hijos…

—Sí, estoy seguro de que los hay. Igual que había esposas, maridos e hijos de todos aquéllos a los que con tanta alegría arrestasteis, torturasteis y asesinasteis, todo en nombre del provecho financiero personal. El pueblo, Orbyn, sabe lo que es equilibrar la balanza.

—Es lo que exige Rautos Hivanar…

—Mi amo me deja los detalles a mí. Respeta mi historial de… eficacia. Si bien la autoridad que representa sin duda multiplica la obediencia, yo pocas veces hago un uso manifiesto de ella. Con eso quiero decir que pocas veces tengo necesidad de usarla. Dijiste que me conocías, Buscaverdad, ¿no es cierto?

—Sé quién eres, Venitt Sathad, el hombre que encontró al asesino de Gerun Eberict y envió lejos a ese mestizo con un cofre lleno de monedas. Sé que eres el asesino de un centenar de hombres y mujeres en prácticamente todos los estratos de la sociedad; y no importa lo bien protegidos que estén, ellos mueren y tú sales ileso; tu identidad, una incógnita…

—Salvo, al parecer, para ti.

—Me tropecé con tu vida secreta, Venitt Sathad, hace muchos años. Y he seguido tu carrera, no solo dentro del imperio, sino también en los muchos consulados y embajadas donde se… necesitaron tus… habilidades. Para

promover los intereses letherii. Soy un gran admirador, Venitt Sathad.

—Pero ahora intentas aprovechar la moneda de tu conocimiento para comprar tu vida. ¿Es que no comprendes el riesgo?

—¿Qué alternativa tengo? Contándote todo lo que sé, también te cuento que no me hago ilusiones, sé por qué estás aquí y lo que tienes que hacer; en realidad lo único que me sorprende es que a Rautos Hivanar le haya llevado tanto tiempo enviarte. De hecho, es posible que hayas llegado demasiado tarde, Venitt Sathad.

A eso, Venitt Sathad asintió con lentitud. Orbyn Buscaverdad era un hombre peligroso. Aunque, de momento, también era útil. Como, por desgracia, lo era Letur Anict. Pero eran cosas que se medían día a día, a veces momento a momento.

Demasiado tarde. Qué idiota, Orbyn, ni siquiera tú tienes idea de lo cierto de esa afirmación… demasiado tarde.

Tehol Beddict jugó una pequeña partida, una vez, para ver cómo saldría. Pero esta vez, con ese puñetero criado suyo, ha jugado una partida a una escala casi incomprensible.

Y yo soy Venitt Sathad. Endeudado, hijo de endeudados, cualificadísimo esclavo y asesino a las órdenes de Rautos Hivanar, y tú, Tehol Beddict, y tú, Bicho, no debéis temerme.

Acaba con los malnacidos. Con todos y cada uno de esos malditos. Acaba con ellos.

Pareció que Orbyn Buscaverdad vio algo en su expresión que drenó todo color de su rostro redondo y sudoroso.

A Venitt Sathad eso le divirtió. *Orbyn, ¿has encontrado una verdad?*

Desperdigadas a ambos lados del oscuro frente de tormenta, unas nubes grises se deslizaban por el cielo y arrastraban cortinas sesgadas de agua. Las llanuras reverdecían por las laderas de las colinas y en los senos de los valles, una labor moteada de retazos de líquenes, musgo y hierbas apelmazadas. En la cima de una colina cercana se veía el cadáver de un bhederin salvaje, despiezado a toda prisa después de que lo matara un rayo. Las patas de la bestia estaban levantadas al aire y en una pezuña se había encaramado un cuervo, desaliñado por la tormenta. Las entrañas expuestas se derramaban y bajaban por la ladera que tenía delante Brohl Handar cuando su tropa y él pasaron por delante.

Los leznas estaban huyendo. A los guerreros que habían muerto de sus heridas los dejaban bajo montones de piedras, y eran como jalones en el camino de la tribu fugitiva, aunque en realidad era innecesario, ya que con las lluvias la pista era una amplia ringlera de terreno revuelto. En muchos sentidos, esa despreocupación inusitada desconcertaba al supervisor, pero quizá era lo que había dicho Bivatt: la serie de tormentas poco propias de la época del año que habían cruzado las llanuras en los últimos tres días habían cogido a Mascararroja desprevenido; era imposible ocultar el paso de miles de guerreros, sus familias y los rebaños que se movían con ellos. Eso y la sangrienta y desastrosa batalla de Praedegar había demostrado que Mascararroja era falible; de hecho, era muy probable que el caudillo enmascarado comenzase a sufrir un motín incipiente entre su pueblo.

Tenían que poner fin a todo aquello, y pronto. La reata de abastecimiento que había salido de Drene se había topado con problemas de causa desconocida. Bivatt había

despachado ese día a cien lanceros rosazules por la pista de regreso en busca de esas carretas cargadas y su escolta. La escasez de comida era inminente y ningún ejército, por muy leal y bien adiestrado que estuviese, quería luchar con el estómago vacío. Por supuesto, les estaban esperando grandiosos festines, los rebaños de rodaras y myrid. Había que unirse a la batalla. Había que destruir a Mascararroja y sus leznas.

Una nube se coló en su camino con una cortina de aguanieve. Hacía un frío sorprendente para esa tardía época del año. Brohl Handar y sus tiste edur seguían cabalgando en silencio, ésa no era la lluvia de su tierra natal, aquel agua suave, con dulces brumas. Allí el agua caía como una lanza, con fuerza, y te dejaba empapado en una decena de latidos. *Aquí somos auténticos extraños*.

Pero en eso no somos los únicos.

Estaban encontrando inquietantes señales hechas de piedras que lucían rostros espeluznantes pintados de blanco, y en las grietas y fisuras de esos túmulos había ofrendas peculiares: mechones de pelo de lobo, dientes, los colmillos de una bestia desconocida y cuernas que mostraban filas de muescas y surcos. Nada de eso era lezna, ni siquiera los exploradores leznas del ejército de Bivatt habían visto antes algo parecido.

Algún pueblo errante que procedía de los yermos del este, quizá, pero cuando Brohl lo había sugerido, la atripreda se había limitado a negar con la cabeza. *Sabe algo. Otro maldito secreto*.

Salieron de la lluvia y se adentraron en un sol cálido y humeante, el olor suntuoso a liquen y musgo empapados.

La amplia ringlera de terreno revuelto estaba a su derecha. Acercarse más era captar el hedor a estiércol y heces humanas, un olor que él había terminado por asociar con la desesperación. *Luchamos nuestras guerras y dejamos*

a nuestro paso el olor a sufrimiento y desdicha. Estas llanuras son inmensas, ¿no es cierto? ¿Qué terrible coste afrontaríamos si nos limitáramos a dejarnos en paz? Un fin a esta disputa por la tierra, bien sabe el padre Sombra que nadie es su dueño en realidad. El juego de la posesión nos pertenece a nosotros, no a las rocas y la tierra, a las hierbas y las criaturas que caminan por la superficie en su tensa lucha por sobrevivir.

Cae un rayo. Alcanza a un bhederin salvaje, que casi explota, como si la vida misma fuese insoportable.

El mundo ya es bastante duro. No le hacen falta nuestras crueldades deliberadas. Nuestra celebración de la crueldad.

Su explorador regresaba al galope. Brohl Handar alzó una mano para detener a su tropa.

El joven guerrero detuvo el caballo con una elegancia que impresionaba.

—Supervisor, están en Q’uson Tapi. No lo rodearon, señor, ¡los tenemos!

Q’uson Tapi, un nombre que se encontraba solo en los mapas letherii más antiguos; las palabras mismas eran tan arcaicas que hasta su significado se desconocía. El lecho de un mar interior muerto o un inmenso lago de sal. Plano, ni una sola elevación o rasgo distintivo en varias leguas, o eso indicaban los mapas.

—¿A qué distancia está ese Q’uson Tapi?

El explorador estudió el cielo, los ojos se entrecerraron al mirar el sol, al oeste.

—Podemos llegar antes del atardecer —dijo.

—¿Y los leznas?

—Estaban a menos de una legua de la antigua orilla, supervisor. En el lugar al que van no hay forraje, los rebaños están condenados, al igual que los propios leznas.

—¿Ha llegado la lluvia a Q’uson Tapi?

—Todavía no, pero llegará, y esa arcilla se convertirá en cieno, las grandes carretas serán inútiles contra nosotros.

Al igual que la caballería de ambos bandos, apostaría.

—Regrese con la columna —le dijo Brohl Handar al explorador— e informe a la atri-preda. La esperaremos en la antigua orilla.

Un saludo militar letherii; sí, los edur más jóvenes se habían aficionado rápido a esas cosas, y el explorador azuzó su caballo.

Mascararroja, ¿qué has hecho ahora?

La atri-preda Bivatt había intentado durante la mayor parte del día convencerse de que lo que había visto lo había conjurado una mente agotada, crispada, la proclividad del ojo a encontrar formas en nada, todo al alegre servicio de una imaginación temblorosa. Con la luz del amanecer apenas una insinuación en el aire había salido a caminar sola, a colocarse ante un mojón de piedras, esas extrañas construcciones con las que se topaban a medida que avanzaban hacia el este. Rostros demoníacos pintados de blanco en los lados planos de los enormes cantos rodados. Ofrendas votivas en huecos y entre las piedras apiladas con tosquedad.

Habían desmontado uno de esos mojones dos días antes y en el fondo habían encontrado… muy poco. Una única piedra plana sobre la que reposaba un fragmento astillado de madera curtida; parecía accidental, pero Bivatt sabía que no lo era. Recordaba, mucho tiempo atrás, en las costas del norte, un día de mares fieros estrellándose contra esa costa, una fila de canoas de guerra, las proas desmontadas, y la madera, la madera era como ésa, allí, en el centro de un jalón de piedras en la Lezna’dan.

Allí en pie, ante aquel nuevo hito, con el amanecer intentando filtrarse por el cielo al tiempo que grises cortinas de lluvia machacaban el suelo, había levantado la cabeza por casualidad. Y lo había visto, de un gris más oscuro, con forma de hombre pero enorme, a veinte, treinta pasos de distancia. Solitario, inmóvil, observándola. La sangre perdió todo el calor en sus venas y de inmediato la lluvia fue tan fría como esos mares agitados de la costa norte años atrás.

Una ráfaga de viento hizo por un momento que el muro de agua fuese opaco y cuando pasó, la figura se había ido.

Por desgracia, el frío no la abandonaba, la sensación de una mirada casi inhumana que la calibraba.

Un fantasma. Una forma arrojada por su mente, un truco de la lluvia, el viento y el nacimiento incierto del amanecer. *Pero no, estaba allí. Observando. El que hacía los jalones*.

Mascararroja. Yo misma. Los leznas, los letherii y los tiste edur, libramos un duelo en esta llanura. Suponemos que estamos solos en esta partida letal. Que no hay más testigos que los carroñeros, los coyotes y los antílopes que pastan en el fondo de los valles y que nos observan pasar día tras día.

Pero no estamos solos.

La idea la asustó de un modo profundo, infantil; el miedo nacido en una mente demasiado joven para desechar nada, ya fueran sueños, pesadillas, terrores o el temor a todo lo que era desconocido. No sentía nada diferente en ese momento.

Hay miles. Tiene que haberlos. ¿Cómo, entonces, pueden esconderse? ¿Cómo han podido esconderse durante tanto tiempo, desde entonces, invisibles para nosotros, invisibles para los leznas?

A menos que Mascararroja lo sepa. Y ahora, aliados con los desconocidos del mar, preparen una emboscada. Nuestra aniquilación.

Había razones para tener miedo.

Se libraría una batalla más. A ninguno de los dos bandos le quedaba fuerzas para más. Y salvo que hubiera más atroces despliegues de habilidad asesina por parte del matamagos, la hechicería letherii lograría la victoria. El explorador de Brohl Handar había regresado con la asombrosa noticia de que Mascararroja había guiado a su pueblo hasta Q'uson Tapi, y no habría forma de anular la magia en el lecho plano de un mar muerto. *Mascararroja fuerza la situación. Una vez que choquemos en Q'uson Tapi, nuestros destinos estarán decididos. Se acabaron las huidas, se acabaron las emboscadas, ni siquiera esos kechra tendrán dónde esconderse*.

Errante, escúchame, por favor. Si de veras eres el dios de los letherii, no nos des sorpresas en este día. Por favor, danos la victoria.

La columna continuó su marcha hacia la antigua orilla de un mar muerto. Las nubes se reunían en el horizonte. La lluvia azotaba ese lecho incrustado de sal hecho de arcilla y sedimentos. Lucharían en un cenagal, donde la caballería era inútil, donde ningún caballo sería lo bastante rápido como para dejar atrás una oleada de magia letal. Donde los guerreros y los soldados se enzarzarían en una batalla y morirían allí mismo, hasta que uno de los bandos se alzara solo, triunfante.

Muy pronto habrían terminado. Habrían terminado con todo.

Desde el mediodía Mascararroja había forzado a su pueblo al máximo y se habían adentrado en el lecho marino, adelantándose a toda velocidad a la lluvia. Una legua, después dos, bajo un sol abrasador, y el aire que se iba haciendo febril con la tormenta inminente. Cuando había

dado el alto, la actividad no había cesado y Toc Anaster había observado, perplejo al principio, luego con un asombro creciente y al final con admiración, que los guerreros leznas dejaban las armas, se despojaban de sus armaduras y se unían a los ancianos y demás no combatientes en la tarea de sacar de las carretas las tiendas y cada trozo de cuero que podían encontrar.

Y las carretas mismas fueron desmontadas, desmanteladas hasta que no quedó prácticamente más que las enormes ruedas y sus ejes, que se utilizaron para transportar los tablones de madera. El cuero y las lonas se estiraron y clavaron al suelo, las estacas hundidas hasta el nivel del suelo. Se construyeron pasarelas de madera, cada una conducía a un único fondo de carreta, colocado en una posición central, y que se había dejado intacto y elevado sobre unas patas hechas con fardos de mangos de lanza para crear una plataforma.

Las lonas y los cueros se estiraron en filas, con cuadrados tras cada fila, unidos por muros de mimbres aplastados que se habían utilizado como armazones de chozas. Pero nadie dormiría bajo ese refugio esa noche. No, todo lo que tomaba forma allí servía a un único propósito, la batalla inminente. La batalla final.

La intención de Mascararroja era montar una defensa. Invitaba a Bivatt y a su ejército a entablar batalla con él, y para hacerlo los letherii y los tiste edur tendrían que cruzar terreno abierto (Toc estaba sentado a horcajadas sobre su caballo, observando los frenéticos preparativos y, de vez en cuando, mirando al noroeste, a esas nubes de tormenta que se acercaban), terreno abierto, entonces, que sería un mar de barro.

La atri-preda quizá decidiera esperar. *Yo lo haría si fuera ella*. Esperar hasta que hubieran pasado las lluvias y el terreno se volviera a endurecer. Pero Toc sospechaba que la

mujer no ejercería tanta moderación. Mascararroja estaba atrapado, cierto, pero los leznas tenían sus rebaños (miles de bestias, la mayoría de las cuales estaban masacrando en esos momentos), así que Mascararroja podía esperar; sus guerreros bien alimentados, mientras Bivatt y su ejército se enfrentaban a la amenaza de una hambruna real. La atripreda necesitaría toda esa carne despiezada, pero para llegar a ella tenía que atravesar a los leznas, tenía que destruir a su odiado enemigo.

Además, quizá se mostrara menos desesperada de lo que Mascararroja pudiera creer llegado el día de la batalla. Contaba con sus magos, no obstante. No tantos como antes, cierto, pero todavía suponían una amenaza significativa, suficiente para hacerse con la victoria, de hecho.

Mascararroja tendría a sus guerreros dispuestos sobre esas islas de terreno seco. Pero esas posiciones (con reservas en los cuadrados que tenían detrás) no ofrecían vías de retirada. Una batalla final, por tanto, y los hados decidirían en un sentido u otro. ¿Era eso lo que él había planeado? *No creo. Praedegar fue un desastre*.

Se acercó Torrente a caballo. De nuevo sin máscara de pintura, una hilera de urticaria roja le abarcaba la frente.

—El mar vivirá una vez más —dijo.

—No creo —respondió Toc.

—Los letherii se ahogarán de todos modos.

—Esas lonas, Torrente, no continuarán secas mucho tiempo. Y además, no te olvides de los magos.

—Mascararroja tiene a sus guardias para esos cobardes.

—¿Cobardes? —preguntó Toc, divertido—. ¿Porque empuñan hechicería en lugar de espadas?

—Y se ocultan tras filas de soldados, sí. No les importa nada la gloria. Ni el honor.

—Cierto, lo único que les importa es ganar. Lo que los deja libres para hablar después del honor y la gloria. El

principal botín de los vencedores es ese privilegio.

—Hablas como uno de ellos, mezla. Por eso no confío en ti, así que permaneceré a tu lado durante la batalla.

—Pues te compadezco, porque mi tarea es proteger a los niños. No estaremos en ningún sitio en el que se luche. —*Hasta que la lucha venga a nosotros, cosa que hará*.

—Hallaré mi gloria en rebanarte esa miserable garganta, mezla, en el momento en que te gires para huir. Veo la debilidad en tu alma; la he visto todo el tiempo. Estás roto. Deberías haber muerto con tus soldados.

—Es probable. Al menos me habría ahorrado que me juzgara alguien al que apenas le ha salido un poco de barba en esa barbilla llena de granos. ¿Has yacido ya con alguna mujer, Torrente?

El joven guerrero lo miró con furia por un momento, después asintió poco a poco.

—Se dice que eres rápido con tus incisivas flechas, mezla.

—¿Una metáfora, Torrente? Me sorprende este giro hacia lo poético.

—No has escuchado nuestras canciones, ¿verdad? Has hecho oídos sordos a la belleza de los leznas, y en tu sordera has cegado el último ojo que te queda. Somos un pueblo antiguo, mezla.

—Sordo, ciego, una pena que no esté todavía mudo.

—Lo estarás cuando te rebane la garganta.

Bueno, admitió Toc, en eso tenía razón.

Mascararroja había esperado aquello mucho tiempo. Y ningún viejo del clan Renfayar con sus malditos secretos se acercaría listo para hacer todo pedazos. No, ya se había encargado de eso con sus propias manos, y todavía podía ver en su mente el rostro del anciano, los ojos saltones, las venas estallando, la lengua que sobresalía a medida que la

cara arrugada se ponía azul y, al cabo, de un tono mortal de gris sobre las manos que la apretaban. Esa garganta no había sido nada, fina como un junco, el cartílago estrujándose como un papiro entre sus dedos. Y él se había encontrado con que era incapaz de soltar el cuerpo mucho después de que el idiota hubiera muerto.

Demasiados recuerdos de su niñez se habían deslizado en sus manos y habían transformado sus dedos en serpientes enrolladas que no parecían quedar satisfechas con la carne inerte que sujetaban, sino que buscaban esa pizca de frío que llegaba mucho después del vuelo del alma. Por supuesto había habido mucho más que eso. El anciano se había creído dueño de Mascararroja, su supervisor, por usar la palabra letherii; de pie junto al caudillo, siempre listo para coger una bocanada de aire y emitir palabras que albergaban verdades terribles, verdades que destruirían a Mascararroja, que destruirían cualquier posibilidad que tuviera de llevar a los leznas a la victoria.

Pero el momento ya se acercaba. Vería la cabeza de Bivatt en una lanza. Vería barro y cadáveres letherii y tiste edur por miles. Cuervos dibujando círculos en el cielo, lanzando gritos encantados. Y él se encontraría en esa plataforma de madera, testigo de todo ello. Testigo de sus guardias escamados, que lo habían encontrado, que lo habían elegido, y que descuartizarían a los magos, penetrando como guadañas en las líneas enemigas…

Y el rostro del anciano se alzó una vez más en su mente. Al principio había disfrutado con esa visión, pero después había empezado a obsesionarlo. Un rostro para recibir sus sueños; un rostro que se insinuaba en cada mancha de la nube de tormenta, en los tonos magullados, grises y azules, fríos como el hielo, que llenaban el cielo. Creía que se había deshecho del idiota y sus crueles secretos, de esa mirada agobiante, como un padre contempla a su hijo díscolo, como

si no bastara nada de lo que el niño pudiera hacer, como si no pudiera ser lezna tal y como dictaban las costumbres del pueblo que siempre habían sido y siempre serían.

Los trabajos continuaban por todos lados y Mascararroja trepó a la plataforma. El látigo cadaran en el cinturón. El hacha rygtha colgada de las correas de cuero. *Las armas para las que nacimos hace ya mucho tiempo. ¿No es lo bastante lezna? ¿No soy yo más lezna que cualquier otro entre los renfayar? ¿Entre los guerreros reunidos aquí? No me mires así, viejo. No tienes derecho. Nunca fuiste el hombre en el que yo me he convertido, ¡mira mis guardianes!*

¿Te cuento la historia, padre?

Pero no. Estás muerto. Y todavía siento tu cuello débil en mis manos, ah, gran error. Ese detalle es cosa del viejo. Que murió de forma misteriosa en su tienda. Él último de los ancianos renfayar que conocían, sí, conocían bien a mi padre y todos sus parientes, y a los niños que llamaban hijos.

Idiota, ¿por qué no dejaste que los años desdibujaran tus recuerdos? ¿Por qué no te convertiste en un anciano más, chocho e inútil? ¿Qué mantuvo tus ojos tan perspicaces? Pero eso se acabó. Ahora clavas la mirada en la piedra y la oscuridad. Ahora esa mente avispada se pudre en su cráneo, y se acabó.

Déjame estar.

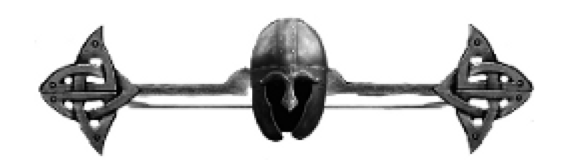
Las primeras chispas de lluvia lo golpearon y alzó la vista al cielo. Gotas duras que estallaban contra su máscara, la armadura de escamas que ocultaba la pavorosa verdad. *Soy inmune. No se me puede tocar. Mañana destruiremos al enemigo*.

Los guardianes se ocuparán de eso. Me eligieron, ¿no es cierto? El suyo es el don de la gloria y nadie, salvo yo, se lo ha ganado.

Por los ojos de lagarto de los k'chain che'malle, tendré mi victoria.

El tambor sordo comenzó su estruendo arrítmico en la profundidad de las nubes de tormenta, y los espíritus de los leznas, que miraban con furia la tierra desde las alturas, empezaron a sacar sus espadas dentadas.

20



Vivimos a la espera
de ésta, la más valiosa de las cosas:
nuestro dios con ojos despejados
que se adentra en el yermo
de nuestras vidas,
con la paja atada
de una escoba
y con una sonrisa brillante.
Este dios barre hacia una esquina
nuestro desastre de crímenes,
las confusas protestas
que escupimos por la mañana,
con cada amanecer.

Vivimos a la espera, sí,
en valioso desuso
de ojos fríos nuestras virtudes,
sembrando las semillas del yermo
en la cálida tierra de la vida.
En la mano, el gélido hierro
de armas,
y con recompensa brillante,
empapamos este terreno,
bajo el cielo claro,
con la sangre de nuestro dios,
escupido y arrastrado
en riguroso asco.

Nuestro dios que espera
—Cormor Fural

Torres y puentes, de una esbeltez esquelética, y por ninguna parte señal alguna de manos que los guiaran, de inteligencia o voluntad concentrada. Esos constructos que se alzaban hacia el rubor leve de la luz eran totalmente naturales, con líneas toscas y crudos en su huesuda elegancia. Vagar por sus larguiruchos pies era arrollar todo sentido de la proporción, del aspecto que se suponía que debía tener el mundo. No había aire, solo agua. No había luz, solo el fulgor de un regalo antinatural de visión espiritual que revelaba esas torres y esos puentes arqueados, tan altos y finos que parecían a punto de desmoronarse en esas corrientes fieras y arremolinadas.

Bruthen Trana, desprendido de la carne y del hueso que había sido hogar de su existencia entera, vagaba perdido por el fondo de un océano. No se había esperado eso. Las visiones y profecías les habían fallado; le habían fallado sobre todo a Hannan Mosag. Bruthen había sospechado que su viaje lo llevaría a un lugar extraño, no anticipado, un reino quizá mítico. Un reino poblado de dioses y demonios, de centinelas que defendían heredades largo tiempo muertas con una imperturbabilidad inmortal.

«*Donde la luz del sol no llegará*». Quizá su memoria no fuera perfecta, pero eso había sido lo esencial de esa malhadada profecía. Y él no era más que un guerrero de los tiste edur, un guerrero que carecía de carne más allá de lo que insistía su espíritu por algún tipo de obstinación contumaz, tan testarudo en su presunción como cualquier centinela.

Así que allí estaba, caminando, y podía bajar la vista y ver sus miembros, su cuerpo; podía levantar la mano y tocarse la cara, sentir el pelo (ya suelto) extendiéndose en la

corriente como briznas de algas. Podía sentir el frío del agua, podía sentir incluso la inmensa presión que lo asediaba en ese mundo oscuro. Pero no había senderos, ni camino, ninguna pista obvia que serpenteara alrededor de esos edificios de piedra.

La madera podrida de cuadernas de barcos estallaba en nubes bajo sus pies. Remaches fundidos giraban bajo él. Fragmentos que podrían ser de hueso se deslizaban y bailaban por el fondo cenagoso, llevados en todas direcciones por las corrientes. La disolución parecía ser la maldición del mundo, de todos los mundos. Cuanto se rompía, cuanto fallaba, descendía hasta alguna última morada, perdido en la oscuridad, y eso iba más allá de los barcos en el mar y las vidas en esos barcos. Ballenas, dhenrabi, el crustáceo más diminuto. Planes, proyectos y visiones grandiosas. Amor, fe y honor. Ambición, lujuria y malicia. Podía bajar los brazos y recogerlo enteramente en sus manos, observar el agua tironeando de todo aquello, arrojarlo a un sendero momentáneo, arremolinado, de gloria resplandeciente, antes de desaparecer una vez más.

Quizá ésa era la verdad que estaba destinado a ver, suponiendo que fuera digno de eso, claro, una presunción que estaba resultando difícil mantener. En su lugar, lo invadían oleadas de desesperación que lo atravesaban, que salían dando vueltas de su propia alma.

Estaba perdido.

¿Qué estoy buscando? ¿A quién estoy buscando? Lo he olvidado. ¿Es esto una maldición? ¿Estoy muerto y ahora vago condenado? ¿Estas torres se desmoronarán y me aplastarán, dejándome convertido en otra cosa rota, mutilada, hundida en la porquería y los sedimentos?

Soy tiste edur. Eso sí que lo sé. Mi verdadero cuerpo ha desaparecido, quizá para siempre.

Y algo, alguna fuerza del instinto, lo empujaba de modo involuntario. Había un objetivo, algo que lograr. Lo encontraría. Tenía que encontrarlo. Estaba relacionado con Hannan Mosag, que lo había enviado allí, eso sí que lo recordaba, junto con los ecos desdibujados de una profecía.

Pero se sentía como un niño, atrapado en un sueño que era una búsqueda infatigable de una cara conocida, de su madre, que estaba allí fuera, sin ser consciente de sus apuros e indiferente a ellos si los hubiera sabido (pues ése era el corazón de esos espantosos sueños), un corazón en el que el amor se revelaba necrótico, una mentira, la traición más profunda de todas. Bruthen Trana reconocía esos miedos por lo que eran, por la debilidad que revelaban, al tiempo que se sentía indefenso ante ellos.

Siguió vagando y dejó al fin tras él esos monumentos pavorosos. Quizá llorara durante un rato, aunque por supuesto no podía sentir sus propias lágrimas (eran uno con el mar que lo rodeaba), pero emitía llantos apagados, suficientes para dejar en carne viva su garganta. Y a veces tropezaba, caía, las manos se le hundían en el cieno y luchaba por ponerse en pie, golpeado por las corrientes.

Y todo aquello pareció continuar durante mucho tiempo.

Hasta que algo salió cerniéndose de la oscuridad que tenía delante. Como un bloque, apilado en un lado lo que parecían detritos, restos de un naufragio, ramas de árboles y objetos. Bruthen Trana se acercó a trompicones, intentando encontrarle sentido a lo que veía.

Una casa. Encerrada por un muro bajo de la misma piedra negra. Árboles muertos en el patio, los troncos gruesos, achaparrados, cada uno alzándose de un montículo de raíces sobresalientes. Un sendero serpenteante conducía a tres escalones largos e inclinados y a una puerta estrecha y medio oculta. A ambos lados de esa entrada había ventanas cuadradas, protegidas tras bandas de pizarra. A la derecha,

formando una esquina redondeada, se alzaba una torre achaparrada y con tejado plano. Una ventanita en la cornisa del nivel superior estaba iluminada por dentro con un fulgor amarillo, apagado, intermitente, vacilante.

Una casa. En el fondo del océano.

Y hay alguien en su interior.

Bruthen Trana se encontró de pie ante la verja, los ojos en el sendero serpenteante de adoquines que llevaba a los escalones. Vio salientes de sedimentos alzándose de los montículos a ambos lados, como si en el barro borbotearan los gusanos. Al aproximarse a la casa observó el denso cieno verde que cubría los muros, y la corriente predominante (que había amontonado basura contra un lado) también había hecho su trabajo en el suelo circundante; había arrancado uno de los árboles muertos y había esculpido el montículo hasta convertirlo en no más que una dispersión de cantos rodados recubiertos de percebes. El árbol se apoyaba en la casa con ramas inflexibles en las que ondeaban algas que se agitaban contra la corriente contraria.

Esto no es lo que busco. Lo supo con una certeza repentina. Y sin embargo… levantó los ojos una vez más, miró la torre y vio que la luz se atenuaba, como si se retirara, y después se desvanecía.

Bruthen Trana se metió en el sendero.

La corriente allí parecía más fiera, como si estuviera impaciente por apartarlo del camino, y algún instinto le dijo al tiste edur que no debía perder pie en ese patio. Se encorvó y continuó adelante con empeño.

Al llegar a los escalones, a Bruthen Trana lo golpeó un enturbiamiento repentino de la corriente, alzó la cabeza y advirtió que la puerta se había abierto. En el umbral se encontraba una figura extraordinaria. Tan alta como el tiste edur, pero tan delgada que parecía fatalmente demacrada.

La carne blanca como el hueso, fina y suelta, una cara larga, estrecha, marcada por una masa de arrugas. Los ojos eran de un color gris pálido que rodeaba unas pupilas verticales.

El hombre vestía sedas podridas, incoloras, que no ocultaban mucho, incluyendo las articulaciones extra de los brazos y las piernas, y lo que parecía ser un esternón con una bisagra horizontal en el medio. La ondulación de demasiadas costillas, un juego de clavículas menores bajo las principales. El cabello (poco más que unos mechones sobre una calva moteada) se agitaba como telarañas. En una mano alzada, el hombre sostenía un farol en el que había posada una piedra que ardía con un fuego dorado.

La voz que se dirigió a la mente de Bruthen Trana tenía un extraño tono infantil.

—¿Es ésta la noche para los espíritus?

—¿Es de noche, entonces? —preguntó Bruthen Trana.

—¿No lo es?

—No lo sé.

—Bueno —respondió la figura con una sonrisa—, yo tampoco. ¿Quieres unirte a nosotros? Hace mucho tiempo que la casa no tiene invitados.

—No soy para este lugar —dijo Bruthen Trana, indeciso—, creo…

—Estás en lo cierto, pero la colación se servirá en breve. Además, alguna corriente ha debido traerte aquí. No es como si cualquier espíritu antiguo pudiera encontrar la casa. Te han guiado hasta aquí, amigo mío.

—¿Por qué? ¿Quién?

—La casa, por supuesto. En cuanto a por qué… —El hombre se encogió de hombros, se retiró un poco e hizo un gesto—. Únete a nosotros, por favor. Hay vino, y como debe ser es… seco.

Bruthen Trana subió los escalones y cruzó el umbral.

La puerta se cerró sola tras él. Estaban en un pasillo estrecho, y justo delante había un cruce con forma de te.

—Soy Bruthen Trana, tiste edur de…

—Sí, sí, claro. El Imperio del dios Tullido. Bueno, uno de ellos, en cualquier caso. Un emperador encadenado, un pueblo esclavo… —Una rápida mirada por encima del hombro mientras el hombre lo conducía al pasillo de la derecha—. Eso seríais vosotros, los edur, no los letherii, que están sometidos a un amo mucho más cruel.

—El dinero.

—Bien dicho. Sí.

Se detuvieron ante una puerta engastada en un muro curvo.

—Esto lleva a la torre —dijo Bruthen Trana—. Donde vi por primera vez tu luz.

—Así es. Por desgracia, es la única habitación lo bastante grande para acomodar a mi visita. Oh —se acercó más—, antes de entrar debo advertirte de algunas cosas. Mi visita posee una debilidad, claro que, ¿no la tenemos todos? En cualquier caso, ha recaído sobre mí la tarea de, eh, celebrar esa debilidad; bien, sí, terminará pronto, como termina todo, pero todavía no. Así pues, no debes distraer a mi querida visita de la distracción que ya le proporciono. ¿Me entiendes?

—Quizá yo no debería entrar, entonces.

—Tonterías. Verás, Bruthen Trana. No debes hablar de dragones. Nada de dragones, ¿comprendes?

El tiste edur se encogió de hombros.

—Ese tema ni se me había ocurrido…

—Oh, pero en cierto modo sí que lo has pensado, y sigues haciéndolo. El espíritu de Emurlahnis. Scabandari. Padre Sombra. Es algo que te persigue, como persigue a todos los tiste edur. El asunto es delicado, ¿sabes? Muy delicado,

tanto para mí como para mi visita. He de confiar en tu comedimiento o habrá problemas. Una calamidad, de hecho.

—Haré lo que pueda, señor. Un momento, ¿cómo te llamas?

El hombre echó mano del cerrojo.

—Mi nombre no es para nadie, Bruthen Trana. Mejor será que me conozcas por uno de mis muchos títulos. El letherii servirá. Puedes llamarme Nudillos.

Levantó el cerrojo y empujó la puerta.

Dentro había una inmensa cámara circular, demasiado grande para el modesto muro de la torre que Bruthen Trana había visto desde fuera. El techo que existiera se perdía en la oscuridad. El suelo de losas de piedra medía cincuenta pasos o más de anchura. Cuando entró Nudillos, la luz de su farol floreció e hizo retroceder las sombras. Enfrente de ellos, pegado al muro curvo, había un estrado elevado sobre el que había esparcidos montones de sedas, almohadas y pieles. Y sentado al borde de ese estrado, inclinado hacia delante con los antebrazos apoyados en los muslos, había un gigante, o un ogro o demonio que lucía el mismo tono de piel que Nudillos, pero estirada sobre músculos enormes y un armazón robusto de huesos achaparrados. Las manos que colgaban sobre las rodillas eran de un tamaño desproporcionado, descomunales, incluso para ese enorme cuerpo. El cabello largo, desaliñado, le colgaba hasta enmarcar un rostro de rasgos pesados con ojos hundidos, tan hundidos que ni siquiera la luz del farol podía provocar más que una chispa trémula en esos hoyos metidos bajo el saliente del hueso.

—Mi visita —murmuró Nudillos—, Kilmandaros. Muy dulce, te lo aseguro, Bruthen Trana. Cuando está… distraída. Ven, está impaciente por conocerte.

Se acercaron, las pisadas resonaban en esa cámara sin agua. Nudillos modificó el rumbo un poco hacia una mesa

baja de mármol sobre la que había una botella polvorienta de vino.

—¡Amada —le dijo a Kilmandaros—, mira quién nos ha traído la casa!

—Embútelo a comida y bebida y que se vaya —dijo la mujerona con un gruñido—. Estoy sobre la pista de una solución, escuálido cachorro mío.

Bruthen Trana pudo ver entonces, desperdigados sobre las baldosas ante Kilmandaros, una profusión de huesecitos, cada uno grabado con patrones en todas las superficies disponibles. Parecían dispuestos sin orden, nada más que basura derramada de alguna bolsa; sin embargo, Kilmandaros los miraba con el ceño fruncido, con una concentración salvaje.

—La solución —repitió.

—Qué emocionante —dijo Nudillos, que se procuró en alguna parte una tercera copa y sirvió un vino ambarino—. ¿Doble o nada, entonces?

—Oh, sí, ¿por qué no? Pero ya me debes los tesoros de cien mil imperios, querido Setch…

—Nudillos, amor mío.

—Querido Nudillos.

—Estoy seguro que eres tú la que me debes a mí, madre.

—Pero solo por un momento más —respondió ella, que se estaba frotando las manazas—. Estoy tan cerca. Fue una tontería que ofrecieras doble o nada.

—Ah, mi debilidad —suspiró Nudillos mientras se acercaba a Bruthen Trana con la copa. Nudillos se encontró con la mirada del tiste edur y le guiñó un ojo—. Los granos dirigen el río, madre —dijo—. Será mejor que te des prisa con tu solución.

Un puño cayó como un trueno sobre el estrado.

—¡No me pongas nerviosa!

Los ecos de ese impacto tardaron en desvanecerse.

Kilmandaros se inclinó todavía más y miró con furia la disposición de huesos.

—El patrón —susurró—, sí, casi lo tengo. Casi…

—Me siento magnánimo —dijo Nudillos— y te ofrezco detener esos granos… durante un rato. Para que podamos ser verdaderos anfitriones de nuestra nueva visita.

La gigantona alzó la vista con una astucia repentina en su expresión.

—Excelente idea, Nudillos. ¡Que así sea!

Un gesto y la luz vacilante del farol cesó de vacilar. Todo quedó quieto de un modo que Bruthen Trana no pudo definir; después de todo, nada había cambiado. Y sin embargo su alma sabía, de algún modo, que los granos de los que Nudillos había hablado eran el tiempo, su paso, su viaje interminable. Aquel hombre acababa, con un único gesto de una mano, de detener el tiempo.

Al menos en esa cámara. No en todos los demás sitios, ¿verdad? Y sin embargo…

Kilmandaros se echó hacia atrás con una sonrisita de satisfacción y clavó los ojitos en Bruthen Trana.

—Ya veo —dijo—. La casa anticipa.

—Somos como sueños fugaces para los azath —dijo Nudillos—. Sin embargo, aunque no somos más que vanidades momentáneas, como bien podría definirse nuestra patética existencia, tenemos nuestros usos.

—Algunos —dijo Kilmandaros, desdeñosa de repente— resultamos más útiles que otros. Este tiste edur —un gesto expansivo de una manaza llena de marcas— tiene una utilidad modesta, se mire como se mire.

—El azath ve lo que nosotros no vemos en cada uno de nosotros. Quizá, madre, en todos nosotros.

Un gruñido avinagrado.

—Crees que esta casa me dejó ir por propia voluntad; lo que demuestra tu credulidad, Nudillos. Ni siquiera el azath

podría retenerme para siempre.

—Extraordinario —dijo Nudillos— que te retuviera siquiera.

Bruthen Trana se dio cuenta de que ese intercambio era habitual y que seguía rutas ya trilladas entre los dos.

—Jamás habría pasado —dijo Kilmandaros por lo bajo— si él no me hubiera traicionado…

—Ah, madre. No siento un cariño especial por Anomander Purake, pero seamos justos. No te traicionó. De hecho, fuiste tú la que te abalanzaste sobre él por la espalda…

—¡Anticipándome a su traición!

—Anomander no falta a su palabra, madre. Nunca lo hecho, nunca lo hará.

—Dile eso a Osserc…

—Que también tiene por costumbre «anticiparse» a la traición inminente de Anomander.

—¿Qué hay de Draconus?

—¿Qué pasa con él, madre?

Kilmandaros murmuró algo con tono profundo y demasiado bajo para que Bruthen Trana lo captara.

—Nuestro invitado tiste edur —dijo Nudillos— busca el Lugar de los Nombres.

Bruthen Trana se sobresaltó. ¡Sí! Era verdad, una verdad que él ni siquiera había sabido hasta ese mismo momento, hasta las calladas palabras de Nudillos. *El Lugar de los Nombres. Los nombres de los dioses*.

—Habrá problemas, entonces —dijo Kilmandaros, que cambió de postura, agitada, su mirada recaía una y otra vez en los huesos dispersos—. Debe recordar esta casa, entonces. El sendero, cada paso, debe recordarlo o vagará perdido para toda la eternidad. Y con él, igual de perdidos que han estado siempre, los nombres de todos los dioses olvidados.

—Su espíritu es fuerte —dijo Nudillos, que miró a Bruthen Trana y sonrió—. Tu espíritu es fuerte. Perdóname, con frecuencia olvidamos por completo el mundo exterior, incluso cuando, en escasas ocasiones como ésta, ese mundo se inmiscuye.

El tiste edur se encogió de hombros. La cabeza le daba vueltas. *El Lugar de los Nombres*.

—¿Qué encontraré allí? —preguntó.

—Ya se le olvida —murmuró Kilmandaros.

—El sendero —respondió Nudillos—. Más que eso, en realidad. Pero cuando todo haya acabado para ti en ese sitio, debes recordar el sendero, Bruthen Trana, y debes recorrerlo sin un solo asomo de duda.

—Pero, Nudillos, en toda mi vida no ha habido ni un solo sendero que haya recorrido sin un asomo de duda, más que un asomo, de hecho…

—Sorprendente —interpuso Kilamandaros— en un hijo de Scabandari…

—Debo comenzar los granos otra vez —anunció de repente Nudillos—. En el río, el patrón, madre, te llama una vez más.

La gigante maldijo en un idioma desconocido y se volvió a inclinar para mirar los huesos con la frente arrugada.

—Lo tenía —murmuró—. Casi lo tenía, estaba tan cerca…

Un leve repique resonó en la cámara.

El puño de la mujer cayó como un trueno otra vez en el estrado y esa vez los ecos parecieron no tener fin.

A una discreta señal de Nudillos, Bruthen Trana se terminó el magnífico vino y volvió a dejar la copa en la mesa de mármol.

Era hora de irse.

Nudillos regresó con Bruthen Trana al pasillo. Una última mirada a esa espaciosa sala y el tiste edur vio a Kilamandaros con las manos en las rodillas y mirándolo con

fijeza, con esos ojos que resplandecían un poco, como dos estrellas solitarias y moribundas en el firmamento. Bruthen Trana sintió un escalofrío en lo más hondo del corazón, apartó la mirada y siguió al hijo de Kilmandaros de regreso a la puerta principal.

En el umbral se detuvo un momento para buscar algo en la cara de Nudillos.

—El juego al que juegas con ella, dime, ¿existe ese patrón?

Cejas arqueadas.

—¿Al arrojar los huesos? Y yo qué diablos sé. —Una sonrisa repentina—. Es que a nuestra especie, ah, nos encantan los patrones.

—¿Incluso si no existen?

—¿No existen? —La sonrisa se hizo maliciosa—. Vete, Bruthen Trana, y cuidado con el sendero. Ten cuidado siempre con el sendero.

El tiste edur bajó andando a los adoquines.

—Lo tendría —murmuró—, si lo encontrara.

A cuarenta pasos de la casa se volvió para mirarla y no vio más que corrientes arremolinadas haciendo girar sedimentos en embudos.

Ha desaparecido. Como si me lo hubiera imaginado todo.

Pero estaba advertido, ¿no? Algo sobre un sendero.

Recuerda...

Perdido. Otra vez. Los recuerdos se desprendieron, arrancados por los vientos furiosos del agua.

Dio media vuelta y echó a andar, tambaleándose, paso a paso, hacia algo que no podía sacar del fondo de su mente, que ni siquiera podía imaginar. ¿Era allí donde terminaba la vida? ¿En una misión desesperada, en la búsqueda eterna de un sueño perdido?

Recuerda el sendero. Oh, padre Sombra, recuerda... algo. Lo que sea.

Donde habían estado los enormes trozos de hielo habían crecido sotos de árboles jóvenes. Alisos, álamos, cornejos, árboles que formaban un ribete enmarañado que rodeaba la ciudad meckros muerta. Más allá de los árboles estaban las hierbas de las llanuras y, entre ellas, azulinas de raíces profundas y amapolas de labios rojos que cubrían los montículos de las tumbas donde residían los huesos de miles de personas.

Algunos restos de edificios todavía se alzaban aquí y allá, sobre sus inmensas torres de madera, mientras que otros se habían ladeado y desmoronado, derramando su contenido por las calles inclinadas. Las malas hierbas y los matorrales crecían por todas partes y salpicaban la enorme ruina que no dejaba de crecer, y entre los huesos rotos de los edificios se hallaban un millón de flores esparcidas, una profusión de colores por todos lados.

Se irguió haciendo equilibrios sobre una columna caída de mármol polvoriento que le permitía ver el paisaje, la ciudad que se extendía a su izquierda, el borde irregular y los árboles de hojas verdes con los montículos más allá, a su derecha. Sus ojos, de un color ámbar fiero, estaban clavados en el horizonte, justo delante de él. Su boca ancha lucía su mueca habitual, las comisuras hacia abajo, una expresión que parecía en guerra continua con la alegría centelleante de sus ojos. Los ojos de su madre, decían. Pero algo menos fieros, y eso, quizá, nacía del incómodo regalo de su padre: una boca que no esperaba sonreír jamás.

Su segundo padre, su verdadero padre. El hilo de sangre. El que lo había visitado en su séptima semana de vida. Sí, si bien había sido Araq Elalle el que lo había criado, si bien vivía en la ciudad meckros, había sido el otro (el desconocido que había ido en compañía de una

invocahuesos de pelo amarillo) el que le había dado su semilla a Menandore, la madre de Rud Elalle. Sus niñeros imass no habían sido ciegos a esas verdades, y, ah, cómo se lo había recriminado Menandore después.

«¡Tomé todo lo que necesitaba de Udinaas! Y le dejé un caparazón seco y nada más. Jamás podrá engendrar otro hijo, ¡un simple caparazón!, ¡un mortal inútil! Olvídalo, hijo mío. No es nada».

Y ante la terrible exigencia que se vislumbraba entre las llamas de los ojos de la madre, su hijo retrocedió.

Rud Elalle se había convertido en un joven alto, medio palmo más alto incluso que su madre. Su cabello, largo y desgreñado al modo de los guerreros imass bentract, era de un tono castaño decolorado por el sol. Vestía un manto de piel de ranag, de color marrón oscuro con el pelo coronado de ámbar. Bajo él había una camisa de cuero flexible hecha con piel de ciervo. Los pantalones ceñidos eran de piel de allish, más gruesa y resistente. Calzaba unos mocasines de cuero de ranag que le llegaban justo por debajo de las rodillas.

Una cicatriz le recorría el lado derecho del cuello, cortesía de la última embestida de un jabalí moribundo. También se había roto los huesos de la muñeca izquierda y los tenía desalineados, los lugares de las fracturas eran protuberancias nudosas entreveradas de gruesos tendones; pero el brazo no había quedado debilitado, de hecho, era más fuerte que su contrario. Regalo de Menandore, esa extraña reacción a cualquier lesión, como si su cuerpo intentara blindarse contra cualquier posibilidad de que la lesión se repitiese. Había habido otras fracturas, otras heridas, la vida entre los imass era dura, y aunque ellos lo habrían protegido de sus rigores, él no lo permitía. Estaba entre los bentract, pertenecía a los bentract. Allí, entre ese

pueblo maravilloso, había encontrado amor y camaradería. Viviría como ellos vivían todo el tiempo que pudiese.

Pero, por desgracia, comenzaba a presentir… que ese tiempo llegaba a su fin. Sus ojos permanecieron clavados en ese horizonte lejano, aunque percibió su llegada y supo que la tenía al lado.

—Madre —dijo.

—Imass —le contestó ella—. Utiliza tu idioma, hijo mío. Habla el lenguaje de los dragones.

Un leve desagrado agrió el temperamento de Rud Elalle.

—No somos eleint, madre. Esa sangre es robada. Impura…

—No somos menos hijos de Starvald Demelain. No sé quién te ha llenado la cabeza con esas dudas, pero son debilidades, y ahora no es el momento.

—Ahora no es el momento —repitió él.

Ella lanzó un bufido.

—Mis hermanas.

—Sí.

—Me buscan a mí. Lo buscan a él. Sin embargo, en ambas intrigas, no han contado contigo como amenaza, hijo mío. Oh, saben que has crecido. Conocen el poder de tu interior. Pero no saben nada de tu voluntad.

—Ni tú tampoco, madre.

La oyó contener el aliento, en el fondo le divirtió el repentino y concurrido silencio que siguió.

Rud señaló el horizonte lejano con la cabeza.

—¿Los ves, madre?

—No importan. Es posible que sobrevivan, pero yo no apostaría por ello. Compréndeme, Rud, con lo que está por llegar, ninguno estamos a salvo. Ni uno. Ni tú, ni yo, ni tus preciosos bentract…

El joven se volvió al oír eso y sus ojos se convirtieron de inmediato en un espejo de los de su madre, en ellos

brillaban la rabia y las amenazas.

Ella estuvo a punto de estremecerse, él lo advirtió y se alegró.

—No toleraré que se les haga daño, madre. Deseas entender mi voluntad. Pues ya la entiendes.

—Tonterías. No, una locura. Ni siquiera están vivos…

—En sus mentes lo están. En mi mente, madre, lo están.

La madre esbozó una sonrisa burlona.

—¿Los nuevos que hay entre los bentract respetan tan noble fe, Rud? ¿No has visto su desdén? ¿El desprecio que sienten por sus engañados parientes? Es solo cuestión de tiempo que uno de ellos diga la verdad… y haga pedazos las ilusiones para siempre…

—No lo harán —dijo Rud, una vez más contemplaba el grupo distante de viajeros que, ya sin duda, se iban acercando a la ciudad en ruinas—. No nos visitas con frecuencia suficiente —dijo después—. Desdén y desprecio, sí, pero ahora también verás miedo.

—¿De ti? ¡Oh, hijo mío, qué idiota! ¿Y tus parientes adoptivos saben guardarte las espaldas frente a ellos? Pues claro que no, eso revelaría demasiado, suscitaría preguntas incómodas, y a los imass no es fácil repelerlos cuando buscan la verdad.

—Mis espaldas estarán guardadas —dijo Rud.

—¿Por quién?

—No por ti, madre.

Ella siseó igual que un reptil.

—¿Cuándo? ¿Mientras mis hermanas están ocupadas intentando matarme? ¿Cuando él tenga el finnest en la mano y su mirada caiga sobre todos nosotros?

—Si no eres tú —le contestó él con tranquilidad—, entonces será otro.

—Es más inteligente matar a los recién llegados ahora, Rud.

—¿Y mis parientes no harían preguntas entonces?

—No habrá nadie vivo salvo tú para responder, y tú, por supuesto, puedes contarles lo que te apetezca. Mata a esos nuevos imass, esos desconocidos con su mirada astuta, y hazlo rápido.

—Creo que no.

—Mátalos o lo haré yo.

—No, madre. Los imass son míos. Derrama sangre entre mi pueblo, de cualquiera de ellos, y te encontrarás sola el día que lleguen Sukul y Sheltatha, el día de Silchas Ruina, que viene a reclamar el finnest. —Se giró y la miró. ¿Podría la piel blanca ponerse más pálida?—. Sí, todo en un solo día. He ido a las Doce Puertas, a mantener mi vigilia, como has pedido.

—¿Y? —La pregunta se hizo casi sin aliento.

—Kurald Galain está muy perturbado.

—¿Se acercan?

—Lo sabes tan bien como yo. Mi padre está con ellos, ¿no es cierto? Robas sus ojos cuando te conviene…

—No es tan fácil como crees. —El tono de su madre era genuino en su amargura—. Me… desconcierta.

Te asusta, querrás decir.

—Silchas Ruina exigirá el finnest.

—¡Sí, así es! Y los dos sabemos lo que hará con él, ¡y eso no se debe permitir!

¿Estás segura de eso, madre? Porque, sabes, yo no. Ya no.

—Silchas Ruina bien puede exigir. Bien puede hacer amenazas alarmantes, madre. Tú lo has dicho con frecuencia más que suficiente.

—Y si permanecemos juntos, hijo mío, no tiene esperanza alguna de poder pasar.

—Sí.

—¿Pero quién estará guardándote las espaldas?

—Basta, madre. Les he advertido que guarden silencio y no creo que vayan a intentar nada. Llámalo fe, no en la medida de su miedo. En su lugar, mi fe descansa en la medida de… del asombro.

Ella se lo quedó mirando, era obvio que confundida.

Su hijo no sintió inclinación alguna por elaborar más la respuesta. Su madre lo vería, en su momento.

—Me gustaría ir a recibir a estos nuevos —dijo él, los ojos regresando a los desconocidos que se acercaban—. ¿Quieres unirte a mí, Menandore?

—Debes de estar loco. —Palabras llenas de afecto, sí, su madre nunca podía reñirlo mucho tiempo. Algo de la serenidad etérea de su padre, quizá, una serenidad que hasta el propio Rud recordaba de esa única y breve visita. Una serenidad que se deslizaba sobre los rasgos regulares, ordinarios, del letherii siempre que desaparecía la oleada de dolor, de desesperación (o cualquier otra emoción violenta), y no dejaba ni una onda a su paso.

Esa serenidad, comprendía al fin Rud, era el verdadero rostro de Udinaas. El rostro de su alma.

Padre, ansío tanto verte otra vez.

Su madre se había ido, al menos de su lado. Rud Elalle sintió una ráfaga repentina de viento, alzó la vista y vio la masa blanca y dorada de la forma dracónica de su madre, que se abalanzaba hacia el cielo con cada arremetida de las inmensas alas.

Los desconocidos se habían detenido todavía a trescientos pasos de distancia y se habían quedado mirando a Menandore, que seguía subiendo cada vez más; la dragona se deslizó por unas corrientes de aire por un instante hasta que quedó frente a ellos y descendió en picado, poniendo rumbo directo hacia el pequeño grupo. Ah, cómo le gustaba intimidar a los seres inferiores.

Lo que pasó entonces sin duda sorprendió a Menandore más incluso que a Rud, que lanzó un grito involuntario de sorpresa cuando dos formas felinas se lanzaron al viento en medio del grupo. Del tamaño de perros, las patas delanteras azotaron el aire cuando la madre de Rud planeó por encima; la dragona encogió de golpe las patas traseras contra el vientre en un movimiento instintivo de alarma, al tiempo que el aleteo atronador de sus alas la alejaba del peligro. Al ver girarse el cuello de la criatura, los ojos destellando con una rabia ultrajada (indignada, sin duda), Rud Elalle se echó a reír y notó con satisfacción que el sonido llegaba a oídos de su madre, suficiente para atraer su mirada furiosa y sostenerla, hasta que el impulso la llevó lejos de los desconocidos y sus desafiantes mascotas, pasado ya el momento en el que podría haber virado en redondo con las mandíbulas abiertas de par en par para desatar una magia letal sobre los escandalosos emlavas y sus amos.

La balanza de la amenaza se inclinó hacia el otro lado (tal y como Rud había pretendido con esa carcajada estruendosa) y la dragona siguió su camino por el cielo, desechando todo a su paso, incluyendo a su primogénito.

Y, si acaso hubiera estado en su naturaleza, su hijo habría sonreído entonces. Pues sabía que su madre estaba sonriendo. Encantada de haber divertido tanto a su único hijo, el niño que, al igual que cualquier imass, reservaba sus carcajadas para las heridas que recibía su cuerpo en los feroces juegos de la vida. E incluso las dudas que pudiera albergar su madre, grabadas a fuego por la conversación que acababan de tener, se irían limando por un tiempo.

Muy poco tiempo. Cuando regresaran, Rud también sabía que escocerían como el fuego. Pero para entonces ya sería demasiado tarde. *Más o menos*.

Se bajó de la columna volcada. Era hora de ir a recibir a los desconocidos.

—Eso —anunció Seto— no es ningún imass. A menos que por aquí los críen muy grandes.

—No es pariente —observó Onrack con los ojos entrecerrados.

El corazón fantasmal de Seto seguía palpitando con fuerza en su fantasmal pecho tras la pasada de aquel pinchaúvas de dragón. Si no hubiera sido por los cachorros de emlava y su descerebrada temeridad, las cosas podrían haber terminado por complicarse bastante. Un maldito en la mano izquierda de Seto. Ben el Rápido con una docena de sendas enmarañadas que bien podría haber disparado a la vez. Trull Sengar y sus puñeteras lanzas... *Sí, filetes de dragona lloviendo del cielo*.

A menos que nos atrapara ella antes.

Daba igual, el momento había pasado y él lo agradecía.

—Quizá no sea pariente, Onrack, pero se viste como un imass, y son lascas de piedra lo que hay en el interesante extremo de esa porra de hueso que lleva. —Seto miró a Ben el Rápido y sintió una vez más la oleada de deleite de ver una cara conocida, la cara de un amigo, y añadió—: Ojalá estuviera aquí Viol, porque con solo mirar a ese hombre ya se me ha puesto de punta el vello de la nuca.

—Si esto ya te da mala espina —respondió el mago—, ¿para qué necesitas a Viol?

—Para confirmarlo, para eso. El cabrón estaba hablando con una mujer, que después se transformó en dragón y se le ocurrió darnos un susto. Alguien que anda con criaturas con escamas me pone nervioso.

—Onrack —dijo Trull Sengar cuando el hombre se acercó caminando con una zancada despreocupada, casi perezosa —, creo que nos acercamos al lugar en el que Cotillion quería que estuviéramos.

Al oír eso, Seto frunció el ceño.

—Hablando de escamas, esos tratos con el lacayo de Tronosombrío hace que todo esto huela todavía peor…

—Lo que deja una vez más en el aire la explicación de qué estás haciendo tú aquí, Seto —respondió el tiste edur con una leve sonrisa dedicada al zapador, esa maldita sonrisa, tan tosigosa y encantadora que Seto estuvo a punto de cantar cada secreto que tenía en la cabeza solo para ver crecer esa sonrisa y convertirse en algo más acogedor. Trull Sengar era así, incitaba a la amistad y la camaradería como el aroma dulce de una flor (seguramente venenosa). *Pero puede que solo sea yo. Mi paranoia habitual. Bien ganada, por cierto. Aun así, no parece haber nada venenoso en Trull Sengar. Es solo que yo no confío en la gente agradable. Ya está, ya lo he dicho, al menos en mi cabeza. Y no, no necesito ninguna razón del metemuertos del Embozado*.

Se acercó demasiado a uno de los cachorros de emlava y tuvo que escabullirse de golpe para evitar las garras que salieron disparadas. Miró con furia a la criatura, que le siseaba.

—Ese pelaje es mío, ¿lo sabes? Mío, gatito. Entretanto, cuídalo bien.

Los ojos se alzaron hacia él y ardieron, el cachorro de emlava abrió de par en par las mandíbulas y emitió otro siseo bajo más.

Mierda, esos colmillos cada vez son más largos.

Onrack se había adelantado y acababa de parar. Al poco, se habían detenido todos unos cuantos pasos detrás de él.

El guerrero alto de cabello revuelto se acercó sin prisas. A cinco pasos de Onrack se detuvo, sonrió y dijo algo en un idioma gutural.

Onrack ladeó la cabeza.

—Habla imass.

—¿No habla malazano? —preguntó Seto con una mueca burlona de incredulidad—. ¿Qué le pasa a ese maldito idiota?

La sonrisa del hombre se ensanchó, los ojitos ambarinos se clavaron en Seto y habló en malazano.

—Todos los hijos de la lengua imass son como poesía para este maldito idiota. Al igual que los idiomas de los tiste —añadió al tiempo que posaba la mirada en Trull Sengar. Después extendió las manos a los lados con las palmas hacia arriba—. Soy Rud Elalle, criado entre los imass bentract como si fuese un hijo propio.

—Todavía no se han mostrado, Rud Elalle —dijo Onrack—. Ésta no es la bienvenida que esperaba de unos parientes.

—Te han observado, sí, durante algún tiempo. Muchos clanes. Ulshun Pral envió recado para que nadie se interpusiese en tu camino. —Rud Elalle bajó los ojos y miró los cachorros atados a ambos lados de Trull Sengar—. Los ays huyen de vuestro olor y ahora entiendo por qué. —Bajó las manos y retrocedió un paso—. Os he dado mi nombre.

—Yo soy Onrack, de los t'lan imass logros. El que refrena a los emlavas es Trull Sengar, tiste edur de los hiroth. El hombre de piel oscura es Ben Adaephon Delat, nacido en una tierra llamada Siete Ciudades; y su compañero es Seto, en otro tiempo soldado del Imperio de Malaz.

Los ojos de Rud buscaron a Seto otra vez.

—Dime, soldado, ¿sangras?

—¿Qué?

—Estabas muerto, ¿no? Un espíritu que por voluntad propia ocupa el cuerpo que una vez poseyó. Pero ahora estás aquí. ¿Sangras?

Perplejo, Seto miró a Ben el Rápido.

—¿Qué quiere decir? ¿Igual que sangra una mujer? Soy demasiado feo para ser una mujer, Rápido.

—Discúlpame —dijo Rud Elalle—. Onrack se proclama t'lan imass, pero aquí está, recubierto de carne y luciendo las cicatrices de vuestro viaje por este reino. Y ha habido otros invitados similares. T'lan imass, vagabundos solitarios que han encontrado este lugar, y ellos también están recubiertos de carne.

—¿Otros invitados? —preguntó Seto—. Habéis estado a punto de tener otra más, y habría sido una víbora en vuestro seno, Rud Elalle. Para que conste, yo no confiaría en esos otros t'lan imass, si fuera tú.

—Ulshun Pral es un líder sabio —respondió Rud con otra sonrisa.

—Sigo siendo un fantasma —dijo Seto.

—¿Lo eres?

El zapador frunció el ceño.

—Bueno, no pienso cortarme para averiguarlo.

—Porque tienes intención de abandonar este lugar al final. Por supuesto, lo entiendo.

—Eso parece —soltó Seto de repente—. Así que, quizá vivas con estos imass bentract, Rud Elalle, pero hasta ahí llega el parentesco. Bueno, ¿quién eres?

—Un amigo —respondió el hombre con otra sonrisa más.

Sí, pues si supieras lo que me parecen a mí las personas amigables…

—Me habéis dado vuestros nombres, así que ahora os doy la bienvenida entre los imass bentract. Venid, Ulshun Pral está impaciente por conoceros.

Y echó a andar.

Lo siguieron. Seto llamó a Ben el Rápido con gestos para que se pusiera a su lado y los dos se rezagaron un poco. El zapador habló entonces en voz muy baja.

—Ese árbol peludo se alza en las ruinas de una ciudad muerta, Rápido, como si fuera su puñetero príncipe del Embozado.

—Una ciudad meckros —murmuró el mago.

—Sí, ya me lo suponía. ¿Y dónde está el océano? Me alegro de no haber visto la ola que la trajo hasta aquí.

Ben el Rápido lanzó un bufido.

—Dioses y dioses ancestrales, Seto. Apostaría que estuvieron por aquí dando patadas a los trozos. Y, solo quizá, un jaghut o dos. Hay un auténtico desbarajuste de magia residual en este lugar, no solo imass. Más jaghut que imass, de hecho. Y… más cosas.

—Ben el Rápido Delat, lúcido como un meadero.

—¿De verdad quieres saber por qué nos envió aquí Cotillion?

—No. Solo con saberlo ya me enreda en su telaraña y yo no pienso bailar para ningún dios.

—¿Y yo sí, Seto?

El zapador esbozó una gran sonrisa.

—Sí, pero tú bailas, y luego bailas.

—Rud tiene razón en algo, por cierto.

—No, tiene una porra.

—En cuanto a si sangras.

—Por el Embozado en las alturas, Rápido…

—Ah, eso sí que lo dice todo, Seto. ¿Qué está haciendo el Embozado «en las alturas»? ¿Se puede saber lo profundo que era el agujero del que te escapaste? Y lo que es más importante, ¿por qué?

—¿Ya te amarga mi compañía? ¿Sabes?, a mí era al que peor caías. Hasta Trote…

—¿Y ahora quién está bailando?

—Mejor no saber nada sobre por qué estamos aquí, eso es lo que estoy intentando decir.

—Relájate. Que yo te entiendo, Seto, y puede que te sorprendas, pero no solo no tengo ningún problema con que estés aquí, sino que Cotillion tampoco lo tiene…

—¡Cabrón! ¿Qué pasa, que Cotillion y tú os andáis mandando palomas mensajeras?

—No estoy diciendo que Cotillion sepa algo sobre ti, Seto. Solo digo que si lo supiera, le parecería bien. Y también a Tronosombrío…

—¡Dioses del inframundo!

—¡Cálmate!

—A tu alrededor, Rápido, eso es imposible. ¡Siempre lo fue y siempre lo será! ¡Por el Embozado, si soy un fantasma y sigo poniéndome nervioso!

—Nunca se te dio bien la tranquilidad, ¿verdad? Cualquiera habría supuesto que morir te habría cambiado, aunque fuera un poco, pero supongo que no.

—Muy gracioso. Ja, ja.

Estaban rodeando la ciudad en ruinas y llegaron a la vista de los montículos de las tumbas. Ben el Rápido lanzó un gruñido.

—Parece que los meckros no sobrevivieron a la patada.

—Muertos o no —respondió Seto—, tú también te pondrías nervioso si llevaras un saco de malditos a la espalda.

—¡Joder, Seto, era un maldito lo que tenías en la mano ahí atrás! Cuando la dragona…

—Sí, Rápido, así que procura que no se me acerquen esos gatitos, no vaya a ser que me dé por dar un salto y me tuerza un tobillo o algo. Y deja de hablar de Tronosombrío y Cotillion.

—Un saco lleno de malditos. Ahora sí que estoy nervioso, ¡tú puede que estés muerto, pero yo no!

—Pues por eso.

—Yo también pienso que ojalá estuviera aquí Viol. En tu lugar.

—¿Cómo se te ocurre decir eso? Estás hiriendo mis sentimientos. Pero bueno. Lo que quería contarte era sobre

esa t'lan imass con la que estuve viajando un tiempo.

—¿Qué le pasó? Déjame adivinar, le tiraste un maldito.

—Pues claro que sí, hostias, Rápido. Estaba arrastrando cadenas, de las grandes.

—¿El dios Tullido?

—Sí. Todo el mundo quiere entrar en esta partida.

—Eso sería un error —afirmó el mago mientras caminaban hacia una serie de afloramientos de rocas, detrás de los cuales se alzaban los jirones finos del humo de varias hogueras—. El dios Tullido terminaría encontrándose en seria desventaja.

—Tienes muy buena opinión de ti mismo, ¿eh? Algunas cosas nunca cambian.

—Yo no, idiota. Me refiero a la dragona. Menandore. La madre de Rud.

Seto se quitó la gorra de cuero y se tiró de las greñas que le quedaban.

—¡Me vas a volver loco! ¡Tú! ¡Esas cosas! ¡Las dejas caer como un montón maloliente de… ah! —Se soltó el pelo—. ¡Oye, eso me dolió!

—¿Un tirón suficiente para sangrar, Seto?

Seto miró con furia al mago, que esbozaba una sonrisita de satisfacción.

—Mira, Rápido, todo esto estaría muy bien si estuviera planeando construirme aquí un caserío, plantar unas cuantas patatas y criar emlavas porque tienen pelo de peluche o algo así. Pero maldita sea, solo estoy de paso, ¿estamos? Y cuando salga por el otro lado, bueno, vuelvo a ser un fantasma, y eso es algo a lo que necesito acostumbrarme, y seguir acostumbrado.

Ben el Rápido se encogió de hombros.

—Pues deja de tirarte del pelo y todo irá bien.

Los cachorros de emlava habían crecido y eran lo bastante fuertes para hacer perder el equilibrio a Trull Sengar; las bestezuelas tiraban de sus correas de cuero, su atención clavada una vez más en el soldado malazano llamado Seto, por el que sentían un odio sin sentido. Trull se echó hacia delante para arrastrar a las bestias, las cosas siempre iban mejor cuando el zapador marchaba por delante, en lugar de demorarse como estaba haciendo.

Onrack, al notar sus esfuerzos, se volvió y les dio unos porrazos a los dos cachorros en las frentes planas. Acobardados, los dos emlavas dejaron de tirar y continuaron andando sin ruido, las cabezas gachas.

—Su madre haría lo mismo —dijo Onrack.

—Un zarpazo a tiempo… —dijo Trull con una sonrisa—. No sé si podríamos creer lo mismo en el caso de nuestro guía.

Rud Elalle iba diez pasos por delante de ellos, quizá podía oírlos o quizá no.

—Sí, comparten sangre —dijo Onrack con un asentimiento—. Eso quedó claro cuando los vimos ahí de pie, juntos. Y si hay sangre eleint en la madre, entonces también la hay en el hijo.

—¿Soletaken?

—Sí.

—Me pregunto si anticipó esta complicación. —Trull se refería a Cotillion.

—Es una incógnita —respondió Onrack, que lo había entendido a la perfección—. La tarea que nos aguarda es cada vez más incierta. Amigo Trull, temo por estos imass. Por este reino entero.

—Entonces deja que sean el mago y su zapador los que aborden las necesidades de nuestro benefactor, nosotros

nos preocuparemos de proteger este lugar y a esos parientes tuyos que lo llaman hogar.

El imass lo miró con los ojos entrecerrados.

—¿Y lo dices con tanta facilidad?

—El mago, Onrack, es el que tiene que estar aquí. Su poder… él será la mano de nuestro benefactor en lo que ha de venir. Tú y yo no éramos más que su escolta, sus guardaespaldas, si quieres.

—Me malinterpretas, Trull Sengar. Lo que me extraña es que estés dispuesto a arriesgar tu vida otra vez. Y esta vez por un pueblo que no significa nada para ti. Por un reino que no es el tuyo.

—Son tus parientes, Onrack.

—Lejanos. Bentract.

—Si fuera, digamos, los den-ratha de los edur los que consiguiera la supremacía entre nuestras tribus, Onrack, en lugar de mis hiroth, ¿no daría mi vida para defenderlos? Siguen siendo mi pueblo. Para ti es lo mismo, ¿no? Logros, bentract, simples tribus, pero el mismo pueblo.

—Hay demasiado en tu interior, Trull Sengar. Me das una lección de humildad.

—Quizá eso es lo que malinterpretas, amigo mío. Quizá todo lo que ves aquí es mi búsqueda de una causa, algo por lo que luchar, por lo que morir.

—No morirás en este sitio.

—Oh, Onrack…

—Bien puede ser que yo esté aquí para proteger a los bentract y este reino, pero no son por lo que estoy aquí. Eres tú.

Trull no podía mirar a su amigo a los ojos, y en su corazón había dolor. Profundo, antiguo, recién despertado.

—El hijo… —dijo Onrack tras un momento— parece… muy joven.

—Bueno, yo también lo soy.

—No cuando miro en tus ojos. No es lo mismo con este soletaken —continuó, sin al parecer hacer caso de la herida que acababa de provocar—. No, esos ojos amarillos son jóvenes.

—¿Inocentes?

Un asentimiento.

—Confiados, con la confianza de un niño.

—Una madre dulce, entonces.

—Ella no lo crió —dijo Onrack.

Ah, los imass, pues. Y ahora empiezo a ver, a entender.

—Estaremos pendientes, Onrack.

—Sí.

Rud Elalle los condujo a una hendidura entre dos montículos rectos de roca capeada, una pista que después serpenteaba entre enormes cantos rodados antes de abrirse a la aldea imass.

Refugios de roca a lo largo de un risco. Chozas con armazones de colmillos, los armazones larguiruchos de tendales sobre los que habían extendido pieles. Niños corriendo como diablillos diminutos en medio de un conjunto de unos treinta imass. Hombres, mujeres, ancianos. Un guerrero se encontraba delante de todos los demás, mientras que a un lado había otros tres imass, el atuendo podrido y con sutiles diferencias en corte y estilo lo diferenciaba de la ropa que lucían los bentract; los desconocidos, comprendió Trull, invitados, pero continuaban aparte.

Al verlos, la expresión amable de Onrack se endureció.

—Amigo —le murmuró a Trull—, cuidado con esos tres.

—Yo había pensado lo mismo —respondió Trull por lo bajo.

Rud Elalle se acercó y se colocó junto al líder bentract.

—Éste es Ulshun Pral —dijo al tiempo que posaba una mano en el grueso hombro del hombre, un gesto de afecto

declarado que parecía felizmente ignorante de la tensión que crecía al borde de la aldea.

Onrack se adelantó.

—Soy Onrack el Fracturado, en otro tiempo de los t'lan imass logros, hijo del ritual. Solicito que nos acepten como invitados entre tu tribu, Ulshun Pral.

El guerrero de piel como la miel frunció el ceño y miró a Rud Elalle, después dijo algo en su propio idioma.

Rud asintió y miró a Onrack.

—Ulshun Pral pide que hables en el primer idioma.

—Preguntó —dijo Onrack— por qué decidí no hacerlo.

—Sí.

—Mis amigos no comparten el conocimiento de ese idioma. No puedo pedir que nos acojan en su nombre sin que ellos lo entiendan, pues ser invitado es someterse a las reglas de la tribu, y eso deben saberlo, antes de que me aventure a hacer una promesa de paz en su nombre.

—¿No puedes limitarte a traducir? —preguntó Rud Elalle.

—Por supuesto, pero decido dejarte eso a ti, Rud Elalle, dado que Ulshun Pral te conoce y confía en ti, mientras que a mí no me conoce.

—Muy bien. Eso haré.

—Ya está bien —exclamó Seto, y con cuidado bajó al suelo su mochila—. Todos seremos chicos buenos, siempre que nadie intente matarnos o algo peor, como obligarnos a comer alguna verdura horrible que hay razones de sobra para que esté extinta en todos los demás reinos del universo.

Rud Elalle demostró una habilidad impresionante y fue traduciendo las palabras de Seto casi tan rápido como las pronunciaba el zapador.

Ulshun Pral alzó las cejas con aparente asombro, después se volvió y con un gesto salvaje le gritó a una pequeña reunión de ancianas que había en un lado de la multitud.

Seto miró con el ceño fruncido a Onrack.

—¿Y ahora qué he dicho? —preguntó.

Pero Trull vio sonreír a su amigo.

—Ulshun Pral acaba de pedirles a las cocineras que saquen el baektar del guiso que nos han preparado.

—¿El baek qué?

—Una verdura, Seto, que no se encuentra más que aquí.

De inmediato desapareció la tensión. Hubo sonrisas, gritos de aparente bienvenida de los otros imass y muchos se adelantaron para acercarse primero a Onrack y luego, con expresiones de placer y asombro, a Trull Sengar; no, comprendió, a él no, a los cachorros de emlava. Que empezaron a emitir profundos ronroneos cuando unas manos gruesas de dedos cortos se estiraron para acariciar el pelo y rascar detrás de las pequeñas orejas con copetes.

—¡Mira eso, Rápido! —Seto se había quedado mirando con incredulidad—. ¿Es eso justo?

El mago le dio al zapador una palmada en la espalda.

—Es cierto, Seto, los muertos apestan.

—¡Estás hiriendo mis sentimientos otra vez!

Con un suspiro, Trull soltó las correas de cuero y dio un paso atrás. Luego le sonrió a Seto.

—Yo no huelo nada raro —dijo.

Pero el ceño del soldado solo se profundizó.

—Quizá ahora me caigas bien, Trull Sengar, pero tú sigue así de agradable y ya verás cómo cambia, te lo juro.

—¿Te he ofendido…?

—No hagas caso de Seto —interpuso Ben el Rápido—, al menos cuando hable. Confía en mí, fue el único modo de que el resto del pelotón conserváramos la cordura. No le hagas caso… hasta que meta la mano en ese puñetero saco suyo.

—¿Y entonces? —preguntó Trull, confundido por completo.

—Entonces corre como si el propio Embozado te pisara los talones.

Onrack se había separado de los que le daban la bienvenida y se acercaba a los desconocidos.

—Sí —dijo Ben el Rápido en voz baja—. Van a ser un problema.

—¿Porque eran como Onrack? ¿T'lan imass?

—Del ritual, sí. La pregunta es, ¿por qué están aquí?

—Yo diría que sea cual sea la misión que los trajo a este lugar, Ben el Rápido, la transformación que experimentaron los ha desconcertado; quizá, como con Onrack, sus espíritus han vuelto a despertar.

—Bueno, parecen bastante descolocados.

La conversación de los desconocidos con Onrack fue corta y Trull observó acercarse a su viejo amigo.

—¿Y bien? —preguntó el mago.

Onrack fruncía el ceño.

—Son bentract, después de todo, pero de los que se unieron al ritual. El clan de Ulshun Pral estaba entre los pocos que no lo hicieron, que se dejaron influir por los argumentos de Kilava Onass; por eso —añadió Onrack— saludan a los emlavas como si fueran hijos de Kilava. Así pues, hay antiguas heridas entre los dos grupos. Ulshun Pral no era jefe de clan por aquel entonces; de hecho, los t'lan bentract ni siquiera lo conocen.

—¿Y eso es un problema?

—Pues sí, porque uno de los desconocidos es un jefe elegido, elegido por el propio Bentract. Hostil Rator.

—¿Y los otros dos? —preguntó Ben el Rápido.

—Sí, incluso más difícil. El invocahuesos de Ulshun Pral se ha ido. Til'aras Benok y Gr'istanas Ish'ilm, que se encuentran a ambos lados de Hostil Rator, son invocahuesos.

Trull Sengar respiró hondo.

—Se plantean la usurpación, entonces.

Onrack el Fracturado asintió.

—¿Y qué los ha detenido? —inquirió Ben el Rápido.

—Rud Elalle, mago. El hijo de Menandore los aterra.

La lluvia tronaba al caer, a cada momento otras cien mil lanzas con puntas de hierro surgían de la oscuridad, se estrellaban contra los tejados de pizarra y explotaban en las calles adoquinadas, por donde se precipitaban los arroyos a toda velocidad hacia el puerto.

El hielo al norte de la isla no había muerto en silencio. Hendido por la magia de un niño testarudo, las montañas blancas y azules se habían elevado hacia el cielo en columnas de vapor que se agitaron convertidas en inmensas nubes de tormenta, que después marcharon hacia el sur, libres de las constricciones del rechazo, y esas nubes fueron las que comenzaron a estallar sobre la atormentada ciudad con toda la rabia acumulada. Las últimas horas de la tarde se habían convertido en noche cerrada y en ese momento, cuando resonaban las campanadas de medianoche medio ahogadas, daba la sensación de que la noche nunca terminaría.

Por la mañana, si acaso llegaba, la consejera zarparía con su variopinta flota. Tronos de guerra, una veintena de escoltas rápidas y bien armadas, los últimos transportes que acogían al resto del Decimocuarto Ejército y un dromon negro de líneas puras impulsado por los remos incansables de unos tiste andii decapitados. Ah, y, por supuesto, a la cabeza iría un barco pirata local, capitaneado por una mujer muerta, pero eso daba igual. Regresar, sí, a esa pesadilla de casco negro.

Sus anfitriones habían hecho todo lo posible por evitar que la terrible verdad de ese dromon quon llegara a oídos de

Nimander Golit y los suyos. Las cabezas decapitadas de la cubierta, amontonadas alrededor del palo mayor, bueno, digamos que las habían mantenido tapadas. No tenía sentido alentar la histeria, no fuera a ser que sus invitados tiste andii vivos vieran las caras de sus parientes, sus verdaderos parientes, ¿no eran de Deriva Avalii? Pues sí, desde luego que sí. Tíos, padres, madres, en fin, un juego de palabras servía al caso: eran, sí, cabezas de familia, cortadas de forma prematura, antes de que sus hijos hubieran crecido lo suficiente, hubieran aprendido lo suficiente, se hubieran endurecido lo suficiente para sobrevivir en ese mundo. Cortadas, ja, ja. Bueno, la muerte habría sido una cosa. Morir era una cosa. Solo una; y había otras cosas, siempre, y no hacía falta ninguna sabiduría especial para saberlo. Pero esas cabezas no habían muerto, no se habían puesto rígidas ni después se habían ablandado y podrido. Los rostros no se habían desprendido para dejar solo hueso, solo el reconocimiento que se daba al compartir lo-que-es, lo-que-era y lo-que-sería. No, los ojos seguían mirando, los ojos parpadeaban porque algún recuerdo les decía que hacía falta parpadear. Las bocas se movían, reanudaban conversaciones interrumpidas, compartían bromas, los chismorreos de padres, pero ni una sola palabra podía desgarrarse de los labios.

Pero la histeria era un lugar complicado en el que podía encontrarse una mente joven. Podía ser ensordecedora, repleta de gritos, chillidos, los estallidos inacabables de horror, una y otra vez, y otra, una marea que se hincha sin fin. O podía ser calmada, silenciosa de ese modo horrible que tienen algunos silencios, como el de las bocas abiertas, desesperadas, pero incapaces de tomar aire, los ojos saliéndose de las órbitas, las venas sobresaliendo a causa de la necesidad, pero no entraba el aire, nada que deslizara vida en los pulmones. Ésa era la histeria de ahogarse.

Ahogarse dentro de uno mismo, dentro del horror. La histeria de un niño con los ojos vacíos y la baba manchándole la barbilla.

Algunos secretos eran imposibles de guardar. La verdad de ese barco, por ejemplo. Las líneas del Silanda eran conocidas, eran de una familiaridad profunda. El barco que había llevado a sus padres en un viaje patético en busca de aquél al que cada tiste andii de Deriva Avalii llamaba padre, Anomander Rake. Anomander del cabello de plata, los ojos de dragón. No lo encontraron, por desgracia. Nunca tuvieron la oportunidad de implorar su ayuda, de hacer todas las preguntas que había que hacer, de señalar con el dedo y acusar, condenar, maldecir. Todo eso, sí, sí.

Coged los remos, valientes padres, hay más mar que cruzar. ¿Veis la costa? Por supuesto que no. Veis la luz del sol cuando la luz del sol atraviesa el tejido de la lona, y en la cabeza sentís el dolor de los cuerpos, la tensión en los hombros, encoger y soltar, encoger y soltar, el movimiento de cada palada de los remos. Sentís la sangre brotando y acumulándose en el cuello como si fuera una copa dorada, solo para volver a hundirse. *¡Remad, malditos seáis! ¡Remad hacia la costa!*

Sí, la costa. El otro lado de este océano, y este océano, queridos padres, es interminable.

¡Así que remad! ¡Remad!

Podría haber lanzado una risita, pero eso sería peligroso, romper el silencio de esa histeria a la que él se había aferrado durante tanto tiempo que se había hecho tan cálida como el abrazo de una madre.

Mejor seguir adelante, intentar apartar, encerrar en algún otro lugar, todo pensamiento sobre el Silanda. Era más fácil en tierra, en esa posada, en esa habitación.

Pero por la mañana zarparían. De nuevo. Embarcarían, ¡y, oh, la espuma y el viento vivifican tanto!

Y por eso esa horrenda noche de lluvia vengativa Nimander estaba despierto. Porque conocía a Phaed. Conocía la mancha de histeria que cubría a Phaed y lo que podría llevarla a hacer. Esa noche, en las cenizas empapadas de la campanada de medianoche.

Phaed podía hacer que sus pisadas fueran casi imperceptibles al escabullirse de la cama y acercarse descalza a la puerta. *Bendita hermana, bendita hija, bendita madre, bendita tía, sobrina, abuela, benditos parientes, sangre de mi sangre, saliva de mi saliva, bilis de mi bilis. Os oigo*.

Pues conozco tu mente, Phaed. Los estallidos siempre crecientes de tu alma, sí, veo tus dientes desnudos, la mancha de la intención. Imaginas que nadie te ve, sí, que no hay testigos, así que revelas tu verdadero yo. Ahí, en esa bendita cuchillada de blanco grisáceo, con los ecos poéticos que arranca el brillo del cuchillo que llevas en la mano.

A la puerta, querida Phaed. Levantas el pestillo y sales, bajas por el pasillo todo miembros deslizantes al tiempo que la lluvia azota el tejado, allí arriba, y el agua chorrea por los muros en lágrimas sucias. Hace frío suficiente para que veas tu propio aliento, Phaed, y te recuerde no solo que estás viva, sino que has despertado a la sexualidad; que este viaje es la más dulce indulgencia de los secretos bajo las mantas, dedos siempre juguetones en el cuchillo, y en el barco que se mece en el puerto los ojos se clavan en la negrura bajo lonas empapadas y el agua se va escurriendo…

Se preocupa, sí, por Asimismo. Que podría despertar. Antes o después. Que podría oler la sangre, el hedor a hierro, la muerte cabalgando en el último aliento de Sandalath Drukorlat. Que podría presenciar cuanto Phaed era; lo que era de verdad, no se podía presenciar, porque tales cosas no estaban permitidas, nunca estaban permitidas, así que quizá también tuviera que matarlo a él.

Las víboras atacan más de una vez.

Y ya en la puerta, la última barrera (*¡remad, idiotas!, ¡la costa se encuentra un poco más allá!)*, y por supuesto no hay cerrojo que bloquee el pestillo. No hay razón para ello. Salvo una niña asesina, la cabeza de cuya madre clava los ojos en una lona sobre una cubierta que cabecea. La única hija que fue a verlo por sí misma. Y nos atraen las peregrinaciones. Porque vivir es buscar ecos. ¿Ecos de qué? Nadie lo sabe. Pero se hace la peregrinación, sí, siempre se hace, y, de vez en cuando, se captan esos ecos (solo un susurro), remos que crujen, el golpe seco y cortante de las olas como puños contra el casco, clamando para entrar, y la sangre que borbotea, la saliva que se absorbe al volverse a hundir. Y oímos en esos ecos la voz de un amo: *¡Remad! ¡Remad hacia la costa! ¡Remad por vuestras vidas!*

Recordaba una historia, la historia que siempre recordaba, que siempre recordaría. Un anciano, solo en una barquita de pesca, remando ante una montaña de hielo. Oh, le encantaba esa historia. La gloria inútil de todo ello, la magia absurda, le entraban escalofríos al pensar, al conjurar esa escena maravillosa, profunda, y profundamente inútil. *Viejo, ¿qué crees que estás haciendo? ¡Viejo, el hielo!*

Dentro, una sombra entre sombras, oscuridad en la oscuridad, dientes ocultos en ese instante, pero el cuchillo es un brillo refulgente que capta los reflejos de la lluvia que entran por el cristal picado y multicolor de la ventana. Y un estremecimiento se apodera entonces de ella, la obliga a agazaparse cuando las sensaciones inundan su vientre y suben como lanzas hacia su cerebro y se queda sin aliento. Ah, Phaed, no grites ahora. No gimas siquiera.

Han juntado sus catres, esa noche, el hombre y la zorra han compartido la saliva de sus ingles, qué bonito. Ella se acerca más, sus ojos buscan. Encuentran la forma de

Sandalath a la izquierda, más cerca de ella, qué conveniente.

Phaed alza el cuchillo.

En su mente, destellos, escena tras escena, la sórdida lista de desaires constantes de esa vieja, cada uno de ellos menospreciando a Phaed, cada uno revelando a todos los presentes demasiados de los terrores secretos de la joven (nadie tiene derecho a hacer eso, nadie tiene derecho a reírse después, reírse con los ojos aunque no sea en voz alta). Todos esos insultos, bueno, ha llegado el momento de pagar por ellos. Allí, con una sola cuchillada seca.

Levanta el cuchillo todavía más, coge aire y lo contiene.

Y acuchilla.

La mano de Nimander sale disparada, le sujeta la muñeca, con fuerza, apretando más cuando ella se da la vuelta, los labios separados, los ojos llameando de rabia y miedo. La muñeca de Phaed es diminuta, como una serpiente huesuda, atrapada, frenética, intentando girar el cuchillo para apoyar el filo en la mano de Nimander. Él gira otra vez y los huesos se rompen, un crujido horrible que chirría.

El cuchillo cae con estrépito al suelo de madera.

Nimander se echa encima de ella, utiliza su peso para derribar a Phaed junto a la cama. Ella intenta arañarle los ojos y él suelta el miembro roto para cogerle el otro. Y también rompe ése.

Phaed no ha gritado. Asombroso. Ni un solo sonido salvo los jadeos.

Nimander la sujeta contra el suelo y le rodea el cuello con las manos. Empieza a apretar.

Se acabó, Phaed. Ahora hago lo que haría Anomander Rake. Lo que haría Silchas Ruina. Lo que haría la propia Sandalath si estuviera despierta. Lo hago porque te conozco, sí, incluso ahora, ahí, en los ojos desorbitados

donde se concentra toda tu conciencia en una riada, puedo ver la verdad que hay en ti.

El vacío interior.

Tu madre clava los ojos, horrorizada. Ante lo que ha engendrado. Mira, incrédula, aferrándose con desesperación a la posibilidad de que se haya equivocado, de que nos hayamos equivocado todos, de que no seas como eres. Pero eso no ayuda. Ni a ella. Ni a ti.

Sí, alza los ojos y clávalos en mí, Phaed, has de saber que te veo.

Te veo…

Lo estaban apartando a tirones. Se lo estaban quitando de encima a Phaed. Le estaban abriendo las manos, se las retorcían de una forma dolorosa para que soltara su presa, y él cae hacia atrás, unos brazos musculosos lo envuelven y lo apartan a rastras de Phaed, de su rostro hinchado y de los horrendos jadeos; a la pobre Phaed le duele la garganta, quizá incluso la tenga desgarrada. Respirar se ha convertido en una agonía.

Pero vive. Él ha perdido su oportunidad y lo van a matar.

Sandalath le grita, él se da cuenta de que ya lleva un tiempo gritándole. Le gritó por vez primera cuando le rompió a Phaed la segunda muñeca, despertada por los gritos de la propia Phaed, oh, por supuesto, no se había quedado callada. Los huesos partidos no lo permitirían, ni siquiera en una criatura desalmada como era Phaed. Phaed había gritado y él no había oído nada, ni siquiera ecos. *¡Manos en el remo y aprieta!*

¿Y qué iba a ocurrir? ¿Qué iban a hacer los otros?

—¡Nimander!

Se sobresaltó y se quedó mirando a Sandalath, estudió su rostro como si fuera el de una extraña.

Lo estaba sujetando Asimismo, los brazos atrapados contra los costados, pero a Nimander no le interesaba

resistirse. Ya era demasiado tarde para eso.

Phaed había vomitado y el hedor impregnaba el aire.

Alguien estaba aporreando la puerta, cuyo cerrojo Nimander, en su sabiduría, había corrido después de entrar en la habitación detrás de Phaed.

Sandalath chilló que no pasaba nada, que todo iba bien, un accidente, pero ya había pasado todo.

Pero las muñecas de la pobre Phaed están rotas. Habrá que echarles un vistazo.

Ahora no, Asimismo.

Se apoya sin fuerzas en mis brazos, esposa. ¿Puedo soltarlo ya?

Sí, pero sé precavido…

Lo seré, no te quepa la menor duda.

Y en ese momento, Sandalath, colocada entre Nimander y Phaed, que seguía tosiendo y sufriendo arcadas, atrapó la cara de Nimander entre sus manos y se acercó más para estudiar sus ojos.

¿Qué ves, Sandalath Drukorlat? ¿Gemas en las que brillan verdades y maravillas? ¿Pozos que te susurran que no se hallará jamás fondo alguno, que la caída al interior de un alma nunca termina? *¡Remad, malditos! ¡Nos hundimos!* Oh, no te rías, Nimander, no lo hagas. Continúa así, paralizado por fuera. En blanco. ¿Qué ves? Pues nada, por supuesto.

—Nimander.

—No pasa nada —dijo él—. Ya puedes matarme.

Una expresión extraña en la cara de la mujer. Algo parecido al horror.

—Nimander, no. Escúchame. Necesito saberlo. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Por qué estabais en nuestra habitación?

—Phaed.

—¿Por qué estabais los dos en nuestra habitación, Nimander?

Pues porque la seguí. Me quedé despierto, lo he hecho muchas veces. Llevo días y días, y noches y noches observándola. La miro dormir, espero a que despierte, a que saque su cuchillo y reciba con una sonrisa la oscuridad. La oscuridad que es nuestro legado, la oscuridad de la traición.

No recuerdo la última vez que dormí, Sandalath Drukorlat. Necesitaba quedarme despierto, siempre despierto. Por Phaed.

¿Le respondió entonces? En voz alta, todas esas afirmaciones dichas a trompicones, esas explicaciones razonables. No estaba seguro.

—Mátame ahora para que pueda dormir, quiero dormir.

—Nadie va a matarte —dijo Sandalath. Las manos que le apretaban los lados de la cara estaban resbaladizas de sudor. O de lluvia, quizá. No eran lágrimas, *déjale eso al cielo, a la noche*.

—Lo siento —dijo Nimander.

—Creo que esa disculpa deberías guardártela para Phaed, ¿no te parece?

—Lo siento —repitió él y después—: Siento que no esté muerta.

Las manos de la mujer se apartaron y le dejaron las mejillas frías de repente.

—Espera un momento —dijo Asimismo, que se acercó a los pies de la cama y se agachó para recoger algo. Con un filo reluciente. El cuchillo de la chica—. Bueno —dijo con un murmullo—, me pregunto de cuál de los dos es este juguete.

—Nimander todavía lleva el suyo —dijo Sandalath, y se giró para quedarse mirando a Phaed desde su altura.

Un momento más tarde, Asimismo lanzó un gruñido.

—Se ha portado como una viborilla odiosa a tu alrededor, Sand. ¿Pero esto? —Miró a Nimander—. ¿Acabas de salvar la vida de mi mujer? Creo que sí. —Se acercó más, pero no había en él el horror que expresaba la cara de Sandalath.

No, era una expresión dura que poco a poco se fue suavizando—. Dioses del inframundo, Nimander, sabías que iba a pasar, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo? ¿Cuándo fue la última vez que dormiste? —Lo miró un momento más y se giró—. Apártate, Sand, creo que necesito terminar lo que empezó Nimander…

—¡No! —soltó de golpe su mujer.

—Lo volverá a intentar.

—¡Eso lo entiendo, zoquete estúpido! ¿Crees que no me he asomado a esas fauces llenas de dientes que es el alma de Phaed? Escúchame, hay una solución…

—Sí, retorcerle ese cuello descarnado…

—Los dejamos aquí, en la isla. Zarpamos mañana sin ellos. Asimismo, esposo…

—Y cuando se recupere, y criaturas como ésta siempre lo hacen, cogerá ese maldito cuchillo y le hará a Nimander lo que te ha intentado hacer a ti. Te ha salvado la vida y no pienso abandonarlo…

—No lo matará —dijo Sandalath—. No lo entiendes. No puede; sin él, estaría sola de verdad, y eso no puede soportarlo, la volvería loca…

—Loca, sí, lo bastante loca para acuchillar a Nimander, ¡el que la traicionó!

—No.

—Esposa, ¿tan segura estás? ¿Es tu fe tan fuerte, crees que comprendes la mente de una sociópata? ¿Tanto como para dejar a Nimander con ella?

—Esposo, tiene los brazos rotos.

—Y los huesos rotos se pueden sanar. Un cuchillo en el ojo no.

—No lo tocará.

—Sand…

Nimander habló entonces.

—No me tocará.

Los ojos de Asimismo buscaron los del chico.

—¿Tú también?

—Debéis dejarnos aquí —dijo Nimander, e hizo una mueca al oír su propia voz. Tan débil, tan inútil. No era ningún Anomander Rake. Ni Silchas Ruina. La fe de Andarist al elegirlo a él para que liderara a los otros había sido un error—. No podemos ir con vosotros. Con el Silanda. No soportamos seguir viendo ese barco. ¡Lleváoslo, por favor, lleváoslos!

Oh, demasiados gritos esa noche, en esa habitación. Más preguntas desde fuera, cada vez más alarmadas.

Sandalath se volvió y se envolvió en una túnica, Nimander se dio cuenta de repente de que estaba desnuda, *una mujer con dones de matrona, el cuerpo de una mujer que había parido hijos, un cuerpo con el que sueñan los hombres jóvenes. ¿Y podría haber esposas que podrían ser madres que podrían ser amantes… para alguien como yo? Déjalo, está muerta*… Envuelta en la túnica, Sandalath se acercó a la puerta, descorrió el cerrojo a toda prisa, se deslizó fuera y cerró la puerta a su espalda. Más voces en el pasillo.

Asimismo había clavado los ojos en Phaed, que seguía tirada en el suelo y había dejado de toser, de gimotear de dolor, de sollozar a ratos.

—Éste no es tu crimen, Nimander.

¿Qué?

Asimismo estiró las manos y cogió a Phaed por los brazos. La chica chilló.

—No —dijo Nimander.

—No es tu crimen.

—Te abandonará, Asimismo. Si lo haces. Te abandonará.

Se quedó mirando a Nimander y volvió a tirar de un empujón a Phaed al suelo.

—No me conoces, Nimander. Quizá ella tampoco me conozca, no cuando se trata de lo que soy capaz de hacer por ella, y supongo —añadió con un gruñido de desdén— que por ti también.

Nimander había creído que sus palabras habían hecho desistir a Asimismo, que le habían impedido hacer lo que tenía intención, así que no estaba preparado, así que se quedó allí plantado y solo observó cuando Asimismo levantó de repente a Phaed, se precipitó por la habitación cargando con ella como si no fuera más que un saco de patatas y la arrojó por la ventana.

Una estridencia cuando se hizo pedazos el cristal denso de burbujas y el cuerpo, brazos de trapo y miembros inferiores desnudos (con unos pies delicados al final), todo desapareció en los aullidos de la noche y salpicó la habitación de lluvia gélida.

Asimismo se echó hacia atrás con un tropezón ante la fuerza del viento y se giró para mirar a Nimander.

—Voy a mentir —dijo con un gruñido—. Esa criatura chiflada echó a correr y se lanzó sola, ¿me oyes?

Se abrió la puerta y entró en tromba Sandalath. Tras ella, la ayudante de la consejera, Lostara Yil, y el sacerdote Banaschar y, siguiéndolos muy de cerca, los otros tiste andii, los ojos muy abiertos de miedo, confusión; Nimander se abalanzó hacia ellos, un paso, después otro…

Y le dieron la vuelta de golpe para que mirara a Sandalath.

Asimismo estaba hablando. Una voz llena de incredulidad. Protestas.

Pero ella lo estaba mirando a los ojos.

—¿Lo hizo? ¡Nimander! ¿Lo hizo?

¿Hizo qué? Ah, sí, atravesar la ventana.

Gritos en la calle, abajo, amortiguados por el gemido de los vientos y el azote de la lluvia. Lostara Yil se acercó al

alféizar y se asomó. Un momento después se echó hacia atrás y se volvió con expresión grave.

—Cuello roto. Lo siento, Sandalath, pero tengo preguntas…

Madre, esposa, amante de Asimismo, seguía mirando a Nimander a los ojos, una expresión que decía que la pérdida se alzaba de la oscuridad, lugares aterrados de su mente, que se alzaban, sí, para devorar el amor que sentía por su marido, por el hombre del rostro inocente; algo le dijo, con la respuesta que podría darle a su pregunta, que podrían destruirse dos vidas más. *¿Lo hizo? ¿Por la ventana? ¿Se… murió?*

Nimander asintió.

—Sí —dijo.

Otra mujer muerta chilló en su cráneo y él estuvo a punto de tambalearse. Ojos muertos que devoraban todo amor.

—¡Has mentido, Nimander!

Sí. Para salvar a Asimismo. Para salvar a Sandalath Drukorlat.

—¡Para salvarte a ti mismo!

Sí.

—Amor mío, ¿qué te ha pasado?

Oí un giro. El susurro de una promesa, debemos quedarnos aquí, ¿sabes? Debemos quedarnos. Andarist me eligió a mí. Sabía que iba a morir. Sabía que no habría ningún Anomander Rake, ningún Silchas Ruina, ningún gran pariente de nuestra época de gloria, nadie para venir a salvarnos, para cuidarnos. Solo estaba yo.

Amor mío, liderar es llevar las cargas. Como hicieron los héroes de antaño, con los ojos bien abiertos.

Así que mírame a los ojos. ¿Ves mi carga? Igual que un héroe de antaño…

Sandalath alzó las manos otra vez, esas dos manos de dedos largos. No para cogerle la cara, sino para limpiar la

lluvia que le corría por las mejillas.

Mis ojos bien abiertos.

Nos quedaremos aquí, en esta isla; miraremos a los temblor y veremos en ellos leves hebras de la sangre tiste andii, y los apartaremos de la barbarie que se ha apoderado de ellos y retorcido de ese modo sus recuerdos.

Les mostraremos la costa. La verdadera costa.

Cargas, amor mío. Eso es lo que es vivir, mientras tus seres queridos mueren.

Sandalath, sin hacer caso todavía del interrogatorio de Lostara Yil, dio un paso atrás y se volvió para acomodarse entre los brazos de su marido.

Y Asimismo miró a Nimander.

Fuera, el viento chillaba.

Sí, amor mío, puedes verlo en sus ojos. Mira lo que le he hecho a Asimismo. Todo porque fracasé.

La tormenta de la noche anterior había lavado y limpiado la ciudad, le había dado un aspecto restregado que la hacía casi hasta aceptable. Yan Tovis, Crepúsculo, se encontraba en el muelle observando los barcos extranjeros que zarpaban del puerto. A su lado estaba su hermanastro, Yedan Derryg, la guardia.

—Me alegro de verlos marchar —dijo él.

—No eres el único —respondió ella.

—Brullyg sigue muerto para el mundo, pero ¿fue celebración o autocompasión?

Yan Tovis se encogió de hombros.

—Al amanecer —dijo Yedan Derryg tras un largo momento de silencio entre los dos—, nuestros primos de piel negra partieron a construir la tumba. —La mandíbula barbuda se abultó, los molares rechinaron, después continuó—. Solo vi a la chica una vez. Rostro avinagrado, ojos tímidos.

—Esos brazos rotos no los produjo la caída —dijo Yan Tovis—. Demasiado magullados, rastros de dedos. Además, aterrizó de cabeza, se partió la lengua a la mitad como si la hubiera cortado un cuchillo.

—Ocurrió algo en esa habitación. Algo sórdido.

—Me alegro de no haber heredado esos rasgos.

Él lanzó un gruñido, pero no dijo más.

Yan Tovis suspiró.

—Tirón y Skwish parecen haber decidido que su único propósito en la vida estos días es hostigarme a cada paso.

—El resto de las brujas las han elegido como representantes. Comienzas tu reinado en medio de una tormenta de resentimientos.

—Es peor que eso —contestó Crepúsculo—. Esta ciudad está repleta de antiguos prisioneros. Deudores y asesinos. Brullyg se las arreglaba para controlarlos porque podía demostrar la fama que tenía de ser la víbora más peligrosa del nido entero. A mí me miran y ven una atri-preda del Ejército Imperial, otro alcaide más, y tú, Derryg, bueno, tú eres mi finadd, mi brazo fuerte. Les importan un bledo los temblor y su puñetera reina.

—Que es justo por lo que necesitas a las brujas, Crepúsculo.

—Lo sé. Y si eso no fuera desgracia suficiente, ellas también lo saben.

—Necesitas influencia —dijo él.

—Qué listo.

—Incluso de niña tenías tendencia al sarcasmo.

—Perdona.

—La respuesta, creo, la tienen los tiste andii.

Crepúsculo lo miró.

—¿Qué quieres decir?

—¿Quién sabe más de nuestro pasado, más incluso que las brujas? ¿Quién lo conoce como algo limpio? ¿Algo en

absoluto retorcido por generaciones de corrupción, de recuerdos a medias y mentiras convenientes?

—Te dejas llevar por la lengua, Yedan.

—Más sarcasmo.

—No, resulta que me sorprendes.

La mandíbula se abultó mientras la estudiaba.

Ella se echó a reír. No pudo evitarlo.

—Oh, hermano, ven, los extranjeros se han ido y es probable que jamás vuelvan.

—¿Navegan hacia su aniquilación?

—¿Tú qué crees?

—No estoy seguro, Crepúsculo. Esa niña maga, Peccado…

—Puede que tengas razón. La noticia de su inminente partida hizo ponerse a bailar a Tirón y a Skwish.

—La niña destruyó un muro sólido de hielo que medía la mitad de Fent Límite. Yo no subestimaría a estos malazanos.

—La consejera no me impresionó —dijo Yan Tovis.

—Quizá porque no le hizo falta.

Crepúsculo lo pensó un momento y después lo pensó un poco más.

Ninguno habló mientras le daban la espalda a la bahía resplandeciente y los ya distantes barcos extranjeros.

El sol de la mañana comenzaba a calentar de verdad, la prueba definitiva y más conmovedora de que el hielo estaba muerto, que la amenaza había pasado. La Isla continuaría viva.

En la calle, más adelante, el primer cubo de desechos nocturnos se derramó por los adoquines limpios desde la ventana de una segunda planta, lo que obligó a los transeúntes a apartarse a un lado.

—El pueblo te saluda, reina.

—Oh, cállate, Yedan.

El capitán Tierno se encontraba en la barandilla de babor con los ojos clavados en el Silanda, al otro lado de las olas agitadas. Había soldados de los dos pelotones de ese barco hechizado en la cubierta, un puñado reunido alrededor de una partida de tabas o alguna otra infame actividad parecida, mientras los remos revolvían el agua con ritmo firme. Masan Gilani estaba arriba, cerca del timón, haciéndole compañía al sargento Cordón.

Cabrón con suerte, ese Cordón. El teniente Poros, a la derecha de Tierno, apoyó los antebrazos en la barandilla, los ojos clavados en Masan Gilani, al igual que, con toda probabilidad, los ojos de la mayor parte de los marineros de esa escolta, al menos los que no estaban ocupados con las velas.

—Teniente.

—¿Señor?

—¿Qué cree que está haciendo?

—Eh, nada, señor.

—Se está apoyando en esa regala. En posición de descanso. ¿En algún momento he dicho «descanse», teniente?

Poros se irguió.

—Lo siento, señor.

—A esa mujer habría que abrirle un expediente.

—Sí, no es que lleve mucha ropa, ¿verdad?

—Va sin uniforme.

—Una puñetera distracción, ¿verdad, señor?

—Decepción querrá decir, desde luego, teniente.

—Ah, ésa es la palabra que estaba buscando, claro. Gracias, señor.

—Los temblor hacen unos peines extraordinarios —dijo Tierno—. Carey.

—Impresionantes, señor.

—Adquisiciones que salen caras, pero que bien merecen la pena, diría yo.

—Sí, señor. ¿Ya los ha probado?

—Teniente, ¿se cree que eso tiene gracia?

—¿Señor? ¡No, por supuesto que no!

—Porque, como es palmario, teniente, su oficial al mando tiene muy poco pelo.

—Si con eso quiere decir sobre la cabeza, entonces sí, señor, es decir, eh, es palmario, desde luego.

—¿Es que estoy infestado de piojos para que necesite usar un peine en algún otro lugar de mi cuerpo, teniente?

—No sabría decirle, señor. Quiero decir, por supuesto que no.

—Teniente, quiero que vaya a mi camarote y prepare el expediente disciplinario de esa soldado de allí.

—Pero señor, es marine.

—El dicho expediente se enviará al puño Keneb cuando tal comunicación sea factible. Bueno, ¿por qué sigue ahí parado? ¡Fuera de mi vista, y no cojee!

—¡Ya hace mucho que no cojeo, señor!

Poros hizo un saludo militar y se alejó a toda prisa intentando no cojear. El problema era que se había convertido en una especie de costumbre cuando andaba cerca del capitán Tierno. Cierto, un patético intento de suscitar cierta compasión. Tierno no tenía compasión. Tampoco tenía amigos. Salvo por sus peines.

—Y tendrán muchas púas, pero no peinan —murmuró mientras bajaba al camarote de Tierno—. ¡Carey, oooh!

Tras él, habló Tierno.

—He decidido acompañarlo, teniente. Para supervisar su caligrafía.

Poros se encogió, fingió una cojera repentina y se frotó la cadera antes de abrir la escotilla del camarote.

—Sí, señor —dijo con tono débil.

—Y cuando termine, teniente, mis nuevos peines de carey necesitarán una limpieza a fondo. Los temblor no son las más escrupulosas de las gentes.

—Ni lo son las tortugas.

—¿Disculpe?

—Seré muy concienzudo, señor.

—Y cuidadoso.

—Desde luego, señor.

—De hecho, creo que será mejor que supervise esa actividad también.

—Sí, señor.

—No fue una cojera lo que vi, ¿verdad?

—No, señor, ya estoy mucho mejor.

—De otro modo tendríamos que encontrar una buena razón para su cojera, teniente. Por ejemplo, que yo encontrara una porra por ahí y le hiciera pedazos las piernas. ¿Cree usted que yo haría eso? No hace falta que responda, ya veo. Bueno, será mejor buscar la caja de la tinta, ¿no?

—Te estoy diciendo, Masan, que era el mismísimo Tierno el que estaba allí. Babeando por ti.

—Idiota —dijo ella, y después añadió—. Sargento.

Cordón se limitó a sonreír.

—Incluso a esa distancia tus encantos son, eh, inconfundibles.

—Sargento, yo creo que Tierno no ha yacido con mujer desde la noche que alcanzó la mayoría de edad, y esa vez seguro que fue con una puta que su padre o su tío le compró para la ocasión. Las mujeres notamos esas cosas. Ese hombre es un reprimido, de la peor forma posible.

—Ah, ¿y cuál es una buena forma de estar reprimido?

—¿Para un hombre? Bueno, el decoro, por ejemplo, como cuando uno no se aprovecha de su rango. Escuche con atención, si se atreve. Todos los actos verdaderos de caballerosidad son formas de comportamiento reprimido.

—¿De dónde has sacado eso, por el Embozado? ¡No creo que fuera de las sabanas de Dal Hon!

—Le sorprenderían los temas que sacan las mujeres en las chozas, sargento.

—Bueno, soldado, resulta que yo estoy gobernando este puñetero barco, ¡y fuiste tú la que te pusiste a mi lado, no al revés!

—Solo estaba alejándome del pelotón de Bálsamo, por no hablar de ese zapador suyo, Bollito, que ha decidido que soy digna de adoración. Dice que tengo la cola de un dios salamandra.

—¿Que tienes qué?

—Sí. Y que si la agarra, es probable que se desprenda. Creo que quiere decir que piensa que soy demasiado perfecta para alguien como él. Lo que es una especie de alivio. Pero eso no le impide comerme con los ojos.

—Se te comen con los ojos porque quieres que se te coman con los ojos, Masan Gilani. Déjate la armadura puesta y enseguida nos olvidaremos de ti.

—¿Armadura en un barco? No, gracias. Eso es garantía de una zambullida rápida hasta el cieno del fondo, sargento.

—No vamos a ver ninguna batalla sobre las olas —declaró Cordón.

—¿Por qué no? Los letherii tienen alguna que otra flota, ¿no?

—La mayor parte machacada por años en el mar, Masan Gilani. Además, no se les da muy bien eso de luchar barco contra barco, es decir, sin su magia.

—Bueno, sin nuestros marines, a nosotros tampoco.

—Pero eso ellos no lo saben, ¿a que no?

—Y tampoco tenemos ya a Ben el Rápido.

Cordón se apoyó en el remo del timón y la miró.

—Tú te pasaste la mayor parte del tiempo en la ciudad, ¿verdad? Solo unos cuantos viajes de ida y vuelta para subir a vernos al lado norte de la isla. Masan Gilani, Ben el Rápido sabía moverse, sí, y hasta tenía toda la pinta de un mago supremo imperial. Furtivo, misterioso y aterrador como la raja del culo del Embozado. Pero te voy a decir una cosa: Peccado, ésa sí que vale de verdad.

—Si usted lo dice. —Lo único que se le ocurría a Masan Gilani cuando se trataba de Peccado era la imagen de la niñita muda acurrucada en los brazos de toda mujer que se le pudiera por delante y mamando de los pechos como un recién nacido. Claro que eso había sido fuera de Y'Ghatan. Hacía ya mucho tiempo.

—Pues sí, lo digo yo —insistió Cordón—. Y ahora, si no te interesa ponerte en plan no oficial con este sargento, será mejor que te lleves los meneos de esas caderas a otra parte.

—Los hombres son todos iguales.

—Y las mujeres también. Quizá te interese saber —añadió él cuando la mujer se volvió para irse— que Bollito no es ninguna musaraña bigotuda bajo esos calzones.

—Eso es asqueroso. —Pero hizo una pausa en los escalones que bajaban a la cubierta principal y se volvió para mirar al sargento—. ¿En serio?

—¿Crees que mentiría en algo así?

Observó a Masan Gilani pasear sus caderas hasta los escalones que llevaban a la cubierta principal, donde Bálsamo y el resto estaban jugando, con Bollito llevándose todas las ganancias de momento. Más tarde se lo irían cobrando, por supuesto. Aunque los idiotas siempre tenían un modo de llevarse la suerte de calle.

En cualquier caso, la idea de que Masan Gilani terminase con Bollito precisamente era para partirse de risa. Si a la

chica no le interesaban los hombres decentes como el sargento Cordón, bueno, podía irse con el zapador, allá ella, se merecería todo lo que implicaba estar con aquel sujeto. *Sí, vaya si te adorará. Incluso cuando sacas las flemas cada mañana, y esa manera tan dulce que tienes de quitarte los mocos antes de entrar en batalla. Oh, espera que se lo cuente a Casco. Y a Ebron. Y a Cojo. Vamos a hacer una porra, sí. A ver cuánto tiempo tarda ella en salir por patas. Con Bollito siguiéndola con zancadas desesperadas, las rodillas por las orejas*.

Ebron trepó hasta la cubierta de popa.

—¿Qué le tiene tan contento, sargento?

—Ya te lo contaré más tarde. ¿Has dejado la partida?

—Bollito sigue ganando.

—¿No se han vuelto las tornas todavía?

—Lo intentamos hace media campanada, sargento. Pero la suerte de ese maldito idiota empieza a ser espeluznante.

—¡No fastidies! No será mago o algo así, ¿verdad?

—Dioses no, justo lo contrario. Todas mis magias se tuercen, las que intenté con él y en los huesos y la calavera. Esos irregulares de Mott eran cazamagos, que lo sepa. Mariscal supremo esto y mariscal supremo aquello, si Bollito es de verdad uno de los Tronco, uno de los hermanos, bueno, los tíos eran legendarios.

—¿Estás diciendo que estamos subestimando al muy cabrón, Ebron?

El mago del pelotón parecía de mal humor.

—En unos trescientos jakatas y todavía seguimos, sargento.

Por los huevos del Embozado, quizá a Masan Gilani le guste ser la reina del universo.

—¿Qué era eso que me iba contar, sargento?

—Da igual.

Shurq Elalle se encontraba en la cubierta de proa del Lobo de Espuma; estudiaba con expresión firme y tranquila el Gratitud Imperecedera, unas cinco bordadas por delante. Todas las velas desplegadas, viento en popa. Skorgen Kaban estaba capitaneando su barco y seguiría haciéndolo hasta que llegaran a la desembocadura del río Lether. De momento no había quedado en evidencia, ni, lo que era más importante, la había dejado a ella.

Todo aquello no le hacía ninguna gracia, pero esos malazanos le estaban pagando muy bien. Oro de buena calidad, y un cofre de eso no les iba a ir nada mal en los días, meses y quizá años venideros.

Otra invasión más del Imperio de Lether, y a su manera, con toda probabilidad, tan desagradable como la última. ¿Eran malos presagios que señalaban el declive de lo que había sido una gran civilización? Conquistados por los barbáricos tiste edur y después metidos en una guerra prolongada que podría desangrarlos por completo hasta dejarlos convertidos en un cadáver exangüe.

A menos, por supuesto, que esos desventurados marines abandonados (fueran lo que fueran los «marines», soldados en cualquier caso) ya estuvieran hechos gelatina y disolviéndose en el humus. Una posibilidad muy real, y Shurq no estaba enterada de los detalles de la campaña, por lo que no tenía forma de saberlo.

Así que allí estaba, regresando al fin a Letheras… quizá justo a tiempo para presenciar su conquista. *Presenciar, bueno, en serio, querida Shurq, tú vas a hacer mucho más. Como guiar al puñetero enemigo hasta los mismísimos muelles. ¿Y hasta qué punto te hará eso famosa? ¿Cuántas maldiciones más sobre tu nombre?*

—Hay un ritual —dijo una voz tras ella.

Se volvió. Ese hombre extraño, el de las túnicas raídas cuyo rostro se olvidaba con facilidad. El sacerdote.

—Banaschar, ¿no?

Él asintió.

—¿Me permite unirme a usted, capitana?

—Como le plazca, pero en estos momentos no soy capitana. Soy una pasajera, una invitada.

—Como yo —respondió él—. Como le acabo de mencionar, hay un ritual.

—¿Y eso significa?

—Para hallar y vincular su alma a su cuerpo una vez más, para quitarle la maldición y hacer que vuelva a estar viva.

—Un poco tarde para eso, incluso aunque deseara tal cosa, Banaschar.

Él alzó las cejas.

—¿No sueña con vivir otra vez?

—¿Debería?

—Es probable que sea el último sumo sacerdote vivo de D'rek, el Gusano del Otoño. La cara de los ancianos, los moribundos y los enfermos. Y de la tierra que todo lo devora y que se lleva la carne y el hueso, y los fuegos que transforman en cenizas…

—Sí, bien, capto las alusiones.

—Yo, quizá más que la mayoría, comprendo la tensión entre los vivos y los muertos, la amargura de la estación que nos encuentra a todos y cada uno…

—¿Siempre da la tabarra así?

El sacerdote apartó la vista.

—No. Estoy intentando resucitar mi fe…

—Por las losas, Banaschar, no me haga reír. Por favor.

—¿Reír? Ah, sí, el juego de palabras. Un accidente y…

—Cuánta basura.

Eso provocó una sonrisa burlona, que era mejor que la desdicha seria que había un momento antes.

—Muy bien, Shurq Elalle, ¿por qué no desea vivir una vez más?

—No envejezco, ¿no? Me quedo como estoy, atractiva como corresponde…

—Por fuera, sí.

—¿Y usted se ha tomado el tiempo de mirar dentro, Banaschar?

—Yo no haría tal cosa sin su permiso.

—Se lo doy. Ahonde bien, sumo sacerdote.

La mirada del hombre se clavó en ella, pero poco a poco fue perdiendo concentración. Pasó un momento, el sacerdote palideció, parpadeó y dio un paso atrás.

—Dioses del inframundo, ¿qué es eso?

—No sé a qué se refiere, mi buen señor.

—Hay… raíces… llenando todo su ser. Cada vena y arteria, los capilares más finos… vivos…

—Mi ootooloo, dijeron que lo invadiría todo, con el tiempo. Su apetito —la pirata sonrió— no conoce límite. Pero he aprendido a controlarlo, más o menos. Posee su propio rigor, ¿verdad?

—Está muerta, y sin embargo no lo está, ya no, pero lo que vive en su interior, lo que ha reclamado su cuerpo entero, Shurq Elalle, es algo ajeno. ¡Un parásito!

—Mejor que las pulgas.

Él se quedó con la boca abierta.

Shurq empezó a impacientarse con la alarma creciente de aquel hombre.

—Que el Errante se lleve sus rituales. Estoy contenta como estoy, o lo estaré una vez que me restrieguen un poco y me metan nuevas especias…

—Pare, por favor.

—Como quiera. ¿Hay algo más que desee comentar? La verdad es que no tengo mucho tiempo para sacerdotes supremos. Como si la piedad viniera con las túnicas

chillonas y la arrogancia santurrona. Enséñeme un sacerdote que sepa bailar y quizá disfrute con su compás durante un tiempo. De otro modo…

El sacerdote se inclinó.

—Discúlpeme, entonces.

—Olvídese de intentar resucitar su fe, Banaschar, e intente hacerse con un ritual de vivir que sea más digno.

Él retrocedió y a punto estuvo de chocar con la consejera y la omnipresente guardaespaldas de Tavore, Lostara Yil. Otra reverencia apresurada y el sacerdote bajó volando los escalones.

La consejera miró con el ceño fruncido a Shurq Elalle.

—Parece que está disgustando a mis otros pasajeros, capitana.

—No es algo que me preocupe, consejera. Sería más útil si estuviera en mi propio barco.

—¿No confía en su primer oficial?

—¿Mi espécimen incompleto de ser humano? ¿Por qué iba a pensar usted eso?

Lostara Yil lanzó un bufido divertido y después hizo deliberado caso omiso de la rápida mirada de advertencia de la consejera.

—Tengo muchas preguntas que hacerle, capitana —dijo Tavore—. Sobre todo cuanto más nos acercamos a Letheras. Y, por supuesto, agradeceré sus respuestas.

—Está siendo demasiado osada —dijo Shurq Elalle—, solo a usted se le ocurre dirigirse directamente a la capital.

—Respuestas, no consejo.

Shurq Elalle se encogió de hombros.

—Tuve un tío que decidió dejar Letheras y vivir con los meckros. Tampoco era de los que escuchaban consejos. Así que allá se fue, y luego, no hace tanto tiempo, hubo un barco, un barco meckros de una de sus ciudades flotantes al sur de Piloto, y contaron historias de una ciudad hermana

que había sido destruida por el hielo y se había desvanecido, casi no habían quedado restos y no había supervivientes. Con toda probabilidad se hundió hasta el fondo. Esa desventurada ciudad era en la que vivía mi tío.

—Entonces debería haber aprendido usted una lección muy útil —dijo Lostara Yil en un tono bastante seco que insinuaba cierta burla de sí misma.

—¿Sí?

—Sí. Las personas que han tomado una decisión firme, nunca escuchan consejos, sobre todo cuando se les aconseja lo contrario.

—Bien dicho. —Shurq Elalle le sonrió a aquella mujer tatuada—. Frustrante, ¿no?

—Si ustedes dos ya han terminado con sus quejas no demasiado sutiles —dijo la consejera—, deseo preguntarle aquí a la capitana sobre la policía secreta letherii, los patriotas.

—Oh, bueno —dijo Shurq Elalle—, no es que sea un tema muy divertido. En absoluto.

—No me interesa la diversión —dijo Tavore.

Y solo hay que mirarte, reflexionó Shurq Elalle, *para tener la prueba*.

Con doce de sus guardias más leales del Domicilio Eterno, Sirryn subió por la colina Kravos, la muralla occidental de Letheras dos mil pasos tras él. Las tiendas de la Brigada Imperial dominaban el paisaje en medio de compañías auxiliares y brigadas menores, aunque el campamento tiste edur, un poco apartado del resto, al norte, parecía considerable, al menos dos o tres mil de esos puñeteros salvajes, calculó Sirryn.

En la cima de la colina Kravos había media docena de oficiales letherii y un contingente de tiste edur, entre ellos

Hanradi Khalag. Sirryn sacó un papiro y se dirigió al que había sido rey.

—Estoy aquí para entregar las órdenes del canciller.

Sin inmutarse, Hanradi estiró el brazo para coger el papiro y se lo pasó a uno de sus ayudantes sin mirarlo.

Sirryn frunció el ceño.

—Esas órdenes…

—No leo letherii —dijo Hanradi.

—Si quiere, puedo traducir…

—Tengo gente para eso, finadd. —Hanradi Khalag miró a los oficiales de la Brigada Imperial—. En el futuro —dijo—, los edur patrullaremos los límites de nuestro propio campamento. Se ha acabado el desfile de putas letherii, sus chulos de soldados tendrán que sacarse un sobresueldo en otra parte.

El comandante edur se llevó a su tropa y abandonaron la cima de la colina. Sirryn se los quedó mirando un momento, hasta que tuvo la seguridad de que no iban a volver. Después sacó un segundo pergamino y se acercó al preda de la Brigada Imperial.

—Éstas también —dijo— son órdenes del canciller.

El preda era veterano, no solo de mil batallas sino también de las costumbres de palacio. Se limitó a asentir mientras aceptaba el pergamino.

—Finadd —preguntó—, ¿el canciller se pondrá al mando en persona cuando llegue el momento?

—Imagino que no, señor.

—Eso podría poner las cosas difíciles.

—En algunas cosas, yo hablaré por él, señor. En cuanto al resto, verá, una vez que haya examinado ese pergamino, que se le concede una libertad considerable para la batalla en sí.

—¿Y si me encuentro en desacuerdo con Hanradi?

—Dudo que eso vaya a ser un problema —dijo Sirryn.

Observó al preda meditar la frase y le pareció ver que los ojos del hombre se abrían un poco más.

—Finadd —dijo el preda.

—¿Señor?

—¿Cómo se encuentra el canciller en este momento?

—Muy bien, señor.

—¿Y… en el futuro?

—Es muy optimista, señor.

—Muy bien. Gracias, finadd.

Sirryn hizo un saludo militar.

—Con su permiso, señor. Deseo supervisar a mi personal mientras monta mi campamento.

—Móntelo cerca de esta colina, finadd; desde aquí llevaremos la batalla y querré tenerlo cerca.

—Señor, no queda demasiado espacio…

—Tiene mi permiso para mover a quien haga falta a su discreción, finadd.

—Gracias, señor.

Ah, eso lo iba a disfrutar. Soldados mugrientos con polvo en las botas, siempre se creían superiores a sus contrapartidas de palacio. Bueno, unos cuantos cráneos rotos no tardarían en cambiar eso. *Y con el permiso de su propio preda*. Hizo otro saludo militar y regresó con sus tropas colina abajo.

Aquel hombre le sonaba de algo. ¿Había sido estudiante suyo? ¿Hijo de un vecino, hijo de otro erudito? Ésas eran las preguntas en la mente de Janath mientras la tropa la sacaba a rastras del hogar de Tehol. Del trayecto hasta el complejo de los patriotas recordaba muy poco. Pero ese hombre del rostro conocido, un rostro que suscitaba extraños sentimientos íntimos en su interior, no la abandonaba.

Encadenada en su celda, encadenada en la oscuridad plagada de bichos, la habían dejado sola durante ya algún tiempo. Días, quizá incluso una semana. Un único plato de guiso aguado se deslizaba por la trampilla de la parte inferior de la puerta en lo que parecían intervalos regulares; no lo empujaban al interior de su celda si no dejaba el plato vacío de la última comida al alcance fácil del guardia. No le habían explicado el ritual, pero había terminado por admirar su precisión, su elocuencia. La desobediencia significaba hambre, o, más bien, inanición; el hambre siempre estaba allí, algo que no había experimentado en el hogar de Bicho y Tehol. Había habido un tiempo, por aquel entonces, en el que había llegado a detestar el sabor del pollo. Pero en esos momentos soñaba con aquellas puñeteras gallinas.

El hombre, Tanal Yathvanar, no la había visitado más que una vez, al parecer para recrearse. No tenía ni idea de que la buscaran por sedición, aunque la verdad era que no le sorprendía demasiado. Cuando los que dominaban eran matones, las personas cultas eran las primeros en sentir los puños. Era tan patético, en realidad, que tanta violencia procediera de los sentimientos de inferioridad de alguien. Pequeños de mente, y daba igual lo grande que fuera la espada que tenían en la mano, esa pequeñez esencial continuaba allí, royendo con dientes afilados.

Tanto Bicho como Tehol habían insinuado, en ocasiones, que las cosas no irían bien si la encontraban los patriotas. Bueno, si los encontraban, como resultó. Tehol Beddict, el más frustrante de sus alumnos, que solo había asistido a sus charlas por pura lujuria adolescente, se había revelado como el mayor traidor del imperio, eso le había dicho Tanal Yathvanar, el júbilo de su voz solo superado por los reflejos morbosos de sus ojos cuando se acercaba con el farol en una mano y la otra tocándose sus partes íntimas cuando pensaba que ella no miraba. Ella se había sentado con la

espalda apoyada en la pared de piedra, la cabeza inclinada y la barbilla pegada al pecho, el cabello mugriento colgando en mechones desgreñados sobre la cara.

Tehol Beddict, el cerebro que había planeado la ruina económica del imperio… Bueno seguía siendo un poco difícil de creer. Sí, tenía el talento necesario. Y quizá hasta la inclinación. Pero para el derrumbamiento universal que se estaba dando había una legión de coconspiradores. Involuntarios en su mayor parte, por supuesto, salvo ese cosquilleo persistente en la tripa que les decía que lo que estaban haciendo era, en último caso, destructivo más allá de toda medida. Pero ganaba la codicia, como siempre. Tehol Beddict había preparado el camino, cierto, pero cientos, miles, habían decidido recorrerlo por voluntad propia. Y en ese momento clamaban, indignados y horrorizados, al tiempo que se escabullían en busca de refugio, no fuera a ser que la culpa extendiera su charco carmesí.

Tal y como estaban, el crimen entero se achacaba a Tehol, y a Bicho, el criado que todavía los eludía a todos.

«Pero lo encontraremos, Janath», había dicho Tanal Yathvanar. «Terminamos encontrando a todo el mundo».

A todo el mundo salvo a vosotros mismos, había pensado en responder ella, *pues esa búsqueda os lleva a un sendero mucho más aterrador*. Pero no había dicho nada, no le había dado nada en absoluto. Y había observado a medida que la espada se iba haciendo más pequeña en su mano, *sí, esa espada también*.

«Igual que te encontramos a ti. Igual que te encontré a ti. Oh, ahora ya lo saben todos. Yo fui el que arrestó a Tehol Beddict y a la erudita Janath. Yo. No Karos Invictad, que se queda sentado todo el día babeando encima de su caja y ese bendito insecto de dos cabezas. Lo ha vuelto loco, ¿sabes? No hace nada más», después se había echado a reír. «¿Sabías que ahora es el hombre más rico del imperio? Al

menos eso cree él. Pero el trabajo se lo hice yo. Yo hice las transacciones. Tengo copias de todo. Pero la auténtica gloria es que su beneficiario soy yo, ¡y él ni siquiera lo sabe!».

Sí, el insecto de dos cabezas. Una que babea y la otra que parlotea.

Tanal Yathvanar. Lo conocía, ya era una certeza. Lo conocía porque ya le había hecho todo eso antes. No había disimulado cuando había hablado de ello, era la fuente que le permitía recrearse mirándola, así que no podía ser mentira.

Y sus recuerdos (del tiempo transcurrido entre el final del semestre en la academia y el momento en el que despertó bajo los cuidados de Tehol y Bicho), recuerdos que habían sido fragmentarios, imágenes desdibujadas más allá de toda comprensión, comenzaron a fundirse, empezaron a aclararse.

La buscaban porque se había escapado. Lo que significaba que la habían arrestado (su primer arresto) y su torturador no había sido otro que Tanal Yathvanar.

Lógico. Intuiciones razonables a partir de los hechos de los que disponía y su lista de observaciones. Argumentos convincentes, y en pie, delante de ella (desde ya hacia un rato), el hombre que ofrecía la prueba más patética con su parloteo, empujado por la falta de reacción de su prisionera.

«Querida Janath, debemos reanudar las cosas donde las dejamos. No sé cómo te escapaste. Ni siquiera sé cómo terminaste con Tehol Beddict. Pero una vez más eres mía para hacer contigo lo que me plazca. Y lo que haré contigo, por desgracia, no te complacerá, pero tu placer no es lo que me interesa. Esta vez me rogarás, me prometerás lo que sea, terminarás por venerarme. Y con eso es con lo que te dejaré hoy. Para darte algo en lo que pensar hasta mi regreso».

El silencio femenino, según resultó, había sido una defensa débil.

Janath estaba empezando a recordar, más allá de esos detalles ordenados y dispuestos con imparcialidad clínica, y con esos recuerdos había… dolor.

Dolor más allá de toda comprensión.

Me estaba volviendo loca. Por eso no recordaba nada. Loca por completo, no sé cómo me sanaron Bicho y Tehol, pero debieron de hacerlo. Y la consideración de Tehol, esa dulzura tan poco propia de él que utilizó conmigo… ni una sola vez intentó aprovecharse de mí, aunque tenía que saber que hubiera podido, que yo lo habría agradecido. Eso debería haber suscitado mis sospechas, debería, pero era demasiado feliz, estaba demasiado satisfecha, aunque fuera raro, al tiempo que esperaba y esperaba a que Tehol se encontrara en mis brazos.

Ah, ¿no es esa una forma extraña de ponerlo?

Se preguntó dónde estaría Tehol. ¿En otra celda? Entre sus vecinos los había de sobra que gemían y lloraban, la mayor parte estaba más allá de toda esperanza de comunicación. ¿Era uno de ellos Tehol Beddict? ¿Roto, convertido en una criatura que solo podía sangrar y farfullar?

No creía que fuera así. No quería creerlo. No, para el «gran traidor» del Imperio tendría que haber espectáculo. Un Ahogamiento de tal extravagancia que se grabara a fuego en la memoria colectiva del pueblo letherii. Había que vencerlo de forma pública. Había que convertirlo en el foco único de esa marea abrumadora de rabia y miedo. La acción crucial de Karos Invictad para recuperar el control, para sofocar la anarquía, el pánico, para restaurar el orden.

Qué ironía, que mientras el emperador Rhulad se preparaba para masacrar campeones (entre ellos algunos que, según se decía, eran los más peligrosos a los que Rhulad se enfrentaría nunca), Karos Invictad pudiera usurpar con tanta facilidad la atención de todos (bueno, es

decir, entre los letherii) con ese único arresto, ese juicio, ese simple baño de sangre.

¿Se da cuenta? ¿Que al matar a Tehol Beddict de ese modo lo convertirá en un mártir? ¿Uno como jamás se ha visto hasta ahora? Tehol intentaba destruir el sistema letherii de endeudamiento. Intentaba destruir esa unión impía de dinero y poder. Será el nuevo Errante, pero un nuevo tipo de Errante. Uno vinculado a la justicia, a la libertad, al común de los seres humanos. Sin reparar si tenía razón, sin reparar siquiera si ésos eran sus objetivos, nada de eso importará. Se escribirá sobre él, un millar de relatos, y con el tiempo no sobrevivirá más que un puñado, que se unirán para forjar el corazón de un nuevo culto.

Y tú, Karos Invictad, oh, tu nombre cabalgará en el aliento de las maldiciones para siempre jamás.

Conviertes a alguien en mártir y cedes todo control de lo que ese alguien era en vida, de lo que ese alguien se transforma en la muerte. Hazlo, Karos Invictad, y habrás perdido, incluso mientras te lames de las manos la sangre de ese hombre.

Pero quizá el centinela era consciente de todo aquello. Lo suficiente para haber asesinado ya a Tehol Beddict, haberlo asesinado y haber tirado su cuerpo al río sujeto por unas cuantas piedras. Sin anuncios, todo en la oscuridad de la noche.

Pero no, el pueblo quería, necesitaba, exigía la ejecución pública, ritualizada, de Tehol Beddict.

Y así fue dando vueltas y más vueltas en el remolino del desagüe de su mente, el pozo sin fondo que era el derrumbamiento defensivo de su espíritu la iba absorbiendo.

Y la llevaba lejos de los recuerdos.

De Tanal Yathvanar.

Y de lo que le había hecho antes.

Y de lo que pronto le haría.

El guerrero orgulloso, alborotado, que había sido Gadalanak regresó al complejo apenas reconocible como ser humano. La clase de fracaso, según se le había dado a entender a Samar Dev, que enfurecía a ese terrible, terrorífico emperador. Por consiguiente, Gadalanak había terminado hecho pedazos. Mucho después de que hubiera muerto, la temida espada de Rhulad había descendido de golpe, había cortado, rebanado, acuchillado y se había retorcido. Suponía que la mayor parte de la sangre de aquel hombre había empapado la arena del suelo del estadio, porque el cuerpo que se llevó la comitiva de enterramiento, compuesta por endeudados, ni siquiera goteaba.

Puddy y otros guerreros, todavía a la espera de su turno (incluida la mujer enmascarada), se encontraban cerca, observando a los porteadores y la camilla de juncos, con su espeluznante montón de carne cruda y huesos que sobresalían, que cruzaba el complejo de camino a lo que se conocía como la sala de las Urnas, donde se enterrarían los restos de Gadalanak. Otro endeudado seguía a los portadores con el arma y el escudo del guerrero, prácticamente limpios de sangre, ya fueran salpicaduras u otra cosa. Empezaban a circular rumores con los detalles del combate. El emperador le había cortado a Gadalanak el brazo del arma con el primer golpe, a medio camino entre la mano y el codo, y había mandado el arma volando a un lado. El brazo del escudo lo siguió, amputado a la altura del hombro. Se decía que los tiste edur presentes (y los pocos dignatarios letherii cuya sed de sangre había vencido al pánico de los repentinos apuros financieros) habían lanzado entonces un rugido de éxtasis, como si respondieran a los gritos del propio Gadalanak.

Silenciosos, con expresión sobria, y pálidos como la arena decolorada, Puddy y los otros observaron pasar aquel lúgubre desfile, como hizo la propia Samar Dev. Después se dio la vuelta. Entró en un pasillo lateral y bajó por su polvorienta penumbra.

Karsa Orlong estaba echado en el enorme catre que se había construido para algún campeón previo, un tartheno de pura sangre, aunque no tan alto como el teblor que se había despatarrado en mitad de la cama, los pies descalzos sobresaliendo por un extremo y los dedos apretados contra el muro, un muro marcado por la suciedad de esos dedos y esos pies, puesto que a Karsa Orlong le había dado por hacer muy poco desde el anuncio del comienzo de los combates.

—Está muerto —dijo ella.

—¿Quién?

—Gadalanak. En menos de dos o tres latidos; creo que fue un error que todos decidierais no asistir, necesitáis ver a aquel contra el que lucharéis. Necesitáis conocer su estilo. Podría haber puntos débiles…

Karsa lanzó un bufido.

—¿Revelados en dos latidos?

—Sospecho que los otros van a cambiar de opinión. Irán, verán por sí mismos…

—Idiotas.

—¿Porque no van a seguir tu ejemplo?

—Ni siquiera sabía que lo seguían, bruja. ¿Qué quieres? ¿No ves que estoy ocupado?

Samar entró en la habitación.

—¿Haciendo qué?

—Arrastras tus fantasmas contigo.

—Más bien se aferran a mis talones y parlotean… Hay algo creciendo en tu interior, Karsa Orlong…

—Trépame encima y podremos aliviarlo, Samar Dev.

—Asombroso —dijo ella sin aliento.

—Sí.

—No, cretino. Solo comentaba que, de vez en cuando, todavía eres capaz de sorprenderme.

—Solo finges inocencia, mujer. Quítate la ropa.

—Si lo hiciera, sería solo por puro cansancio. Pero no lo haré, porque soy más dura de lo que crees. Una sola mirada a las asquerosas manchas que han dejado tus pies en ese muro es más que suficiente para aplacar cualquier ardor que pudiera, en un momento de locura repentina, experimentar.

—No te pedí que le hicieras el amor a mis pies.

—¿No deberías estar haciendo ejercicio? No, no de ese tipo. Me refiero a mantenerte ágil, estirarte y demás.

—¿Qué quieres?

—Consuelo, tranquilidad, supongo.

Karsa se volvió y la miró; después, poco a poco se incorporó, el catre gemía bajo él.

—Samar Dev, ¿qué es lo que más temes?

—Bueno, que mueras, creo. Exasperante como eres, te has convertido en un amigo. Para mí, por lo menos. Eso y el hecho de que, eh, después de ti convocarán a Icarium. Como puedes ver, los dos temores van entrelazados.

—¿Es eso lo que temen también los espíritus que se apiñan en ti?

—Una pregunta interesante. No estoy segura, Karsa. —Y al momento, añadió—. Sí, empiezo a entender la importancia que podría tener; me refiero a que merece la pena saberlo.

—Yo tengo mis propios fantasmas —dijo él.

—Lo sé. ¿Y qué sienten ellos? ¿Lo notas?

—Están impacientes.

Samar frunció el ceño.

—¿De veras, Karsa Orlong? ¿De veras?

Él se echó a reír.

—No por lo que piensas. No, se complacen con el final que se aproxima para ellos, con el sacrificio que harán.

—¿Qué clase de sacrificio?

—Cuando llegue el momento, bruja, debes sacar tu cuchillo de hierro. Dale tu sangre. Libera los espíritus que has vinculado.

—¿Qué momento, maldito seas?

—Lo sabrás. Y ahora, quítate la ropa. Quiero verte desnuda.

—No. Gadalanak está muerto. Nunca más oiremos sus carcajadas…

—Sí, así que ahora debemos reír nosotros, Samar Dev. Debemos recordarnos lo que es vivir. Por él. Por Gadalanak.

La bruja se lo quedó mirando y siseó de rabia.

—Casi me tenías, Karsa Orlong. ¿Sabes?, cuando eres demasiado convincente es cuando más peligroso te haces.

—Quizá preferirías que te tomara sin más. Que te arrancara la ropa con mis propias manos. Que te arrojara sobre la cama.

—Me voy.

Taralack Veed había soñado una vez con ese momento, ya inminente, en el que Icarium Robavida pisaría la arena del estadio entre el rugido impaciente de espectadores que no eran conscientes de quién era, y esos gritos desdeñosos cambiarían de signo muy pronto, oh, sí, se convertirían en gritos de asombro, después de terror. A medida que la rabia se despertaba, se desataba.

A medida que el mundo llegaba a su sangriento final. Un emperador, un palacio, una ciudad, el corazón de un imperio.

Pero ese Rhulad no iba a morir. No de un modo absoluto. No, cada vez se alzaría de nuevo, y dos fuerzas se

enzarzarían en una batalla que quizá nunca terminase. A menos… ¿se podía matar a Icarium? ¿Podía morir? No era inmortal, después de todo… aunque se podía argumentar que su rabia era la rabia de la víctima, generación tras generación, una rabia contra la injusticia y la desigualdad, y algo así nunca tenía fin.

No, si Taralack Veed seguía sus pensamientos hasta el final, siempre llegaba al mismo lugar. Rhulad mataría a Icarium. Un centenar de choques, un millar; en algún punto, sobre un continente de cenizas, el caos creciente golpearía y se abriría paso hasta el fondo de la rabia de Icarium. Y Robavida caería.

Había lógica en todo aquello. La víctima quizá despertase a la furia, pero la víctima estaba condenada a ser solo eso: una víctima. Ése era el verdadero ciclo, el ciclo del que era testigo cada cultura, cada civilización, siglo tras siglo. *Una fuerza natural, el núcleo de la lucha por existir es el deseo no solo de sobrevivir, sino de prosperar. Y prosperar es alimentarse de víctimas, cada vez más víctimas*.

—Es el lenguaje en sí —dijo el examinador superior mientras se arrodillaba sobre un cuenco de agua quieta para estudiar su reflejo y poder aplicarse la pintura chillona—. La vida empuja hacia delante, cuando triunfa. La vida se detiene o se queda a la mitad del camino cuando fracasa. La progresión, Taralack Veed, implica un viaje, pero no necesariamente un viaje a través de un intervalo determinado de tiempo. Es decir, el crecimiento y envejecimiento de una persona concreta, aunque eso también se cose muy deprisa a la tela. No, el verdadero viaje es un viaje de procreación, la semilla de uno moviéndose de un anfitrión a otro en una sucesión de generaciones, cada una de las cuales debe tener éxito hasta cierto punto, no vaya a ser que la semilla… se detenga, se pierda por el camino. Por supuesto, no está en la mente de un hombre

pensar solo en términos de generación tras generación, aunque la necesidad de sembrar la semilla es siempre primordial. Otras preocupaciones, todas las cuales apoyan aquello que es primordial, ocupan por lo general la mente en el día a día. La consecución de alimento, la seguridad de tu refugio, el apoyo de tu familia, parientes y aliados, el esfuerzo por elaborar un mundo predecible, habitado por personas predecibles; la búsqueda, si se quiere, de comodidad.

Taralack Veed apartó la vista y posó los ojos en la ventana, donde se encontraba el finadd Varat Taun, que observaba algo abajo, en el complejo.

—Monje —dijo Taralack con un gruñido—, entre mi tribu, cada una de las cosas que describes no era más que parte de una guerra, una disputa que no podía acabar. Cada una desesperada y cruel. No había amor, ni lealtad, en la que se pudiera confiar del todo, porque el suelo se revolvía bajo nuestros pies. No hay nada seguro. Nada.

—Una cosa sí —dijo Varat Taun, y los miró—. El guerrero llamado Gadalanak está muerto. Y ahora también lo está el llamado Puddy, el rápido al que le encantaba jactarse.

Taralack Veed asintió.

—Has terminado por creer lo mismo que yo, finadd. Sí, tú y yo hemos visto a Icarium invadido por la cólera. Pero este emperador, ese tal Rhulad…

El monje emitió un extraño gruñido, giró en redondo sobre el taburete, les dio la espalda a los dos y se abrazó.

Varat Taun frunció el ceño y se adelantó un paso.

—¿Examinador superior? ¿Sacerdote? ¿Le ocurre algo?

Una vigorosa sacudida de la cabeza.

—No, por favor —dijo después—. Cambiemos de tema. Dios bendito, he estado a punto de fracasar; el regocijo, ¿sabe? Casi estalla de mis labios. Ah, apenas soy capaz de contenerme.

—Su fe en su dios continúa imperturbable.

—Sí, Taralack Veed. Oh, sí. ¿No se dice que Rhulad está loco? ¿Que lo ha vuelto loco una infinidad de muertes y renacimientos? Bueno, amigos míos, yo digo que Robaviva, mi bienamado dios, el único dios, bueno, él también está loco. Y recuerden esto, por favor, es Icarium el que ha venido aquí. No Rhulad, es mi dios el que ha hecho este viaje. Para deleitarse con su propia locura.

—Rhulad es…

—No, Varat Taun. Rhulad no es. Dios. El dios. Es una criatura maldita, tan mortal como usted o como yo. El poder se encuentra en la espada que empuña. La distinción, amigos míos, es esencial. Ahora, basta, no sea que rompa mi voto. Están los dos demasiado serios, demasiado envenenados por el miedo y el pavor. Mi corazón está a punto de estallar.

Taralack Veed se quedó mirando la espalda del monje, vio el temblor que no podía detenerse. *No, examinador superior, eres tú el que está loco. ¿Venerar a Icarium? ¿Venera un gral a la víbora?, ¿al escorpión?*

Espíritus de la roca y la arena, no puedo esperar mucho más. Acabemos de una vez con esto.

—El final —dijo el examinador superior— nunca es lo que se imagina. Encuentren consuelo en eso, amigos míos.

—¿Cuándo planea presenciar su primer combate? —le preguntó Varat Taun al monje.

—Si acaso, y todavía no lo he decidido, si acaso, el del toblakai, por supuesto —murmuró el examinador superior, que al fin había controlado su hilaridad, hasta el punto que se giró y alzó la cabeza para mirar al finadd con una expresión serena y sagaz en los ojos—. El toblakai.

Rhulad Sengar, emperador de las Mil Muertes, se alzaba sobre el cadáver de su tercera víctima. Salpicado de sangre que no era suya, la espada temblando en su mano, se quedó mirando la cara quieta con los ojos sin vida mientras la multitud cumplía con su obligación y rugía de placer, daba voz a su amargo triunfo.

Ese creciente muro de ruido se separó a su alrededor, sin tocarlo. Era, bien lo sabía él, una mentira. Todo era mentira. El desafío, que había resultado ser cualquier cosa salvo eso. El triunfo, que en realidad era un fracaso. Las palabras pronunciadas por su canciller, por su encorvado y retorcido ceda, y cada rostro vuelto hacia él era como ése. Una máscara, una cosa de muerte, una expresión de risa oculta, burla escondida. Pues si no era la muerte lo que se burlaba de él, ¿entonces qué?

¿Cuándo había sido la última vez que había visto algo verdadero en el rostro de un súbdito? *Cuando no pensabas en ellos como súbditos. Cuando no lo eran. Cuando eran amigos, hermanos, padres y madres. Tengo mi trono, tengo mi espada, tengo un imperio. Pero no tengo… a nadie*.

Ansiaba morirse. Una muerte de verdad. Caer y no encontrar su carne espiritual arrojada en la playa de la isla de ese dios pavoroso.

Pero será diferente esta vez. Lo presiento. Algo… será diferente.

Sin hacer caso de la multitud y su rugido, que se iba deslizando hacia la histeria, Rhulad salió del estadio entre las ondas relucientes que se alzaban de la arena cocida por el sol. El sudor había comenzado a diluir la sangre que lo salpicaba, sudor que se filtraba entre monedas deslustradas, brillando en los bordes anillados de las cicatrices picadas. Sudor y sangre se mezclaban en esos arroyos de victoria

amarga que no podían más que manchar de forma temporal las superficies de las monedas.

Rhulad sabía que el canciller Triban Gnol no lo entendía. Que el oro y la plata sobrevivían a las vanidades de las vidas mortales. Y tampoco lo entendía Karos Invictad.

En muchos sentidos, Rhulad admiraba a ese gran traidor, Tehol Beddict. *Beddict, sí, el hermano del único guerrero letherii honorable que tuve el privilegio de conocer. Uno, solo uno. Brys Beddict, que me derrotó de verdad, y en eso también era como ningún otro*. Karos Invictad había querido sacar a Tehol Beddict a rastras al estadio, para que se plantara ante el emperador, para que lo avergonzaran y lo obligaran a oír el ansia frenética de la multitud. Karos Invictad había pensado que algo así humillaría a Tehol Beddict. *Pero si Tehol es como Brys, no haría más que quedarse ahí, de pie; no haría más que sonreír, y esa sonrisa sería su reto. Me retaría a mí. Me invitaría a que lo ejecutase, a que lo derribase como nunca hice con Brys. Y sí, yo vería que lo sabe, ahí, en sus ojos*. Rhulad lo había prohibido. Que dejasen a Tehol para los Ahogamientos. Para ese circo de salvajes transformado en un juego de apuestas.

Entretanto, los cimientos del imperio se tambaleaban, escupían polvo en un chirrido de protesta; las piedras angulares, firmes en otro tiempo, se sacudían como si revelaran que no eran más que arcilla, todavía húmeda, del río. Hombres que habían sido ricos se habían quitado la vida. Los almacenes habían sido asediados por una turba creciente, esa bestia de necesidad con mil cabezas se alzaba en cada ciudad y pueblo del imperio. Se había derramado sangre por un puñado de diques o un mendrugo de pan duro, y en las barriadas más pobres las madres ahogaban a sus bebés antes de verlos hincharse y marchitarse, morir de inanición.

Rhulad abandonó la luz dura del sol y permaneció en la entrada del túnel, tragado por las sombras.

Mi gran imperio.

El canciller iba a verlo cada día, y mentía. Todo iba bien, todo iría bien con la ejecución de Tehol Beddict. Las minas trabajaban horas extras para forjar más divisas, pero era necesario un control cuidadoso, porque Karos Invictad creía que todo lo que Tehol había robado sería recuperado. Aun así, mejor un periodo de inflación que el caos que infestaba Lether.

Pero Hannan Mosag le decía lo contrario; de hecho, había elaborado rituales que permitían a Rhulad ver por sí mismo los disturbios, la locura, las escenas desdibujadas, a veces desvaídas de una forma enloquecedora, pero que todavía hedían a verdad. En lo que mentía el ceda era en lo que no quería revelar.

—¿Qué hay de la invasión, ceda? Muéstrame a esos malazanos.

—No puedo, por desgracia, emperador. Se protegen con magias extrañas. ¿Veis?, el agua del cuenco se enturbia cuando sondeo en su dirección. Como si pudieran arrojar en ella puñados de harina. Y cegar todo lo que podría revelar el agua.

Mentiras. Triban Gnol había sido más directo en su valoración, una franqueza que desvelaba la preocupación creciente del canciller, incluso su miedo. Los malazanos que habían desembarcado en la costa oeste, que habían comenzado su marcha hacia el interior, hacia la propia Letheras, estaban resultando ser tan astutos como letales. Chocar con ellos era retroceder tambaleándose, ensangrentados y magullados, una retirada salpicada de soldados muertos y tiste edur muertos. Sí, iban a por Rhulad. ¿Podía detenerlos el canciller?

—Sí, emperador. Podemos. Lo haremos. Hanradi ha dividido sus fuerzas edur. Una espera con nuestro ejército principal justo al oeste de la ciudad. La otra ha viajado, rápida y ligera, al norte, y en estos mismos momentos está virando al oeste como un brazo arrollador, aparecerán detrás de esos malazanos, pero no como se ha intentado antes. No, vuestros edur no cabalgan en columnas, no viajan ahora por los caminos. Luchan como lo hicieron una vez, durante las guerras de unificación. Partidas de guerra que se mueven en silencio en las sombras, se ponen a la altura de los malazanos y quizá hasta los superan en sigilo…

—¡Sí! Nos adaptamos, nos convertimos no en algo nuevo, sino en algo viejo, el corazón mismo de nuestra pericia. ¿De quién fue esta idea? ¡Dímelo!

Una inclinación de Triban Gnol.

—Mi señor, ¿no me pusisteis a mí al cargo de esta defensa?

—Entonces, tuya.

Otra inclinación.

—Como he dicho, emperador, la mano que me guió fue la vuestra.

Tanto celo fingido solo revelaba desdén. Rhulad eso lo comprendía. El ceda careció de matices tan civilizados en su respuesta.

—La idea fue mía y de Hanradi, emperador. Después de todo, yo era el rey hechicero y él era mi más enconado rival. Esto lo podemos convertir en una guerra que los edur entendemos y conocemos. Está bastante claro que intentar combatir a esos malazanos al estilo de los letherii ha fracasado…

—Pero habrá un choque, una gran batalla.

—Eso parece.

—Bien.

—Quizá no. Hanradi cree…

Y ahí habían comenzado los eufemismos, las medias verdades, los ataques mal disimulados contra el canciller y su nuevo papel como comandante militar.

Elaborar los hechos para que encajaran con la realidad era difícil, tamizar las mentiras, agitarlas para que se desprendieran las verdades; Rhulad estaba agotado, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba aprendiendo, malditos fueran todos. Estaba aprendiendo.

—Háblame, ceda, de la invasión de Bolkando.

—Se han invadido nuestros fuertes fronterizos. Ha habido dos batallas y en ambas las divisiones letherii se vieron obligadas a retirarse, malheridas. Esa alianza entre los reinos orientales es ahora real, y parece que han contratado ejércitos mercenarios…

La conspiración de Bolkando… ahora es real. Lo que significa que comenzó siendo una mentira. Recordó la expresión conmocionada de Triban Gnol cuando Rhulad repitió las palabras de Hannan Mosag como si fueran suyas. «Esa alianza entre los reinos orientales es ahora real, canciller…».

La máscara de Triban Gnol se había agrietado entonces, allí no había ninguna ilusión, ninguna partida llevada a un nivel todavía más profundo. El hombre había parecido… culpable.

Debemos ganar estas guerras. Al oeste y al este. Debemos también reformar este imperio. Los días de los endeudados desaparecerán. Los días de las monedas gobernando este cuerpo han acabado. Yo, Rhulad, emperador, pondré las manos sobre esta arcilla y haré de ella algo nuevo.

Así pues, que continúe la plaga de suicidios entre los que fueron poderosos. Que las grandes casas de mercaderes se derrumben y caigan en la ruina. Que los pobres descuarticen a los ricos. Que ardan las haciendas. Cuando

se hayan posado las cenizas, cuando se hayan enfriado, entonces Rhulad hallará suelo fértil para su nuevo imperio.

Sí, ésa es la diferencia esta vez. Percibo un renacimiento. Está cerca. Es inminente. Lo percibo y quizá sea suficiente, quizá me dará una nueva razón para apreciar esta vida. Mi vida.

Oh, padre Sombra, guíame ahora.

Mael no había tenido cuidado. Había sido ese descuido en lo que había confiado el Errante. El dios ancestral, tan concentrado en salvar a su estúpido compañero mortal, había terminado por meterse dando tumbos en una trampa muy simple. Era un alivio haberse quitado de en medio a aquel cabrón entrometido, una especie de compensación a la chillona adquisición de Bruja de la Pluma, cuya desagradable compañía el Errante acababa de abandonar.

Y en ese momento se encontraba en el pasillo oscuro. Solo.

—Tendremos a nuestra espada mortal —le había anunciado ella, encaramada al altar que se agazapaba como una isla en medio de la riada negra—. El muy idiota sigue estando ciego y siendo estúpido.

¿Qué idiota sería ése, Bruja de la Pluma? ¿Nuestra inminente espada mortal?

—No entiendo tu sarcasmo, Errante. Nada ha salido mal. Nuestro culto crece día a día entre los esclavos letherii y ahora entre los endeudados…

Te refieres a los desafectos. ¿Y qué es lo que les prometes, Bruja de la Pluma? ¿En mi nombre?

—La edad dorada del pasado. Cuando predominabas entre todos los demás dioses. Cuando el tuyo era el culto de todos los letherii. Nuestra gloria fue hace mucho tiempo y a eso debemos regresar.

Nunca hubo una edad dorada. Entre los letherii nunca se me veneró con exclusión de todos los demás dioses. La época a la que te refieres fue una era de pluralidad, de tolerancia, una cultura que florecía…

—Da igual la verdad. El pasado es lo que yo digo que es. Ésa es la libertad de enseñar a los ignorantes.

Él se había reído entonces. *La suma sacerdotisa se tropieza con una sabiduría inmensa. Sí, reúne, así pues, a tus desafectos, a tus idiotas ignorantes. Llénales la cabeza con la noble gloria de un pasado inexistente y envíalos al mundo con los ojos llameando con un fervor estúpido (pero reconfortante). Y eso dará comienzo a nuestra nueva edad de oro, una exultación de los placeres de la represión y el control tiránico de las vidas de todo el mundo. Salve, poderoso Errante, el dios que no tolera disensión alguna.*

—Lo que hagas con tu poder es cosa tuya. Sé lo que pienso hacer con el mío.

Udinaas te ha rechazado, Bruja de la Pluma. Has perdido al que más deseabas.

Ella sonrió.

—Cambiará de opinión. Ya lo verás. Juntos forjaremos una dinastía. Él era uno de los endeudados. Solo necesito despertar la codicia de su interior.

Bruja de la Pluma, escucha con atención a tu dios. Esta modesta astilla de sabiduría: las vidas de otros no son para que tú las uses. Ofréceles dicha, sí, pero no te sientas decepcionada cuando elijan el infortunio, porque el infortunio es suyo y si han de elegir el camino de otro o el suyo, elegirán el suyo. Los temblor tienen un dicho: «Ábreles tu mano hacia la costa, obsérvalos adentrarse en el mar».

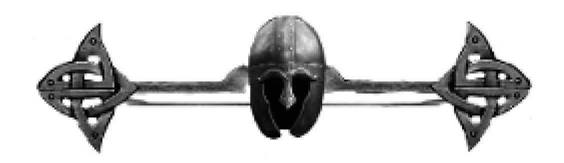
—No me extraña que acabaran con ellos.

Bruja de la Pluma…

—Escucha ahora mi sabiduría, Errante. Sabiduría a la que los temblor deberían haber prestado atención. Cuando se trata de usar las vidas de otros, lo primero que hay que quitarles es el privilegio de la elección. Una vez hecho eso, el resto es fácil.

Había encontrado a su sacerdotisa suprema. Sin lugar a dudas. *Benditos seamos todos*.

21



Ábreles tu mano hacia la costa, obsérvalos adentrarse en el mar.
Imponles todo lo que necesitan, mira cómo anhelan todo lo que quieren.
Regálales el estanque calmo de las palabras, obsérvalos sacar la espada.
Bendícelos con la hartura de la paz, mira cómo se mueren de hambre de guerra.
Concédeles la oscuridad y codiciarán la luz.
Entrégalos a la muerte y óyelos rogar por su vida.
Engendra vida y ellos asesinarán a tus parientes.
Sé como son ellos y ellos te verán diferente.
Muestra sabiduría y eres un idiota.
La costa da paso al mar.
Y el mar, amigos míos,
no sueña contigo.

Plegaria temblor

Otro pueblo de mierda del Embozado, peor que setas tras un chaparrón. Prueba, si es que la necesitaban (y no la necesitaban), de que se estaban acercando cada vez más a la capital. Aldeas, pueblos, pequeñas ciudades, tráfico en los caminos y pistas para carretas, el paso atronador de caballos, cuernos resonando a lo lejos como el aullido de los lobos al entrar a matar.

—La mejor vida que hay —murmuró Violín.

—¿Sargento?

Rodó de espaldas y estudió a las agotadas, magulladas, ensangrentadas y enloquecidas excusas que tenía por soldados. ¿Qué eran en esos momentos? ¿Y qué era lo que, al mirarlo a él a su vez, estaban viendo? *Su última esperanza, y si eso no son malas noticias*…

Se preguntó si Gesler y su pelotón seguían vivos. Los había separado la noche anterior una inteligente ofensiva en masa de los edur, erizados de armas y olisqueando el aire como los mastines en los que se habían convertido. Edur tras sus pasos, presionando sin parar, empujándolos, a punto de meterse en lo que Violín sabía la hostia de bien que era un muro de soldados que esperaba por allí delante; no habría forma de superarlo cuando llegara el momento. Tampoco de escabullirse al norte o al sur, las bandas edur llenaban el norte, una docena por soto, y no demasiado lejos, al sur, estaba el ancho río Lether, sonriendo como el puñetero sol. Sí, alguien del otro bando por fin había empezado a pensar con la cabeza y había hecho los ajustes necesarios, había convertido esa invasión entera en un inmenso embudo que estaba a punto de meter a los malazanos en una picadora de carne.

Bueno, no hay diversión que dure para siempre. Después de que alejaran a Gesler y su quinto pelotón, habían oído ruidos de lucha en esa dirección. Y Violín se había enfrentado a una dura decisión: podía guiar a su puñado de soldados y cargar por el flanco para abrirse paso y aliviar a los pobres cabrones, o permanecer en silencio y seguir avanzando a toda prisa, hacia el este con rumbo sur, para ir a colarse de cabeza en ese buche que los esperaba.

Los crujidos estridentes de los fulleros habían decidido por él, era un suicidio meterse allí, los fulleros tendían a salir volando por todas partes, y significaban que Gesler y su

pelotón estaban huyendo, se estaban abriendo paso a la fuerza entre el enemigo; Violín y su pelotón podrían terminar tropezándose con su estela, atrapados de repente en medio de decenas de encolerizados edur.

Así que los dejé a lo suyo. Y las detonaciones se fueron apagando, pero los gritos continuaron, que el Embozado me lleve.

Despatarrados en las hierbas altas al borde de la línea de árboles, su pelotón. Apestaban. La gloria de los Cazahuesos, esa afición al significado más horripilante de ese nombre. *La maldición de Koryk, sí. ¿Quién si no?* Dedos amputados, orejas, todo perforado y colgando de cinturones, broches de arneses, correas de cuero crudo. Sus soldados: del primero al último, degradados y convertidos en unos salvajes espeluznantes que lamían sangre y a los que apenas se les podía llamar humanos. Nada de extrañar. Una cosa era hacer misiones encubiertas; como marines, para eso los habían adiestrado. Pero se había alargado demasiado, sin alivio alguno, y el único final a la vista era nada menos que la puerta del Embozado. Dedos y orejas, salvo por Sonrisas, que había añadido a la mezcla lo que solo los varones podían proporcionar. «Mis gusanos bleckers», había dicho, refiriéndose a unos gusanos que vivían en el barro marino, a poca distancia de la orilla, y que eran endémicos de la costa kanesiana. «Y al igual que los gusanos, empiezan siendo violetas y azules y después de un día o dos al sol, se quedan grises. Bleckers, sargento».

No les hacía falta confundirse de camino para perder la cabeza, eso al menos era obvio. *Dioses del inframundo, mira estos idiotas, en el nombre del Embozado, ¿se puede saber cómo hemos durado tanto?*

No habían visto a la capitán y al enano de su mago en algún tiempo, lo que no presagiaba nada bueno. Con todo, había jirones reveladores de humo marrón que flotaban acá

y allá por las mañanas, y el sonido desvaído de municiones por la noche. Así que al menos algunos seguían vivos. Pero hasta esas señales eran cada vez más escasas, cuando, si acaso, deberían haber ido aumentando a medida que las cosas se iban complicando.

Nos hemos quedado sin nada. Estamos agotados. ¡Bah, escucha lo que digo! Empiezo a sonar igual que Sepia. «Ya estoy listo para morir, Viol. Encantado de irme, sí. Ahora que ya vi…».

—Ya basta —soltó de repente.

—¿Sargento?

—Deja de preguntarme, Botella. Y deja de mirarme como si me hubiera vuelto loco.

—Será mejor que no, sargento. Que no te vuelvas loco, quiero decir. Eres el único que queda cuerdo.

—¿Y eso te incluye a ti?

Botella hizo una mueca y escupió otra bola de la hierba que le había dado por masticar. Estiró el brazo y cogió un puñado fresco.

Sí, respuesta suficiente.

—Casi ha oscurecido —dijo Violín mientras miraba una vez más el pintoresco pueblo que tenían delante. Cruce de caminos, taberna y establo, una forja en la calle principal, delante de una pila inmensa de desechos, y lo que parecían demasiadas residencias, filas de cabañas en callejuelas estrechas; cada morada parecía apenas lo bastante grande para una familia pequeña. Quizá había alguna otra industria, una cantera o una fábrica de loza, en algún lugar al otro lado del pueblo. Le parecía haber visto un camino de grava que serpenteaba colina arriba tras el borde oriental.

Reinaba un silencio extraño para ser la hora de la puesta del sol. *¿Trabajadores todavía encadenados a sus bancos de trabajo? Quizá. Pero, con todo, ni un puñetero perro en esa calle.*

—No me gusta la pinta que tiene —dijo—. ¿Estás seguro de que no hueles nada raro, Botella?

—Nada mágico. Lo que no significa que no haya un centenar de edur agazapados dentro de esas casas, esperando por nosotros.

—Pues manda una ardilla o algo, maldito seas.

—Estoy buscando, sargento, pero si no haces más que interrumpirme…

—Embozado bendito, por favor, cose las bocas de los magos, te lo imploro.

—Sargento, te lo ruego. Tenemos seis pelotones de edur a menos de una legua por detrás, y yo estoy hasta el gorro de esquivar jabalinas. Déjame concentrarme.

Sí, tú concéntrate en este puño que te voy a hacer tragar, maldito besaratas. Oh, estoy demasiado cansado, soy demasiado viejo. Quizá, si sobrevivimos a esto… ¡ja! Pues yo pienso escabullirme, desaparecer en las calles de esa tal Letheras. Me retiro. Me dedico a pescar. O quizá a tejer. Chales funerarios. Apuesto a que termina siendo una empresa floreciente durante un tiempo. Una vez que llegue la consejera con el resto de la panda de gruñones y vengue a todos los marines que habremos muerto, ah, dulce venganza. No, deja de pensar así. Seguimos vivos.

—Tengo un gato, sargento. Está durmiendo en la cocina de esa taberna. Y tiene malos sueños.

—Entonces conviértete en su peor pesadilla, Botella, y rápido.

Pájaros trinando en los árboles detrás de ellos. Insectos afanados en vivir y morir en las hierbas que los rodeaban. Hasta ahí llegaba el mundo de Violín, un esfuerzo tedioso puntuado por momentos de profundo terror. Le picaba todo, estaba sucio y podía oler el hedor rancio del miedo viejo, como manchas malolientes en la piel.

¿Y se puede saber quién Embozado son estos malditos letherii? Así que este puñetero imperio con sus señores edur se peleó con el Imperio de Malaz. Eso es problema de Laseen, no nuestro. Maldita seas, Tavore, llegamos a este punto y la venganza no basta…

—La tengo —dijo Botella—. Despierta… se estira, sí, tiene que estirarse, sargento, no me preguntes por qué. De acuerdo, tres personas en la cocina, todas sudando, todas poniendo los ojos en blanco, parecen aterradas, se acurrucan. Oigo sonidos en la taberna. Hay alguien cantando…

Violín esperó por más.

Y esperó.

—Botella…

—Se desliza en la taberna… ¡ah, una cucaracha! Espera, no, deja de jugar con ella, ¡cómete de una vez al puñetero bicho!

—¡Baja la voz, Botella!

—Hecho. Guau, cuánta gente aquí dentro. Esa canción… ahí arriba en la barandilla, y ahí… —Botella se detuvo de golpe y se levantó maldiciendo por lo bajo. Se quedó un momento parado, lanzó un bufido y dijo—: Vamos, sargento. Podemos entrar sin más.

—¿Marines controlando el pueblo? ¡Espeta al Embozado en una estaca!

Los demás lo oyeron, se levantaron como uno solo y se arremolinaron con gesto aliviado.

Violín se quedó mirando todas aquellas sonrisas estúpidas y de repente recuperó la sobriedad.

—¡Miraos! ¡Sois una puñetera vergüenza!

—Sargento. —Botella le tiró del brazo—. Viol, confía en mí, por eso no hay que preocuparse.

Hellian había olvidado qué canción estaba cantando. Fuera la que fuera, no era lo que estaban cantando todos los demás, aunque tampoco seguían cantando, o no mucho. Si bien su cabo estaba logrando emitir un gorjeo doble, alargando una extraña palabra en cawnese antiguo… Los extranjeros no deberían cantar, porque cómo iba a entenderlos la gente, y podría ser una canción mezquina, una canción desagradable e insultante sobre sargentos, así que su cabo se había ganado ese porrazo en la cabeza, al menos los gorjeos habían parado a medias.

Un momento después se dio cuenta de que la otra mitad también se había apagado. Y que ella era la única que seguía cantando, aunque incluso a ella le sonaba como un idioma extranjero balbuceando en sus labios entumecidos, algo sobre sargentos, quizá, bueno, podía sacar ese cuchillo y…

De repente más soldados, la taberna todavía más atestada. Rostros desconocidos que le sonaban y cómo podía ser bueno era así sin más, así que ya está. Maldita sea, otro sargento, ¿con cuántos sargentos iba a tener que lidiar en esa taberna? Primero estaba Urb, que parecía llevar semanas siguiéndola, y después Gesler, que había entrado tambaleándose al mediodía con más heridos que gente en pie. Y ahí estaba otro, con la barba rojiza y ese violín abollado a la espalda, y se quedó riéndose y abrazando a Gesler como si fueran hermanos perdidos largo tiempo atrás, o amantes o algo por el estilo; en lo que a ella se refería, todo el mundo estaba demasiado contento, coño. Más contentos que ella, que era, por supuesto, lo mismo.

Las cosas habían ido mejor por la mañana. ¿Había sido ese día? ¿El día anterior? Daba igual. No había sido nada fácil encontrarlos, como cosa de magia, ¿obra de Balgrid?

¿De Tavos Estanque? Así que los tres pelotones de edur prácticamente les habían caído encima. Lo que había hecho la matanza mucho más fácil. Ese maravilloso sonido de las ballestas al dispararse: ¡zaca!, ¡zaca!, ¡zacaguacagua! Y luego las espadas, las cuchilladas cuerpo a cuerpo, cortar, rebanar, y después hurgar y pinchar, pero ya no se mueve nadie más y ¡menudo alivio! Y el alivio era la mejor sensación del mundo.

Hasta que te entraba la depresión. Allí de pie, rodeada de gente muerta, a veces te pasaba. La sangre en la espada que llevas en la mano. El gruñido de los giros y tirones para sacar los cuadrillos del músculo tozudo, del hueso y los órganos. Todas las moscas apareciendo como si se hubieran reunido en alguna rama cercana solo para esperar. Y el hedor de toda esa cosa que se derramaba de los cuerpos. Un hedor casi tan asqueroso como el que llevaban encima esos marines. ¿Quién había empezado todo eso? ¿Los dedos, las pollas, las orejas y demás?

Una repentina riada de culpa invadió a Hellian. *¡Fui yo!* Se levantó, se tambaleó y miró la larga mesa que servía a grupos grandes de viajeros, la mesa que recorría el muro lateral enfrente de la barra. Había cabezas edur apiladas encima, entre un montón de moscas y gusanos que zumbaban y trepaban. *Pesan demasiado en el cinturón, a Quizás le bajaron los calzones, ¡ja! No, espera, se supone que me tengo que sentir mal. Va a haber problemas, porque eso es lo que pasa cuando te pones en plan cruel con los cadáveres de tus enemigos. Es solo que… ¿cómo se dice?*

—¡Escalada!

Los rostros se volvieron, los soldados se quedaron mirando. Violín y Gesler, que se habían estado dando palmadas en la espalda, se separaron y se acercaron.

—Por la picha del Embozado, Hellian —dijo Violín por lo bajo—, ¿qué pasó con los aldeanos? Como si no pudiera

adivinarlo —añadió mientras le echaba un vistazo a las cabezas amontonadas—. Han huido todos.

Urb se había reunido con ellos y fue el que contestó.

—Eran esos endeudados de los que oímos hablar. Quinta, sexta generación. Trabajaban en moldes.

—¿Moldes? —preguntó Gesler.

—Para armas —explicó Violín—. ¿Así que eran esclavos, Urb?

—En todo salvo el nombre —respondió el hombretón al tiempo que se rascaba la barba, de la que colgaba un dedo amputado, gris y negro—. Bajo todas esas cabezas edur está la cabeza del comisionado local, un cabrón rico envuelto en sedas. Lo matamos delante de los endeudados y los escuchamos vitorear. Y después le cortaron la cabeza al pobre imbécil como regalo, porque nosotros habíamos entrado con todas esas cabezas edur. Saquearon lo que pudieron y se largaron.

Gesler había alzado las cejas al oír todo eso.

—Así que vosotros os las habéis arreglado para hacer lo que los demás no hemos hecho: llegar como puñeteros liberadores a este pueblo.

Hellian lanzó un bufido.

—Eso ya lo supimos hace semanas. Los soldaos lurrii dan igual, porque son tos pofesionale, y así que les gustan las cosas como etán, y así que son los que hay que matar, igual que a los edur. No, tú entras en las ardeas y peblos y matas a tos los ficiales.

—¿Los qué? —preguntó Gesler.

—Oficiales —dijo Urb—. Matamos a los oficiales, Gesler. Y a cualquiera que tenga dinero, y a los abogados también.

—¿Los qué?

—Tipos legales. Ah, y a los prestamistas, tenedores de deudas, archiveros, cobradores de cuotas. Los matamos a todos…

—Junto a los solaos —añadió Hellian asintiendo, y siguió asintiendo; por alguna razón era incapaz de parar. Seguía asintiendo cuando dijo—: Y lo que asa luego es fácil. Saqueos, sexo, y luego to dios sale pitando y nojotros dormimos en camas blandas, y bebemos y comemos en la taberna, y si los traberneros andan por ahí, los pagamos, como gente honesta que somos.

—¿Taberneros como los que se esconden en esa cocina?

Hellian parpadeó.

—¿Escondíos? Oh, quizá nos hayamos puesto un poco salvajes…

—Son las cabezas —dijo Urb, que se encogió de hombros con gesto avergonzado—. Se nos está yendo de las manos, Gesler, creo. Vivimos como animales en el bosque y eso…

—Como animales —asintió Hellian, que no dejaba de mover la cabeza—. En camas blandas y motones de comida y bebida, y no es como si lleváramos las cabezas esas en el cinturón ni nada. Solo las dejamos en las tabernas. En cada pueblo, ¿eh? Solo para que sepan que hemos pasao por allí. —Con un mareo inexplicable, Hellian se volvió a sentar y estiró el brazo para coger el gran jarro de cerveza de la mesa; tuvo que retorcerle los dedos a Balgrid para que soltara el asa, y el tío luchaba como si fuera su jarro o algo así, el muy idiota. La sargento se tomó un buen trago y se recostó, solo que se había sentado en un taburete, así que no había respaldo, con lo que terminó mirando al techo y encima de lo que fuera que le empapaba la camisa raída por toda la espalda, y había unas caras observándola desde arriba. Hellian miró con furia el jarro que todavía sostenía en la mano.

—¿Tiré algo? ¿Eh? ¿Tiré algo, maldita sea?

—Ni una sola gota —dijo Violín al tiempo que sacudía la cabeza con gesto maravillado. Esa maldita sargento Hellian, que por lo que había contado Urb había cruzado todo el terreno desde la costa envuelta en una bruma de alcohol, esa mujer de rasgos blandos, blandos hasta el borde de lo disoluto, con los labios brillantes siempre húmedos, esa tal Hellian había logrado triunfar donde todos los demás pelotones, por lo menos hasta lo que Violín sabía, habían fracasado de forma miserable. Y puesto que Urb no daba su brazo a torcer sobre quién lideraba a quién, había sido ella de verdad. Esa marine feroz y borracha.

¡Dejar cabezas amputadas en cada taberna, por el amor del Embozado!

Pero había soltado a toda la gente común, a todos los siervos, esclavos y endeudados, los había visto largarse bailando de alegría y en libertad. *Nuestra liberadora borracha, nuestra diosa sedienta de sangre; en el nombre del Embozado, ¿se puede saber qué piensan esas gentes la primera vez que la ven? Rumores incesantes de un ejército invasor temible. Soldados y edur muriendo en emboscadas, caos en los caminos y pistas. Y entonces aparece ella, arrastrando unas cabezas en unos sacos, y sus marines rompen a patadas cada puerta del pueblo y sacan a rastras a todos los que nadie tiene razones para querer. ¿Y luego? Bueno, la eliminación no demasiado sutil de todas las cargas que tiene esta pobre gente. «Dejadnos el bar un par de noches, que enseguida nos vamos»*.

«Ah, y si os tropezáis con algún edur en los bosques, mandad a alguien para que nos advierta, ¿vale?».

¿Era de extrañar que Hellian, Urb y sus pelotones se hubieran adelantado tanto en su marcha (o de eso se había quejado la capitán Sort) con tan pocas bajas entre sus

marines? Aquella alcohólica de ojos brillantes, con todos los excesos redondeados de una fulana bien alimentada, nunca sobria pero todavía joven, se las había arreglado de algún modo para reclutar toda la ayuda local que necesitaban para continuar con vida.

Envuelto en una extraña especie de asombro flotante, la casi euforia del alivio, el agotamiento y mucha admiración que, desde luego, no carecía de cierto y repentino deseo sexual (deseaba a una puñetera borracha), Violín buscó una mesa y al poco se reunieron con él Gesler y Tormenta; este último llegó con una hogaza de pan de centeno, un barril de cerveza con la espita puesta y tres jarros de peltre dentados con inscripciones en ellos.

—Casi lo puedo leer —dijo, y guiñó un ojo para mirar un lado de la jarra—. Es como ehrlitano antiguo.

—¿Sello del fabricante? —preguntó Gesler mientras arrancaba un trozo de pan.

—No. Quizá algo así como «Abogado del Año». Y luego un nombre. Podría ser Rizzin Purble. O Wurble. O Fizzin.

—Igual es el nombre de este pueblo —sugirió Gesler—. Fizzin Wurble.

Tormenta lanzó un gruñido y le dio un codazo a Violín.

—Deja de soñar con ella, Viol. La tía es un problema, por no hablar de una causa perdida. Además, es Urb el que babea por ella y parece demasiado peligroso para meterse en su terreno.

Violín suspiró.

—Sí, ya sé todo eso. Es solo que ha pasado mucho tiempo, nada más.

—Ya verás como no tardamos en recoger los beneficios.

Miró a Tormenta por un momento y después volvió la cabeza hacia Gesler.

Que miraba con el ceño fruncido a su cabo.

—¿Has perdido la cabeza, Tormenta? Lo único que vamos a recoger son las plumas de cuervo que nos repartirá el Embozado según cruzamos su puerta. Sí, vale, nos concentramos, ganamos fuerza; pero esos edur que nos siguen estarán haciendo lo mismo, y nos van a superar en número en una proporción de cinco o diez a uno para cuando nos quedemos sin terreno abierto.

Tormenta agitó la mano con gesto desdeñoso.

—Tú vete contando, Gesler. Mira el pelotón de Urb. El de Hellian. Mira el de Viol y el nuestro. Estamos prácticamente todos ilesos, joder, con lo que hemos pasado. Más vivos que muertos en cada pelotón que tenemos aquí. ¿Y quién dice que los otros pelotones no están igual? Tenemos casi las fuerzas intactas, no podrías decir lo mismo de los letherii y los edur, ¿a que no?

—Ellos son muchísimos más que nosotros —señaló Gesler mientras cogía el barril y empezaba a llenar los jarros.

—Pues para lo que les ha servido. Nos abrimos paso como bhederin en la última emboscada…

—Y dejamos la escena tan hecha pedazos y llena de sangre que un campañol podría habernos seguido el rastro…

—Los fulleros se desparraman, nada más…

—La espalda de Cachipolla era un desastre hecho jirones…

—La armadura lo absorbió casi todo…

—Armadura que ya no tiene…

—Sois peores que un matrimonio —dijo Violín y estiró el brazo para coger su cerveza.

—De acuerdo —declaró Koryk—, no hay desacuerdo posible. Esos bleckers tuyos, Sonrisas, son los que más apestan. Más que los dedos, más que las orejas, más todavía que las

lenguas. Hemos votado todos, todos los del pelotón, y tienes que deshacerte de ellos.

Sonrisas esbozó una sonrisa desdeñosa.

—¿Crees que no sé por qué quieres que los tire, Koryk? No es el olor, oh, no. Es solo verlos, y el modo que os hacen retorceros por dentro, hacen que se os encojan las pelotas y se escondan. Por eso estáis así. Muy pronto ninguno vamos a oler nada, todo terminará secándose, arrugándose…

—Ya basta —gimió Chapapote.

Koryk miró a Botella. El muy idiota parecía dormido, la cabeza colgando sin fuerzas. Bueno, de acuerdo. Sin Botella jamás habrían llegado tan lejos. Y encima casi ilesos. Dio unos golpecitos en el hueso del dedo que le colgaba del cuello, el hueso del hoyo que había a las afueras de lo que quedaba de Y'Ghatan. Siempre merecía la pena un toquecito o dos con pensamientos como ése.

Y sabía que se iban directos a un follón. Todos lo sabían, que era por lo que preferían hablar de cualquier cosa salvo de esa enorme bestia horripilante agazapada justo allí, a la vanguardia de los pensamientos de todos. La de los colmillos chorreando, las garras dentadas y esa sonrisa manchada de saberlo todo. Sí. Tocó el hueso otra vez.

—No nos ha ido mal —dijo Sepia, y miró a los otros marines en la atestada sala principal—. ¿Alguien de aquí se ha planteado cómo vamos a asediar una ciudad del tamaño de Unta? Estamos casi sin municiones; a Viol le queda un maldito y quizá a mí también, pero ya está. Y ya nada de atacar por sorpresa, porque saben que venimos…

—Magia, por supuesto —dijo Sonrisas—. Entramos caminando sin más.

Koryk hizo una mueca ante ese giro de la conversación. ¿Asediar Letheras? ¿Y nadie interponiéndose en su camino y cerrando filas? Ni hablar. Además, los edur los estaban empujando sin parar, y los marines no iban a terminar en

ningún palacio del placer, ¿a que no? ¿Sepia había perdido la cabeza? ¿O solo era su forma de lidiar con la muerte que se cernía en las mentes de todos?

Era probable. El zapador tenía poca o ninguna imaginación y estaba dando el mayor salto posible hasta un asedio que no iba a suceder y que tampoco funcionaría si se presentara el caso, cosa que no pasaría. Pero le daba a Sepia algo en lo que pensar.

—Algo se le ocurrirá al sargento —concluyó Sepia de repente con un ruidoso suspiro al tiempo que se volvía a recostar en su silla.

Ja, sí, Violín, señor de los Zapadores. ¡Arrodíllate ahora mismo!

Botella estaba sentado, mirando a través de los ojos siempre avispados de un gato. Encaramado al borde del tejado de la taberna, la mirada clavada y rastreando los pájaros siempre que el mago perdía la concentración, cosa que se repetía con demasiada frecuencia, pero era lo que pasaba con el agotamiento, ¿no?

Pero es que había movimiento por allí, por el borde del bosque, donde el pelotón había estado escondido no hacía tanto tiempo. Y al norte, más. Y ahí, un explorador edur, saliendo con mucha cautela del extremo del sur, al otro lado del camino. Olisqueaba el aire como solían; cosa que tampoco era de extrañar, en los últimos tiempos los malazanos llevaban con ellos un buen hedor a carroña allá donde fueran.

Oye, iban con mucho cuidado, ¿no? *No quieren un combate de verdad. Solo quieren que salgamos disparados. Otra vez. Cuando reúnan más fuerzas se mostrarán de forma más abierta. Harán alarde de su número, lanzas en ristre*.

Entonces todavía había un poco de tiempo. Para que los otros marines se relajaran. Pero no demasiado, no fuera a ser que se emborracharan tanto todos que no pudieran tenerse en pie, por no hablar ya de luchar. Aunque, puestos a pensarlo, esa tal Hellian parecía capaz de luchar por muy grande que fuera la curda que llevaba; uno de sus cabos había contado que se le quitaba la borrachera y se convertía en hielo cada vez que empezaba la lucha. Cada vez que había que impartir órdenes. Un talento singular, sin duda. Sus soldados la adoraban. Igual que Urb y su pelotón. Adoración entremezclada con terror y quizá algo más que un poco de lujuria, así que era una adoración revuelta, lo que con toda probabilidad la hacía tan gruesa como una armadura y por eso seguían vivos tantos.

Hellian, como una versión más modesta de, digamos, Coltaine. O incluso Dujek durante las campañas genabackeñas. Melena Gris en Korel. El príncipe K'Azz de la Guardia Carmesí, por lo que he oído.

Pero no, por desgracia, la consejera. Y es una lástima. Es peor que una lástima…

Veinte tiste edur que ya se dejaban ver, todos con el ojo puesto en el pueblo… ¡Ooh, mira ese pajarito! No, eso no eran ellos. Eso era el puñetero gato. Necesitaba concentrarse.

Empezaron a surgir más de aquellos guerreros barbáricos. Otros veinte. Y allí, otro grupo tan grande como los dos primeros juntos.

Un tercero, que bajaba del norte y quizá hasta un poco del este…

Botella se sacudió, se incorporó y miró con un parpadeo a sus compañeros marines.

—Ahí vienen —dijo—. Tenemos que largarnos.

—¿Cuántos? —preguntó Koryk.

Trescientos y no dejan de aumentar.

—Demasiados…

—¡Botella!

—¡Cientos, maldito seas!

Miró con furia por la sala en el repentino silencio que se hizo tras su grito. *Bueno, eso sí que les ha quitado la borrachera*.

Pico tenía la sensación de tener los ojos llenos de arena. Tenía la lengua pastosa y sentía náuseas. No estaba acostumbrado a mantener una vela encendida tanto tiempo, pero no había mucha alternativa. Los tiste edur estaban por todas partes. Había estado amortiguando los sonidos de cascos de caballos de sus monturas, había desdibujado su paso para convertirlos en poco más que sombras profundas entre la cascada moteada bajo las ramas. Y había estado extendiendo cada uno de sus sentidos, despertados con una precisión casi dolorosa, para buscar a esos sigilosos cazadores que cercaban su rastro. El rastro de todos. Y para empeorar las cosas, estaban luchando igual que los malazanos, choques rápidos, crueles, ni siquiera se preocupaban por matar del todo, porque herir era mejor. Las heridas ralentizaban a los marines. Dejaban rastros de sangre. Atacaban y se retiraban. Y después lo volvían a hacer, más tarde. Noches que se convertían en días, así que no había tiempo para descansar. Tiempo solo para… huir.

La capitán y él estaban cabalgando a plena luz del día, intentando hallar un modo de regresar con el puño Keneb y todos los pelotones que habían enlazado con su compañía. Cuatrocientos marines dos días atrás. Pico y la capitán habían avanzado hacia el este en un esfuerzo por ponerse en contacto con los pelotones que se habían movido más rápido y habían cubierto más territorio que los otros, pero los habían obligado a retroceder, se interponían demasiadas

bandas de tiste edur. Pico ya sabía que Faradan Sort temía haber perdido a esos pelotones; si no estaban muertos, como si lo estuvieran.

También estaba bastante seguro de que aquella invasión no iba del todo como habían planeado. Algo en la expresión de los ojos oscuros de la capitán le decía que no eran solo ellos dos los que no hacían más que meterse en follones. Después de todo, habían encontrado tres pelotones que habían sido masacrados; sí, habían pagado un alto precio por el privilegio, como había dicho Faradan Sort tras vagar por el claro con sus montañas de cadáveres y estudiar los rastros de sangre que se adentraban en el bosque. Pico lo notaba solo por el aullido silencioso de la muerte que se revolvía en el aire, ese fuego frío que era el aliento de cada campo de batalla. Un aullido congelado como una oleada entre los árboles, los troncos, las ramas y las hojas. Y en el suelo, bajo los pies, rezumando como sabia; Lirio, su dulce bayo no había querido dar ni un solo paso para meterse en ese claro, y Pico sabía por qué.

Un alto precio, sí, como había dicho la capitán, aunque por supuesto no se había pagado dinero de verdad. Solo vidas.

Obligaron a sus monturas a subir por un terraplén repleto de matorrales y Pico se vio forzado a concentrarse todavía más para amortiguar los sonidos de los cascos que revolvían la tierra y partían ramitas; la vela de su cabeza llameó de repente y él estuvo a punto de caerse de la silla.

La capitán extendió la mano y lo sujetó.

—¿Pico?

—Hace calor —murmuró él. Y de repente vio adónde iba todo aquello y lo que tendría que hacer él.

Los caballos rompieron el contacto entre ellos al forcejear por salvar los últimos metros del risco.

—Espera —murmuró Faradan Sort.

Sí. Pico suspiró.

—Justo ahí delante, capitán. Los hemos encontrado.

Una veintena de árboles aparecían talados, dejados para que se pudrieran en el suelo, y en el lado de acá de la gran barrera había un estanque lleno de verdín sobre el que bailaba un enjambre de insectos resplandecientes. Dos marines manchados de barro se levantaron en el lado más cercano del estanque con las ballestas listas.

La capitán levantó la mano derecha e hizo una secuencia de gestos, las ballestas se apartaron y se les dio paso con un ademán.

Había una maga agachada en un hueco bajo uno de los árboles derribados; la mujer saludó a Pico con un asentimiento un tanto nervioso. Él le devolvió el saludo con la mano cuando se detuvieron a diez pasos del estanque.

La maga los llamó desde su refugio.

—Llevamos tiempo esperándoos. Pico, tienes un fulgor tan brillante que casi ciega, puñeta. —Se echó a reír—. No te preocupes, no es de los que puedan ver los edur, ni siquiera sus hechiceros. Pero yo lo enfriaría un poco, no vaya a ser que te quemes entero.

La capitana se volvió hacia él y asintió.

—Descansa ya, Pico.

¿Descansar? No, no hay descanso. Nunca jamás.

—Señor, vienen cientos de edur. Del noroeste…

—Lo sabemos —dijo la maga, que salió trepando como un sapo al atardecer—. Justo nos estábamos preparando para cerrar los baúles de viaje, los uniformes están planchados y los estandartes vueltos a coser con hilo de oro.

—¿En serio?

La mujer se puso seria y hubo una repentina mirada suave en sus ojos que le recordó a Pico a la de la niñera que había contratado su madre, la que después había violado su padre y se había tenido que ir.

—No, Pico, solo estaba bromeando.

Una pena, pensó él. Le hubiera gustado haber visto ese hilo de oro.

Desmontaron y rodearon con sus caballos un extremo de los árboles derribados y allí, justo delante de ellos, estaba el campamento del puño.

—Por la piedad del Embozado —dijo Faradan Sort—, hay más.

—Seiscientos setenta y uno, señor —dijo Pico. Y como había dicho la maga, estaban preparándose para irse, pululando como hormigas cuando le dabas una patada a un hormiguero. Había habido heridos, muchos, pero los sanadores habían hecho su trabajo y toda la sangre olía rancia y el olor a muerte se quedaba donde debía, cerca de la docena de tumbas cavadas al otro lado del claro.

—Venga, vamos —dijo la capitán cuando llegaron dos soldados a ocuparse de los caballos; Pico la siguió cuando se dirigió hacia donde se encontraba el puño Keneb y el sargento Thom Tissy.

Se hacía raro después de pasar tanto tiempo sentado en esas extrañas sillas letherii, como si el suelo se deshiciera bajo los pies y todo pareciera de una fragilidad extraña. *Sí. Mis amigos. Todos ellos*.

—¿Pinta muy mal? —le preguntó Keneb a Faradan Sort.

—No pudimos llegar a ellos —respondió ella—, pero queda la esperanza. Puño, Pico dice que hay que darse prisa.

El puño miró a Pico y el joven estuvo a punto de desfallecer. Siempre le pasaba lo mismo cuando le prestaba atención gente importante.

Keneb asintió y suspiró.

—Quiero seguir esperando, por si… —Sacudió la cabeza—. Está bien. Es hora de cambiar de táctica.

—Sí, señor —dijo la capitán.

—Avanzamos a marchas forzadas. Hacia la capital, y si nos topamos con algo que no podamos manejar… lo manejamos.

—Sí, señor.

—Capitán, reúna a diez pelotones con dotación pesada completa. Tome el mando de nuestra retaguardia.

—Sí, señor. —La mujer se volvió y cogió a Pico por el brazo—. Te quiero en una camilla, Pico —dijo mientras se lo llevaba—. Durmiendo…

—No puedo, señor.

—Lo harás.

—No, de verdad que no puedo. Las velas, no se apagan. Ya no. No quieren apagarse. —*Nunca, capitán, y no es que no te quiera porque te quiero y haría lo que me pidieras. Pero es que no puedo y ni siquiera puedo explicarlo. Solo que ya es demasiado tarde*.

Pico no estaba seguro de lo que la capitán veía en sus ojos, no estaba seguro de cuántas cosas de las que no decía ella las oía de todos modos, pero la presa de la mano de la capitán en su brazo se aflojó y se convirtió casi en una caricia, luego asintió y volvió la cabeza.

—De acuerdo, Pico. Entonces ayúdanos a proteger la espalda de Keneb.

—Sí, señor. Lo haré. Ya lo verá, lo haré. —Pico esperó un momento mientras atravesaban el campamento, el uno junto al otro, y después preguntó—: Señor, si hay algo que no podemos manejar, ¿cómo podemos manejarlo de todos modos?

La capitán o bien gruñó o se rió desde el mismo sitio de donde salían los gruñidos.

—Cuñas como dientes de sierra y seguir adelante, Pico. Devolver lo que sea que nos tiran. Seguir adelante hasta que…

—¿Hasta qué?

—No pasa nada, Pico, si mueres junto a tus compañeros. Está bien. ¿Me entiendes?

—Sí, señor. La entiendo. Está bien porque son mis amigos.

—Eso es, Pico.

Y por eso nadie tiene que preocuparse, capitán.

Keneb observó mientras sus marines empezaban a formar. Marcha rápida, encima, como si esas pobres almas no estuvieran lo bastante agotadas. Pero ya no podían salir disparados y esconderse. El enemigo había vuelto las tornas y tenían la ventaja de la superioridad numérica, y quizá, por fin, hasta eran capaces también de rivalizar con la ferocidad de sus malazanos.

Era inevitable. Ningún imperio se limita a tirarse y abrirse de piernas. Si lo hurgas y pinchas lo suficiente, al final se revuelve, gruñe y hunde los colmillos hasta el tuétano. Y les tocaba a sus marines sangrar. *Pero no tanto como había temido. Míralos, Keneb. Parecen más crueles que nunca*.

—Puño —dijo Thom Tissy junto a él—, están listos para usted.

—Ya lo veo, sargento.

—No, señor. Me refería a que están listos de verdad.

Keneb miró a la cara a aquel hombrecito de ojitos oscuros como cuentas y no supo muy bien qué vio en ellos. Fuera lo que fuera, ardía con fuerza.

—Señor —dijo Thom Tissy—, es para lo que servimos. Todo esto. —Y agitó una mano mugrienta—. Adiestrados para jugar más de una partida, ¿no? Los azuzamos lo suficiente para sulfurarlos, así que aquí están, todos esos puñeteros edur atraídos hasta nosotros como si fuéramos un imán. Y ahora estamos a punto de descolocarlos del todo otra vez, y que el Embozado me lleve, ¡a mí me hierve la

sangre! ¡Y lo mismo para todos! Así que, por favor, señor, dé la orden de marchar.

Keneb se quedó mirando a aquel hombre un momento más y asintió.

Bajo el sonido de una carcajada, Koryk se lanzó como un barril contra los tres guerreros edur, su pesada espada larga apartó con un martillazo dos de las cuchilladas de las lanzas que intentaban clavarse en su abdomen. Con la mano izquierda capturó el mango de la tercera y lo utilizó para impulsarse hacia delante. El filo de su espada contra la cara del guerrero de su derecha, no a suficiente profundidad para provocar daños graves, pero sí lo bastante como para que saltara un chorro cegador de sangre. Contra el del medio, Koryk dejó caer un hombro y lo golpeó en el centro del pecho, con fuerza suficiente como para levantar al edur del suelo y mandarlo despatarrado de espaldas. Todavía aferrándose a la tercera lanza, Koryk le dio la vuelta al guerrero y hundió la punta de la espada en la garganta del edur.

Koryk se giró para acuchillar a la primera guerrera, solo para verla tambaleándose hacia atrás con un cuchillo arrojadizo ensartado en la cuenca de un ojo. Así que se precipitó a por el edur del medio, la espada lanzando tajos frenéticos hasta que los brazos destrozados del edur (levantados para repeler el ataque) se desprendieron y dejaron libertad al mestizo seti para que asestara un golpe que le aplastó el cráneo al enemigo.

Y entonces se dio media vuelta.

—En el nombre del Embozado, ¿quieres dejar de reírte de una vez?

Pero Sonrisas estaba con una rodilla en el suelo, partida de risa mientras sacaba de un tirón el cuchillo arrojadizo.

—¡Dioses! ¡No puedo respirar! Espera… tú espera…

Koryk se volvió con un gruñido de desdén hacia los soportales otra vez, esas callejuelas estrechas creaban los callejones sin salida perfectos; guiarlos hasta allí a la carrera, abrirse y después girar y derribar a los muy cabrones. Aunque nadie había contado con convertir ese pueblo, feo como él solo, en su última batalla. Salvo, quizá, los edur, que lo tenían rodeado y se iban adentrando poco a poco, casa por casa, calle por calle.

Pero, aun así, resultaba agradable devolverles los golpes, siempre que los muy gilipollas se dispersaran demasiado en su impaciencia por derramar sangre malazana.

—Son una puta mierda cuando se trata de luchar en grupo —dijo Sonrisas cuando se puso a su altura. Lo miró a la cara y volvió a estallar en carcajadas.

—¿Qué tiene tanta gracia?

—¡Tú! ¡Ellos! La expresión de sus ojos, la sorpresa, quiero decir, ¡oh, dioses de las profundidades! ¡No puedo parar!

—Pues más vale que pares —le advirtió Koryk mientras sacudía la sangre de su espada—. Oigo movimiento, por esa bocacalle de ahí; venga, vamos.

Tres cuadrillos salieron revoloteando, dos de ellos derribaron edur que llegaban en avalancha. Dos lanzas se arquearon como represalia y ambas salieron disparadas directamente a por Violín. Pero entonces, el enorme escudo de Chapapote se interpuso en su camino y el sargento recibió un fuerte empujón que lo tiró a un lado. Gruñidos del cabo cuando las dos lanzas chocaron de golpe contra las hojuelas de bronce de la superficie, una de las lanzas atravesó un dedo de longitud y perforó la parte superior del brazo de Chapapote. El cabo lanzó un juramento.

Violín se agachó detrás del barril de enfriamiento de la forja cuando una tercera lanza se clavó en él con un crujido. El agua se derramó a chorros por el suelo.

La emboscada de fuego cruzado sorprendió a la media docena de edur que arremetían a la carga, cuadrillos que salían disparados como cellisca de las estrechas bocas de los callejones de ambos lados. Unos momentos después habían caído todos, muertos o moribundos.

—¡Atrás! —gritó Violín, que se volvió para intercambiar su ballesta descargada por la cargada que Botella le puso en las manos.

Con Chapapote cubriéndolos a los tres, fueron retrocediendo a través de la forja, cruzaron el complejo polvoriento con las pilas de desechos y escoria, atravesaron la verja derribada a patadas y pusieron rumbo a la taberna.

Donde, a juzgar por los sonidos, Tormenta y sus pesados estaban en pleno combate.

Movimiento en sus flancos, el resto de la emboscada convergía. Sepia, Corabb, Quizás, Gesler, Balgrid y Sinaliento. Iban recargando a la carrera.

—¡Gesler! Tormenta está…

—¡Ya lo oigo, Viol! Corabb, pásale esa puta ballesta a Sinaliento, eres un inútil con ella. ¡Vete con Chapapote y entráis los dos primero!

—¡Le di a mi objetivo! —protestó Corabb al tiempo que le entregaba a uno de los cabos de Hellian la pesada arma.

—¡Haciendo rebotar tu cuadrillo en los adoquines, y no me digas que eso fue un disparo planeado!

Corabb ya estaba preparando la lanza edur que había recogido.

Violín le hizo un gesto a Chapapote para que avanzara en cuanto llegara Corabb.

—¡Venga, vosotros dos! ¡Entrad rápido y con ganas!

Solo levantando los pies y apoyando todo el peso en el mango fue capaz el edur de clavar la lanza por completo en el hombro izquierdo de Tormenta. Un acto de coraje extraordinario que fue recompensado con un pulgar en el ojo izquierdo, un pulgar que se hincó más y después todavía más. Con un chillido, el guerrero intentó apartar la cabeza con una sacudida, pero el enorme cabo de barba pelirroja había agarrado un puñado de pelo y no lo soltaba.

Con un chillido todavía más fuerte e incluso mayor valor, el edur apartó la cabeza de un tirón y dejó a Tormenta con un puñado de cuero cabelludo y un pulgar manchado de una sustancia gelatinosa y sangre.

—No tan rápido —dijo el cabo con un extraño tono práctico mientras se abalanzaba para agarrar al edur. Los dos cayeron sobre los tablones manchados del suelo de la taberna y el impacto empujó la lanza metida en el hombro de Tormenta hasta que casi lo atravesó por entero. Tormenta sacó su cuchillo destripador, clavó la hoja en el costado del guerrero, justo por debajo del tórax, bajo el corazón, y siguió cortando.

La sangre empezó a brotar a chorros.

Tambaleándose, resbalando, Tormenta se las arregló para ponerse en pie (la lanza le cayó de la espalda), y fue bamboleándose hasta que chocó contra la mesa con su montón de cabezas edur cortadas. Echó mano de una y la arrojó al otro lado de la sala, contra la multitud de edur que se abría paso por la puerta donde Destello de Ingenio y Tazón habían estado manteniendo posiciones hasta que una lanza había ensartado el cuello de Tazón y alguien había derribado el yelmo de Destello de Ingenio y le había abierto la cabeza. La soldado estaba tirada de espaldas y no se

movía cuando los mocasines de los edur la pisoteaban en su carrera por entrar.

La cabeza golpeó al primer guerrero en la cara, el tipo aulló por el susto y el dolor y se tambaleó.

Cachipolla se acercó con un traspié y tomó posiciones junto a Tormenta. Acuchillada ya cuatro veces, era un milagro que aquella soldado de la pesada siguiera en pie.

—No se te ocurra morirte, mujer —murmuró Tormenta con tono profundo.

La mujer le puso su espada en las manos.

—Encontré esto, sargento, y pensé que quizá lo querría.

No hubo tiempo para responder cuando los tres primeros edur llegaron hasta ellos.

Corabb salió de la entrada de la cocina (una cocina que se había vaciado de personal de servicio), vio la carga y se adelantó de un salto para atacar por el flanco.

Y trastabilló de cabeza con el cuerpo del edur que Tormenta acababa de apuñalar. Estiró las manos sin soltar la lanza. La punta atravesó el muslo derecho del guerrero más cercano, le esquivó el hueso y salió por el otro lado para clavarse en la rodilla izquierda del siguiente edur, la cabeza triangular se deslizó bajo la rótula y casi separó la articulación por el camino. La punta viró hacia abajo y se hincó con fuerza entre dos tablones, hasta que el más lejano se soltó de repente, justo a tiempo para enredar los pies del tercer edur, y ese guerrero pareció arrojarse sin más sobre la espada estirada de Tormenta.

Cuando Corabb aterrizó entre el enemigo que caía, llegó Chapapote, su espada corta dando tajos de un lado a otro, abriéndose paso para plantarse en el camino del resto de los edur.

Destello de Ingenio se puso en pie entonces, en medio de todos ellos, y tenía un cuchillo kethra en cada mano.

Violín encabezó la carga a través de la puerta de la cocina, la ballesta lista, pero se encontró a Chapapote derribando al último edur que quedaba en pie. La habitación estaba repleta de cuerpos y solo unos pocos seguían moviéndose; saliendo a gatas de debajo de dos cadáveres edur vio a Corabb Bhilan Thenu’alas, que iba aspirando entre toses toda la sangre que se había derramado sobre él.

Sinaliento se adelantó hasta la ventana.

—¡Sargento! ¡Otro montón de edur!

—¡Ballestas por delante! —soltó Violín.

Hellian miró con los ojos guiñados al otro lado de la calle, a aquella casa tan elegante. La casa del comisionado, recordó. Tenía toda la pinta. Cara, sin gusto. Señaló con una espada que chorreaba.

—Ahí dentro, ahí es donde vamos a plantarles cara.

Urb gruñó y escupió un chorro rojo, quizá le hubiera dado por masticar betel. Lo que alguna gente le hacía a su cuerpo llegaba a ser increíble. Se tomó otro trago de lo que fuera local que sabía a chupitos de bambú en los que se hubiera meado algún perro, pero cómo pegaba. Luego les indicó con la mano que avanzaran.

Y luego a los otros, salvo Laúdes y Tavos Estanque, a los que habían hecho pedazos cuando intentaban proteger un flanco en esa boca de callejón ahí atrás.

—Yo iré en retaguardia —dijo Hellian a modo de explicación cuando los seis marines que quedaban pasaron junto a ella tambaleándose—. ¡Formad esa línea, venga!

Otro trago. Solo iba a peor, esa cosa. ¿A quién se le ocurriría fabricar una bebida así?

Echó a andar. Estaba a medio camino de la casa, o quizá solo a medio camino, cuando unos cien tiste edur aparecieron a unos treinta pasos por la calle principal. Así que la sargento tiró la botella de arcilla y plantó los pies para recibir la carga. Eso era lo que hacía la retaguardia, ¿no? Contener al enemigo.

La primera fila, unos diez de ellos, se detuvieron y alzaron las lanzas.

—¡No es justo! —gritó Hellian, levantó su escudo y se preparó para agacharse detrás… Eh, eso no era un escudo. Era la tapa de un barril de cerveza, de las que tenían asa. Hellian se lo quedó mirando—. Oye, a mí esto no me lo dio el ejército.

Tres días seguidos con sus noches huyendo de la orilla del río y resultaba que se encontraba con sonidos de lucha en algún sitio más adelante. Había perdido a su cabo dos noches antes; el muy idiota se había caído en un pozo abandonado, un momento estaba allí, a su lado, y al siguiente había desaparecido. Atravesó un nido de raíces casi entero, hasta que encajó la cabeza y el cuello hizo crac, y no tenía gracia que el Embozado nunca olvidara, porque para el cabo había sido unirse a los marines o bailar en la horca, y ahora el idiota había hecho las dos cosas. Lo dicho, puesto que Badan Gruk había perdido a su cabo, optó por arrastrar a Fruncida con él, cosa que no terminaba de ser un ascenso, Fruncida no era de las que ascendían, pero la chica no perdía la calma cuando no estaba muy ocupada comiéndose todo lo que se le ponía por delante.

Y fue con un resuello como Fruncida se acomodó junto a Badan Gruk, sargento del quinto pelotón, Tercera Compañía,

Octava Legión, y alzó su rostro redondo y pálido hacia el del hombre y lo miró con una expresión gris y fría.

—Como que estamos cansados, sargento.

Badan Gruk era dalhonesio, pero no de las tribus de la sabana del norte. Había nacido en la jungla del sur, a medio día de la costa. Su piel era negra como la de un tiste andii y los pliegues epicánticos de sus ojos eran tan pronunciados que éstos apenas resultaban visibles más allá de unas ranuras blancas; y no era un hombre que sonriese demasiado. Disfrutaba de las noches sin luna, aunque Roce siempre se quejaba de que su sargento no paraba de desaparecer, joder, por lo general cuando más falta hacía.

Pero allí estaban, a plena luz brillante del día, y oh, cómo deseaba Badan Gruk sumirse en la penumbra de la selva tropical de su tierra.

—Quédate aquí, Fruncida —dijo, se volvió y se escabulló de regreso hasta donde se había agazapado el sargento Remilgo con el resto de los marines.

El pelotón de Remilgo, el décimo, solo había perdido a uno también, mientras que el cuarto había perdido dos, incluyendo a la sargento Sinter, y eso provocó otra punzada en Badan Gruk. Después de todo, la chica procedía de su propia tribu. Maldita fuera, ella era la razón principal por la que él se había alistado. Seguir a Sinter siempre había sido demasiado fácil.

Badan Gruk se acercó, llamó a Remilgo con la mano y el cabo del noble quontaliano, Caza, se fue con él. Los tres se acomodaron a poca distancia de los otros.

—Bueno —dijo Badan en voz muy baja—, ¿rodeamos esto?

El largo y ascético rostro de Remilgo se avinagró, que era lo que siempre hacía cuando alguien se dirigía a él. Badan no estaba muy seguro de la historia de aquel hombre, aparte de lo obvio, que era que Remilgo había metido la pata en

algo en algún momento, tanto como para que lo desheredaran, e incluso así, quizá tuviera que salir por patas. Al menos se había dejado los aires de superioridad por el camino. Ante la pregunta susurrada de Badan, el cabo Caza lanzó un bufido y apartó la vista.

—Estás aquí —le dijo Badan al kartooliano—, así que habla.

Caza se encogió de hombros.

—Llevamos corriendo desde el río, sargento. Agachándonos y esquivando hasta que los tres magos que tenemos han terminado agotados y están peor que muertos vivientes. —Señaló al norte con la cabeza—. Esos de ahí arriba son marines, y están luchando. Nosotros solo hemos perdido uno de la pesada y un zapador…

—Y un sargento y un cabo —añadió Badan.

—Somos diecisiete, sargento. Bueno, que ya se vio lo que pueden hacer sus pesados, y yo y el sargento Remilgo sabemos que Miratrás, Sacaprimero y Bajío están más que a la altura de Reliko e Inmenso Vacío. Y Miel todavía tiene tres malditos y más de la mitad de los fulleros porque Besadonde se los dejó cuando ella y Sinter fueron y…

—Está bien —lo interrumpió Badan, que no quería oír otra vez lo que les había pasado a Sinter y Besadonde, puesto que Besadonde había sido la razón por la que Sinter se había alistado. No salía nada bueno de seguir a una mujer que estaba siguiendo a otra mujer con una expresión de adoración en los ojos (aunque fuera una hermana), pero así venían dadas y además, las dos ya habían caído, ¿no?—. ¿Remilgo?

El quontaliano se frotó lo que en su cara pasaba por barba (dioses, lo que demostraba lo joven que era el pobre cabrón) y lanzó una mirada inquisitiva atrás, a los soldados que esperaban. Después sonrió de repente.

—Mira a Muertecalavera, Badan. Aquí tenemos un soldado al que bautizó el propio Diente el primer día en la isla de Malaz y yo sigo sin saber si fue un chiste. Muertecalavera todavía no ha derramado una sola gota de sangre, salvo por unos mosquitos, y encima la sangre era suya. Además, Badan Gruk, tú tienes lo que parece una especie de gran consejo dalhonesio, y esas sombras nocturnas vuestras, aun sin luna, hacen que los edur se caguen de miedo, como si fuerais fantasmas o algo así, y a veces hasta yo me lo pregunto, porque es como si os las arreglarais para desvaneceros en la oscuridad. En cualquier caso estás tú, Nep Surco, Reliko y Neller, y Correa Ponche y Mulvan Pavor ya están también a medio camino, y bueno, hemos venido a luchar, ¿no? Pues luchemos.

Quizá tú hayas venido a luchar, Remilgo. Yo solo estoy intentando seguir con vida. Badan Gruk estudió a los dos hombres que tenía al lado durante un momento más, después se levantó, se irguió todo lo alto que era (casi le llegaba a Remilgo al hombro), y sacó el mandoble curvo del arnés de cuero de ciervo que llevaba a la amplia espalda. Sujetó bien el mango de marfil y miró las dos finas hojas de otataralita insertadas a ambos lados del colmillo curvo tallado. *Vethbela*, se llamaba el arma en su lengua: Besahuesos. Las hojas no eran lo bastante profundas para hacer algo más que tocar los huesos largos de las piernas de un guerrero normal; los fémures eran trofeos muy apreciados, se pulían y tallaban con escenas de la muerte gloriosa del propietario, y cualquier guerrero que pretendiera el corazón de una mujer tenía que colocar más que unos cuantos en el umbral de la choza de la familia de la elegida, como prueba de habilidad y valor.

Nunca conseguí usar este trasto como debe ser, ¿verdad? Ni un solo hueso de muslo que mostrar a Sinter. Asintió.

—Bueno, es hora de recoger unos cuantos trofeos.

A quince pasos de distancia, Miel le dio un codazo a Roce.

—Oye, mi amada, parece que hoy vamos a poder tirar fulleros.

—Deja de llamarme eso —respondió la otra zapadora con tono aburrido, pero observó que Badan Gruk regresaba donde estaba escondida Fruncida y vio que el cabo Caza bajaba otra vez por la pista para recoger al cabo del cuarto pelotón, Pravalak Borde, que les había estado protegiendo el culo con Bajío y Sacaprimero. Y muy pronto algo que no llegaba a susurro bailoteaba por cada soldado y vio que se empezaban a sacar armas, se apretaban las correas de las armaduras, se ajustaban yelmos y por fin gruñó—: De acuerdo, Miel, que el Embozado me lleve, cómo odio decirlo, pero parece que te lo has olido bien…

—Tú solo déjame demostrarlo…

—A mí jamás me vas a abrir las piernas, Miel. ¿Por qué no lo captas?

—Qué actitud tan desdichada —se quejó el zapador del décimo mientras cargaba la ballesta—. Bueno, Besadonde, ésa sí que estaba…

—Tan harta de tus insinuaciones, Miel, que fue y dejó que la volaran en pedazos, y encima se llevó a su hermana con ella. Y aquí estoy yo, pensando que ojalá hubiera estado con ellas en ese bote. —Y con eso se levantó y se escabulló hasta donde estaba Nep Surco.

El viejo mago dalhonesio levantó un ojo amarillento y lo guiñó para mirarla, después abrió mucho los dos cuando vio los fulleros que sostenía en sendas manos.

—¡N’te cerces míiii, mujer-teta!

—Relájate —dijo ella—, vamos a meternos en combate. ¿Te queda algo en ese junco torcido que tienes?

—¿Quéee?

—Magias, Nep, magias, salen de los bleckers de los hombres. Toda mujer lo sabe. —Y le guiñó un ojo.

—¡Tú tomas pelo, mujer-teta tú! ¡N’te cerques míiii!

—M’voy ir cercando tú, Nep, hasta que bendigas estos dos fulleros que tengo aquí.

—¿Bindicir esas bolas arcilla? ¡Tú loca, mujer-teta! Ulma vez que hice eso…

—Estallaron, sí. Sinter y Besadonde. En mil pedazos, pero fue limpio y rápido, ¿no? Escucha, es la única forma que tengo de escapar de las insinuaciones de Miel. No, en serio, quiero una de tus maldiciones binditas o bindiciones malditas. Por favor, Nep…

—¡N’te cerques míiiii!

Reliko, que era medio palmo más bajo incluso que su sargento y, por tanto, según decía el propio Diente, el soldado de infantería pesada más bajo de la historia del Imperio de Malaz, se irguió con un gruñido, sacó su espada corta y colocó el escudo en posición. Al cabo, le echó un vistazo a Inmenso Vacío.

—Hora otra vez.

El grandullón guerrero seti, todavía sentado en un lecho de musgo húmedo, alzó la cabeza.

—¿Eh?

—Otro combate.

—¿Dónde?

—Nosotros, Inmenso. ¿Te acuerdas de Y’Ghatan?

—No.

—Bueno, no será como Y’Ghatan. Más bien como ayer, solo que peor. ¿Te acuerdas de ayer?

Inmenso Vacío se lo quedó mirando un momento más y lanzó su lenta carcajada ja ja ja.

—¡Ayer! —dijo—. ¡Me acuerdo de ayer!

—Entonces recoge tu espada y quítale el barro, Inmenso. Y coge tu escudo. No, el mío no, el tuyo, el que llevas a la espalda. Sí, ponlo delante. Eso es, no, la espada en la otra mano. Eso, perfecto. ¿Estás listo?

—¿A quién mato?

—Enseguida te lo digo.

—Bien.

—Los setis jamás deberían engendrar con bhederin, creo.

—¿Qué?

—Un chiste, Inmenso.

—Ah. ¡Ja ja ja! Ja.

—Vamos a reunirnos con Miratrás, iremos en cabeza.

—¿Miratrás va en cabeza?

—Siempre va en cabeza para este tipo de cosas, Inmenso.

—Ah. Bien.

—Sacaprimero y Bajío por detrás de nosotros, ¿de acuerdo? Como ayer.

—De acuerdo. Reliko, ¿qué pasó ayer?

Correa Ponche se acercó a Neller y los dos miraron a su cabo, Pravalak Borde, que estaba mandando a Sacaprimero y Bajío con los otros pesados.

Los dos soldados hablaban en su dalhonesio nativo.

—Con el corazón partido —dijo Correa.

—Más partido que partido —asintió Neller.

—Besadonde era encantadora.

—Más encantadora que encantadora.

—Pero como dice Badan.

—Como dice él, sí.

—Así vienen dadas, es lo que dice.

—Ya lo sé, Correa, no hace falta que me digas nada. ¿Crees que Letheras será como Y’Ghatan? No hicimos na en

Y’Ghatan. Y —añadió de repente Neller, como si se le acabara de ocurrir—, aquí tampoco hemos hecho na, ¿verdad? Todavía no, na por lo menos. Pero si va a ser como Y’Ghatan…

—Ni siquiera hemos llegado allí todavía —dijo Correa Ponche—. ¿Qué espada vas a usar?

—Ésta.

—¿La del mango roto?

Neller bajó la cabeza, frunció el ceño, arrojó el arma en unos arbustos y sacó otra.

—Ésta. Es letherii, estaba en la pared del camarote…

—Lo sé. Te la di yo.

—Me la diste porque aúlla como una mujer salvaje cada vez que golpeo algo con ella.

—Eso es, Neller, y por eso pregunté qué espada ibas a usar.

—Ahora ya lo sabes.

—Ahora ya lo sé, así que me voy a taponar los oídos con musgo.

—Creí que ya los tenías taponados.

—Pues me voy a meter más, ¿ves?

El cabo Pravalak Borde era un hombre obsesionado. Nacido en una provincia septentrional de Gris en una familia de granjeros pobres, no había visto nada del mundo durante la mayor parte de su vida hasta el día que una reclutadora de los marines había pasado por el pueblo cercano el mismo día que Pravalak Borde estaba allí con sus hermanos mayores, todos los cuales habían mirado con desdén a la marine de camino a la taberna. Pero Pravalak, bueno, él se la había quedado mirando sin poder creérselo. La primera vez que veía a alguien de Dal Hon. Era una mujer grande y redonda y, aunque era décadas mayor que él y ya tenía el pelo gris,

Pravalak vio lo hermosa que había sido, y que, a sus ojos, seguía siendo.

Esa piel tan oscura. Esos ojos tan oscuros y, oh, entonces ella lo vio y le dedicó esa sonrisa resplandeciente antes de llevárselo de la mano a una habitación trasera de la cárcel del pueblo y soltarle el discursito de reclutamiento sentada sobre él y meciéndose con un júbilo exaltado hasta que él explotó metido hasta el fondo en el ejército malazano.

Sus hermanos habían expresado su incredulidad y estaban aterrados ante la perspectiva de explicarles a su ma y su pa que su hijo menor había ido y se había dejado alistar y, encima, por el camino había perdido la virginidad con una demonia de cincuenta años y, de hecho, ni siquiera iba a volver a casa. Pero ése era su problema. Pravalak se había largado subido a la carreta de la reclutadora, una mano metida con firmeza entre las anchas piernas de la mujer, y sin una sola mirada atrás.

Esa gran primera historia de amor había durado lo que el camino al siguiente pueblo, donde se había encontrado con que lo transferían a una fila de unos cincuenta chicos y chicas más de Gris, todos granjeros, y que tenía que marchar por un camino imperial hasta Unta, y de allí a Malaz para adiestrarse como marine. Pero no había quedado tan destrozado como podría haber creído, porque las fuerzas malazanas estuvieron atestadas durante un tiempo de reclutas dalhonesios; alguna misteriosa explosión demográfica o algún levantamiento político había desencadenado un éxodo de la sabana y las selvas de Dal Hon. Y él no había tardado en darse cuenta que la adoración que sentía por la piel como la medianoche y los ojos como la medianoche no lo condenaban a un anhelo abyecto y a una soledad eterna.

Hasta que había conocido a Besadonde, que prácticamente se había reído de sus intentos, a pesar de lo

hábiles y perfeccionados que habían llegado a ser a esas alturas. Y fue ese rechazo lo que le robó el corazón para siempre.

Sin embargo, lo que lo obsesionaba no era, por sorprendente que pudiera ser, toda esa adoración no correspondida. Era lo que había visto, o quizá solo imaginado, esa noche oscura en el río, después del destello cegador de las municiones y el rugido que sacudió el agua: esa única mano de piel negra que se alzaba sobre las olas agitadas, el remolino de la corriente despertándose una vez más tras el tumulto, separándose alrededor de la muñeca elegante. Y entonces esa mano se desvaneció, o quizá la perdieron de vista sus ojos forzados, su búsqueda desesperada, angustiosa, en la oscuridad granulada… la mano, la piel, aquella piel oscura, tan oscura, que lo había derrotado esa noche…

Oh, quería morirse. Para terminar con su desdicha. Besadonde ya no estaba. Su hermana ya no estaba tampoco, una hermana que se lo había llevado aparte solo dos noches antes y le había susurrado al oído: «No renuncies a ella todavía, Prav. Conozco a mi hermana, ¿sabes?, y hay algo que va creciendo en sus ojos cuando te mira… Así que, no te rindas…».

Las dos se habían ido y así, como repetía Badan una y otra vez cuando creía que no había nadie lo bastante cerca como para oírlo, venían dadas. *Y así venían dadas*.

El sargento Remilgo se acercó y le dio a Pravalak una palmada en un hombro.

—¿Listo, cabo? Bien. Encabeza tu pelotón, como lo habría hecho Sinter. Encabézalos, Prav, y vamos a destripar a unos cuantos edur.

Muertecalavera, cuyo nombre había sido una vez Tribole Futan, último varón superviviente del linaje real Futani, de la tribu Gilani del sudeste de Siete Ciudades, se irguió poco a poco y observó a los pesados abrirse paso ladera arriba hacia los sonidos de la lucha.

Preparó sus dos talwares gilani, que en otro tiempo habían pertenecido a un campeón falah'dano (su tío abuelo), que había caído víctima del veneno de un asesino tres años antes de la invasión malazana, cuando Tribole era un niño al que todavía no habían arrojado a las arenas mortales. Armas que había heredado como último del linaje en una familia hecha pedazos por una disputa, situación muy común por toda Siete Ciudades antes de la conquista. Los talwares parecían grandes en sus manos, casi demasiado para sus muñecas, pero él era gilani y su tribu era un pueblo caracterizado por cuerpos prácticamente desprovistos de grasa. Músculos como cuerdas, largos, gráciles y mucho más fuertes de lo que parecían.

La suavidad de sus ojos femeninos no cambió mientras estudiaba los talwares y recordaba que, cuando era un niño muy pequeño, esas armas, si las apoyaba en las puntas curvas, podían quedarse en equilibrio si se metía los pomos de plata en las axilas; después sujetaba los mangos justo por encima de las empuñaduras y se lanzaba por todo el campamento como un pillín con una sola pierna. Al poco tiempo ya estaba usando palos cargados con un peso para imitar esos talwares de su tío abuelo. Trabajando los patrones del estilo gilani, tanto a pie como sobre un caballo del desierto, fue donde aprendió a encaramarse sobre los talones y practicar el *lishgar efhanah*, el ataque saltador, la «red afilada». Pasó muchas noches con los hombros magullados, hasta que aprendió a rodar con limpieza tras

ese ataque en pleno aire, cada uno de los tres maniquíes rellenos de hierba rebanado en pedazos, el viento tironeando de esas hierbas doradas que subían flotando por el aire polvoriento. Y él, levantándose una vez más con una voltereta y las armas listas.

No era alto, no era extrovertido, y su sonrisa, escasa como era, parecía tan tímida como la de una joven doncella. Los hombres lo querían en sus camas. Las mujeres también. Pero él era de linaje real y su semilla era la última semilla, y un día él se la entregaría a una reina, quizá incluso a una emperatriz, como correspondía a su posición. Entretanto permitía que los hombres lo utilizaran como quisieran, e incluso hallaba placer en ello, inofensivo como era. Pero se negaba a derramar su semilla.

Se levantó y, cuando se dio la señal, avanzó, ágil y ligero.

Muertecalavera tenía veintitrés años. Tal era su disciplina que no había derramado su semilla ni una sola vez, ni siquiera mientras dormía.

Como el mago del pelotón Mulvan Pavor diría más tarde, Muertecalavera era en verdad un hombre a punto de estallar.

Y cierto sargento mayor de Malaz había acertado. Otra vez.

Urb regresó corriendo de la casa del comisionado tan rápido como pudo, ladeando el escudo para cubrirse el hombro derecho. ¡Esa maldita mujer! Ahí de pie, con esa puñetera tapa de barril y con una andanada de lanzas a punto de salir volando hacia ella. Oh, sus soldados la adoraban, vaya si la adoraban, y era una adoración tan ciega que ni uno de ellos era capaz de ver todo lo que hacía Urb solo para mantener a aquella loca con vida. Estaba agotado, tenía los nervios

destrozados, y encima parecía que iba a llegar demasiado tarde.

A cinco pasos de Hellian y allá que salieron disparadas media docena de lanzas, dos virando para interceptar a Urb. Patinó cuando giró en redondo detrás de su escudo y perdió a la sargento de vista.

Una lanza le pasó vibrando a un palmo de la cara. La otra impactó en pleno escudo, la punta de hierro lo atravesó y le empaló la parte superior del brazo, que le clavó al costado. El impacto le dio la vuelta a Urb, que se tambaleó cuando la lanza tiró de él y, con un gruñido, se deslizó de rodillas, los adoquines duros golpeándole en oleadas las piernas. Bajó de golpe la mano de la espada, todavía aferrada al arma, para evitar caer hacia delante y oyó crujir un nudillo.

Y en ese instante el mundo explotó en un destello blanco.

Cuatro lanzas, dirigiéndose a toda velocidad hacia Hellian, estuvieron a punto de quitarle de golpe la borrachera. Se agachó y levantó el escudo improvisado, endeble y diminuto, solo para que una especie de martillazo se lo arrebatara de la mano con una conmoción cegadora que lo mandó por el aire dando vueltas, los mangos partidos de dos lanzas hundidos en aquella madera empapada, pesada, que olía maravillosamente. Después le arrancaron el yelmo de la cabeza con un tañido ensordecedor y le asestaron un golpe oblicuo en el hombro derecho que rasgó las placas de cuero de la armadura que llevaba. El impacto hizo que se diese la vuelta, de modo que quedó de cara a la calle y cuando vio la botella de arcilla que había tirado momentos antes, se lanzó en picado a por ella.

Mejor morir con un último trago…

El aire silbó sobre ella cuando salió volando por el aire y descubrió una docena de lanzas revolotear por encima.

Se estrelló contra los adoquines polvorientos con el pecho por delante, todo el aliento abandonó sus pulmones y permaneció con los ojos saltones fijos en la botella que, de repente, saltó sola por el aire. Algo la cogió por los pies, la levantó, le dio la vuelta y la tiró de espaldas, y sobre ella el cielo azul se tiñó de pronto de gris, a causa del polvo y de la gravilla, y por las lascas de piedra y los trocitos rojos, todo lloviendo sobre ella.

No oía nada y esa primera bocanada desesperada de aire estaba tan repleta de polvo que tuvo un ataque de tos que le provocó hasta convulsiones. Se giró de lado y vio a Urb a unos seis pasos de distancia. El muy idiota se había hecho ensartar y parecía incluso más aturdido de lo habitual. Tenía la cara blanca de polvo, salvo por la sangre en los labios, procedente de una brecha hecha por un diente, y miraba con expresión tonta la calle donde convergían todos los edur. Quizá los tipos estaban cargando contra ellos, así que mejor sería que buscara su espada…

Hellian se acababa de sentar cuando una mano le dio una palmada en el hombro, alzó la cabeza para mirar con furia y vio una cara desconocida, una mujer kanesiana que había fruncido el ceño y clavado los ojos en ella. Con una voz que parecía llegar desde muy lejos, la mujer se dirigió a Hellian.

—¿Todavía con nosotros, sargento? Jamás debería estar tan cerca de un maldito, ¿sabe?

Y se fue.

Hellian parpadeó. Miró con los ojos guiñados calle abajo y vio un cráter enorme donde habían estado los edur. Y partes de cuerpos, y polvo y humo, flotando.

Y cuatro marines más, dos de ellos dalhonesios, disparando cuadrillos en un callejón y dispersándose cuando uno de ellos lanzó un fullero en la misma dirección.

Hellian se acercó gateando a Urb.

Se las había arreglado para sacarse la lanza del brazo, cosa que seguramente le había dolido, y había un charco de sangre bajo su cuerpo. Sus ojos tenían la expresión de una vaca masacrada, aunque puede que él no estuviera tan muerto, pero en ello andaba.

Llegó otro marine, otro desconocido. Cabello negro, piel muy blanca. Se arrodilló junto a Urb.

—Tú —dijo Hellian.

El hombre la miró.

—Ninguna de sus heridas parece capaz de matarla, sargento. Pero aquí su amigo se nos va rápido, así que déjeme hacer mi trabajo.

—¿Qué pelotón, maldito seas?

—Décimo. Tercera Compañía.

Un sanador. Bien, estupendo. Podía remendar a Urb para que ella pudiera matarlo a gusto.

—Eres nathii, ¿no?

—Una mujer perspicaz —murmuró el otro mientras empezaba a tejer magia sobre el enorme agujero desgarrado que tenía Urb en la parte superior del brazo—. Seguro que hasta más perspicaz incluso cuando está sobria.

—No cuentes con eso, sajador.

—En realidad no soy sajador, sargento. Soy mago de combate, pero la verdad es que ya no podemos ponernos quisquillosos con esas cosas, ¿no? Soy Mulvan Pavor.

—Hellian. Octavo pelotón, del Decimocuarto.

El hombre le lanzó una mirada fulminante.

—¿No me diga? ¿Así que es una de los que salieron arrastrándose de debajo de Y'Ghatan?

—Sí. ¿Urb va a vivir?

El nathii asintió.

—Pero va a pasar un tiempo tirado en una camilla. Toda esa sangre que perdió. —Se irguió y miró a su alrededor—. ¿Dónde está el resto de sus soldados?

Hellian le echó un vistazo a la casa del comisionado. La explosión del maldito parecía haberla aplastado. Lanzó un gruñido.

—Y yo qué coño sé, Mulvan. Por casualidad no tendrás una petaca de algo, ¿verdad?

Pero el mago miraba con el ceño fruncido los restos de la casa derrumbada.

—Oigo gritos de socorro —dijo.

Hellian suspiró.

—Pues supongo que ya los has encontrado, Mulvan Pavor. Lo que quiere decir que vamos a tener que desenterrarlos. —Después se animó más—. Pero eso nos va a dar mucha sed, ¿no te parece?

El crujido múltiple de fulleros fuera de la taberna y los chasquidos secos de la metralla golpeando la fachada del edificio mandó a los malazanos dentro con un estremecimiento. Fuera estallaron gritos que crecieron en el aire lleno de polvo de la calle. Violín vio que Gesler tenía que sujetar a Tormenta para evitar que saliera a la carga, el enorme falari estaba tambaleándose; el sargento se volvió hacia Cachipolla, Corabb y Chapapote.

—Bueno, vamos a encontrarnos con nuestros aliados, pero todos atentos. El resto, quedaos aquí, vendad heridas; Botella, ¿dónde están Koryk y Sonrisas?

Pero el mago negó con la cabeza.

—Fueron hacia el este del pueblo, sargento.

—De acuerdo; vosotros tres, conmigo. Botella, ¿puedes hacer algo por Tormenta?

—Sí.

Violín preparó su ballesta y se dirigió el primero a la entrada de la taberna. En el umbral se agachó y se asomó entre el polvo.

Aliados de verdad. Benditos marines, media docena, abriéndose paso entre los cuerpos despatarrados de los edur y silenciando con estocadas rápidas de las espadas a los que gritaban. Violín vio un sargento, un dalhonesio del sur, bajo, ancho y negro como el ónice. La mujer que llevaba al lado era media cabeza más alta, de piel pálida, ojos grises, y casi redonda, pero de un modo que todavía no le colgaba nada. Detrás de esos dos había otro dalhonesio, ese arrugado y con todo perforado, orejas, nariz, barba, mejillas, los ornamentos de oro suponían un contraste sorprendente con el ceñudo rostro oscuro. *Un puñetero chamán*.

Violín se acercó, los ojos puestos en el sargento. Todavía había combates, pero no cerca.

—¿Cuántos sois?

—Diecisiete al empezar —respondió el hombre. Hizo una pausa para mirar el barbárico colmillo espada que llevaba en las manos—. Acabo de arrancarle la cabeza a un edur con esto —dijo, y levantó la cabeza—. El primero que mato.

Violín se quedó mirando con la boca abierta.

—¿Y cómo Embozado de los cojones llegasteis hasta aquí desde la puñetera costa, entonces? ¿Qué sois, murciélagos soletaken?

El dalhonesio hizo una mueca.

—Robamos una barca de pesca y subimos navegando.

—Éramos los pelotones que desembarcamos más al sur —dijo la mujer que llevaba al lado—, nos movimos en dirección este hasta que llegamos al río; entonces o bien vadeábamos el barro del pantano hundidos hasta la cintura o íbamos por el agua. Nos fue bien hasta hace unas noches, cuando nos topamos de cara con una galera letherii. Esa noche perdimos unos cuantos —añadió.

Violín se la quedó mirando un momento más. Redonda y de aspecto blandito, salvo por los ojos. *Que el Embozado me lleve, ésta podría arrancarle a un hombre la piel a tiras, una*

por una, con una sola mano, mientras con la otra se lo monta ella sola. Apartó la vista y miró otra vez al sargento.

—¿Qué compañía?

—Tercera. Soy Badan Gruk, y tú eres Violín, ¿verdad?

—Yeguetan —murmuró el chamán con un gesto de protección.

Badan Gruk se volvió hacia la mujer pálida.

—Fruncida, coge a Inmenso y Reliko y avanza hacia el oeste hasta que os encontréis con Remilgo. Después volved aquí. —Miró a Violín otra vez—. Les dimos de lleno, creo.

—Me pareció oír un maldito hace un rato.

Un asentimiento.

—Remilgo tenía a los zapadores. En fin, los edur han retrocedido, así que supongo que los asustamos.

—Es lo que tienen las municiones moranthianas.

Badan Gruk apartó la mirada otra vez. Parecía extrañamente asustadizo, nervioso.

—No esperábamos toparnos con ningún pelotón tan al este —dijo—. No a menos que hubieran ido por el agua como nosotros. —Miró a Violín a los ojos—. Estáis a apenas un día de Letheras, ¿lo sabéis?

Siete edur les habían vuelto las tornas a Koryk y Sonrisas y los habían empujado a un callejón muy poco prometedor entre decrépitos bloques de viviendas que se venían abajo; el callejón llevaba luego a un pintoresco campo de la muerte bloqueado por montones de madera por todos lados, salvo por el que daba a ese callejón.

Empujando a Sonrisas tras él, mientras iba alejándose de espaldas de los edur (que atestaban el callejón e iban avanzando poco a poco), Koryk preparó la espada. Luchaba con mano y media una vez perdido el escudo. Si a los

cabrones les daba por arrojarle lanzas, iba a tener problemas.

La idea lo hizo lanzar un bufido. Él contra siete tiste edur y lo único que tenía era una joven que ya había acabado con todos sus cuchillos arrojadizos y solo le quedaba un destripador de mango pesado que estaba mejor en manos de un carnicero. ¿Problemas? Ojalá se pusieran a arrojar lanzas.

Pero a esos edur no les interesaba convertirlos en pinchitos morunos a distancia. Querían verlos de cerca y a Koryk no le extrañaba. *Como los setis, esos rostros chupados y grises. Cara a cara, sí. Ahí es donde se encuentra la verdadera gloria*. Y cuando llegaron a la boca del callejón, Koryk levantó la punta de su espada y los llamó con un ademán.

—No te muevas de ahí —le dijo a Sonrisas, que se había agazapado tras él—. Dame espacio de sobra…

—¿Para hacer qué, tonto del culo? ¿Morir con estilo? Tú derriba unos cuantos y yo me cuelo por debajo y acabo con ellos.

—¿Y que te metan una empuñadura por la cabeza? No, quédate ahí.

—Yo no me quedo aquí pa que me violen todos los que fuiste demasiado incompetente pa matar antes de morir tú, Koryk.

—¡Muy bien! ¡Entonces ya te clavo yo el pomo en esa cabeza hueca!

—La única vez que me vas a clavar algo, así que adelante, y disfrútalo.

—Oh, créeme, lo haré…

Podrían haber seguido así, pero los edur se habían desplegado, cuatro delante y tres atrás y se disponían a abalanzarse sobre ellos.

Koryk y Sonrisas discutieron con frecuencia, más tarde, si su salvador descendió con unas alas o solo tenía un talento especial para saltar a distancias extraordinarias, porque llegó como un contorno borroso y atravesó el camino de los cuatro primeros tiste edur; y en ese vuelo silencioso pareció retorcerse entre los destellos de unas pesadas hojas de hierro. Un frenesí de extrañas tijeretadas y el hombre había pasado, y debería haber chocado de frente con una pila de madera de corteza gruesa. En su lugar, uno de esos talwares tocó con la punta un tronco y girando sobre ese único punto de contacto, el hombre se dio media vuelta y aterrizó como un gato agazapado contra la ladera de tablones, en un ángulo imposible de mantener, pero eso dio igual, porque ya estaba regresando con un gran impulso por donde había llegado y volaba por encima de las formas derrumbadas y empapadas en sangre de cuatro tiste edur. Chis, chas, chischas, y los tres edur de atrás se desplomaron.

Aterrizó de nuevo, justo antes del muro de madera contrario, la cabeza gacha y el hombro que parecía tocar el suelo antes de dar una voltereta, pisó con un pie un tronco horizontal y lo utilizó para girar en redondo y aterrizar en equilibrio sobre el otro pie, que había estirado bajo él. Delante de los siete cadáveres que acababa de derribar.

Y delante de dos marines malazanos que, por una vez y sin que sirviera de precedente, no tenían absolutamente nada que decir.

Los marines de las compañías Tercera y Cuarta se reunieron delante de la taberna, en pie o sentados sobre los adoquines manchados de sangre de la calle principal. Aquí y allá se atendían heridas mientras otros reparaban armaduras o limaban las muescas de los filos de las espadas.

Violín hacía balance, reclinado en el borde de una artesa de agua, cerca del poste donde se amarraban los caballos a un lado de la entrada de la taberna. Desde la costa, los otros tres pelotones de la Cuarta Compañía habían sufrido pérdidas. Del pelotón de Gesler habían desaparecido Arenas y Uru Hela. Del de Hellian, Laúdes y Tavos Estanque, y ambos habían muerto en aquel maldito pueblo, mientras que del de Urb tanto Hanno como Tazón habían muerto, y Lametazo de Sal había perdido la mano izquierda. El pelotón de Violín había, hasta el momento, sobrevivido intacto, y eso lo hacía sentirse culpable. *Como uno de los secuaces del Embozado, uno de los que se pone en la fila justo al otro lado de la puerta. Plumas de cuervo en la mano, o rosas marchitas, o pastelitos, o cualquiera de los otros incontables regalos que los muertos estaban impacientes por entregar a sus parientes recién llegados; dioses del inframundo, Sonrisas me está convirtiendo en otro kanesiano con todas esas absurdas creencias. No hay nadie esperando al otro lado de la puerta del Embozado, a menos que sea para burlarse*.

Los dos sargentos de la Tercera se acercaron. Badan Gruk, al que Violín había conocido antes, y el quon, Remilgo. Formaban una extraña pareja, pero siempre era igual, ¿no?

Remilgo le dedicó a Violín un extraño asentimiento de deferencia.

—Nos parece bien —dijo.

—¿El qué?

—Tú estás al mando, Violín. Bueno, ¿y qué hacemos ahora?

Violín hizo una mueca y apartó la mirada.

—¿Alguna pérdida?

—¿En esta trifulca? No. Esos edur salieron pitando como liebres en una perrera. Mucho más flojos de lo que esperábamos.

—No les gusta luchar escudo contra escudo —dijo Violín mientras se rascaba la barba mugrienta—. Lo hacen, sí, sobre todo cuando tienen tropas letherii con ellos. Pero en los últimos tiempos han abandonado esa táctica, porque con nuestras municiones se lo hacíamos pagar caro. No, llevan tiempo intentando darnos caza, nos tienden emboscadas, nos empujan. Su forma tradicional de lucha, diría yo.

Remilgo lanzó un gruñido.

—Os empujan, dijiste. Así que es muy probable que haya un puñetero ejército esperándonos a este lado de Letheras. El yunque.

—Sí, que es por lo que creo que deberíamos esperar aquí un poco. Es arriesgado, lo sé, los edur podrían volver y la próxima vez podrían ser un millar.

Los ojos finos de Badan Gruk se afinaron mucho más.

—Con la esperanza de que vuestro puño nos alcance con un montón de marines más.

—Tu puño ahora también, Badan Gruk.

Un asentimiento brusco, después una expresión ceñuda.

—A nosotros solo nos metieron por culpa de las pérdidas del Cuarto en Y'Ghatan.

—La consejera no deja de hacer cambios —dijo Remilgo—. No tenemos puños a cargo de nada, solo marines, no desde los tiempos de Corteza…

—Bueno, ahora sí. Ya no estamos en el ejército malazano, Remilgo.

—Sí, Violín, soy consciente de eso.

—Yo sugiero lo siguiente —repitió Violín—. Esperar aquí un tiempo. Que nuestros magos descansen un poco. Y esperemos que aparezca Keneb y que traiga más que unas cuantas docenas de marines con él. Bueno, yo no soy mucho de eso del mando. Preferiría que los sargentos acordáramos las cosas, así que no voy a hacer que os atengáis a nada.

—¿Gesler está de acuerdo contigo, Violín?

—Sí.

—¿Qué hay de Hellian y Urb?

Violín se echó a reír.

—La taberna sigue empapada, Remilgo.

El sol se había puesto, pero nadie parecía impaciente por ir a ninguna parte. Se entraba y salía de la taberna siempre que hacía falta sacar otro barril de cerveza. La sala principal de aquel antro era un matadero y a nadie le apetecía quedarse mucho tiempo dentro.

Sonrisas se acercó donde estaba sentado Koryk.

—Se llama Muertecalavera, si te lo puedes creer.

—¿Quién?

—Buen intento. Ya sabes quién. El que podría matarte con el dedo gordo del pie.

—He estado pensando en ese ataque —dijo Koryk—. Solo funciona si no se lo esperan.

Sonrisas lanzó un bufido.

—No, en serio. Veo a alguien volando a por mí y lo parto por la mitad. No es como si se pudiera retirar o cambiar de opinión, ¿no?

—Eres idiota —dijo ella, y le dio un codazo—. Oye, también conocí a tu hermano gemelo. Se llama Inmenso Vacío y de los dos yo diría que el cerebro se lo llevo él.

Koryk la miró con furia.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Sonrisas?

La chica se encogió de hombres.

—Muertecalavera. Voy a hacerlo mío.

—¿Tuyo?

—Sí. ¿Sabías que se está reservando para una mujer de sangre real?

—Eso no es lo que están diciendo los hombres con ciertas inclinaciones.

—¿Dónde has oído eso?

—Además, tú no tienes sangre real, Sonrisas. Reina de los chupaconchas no sirve.

—Por eso necesito que mientas por mí. Yo era una princesa kanesiana, enviada al ejército malazano para evitar que la Garra me encontrara…

—¡Oh, por el amor del Embozado!

—Chist. Escucha, el resto del pelotón dijo que estaba encantado de mentir por mí. ¿A ti qué te pasa?

—Encantados… ja, ésa sí que es buena. Muy buena. —Se volvió y la miró—. ¿Estás impaciente por que Muertecalavera dé uno de esos saltos voladores y se te meta entre las piernas? ¿Quieres quedarte embarazada de un príncipe de una tribu de ardillas voladoras de Siete Ciudades?

—¿Embarazada? Sí, cuando los delfines caminen y los peces aniden en los árboles. No voy a quedarme embarazada —declaró—. Botella me va a dar unas hierbas para eso. Mi amado Muertecalavera puede vaciar galones de su semilla en mí por toda la eternidad del Embozado y no va haber ningún conejito saltando por ahí.

—Tiene cara de chica —dijo Koryk—. Y los hombres dicen que también besa como una chica.

—¿Quién te cuenta todo eso?

—Reservar su semilla, menudo chiste.

—Escucha, esos hombres no significan nada. Bueno, ¿soy una princesa kanesiana o no?

—Oh, sí. Rival del trono del imperio, de hecho. Sé el pez volador para la ardilla voladora y haced vuestro nido en un árbol, Sonrisas. Cuando todo lo que hay que hacer se haya hecho.

La soldado lo sorprendió con una sonrisa brillante.

—Gracias, Koryk. Eres un verdadero amigo.

Se la quedó mirando cuando la chica se fue a toda prisa. Pobre muchacha. *La ardilla está reservando su semilla*

porque no sabe qué hacer con ella, diría yo.

Una figura pasó caminando en la oscuridad y Koryk guiñó los ojos hasta que reconoció el modo de andar del hombre.

—Eh, Botella.

El joven mago se detuvo, miró y se acercó arrastrando los pies.

—Se supone que estás durmiendo —dijo Koryk.

—Gracias.

—Así que le vas a dar a Sonrisas hierbas especiales, eh. ¿Por qué…?

—¿Que yo qué?

—Hierbas. Para no quedarse embarazada.

—Mira, si no quiere quedarse embarazada, debería dejar de montar a todo…

—¡Un momento, Botella! Espera. Creí que había hablado contigo. Sobre unas hierbas que prometiste darle…

—Ah, esas hierbas. No, lo entendiste mal, Koryk. Ésas no son para que no se quede embarazada. De hecho, es un brebaje de mi abuela y no tengo ni idea de si funciona siquiera, pero bueno, no tiene nada que ver con no quedarse embarazada. Bueno, si me hubiera preguntado, claro, hay cosas fiables…

—¡Para! ¿Qué… qué le hace a ella ese brebaje que le vas a dar, entonces?

—¡Pues será mejor que ella no se lo tome! Es para un hombre…

—Para Muertecalavera.

—¿Muertecalavera? Qué… —Botella se lo quedó mirando desde arriba durante un buen rato—. ¿Sabes lo que es una muertecalavera, Koryk? Es una planta que crece en la isla Malaz y quizá también en Geni. Verás, por lo general hay plantas masculinas y hay plantas femeninas y así es como consigues que haya fruta y demás, ¿de acuerdo? En fin, que no es lo mismo con la dulce y pequeña muertecalavera. Solo

hay plantas masculinas, no hay ninguna femenina. Las muertecalaveras derraman su… bueno, lo derraman todo al aire y de alguna forma eso termina metiéndose en las semilla de otras plantas y sigue el viaje, oculto, hasta que la semilla brota, entonces asume el mando y, de repente, hay otra bonita muertecalavera con esa flor gris que en realidad no es ninguna flor, solo un saco fino lleno de…

—Así que ese brebaje que te pidió Sonrisas… ¿qué hace?

—Se supone que cambia a un hombre que prefiere hombres en un hombre que prefiere mujeres. ¿Funciona? No tengo ni idea.

—Muertecalavera puede que sea una planta —dijo Koryk —, pero también es el nombre de un soldado del pelotón de Remilgo. Uno muy guapo.

—Oh, y ese nombre…

—Es obvio que es muy apropiado, Botella.

—Oh. Pobre Sonrisas.

La casa del comisionado quizá fuera muy bonita por fuera, pero podría haber estado hecha de paja por el modo en que cayó. Asombroso que no hubiera muerto nadie bajo todos esos escombros. Urb por lo menos sintió un alivio considerable, aunque su humor se marchitó un tanto después de que Hellian terminara de chillarle.

En cualquier caso, con la satisfacción posterior y sintiéndose agradablemente… agradable, Hellian se mostró de todo menos agradable cuando la muy poco atractiva cara de Balgrid se cernió justo delante de ella. Lo miró con un parpadeo.

—Eres más bajo de lo que había pensado.

—Sargento, estoy de rodillas. ¿Qué está haciendo debajo de la barra?

—No soy yo la que no hace más que moverla, Baldy.

—Los otros sargentos han acordado que nos vamos a quedar aquí un tiempo. ¿Está en eso con ellos, sargento?

—¿Por qué no?

—Bien. Ah, ¿sabe? En los nuevos pelotones hay otro kartooliano.

—Seguro que es un espía. Todavía vienen a por mí, lo sé.

—¿Por qué iban a venir a por usted?

—Porque hice algo, por eso. No m'acuerdo de qué, pero fue bastante pa mandarme aquí, ¿no? ¡Un jodío espía!

—Dudo que sea algo más…

—¿Sí? ¡Vale, pues que venga aquí y me bese los pies, entonces! ¡Dile que soy la reina de Kartool! ¡Y quiero mis besados pies! Mi beso piesado, quiero decir. ¡Venga, maldito seas!

A menos de seis pasos de distancia, metido debajo de la barra en el otro extremo, estaba sentado Muertecalavera. Se escondía de esa mujer del pelotón de Violín, era guapa pero demasiado lujuriosa, por decirlo con delicadeza. Y al oír a Hellian, volvió la cabeza de golpe y sus ojos oscuros y almendrados, que ya habían roto tantos corazones, poco a poco se abrieron más y se clavaron en la sargento desaliñada agachada sobre un charco de vino derramado.

Reina de Kartool.

Sobre cosas tan modestas era como cambiaban los mundos.

Las mujeres estaban cantando una antigua canción en un idioma que era cualquier cosa salvo imass. Llena de extraños chasquidos y pausas flemáticas, junto con gestos rítmicos de las manos, y las extraordinarias voces gemelas

surgiendo de cada garganta, la canción hizo que el vello de la nuca de Seto se erizara.

—Eres’al —había susurrado Ben el Rápido, con un aspecto un tanto ceniciento también—. El primer idioma.

No era de extrañar que se le pusiera la piel de gallina y despertara leves ecos en el fondo de su mente, como si cobraran vida los suaves murmullos de su madre solo unos días después de que él naciera, cuando se aferraba con la boca a su pecho y miraba como un estúpido el contorno borroso de la cara que entonaba sobre él. Una canción para hacer que un hombre adulto se sintiera muy vulnerable, débil de piernas y desesperado por encontrar consuelo.

Seto empezó a murmurar por lo bajo y a darle tirones a la manga de Ben el Rápido.

El mago lo entendió, así que los dos se levantaron y se apartaron de la hoguera y de todos los imass reunidos. Salieron a la oscuridad bajo una lluvia de estrellas relucientes y subieron a la extensión de cantos rodados caídos, lejos de los refugios de roca de la superficie del risco.

Seto encontró una piedra plana del tamaño de un esquife tirada en la base de un pedrero. Se sentó en ella. Ben el Rápido se quedó en pie, no muy lejos, agachándose para recoger un puñado de gravilla y paseándose mientras comenzaba a examinar su colección (más por el tacto que por la vista), arrojando las piedrecitas que rechazaba a la oscuridad para que rebotaran y resbalaran.

—Bueno, Seto.

—¿Qué?

—¿Cómo está Violín estos días?

—Tampoco es que me haya encaramado a su hombro ni nada de eso.

—Seto.

—De acuerdo, capto cosas de vez en cuando. Tufillos. Ecos. Sigue vivo, eso sí que puedo decirlo.

Ben el Rápido hizo una pausa.

—¿Alguna idea de lo que está tramando la consejera?

—¿Quién? No, por qué habría de tenerla si ni la conozco. Eres tú el que deberías estar intentando adivinar, mago. Al que le puso grilletes para que fuera su mago supremo fue a ti, después de todo. Yo, yo llevo vagando lo que parece una eternidad, en nada salvo las cenizas de los muertos. Al menos hasta que encontramos este sitio, y no está tan lejos del inframundo como podrías pensar, créeme.

—No me digas lo que pienso, zapador. Ya sé lo que pienso y no es lo que tú piensas.

—Bueno, ya estás nervioso otra vez, Rápido, o eso parece. ¿Ese corazoncito está dando saltitos?

—Se los llevaba a Lether, al imperio de los tiste edur, una vez que se las arreglara para sacarlos del puerto de Malaz. Bueno, Cotillion dice que se las arregló, a pesar de que yo desaparecí en el peor momento posible. Cierto, hubo pérdidas desagradables. Como Kalam. Y T'amber. Yo. Así que Lether. Va a lanzar su miserable ejército contra un imperio que domina la mitad de un continente, o casi la puñetera mitad, ¿y por qué? Bueno, quizá para vengarse en nombre del Imperio de Malaz y de todos esos otros reinos o pueblos a los que destrozaron esas flotas errantes. Pero quizá no sea eso en absoluto, porque, afrontémoslo, como motivo suena a, bueno, a locura. Y yo no creo que la consejera esté loca. Así que, ¿qué queda?

—Perdona, ¿eso era una pregunta? ¿Para mí?

—Pues claro que no, Seto. Era retórica.

—Qué alivio. Continúa, entonces.

—Parece más probable que se haya propuesto enfrentarse al dios Tullido.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tiene que ver ese Imperio de Lether con el dios Tullido?

—Pues mucho, para que lo sepas.

—Lo que significa que Violín y yo volvemos a librar la misma puñetera guerra de siempre.

—Como si no lo supieras ya, Seto, y no, quítate esa expresión inocente de la cara. No está tan oscuro y lo sabes, así que esa expresión es para mí y es una maldita mentira, así que deshazte de ella.

—¡Oh-oh, el mago tiene los nervios de punta!

—Por eso me caías peor que nadie, Seto.

—Recuerdo una vez que casi te cagas de miedo con una recluta llamada Lástima porque estaba poseída por un dios. Y ahora aquí estás, trabajando para ese dios. Asombroso, cómo pueden dar la vuelta las cosas de modos que jamás esperarías y ni siquiera serías capaz de predecir.

El mago se quedó mirando largo rato al zapador.

—Oye, espera un momento, Seto —dijo después.

—¿De verdad crees que Lástima estaba allí para ir contra la emperatriz, Rápido? ¿Algún sórdido plan de venganza contra Laseen? Pero eso sería… una locura.

—¿Adónde quieres llegar?

—Solo me preguntaba si deberías estar tan seguro de aquéllos para los que trabajas como crees que estás. Porque, y solo me lo parece a mí, toda esta confusión que sientes sobre la consejera podría ser producto de algún incómodo, eh, malentendido con los dos dioses que se agazapan en tu sombra.

—¿Todo esto es otro más de tus presentimientos?

—Yo no soy Violín.

—No, pero has estado tan metido por él, en su maldita sombra, que estás aprendiendo todas sus misteriosas suspicacias susurradas, y no intentes negarlo siquiera, Seto. Así que ahora prefiero que me lo digas directamente. Tú y yo, ¿estamos luchando en el mismo bando o no?

Seto alzó la cabeza y le sonrió.

—Quizá no. Pero, solo quizá, más de lo que crees, mago.

Ben el Rápido había elegido media docena de guijarros gastados por el agua.

—¿Se suponía que esa respuesta tenía que hacerme sentir mejor?

—¿Cómo te crees que me siento yo? —preguntó Seto—. ¡Llevo a tu puñetero lado, Rápido, desde Raraku! ¡Y sigo sin saber quién o ni siquiera qué eres!

—¿A qué te refieres?

—A lo siguiente. Estoy empezando a sospechar que ni siquiera Cotillion y Tronosombrío te conocen la mitad de bien que creen. Que es por lo que ahora no dejan que te alejes mucho. Y que es por lo que también quizá se aseguraron de que terminaras sin Kalam ahí para que te guardara las espaldas.

—Si tienes razón sobre Kalam, se va a montar una buena.

Seto se encogió de hombros.

—Lo único que digo es que quizá el plan era que Lástima estuviera allí, ahora mismo, junto a Violín.

—La consejera ni siquiera tenía un ejército entonces, Seto. Lo que sugieres es imposible.

—Depende de lo mucho que Kellanved y Danzante vieran, y llegaran a entender, cuando abandonaron su imperio y fueron en busca de la ascendencia. —El zapador hizo una pausa y después dijo—: Recorrieron los senderos de los azath, ¿no?

—Casi nadie lo sabe, Seto. Tú desde luego no lo sabías… antes de morir. Lo que nos vuelve a llevar al sendero que tú terminaste recorriendo cuando conseguiste que te volaran en mil pedazos en Coral Negro.

—¿Te refieres a después de que yo ascendiera también?

—Sí.

—Ya te he contado la mayor parte. Los Abrasapuentes ascendieron. Échale la culpa a un caminante espiritual.

—Y ahora sois más atontolinados vagando por ahí. Que el Embozado os lleve a todos, Seto, había gente muy mezquina en los Abrasapuentes. Tipos brutales, crueles y malvados hasta el fondo…

—Chorradas. Y te voy a contar un secreto y quizá un día hasta te ayude. Morir te baja los humos.

—Yo no necesito que me bajen los humos, Seto, y menos mal, porque no tengo intención de morirme pronto.

—Entonces más vale que no te duermas.

—¿Me guardas tú las espaldas, Seto?

—Yo no soy ningún Kalam, pero sí, te las guardo.

—De momento.

—De momento.

—Tendrá que servir, supongo…

—Claro que, solo si tú me las guardas a mí, Rápido.

—Por supuesto. Lealtad al viejo pelotón y todo eso.

—¿Y para qué son los puñeteros guijarros? Como si no lo adivinara.

—Nos vamos a meter en una trifulca muy fea, Seto. —Giró y miró al zapador—. Y escucha, sobre esos putos malditos, si me revientas en pedacitos, volveré a por ti, Seto. Y eso es una promesa, lo juro por cada puñetera alma que llevo dentro.

—Pues eso plantea una pregunta, ¿no? Con exactitud, ¿cuánto tiempo planean todas esas almas esconderse ahí dentro, Ben Adaephon Delat?

El mago lo miró y, como era de esperar, no dijo nada.

Trull Sengar se encontraba al borde mismo de la luz del fuego, más allá de los imass reunidos. La canción de las mujeres se había hundido, convertida en una serie de sonidos que una madre podría dedicarle a su bebé, ruiditos suaves de consuelo; Onrack había explicado que esa

canción eres'al era, de hecho, una especie de escalada oblicua que regresaba a las raíces del lenguaje. Comenzaba con el insólito pero obviamente complejo lenguaje eres'al adulto, con sus extraños chasquidos y pausas y todos los gestos que proporcionaban la puntuación, y después iba retrocediendo y simplificándose a medida que se iba haciendo más musical. El efecto era sobrecogedor, extraño e inquietante para los tiste edur.

En el pueblo de Trull, la música y la canción eran algo estático, algo fijo dentro de un ritual. Si los antiguos relatos eran verdad, en otro tiempo había una plétora de instrumentos que se utilizaban entre los tiste edur, pero la mayor parte había caído en el olvido, aparte de los nombres que se les daban. La voz había ocupado su lugar y Trull comenzó a presentir que quizá hubieran perdido algo.

Los gestos entre las mujeres se habían transformado en una danza sinuosa, oscilante y luego, de repente, sexual.

—Antes del niño, hay pasión —dijo una voz baja a su lado.

Trull miró y le sorprendió ver a uno de los t'lan, el jefe de clan, Hostil Rator.

Una colección de huesos calcificados estaba anudada al largo y sucio cabello que colgaba de la testa moteada y llena de cicatrices del guerrero. El hueso de la frente dominaba la cara entera y enterraba los ojos en la oscuridad. Incluso revestido por la carne de la vida, Hostil Rator parecía letal.

—La pasión engendra al niño, tiste edur. ¿Lo ves?

Trull asintió.

—Sí, creo que sí.

—Así fue, hace mucho tiempo, en el ritual.

Ah.

—El niño, por desgracia —continuó el jefe de clan—, crece. Y lo que fue una vez pasión es ahora…

Nada.

Hostil Rator reanudó su discurso.

—Hubo una invocahuesos aquí, entre estos clanes. Vio con claridad el espejismo de este reino. Y vio, también, que este reino se estaba muriendo. Intentó detener la sangría sacrificándose ella. Pero está fracasando, su espíritu y su voluntad están fracasando.

Trull frunció el ceño y miró a Hostil Rator.

—¿Cómo llegaste a saber de este lugar?

—Ella dio voz a su dolor, a su angustia. —El t'lan imass se quedó callado un momento, después añadió—: Era nuestra intención responder a la llamada de la Reunión, pero la necesidad de su voz era innegable. No podíamos darle la espalda, incluso cuando a lo que renunciábamos era, muy posiblemente, nuestro descanso definitivo.

—Así que aquí estás, Hostil Rator. Onrack cree que quieres deshacerte de Ulshun Pral, si no fuera por la presencia de Rud Elalle, de la amenaza que supone para ti.

Un destello en la oscuridad bajo el saliente de la frente.

—Esas cosas no se susurran siquiera, edur. ¿Quieres ver armas sacadas esta misma noche, incluso tras el regalo de la Primera Canción?

—No. Sin embargo, quizá, mejor ahora que después.

Trull vio entonces que los dos invocahuesos t'lan habían ido a ponerse tras Hostil Rator. La canción de las mujeres había cesado, ¿había sido un final abrupto? Trull no lo recordaba. En cualquier caso, estaba claro que todos los presentes estaban escuchando la conversación. Vio que Onrack salía de entre la multitud y vio que su amigo llevaba la espada de piedra sujeta con las dos manos.

Trull se dirigió a Hostil Rator una vez más, el tono uniforme y sereno.

—Los tres habéis sido testigos de todo lo que una vez fuisteis…

—No sobrevivirá —interpuso el jefe de clan—. ¿Cómo podemos abrazar esta ilusión cuando, una vez se desvanezca, deberemos regresar a lo que somos en verdad?

Entre la multitud habló Rud Elalle.

—Ningún daño acontecerá a mi pueblo; no se lo harás tú, Hostil Rator, ni ninguno de tus invocahuesos. Ni tampoco —añadió— los que vienen hacia aquí. Pienso llevarme a los clanes a un lugar seguro.

—No hay lugar seguro —dijo Hostil Rator—. Este reino se muere, y pronto lo hará también todo lo que hay en él. Y no hay huida posible. Rud Elalle, sin este reino, tus clanes no existen siquiera.

—Yo soy t'lan, como vosotros —dijo Onrack—. Sentid la carne que ahora os recubre. El músculo, el calor de la sangre. Siente el aire en los pulmones, Hostil Rator. Os he mirado a los ojos, a cada uno de los tres, y veo lo que sin duda albergan los míos. El asombro. Los recuerdos.

—No podemos permitirlo —dijo el invocahuesos llamado Til'aras Benok—. Pues cuando abandonemos este lugar, Onrack…

—Sí —susurró el amigo de Trull—. Será… demasiado que soportar.

—Hubo pasión una vez —dijo Hostil Rator—. Para nosotros. No puede regresar. Ya no somos niños.

—¡No lo entendéis ninguno!

El chillido repentino de Rud Elalle sobresaltó a todos y Trull vio que Ulshun Pral (en el rostro una expresión de aflicción) estiraba una mano hacia su hijo adoptado, que la apartó con ademán colérico al tiempo que se adelantaba un paso, el fuego de sus ojos tan fiero como el de la hoguera que tenía detrás.

—Piedra, tierra, árboles y hierbas. Bestias. ¡El cielo y las estrellas! ¡Nada de esto es una ilusión!

—Un recuerdo atrapado…

—No, invocahuesos, te equivocas. —Luchó por contener su furia y se giró para mirar a Onrack—. Veo tu corazón, Onrack el Fracturado. Sé que te pondrás a mi lado en lo que viene. ¡Lo harás!

—Sí, Rud Elalle.

—¡Entonces es que crees!

Onrack se quedó callado.

La risa de Hostil Rator fue un chirrido áspero, quedo, amargo.

—Verás, Rud Elalle. Onrack, de los t'lan imass logros, escoge combatir a tu lado, escoge combatir por estos bentract porque no soporta la idea de regresar a lo que fue una vez, así que prefiere morir aquí. Y muerte es lo que Onrack el Fracturado anticipa; de hecho, es lo que ahora anhela.

Trull estudió a su amigo y vio en el rostro, iluminado por el fuego, de Onrack que Hostil Rator decía la verdad.

El tiste edur no vaciló.

—Onrack no estará solo —dijo.

Til'aras Benok miró a Trull.

—¿Entregas tu vida, edur, para defender una ilusión?

—Eso, invocahuesos, es lo que los mortales disfrutamos haciendo. Te vinculas a un clan, a una tribu, a una nación o a un imperio, pero para dar fuerza a la ilusión de un vínculo común debes alimentar su contrario, que todos esos que no pertenecen a tu clan, o tribu, o imperio, no comparten ese vínculo. He visto a Onrack el Fracturado, t'lan imass. Y ahora lo he visto, mortal una vez más. Por la alegría y la vida en los ojos de mi amigo lucharé contra todos esos que lo consideran su enemigo. Porque el vínculo que hay entre nosotros es un vínculo de amistad, y eso, Til'aras Benok, no es una ilusión.

—En tu misericordia —le preguntó Hostil Rator a Onrack —, que has encontrado viva una vez más en tu alma,

¿rechazarás ahora a Trull Sengar de los tiste edur?

—No puedo —contestó el guerrero con la cabeza gacha.

—Entonces, Onrack el Fracturado, tu alma jamás hallará paz.

—Lo sé.

Trull se sintió como si le acabaran de propinar un puñetazo en el pecho. Estaba muy bien hacer todas esas osadas afirmaciones, con una sinceridad feroz que solo podía darse con una amistad verdadera. Otra cosa muy distinta era descubrir el precio que exigía al alma de aquél al que él llamaba amigo.

—Onrack —susurró con una angustia repentina.

Pero ese momento no quiso esperar por todo lo que se podría haber dicho, por todo lo que había que decir, porque Hostil Rator se había vuelto para mirar a sus invocahuesos y fuera cual fuera la comunicación silenciosa que hubo entre ellos tres, fue rápida y decidida; el jefe de clan dio media vuelta y se acercó a Ulshun Pral. Momento en el que hincó una rodilla en el suelo e inclinó la cabeza.

—Solo podemos sentir humildad, Ulshun Pral. Nos han avergonzado estos dos desconocidos. Vosotros sois los bentract. Como fuimos nosotros una vez, hace mucho tiempo. Ahora elegimos recordar. Ahora elegimos luchar en vuestro nombre. En nuestras muertes no habrá más que honor, eso lo juramos. —Se levantó y miró a Rud Elalle—. Soletaken, ¿querrás aceptarnos como tus soldados?

—¿Como soldados? No. Como amigos, como bentract, sí.

Los tres t’lan se inclinaron ante él.

Toda la escena fue un contorno borroso ante los ojos de Trull Sengar. Desde la admisión de Onrack el Fracturado, parecía como si el mundo entero de Trull hubiera, de un modo irresistible, chirriante, aplastando obstáculos en el camino, girado sobre un eje inmenso, nunca imaginado,

pero una mano en su hombro lo hizo darse la vuelta, y vio a Onrack en pie ante él.

—No es necesario —dijo el guerrero imass—. Yo sé algo que no sabe ni siquiera Rud Elalle, y te lo digo, Trull Sengar, no es necesario. No hace falta el dolor. Ni el pesar. Amigo mío, escúchame. Este mundo no morirá.

Y Trull no se encontró con fuerzas suficientes para desafiar esa aseveración, para suscitar dudas en la mirada ferviente de su amigo. Tras un momento, así pues, se limitó a suspirar y asentir.

—Así sea, Onrack.

—Y si tenemos cuidado —continuó Onrack—, nosotros tampoco.

—Como digas, amigo.

A treinta pasos de allí, en la oscuridad, Seto se volvió hacia Ben el Rápido con un siseo.

—¿Qué te parece todo eso, mago?

Ben el Rápido se encogió de hombros.

—Parece que se ha evitado el enfrentamiento, si es que Hostil Rator no está arrodillándose ante Ulshun Pral para recoger un colmillo caído o algo.

—¿Un qué caído?

—Da igual. No se trata de eso, en cualquier caso. Pero ahora sé que tengo razón en una cosa y no me preguntes cómo lo sé. Solo lo sé. Sospecha convertida en certeza.

—Bueno, continúa, maldito seas.

—Solo una cosa, Seto. El finnest. El de Scabandari Ojodesangre. Está aquí.

—¿Aquí? ¿Qué quieres decir?, ¿aquí?

—Aquí, zapador. Justo aquí.

La puerta era un desastre destrozado por un lado. Las enormes piedras ciclópeas que en otro tiempo habían formado un enorme arco, que bien podría haber tenido cinco pisos de altura, parecían haber sido reventadas por múltiples impactos que habían arrojado algunos de los bloques tallados a cien pasos o más de la entrada. La plataforma que, en otro tiempo, había abarcado el arco, estaba levantada y abombada, como si un terremoto hubiera atravesado con una onda el sólido lecho de roca bajo los adoquines. El otro lado estaba dominado por una torre de bloques todavía erectos, retorcidos como un sacacorchos y en apariencia en precario equilibrio.

La ilusión de la luz brillante del día se había mantenido durante esa última parte del viaje, tanto por la insistencia beligerante de Udinaas como por la indulgencia divertida de Clip. O quizá por la impaciencia de Silchas Ruina. La consecuencia fundamental fue que Seren Pedac estaba agotada y Udinaas no tenía mucho mejor aspecto. Al igual que los dos tiste andii, sin embargo, Tetera parecía inmune, con la energía ilimitada de un niño, suponía Seren, lo que aumentaba la posibilidad de que en algún momento no muy lejano se derrumbaría sin más.

Seren se dio cuenta de que Temor Sengar también estaba cansado, pero seguramente eso tenía más que ver con la desagradable carga que se posaba cada vez con más pesadez sobre sus hombros. Había sido dura e implacable al relatar al tiste edur el terrible crimen que había cometido con Udinaas, y lo había hecho con la esperanza de que Temor Sengar (con una expresión de repugnancia no fingida y más que merecida en los ojos) optaría por rechazarla a ella, y también el voto que había hecho él mismo de proteger su vida.

Pero en su lugar, el muy idiota se había mantenido fiel a ese voto, aunque ella podía ver el despertar cruel del arrepentimiento. Temor no iba, no podía, faltar a su palabra.

Cada vez era más fácil desdeñar esos gestos atrevidos, la severidad que de tan buena gana abrazaban los machos de cualquier especie. Algún resto primitivo, razonó Seren, de la época en la que poseer a una mujer significaba la supervivencia, no de algo tan prosaico como el propio linaje, sino posesión en el sentido de propiedad, y supervivencia en el sentido de poder. Había habido tribus atrasadas en todos los territorios limítrofes del reino letherii donde esas arcaicas nociones todavía se practicaban, y no siempre eran situaciones en las que los hombres eran los que tenían y empuñaban el poder, pues a veces eran las mujeres. En cualquier caso, la historia había demostrado que eran unos sistemas que solo podían sobrevivir en el aislamiento, y solo entre pueblos para quienes la magia se había estancado en una red caótica de proscripciones, tabúes y el artificio de reglas absurdas, donde el poder ofrecido por la hechicería lo habían usurpado ambiciones profanas y el imperativo del control social.

Al contrario de las románticas nociones que Casco Beddict tenía sobre esos pueblos, Seren Pedac había llegado a sentir pocos remordimientos cuando pensaba en su extinción inevitable y, con frecuencia, bañada de sangre. El control siempre era una ilusión, y su mantenimiento solo podía persistir en el aislamiento. No pretendía decir, claro está, que el sistema letherii estaba basado en una libertad sin trabas y en el libre albedrío individual. Ni hablar. Se había sustituido una imposición por otra. *Pero por lo menos no está dividida por sexos*.

Los tiste edur eran diferentes. Sus nociones… primitivas. Ofrece una espada, entiérrala en el umbral del hogar de alguien; un intercambio simbólico de promesas tan arcaico

que no eran siquiera necesarias las palabras. En un ritual así no era posible negociación alguna, y si el matrimonio no implicaba negociación, entonces no era un matrimonio. *No, solo propiedad mutua. O propiedad no tan mutua*. Algo así no merecía mucho respeto.

Y allí estaba, y no era ni siquiera un futuro marido el que reclamaba su vida, sino el puñetero hermano de ese futuro marido. Y para convertir la situación entera en más absurda todavía, el futuro marido estaba muerto. *Temor defenderá hasta la muerte mi derecho a casarme con un cadáver. O, más bien, el derecho del cadáver a reclamarme. Bueno, es una locura y no pienso aceptarlo, no lo acepto. Ni por un momento*.

Sí, se acabó la autocompasión. Ahora solo estoy enfadada.

Porque él se negó a dejar que su indignación lo disuadiera.

A pesar de toda su supuesta naturaleza desafiante, ese último pensamiento le dolió.

Udinaas había pasado junto a ella para estudiar la puerta en ruinas y, en ese momento, se volvía hacia Clip.

—Bueno, ¿vive todavía?

La cadena y los anillos del tiste andii estaban girando otra vez alrededor de un dedo, su dueño le dedicó al esclavo letherii una sonrisa fría.

—El último camino que hay que recorrer —dijo— se encuentra al otro lado de la puerta.

—Entonces ¿quién se enfadó y la hizo pedazos a patadas, Clip?

—Ya no tiene importancia —respondió Clip, y su sonrisa se ensanchó.

—En otras palabras, no tienes ni idea —dijo Udinaas—. Bueno, si vamos a hacerlo, dejemos de perder el tiempo. Yo

ya casi he renunciado a esperar a que te agarrotes tú solo con esa cadena. Casi.

Su último comentario pareció sobresaltar a Clip por alguna razón.

Y en ese mismo instante, Seren Pedac vio esa cadena con sus anillos de una forma diferente. *¡Por el Errante! ¿Por qué no lo he visto antes? Es un garrote. ¡Clip es un puñetero asesino!* Lanzó un bufido.

—¡Y tú afirmas ser una espada mortal! No eres más que un homicida, Clip. Sí, Udinaas lo supo hace mucho tiempo, que es por lo que lo odias tanto. Jamás le engañaron todas esas armas que llevas. Y ahora, a mí tampoco.

—Es cierto, estamos perdiendo el tiempo —dijo Clip, una vez más parecía imperturbable; se volvió y se acercó a la enorme puerta. Silchas Ruina echó a andar tras él y Seren vio que el Cuervo Blanco tenía las manos en las empuñaduras de sus espadas.

—Peligro más adelante —anunció Temor Sengar y sí, maldito fuera, abandonó su posición justo detrás del hombro derecho de Seren para colocarse directamente delante de ella. Y sacó su espada.

Udinaas observó la escena y emitió un gruñido desdeñoso antes de girarse a medias.

—Silchas Ruina se ha ganado su paranoia, Temor —dijo—. Pero ni siquiera eso significa que estemos a punto de saltar en un nido de dragones. —Sonrió sin humor alguno—. Y no es que los dragones hagan nidos.

Cuando el antiguo esclavo se puso en camino tras los dos tiste andii, Tetera se acercó corriendo y lo cogió de la mano. Al principio Udinaas reaccionó como si el roce de la niña lo quemara, pero después toda su resistencia se desvaneció.

Clip llegó al umbral, se metió y desapareció. Un momento después Silchas Ruina hizo lo mismo.

Ni Udinaas ni Tetera vacilaron.

Al llegar al mismo punto, Temor Sengar hizo una pausa y la miró.

—¿Qué hay en tu mente, corifeo? —preguntó.

—¿Crees que podría abandonaros a todos, Temor? ¿Que os observaría entrar y, suponiendo que no podáis volver, me limitaría a darme la vuelta y regresar por este camino sin sentido, un camino que con toda probabilidad nunca abandonaría? ¿Me queda esa alternativa?

—Te quedan todas las alternativas, corifeo.

—A ti también, diría yo. Salvo, por supuesto, aquéllas a las que renunciaste por voluntad propia.

—Sí.

—Lo admites con gran facilidad.

—Quizá eso es lo que parece.

—Temor, si hay alguien que debería darse la vuelta ahora mismo, eres tú.

—Estamos cerca, corifeo. Estamos quizá a solo unas cuantas zancadas del finnest de Scabandari. ¿Cómo puedes imaginar que me fuera a plantear siquiera algo así?

—El instinto de supervivencia, puede que algún jirón obstinado. Los últimos rastros de la fe superviviente que me queda, fe en que, de hecho, posees un cerebro, es decir, uno capaz de razonar. Temor Sengar, es muy probable que mueras si atraviesas esa puerta.

Él se encogió de hombros.

—Quizá muera, aunque solo sea para desconcertar a Udinaas.

—¿Udinaas?

Una leve sonrisa.

—El héroe fracasa en su misión.

—Ah. ¿Y eso sería satisfacción suficiente?

—Queda por ver, supongo. Bueno, ¿los sigues?

—Por supuesto.

—Entonces ¿te rindes de buena gana a esta decisión?

Como respuesta, la corifeo apoyó una mano en el pecho masculino y lo fue empujando, paso a paso, al interior de la puerta. Toda presión se desvaneció cuando entró el hombre y Seren tropezó, solo para chocar con el pecho ancho y musculoso del tiste edur.

Que la enderezó antes de que pudiera caer.

Y Seren vio ante todos ellos un paisaje inesperado. Ceniza volcánica negra bajo un cielo inmenso, casi igual de negro, a pesar de que había al menos tres soles llameando en el cielo. Y en esa tosca llanura, extendiéndose por todos lados en horrenda proliferación, había dragones.

Encorvados, inmóviles. Decenas, centenas.

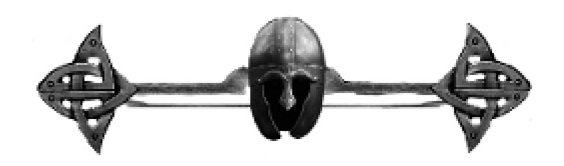
Oyó el susurro angustiado de Tetera.

—¡Udinaas! ¡Están todos muertos!

Clip, de pie veinte pasos por delante, se había dado la vuelta y los miraba. La cadena giró y se tensó, y después el joven se inclinó.

—Bienvenidos, mis queridos compañeros, a Starvald Demelain.

22



Las sombras yacen en el campo, como los muertos
de la batalla de la noche, a medida que el sol alza alto su estandarte
en el aire suavizado por el rocío.

Los niños se levantan como flores sobre sus tallos
para cantar canciones sin palabras, que largo tiempo atrás rendimos,
y las abejas danzan con gran cuidado.

Podrías tocar esta escena con bendiciones,
al tiempo que posas el peso del arma de la mano
y contemplas toda esta extensión.

Y le prometes al sol otro día de sangre.

Sin título
—Toc Anaster

Gaskaral Traum fue el primer soldado del ejército de la atripreda Bivatt que quitó una vida esa mañana. Un hombre grande con algún jirón de sangre tarthena en las venas; había montado su tienda la noche antes a cuarenta pasos del campamento tiste edur. En el interior había encendido una pequeña lámpara de aceite y había colocado su petate sobre fardos de ropa, botas de reserva y el otro yelmo que

tenía. Después se había echado al lado, en el lado más cercano a las tiendas edur, y había dejado que la lámpara devorara la última mancha de aceite hasta que la oscuridad dentro de la tienda rivalizó con la del exterior.

Con el falso fulgor del amanecer decayendo, Gaskaral Traum sacó un cuchillo, rajó el costado de la tienda y, en silencio, se fue arrastrando por las hierbas húmedas, donde se quedó tirado, inmóvil, durante un rato.

Luego, al ver por fin lo que esperaba ver, se aupó y, sin erguirse, atravesó el terreno empapado. La lluvia todavía seguía tamborileando sobre el antiguo lecho marino de Q’uson Tapi (donde esperaban los odiados leznas) y el aire olía a barro agrio. Aunque era un hombre grande, Gaskaral podía moverse como un fantasma. Llegó a la primera fila de tiendas edur, hizo una pausa con el aliento contenido por un momento, y se metió en el campamento.

La tienda del supervisor Brohl Handar estaba ubicada en el centro, pero de otro modo carecía de protección. Cuando Gaskaral se acercó, vio que la solapa estaba sin atar y colgaba suelta. El agua de la lluvia recién caída bajaba como un arroyo por la lona engrasada como si fueran lágrimas y se encharcaba alrededor del poste delantero y en las pisadas profundas que atestaban la entrada.

Gaskaral se deslizó el cuchillo bajo la camisa exterior y utilizó la mugrienta prenda interior para secar el mango y también la mano izquierda (la palma y los dedos) antes de sacar el arma una vez más. Al cabo se arrastró hasta esa abertura estrecha.

El interior era una oscuridad granulosa. El sonido de una respiración. Y allí, al otro extremo, el catre del supervisor. Brohl Handar estaba echado de espaldas. Las pieles que lo cubrían se habían deslizado hasta el suelo. De la cara y el pecho, Gaskaral no veía nada más que una sombra pesada.

El hierro ennegrecido espejeó, traicionado por la hoja afilada.

Gaskaral Traum dio un paso más y se abalanzó convertido en un contorno borroso.

La figura que se cernía justo sobre Brohl Handar se giró, pero no a tiempo, y el cuchillo de Gaskaral se hundió con fuerza, se deslizó entre las costillas y perforó el corazón del asesino.

La daga negra cayó y clavó la punta en el suelo, y Gaskaral sujetó el peso del cuerpo cuando, con un leve suspiro, el asesino se desplomó.

El guardaespaldas favorito de la atri-preda Bivatt (elegido por ella a las afueras de Drene para proteger al supervisor precisamente de esa eventualidad) se quedó paralizado por un momento, los ojos clavados en la cara de Brohl Handar, en su respiración. No se había despertado. Y eso estaba bien. Muy bien.

Gaskaral se ladeó bajo el peso del asesino muerto y poco a poco envainó su cuchillo, después bajó la mano y recuperó la daga negra. Aquél era el último de los malnacidos, estaba seguro. Siete en total, aunque solo dos antes que aquél se habían acercado lo suficiente para intentar asesinar a Brohl, y ambos atentados habían sido en plena batalla. Letur Anict era un hombre concienzudo y propenso a la redundancia para asegurarse de que sus deseos se satisfacían. Por desgracia, no esa vez.

Gaskaral se agachó un poco más hasta poder cargar el cuerpo muerto sobre un hombro y luego, con las rodillas todavía dobladas, regresó sin ruido a la solapa de la tienda. Dio un paso para evitar el charco y el poste y con mucho cuidado metió su carga por la abertura.

Bajo el cielo encapotado, con otra catarata de lluvia comenzando a caer, Gaskaral Traum regresó de nuevo a toda prisa al lado letherii del campamento. El cuerpo podía

quedarse en su tienda, el día que se acercaba iba a ser un día de batalla, lo que significaba mucho caos y oportunidades de sobra para deshacerse del cadáver.

Estaba un tanto preocupado, no obstante. Nunca era bueno no dormir la noche antes de una batalla. Pero era muy sensible a sus instintos, era como si pudiera oler cuando se acercaba un asesino, como si pudiera deslizarse en su mente. Un misterioso sentido de la oportunidad que resultó ser todo un talento, otro puñado de latidos ahí atrás y habría llegado demasiado tarde…

De vez en cuando, claro está, el instinto fallaba.

Las dos figuras que saltaron sobre él de repente en la oscuridad cogieron a Gaskaral Traum por sorpresa. Una conmoción que por dicha fue muy breve, según resultó. Gaskaral arrojó el cuerpo que había estado llevando contra el asesino de la derecha. Sin tiempo para sacar el cuchillo, se limitó a cargar contra el otro homicida. Apartó de un porrazo la daga que intentaba rebanarle la garganta, cogió la cabeza del hombre con las dos manos y la giró de golpe.

Con fuerza suficiente para levantar los pies del asesino del suelo cuando el cuello se partió.

El otro asesino había caído al piso, arrastrado por el cadáver, y acababa de dar una voltereta para agazaparse cuando, al alzar la vista, se encontró con la bota de Gaskaral… debajo de la barbilla. El impacto izó al hombre por el aire, los brazos estirados a ambos lados, la cabeza separada de la columna, y muerto antes de caer con un golpe seco a tierra.

Gaskaral Traum miró a su alrededor, no vio a nadie más, y se permitió un momento de cólera contra sí mismo. Por supuesto que se habrían dado cuenta de que alguien los estaba interceptando. Así que solo había entrado uno mientras los otros dos se quedaban fuera para ver quién era

su cazador desconocido, ya se ocuparían ellos de ese cazador de la forma habitual.

—¿Sí? Y una puta mierda.

Estudió los tres cuerpos un momento más. Maldita fuera, iba a ser una tienda muy concurrida.

El sol no pensaba tolerar obstáculo alguno en su singular observación de la batalla de Q'uson Tapi, así que en su ascenso fue quemando las nubes y clavó lanzas de calor en el suelo hasta que el aire empezó a echar vapor. Brohl Handar, que despertó sorprendentemente descansado, se encontraba fuera de su tienda y observaba a sus tiste edur arapay, que estaban preparando sus armas y armaduras. La humedad repentina que nada aliviaba hacía resbaladizo el hierro, los mangos de las lanzas parecían engrasados, y el suelo ya era traicionero bajo sus pies; mucho se temía el edur que el lecho marino sería una pesadilla.

La noche antes, sus tropas y él habían observado los preparativos de los leznas; Brohl Handar conocía a la perfección cuáles eran las ventajas que buscaba Mascararroja intentando crear un terreno más seguro, pero el supervisor sospechaba que tanto esfuerzo sería en vano. Las lonas y las cubiertas de pieles no tardarían en embarrarse y estar tan resbaladizas como el suelo. En la conmoción inicial del primer contacto, sin embargo, era probable que hubiera una diferencia contundente… pero no suficiente.

Espero.

Se acercó un soldado letherii, un grandullón que ya había visto antes, con una sonrisa agradable en su rostro inocuo, de una dulzura extraña.

—Se agradece el sol, supervisor, ¿no cree? Le transmito la invitación de la atri-preda para que se reúna con ella;

descuide, tendrá tiempo para regresar con sus guerreros y encabezarlos en la batalla.

—Muy bien. Proceda, entonces.

Las varias compañías se estaban colocando en posición por todo el borde del lecho marino enfrente de los leznas. Brohl vio que los lanceros rosazules habían desmontado y parecían un poco perdidos con los escudos y las jabalinas que les acababan de entregar. Quedaban menos de mil y el supervisor vio que los habían colocado como auxiliares y solo entrarían en batalla si las cosas empezaban a ir mal.

—Pobres desgraciados —le dijo a su escolta mientras señalaba con la cabeza al Batallón Rosazul.

—Pues sí, supervisor. Pero vea que sus caballos están ensillados y no muy lejos. Eso es porque nuestros exploradores no ven a los kechra en el campamento lezna. La atri-preda espera otro ataque de esas dos criaturas por el flanco, y esta vez se ocupará de que los reciban lanceros montados. Que después irán en su persecución.

—Les deseo lo mejor, esos kechra siguen siendo la amenaza más grave, y cuanto antes estén muertos, mejor.

La atri-preda Bivatt se encontraba al borde de la antigua línea de costa, una posición que le permitía tener una buena perspectiva de lo que sería el campo de batalla. Como era su costumbre, había mandado marchar a todos sus mensajeros y ayudantes (que rondaban, vigilantes, a cuarenta pasos de distancia) y se había quedado sola con sus pensamientos y sus observaciones, y continuaría así (salvo por la visita de Brohl) hasta justo antes de que comenzara el combate.

Su escolta se detuvo a poca distancia de la atri-preda y le indicó a Brohl Handar con la mano y una sonrisa tranquila que continuase. *¿Cómo puede estar tan tranquilo? A menos que sea uno de los que se quedarán vigilando a los caballos. Con lo grande que es no tiene pinta de soldado, bueno, también se necesita gente que se ocupe de los caballos.*

—Supervisor, parece… muy descansado.

—Y según parece lo estoy, atri-preda. Como si los espíritus de mis ancestros hubieran velado por mí anoche.

—Desde luego. ¿Sus arapay están listos?

—Lo están. ¿Comenzará usted la batalla con sus magos?

—Debo ser honesta en este asunto. No puedo confiar en su supervivencia continuada a lo largo de todo el combate. Por tanto, sí, los usaré de inmediato. Y si siguen conmigo más tarde, tanto mejor.

—No hay señal de los kechra, entonces.

—No. Observe, el enemigo va tomando posiciones.

—En terreno seco…

—Para empezar, sí, pero nosotros ganaremos terreno, supervisor. Y en eso falla la táctica de Mascararroja. Golpearemos con la fuerza suficiente para hacerlos retroceder, y entonces serán los leznas los que se encuentren atascados en el barro.

Brohl Handar se volvió para estudiar las fuerzas letherii. Las varias brigadas, compañías y batallones se habían fusionado basándose en su función. En primera línea, delante de los leznas, tres cuñas de infantería pesada. Flancos de escaramuzadores mezclados con infantería media y arqueros. Bloques de arqueros entre las cuñas, que si bajaban al lecho marino no llegarían muy lejos. Sus andanadas de flechas tendrían como misión perforar la línea lezna para que cuando golpearan los pesados hicieran retroceder al enemigo, un paso, dos, cinco, diez, hasta hundirlos en el barro.

—No entiendo a ese Mascararroja —dijo Brohl y volvió a mirar con el ceño fruncido las líneas leznas.

—No tenía elección —respondió Bivatt—. No después de Praedegar. Y eso fue, para él, el fracaso de la paciencia. Quizá esto también lo sea, pero como he dicho: no queda

elección. Lo tenemos, supervisor. Pero convertirá esta victoria en dolorosa, dada la oportunidad.

—Sus magos bien podrían terminarla antes de que empiece, atri-preda.

—Ya veremos.

En el cielo, el sol continuaba su ascenso inexorable, calentando el día con un propósito siniestro. En el lecho marino habían comenzado a aparecer trozos más claros a medida que se secaba la superficie. Pero justo debajo, por supuesto, el barro permanecería blando y lo bastante profundo para causar problemas.

A Bivatt le quedaban dos magos, el tercero había muerto dos días atrás (el debilitamiento provocado por el desastre de Praedegar había sido letal); un único arquero montado había logrado matar a tres magos con una sola maldita flecha. Brohl Handar vio las dos figuras, que salían cojeando como ancianos al borde de la antigua orilla. Uno en cada extremo de la cuña de infantería pesada externa. Lanzarían su terrible oleada de magia en ángulo, con la intención de que se combinaran a más o menos una docena de filas de profundidad de la formación central de los leznas para maximizar así el camino de destrucción.

Fue evidente que la atri-preda hizo algún gesto que Brohl no vio, porque de inmediato llegaron sus mensajeros. La mujer se volvió hacia él.

—Es hora. Será mejor que regrese con sus guerreros, supervisor.

Brohl Handar hizo una mueca.

—Retaguardia otra vez.

—Luchará en este día, supervisor. Estoy segura de ello.

Él no estaba tan convencido, pero se dio la vuelta. Tras dos zancadas hizo una pausa y se giró hacia ella.

—Que este día anuncie el final de esta guerra.

La atri-preda no respondió. Ni siquiera era seguro que lo hubiera oído, estaba hablando en voz baja con el soldado que había escoltado al supervisor. Vio que la sorpresa revoloteaba por los rasgos femeninos bajo el yelmo y que la atri-preda asentía.

Brohl Handar miró con furia al sol y ansió los bosques en sombra de su tierra. Después echó a andar hacia sus arapay.

Sentado en un canto rodado, Toc Anaster observó los juegos de los niños un instante, enrolló la delgada hoja de cuero y deslizó el pergamino en su cartera, también metió el pincel de madera ablandada y el cuenco vuelto a sellar de carboncillo, tuétano y tinta de mora gaenth. Se levantó, miró con los ojos guiñados al cielo por un momento y se acercó a su caballo. Siete pasos y para cuando llegó sus mocasines eran unos terrones enormes de barro. Ató la cartera a la silla, sacó un cuchillo y se agachó para arrancar todo el barro posible.

Los leznas habían formado filas a su izquierda, en pie, esperando mientras las fuerzas letherii, a quinientos pasos de distancia, se empujaban y empezaban a formar, una formación que intentarían mantener durante el avance. Entre los guerreros de Mascararroja reinaba un silencio extraño; claro que ésa no era la batalla a la que estaban acostumbrados.

—No —murmuró Toc—. Esto es a lo que están acostumbrados los letherii.

Miró enfrente, al enemigo. Cuñas clásicas en forma de dientes de sierra, observó Toc. Tres puntas de flecha de infantería pesada. Esas formaciones estarían bastante deshechas para cuando llegaran a los leznas. Se moverían con lentitud, con soldados cayendo, tropezando y resbalando con cada zancada que dieran. Todo para bien. No

habría un empujón vehemente en el momento de contacto, no sin que filas enteras de soldados con pesadas armaduras se cayeran de bruces.

—Te alejarás a caballo —dijo Torrente tras él—. O eso piensas. Pero te estaré observando, mezla…

—Oh, déjalo ya —dijo Toc—. ¿Qué culpa tengo yo de que Mascararroja piense que no vales mucho, Torrente? Además —añadió—, no es como si un caballo pudiera hacer mucho más que ir al paso en esto. Y por último, Mascararroja ha dicho que quizá necesite tenerme a mano, con mis flechas, por si fallan los k'chain che'malle.

—Oh, no fallarán.

—Ah, ¿y qué sabes tú de los k'chain che'malle, Torrente?

—Sé lo que Mascararroja nos cuenta.

—¿Y qué sabe él? Y lo que es más importante, ¿cómo lo sabe? ¿No te lo has preguntado? ¿Ni siquiera una vez? Los k'chain che'malle son los demonios de este mundo. Criaturas del pasado lejano. En casi todos los demás sitios están extintos. Así que, ¿qué Embozado están haciendo aquí? ¿Y por qué permanecen junto a Mascararroja, al parecer impacientes por hacer lo que él les mande?

—Porque es Mascararroja, mezla. No es como somos nosotros y sí, veo cómo arde la envidia en tu ojo. Tú despreciarás siempre a los que son mejores que tú.

Toc apoyó los antebrazos en el lomo de su caballo.

—Acércate más, Torrente. Mira a esta yegua a los ojos. Dime, ¿ves envidia?

—Una bestia sin cerebro.

—Que es probable que muera hoy.

—No te entiendo, mezla.

—Lo sé. En cualquier caso, veo esa misma expresión en tus ojos, Torrente. Esa misma voluntad ciega. De creer todo lo que necesitas creer. Mascararroja es para ti lo que yo soy para este pobre caballo.

—No voy a seguir escuchándote.

El joven guerrero se alejó y la rigidez de sus zancadas no tardó en deteriorarse en la conglomeración de barro que se acumuló en sus pies.

No muy lejos los niños se arrojaban terrones unos a otros y se reían. *Es decir, los más pequeños*. Los más mayorcitos permanecían en silencio, con los ojos clavados en las fuerzas enemigas, donde habían empezado a sonar los cuernos; dos grupos bien protegidos iban saliendo poco a poco al borde de esa antigua costa. Los magos.

Comenzamos, así pues.

Mucho más al oeste, el sol todavía tenía que salir. En un pueblo corriente, a un día de marcha rápida de Letheras, donde demasiados habían muerto en los últimos dos días, tres falaris de la infantería pesada de la Tercera Compañía estaban sentados en el borde de un abrevadero fuera de la única taberna. Miratrás, Sacaprimero y Bajío eran primos, o eso pensaban los otros de ellos, dados los rasgos falaris que compartían: fiero cabello rojo, ojos azules y la piel olivácea de los indígenas de la isla principal, que se llamaban a sí mismos los «paseo». A ellos les convenía, aunque no se conocían antes de alistarse en el ejército malazano.

La civilización pasea había medrado mucho tiempo atrás, antes de la aparición del hierro, de hecho; y como mineros de estaño, cobre y plomo en su momento habían dominado todas las islas del archipiélago con el comercio de armas y adornos de bronce. Si hubieran sido de pura sangre pasea, los soldados habrían sido más achaparrados, de cabello negro y con fama de lacónicos hasta el punto de parecer somnolientos; pero el caso era que por las venas de todos corría la sangre más dura y fiera de los invasores falaris, que habían conquistado la mayor parte de las islas generaciones

atrás. La combinación, por extraño que fuera, daba lugar a marines extraordinarios.

En ese momento, en medio de la oscuridad y con una brisa fresca y agradable que subía del río, al sur, los tres estaban sosteniendo una conversación cuyo tema era el sargento Gesler y el cabo Tormenta. Esos dos nombres (si bien no sus patéticos rangos) se conocían bien entre los nativos de Falar.

—Pero han cambiado —dijo Miratrás—. Esa piel dorada no es natural. Creo que deberíamos matarlos.

Sacaprimero, que poseía la desafortunada combinación de tener unos pechos grandes y cierta tendencia a transpirar de forma profusa, había aprovechado la oscuridad para despojarse de la parte superior de la armadura y se estaba limpiando bajo los pechos con un paño.

—¿Pero qué sentido tiene eso, Mira? —dijo entonces—. El culto está muerto. Lleva años muerto.

—Pero para nosotros no está muerto, ¿no?

—Casi —respondió Bajío.

—Tenías que ser tú, Bajío —dijo Miratrás—. Siempre viendo el lado muerto y moribundo de las cosas.

—Pues ve y pregunta, Mira. Y ellos te dirán lo mismo. El culto de Fener está acabado.

—Por eso creo que deberíamos matarlos. Por traicionar al culto. Por traicionarnos a nosotros. Y además, ¿qué pasa con esa piel dorada? Es espeluznante.

—Escuchad —dijo Bajío—, acabamos de unirnos a estos pelotones. Por si se te olvidaba, Miratrás, ésta es la compañía que salió arrastrándose de debajo de Y’Ghatan. Y luego ta Violín. Un puñetero abrasapuentes del Embozado y quizá el único que quede. Gesler tuvo en su tiempo un rango mucho más alto, y Tormenta lo mismo, pero al igual que Whiskeyjack, los fueron degradando y degradando, y ahora tú quies darles el golpe de gracia. Ilegalizaron el culto

y ahora Fener no ta onde se supone que tiequestar un dios, pero eso no es culpa de Gesler. Ni tampoco de Tormenta.

—¿Entonces tú qué dices? —replicó Miratrás—. ¿Que deberíamos dejarlos y ya está?

—¿Dejarlos? Sacaprimero, explícaselo a este idiota.

La mujer había vuelto a meterse los pechos en el arnés y estaba haciendo unos últimos ajustes.

—Es muy sencillo, Mira. No solo estamos atrapados aquí con Viol y los demás. También vamos a morir con ellos. Bueno, yo por lo menos, y seguramente aquí Bajío, nosotros vamos a meternos a luchar a su lado. Gesler, Tormenta, esos pesados tan monos que tienen. Y cuando al fin caigamos, nadie va a poder decir que no éramos dignos de plantarnos allí, a su lado. Bueno, quizá sea porque eres el último pesado del pelotón de Remilgo. Quizá si Enmascarador siguiera contigo, no estarías hablando como lo haces. Así que ahora ties que elegir, Miratrás. Lucha con nosotros, lucha con Reliko e Inmenso Vacío en el pelotón de Badan Gruk, o lucha solo, el único puño en el de Remilgo. Pero cada una de esas alternativas supone luchar. Como te acerques a Ges o a Tormenta, te arranco la cabeza yo misma.

—Está bien, está bien, solo era por hablar de algo…

Unos sonidos a su izquierda hicieron erguirse a los pesados, que echaron mano de sus armas. Tres figuras bajaban sin ruido por la calle principal: Correa Ponche, Roce y Neller.

Roce los llamó en voz baja.

—Soldados de camino. Atentos.

—¿Letherii? —preguntó Bajío.

—No —respondió la chica, que se detuvo frente a ellos mientras los otros dos marines continuaban y se metían en la taberna—. Imaginaos las caras más feas que habéis visto jamás, y luego que les dais un buen morreo.

—Al fin —suspiró Sacaprimero— buenas noticias, para variar.

Pico y la capitán regresaron adonde esperaba el puño Keneb, a la cabeza de la columna. Durante un tiempo habían tenido tiste edur por delante, pero no parecían muy dispuestos a combatir y ya habían desaparecido, al menos entre ese lugar y el pueblo aquel.

La capitán se acercó al puño.

—Pico dice que son marines, puño. Parece que hemos encontrado algunos.

—A todos —dijo Pico—. Los que se adelantaron tanto al resto. Están en el pueblo y han estado matando tiste edur. Montones de tiste edur.

—Las municiones que oímos ayer.

—Eso es, puño —dijo Pico con un asentimiento.

—De acuerdo, por fin buenas noticias. ¿Cuántos?

—Siete, ocho pelotones —respondió Pico. Estaba encantado de poder hablar en persona con un puño de verdad. Oh, se había imaginado escenas como ésa, claro está, Pico proporcionando todo tipo de información para hacer que el puño hiciera todas las cosas heroicas que había que hacer, y luego, al final, el propio Pico se convertía en el mayor héroe de todos. Estaba seguro de que todo el mundo tenía sueños parecidos, la revelación repentina de un lado oculto, tímido, del que nadie sabía nada y ni habría adivinado siquiera que estaba allí. Tímido, hasta que se necesitaba, ¡y luego salía y asombraba a todo el mundo!

—¿Pico?

—¿Puño?

—Estaba preguntando si saben que estamos aquí.

—Sí, señor, eso creo. Tienen unos magos muy interesantes, incluyendo un hechicero al viejo estilo del

pueblo Jakata, que fue el primer pueblo en la isla de Malaz después de que se retiraran los jinetes de la tormenta. Ese tipo puede ver por los ojos de todo tipo de criaturas, y eso debe de haber sido muy útil en el camino desde la costa. También hay un chamán rural dalhonesio y un bailarín de las hierbas dalhonesio. Y un nigromante de los pantanos nathii.

—Pico —dijo Keneb—, ¿esos pelotones incluyen a Violín, Gesler y Tormenta?

—¿Violín es el del violín que tocaba con tanta tristeza en Malaz? ¿El de las partidas de la baraja en la cabeza? Sí, señor, está aquí. Gesler y Tormenta, ésos son los falaris, pero con pieles de oro y músculos y todo eso, los que se volvieron a forjar en los fuegos de Tellann. Telas, Kurald Liosan, los fuegos, los que atraviesan los dragones volando para adquirir inmunidades y otras cosas a prueba de magia y cosas peores. Sí, también están aquí.

¡Mira cómo se lo quedaban mirando maravillados! ¡Ah, igual que en el sueño!

Y sabía, demasiado bien lo sabía, cómo iba a acabar todo aquello, y ni siquiera eso podía hacerlo sentir más que orgulloso. Alzó los ojos guiñados a la oscuridad del cielo.

—Amanecerá en una campanada o así.

Keneb se volvió hacia Faradan Sort.

—Capitán, llévese a Pico y diríjanse al pueblo. Me gustaría ver formados a esos pelotones, salvo los piquetes que hayan desplegado.

—Sí, puño. ¿Tiene intención de reprenderlos, señor?

Keneb alzó las cejas.

—En absoluto, Faradan. No. Aunque puede que termine besando a cada uno de esos cabronazos.

Así que una vez más Pico caminaba junto a la capitán Faradan Sort, y le parecía que con todas las de la ley, como

si aquél siempre hubiera sido su sitio, siempre siendo útil cuando eso era lo que ella necesitaba. El falso amanecer estaba comenzando apenas y el aire olía de maravilla, a limpio, al menos hasta que llegaron a los hoyos donde habían tirado los cuerpos edur. Eso no olía nada bien.

—Dioses del inframundo —murmuró la capitán cuando rodearon uno de los hoyos poco profundos.

Pico asintió.

—Es lo que hacen las municiones moranthianas. Solo… partes de gente, y todo lo demás como masticado.

—Los de ese hoyo no —dijo la mujer, y señaló cuando pasaron junto a otra fosa común—. A éstos se los cargaron. Espadas, cuadrillos…

—Sí, capitán, eso también se nos da bien, ¿verdad? Pero los edur no se fueron por eso, había casi un millar concentrado aquí, planeando un empujón más. Pero entonces llegaron órdenes de que se retiraran y eso hicieron. Ahora están una legua por detrás de nosotros, reuniéndose con todavía más edur.

—El martillo —dijo Faradan Sort—, y por ahí delante, el yunque.

El joven volvió a asentir.

La capitán se detuvo para buscar algo en la cara masculina, en la oscuridad.

—¿Y la consejera y la flota, Pico?

—No lo sé, señor. Si se pregunta si llegarán a nosotros a tiempo de socorrernos, no. Ni de broma. Vamos a tener que resistir, capitán, tanto que es imposible.

Faradan Sort frunció el ceño.

—¿Y si nos plantamos aquí? ¿En este pueblo?

—Empezarán a empujar. Habrá cuatro o cinco mil edur para entonces. Un número así puede empujarnos, señor, queramos nosotros o no. Además, ¿no dijo el puño que prefería que combatiéramos y retuviéramos a tantos

enemigos como fuera posible? Para evitar que fueran a otro sitio, como de regreso tras las murallas de la ciudad, lo que significaría que la consejera tendría que lidiar con otro asedio. Y nadie quiere eso.

La capitán lo miró con furia un momento más y echó a andar otra vez. Pico ajustó su paso al de su superior.

Justo detrás de un montón negro de escoria, al borde del pueblo, se oyó una voz.

—Me alegro de verla otra vez, capitán.

Faradan Sort continuó su camino.

Pico vio que el cabo Chapapote se levantaba detrás de la escoria, se volvía a colgar la ballesta al hombro y se quitaba el polvo antes de acercarse en un rumbo de interceptación.

—El puño quiere llamar a la puerta antes de entrar, ¿no?

La capitán se detuvo delante del imperturbable cabo.

—Llevamos ya un tiempo marchando a paso rápido —dijo—. Acumulamos bastante cansancio, joder, pero si vamos a entrar marchando en este pueblo, no vamos a arrastrar las botas. Así que el puño decidió hacer un pequeño alto. Eso es todo.

Chapapote se rascó la barba, haciendo crujir y chasquear los varios huesos y demás cosas que le colgaban.

—Me parece bien —dijo.

—Es un alivio que usted lo apruebe, cabo. Bien, el puño quiere a todos los pelotones aquí fuera, en la plaza principal.

—Eso podemos hacerlo —respondió Chapapote con una gran sonrisa—. Llevamos ya un tiempo luchando y acumulamos bastante cansancio, joder, capitán. Así que los sargentos decidieron hacer un pequeño alto en la, eh, esto, la taberna. Pero cuando el puño nos vea, bueno, estaremos de lo más elegantes, seguro.

—Meta el culo en la taberna, cabo, y despierte a esos cabrones. Esperaremos aquí mismo, pero no mucho tiempo, ¿ha comprendido?

Un saludo militar rápido y discreto y Chapapote se alejó.

—¿Ves lo que pasa cuando no anda un oficial por ahí? Terminan creyéndoselo, los muy imbéciles, eso es lo que pasa, Pico.

—Sí, señor.

—Bueno, cuando oigan las malas noticias, empezarán a bajárseles los humos.

—Oh, las saben, señor. Mejor que nosotros. —*Pero eso no es del todo verdad. No saben lo que yo sé, y tampoco lo sabes tú, capitán, amor mío*.

Los dos se volvieron al oír la columna que se acercaba a paso rápido. Más rápido de lo que debería, de hecho.

El comentario de la capitán fue conciso.

—Mierda. —Después añadió—: Adelántate, Pico, ¡que se preparen para moverse!

—¡Sí, señor!

El problema con los búhos era que, incluso en lo que a pájaros se refería, eran lo más estúpido que había. Conseguir que hicieran lo mínimo, como girar la puñetera cabeza, por ejemplo, ya era una lucha, por mucho que Botella apretara sus diminutas almas medio retorcidas.

Estaba enzarzado en una de esas batallas en ese momento, tan lejos de la idea de dormir que incluso parecía que eso pertenecía en exclusiva a otra gente y permanecería para siempre fuera de su alcance.

Pero de repente dejó de importar adónde miraba el búho, ni siquiera adónde quería mirar. Porque había figuras cruzando el terreno, atravesando los sotos, los campos cultivados, pululando por las laderas de los pozos de la vieja cantera, en el camino y en todas las pistas que convergían en él. Cientos, miles. Se movían en silencio, con las armas

listas. Y a menos de media legua por detrás de la columna de Keneb.

Botella se sacudió, parpadeó a toda prisa y volvió a concentrarse en el muro lleno de marcas de la taberna, el yeso desportillado donde se habían arrojado las dagas, los canales amarillos de las goteras del techo de paja que había sobre la sala común. A su alrededor, marines poniéndose el equipo. Alguien, seguramente Hellian, escupiendo y sufriendo arcadas en algún sitio por detrás de la barra.

Uno de los marines recién llegados apareció delante de él, arrastró una silla y se sentó. El mago dalhonesio, el de la jungla todavía en los ojos.

—Nep Surco —farfulló—, ¿cuerdas mí?

—¿Cuerdas qué?

—¡Mí!

—Sí. Nep Surco. Como acabas de decir. Escucha, no tengo tiempo para hablar…

Un aleteo de una mano nudosa.

—¡Ta sabemos! ¡Ganamos los edur! Ta sabemos to eso. —Un dedo encorvado aporreó a Botella—. Cucha esto. Tú. ¡Gotao! ¡Y eso maaal! ¡Maaaal! ¡Todos morimos! ¡Maldecimos ti!

—¡Ah, pues muchas gracias, raíz masticada! Nosotros no íbamos por la ruta paisajística como vosotros, mamones, ¿lo sabías? ¡De hecho, si llegamos hasta aquí fue gracias a mí!

—¡Bah! ¡Es el violín! ¡El violín de tu sargento! Cucha la canción, veees; no ta terminá-terminá entovíiiia. ¡No ta entovíiia terminá-terminá! ¡Ja!

Botella se quedó mirando al mago.

—Así que esto es lo que pasa cuando te hurgas en la nariz, pero nunca vuelves a meter nada, ¿es eso?

—¡Hurgar y meter! ¡Je, je! Con to, Tella, tú es la causa de tos nosotros muriendo, pa que sepas.

—¿Y qué hay de la canción sin terminar?

Un elaborado encogimiento de hombros.

—¿Unoos cuándo, eh? ¿Unoos?

Y entonces era Violín el que estaba en la mesa.

—Botella, ahora no es el momento para una puñetera conversación del Embozado. Sal a la calle y espabila, maldito seas, estamos a punto de salir en tromba de este pueblo como un rebaño de bhederin.

Ya, y nos despeñamos por el acantilado más cercano.

—No fui yo el que empezó esta conversación, sargento…

—Coge tu equipo, soldado.

Koryk se encontraba con los demás del pelotón (salvo Botella, que era obvio que pensaba que era único o algo), y observaba los elementos de cabeza de la columna que aparecía al final de la calle principal, una masa más oscura en los últimos y obstinados minutos de la noche. Vio que nadie iba a caballo, cosa que tampoco era de extrañar. A Keneb y su compañía de cola les debía de haber costado bastante encontrar comida, así que los caballos terminaban en el guiso… mira, ahí; quedaban unos pocos, pero cargados con el equipo. Pronto habría una carne fibrosa y magra para dar sabor al grano local, que sabía igual que olía la mierda de cabra.

Podía sentir el corazón martilleándole con fuerza en el pecho. Oh, habría combates ese día. Los edur del oeste los estaban rodeando a conciencia. Y por delante, a ese lado de la gran capital, habría un ejército o dos. *Esperándonos a nosotros, mira qué educados ellos*.

Violín se plantó justo delante de Koryk y le dio un coscorrón al mestizo en un lado del yelmo.

—¡Despierta, maldito seas!

—¡Estaba despierto, sargento!

Pero no pasaba nada. Comprensible incluso, porque Violín bajaba por la fila regañando a todo el mundo. Sí, se había bebido demasiado en ese pueblo y los cerebros estaban de todo menos despiertos. Claro que Koryk se encontraba bastante bien. Él se había dedicado sobre todo a dormir mientras los otros terminaban con los últimos barriles de cerveza. Dormía, sí, sabiendo lo que iba a pasar.

Los marines de la recién llegada Tercera Compañía habían supuesto una novedad, pero no por mucho tiempo. Ellos habían cogido el camino fácil y lo sabían, y también lo sabían todos los demás, lo que les hacía a todos tener cierta expresión en los ojos, una expresión que decía que ellos todavía tenían algo que demostrar, y esa pequeña ayudita en ese pueblo no había sido suficiente ni de lejos. *Vais a tener que zambulliros entre unos cuantos cientos de edur más, cielitos, antes de que cualquiera de nosotros, salvo Sonrisas, se digne a saludaros con la cabeza siquiera*.

Encabezando la columna que acababa de llegar estaba el puño Keneb y el sargento Thom Tissy, junto con la capitán Sort y su descerebrado mago, Pico.

Keneb les echó un vistazo a los pelotones.

—Sargentos, conmigo, por favor —dijo.

Koryk observó a Violín, Hellian, Gesler, Badan Gruk y Remilgo acercarse y reunirse en un semicírculo delante del puño.

—Típico —murmuró Sonrisas junto a él—. Ahora nos abren expediente a todos. En particular a ti, Koryk. No creerás que alguien ha olvidado que asesinaste a ese oficial en la ciudad de Malaz… así que saben que tú eres al que tienen que vigilar.

—Oh, cállate —murmuró Koryk—. Solo están decidiendo qué pelotón muere primero.

Eso cerró la boca de la chica al momento.

—Todos habéis hecho un trabajo acojonante —dijo Keneb en voz baja—, pero ahora empieza lo serio.

Gesler lanzó un bufido.

—¿Cree que no lo sabíamos, puño?

—Todavía con la costumbre de irritar a sus superiores, por lo que veo.

Gesler hizo destellar su sonrisa habitual.

—¿Cuántos lleva consigo, señor, si me permite preguntar? Porque, verá, estoy empezando a olerme algo y no son rosas. Podemos lidiar con una proporción de dos a uno. Tres a uno, incluso. Pero me da que estamos a punto de encontrarnos superados en número, en una proporción de ¿qué, diez a uno? ¿Veinte? Bueno, quizá nos haya traído alguna munición más, pero a menos que tenga cuatro o cinco carretas llenas escondidas detrás de la columna, no será suficiente…

—Ése no es el problema —dijo Violín al tiempo que se sacaba una liendre de la barba y la partía entre los dientes—. Habrá magos y sé a ciencia cierta, puño, que los nuestros están agotados. Incluso Botella, y eso ya es decir mucho. —Violín miró entonces a Pico con el ceño fruncido—. ¿Y tú por qué Embozado sonríes?

Pico se encogió y fue a esconderse detrás de Faradan Sort.

La capitán pareció ofenderse.

—Escuche, Violín, quizá usted no sepa nada de este mago, pero le aseguro que tiene magias de combate. Pico, ¿puedes defenderte en lo que está por llegar?

Una respuesta baja, apenas murmurada.

—Sí, señor. Ya lo verá. Todos lo verán, porque todos son mis amigos y los amigos son importantes. Lo más importante del mundo. Y os lo demostraré.

Violín hizo una mueca y apartó los ojos, después los guiñó.

—Mierda, estamos perdiendo la noche.

—Que formen para marchar —ordenó Keneb y maldita fuera, notó Violín, el puño parecía más viejo que nunca—. Iremos alternando la marcha con el paso ligero cada cien pasos; por lo que tengo entendido, no tenemos que ir muy lejos.

—Hasta que el camino por delante esté lleno de enemigos —dijo Gesler—. Esperemos al menos que sea ya a la vista de Letheras. Me gustaría ver esas malditas murallas antes de dar de comer a los hierbajos.

—Basta, sargento. Rompan filas.

Violín no respondió a la sonrisa de Gesler cuando regresaron a sus pelotones.

—Venga, Viol, todos esos talentos tuyos tienen que estar chillando lo mismo en este preciso momento, ¿no?

—Sí, te están gritando todos a ti para que cierres la puta boca, Ges.

Corabb Bhilan Thenu'alas había recogido casi más armas de las que podía acarrear: cuatro de las mejores lanzas, dos jabalinas, una espada de un solo filo que se parecía un poco a una cimitarra, una bonita espada larga y recta de manufactura letherii con una punta ahusada y muy afilada que habían limado de lo que había sido un extremo romo, dos puñales y también un par de cuchillos para destripar. Atado a la espalda tenía un escudo letherii, madera, cuero y bronce. También llevaba una ballesta y veintisiete cuadrillos. Y un fullero.

Se dirigían, bien lo sabía, a su última batalla, y sería heroica. Gloriosa. Sería como debería haber sido con Leoman de los Mayales. Se plantarían unos junto a otros, hombro con

hombro, hasta que no quedara ninguno vivo. Y dentro de muchos años se cantarían canciones sobre ese día naciente. Y, entre los detalles, habría una historia de un soldado que empuñaba lanzas, jabalinas, espadas y cuchillos, y con montones de cuerpos a sus pies. Un guerrero que había llegado de Siete Ciudades, sí, a miles de leguas de distancia, para dar al fin un término adecuado al gran levantamiento de su tierra natal. Rebelde una vez más, en el proscrito y desheredado Decimocuarto Ejército, rebautizado con el nombre de los Cazahuesos, y cuyos huesos también buscaría todo el mundo, sí, por sus propiedades mágicas, para venderlos por pilas de oro en los mercados. Sobre todo el cráneo de Corabb, más grande que los de todos los demás, en otro tiempo hogar de un cerebro inmenso lleno de genialidades y otros pensamientos brillantes. Un cráneo que ni siquiera un rey podría permitirse, sí, sobre todo con la hoja de la espada o la punta de la lanza todavía clavada como último recuerdo de la muerte espectacular de Corabb, el último marine que había quedado en pie…

—¡Por el amor del Embozado, Corabb! —soltó Sepia tras él—, ¡estoy esquivando más cabos de lanzas ahora de las que me tocarán dentro de una campanada! Deshazte de alguna, ¿quieres?

—No puedo —respondió Corabb—. Las necesitaré todas.

—Eso sí que no me sorprende, dado el modo en que tratas tus armas.

—Habrá muchos enemigos que será necesario matar, sí.

—Ese escudo letherii es casi inútil —dijo Sepia—. A estas alturas ya deberías saberlo, Corabb.

—Cuando se rompa, buscaré otro.

Esperaba con impaciencia la batalla inminente. Los gritos, los chillidos de los moribundos, la conmoción del enemigo cuando se tambaleara hacia atrás, repelido una y otra vez. Los marines se lo habían ganado, oh, sí. La lucha

que todos habían estado esperando, fuera de las mismísimas murallas de Letheras, y los ciudadanos se alinearían en ellas para mirar con asombro, con estupefacción, con un temor reverencial, a Corabb Bhilan Thenu'alas, que desataría tal ferocidad que se grabaría a fuego en las almas de todos los testigos…

Hellian no iba a volver a beber de eso en su vida. Imagínate, mareada, todavía borracha, muerta de sed y con alucinaciones, todo a la vez. Casi peor que esa noche del Festival de la Paraltina en Kartool, con todas esas personas vistiendo disfraces de arañas gigantes y Hellian chillando como una posesa e intentando matarlas a todas a pisotones.

Estaba avanzando con paso penoso a la cabeza de su miserable pelotón bajo la luz escasa y granulosa del amanecer y, por los fragmentos de conversación que penetraban en su deteriorado estado, entendió que tenían a los edur justo detrás, como diez mil arañas gigantes con colmillos que podían salir disparados y ensartar gaviotas inocentes y mujeres aterradas. Y lo que era peor, esa puñetera columna iba marchando directamente hacia una telaraña gigantesca impaciente por atraparlos a todos.

Y entretanto estaban las alucinaciones. Su cabo dividiéndose en dos, por ejemplo. Uno aquí, el otro allí, los dos hablando a la vez, pero no de lo mismo y ni siquiera con la misma voz. ¿Y qué había de ese imbécil con ojos de cordero degollado y el nombre estúpido que nunca se alejaba más de dos pasos? ¿Alientocostra? ¿Muescacalavera? Lo que fuera, le llevaba diez años como mínimo, quizá más, o eso es lo que parecía porque el tipo tenía esa piel de bebé suave… ¿Pieldebebé?… y una cara que lo hacía aparentar, dioses, catorce años o así. Todo emocionado por una historia extraña sobre que era un

príncipe y el último de un linaje real y conservar semillas para plantar en un suelo perfecto donde los cactus no crecen y él quería… ¿quería qué? No estaba muy segura, pero el tipo estaba desencadenando todo tipo de pensamientos desagradables en su cabeza, sobre todo un deseo abrumador de corromper al muchacho hasta tal punto que nunca volviera a mirar a derechas, solo para demostrar que ella no era alguien con quien meterse sin terminar en un buen lío. Así que quizá todo se reducía al poder. El poder de aplastar la inocencia, y eso era algo que hasta una mujer aterrada podía hacer, ¿no?

Atravesaron otro pueblo y, oh, eso no era buena señal. Lo habían arrasado de forma sistemática. Cada edificio no era nada más que escombros. Los ejércitos hacían cosas así para descartar refugios, para eliminar la posibilidad de establecer reductos y todas esas cosas. Tampoco había árboles más allá, solo una extensión plana de campos arados con los setos convertidos en simples tocones y los cultivos quemados y reducidos a un rastrojo ennegrecido, y el sol de la mañana ya estaba lanzándole dardos letales a su cráneo, obligándola a engullir unos cuantos tragos de su menguante provisión de ron falari procedente de los transportes.

Cosa que la tranquilizó un poco, gracias al Embozado.

Su cabo volvió a fundirse en uno solo, lo que era buena señal, estaba apuntando a algo más adelante y hablando sobre…

—¿Qué? Espera, Pejiguero Aliento, ¿qué es lo que estás diciendo?

—¡La loma de enfrente, sargento! ¿Ve el ejército que nos espera? ¿Lo ve? ¡Dioses de las alturas, estamos acabados! ¡Miles! No, peor que miles…

—¡Cállate! Los veo de sobra…

—¡Pero si está mirando hacia donde no es!

—Eso da igual, cabo. Los veo, ¿no? Ahora deja de echárteme encima y vete a buscar a Urb, tengo que tenerlo cerca para mantener con vida a ese idiota torpe.

—No vendrá, sargento.

—¿De qué tas blando?

—Es Muertecalavera, ¿sabe? Ha anunciado que le ha entregado a usted su corazón…

—¿Su qué? Escucha, tú vete y dile a Muertefusiva que puede quedarse con su calavera, porque yo no la quiero pa na, pero que le acepto la polla cuando hayamos terminado de matar a esos cabrones, o quizá antes si hay alguna oportunidad, pero mientras me traes a Urb aquí aunque sea a rastras, porque soy responsable de él, ¿entiendes?, por dejarlo derribar de una patá la puerta de ese templo.

—Sargento, no va…

—¿Por qué tu voz no hace más que cambiar?

—Bueno —dijo el comandante de las fuerzas letherii dispuestas a lo largo del risco—, ahí están. ¿Qué le parece, Sirryn Kanar? ¿Menos de mil? Yo diría que sí. Vienen desde la costa. Extraordinario.

—Han sobrevivido hasta aquí —dijo Sirryn con el ceño fruncido— porque no están dispuestos a plantarse y luchar.

—Bobadas —respondió el veterano oficial—. Lucharon como tuvieron que hacerlo, y lo hicieron de forma excepcional, como darían fe Hanradi y sus edur. Menos de mil, por el Errante. Lo que yo podría hacer con diez mil de esos soldados, finadd. Piloto. Korshenn, Descenso, T'roos, Istmo… podríamos conquistarlo todo. Dos temporadas de campaña, no haría falta más.

—Sea como sea —dijo Sirryn—, estamos a puntos de matarlos a todos, señor.

—Sí, finadd —suspiró el comandante—. Así es. —Vaciló y le lanzó a Sirryn una extraña mirada artera—. Dudo que haya muchas posibilidades de desangrar demasiado a los tiste edur, finadd. Han cumplido su tarea, después de todo, y ahora solo tienen que atrincherarse detrás de estos malazanos, y cuando los pobres imbéciles se desmoronen, tal y como lo harán, saldrán en desbandada para caer justo encima de las lanzas de los edur de Hanradi, y eso será el final.

Sirryn Kanar se encogió de hombros.

—Sigo sin entender cómo es posible que esos malazanos creyeran que un millar de sus soldados bastaría para conquistar nuestro imperio. Incluso con sus explosivos y todo eso.

—Se olvida de su formidable hechicería, finadd.

—Formidable en sigilo, para ocultarlos de nuestras fuerzas. Nada más. Y ahora esos talentos no tienen ninguna utilidad. Vemos a nuestro enemigo, señor, y están expuestos, así que morirán.

—Entonces será mejor ponernos a ello —dijo el comandante con cierta aspereza y se volvió para hacerles un gesto a sus magos para que avanzaran.

Más abajo, en la inmensa llanura que sería el campo de muerte para ese ejército invasor (si es que se le podía llamar así), la columna malazana comenzó con toda prontitud a cambiar la formación para convertirla en un círculo defensivo. El comandante lanzó un gruñido.

—No se hacen ilusiones, finadd, ¿verdad? Están acabados y lo saben. Así que no habrá huida en desbandada, no habrá retirada de ningún tipo. ¡Mírelos! Plantarán batalla ahí, hasta que no quede ninguno en pie.

Reunidos en su círculo defensivo, casi en el mismo centro del campo de muerte, la fuerza pareció de repente muy pequeña y patética. El comandante les echó un vistazo a sus

siete magos, en ese momento dispuestos en la cima de la loma y dando comienzo al final de su ritual (que llevaba una semana realizándose). Después volvió a mirar el tropel distante de los malazanos.

—Que el Errante conceda la paz a sus almas —susurró.

Estaba claro que la atri-preda Bivatt, impaciente como sin duda estaba, había decidido en el último momento alargar el comienzo de la batalla para dejar que el sol continuara su asalto contra el barro del lecho marino. Por desgracia, ese retraso no interesaba a Mascararroja, así que actuó él primero.

Cada mago letherii se encontraba dentro de un aro protector de soldados que llevaban escudos de enorme tamaño. Estaban colocados fuera del alcance de las flechas, pero Bivatt conocía de sobra su vulnerabilidad, no obstante, sobre todo una vez que comenzaran su invocación ritual de poder.

Toc Anaster, sentado en su caballo para tener una visión más clara, sintió que las cicatrices del ojo que le faltaba ardían con un picor salvaje y que el aire se iba cargando, febril, a medida que los magos unían sus voluntades. Sospechaba que no podrían mantener el control mucho tiempo. La hechicería necesitaría estallar, habría que liberarla en algún momento. Para que rodara en oleadas de espuma por el lecho marino, abrasando el terreno antes de estrellarse contra las líneas leznas. Donde los guerreros morirían por cientos, quizá por miles.

Contra algo así, los pocos chamanes de Mascararroja no podían hacer nada. Se había arrancado todo lo que una vez había dado poder a la tribu de las llanuras, casi hecho jirones por el desplazamiento, por la profanación de los terrenos sagrados, por las muertes de incontables guerreros,

ancianos y niños. Toc comenzaba a comprender que la cultura lezna se estaba derrumbando, y para salvarla, para resucitar a su pueblo, Mascararroja necesitaba una victoria en ese día, y haría lo que fuera para lograrla.

Incluyendo, si era necesario, el sacrificio de sus k'chain che'malle.

Bajo su extraña armadura, bajo las espadas fundidas en el extremo de los brazos del cazador k'ell, bajo su idioma silencioso y su inexplicable alianza con Mascararroja de los leznas, los k'chain che'malle eran reptiles, tenían la sangre fría, y en lo más profundo de sus cerebros, quizá, podían encontrarse recuerdos antiguos, evocaciones de una existencia anterior a la civilización, un estado salvaje fusionado en la maraña de los instintos. Y así, la paciencia de un depredador supremo corría por esa sangre gélida.

Reptiles. *Malditos lagartos*.

A unos treinta pasos de donde se encontraban los magos y sus guardianes, la ladera bajaba hasta el borde del antiguo mar, donde el barro se extendía entre matas de hierbas manchadas, aplastadas, y donde las aguas de la escorrentía se habían encharcado antes de ir filtrándose poco a poco a los sedimentos del subsuelo.

Los k'chain che'malle habían ido a revolcarse en ese barro, quizá incluso mientras las lluvias continuaban azotando el terreno en la oscuridad. Formidables como eran, habían demostrado gran habilidad a la hora de enterrarse, de modo que no había señal visible de su presencia, ninguna señal, al menos para un observador casual. Y después de todo, ¿quién podría haberse imaginado que unas bestias tan enormes eran capaces de desaparecer sin más?

Y Mascararroja había acertado más o menos sobre la posición en la que se colocarían los magos; de hecho, había incitado tales ubicaciones, donde las oleadas de magia

convergerían con el máximo efecto sobre sus pacientes guerreros. Cuando Sag'Churok y Gunth Mach se levantaron, no se encontraron demasiado lejos del lugar perfecto para esa repentina y devastadora embestida ladera arriba.

Gritos de terror cuando la arcilla llana pareció estallar en el antiguo borde del mar y luego, cuando el barro cayó en cascada de sus lomos y las demoníacas criaturas salieron disparadas ladera arriba, cada una abalanzándose sobre sendos magos.

Retirada aterrada, huida de los guardias, que arrojan escudos y espadas y dejan expuestos a los desventurados magos; ambos desesperados por desatar su hechicería…

Pero no hubo tiempo, las dos hojas de Sag'Churok lanzaron unas cuchilladas y el primer mago pareció desvanecerse entre un brote de sangre y carne…

Pero no hubo tiempo, Gunth Mach saltó por el aire y aterrizó con las garras extendidas justo encima del segundo mago, que se había encogido, y lo aplastó con un estallido seco de huesos…

Y después los monstruos dieron media vuelta y regresaron a toda velocidad en zigzag cuando empezaron a descender las andanadas de flechas. Las que los alcanzaban rebotaban o, pocas veces, penetraban en la gruesa piel escamada, lo suficiente para no desprenderse hasta que el movimiento de la criatura las soltaba.

Tras aquel horror repentino, los cuernos letherii comenzaron a sonar como gritos de rabia y de inmediato las cuñas se estaban moviendo ladera abajo, y una canción de batalla se alzó al cielo para imponer su cadencia, pero era un chirrido agudo que estallaba en las gargantas de unos soldados conmocionados…

Tan fácil como eso, reflexionó Toc Anaster, *así comienza esta batalla*.

Tras él, Torrente estaba bailando en un frenesí de júbilo.

Y gritaba.

—¡Mascararroja! ¡Mascararroja! ¡Mascararroja!

Las cuñas salieron poco a poco al lecho marino y se encorvaron de forma visible a medida que perdían impulso. Entre ellos se arremolinaban los arqueros, los escaramuzadores y parte de la infantería media, y Toc vio soldados que resbalaban, caían, las botas se deslizaban cuando intentaban encontrar un asidero y preparar los arcos… el caos. La infantería pesada que iba delante se estaba hundiendo hasta las rodillas, mientras que los de la parte de atrás tropezaban con los que tenían delante cuando el ritmo se rompía, y se derrumbaban.

Resonó una segunda tanda de cuernos en cuanto cada una de las cuñas estuvo en la llanura, y entonces cesó todo avance. Un momento de relativo silencio cuando las cuñas se pusieron en formación. De los soldados surgió una nueva canción, más profunda, más convencida; transmitía una cadencia más lenta, un ritmo que se alargaba y que demostró ser perfecto para un avance paso a paso, con una pausa para asentarse entre uno y el siguiente.

Toc emitió un gruñido de admiración. Era un control impresionante, sin duda, y al parecer estaba funcionando.

Llegarán a las líneas leznas intactos. Pero no habrá terreno sólido para clavar los escudos o blandir las armas con cierta fuerza. Dioses, va a ser un baño de sangre.

A pesar de toda la creatividad de Mascararroja, en opinión de Toc no se le podía llamar genio táctico. Había hecho todo lo que había podido para ponerse en situación más ventajosa, y lo había hecho de forma competente. Sin los k’chain che’malle, esa batalla podría haber terminado ya. En cualquier caso, la segunda sorpresa de Mascararroja no podía, para nadie, haber sido una gran sorpresa.

Natarkas, la cara húmeda de sudor tras su máscara roja, frenó el paso de su caballo y lo puso a medio galope. Lo rodeaba el sonido del trueno. Dos mil guerreros escogidos cruzaban con él a caballo. Cuando el medio galope se convirtió en un galope tendido, empuñaron las lanzas y colocaron los escudos para cubrir ingles, caderas y pechos.

Natarkas había guiado su caballería entre la lluvia nocturna, al este del lecho marino, después al norte y al fin, cuando las primeras luces de la aurora lamieron la oscuridad, al oeste.

Al amanecer, quedaron colocados a un tercio de legua tras las fuerzas letherii, dispuestos en forma de cuña con Natarkas mismo situado en el centro de la sexta fila, aguardando los primeros sonidos de la batalla.

Mascararroja había sido inflexible en sus instrucciones. Si los exploradores enemigos los encontraban, debían esperar, y luego seguir esperando, escuchar los sonidos de batalla durante al menos dos giros de la rueda. Si les parecía que no los habían descubierto, si todavía quedaba la posibilidad del ataque sorpresa, cuando comenzaran los ruidos de lucha, Natarkas debía de inmediato encabezar su caballería en un ataque contra las formaciones de retaguardia de las fuerzas enemigas, que sin duda serían los tiste edur. No debía haber desviación alguna de esas instrucciones.

Al amanecer, sus exploradores habían cabalgado hasta Natarkas para anunciarle que una tropa montada de edur los había descubierto. Y él recordó lo que Mascararroja le había dicho la noche antes: «*Natarkas, ¿entiendes por qué, si te ven, quiero que esperes? ¿Que no cargues de inmediato? ¿No? Entonces te lo explicaré. Si te ven, debo poder explotar eso en la batalla en el lecho marino. Al menos debes esperar dos giros sin hacer nada. Eso impedirá*

moverse a los tiste edur. Incluso es posible que aleje a la caballería rosazul, y si se os acercaran, incítalos a la persecución, aléjalos, sí, y continúa alejándolos. ¡No entres en combate con ellos, Natarkas! ¡Os masacrarán! Hazlos correr hasta agotar a sus caballos, verás que para entonces ya no importarán, y Bivatt no los tendrá a su disposición. ¡Es importante! ¿Entiendes mis órdenes?».

Sí, sí que las entendía. Si se perdía el factor sorpresa, debía guiar a sus leznas… lejos. Como cobardes. Pero no era la primera vez que interpretaban el papel de cobardes, y ésa era una verdad que le quemaba el corazón. Estallaba en agonía siempre que veía al mezla, Toc Anaster, sí, el extranjero tuerto que permanecía como prueba viva de un tiempo de tal oscuridad entre los leznas que Natarkas apenas podía respirar cuando pensaba en él.

Y sabía que sus compañeros sentían lo mismo. El vacío interior, la terrible necesidad de dar respuesta, de negar el pasado del único modo que les quedaba ya.

Los habían visto, sí.

Pero no iban a huir. Ni iban a esperar. Cabalgarían hacia los sonidos de la batalla. Avistarían al odiado enemigo, y cargarían.

Redención. ¿Entiendes esa palabra, Mascararroja? ¿No? Entonces te demostraremos lo que significa.

—Hermana Sombra, ahí vienen. —Brohl Handar se apretó la correa del yelmo—. ¡Preparad las lanzas! —les bramó a sus guerreros, y por toda la primera línea, de dos filas de fondo, las puntas de hierro de las lanzas avanzaron con un destello. La primera fila se arrodilló y apuntó las cabezas de las lanzas hacia los pechos de los caballos que se aproximaban, mientras que la fila de detrás permaneció en pie, listos para apuñalar—. ¡Escudos, a proteger! —La tercera fila se

adelantó medio paso para poner los escudos en posición de protección bajo los brazos que empuñaban las armas en la segunda fila.

Brohl se volvió hacia uno de sus correos.

—Informa a la atri-preda de que nos enfrentamos a una carga de la caballería, y que aconsejo encarecidamente que ordene que los rosazules monten para un ataque por el flanco, cuanto antes acabemos con esto, antes podremos unirnos a la lucha en el lecho marino.

Observó al chico salir a toda velocidad.

Las cuñas ya estaban en la parte llana, comprendió, empleando el avance de paso a paso que había diseñado Bivatt para poder ajustarse al barro. Era muy probable que se estuvieran acercando a las líneas leznas, aunque todavía no habrían chocado. La atri-preda tenía otra táctica para ese momento y Brohl Handar le deseaba lo mejor.

El asesinato de los magos había sido un comienzo lúgubre para la batalla de ese día, pero la confianza del supervisor, si acaso, solo había empezado a crecer.

¡Esos idiotas cargan contra nosotros! ¡Cargan contra un bosque de lanzas! ¡Es un suicidio!

Por fin, comprendió, podían poner fin a aquello. Por fin podría terminar aquella guerra absurda. Al final del día no quedaría ni un solo lezna vivo. Ni uno solo.

El tronar de los cascos. Lanzas bajadas, los caballos con los cuellos estirados, los guerreros encorvándose… más cerca, todavía más, y entonces, de golpe, el caos.

A ningún caballo se le podía obligar a estrellarse contra un muro de lanzas erizadas. En medio de los lanceros leznas había arqueros montados y cuando la masa de jinetes se acercó a menos de cien pasos de los edur, esos arqueros se alzaron en los estribos y dispararon un enjambre de flechas.

La primera fila de edur, arrodillados con las lanzas plantadas, se había apoyado en los hombros sus escudos rectangulares letherii lo mejor posible, dado que sujetaban con las dos manos el mango de la lanza. Los que iban justo detrás estaban mejor protegidos, pero el seto de lanzas, como lo llamaban los letherii, era vulnerable.

Los guerreros gritaron y el impacto de las flechas los hizo girar en redondo. La fila ondeó, vaciló, y de repente se melló por todas partes.

A los caballos no se les podía obligar a estrellarse contra un muro de lanzas erizadas. Pero, si estaban bien adiestrados, se les podía obligar a machacar una masa de carne humana. Y, entre los que todavía se enfrentaban a lanzas colocadas a la altura del pecho, podían saltar.

A unos cuarenta pasos dispararon una segunda andanada de flechas. Y una tercera a diez pasos.

El lado externo del cuadrado edur era un desastre accidentado cuando la carga impactó contra ellos. Las bestias se abalanzaron por el aire intentando salvar las primeras lanzas, solo para interceptar otras puntas de hierro, pero ninguna punta quedó enterrada en el suelo, y si bien los bordes serrados atravesaron como cuchillos placas de cuero y la carne que protegían, muchas fueron apartadas de un empujón o derribadas de un golpe. En las brechas que quedaban en primera línea, los caballos se precipitaron contra las filas de los edur, arrojando a los guerreros por los aires, pisoteando a otros. Las lanzas se clavaron con golpes secos en cuerpos tambaleantes, resbalaron en bloqueos desesperados de escudos, besaron rostros y gargantas en una confusión de sangre.

Brohl Handar, colocado detrás de su cuadrado de edur, se quedó mirando, horrorizado, cuando el bloque entero de guerreros arapay pareció retroceder, encogerse, y después

plegarse de forma inexorable para apartarse del lado exterior.

La cuña lezna había penetrado en profundidad y en ese momento estaba explotando en el interior del desordenado cuadrado. El impacto había hecho retirarse a los guerreros y había entorpecido los movimientos de los que tenían detrás, con un efecto dominó que se extendía por toda la formación.

Entre los leznas, en medio de edur que empujaban y tropezaban, aparecieron unas espadas pesadas, muy afiladas, cuando se hicieron pedazos lanzas, astilladas o clavadas en cuerpos. En un frenesí de chillidos, los salvajes estaban prodigando tajos por todas partes.

Cayeron caballos dando coces, pataleando en medio de la agonía. Las lanzas apuñalaban en un movimiento ascendente para desmontar de un golpe a los guerreros leznas.

La locura hervía en el cuadrado.

Y seguían cayendo caballos, mientras otros retrocedían a pesar de las órdenes que chillaban sus jinetes. Más lanzas arrancaron jinetes de sus sillas y las multitudes se abalanzaban sobre los individuos.

En apenas un momento los leznas estaban intentando retirarse, y los guerreros edur empezaron a empujar, los flancos del cuadrado avanzaban en un esfuerzo por encerrar a los atacantes.

Alguien le estaba gritando a Brohl Handar. Alguien a su lado, y se volvió para ver que era uno de sus correos.

Que estaba señalando al oeste con gestos frenéticos.

Caballería rosazul, estaba formando.

Brohl Handar se quedó mirando las filas lejanas, las puntas de lanzas acuchilladas por el sol sostenidas en alto, las cabezas de los caballos que se alzaban y agitaban; el supervisor se sacudió la conmoción.

—¡Den la señal, cierren filas! ¡El cuadrado no persigue! ¡Cierren filas y dejen que el enemigo se retire!

Unos momentos más tarde un trompetazo de los cuernos.

Los leznas no lo entendieron. El pánico ya se había instalado entre ellos y el retroceso repentino de aquellos edur que habían empezado a avanzar les pareció la oportunidad perfecta. Impacientes por poner fin al combate, los guerreros montados se alejaron de un salto de todo contacto, veinte pasos, los arqueros retorciéndose en sus sillas para disparar, cuarenta, cincuenta pasos, y un oficial de cara de cobre entre ellos chillándoles a sus tropas que se reunieran, que volvieran a formar para otra carga, y hubo un trueno entonces al oeste, y ese guerrero se volvió en la silla y vio, descendiendo sobre sus filas arremolinadas, su propia muerte.

Su muerte y la de sus guerreros.

Brohl Handar observó cuando el comandante intentó con frenesí girar sus tropas, disponerlas, empujar a las cansadas bestias ensangrentadas, y a sus igual de cansados jinetes, a una carga que recibiera el ataque, pero ya era demasiado tarde. Hubo voces que clamaron de miedo cuando los guerreros advirtieron lo que descendía sobre ellos. La confusión se redobló y después los jinetes se separaron y huyeron…

De inmediato los lanceros rosazules se abalanzaron sobre ellos.

Brohl Handar bajó la vista y contempló a sus arapay. *Hermana Sombra, cómo nos han herido*.

—¡Den la señal de avance lento! —ordenó, dio un paso adelante y sacó su espada—. Terminaremos lo que los rosazules han empezado. —*¡Quiero a esos cabrones, a todos y cada uno de esos malditos, chillando de dolor, muriendo bajo nuestros filos!*

Algo oscuro y salvaje despertó con un remolino en su interior. Oh, habría placer en matar. Allí. En ese mismo instante. *Cuánto placer*.

Cuando la carga de los rosazules atravesó entera la caballería lezna, una lanza de hoja ancha alcanzó a Natarkas (todavía chillando órdenes de virar) en un lado de la cabeza. La punta hizo un agujero bajo en la sien izquierda, por debajo del borde del yelmo de bandas de bronce. Hizo pedazos esa placa del cráneo, junto con el pómulo y la órbita del ojo. Después se hundió todavía más y atravesó el cerebro y la cavidad nasal.

La oscuridad floreció en la mente del guerrero.

Bajo él (que se derrumbó y giró en redondo cuando la lanza se desprendió) su caballo se tambaleó con el impacto de la montura del atacante; cuando el peso del cuerpo de Natarkas cayó de la silla, la bestia salió disparada en busca de algún lugar lejos de esa carnicería, ese terror.

Y de inmediato la llanura abierta por delante y otros dos caballos sin jinete que se alejaban corriendo, las cabezas alzadas, libres de pronto.

El caballo de Natarkas partió tras ellos.

El caos menguó en su corazón, se desvaneció, se alejó con un aleteo con cada aliento de júbilo puro que la bestia introducía en los pulmones doloridos.

¡Libre!

¡Nunca! ¡Libre!

¡Nunca jamás!

En el lecho marino, las cuñas de infantería pesada avanzaban bajo el granizo ya constante de las flechas. Resbalaban por escudos alzados, rozaban los yelmos con

visor, apuñalaban a través de brechas en la armadura y cuando rebotaban por casualidad. Los soldados gritaban, tropezaban, se recuperaban o intentaban caer, pero a estos últimos los sujetaban de repente unas manos por ambos lados y los cuerpos los cercaban, los mantenían erectos, los pies arrastrándose a medida que la vida derramaba su regalo carmesí por el barro revuelto. Esas manos después empezaban a empujar a los muertos y moribundos hacia delante, entre las filas. Manos que se estiraban hacia atrás, sujetaban, alzaban y atraían, y luego empujaban hacia más manos que esperaban.

Y durante todo ese proceso el cántico continuaba, el ritmo de la espera marcaba cada paso que se asentaba.

A doce pasos de los leznas en sus islas de terreno seco, capaces ya de ver las caras, de ver los ojos llameantes repletos de miedo o rabia.

Ese lento avance no podía más que desconcertar a los leznas que los esperaban. Cabezas de lanzas humanas que se iban acercando poco a poco, cada vez más. Inmensos colmillos de hierro que se cernían de forma inexorable, paso, espera, paso, espera, paso.

Y entonces, a ocho pasos de distancia, de las primeras filas salieron cadáveres atravesados por flechas que arrojaron al suelo, los cuerpos despatarrados en el barro. Los siguieron aquí y allá escudos. Las botas se posaron en esos objetos y los hundieron en el barro.

Cuerpos y escudos, que aparecían en un chorro en apariencia interminable.

Que construían, allí, en las últimas seis zancadas, un suelo de carne, cuero, madera y armadura.

Las jabalinas cayeron como granizo sobre esas cuñas e hicieron retroceder y caer a los soldados, solo para que empujaran sus cuerpos hacia delante con un desdén que daba escalofríos. Los heridos se desangraban. Los heridos se

ahogaban chillando en el barro. Y cada cuña parecía alzarse y salir del barro, aunque la cadencia no cambiaba.

Cuatro pasos. Tres.

Y a la orden de un bramido, las puntas de esas enormes cuñas de repente se impulsaron hacia delante.

Se clavaron en carne humana, en escudos firmes, en lanzas. En los leznas.

Todas y cada una de las mentes soñaban con la victoria. Con la inmortalidad. Y entre todos ellos, ni uno solo cedería.

El sol se los quedó mirando desde el cielo, llameando con un calor impaciente, sobre Q'uson Tapi, donde dos civilizaciones se enzarzaron a muerte.

Una última vez.

Una decisión fatídica, quizá, pero ya estaba tomada. Violín arrastró con él a todos los pelotones que habían estado en el pueblo y le quitó a algunas de las unidades más agotadas de Keneb el lado occidental de su defensa de tortuga. Ya no tenían que enfrentarse cara a cara con ese enorme ejército letherii y sus malditos hechiceros del Embozado. No, se pusieron a esperar, y enfrente de ellos, en pobladas filas, los tiste edur.

¿Era cobardía? No estaba seguro y, por las expresiones que había sorprendido en los ojos de los otros sargentos (salvo Hellian, que había intentado, de momento sin mucho éxito, agarrarse a Muertecalavera o, para ser más precisos, a su entrepierna, antes de que interviniera Remilgo), ellos tampoco estaban seguros.

Pues muy bien, el caso es que no quiero ver cómo viene la muerte a arrollarme. ¿Eso es cobardía? Sí, no se le podría llamar otra cosa. Aun así, algo tengo. No siento miedo.

No, lo único que él quería, aparte de lo que quería Hellian de forma tan obvia, por supuesto, lo único que quería,

entonces, era morir luchando. Ver la cara del cabrón que lo mataba, transmitir, en ese último encuentro de los ojos, todo lo que significaba morir, lo que debía significar y siempre significaría… *sea lo que sea, y esperemos que se me dé mejor hacerle saber a mi asesino lo que se supone que es; es decir, mejor que a todos ésos en cuyos ojos me he mirado mientras morían por mi mano. Sí, parece una plegaría bastante digna*.

Pero no te estoy rezando a ti, Embozado.

De hecho, maldita sea si sé a quién le estoy rezando, pero ni siquiera eso parece importar mucho.

Sus soldados estaban cavando agujeros, pero sin decir mucho. Habían recibido una cartera de municiones, incluyendo dos malditos más, y si bien no bastaban ni de lejos, hacía aconsejable que cavaran agujeros donde pudieran agazaparse en busca de refugio cuando esos fulleros, malditos y todo lo demás empezaran a explotar.

Todo eso, maldita fuera, suponiendo que se luchara.

Era bastante más probable que la magia barriera a los malazanos, a todos y cada uno, que los agarrara por la garganta y les quemara la piel, los músculos y los órganos, que calcinara incluso sus últimos y furiosos chillidos.

Violín juró que su último grito sería una maldición. Y una buena, además.

Se quedó mirando las filas de tiste edur.

A su lado habló Sepia.

—A ellos tampoco les gusta, ¿sabes?

Violín respondió con un gruñido sin palabras.

—Ése es su líder, ese viejo de los hombros encorvados. Demasiados prestándole demasiada atención. Pienso acabar con él, Viol, con un maldito. Escucha, ¿estás escuchando? En cuanto esa oleada de magia empiece a rodar, deberíamos levantarnos y cargar contra esos cabrones, joder.

En realidad no era tan mala idea. Violín parpadeó, miró al zapador y asintió.

—Pásalo, entonces.

En ese momento, uno de los soldados de Thom Tissy llegó a la carrera entre ellos.

—Órdenes del puño —dijo mirando a su alrededor—. ¿Dónde está su capitán?

—Cogiendo de la mano a Pico, por algún lado —respondió Violín—. Me puedes dar esas órdenes a mí, soldado.

—De acuerdo. Mantengan la tortuga, no avancen sobre el enemigo…

—Eso es un puto…

—¡Basta, Sepia! —le soltó Violín. Miró al correo, asintió y dijo—. ¿Cuánto tiempo?

Una expresión vacía respondió a la pregunta.

Violín le hizo un gesto al idiota para que se fuera y se volvió una vez más para quedarse mirando a los tiste edur.

—¡Maldito sea, Viol!

—Relájate, Sepia. Nos pondremos en marcha cuando tengamos que hacerlo, ¿estamos?

—¿Sargento? —Botella estaba saliendo de repente del agujero que había cavado, y había una expresión tensa en su rostro—. Algo… está pasando algo…

En ese momento, en el risco al este, un sonido escalofriante, como diez mil cadenas de ancla arrancándose del suelo, y vieron alzarse un muro virulento de magia arremolinada. Violeta oscuro y entreverada de venas carmesíes, grabados negros como rayos que atravesaban la cresta a medida que iba subiendo más, y más…

—¡Por los huevos del Embozado! —dijo Sepia sin aliento, los ojos muy abiertos.

Violín solo se lo quedó mirando. Ésa era la hechicería que habían visto junto a la costa norte de Siete Ciudades. Solo

que entonces tenían a Ben el Rápido con ellos. Y Botella tenía a su… Estiró el brazo y tiró de Botella para acercarlo.

—¡Escucha! Está…

—¡No, Viol! ¡Por ninguna parte! No está conmigo desde que desembarcamos. Lo siento…

Violín apartó al hombre otra vez de un empujón.

El muro se aupó más todavía.

Los tiste edur del borde occidental del campo de la muerte empezaron a retroceder de repente.

—¡Tenemos que irnos ya! ¡Violín! ¡Ya! —chilló Sepia.

Pero no podía moverse. No podía responder, por mucho que el zapador despotricara. Solo podía mirar, estirar el cuello, cada vez más. Demasiada magia.

—Por los dioses de las alturas —murmuró—, para que hablen de exagerar…

¿Huir corriendo de eso? Imposible.

Sepia hizo que se diese la vuelta y se lo llevó a rastras.

Violín frunció el ceño y lo empujó con la fuerza suficiente como para hacer que el zapador tropezara.

—¿Para qué cojones vas a correr, Sepia? ¿Te crees que podemos dejar eso atrás?

—Pero los edur…

—También se los va a llevar a ellos, ¿es que no lo ves? —*Tiene que hacerlo, nadie puede controlarlo una vez liberado, nadie*—. ¡A esos edur del puñetero Embozado les han tendido una trampa, Sepia! —*Oh, sí, los letherii querían deshacerse de sus amos, solo que no querían hacerlo con nosotros como aliados. No, lo harán a su manera y matarán dos pájaros de un puñetero tiro*…

A trescientos pasos de distancia, al oeste, Hanradi alzó los ojos y se quedó mirando esa magia letherii. Y lo comprendió al instante. Lo entendió todo.

—Nos han traicionado —dijo, tanto para sí como para los guerreros que se encontraban cerca—. Ese ritual… llevan días elaborándolo. Quizá semanas. Una vez desatado… —*La devastación se extenderá a lo largo de leguas enteras hacia el oeste. ¿Qué hacer? Padre Sombra, ¿qué hacer?*—. ¿Dónde están mis k'risnan? —preguntó de repente mientras se volvía hacia sus ayudantes.

Dos edur se adelantaron cojeando, los rostros cenicientos.

—¿Pueden protegernos?

Ninguno respondió, y ninguno quiso mirar a Hanradi a los ojos.

—¿No pueden recurrir a Hannan Mosag? ¡Pónganse en contacto con el ceda, malditos sean!

—¡No lo entiende! —gritó uno de los en otro tiempo jóvenes k'risnan—. ¡Estamos… todos… estamos todos abandonados!

—Pero Kurald Emurlahn…

—¡Sí! ¡Despierto una vez más! ¡Pero no podemos alcanzarlo! ¡Y el ceda tampoco!

—¿Y qué hay de ese otro poder? ¿El caos?

—¡Se fue! ¡Huyó!

Hanradi se quedó mirando a los dos hechiceros. Sacó la espada y cercenó con la hoja el rostro del más cercano, el filo mordió el puente de la nariz y partió ambos globos oculares. La figura se tambaleó hacia atrás con un chillido, las manos en la cara. Hanradi avanzó un paso y hundió la espada en el pecho retorcido de la criatura, la sangre que brotó fue casi negra.

Hanradi liberó el arma de un tirón y se volvió hacia el otro, que se encogió.

—Vosotros, los hechiceros —dijo con voz áspera el que había sido rey—, sois la causa de esto. De todo esto. —Se acercó otro paso más—. Ojalá fueras Hannan Mosag agazapado ante mí ahora mismo…

—¡Espere! —chilló el k’risnan, y señaló de repente hacia el este—. ¡Espere! ¡Uno responde! ¡Uno responde!

Hanradi se volvió, los ojos se concentraron con cierta dificultad en los malazanos, tan abrumadora era la oleada de magia letherii que una sombra había descendido sobre todo el campo de la muerte.

Alzándose de esa masa acurrucada de soldados, un fulgor leve, luminoso. Plateado, con un pulso vago.

La carcajada de Hanradi fue dura.

—¿Esa cosa patética es una respuesta? —Empezó a levantar la espada.

—¡No! —gritó el k’risnan—. ¡Espera! ¡Mira, estúpido! ¡Mira!

Y eso hizo, una vez más.

Y vio que esa cúpula de luz plateada retoñaba y se iba extendiendo para abarcar la fuerza entera, y se espesaba, se hacía opaca…

El último k’risnan se aferró al brazo de Hanradi.

—¡Escúchame! Su poder… ¡Padre Sombra! ¡Su poder!

—¿Puede aguantar? —inquirió Hanradi—. ¿Puede aguantar contra los letherii?

No vio respuesta en los ojos enrojecidos del k’risnan.

No puede… mira, todavía es diminuta… contra esa oleada que no deja de crecer…

Pero… no tiene que ser más grande que eso, ¿verdad? Los envuelve a todos.

—¡Den la señal de avanzar! —gritó—. ¡A paso ligero!

Unos ojos enormes se clavaron en Hanradi, que señaló aquella relumbrante cúpula de poder etéreo.

—¡Como mínimo podemos agazaparnos a su sombra! ¡Y ahora, adelante! ¡Todo el mundo!

Pico, que en otro tiempo había poseído otro nombre, un nombre más aburrido, había estado jugando en la tierra esa tarde, en el suelo del viejo granero en el que ya nadie entraba y que estaba muy lejos del resto de los edificios de la hacienda, lo bastante lejos como para que él pudiera imaginar que estaba solo en un mundo abandonado. Un mundo sin problemas.

Jugaba con los trozos desechados de cera que recogía del montón de basura que se dejaba bajo el muro trasero de la casa principal. El calor de sus manos podía cambiar su forma como si fuera magia. Podía moldear rostros con los pedazos y construir familias enteras, como esas familias del pueblo donde los niños y las niñas de su edad trabajaban junto a sus padres y, cuando no trabajaban, jugaban en los bosques, y siempre estaban riendo.

Fue allí donde lo encontró su hermano. Su hermano de la cara triste, tan diferente de las de cera que a él le gustaba hacer. Llegó con un rollo de cuerda y se detuvo justo a la entrada, con sus puertas abiertas y atascadas repletas de malas hierbas.

Pico, que en aquel entonces tenía un nombre más aburrido, vio en el rostro de su hermano una angustia repentina, que entonces se deshizo y una sonrisa leve ocupó su lugar, lo que fue un alivio porque Pico siempre odiaba que su hermano se fuera a alguna otra parte a llorar. Los hermanos mayores jamás deberían hacer eso, y si él fuera el mayor, bueno, jamás haría eso.

Su hermano se aproximó a él y, todavía con una media sonrisa, le habló.

—Necesito que te vayas, pequeño. Coge tus juguetes y vete.

Pico se lo quedó mirando con los ojos muy abiertos. Su hermano nunca le pedía esas cosas. Su hermano siempre había compartido ese granero.

—¿Quieres jugar conmigo?

—Ahora no —respondió su hermano, y Pico vio que le temblaban las manos, lo que significaba que había habido problemas en la hacienda. Problemas con madre.

—Jugar hará que te sientas mejor —dijo Pico.

—Lo sé. Pero ahora no.

—¿Más tarde? —Pico empezó a recoger a sus aldeanos de cera.

—Veremos.

Había decisiones que no parecían decisiones. Y algunas elecciones podían encajar sin más cuando nadie miraba, y así era como eran las cosas en la niñez, igual que eran para los adultos. Con los aldeanos de cera acunados en los brazos, Pico echó a andar, salió y se internó en la luz del sol. Los días de verano eran siempre maravillosos, el sol calentaba lo suficiente para hacer que los aldeanos lloraran de alegría, una vez que los puso en fila en la antigua piedra fronteriza que ya no significaba nada.

La piedra estaba a unos dieciocho de los pequeños pasos de Pico, derrumbada en una esquina de la pista que después giraba y se hundía hacia el puente y el arroyo donde vivían unos pececillos, hasta que se secaba y entonces morían, porque los pececillos solo podían respirar en el agua. Acababa de poner sus juguetes en el suelo, en fila, cuando decidió que tenía que preguntarle una cosa a su hermano.

Decisiones y elecciones, encajando.

¿Qué era lo que había querido preguntar? No había recuerdo de eso. El recuerdo de eso había desaparecido, fundido en la nada. Era un día de mucho calor.

Al llegar a la entrada vio que su hermano, que había estado sentado con las piernas colgando por el borde del

altillo, se deslizaba para dejarse caer al suelo. Solo que no cayó del todo. La cuerda que tenía alrededor del cuello lo detuvo en seco.

Y entonces, con la cara oscureciéndose, los ojos abultándose y la lengua saliéndose, su hermano bailó en el aire, dando patadas entre los haces de luz polvorienta.

Pico corrió hacia él, el juego que su hermano había estado jugando con la cuerda había salido mal y su hermano se estaba ahogando. Envolvió con los brazos las piernas de su hermano, que no dejaban de patalear, e intentó con todo su poder sostenerlo.

Y allí se quedó, y quizá estaba gritando, pero quizá no, porque ése era un lugar abandonado, demasiado lejos de alguien que pudiera ayudar.

Su hermano intentó apartarlo a patadas. Los puños de su hermano aporrearon la coronilla de Pico con la fuerza suficiente para hacerle daño, pero no mucho porque aquellas manos apenas podían alcanzarlo, bajo como era al ser todavía más joven que su hermano. Así que él siguió aguantando.

Un fuego despertó en los músculos de sus brazos. En los hombros. En el cuello. Las piernas le temblaban porque tenía que ponerse de puntillas; si intentaba bajar los brazos y ponerlos por debajo de las rodillas de su hermano, éste se limitaba a doblar esas rodillas y empezaba a ahogarse otra vez.

Fuego por todas partes, fuego que atravesaba todo el cuerpo de Pico.

Le fallaban las piernas. Le fallaban los brazos. Y a medida que le fallaban, su hermano se asfixiaba. Corrió el pis y a Pico le ardió contra las muñecas y la cara. El aire se impregnó de repente de olores peores y su hermano nunca hacía cosas así, todo ese desastre, el terrible error con la cuerda.

Pico no podía seguir aguantando, y ése era el problema de ser un hermano pequeño, de ser lo que era. Y las patadas al fin se detuvieron, los músculos de las piernas de su hermano se ablandaron, se soltaron. Las puntas de dos dedos de una de las manos de su hermano rozaron con suavidad el pelo de Pico, pero solo se movieron cuando se movió el propio Pico, así que esos dedos estaban tan quietos como las piernas.

Menos mal que su hermano ya no estaba luchando. Debía de haberse aflojado la cuerda del cuello y ya solo estaba descansando. Y menos mal porque Pico estaba de rodillas, envolviendo con los brazos, con fuerza, los pies de su hermano.

Y allí se quedó.

Hasta que, tres campanadas después del atardecer, uno de los mozos de cuadra de la partida de búsqueda entró en el granero con un farol.

Para entonces el calor del sol vespertino había deshecho a todos sus aldeanos, había vencido sus rostros en expresiones de dolor y Pico no regresó a recogerlos, no les volvió a dar forma con caras más bonitas. Esos trozos permanecieron en la piedra fronteriza que ya no significaba nada, hundiéndose en el sol de día tras día.

Después de ese último día con su hermano, hubo problemas en abundancia en la casa. Pero no duró mucho tiempo, en absoluto.

No sabía por qué estaba pensando en su hermano mientras prendía cada vela de su interior para darle más luz al mundo y salvar a todos sus amigos. Y antes de mucho tiempo ya no percibía a nadie más, solo las manchas desdibujadas en las que se habían convertido. La capitán, el puño, todos los soldados que eran sus amigos, dejó que su luz se desplegara para abrazarlos a todos, para mantenerlos

a salvo de esa magia aterradora, oscura, tan impaciente por abalanzarse sobre ellos.

Se había hecho demasiado poderosa para que esos siete magos pudieran contenerla. Habían creado algo que iba a destruirlos, pero Pico no podía dejar que hiciera daño a sus amigos. Así que logró que su luz ardiera con más fuerza todavía. La convirtió en una cosa sólida. ¿Sería suficiente? No lo sabía, pero tenía que serlo, pues sin amigos no había nada, nadie.

Más brillante, más caliente, tan caliente que la cera de las velas estalló en nubes de gotas que llamearon con el mismo brillo del sol, una tras otra. Y cuando se encendió cada vela de colores, vaya, se hizo el blanco.

Y todavía más, porque a medida que cada una se unía al torrente que emanaba de él, sintió en sí mismo que algo se limpiaba, que se restregaba, lo que los sacerdotes llamaban «purificación», solo que en realidad ellos no sabían nada de la purificación porque no tenía nada que ver con ofrendas de sangre o dineros, ni nada que ver con matarte de hambre y azotarte la espalda o entonar cánticos incesantes hasta que se entumece el cerebro. Nada parecido a nada de eso. La purificación, comprendió Pico, era definitiva.

Todo refulgía, como si lo iluminaran unos fuegos por dentro. Los rastrojos en otro tiempo negros de los cultivos cobraron de nuevo vida, una vida fiera que llameó. Las piedras brillaban como gemas. La incandescencia bramaba por todas partes. Violín vio a sus soldados y pudo ver a través de ellos, en destellos pulsátiles, hasta los huesos, los órganos acurrucados en sus jaulas. Vio, en un costado entero de Koryk, viejas fracturas en las costillas, el brazo izquierdo, la clavícula, la cadera. Vio tres muescas del tamaño de nudillos en el cráneo de Sepia, bajo el yelmo en ese momento

traslúcido, una colleja que se había llevado cuando todavía era un bebé vulnerable de huesos blandos. Vio el daño entre las piernas de Sonrisas de todas las veces que se había atacado sin piedad ella misma. Vio en Corabb Bhilan Thenu'alas la sangre que corría y contenía el poder para destruir cada cáncer que lo golpeara, y era un hombre bajo el asedio de esa enfermedad, pero nunca lo mataría. Ni siquiera lo haría enfermar.

Vio en Botella oleadas chispeantes de poder puro, una refulgencia desprovista de todo control, pero que llegaría. *Llegará*.

El cabo Chapapote se agazapó en el agujero que había cavado, y la luz que emanaba de él parecía sólida como el hierro.

Entre los otros vio más de lo que cualquier mortal querría ver, pero no pudo cerrar los ojos, no pudo apartar la vista.

Gesler y Tormenta estaban iluminados por un fuego dorado. Hasta la barba y el pelo de Tormenta (todo oro hilado) eran una belleza brutal que le caía en cascada alrededor de la cara, y el maldito idiota se estaba riendo.

El mundo que había más allá se había desvanecido tras un muro curvo, opaco, de fuego plateado. Formas vagas al otro lado, sí, había visto aproximarse a los tiste edur en busca de algún tipo de refugio.

Violín se encontró de pie, delante de ese muro, y echó a andar. *Porque algunas cosas importan más que otras*. Se metió en ese fuego plateado, sintió que le atravesaba como una lanza el cuerpo entero, ni caliente ni frío, ni dolor ni alegría.

Se tambaleó de repente, parpadeando, y ni a quince pasos de él se agazapaban cientos de tiste edur. Esperando la muerte.

Hanradi se arrodilló con la mirada clavada en el cielo, la mitad del cual se había desvanecido tras un muro ennegrecido de locura retorcida. La cima había comenzado a venirse abajo.

Un movimiento repentino lo hizo bajar los ojos.

Y vio a un malazano transformado en ese momento en una aparición blanca, la barba, el pelo. Los huesos de dedos que le colgaban eran objetos pulidos, luminosos, al igual que la armadura, las armas. Restregado, pulido, hasta el cuero de las correas parecía nuevo, flexible.

El malazano recibió su mirada con los ojos plateados, alzó una mano perfecta y les hizo un gesto para que se acercaran.

Hanradi se levantó y arrojó su espada a un lado.

Sus guerreros lo vieron. E hicieron lo mismo, y cuando todos se adelantaron, la cúpula de fuego plateado se precipitó de inmediato hacia ellos.

Un chillido penetrante, Hanradi se giró y vio que su último k’risnan estallaba en llamas, un único instante cegador y el desventurado hechicero se convirtió en simple ceniza que se posó en el suelo…

Pico estaba contento de salvarlos. Había comprendido a ese viejo sargento. El mago retorcido, por desgracia, no podía abrazar semejante purificación. Demasiado de su alma se había rendido. Los otros, oh, estaban heridos, llenos de una amargura que él tenía que barrer, así que lo hizo.

Ya no había nada difícil. Nada…

En ese momento descendió la oleada de magia letherii.

El comandante letherii no podía ver el campo de muerte, de hecho no podía ver nada salvo ese muro que giraba y retoñaba, esa hechicería impaciente. Su ansia cruel se derramaba en nubes que siseaban.

Cuando se adelantó con una palpitación, toda ilusión de control se desvaneció.

El comandante, con Sirryn Kanar acobardado junto a él, vio a sus siete magos arrancados del suelo, arrastrados por el aire tras la estela de ese muro que se lanzaba a la carga. Chillando, agitando los brazos, vetas de sangre que azotaba el viento cuando se hicieron pedazos momentos antes de desvanecerse en la tormenta oscura.

La hechicería dio un bandazo y se abalanzó en picado sobre el campo de la muerte.

Detonación.

Los soldados cayeron al suelo. Los caballos fueron arrojados de lado, los jinetes se precipitaron al suelo o quedaron atrapados cuando las aterradas bestias rodaron sobre sí mismas. El risco entero pareció ondularse y corcovear, un desplome repentino tiró a soldados por el borde y los enterró en corrimientos de tierra que se precipitaron hacia el campo inferior. Las bocas se abrían, se desataban chillidos en aparente silencio, el horror en tantos ojos…

La oleada derrumbada voló en pedazos…

A Pico lo empujó el peso inmenso, el ansia horrible. Pero se negó a retroceder. En su lugar, dejó que el fuego de su interior arremetiera, devorara cada vela y lo prendiera todo.

Sus amigos, sí, los únicos que había conocido jamás.

La supervivencia, comprendió, solo se podía encontrar a través de la pureza. Del amor que sentía por todos ellos, cuántos de ellos le habían sonreído, habían reído con él. Las manos que le daban palmadas en la espalda e incluso, de vez en cuando, le revolvían el pelo.

Le hubiera gustado ver a la capitán una última vez, y quizá hasta besarla. En la mejilla, aunque por supuesto a él le hubiera gustado algo mucho más… valiente. Pero era Pico, después de todo, y no podía enfrentarse a las cosas más que de una en una.

Se envolvió el cuerpo con los brazos, con fuerza, incluso mientras el fuego empezaba a quemarle los músculos de los brazos. Los hombros y el cuello. Las piernas.

Pero él podía aguantar en esa ocasión, hasta que lo encontraran.

Esos fuegos quemaban tanto, ardían, pero no había dolor. El dolor se había restregado, se había limpiado. Oh, el peso era inmenso, cada vez más denso, pero no pensaba soltarlo. Ni a uno solo de sus hermanos y hermanas, aquéllos a los que tanto amaba.

Mis amigos.

La hechicería letherii se partió, estalló en nubes de fuego blanco que se precipitaron en espiral hacia el cielo antes de desvanecerse. Unos fragmentos se estrellaron a ambos lados de la cúpula incandescente, desgarraron lo más profundo, la tierra convertida en nubes negras que vomitaban. Y, por todas partes, murió.

El comandante se puso en pie como pudo y se quedó mirando sin comprender la escena en el campo de la muerte.

A ambos lados, sus soldados se levantaban tambaleándose. Aparecieron mensajeros, uno casi chocó con

él cuando esquivó a un Sirryn Kanar todavía arrodillado; era una mujer que intentaba decirle algo. Señalaba al sur.

—¡… desembarcando! ¡Otro ejército malazano, señor! ¡Miles más! ¡En el río!

El veterano comandante miró con el ceño fruncido a la mujer, cuyo rostro estaba manchado de tierra y en cuyos ojos había una mirada quebradiza de pánico.

Volvió a mirar el campo de la muerte. La cúpula parpadeaba, moría. Pero había aguantado. El tiempo suficiente, había aguantado.

—Informe a mis oficiales —le dijo a la mensajera—. Que se preparen para dar media vuelta y marchar rápido hacia el río, ¿a qué distancia? ¿Ya han conseguido instalar una cabeza de playa?

—Si marchamos directamente hacia el río, señor, nos los encontraremos. Y sí, como decía, han desembarcado. Hay grandes barcos de guerra en el río, ¡decenas de ellos! Y…

—¡Váyase, maldita sea! ¡A mis oficiales!

Sirryn por fin se había levantado y se volvió hacia su comandante.

—Pero… señor… ¡estos de aquí abajo!

—¡Déjeselos a los puñeteros edur, Sirryn! ¡Usted los quería derrotados y conseguirá su deseo! ¡Nosotros debemos encontrarnos con la fuerza más grande y debemos hacerlo de forma inmediata!

Espada y escudo, al fin, una batalla en la que un soldado podía morir con honor.

A la capitán Faradan Sort, como a tantos otros soldados relativamente cerca de donde se había sentado Pico, la había clavado en el suelo la ferocidad de su magia. Le costó recuperarse y cuando el fulgor plateado palpitó en una muerte intermitente, vio… blanco.

Armaduras y armas relucientes. Cabello blanco como la nieve, rostros desprovistos de todas sus cicatrices. Figuras que se levantaban medio aturdidas, alzándose como invocaciones perfectas de los brotes verdes y brillantes de una especie de hierba que, en ese momento, lo enredaba todo y parecía estar creciendo delante de sus ojos.

Y al volverse, miró a Pico.

Para arder, el fuego necesita combustible.

Para salvarlos a todos, Pico había utilizado todo el combustible de su interior.

Horrorizada, Faradan Sort se encontró con los ojos clavados en un revoltijo derrumbado de cenizas y huesos carbonizados. Pero no, había un patrón en aquello, una configuración, si al menos pudiera concentrarse entre las lágrimas. Oh. Los huesos de los brazos parecían estar abrazando las rodillas, el cráneo desplomado se apoyaba en ellas.

Como un niño escondido en un armario, un niño que intentara hacerse más pequeño, muy pequeño…

Pico. Dioses del inframundo… Pico.

—¿Planean regresar a sus armas? —le preguntó Violín al caudillo edur—. Es decir, si quieren empezar otra vez, nosotros estamos dispuestos.

Pero el viejo guerrero sacudió la cabeza.

—Hemos terminado con el imperio. —Y añadió—: Si nos permitieran ustedes irnos.

—Se me ocurren unos cuantos de nosotros que optarían más bien por matarlos a todos, ahora mismo.

Un asentimiento.

—Pero —dijo entonces Violín, sus soldados se reunían tras él, todos con los ojos puestos en los tiste edur, que los

mirabamos a su vez— no estamos aquí para llevar a cabo un genocidio. ¿Dejarían a su emperador indefenso?

El caudillo señaló al norte.

—Nuestros pueblos se encuentran muy lejos de aquí. Allí quedan pocos y sufren por nuestra ausencia. Quiero llevar a mis guerreros a casa, malazano. Para reconstruir. Para aguardar el regreso de nuestras familias.

—Vayan, entonces.

El anciano tiste edur se inclinó.

—Ojalá pudiéramos… —dijo después—… retirar… todo lo que hemos hecho.

—Dígame una cosa. A su emperador… ¿se le puede matar?

—No.

No se añadió nada más. Violín se quedó observando cuando los edur emprendieron la marcha.

Detrás, un gruñido de Koryk, que después se dirigió a él.

—Estaba seguro, joder, de que íbamos a luchar hoy.

—Violín, el ejército letherii ha emprendido la marcha y se va —dijo Gesler.

—La consejera —dijo Violín con un asentimiento—. Los machacará ella.

—Lo que digo —continuó Gesler— es que el camino a Letheras… está libre de obstáculos. ¿Vamos a dejar que la consejera y todos esos simpáticos soldaditos suyos lleguen allí antes que nosotros?

—Buena pregunta —dijo Violín, que al fin se dio la vuelta—. Vamos a preguntarle al puño, ¿quieres?

—Sí, y quizá podamos averiguar también por qué seguimos vivos todavía.

—Sí, y blancos, además.

Gesler se quitó de un tirón el yelmo y le sonrió a Violín.

—Habla por ti, Viol.

Cabello de oro hilado.

—Que el Embozado me lleve —murmuró Violín—, es lo más aborrecible que he visto jamás.

Otra mano amiga que ayudó a levantarse a Pico. Miró a su alrededor. No había mucho que ver. Arena blanca, una puerta de mármol blanco más adelante, dentro de la cual se arremolinaba una luz plateada.

La mano que le aferraba el brazo era esquelética, la piel de un extraño tono verde. La figura, muy alta, iba encapuchada y vestía harapos negros. Parecía estar estudiando la puerta.

—¿Es ahí donde se supone que tengo que ir ahora? —preguntó Pico.

—Sí.

—De acuerdo. ¿Tú vienes conmigo?

—No.

—De acuerdo. Bueno, ¿me sueltas el brazo, entonces?

La mano se desprendió.

—No es común —dijo entonces la figura.

—¿Qué?

—Que atienda… las llegadas. En persona.

—Me llamo Pico.

—Sí.

—¿Qué hay por ahí?

—Tu hermano te espera, Pico. Lleva mucho tiempo esperando.

Pico sonrió y se adelantó, todo a la vez, con mucha prisa, la luz plateada del interior de la puerta era hermosa, le recordaba algo.

La voz del desconocido hizo que se girara.

—Pico.

—¿Sí?

—Tu hermano. No te conocerá. Todavía. ¿Entiendes?

Pico asintió.

—¿Por qué no vienes conmigo?

—Elijo esperar… por otro.

—Mi hermano —dijo Pico, su sonrisa se ensanchó—. Ahora soy más alto. Más fuerte. Puedo salvarlo, ¿verdad?

Una larga pausa.

—Sí, Pico, puedes salvarlo —dijo entonces la figura.

Sí, eso tenía sentido. Echó a andar otra vez con zancadas seguras hacia la puerta. Entró en el fulgor plateado y salió a un claro junto a un arroyo que corría sin prisas. Y arrodillado cerca de la orilla, su hermano. Igual que él lo recordaba. En el suelo, por todos lados, había cientos de figuritas de cera. Caras sonrientes, un pueblo entero, quizá una pequeña ciudad completa.

Pico se acercó a su hermano.

—He hecho todos éstos para él —dijo el niño, demasiado tímido para alzar la vista.

—Son muy bonitos —contestó Pico y sintió que las lágrimas le corrían por la cara, cosa que lo avergonzó, así que se las limpió. Después preguntó—: ¿Puedo jugar contigo?

Su hermano dudó mientras miraba todas las figuras, y asintió.

—Vale.

Así que Pico se arrodilló junto a su hermano.

Mientras, al otro lado de la puerta, el dios Embozado continuaba inmóvil.

Esperando.

Un tercer ejército se alzó del lecho marino para conquistar a los otros. Un ejército de barro contra el que ningún escudo podía defenderse, al que ninguna espada podía atravesar en lo más vivo. Las preciadas islas de lona eran revoltijos

arrugados que enredaban los pies y envolvían las piernas, o se hundían por completo bajo sedimentos espesos. Soldado manchado de gris luchaba contra guerrero manchado de gris, enzarzados en la desesperación, la rabia y el terror.

La masa furiosa se había convertido en una entidad, una bestia caótica que se retorcía y se enterraba en el barro, y de ella se alzaba el estruendo ensordecedor del metal al chocar y las voces que brotaban entre el dolor y la muerte.

Soldados y guerreros cayeron, se hundieron entre gris y rojo, donde pronto se fundieron con el suelo. Los muros de escudos no podían resistir, los avances eran devorados; la batalla se había convertido en un combate de individuos hundidos hasta las rodillas, agitándose entre la multitud.

La bestia palpitaba de un lado a otro, se consumía en su propia locura y, en ambos bandos, aquellos que estaban al mando enviaban todavía más al torbellino.

La cuña de la infantería pesada letherii debería haber barrido a los leznas, pero el peso de su armadura se convirtió en una maldición, los soldados no podían moverse con la suficiente rapidez para explotar las brechas enemigas y tardaban mucho en apuntalar las propias. Los combatientes se quedaban atascados y se encontraban de repente separados de sus camaradas; los leznas los cercaban entonces, rodeaban al soldado, lanzaban tajos y acuchillaban hasta que el letherii caía. Allí donde los letherii podían concentrarse en gran número (de tres a treinta), provocaban el caos y mataban a decenas de sus menos disciplinados enemigos. Pero siempre, antes de mucho tiempo, el barro los alcanzaba y separaba las unidades.

Por el borde occidental, durante un tiempo, aparecieron los k’chain che’malle a gran velocidad por el flanco y desataron una matanza atroz.

Bivatt envió arqueros y escaramuzadores empuñando lanzas y, con grandes pérdidas, consiguieron repeler a los

dos demonios, tachonados de flechas y la hembra cojeando a causa de una lanza que le habían hundido en el muslo izquierdo. La atri-preda habría entonces despachado a su caballería rosazul para perseguir a las criaturas, pero la había perdido en algún lugar del nordeste, donde todavía acosaba a los pocos supervivientes de la caballería lezna. En cualquier caso, los kechra continuaban en el lecho marino, salpicando de barro con cada alargada zancada, dando un rodeo hacia el lado oriental de los ejércitos enzarzados.

Y si atacaran allí, a la atri-preda le quedaban pocos soldados para responder: solo doscientos escaramuzadores que, sin la protección de los arqueros, poco más podían hacer que proporcionar un modesto muro de lanzas que apenas protegía un cuarto del flanco letherii.

Sentada sobre su inquieto caballo en la elevación de la antigua orilla, Bivatt maldijo en el nombre de cada dios que se le ocurrió. ¡Esos malditos kechra! ¿De veras eran imposibles de matar? *¡No, mira ése, está herido! Las lanzas pesadas pueden hacerles daño… Que el Errante me lleve, ¿tengo alternativa?*

Llamó con un gesto a uno de los mensajeros que le quedaban.

—Que el finadd Treval encabece a sus escaramuzadores al flanco oriental —ordenó—. Línea defensiva por si los demonios regresan.

El mensajero salió disparado.

Bivatt posó la mirada una vez más en la batalla. *Al menos no hay polvo que oculte las cosas*. Y la evidencia quedaba patente. Los letherii estaban haciendo retroceder a los leznas, alas que avanzaban poco a poco, por fin, y formaban unos cuernos que rodeaban al enemigo. La lucha no había perdido nada de su ferocidad; de hecho, los leznas de los bordes exteriores parecían estar redoblando sus esfuerzos

desesperados al reconocer lo que estaba pasando. Al reconocer… *el principio del fin*.

No veía a Mascararroja. Sus guardaespaldas y él habían dejado la plataforma central media campanada atrás y se habían precipitado a la batalla para llenar una brecha.

El muy idiota había renunciado a supervisar la batalla, había cedido el mando. Sus ayudantes no llevaban estandarte alrededor del que pudieran concentrarse sus guerreros. Si Mascararroja no estaba ya muerto, estaría cubierto de barro como todos los demás, irreconocible, inútil.

Bivatt ansiaba sentirse jubilosa, triunfante. Pero era consciente de que había perdido un tercio (quizá más) de todo su ejército.

Porque los leznas no querían aceptar la verdad. Por supuesto no podían rendirse (ese día era para la aniquilación), pero los muy idiotas ni siquiera huían, cuando era obvio que podrían, solo tenían que permanecer en el lecho marino para evitar que los persiguiera la caballería, podían dejar atrás con facilidad a los enemigos que iban a pie, más pesados que ellos. Podrían huir, malditos fueran, con la esperanza de luchar otro día más.

En su lugar, los malnacidos plantaban batalla, luchaban, mataban y después morían.

Incluso las mujeres y los ancianos se habían unido y añadían su carne desgarrada y la sangre que derramaban al cenagal revuelto.

¡Dioses, cómo los odiaba!

Brohl Handar, supervisor de la provincia de Drene, sintió el sabor de la sangre de la mujer en la boca y, con una oleada de placer, se la tragó. La mujer se había vertido sobre él cuando éste se había inclinado hacia delante para atravesar el estómago femenino con toda la espada. Se había vertido

sobre su rostro, un torrente espeso y caliente. Brohl tironeó de su arma para liberarla mientras ella se derrumbaba en el suelo. Dio media vuelta y buscó otra víctima más.

Sus guerreros se encontraban por todos lados, pero pocos se movían ya, aparte de intentar recuperar el aliento. La matanza de los desarzonados y los heridos había parecido febril, como si todos los tiste edur arapay hubieran cargado contra la misma pesadilla, y sin embargo había habido tal alegría en esa masacre de leznas que su ausencia repentina llenaba el aire de una conmoción pesada, hinchada.

Eso, comprendió Brohl Handar, no se parecía en nada a matar focas en las costas de su tierra natal. La necesidad reportaba una multitud de sabores, algunos amargos, otros de una dulzura insoportable. Todavía podía saborear la sangre de la mujer, como miel recubriéndole la garganta.

Padre Sombra, ¿me he vuelto loco?

Se quedó mirando a su alrededor. Leznas muertos, caballos muertos. Guerreros edur con las armas resbaladizas y chorreando. Y ya había cuervos bajando a alimentarse.

—¿Está herido, supervisor?

Brohl se limpió la sangre de la cara y sacudió la cabeza.

—A formar. Marchamos ahora a la batalla, a matar algunos más. A matarlos a todos.

—¡Sí, señor!

Masarch se abrió paso a tropezones, medio cegado por el barro. ¿Dónde estaba Mascararroja? ¿Había caído? No había forma de saberlo. Aferrándose el costado, donde la punta de una espada le había atravesado la armadura de cuero y la sangre caliente se colaba entre sus dedos, el joven guerrero renfayar luchó entre el barro para llegar a la plataforma, pero el enemigo ya casi estaba sobre ella por el flanco oriental y sobre ésta ya no quedaba nadie.

No importaba.

Todo lo que deseaba en ese momento era arrancarse de ese barro, trepar a esas tablas de madera. Demasiados de sus camaradas se habían desvanecido en los empapados sedimentos pegajosos, lo que suscitaba en su mente horripilantes recuerdos de ser enterrado vivo (su noche de la muerte), cuando la locura se había metido en su cerebro. No, no iba a caer, no iba a hundirse, no iba a ahogarse con la negrura llenándole los ojos y la boca.

La incredulidad lo atravesaba como una daga. Mascararroja, su gran líder, que había regresado, que les había prometido el triunfo (el fin de los invasores letherii), había fallado a los leznas. *Y ahora morimos. Nuestro pueblo. Estas llanuras, esta tierra, entregarán hasta los ecos de nuestras vidas. Desaparecidos, para siempre jamás*.

No podía aceptarlo.

Y sin embargo es la verdad.

Mascararroja, nos has asesinado.

Alcanzó el borde de la plataforma y estiró la mano libre, la que debería estar sosteniendo un arma, ¿dónde la había dejado?

Un chillido bestial tras él y Masarch se volvió a medias, a tiempo de ver la cara retorcida, gris, agrietada bajo el yelmo, el blanco de los ojos que lo miraban con fijeza desde unas densas escamas de barro.

El fuego estalló en el pecho de Masarch y sintió que algo lo alzaba en equilibrio sobre la empuñadura de una hoja y su chorro deslizante de hierro fundido, arrojado de espaldas (sobre las tablas de la plataforma) y el letherii se estaba aupando tras él, se quitaba a patadas el barro de las botas, todavía empujando con la espada corta, aunque no podía hundirse más, la espada estaba atascada, había atravesado por completo la espalda de Masarch y se había enterrado a fondo en la madera. De rodillas, a horcajadas sobre el

renfayar, el letherii, enseñando los dientes manchados, se quedó mirando los ojos de Masarch, y empezó a tironear de su espada.

Estaba hablando, comprendió el lezna, palabras repetidas una y otra vez en esa grosera lengua letherii. Masarch frunció el ceño, necesitaba entender lo que estaba diciendo el hombre mientras lo mataba.

Pero el mundo se estaba desvaneciendo, demasiado rápido…

No, te oigo, soldado, sí. Te oigo y sí, lo sé…

El letherii observó cómo la vida abandonaba los jóvenes ojos del cabrón lezna. Y aunque el letherii enseñaba los dientes como si sonriera, aunque sus ojos estaban muy abiertos y brillaban, las palabras que surgían de él repetían su letanía:

—Mantenme con vida, por favor, mantenme con vida, por favor, mantenme con vida…

A setenta pasos de distancia, Mascararroja se subió a lomos de su caballo (uno de los pocos que quedaban) y tironeó de las riendas para darle la vuelta a la bestia. Había perdido el látigo, pero el hacha con forma de medialuna permanecía en sus manos, manchada de sangre y entrañas, los bordes llenos de muescas.

Dioses, había matado a tantos, tantos, y había más, muchos más. Lo sabía, lo sentía, lo ansiaba. Los talones aporrearon los flancos del caballo que, al abalanzarse, levantó barro con los cascos. Era una locura montar en ese terreno, pero no había alternativa.

Miles de letherii asesinados, más todavía que masacrar. La propia Bivatt, sí; cabalgó hacia el lado oriental de la masa hirviente, por fuera del cuerno que los iba rodeando, ah, eso

no duraría, sus guerreros se abrirían paso. Harían pedazos a esos cabrones y sus endebles filas.

Mascararroja, una vez que terminase con Bivatt, regresaría a esa matanza, y sí, ahí estaban sus k'chain che'malle, atronando el mundo para reunirse con él. Los tres, juntos, acuchillando como una enorme espada los flancos letherii. Una y otra vez, matando a cuantos se ponían a su alcance.

Sag'Churok se acercó por su derecha, mira cómo se alzan esos enormes brazos-espadas, preparándose para atacar. Y Gunth Mach, que se metía por su flanco interno y se colocaba entre Mascararroja y la fila de escaramuzadores que empujaban, armados con sus patéticas lanzas; Gunth Mach estaba cojeando, pero la lanza se había desprendido sola, o quizá la criatura se la había quitado con el movimiento. Esas bestias no sentían el dolor.

Y ya casi estaban con él, allí, una vez más, pues lo habían elegido a él.

¡Victoria en este día! ¡Victoria!

Sag'Churok se acercó algo más y se adaptó al paso del caballo de Mascararroja, éste lo vio girar la cabeza para mirarlo. Esos ojos, tan fríos, con un vacío tan atroz…

La espada arremetió, un contorno desdibujado que alcanzó al caballo por delante, en el cuello, justo encima de las clavículas. Un golpe tan salvaje y fuerte que lo atravesó de parte a parte y crujió con estrépito contra el borde de madera de la silla alta. Un golpe que lanzó a Mascararroja hacia atrás, por encima de la grupa del animal, mientras el caballo decapitado corría otra media docena de zancadas antes de vacilar hacia un lado y derrumbarse.

El jinete chocó contra el suelo embarrado con un hombro, se deslizó y rodó hasta detenerse; se levantó al momento, erguido, pero Sag'Churok le lanzó una estocada con la segunda hoja y lo alcanzó por encima de las rodillas. Brotó

una fuente de sangre cuando se derrumbó de espaldas, se encontró clavando los ojos en las piernas amputadas, todavía de pie en el barro.

Gunth Mach se cernió sobre él, las garras de un pie trasero se hundieron alrededor del pecho de Mascararroja y perforaron la carne. Las costillas se aplastaron en ese abrazo, izó al hombre y lo arrojó por los aires, donde se cruzó en el camino de una de las espadas de Sag'Churok. La hoja le atravesó el hombro derecho y mandó el brazo dando vueltas, todavía aferrado al hacha de media luna.

Mascararroja cayó con un golpe seco en el suelo otra vez, ya muerto.

A trescientos pasos al este, Toc Anaster se aupó en los estribos sin hacer caso de los chillidos de horror de Torrente y observó que los dos k'chain che'malle se acercaban sin ruido una vez más hacia lo que quedaba de Mascararroja. La hembra le dio una patada al cuerpo y lo empujó un poco antes de retroceder.

Un momento después las dos criaturas se alejaban con pasos firmes, rumbo al nordeste, las cabezas estiradas y las colas horizontales y rígidas como lanzas tras ellos.

—Les falló —susurró Toc. ¿Qué otra razón podía haber? Quizá muchas razones. Solo Mascararroja podía haber respondido a todos los misterios que rodeaban a los k'chain che'malle. Su presencia allí, su alianza… una alianza a la que se había puesto fin. *Porque él falló*.

Lo repentino de la ejecución permanecía en su interior, reverberando, una conmoción.

Más allá, los últimos de los leznas (no más de unos cientos ya) estaban rodeados y morían en su cementerio de barro.

Una veintena de escaramuzadores habían salido y se iban acercando, habían visto ese último resto. Toc Anaster sobre su caballo. Torrente. Veintitantos niños considerados demasiado pequeños para morir con un arma en la mano, pero iban a morir de todos modos.

Sin hacer caso todavía de los gritos de angustia de Torrente, Toc se giró en su silla, en su mente la idea de matar a esos niños con sus propias manos (estocadas rápidas, tapándoles los ojos con las manos). Pero en lugar de eso vio, al sudeste, una extraña línea que hervía, ¿bhederin?

No. Eso es un ejército.

Con el único ojo guiñado observó que la línea se acercaba, sí, iban hacia ellos. *No son letherii, no veo estandartes, no hay nada. No, no son letherii*.

Toc volvió la vista y les echó un vistazo a los escaramuzadores que en ese momento iban hacia ellos a la carrera. Todavía a cien pasos de distancia.

Una última mirada al suelo, a los niños acurrucados que lloraban o habían enmudecido, y desató de su silla la cartera de cuero que contenía sus poemas.

—¡Torrente! —exclamó mientras le lanzaba la bolsa al guerrero, que la cogió al vuelo, el rostro moteado de ronchas manchado de barro y lágrimas, los ojos muy abiertos y sin comprender.

Toc señaló la línea lejana.

—¿Ves? Un ejército, no son letherii. ¿No había llegado recado de los bolkandos y sus aliados? ¡Torrente, escúchame, maldito seas! Eres el último, tú y esos niños. Llévatelos, Torrente, llévatelos y si a tu pueblo os queda un solo espíritu guardián, entonces éste no tiene que ser el último día de los leznas. ¿Lo entiendes?

—Pero…

—Torrente… ¡vete de una vez, maldito seas! —Toc Anaster, el último de las Espadas Grises de Elingarth, un

mezla, sacó su arco y colocó la primera flecha con punta de piedra en la cuerda de tripa—. Puedo darte algo de tiempo, ¡pero tienes que irte ya!

Enrolló las riendas alrededor del cuerno de la silla, hizo presión con las rodillas, se inclinó hacia delante y emprendió la marcha… hacia los escaramuzadores letherii.

El barro salió volando cuando el caballo se estiró para emprender el galope. *Por el aliento del Embozado, esto no será fácil*.

A cincuenta pasos de los soldados de infantería, se alzó sobre los estribos y empezó a disparar flechas.

El lecho marino por el que Torrente guió a los niños era una ladera suave, prolongada, que subía hasta donde se encontraba ese ejército, la masa de figuras oscuras que se iba acercando. Sin estandartes, nada que revelara quiénes eran, aunque vio que no marchaban en filas ordenadas. Una simple masa, como podrían marchar los leznas, o los ak'ryn o las tribus de las llanuras D'rhasilhani, al sur.

Si ese ejército pertenecía a una de esas dos tribus rivales, entonces era muy probable que Torrente estuviera llevando a esos niños a la muerte. *Pues que así sea, estamos muertos de todos modos*.

Otros diez pasos trabajosos, después frenó un poco y los niños se reunieron a su alrededor. Con una mano posada en la cabeza de uno de los niños, Torrente se detuvo y se giró.

Toc Anaster se merecía al menos eso. Un testigo. Torrente no creía que quedara valor en ese extraño hombre, pero se había equivocado.

Al caballo no le hacía puñetera gracia. A Toc no le hacía puñetera gracia. Había sido soldado, una vez, pero ya no lo

era. Había sido joven, se había sentido joven, y eso había alimentado los fuegos de su alma. Ni siquiera el fragmento de piedra ardiendo que le había robado su atractivo rostro, por no mencionar un ojo, había sido suficiente para arrancarle la sensación de invulnerabilidad.

Ser prisionero del Dominio había cambiado todo eso. La destrucción repetida infligida a sus huesos y carne, la sanación retorcida que seguía a cada ocasión, la jaula en la que metían su alma hasta que sus propios gritos sonaban a música, todo eso le había arrebatado sus creencias juveniles, se las había llevado tan lejos que hasta la nostalgia no despertaba más que evocaciones de agonía.

Despertar en el cuerpo de otro hombre debería haberle dado todo lo que prometía una nueva vida. Pero por dentro había seguido siendo Toc el Joven. Que una vez había sido soldado, pero ya no lo era.

La vida con las Espadas Grises no había alterado eso. Habían viajado a esa tierra atraídos por los Lobos con regalos de visiones casi imperceptibles, profecías turbias nacidas en sueños confusos: una inmensa conflagración los aguardaba, una batalla en la que se les necesitaría, con desesperación.

Y no, según había resultado, junto a los leznas.

Un error de criterio casi letal. Los aliados equivocados. La guerra que no era.

Toc jamás había confiado en los dioses, en cualquier caso. En ningún dios. De hecho, la lista de aquéllos en los que sí confiaba era de una brevedad patética.

Velajada. Ganoes Paran. Rezongo.

Tool.

Una hechicera, un capitán mediocre, un guardia de caravanas y un puñetero t’lan imass.

Ojalá estuvieran con él en ese momento, cabalgando a su lado.

La carga de su caballo era lenta, hinchada, algo torcida. Encaramado sobre el bulto de las rodillas, apoyado en los hombros de la bestia, Toc disparó flecha tras flecha contra los escaramuzadores, aunque sabía que era inútil. Apenas era capaz de ver, tantas sacudidas recibía sobre la silla, con el barro volando por todos lados en la loca carrera del caballo, que hacía un esfuerzo salvaje por continuar en pie.

Al acercarse oyó gritos. Con las dos únicas flechas que le quedaban se aupó todavía más sobre los estribos y estiró la cuerda del arco…

Sus flechas, descubrió con asombro, no habían fallado. Ni una sola. Ocho escaramuzadores habían caído.

Mandó otro siseo por el aire y vio que alcanzaba a un hombre en la frente, la punta de piedra perforó el bronce y luego el hueso.

La última flecha.

Dioses…

Y de repente estaba entre los letherii. Disparando su última flecha casi a bocajarro contra el pecho de una mujer.

Una lanza le desgarró la pierna izquierda, lo atravesó y abrió una brecha profunda en el flanco de su caballo. La bestia chilló y se abalanzó hacia delante…

Toc tiró el arco, desenvainó la cimitarra, *maldita sea, debería haberme traído un escudo*, y empezó lanzar tajos de un lado a otro para repeler las estocadas de las lanzas.

Su caballo consiguió abrirse camino y habría emprendido la carrera directamente contra las filas letherii, que tenía doscientos pasos más allá, pero Toc sujetó las riendas y dio la vuelta con el animal.

Solo para encontrar alrededor de una docena de escaramuzadores justo detrás de él, persiguiéndolo a pie.

Dos lanzas se clavaron en su montura, una patinó en un omóplato y la otra acuchilló el vientre del animal.

Con un chillido lastimero el caballo se vino abajo y cayó de lado, las patas traseras ya ensuciadas por los intestinos derramados, cada coz frenética arrancaba más, que se soltaban de la cavidad corporal. Toc, con las piernas todavía subidas, consiguió arrojarse de lomos de la bestia y aterrizar sin obstáculos.

Resbaló por el barro y con cierto esfuerzo pudo levantarse.

Una lanza se le clavó en la cadera derecha y lo levantó del cieno antes de tirarlo de espaldas.

Toc lanzó un tajo al asta. Ésta se astilló y la presión que lo inmovilizaba se desvaneció.

A base de cuchilladas a ciegas, Toc logró ponerse en pie de nuevo. La sangre le corría por ambas piernas.

Otro ataque contra él. Pero detuvo la estocada de la lanza, se aproximó con una sacudida e hizo caer la cimitarra sobre un lado del cuello del soldado. Una punta se estrelló contra su espalda y un golpe seco lo lanzó hacia delante. Contra una espada corta que le subió por debajo de las costillas y le partió el corazón en dos.

Toc Anaster cayó de rodillas y, al exhalar su último aliento, habría caído de cara en el barro si no hubiera sido por una mano que lo sujetó y le dio un tirón hacia atrás. El destello de un cuchillo ante su único ojo. Un calor repentino por la línea de la mandíbula…

Torrente estaba observando cuando el escaramuzador letherii rebanó la cara de Toc Anaster. Un trofeo más. Un trabajo rápido y eficiente; después, el soldado apartó a su víctima de un empujón y la herida roja, donde estuvo la cara de Toc, se desplomó contra el barro.

Los niños estaban llorando, sí, comprendió… Se había quedado mirando, esperando, y quizá los había condenado a

todos a los cuchillos letherii. Aunque podían…

Torrente se dio la vuelta…

Y encontró desconocidos delante de él.

No eran ak’rynnai.

No eran d’rhasilhanii.

No, jamás había visto personas como ésas.

Los clanes de los barghastianos Caras Blancas se acercaron a la escena de la batalla, una batalla que se acercaba a su horripilante final. Quién ganaba, quién perdía, no significaba nada para ellos. Ellos iban a matar a todo el mundo.

Doscientos pasos por delante de las confusas líneas estaba su vanguardia, caminaban dentro de un chorro de la senda Tellann, que era muy fuerte en ese lugar, donde bajo los sedimentos de la antigua costa se podían encontrar herramientas de piedra, arpones hechos con cuernas, hueso y marfil y los cascos de canoas excavadas. Y allí fuera, en el antiguo lecho marino, había ofrendas enterradas en lo más profundo de los sedimentos. Piedras pulidas, pares de cuernas entrelazadas, cráneos de animales embadurnados de ocre rojo, un sinfín de regalos a un mar que se iba reduciendo.

Había otras razones para una emanación tan poderosa de Tellann, pero ésas no las conocía más que una de los tres de la vanguardia, y ella siempre había sido muy reservada con sus secretos.

Al salir de la senda, los tres se habían quedado no muy lejos del guerrero lezna y los niños leznas. Habían observado, en silencio, la extraordinaria valentía de ese único guerrero a caballo. Cargar contra más de una veintena de escaramuzadores… la habilidad del caballo para mantenerse en pie había sido excepcional. La pericia del guerrero para guiar a la bestia solo con las piernas, mientras

disparaba flecha tras flecha, a ninguna de las cuales le faltó un objetivo, quitaba el aliento, sencillamente.

Ese guerrero (y su caballo) habían dado sus vidas para salvar a esos últimos leznas, y fue solo eso lo que detuvo (de momento) la mano de Tool, que había sido elegido entre los barghastianos Caras Blancas (tras la trágica muerte de Humbrall Taur en el desembarco) como caudillo, aunque ni siquiera era barghastiano. Sino imass. Que hubiera tomado como compañera a la hija de Taur, Hetan, sin duda había facilitado la ascensión al mando; pero más que eso, todo se había debido al propio Tool.

A su sabiduría. A su voluntad.

A la alegría de vivir que podía arder en sus ojos. Al fuego de la venganza que se podía inflamar en su lugar (que se había inflamado en ese momento), cuando al fin había considerado que había llegado la hora de responder a todo lo que se había hecho.

A lo que les habían hecho a las Espadas Grises.

La respuesta que les debían a los traidores.

La respuesta que les debían a los asesinos.

Si no hubiera sido por ese valiente guerrero y su valiente caballo, Tool habría matado a esos leznas de inmediato. Al joven de la cara moteada. A los niños cubiertos de barro que se acurrucaban a su alrededor. Con toda probabilidad todavía tenía intención de hacerlo.

Hetan lo sabía en el fondo de su corazón; conocía a su marido. Y si hubiera sacado su espada de pedernal, no habría intentado detenerlo.

Los Caras Blancas llevaban escondidos demasiado tiempo. Sus exploraciones por el este hacía ya mucho que les habían dicho todo lo que necesitaban saber sobre el sendero que los aguardaba, sobre el viaje que pronto debían emprender. Había sido la venganza lo que los había

mantenido allí. Eso y la paciencia inmensa, misteriosa, de Tool.

Dentro de las sendas de Tellann, los barghastianos habían observado esa última guerra, el prolongado combate que había comenzado con la concentración de los dos ejércitos a lo lejos, al oeste.

No habían llegado a tiempo para salvar a las Espadas Grises, pero Hetan recordaba bien que ella y su marido se habían topado con el campo de batalla donde había caído la compañía. De hecho, habían presenciado lo que habían hecho los lobos de las llanuras, aquella espantosa extirpación de corazones humanos, ¿un homenaje? No había forma de saberlo, cada animal había huido con su premio en cuanto había podido. La matanza de esos soldados traicionados había sido particularmente brutal, les habían arrancado las caras. Había sido imposible identificar a nadie entre los caídos, y eso había asestado a Tool la herida más profunda de todas. Allí había perdido a un amigo.

La traición.

El asesinato.

No habría, en Tool, sitio para la piedad. No para los leznas. No para el ejército letherii que estaba tan lejos de casa.

Y allí se encontraban, dispuestos a ver caer a los últimos guerreros leznas, a ver cómo sus perros de guerra morían en el barro, a oír los rugidos de triunfo de los letherii mientras los escaramuzadores más cercanos, tras advertir la presencia de las fuerzas barghastianas, se retiraban a toda prisa de regreso a sus filas.

Hetan estudió ese inmenso y revuelto campo de batalla.

—Soy incapaz de distinguirlos —dijo.

Torrente se quedó mirando sin saber qué pensar. Las dos mujeres que flanqueaban al hombre eran, a sus ojos, aterradoras. La que acababa de hablar (en alguna lengua extranjera infernal) era como una aparición en las pesadillas de un adolescente. Peligro y sensualidad, una sed de sangre que a Torrente le quitaba el aliento, y con la pérdida de aliento llegaba también la pérdida de valor. De la propia virilidad.

La otra mujer era morena, baja pero ágil, envuelta en las pieles de una pantera. Y el centelleo negro azulado de la piel de la bestia parecía reflejarse en el fondo de los ojos bajo la frente robusta. Una chamán, una bruja, oh, sí. Una bruja pavorosa.

El hombre era pariente de esa mujer, en los rasgos de ambos había un parecido inconfundible, así como en sus alturas modestas y en el arqueamiento de las piernas. Y por mucho que las mujeres aterraran a Torrente, era la estolidez de la expresión del guerrero lo que helaba el alma del lezna.

La mujer más alta, con el rostro veteado de pintura blanca, posó entonces la mirada en Torrente y se dirigió a él en la lengua de los mercaderes, que habló con acento entrecortado.

—Tú todavía vives. Por el sacrificio del guerrero del caballo. Pero —señaló con la cabeza hacia el salvaje de la espada de pedernal— él continua indeciso. ¿Lo entiendes?

Torrente asintió.

El hombre dijo entonces algo y la mujer del rostro blanco apartó la mirada, los ojos entrecerrándose. Después posó la vista en la cartera que Torrente todavía sostenía, y que le colgaba de una correa de la mano izquierda. La mujer la señaló.

—¿Qué llevas?

El lezna parpadeó, bajó la mirada y la posó en la bolsa de cuero. Se encogió de hombros y la tiró al suelo.

—Garabatos —dijo—. Pintó muchas palabras, como una mujer. Pero no era el cobarde que pensé. No lo era.

—¿Garabatos?

Torrente se dio cuenta que había lágrimas en sus mejillas y se las limpió.

—El guerrero del caballo —dijo—. El mezla.

Hetan vio que la cara de su marido se volvía poco a poco al oír esa palabra, lo vio clavar los ojos en el guerrero lezna y observó que una cascada de verdades comenzaban a apoderarse de la expresión de Tool y terminaban con un terrible chillido, su marido se llevó las manos a la cara y cayó de rodillas.

Y de repente se encontró a su lado, acunándole la cabeza contra el vientre mientras él dejaba escapar otro grito penetrante y se arañaba la cara.

El lezna los miró como si lo invadiera la conmoción.

Los guerreros barghastianos salieron en masa de la línea, los más jóvenes con sus antiguas espadas curvas de un solo filo en la mano, los más amados de Tool, a los que veía como sus propios hijos. Rostros llenos de consternación, de miedo, comenzaron a dirigirse hacia Tool.

Hetan alzó una mano y los detuvo a todos en seco.

Junto a los dos, envolviéndose mejor los hombros con la piel de pantera, Kilava Onass. La hermana de su marido, cuyo corazón albergaba más dolor y pérdidas de lo que Hetan podía comprender, la mujer que podía llorar cada noche como si un ritual se lo exigiera con la puesta de sol. La mujer que se alejaba del campamento para entonar canciones sin palabras dedicadas al cielo de la noche,

canciones que hacían aullar a los ays con voces de duelo y pena.

Esa mujer se colocó a la derecha de su hermano. Pero no estiró una mano, ni siquiera le dedicó a Tool una mirada de comprensión. En su lugar, sus ojos oscuros examinaban el ejército letherii.

—Se preparan para nosotros —dijo—. Los tiste edur se unen a sus filas. La caballería espera a lo largo de la antigua línea de costa. Onos Toolan, estamos perdiendo tiempo. Sabes que debo irme pronto. Muy pronto.

Tool se desprendió del abrazo de Hetan. No dijo nada, se irguió y echó a andar.

Hacia donde había caído su amigo.

El guerrero lezna dio medio paso hacia él.

—¡No! —gritó, y volvió unos ojos suplicantes hacia Hetan —. ¡No debe! El mezla… era un amigo, ¿verdad? ¡Por favor, que no lo haga!

Tool siguió caminando.

—¡Por favor! ¡Le cortaron la cara!

Hetan se estremeció.

—Lo sabe —dijo.

Y cuando Tool al fin se detuvo, miró atrás y se encontró con los ojos de Hetan.

—Mi amor —dijo con voz entrecortada—, no lo entiendo.

Ella solo pudo sacudir la cabeza.

—Lo traicionaron —continuó Tool—. Y sin embargo, mira, en este día cabalgó hacia el enemigo.

—Para salvar las vidas de estos niños —dijo Hetan—. Sí.

—No lo entiendo.

—Me has contado muchas historias, esposo, sobre tu amigo. Sobre Toc el Joven. Sobre el honor en su interior. Y yo te pregunto, ¿cómo podía no hacerlo?

El corazón femenino estuvo a punto de estallar cuando contempló a su amado. Esos imass eran incapaces de ocultar

sus sentimientos. No poseían las máscaras, los disfraces, que eran los amargos dones de otros, incluyendo sus propios barghastianos. Y también carecían de control, de dominio, lo que permitía que el dolor hiriera el alma a una hondura más profunda de lo que Hetan podía imaginar. *Y como con el dolor, también el amor. También la amistad. Y también, por desgracia, la lealtad*.

—Viven —dijo entonces Tool.

Ella asintió.

Su marido se volvió y reanudó su horrendo viaje.

Un bufido de impaciencia de Kilava.

Hetan se acercó a la cartera de cuero que el guerrero lezna había desechado. La recogió y se la colgó de un hombro.

—Kilava —dijo—. Invocahuesos. Ponte al frente de nuestros barghastianos en esta batalla. Yo bajo con mi marido.

—No van…

—No seas absurda. Ya solo el terror garantizará su obediencia. Además, cuanto antes terminen de masacrar, antes partirás tú.

La sonrisa repentina reveló los caninos de una pantera.

Lo que provocó un escalofrío en Hetan. *Gracias a los espíritus que sonríes muy pocas veces, Kilava*.

La atri-preda Bivatt había ordenado a sus fuerzas que se retiraran del lecho marino. Que regresaran a terreno más sólido. Su triunfo de ese día se había avinagrado con el sabor del miedo. Otro puñetero ejército, y estaba claro que pretendían entablar batalla con sus agotadas, magulladas y maltratadas fuerzas. No se había permitido más que unos momentos de rabia silenciosa contra la injusticia antes de

obligarse a asumir de nuevo las responsabilidades del mando.

Lucharían con coraje y honor, aunque a medida que el barbárico enemigo continuaba concentrándose se dio cuenta de que sería inútil. Setenta mil, quizá más. Los que habían desembarcado en la costa norte, pero quizá, también, los aliados que se rumoreaba que tenían los bolkandos. Que habían regresado allí, al norte, pero ¿por qué? ¿Para unirse a los leznas? Pero para eso su ejército principal había llegado demasiado tarde. Bivatt había hecho lo que había salido a hacer, había hecho lo que le habían ordenado hacer. Había exterminado a los leznas.

Setenta mil o doscientos mil. La destrucción de Bivatt y su ejército. Ninguna de las dos cosas importaba a la hora de la verdad. El Imperio de Lether repelería a esos nuevos invasores. Y de no ser posible, los sobornarían para apartarlos de los bolkandos; incluso conseguirían pasarlos a su bando para formar una alianza que entraría barriendo en el reino fronterizo, en oleadas de matanzas brutales.

Quizá, comprendió de repente Bivatt, había una forma de salir de aquella… Echó un vistazo alrededor hasta que vio a uno de sus finadds. Se acercó.

—Prepare una delegación, finadd. Intentaremos parlamentar con este nuevo enemigo.

—Sí, señor. —El hombre se alejó a la carrera.

—¡Atri-preda!

Bivatt se volvió y vio que se acercaba Brohl Handar. El supervisor no tenía aspecto de gobernador imperial. Estaba cubierto de sangre y entrañas y sujetaba la espada con una mano en la que se acumulaba la sangre seca.

—Parece que no llegamos demasiado tarde, después de todo —dijo.

—Ésos no son leznas, supervisor.

—Eso ya lo veo. Veo también, atri-preda, que usted y yo moriremos aquí hoy. —Hizo una pausa y después lanzó una carcajada que era casi un gruñido—. ¿Recuerda, Bivatt, que me advirtió que Letur Anict intentaba matarme? Y sin embargo aquí estoy, he marchado con usted y su ejército hasta aquí…

—Supervisor —lo interrumpió ella—. El comisionado infiltró en mis fuerzas diez asesinos. Todos los cuales están muertos.

Los ojos del hombre se fueron abriendo poco a poco.

Bivatt continuó.

—¿Ha visto al soldado alto que suele ponerse a su lado? Le encomendé la tarea de mantenerlo con vida, y ha hecho lo que le ordené. Por desgracia, supervisor, creo que pronto fracasará en su tarea. *—A menos que pueda negociar una salida para esto*.

La atri-preda se volvió hacia el enemigo que avanzaba una vez más. Estaban alzando estandartes, solo unos cuantos, e idénticos entre sí. Bivatt entornó los ojos bajo la luz de la tarde.

Y reconoció esos estandartes.

La invadió el frío.

—Qué le vamos a hacer —dijo.

—¿Atri-preda?

—Reconozco esos estandartes, supervisor. No van a parlamentar. No hay posibilidad de rendirse.

—Esos guerreros —dijo Brohl Handar tras un momento— son los que han estado levantando los monumentos de piedras.

—Sí.

—Entonces llevan con nosotros un tiempo.

—Al menos sus exploradores, supervisor. Más de lo que cree.

—Atri-preda.

La mujer lo miró y estudió su expresión seria.

—¿Supervisor?

—Que muera bien, Bivatt.

—Ésa es mi intención. Usted también. Que muera bien, Brohl Handar.

Brohl se alejó de ella zigzagueando entre una fila de soldados, los ojos clavados en uno en concreto. Alto, con un rostro amable veteado en esos momentos de barro.

El tiste edur captó la mirada del hombre y respondió a la sonrisa fácil con otra.

—Supervisor, veo que ha tenido un día emocionante.

—Le digo lo mismo —respondió Brohl—, y parece que hay más por venir.

—Sí, pero déjeme decirle una cosa, yo estoy satisfecho. Por una vez hay suelo sólido bajo mis pies.

El supervisor pensó en darle las gracias sin más al soldado, por mantenerlo con vida todo ese tiempo. En su lugar, no dijo nada durante un buen rato.

El soldado se frotó la cara.

—Señor —dijo entonces—, sus arapay lo aguardan, sin duda. Mire, el enemigo ya se prepara.

Y sí, eso era lo que Brohl Handar quería.

—Mis arapay lucharán bien sin mí, letherii. Quisiera pedirle una última merced.

—Pídala entonces, señor.

—Querría que me concediera el privilegio de luchar a su lado. Hasta que caigamos.

Los ojos suaves del hombre se abrieron un poco más, y después, de inmediato, la sonrisa regresó.

—Escoja entonces, supervisor. A mi derecha o a mi izquierda.

Escogió la izquierda del hombre. En cuanto a salvaguardar su propio flanco desprotegido, a Brohl Handar aquello le resultaba indiferente.

De algún modo, la verdad de eso lo complació.

En la ciudad de Drene los disturbios se propagaban con furia por toda la mitad norte de la ciudad y, con la llegada de la noche, el caos se extendería hacia los distritos más opulentos del sur.

Venitt Sathad, al que se le concedió una audiencia inmediata con el comisionado Letur Anict (que lo esperaba en pie ante su escritorio, el rostro redondo y pálido reluciendo de sudor, y en cuyos ojos el administrador vio, al acercarse al hombre, una especie de aturdimiento que luchaba con tensiones más profundas), se adelantó caminando sin prisas, pero sin fanfarronear tampoco. Más bien caminaba con un propósito decidido y concreto.

Vio que Letur Anict parpadeaba de repente y lo medía de arriba abajo mientras él continuaba andando hasta llegar a su altura.

Y hundía un cuchillo en el ojo izquierdo del comisionado, en lo más profundo del cerebro.

El peso de Letur Anict, cuando se derrumbó, sacó el arma de la herida.

Venitt Sathad se inclinó para limpiar la hoja en la túnica de seda del comisionado; se irguió, se volvió hacia la puerta y abandonó el despacho.

Letur Anict tenía esposa. Tenía hijos. Había tenido guardias, pero Orbyn Buscaverdad se había encargado de ellos.

Venitt Sathad se fue en busca de todos los herederos para eliminarlos.

Ya no actuaba como agente de la Consigna Libertad. En ese momento solo era un endeudado.

Que ya estaba harto.

Hetan dejó a su marido arrodillado junto al cuerpo de Toc el Joven. Ya no podía hacer más por él y no era defecto de ella. El dolor crudo del imass era como un pozo sin fondo, un pozo que podía atrapar al confiado y mandarlo de cabeza a una oscuridad interminable.

Una vez, mucho tiempo atrás ya, Tool se había encontrado delante de su amigo y su amigo no lo había conocido y para el imass (mortal de nuevo, después de miles y miles de años) eso había sido fuente de irónica diversión, igual que el juego de un estafador en el que el placer definitivo solo aguardaba la revelación de la verdad.

Tool, con su paciencia sobrehumana, había esperado mucho tiempo para desvelar esa verdad. Demasiado tiempo, al parecer. Su amigo había muerto sin saberlo. El juego del embustero había asestado una herida de la que Hetan sospechaba que su marido quizá nunca llegara a recuperarse.

Y así, comenzó a comprender en el fondo de su corazón, podría haber otras pérdidas en ese trágico día. Una mujer que perdía a su marido. Dos hijas que perdían a su padre adoptivo y un hijo a su verdadero padre.

Se acercó donde Kilava Onass se había colocado para observar la batalla, y no era pequeño favor que hubiera decidido no transformarse y adoptar su forma soletaken; que, de hecho, hubiera dejado a los clanes de los barghastianos Caras Blancas la libertad de hacer lo que mejor hacían, matar en un frenesí de salvajismo explosivo.

Hetan vio que Kilava se hallaba cerca de donde había caído un jinete solitario; observó que lo habían matado las

armas de los k’chain che’malle. Un asesinato típico, cruel, que despertó en ella recuerdos de un tiempo en el que ella misma se había enfrentado a tan terribles criaturas, un recuerdo puntuado por la punzada aguda de dolor por un hermano que había caído ese día.

Kilava no hacía mucho caso del cuerpo sin piernas y con un solo brazo que había tirado a diez pasos a su izquierda. La mirada de Hetan se posó en el cadáver con una curiosidad repentina.

—Hermana —le dijo a Kilava, e hizo un uso deliberado del título que más desagradaba a su cuñada—, mira, éste lleva una máscara. ¿No iba el caudillo de los leznas así enmascarado?

—Me imagino —dijo Kilava—, puesto que lo llamaban Mascararroja.

—Bueno —dijo Hetan mientras se acercaba al cadáver—, este viste como los leznas.

—Pero lo asesinaron los k’chain che’malle.

—Sí, eso ya lo veo. Aunque… —Se agachó y estudió la peculiar máscara, las extrañas y minúsculas escamas bajo las salpicaduras de barro—. Esta máscara, Kilava, es la piel de un k’chain, lo juraría, aunque las escamas son más bien diminutas…

—La garganta de una matrona —respondió Kilava.

Hetan la miró.

—¿De veras? —Estiró un brazo y dio un tirón para quitarle la máscara al hombre. Una larga mirada a los rasgos pálidos.

Hetan se levantó y tiró la máscara a un lado.

—Tenías razón, no es Mascararroja.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Kilava.

—Bueno, vestido como los leznas o no, este hombre era letherii.

El Embozado, rey supremo de la Muerte, el Que Recoge a los Caídos, el poco exigente amo y señor de más almas de las que podía contar (aunque hubiera sentido la inclinación, que jamás la había sentido), se encontraba sobre un cuerpo, esperando.

Una atención tan particular era, por suerte, una incidencia poco común. Pero algunas muertes llegaban, muy de vez en cuando, luciendo ciertas… excentricidades. Y el que yacía ahí abajo suponía una de esas incidencias.

Sobre todo porque los Lobos querían su alma, aunque no la conseguirían, pero también porque ese mortal había eludido la presa del Embozado una y otra vez, aunque cualquiera podía ver y entender de sobra el dulce regalo que había estado ofreciendo el señor de la Muerte.

Las vidas singulares, sí, podían ser de lo más… singulares.

Daba fe de ello el que había llegado muy poco tiempo antes. No era un don poseer una mente simple. No había neblina de incomprensión tranquilizadora que aliviara las terribles heridas de una vida que se había ordenado que continuara siendo, hasta el último instante, de una inocencia profunda.

Al Embozado no lo enojaba la sangre que manchaba las manos de Pico. Sin embargo, sí que lo enojaba de la forma más sumaria las despiadadas acciones de la madre y el padre de Pico.

Pocos sacerdotes mortales comprendían la necesidad de desagravio, aunque con frecuencia peroraban sobre esa noción en sus sermones sobre la culpa, con sus implícitas extorsiones que hacían poco más que hinchar los cofres del templo.

El desagravio, así pues, era una exigencia que ni siquiera un dios podía negar. Y así había sido con el llamado Pico.

Y así era en ese momento con el llamado Toc el Joven.

—Despierta —dijo el Embozado—. Levántate.

Y Toc el Joven, con un largo suspiro, hizo lo que ordenaba el Embozado.

En pie, tambaleándose, mirando con los ojos guiñados la puerta que los aguardaba a los dos.

—Maldita sea —murmuró Toc—, como puerta deja mucho que desear.

—Los muertos ven como ven, Toc el Joven. No hace mucho tiempo brillaba con el blanco de la pureza.

—No sabes cómo lo siento por esa pobre alma confundida.

—Cómo no. Ven. Camina conmigo.

Echaron a andar hacia la entrada.

—¿Haces esto con cada alma?

—En absoluto.

—Oh. —Y entonces Toc se detuvo, o lo intentó, porque sus pies siguieron arrastrándose—. Un momento, mi alma estaba prometida a los Lobos…

—Demasiado tarde. Tu alma, Toc el Joven, me la prometieron a mí. Hace mucho tiempo.

—¿De veras? ¿Y quién fue el idiota?

—Tu padre —respondió el Embozado—. Que, al contrario que Dassem Ultor, permaneció leal.

—¿Y tú lo recompensaste con la muerte? Pedazo de mierda, cabrón…

—Lo esperarás, Toc el Joven.

—¿Vive todavía?

—La muerte nunca miente.

Toc el Joven intentó detenerse de nuevo.

—Embozado, una pregunta…, por favor.

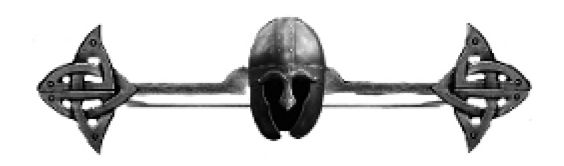
El dios se paró y bajó la cabeza para mirar al mortal.

—Embozado, ¿por qué tengo todavía un solo ojo?

El dios de la Muerte, Segador de Almas, no respondió. Eso mismo se había estado preguntando él.

Putos lobos.

23



He visto el rostro de la pena.
Mira a lo lejos,
al otro lado de todos estos puentes,
de donde yo vine,
y esas arcadas, apuntaladas y curvadas,
sostienen nuestras vidas mientras regresamos
a como pensábamos entonces,
a como pensábamos que pensábamos entonces.
He visto de la pena el rostro,
pero siempre da la espalda,
y sus palabras me dejan ciego,
sus ojos me enmudecen.
No entiendo lo que me dice.
No sé si obedecer
o intentar una riada de lágrimas.
He visto su rostro.
No habla.
No llora.
No me conoce.
Pues no soy más que una piedra encajada
en el puente por el que camina.

Trova de los Abrasapuentes
—Toc el Joven

Una vez, largo tiempo atrás, Onrack el Fracturado cometió un crimen. Le había declarado su amor a una mujer moldeando su retrato en el muro de una cueva. Había tanto talento en sus manos, en sus ojos, que había unido dos almas en esa piedra. La suya… y a eso tenía derecho, podía escoger. Pero la otra alma, oh, el egoísmo de ese acto, la crueldad de ese robo…

Se encontraba ante otro muro de piedra, dentro de otra cueva, contemplando una serie de pinturas, las bestias con cada músculo definido, cada insinuación de movimiento, celebrando su veracidad, la precisión del genio. Y en medio de esas magníficas criaturas del mundo exterior, unas torpes figuritas hechas con palos que representaban a los imass hacían cabriolas en una pobre imitación de un baile. Sin vida, como exigía la ley. Allí estaba, seguía siendo el Fracturado, seguía siendo el ladrón de la vida de una mujer.

En la oscuridad de su cautiverio, mucho tiempo atrás, alguien había ido a él con manos dulces y carne rendida. Deseaba tanto creer que había sido ella, aquélla cuya alma él había robado. Pero era algo que desconocía; tan confuso se había hecho el recuerdo, tan imbuido de todo lo que su corazón deseaba creer.

E, incluso si había sido ella la que había acudido, bueno, quizá no había tenido alternativa. Aprisionada por el delito de él, impotente ante un deseo masculino que no podía desafiar. Al romperse a sí mismo, Onrack también la había destruido a ella.

Estiró el brazo y posó las yemas de los dedos en una de las imágenes. Un ranag perseguido por un ay. Bajo la luz vacilante de la antorcha, ambas bestias parecían en movimiento, los músculos se ondulaban. Para celebrar el mundo, que no se arrepentía de nada, los imass se reunían hombro con hombro en esa cueva y con sus voces marcaban el ritmo de los alientos, de los resoplidos de las bestias;

mientras que otros, colocados en concavidades concretas, aporreaban con las manos tambores de madera ahuecada y piel, hasta que los ecos de las pezuñas tronaban por todos lados.

Somos los testigos. Somos los ojos atrapados para siempre fuera. Hemos sido separados del mundo. Y es lo que está en el fondo de la ley, de la prohibición. Nos creamos a nosotros mismos como entes carentes de vida, torpes, apartados. Una vez fuimos como las bestias, y no había interior, ni exterior. Solo había ése, el único mundo, del que nosotros éramos su carne, su hueso, la carne no muy diferente de las hierbas, los líquenes y los árboles. Los huesos no muy diferentes de la madera y la piedra. Éramos su sangre, en la que corrían ríos que bajaban a los lagos y los mares.

Damos voz a nuestra pena, a nuestra pérdida.

Al descubrir lo que es morir, nos han expulsado del mundo.

Al descubrir la belleza, nos convertimos en feos.

Nosotros no sufrimos como sufren las bestias, pues desde luego que sufren. Nosotros sufrimos con el recuerdo de cómo era antes de que llegara el sufrimiento, y eso profundiza la herida, eso desgarra el dolor. No hay bestia que pueda rivalizar con nuestra angustia.

Así que cantad, hermanos. Cantad, hermanas. Y a la luz de la antorcha, desprendiéndose de los muros de nuestras mentes (de las cuevas de nuestro interior), ved todas las caras de la pena. Ved a todos los que han muerto y nos han abandonado. Y cantad vuestro dolor hasta que las mismas bestias huyan.

Onrack el Fracturado sintió las lágrimas en sus mejillas y se maldijo por ser un idiota sentimental.

Tras él, Trull Sengar permaneció en silencio. Complacía sin impaciencia el capricho de un tonto imass. Onrack sabía

que se limitaría a esperar, y seguiría esperando. Hasta el momento en el que Onrack despertase de sus lúgubres recuerdos y recordase una vez más los dones del presente. Y lo haría…

—Fue con gran habilidad como se pintaron a esas bestias.

El imass, todavía mirando la pared de piedra, todavía dándole la espalda al tiste edur, se encontró sonriendo. *Así que, incluso aquí y ahora, me dejo llevar por fantasías bobas que, si bien consuelan, no significan nada*.

—Sí, Trull Sengar. Auténtico talento. Es una habilidad que se transmite con la sangre y con cada generación existe el potencial de que… florezca. Y se convierta en lo que vemos aquí.

—¿Está el artista entre los clanes que hay aquí? ¿O éstos los pintaron hace mucho tiempo, alguna otra mano?

—El artista —dijo Onrack— es Ulshun Pral.

—¿Y es éste el talento que le ha granjeado el derecho a gobernar?

No. Nunca eso.

—Este talento —respondió el imass— es su debilidad.

—¿Mejor que tú, Onrack?

Se giró, su sonrisa se había hecho irónica.

—Veo algunos defectos. Veo insinuaciones de impaciencia. De emociones libres y salvajes como las bestias que pinta. Veo también, quizá, señales de un talento que había perdido y que no ha vuelto a descubrir todavía.

—¿Cómo se pierde un talento así?

—Al morir, solo para regresar.

—Onrack —y había un tono nuevo en la voz de Trull, una gravedad que desconcertó a Onrack—, he hablado con estos imass. Con muchos de ellos. Con el propio Ulshun. Y no creo que murieran jamás. No creo que fueran una vez t'lan imass, solo para haberlo olvidado en el sinfín de generaciones de su existencia aquí.

—Sí, dicen que están entre los que no se unieron al ritual. Pero eso no puede ser cierto, Trull Sengar. Tienen que ser fantasmas convertidos en carne y hueso por la fuerza de la voluntad, sostenidos aquí por la intemporalidad de la Puerta que hay al final de esta cueva. Amigo mío, no se conocen a sí mismos. —Y entonces hizo una pausa. *¿Puede ser verdad?*

—Ulshun Pral dice que recuerda a su madre. Dice que sigue viva. Aunque no está aquí ahora mismo.

—Ulshun Pral tiene cien mil años, Trull Sengar. O más. Lo que recuerda es falso, un delirio.

—No lo creo, ya no. Creo que el misterio que hay aquí es más profundo de lo que comprende cualquiera de nosotros.

—Continuemos —dijo Onrack—. Quiero ver esa Puerta.

Y abandonaron la cámara de las bestias.

La inquietud invadía a Trull. Algo había despertado en su amigo (lo habían despertado las pinturas) y el sabor que dejaba era amargo. Había visto, en las líneas de la espalda de Onrack, en sus hombros, una especie de derrumbamiento lento. El regreso de alguna carga antigua. Y al verlo, Trull se había obligado a hablar, a romper el silencio antes de que Onrack pudiera destruirse a sí mismo.

Sí. Las pinturas. El crimen. ¿No volverás a sonreír, Onrack? No la sonrisa que me ofreciste cuando te volviste hace un momento, demasiado rota, demasiado llena de dolor, sino la sonrisa que he llegado a atesorar desde que llegamos a este reino.

—Onrack.

—¿Sí?

—¿Todavía sabemos lo que estamos esperando? Sí, se acercan amenazas. ¿Entrarán por esa Puerta? ¿O por el otro lado de las colinas que hay más allá del campamento?

¿Sabemos en verdad si estos imass están realmente amenazados?

—Prepárate, Trull Sengar. El peligro se está acercando… por todos lados.

—Quizá, entonces, deberíamos regresar con Ulshun Pral.

—Rud Elalle está con ellos. Hay tiempo todavía… para ver esta Puerta.

Un poco más tarde, llegaron al borde de la inmensa cueva que parecía carecer de límites, y los dos se detuvieron.

No una Puerta. Muchas puertas.

Y todas hervían con un fuego silencioso, salvaje.

—Onrack —dijo Trull al tiempo que se descolgaba la lanza—. Será mejor que regreses con Rud Elalle y lo avises… esto no es lo que describió.

Onrack señaló un montón central de piedras.

—Ella ha fracasado. Este reino, Trull Sengar, se está muriendo. Y cuando muera…

Ninguno habló por un momento.

—Regresaré pronto, amigo mío —dijo entonces Onrack—, para que no te enfrentes solo… a lo que pueda llegar por aquí.

—Espero con impaciencia tu compañía —respondió Trull—. Así que… date prisa.

A cuarenta y tantos pasos del campamento se alzaba una colina modesta que se extendía como si una vez hubiera sido un atolón, suponiendo que las llanuras hubieran estado en algún momento bajo el agua y eso, se dijo a sí mismo Seto, mientras se abría paso a patadas entre una cinta de arena tachonada de conchas rotas, no era tan descabellado pensarlo. Llegó a la cima alargada, posó su enorme ballesta cerca de un afloramiento de caliza blanqueada por el sol y

se acercó adonde estaba Ben el Rápido, sentado con las piernas cruzadas, mirando dos colinas que había a dos mil pasos al sur.

—No estarás meditando ni nada de eso, ¿verdad?

—Si lo hubiera estado —soltó el mago, enfadado—, acabarías de arruinarlo y es muy posible que nos hubieras matado a todos.

—Cuánta pose, Rápido —dijo Seto mientras se dejaba caer en la gravilla, a su lado—. Hasta cuando te hurgas la nariz parece un puñetero ritual del Embozado, así que al final yo ya renuncio a saber cuándo puedo hablar contigo y cuándo no.

—En ese caso, no me hables nunca y así seremos felices los dos.

—Serpiente miserable.

—Roedor imberbe.

Los dos se quedaron sentados en amigable silencio durante un rato. Después, Seto estiró un brazo y cogió un fragmento de pedernal de color marrón oscuro. Miró con atención un borde serrado.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Ben el Rápido.

—Reflexionar.

—Reflexionar —lo imitó Ben el Rápido meneando la cabeza de un lado a otro al ritmo de cada sílaba.

—Podría rebanarte la garganta con esto. De una sola pasada.

—Nunca nos llevamos bien, ¿verdad? Dioses, no me puedo creer cómo nos abrazamos y nos dimos palmadas en la espalda, allí en ese río…

—Arroyo.

—Abrevadero.

—Manantial.

—¿Quieres, por favor, cortarme ya la garganta, Seto?

El zapador tiró el pedernal y se sacudió las manos con enérgicas palmadas.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que los malos van a subir por el sur?

—¿Quién dice que estoy seguro de nada?

—Así que podríamos estar aquí plantados en el sitio que no es. Mirando en la dirección equivocada. Quizá estén masacrando a todo el mundo en estos mismos instantes.

—¡Bueno, Seto, si tú no hubieras interrumpido mi meditación, quizá habría descifrado ya dónde deberíamos estar ahora mismo!

—Ah, muy buena, mago.

—Vienen del sur porque es el mejor acceso.

—Si son, ¿qué? ¿Conejos?

—No, si son dragones, Seto.

El zapador miró con los ojos entrecerrados al mago.

—Siempre hubo algo en ti que olía a soletaken, Rápido. ¿Por fin vamos a ver qué bestezuela escuálida escondes ahí dentro?

—Ésa es una forma bastante atroz de exponerlo, Seto. Y la respuesta es no.

—¿Todavía estás débil?

El mago le lanzó una mirada, los ojos brillantes y medio febriles; en otras palabras, su expresión normal.

—No. De hecho, justo lo contrario.

—¿Y cómo es eso?

—Me forcé, mucho más de lo que lo había hecho jamás. Me ha hecho más… cruel.

—No me digas.

—No te dejes llevar por la impresión, Seto.

—Yo lo único que sé —dijo el zapador, que se levantó con un gruñido— es que cuando te arrollen, solo voy a quedar yo y un suministro interminable de malditos. Por mí, de perlas.

—No me revientes el cuerpo en pedazos, Seto.

—¿Incluso si ya estás muerto?

—Sobre todo entonces, porque no lo estaré, ¿a que no? Tú solo pensarás que sí porque te conviene, ¡porque entonces puedes volverte loco con tus puñeteros malditos hasta que te encuentres plantado en un puñetero cráter del Embozado de una puñetera legua de anchura del Embozado!

El último trozo había sido una especie de chillido.

Seto siguió mirando con los ojos guiñados.

—No hace falta ponerse así —dijo con tono ofendido, se volvió y regresó con su ballesta, su amado volador. Y después dijo por lo bajo—: ¡Nos lo vamos a pasar de vicio, estoy deseando empezar!

—¡Seto!

—¿Qué?

—Viene alguien.

—¿Por dónde? —preguntó el zapador mientras colocaba un maldito en la horquilla de la ballesta.

—Ja, ja. Del sur, vejiga hinchada de pis.

—Lo sabía —dijo Seto y fue a colocarse junto al mago.

Había optado por quedarse como estaba en lugar de transformarse en su variante soletaken. Ya lo haría más tarde. Así que cruzó andando la llanura, entre las hierbas altas de la cuenca. En un risco que tenía justo delante había dos figuras. Una era un fantasma, pero quizá algo más que un simple fantasma. La otra era un mago y, sin duda, algo más que un simple mago.

Una astilla de inquietud agitó los pensamientos de Menandore. Una astilla que de inmediato quedó barrida. Si Rud Elalle había elegido a esos dos como aliados, lo aceptaría. Igual que había reclutado al tiste edur y al conocido como Onrack el Fracturado. Todo… complicaciones, pero no estaría sola a la hora de lidiar con ellos, ¿verdad?

Los dos hombres la miraron mientras subía por la suave ladera. Uno de ellos acunaba una extraña ballesta. El otro jugaba con un puñado de piedrecitas pulidas como si intentara elegir cuál era su favorita.

Son tontos. Idiotas.

Y muy pronto serán polvo los dos.

Clavó en ellos su mirada más dura mientras alcanzaba el borde de la cima.

—Sois patéticos. ¿Por qué os plantáis… sabéis quién se acerca? ¿Sabéis que vendrán del sur? Lo que significa que vosotros dos seréis lo primero que verán. Y por tanto, los primeros que matarán.

El más alto y de piel más oscura se volvió un poco y contestó.

—Aquí viene tu hijo, Menandore. Con Ulshun Pral. —El tipo frunció el ceño—. Qué andares más conocidos… Me pregunto por qué no me había dado cuenta antes.

¿Andares? ¿Andares conocidos? Está loco de remate.

—Los he llamado yo —dijo ella y se cruzó de brazos—. Debemos prepararnos para la batalla.

El más bajo lanzó un gruñido.

—No queremos compañía. Así que elige otro sitio para tus batallitas.

—Me apetece aplastarte el cráneo entre las manos —dijo Menandore.

—No funciona —murmuró el mago—. Todo vuelve a su sitio otra vez con un «pop».

El de la ballesta le dedicó una gran sonrisa.

—Os aseguro —dijo Menandore— que no tengo ninguna intención de quedarme cerca, aunque conservo la esperanza de llegar a ver vuestras horripilantes muertes.

—¿Por qué estás tan segura de que serán horripilantes? —preguntó el mago, que en ese momento estudiaba un guijarro en concreto, levantándolo hacia la luz como si fuera

una especie de piedra preciosa, pero Menandore observó que no era ninguna gema. Una simple piedra, y además opaca.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó.

El mago la miró, cerró la mano alrededor de la piedra y se la llevó a la espalda.

—Nada. ¿Por qué? Además, te acabo de hacer una pregunta.

—¿Y estoy obligada a contestarla? —Menandore lanzó un bufido burlón.

Llegaron entonces Rud Elalle y Ulshun Pral, que se detuvieron unos pasos por detrás del mago y su compañero.

Menandore vio la expresión dura en el rostro de su hijo. *¿Podría haber visto alguna otra cosa? No. No para esto.*

—Amado hijo…

—A mí me da igual el finnest —dijo Rud Elalle—. No me uniré a ti en tu lucha, madre.

Ella se lo quedó mirando, iba abriendo más los ojos a medida que se le llenaban de una rabia ardiente.

—¡Debes hacerlo! ¡No puedo enfrentarme a los dos!

—Tienes nuevos aliados —dijo Rud Elalle—. Estos dos, que ya vigilan el acceso…

—¿Estos zoquetes descerebrados? ¡Hijo mío, me envías a morir!

Rud Elalle se irguió.

—Me llevo a mis imass de aquí, madre. Son todo lo que me importa…

—¿Más que la vida de tu madre?

—¡Más que la lucha que elige mi madre! —soltó él, enfadado—. Este choque, esta disputa, no es mía. Es tuya. ¡Siempre fue tuya! ¡Yo no quiero tener nada que ver!

Menandore se retrajo un poco ante la furia de su hijo. Intento sostenerle la mirada, pero fracasó y apartó los ojos.

—Así sea —susurró—. Ve entonces, hijo mío, y llévate a los parientes que has elegido. ¡Vete!

Pero cuando Rud Elalle asintió y se volvió, su madre habló en un tono más duro que cualquier otro que se hubiera oído antes.

—Pero a él no.

Su hijo se giró en redondo y vio que su madre señalaba el imass que tenía a su lado.

Ulshun Pral.

Rud Elalle frunció el ceño.

—¿Qué? No alcanzo…

—No, hijo mío, no alcanzas. Ulshun Pral debe quedarse aquí.

—No permitiré…

Y entonces el líder de los bentract estiró una mano para contener a Rud Elalle, que estaba a solo unos momentos de transformarse en dragón para enzarzarse en combate con su propia madre.

Menandore esperó, sumida en una aparente calma, serena, aunque el corazón le palpitaba con fiereza en el pecho.

—Dice la verdad —dijo Ulshun Pral—. Debo quedarme.

—¿Pero por qué?

—Por el secreto que poseo, Rud Elalle. El secreto que todos buscan. Si voy con vosotros, todos nos perseguirán. ¿Lo comprendes? Y ahora, te lo ruego, llévate a mi pueblo de aquí, a un lugar seguro. ¡Llévatelos de aquí, Rud Elalle, y rápido!

—¿Lucharás ahora a mi lado, hijo mío? —preguntó Menandore—. ¿Para garantizar la vida de Ulshun Pral?

Pero Ulshun Pral ya estaba empujando a Rud Elalle para que se alejara.

—Haz lo que te pido —le dijo al hijo de Menandore—. No puedo morir temiendo por mi pueblo, por favor, llévatelos.

El mago habló entonces.

—Haremos todo lo posible por salvaguardarlo, Rud Elalle.

Menandore lanzó un bufido de desdén.

—¿Quieres arriesgarte? —le preguntó a su hijo.

Rud Elalle se quedó mirando al mago, después al tipo sonriente de la ballesta; Menandore advirtió que una extraña calma se deslizaba por la expresión de su hijo, y la astilla de inquietud le provocó otra punzada.

—Me arriesgaré —dijo entonces Rud Elalle, y extendió un brazo hacia Ulshun Pral. Un gesto suave, una mano que se posaba por un instante en un lado de la cara del imass. Al poco retrocedió, se dio media vuelta y echó a andar hacia el campamento.

Menandore se volvió hacia los dos hombres que quedaban.

—¡Malditos idiotas!

—Solo por eso —dijo el mago—, ya no te doy mi piedra favorita.

Seto y Ben el Rápido la observaron bajar con paso furioso la ladera.

—Qué raro —murmuró el zapador.

—A que sí.

Se quedaron callados otros cien latidos, después Seto se volvió hacia Ben el Rápido.

—Bueno, ¿qué piensas?

—Sabes exactamente lo que estoy pensando, Seto.

—Lo mismo que yo, entonces.

—Lo mismo.

—Dime algo, Rápido.

—¿Qué?

—¿Era esa de verdad tu piedra favorita?

—¿Te refieres a la que yo tenía en la mano? ¿O a la que le metí en su elegante manto blanco?

Con la piel arrugada y manchada tras milenios enterrada en turba, Sheltatha Sabiduría era un auténtico icono del atardecer. A juego con su cabello rojizo y el tono turbio de sus ojos, lucía un manto de un profundo color borgoña, pantalones ajustados negros y botas. Un chaleco tachonado de bronce le ceñía el pecho con fuerza.

A su lado (y como Sheltatha, mirando las colinas) se encontraba Sukul Ankhadu, Moteada, el jaspeado de su piel era visible en las manos y antebrazos desnudos. Sobre los hombros delgados un manto de noche letherii, igual que los que vestían las aristócratas y las mujeres de los tiste edur del imperio, aunque el suyo estaba un poco ajado.

—Pronto —dijo Sheltatha Sabiduría— este reino será polvo.

—¿Eso te complace, hermana?

—Quizá no tanto como te complace a ti, Sukul. ¿Por qué es este lugar una abominación a tus ojos?

—No siento cariño alguno por los imass. Imagínate, un pueblo que revuelve la tierra de las cuevas durante cientos de miles de años, sin construir nada. Toda su historia atrapada como recuerdos, retorcida como relatos que se cantan en rimas cada noche. Son un pueblo defectuoso. En sus almas tiene que haber un defecto, una falta. Y estos de aquí se han engañado para creer que existen de verdad.

—No todos ellos, Sukul.

Moteada hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—El mayor defecto que hay aquí, Sheltatha, se encuentra en el señor de la Muerte. Si no fuera por la indiferencia del Embozado, este reino jamás podría haber existido tanto tiempo. Me irrita semejante falta de cuidado.

—Así que —dijo Sheltatha Sabiduría con una sonrisa— apresurarás la desaparición de estos imass, aunque, con el reino muriéndose de todos modos, ya están condenados.

—No lo entiendes. La situación ha… cambiado.

—¿A qué te refieres?

—Su vanidad —dijo Sukul— los ha hecho reales. Ahora son mortales. Sangre, carne y hueso. Capaces de sangrar, de morir. Pero continúan desconociendo la extinción inminente de su mundo. Cuando los masacre, hermana, les estaré haciendo un favor.

Sheltatha Sabiduría lanzó un gruñido.

—Estoy deseando oírlos darte las gracias.

Un dragón dorado y blanco apareció ante ellas, volando bajo sobre las crestas de las colinas.

Sukul Ankhadu suspiró.

—Ya comienza.

La soletaken se deslizó por la ladera hacia ellas. Inmensa, pero todavía a cincuenta pasos de distancia, la dragona movió las alas hacia atrás, las plegó, estiró los miembros traseros y los posó en el suelo.

Un remolino desdibujado envolvió a la bestia y, un momento después, Menandore salió andando de la perturbación cargada de especias.

Sheltatha Sabiduría y Sukul Ankhadu esperaron sin decir nada, los rostros inexpresivos, mientras Menandore se acercaba y al fin se detenía a cinco pasos de ellas, los ojos en llamas moviéndose de una hermana a otra y vuelta a empezar.

—¿Todavía estamos de acuerdo, entonces? —dijo.

—Tan glorioso precedente, este momento —comentó Sheltatha Sabiduría.

Menandore frunció el ceño.

—Necesidad. Al menos deberíamos dejar eso claro. No puedo enfrentarme sola, no puedo proteger el alma de

Scabandari. El finnest no puede caer en sus manos.

Un ligero respingo de Sukul.

—¿Está cerca, entonces?

—Oh, sí. He robado los ojos de uno que viaja con él. Una y otra vez. Están llegando a la última puerta y contemplan su herida, están ante el cadáver desgarrado de esa tonta de invocahuesos imass que creyó que podía sellarla con su propia alma. —Menandore esbozó una sonrisa desdeñosa—. Imaginad el descaro. ¡Starvald Demelain! ¡Las mismísimas cámaras del corazón de K'rul! ¿Esa mujer no sabía cómo lo debilitaba eso? ¿Que lo debilitaba todo?

—Así que nosotras tres matamos a Silchas Ruina —dijo Sheltatha Sabiduría—. Y luego a los imass.

—Mi hijo opta por oponerse a nosotras en ese último detalle —dijo Menandore—. Pero los imass han dejado de ser útiles. Heriremos a Rud si es lo que debemos hacer, pero no lo matamos. ¿Comprendido? Quiero vuestra palabra. Una vez más. Aquí y ahora, hermanas.

—De acuerdo —dijo Sheltatha Sabiduría.

—Sí —dijo Sukul Ankhadu—, aunque hará las cosas más difíciles.

—Habrá que vivir con eso —dijo Menandore; después se volvió—. Es hora.

—¿Ya?

—Unos patéticos mortales pretenden interponerse en nuestro camino, hay que aplastarlos antes. Y Silchas Ruina tiene aliados. Nuestro trabajo del día empieza ahora, hermanas.

Y con eso se encaminó a las colinas y comenzó a transformarse en dragón.

Tras ella, Sheltatha Sabiduría y Sukul Ankhadu intercambiaron una mirada y se separaron para darse el espacio que necesitaban.

Para transformarse en dragones.

Amanecer, Atardecer y la conocida como Moteada. Un dragón de color oro y blanco. Uno manchado de marrón y que parecía medio podrido. El último moteado, ni claro ni oscuro, sino la frágil interacción entre los dos. Soletaken con la sangre de tiam, la madre. Con alas como velas y cuello de serpiente, con garras y escamas, la sangre de los eleint.

Se alzaron al cielo sobre ráfagas de hechicería pura. Menandore encabezaba la formación en cuña. Sheltatha Sabiduría a su izquierda. Sukul Ankhadu a su derecha.

Ante ellas las colinas, que comenzaban a caer a medida que iban aupando sus inmensas masas.

Dejaron atrás las crestas, el risco antiguo de una antigua costa, y el sol captó escamas resplandecientes que se abrían entre las membranas de las alas; en el suelo, tres sombras se precipitaban sobre la hierba y la roca, sombras que enviaban a los pequeños mamíferos a escabullirse en busca de refugio, que lanzaban a los pájaros a emprender el vuelo entre chirridos y que hacían que las liebres se detuvieran en seco.

Las bestias del cielo salían de caza, y nada en el suelo estaba a salvo.

Un paisaje plano tachonado de montículos jorobados, dragones muertos, espeluznantes como túmulos rotos, de los que sobresalían huesos entretejidos de piel y tendones desecados. Las alas se partían como los restos de barcos hundidos. Cuellos retorcidos sobre el suelo, cabezas en las que la piel se había contraído, se había retirado para revelar los huecos demacrados de las cuencas de los ojos y bajo los pómulos. Enseñaban colmillos recubiertos de polvo gris como en un desafío eterno.

Seren Pedac no había creído que hubiera habido alguna vez tantos dragones. No había creído, en realidad, que esas

criaturas existieran siquiera, salvo aquellos que podían crear tal forma con sus propios cuerpos, como Silchas Ruina. En un principio se preguntó si todos aquéllos eran soletaken. Por alguna razón sabía que la respuesta era «no».

Dragones de verdad, de los que Silchas Ruina, en su pavorosa forma alada, no era más que una burla. Desprovisto de majestad, de pureza.

La rotura de huesos y alas era producto del tiempo, no de la violencia. Ninguna de esas bestias había quedado tirada al llegar la muerte. Ninguna revelaba heridas abiertas. Cada una se había posado y adoptado su última postura.

«Como moscas azules en el alféizar de una ventana», había dicho Udinaas. «En el lado equivocado, intentando salir. Pero la ventana permaneció cerrada. Para ellas, quizá para todos, para todo. O… quizá no para todo». Y después había sonreído, como si la idea lo divirtiera.

Habían visto la puerta que era con toda claridad su destino, la habían visto desde muy lejos, y, de hecho, parecía que los montículos de los dragones eran más numerosos cuanto más se acercaban, apiñándose por todas partes. Los flancos del arco eran altos como torres, finos hasta el punto de resultar esqueléticos, mientras que el arco en sí parecía retorcido, como una inmensa telaraña que envolviera una rama muerta. Encerrado por esa estructura había un muro liso y gris, pero con unas vagas siluetas arremolinadas que lo atravesaban todo, hasta el otro mundo. Donde, según entendían ya sin excepción, se encontraría el alma restante de Scabandari, padre Sombra, el Traidor. Ojodesangre.

El aire sin vida a Seren Pedac le sabía mal, como si un dolor inconmensurable manchara cada aliento que se aspiraba en ese reino, una fragancia lúgubre que no se desvanecía ni siquiera después de un sinfín de milenios. La ponía enferma, minaba la fuerza de sus miembros, de su

espíritu mismo. Amedrentador como era ese portal, ansiaba abrirse paso con uñas y dientes a través de esa barrera gris, sin forma. Ansiaba un fin para aquello. Para todo ello.

Había una forma, estaba convencida, tenía que haber una forma, de negociar y evitar la confrontación casi inminente. ¿No era ése su único talento, la habilidad singular que podía permitirse reconocer?

Tres zancadas por delante de ella caminaban Udinaas y Tetera, la mano diminuta de la niña acunada en la más grande y más maltratada del antiguo esclavo. La visión (que la había precedido prácticamente desde su llegada a ese desapacible lugar) era otra fuente de angustia e inquietud. ¿Él era el único capaz de olvidar todas sus pesadillas para consolar a esa niña solitaria y perdida?

Hace mucho, al comienzo de ese viaje, Tetera se había pegado a Silchas Ruina. Había sido él quien había hablado con ella a través del moribundo azath. Y había jurado proteger la floreciente vida que había llegado a ella. Y por eso la pequeña había contemplado a su benefactor con toda la adoración que se esperaría de una huérfana en tales circunstancias.

Pero ya no era así. Sí, Seren Pedac veía gestos suficientes, gestos pequeños, que subrayaban esa antigua alianza, los hilos que unían a esos dos seres tan diferentes, su lugar de nacimiento compartido, el valioso reconocimiento mutuo que era la soledad, la separación de todos los demás. Pero Silchas Ruina había… revelado más de sí mismo. Había revelado, en su fría indiferencia, una brutalidad capaz de quitarte el aliento. *Bueno, ¿es que eso es muy diferente de los relatos de Tetera de cuando asesinaba gente en Letheras? ¿De cuando los desangraba y con sus cadáveres alimentaba los hambrientos y necesitados terrenos del azath?*

No obstante, Tetera ya no expresaba ninguno de esos deseos. Al volver a la vida había abandonado sus viejas costumbres, se había convertido, con cada día que pasaba, cada vez más, en una simple niña. Una huérfana.

Testigo, una y otra vez, de las interminables riñas y disputas de su familia adoptiva. De las amenazas innegables, las promesas de asesinato. *Sí, esto es lo que le hemos ofrecido*.

Y no se puede decir que Silchas Ruina esté por encima de todo, ¿verdad?

¿Pero qué había de Udinaas? No había revelado un gran talento, ni un terrible poder. No había revelado, en realidad, más que una profunda vulnerabilidad.

Ah, y eso es lo que la atrae. Lo que él le regala cuando se cogen de la mano, la sonrisa suave que invade incluso sus ojos tristes.

Udinaas, comprendió Seren Pedac con cierta conmoción, era el único miembro del grupo que era agradable de verdad.

Ella no podía de ninguna manera incluirse como alguien con potencial siquiera para recibir sentimientos sinceros de calidez de cualquiera de los otros, no desde que había violado la mente de Udinaas. Pero incluso antes ella ya había revelado su escasez de habilidades en el terreno de la camaradería. Siempre melancólica, con eterna tendencia al abatimiento (eran el legado de todo lo que había hecho, y no había hecho) en su vida.

Abriéndose paso a patadas entre el polvo, con Clip y Silchas Ruina muy por delante de los otros, con las inmensas jorobas de los dragones muertos por todos lados, se acercaron todavía más a la imponente puerta. Temor Sengar, que había estado caminando dos zancadas por detrás de ella, a su izquierda, se colocó a su lado. Había posado la mano en la empuñadura de la espada.

—No seas tonto —le siseó ella.

El rostro masculino mostraba una expresión severa, los labios apretados.

Por delante, Clip y Silchas alcanzaron la puerta y se detuvieron. Ambos parecían haber bajado la cabeza y contemplaban una forma vaga que había en el suelo, parecía muy pequeña.

Udinaas frenó el paso cuando la niña, cuya mano sostenía, empezó a retroceder. Seren Pedac lo vio bajar la mirada y decir algo en voz muy queda.

Si Tetera respondió, fue en un susurro.

El antiguo esclavo asintió entonces y un momento después continuaron. Tetera mantuvo el paso sin aparente reticencia.

¿Qué había hecho retroceder a la cría?

¿Qué había dicho él para hacerla avanzar con tanta facilidad una vez más?

Se acercaron y Seren Pedac oyó un suspiro bajo de Temor Sengar.

—Contemplan un cuerpo —dijo.

Oh, que el Errante nos proteja.

—Corifeo —continuó el tiste edur, en voz tan baja que solo ella lo pudo escuchar.

—¿Sí?

—Debo saber… cómo elegirás.

—No tengo intención de hacerlo —le soltó ella con una irritación repentina—. ¿Hacemos juntos todo este camino solo para matarnos ahora?

Él lanzó un gruñido de diversión irónica.

—¿Tan igualados estamos?

—Entonces, si de verdad es inútil, ¿por qué intentar nada?

—¿He venido hasta aquí solo para apartarme, entonces? Corifeo, debo hacer lo que tengo que hacer. ¿Me apoyarás?

Se habían detenido a cierta distancia de los demás, reunidos alrededor del cadáver. Seren Pedac se desató la correa del yelmo, se lo quitó y se tiró del pelo grasiento.

—Corifeo —insistió Temor—, has mostrado poder, ya no eres la más débil entre nosotros. Lo que elijas podría suponer la diferencia entre que vivamos o muramos.

—Temor, ¿qué es lo que buscas en el alma de Scabandari?

—Redención —respondió él de inmediato—. Para los tiste edur.

—¿Y cómo imaginas que el alma rota, hecha trizas, de Scabandari os concederá esa redención?

—Yo la despertaré, corifeo, y juntos purgaremos Kurald Emurlahn. Expulsaremos el veneno que nos aflige. Y haremos pedazos, quizá, la espada maldita de mi hermano.

Eso es demasiado vago, idiota. Incluso si despertaras a Scabandari, ¿no podría estar a su vez esclavizado por ese veneno y su promesa de poder? ¿Y qué hay de sus propios deseos, ansias, qué hay de la venganza que buscará él también?

—Temor —dijo ella con un cansancio repentino, casi abrumador—, tu sueño es inútil.

Y lo vio estremecerse, vio el terrible retroceso en sus ojos.

Entonces le ofreció una sonrisa débil.

—Sí, deja que esto rompa tu juramento, Temor Sengar. No merezco protección, sobre todo en nombre de un hermano muerto. Confío en que lo veas ahora.

—Sí —susurró él.

Y en esa palabra había tal angustia que Seren Pedac estuvo a punto de gritar. Después se lo recriminó. *¡Era lo que quería! ¡Maldita sea! Lo que quería. Lo que necesitaba. ¡Como debe ser!*

Oh, Errante bendito, cuánto daño le has hecho, Seren Pedac. Incluso a éste. Igual que a todos los demás.

Y supo entonces que no habría negociación. No habría forma de salir de lo que estaba por llegar.

Así sea. No cuentes conmigo, Temor Sengar. Ni siquiera conozco mi poder, ni el control que tengo sobre él. Así que no cuentes conmigo.

Pero haré, por ti, lo que pueda.

Una promesa, pero una promesa que no expresaría en voz alta, ya era demasiado tarde para eso. Lo vio en los ojos masculinos, que se habían hecho fríos en su rostro, endurecido de golpe.

Mejor que no espere nada, sí. De modo que, si fallase... Pero no pudo terminar ese pensamiento, no con cada palabra siguiente pintada de colores tan brillantes en su mente... pintada de cobardía.

Temor Sengar echó a andar y la dejó atrás. La corifeo vio, cuando lo siguió, que el tiste edur ya no se aferraba a su espada. De hecho, de repente parecía más flexible, más relajado, de lo que lo había visto jamás.

En ese momento no entendió lo que significaba semejante transformación. En un guerrero. En un guerrero que sabía matar.

Quizá siempre había sabido dónde terminaría ese viaje. Quizá esa primera visita en apariencia accidental había sido cualquier cosa salvo eso y a Udinaas le habían mostrado dónde lo llevaría cada una de las decisiones que tomara entretanto, tan inevitable como la marea. Y allí lo habían arrastrado las olas, al fin, detrito en el agua cargada de sedimentos.

¿Estaré pronto cenando carne de ranag? Me parece que no.

El cuerpo de la mujer imass era una visión lastimosa. Desecada, los miembros encogidos al contraerse los

tendones. La mata salvaje de su cabello había crecido como raíces de un árbol muerto, las uñas de los dedos achaparrados como garras aplastadas del tono del carey. Los granates manchados que eran sus ojos se habían hundido en las cuencas, pero todavía parecían contemplar con hostilidad el cielo.

Sí, la invocahuesos. La bruja que dio su alma para restañar la herida. Tan noble este sacrificio fallido, inútil. No, mujer, por ti no lloraré. Deberías haber buscado otro modo. Deberías haber continuado con vida, entre tu tribu, guiándolos para salir de su oscura cueva de bendita ignorancia.

—El mundo que hay detrás muere —dijo Clip, que parecía casi complacido con la perspectiva. Los anillos canturreaban en los extremos de la cadena. Uno plateado, uno dorado, girando desdibujados.

Silchas Ruina miró a su compañero tiste andii.

—Clip, continúas ciego a la… necesidad.

Una sonrisa débil, burlona.

—No creas, oh Cuervo Blanco. No creas.

El guerrero albino se volvió entonces y clavó los misteriosos ojos enrojecidos en Udinaas.

—¿Ella sigue con nosotros?

La mano de Tetera se tensó en la del antiguo esclavo y él apenas fue capaz más que de apretar la de la niña para tranquilizarla.

—Calculó nuestra ubicación hace unos momentos —respondió Udinaas, lo que se ganó un siseo de Clip—. Pero ahora, no.

Silchas Ruina miró la puerta.

—Se está preparando, entonces. En el otro lado.

Udinaas se encogió de hombros.

—Imagino que sí.

Seren Pedac se removió entonces.

—¿Significa eso —preguntó— que sostiene el finnest? ¿Silchas? ¿Udinaas?

Pero Silchas Ruina negó con la cabeza.

—No. Eso no se habría tolerado. No lo habrían tolerado sus hermanas. No lo habrían tolerado los poderosos ascendientes que lo hicieron fabricar en primer lugar…

—¿Entonces por qué no están ellos aquí? —inquirió Seren —. ¿Qué te hace pensar que aceptarán que tú lo poseas, Silchas Ruina, cuando no tolerarán que Menandore lo tenga…? Porque estamos hablando de Menandore, ¿no?

Udinaas lanzó un bufido.

—No has dejado piedra sin volver en mi cerebro, ¿eh, corifeo?

Silchas no respondió a la pregunta de la mujer.

El antiguo esclavo miró a Temor Sengar y vio un guerrero a punto de entrar en batalla. *Sí, así de cerca estamos, ¿verdad? Oh, Temor, no te odio. De hecho, es probable que hasta me gustes. Quizá me burle del honor que posees. Quizá desprecie este sendero que has elegido*.

Como desprecié el de esta invocahuesos, y sí, edur, por las mismas razones.

Porque yo no puedo seguirlo.

Udinaas se desprendió con suavidad su mano de la de Tetera y levantó la lanza imass que llevaba atada a la espalda. Se acercó a Seren Pedac y le colocó el arma en las manos sin hacer caso de las cejas alzadas de la mujer, de la confusión que se deslizaba por su mirada.

Sí, corifeo, si vas a intentar ayudar a Temor Sengar, y yo creo que lo harás, entonces tu necesidad es mayor que la mía.

Después de todo, yo tengo intención de huir corriendo.

Silchas Ruina sacó sus dos espadas y las clavó en el suelo. Y después empezó a apretarse las hebillas y correas de su armadura.

Sí, no tiene sentido precipitarse ahí dentro sin prepararse antes, ¿no? Tendrás que moverte rápido, Silchas Ruina, ¿verdad? Muy rápido, desde luego.

Se encontró con que tenía la boca seca.

Seca como ese cadáver patético que tenía a sus pies.

Seren Pedac se aferró a su brazo.

—Udinaas —susurró.

Él se liberó el brazo con una sacudida.

—Haz lo que tengas que hacer, corifeo. —*Nuestra gran misión, nuestros años de poner un pie delante del otro, todo llega ahora a su fin*.

Así que aclamemos a la sangre. Saludemos como soldados la inevitabilidad.

¿Y quién, cuanto todo haya acabado, saldrá vadeando de esta marea carmesí?

Rud Elalle, hijo mío, cómo temo por ti.

Tres motas en el cielo sobre las colinas del sur. El llamado Seto se volvió en ese momento a medias y miró con los ojos guiñados a Ulshun Pral.

—Será mejor que te retires a la cueva —dijo—. No te separes de Onrack el Fracturado. Ni de Trull Sengar.

Ulshun Pral sonrió.

El hombre frunció el ceño.

—Rápido, este zoquete no entiende malazano. —Señaló hacia las rocas—. ¡Vete allí! Onrack y Trull. ¡Vete!

El más alto lanzó un bufido.

—Ya basta, Seto. Ese zoquete te entiende a la perfección.

—¿Y entonces por qué no me escucha?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Ulshun esperó un momento más y clavó en su recuerdo los rostros de esos dos hombres para que la muerte no se los llevara. Esperaba que ellos estuvieran haciendo lo mismo

con él, aunque por supuesto era muy posible que no entendieran el regalo, ni siquiera que lo habían hecho.

Los imass conocían muchas verdades que se habían perdido para esos que eran, en todos los sentidos, sus hijos. Lo cual, por desgracia, no hacía superiores a los imass, pues la mayor parte de esas verdades eran desagradables y esos niños no podían defenderse contra ellas, su debilidad sería letal si las reconocían.

Por ejemplo, se recordó Ulshun Pral, él había estado esperando ese momento, comprendía todo lo que iba a suceder, todas las verdades vinculadas a lo que ocurriría. Al contrario que su pueblo, él no había sido un recuerdo fantasma. Él no había vivido incontables milenios en una bruma de autoengaño. Oh, su vida se había extendido todo ese tiempo, pero había sido solo eso, una vida. Prolongada casi hasta la inmortalidad, no por medio de ningún ritual que destruía el alma, sino a causa de ese reino. Ese reino sin muerte.

Que ya no carecía de muerte.

Echó a andar, dejó a esos dos valientes niños, y se dirigió hacia la cueva.

Podría empezar allí, bajo ese cielo vacío. Pero Ulshun Pral sabía que terminaría ante las Puertas de Starvald Demelain.

Donde una invocahuesos bentract había fracasado. No porque la herida resultase ser demasiado virulenta o demasiado inmensa, sino porque la invocahuesos no era más que un fantasma. Un alma desvaída, pálida, un ente con apenas el poder suficiente para sostenerse sola.

Ulshun Pral estaba a veinte pasos de la entrada de la cueva cuando salió Onrack el Fracturado y en el corazón de Ulshun brotó tal pozo de orgullo que las lágrimas le llenaron los ojos.

—Así que, por lo que entiendo —dijo Seto mientras encajaba el pie de la ballesta—, eso que estábamos pensando los dos significa que ninguno de los dos está muy sorprendido.

—Cedió con demasiada facilidad.

Seto asintió.

—Sí que lo hizo. Pero yo me sigo preguntando, Rápido, ¿por qué no se hizo con ese puñetero finnest hace ya mucho tiempo? ¿Por qué no se escabulló con él y lo guardó en algún lugar en el que Silchas Ruina jamás pudiera encontrarlo? ¡Respóndeme a eso!

El mago gruñó mientras se acercaba a la cima de la ladera.

—Es probable que pensara que había hecho justo lo que acabas de decir, Seto.

Seto parpadeó y después frunció el ceño.

—Ah. No se me había ocurrido.

—Porque eres un lerdo, zapador. Bueno, si esto va como yo quiero, tú no harás ninguna falta. Tenlo presente, Seto. Te lo ruego.

—Oh, tú a lo tuyo.

—Muy bien. Eso haré.

Y Ben Adaephon Delat se irguió y después, poco a poco, levantó los brazos.

Esos brazos escuálidos. Seto se echó a reír.

El mago lo miró con furia por encima de un hombro.

—¿Quieres parar de una vez?

—¡Perdona! No tenía ni idea de que fueras tan suspicaz.

Ben el Rápido maldijo, se volvió y regresó con Seto.

Y le dio un puñetazo en la nariz.

Aturdido, con los ojos llenos de lágrimas, el zapador se tambaleó hacia atrás y se llevó una mano a la cara para restañar el borbotón repentino de sangre.

—¡Me has roto la nariz, joder!

—Pues sí —respondió el mago al tiempo que sacudía una mano—. Y mira, Seto, estás sangrando.

—¿Y te extraña? Ay…

—Seto. Estás sangrando —repitió recalcando la última palabra.

Estoy… oh, dioses.

—¿Lo entiendes ya?

Y Rápido se giró, regresó caminando y volvió a adoptar la misma postura en la cima.

Seto se quedó mirando su mano llena de sangre.

—¡Mierda!

La conversación se detuvo entonces.

Porque los tres dragones ya no eran motas diminutas.

El odio que sentía Menandore por sus hermanas no era óbice para el respeto que le inspiraba el poder de las dos, y contra Silchas Ruina haría falta ese poder. Sabía que las tres juntas podían destruir al cabrón. Del todo. Cierto, una o dos de ellas quizá terminaran cayendo. Pero no Menandore. Ella tenía planes para asegurarse la supervivencia.

Ante ella, minúsculo al borde de esa elevación, un mortal solitario, el otro estaba agazapado como si estuviera aterrorizado, muy por detrás de su compañero, más valiente pero igual de estúpido, un único mortal que levantaba las manos.

Oh, mago, pensar que eso bastará.

¡Contra nosotras!

El poder retoñó en su interior y a ambos lados sintió lo mismo, una presión repentina, una promesa repentina.

Viró hacia abajo, a una altura de tres hombres de las hierbas leonadas de la cuenca. Unas sombras enormes se

iban acercando, cada vez más. Y caían como granizo hacia esa ladera.

Menandore desencajó las mandíbulas.

Seto se limpió la sangre de la cara, parpadeó para aclararse la visión, maldijo su cabeza, que le palpitaba como un diablo, y levantó la ballesta. Solo por si acaso. Un caramelito para la del medio, sí.

El trío de dragonas, las alas bien abiertas, se deslizó en vuelo bajo sobre el terreno, a una altura que las pondría más o menos al nivel de la cima de ese antiguo atolón. Eran, comprendió Seto, horrorosamente grandes.

En perfecta sincronía, las tres dragonas abrieron la boca.

Y Ben el Rápido, allí en pie, como un frágil sauce ante un tsunami, desató su magia.

La propia tierra de la ladera se alzó, una palpitación que aporreó a las dragonas como puños enormes en los torsos. Los cuellos dieron un latigazo. Las cabezas se echaron atrás con un golpe seco. La hechicería explotó en esas mandíbulas, las oleadas estallaron hacia el cielo, arrojadas inútilmente al aire, donde las tres hechicerías chocaron y se retorcieron en un frenesí de destrucción mutua.

Donde había estado la ladera ya solo había nubes de polvo, tierra polvorienta, trozos de terrones todavía girando al viento, largas raíces arrastrándose como cabellos, la colina dio una sacudida cuando las dragonas, envueltas en toneladas de tierra, se estrellaron contra el suelo a cuarenta pasos de donde se encontraba Ben el Rápido.

Y hacia allí, para internarse en esa tormenta caótica de suelo y dragón, marchó el mago.

Surgían de él, como un estallido, oleadas que rodaban con el crujido de los rayos y bajaban barriendo como crestas que cargaban contra las criaturas. Y golpeaban a las bestias

revolcadas con una sucesión de impactos que sacudían la colina entera. Goteaba el fuego negro, las rocas crepitaban al lanzarse al aire, donde se limitaban a hacerse pedazos y convertirse en polvo.

Oleada tras oleada desatadas por las manos del mago.

Seto se tambaleó como un borracho hasta el borde y vio una dragona, machacada de frente, arrojada de espaldas y después empujada, resbalando, dando patadas, como una avalancha de carne y hueso hasta la cuenca, abriendo surcos profundos por la llanura a medida que la fuerza la impulsaba sin descanso alguno.

Otra, cuya piel parecía en llamas, intentó alzarse en el aire.

Una nueva oleada se elevó sobre la bestia y la volvió a aplastar con un crujido de huesos partidos.

La tercera criatura, medio enterrada bajo suelo humeante, se volvió de repente y se precipitó a por la dragona que tenía al lado. Abrió las mandíbulas, la magia brotó como un desgarro y alanceó el costado de la que había sido su aliada. La carne estalló y la sangre lo roció todo en una nube negra.

Un chillido agudo, ensordecedor, el latigazo de la cabeza de la dragona golpeada cuando unas mandíbulas enormes se cerraron sobre su garganta.

Seto vio que ese cuello se desplomaba en un mar de sangre.

Más sangre se derramó de la boca abierta de la dragona caída, una puñetera fuente entera…

Ben el Rápido regresaba ladera arriba, en apariencia indiferente a la carnicería que dejaba atrás.

La tercera dragona, la expulsada hacia la cuenca, en el extremo de una pista destrozada que se extendía por la hierba como una herida, se alzó por el aire chorreando

sangre y, subiendo cada vez más, viró hacia el sur y luego al este.

Las dragonas que luchaban en la base de la ladera se acuchillaban y desgarraban, pero la atacante no soltaba a su presa, herida de muerte, a la que había aferrado por el cuello la otra, y esos enormes colmillos la estaban atravesando de parte a parte. Entonces la columna crujió y se partió y, de repente, la cabeza cercenada y la garganta, de un brazo de largo, cayeron al suelo revuelto con un golpe seco y pesado. El cuerpo dio unas patadas y perforó con sus garras el bajo vientre de su asesina durante un momento más, después se hundió cuando una exhalación estalló del cuello amputado y lo salpicó todo.

Ben el Rápido llegó tambaleándose a la cima.

Seto apartó de mala gana los ojos de la escena de abajo y se quedó mirando al mago.

—Por tu aspecto se diría que el Embozado se ha limpiado el culo contigo, Rápido.

—Y así es como me siento, Seto. —Giró en redondo, el movimiento como el de un anciano—. ¡Sheltatha, qué criatura más desagradable, se volvió contra Menandore así, sin más!

—Cuando se dio cuenta de que no las ibas a dejar pasar, sí —dijo Seto—. Apostaría a que la otra va a por los imass.

—No irá más allá de Rud Elalle.

—No me extraña, la has convertido en una magulladura gigante.

En la cuenca, Sheltatha Sabiduría, el vientre desgarrado y abierto, se iba alejando muy maltrecha.

Seto contempló a la traicionera bestia.

—Sí, zapador —dijo Ben el Rápido con voz hueca—. Ahora puedes jugar tú.

Seto lanzó un gruñido.

—Pues menudo juego más corto, Rápido, leches.

—Y después te echas la siesta.

—Muy gracioso.

Seto levantó la ballesta e hizo una pausa para calibrar el ángulo. Apoyó el índice de su diestra en el gatillo. Y sonrió.

—Toma, chúpate ésta, vaca gorda con alas.

Un golpe sólido y seco cuando el maldito salió disparado y empezó a descender.

Y aterrizó dentro de la cavidad abierta en el vientre de Sheltatha Sabiduría.

La explosión mandó trozos de carne de dragón en todas direcciones. La lluvia densa, roja y pestilente se precipitó sobre Seto y Ben el Rápido. Y lo que podría haber sido una vértebra golpeó a Seto justo entre los ojos, dejándolo sin sentido al instante.

Vapuleado y a gatas por la conmoción, Ben el Rápido se quedó mirando a su amigo inconsciente y se echó a reír. Una carcajada más aguda de lo habitual.

Cuando entraron en la cueva de las pinturas, Onrack estiró una mano para detener a Ulshun Pral.

—Quédate aquí —dijo.

—Nunca es fácil —respondió Ulshun Pral, pero se detuvo no obstante.

Onrack asintió y miró las imágenes de los muros.

—Ves una y otra vez los defectos.

—Los fallos de mi mano, sí. El lenguaje de los ojos siempre es perfecto. Al reproducirlo sobre la piedra es donde se halla la debilidad.

—Éstos, Ulshun Pral, muestran pocas debilidades.

—Con todo…

—Quédate, por favor —dijo Onrack al tiempo que sacaba poco a poco la espada—. La Puerta… habrá intrusos.

—Sí.

—¿Es a ti a quien buscan?

—Sí, Onrack el Fracturado. Es a mí.

—¿Por qué?

—Porque un jaghut me dio algo, una vez, hace mucho tiempo.

—¿Un jaghut?

Ulshun Pral sonrió al ver el asombro en la cara de Onrack.

—Aquí, en este mundo —dijo—, hace mucho tiempo pusimos fin a nuestra guerra. Aquí, elegimos la paz.

—Y sin embargo, lo que te dio el jaghut ahora te pone en peligro, Ulshun Pral. Y a tus clanes.

Unos golpazos atronadores, profundos, sacudieron de pronto los muros que los rodeaban.

Onrack enseñó los dientes.

—Debo irme.

Ulshun Pral se quedó solo en la cueva con todas las pinturas que había elaborado, y ya no había luz una vez que Onrack y la antorcha que llevaba se habían ido. Mientras los tambores de magia lúgubre reverberaban por la roca que lo rodeaba, él se quedó donde estaba, inmóvil, durante una docena de latidos. Después echó a andar, tras Onrack. En dirección a la Puerta.

No había, en verdad, más elección.

Rud Elalle se había adentrado con los imass en las colinas escarpadas, habían bajado por un desfiladero estrecho y retorcido donde algún terremoto pasado había partido por la mitad una masa entera de caliza que había formado muros altos, sesgados, que flanqueaban una grieta que le atravesaba el corazón. A la entrada de ese canal, mientras Rud Elalle instaba a los últimos imass para que se metieran en el estrecho pasaje, Hostil Rator, Til'aras Benok y Gr'istanas Ish'ilm se detuvieron.

—¡Deprisa! —exclamó Rud Elalle.

Pero el jefe de clan estaba sacando con la diestra su espada de obsidiana larga como un alfanje y con la izquierda un mazo de granito con mango de hueso.

—Se acerca un enemigo —dijo Hostil Rator—. Continúa, Rud Elalle. Los tres protegeremos la entrada de este pasaje.

Oyeron un terrible trueno justo al sur del antiguo campamento.

Rud Elalle parecía perdido, sin saber qué hacer.

—No vinimos a este reino… esperando lo que hemos encontrado —dijo Hostil Rator—. Ahora somos de carne, y también lo son esos imass que tú llamas tuyos. La muerte, Rud Elalle, ha llegado. —Señaló al sur con su espada—. Una única dragona ha escapado del mago supremo. Para darte caza a ti y a los bentract. Rud Elalle, incluso como dragona, debe aterrizar aquí. Debe cambiar entonces y adoptar su otra forma para poder caminar por este pasadizo. La esperaremos aquí, nosotros tres… desconocidos.

—Puedo…

—No, Rud Elalle. Esta dragona quizá no sea el único peligro para ti y los clanes. Debes irte, debes prepararte para resistir como su último protector.

—¿Por qué… por qué hacéis esto?

—Porque nos agrada. —*Porque tú nos agradas, Rud Elalle. Y también Ulshun Pral. Y los imass*…

Y vinimos aquí con caos en el corazón.

—Vete, Rud Elalle.

Sukul Ankhadu sabía que sus hermanas estaban muertas y, a pesar de la conmoción que engendraba comprender eso (se había hecho pedazos su plan de destruir a Silchas Ruina, de esclavizar el finnest de Scabandari y someter a esa alma desgarrada y vulnerable a una crueldad interminable), una

parte de ella estaba llena de júbilo. Menandore (a quien ella y Sheltatha Sabiduría habían tenido intención de traicionar en cualquier caso) jamás volvería a ensuciar los deseos y las ambiciones de Sukul. Sheltatha, bueno, había hecho lo que había que hacer, se había vuelto contra Menandore en su momento de mayor debilidad. Y si hubiera sobrevivido, Sukul habría tenido que matar a la muy zorra ella misma.

Extraordinario, que un solitario mortal humano pudiera desatar semejante poder venenoso. No, no un simple mortal humano. Estaba convencida de que había otras cosas ocultas dentro de ese cuerpo escuálido. Si jamás se lo volvía a encontrar, Sukul conocería una vida de paz, una vida sin miedo.

Sus heridas eran, dadas las circunstancias, relativamente leves. Tenía un ala hecha pedazos, lo que la obligaba a depender casi por completo de la hechicería para mantenerse en el aire. Un surtido de arañazos y brechas, pero la hemorragia ya había menguado y las heridas se estaban cerrando.

Podía oler el hedor de los imass, podía seguir con facilidad el rastro que serpenteaba por las accidentadas colinas de allí abajo.

Rud Elalle era un auténtico hijo de Menandore. Un soletaken. Pero tan joven, tan ingenuo. Si la fuerza bruta no podía derrotarlo, lo derrotaría la perfidia. Su último acto de venganza (y traición) contra Menandore.

El rastro conducía a un canal estrecho de paredes altas, un canal que parecía llevar más abajo, quizá a unas cuevas. Ante la entrada había un claro pequeño y llano, limitado en ambos extremos por cantos rodados.

Sukul se dejó caer y ralentizó su vuelo.

Y vio, de pie ante la entrada del desfiladero, un guerrero imass.

Bien. Puedo matar. Puedo nutrirme.

Se posó en el claro, el sitio era muy estrecho, la única ala que le funcionaba tuvo que encogerse mucho, y después se transformó, retrayendo su poder hacia el interior. Hasta que se quedó allí plantada, ni a veinte pasos del imass.

Mortal. Nada más que lo que parecía.

Sukul Ankhadu se echó a reír. Se acercaría a él andando, le arrancaría las armas de piedra y le hundiría los dientes en la garganta.

Todavía riéndose, Sukul se acercó.

El mortal se preparó, y para ello se agazapó.

A diez pasos, el mortal la sorprendió. El mazo, tras dibujar un rizo solapado, salió disparado del brazo estirado del hombre.

Sukul se arrojó a un lado (si ese arma la hubiera alcanzado, le habría hecho pedazos el cráneo), y cuando el imass saltó hacia ella con la espada, ella estiró el brazo y lo cogió por la muñeca. Retorció y partió los huesos. Con la otra mano lo cogió por la garganta y lo levantó del suelo.

Y vio una sonrisa en el rostro del mortal cuando le aplastó la garganta.

Detrás de ella, dos invocahuesos se transformaron en bestias idénticas (osos de patas largas, con colas vestigiales, recubiertos de denso pelo castaño y negro, con los morros aplastados, los hombros a la altura de un tiste) que surgieron del refugio de los cantos rodados y, cuando murió Hostil Rator, los soletaken se abalanzaron a la carga.

Y se estrellaron contra Sukul Ankhadu, uno por la izquierda, el otro por la derecha. Unas garras enormes la acuchillaron, unas inmensas patas delanteras la rodearon y unas mandíbulas bien abiertas la desgarraron.

Los caninos inferiores se hundieron bajo la mandíbula, por la izquierda, los caninos superiores perforaron carne y hueso y, cuando la bestia azotó la cabeza hacia un lado, la

mandíbula inferior de Sukul, el pómulo izquierdo y el hueso temporal, todo fue detrás.

La segunda bestia le atravesó la parte superior del brazo derecho cuando cerró las mandíbulas alrededor del torso de Sukul y atrapó un bocado entero de costillas aplastadas y pulmón destrozado.

Cuando el terrible dolor y la presión se desprendieron de repente de su cabeza, Sukul se dio la vuelta. El brazo izquierdo, el único que todavía tenía acoplado al cuerpo, había estado sujetando al guerrero y al liberar al imass moribundo desplazó ese brazo hacia atrás y le asestó un revés al oso gigante en un lado de la cabeza. Y con ese impacto liberó una oleada de poder.

La cabeza de la bestia estalló en una masa de fragmentos de hueso, cerebro y dientes.

Cuando la cabeza cayó, Sukul Ankhadu intentó retorcerse otra vez para alcanzar el morro de la segunda bestia.

Ésta se echó hacia atrás con una sacudida y desgarró costillas y pulmón.

Sukul giró en redondo y metió la mano entre las clavículas de la criatura. Penetró en la gruesa piel, en un mar de chorros de sangre y carne blanda, los dedos se cerraron alrededor de la tráquea irregular…

Una zarpa con garras la golpeó en un lado de la cabeza, el mismo lado que ya había malherido la primera bestia, y donde había estado el hueso temporal, la masa cerebral salió a chorro con el impacto. Las garras atraparon más hueso y cartílago duro y hurgaron en la parte anterior del cerebro al salir.

El movimiento arrancó la parte superior delantera de la cabeza de Sukul y el resto de la cara, derramando sesos por el espacio abierto.

En ese momento, la otra zarpa aporreó lo que quedaba del otro lado. Cuando hubo completado su paso, todo lo que

quedaba era una sección del hueso occipital enganchado a un trozo de cuero cabelludo que aleteaba, colgando de la nuca.

Las rodillas de Sukul Ankhadu cedieron. Su mano izquierda salió de la herida de la garganta de la segunda bestia con una especie de sollozo.

Podría haberse quedado de rodillas, equilibrada por la repentina ausencia de peso alguno sobre los hombros, pero entonces la criatura que al fin la había matado se precipitó hacia delante y su enorme peso la aplastó contra el suelo. El soletaken, que en otro tiempo había sido Til’aras Benok, se fue asfixiando poco a poco con la tráquea aplastada.

Unos momentos después, el único sonido que surgía en aquel modesto claro era el gorgoteo de la sangre.

Trull Sengar oyó los ecos apagados de la hechicería y temió por sus amigos. Algo estaba intentando llegar a ese lugar y si ese ente (o entes) conseguía dejar atrás a Seto y Ben el Rápido, Trull se encontraría una vez más con casi todo en contra. Incluso con Onrack a su lado…

No obstante, mantuvo la mirada puesta en las puertas. Las llamas silenciosas se alzaban y decaían dentro de los portales, cada una con su propio ritmo, cada una teñida de un tono diferente. El aire estaba cargado. Las chispas de estática crujían en el polvo que había empezado a arremolinarse y alzarse del suelo de piedra.

Oyó un ruido tras él y se volvió. Lo invadió el alivio.

—Onrack…

—Buscan a Ulshun Pral —respondió su amigo al salir de la boca del túnel, dos pasos, tres, antes de detenerse—. Estás demasiado cerca de esas puertas, amigo mío. Ven…

No llegó a decir más.

Los fuegos de una de las puertas se apagaron con un guiño y del interior del portal oscuro surgieron, súbitamente, unas figuras.

Dos zancadas por detrás de Silchas Ruina, Seren Pedac fue la siguiente en cruzar el umbral. No supo lo que la empujó a pasar de golpe por delante de Temor Sengar, y no le atribuyó especial importancia a que Clip se quedara atrás. Un extraño tirón se apoderó de su alma, un ansia repentina, insoportable, que arrolló su miedo creciente. De repente, la lanza de piedra que sostenía en las manos le pareció tan ligera como un junco.

Oscuridad, un destello momentáneo, como una luz lejana, y se encontró pisando piedra granulosa.

Una cueva. A ambos lados, los buches furiosos de más puertas que lo inundaban todo de luz.

Silchas Ruina se detuvo delante de ella y sus espadas salieron con un siseo de las vainas. Había alguien de pie delante de él, pero en ese momento la visión de Seren Pedac estaba bloqueada por el Cuervo Blanco.

Vio un guerrero salvaje en pie, más atrás, y tras él, una silueta solitaria a la entrada de un túnel.

Temor Sengar apareció a su izquierda.

Seren dio otro paso para rodear a Silchas Ruina, para ver quién había hecho detenerse al tiste andii albino.

Y en ese mismo instante comenzó el terror.

En el rostro de Temor Sengar una expresión de profundo horror cuando pasó como una exhalación junto a Seren Pedac. Con un cuchillo en la mano alzada. La hoja bajando con un destello hacia la espalda de Silchas Ruina.

Y entonces cesó todo movimiento de Temor. El brazo del cuchillo se agitó y acuchilló el aire cuando Silchas Ruina

(como si no fuera en absoluto consciente del ataque) daba un único paso adelante.

Un terrible gorgoteo surgió de Temor Sengar.

Seren Pedac se giró en redondo y vio a Clip justo detrás de Temor. Vio que la cadena que había entre las manos de Clip se deslizaba casi sin esfuerzo por la garganta de Temor Sengar. La sangre salió disparada.

Más allá de Clip, Udinaas, con Tetera sujeta con fuerza entre sus brazos, intentaba huir; una sombra brotó bajo él, se enroscó alrededor de sus miembros inferiores y arrastró al letherii al suelo de piedra, donde Marchito se arremolinó sobre Udinaas.

Clip soltó un extremo de la cadena y de un latigazo la desprendió de la garganta de Temor Sengar. Con los ojos fijos, una expresión de fiero propósito clavada en la cara, la cabeza del tiste edur se encorvó hacia atrás y reveló una brecha que le llegaba hasta la columna. Cuando Temor Sengar cayó, Clip se deslizó como un contorno borroso y letal hacia Udinaas.

Paralizada por la conmoción, Seren Pedac se quedó allí clavada. No podía creerlo, un grito de negación desgarrado le atravesaba la garganta como un cuchillo.

Las espadas de Silchas Ruina cantaban enzarzadas en una batalla letal con quien fuera que se encontraba frente a él. Impactos secos, hojas que eran desviadas a una velocidad imposible.

Marchito había envuelto con unas manos de sombra el cuello de Udinaas y estaba asfixiando al antiguo esclavo.

Tetera se liberó de un tirón y se giró para aporrear con sus manos diminutas al espectro.

Y en ese mismo instante, una voluntad feroz brotó del interior de Seren Pedac. La voluntad de matar. Y se abalanzó como una jabalina contra Marchito.

El espectro estalló en jirones cuando llegó Clip, que se quedó por encima de Udinaas y bajó una mano para agarrar por la túnica, entre los omóplatos, a Tetera.

Clip arrojó a la chiquilla al suelo. La pequeña chocó, resbaló y rodó como un montón de trapos.

Con puñetazos concentrados de Mockra, Seren Pedac aporreó a Clip y lo hizo alejarse tambaleándose. Le saltó sangre de la nariz, la boca y los oídos. Después se giró de golpe y una mano salió disparada.

Algo sacudió a Seren Pedac en la parte superior del hombro izquierdo. Una agonía repentina irradió del punto de impacto y toda la concentración de la mujer se desvaneció bajo esas oleadas abrumadoras. Bajó la vista y vio una daga hundida hasta la empuñadura, y se la quedó mirando sin poder creérselo.

No hubo tiempo para pensar. A Trull Sengar no le quedó más que realidades que debía admitir. Una, luego otra, llegaban en oleadas que lo dejaban aturdido.

De la puerta surgió una aparición, y Trull Sengar se había encontrado ante ésa antes, mucho tiempo atrás, durante una noche en la que había velado a un pariente caído. Fantasma de la oscuridad. El Traidor. Ya no carecía de armas, como había carecido aquella primera vez. Ya no estaba medio podrido, pero los carbones de esos ojos aterradores permanecían encendidos, clavados en él con una familiaridad brillante.

Y en voz muy baja, casi un susurro, el Traidor habló.

—Por supuesto que eres tú. Pero esta batalla no es…

Y en ese momento Trull Sengar vio a su hermano. Temor, el dios de su niñez, el desconocido de sus últimos días entre los tiste edur. Temor, que se encontró con los ojos muy abiertos de Trull. Que vio la batalla a punto de comenzar.

Que comprendió… y entonces apareció un cuchillo en su mano y, cuando se abalanzó para apuñalar al Traidor por la espalda, Trull leyó en el rostro de su hermano (en un instante) toda la medida de la conciencia repentina de sí mismo de Temor, la amarga ironía, la verdad de generaciones pasadas que regresaba una vez más, una última vez. *Silchas Ruina, un cuchillo edur buscándole la espalda*.

Cuando Temor sufrió un tirón que lo echó hacia atrás, cuando su garganta se abrió de par en par, Trull Sengar sintió que su mente, que su alma, se desvastaba, se inundaba de una furia incandescente, y comenzó a adelantarse, la punta de su lanza buscando al asesino de su hermano…

Y el Traidor venía de camino.

Una cuchillada abrió la piel del Traidor por la base de la garganta, la punta resbaló por una clavícula; y entonces un empujón que perforó el músculo del hombro izquierdo de la aparición.

Y de inmediato las espadas del Traidor tejieron una madeja de hierro cantarín, desviaban cada estocada rápida y certera de la lanza y cada barrido también. Y sin más, el avance de Trull Sengar se atascó, y el otro empezó a llevarlo hacia atrás con unas espadas que aporreaban el mango de su lanza, que iban arrancando las capas de bronce y empezaban a astillar la madera.

Y Trull Sengar reconoció, allí, ante él, su propia muerte.

Onrack el Fracturado vio que fracasaba el ataque de su amigo, vio que la lucha daba un vuelco radical y vio que Trull Sengar estaba condenado a caer.

Y sin embargo no se movió. No pudo.

Sintió que su corazón se partía en mil pedazos, pues el hombre que estaba detrás de él (el imass, Ulshun Pral) era, Onrack lo supo al instante, de su propia sangre. Una revelación, la suma de un millar de sensaciones misteriosas, de instintos, los ecos de gestos, la propia postura de Ulshun Pral, su modo de caminar, y el talento de los ojos y las manos; era, oh, era…

La lanza de Trull Sengar estalló en las manos del guerrero. Una espada lanzó un latigazo…

El golpe en el hombro había hecho caer de rodillas a Seren Pedac y la había tirado de lado, y descubrió entonces, allí, ante Silchas Ruina, a Trull Sengar.

Clip, la sangre chorreándole por la cara, se había dado la vuelta otra vez para perseguir a Udinaas, que se arrastraba en su intento por llegar hasta Tetera.

Y ante ella se alzó una elección.

Trull.

O Udinaas.

Pero, por desgracia, a Seren Pedac nunca se le había dado muy bien elegir.

Con las manos mandó la lanza de piedra resbalando hacia Trull Sengar, al tiempo que el arma de éste se hacía mil pedazos. Y, tras arrancarse la daga del hombro, renovó su asalto de Mockra contra Clip, haciendo que el malnacido se tambaleara una vez más.

Cuando el arma giró para alcanzar a Trull en un lado de la cabeza, el tiste edur se dejó caer y rodó para eludir la segunda arma que caía sobre él. No fue lo bastante rápido. El borde se le clavó con fuerza en la cadera derecha y se hincó en el hueso sólido.

Trull se apoderó del antebrazo del Traidor, tiró y retorció al mismo tiempo (el dolor cuando intentó atrapar esa espada incrustada lo cegó por un momento y llenó su cráneo de un fuego incandescente). Y contra la otra arma nada podía hacer…

Pero el Traidor dio un pequeño tirón que lo desequilibró, echó un pie a un lado para enderezarse y pisó el asta de la lanza de piedra que en ese momento rodaba bajo su peso.

Y al suelo se fue.

Trull vio la lanza y se estiró hacia ella. Envolvió el asta con las dos manos y, todavía echado de lado, una de las espadas cantarinas sujetas bajo su cuerpo (el brazo del Traidor extendido mientras intentaba mantenerla aferrada), el edur empujó el extremo romo de la lanza contra el estómago de su oponente.

Y le arrancó todo el aire de los pulmones.

Se abalanzó hacia atrás, rodó y la espada que tenía Trull debajo cayó de golpe cuando la mano del Traidor la soltó sin querer. Y su oponente dio un golpazo con la mano al arma para sacársela del hueso de la cadera.

El fuego incandescente permanecía en su mente, pero se obligó a ponerse de rodillas y luego en pie. La pierna bajo la herida se negó a obedecerle y él gruñó con una rabia repentina y se esforzó por enderezarse. Después, arrastrando la pierna, fue cercando al Traidor…

Seren Pedac (todos sus esfuerzos por incinerar el cerebro de Clip estaban fracasando) se encogió cuando el, en ese momento, sonriente tiste andii abandonó la persecución de Udinaas, se giró y se avalanzó sobre ella con cuchillo y estoque. Dientes carmesíes, vetas carmesíes que brotaban de sus ojos como lágrimas…

En ese momento, por imposible que fuera, Trull Sengar hirió a Silchas Ruina, tiró de espaldas al Cuervo Blanco, cuya cabeza cayó hacia atrás y se estrelló contra el suelo, lo que lo aturdió.

Y Clip se volvió, lo vio y salió disparado como una bruma baja hacia Trull.

Al tiste lo recibió una lanza que salió disparada. Clip la esquivó en el último instante, había sorpresa en sus rasgos, y se detuvo con un resbalón antes de verse, de repente, luchando por su vida.

Contra un tiste edur tullido.

Que lo hizo retroceder un paso.

Y luego otro.

Las heridas brotaron en Clip. El brazo izquierdo. En las costillas, por el lado derecho. Le abrieron el pómulo derecho.

En un ataque fortuito, que cambió a una velocidad aterradora, Trull Sengar invirtió la lanza y el asta de piedra se estrelló con un fuerte crujido contra el antebrazo derecho de Clip, que se rompió. Otro crujido dislocó el hombro derecho y el cuchillo salió dando vueltas. Tercer golpe, ése en la parte superior del muslo izquierdo, lo bastante fuerte como para astillarle el fémur. Un último impacto contra la sien izquierda de Clip, un chorro de sangre, la cabeza meciéndose hacia un lado, el cuerpo derrumbándose bajo ella. El estoque cayendo con un tintineo de la mano inerte.

Y Trull se volvió entonces en redondo otra vez hacia Silchas Ruina…

Pero le falló la pierna herida y cayó… Seren oyó su maldición como una réplica áspera…

El tiste andii de piel blanca avanzó hacia donde se encontraba Onrack. La espada solitaria de su mano derecha aulló cuando la preparó.

—Hazte a un lado, imass —dijo—. El que tiene detrás es mío.

Onrack negó con la cabeza. *Es mío. ¡Mío!*

Fue obvio que el tiste andii vio la negativa de Onrack en la cara del guerrero imass, porque de repente gruñó (un sonido de impaciencia salvaje) y atacó de golpe con la mano izquierda.

La hechicería se estrelló como un martillo contra Onrack. Lo levantó del suelo y lo lanzó por el aire antes de arrojarlo violentamente contra un muro de piedra.

Y cuando cayó contra el suelo duro, un único pensamiento flotó por su mente antes de que se lo llevara la inconsciencia: *Otra vez no.*

Trull Sengar, tirado en el suelo, impotente, gritó al ver a Onrack envuelto en magia y volando por los aires. Luchó por ponerse en pie, pero la pierna era un peso muerto y empezó a dejar un denso rastro de sangre al arrastrarse hacia Silchas Ruina.

Y entonces había alguien arrodillado a su lado. Unas manos blandas en uno de sus hombros…

—Para —murmuró una voz de mujer—. Para, Trull Sengar. Es demasiado tarde.

Udinaas luchaba por respirar. Las manos indefinidas de Marchito le habían aplastado algo en la garganta. Sintió que se debilitaba, la oscuridad se cernía por todos lados.

Había fracasado.

Incluso sabiéndolo, había fracasado.

Ésta es la verdad de los antiguos esclavos, porque hasta esa expresión es mentira. La esclavitud se asienta en el alma. Mi amo ahora es nada menos que el propio fracaso.

Se instó a permanecer consciente y levantó la cabeza. *Mete el aire dentro, maldito seas. Alza la cabeza, fracasa si hace falta, pero no te mueras. Todavía no. ¡Levanta la cabeza!*

Y mira.

Silchas Ruina envainó la espada que le quedaba y se acercó a Ulshun Pral.

Y lo agarró por la garganta.

Una voz queda de mujer habló a su izquierda.

—Haz daño a mi hijo, tiste andii, y no abandonarás este lugar.

Se volvió y vio a una mujer, una imass, vestida con la piel de una pantera. Estaba de pie junto a la forma postrada del guerrero que él acababa de arrojar al suelo.

—Que este vive —dijo ella con un gesto que señalaba al imass que permanecía junto a sus pies desnudos— es la única razón por la que no te he destrozado ya.

La mujer era invocahuesos y la mirada de sus ojos felinos era una promesa oscura.

Silchas Ruina soltó al imass que tenía delante, bajó la mano y liberó con un gesto hábil una daga de pedernal.

—Esto —dijo— es todo lo que necesito. —Y en cuanto sostuvo la primitiva arma en la mano, supo que había dicho la verdad.

Se apartó sin que sus ojos abandonaran los de la mujer.

Ésta no se movió.

Satisfecho, Silchas Ruina se dio la vuelta.

Seren, arrodillada junto a Trull Sengar, observó al Cuervo Blanco acercarse a donde Tetera estaba sentada en el suelo de piedra. Bajó la mano libre para cogerla.

Un rebujo de túnica, un tirón repentino que levantó a la niña por el aire, después la volvió a bajar, sin ninguna consideración, y la arrojó de espaldas. La cabeza infantil crujió contra la piedra al tiempo que el tiste andii le hundía el cuchillo de pedernal en el centro del pecho.

Las piernecitas comenzaron a patalear, al poco se quedaron quietas.

Silchas Ruina se irguió poco a poco. Dio un paso atrás.

Udinaas volvió la cabeza, su visión se llenó de lágrimas. Por supuesto, la niña lo sabía, igual que lo había sabido él. Tetera era, después de todo, la última creación desesperada de un azath.

Y allí, en ese lugar brutal, la habían unido a un finnest.

Oyó que Seren Pedac gritaba. Miró una vez más y parpadeó para aclararse los ojos.

Silchas Ruina había retrocedido hacia una de las puertas.

Donde Tetera yacía, el mango envuelto en cuero del cuchillo de pedernal sobresaliendo de su pecho, el aire había comenzado a arremolinarse y la oscuridad se condensaba. Y el cuerpecito se agitaba con sacudidas intermitentes, un lento retorcimiento de miembros a medida que las raíces iban saliendo como serpientes y hundían los zarcillos en la propia piedra. La roca siseó, humeó.

Silchas Ruina se quedó mirando un momento más, al cabo dio media vuelta, recogió su segunda espada, la envainó, se metió por una puerta y desapareció.

Con la respiración menos forzada, Udinaas se giró y buscó el cuerpo de Clip, pero al malnacido no estaba. Un rastro de sangre llevaba a una de las puertas. *Tiene sentido. Pero oh, vi a Trull Sengar, lo vi enfrentarse a ti, Clip. Tú, mirando burlón esa arma miserable, la lanza humilde. Lo vi, Clip*.

La nube oscura que rodeaba el cuerpo de Tetera había retoñado y crecido. Cimientos de piedra, raíces negras, el goteo del agua extendiéndose en una mancha.

Un azath para albergar para siempre el alma de Scabandari. Silchas Ruina, te has vengado. Tu intercambio perfecto.

Y porque no podía evitarlo, Udinaas bajó la cabeza y comenzó a llorar.

De algún modo, Trull Sengar se puso en pie. Aunque sin Seren Pedac a su lado, sosteniendo buena parte de su peso, y sin la lanza en la que se apoyaba, la corifeo sabía que habría sido imposible.

—Por favor —le dijo Trull—, mi hermano.

Ella asintió, hizo una mueca al sentir que la herida en su hombro volvía a sangrar, y empezó a ayudarlo a cruzar cojeando hasta donde estaba tirado el cuerpo de Temor Sengar, casi a los pies de la ya oscurecida puerta.

—¿Qué he de hacer? —preguntó Trull, de repente vacilante y mirando hacia donde se encontraba la mujer achaparrada que vestía la piel de una pantera. Ella y el imass que había llevado el finnest estaban agachados junto a la forma de un tercer imass, un guerrero. La mujer acunaba la cabeza del guerrero muerto o inconsciente—. Onrack… mi amigo…

—Los parientes primero —dijo Seren Pedac. Alzó la voz y se dirigió a los imass—. ¿Vive el caído?

—Sí —respondió el guerrero—. Mi padre vive.

El llanto estalló en Trull Sengar y se hundió contra ella. Seren se tambaleó bajo su peso un momento, después se irguió.

—Ven, mi amor.

Eso captó la atención de Trull como, quizá, nada más lo haría. Buscó algo en su rostro, en sus ojos.

—Debemos regresar a mi casa —dijo Seren, el pavor le arañaba el corazón. *Otro, después de todo lo que les he hecho a aquellos que estuvieron antes que él. Que el Errante me perdone. Otro*—. Llevo una espada —añadió—. Y querría enterrarla en el umbral. —*¿Y he de arrodillarme entonces, con tierra en las manos, y taparme los ojos? ¿He de llorar de pena por lo que está por venir? ¿Por todo lo que te provocaré, Trull Sengar? Mis cargas…*

—He soñado con que dijeras eso, Seren Pedac.

Ella cerró los ojos durante un largo instante y asintió.

Echaron a andar de nuevo y cuando llegaron junto a Temor Sengar, Seren dejó que Trull se acomodara en el suelo; el tiste edur dejó la lanza y estiró el brazo para tocar el rostro inerte, ceniciento, de su hermano.

No muy lejos, Udinaas (el rostro bañado en lágrimas) habló con voz dura y áspera.

—Te saludo, Trull Sengar. Y debo decirte… que tu hermano, Temor… murió como lo haría un héroe.

Trull levantó la cabeza y se quedó mirando al letherii.

—Udinaas. Te equivocas. Mi hermano intentaba… una traición.

—No. Te vio, Trull, y sabía lo que pretendía Silchas Ruina. Sabía que tú nunca podrías enfrentarte al Cuervo Blanco. ¿Me entiendes? Te vio.

—¿Sirve eso de algo? —soltó de repente Seren Pedac.

Udinaas mostró unos dientes manchados de sangre.

—Siendo la única alternativa la «traición», corifeo, entonces sí. Trull, yo… lo siento. Y sin embargo… Temor, estoy orgulloso de él. Orgulloso de haberlo conocido.

Y Seren vio asentir a su amado, y después esbozar una especie de sonrisa llena de pena que le dedicó al antiguo esclavo.

—Te lo agradezco, Udinaas. Tu viaje, el viaje de todos, vuestro viaje debe de haber sido largo. Difícil. —La miró a ella y de nuevo a Udinaas—. Por permanecer junto a mi hermano, os lo agradezco a los dos.

Oh, Trull, ojalá nunca sepas la verdad.

Onrack el Fracturado abrió los ojos a un antiguo sueño, y esa ilusión se retorció como un cuchillo en su alma. *No hay olvido, entonces. Se me niega la paz. En su lugar, mis crímenes regresan. Para perseguirme*.

Y sin embargo… Ulshun Pral…

Un antiguo sueño, sí, y cerniéndose un poco más allá, un sueño mucho más joven, un sueño que él ni siquiera había sabido que existía. El ritual de Tellann les había robado a tantos hombres de los imass la opción de internarse en el futuro, la creación de hijos, hijas, ese enraizar de la vida en el suelo que continuaba viviendo.

Sí, ése había sido sin duda un sueño…

Kilava Onass frunció el ceño de repente.

—Clavas los ojos, Onrack, con toda la inteligencia de un bhederin. ¿Has perdido el seso?

Los sueños no regañaban, ¿verdad?

—Ah —dijo ella entonces, con un asentimiento—, ahora te veo como antaño, veo el pánico que siempre llena los ojos de un hombre cuando todo lo que ha ansiado está de repente a su alcance. Pero has de saber una cosa, yo también he ansiado y yo también siento ahora… pánico. Amar en ausencia es flotar en aguas siempre quietas. No hay corrientes repentinas. No hay mareas traicioneras. No hay posibilidad de ahogarse. Tú y yo, Onrack, hemos flotado así durante mucho tiempo.

Él se la quedó mirando, sí, estaba echado sobre piedra dura. En la cueva de las puertas.

Entonces Kilava sonrió y al hacerlo reveló esos caninos letales.

—Pero yo tuve mejor suerte, creo. Pues me hiciste un regalo, fruto de esa única noche. Me diste a Ulshun Pral. Y cuando encontré este… esta ilusión, encontré para nuestro hijo un hogar, un refugio.

—Este reino… muere —dijo Onrack—. ¿Somos ahora ilusiones todos?

Kilava sacudió la cabeza y su espléndido cabello negro rieló.

—Gothos le dio a nuestro hijo el finnest. En cuanto al resto, bueno, tu hijo me lo ha explicado. El tiste andii de piel blanca, Silchas Ruina, trajo la semilla de un azath, una semilla bajo el disfraz de una niña. Para aceptar el finnest, para usar su poder para crecer. Onrack, pronto estas puertas quedarán selladas, todas y cada una introducidas en la Casa, en una torre achaparrada y tosca. Y este reino, con una Casa Azath aquí, este reino ya no vaga, ya no se desvanece. Está enraizado y así permanecerá.

—Gothos dijo que Silchas Ruina vendría un día a por el finnest —dijo tras ella Ulshun Pral—. Gothos pensaba que eso tenía… gracia. Los jaghut —apostilló— son raros.

—Para alcanzar la libertad —añadió Kilava Onass—. Silchas Ruina hizo un trato con un azath, un azath que se estaba muriendo. Ha hecho lo que se le pidió. Y el azath renace.

—Entonces… no nos hacía falta luchar.

Kilava frunció el ceño.

—Jamás confíes en un tiste andii. —Sus ojos luminosos se apartaron apenas un instante—. Parece que había otros… asuntos.

Pero Onrack no estaba listo para pensar en eso. Continuaba con los ojos clavados en Kilava Onass.

—Tú, entonces, esa noche, en la oscuridad…

El ceño femenino se profundizó.

—¿Siempre fuiste tan corto? No lo recuerdo… por los espíritus, mi pánico empeora. Pues claro que era yo. Me vinculaste a la piedra, con los ojos y las manos. Con tu amor, Onrack. El tuyo era un deseo prohibido e hirió a muchos. Pero no a mí. Yo solo sabía que debía responder. Debía dejar que mi corazón hablara. —Le posó una mano en el pecho—. Como habla ahora el tuyo. Eres de carne y hueso, Onrack. El ritual ha liberado tu alma. Dime, ¿qué buscas?

Él le sostuvo la mirada con la suya.

—Ya lo he encontrado —dijo.

Cada hueso del cuerpo le dolía cuando decidió levantarse. De inmediato, su mirada se vio arrastrada al lugar donde había visto por última vez a Trull Sengar y, al ver a su amigo, un pavor creciente quedó barrido de su mente.

Trull Sengar, es tan difícil matarte a ti como a mí.

Un momento después vio las lágrimas en el rostro del edur y pareció entonces que habría dolor ese día, después de todo.

En la entrada de una fisura, no lejos de allí, en un pequeño claro, Rud Elalle se encontraba en medio de una carnicería. Donde había muerto una de las hermanas de su madre. Donde habían muerto tres imass.

Y más allá, en algún lugar, lo sabía en el fondo de su corazón, encontraría el cuerpo de su madre.

Permanecía sobre un terreno empapado en sangre y se preguntó qué era lo que acababa de morir en su alma.

Un tiempo después, mucho después, descubriría la palabra para describirlo.

Inocencia.

Ben el Rápido todavía cojeaba como un viejo, lo que divertía muchísimo a Seto.

—Ahí lo tienes —dijo mientras se dirigían hacia la cueva y el túnel que llevaba a las Puertas de Starvald Demelain—, justo el aspecto que tendrás dentro de veinte años. Horripilante y cojo. Empujando los dientes flojos con una lengua púrpura y murmurando rimas por lo bajo…

—Sigue hablando, zapador, y sabrás todo lo que hay que saber sobre dientes flojos. De hecho, me sorprende que no se te cayeran unos cuantos cuando te golpeó ese hueso. Dioses del inframundo, de lo más gracioso que he visto jamás.

Seto levantó el brazo y se tocó con cuidado el enorme chichón que le había salido en la frente.

—Bueno, nosotros ya cumplimos. ¿Cómo crees que les fue a los otros?

—Lo averiguaremos pronto —respondió el mago—. Una cosa, sin embargo.

—¿Qué?

—Ahora hay una Casa Azath creciendo en este puñetero reino.

—¿Lo que significa?

—Oh, montones de cosas. En primer lugar, este sitio ahora es real. Y seguirá vivo. Estos imass continuarán viviendo.

Seto lanzó un gruñido.

—Rud Elalle estará contento. Y Onrack también, me imagino.

—Sí. Y hay otra cosa, solo que no creo que nadie se alegre. En esa Casa Azath habrá una torre, y en esa torre, todas las puertas.

—¿Y qué?

Ben el Rápido suspiró.

—Maldito idiota. Las Puertas de Starvald Demelain.

—¿Y?

—Pues eso. Tronosombrío y Cotillion. A los que les gusta usar los azath siempre que les conviene. Ahora tienen una forma de entrar. Y no solo a este reino.

—¿A Starvald Demelain? ¡Dioses del inframundo, Rápido! ¿Por eso acabamos de hacer todo eso? ¿Es eso lo que te trajo aquí?

—No hace falta chillar, zapador. Cuando se trató de plantar esa Casa, ni siquiera fuimos testigos. ¿A que no? Pero sabes, es lo que esos dos cabrones astutos saben, o parecen saber, lo que me preocupa de verdad. ¿Puedes comprender lo que te digo?

—Oh, que el Embozado se te mee en las botas, Ben Adaephon Delat.

—¿Tienes ahí todo tu equipo, Seto? Bien. Porque una vez que lleguemos a las Puertas, vamos a atravesar una de ellas.

—¿Ah, sí?

—Pues sí. —Y el mago le dedicó una gran sonrisa al zapador—. Viol jamás ha sido el mismo sin ti.

Silchas Ruina se encontraba entre antiguos cimientos (un resto forkrul assail que se iba desplomando poco a poco por la ladera de la montaña); alzó la cara al cielo azul tras los altísimos árboles.

Había cumplido la promesa que le había hecho al azath.

Y le había entregado al alma de Scabandari un indulto que Ojodesangre no se merecía.

La venganza, él bien lo sabía, era un triunfo envenenado.

Le quedaba una tarea. Una sin importancia, para poco más que quitarse la sensación de que había que reparar un

desequilibrio atroz. No sabía mucho de ese tal dios Tullido. Pero lo poco que sabía, a Silchas Ruina no le gustaba.

Por tanto, extendió los brazos y se transformó en dragón.

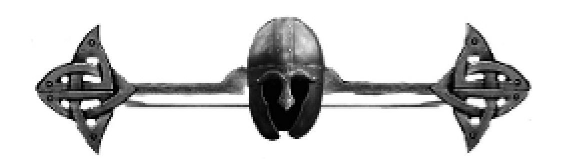
Se alzó hacia el cielo, las ramas se troncharon en los árboles y las apartó con un empellón de los hombros. Se internó en el vivificante aire de la montaña. Muy al oeste, un par de cóndores viraron para alejarse, aterrados de repente. Pero la dirección que eligió Silchas Ruina no fue el oeste.

Fue el sur.

Hacia una ciudad llamada Letheras.

Y esa vez, en verdad, había sangre en su mente.

24



Si éstos fueran nuestros últimos días,
si todos aquellos cuyos ojos pueden mirar al interior
dejaran de comprender,
¿quién quedaría para llorar?

Agachamos las cabezas,
acosados por el fracaso de la ambición.
Los ojos ven y son indiferentes.
Los ojos presencian y no les importa.

La pétrea mirada de las estatuas,
que protegen la perfeccionada plaza,
está tallada tan cálida
como la suave rendición de la historia.

Y las criaturas que bailando
entran y salen de nuestras bocas abiertas,
solas oyen el viento gimiendo;
su voz hueca, santificada.

Así que, en éstos, nuestros últimos días,
el fin de lo que vemos está dentro,
donde todo comenzó y comienza nunca jamás.
El alivio de un momento, y luego cae la oscuridad.

La danza sin testigos
—Pescador Kel Tath

El túmulo de Pico comenzó con unos cuantos huesos arrojados a la ceniza y el esqueleto carbonizado, astillado, que era todo lo que quedaba del joven mago. En poco tiempo, otros objetos se unieron al montón. Hebillas, broches, fetiches, monedas, armas rotas. Para cuando el puño Keneb estuvo listo para dar la orden de marchar, el montículo casi había alcanzado la altura de un hombre. Cuando la capitán Faradan Sort le pidió a Botella una bendición, el mago del pelotón negó con la cabeza y explicó que todo el campo de muerte que había quedado encerrado por la hechicería de Pico estaba muerto para la magia. Y lo más probable era que fuera permanente. Al oír la noticia, la capitán se había dado la vuelta, aunque Keneb creyó oírla decir: «No queda ni una vela que encender, entonces».

Cuando los marines emprendieron el camino hacia la ciudad de Letheras, pudieron oír el rumor sordo de unas detonaciones al sur, donde la consejera había desembarcado con el resto de los Cazahuesos y se enfrentaba a los ejércitos letherii. Keneb sabía que ese trueno no era cosa de hechicería.

Él debería estar conduciendo a sus tropas a esa batalla para machacar la retaguardia letherii y reunirse con Tavore y la fuerza principal. Pero Keneb estaba de acuerdo con la capitán, con Violín y Gesler. Sus malditos marines y él se lo habían ganado, se habían ganado el derecho a ser los primeros en atacar la capital de ese imperio.

—Podría haber otro ejército esperando en las murallas —había dicho el sargento Thom Tissy, y su rostro se contrajo en esa expresión típica de desaprobación que ponía él, como un hombre que se acabara de tragar una mierda de nacht.

—Es posible que lo haya —había admitido el puño. Y esa conversación concreta no fue más allá.

Subieron por el camino imperial, con sus adoquines bien ajustados y anchura suficiente para albergar una columna

de diez soldados. Marcharon entre pertrechos desechados y la basura dejada por las legiones letherii. El día fue tocando a su fin y las sombras comenzaron a alargarse.

El anochecer no estaba lejos y ya había pasado cierto tiempo desde la última vez que habían dormido y, sin embargo, Keneb vio que sus soldados se movían (y cargaban con su equipo) como si acabaran de salir de un descanso de una semana. Tras unos cientos de pasos, la columna se topó con los primeros refugiados.

Rostros manchados, atemorizados. Sacos y cestas de provisiones escasas, bebés de ojos muy abiertos que se asomaban a los fardos en los que los llevaban. Mulas cargadas y carretas de dos ruedas que crujían y gemían bajo las posesiones. No se dio orden alguna, pero los letherii arrastraron los pies a los lados del camino y tiraron del poco equipo que llevaran con ellos mientras la columna continuaba su camino. Los ojos fijos en el suelo, los niños apretados con fuerza. Sin decir nada.

Faradan Sort se acercó a Keneb.

—Esto es muy raro —afirmó.

El puño asintió.

—Parecen personas que huyen de algo que ya ha pasado. Busque a uno, capitán, y consiga respuestas.

—Sí, señor.

Keneb estudió a los refugiados junto a los que pasaba y se preguntó qué había tras las miradas que unos cuantos de ellos les arrojaban con gesto furtivo a los soldados que marchaban, esos extranjeros de cabello blanco con sus resplandecientes armaduras. *¿Ven salvadores en ellos? Ni hablar. Y sin embargo, ¿dónde está la hostilidad? Los asusta más lo que han dejado atrás, en Letheras, que nosotros. ¿Se puede saber qué Embozado está pasando aquí?*

¿Y dónde están los tiste edur?

Las multitudes se hicieron más densas, más reticentes a apartarse. Violín se colocó bien la mochila que llevaba al hombro y apoyó una mano en la empuñadura de su espada corta. El ritmo de la columna se había ralentizado y el sargento podía sentir la impaciencia creciente que se apoderaba de sus tropas.

Ya podían ver el final (por el aliento del Embozado), estaba detrás de ese muro blanco del nordeste, a una legua o menos de distancia. El camino imperial que iba bajando, que se extendía hacia ellos desde una puerta principal, era, bajo el fulgor rojo del atardecer, una serpiente que hervía. *Van saliendo por miles*.

¿Y por qué?

Disturbios, al parecer. Una economía en ruinas, un pueblo que se enfrentaba a la hambruna.

—¿A que no sabías que podíamos provocar tantos problemas, eh, Viol?

—No podemos ser nosotros, Sepia. No solo nosotros, quiero decir. ¿No te has dado cuenta? No hay tiste edur en esta multitud. O bien se han metido detrás de los muros de sus haciendas, o en el torreón del palacio o donde que sea que vive el emperador, o fueron los primeros en huir.

—Como los que dejamos atrás, entonces. Que regresan a sus tierras natales del norte.

—Quizá.

—Así que si este puñetero imperio ya está acabado, ¿entonces por qué nos molestamos con la capital?

Violín se encogió de hombros.

—Puede que Botella haya escondido una de sus ratas en el pelo de la consejera, ¿por qué no se lo preguntas a él?

—La consejera no tiene pelo suficiente para eso —murmuró Sepia, aunque sí que volvió la cabeza y miró al

mago del pelotón. Botella no se dignó a responder—. ¿Ves a alguien en esos muros, Viol? Mis ojos no ven muy bien con mala luz.

—Si hay alguien, no tienen antorchas —contestó Violín.

Casi no había habido tiempo de pensar. En nada aparte de en continuar con vida. Desde esa maldita costa. Pero mientras recorría ese camino, Violín se encontró con que sus pensamientos vagaban por senderos polvorientos. Habían emprendido esa invasión en el nombre de la venganza. Y, quizá, para erradicar a un emperador tiránico para el que cualquiera que no fuera súbdito suyo era carne para el trinchador de un carnicero. *Todo eso está muy bien, por el momento. Además, no es que el tal emperador sea el único que lo hace*.

¿Entonces por qué es esta nuestra batalla? ¿Y adónde Embozado vamos después? Ansiaba creer que la consejera sabía lo que hacía. Y que, pasara lo que pasara y daba igual cómo terminara, lo que hacían significaría algo al final.

«Debemos ser nuestros propios testigos». ¿De qué, maldita sea?

—Soldados en el muro —exclamó Koryk—. No muchos, pero nos ven con bastante claridad.

Violín suspiró. *Los primeros en llegar, y quizá hasta aquí lleguemos. Un ejército de ochocientos acampados junto a una puerta. Deben de estar meándose en las botas*. Respiró hondo otra vez y recuperó la compostura.

—Muy bien. Por fin tenemos un público que sabrá apreciarnos.

A Sonrisas no le gustaba mucho el aspecto que tenían esos refugiados. Los rostros patéticos, los pies que se arrastraban, le recordaban demasiado a… su casa. Oh, por aquel entonces no había habido nada parecido a una huida

desesperada, así que tampoco era eso. Solo la expresión animal y aturdida en esos ojos. Los niños que no entendían nada y a los que arrastraban por una mano o se aferraban a la túnica raída de la madre.

Los Cazahuesos marchaban hacia Letheras, ¿por qué no estaban esos idiotas chillando y gimiendo de terror? *Son como esclavos, empujados a la libertad como ovejas al monte, y todo lo que esperan de su futuro es más esclavitud. Eso, o morir en las marañas de bosques vacíos. Se han llevado tantas palizas. Toda su vida*.

Eso es lo que resulta tan conocido. ¿Verdad?

Volvió la cabeza y escupió en el camino. *Que el Embozado se lleve todos los imperios. Que el Embozado se lleve los empujones y tirones. Si te encuentro, mi querido emperador de Lether, si llego a ti antes que nadie, te voy a hacer rodajitas muy pequeñas. Poco a poco, con muchísimo dolor. Por cada uno de estos miserables ciudadanos que van por este hediondo camino*.

Muy bien, cuanto antes estos idiotas se quiten de nuestro camino, antes puedo empezar a torturar a su emperador.

—Nos dirigimos al palacio —le dijo Koryk a Chapapote—. Y que nada se interponga en nuestro camino.

—Tú te has fumado algo, Koryk —respondió el cabo—. Tendríamos que abrirnos camino entre unos cuantos miles de obstinados letherii para llegar. Y quizá incluso más edur. Y por si eso no fuera suficiente, ¿qué hay de ese muro de ahí? ¿Planeas saltarlo? No tenemos municiones suficientes para…

—Bobadas…

—A ver, que Keneb no va a permitir que los zapadores agoten todo su material, no cuando lo único que tenemos

que hacer es esperar a la consejera y luego hacer un asedio como es debido.

Koryk lanzó un bufido.

—¿Como es debido como en Y'Ghatan? Lo estoy deseando.

—No hay ningún Leoman de los Mayales en Letheras —dijo Chapapote mientras se tiraba de la correa de la barbilla—. Solo un edur en el trono. Y seguro que borracho. Chiflado. Babeando y cantando nanas. Así que, ¿por qué molestarse con el palacio? Allí no habrá nada de interés. Yo digo que saqueemos unas cuantas fincas, Koryk.

—Los soldados malazanos no saquean.

—Pero ya no lo somos, ¿no? Quiero decir, soldados del Imperio de Malaz.

Koryk miró con gesto burlón a su cabo.

—¿Y eso significa que tú vuelves a hundirte en la barbarie echando espuma por la boca, Chapapote? ¿Por qué no me sorprende? Nunca me creí todos esos aires civilizados que siempre te estás dando.

—¿Qué aires?

—Bueno, de acuerdo, quizá sea como te ve todo el mundo. Pero ahora yo te veo de forma diferente. Un maldito matón, Chapapote, que se mantiene a la espera para ponérsenos agresivo.

—Solo estaba pensando en voz alta —dijo Chapapote—. No es como si Viol fuera a dejarnos hacer lo que queramos, ¿no?

—Yo no pienso dejarte hacer lo que quieras, Chapapote.

—Solo era hablar por hablar, Koryk. Nada más.

Koryk lanzó un gruñido.

—¿Te estás poniendo insolente con tu cabo, Koryk?

—Estoy pensando en meterte toda la armadura, y el escudo también, por el agujero de atrás, cabo. ¿Eso es insolencia?

—Cuando me acostumbre a diferenciarlo, ya te avisaré.

—Escucha, Corabb —dijo Botella—, ahora ya puedes dejar de cuidarme, ¿estamos?

El guerrero de hombros redondos que iba a su lado sacudió la cabeza.

—El sargento Violín dice…

—Eso da igual. Vamos en columna. Cientos de marines por todos lados, ¿no? Y ya casi estoy descansado, listo para montar follón si nos tienden una emboscada o lo que sea. Aquí estoy a salvo, Corabb. Además, no haces más que darme con esa vaina, tengo la pierna llena de magulladuras.

—Mejor una magulladura que la cabeza por los suelos —dijo Corabb.

—Bueno, eso también.

Corabb asintió, como si el tema hubiera quedado zanjado.

Botella se frotó la cara. El recuerdo del sacrificio de Pico lo perseguía. No había conocido al mago muy bien. Solo un rostro con una expresión boquiabierta o una gran sonrisa, un hombre bastante agradable no mucho mayor que el propio Botella. Para algunos (para los menos) los senderos hacia el poder eran llanos, despejados, y sin embargo el peligro estaba siempre ahí. *Es demasiado fácil extraer demasiado, dejar que se derrame a través de ti sin más*.

Hasta que solo eres cenizas.

Pero Pico les había salvado la vida. El problema era que Botella se preguntaba si había merecido la pena. Quizá las vidas de ochocientos marines no valían lo que la vida de un mago supremo innato. Fuera lo que fuera a pasar al final de ese viaje, iba a haber problemas. La consejera tenía a Peccado, y de eso se trataba. Otro talento natural… *pero yo creo que está loca*.

Consejera, su maga suprema está loca. ¿Será eso un problema?

Lanzó un bufido.

Corabb se tomó ese sonido como una invitación para hablar.

—¿Ves el miedo en estas personas, Botella? Los Cazahuesos les hielan el corazón. Cuando lleguemos a la puerta, se abrirá de par en par para nosotros. Los soldados letherii bajarán los brazos de golpe. El pueblo nos entregará la cabeza del emperador en una bandeja de cobre y nos arrojarán rosas al camino…

—Por el amor del Embozado, Corabb, ya basta. No haces más que buscar gloria en la guerra. Pero no hay ninguna gloria. Y los héroes, como Pico ahí atrás, terminan muertos. ¿Y qué es lo que consiguen? Un túmulo de basura, eso.

Pero Corabb estaba sacudiendo la cabeza.

—Cuando yo muera…

—No será en batalla —terminó Botella por él.

—Me hieres con tus palabras.

—Tienes a la Señora en tu sombra, Corabb. Seguirás salvándote por los pelos. Romperás armas o saldrán volando de tus manos. Tu caballo dará una voltereta entera y caerá de pie, contigo todavía en la silla. De hecho, apostaría todas mis pagas atrasadas a que, al final, serás el último que quede en pie.

—¿Crees que se luchará en esta ciudad?

—Pues claro que sí, idiota. De hecho, me sorprendería que pudiéramos superar siquiera las murallas antes de que llegue la consejera. Pero luego, sí, nos vamos a meter en una batalla complicada, calle por calle, y lo único seguro es que muchos nos vamos a dejar la vida.

Corabb se escupió en las manos y se las frotó.

Botella se lo quedó mirando. El muy memo estaba sonriendo.

—No has de temer nada —le aseguró Corabb— porque yo te protegeré.

—Estupendo.

Hellian frunció el entrecejo. Maldito camino abarrotado, ¿siempre estaba así? Debía de ser una ciudad muy ajetreada, y todo el mundo yendo a sus cosas como si no hubiera una columna de invasores extranjeros abriéndose paso entre ellos. Ella todavía sentía el calor de la vergüenza, se había quedado dormida ahí atrás, en ese campo de la muerte. Se suponía que tenía que estar lista para luchar, y si no era para luchar, entonces para morir de forma horrible en una conflagración de magia con olor a pis, ¿y qué hacía ella?

Se quedaba dormida. Y soñaba con luz blanca y fuegos que no queman, y como todo el mundo sabía que ella estaba soñando, todos habían decidido sacar sus provisiones ocultas de pasta de raíz de aeb y decolorarse el pelo, y luego pulir todo el equipo. Bueno. Ja, ja. Casi era la broma más elaborada que le habían gastado jamás, puñeta. Pero no pensaba decir ni mu. Fingir, sí, que no había nada diferente y cuando sus soldados se acercaron adonde había muerto ese marine (la única baja en toda la batalla y tenía que haber habido algún tipo de batalla porque el malvado ejército letherii había huido corriendo), ella había hecho lo mismo. Había dejado en el montículo una petaca vacía, y si eso no era honrar al idiota, ¿qué lo era?

Pero estaba oscureciendo y todas esas caras de luna mirándolos desde los lados del camino empezaban a ponerle los pelos de punta. Había visto un bebé, en los brazos flacos de una vieja, que le sacaba la lengua, y Hellian había tenido que echar mano de todo su autocontrol para no sacar la espada y desmochar la cabecita redonda del chiquillo, o quizá solo retorcerle las orejas o incluso matarlo a cosquillas,

así que menos mal que nadie más podía escuchar lo que pensaba porque entonces sabrían que la broma la había puesto de los nervios y que se había quedado dormida cuando debería haber sido sargento.

Y encima tengo la espada pulida. Espada que puedo usar para cortarme todo el pelo blanco si quiero. Oh, sí, a mí me lo hicieron también.

Alguien tropezó con el dorso de su tacón y ella se volvió a medias.

—Échate atrás, cab… —Pero no era Pejialiento. Era ese seductor muchacho de ojos oscuros, ése con el que ella ya había fantaseado, y por el modo en el que el chico se lamía los labios cuando se encontraban los ojos de ambos puede que tampoco fueran fantasías. *Fuertecalavera. No, Muertecalavera*—. ¿Ahora estás en mi pelotón? —preguntó.

Una sonrisa ancha y deliciosa le respondió.

—Tiene loco al muy gilipollas —dijo su cabo desde detrás de Muertecalavera—. Casi podría adoptarlo, sargento —añadió con una voz diferente—. O casarse con él. O las dos cosas.

—No me vas a confundir, cabo, hablando así, de un lado a otro. Solo para que lo sepas.

De repente, la multitud fue disminuyendo, y allí, justo delante, el camino quedó despejado, alzándose hacia las enormes puertas dobles de la ciudad. Y las puertas estaban atrancadas.

—Oh —dijo Hellian—, genial. Ahora resulta que tenemos que pagar peaje.

El comandante de las fuerzas letherii murió con un cuadrillo en el corazón, uno de los últimos en caer en el postrero punto de repliegue a cuatrocientos pasos del río. Agotados, los soldados que quedaban arrojaron las armas y huyeron de

la batalla. El adversario tenía pocas tropas montadas, así que la persecución fue un asunto que se prolongó, una locura caótica a medida que la luz del día se retiraba y la masacre internaba a los soldados extranjeros en el territorio para cazar a sus exhaustos y aterrorizados enemigos.

Por dos veces Sirryn Kanar consiguió eludir por los pelos a los despiadados pelotones del enemigo, y cuando oyó gemir los extraños cuernos en el atardecer, supo que habían tocado a retirada. Entre tropezones, tras deshacerse de toda su armadura, se abrió camino como pudo entre los matorrales y se encontró de lleno con las ruinas arrasadas de uno de los poblados de chabolas que había a las afueras de la muralla de la ciudad. Necesitaba regresar al interior, necesitaba llegar al palacio.

La incredulidad y la conmoción se precipitaban por las corrientes que llevaban al martilleo de su corazón. Estaba manchado de sudor y de la sangre de los camaradas caídos, unos estremecimientos incontrolables lo sacudían entero como si lo atormentara la fiebre. Jamás había sentido terror semejante. Asaeteado por la idea de que su vida terminara allí, o que un malnacido cobarde le clavara una hoja en su valioso cuerpo. La idea de que todos sus sueños y ambiciones se derramaran a borbotones en un torrente rojo que empapara el suelo. Eso era lo que lo había alejado de la primera línea, lo que lo había empujado a echar a correr tan rápido como pudieran llevarlo las piernas. No había honor en morir junto a tus camaradas; no conocía a ninguno, eran desconocidos, y los desconocidos podían morir en manadas, a él le daba igual. No, solo una vida importaba: la suya.

Y bendito fuera el Errante, Sirryn estaba vivo. Y escapando de esa matanza oscura.

El canciller sabría responder a todo aquello. El emperador (sus tiste edur, Hannan Mosag), todos darían respuesta a esos canallas extranjeros. Y en un año, quizá menos, el

mundo volvería a su ser, con Sirryn ocupando un alto rango entre el personal del canciller, y todavía más alto entre los patriotas. Más rico de lo que lo había sido jamás. Una veintena de putas de ojos tiernos a su alcance. Podía incluso engordar si le apetecía.

Llegó a la muralla y fue recorriendo toda su longitud. Había postigos hundidos, túneles que invitaban a abrir una brecha, pero que estaban diseñados para inundarse con tirar de una única palanca. Sirryn sabía que dentro habría soldados vigilando las gruesas puertas de madera. Se abrió paso por los pies de la inmensa muralla y continuó su búsqueda.

Por fin la encontró, la puerta escondida en un hueco, en un ángulo que la hacía parecer una trampilla para el carbón, densas hierbas enmarañadas por todos lados. Con un murmullo de gracias al Errante, Sirryn se deslizó en la depresión y se apoyó en la madera durante un largo momento, los ojos apretados, la respiración ralentizándose.

Después sacó la única arma que le quedaba, una daga, y empezó a dar golpecitos con el pomo en la madera.

Y creyó oír un sonido al otro lado.

Sirryn apretó la mejilla contra la puerta.

—¡Da un golpecito si puedes oírme! —Su propio susurro áspero le pareció a sus oídos que tenía un volumen aterrador.

Tras media docena de latidos oyó un leve golpecito.

—Soy el finadd Sirryn Kanar, agente del canciller. No hay nadie más por aquí. ¡Déjame entrar, en el nombre del imperio!

De nuevo otra larga espera. Al fin, oyó el sonido de una barra que se quitaba con un arañazo, algo lo empujó y él retrocedió un poco para dejar que se abriera la puerta.

El rostro joven de un soldado se asomó y lo miró.

—¿Finadd?

Muy joven. Sirryn se metió en la entrada y obligó al soldado a echarse atrás. *Tan joven que podría besarlo, ¡tomarlo aquí mismo, por el Errante!*

—¡Cierra esta puerta, rápido!

—¿Qué ha pasado? —preguntó el soldado al tiempo que se apresuraba a cerrar el portal en la oscuridad repentina, luchando con la pesada barra—: ¿Dónde está el ejército, señor?

Cuando la barra encajó con un ruido sordo, Sirryn se permitió, por fin, sentirse a salvo. Volvía a ser él mismo. Estiró la mano, cogió un puñado de la túnica y arrastró al soldado hacia sí.

—¡Maldito imbécil! ¿Cualquiera se llama a sí mismo finadd y tú abres la puñetera puerta? ¡Debería hacer que te desollaran vivo, soldado! ¡De hecho, creo que lo haré!

—P-por favor, señor, yo solo…

—¡Cállate! Vas a tener que convencerme de otro modo, creo.

—¿Señor?

Todavía había tiempo. El ejército extranjero estaba a un día de distancia, quizá más. Y él se sentía tan vivo en ese momento. Alzó un brazo y acarició la mejilla del muchacho. Y oyó una inspiración repentina. Ah, chico listo, entonces. Sería fácil…

La punta de un cuchillo lo pellizcó justo bajo el ojo derecho, y la voz joven del soldado se endureció.

—Finadd, si quiere vivir para trepar hasta el otro extremo del túnel, va a dejar las cosas tal y como están. Señor.

—Me vas a decir tu nombre…

—Y se puede quedar con él, finadd, y que el Errante bendiga su eterna búsqueda, porque no estaba tras esta puerta como guardia, señor. Estaba preparándome para huir.

—¿Para qué?

—La chusma domina las calles, finadd. Lo único que conservamos ahora mismo son las murallas y las garitas de guardia. Oh, y el Domicilio Eterno, donde el chiflado de nuestro emperador se dedica a matar campeones como si estuviera en la fiesta del pueblo. A nadie le interesa mucho asediar ese lugar. Además, los edur se fueron ayer. Todos ellos. Se largaron. Así que, finadd, si quiere llegar a su amante el canciller, bueno, puede intentarlo si quiere.

El cuchillo presionó la piel, la perforó y arrancó una gota de sangre.

—Veamos, señor. Puede intentar coger la daga que lleva en el cinturón, y morir. O puede soltarme la camisa.

La insolencia y la cobardía no resultaban cualidades muy atractivas.

—Encantado de complacerlo, soldado —dijo Sirryn, y soltó al hombre—. Y ahora, si va a salir, será mejor que me quede aquí y cierre la puerta tras usted, ¿no cree?

—Finadd, puede hacer lo que le plazca una vez que yo me vaya. Así que retroceda, señor. No, más todavía. Así está bien.

Sirryn esperó a que el soldado escapara. Todavía podía sentir la punta del cuchillo, la herida le escoció cuando el sudor se coló en ella. Se dijo que no había sido cobardía lo que lo había obligado a retroceder, a alejarse de ese cabrón impulsivo que tan ocupado estaba deshonrando su uniforme. Simple conveniencia. Necesitaba llegar al canciller, ¿verdad? Eso era lo primordial.

Y resultaba que, por absurdo que fuera, tendría que abrirse camino sin escolta por la misma ciudad en la que había nacido, y temiendo por su vida. El mundo se había vuelto del revés. *Podría limitarme a esperar aquí, sí, en este túnel, en la oscuridad… no, vienen los extranjeros. El Domicilio Eterno… donde, si se exige la rendición, Triban Gnol puede llevar a cabo las negociaciones, puede*

supervisar la entrega del emperador. Y el canciller querrá a sus leales guardias a su lado. Querrá al finadd Sirryn Kanar, el último superviviente de la batalla en el río; Sirryn Kanar, que se abrió paso entre las líneas enemigas para regresar a toda prisa con su canciller, portador, sí, de desalentadoras noticias. Pero consiguió pasar, ¿no?

El soldado volvió a bajar la puerta desde el otro lado. Sirryn se acercó a ella, encontró la barra y la colocó en su sitio. Podía llegar al Domicilio Eterno, aunque eso significase ir nadando por los puñeteros canales.

Sigo vivo. Puedo superar todo esto.

No hay suficientes extranjeros para gobernar el imperio.

Necesitarán ayuda, sí.

Echó a andar por el túnel.

El joven soldado estaba a veinte pasos de la puerta escondida cuando unas figuras oscuras se alzaron por todos lados y él vio esas aterradoras ballestas apuntándolo. Se quedó inmóvil y levantó poco a poco las manos.

Una figura habló entonces en un idioma que el soldado no entendió, y se estremeció cuando alguien lo rodeó por detrás, una mujer que sonreía con dagas en las manos enguantadas. Lo miró a los ojos y le guiñó uno, después imitó un beso.

—Nosotros no decidir todavía dejarte vivir —dijo el primero en tosco letherii—. ¿Tú espía?

—No —respondió el soldado—. Desertor.

—Hombre honesto, bien. ¿Tú respondes todas nuestras preguntas? Estas puertas, túneles, ¿por qué hacer trabajo de zapador por nosotros? Explica.

—Sí, lo explicaré todo. No quiero morir.

El cabo Chapapote suspiró, le dio la espalda al prisionero y miró a Koryk.

—Será mejor que vayas a buscar a Viol y al capitán, Koryk. Parece que no vamos a tener que derrumbar ninguna muralla, después de todo.

Sonrisas lanzó un bufido y envainó sus cuchillos.

—Nada de elegante puñalada por la espalda. Nada de tortura. Esto no tiene gracia. —Hizo una pausa y añadió—: Pero menos mal que no nos cargamos al primero, ¿eh? Nos llevó justo hasta éste.

Los caballos no habían hecho ejercicio suficiente, y en ese momento resoplaban y movían las cabezas de arriba abajo mientras el sargento Bálsamo guiaba a su pequeña tropa tierra adentro. Estaba demasiado oscuro para cazar letherii y además, la diversión se había agriado a una velocidad endiablada. De acuerdo, tenía sentido provocar una masacre cuando se estaba en terreno enemigo, porque cada soldado que escapaba era probable que volviera a luchar, así que ellos tenían que perseguir y dar caza a aquellos miserables desgraciados. Pero era un trabajo agotador.

Cuando no había magia en una batalla, las municiones moranthianas ocupaban su lugar y todo encajaba a la perfección. *En lo que a nosotros concierne, en cualquier caso. Dioses, solo con ver esos cuerpos, y trozos de cuerpos, volando por los aires, yo ya estaba empezando a desconcertarme, al principio. Trozos de letherii por todas partes y aquel zumbido en los oídos*.

Se había recuperado al instante, en cuanto había visto al zapador idiota de Cordón, Bollito, corriendo ladera arriba, de cabeza hacia la línea enemiga con un puñetero maldito del Embozado en cada mano. Si no hubiera sido por todos esos letherii reventados que habían absorbido buena parte de las dos explosiones, Bollito todavía estaría en pie. O por lo menos las piernas. El resto de él sería una bruma roja

flotando en el atardecer. Pero resultó que a Bollito lo aplastó una avalancha de trozos de cuerpos y terminó por salir trepando por todo aquel revoltijo, como si fuese uno de los aparecidos del Embozado. Aunque Bálsamo estaba bastante seguro de que los aparecidos no sonreían.

O por lo menos no eran sonrisas estúpidas.

Allí donde los malditos no habían borrado del mapa compañías enemigas enteras, el ataque principal (cuñas de pesados que avanzaban con infantería media y unos cuantos escaramuzadores y zapadores por delante) se había aproximado con una lluvia de fulleros que prácticamente había desintegrado las primeras filas letherii. Y luego solo quedaba el golpe de gracia de esas cuñas humanas que destrozaban las formaciones del enemigo y hacían retroceder a los soldados letherii hasta que terminaban todos apretujados y no podían hacer otra cosa que morir.

El Decimocuarto Ejército de la consejera, los Cazahuesos, había demostrado, por fin y ya era hora, que sabía combatir. La mujer había conseguido su batalla, larga, directa, escudo contra escudo, y ¿a que había sido fabulosa?

Cabalgando en cabeza iba Masan Gilani. Tenía sentido utilizarla a ella. En primer lugar, era la que mejor montaba, con diferencia, y en segundo, no había un solo soldado, hombre o mujer, que pudiera apartar los ojos del delicioso y redondo trasero que había en esa silla, lo que hacía que seguirla fuera muy fácil. Incluso cuando caía la oscuridad, sí. *Y no es que refulja. O no creo. Pero... es asombroso cómo lo vemos todos a la perfección. De hecho, podría ser una noche sin ninguna otra luna y sin estrellas y sin nada más que el Abismo por todos lados, y nosotros seguiríamos esa gloriosa forma, con su hipnotizante movimiento*...

Bálsamo tiró de las riendas y se apartó a un lado, a punto de chocar con el caballo de Masan Gilani, que estaba

parado, y a Masan de repente no se la veía por ninguna parte.

El sargento detuvo con una maldición a su agotado caballo y levantó una mano para dar el alto a los que iban tras él.

—¿Masan?

—Por aquí —dijo aquella voz suculenta, celestial, y un momento después la mujer surgió de la oscuridad—. Estamos en el campo de batalla.

—Imposible —respondió Rebanagaznates desde detrás de Bálsamo—. No hay cuerpos, Masan, no hay nada.

Olor a Muerto se adelantó unos pasos con el caballo, se detuvo y desmontó. Miró a su alrededor en la oscuridad.

—No, tiene razón —dijo—. Aquí fue donde los marines de Keneb cerraron filas.

Todos habían visto el extraño fulgor al norte; lo habían visto desde los barcos, de hecho, cuando los transportes viraron con cuidado y se precipitaron hacia la orilla. Y antes de eso, bueno, habían contemplado la hechicería letherii, esa oleada aterradora que trepaba por el cielo, y fue entonces cuando todo el mundo supo que los marines estaban acabados. No estaba Ben el Rápido para repelerla, incluso aunque pudiera haberlo hecho, y Bálsamo estaba de acuerdo con casi todos en que, bueno como era el mago supremo, no era tan bueno. No tenían a Ben el Rápido y tampoco a Peccado… sí, allí estaba, encaramada a la proa del Lobo de Espuma, con Larva a su lado, con los ojos clavados en ese pavoroso conjuro.

Cuando la cosa aquella avanzó rodando y después se estrelló, bueno, las maldiciones resonaron por el aire, maldiciones o plegarias y a veces las dos cosas, y eso, dijeron los soldados, eran peor incluso que Y'Ghatan, y esos pobres malditos marines, siempre les daban de hostias, solo que esa vez de allí no iba a salir ninguno. Lo único que

estaría abriéndose paso en el suelo en unos días serían astillas de huesos quemados.

Así que los Cazahuesos de los transportes eran una panda de malhumorados cascarrabias para cuando vaciaron el agua de las botas y recogieron sus armas. Cascarrabias, sí, como ese ejército letherii podía dar fe, oh, sí.

Después de que se desvaneciera la magia letherii, que se deshizo con un estallido a lo lejos, se había oído un grito procedente de Peccado, y Bálsamo había visto con sus propios ojos a Larva bailando en la cubierta delantera. Y luego todos los demás habían admirado esa cúpula de color blanco azulado formada por un remolino de luz que se alzaba en el terreno sobre el que había descendido la magia letherii.

¿Qué significaba eso?

Cordón y Casco se habían acercado a Peccado, pero la chica no decía nada, lo que fue un sobresalto para todos. Y lo único que Larva dijo fue algo en lo que después nadie pudo ponerse siquiera de acuerdo, y puesto que Bálsamo no lo había oído en persona, llegó a la conclusión de que Larva seguramente no había dicho nada en absoluto, salvo quizá «Tengo pis», lo que explicaba tanto bailoteo.

—¿Esa magia letherii podría haberlos convertido a todos en polvo? —se preguntó Rebanagaznates mientras caminaba por el campo cargado de rocío.

—¿Y dejó las hierbas creciendo a placer? —respondió Masan Gilani.

—Por aquí hay algo —dijo Olor a Muerto a unos diez pasos de ellos.

Bálsamo y Rebanagaznates desmontaron y se reunieron con Masan Gilani, un poco por detrás de ella, a ambos lados. Y los tres echaron a andar tras Olor a Muerto, que estaba desapareciendo a toda prisa en la oscuridad.

—¡No corras tanto, cabo! —*No es como si el Imán Universal estuviera rebotando ahí arriba contigo, ¿no?*

Vieron que Olor a Muerto al fin se había parado y estaba junto a un montón gris de algo.

—¿Qué has encontrado? —preguntó Bálsamo.

—Parece un vertedero de conchas —murmuró Rebanagaznates.

—Ja, siempre me pareciste un engendro de pescador.

—Engendro, ja, ja, qué gracioso, sargento.

—¿Sí? ¿Entonces por qué no te ríes? Pensándolo bien, no te rías, lo oirán en la ciudad y se cagarán de miedo. Bueno, se cagarán más de lo que ya lo están.

Se reunieron con Olor a Muerto.

—Es un puñetero túmulo —dijo Rebanagaznates—. Y mirad, son cosas malazanas. Dioses, sargento, ¿no creerá que todo lo que queda de esos marines está bajo este montón, verdad?

Bálsamo se encogió de hombros.

—Ni siquiera sabemos cuántos llegaron hasta aquí. Podrían ser solo seis. De hecho, ya es un milagro de la hostia que llegara alguno.

—No, no —dijo Olor a Muerto—. Ahí dentro solo hay uno, pero no puedo decir más, sargento. Aquí no queda ni un susurro de magia y es probable que nunca la vuelva a haber. Lo han dejado todo seco.

—¿Los letherii?

El cabo se encogió de hombros.

—Podría ser. Ese ritual fue un hechizo de lo más jodido. Magia antigua, más tosca que la que se saca de las sendas.

Masan Gilani se agachó y tocó una espada corta malazana llena de muescas.

—Parece que alguien dio un montón de tajos con este trasto, y si llegaron hasta aquí a base de eso, bueno, hecho polvo o no, un soldado no lo tira así como así.

—A menos que el muerto de dentro se ganase tal honor —dijo Olor a Muerto con un asentimiento.

—Así que —concluyó Masan—, un malazano. Pero solo uno.

—Sí, únicamente ése.

Masan se irguió.

—¿Y dónde están los demás?

—Empieza a buscar un rastro o algo —le dijo Bálsamo a Masan Gilani.

Todos la observaron alejarse en la oscuridad.

Y después se sonrieron unos a otros.

Lostara Yil se acercó adonde se encontraba la consejera.

—La mayor parte de los pelotones ha regresado —informó—. Estamos estableciendo los piquetes.

—¿Ha regresado el sargento Bálsamo?

—Todavía no, consejera. —Lostara dudó, luego añadió—: El puño Keneb habría enviado un mensajero.

Tavore se volvió un poco para mirarla.

—¿Lo habría enviado?

Lostara Yil parpadeó.

—Por supuesto. Incluso con todas las fuerzas, cosa que sabemos que sería imposible, no tiene los soldados necesarios para tomar Letheras. Consejera, puesto que no hemos sabido nada, tenemos que anticipar lo peor.

Durante la batalla, Lostara Yil había permanecido cerca de su comandante, aunque en ningún momento los letherii pusieron en peligro a la consejera. El desembarco se hizo de un modo rápido y profesional. En cuanto a la batalla, fue la clásica malazana, incluso sin el habitual contingente de marines para ampliar el avance desde la orilla. Perfecto y brutal.

Se dio cuenta de que los letherii estaban en baja forma. No como resultado de ningún combate, sino tras una marcha rápida desde el interior, era de suponer que desde donde había estallado la ola de hechicería. Trastornados en su agotamiento y, por alguna otra razón que desconocían, profundamente desconcertados.

O ése era el juicio que le habían merecido a la consejera tras observar cómo formaban filas las tropas enemigas.

Y el combate subsiguiente le había dado la razón. Los letherii se habían roto en pedazos como el hielo fino de un charco. ¿Y qué les había pasado a sus magos? No estaban por ningún lado, lo que había llevado a Lostara a creer que esos magos habían acabado de agotarse con esa terrible conflagración que habían desatado antes.

Las municiones moranthianas hicieron pedazos a los letherii, su comandante había enviado arqueros ladera abajo y los Cazahuesos habían tenido que capear un granizo de flechas en su avance. Unos trescientos habían resultado muertos o heridos, pero en realidad debería de haber más. Resultó que la armadura malazana era superior a la local; una vez que los escaramuzadores tuvieron a los letherii a tiro de sus ballestas y fulleros, los arqueros enemigos sufrieron grandes bajas antes de huir otra vez ladera arriba.

Los malazanos se limitaron a seguirlos.

Fulleros, unos cuantos malditos volando por encima de las cabezas de las primeras filas letherii. Incendiarios por la ladera del flanco izquierdo contrario para repeler una modesta carga de caballería. Humeantes en medio de la multitud para sembrar la confusión. Y después las cuñas remacharon la operación.

Incluso entonces, si los letherii hubieran reforzado sus defensas en el risco, habrían podido propinar una buena paliza a los malazanos. En su lugar, se disolvieron, las líneas se derrumbaron, se retorcieron como una serpiente herida y

en un instante comenzó la desbandada. Y con ella, la matanza sin paliativos.

La consejera había dado rienda suelta a sus soldados, una decisión que Lostara Yil comprendía. Había sido tanto lo que se había contenido, y durante tanto tiempo… *y la creencia creciente de que el puño Keneb y todos sus marines estaban muertos. Asesinados por la hechicería. A algo así solo se puede responder con una estocada en cada ocasión, hasta que el brazo se hace de plomo, hasta que se aspira el aire a bocanadas entrecortadas y desesperadas*.

Los últimos de los soldados comenzaban a llegar al campamento, de regreso de la matanza de letherii. Rostros demacrados, expresiones entumecidas, como si cada soldado acabara de despertar de una pesadilla, una pesadilla en la que él o ella (ah sorpresa) era el monstruo.

Pretende endurecerlos, porque eso es lo que ella necesita.

—Larva no se comporta como un niño que ha perdido a su padre —dijo la consejera.

Lostara Yil lanzó un bufido.

—El muchacho está confuso, consejera. Ya lo vio bailar. Lo oyó cantar canciones sobre velas.

—Confuso. Sí, quizá.

—En cualquier caso —insistió Lostara—, al contrario que Peccado, Larva no tiene talento, no tiene forma de saber la suerte que ha corrido el puño Keneb. En cuanto a Peccado, bueno, como sabe, yo no tengo mucha fe en ella. No porque crea que carece de poder. Lo tiene, bien lo sabe Dryjhna. —Se encogió de hombros—. Consejera, estuvieron solos, solos por completo, durante mucho tiempo. Sin todos sus efectivos para llevar a cabo una invasión a gran escala. —Se detuvo al darse cuenta de lo crítico que sonaba todo aquello. *¿Y acaso no lo es? ¿Una crítica de esta situación, y de ti, consejera? ¿Es que no los abandonamos?*

—Soy consciente de lo que opinan los soldados —dijo Tavore sin inflexión.

—Consejera —dijo Lostara—, no podemos llevar a cabo un asedio como es debido a menos que utilicemos los zapadores que tenemos y buena parte de nuestras municiones más pesadas; deduzco que usted tiene algo de prisa y no le interesa instalarse. ¿Cuándo se reunirán con nosotros el resto de los perecederos y los khundryl?

—No se reunirán con nosotros —respondió Tavore—. Nosotros nos reuniremos con ellos. Al este.

La otra mitad de esta campaña. Otra invasión, entonces. Maldita seas, consejera, ojalá compartieras tus estrategias. Conmigo. ¡Por el Embozado, con cualquiera!

—Me ha extrañado —dijo— la desordenada respuesta de los tiste edur y los letherii.

La consejera suspiró, fue algo tan bajo, tan prolongado, que Lostara Yil apenas lo percibió.

—Este imperio no está bien —dijo Tavore—. Nuestra estimación original de que los tiste edur eran supervisores impopulares era precisa. En lo que erramos, con respecto al desembarco del puño Keneb, fue en no comprender de manera suficiente las complejidades de esa relación. La división se ha producido, capitán. Solo que llevó más tiempo.

Y costó más de un millar de marines.

—El puño Keneb no enviaría un mensajero —dijo Tavore —. De hecho, encabezaría a sus marines y se dirigiría directamente a Letheras. «Los primeros en entrar, los últimos en salir», como diría el sargento Violín.

—Los últimos en entrar a echar un vistazo —dijo Lostara sin pensar, después hizo una mueca—. Disculpe, consejera…

—¿El lema de los Cazahuesos, capitán?

No pudo mirar a su comandante a los ojos.

—No es en serio, consejera. Acuñado por un soldado de la infantería pesada, según me han dicho…

—¿Quién?

La otra pensó con desesperación.

—Nefarrias Bredd, creo.

Y captó por el rabillo del ojo una sonrisa débil que se crispaba en los labios finos de Tavore. Al instante desapareció y, en realidad, quizá nunca hubiera estado allí.

—A ver si resulta —dijo la consejera— que el puño Keneb termina dejándonos ese lema irónico; es decir, a los que estamos aquí, en este campamento.

¿Un puñado de marines para conquistar una capital imperial?

—Consejera…

—Basta. Usted se pondrá al mando por esta noche, capitán, como mi representante. Emprendemos la marcha al amanecer. —Se volvió—. Yo debo regresar al Lobo de Espuma.

—¿Consejera?

Tavore hizo una mueca.

—Otra discusión con cierto armero y su belicosa mujer. —Hizo una pausa—. Ah, y cuando regrese, o si regresa, el sargento Bálsamo, me gustaría oír su informe.

—Por supuesto —respondió Lostara Yil. *¿Si…?*

Observó alejarse a la consejera rumbo a la orilla.

A bordo del Lobo de Espuma, Shurq Elalle se apoyó en el palo mayor con los brazos cruzados y observó a los tres demonios negros, alados, sin pelo y con aspecto de simio peleándose por una espada corta. La pelea, un frenesí de volteretas, mordiscos, arañazos y un sinfín de cortes y cuchilladas sin querer provocadas por el arma en sí, se había

desplazado desde el extremo de popa de la cubierta central y estaba trepando hacia la cubierta delantera.

Había marineros pululando que se mantenían a distancia e intercambiaban apuestas sobre qué demonio ganaría al final, un tema un tanto disputado puesto que era difícil distinguir a las tres bestias unas de otras.

—El del corte en la nariz… espera, ¡por la picha salada de Mael! ¡Ahora otro tiene el mismo corte! ¡Vale, el que no tiene…!

—¿El que acaba de perder esa oreja? ¡Corte en la nariz y sin oreja, entonces!

Muy cerca de Shurq Elalle se oyó una voz.

—Nada de esto es real, ¿sabe?

Shurq se volvió.

—Pensé que lo tenía encadenado abajo.

—¿Quién, la consejera? Por qué…

—No. Su mujer, Asimismo.

El hombre frunció el ceño.

—Eso es lo que parece, ¿no?

—Solo en los últimos tiempos —respondió ella—. Teme por usted, creo.

El hombre no respondió.

—Ahí viene una lancha —comentó Shurq, que se irguió—. Espero que sea la consejera, estoy lista para abandonar esta bendita compañía. No se ofenda, Asimismo, pero estoy nerviosa por mi primer oficial y lo que podría estar haciendo con el Gratitud Imperecedera.

El armero meckros se volvió y miró con los ojos guiñados la oscuridad del canal principal.

—La última vez que lo vi, todavía no había echado el ancla, se limitaba a navegar de un lado a otro.

—Sí —dijo Shurq—. La gente cuerda se pasea por su camarote. Skorgen se pasea con todo el puñetero barco.

—¿A qué viene tanta impaciencia?

—Supongo que quiere atracar en Letheras mucho antes de que llegue este ejército. Y embarcar a los nobles aterrados con todas sus mundanas posesiones. Así podemos volver a zarpar antes de que los malazanos entren en tromba, tiramos a los nobles al agua y compartimos el botín.

—Como haría cualquier pirata que se preciase.

—Exacto.

—¿Disfruta usted de su profesión, capitana? ¿No pierde ésta la frescura tras un tiempo?

—No, soy yo la que pierdo la frescura tras un tiempo. En cuanto a la profesión, pues sí, lo cierto es que la disfruto, Asimismo.

—¿Incluso cuando tira nobles por la borda?

—Con todo ese dinero, deberían haberse pagado unas lecciones de natación.

—Consejos financieros con retraso.

—No me haga reír.

Un clamor repentino entre los marineros. En la cubierta delantera, los demonios se las habían arreglado para ensartarse con la espada. El arma inmovilizaba a los tres contra la cubierta. Las criaturas se retorcían. Estaban sangrando por la boca y el que estaba abajo del todo empezaba a estrangular por detrás al del medio, que lo imitaba con el de encima. El demonio del medio empezó a estrellar la nuca contra la cara del demonio de debajo, al que le destrozó la nariz ya cortada.

Shurq Elalle les dio la espalda.

—Que el Errante me lleve —murmuró—. Casi lo pierdo.

—¿Pierde qué?

—No quiera saberlo.

Llegó la lancha, que chocó con un ruido seco contra el casco, y al poco apareció la consejera trepando. Echó una única mirada a los demonios atrapados y saludó con un

asentimiento a Shurq Elalle mientras se acercaba a Asimismo.

—¿Es la hora? —preguntó él.

—Casi —respondió ella—. Venga conmigo.

Shurq observó a los dos, que se fueron bajo cubierta.

Asimismo, pobre hombre. Ahora yo también tengo miedo por ti.

Maldita sea, se me olvidó pedir permiso para irme. Se planteó seguirlos, pero decidió no hacerlo. *Perdona, Skorgen, pero tú no te preocupes. Siempre podemos dejar atrás a un ejército que marcha. Después de todo, esos nobles no se van a ninguna parte, ¿verdad?*

Al poco, mientras los marineros discutían sobre quién había ganado qué, los tres nachts (que habían quedado tirados, inmóviles, como si estuvieran muertos) se agitaron y se desprendieron con toda habilidad de la espada corta. Uno de ellos tiró el arma al río de una patada y se tapó los oídos con las manos para no oír el suave chapoteo.

Los tres después intercambiaron abrazos y caricias.

Con expresión divertida y curiosa, sentado como estaba con la espalda apoyada en una barandilla de la cubierta delantera, Banaschar, el último demidrek del Gusano del Otoño, continuó observando. Y, no obstante, lo cogió por completo por sorpresa cuando los nachts se arremolinaron en la borda y al momento se oyeron tres nítidos chapoteos.

Se levantó, fue a la barandilla y miró. Tres cabezas desdibujadas se mecían de camino a la orilla.

—Ya casi es la hora —susurró.

Rautos Hivanar se quedó mirando la abigarrada colección de objetos que había sobre la mesa, intentaba una vez más

encontrarles algún sentido. Los había ordenado y vuelto a ordenar docenas de veces; presentía que había un patrón en alguna parte, y que si solo pudiera colocar los objetos en la posición adecuada, por fin lo entendería.

Los artefactos habían sido limpiados, el bronce se había pulido y resplandecía. Rautos había hecho listas de características para buscar una tipología, agrupamientos basados en ciertos detalles: ángulos de curvatura, peso, proximidad al punto donde los habían encontrado, incluso las diversas profundidades a las que habían estado enterrados.

Porque lo cierto era que los habían enterrado. No los habían tirado por ahí ni arrojado a un pozo. No, cada uno había sido depositado en un agujero esculpido en la arcilla, y él había conseguido crear moldes de esas depresiones, lo que había ayudado a establecer la inclinación y orientación de cada objeto.

La colección que tenía delante estaba colocada atendiendo a la ubicación espacial, cada uno situado con precisión en relación con los otros, al menos eso creía, basándose en su mapa. La única excepción era con el segundo y tercer artefacto. La excavación en ese momento (cuando se habían recuperado los tres primeros) no había sido metódica, así que la extracción de los objetos había destruido cualquier posibilidad de especificar con precisión el punto que ocupaban. Así que eran dos de esos tres los que estaba moviendo, una y otra vez. Con respecto al tercer objeto (el primero encontrado), él sabía de sobra cuál era su sitio.

Mientras, fuera de los muros altos y bien protegidos de la hacienda, la ciudad de Letheras se sumía en la anarquía.

Rautos Hivanar empezó a murmurar por lo bajo y levantó ese primer artefacto. Estudió ese ángulo a la derecha, tan conocido ya, percibió el peso seguro en sus manos y se

preguntó de nuevo por qué estaba caliente el metal. ¿Se había calentado más en los últimos días? No estaba convencido y en realidad tampoco tenía forma de medirlo.

En la habitación había un olor leve a humo. No a humo de madera, que podría provenir de cien mil hogueras utilizadas para cocinar, sino el hedor más acre a tela y muebles barnizados quemados, junto con (mucho más sutil) el matiz dulce y áspero de la carne humana carbonizada.

Había enviado a sus criados a la cama, irritado con sus interminables informes, el miedo en sus ojos dóciles. No tenía hambre ni sed y parecía como si una nueva claridad se estuviera apoderando de su visión, de su mente. El detalle más intrigante de todos era que había encontrado doce contrapartidas a escala real repartidas por toda la ciudad; y cada una de éstas se correspondía a la perfección con el despliegue que tenía ante él, salvo esos dos, por supuesto. Así que lo que tenía sobre esa mesa era un mapa en miniatura, cosa que sabía que era importante.

Quizá el detalle más importante de todos.

Ojalá supiera por qué.

Sí, el objeto cada vez estaba más caliente. ¿Pasaba lo mismo con su compañero mucho más grande, allí, en el patio trasero de su nueva posada?

Se levantó. Por muy tarde que fuera, necesitaba averiguarlo. Volvió a poner con sumo cuidado el artefacto encima de la mesa de mapas, en la posición que ocupaba la posada, y se dirigió a su ropero.

Los sonidos de los disturbios en la ciudad se habían ido alejando y habían regresado a los distritos más pobres del norte. Tras ataviarse con un pesado manto y coger su bastón de paseo (era un objeto que no veía mucho uso en circunstancias normales, pero cabía la posibilidad de que precisara defenderse), Rautos Hivanar salió de la habitación.

Atravesó la casa silenciosa. Una vez fuera, giró a la izquierda, hacia el muro exterior.

Los guardias que se encontraban en el postigo de la verja lateral le hicieron un saludo militar.

—¿Algún problema cerca? —preguntó Rautos.

—No en las últimas horas, señor.

—Deseo salir.

El guardia titubeó antes de contestar.

—Reuniré una escolta…

—No, no. Mi intención es ser discreto.

—Señor…

—Abra la puerta.

El guardia obedeció.

Rautos la atravesó y se detuvo un momento en la estrecha avenida mientras escuchaba cómo el guardia pasaba el cerrojo tras él. El olor a humo era allí más fuerte, una calima que formaba halos alrededor de esas pocas lámparas que todavía estaban encendidas sobre sus postes de hierro. La basura recubría los canalones, un detalle muy desagradable que evidenciaba hasta qué punto había caído todo orden y conducta civilizada. La falta de limpieza en las calles era símbolo de una cultura que se moría, una cultura que, a pesar de las ruidosas y públicas exhortaciones sobre lo contrario, había perdido su sentido del orgullo y había dejado de creer en sí misma.

¿Cuándo había ocurrido todo eso? ¿Con la conquista tiste edur? No, esa derrota no había sido más que un síntoma. La promesa de la anarquía, del derrumbamiento, se había susurrado ya mucho antes. Pero tan quedo había sido ese susurro que nadie lo había oído. *Ah, pero eso es mentira. Fue solo que no queríamos oírlo*.

Continuó mirando a su alrededor, sintiendo que una pesada laxitud se posaba en sus hombros.

Como con Letheras, así ocurre con el imperio.

Rautos Hivanar echó a andar para recorrer una ciudad moribunda.

Cinco hombres, que nada bueno tenían en mente, estaban acampados en el viejo cementerio tartheno. Con el ceño fruncido, Ublala Pung salió de la oscuridad y se coló entre ellos. Hizo volar los puños. Unos minutos más tarde se encontraba de pie en medio de cinco cuerpos inmóviles. Recogió al primero y lo llevó al pozo que había dejado un árbol enorme al caer, allí lo arrojó, al agujero empapado. Luego regresó a por los otros.

Al poco apagó la pequeña hoguera a pisotones y empezó a despejar un claro, a quitar hierba y a apartar piedras. Se hincó de rodillas para arrancar las malas hierbas más pequeñas y, sin prisas, se fue arrastrando en una espiral cada vez más grande.

En el cielo, la luna calinosa todavía estaba ascendiendo y al norte, por algún sitio, ardían edificios. Tenía que terminar antes del amanecer. El terreno despejado, un espacio ancho, circular, nada salvo tierra desnuda. Podía tener bultos. No había problema con eso, y menos mal que no había problema, porque los cementerios eran sitios llenos de bultos.

Al oír un gemido en el agujero donde había estado el árbol, Ublala se levantó, se limpió la tierra de las rodillas y de las manos y se acercó. Miró con cautela en el pozo y se quedó observando las formas grises hasta que averiguó cuál estaba volviendo en sí. Se agachó y aporreó al hombre en la cabeza unas cuantas veces más hasta que el gemido se detuvo. Satisfecho, regresó a su claro.

Antes del amanecer, sí.

Porque al amanecer, como bien sabía Ublala Pung, el emperador alzaría su espada maldita, y en pie enfrente de

él, en el suelo de ese estadio, estaría Karsa Orlong.

En una cámara secreta (donde en un tiempo había estado una especie de tumba), Ormly, el campeón de los Cazarratas, estaba sentado enfrente de una mujer gordísima. El campeón fruncía el ceño.

—Aquí eso no te hace falta, Rucket.

—Cierto —respondió ella—, pero me he acostumbrado a ello. No creerías el poder que engendra ser enorme. La intimidación. ¿Sabes?, cuando las cosas por fin mejoren y vuelva a haber comida de sobra, estoy pensando en ponerme así de verdad.

—Pero es que de eso se trata —respondió Ormly inclinándose hacia delante—. Es todo relleno, y el relleno no pesa como el real. Te cansarás con solo atravesar una habitación. Te dolerán las rodillas. Te faltará el aliento porque los pulmones no pueden expandirse lo suficiente. Te saldrán estrías aunque nunca hayas tenido un bebé…

—¿Así que si también me quedo embarazada, entonces no habrá problema?

—Salvo por todo lo demás, bueno, no, supongo que no. Y no es que se fuera a dar cuenta nadie.

—Ormly, eres un auténtico idiota.

—Pero muy bueno en lo mío.

A eso Rucket asintió.

—¿Y bien? ¿Cómo fue?

Ormly la miró con los ojos entrecerrados y se rascó el rastrojo de la mandíbula.

—Es un problema.

—¿Grave?

—Grave.

—¿Cómo de grave?

—Más no puede ser.

—Hmm. ¿No se sabe nada de Selush?

—Todavía no. Y tienes razón, tendremos que esperar.

—Pero nuestra gente está en su sitio, ¿no? ¿No hay problema con todos esos disturbios y demás?

—En ese aspecto todo va bien, Rucket. No es que sean sitios muy populares, ¿no?

—¿Y ha habido algún cambio en la hora de ejecución?

Ormly se encogió de hombros.

—Veremos llegado el amanecer, suponiendo que siga trabajando algún pregonero. Desde luego espero que no, Rucket. Incluso así, es posible que fracasemos. Eso lo sabes, ¿verdad?

La mujer suspiró.

—Eso sería trágico. No, desgarrador.

—¿De verdad lo amas?

—Oh, no lo sé. Es difícil no quererlo, de hecho. Pero tendría competencia.

—¿Esa erudita? Bueno, a menos que estén en la misma celda, no creo que tengas que preocuparte.

—Como dije, eres idiota. Por supuesto que me preocupo, pero no por la competencia. Me preocupo por él. Me preocupo por ella. Me preocupa que todo esto salga mal y Karos Invictad consiga triunfar. Nos estamos quedando sin tiempo.

Ormly asintió.

—Bueno, ¿tienes alguna buena noticia? —preguntó ella.

—No sé si es buena, pero es interesante.

—¿Qué?

—Ublala Pung se ha vuelto loco.

Rucket negó con la cabeza.

—No es posible. No tiene sesos suficientes para volverse loco.

—Bueno, les dio una paliza a cinco escribas que se escondían de los disturbios en el cementerio tartheno, y

ahora mismo se está arrastrando a gatas arrancando malas hierbas.

—Bueno, ¿y de qué va todo eso?

—Ni idea, Rucket.

—Se ha vuelto loco.

—Imposible.

—Lo sé —respondió ella.

Se quedaron sentados en silencio un rato, después habló Rucket.

—Quizá solo me quede con el relleno. Así puedo tenerlo sin los costes añadidos.

—¿Es relleno de verdad?

—Ilusiones y algo de verdad, una especie de labor de retales.

—¿Y crees que se enamorará si tienes ese aspecto? Quiero decir, comparada con Janath, que debe de estar enflaqueciendo por momentos, cosa que, como bien sabes, a algunos hombres les gusta porque hace que sus mujeres parezcan niñas o alguna otra espeluznante verdad secreta que nadie admite jamás en voz alta…

—Él no es de ésos.

—¿Estás segura?

—Lo estoy.

—Bueno, supongo que tú tendrías que saberlo.

—Así es —respondió Rucket—. En fin, lo que estás diciendo me está poniendo mala.

—Es lo que tienen las verdades viriles —dijo Ormly.

Se quedaron sentados. Y esperaron.

Ursto Hoobutt y su mujer y antigua amante Pinosel treparon a la orilla cenagosa. En las manos nudosas de Ursto había una enorme jarra de arcilla. Se detuvieron para estudiar el

estanque congelado que, en otro tiempo, había sido el lago Escaño; el hielo refulgía bajo la luz difusa de la luna.

—Está fundiéndose, cerecita —dijo Ursto.

—Bueno, cada día más listo, queridín. Sabíamoslo que se estaba fundiendo. Sabíamoslo por mucho tiempo. Sabíamoslo sobrios y sabíamoslo borrachos. —Pinosel levantó la cesta—. Bueno, ¿qué va a ser, una cena muy tarde o vamos a por un desayuno muy temprano?

—Lo estiramos y hacemos las dos cosas.

—No podemos las dos. Una o la otra y si lo estiramos no será ninguna, así que decídete.

—¿Qué te tiene tan irritable, amor?

—Se está fundiendo, maldita sea, y eso significa hormigas en la comida.

—Sabíamos que iba a pasar…

—¿Y qué? Cuando hay hormigas, hay hormigas.

Se acomodaron en la orilla, espantando los mosquitos con las manos. Ursto destapó la jarra mientras Pinosel desvelaba lo que contenía la cesta. Él fue a coger un bocadito y ella le dio un manotazo. Él le ofreció la jarra, ella frunció el ceño y luego la aceptó. Cuando vio a su mujer con las manos llenas, él le quitó la golosina y se echó hacia atrás, contento mientras engullía el bocadito.

Y después tuvo una arcada.

—Por la oreja del Errante, ¿qué es esto?

—Eso era una bola de arcilla, amor. Para la escritura. Y ahora vamos a tener que desenterrar alguna más. O, más bien, las vas a desenterrar tú, ya que fuiste quien se comió la que teníamos.

—Bueno, tampoco estaba tan mal, la verdad. Trae, dame esa jarra para que pueda pasarla mejor.

Una velada agradable, reflexionó Ursto con cierta desolación, sentarse allí y ver fundirse el estanque.

Al menos hasta que el demonio gigante atrapado en el hielo se soltara. Ante tan inquietante pensamiento, le lanzó a su mujer y en otro tiempo amante una mirada y recordó el día, hace mucho tiempo, en el que habían estado sentados allí, tan tranquilos ellos, y ella le había estado dando la tabarra para que se casaran, y él había dicho… bueno; lo había dicho. Y allí estaban, y quizá fuera el empujoncito del Errante, pero a él no se lo parecía.

Pensara lo que pensara el Errante.

—Veo esa expresión nostálgica en tus ojos, maridín. ¿Qué te parece que tengamos un bebé?

Ursto se atragantó por segunda vez, pero con nada tan prosaico como una bola de arcilla.

El complejo central de los patriotas, el núcleo sólido de miedo e intimidación del imperio, estaba bajo asedio. De forma periódica, la turba se arrojaba contra los muros, y rocas y jarras de aceite con mechas de tela ardiendo volaban por encima y se estrellaban en el complejo. Las llamas habían consumido los establos y otras cuatro dependencias auxiliares tres noches antes, y el sonido terrible de los chillidos de los caballos había llenado el aire impregnado de humo. Los patriotas atrapados apenas habían sido capaces de evitar que el edificio principal se prendiera.

Dos veces habían atravesado la puerta principal, y una docena de agentes había muerto repeliendo a los ciudadanos frenéticos. Así que habían colocado una enorme barricada de escombros, vigas carbonizadas y muebles para bloquear el paso. Entre el hedor y los charcos de hollín del complejo caminaban figuras ataviadas con armaduras, como supuestos soldados, torpes con el pesado equipo. Pocos

hablaban, pocos miraban a los ojos, por temor a ver revelada la incredulidad acosada, aturdida, que residía en sus almas.

El mundo no funcionaba así. A la gente siempre se la podía intimidar, los cabecillas aislados y traicionados con una bolsa de dinero o, si eso fallaba, eliminados de modo discreto. Pero los agentes no podían salir a las calles para emprender esos oscuros tratos. Había observadores, y bandas de matones cerca que disfrutaban matando de una paliza a desventurados agentes y después arrojaban las cabezas por encima del muro. Y los operativos que pudieran permanecer en la ciudad habían cejado en todo esfuerzo de comunicarse; o bien se habían escondido o estaban muertos.

La inmensa red de trabajo había quedado destrozada.

Tanal Yathvanar sabía que si fuera sencillo, si fuera tan fácil como negociar la liberación de prisioneros según las exigencias de la turba, podría restaurarse el orden. Pero esas gentes que estaban tras los muros del complejo no eran parientes y amigos de las decenas de eruditos, intelectuales y artistas todavía encerrados en las celdas de abajo. Les importaban un bledo los prisioneros y verían tan contentos cómo ardían junto con el bloque principal. Así que no había ninguna causa noble en todo aquello. Tanal empezaba a comprender que no era más que sed de sangre.

¿Es de extrañar entonces que nos necesitaran? Para controlarlos. Para controlar sus instintos más básicos. Y ahora mira lo que ha pasado.

Se encontraba cerca de la puerta principal, observando a los agentes que empuñaban picas y patrullaban el sucio complejo. De hecho, varias veces habían oído gritos que exigían ver a Tehol Beddict. La chusma quería encargarse de él en persona. Querían hacerlo pedazos. El Gran Ahogamiento del amanecer de la mañana siguiente no era suficiente para apaciguar su necesidad salvaje.

Pero no iban a liberar a Tehol Beddict. No mientras Karos Invictad permaneciera al mando.

Sin embargo, si lo entregáramos, quizá se calmaran y se fueran. Y nosotros podríamos empezar otra vez. Sí. Si yo estuviera al mando, podrían quedarse con Tehol Beddict con todas mis bendiciones.

Pero no con Janath. Oh no, ella es mía. Para siempre ya. Para él había sido una conmoción descubrir que la estudiosa no guardaba muchos recuerdos de su anterior encarcelamiento, pero había disfrutado mucho volviéndola a educar. *Ja, reeducando a la profesora. Ésa me gusta*. Por lo menos Karos Invictad había sido generoso y se la había dado. Así que la mujer residía en una celda privada, encadenada a una cama, y él podía utilizarla día y noche. Incluso cuando las multitudes bramaban contra los muros y los agentes morían por mantenerlos fuera, él yacía sobre ella y se complacía en ello. Y ella había aprendido pronto a decir todo lo que debía, a suplicar más, a susurrar su deseo inmarcesible (no, no la obligaría a hablar de amor, porque esa palabra ya había muerto entre ellos, muerto para siempre), hasta que esas palabras de deseo se convirtieron en realidad para ella.

La atención. El fin de la soledad. Incluso había gritado la última vez, había gritado su nombre mientras arqueaba la espalda y agitaba los miembros contra los grilletes.

Había gritado para llamarlo a él, Tanal Yathvanar, que incluso de niño había sabido que estaba destinado para la grandeza, ¿no era eso lo que le decían todos, una y otra vez? Sí, había encontrado al fin su mundo perfecto. ¿Y qué había pasado? La puñetera ciudad entera se había derrumbado y amenazaba todo lo que poseía.

Y todo por culpa de Karos Invictad. Porque se negaba a entregar a Tehol Beddict y se pasaba todas las horas de vigilia con los ojos clavados en el interior de una cajita de

madera que contenía un insecto bicéfalo que había sido (ja, ja), en su lerda y obstinada estupidez, más listo que él. *Hay una verdad oculta en eso, ¿no? Estoy seguro. Karos y su insecto bicéfalo que da vueltas y vueltas y más vueltas, y que seguirá dándolas hasta que se muera. Y cuando lo haga, el gran centinela se volverá loco*.

Pero Tanal empezaba a sospechar que no podría esperar a eso. La chusma estaba demasiado ansiosa.

Más allá de los muros reinaba el silencio, de momento, pero algo inmenso y con un millar de cabezas hervía de furia al otro lado del canal de la Enredadera y no tardaría en cruzar desde los Límites Exteriores y bajar hasta las gradas del norte. Podía oír su susurro pesado, una marea en la oscuridad que se derramaba por las calles, entraba y salía a chorros de los callejones y se extendía, sangrienta y oscura, por las avenidas y caminos. Podía oler su hambre en el humo acre.

Y viene a por nosotros, y no va a esperar. Ni siquiera a Karos Invictad, el centinela de los patriotas, el hombre más acaudalado de todo el imperio.

Se permitió lanzar una leve carcajada, se dio media vuelta y entró en el bloque principal. Bajó por el pasillo polvoriento, caminando sin mirar por encima de las vetas costrosas dejadas cuando habían sacado a rastras a los heridos y moribundos. Olor a sudor rancio, orina y heces derramadas (tan penetrante como en las celdas de abajo). *Y sí, ¿acaso no somos ahora también prisioneros? Con simples sobras de comida y el agua del pozo contaminada por cenizas y sangre. Atrapados con sentencias de muerte colgándonos del cuello como el peso de diez mil diques, y nada salvo agua profunda por todos lados*.

Otro pensamiento para divertirlo, otro pensamiento para archivar en sus libros privados.

Subió las escaleras, sus botas resonaban en la caliza tallada, y entró en el pasillo que llevaba al despacho del centinela, el sanctasanctórum de Karos Invictad. *Su propia celda privada*. No había guardias en el pasaje, Karos ya no confiaba en ellos. De hecho, ya no confiaba en nadie. *Salvo en mí. Y ése será al final su mayor error*.

Al llegar a la puerta, la abrió de un empujón, sin llamar, y entró. Y entonces se detuvo en seco.

La habitación hedía y la fuente del mal olor estaba despatarrada en la silla que había enfrente del centinela y su escritorio.

Tehol Beddict. Embadurnado con heces, lleno de cortes, costras y magulladuras; la prohibición de Karos Invictad contra tal tratamiento había terminado, al parecer.

—Tengo visita —le soltó el centinela—. Nadie te invitó, Tanal Yathvanar. Es más, no te oí llamar; otra señal más de tu creciente insolencia.

—La chusma volverá a atacar —dijo Tanal, los ojos se le fueron un momento hacia Tehol—. Antes del amanecer. Me pareció que sería mejor informarlo de que nuestras defensas están debilitadas. No nos quedan más que catorce agentes capaces de defendernos. Esta vez me temo que se abrirán camino.

—La fama es sanguinaria —comentó Tehol Beddict a pesar de los labios partidos—. Dudo en recomendarla.

Karos Invictad siguió mirando a Tanal con furia un momento más antes de volver a hablar.

—En la habitación oculta, sí, ya sabes cuál es, soy consciente de ello, así que no es necesario que proporcione más detalles, en la habitación oculta, por tanto, Tanal, encontrarás un gran cofre lleno de monedas. Apiladas detrás hay unos cuantos cientos de bolsitas de tela. Reúne a los heridos y que llenen sacos con las monedas. Después

entrégaselos a los agentes de los muros. Esas serán sus armas esta noche.

—Eso se podría volver contra usted —comentó Tehol, que pensó lo mismo que Tanal Yathvanar, pero lo expresó antes —, si llegan a la conclusión de que dentro hay más todavía.

—Estarán muy ocupados peleándose unos con otros para llegar a ninguna conclusión —dijo Karos con desdén—. Bien, Tanal, si no hay nada más, regresa con tu dulce víctima, que sin duda suplicará con desesperación que le prestes tu sórdida atención.

Tanal se lamió los labios. ¿Ya era hora? ¿Estaba listo?

Y entonces vio en los ojos del centinela una astucia que le heló los huesos. *Me ha leído el pensamiento. Sabe lo que tengo en mente*.

Tanal hizo un rápido saludo militar y salió a toda prisa de la habitación. *¿Cómo puedo derrotar a un hombre así? Siempre va diez pasos por delante de mí. Quizá debería esperar hasta que hayan pasado los problemas y moverme luego, cuando se relaje, cuando se sienta más seguro.*

Había ido al despacho de Invictad para confirmar que seguía solo con su rompecabezas. Momento en el que había planeado bajar a las celdas y recoger a Tehol Beddict. Atado, amordazado y encapuchado, pretendía subirlo y sacarlo al complejo. Para apaciguar a la chusma, para verlos alejarse y salvar así su propia vida. Sin embargo, el centinela tenía a Tehol en su mismo despacho.

¿Para qué? ¿Una conversación? ¿Para recrearse todavía más? Oh, cada vez que creo conocer a ese hombre…

Encontró a un agente y de inmediato transmitió las instrucciones de Invictad, así como indicaciones para llegar a lo que había sido la habitación oculta. Después continuó su camino, solo vagamente consciente de que estaba siguiendo las órdenes del centinela al pie de la letra.

Descendió a un nivel inferior, bajó por otro pasillo (ése con una capa de polvo más gruesa que la mayor parte de los otros, salvo por aquellos lugares donde sus botas habían abierto un sendero impaciente) hasta una puerta, donde sacó una llave y descorrió el cerrojo. Y entró.

—Sabía que te sentirías sola —dijo.

La mecha del farol casi se había consumido y Tanal se acercó a la mesa donde reposaba.

—¿Tienes sed? Seguro que sí. —Miró por encima del hombro y la vio observándolo, vio el deseo en sus ojos—. Hay más disturbios en la ciudad, Janath. Pero yo te protegeré. Siempre te protegeré. Estás a salvo. Eso lo entiendes, ¿verdad? A salvo para siempre.

La mujer asintió y él vio que abría las piernas todavía más en la cama y luego lo invitaba con una arremetida de la pelvis.

Y Tanal Yathvanar sonrió. Él tenía a su mujer perfecta.

Karos Invictad contempló a Tehol Beddict por encima de los dedos que había unido en forma de chapitel.

—Muy parecida —dijo tras un rato.

Tehol, que había estado mirando como aturdido la caja del rompecabezas que estaba sobre el escritorio, se removió un poco y alzó los ojos desparejados.

—Muy parecida —repitió Karos—. La medida de su inteligencia, comparada con la mía. Usted es, según creo, el que más a la par está conmigo de todos los hombres que he conocido jamás.

—¿De veras? Gracias.

—Por lo general no suelo expresar mi admiración por la inteligencia de otros. Ante todo porque estoy rodeado de idiotas y cretinos…

—Incluso los idiotas y los cretinos necesitan líderes supremos —interpuso Tehol, sonrió e hizo una mueca cuando se le abrieron los cortes de los labios; al cabo, esbozó una sonrisa todavía mayor que antes.

—Los intentos de bromear, por desgracia —dijo Karos con un suspiro—, disimulan mal las deficiencias en la inteligencia. Quizá solo eso sea lo que nos distingue a los dos.

La sonrisa de Tehol se desvaneció y de repente pareció consternado.

—¿Usted nunca intenta bromear, centinela?

—La mente es capaz de jugar a un sinfín de juegos, Tehol Beddict. Algunos son útiles. Otros no merecen la pena, son una pérdida de tiempo. El humor es un ejemplo perfecto de esto último.

—Qué gracioso.

—¿Disculpe?

—Oh, perdón, solo estaba pensando. Qué gracioso.

—¿El qué?

—Usted no lo entendería, por desgracia.

—¿De veras se imagina que es usted más brillante que yo?

—Con respecto a eso no tengo ni idea. Pero, puesto que abjura de todo aspecto del humor, cualquier cosa que yo considere y después describa con la palabra «gracioso» es obvio que es algo que usted no entendería. —Tehol se inclinó un poco hacia delante—. ¡Pero espere, es justo eso!

—¿Qué tonterías está usted…?

—Por eso, después de todo, es por lo que soy mucho más listo que usted.

Karos Invictad sonrió.

—No me diga. Por favor, explíquese.

—Bueno, sin sentido del humor, usted está ciego a muchas cosas de este mundo. A la naturaleza humana. A lo

absurdo de mucho de lo que decimos y hacemos. Piense en lo siguiente, un ejemplo apasionante: se acerca una turba que quiere mi cabeza porque yo robé todo su dinero, ¿y qué hace usted para calmarlos? ¡Nada menos que arrojarles todo el dinero que les robó usted a ellos! Pero es obvio que no era usted en absoluto consciente de lo hilarante que es en realidad la situación; tomó la decisión sin conocer qué, un ochenta por ciento de sus deliciosos matices. ¡Noventa por ciento! ¡Noventa y tres por ciento! Y la mitad o poco menos de una mitad, pero más de un tercio, pero menos de… oh, bueno, casi una mitad entera, entonces.

Karos Invictad agitó un dedo.

—Incorrecto, me temo. No es que no lo supiese. Es que tales matices, como usted los llama, me eran indiferentes. De hecho, carecen por completo de sentido.

—Bueno, puede que tenga parte de razón, puesto que parece capaz de apreciar su propia brillantez a pesar de su ignorancia. Pero veamos, quizá se me ocurra otro ejemplo.

—Está perdiendo su tiempo, Tehol Beddict. Y el mío.

—¿Ah, sí? No parecía que estuviera usted muy ocupado. ¿Qué es lo que lo mantiene tan afanado, centinela? Quiero decir aparte de la anarquía en las calles, el derrumbamiento económico, los ejércitos invasores, los agentes muertos y los caballos en llamas.

La respuesta fue involuntaria cuando los ojos de Karos Invictad se posaron por un instante en la caja del rompecabezas. Se corrigió, pero ya era demasiado tarde y vio en el rostro magullado de Tehol que su prisionero había caído en la cuenta y se inclinaba todavía más hacia delante en su silla.

—¿Qué es esto, entonces? ¿Algún receptáculo mágico en el que se encontrarán todas las soluciones para este desazonado mundo? Ha de serlo, para exigir todo su formidable genio. Espere, ¿hay algo moviéndose ahí dentro?

—El rompecabezas no es nada —dijo Karos Invictad, que agitó una mano enjoyada—. Estábamos hablando de sus defectos.

Tehol Beddict se echó hacia atrás e hizo una mueca.

—Ah, mis defectos. ¿Ése era el tema de esta crepitante conversación? Me temo que estoy confundido.

—Algunos rompecabezas no tienen solución —dijo Karos, y él mismo se dio cuenta de que su voz se había agudizado más. Se obligó a respirar hondo y continuó en un tono más bajo—. Alguien intentó confundirme. Sugiriendo que era posible una solución. Pero ahora veo que jamás fue posible una solución. El imbécil no jugó limpio y me desagradan tanto ese tipo de criaturas que, si lo pudiera encontrar, ya sea hombre o mujer, lo arrestaría de inmediato, y este edificio entero resonaría con los gritos y chillidos de ese idiota.

Karos hizo una pausa cuando vio que Tehol lo miraba con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Nada. Pero es gracioso.

El centinela estiró el brazo hacia su cetro y lo levantó del escritorio, satisfecho con el peso sólido del símbolo, con la sensación de sostenerlo en la mano.

—Está bien, no es gracioso. Perdón, no he dicho nada. No me golpee con esa cosa otra vez. Por favor. Aunque —añadió Tehol—, teniendo en cuenta que es el símbolo de su cargo, golpearme con él, si bien un tanto severo, es, no obstante, en cierto modo… gracioso.

—Estoy pensando que debería entregarlo a los ciudadanos de Letheras —dijo Karos al tiempo que alzaba los ojos para evaluar cómo reaccionaba aquel hombre a su afirmación. Y le sorprendió ver que el idiota sonreía otra vez —. ¿Cree que bromeo?

—Nunca. Como es obvio.

—¿Entonces disfrutaría siendo despedazado por la chusma?

—Lo dudo. Claro que no lo harían, ¿verdad? Me refiero a hacerme pedazos.

—Oh, ¿y por qué no?

—Porque no solo tengo más dinero que usted, centinela, a mí, al contrario que a usted, me resulta del todo indiferente quién termine poseyéndolo. Entrégueme, desde luego, señor. Y observe cómo compro mi vida.

Karos Invictad se quedó mirando al hombre.

Tehol agitó un dedo roto.

—Las personas que no tienen sentido del humor ni saben apreciarlo, centinela, siempre se toman el dinero demasiado en serio. O su posesión, al menos. Que es por lo que se pasan todo el tiempo apilando monedas, contando esto y aquello, contemplando arrobados su tesoro, en fin. Están compensando la vil penuria que reina en todos los demás aspectos de sus vidas. Bonitos anillos, por cierto.

Karos se obligó a permanecer sereno ante semejantes insultos descarados.

—He dicho que estaba pensando entregarlo. Por desgracia, me acaba de dar motivos para no hacerlo. Así pues, usted mismo ha garantizado su Ahogamiento llegada la mañana. ¿Satisfecho?

—Bueno, si mi satisfacción es esencial, ¿me permite sugerir…?

—Ya basta, Tehol Beddict. Ya no me interesa.

—Bien, ¿puedo irme ya?

—Sí —Karos se levantó y se dio unos golpecitos en un hombro con el cetro—. Y yo, por desgracia, he de escoltarlo.

—Es difícil mantener con vida al buen servicio en estos tiempos.

—Levántese, Tehol Beddict.

Al hombre le costó un poco cumplir la orden, pero el centinela esperó, había aprendido a ser paciente con esas cosas.

En cuanto Tehol se irguió del todo, sin embargo, una expresión de asombro iluminó sus rasgos.

—¡Vaya, pero si es un insecto bicéfalo! ¡Da vueltas y vueltas!

—A la puerta, ya —dijo Karos.

—¿Cuál es el desafío?

—No tiene sentido…

—Oh, venga, en serio, centinela. Afirma usted que es más listo que yo, y yo estoy a punto de morir… Me gustan los rompecabezas. De hecho, los diseño. Rompecabezas muy difíciles.

—Está mintiendo. Conozco a todos los diseñadores y usted no se encuentra entre ellos.

—Bueno, está bien. Solo he diseñado uno.

—Una pena, entonces, que no vaya a poder ofrecérmelo para mi momentáneo placer, puesto que ahora va a regresar a su celda.

—No pasa nada —respondió Tehol—. Era más un chiste que un rompecabezas, en cualquier caso.

Karos Invictad hizo una mueca y agitó el cetro para indicarle a Tehol la puerta.

—Pues he desentrañado el desafío, de todos modos —dijo Tehol mientras iba arrastrando los pies poco a poco—. Es hacer que el bicho deje de dar vueltas.

El centinela le bloqueó el paso con el cetro.

—Se lo he dicho, no hay solución.

—Yo creo que sí. Y creo que la sé, de hecho. Veamos, señor. Yo resuelvo ese rompecabezas que tiene en la mesa y usted pospone mi Ahogamiento. Digamos unos cuarenta años o así.

—De acuerdo. Porque no puede resolverlo. —El centinela observó a Tehol Beddict caminar como un viejo hasta el escritorio e inclinarse sobre él—. ¡No puede tocar el insecto!

—Por supuesto —respondió Tehol. Se inclinó todavía más y bajó la cara hacia la caja.

Karos Invictad se apresuró a colocarse a su lado.

—¡No toque!

—No lo haré.

—Las teselas se pueden recolocar, pero le aseguro…

—No hace falta recolocar las teselas.

Karos Invictad se encontró con que el corazón le martilleaba con fuerza en el pecho.

—Me está haciendo perder más el tiempo.

—No, estoy poniendo fin a su pérdida de tiempo, señor. —Hizo una pausa y ladeó la cabeza—. Quizá sea un error. Oh, bueno.

Bajó la cabeza hasta la caja y lanzó un rápido soplido contra una de las teselas, que por un momento quedó enturbiada. Y el insecto, con una de las cabezas enfrente de esa superficie que de repente era opaca, que de repente no reflejaba nada, se detuvo sin más. Levantó una pata y se rascó el abdomen. Cuando la bruma se despejó en la tesela, el animalito se rascó otra vez y reanudó sus vueltas.

Tehol se irguió.

—¡Soy libre! ¡Libre!

Karos Invictad fue incapaz de hablar durante diez, quince latidos. Sentía de repente el pecho tenso, el sudor le perlaba la piel.

—No sea idiota —dijo entonces con voz ronca.

—¿Mintió? ¡Oh, no me puedo creer cómo me mintió! ¡Bueno, pues me meo en usted y también en su estúpido rompecabezas para meones!

El cetro del centinela dibujó un arco y se cruzó con la caja del escritorio, la hizo pedazos y mandó los restos

volando al otro lado de la habitación. El insecto chocó contra una pared y se quedó allí un instante antes de empezar a trepar hacia el techo.

—¡Corre! —susurró Tehol Beddict—. ¡Corre!

El cetro se desplazó otra vez junto a Tehol, chocó contra su pecho y le partió varias costillas.

—Ténsame más de la cadena de los tobillos —dijo Janath—. Ábreme más las piernas.

—Disfrutas estando indefensa, ¿verdad?

—Sí. ¡Sí!

Con una sonrisa, Tanal Yathvanar se arrodilló junto a la cama. La cadena de debajo atravesaba unos agujeros que había en cada esquina del armazón de la cama. Unas clavijas sujetaban los tramos. Para tensar las cadenas que sujetaban los tobillos femeninos lo único que tuvo que hacer fue quitar una clavija de cada lado de los pies de la cama, bajó la cadena todo lo posible y, cuando escuchó gemir a la mujer, volvió a colocar las clavijas.

Después se levantó, se sentó en el borde de la cama y se la quedó mirando. Desnuda, la mayor parte de las magulladuras se estaban desvaneciendo puesto que ya no le gustaba hacer daño a aquella mujer. Un cuerpo precioso, sin duda; estaba adelgazando, cosa que él prefería en sus mujeres. Extendió la mano y luego la retiró otra vez. No le gustaba tocar hasta estar listo. La estudiosa gimió por segunda vez y arqueó la espalda.

Tanal Yathvanar se desvistió, se subió a la cama y se cernió sobre ella con las rodillas entre las piernas femeninas, las manos apoyadas con fuerza en el colchón a ambos lados del torso de la mujer.

Vio que los grilletes habían desgarrado las muñecas. Tendría que tratar el daño, esas heridas tenían mucho peor

aspecto.

Poco a poco Tanal se posó en el cuerpo de la estudiosa y sintió que ella se estremecía bajo él cuando se deslizó con suavidad en su interior. Tan fácil, tan acogedora. La mujer gimió y él estudió su rostro.

—¿Quieres que te bese ahora? —le preguntó.

—¡Sí!

Tanal bajó la cabeza y fue entonces cuando hizo su primer embate profundo.

Janath, en otro tiempo estudiosa eminente, había encontrado en sí misma una bestia a la que los aguijonazos habían despertado como si hubiese estado durante siglos, quizá milenios, sumida en un sueño profundo. Una bestia que entendía lo que era la cautividad, que entendía que, a veces, lo que había que hacer implicaba un dolor atroz.

Bajo los grilletes que le sujetaban las muñecas, en buena parte ocultos por costras, sangre y jirones desgarrados de piel, los propios huesos se habían desgastado, astillado, agrietado. Por los tirones constantes, salvajes. Un ritmo animal, ciego a todo lo demás, sordo a cada grito de sus nervios. Tirones y más tirones.

Hasta que las clavijas bajo el armazón comenzaron a doblarse. Con una lentitud terrible se iban doblando, los agujeros de la madera se iban reconcomiendo y las clavijas se doblaban y excavaban más los agujeros.

Y en ese momento, con el tramo extra de cadena que había conseguido cuando Tanal Yathvanar había desplazado las clavijas de los pies del armazón de la cama, al fin tenía suficiente margen.

Para estirar el brazo izquierdo y cogerlo por un mechón de cabello. Para empujarle la cabeza hacia la derecha, hacia donde había llevado, entre un estrépito borroso, la mayor

parte de la cadena que atravesaba el agujero, lo suficiente para rodearle el cuello a su captor, retorcer la mano por debajo y luego pasarla por encima; y con una determinación repentina, agonizante, levantó el brazo izquierdo, fue subiendo cada vez más ese brazo. El grillete y la muñeca derecha quedaron atrapados contra el armazón, la cadena se los había bajado hasta que ya no dio más.

El hombre se agitó, intentó meter los dedos por debajo de la cadena y ella estiró el brazo todavía más, rozando la cara masculina con la suya; sus ojos vieron el repentino tono azul de la cara del hombre, los ojos que se le salían de las órbitas y la lengua que asomaba.

Él podría haberla golpeado. Podría haberle metido los pulgares en los ojos. Es probable que hubiera podido matarla con tiempo para sobrevivir a todo aquello. Pero ella había esperado a que él expulsara el aire, esa exhalación que siempre brotaba cuando él empujaba por primera vez en su interior. Ese aliento, que ella había oído ya un centenar de veces, cerca de su oído, cuando utilizaba su cuerpo, ese aliento fue lo que lo mató.

El hombre necesitaba aire. No lo tenía. Nada más importaba. Se arañó la garganta para intentar meter los dedos bajo la cadena. Ella estiró el brazo izquierdo más, el codo se trabó y la mujer dejó escapar sus propios gritos en cuanto el grillete que le rodeaba la muñeca derecha se movió cuando un perno se deslizó por el agujero.

Ese rostro azul de ojos saltones, ese estallido húmedo en el pene, seguido por el chorro caliente de orina.

Ojos fijos, venas en las que florecía el rojo y luego el púrpura hasta que el blanco quedó lleno por completo.

Janath los miró de frente. Se miró en ellos y buscó el alma del hombre, intentó enzarzar su mirada con la de esa patética y vil alma moribunda.

Te mato. Te mato. ¡Te mato!

Las palabras silenciosas de la bestia.

La afirmación alegre, salvaje, de la bestia. Los ojos femeninos se lo gritaron al hombre, se lo gritaron al alma masculina.

Tanal Yathvanar. ¡Te mato yo!

Taralack Veed se escupió en las manos y se las frotó para extender la flema, después las levantó y se las pasó por el pelo para estirarlo hacia atrás.

—Huelo más humo —dijo.

El examinador superior, que estaba sentado enfrente de él, en la pequeña mesa, alzó las finas cejas.

—Me sorprende que pueda oler nada, Taralack Veed.

—He vivido en plena naturaleza, cabalhii. Puedo seguir el rastro de un antílope que tenga ya un día de antigüedad. Esta ciudad se está desmoronando. Los tiste edur se han ido. Y de repente el emperador cambia de opinión y masacra a todos los aspirantes hasta que no quedan más que dos. ¿Y le importa siquiera a alguien? —Se levantó de repente y se acercó a la cama, sobre la que había dejado todas sus armas. Desenvainó su cimitarra y estudió el filo una vez más.

—A estas alturas ya podría recortarse las pestañas con esa espada.

—¿Y por qué iba a hacer eso? —preguntó Taralack con aire distraído.

—Una simple sugerencia, gral.

—Serví a los sin nombre.

—Lo sé —respondió el examinador superior.

Taralack se volvió y estudió con los ojos entrecerrados al hombrecito blando de la cara pintada.

—¿Lo sabes?

—A los sin nombre se les conoce en mi tierra natal. ¿Sabe por qué se llaman así? Se lo diré, puesto que veo que no lo sabe. Los iniciados deben renunciar a sus nombres, en la creencia de que conocerse a uno mismo por su nombre le da demasiado poder al mismo. El nombre se convierte en la identidad, se convierte en la cara, se convierte en el yo. Elimina el nombre y el poder regresa.

—A mí nunca me exigieron eso.

—Porque usted es poco más que una herramienta, no muy diferente de esa espada que empuña. No hace falta decir que los sin nombre no dan nombres a sus herramientas. Y en muy poco tiempo usted habrá dejado de ser útil.

—Y seré libre una vez más. Para regresar a casa.

—A casa —caviló el examinador superior—. A su tribu, para enderezar todos sus entuertos, para enmendar todas las heridas que infligió durante su entusiasta juventud. Volverá con ellos con los ojos marchitos, el corazón ralentizado y una mano dulcificada. Y una noche, mientras yace durmiendo en sus pieles, en la choza donde nació, alguien se deslizará en el interior y le rebanará la garganta con un cuchillo. Porque el mundo en el interior de su mente no es el mundo que hay más allá. Usted se llama Taralack Veed y ellos han tomado su poder. Del nombre, de la cara. Del nombre, del yo, y con él toda la historia y así, con su propio poder (regalado de buen grado hace tanto, tanto tiempo), lo asesinan.

Taralack Veed se lo quedó mirando, la cimitarra temblaba en sus manos.

—¿Y por eso, entonces, es por lo que a ti solo se te conoce como examinador superior?

El cabalhii se encogió de hombros.

—Los sin nombre son idiotas en su mayor parte. Prueba de lo cual se encuentra en su presencia aquí, con su

compañero jhag. Pese todo, hay cosas que ambos comprendemos, lo que tampoco es de sorprender puesto que ambos procedemos de la misma civilización. Del Primer Imperio de Dessimbelackis.

—Era un chiste común en Siete Ciudades —dijo el gral con desdén—. Un día el sol morirá y un día no habrá guerra civil en las islas Cabal.

—La paz al fin se ha ganado —respondió el examinador superior al tiempo que plegaba las manos sobre el regazo.

—¿Entonces por qué cada conversación que tengo contigo en los últimos tiempos me da ganas de estrangularte?

El cabalhii suspiró.

—Quizá llevo fuera de casa demasiado tiempo.

Taralack Veed hizo una mueca y volvió a meter bruscamente la cimitarra en su vaina.

En el pasillo se abrió una puerta con un golpe seco, los dos hombres se pusieron rígidos en la habitación y sus miradas se encontraron.

Pisadas que no hacían ruido pasando junto a la puerta.

Con una maldición, Taralack empezó a abrocharse las armas. El examinador superior se levantó y se colocó bien la túnica antes de dirigirse a la puerta y abrirla solo lo justo para asomarse al exterior. Después volvió a meterse dentro con la cabeza gacha.

—Viene hacia aquí —dijo con un susurro.

Taralack asintió y se unió al monje, que abrió la puerta por segunda vez. Salieron al pasillo al tiempo que oían el ruido de una momentánea refriega, al poco un gruñido, tras lo cual algo crujió sobre el suelo de piedra.

Con Taralack Veed por delante, bajaron rápido y sin ruido por el corredor.

En el umbral de la puerta del patio de prácticas había alguien desplomado, el guardia. En el complejo, más allá, se

oyó un grito sobresaltado, una refriega y el sonido de la puerta exterior al abrirse.

Taralack Veed se apresuró a salir a la oscuridad. Tenía la boca seca. El corazón le martilleaba con pesadez en el pecho. El asesor superior había dicho que Icarium no esperaría. Que Icarium era un dios y nadie podía contener a un dios cuando salía a hacer lo que quería hacer. *Descubrirán que se ha ido. ¿Registrarán la ciudad? No, ni siquiera se atreven a desbloquear la verja del palacio*.

¿Icarium? ¿Robavida, qué buscas?

¿Regresarás para enfrentarte al emperador y su espada maldita?

El monje le había dicho a Taralack que se preparara, que no durmiera esa noche. *Y fue por esto*.

Llegaron a la verja, pasaron por encima de los cuerpos de dos guardias y salieron con cautela.

Y lo vieron, de pie e inmóvil cuarenta pasos calle abajo, en el centro mismo. Un grupo de cuatro figuras que empuñaban porras se dirigían hacia él. A diez pasos de distancia se detuvieron y empezaron a retroceder. Luego giraron en redondo y echaron a correr, una de las porras rebotó con estrépito sobre los adoquines.

Icarium se quedó mirando el cielo nocturno.

Al norte, en algún lugar, había tres edificios ardiendo, reflejándose con un color carmesí chillón en los vientres de las nubes de humo que hervían en el cielo. Gritos lejanos se alzaron al aire. Taralack Veed, el aliento entrecortado en jadeos, sacó su espada. Los matones y asesinos quizá huyeran de Icarium, pero no había garantía de que fueran a hacer lo mismo al verlo a él y al monje.

Icarium bajó los ojos y miró a su alrededor, como si acabara de descubrir dónde estaba. Otra pausa más antes de echar a andar.

En silencio, el gral y el cabalhii lo siguieron.

Samar Dev se lamió los labios secos. Estaba echado en su cama, en apariencia dormido. Y llegado el amanecer, cogería su espada de pedernal, se pondría la armadura y caminaría en medio de los soldados letherii hacia el estadio imperial. Y saldría, solo, a la arena; los pocos cientos de espectadores de los bancos de mármol alzarían al aire abucheos intermitentes y silbidos. No habría nadie que aceptara apuestas, ni gritos frenéticos de probabilidades. Porque ese juego siempre terminaba igual. Y llegados a ese punto, ¿le importaba siquiera a alguien?

En su imaginación, Samar lo vio acercarse sin prisa al centro del estadio. ¿Estaría mirando al emperador? ¿Estudiando a Rhulad Sengar cuando saliera de la puerta contraria? ¿La ligereza de su paso, los patrones inconscientes que dibujaba la espada en el extremo de sus manos, patrones que susurraban todo lo que músculos y huesos habían aprendido y tenían por costumbre hacer?

No, será como siempre es. Será Karsa Orlong. Ni siquiera mirará al emperador hasta que Rhulad se acerque, hasta que empiecen los dos.

No habría un exceso de confianza. Ni indiferencia. Ni siquiera desdén. No habría explicaciones fáciles para el guerrero toblakai. Estaría concentrado en sí mismo, por completo en sí mismo, hasta que fuera hora de… *de dar fe.*

Pero Samar Dev sabía que nada saldría bien. Ni toda la pericia de Karsa Orlong, ni todo ese torrente que todo lo inundaba, que era una cascada que a su vez era la voluntad del toblakai; ni siquiera su multitud de espíritus atrapados en el cuchillo que sostenía ella en ese momento, y esos otros que perseguían la sombra del toblakai (almas de los asesinados, diosecillos del desierto y antiguos demonios de las arenas y la roca), espíritus que bien podrían surgir con

un estallido y envolver a su dios campeón (¿y en verdad era eso?, ¿un dios?… ella no lo sabía) con todo su poder. No, nada de aquello importaría al final.

Mata a Rhulad Sengar. Mátalo tres veces. Mátalo una docena de veces. Al final se pondrá en pie, la espada ensangrentada, y entonces vendrá Icarium, el último de todos.

Para comenzar todo de nuevo.

Karsa Orlong, reducido a un simple nombre en la lista de los asesinados. Nada más que eso. Para este extraordinario guerrero. Y eso es lo que susurras, Caído, como tu credo sagrado. Grandeza, potencial y promesa, todo se rompe al final.

Incluso tu gran campeón, este tiste edur terrible, torturado, lo ves roto una y otra vez. Y lo arrojas de regreso, cada vez menos de lo que era, pero con mucho más poder en sus manos. Está ahí, sí, para todos nosotros. El poder y el que lo empuña, que está roto, roto por su poder.

Karsa Orlong se incorporó en su catre.

—Alguien se ha ido —dijo.

Samar Dev parpadeó.

—¿Qué?

El otro mostró los dientes.

—Icarium. Ha salido.

—¿Qué quieres decir con que ha salido? ¿Ha dejado el complejo? ¿Para ir adónde?

—No importa —respondió el toblakai, que giró las piernas y posó los pies en el suelo. Se la quedó mirando—. Lo sabe.

—¿Sabe qué, Karsa Orlong?

El guerrero se levantó, la sonrisa se ensanchó y crispó los tatuajes enloquecidos de su rostro.

—Que no se le necesitará.

—Karsa…

—Sabrás cuándo, mujer. Lo sabrás.

¿Saber qué, maldito seas?

—No lo habrían dejar marchar sin más —dijo ella—. Así que debe de haber acabado con todos los guardias. Karsa, ésta es nuestra última oportunidad. Para entrar en la ciudad. Para dejar todo esto…

—No lo entiendes. El emperador no es nada. El emperador, Samar Dev, no es el que busca.

¿Quién? ¿Icarium? No…

—Karsa Orlong, ¿qué secreto guardas? ¿Qué sabes sobre el dios Tullido?

El toblakai se levantó.

—Casi ha amanecido —dijo—. Casi es hora.

—Karsa, por favor…

—¿Querrás ser testigo?

—¿Tengo que hacerlo?

El toblakai la estudió por un momento y sus siguientes palabras, la conmocionaron hasta el fondo de su alma.

—Te necesito, mujer.

—¿Por qué? —inquirió ella, de repente casi a punto de llorar.

—Para ser testigo. Para hacer lo que hay que hacer cuando llegue el momento. —El guerrero respiró hondo, con satisfacción, y apartó los ojos, el pecho se le hinchó hasta que ella pensó que le iban a crujir las costillas—. Vivo para días como éstos —dijo.

Y entonces ella lloró de verdad.

Grandeza, promesa, potencial. Caído, ¿has de compartir así tu dolor?

—Las mujeres siempre son más débiles una vez al mes, ¿no es cierto?

—Vete al Embozado, cabrón.

—Y además se enfadan con rapidez.

Samar se había puesto en pie. Aporreaba con un puño el pecho sólido del toblakai.

Cinco veces, seis, hasta que él le cogió la muñeca, no con la fuerza suficiente para hacerle daño, pero sí deteniendo los golpes como si le hubieran puesto un grillete.

Alzó la vista y lo miró con furia.

Y ese hombre que la miraba no sonreía.

El puño femenino se abrió y se encontró atraída casi por un poder físico que la internó en aquellos ojos masculinos; como si los viera, parecía, por primera vez. Su inconmensurable profundidad, su brillante ferocidad y alegría.

Karsa Orlong asintió.

—Mejor, Samar Dev.

—Mierda condescendiente.

Karsa le soltó el brazo.

—Aprendo cada día más sobre las mujeres. Gracias a ti.

—Todavía tienes mucho que aprender, Karsa Orlong —dijo ella al tiempo que se daba la vuelta y se secaba las mejillas.

—Sí, y ése es un viaje que disfrutaré.

—En realidad debería odiarte —dijo ella—. Estoy segura de que la mayor parte de las personas que te conocen te odian, con el tiempo.

El toblakai lanzó un bufido.

—El emperador lo hará.

—Así que ahora debo caminar contigo. Ahora debo verte morir.

Llegaron gritos del exterior.

—Han descubierto la huida —dijo Karsa Orlong mientras recogía su espada—. Pronto vendrán a por nosotros. ¿Estás lista, Samar Dev?

—No.

Vio que el agua le había podrido los pies. Blancos como la piel de un cadáver, jirones que colgaban para revelar heridas rojas y abiertas, y cuando ella los subió al altar y se los metió bajo el cuerpo, el Errante compendió algo de repente. Sobre la humanidad, sobre la horda hirviente en su cruel avalancha a lo largo de la historia.

Con el sabor de las cenizas llenándole la boca, el Errante apartó los ojos y estudió los canales de agua que chorreaban por las paredes de piedra de la cámara.

—Está subiendo —dijo mientras se volvía para mirarla.

—Nunca estuvo tan perdido como creyó estarlo —dijo Bruja de la Pluma, que alzó una mano con gesto distraído para retorcerse los mechones mugrientos de ese cabello que había sido dorado—. ¿No estás impaciente, querido dios mío? Este imperio está a punto de hincarse de rodillas a tus pies. Y —sonrió de repente y reveló unos dientes marrones— a los míos.

Sí, a los tuyos, Bruja de la Pluma. Esos apéndices podridos y medio muertos que podrías haber utilizado para huir. Hace ya mucho tiempo. El imperio se arrodilla y los labios se estremecen en un puchero. Un beso que brota. Tan frío, tan parecido al engrudo, y el olor, oh, el olor…

—¿No es hora? —preguntó ella con una extraña mirada coqueta.

—¿De qué?

—Fuiste consorte. Conoces los modos del amor. Enséñame ahora.

—¿Enseñarte?

—Estoy intacta. Nunca he yacido con hombre o mujer.

—Mentira —respondió el Errante—. Gribna, el esclavo cojo en el pueblo hiroth. Tú eras muy pequeña. Te usó.

Muchas veces y de mala manera. Es lo que te convirtió en lo que eres ahora, Bruja de la Pluma.

Y vio que los ojos femeninos lo rehuían, vio el ceño en su frente y comprendió la horrible verdad, ella no lo recordaba. *Demasiado joven, demasiado inocente. Y después, cada momento enterrado en un agujero profundo en el fondo de su alma. Ella, por el Abismo, no recordaba*.

—Bruja de la Pluma…

—Vete —dijo ella—. Ahora mismo no necesito nada de ti. Tengo a Udinaas.

—Has perdido a Udinaas. Nunca lo tuviste. Escucha, por favor…

—¡Está vivo! ¡Lo está! Y todos los que lo ansiaban están muertos, ¡las hermanas, muertas! ¿Te lo habrías imaginado?

—Idiota. Silchas Ruina viene hacia aquí. Para asolar esta ciudad. Para destruirla por completo…

—No puede derrotar a Rhulad Sengar —replicó ella—. ¡Ni siquiera Silchas Ruina puede hacer eso!

El Errante no respondió a esa aseveración. Después se volvió.

—He visto gangrena en tus pies, Bruja de la Pluma. Mi templo, como te gusta llamarlo, hiede a carne podrida.

—Entonces sáname.

—El agua está subiendo —dijo él, y esa vez la afirmación pareció retoñar en su interior y llenar todo su ser. *El agua está subiendo. ¿Por qué?*—. Hannan Mosag busca al dios demonio, el que estaba atrapado en el hielo. Ese hielo, Bruja de la Pluma, se está fundiendo. Agua… por todas partes. Agua…

Por las Fortalezas, ¿era posible? ¿Incluso esto? *Pero no, atrapé al malnacido. ¡Lo atrapé!*

—Se llevó el dedo —dijo Bruja de la Pluma tras él—. Lo cogió y pensó que era suficiente, solo llevárselo. Pero ¿cómo podía ir yo adonde ha ido él? No podía. Yo lo necesitaba, sí.

Lo necesitaba y él nunca estuvo tan perdido como creía estar.

—¿Y qué hay del otro? —preguntó el Errante, todavía dándole la espalda.

—Nunca se encontró…

El dios ancestral giró en redondo.

—¿Dónde está el otro dedo? —exclamó.

Y vio que los ojos de la mujer se abrían más.

¿Es posible? ¿Es…?

Se encontró en el pasillo, con el agua por las caderas, aunque la atravesó sin esfuerzo. *Ha llegado al momento… Icarium camina… ¿dónde? Se acerca un ejército extranjero y un mago horripilante. Silchas Ruina baja volando del norte con ojos de fuego. Hannan Mosag, el muy tonto, se arrastra hacia lago Escaño al tiempo que el dios demonio se agita, y ella dice que nunca estuvo tan perdido como creía estar*.

Casi ha amanecido en algún lugar más allá de esos muros combados, sollozantes.

Un imperio de rodillas.

El beso que retoña, a solo unos instantes.

Llegó recado a Varat Taun, finadd recién nombrado de la Guardia de Palacio, que Icarium, junto con Taralack Veed y el examinador superior, habían escapado. Al oír esa frase se le debilitaron las rodillas y lo atravesó una riada, pero era una riada turbia, confusa. Alivio, sí, ante lo que se había evitado (al menos de momento, ¿pues no podría regresar Icarium?), alivio al que envolvió de inmediato un pavor creciente por el ejército invasor acampado a apenas dos leguas de distancia.

Habría un asedio y, sin prácticamente nadie para defender las murallas, sería un asedio muy corto. Y después el propio Domicilio Eterno sería el atacado y, para cuando todo hubiera terminado, era muy probable que solo el

emperador Rhulad Sengar permaneciera en pie, rodeado por el enemigo.

Un emperador sin imperio.

En el extremo oriental, en las fronteras con Bolkando, cinco ejércitos letherii parecían haberse desvanecido. Ni una palabra de un solo mago entre esas fuerzas. Habían partido a las órdenes de una comandante competente, aunque no fuera brillante, para aplastar a los bolkandos y a sus aliados. Cosa que debería haber estado dentro de las posibilidades de esa mujer. De sobra. El último informe había llegado medio día antes de que los ejércitos chocaran.

¿A qué otra conclusión se podía llegar? *Esos cinco ejércitos habían quedado hechos pedazos. El enemigo continúa su marcha y se adentra en el propio corazón del imperio. ¿Y qué ha pasado al este de Drene? Más silencio, y eso que a la atri-preda Bivatt la consideraba la mayoría la próxima preda de los Ejércitos Imperiales*.

Rebelión en Rosazul, disturbios en cada ciudad. Deserciones en masa de unidades y guarniciones enteras. Los tiste edur se desvanecen como fantasmas, huyen de regreso a su tierra natal, sin duda. *Por el Errante, ¿por qué no acompañé a Yan Tovis? ¿Por qué no regresé con mi mujer? Soy un idiota que va a morir aquí, en este maldito palacio. Morir para nada*.

Se encontraba en su puesto, junto a la entrada del salón del trono, y observaba por debajo del borde de su yelmo al emperador de las Mil Muertes, que se paseaba por delante del trono. Mugriento de sangre y de los fluidos derramados por una docena de aspirantes muertos, una docena de derribados en un frenesí arrollador. Rhulad chillando mientras su espada giraba, cortaba, amputaba y parecía beber el dolor y la sangre de sus víctimas.

Y empezaba ya a amanecer en ese día y el insomne emperador se paseaba. Las monedas ennegrecidas se

movían sobre los estragos de su rostro, las emociones modificaban sus rasgos en ciclos interminables de incredulidad, aflicción y miedo.

Ante Rhulad Sengar, de pie e inmóvil, estaba el canciller.

Tres veces el emperador se detuvo para mirar con furia a Triban Gnol. Tres veces fue a hablar, solo para reanudar sus paseos, la punta de la espada arrastrándose por las baldosas.

Su propio pueblo lo había abandonado. Había ahogado sin querer a sus propios padres. Había matado a todos sus hermanos. Había empujado al suicidio a la esposa que había robado. Lo había traicionado la primera y única concubina que había poseído, Nisall.

Una economía en ruinas, todo orden derrumbado y ejércitos invadiendo.

Y su única respuesta era obligar a unos desventurados extranjeros a que se metieran en las arenas del estadio para masacrarlos.

¿Patetismo o gran comedia?

No servirá, emperador. Toda esa sangre y tripas que te cubren no servirán. Cuando no eres más que las manos que sostienen la espada, la espada gobierna, y la espada no sabe nada salvo aquello para lo que la hicieron. No puede lograr resolución alguna, no puede haber para ella diplomacia sutil, no puede resolver ninguno de los problemas que afligen al pueblo por decenas de miles, cientos de miles.

Deja que una espada gobierne un imperio y el imperio cae. En la guerra, en la anarquía, en un torrente de sangre y un mar de miseria.

Recubierto de monedas, el que empuñaba la espada se paseaba por la verdadera extensión de su dominio, allí, en ese salón del trono.

Se detuvo y se enfrentó al canciller una vez más.

—¿Qué ha pasado?

La pregunta de un niño. La voz de un niño. Varat Taun sintió que su corazón cedía un poco, sintió que su dureza se ablandaba de repente. *Un niño*.

La respuesta del canciller fue medida, tan tranquilizadora que Varat Taun a punto estuvo de echarse a reír ante lo absurdo del tono.

—Nunca nos llegan a conquistar de verdad, emperador. Vos permaneceréis porque nadie puede apartaros. Los invasores lo verán, lo entenderán. Habrán acabado con el castigo que pretendían. ¿Habrá ocupación? Es una incógnita. Si no son ellos, entonces será la coalición que viene de los reinos del este, y esas coaliciones se rompen de forma inevitable, se devoran a sí mismas. Ellos tampoco podrán haceros nada, emperador.

Rhulad Sengar se quedó mirando a Triban Gnol; el emperador movía la boca, pero no emitía ningún sonido.

—He comenzado —continuó el canciller— a preparar nuestra rendición condicionada. Ante los malazanos. Como mínimo impondrán la paz en la ciudad, pondrán fin a los disturbios. Es probable que trabajen en colaboración con los patriotas. Una vez se restaure el orden, podemos emprender la tarea de resucitar la economía, acuñar…

—¿Dónde está mi pueblo? —preguntó Rhulad Sengar.

—Regresarán, emperador. Estoy seguro de ello.

Rhulad se volvió para mirar el trono. Y de repente se quedó muy quieto.

—Está vacío —susurró—. ¡Mira! —Giró en redondo y señaló el trono con la espada—. ¿Lo ves? ¡Está vacío!

—Mi señor…

—¡Como la silla de mi padre en nuestra casa! ¡Nuestra casa en el pueblo! ¡Vacía!

—El pueblo ya no está, emperador…

—¡Pero la silla continúa allí! ¡La veo! Con mis propios ojos… ¡la silla de mi padre! La pintura pierde el color al sol. Las junturas de la madera se parten bajo la lluvia. ¡Los cuervos se encaraman a los desgastados brazos! ¡La veo!

El grito resonó en el silencio. No se movía ni un guardia. El canciller, con la cabeza inclinada, ¿y quién sabía qué pensamientos aleteaban tras los ojos de serpiente?

Rendición condicionada. Rhulad Sengar continúa. Rhulad Sengar y, ah, sí, el canciller Triban Gnol. Y los patriotas. «No se nos puede conquistar. Somos eternos. Entra en nuestro mundo y éste te devora».

Los anchos hombros de Rhulad se encorvaron poco a poco. Se acercó al trono, se dio la vuelta y se sentó. Miró con ojos desolados.

—¿Quién queda? —preguntó con voz ronca y quebrada.

El canciller se inclinó.

—No queda más que uno, emperador.

—¿Uno? Debería haber dos.

—El aspirante conocido como Icarium ha huido, emperador. A la ciudad. Intentamos darle caza.

Mentiroso.

Pero Rhulad Sengar parecía indiferente, volvió la cabeza hacia un lado y bajó los ojos hasta que se clavaron en la espada salpicada de sangre y entrañas.

—El toblakai.

—Sí, emperador.

—Que asesinó a Binadas. A mi hermano.

—Así es, mi señor.

La cabeza se alzó con lentitud.

—¿Ha amanecido?

—Sí.

La orden de Rhulad fue tan queda como un aliento.

—Traedlo.

Dejaron irse al pobre idiota una vez que les mostró la puerta escondida que llevaba bajo la muralla de la ciudad. Estaba, por supuesto, cerrada con un cerrojo, y mientras el resto de los pelotones esperaba bajo la oscuridad que poco a poco se iba desvaneciendo (buscando el escaso refugio que pudieran encontrar y no era mucho), Violín y Sepia se metieron en la depresión para examinar la puerta.

—Hecha para que la derribaran —murmuró Sepia—, así que es como dijo el muchacho; entramos, se abren las compuertas y nos ahogamos. Viol, yo no veo forma de hacerlo, no con suficiente discreción como para que nadie lo oiga y comprenda que hemos caído en la trampa.

Violín se rascó la barba blanca.

—Quizá podríamos desmantelar la puerta entera, con marco y todo.

—No tenemos tiempo.

—No. Nos retiramos y nos ocultamos todo el día, y lo hacemos mañana por la noche.

—La consejera debería haber aparecido ya para entonces. Keneb quiere que seamos los primeros en entrar, y tiene razón, nos lo hemos ganado.

En ese momento oyeron un golpe seco detrás de la puerta y luego el arañazo bajo de la barra al izarse.

Los dos malazanos se colocaron a ambos lados y amartillaron a toda prisa las ballestas.

Un chirrido y la puerta se abrió con un empujón.

La figura que apareció trepando no era ningún soldado letherii. Vestía una armadura sencilla de cuero que revelaba, sin dejar lugar a dudas, que era una mujer, y en su rostro una máscara de esmalte con un modesto conjunto de sigilos pintados. Dos espadas cruzadas y atadas a la espalda. Una zancada, otra. Una mirada a Violín a su derecha y a Sepia a

su izquierda. Hizo una pausa, se limpió tierra de la armadura y luego echó a andar. Se adentró en el campo de la muerte y se alejó.

Bañado en sudor, Violín se sentó y se puso cómodo, la ballesta le temblaba en las manos.

Sepia hizo un gesto de protección y se sentó él también.

—Tenía el aliento del Embozado en el cuello, Viol. Justo ahí, justo en ese momento. Lo sé, ni siquiera echó mano de esas armas, ni siquiera se inmutó…

—Sí —respondió Viol, la palabra susurrada como una bendición. *Una puñetera seguleh del Embozado. Y encima de alto rango. Jamás habríamos llegado ni a disparar, imposible. Nuestras cabezas habrían rodado como un par de enormes bolas de nieve*.

—Aparté la mirada, Viol. Miré justo al suelo cuando se volvió hacia mí.

—Yo también.

—Y por eso seguimos vivos.

—Sí.

Sepia se giró y se asomó al túnel oscuro.

—No tenemos que esperar hasta mañana por la tarde, después de todo.

—Vuelve con los otros, Sepia. Dile a Keneb que los reúna. Yo voy a comprobar el otro extremo. Si no hay guardias y está todo tranquilo, santo y bueno. Si no…

—Sí, Viol.

El sargento se dejó caer en el túnel.

Se movió por la oscuridad tan rápido como pudo sin hacer demasiado ruido. El muro que tenía encima era de un grosor desmesurado y tuvo que recorrer treinta pasos antes de ver el contorno borroso y gris de la salida al final de una pendiente pronunciada. Con la ballesta en las manos, Violín avanzó con tiento.

No tendría que haberse preocupado.

El túnel se abría a un blocao estrecho e incómodo, sin techo. Un banco bordeaba el muro que tenía a la derecha. Había tres cuerpos despatarrados en el suelo polvoriento de piedra, desangrándose por crueles heridas. *Deberíais haber apartado los ojos, soldados*. Suponiendo que la mujer les hubiera dado siquiera tiempo para decidir en un sentido u otro; después de todo, lo que quería era salir.

La puerta que tenía enfrente estaba entreabierta, Violín se acercó con sigilo y miró por la ranura. Una calle ancha salpicada de basura.

Habían pasado media noche escuchando los disturbios, y estaba claro que la muchedumbre lo había barrido todo; si no esa noche, entonces otras noches. Los bloques de la guarnición de enfrente estaban destripados y las ventanas manchadas de hollín. *Cada vez mejor*.

Se dio la vuelta y se apresuró a regresar por el túnel.

En el otro extremo encontró a Sepia, Faradan Sort y el puño Keneb, todos en pie, dentro, a pocos pasos de la puerta.

Violín les explicó lo que había encontrado.

—Debemos entrar ahora mismo, creo —dijo después—. Son ochocientos marines los que tienen que pasar y eso llevará un rato.

Keneb asintió.

—Capitán Faradan Sort.

—Señor.

—Entre con cuatro pelotones y establezca posiciones en los flancos. Envíe un pelotón directamente al barracón más cercano para ver si está de verdad abandonado. Si es así, ésa será nuestra escala. Desde ahí, yo encabezaré un cuerpo principal hacia la puerta de la muralla, para capturarla y asegurarla. Capitán, usted y cuatro pelotones atacarán en el interior de la ciudad, lleguen hasta donde puedan, y vayan

provocando problemas todo el camino; cargue con municiones extra.

—¿Nuestro destino?

—El palacio.

—Sí, señor. Violín, recoja a Gesler, Hellian y Urb, ustedes son los primeros cuatro, y entren con sus pelotones. A la puñetera carrera si tienen la bondad.

Bajo la luz gris de los primeros momentos del amanecer, cuatro figuras salieron de un manchón de luz borrosa a veinte pasos de la torre Azath muerta, detrás del antiguo palacio. Cuando el portal se cerró con un remolino tras ellos, se irguieron y miraron a su alrededor.

Seto le dio a Ben el Rápido un ligero empujón, un gesto que estaba entre la camaradería y la irritación.

—Te lo dije, es hora de reunirse, mago.

—¿En dónde Embozado estamos? —inquirió Ben el Rápido.

—Estamos en Letheras —dijo Seren Pedac—. Detrás del antiguo palacio, pero aquí pasa algo.

Trull Sengar se rodeó con los brazos, el rostro demacrado por el dolor de las heridas recién sanadas, los ojos llenos de una angustia más profunda.

Seto sintió que parte de su anticipación se apagaba como una lámpara de aceite moribunda al estudiar al tiste edur. *Pobre cabrón. Un hermano asesinado ante sus propios ojos. Y luego, la incómoda despedida con Onrack (alegría y gran tristeza, al ver a su viejo amigo y la mujer que tenía a su lado), una mujer que Onrack había amado durante tanto tiempo. ¿Tanto tiempo? Un tiempo casi prácticamente incomprensible, tanto fue.*

Pero ahora…

—Trull Sengar.

El tiste edur se volvió poco a poco.

Seto le lanzó a Ben el Rápido una mirada, antes de hablar.

—Insistimos en escoltaros a ti y a Seren. Hasta su casa.

—La ciudad está siendo atacada —dijo Trull Sengar—. Mi hermano menor, el emperador…

—Todo eso puede esperar —interpuso Seto. Hizo una pausa mientras intentaba averiguar cómo decir lo que pretendía, después añadió—: Tu amigo Onrack robó el corazón de una mujer, y estaba todo allí. En sus ojos, quiero decir. Es decir, la respuesta. Y si mirases, solo mirases, Trull Sengar, en los ojos de Seren Pedac, bueno…

—Por el amor del Embozado —suspiró Ben el Rápido—. Quiere decir que Seren y tú necesitáis estar a solas antes que nada, y nosotros vamos a asegurarnos de que sea así. ¿De acuerdo?

La sorpresa en la cara de Seren Pedac fue casi cómica.

Pero Trull Sengar asintió.

Seto miró a Ben el Rápido una vez más.

—¿Estás bastante recuperado por si nos topamos con problemas?

—¿Algo que tus fulleros no puedan manejar? Sí, es probable. Quizá. Lleva un fullero en cada mano, Seto.

—Me vale… puesto que eres un maldito lerdo —respondió Seto—. Seren Pedac… deberías saber que este tiste edur de aquí me da mucha envidia, pero bueno. ¿Tu casa está muy lejos?

—No, no lo está, Seto de los Abrasapuentes.

—Entonces larguémonos de este lugar espeluznante.

Los sedimentos se arremolinaron alrededor de sus pies, subieron girando y le envolvieron las pantorrillas, después se alejaron con un remolino de humo por la corriente.

Extrañas bolsas de luminosidad pasaron flotando, mutando como si estuvieran sometidas a presiones invisibles en ese mundo oscuro, implacable.

Bruthen Trana, al que habían enviado a buscar un salvador, recorrió una llanura interminable, los sedimentos densos y granulosos. Chocó con detritos enterrados, tropezó con raíces hundidas. Cruzó elevaciones de arcilla endurecida, barridas por la corriente, de las que sobresalían huesos pulidos de leviatanes muertos mucho tiempo atrás. Rodeó los restos de naufragios, las cuadernas de los cascos extendidas y el cargamento esparcido. Y mientras caminaba pensaba en su vida y en la inmensa serie de decisiones que había tomado, y otras que se había negado a tomar.

Sin esposa, ni una sola cara se alzaba en su imaginación. Había sido guerrero durante lo que parecía toda su existencia. Luchando junto a parientes de sangre y camaradas que sentía más cerca que cualquier pariente de sangre. Los había visto morir o perderse. Comenzaba a comprender que había visto cómo se deshacía su pueblo entero. Con la conquista, con esa pesadilla fría, anónima, que era Lether. En cuanto a los propios letherii, no, no los odiaba. Era más bien piedad y sí, compasión, pues estaban tan atrapados en la pesadilla como todos los demás. Esa desesperación rapaz, el torrente siempre creciente, siempre precipitado que era una cultura que nunca podía mirar atrás, que no podía ralentizar siquiera su zambullida de cabeza en un futuro resplandeciente que (si acaso llegaba siquiera) solo existiría para unos cuantos privilegiados.

Ese eterno lecho marino ofrecía su propio comentario, y era un comentario que amenazaba con arrastrarlo a los sedimentos, debilitado más allá de toda esperanza de continuar, de moverse siquiera. Frío, aplastante, ese lugar era como el peso de la propia historia, la historia no de un pueblo o una civilización, sino del mundo entero.

¿Por qué seguía caminando? ¿Qué salvador podía liberarlo de todo eso? Debería haberse quedado en Letheras. Libre para lanzar un asalto contra Karos Invictad y sus patriotas, libre de aniquilar a ese hombre y sus matones. Y entonces podría haberse vuelto contra el canciller. Imaginar sus manos alrededor de la garganta de Triban Gnol era una satisfacción, durante todo el tiempo que duraba la imagen, que nunca era suficiente. Una nube de silicios le subió a los ojos, otro objeto oculto le enganchó el pie.

Y allí, cerniéndose en ese momento ante él, columnas de piedra. Vio que las superficies hacían cabriolas con tallas, sigilos irreconocibles tan intrincados que giraban y cambiaban de posición ante sus ojos.

Cuando se acercó, los sedimentos se adelantaron en una ráfaga y Bruthen Trana vio aparecer trepando una figura. Armadura recubierta de verdete y envuelta en cieno. Un yelmo cerrado cubría la cara. En una mano enfundada en un guantelete había una espada letherii.

Y una voz habló en la cabeza del tiste edur.

—*Has caminado suficiente, fantasma*.

Bruthen Trana se detuvo.

—No soy un fantasma, en realidad.

—*Lo eres, desconocido. Tu alma ha sido amputada de lo que es ahora tu carne fría, medio podrida. No eres más que lo que se encuentra aquí, ante mí. Un fantasma*.

Por alguna razón, comprender eso no lo sorprendió. El legado de traición de Hannan Mosag hacía que todas las alianzas fueran sospechosas. Y sí, era cierto, comprendió, que se sentía… amputado. Hacía ya mucho tiempo, sí. Con toda probabilidad el rey hechicero no había dudado en cortar la garganta del cuerpo indefenso de Bruthen Trana.

—Entonces —dijo—, ¿qué me queda?

—*Una cosa, fantasma. Estás aquí para llamarlo. Para enviarlo de regreso*.

—¿Pero no se amputó su alma también?

—*Su carne y huesos están aquí, fantasma. Y en este lugar hay poder. Pues aquí encontrarás a todos los dioses olvidados, el último hogar de sus nombres. Has de saber, fantasma, que si pretendiéramos desafiarte, rechazar tu invocación, podríamos. Incluso con eso que llevas*.

—¿Me lo negaréis, entonces? —preguntó Bruthen Trana, y si la respuesta era afirmativa, se echaría a reír. Haber llegado hasta allí. Haber sacrificado su vida…

—*No. Comprendemos que es necesario. Mejor, quizá, que tú*. —El guerrero de la armadura levantó la mano libre. Todo salvo los primeros de los dedos envueltos en metal se dobló—. *Ve allí* —dijo, y señaló una columna—. *El lado que no tiene más que un nombre. Saca lo que posees de su carne y huesos. Pronuncia el nombre escrito en la piedra*.

Bruthen Trana se acercó con lentitud a la piedra erecta, la rodeó hasta el lado que contenía un único relieve. Y leyó allí el nombre inscrito.

—«Brys Beddict, Salvador de la Fortaleza Vacía», yo te invoco.

La cara de piedra, que allí estaba limpia, que parecía casi fresca, empezó de inmediato a ondularse y se abombó en algunos sitios, las formas aleatorias y el movimiento se fundieron para crear una silueta humanoide que sobresalía de la piedra. Se liberó un brazo, después el hombro, luego la cabeza, la cara (ojos cerrados, rasgos crispados como si fuese doloroso), al fin el torso. Una pierna. El segundo brazo, Bruthen vio que a esa mano le faltaban dos dedos.

Frunció el ceño. *¡Dos!*

Cuando las corrientes se abrieron paso, la fuerza expulsó a Brys Beddict de la columna. Cayó hacia delante, a gatas, y casi se lo tragaron los sedimentos que ondeaban.

Llegó el guerrero de la armadura con una espada envainada que clavó en el lecho marino, junto al letherii.

—*Cógela, salvador. Siente las corrientes, se impacientan. Ve, tienes poco tiempo*.

Todavía a gatas, la cabeza colgando, Brys Beddict estiró el brazo hacia el arma. En cuanto rodeó con la mano la vaina, un empujón repentino de la corriente levantó al hombre del lecho marino. Giró en un frenesí de sedimentos y desapareció.

Bruthen Trana se quedó allí, inmóvil. Esa corriente lo había atravesado entero, sin obstáculos. *Como atravesaría a un fantasma*.

Y al instante se sintió solo y despojado de todo. No había tenido oportunidad de decirle ni una sola palabra a Brys Beddict, de contarle lo que había que hacer. Un emperador al que derribar una vez más. Un imperio al que resucitar.

—*Has acabado aquí, fantasma*.

Bruthen Trana asintió.

—*¿Dónde irás?*

—Hay una casa. La perdí. Querría encontrarla otra vez.

—*Entonces la encontrarás*.

—¡Oh, Padderunt, mira! ¡Se mueve!

El anciano miró con los ojos entrecerrados a Selush entre una niebla de humo. En los últimos tiempos la mujer se pasaba la vida así, fumando cantidades ingentes de hoja de roya desde el arresto de Tehol Beddict.

—Ha amortajado muertos suficientes para saber el aspecto que tienen los pulmones de las personas que se exceden con eso, señora.

—Sí. No son diferentes de todos los demás.

—A menos que tengan la podredumbre, el cáncer.

—Los pulmones con la podredumbre se parecen todos, y ésa es la pura verdad. Bueno, ¿has oído lo que he dicho?

—Que se movió —respondió Padderunt, el cual se giró en su silla para mirar el tarro de cristal de burbujas que había en el estante y que contenía un dedito achaparrado suspendido en una gelatina rosa.

—Y ya era hora. Vete a ver a Rucket —dijo Selush entre bocanada y bocanada feroz de la boquilla; su más que considerable pecho se hinchaba como si estuviera a punto de estallar—. Y díselo.

—Que se movió.

—¡Sí!

—De acuerdo. —El viejo dejó la copa en la mesa—. Té de hoja de roya, señora.

—Me ahogaría.

—Inhalado no. Bebido, de manera civilizada.

—Sigues aquí, querido criado, y eso no me gusta nada.

El viejo se levantó.

—Ya me voy, oh, engalanada.

Se las había arreglado para apartar el cadáver de Tanal Yathvanar y en ese momento yacía junto a ella, como si se hubiera acurrucado a dormir, la cara hinchada, llena de manchas, junto a la suya.

Nadie iría a buscarla. Esa habitación estaba prohibida para todos salvo para Tanal Yathvanar y, a menos que ocurriera algún desastre en el complejo al día siguiente, o en los dos días, que llevara a Karos Invictad a exigir la presencia de Tanal y, por tanto, a pedir que lo buscaran, Janath sabía que sería demasiado tarde para ella.

Encadenada a la cama, las piernas abiertas, los fluidos de su persona filtrándose. Se quedó mirando al techo, consolada de una forma extraña por el cuerpo que yacía a su lado. Su quietud, la frialdad de la piel, la flácida falta de resistencia de la carne. Podía sentir el apéndice encogido

que era su pene apretado contra el muslo derecho. Y la bestia de su interior se sintió complacida.

Necesitaba agua. La necesitaba por encima de todo. Un sorbo sería suficiente, le daría la fuerza que necesitaba para empezar una vez más a tirar de las cadenas, a frotar los eslabones contra la madera, a soñar con que el armazón entero se partía bajo ella; pero para eso haría falta un hombre fuerte, lo sabía, fuerte y sano. Su sueño no llegaba más allá, pero se aferraba a él como único divertimento que, esperaba, la seguiría a la muerte. Sí, hasta su último instante.

Sería suficiente.

Tanal Yathvanar, su atormentador, estaba muerto. Pero eso no significaba que pudiera huir de ella. Janal iba a reanudar su persecución, el alma de Janath (liberada al fin de esa carne), demoníaca en su ansia, en la crueldad que quería infligir al ente lloroso y acobardado que quedara de Tanal Yathvanar.

Un sorbo de agua. Qué dulce sería.

Podía escupírsela a la cara de ojos fijos que tenía junto a ella.

Las monedas lanzadas a la multitud beligerante atrajeron a una multitud más grande y más beligerante. Y, al fin, la inquietud despertó en Karos Invictad, el centinela de los patriotas. Envió sirvientes abajo, a las criptas más ocultas, para que subieran aunque fuera a rastras cofre tras cofre. En el complejo, sus agentes estaban agotados y se limitaban a lanzar puñados de monedas por encima de los muros, los saquitos hacía tiempo que se habían acabado. Y comenzaba a crecer la presión contra esos muros, una presión que parecía que no podría aliviar cantidad alguna de plata y oro.

Permaneció sentado en su despacho, intentando comprender esa verdad evidente. Por supuesto, se dijo, lo que ocurría era que había demasiados en la turba. El problema era que no había suficientes monedas. ¿Acaso no habían luchado como chacales por los sacos?

Había hecho y estaba haciendo lo que debería haber hecho el emperador. Vaciar el tesoro y enterrar a la gente en riquezas. Eso habría comprado la paz, sí. El fin de los disturbios. Todo el mundo regresando a sus casas, los negocios abriendo una vez más, comida en los puestos, putas llamando desde las ventanas, y cerveza y vino de sobra para fluir por todas las gargantas; todos los placeres que compraban la apatía y la obediencia. Sí, festivales, juegos y Ahogamientos, y eso habría resuelto la situación. Junto con unos cuantos arrestos y asesinatos discretos.

Pero se estaba quedando sin dinero. Su dinero. Ganado tan trabajosamente, un tesoro amasado gracias solo a su gran genio. Y se lo estaban llevando todo.

Bueno, volvería a empezar otra vez. Se lo volvería a robar a esos patéticos cabrones. Lo más fácil del mundo para alguien como Karos Invictad.

Tanal Yathvanar había desaparecido, seguro que se había escondido con su prisionera, y para lo que le importaba la centinela podía pudrirse en sus brazos. Oh, Karos sabía que ese hombre estaba intrigando para derrocarlo. Intrigas patéticas, simplistas. Pero no llegarían a nada, porque la próxima vez que Karos viese a ese hombre, lo mataría. Le clavaría un cuchillo en el ojo. Rápido, preciso, satisfactorio.

Oyó gritos que pedían la presencia de Tehol Beddict, un tanto menos fieros ya, y eso era, por extraño que pareciera, inquietante. ¿Ya no querían hacerlo pedazos? ¿Estaba oyendo de verdad gritos que reclamaban la liberación del tipo?

Unos golpes desesperados en la puerta de su despacho.

—Adelante.

Apareció un agente, la cara blanca.

—Señor, el bloque principal…

—¿Se han abierto paso?

—No…

—Entonces vete… Espera, comprueba cómo está Tehol Beddict. Asegúrate de que ha recuperado el sentido. Lo quiero capaz de caminar cuando lo conduzcamos a los Ahogamientos.

El hombre se lo quedó mirando un largo rato.

—Sí, señor —dijo después.

—¿Eso es todo?

—No, el bloque principal… —Señaló con gestos el pasillo.

—¿Qué pasa, maldito imbécil?

—¡Se está llenando de ratas, señor!

¿Ratas?

—Vienen del otro lado de los muros, nosotros arrojamos monedas y vuelven ratas. ¡Por miles!

—¡Ese gremio ya no existe!

El chillido resonó como el grito de una mujer.

El agente parpadeó y al instante cambió su tono, se hizo más firme.

—La turba, señor, piden la liberación de Tehol Beddict, ¿no lo oye? Lo llaman héroe, revolucionario…

Karos Invictad golpeó el escritorio con su cetro y se levantó.

—¿Es esto lo que pagó mi oro?

Bruja de la Pluma percibió el renacimiento de Brys Beddict. Dejó de arrancarse las tiras de piel que le colgaban de los dedos de los pies, y respiró hondo cuando sintió que se acercaba a toda prisa, cada vez más. ¡Y tan rápido!

Cerró los ojos con un canturreo por lo bajo y conjuró en su mente ese dedo amputado. Ese idiota del Errante todavía tenía mucho que aprender sobre su formidable sacerdotisa suprema. El dedo aún le pertenecía a ella, todavía contenía gotas de su sangre de cuando se lo había introducido en su interior. Mes tras mes, como un palo anegado en un arroyo, empapándola.

Brys Beddict le pertenecía a ella, y ella lo usaría bien.

La muerte que era una no-muerte para Rhulad Sengar, el emperador perturbado. El asesinato de Hannan Mosag. Y el canciller. Y todos los demás a los que no soportaba.

Y luego… el atractivo hombre arrodillado ante ella cuando lograra sentarse en su trono elevado del templo (en el nuevo templo que se construiría, santificado al Errante), arrodillado, sí, mientras ella se abría de piernas y lo invitaba a entrar. A besar el lugar donde había estado su dedo. A introducirle la lengua hasta lo más hondo.

El futuro era tan brillante, tan…

Bruja de la Pluma abrió los ojos de repente. Sin poder creérselo.

Cuando sintió que apartaban a Brys Beddict, que lo sacaban de su alcance. Alguna otra fuerza.

¡Apartado!

Chilló y se abalanzó sobre el estrado, las manos hundiéndose en la crecida, como si quisieran meterse en la corriente y aferrarse a él de nuevo, pero era más profunda de lo que recordaba. Perdido el equilibrio, la bruja se precipitó de cabeza al agua. Y sin querer aspiró una bocanada de ese fluido frío, cortante.

Los ojos clavados en la oscuridad mientras se agitaba, los pulmones se le contraían una y otra vez con cada nueva bocanada de agua, una tras otra.

Se hundía… ¿por dónde se subía?

Una rodilla rozó el suelo de piedra e intentó bajar las piernas, pero las tenía entumecidas, pesadas como troncos, no le funcionaban. Una mano en el suelo, impulsándose hacia arriba, pero no lo suficiente para salir a la superficie. La otra mano intentando juntarse las rodillas, pero una salía flotando en cuanto la soltaba para buscar la otra.

La oscuridad fuera de sus ojos entró y lo anegó todo. Anegó su mente.

Y con un alivio dichoso, dejó de luchar.

Empezaría a soñar. Podía sentir el aliciente dulce de ese sueño (casi a su alcance) y todo el dolor que sentía en el pecho desapareció, podía respirar aquello, podía. Inspiraba y exhalaba, inspiraba y exhalaba, y después ya ni siquiera tenía que hacer eso. Podía quedarse quieta, hundirse en el suelo cenagoso.

La oscuridad entraba y salía, el sueño se acercaba flotando, casi a su alcance.

Casi…

El Errante permaneció en el agua que le llegaba a la cintura, la mano en la espalda femenina. Esperó, aunque la mujer había dejado de debatirse.

A veces, era cierto, un empujoncito no bastaba.

Aquella cosa retorcida y deforme que era Hannan Mosag subió arrastrándose por la última calle antes del callejón estrecho y tortuoso que llevaba al lago Escaño. Manos vagabundas se habían topado con el miserable tiste edur en la oscuridad que precedía al amanecer y habían evitado tocarlo, espantadas por su carcajada.

Pronto todo volvería a él. Todo su poder, el Kurald Emurlahn más puro, y podría sanar ese cuerpo mutilado,

sanar las cicatrices de su mente. Con el dios demonio liberado del hielo y vinculado a su voluntad una vez más, ¿quién podría desafiarlo?

Rhulad Sengar podría seguir siendo emperador, eso apenas importaba ya, ¿verdad? Al rey hechicero no le asustaría, ya no. Y para aplastarlo todavía más, poseía cierta nota, una confesión… ¡oh, la locura que se desataría entonces!

Y luego, esos malditos invasores, bueno, estaban a punto de encontrarse sin flota.

Y el río subirá, lo anegará todo, un torrente para limpiar esta infausta ciudad. De extranjeros. De los propios letherii. Los veré a todos ahogados.

Llegó a la boca del callejón y se adentró a rastras en su oscuridad, contento de salir de la luz gris del amanecer; el hedor del estanque bajó con un soplo hasta él. Podredumbre, disolución, la muerte del hielo. Al fin, todas sus ambiciones estaban a punto de hacerse realidad.

Reptó por los adoquines resbaladizos, recubiertos de cieno y moho. Podía oír a miles en las calles, cerca. Un nombre que se entonaba como un cántico. El asco llenó a Hannan Mosag. No quería tener nada que ver con esos letherii. No, él habría levantado un muro impenetrable entre ellos y su pueblo. Habría gobernado las tribus, se habría quedado en el norte, donde la lluvia caía como bruma y los bosques de árboles sagrados abrazaban cada pueblo.

Habría habido paz para todos los tiste edur.

Bueno, los había enviado a todos de regreso al norte, ¿no era cierto? Había comenzado sus preparativos. Y pronto se reuniría con ellos como rey hechicero. Y haría de su sueño una realidad.

¿Y Rhulad Sengar? Bueno, le dejo un imperio anegado, un yermo de barro, árboles muertos y cadáveres putrefactos. Que gobiernes bien, emperador.

Se encontró debatiéndose contra un torrente creciente de agua helada que se abría camino callejón abajo, el roce le entumecía las manos, las rodillas y los pies. Empezó a resbalar. Hannan Mosag maldijo por lo bajo e hizo una pausa con los ojos clavados en el agua que fluía a su alrededor.

Por encima de su cabeza se oyó un crujido estrepitoso y el rey hechicero sonrió. *Mi hijo se revuelve*.

Recurrió al poder de las sombras de ese callejón y reanudó su viaje.

—Ah, los malhadados guardianes —dijo Ormly mientras se dirigía sin prisas a la orilla embarrada del lago Escaño. El campeón de los Cazarratas venía del norte, donde había estado muy ocupado en el distrito de la Enredadera contratando a tipos al azar para que gritaran el nombre del gran revolucionario del imperio, el héroe de héroes, el esto y aquello y todo lo demás. *¡Tehol Beddict! ¡Ha recuperado todo el dinero, se lo ha quitado a todos esos ricachones vagos que tienen fincas! ¡Va a dárselo a cada uno de vosotros, va a pagar todas vuestras deudas! ¿Estáis escuchando? Tengo más basura que ofreceros, ¡esperad, volved!* Cierto, el último trozo se lo acababa de inventar.

¡Qué noche tan atareada! Y después un mensajero de Selush le había llevado la maldita salchicha que un hombre había utilizado una vez para hurgarse en la nariz o algo.

De acuerdo, no es que eso fuera muy respetuoso y no era digno, no de Brys Beddict (¡el mismísimo hermano del héroe!) ni de sí mismo, Ormly de las Ratas. Así que ya bastaba.

—Oh, mira, pastelito, es él.

—¿Quién, galletita?

—Pues, no me acuerdo del nombre. Ése.

Ormly miró con el ceño fruncido a la pareja, estaban recostados en la orilla como un par de pescados con la boca abierta.

—¿Y yo os llamé guardianes? ¡Estáis borrachos los dos!

—Y tú también lo estarías —dijo Ursto Hoobutt— si tuvieeeses que escuchar a esta bruja atontaaada de aquí. —Meneó la cabeza e imitó a su mujer—. ¡Oooh, quiero un bebé! ¡Un bebé grande con solo un labio de arriba, pero también uno abajo pa engancharlo ya sabes ónde y que se haga más grande todavía! Oooh, cuchi-cuchi, oh, ¿por favor? ¿Me lo das? ¿Me lo das? ¿Me lo das?

—Pobre hombre —se compadeció Ormly mientras se acercaba a ellos. Hizo una pausa al ver las láminas levantadas y agrietadas de hielo que atestaban el centro del lago—. Está empujando, ¿eh?

—Bien tardas —murmuró Pinosel, que le lanzaba a su marido la tercera mirada furiosa desde que había llegado Ormly. Agitó lo que hubiera en la jarra que tenía en la mano izquierda y se la echó al coleto para dar un buen trago. Se limpió la boca, se inclinó hacia delante y miró con rabia a Ormly bajo las cejas sombrías—. Y tampoco va a tener un solo labio arriba. Estará muy sano…

—En serio, Pinosel —dijo Ormly—, la probabilidad de eso…

—¡Qué sabrás tú!

—De acuerdo, quizá no lo sepa. No con gente como vosotros dos. Pero sí sé una cosa. En el antiguo palacio hay un panel en los baños que se pintó hace unos seiscientos años. Del lago Escaño o un sitio muy parecido, con edificios al fondo. ¿Y quiénes están sentados ahí, en las hierbas de la orilla, compartiendo una jarra? Pues una mujer fea y un hombre más feo todavía, ¡y los dos se parecen mucho a vosotros dos!

—¿A quién llamas tú fea? —dijo Pinosel, que levantó la cabeza con cierto esfuerzo, respiró hondo para serenar los rasgos y se dio unos golpecitos en el nido de cuervos que era su pelo—. Es verdad —dijo— que he tenido días mejores.

—Y que lo digas —murmuró Ursto por lo bajo.

—¡Te he oído! ¿Y de quién es la culpa, eh, nariz de cerdo?

—Solo de la gente que ya nostaquí pa venerarnos y etcétera.

—¡Sasto!

Ormly frunció el ceño y miró el estanque y su hielo. Una lámina enorme se dobló con un enorme crujido. Y él se encontró retrocediendo sin querer, un paso, dos.

—¿Está subiendo? —preguntó.

—No —dijo Ursto, que miró con un ojo guiñado aquel montón de hielo que gemía—. Ése es el que necesita que le devuelvan el dedo.

El aguanieve que ribeteaba el hielo estaba borboteando y girando, levantaba nubes de sedimentos al tiempo que una corriente rodeaba la masa sólida del centro. Vueltas y más vueltas como un remolino, solo que al revés.

Y de repente algo se agitó con violencia, algo lo roció todo de agua y apareció una figura en medio, una figura que se acercaba con esfuerzo a la orilla, tosiendo, chorreando agua cenagosa y sujetando en una mano incompleta una espada envainada.

Pinosel, los ojos relucientes como diamantes, levantó la jarra en un brindis tembloroso.

—¡Ave, salvador! ¡Ave, perro medio ahogado que escupe barro! —Y después graznó y el grito se fue transformando en una risa seca, como un cacareo, antes de echar otro buen trago.

Ormly sacó el dedo amputado de su bolsita y bajó adonde se había arrodillado Brys Beddict.

—¿Buscas esto? —preguntó.

Hubo un tiempo de sueño y después un tiempo de dolor. Ninguno de ellos pareció durar mucho, y Brys Beddict, que había muerto envenenado en el salón del trono del Domicilio Eterno, se encontró a gatas junto a un lago de agua helada. Atormentado por los escalofríos y todavía tosiendo y escupiendo agua y cieno.

Había un hombre agachado junto a él, intentando darle un dedo amputado hinchado y teñido de rosa.

Sintió su mano izquierda aferrada a una vaina y supo que el dedo era suyo. Parpadeó para despejarse los ojos y echó una mirada rápida para confirmar que la espada todavía estaba en su interior. Así era. Apartó el regalo del hombre, se acomodó poco a poco en cuclillas y miró a su alrededor.

Un lugar conocido, sí.

El hombre que tenía al lado le puso entonces una mano cálida en el hombro, como si quisiera detener sus temblores.

—Brys Beddict —dijo en voz baja—. Tehol está a punto de morir. Brys, tu hermano te necesita, ahora.

Y cuando Brys dejó que el hombre lo ayudara a levantarse y sacó la espada, casi esperaba verla oxidada, inútil, pero no, el arma resplandecía como recién engrasada.

—¡Espera! —gritó otra voz.

El hombre que sostenía a Brys se volvió un poco.

—¿Qué pasa, Ursto?

—¡El dios demonio está a punto de liberarse! ¡Pregúntale!

—¿Preguntarle qué?

—¡El nombre! ¡Pregúntale cómo se llama, maldito seas! ¡No podemos mandarlo por ahí sin su nombre!

Brys escupió grava que tenía en la boca. Intentó pensar. El dios demonio del hielo, el hielo que se estaba deshaciendo. A unos momentos de liberarse, a unos momentos de…

—Ay'edenan del Manantial —dijo—. Ay'edenan tek'velut enan.

El hombre que tenía al lado bufó.

—¡Intenta decir eso cinco veces seguidas, corre! ¡Por el Errante, intenta decirlo aunque sea una!

Pero alguien estaba lanzando una carcajada aguda.

—Brys…

Asintió. *Sí. Tehol. Mi hermano*.

—Llévame —dijo—. Llévame con él.

—Lo haré —le prometió el hombre—. Y por el camino te explico unas cosas, ¿de acuerdo?

Brys Beddict, salvador del Trono Vacío, asintió.

—Imagínate —dijo Pinosel con un profundo suspiro— un nombre en la lengua antigua. ¡Ah, hasta dónde ha llegao éste!

—¿Ya no estás borracha, caramelito?

La mujer se agitó, se puso en pie, bajó el brazo y tironeó de su marido.

—Venga, vamos.

—Pero tenemos que esperar… ¡para usar el nombre y mandarlo marchar!

—Tenemos tiempo. Vamos a encaramarnos a la cima del callejón Caragusano, nos tomamos otra jarra y vemos al edur subir arrastrándose hacia nosotros como la tortuga del Abismo.

Ursto lanzó un bufido.

—Tiene gracia que ese mito no durara.

Una sombra más profunda y fría se deslizó por encima de Hannan Mosag y éste cesó en sus esfuerzos. Ya casi estaba, sí, donde se abría el callejón; vio dos figuras sentadas en

una postura descuidada, desgarbada, y apoyadas la una en la otra. Se iban pasando una jarra entre ellas.

Viles borrachos, pero quizá los testigos más apropiados… para la muerte de ese burdo imperio. Y además, los primeros en morir. Nada más lógico.

Intentó acercarse un poco más con un empujón, pero una gran mano se cerró alrededor de su manto, justo por debajo del cuello y lo levantó del suelo.

Siseando, buscando su poder…

La mano le dio la vuelta lentamente a Hannan Mosag, que se encontró mirando una cara inhumana. Piel de color gris verdoso como el cuero. Unos colmillos pulidos que sobresalían por las comisuras de la boca. Los ojos con pupilas verticales que lo contemplaban sin expresión.

Tras él, los dos borrachos se reían.

El rey hechicero, colgando en el aire ante esa demonia gigantesca, intentó recurrir a la hechicería de Kurald Emurlahn para reventar a la criatura y sumirla en el olvido. Y sintió que se hinchaba en su interior…

Pero entonces la otra mano de la bestia lo cogió por la garganta.

Y apretó.

Cartílagos aplastados como cáscaras de huevo. Vértebras que crujían, se abombaban, se rompían unas contra otras. El poder estalló y subió como un rayo que llenó el cráneo de Hannan Mosag de un fuego blanco.

La luz brillante, implacable, del sol le bañó de repente la cara.

Hermana Amanecer… me saludas…

Pero se quedó mirando los ojos de la demonia y siguió sin ver nada. Los ojos de un lagarto. Los ojos de una serpiente.

¿No le daría nada en absoluto?

El fuego de su cráneo estalló en una llamarada que lo cegó y después, con un rugido suave, medio desvanecido,

se contrajo una vez más y la oscuridad lo invadió todo tras él.

Pero los ojos de Hannan Mosag ya no lo vieron.

El sol cayó con todo su fulgor sobre su rostro muerto y destacó cada giro, cada matiz estropeado de hueso, y los ojos ciegos que se clavaban en esa luz estaban vacíos.

Tan vacíos como los de la jaghut.

Ursto y Pinosel observaron a la jaghut arrojar al suelo aquel cuerpo patético, mutilado.

Luego los miró.

—Mi ritual está hendido.

Pinosel lanzó una carcajada por la nariz, lo que provocó un enrevesado estallido de limpieza que la mantuvo ocupada buena parte de los siguientes minutos.

Ursto le echó una mirada asqueada y después señaló con la cabeza a la hechicera jaghut.

—Oh, todos lo intentaron. Mosag, Menandore, Sukul Ankhadu, bla, bla, bla. —Agitó una mano—. Pero estamos aquí, dulzura. Tenemos el nombre, ¿sabes?

La jaghut ladeó la cabeza.

—Entonces, no se me necesita.

—Bueno, supongo que no. A menos que te apetezca una copa… —Le quitó a Pinosel la jarra de un pequeño tirón y la levantó.

La jaghut se quedó mirando un momento más.

—Muy amable, gracias —dijo tras un instante.

El maldito sol había salido, pero en ese lado de la muralla de la ciudad todo estaba en sombra. Salvo, según vio el sargento Bálsamo, la puerta abierta de par en par.

Algo más adelante, Masan Gilani volvió a hacer lo impensable: se alzó en los estribos, se inclinó hacia delante y azuzó a su caballo para que se pusiera al galope.

Justo detrás de Bálsamo, Rebanagaznates gimió como un perrito debajo de un ladrillo. Bálsamo sacudió la cabeza. Otro pensamiento enfermizo surgió en su cabeza de repente como una garrapata aplastada. ¿Se podía saber de dónde estaba sacando esos pensamientos? ¿Y por qué estaba abierta esa puerta y por qué estaban cabalgando todos directamente hacia ella?

¿Y eso que veía justo dentro eran cadáveres? ¿Figuras moviéndose entre el humo? ¿Armas?

¿Qué era ese sonido que salía del otro lado de esa puerta?

—Fulleros —exclamó Olor a Muerto detrás de él—. ¡Keneb está dentro! ¡Está resistiendo en la puerta!

¿Keneb? ¿Quién Embozado era Keneb?

—¡Cabalgad! —gritó Bálsamo—. ¡Vienen tras nosotros! ¡Cabalgad hacia Aren!

El trasero de Masan Gilani, que no dejaba de subir y bajar, se metió en la sombra de la puerta.

Rebanagaznates lanzó un grito y ése era el sonido, sí, señor, cuando el gato se mete debajo de la rueda del carro y las cosas se chafan, y no era culpa suya si casi ni había sido una patada.

—¡Se metió ahí debajo, ma! ¡Oh, odio las ciudades! ¡Vámonos a casa, cabalgad! ¡Por ese agujero! ¿Cómo se llama? ¡Ese agujero grande voladizo de arcos falsos!

Se precipitó en la oscuridad, los cascos del caballo resbalaron de repente, la bestia entera viró bajo él. *Impacto*. Cadera contra grupa y Bálsamo salió despedido, se vio levantando los brazos y envolviendo con fuerza un conjunto suave, flexible, de carne perfecta, y la dueña lanzó un

gañido y dio un tirón… y Bálsamo se precipitó y arrastró a Masan Gilani al suelo con él.

Un buen golpe contra los adoquines; la cabeza de Bálsamo se estrelló contra el suelo, que le abolló y desalojó el yelmo. El peso femenino lo aplastó de forma deliciosa durante un único momento exquisito antes de apartarse rodando.

Caballos tropezando, cascos cayendo con un crujido demasiado cerca. Soldados acercándose a toda velocidad para sacarlos de allí.

Bálsamo levantó los ojos y se quedó mirando una cara conocida.

—¡Thom Tissy, no tas muerto!

El feo rostro se abrió en una gran sonrisa de sapo (*el sapo bajo un ladrillo oh cómo sonríen entonces verdad*) y después una mano llena de callos le dio una gran bofetada.

—¿Estás con nosotros, Bálsamo? Me alegro de verte, porque nos están presionando; parece que toda la puta guarnición de la ciudad está aquí, intentando volver a tomar la puerta.

—¿Guarnición? ¿Pero en qué ta pensando Blistig? ¡Estamos de su lado! Enséñame a las famosas bailarinas de Aren, Tissy, que eso es lo que vengo a ver y quizá a hacer algo más que ver, ¿eh?

Thom Tissy levantó a Bálsamo de un tirón, le volvió a poner el yelmo dentado en la cabeza, lo cogió por los hombros y le dio la vuelta.

Y allí estaba Keneb, y un poco más allá, barricadas de restos y soldados agazapados recargando ballestas mientras otros lanzaban tajos a soldados letherii que intentaban abrirse paso. A la derecha, por algún sitio, un fullero detonó en la boca de un callejón, donde el enemigo había estado reuniéndose para otra embestida. La gente gritó.

El puño Keneb se acercó a Bálsamo.

—¿Dónde está el resto, sargento?

—¿Señor?

—¡La consejera y el ejército!

—En los transportes, señor, ¿dónde si no? La peor tormenta que he visto jamás, y ahora todos los barcos están patas arriba…

Detrás de Bálsamo habló Olor a Muerto.

—Puño, deberían estar de camino.

—Suba a Masan Gilani otra vez a su caballo —dijo Keneb y a Bálsamo le apeteció besarlo—, y me da igual si mata a la bestia, pero quiero que llegue junto a la consejera. Tienen que venir a paso ligero. Que envíen a la caballería por delante a galope tendido.

—Sí, señor.

—Nos estamos quedando sin municiones y cuadrillos, se están reuniendo más letherii con cada puñetero momento que pasa y si encuentran un comandante decente, no podremos seguir resistiendo.

¿El puño le estaba hablando a Bálsamo? No estaba seguro, pero él quería darse la vuelta para mirar a Masan Gilani subirse de un salto con las piernas abiertas a lomos de ese caballo, oh, sí, pero esas manos en sus hombros no le dejaron y había alguien gimiéndole al oído…

—Deje de hacer ese sonido, sargento —dijo Keneb.

Alguien salió cabalgando por la puerta y ¿dónde se pensaba que iba? ¡Allí dentro se estaba luchando!

—Novios de las bailarinas —susurró y echó mano de su espada.

—Cabo —dijo Keneb—. Guíe ahí a su sargento a la barricada de la izquierda. Usted también, Rebanagaznates.

—Estará bien en un momento, señor… —dijo Olor a Muerto.

—Ya, váyanse.

—Sí, puño.

Novios. Bálsamo quería matarlos a todos y cada uno.

—Da la impresión de que lo que pasó por esta ciudad fue un huracán —dijo Sepia con un murmullo bajo.

Y no le faltaba razón. Los saqueos y demás ya tenían días de antigüedad, y al parecer se había corrido la voz sobre la brecha abierta por los malazanos, un mensaje que lo estaba barriendo todo en otra tormenta más (una que recibían con agotamiento). El pelotón estaba agazapado en las sombras cerca del extremo de un callejón, observando alguna que otra figura furtiva que cruzaba corriendo la calle.

Le habían tendido una emboscada a una unidad que estaba formando para marchar hacia la puerta occidental. Cuadrillos, fulleros y un incendiario bajo la carreta de las armas, que seguía ardiendo ahí atrás, junto a la columna de humo negro que se alzaba hacia el cielo cada vez más brillante. Se los habían cargado a todos, veinticinco muertos o heridos, y antes de que Gesler y él se apartaran, los vecinos ya estaban saliendo como ratones de todas partes para saquear los cuerpos.

El capitán había ordenado a Urb y su pelotón que fueran en busca de Hellian y sus soldados (la maldita borracha había torcido por donde no era en alguna parte), lo que dejaba a Violín y Gesler la tarea de seguir presionando rumbo al palacio.

Cuarenta pasos calle abajo, a su derecha, había un muro alto con un postigo fortificado. El bloque de la guarnición de la ciudad y su complejo; esa puerta se había abierto y las tropas estaban saliendo en fila para formar en la calle.

—Ahí es donde encontramos al comandante —dijo Sepia —. El que está organizando todo esto.

Violín miró justo enfrente de donde se escondían sus marines y él, y vio a Gesler y sus soldados en posición

parecida a la entrada de otro callejón. *Estaría bien pasar a los tejados*. Pero nadie estaba por la labor de irrumpir en esos edificios de aspecto oficial y quizá terminar luchando contra escribanos frenéticos y porteros de noche. Un ruido como ése y tendrían tropas de verdad presionándolos por la espalda.

Quizá más cerca de palacio, allí hay bloques de viviendas, y además, apiñados. Nos ahorraría buena parte de esta mierda de agacharnos y reptar.

Y lo que podrían ser emboscadas tortuosas.

—Por el aliento del Embozado, Viol, ahí fuera hay un centenar y siguen apareciendo. —Sepia señaló—. Mira, ése es el hombre que está al mando.

—¿Quién maneja mejor la ballesta? —preguntó Violín.

—Tú.

Mierda.

—Pero a Koryk no se le da mal. Aunque, si tuviera que elegir, elegiría a Corabb.

Violín sonrió poco a poco.

—Sepia, a veces eres un genio. Y no es que por eso vayas a ascender a cabo ni nada parecido.

—Vale, ya puedo dormir tranquilo. —Sepia hizo una pausa y caviló—. Cuarenta pasos y un disparo limpio, pero nos cargaríamos cualquier oportunidad de tender una emboscada.

Violín sacudió la cabeza.

—No, esto es incluso mejor. El tipo dispara el cuadrillo, el hombre cae. Salimos en tromba, arrojamos cinco o seis fulleros, nos damos media vuelta y volvemos a toda velocidad al callejón; nos largamos tan rápido como podamos. Los supervivientes llegan corriendo, se agolpan en la boca del callejón y Gesler los golpea por detrás con otros cinco o seis fulleros.

—Una preciosidad, Viol. ¿Pero cómo va a saber Gesler…?

—Lo entenderá. —Violín se volvió y le hizo un gesto a Corabb para que se acercase.

Un recién nombrado finadd de la Guarnición Principal, de pie a cinco pasos del atri-preda Beshur, se volvió tras revisar sus pelotones y vio que la cabeza de un ayudante se crispaba, unas chispas salían volando de su yelmo, y después, el finadd Gart, que estaba junto al atri-preda, chilló. Había levantado una mano, al parecer justo en la cara de Beshur, y de repente el cabo de un cuadrillo le sobresalía de esa mano y a Beshur la sangre le chorreaba por la cara; cuando el atri-preda se tambaleó hacia atrás, el movimiento arrastró a Gart. Porque el cuadrillo estaba enterrado en la frente de Beshur.

El nuevo finadd, diecinueve años y recién convertido en el oficial de mayor rango de esa unidad completa, se quedó mirando sin poder creérselo.

Gritos, figuras que aparecían en la boca de un callejón, calle abajo. Cinco, seis en total, precipitándose con rocas en las manos…

El finadd señaló y ordenó con un chillido el contraataque, estaba corriendo a la cabeza de sus soldados agitando su espada en el aire.

Treinta pasos.

Veinte.

Las rocas salieron volando y dibujaron un arco hacia ellos. Esquivó una, que le pasó cerca del hombro derecho, y después, sordo de repente, los ojos llenos de arenilla, estaba tirado en los adoquines y había sangre por todas partes. Alguien entró tropezando en su línea de visión, una de sus soldados. El brazo derecho de la mujer le colgaba de una sola tira fina de carne, el apéndice se agitó como loco

cuando la mujer hizo una extraña pirueta antes de sentarse de golpe.

La soldado lo miró, y chilló.

El finadd debería ponerse en pie, pero algo no iba bien. Sus miembros no funcionaban y además tenía fuego en la espalda (alguien le había prendido un puñetero fuego ahí, ¿por qué harían eso?). Un calor abrasador fue bajando entre un extraño entumecimiento, tenía la nuca mojada.

Luchó con toda su voluntad y consiguió llevarse una mano atrás y apoyar la palma en la nuca.

Y se encontró con que le había desaparecido todo el cráneo.

Sondeó con los dedos temblorosos y los metió en una especie de materia pulposa; de inmediato el dolor abrasador de la espalda se desvaneció.

Podía hacer que las cosas volvieran a funcionar, comprendió, y empujó un poco más, a más profundidad.

Fuera lo que fuera lo que tocó, lo mató.

Cuando Violín encabezó su pelotón en lo que parecía una desbandada, con cincuenta o sesenta soldados letherii cargando tras ellos, Gesler levantó la mano que sostenía un incendiario. Sí, ya, una maniobra sucia, pero eran muchos, ¿no?

Violín y sus marines entraron en el callejón y bajaron disparados por él.

Una multitud de letherii llegó a la boca de la calleja, con otros empujando por detrás.

Empezaron a volar municiones, y de repente la calle era una conflagración.

Sin esperar, y cuando una ráfaga de calor fiero lo barrió todo por encima de ellos, Gesler se volvió y empujó a Tormenta para que encabezara la retirada.

Corriendo, corriendo con todas sus fuerzas.

Buscarían la calle siguiente y girarían a la derecha, rodearían por el otro lado del complejo amurallado. Se suponía que tenían que ver a Violín y sus soldados esperándoles enfrente otra vez. Más bocas de callejones, y un poco más cerca del palacio.

—¡Tenemos oro, maldito seas!

—Eso lo tiene todo el mundo —respondió el tabernero, lacónico como siempre.

Hellian lo miró con furia.

—¿Qué acento es ése?

—El que debe tener la lengua de los mercaderes, lo que a uno de nosotros nos convierte en una persona culta, y supongo que eso ya es algo.

—¡Ah, ya te voy a enseñar yo! —Hellian sacó la espada de su cabo, al que dio un buen empujón en el pecho para liberar el arma, y aporreó la barra con el pomo. El arma le rebotó en la mano y el filo produjo un corte profundo en la oreja derecha de Hellian. La mujer maldijo, levantó la mano y la sacó roja de sangre—. ¡Y ahora mira lo que me has hecho hacer!

—Y supongo que también fui yo el que les hizo invadir nuestro imperio, y esta ciudad, y…

—No seas idiota, no eres tan importante. Eso fueron los monos alados.

El rostro largo y delgado del tabernero se crispó un poco cuando arqueó una única ceja.

Hellian se volvió hacia su cabo.

—¿Y tú qué clase de espada usas, idiota? De las que no funcionan, claro.

—Sí, sargento.

—Perdón, sargento.

—A mí no me vengas con sí y perdón, cabo. Y ahora saca esa espada de mi vista.

—¿Lo oyó venir? —preguntó uno de sus soldados.

—¿Qué? ¿Qué se supone que significa eso, Resoplobarco?

—Esto, me llamo…

—¡Te acabo de llamar por tu nombre!

—Na, sargento. No dije na.

El tabernero se aclaró la garganta.

—Bueno, pues si ya han acabado de farfullar entre ustedes, tengan la amabilidad de irse. Como ya he dicho, esta taberna está seca…

—No hacen tabernas secas —dijo Hellian.

—Estoy seguro de que eso no lo dijo del todo bien…

—Cabo, ¿estás oyendo todo esto?

—Sí.

—Eso.

—Bien. Cuelga a este idiota. Por los agujeros de la nariz. De esa viga de ahí.

—¿Por los agujeros de la nariz?

—¿Otra vez tú, Resoplocara?

Hellian sonrió cuando el cabo usó cuatro brazos para sujetar al tabernero y arrastrarlo por el mostrador. De repente, el hombre ya no se mostraba tan lacónico como había sido un momento antes. Balbuceaba, arañaba las manos que lo sujetaban.

—¡Espere! ¡Espere! —gritó.

Todo el mundo se detuvo.

—En el sótano —jadeó el hombre.

—Indícale a mi cabo, y más te vale indicarle bien —dijo Hellian, encantada de la vida, si no fuera por la oreja que le goteaba; claro que, bueno, si alguno de sus soldados se salía de madre, podía rascar la costra y sangrarles encima, y seguro que se sentían fatal y hacían justo lo que ella querían que hiciera—, que hay que vigilar la puerta.

—¿Sargento?

—Ya me has oído, vigila la puerta para que no nos molesten.

—¿Y de quién la vigilamos? —preguntó Narizmocosa—. No hay nadie…

—La capitán, ¿quién si no? Seguro que todavía viene a por nosotros, maldita sea.

Los recuerdos, comenzaba a comprender Icarium, no eran cosas aisladas. No existían dentro de compartimentos amurallados en una mente. Eran como ramas de un árbol, o quizá un mosaico continuo en un suelo sobre el que uno podía jugar con la luz, iluminando trozos aquí y allá. Sin embargo, y eso lo sabía él bien, para otros ese trozo de luz era inmenso y brillante, abarcaba buena parte de una vida y aunque hubiera detalles borrosos, las escenas desdibujas e inciertas con el tiempo, eran, no obstante, una entidad real. Y de ahí nacía una percepción del yo.

Que él no poseía y quizá no había poseído jamás. Y en las garras de esa ignorancia era tan maleable como un niño. Para que lo usaran, para que, de hecho, abusaran de él. Y muchos habían procedido así, pues había poder en Icarium, demasiado poder.

Una explotación que había llegado a su fin. Todas las exhortaciones de Taralack Veed eran como un viento lejano y no influían en él. El gral sería el último compañero de Icarium.

Permaneció en la calle, todos los sentidos alerta al darse cuenta que él conocía ese lugar, ese modesto trozo del mosaico recubierto con una promesa gris. Y la verdadera iluminación estaba al fin al alcance de la mano. La medida del tiempo, desde ese momento y para siempre jamás. Una

vida comenzada de nuevo, sin riesgo de perder su sentido del yo.

Mis manos han trabajado aquí. En esta ciudad, bajo esta ciudad.

Y ahora me aguarda, para despertarlo.

Y cuando lo haya hecho, comenzaré de nuevo. Una vida, una multitud de teselas que ir colocando una por una.

Echó a andar hacia la puerta.

La puerta de su máquina.

Caminó sin hacer caso de los que se escabullían tras él, de las figuras y soldados que se alejaban de su camino. Oyó, pero no sintió curiosidad alguna por los sonidos de combates, la violencia que estallaba en las calles a ambos lados, las detonaciones que parecían rayos, aunque el amanecer surgía despejado y tranquilo. Pasó bajo sombras difusas arrojadas por el humo que salía ondeando de los edificios, carretas y barricadas que ardían. Oyó chillidos y gritos, pero no buscó de dónde procedían, ni siquiera para prestar auxilio como habría hecho en circunstancias normales. Pasó por encima de cuerpos tirados en la calle.

Anduvo durante un tiempo junto a un canal grasiento cargado de cenizas, llegó a un puente y cruzó a lo que era con toda claridad una parte más antigua de la ciudad. Bajó por otra calle hasta un cruce, giró a la izquierda y continuó.

Había más gente en ese barrio (con el día abriéndose con más audacia y los sonidos de combates convertidos en un rugido distante al oeste), pero incluso allí la gente parecía aturdida. Ninguna de las conversaciones habituales, ni los buhoneros pregonando sus mercancías, ni las bestias tirando de carretas cargadas. El humo acumulado bajaba flotando como un mal presagio y los ciudadanos vagaban por él como perdidos.

Se acercó a la puerta. Por supuesto, no se parecía en nada a una puerta de verdad. Era más como una herida, una

brecha. Podía sentir su poder cobrando vida, pues al igual que él la sentía a ella, ella también lo sentía a él.

Icarium frenó entonces. Una herida, sí. Su máquina estaba herida. Las partes habían sido retorcidas, cambiadas de posición. Habían pasado eras desde que la había construido, así que no debería sorprenderle. ¿Funcionaría todavía? Ya no estaba tan seguro.

Esto es mío. Debo arreglarlo, sea cual sea el coste.

Tendré este regalo. Es mío.

Echó a andar una vez más.

La casa que había disimulado en otro tiempo ese nexo de la máquina se había derrumbado y no se había hecho ningún esfuerzo para quitar los escombros. Había un hombre de pie junto a la ruina.

Tras un largo momento, Icarium se dio cuenta de que reconocía a ese hombre. Había estado a bordo de los barcos y el nombre por el que se le había conocido era el de taxiliano.

Cuando Icarium se acercó a éste, el taxiliano, en los ojos un brillo extraño, se inclinó y retrocedió.

—Éste, Icarium —dijo—, es tu día.

¿Mi día? Sí, mi primer día.

Robavida se enfrentó a la ruina.

Un fulgor comenzaba a alzarse de algún lugar del interior, haces que subían sesgados entre maderas y vigas partidas, que salían alanceando desde debajo de piedra y ladrillo. El fulgor retoñó y, bajo él, el mundo pareció temblar. Pero no, no era ninguna ilusión, los edificios gemían, se estremecían. Ruidos de cosas que se astillaban, las contraventanas traqueteaban como si las atravesara el viento.

Icarium se acercó un paso más y sacó una daga.

Un trueno resonó bajo él haciendo que los adoquines botaran entre bocanadas de polvo. En algún lugar, en la

ciudad, algunas estructuras comenzaron a partirse a medida que las secciones y los componentes que había en su interior cobraban vida y se ponían en inexorable movimiento. Para recobrar un patrón muy, muy antiguo.

Más truenos cuando los edificios estallaron.

Las columnas de polvo salieron disparadas al cielo en espiral.

Y todavía el fulgor blanco seguía subiendo, se extendía de un modo que era un cruce entre el líquido y el fuego, vertiéndose, saltando, los haces y las lanzas retorciéndose en el aire. Envolvían la ruina, se derramaban por la calle, lamían el espacio alrededor de Icarium, que se pasó la afilada hoja en diagonal, con un corte profundo, por un antebrazo; después hizo lo mismo con el otro, sujetando el arma con fuerza en una mano empapada en sangre.

Que después alzó las manos.

Para medir el tiempo, uno ha de empezar. Para crecer hacia el futuro, uno ha de echar raíces. *Profundizar en la tierra con sangre*.

Yo construí esta máquina. Este lugar que forjará mi comienzo. Ya no estaré fuera del mundo. Ya no estaré fuera del tiempo en sí. Dame esto, herido o no, dame esto. Si K'rul puede, ¿por qué no yo?

Todo lo que se vertió de sus muñecas llameó incandescente. E Icarium se adentró en el blanco.

El taxiliano se vio arrojado hacia atrás cuando estalló el fuego líquido. Un momento de sorpresa antes de quedar incinerado. La erupción irrumpió en los edificios vecinos y los borró del mapa. La calle de lo que en un tiempo había sido la Casa de las Escamas se convirtió en un caos de adoquines destrozados, los fragmentos de piedra subieron como rayos para puntear paredes y atravesar

contraventanas. El edificio de enfrente se inclinó hacia atrás, todos los refuerzos se partieron y se derrumbó hacia dentro.

Taralack Veed y el examinador supremo echaron a correr para huir de la tormenta repentina, media docena de zancadas antes de que los dos se vieran arrojados al suelo.

El monje cabalhii, tirado de espaldas, tuvo una visión momentánea de una masa de mampostería precipitándose hacia él y estalló en carcajadas, un sonido interrumpido de repente cuando las toneladas de escombros lo aplastaron.

Taralack Veed había rodado al tropezar y había evitado, por poco, el muro que descendía sobre él. Ensordecido, medio ciego, utilizó las manos para arrastrarse, lo que hizo que se le astillaran las uñas y se lacerara las palmas de las manos y los dedos con los adoquines rotos.

Y allí, entre el polvo, entre el fuego blanco que ondeaba, vio su aldea, las chozas, los caballos en el corral de cuerdas y allí, en la colina que había detrás, las cabras acurrucadas bajo el árbol, refugiándose del terrible sol. Perros echados a la sombra, niños arrodillados jugando con las figuritas de arcilla que algún erudito errante malazano había pensado que tenían una gran trascendencia sagrada, pero que en verdad no eran más que juguetes, pues a todos los niños les encantaban los juguetes.

De hecho, él había tenido su propia colección, y eso había sido mucho antes de que matara a su mujer y al amante de ésta, antes de matar al hermano del hombre, que había proclamado la disputa y había sacado el cuchillo.

Pero en ese momento, de repente, las cabras estaban gritando, gritando de intenso dolor y terror… ¡se morían! El enorme árbol estaba en llamas y las ramas se derrumbaban.

Las chozas estaban ardiendo y había cuerpos despatarrados en el polvo, con los rostros rojos y destrozados. Así que eso era la muerte, muerte en el derrumbamiento de todo lo que siempre había sido sólido y

predecible, puro y fiable. El derrumbamiento, la devastación, llevárselo todo.

Taralack Veed chilló, las manos ensangrentadas se estiraron hacia aquellos juguetes, aquellos juguetes tan hermosos, tan sagrados…

El enorme trozo de piedra que se descolgó golpeó la coronilla de Taralack Veed en ángulo y le aplastó hueso y cerebro, y al deslizarse, dejó una mancha grasienta de pelo veteado de gris y rojo.

En toda la ciudad los edificios estallaron en medio de nubes de polvo. Piedra, azulejos, ladrillos y madera salieron volando y el fuego blanco se derramó por todas partes, haces de luz argéntea se arquearon por los muros, como si no pudiera existir nada que les impidiera el paso. Una telaraña de luz enloquecida, reluciente, que unía cada pieza de la máquina. Y el poder fluyó, se precipitó en impulsos cegadores y todo se estiró hacia un solo lugar, un solo corazón.

Icarium.

Las murallas exteriores del norte y el oeste estallaron cuando partes de sus cimientos se desplazaron y recorrieron cuatro, cinco pasos, retorciéndose como si unas piezas inmensas de un rompecabezas gigantesco se estuvieran colocando en su sitio. Desgarradas, incompletas, partes de esos muros volcaron y el sonido de ese impacto provocó un rumor sordo bajo cada calle.

En el patio de una posada que, por medio de rastreras intrigas, se había convertido en propiedad de Rautos Hivanar, un enorme trozo de metal, doblado en ángulos rectos, se alzó directamente hacia el cielo hasta alcanzar el doble de la altura del hombre que estaba ante él. Y reveló, en su base, un gozne de fuego incandescente.

La estructura se ladeó y cedió hacia delante como el martillo de un herrero.

Rautos Hivanar se agachó para escapar, pero no fue lo bastante rápido, y el gigantesco objeto se estrelló contra la parte posterior de sus piernas.

Atrapado, con el fuego incandescente lamiendo el suelo hacia él, Rautos podía sentir la sangre que se le iba escapando de las piernas aplastadas y convertía en barro el polvo del complejo.

Sí, pensó, *tal y como empezó con barro, así termina ahora*…

El fuego incandescente lo envolvió.

Y absorbió cada recuerdo que poseía en su mente.

Lo que murió allí muy poco tiempo después no era Rautos Hivanar.

La palpitación de la inmensa red no duró más que media docena de latidos. El cambio de posición de las piezas de la máquina, con toda la destrucción que suponía, fue incluso más breve. Aun así, en ese tiempo, todos a los que devoró el fuego incandescente vaciaron sus vidas en él. Cada recuerdo, desde el dolor del nacimiento al último momento de la muerte.

La máquina, por desgracia, estaba rota de verdad.

Cuando los ecos de los quejidos de la piedra y el metal se fueron desvaneciendo, la red parpadeó y se desvaneció. Y el polvo combatió con el humo en el aire que cubría Letheras.

Unas cuantas secciones de piedra y ladrillo que quedaban se derrumbaron, pero no eran más que ajustes modestos de las secuelas de lo que había ocurrido antes.

Y cuando todo se volvió a aposentar, comenzaron a alzarse las primeras voces de dolor, los primeros gritos que

pedían ayuda, voces débiles entre los montones de escombros.

Las ruinas de la Casa de las Escamas no eran más que polvo blanco, y en ellas nada se movía.

El fondo de un canal se había agrietado durante el terremoto y había abierto una fisura ancha por la que se precipitó el agua, que corrió por venas entre ladrillos y relleno compactados. Y en las réplicas temblorosas de las estructuras que caían, los cimientos enterrados se movían, se agrietaban, se desplomaban.

Apenas percibidas entre todas las demás, por tanto, la explosión que desgarró el canal entre un chorro de fango y agua fue relativamente pequeña, pero resultó ser singular en un único detalle: al tiempo que la lluvia cenagosa del agua del canal regaba las calles todavía combadas, una figura salió arrastrándose del canal, las manos estiradas para buscar los escalones del amarradero y auparse para salir de la espuma revuelta.

Un anciano.

Que se levantó, la túnica raída chorreando agua parda, y no se movió mientras el caos y las lanzas de luz cegadora desgarraban Letheras. Un hombre que permaneció inmóvil, incluso después de que esos aterradores acontecimientos se desvanecieran y deshicieran.

Un anciano.

Desgarrado entre una rabia incandescente y un miedo pavoroso.

Puesto que era quien era, se impuso el miedo. No por sí mismo, claro está, sino por un mortal que el anciano sabía que estaba a punto de morir.

Y él no conseguiría alcanzarlo a tiempo.

Bueno, así que sería la rabia, después de todo. Quería vengarse del Errante, pero eso tendría que esperar. Primero debía vengarse de un hombre llamado Karos Invictad.

Mael, dios ancestral de los Mares, tenía trabajo que hacer.

Lostara Yil y la consejera cabalgaban una al lado de la otra a la cabeza de la columna de caballería. Justo delante podían ver la muralla occidental de la ciudad. Unas grietas enormes quedaban a la vista entre el polvo. Y la puerta estaba abierta.

A los caballos les faltaba el aliento, las bocanadas de aire salían a chorro de los orificios, moteados de espuma, de la nariz.

Ya casi estamos.

—Consejera, ¿eso eran municiones?

Tavore le lanzó una mirada y negó con la cabeza.

—Imposible —dijo Masan Gilani tras ellas—. Solo tenían un puñado de buscapiés entre todos. Eso fue otra cosa.

Lostara se giró en la silla.

Cabalgando junto a Masan Gilani estaba Peccado. Y no era que montara muy bien. Gilani permanecía cerca, lista para estirar una mano y sujetarla. La niña parecía aturdida, casi borracha. Lostara se volvió de nuevo.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a la consejera.

—No lo sé.

La ladera del camino iba subiendo hacia la puerta y podían ver el río a su izquierda. Repleto de velas. Había llegado la flota malazana y también los dos tronos de guerra. El ejército principal estaba solo dos o tres campanadas por detrás de la columna de la consejera y el puño Blistig los hacía avanzar a un ritmo endiablado.

Se acercaron más.

—Esa puerta no va a volverse a cerrar nunca más —comentó Lostara—. De hecho, me sorprende que siga en pie. —Varios bloques tallados del arco se habían soltado y se habían encajado encima de las inmensas puertas de madera, lo que servía para inmovilizarlas.

Cuando se acercaron a caballo, surgieron dos marines de las sombras. Tenían aspecto de pertenecer a la pesada y ambos estaban heridos. El dalhonesio las saludó con una mano.

La consejera tiró de las riendas y se detuvo ante los hombres, fue también la primera en desmontar, una mano enguantada echando mano de la espada al acercarse.

—Estamos resistiendo —dijo el marine dalhonesio. Levantó un brazo ensangrentado—. El cabrón me cortó el tendón, está todo enrollado debajo de la piel, ¿ve? Duele más que un erizo en el culo… señor.

La consejera pasó junto a los dos marines y se adentró en las sombras de la puerta. Lostara le indicó con un gesto a la columna que desmontara y echó a andar tras Tavore.

—¿De qué compañía son? —preguntó cuando llegó enfrente de los marines.

—Tercera, capitán. Quinto pelotón. Pelotón del sargento Badan Gruk. Yo soy Reliko y este zoquete es Inmenso Vacío. Menuda pelea que tuvimos.

Lostara siguió avanzando, atravesó la oscuridad polvorienta y salió a la luz del sol, sucia, cargada, llena de humo. Donde se detuvo de golpe y vio todos los cuerpos, toda la sangre.

La consejera estaba diez pasos más allá, Keneb estaba cojeando hacia ella y en su cara había un alivio desesperado.

Sí, sí que habían librado una buena pelea.

El viejo Joroba Arbat entró sin prisas en el espacio despejado y se detuvo junto a la figura que dormía en el centro. Dio una patada.

Un leve gemido.

Dio otra patada.

Ublala Pung abrió los ojos con un parpadeo y se quedó mirando sin comprender durante un buen rato, después se incorporó.

—¿Ya es hora?

—La mitad de la maldita ciudad se ha derrumbado, que es peor que lo que predijo el viejo Joroba, ¿no? Oh, sí, señor, peor y más que peor. Malditos dioses. Pero eso a nosotros no nos incumbe, dice el viejo Joroba. —Estudió con ojo crítico los esfuerzos del muchacho y asintió de mala gana—. Tendrá que servir. Menuda suerte la mía, el último tartheno que queda en Letheras y tiene que llevar un saco de gallinas cocidas por el sol.

Ublala frunció el ceño, estiró un pie y dio un empujoncito al saco. Respondió un cloqueo y el tartheno sonrió.

—Me ayudaron a limpiar —dijo.

El viejo Joroba Arbat se quedó mirando un momento, alzó los ojos y estudió el cementerio.

—¿Los hueles? El viejo Joroba sí. Sal del círculo, Ublala Pung, a menos que quieras unirte.

Ublala se rascó la mandíbula.

—Me dijeron que no me uniera a cosas de las que no sé nada.

—¿Sí? ¿Y quién te dijo eso?

—Una mujer gorda llamada Rucket cuando me hizo jurar lealtad al gremio de los Cazarratas.

—¿El gremio de los Cazarratas?

Ublala Pung se encogió de hombros.

—Supongo que cazan ratas, pero tampoco estoy muy seguro.

—Fuera del círculo, muchacho.

Tres zancadas del aspirante por las arenas del estadio y el terremoto había golpeado. Los bancos de mármol crujieron, la gente gritó, muchos cayeron tropezando y la propia arena resplandeció y pareció transformarse cuando unos grumos de sangre seca, conglomerados, granulosos, surgieron como granates en el tamiz de un buscador.

Samar Dev, que se estremecía a pesar de la luz sesgada del sol, se sujetó con fuerza a un borde del tembloroso banco, los ojos clavados en Karsa Orlong, que permanecía en pie, las piernas bien abiertas para mantener el equilibrio, pero de otro modo impasible, y allí, en el otro extremo del estadio, una figura pesada salió balanceándose de la boca de un túnel. La espada abría un surco en la arena.

Un fuego blanco iluminó de repente el cielo y se arqueó en el gris azulado del amanecer. Destelló, palpitó y se desvaneció mientras los temblores entraban ondulándose, procedentes de la ciudad, y se deshacían. Unos penachos de polvo subieron en espiral al cielo desde no muy lejos, en la dirección del antiguo palacio.

En el palco imperial, el canciller, la cara pálida y los ojos muy abiertos y alarmados, mandaba mensajeros en todas direcciones.

Samar Dev vio al finadd Varat Taun erguido cerca de Triban Gnol. Las miradas se entrelazaron y Samar lo comprendió al instante. *Icarium*.

Oh, taxiliano, ¿acertaste en tu suposición? ¿Viste lo que ansiabas ver?

—¿Qué está pasando?

El rugido la hizo darse la vuelta y mirar hacia donde el emperador Rhulad Sengar había alzado la vista hacia el canciller.

—¡Dime! ¿Qué ha pasado?

Triban Gnol sacudió la cabeza y levantó las manos.

—Un terremoto, emperador. Roguemos al Errante para que haya pasado.

—¿Hemos expulsado a los invasores de nuestras calles?

—Lo estamos haciendo en estos mismos momentos —respondió el canciller.

—Mataré a su comandante. Con mis propias manos mataré a su comandante.

Karsa Orlong sacó su espada de pedernal.

La acción captó la atención del emperador y Samar Dev vio que Rhulad Sengar enseñaba los dientes en una fea sonrisa.

—Otro gigante —dijo—. ¿Cuántas veces me vas a matar tú? Tú, con la sangre de mi familia manchándote ya las manos. ¿Dos veces? ¿Tres? No importará. ¡No importará!

Karsa Orlong, siempre osado en sus afirmaciones, siempre descarado en su arrogancia, no respondió más que cuatro palabras.

—Te mataré… una vez.

Y después se giró para mirar a Samar Dev, una mirada breve, y fue todo lo que Rhulad Sengar le dio.

Con un chillido, el emperador de las Mil Muertes se precipitó hacia él, la espada un remolino borroso sobre su cabeza.

Diez zancadas entre ellos.

Cinco.

Tres.

El arco resplandeciente del arma maldita lanzó una estocada, un golpe con intención de decapitar… que resonó con un tañido ensordecedor en la espada de piedra de

Karsa. Saltó hacia atrás, lanzó un corte seco, y una vez más hubo un bloqueo.

Rhulad Sengar se echó hacia atrás, todavía esbozando su terrible sonrisa.

—Mátame entonces —dijo con un jadeo áspero.

Karsa Orlong no se movió.

Con un chillido, el emperador atacó otra vez para intentar hacer retroceder al toblakai.

Los impactos resonaban y parecían saltar de esas armas con cada salvaje ataque que era bloqueado, apartado. Rhulad giró, se ladeó, lanzó una cuchillada hacia el muslo derecho de Karsa. Esquivada. Una estocada con el revés de la hoja hacia el hombro del toblakai. Apartada de un golpe. Tambaleándose como consecuencia de ese bloqueo, el emperador de repente fue vulnerable. Un tajo seco lo derribaría, una estocada lo atravesaría… un maldito idiota podría haber acabado con Rhulad en ese instante.

Pero Karsa no hizo nada. Tampoco se había movido, más allá de girar sobre sí mismo para mantener al emperador enfrente de él.

Rhulad se apartó con un traspié, giró en redondo y enderezó la espada. El pecho le palpitaba bajo el mosaico de monedas incrustadas, los ojos salvajes como los de un verraco.

—¡Mátame entonces!

Karsa permaneció donde estaba. Sin provocar, sin ni siquiera sonreír.

Samar Dev tenía los ojos clavados en la escena, estaba paralizada. *No lo conozco. Jamás lo he conocido. Dioses, deberíamos habernos acostado, ¡entonces lo sabría!*

Otro ataque vertiginoso, de nuevo la reverberación aguda del hierro y el pedernal, un frenesí de chispas cayendo en cascada. Y Rhulad retrocedió con un tambaleo una vez más.

El emperador estaba chorreando de sudor.

A Karsa Orlong ni siquiera parecía faltarle el aliento.

Rhulad Sengar cayó sobre una rodilla para recuperar el resuello, una invitación que podría resultar letal.

Invitación no aceptada.

Tras un tiempo en el que la veintena de espectadores, o menos, permaneció mirando, silenciosa y confusa; en el que el canciller Triban Gnol se quedó allí, las manos entrelazadas, como un cuervo clavado a una rama; el emperador se irguió, levantó la espada una vez más y reanudó su vana agitación. Oh, había habilidad, sí, una habilidad extraordinaria, pero Karsa Orlong no cedió un palmo de terreno y ni una sola vez lo tocó aquella hoja.

En el cielo, el sol siguió ascendiendo.

Karos Invictad, sus relucientes sedas rojas manchadas y cubiertas de grava y polvo, atravesó el umbral con el cuerpo de Tehol Beddict a rastras. Regresaba a su despacho. Pasillo abajo había alguien gritando algo sobre un ejército en la ciudad y barcos que atestaban el puerto, pero nada de eso importaba ya.

Nada importaba salvo ese hombre inconsciente que tenía a los pies. Golpeado hasta que apenas se aferraba a la vida. Por el cetro del centinela, su símbolo de poder, ¿y no era lo que había que hacer? Vaya si lo era.

¿Seguía la chusma allí? ¿Estaba entrando? Un muro entero del complejo se había desmoronado, y ya no quedaba nada ni nadie para detenerlos. Le llamó la atención un movimiento y volvió la cabeza de golpe, solo otra rata más que pasaba deslizándose por el pasillo. *El gremio*. ¿A qué clase de juego estaban jugando esos idiotas? Él había matado a docenas de esos malditos bichos, tan fáciles de aplastar bajo el tacón o con un giro salvaje y certero de su cetro.

Ratas. No eran nada. No eran muy diferentes de la turba del exterior, todos esos maravillosos ciudadanos que no entendían nada sobre nada, que necesitaban líderes como Karos Invictad para guiarlos por el mundo. Sujetó mejor el cetro, iban cayendo motas de sangre y su palma parecía pegada al ornamentado mango, pero ese pegamento no se había endurecido y todavía tardaría un rato, ¿no? No se endurecería hasta que él hubiera acabado de verdad.

¿Dónde estaba esa asquerosa turba? Quería que lo vieran, el golpe definitivo que aplastaría el cráneo, su gran héroe, su revolucionario.

Con los mártires se podía lidiar. Una campaña de desinformación, rumores sobre vulgaridad, corrupción, oh, sí, era muy sencillo.

Me enfrenté solo, sí, ¿no es cierto? Contra la locura de este día. Lo recordarán. Más que cualquier otra cosa. Recordarán eso, y todo lo demás que decida contarles.

Maté al mayor traidor del imperio... con mis propias manos, sí.

Se quedó mirando a Tehol Beddict. El rostro magullado, partido, la respiración superficial que temblaba bajo las costillas fracturadas. Podía poner un pie en el pecho de ese hombre, apoyar cierto peso, hasta que esas costillas rotas perforaran los pulmones, los dejaran lacerados, y la espuma roja se derramara de la nariz aplastada de Tehol, de los labios rasgados. Y, ah, sorpresa. Se ahogaría, después de todo.

¿Otra rata en el pasillo? Se volvió.

La punta de la espada le rebanó el estómago. Brotaron fluidos, y tras ellos se derramaron órganos. Karos Invictad cayó con un chillido, de rodillas, levantó la cabeza y se quedó mirando al hombre que permanecía de pie ante él, se quedó mirando la espada con la hoja carmesí que tenía en la mano.

—No —dijo en un murmullo—, pero si estás muerto…

Los ojos castaños y serenos de Brys Beddict dejaron el rostro del centinela y observaron el cetro que todavía sostenía Karos en la mano derecha. La espada pareció retorcerse.

Un dolor abrasador en la muñeca del centinela, que bajó la vista. El cetro había desaparecido. La mano había desaparecido. La sangre chorreaba del muñón.

Una patada en el pecho mandó a Karos Invictad al suelo, arrastrando entrañas que le cayeron como un pene obsceno, deformado, entre las piernas.

El centinela bajó una mano para volver a meterlo todo, pero ya no le quedaban fuerzas.

¿He matado a Tehol? Sí, debo de haberlo hecho. El centinela es un auténtico sirviente del imperio, y siempre lo será, y habrá estatuas en los patios y las plazas de las ciudades. Karos Invictad, el héroe que destruyó la rebelión.

Karos Invictad murió entonces, con una sonrisa en la cara.

Brys Beddict envainó la espada, se arrodilló junto a su hermano, le levantó la cabeza y la apoyó en su regazo.

—Un sanador viene de camino —dijo Ormly tras él.

—No hace falta —dijo Brys. Y alzó la vista—. Viene un dios ancestral.

Ormly se lamió los labios.

—Salvador…

Tehol tosió.

Brys bajó la cabeza y vio que su hermano abría los ojos con un parpadeo. Uno marrón, uno azul. Esos ojos extraños se clavaron en él durante un largo momento y después Tehol susurró algo.

Brys se agachó más.

—¿Qué?
—He dicho que si esto significa que estoy muerto.
—No, Tehol. Ni yo tampoco; ya no, al parecer.
—Ah. Entonces…
—¿Entonces qué?
—La muerte, ¿cómo es, Brys?
Y Brys Beddict sonrió.
—Húmeda.

—Siempre he dicho que las ciudades eran sitios peligrosos —dijo Ben el Rápido al tiempo que se cepillaba yeso de las ropas. El edificio casi los había aplastado a los dos al derrumbarse, y el mago seguía temblando, no por lo cerca que había estado, sino por la horrenda hechicería que había iluminado el cielo matinal, una hechicería devoradora, con un hambre profunda. Si esa energía hubiese ido a por él, no estaba seguro de que hubiera podido soportarla.
—¿Sé puede saber qué Embozado fue eso? —preguntó Seto.
—Lo único que sé es que era antiguo. Y cruel.
—¿Crees que va a haber más?
Ben el Rápido se encogió de hombros.
—Espero que no.
Continuaron entre calles repletas de escombros y por todos lados los gritos de los heridos, figuras tambaleándose víctimas de la conmoción, el polvo y el humo alzándose a la luz del sol.
Entonces Seto alzó una mano.
—Escucha.
Ben el Rápido hizo lo que le decían.
Y algo más adelante, ya cerca del Domicilio Eterno, el eco de «¡Fulleros!».
—Sí, Rápido, sí. ¡Venga, vamos a buscarlos!

—Espera, un momento, zapador, qué…

—¡Es el Decimocuarto, zoquete cabezón!

Empezaron a apresurarse.

—La próxima vez que vea a Cotillion —siseó Ben el Rápido—, voy a estrangularlo con su propia cuerda.

A seis leguas al norte, un dragón blanco como el hueso, con ojos de un color rojo chillón, surcaba el cielo de la mañana. Las alas crujían, los músculos se arracimaban, el viento siseaba contra las escamas y entre los colmillos expuestos que tenían la longitud de espadas cortas.

Regresaba, tras todo ese tiempo, a la ciudad de Letheras.

Había advertido la presencia de Hannan Mosag. Había advertido la presencia del dios Tullido. Pero ninguno había escuchado a Silchas Ruina. No, habían conspirado con Sukul Ankhadu y Sheltatha Sabiduría, y era muy posible que con la propia Menandore. Para interponerse en su camino, para oponerse a él y a lo que había tenido que hacer.

Más que eso, el Imperio de Lether llevaba cazándolos un periodo de tiempo desmedido, y, paciente como era, Silchas Ruina había hecho caso omiso de la afrenta. Por respeto a la corifeo y los demás.

Pero ya no pensaba hacer caso omiso de nada más.

Un imperio, una ciudad, un pueblo, un ceda tiste edur y un emperador loco.

El hermano de Anomander y Andarist, siempre considerado el más frío de los tres, el más cruel, Silchas Ruina volaba, un leviatán blanco con intenciones asesinas en el corazón.

Blanco como el hueso, con los ojos rojos como la muerte.

Rhulad Sengar se apartó con un traspié, arrastrando su espada. Estaba sudando por todas partes y el pelo le colgaba desgreñado y chorreando. Había golpeado una y otra vez, y ni una sola había penetrado en la red defensiva de la espada de piedra de su aspirante. Había seis pasos entre los dos, la arena estropeada empapada y llena de bultos, sin nada más que salpicaduras del aceite brillante que hacía relucir las monedas.

Silenciosa como todos los demás testigos, Samar Dev siguió observando, preguntándose cómo terminaría todo aquello, preguntándose cómo podía terminar. Mientras Karsa se negara a contraatacar…

Y entonces el toblakai alzó su espada y avanzó.

Directamente hacia el emperador.

Así de fácil.

Que se irguió con una sonrisa repentina y levantó su arma en posición defensiva.

La espada de pedernal lanzó una rápida estocada, un corte torpe, pero llevado a cabo con tal fuerza que el bloqueo de Rhulad lo hizo soltar de golpe una de las manos de la empuñadura y la hoja de hierro se revolvió y, de repente, esa espada maldita pareció adquirir voluntad propia, la punta se precipitó en una arremetida que arrastró al emperador, que chilló.

Y la hoja se hundió en el muslo izquierdo de Karsa, atravesó la piel, el músculo, evitó por muy poco el hueso y salió de golpe por el lado posterior. El toblakai giró en redondo y con una fluidez apabullante bajó la espada en un corte descendente que atravesó con limpieza el hombro de Rhulad por encima del brazo de la espada.

Cuando el brazo, la mano todavía aferrada al arma, en ese momento trabada (atrapada en la pierna de Karsa), se

separó del cuerpo de Rhulad, el toblakai lanzó un revés con la parte plana de la hoja contra la cara de Rhulad que lo mandó despatarrado por la arena.

Y Samar Dev se encontró con que estaba sosteniendo el cuchillo, la hoja desnuda, y cuando Karsa se volvió para mirarla, ella ya se estaba haciendo un corte profundo en la palma de la mano, siseando las antiguas palabras de liberación (soltando los espíritus aprisionados, los dioses menores del desierto y todos aquellos que estaban vinculados al viejo cuchillo).

Espíritus y fantasmas de los asesinados se vertieron, libres por el poder existente en la sangre femenina, se derramaron por las filas de bancos y cayeron a la arena.

Entre los terribles sonidos de los chillidos de Rhulad Sengar, esos espíritus se precipitaron hacia Karsa, lo rodearon, lo envolvieron… un remolino de caos… un momento cegador como de fuegos desatados…

Y Karsa Orlong, la espada del emperador y el brazo que todavía la sostenía, se desvanecieron.

Tirado solo en las arenas del estadio, Rhulad Sengar derramó carmesí del muñón de su hombro.

Y nadie se movió.

Morar dentro de una hoja de hierro había resultado, para el fantasma del ceda Kuru Qan, una experiencia muy interesante. Tras un tiempo inconmensurable de exploración, mientras percibía a todas las demás entidades atrapadas en el interior, había descubierto un medio de escapar siempre que lo deseara. Pero la curiosidad lo había retenido, una sospecha creciente de que todos moraban en ese oscuro lugar por algún propósito oculto. *Y estaban esperando*.

Anticipación, incluso impaciencia. Y, desde luego, mucha más sed de sangre de la que Kuru Qan podía soportar.

Se había planteado una campaña de dominación, derrotar a todos los demás espíritus y vincularlos a su voluntad. Pero comprendía que un líder no podía ser ignorante, e imponer la revelación del secreto era siempre una proposición arriesgada.

En su lugar había esperado, paciente como era su naturaleza, vivo o muerto.

Una conmoción repentina, entonces, al sentir el torrente del sabor de la sangre en la boca, y el éxtasis frenético que ese sabor desató él. Una admisión amarga (toda una lección de humildad) al descubrir semejante debilidad bestial en su interior, y cuando la invocación llegó en el lenguaje del Primer Imperio, Kuru Qan se encontró alzándose como un demonio para rugir su dominio sobre todos los demás; se precipitó por la hoja de hierro y salió al mundo una vez más al frente de una hueste pavorosa…

Ante el que permanecía en pie, thelomenio tharteno toblakai.

Y la espada que le empalaba la pierna.

Kuru Qan comprendió entonces lo que había que hacer. Comprendió el camino que se debía forjar, y comprendió, por desgracia, el sacrificio que se imponía.

Rodearon al guerrero toblakai. Se estiraron hacia esa espada maldita y cogieron la hoja. La empuñaron con la feroz necesidad de la sangre que corría por la pierna del toblakai, haciendo que se tambaleara y, con Kuru Qan a la vanguardia, los espíritus desgarraron una puerta.

Un portal.

El caos rugió por todas partes, intentó aniquilarlos, y los espíritus comenzaron a entregar sus vidas fantasmales, a sacrificarse al ansia rapaz que los asaltaba. Pero al hacerlo

empujaron al toblakai hacia delante, forjando el camino, exigiendo el viaje.

Otros espíritus despertaron alrededor del guerrero, los propios asesinados del toblakai, y eran legión.

La muerte rugió. La presión del caos apuñaló, desgarró espíritus en pedazos (a pesar del número que alcanzaban, del poder de su voluntad, estaban perdiendo impulso, no podían abrirse paso). Kuru Qan chilló, sacar más del poder del toblakai lo mataría. Habían fallado.

Fallado…

En un círculo despejado en un viejo cementerio tartheno, el chamán decrépito que estaba sentado con las piernas cruzadas en el centro se despertó de repente y abrió los ojos con un parpadeo. Alzó la vista y vio a Ublala Pung de pie justo detrás del borde.

—Ahora, muchacho —dijo.

Con un sollozo, el joven tartheno se precipitó con un cuchillo en las manos, uno de los de Arbat, el hierro negro por los años, los glifos de la hoja tan gastados que eran casi invisibles.

Arbat asintió cuando Ublala Pung llegó junto a él y le hundió el arma en el pecho. No en el lado del corazón, el viejo Joroba necesitaba tardar un rato en morir, tenía que desangrar su poder, alimentar a la multitud de fantasmas que se estaban alzando en el cementerio.

—¡Sal de aquí! —gritó Arbat al tiempo que caía de lado, la sangre espumeándole en la boca—. ¡Largo!

Ublala Pung echó a correr con un berrido infantil.

Los fantasmas se reunieron, los de pura sangre y los mestizos, abarcando siglos tras siglos y despiertos después de tanto tiempo.

Y el viejo Joroba Arbat les mostró su nuevo dios. Y luego les mostró, con el poder de su sangre, la forma de pasar.

Kuru Qan sintió que lo levantaba una marea, que lo empujaba una especie de ola enorme, y al instante había espíritus, un ejército de espíritus.

Thelomen tartheno toblakai.

Tartheno…

Se abalanzaron, el caos retrocedió de golpe, se echó atrás y luego atacó una vez más.

Cientos se desvanecieron.

Miles de voces gimiendo con gritos de agonía.

Kuru Qan se encontró cerca del guerrero toblakai, justo delante de la figura que agitaba los brazos; el ceda se estiró hacia atrás, como si quisiera coger la garganta del toblakai. Cerró la mano, y tiró.

Agua, olas que se estrellaban, una arena de coral que se movía, salvaje, bajo los pies. Un calor cegador de un sol enfurecido.

Tropezando llegó a la orilla, y sí, hasta ahí podía llegar Kuru Qan.

Hasta la orilla.

Soltó al guerrero, lo vio subir tropezando a la playa de la isla, arrastrando la pierna empalada por la espada…

Detrás del viejo ceda, el mar se estiró y se llevó a Kuru Qan de nuevo con una inhalación ondulada que lo hizo dar un traspié.

Agua por todas partes, arremolinándose, arrastrándolo hacia el fondo, cada vez más oscuro.

Habían terminado.

Hemos terminado.

Y el mar, amigos míos, no sueña con vosotros.

En la arena del estadio, el emperador Rhulad Sengar yacía muerto. Desangrado, la poca carne que se veía era pálida como la arcilla del río, e igual de fría. La arena espolvoreaba las monedas sudadas y toda la sangre que se había derramado de su cuerpo se estaba poniendo negra.

Y los espectadores esperaron.

A que el emperador de las Mil Muertes se alzara otra vez.

El sol siguió su camino por el cielo, cada vez más alto, los sonidos de combates en la ciudad se fueron acercando.

Y, si alguien hubiera mirado, habría visto una mota en el horizonte, al norte. Una mota cada vez más grande.

A una calle del Domicilio Eterno, Violín encabezó a su pelotón al tejado de un edificio público del que no quedaban más que las paredes. Las motas de ceniza se arremolinaban en el aire caliente de la mañana y toda la ciudad que podían ver estaba velada tras polvo y humo.

Se habían separado de Gesler y su pelotón tras la emboscada de la guarnición, pero Violín no estaba demasiado preocupado. La oposición estaba hecha pedazos. Corrió agazapado hasta el borde que se asomaba al Domicilio Eterno, miró al otro lado y después abajo, a la calle.

Había una puerta, cerrada, pero no había guardias a la vista. *Muy raro, joder. ¿Dónde está todo el mundo?*

Regresó adonde esperaban sus soldados, que estaban recuperando el aliento en el centro del tejado plano.

—De acuerdo —dijo, dejó la ballesta y abrió su cartera—, hay una puerta que me puedo cargar con un maldito desde aquí. Después bajamos, cruzamos y entramos directamente, rápidos y al grano. Matamos todo lo que nos encontremos a

la vista, ¿comprendido? —Sacó el cuadrillo con el maldito incorporado y cargó con cuidado la ballesta. Luego reanudó las instrucciones—. Chapapote cruza la calle en la retaguardia. Botella, mantén todo lo que tienes bien a mano…

—Sargento…

—Ahora no, Corabb. ¡Escuchad! Nos dirigimos al salón del trono. Quiero a Sepia por delante…

—Sargento…

—… con fulleros en la mano. Koryk, tú eres el siguiente…

—Sargento…

—¿Qué Embozado pasa, Corabb? —gritó Violín.

El hombre estaba señalando. Al norte.

Violín y los otros se volvieron.

Y vieron un enorme dragón blanco que se les echaba encima.

Grupitos deslavazados de soldados letherii derribados y pequeños fuegos dejados por las municiones les habían proporcionado a Ben el Rápido y Seto un rastro más que suficiente, así que en ese momento se encontraban agazapados a los pies de la puerta de un edificio calcinado.

—Escucha —insistía Seto—, el tejado está aquí, justo enfrente de la puerta. ¡Conozco a Viol y te digo que está en ese puñetero tejado del Embozado!

—Vale, vale, tú delante, zapador. —Ben el Rápido sacudió la cabeza. *Hay algo… No sé…*

Se precipitaron al interior. El hedor a humo era acre, cortante. Había restos calcinados por todas partes, detritos de un imperio en ruinas.

—Ahí —dijo Seto y se metió por un pasillo, rumbo a un tramo de escaleras que subían.

Hay algo… ¡oh, dioses!

—¡Muévete! —gruñó Ben el Rápido al tiempo que le pegaba un empujón al zapador.

—¿Qué?

—¡Deprisa!

El enorme dragón viró hacia abajo y se cernió sobre ellos.

Violín se lo quedó mirando un momento más, vio que la bestia abría la boca y supo lo que iba a pasar; levantó la ballesta y disparó.

El cuadrillo salió como un rayo al cielo.

Una pata trasera del dragón se estiró de golpe para desviar el proyectil de una patada.

Y el maldito detonó.

La explosión aplastó a los marines del tejado y mandó a Violín tropezando hacia atrás.

El propio tejado se combó bajo ellos con un chirrido.

Violín vislumbró por un instante al dragón, que chorreaba sangre, el pecho desgarrado; se deslizaba de lado y se dirigía al suelo, a la calle, las alas hechas jirones, agitándose como velas en medio de una tormenta.

Un segundo cuadrillo salió volando para interceptarlo.

Otra explosión que envió al dragón dando bandazos hacia atrás, al suelo, a estrellarse contra un edificio, que de repente se plegó sobre sí mismo por ese lado y se derrumbó con un rugido ensordecedor.

Violín se giró en redondo…

… y vio a Seto.

… y a Ben el Rápido, que estaba corriendo hacia el borde del tejado, las manos alzadas y la hechicería desarrollándose a su alrededor como si él fuera la proa de un barco que surca las aguas.

Violín se levantó de un salto y siguió al mago.

Entre los restos del edificio que estaba junto al Domicilio Eterno, el dragón se estaba excarcelando. Lacerado, los huesos sobresalían y la sangre se filtraba por las terribles heridas. Y luego, por imposible que fuera, se elevó al cielo una vez más; las alas desgarradas aleteaban, pero Violín sabía que era la hechicería lo que estaba remontando a la criatura de nuevo por los aires.

Cuando salió del edificio derrumbado, Ben el Rápido desató su magia. Una oleada de fuego chisporroteante se estrelló contra el dragón y lo mandó hacia atrás.

Otra.

Y luego otra… el dragón ya estaba a dos calles de distancia, retorciéndose bajo aquel asalto creciente.

Y luego, con un grito penetrante, giró en redondo, se elevó más al cielo y se alejó volando, en absoluta retirada.

Ben el Rápido bajó los brazos y cayó de rodillas.

Con los ojos clavados en aquel dragón que se iba haciendo más pequeño a toda prisa, Violín se echó la ballesta al hombro.

—Ésta no es tu guerra —le dijo a la lejana criatura—, puto dragón.

Después se volvió y se quedó mirando a Seto.

Que, con una gran sonrisa, lo miró a su vez.

—¿Nada de fantasma?

—Nada de fantasma. Sí, Viol, he vuelto.

Violín frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Que el Embozado nos ayude a todos. —Se volvió hacia Ben el Rápido—. ¿Y se puede saber dónde Abismo has estado tú?

Botella se levantó como pudo del tejado torcido y se quedó mirando a esos tres soldados. De uno de ellos solo sabía que era zapador. Y un puñetero abrasapuentes.

A su lado, Koryk gimió y escupió.

—Mira a ésos —dijo.

Botella asintió.

Y, por extraño que fuera, para todos los soldados del pelotón ya no hubo que decir nada más.

Botella entrecerró los ojos y miró al dragón que iba empequeñeciendo cada vez más deprisa. *Permítenos que nos presentemos*…

Trull Sengar alzó con suavidad los brazos de Seren y se apartó de su abrazo. La mujer estuvo a punto de caer hacia delante, no quería que aquel momento acabara, algo frío le hizo un nudo en estómago. Hizo una mueca y se giró.

—Seren…

La corifeo agitó una mano y lo miró a los ojos una vez más.

—Mi hermano. Mis padres.

—Sí —dijo ella.

—No puedo fingir que no están ahí. Que no significan nada para mí.

Ella asintió, no confiaba en poder hablar.

Trull cruzó la polvorienta habitación dando patadas entre la basura; se habían llevado prácticamente todo, por inútil que fuese. Habían yacido juntos sobre sus mantos, observados por las arañas de las esquinas, cerca del techo, y los murciélagos colgados en fila bajo un alféizar. Trull recogió la lanza imass de donde la había dejado apoyada en una pared y la miró con una sonrisa débil.

—Puedo protegerme. Y solo puedo moverme más rápido…

—Ve, entonces —dijo ella, y sintió angustia ante la dureza repentina que había adquirido su voz.

La pequeña sonrisa masculina resistió un momento más, después asintió y salió al pasillo que llevaba a la puerta de

la calle.

Tras un momento, Seren Pedac lo siguió.

—Trull…

Él hizo una pausa en la puerta.

—Lo entiendo, Seren. No pasa nada.

¡No, sí pasa!

—Por favor —dijo ella—, vuelve.

—Volveré. No puedo hacer otra cosa. Tú tienes todo lo que hay de mí, todo lo que queda.

—Entonces tengo todo lo que necesito —respondió ella.

Trull estiró un brazo y le rozó la mejilla con una mano.

Y se fue.

Al salir del sendero que cruzaba el patio, Trull Sengar, el cabo de la lanza resonando como el extremo de un bastón en los adoquines, se adentró en la calle.

Y partió en la dirección del Domicilio Eterno.

Desde las sombras de un callejón que había enfrente, el Errante lo observó.

—Me siento mucho mejor.

Brys Beddict le sonrió a su hermano.

—Tienes mejor aspecto. Así que, Tehol, tu criado es un dios ancestral.

—Acepto a cualquiera que pueda encontrar.

—¿Y por qué tienes ahora los ojos de dos colores diferentes?

—No estoy seguro, pero creo que Bicho es daltónico. Azul y verde, verde y azul, en cuanto a marrón, olvídate.

El dicho criado que resultaba ser un dios ancestral entró en la habitación.

—La encontré.

Tehol ya estaba de pie.

—¿Dónde? ¿Está viva?

—Sí, pero tenemos trabajo que hacer… otra vez.

—Hay que encontrar a ese hombre, a ese Tanal…

—No hace falta —respondió Bicho, los ojos posados en el cadáver de Karos Invictad.

Brys hizo lo mismo. Un insecto bicéfalo se dirigía con lentitud hacia las entrañas derramadas.

—Por el Errante, ¿se puede saber qué es eso?

Y Bicho siseó entre dientes.

—Sí —dijo—, es el siguiente.

Fuera, en el complejo, en la calle que había detrás, una muchedumbre de ciudadanos comenzaba a reunirse. Su sonido era como una marea que avanzaba. Había habido algunas explosiones atronadoras y el rugido inconfundible de la hechicería, procedente de la dirección del Domicilio Eterno, pero todo ello había sido casi fugaz.

Tehol miró a Bicho.

—Escucha a esa turba. ¿Vamos a poder salir de aquí vivos? De verdad que no estoy de humor para un Ahogamiento. Sobre todo si es el mío.

Brys lanzó un gruñido.

—No has estado prestando atención, hermano. Eres un héroe. Quieren verte.

—¿Lo soy? Vaya, nunca imaginé que les iba a dar por ahí.

—Y no les dio —respondió Bicho con una expresión amarga—. Ormly y Rucket se han gastado una fortuna en pregoneros.

Brys sonrió.

—¿Una lección de humildad, Tehol?

—Nunca. Bicho, llévame con Janath, por favor.

Al oír eso, Brys Beddict alzó las cejas. *Ah, así que esas tenemos*.

Bueno.

Bien.

Un oficial superviviente de la guarnición de la ciudad se rindió formalmente a la consejera junto a la puerta occidental de Letheras, por la que en ese momento estaba entrando Tavore a la cabeza de su ejército ocupante.

Tras dejar al puño Blistig al mando de la fuerza principal, la consejera reunió a los más o menos quinientos marines supervivientes, junto con el puño Keneb y su propia tropa de caballería montada, y partió hacia el palacio imperial. Ese mal llamado «Domicilio Eterno».

Peccado, que cabalgaba detrás de Lostara Yil, había lanzado un grito cuando había aparecido el dragón sobre la ciudad, después se había reído y había aplaudido cuando al menos dos malditos y oleada tras oleada de una hechicería feroz habían puesto en fuga a la criatura.

Los pelotones de avance de la capitán Faradan Sort seguían activos, eso al menos había quedado claro como el agua. Y ya habían llegado al palacio, o al menos muy cerca. *Y no estaban para tonterías*.

La mayor parte de los comandantes se habrían puesto furiosos, soldados sin control provocando el caos por la ciudad, un puñado de marines mugrientos que habían vivido en el monte demasiado tiempo y que en ese momento estaban aporreando la puerta de palacio con una sed de sangre enfebrecida e impacientes por vengarse. ¿Era así como quería la capitán anunciar su conquista? ¿Los malditos idiotas dejarían algo todavía respirando en ese palacio?

¿Y qué había de ese emperador imposible de matar? Lostara Yil no creía que algo así fuese siquiera posible. *Un maldito en la entrepierna de ese cabrón del trono y se va a pasar días y días dándole al pueblo*. Cosa que a ella

tampoco le extrañaría de Violín. Un paso dentro del salón del trono, el golpe seco de esa enorme ballesta y el sargento echándose hacia atrás de repente para intentar apartarse antes de que estallase el salón entero. Seguro que estaba encantado de matarse él también solo por darse el gusto.

Sin embargo, si bien no cabía duda de que la consejera compartía esas visiones, Tavore no había dicho nada. Ni les metió prisa a sus tropas, y no era tampoco que estuvieran en condiciones, sobre todo los marines. En su lugar, avanzaron a un ritmo medido; los ciudadanos empezaron a aparecer por las calles laterales, los callejones y las avenidas, para observarlos pasar en su marcha. Algunos incluso lanzaron algún grito de bienvenida con voces que se quebraban por el alivio.

La ciudad estaba destrozada. Disturbios, terremotos y municiones moranthianas. Lostara Yil comenzó a darse cuenta que, si algo significaba la llegada de los Cazahuesos, era la promesa de un regreso al orden, un nuevo asentamiento de la civilización, de las leyes y, por irónico que fuera, de la paz.

Pero consejera, si nos demoramos aquí demasiado, regresará. Siempre lo hace. A nadie le gusta estar bajo el talón del ocupante. Simple naturaleza humana, coger tu propia desesperación, ponerle la cara de un extranjero y dejar sueltos los mastines de la sangre.

¿Ves esos ciudadanos? ¿Esos rostros brillantes y llenos de alegría? Cualquiera de ellos, antes de mucho tiempo, podría volverse en contra. Los segadores de la violencia pueden ocultarse tras los ojos más serenos, tras la más dulce de las sonrisas.

El ritmo de la columna se fue ralentizando, cada vez iban aumentando más las multitudes ante ellos. Se elevaban y caían cánticos por algunos sitios. Palabras letherii cuyo tono estaba entre la esperanza y la insistencia.

—Consejera, ¿qué es lo que están diciendo?

—Un nombre —respondió la otra—. Bueno, dos nombres, creo. Uno al que llaman el Salvador. El otro…

—El otro… ¿qué, señor?

La consejera le lanzó a Lostara una mirada rápida y tensó la boca.

—Emperador —dijo.

¿Emperador?

—Pero yo pensaba…

—Un nuevo emperador, capitán. Por aclamación, al parecer.

Oh, ¿y nosotros no tenemos nada que decir?

Justo delante había un muro de ciudadanos que bloqueaba toda esperanza de pasar, entre ellos se movía un pequeño grupo que se iba abriendo paso hasta el frente.

La consejera alzó una mano enguantada para dar el alto.

El grupo surgió entre la turba, una mujer gordísima iba a la cabeza, seguida por un hombrecito nudoso que parecía llevar ratas en los bolsillos del manto, y después dos hombres que parecían hermanos. Ambos enjutos, uno con un uniforme de oficial y el otro vistiendo una manta raída y manchada de sangre.

Tavore desmontó y le hizo un gesto a Lostara para que hiciera lo mismo.

Las dos mujeres se aproximaron al grupo. Cuando se acercaron, la mujer gorda se hizo a un lado y con un gesto de una mano regordeta, un gesto de una elegancia sorprendente, señaló.

—Comandante —dijo—, le presento a Brys Beddict, en otro tiempo paladín del rey Ezgara Diskanar, antes de la conquista edur, ahora proclamado el Salvador. Y su hermano, Tehol Beddict, genio de las finanzas, liberador de los oprimidos, ni de lejos malo en la cama y al que, en estos

momentos, proclaman nuevo emperador de Lether sus súbditos, que tanto lo quieren.

La consejera no parecía saber muy bien cómo responder.

Lostara se quedó mirando a Tehol (aunque, a decir verdad, ella preferiría dejar que sus ojos se detuvieran en Brys) y frunció el ceño al ver la asquerosa manta que lo envolvía. *¿Genio de las finanzas?*

Brys Beddict se adelantó y, al igual que había hecho la mujerona, habló en la lengua de los comerciantes.

—Quisiéramos escoltarla al Domicilio Eterno, comandante, donde, según creo, encontraremos un emperador sin imperio al que será necesario expulsar. —Vaciló y añadió—: Deduzco que vienen como libertadores, comandante. Y, por consiguiente, no tienen deseos de abusar de nuestra hospitalidad.

—Con eso —dijo la consejera— quiere insinuar que no cuento con fuerzas suficientes para imponer una ocupación viable. ¿Es usted consciente, Brys Beddict, que sus tierras fronterizas orientales han sido invadidas? ¿Y que ese ejército aliado se adentra ahora en su imperio?

—¿Vienen ustedes como conquistadores, entonces? —preguntó Brys Beddict.

La consejera suspiró, se desató el yelmo y se lo quitó. Sacó la mano del guante y se la pasó por el pelo corto y húmedo de sudor.

—El Embozado nos libre —murmuró—. Ábranos paso entre estas personas, Brys Beddict. —Hizo una pausa, miró a Tehol Beddict y frunció el ceño poco a poco—. Es usted bastante tímido para ser emperador —comentó.

Tehol lo refutó con una sonrisa brillante que lo transformó por completo, y de repente Lostara se olvidó del hermano de aquel hombre y su aspecto marcial.

Espíritus de la arena, esos ojos…

—Me disculpo, comandante, admito que me he quedado un tanto desconcertado.

La consejera asintió con lentitud.

—Por esta aclamación popular, sí, imagino…

—No, no por eso. La señora dijo que yo no era ni de lejos malo en la cama. Me destroza pensar en la otra parte, la parte «de cerca»…

—Oh, Tehol —dijo la gorda—. Solo pretendía ser modesta en tu nombre.

—¿Tú, modesta, Rucket? ¡Pero si no sabes lo que significa esa palabra! Es decir, solo tengo que mirarte, y es difícil no hacerlo, si sabes a lo que me refiero.

—No.

—¡En fin! —Tehol dio unas palmadas—. ¡Ya hemos disfrutado de los fuegos artificiales y es hora de empezar el desfile!

Sirryn Kanar bajó corriendo por el pasillo, alejándose de los combates. Los puñeteros extranjeros estaban en el Domicilio Eterno masacrando a todo el mundo, nada de peticiones de rendición, nada de exigir que arrojaran las armas. Solo esos cuadrillos letales, esas espadas cortas que iban lanzando tajos por donde pasaban y esas granadas devastadoras. Sus compañeros estaban muriendo a decenas, su sangre salpicaba las paredes en otro tiempo prístinas.

Y Sirryn se juró que él no correría la misma suerte.

No matarían al canciller. Lo necesitaban y, además, era un hombre viejo. Como es obvio, desarmado, un hombre pacífico. Civilizado. Y la guardia que se encontrarían junto a él, bueno, incluso él no llevaba más que un cuchillo en el cinturón. Ni espada, ni escudo, ni yelmo, ni siquiera armadura.

Podré conservar la vida allí, justo al lado del canciller.

¿Pero dónde está?

El salón del trono estaba vacío.

El emperador está en el estadio. Ese loco idiota sigue librando sus absurdos y patéticos combates. Y el canciller estaría allí, asistiendo, testigo irónico de la estupidez babeante del último tiste edur. *El último tiste edur en la ciudad. Sí.*

Se apresuró a seguir, a dejar los sonidos de los combates muy atrás.

Un día de locura, ¿es que nunca iba a terminar?

El canciller Triban Gnol retrocedió un paso. Había caído en la cuenta de repente, con la fuerza de un martillazo. *Rhulad Sengar no va a regresar. El emperador de las Mil Muertes… ha sufrido su última muerte*.

Toblakai. Karsa Orlong, no sé lo que has hecho, no sé cómo… pero has despejado el camino.

Lo has despejado y solo por eso yo te bendigo.

Miró a su alrededor y vio que el escaso público había huido; sí, en el Domicilio Eterno se había abierto una brecha y había entrado el enemigo. Se volvió hacia el finadd que tenía más cerca.

—Varat Taun.

—¿Señor?

—Aquí hemos terminado. Reúna a sus soldados y escólteme al salón del trono, donde aguardaremos a los conquistadores.

—Sí, señor.

—Y nos llevamos a esa bruja con nosotros, quisiera saber qué ha pasado aquí. Quisiera saber por qué se ha abierto la mano con ese cuchillo. Quisiera saberlo todo.

—Sí, canciller.

El capitán hizo alarde de una gentileza sorprendente cuando detuvo a la pálida mujer; de hecho, pareció susurrarle algo que obtuvo de la bruja un asentimiento cansado. Triban Gnol entrecerró los ojos. No, no confiaba en ese nuevo finadd. Ojalá tuviera a Sirryn con él.

Mientras salían del estadio, el canciller se detuvo un instante para echar un vistazo atrás, un último vistazo a esa figura patética que yacía en la arena ensangrentada. *Muerto. Está muerto de verdad*.

Creo que yo casi sabía que sería Karsa Orlong. Sí, creo que lo sabía.

Sintió la tentación de regresar, de bajar a la arena, cruzar el coso y pararse ante el cuerpo de Rhulad Sengar. Y escupirle al emperador en la cara.

No hay tiempo. Un placer que tendrá que esperar.

Pero juro que terminaré haciéndolo.

Sepia les hizo un gesto para que se acercaran al cruce. Violín encabezó al resto de su pelotón y se reunieron con el zapador.

—Éste es el acceso principal —dijo Sepia—. Tiene que serlo.

Violín asintió. El pasillo estaba muy ornamentado y era de una anchura impresionante, con un techo arqueado que resplandecía recubierto de pan de oro. No había nadie.

—Bueno, ¿y dónde están los guardias, y en qué dirección está el salón del trono?

—Ni idea —respondió Sepia—. Pero yo diría que tenemos que ir por la izquierda.

—¿Por qué?

—Por nada, salvo que todos los que intentaron escapar de nosotros se dirigían más o menos hacia allí.

—Bien pensado, a menos que todos estuvieran intentando salir por la puerta de atrás. —Violín se secó el sudor de los hombros. Sí, un auténtico baño de sangre, pero él había dado rienda suelta a sus soldados a pesar de las miradas de desaprobación de Ben el Rápido. El puñetero mago supremo, menudos aires que se daba, ¿y de dónde Embozado salía toda esa magia? Rápido jamás había mostrado nada parecido. Ni de lejos.

Miró a Seto.

El mismo Seto de siempre. Ni siquiera parecía mayor que la última vez que Violín lo había visto. *Dioses, no parece real. Ha vuelto. Vivo, respirando, tirándose pedos*… Estiró el brazo y le dio una colleja en un lado de la cabeza.

—Eh, ¿y eso a qué vino?

—A nada, pero estoy seguro de que se me debía al menos una.

—¿Quién te salvó el pellejo en el desierto, eh? ¿Y bajo la ciudad?

—Un fantasma que no tramaba nada bueno —respondió Violín.

—Por el Embozado, esa barba blanca te hace parecer viejísimo, Viol, ¿lo sabías?

Oh, cierra el pico.

—A ver, ¿ballestas cargadas, todo el mundo? Bien. Tú delante, Sepia, pero sin correr y con cuidado, ¿estamos?

Se habían adentrado cinco pasos por el pasillo cuando una entrada algo más adelante y a su derecha se llenó de repente de figuras. Y una vez más se desató el caos.

Chapapote vio al viejo primero, al que iba en cabeza, o incluso si no lo vio primero, disparó antes que nadie. Y el cuadrillo se hundió en un lado de la cabeza del hombre,

justo en el centro de la sien izquierda. Y todo salió a chorro por el otro lado.

Lo alcanzaron otros cuadrillos, por lo menos dos, que hicieron girar el cuerpo flaco pero ataviado con una bonita túnica antes de que se derrumbara.

Un puñado de guardias que habían estado acompañando al anciano se tambalearon hacia atrás, al menos dos alcanzados a conciencia, y Chapapote ya estaba avanzando, sacando la espada corta y llevando el escudo al frente. Se dio un buen topetazo contra Corabb, que estaba haciendo lo mismo, y maldijo cuando el otro se puso por delante de él.

Chapapote alzó su espada, un impulso repentino y abrumador de aporrear con toda la hoja la cabeza del malnacido… pero no, deja eso para el enemigo…

Que estaba arrojando las armas al suelo al tiempo que se retiraba por el pasillo.

—¡Por el amor del Embozado! —gritó Ben el Rápido, que tuvo que arrastrar a Chapapote para poder pasar y después apartar a Corabb de un buen empujón—. ¡Se están rindiendo, malditos seáis! ¡Dejad de masacrarlos a todos!

—¡Nos rendimos! ¡No nos matéis! —exclamó una voz de mujer en malazano en el grupo letherii.

Esa voz fue suficiente para detenerlos a todos en seco.

Chapapote giró en redondo, al igual que todos los demás, y miró a Violín.

Tras un momento, el sargento asintió.

—Hacedlos prisioneros. Pueden guiarnos hasta el puñetero salón del trono.

Sonrisas se acercó corriendo al cuerpo del anciano y empezó a quitarle los llamativos anillos.

Un oficial letherii se adelantó con las manos levantadas.

—No hay nadie en el salón del trono —dijo—. El emperador está muerto… su cuerpo está en el estadio…

—Llévanos allí, entonces —exigió Ben el Rápido con una mirada furiosa a Violín—. Quiero verlo con mis propios ojos.

El oficial asintió.

—Acabamos de venir de allí, pero muy bien.

Violín hizo un gesto con el brazo para que su pelotón siguiera adelante y después miró ceñudo a Sonrisas.

—Ya harás eso más tarde, soldado…

La mujer le enseñó los dientes como un perro sobre una presa, sacó un gran cuchillo y con dos cortes salvajes se llevó las bonitas manos del anciano.

Trull Sengar salió a la arena del estadio, los ojos clavados en el cuerpo que yacía cerca del otro extremo. El fulgor de las monedas, la cabeza inclinada hacia atrás. Comenzó a andar despacio.

Había caos en los pasillos y las cámaras del Palacio Eterno. Ya buscaría más tarde a sus padres, aunque sospechaba que no los iba a encontrar. Se habían ido con el resto de los tiste edur. De regreso al norte. De regreso a su tierra natal. A final ellos también habían abandonado a Rhulad, su hijo menor.

¿Por qué yace sin moverse? ¿Por qué no ha regresado?

Llegó junto a Rhulad y cayó de rodillas. Dejó la lanza en el suelo. Faltaba un brazo, faltaba una espada.

Estiró las manos y levantó la cabeza de su hermano. Pesada, la cara llena de marcas, tan deformada por el dolor que apenas era reconocible. La posó en su regazo.

Dos veces ya me he visto obligado a hacer esto. Con un hermano cuyo rostro, bajo mis manos, descansa demasiado quieto. Demasiado vacío de vida. No puede… ser… así.

Lo habría intentado, una última vez, un último razonamiento con su hermano pequeño, un llamamiento a todo lo que había sido una vez. Antes de todo aquello. Antes

de que, con un celo absurdo pero comprensible, se apoderara de una espada en un campo de hielo.

Rhulad, después, en otro momento de debilidad, condenaría a Trull al «pelado». Muerto a los ojos de todos los tiste edur. Y lo encadenaría a una piedra para que aguardara allí una muerte lenta que iría acabando con él poco a poco. O la subida del agua.

Trull había ido, sí, para perdonarlo. Era el grito que reinaba en su corazón, un grito con el que había vivido lo que le había parecido una eternidad. *Estabas herido, hermano. Tan malherido. Él te había derribado, te había tumbado, pero no estabas muerto. Él había hecho lo que tenía que hacer para poner fin a tu pesadilla. Pero tú no lo viste así. No podías*.

En su lugar, viste que tus hermanos te abandonaban.

Así que ahora, hermano mío, como yo te perdono a ti, ¿querrás perdonarme tú a mí?

Por supuesto no habría respuesta. No de ese rostro, para siempre quieto, para siempre vacío. Trull había llegado demasiado tarde. Demasiado tarde para perdonar y demasiado tarde para que lo perdonaran.

Se preguntó si Seren lo había sabido, si quizá había adivinado lo que iba a encontrar allí.

Al pensar en ella sintió que se quedaba sin aliento. Oh, jamás había sabido que podía existir un amor así. Y en ese momento, incluso entre las cenizas que lo rodeaban, el futuro se desplegaba como una flor, el aroma dulcísimo.

Esto es lo que significa el amor. Por fin lo veo…

La cuchillada penetró bajo el omóplato izquierdo y le atravesó el corazón.

Los ojos muy abiertos por el dolor repentino, por el asombro repentino. Trull sintió que la cabeza de Rhulad se ladeaba en su regazo, y se deslizaba de unas manos que habían perdido toda su fuerza.

Oh, Seren, amor mío.
Oh, perdóname.

Con una mueca que mostraba los dientes, Sirryn Kanar dio un paso atrás y liberó su arma de un tirón. Un último tiste edur. Muerto, y lo había matado él. La justicia pura todavía existía en ese mundo. Había purificado el Imperio de Lether con su cuchillo y mira, ya ves la densa sangre que chorrea y se acumula alrededor de la empuñadura.

Una cuchillada en el corazón, la conclusión de su acecho silencioso por las arenas, el aliento contenido demasiado tiempo durante los últimos tres pasos. Y su bendita sombra, justo bajo sus pies… no corría el riesgo de que avanzara por delante para advertir al malnacido. Había habido un momento en el que una sombra había aleteado por la arena (tenía que ser un puñetero búho), pero el idiota no se había dado cuenta.

Desde luego que no: el sol se encontraba en su punto más alto.

Y todas las sombras se agazapaban, temblando bajo ese fiero gobernante del cielo.

Sintió el sabor del hierro en la boca, un regalo tan amargo que se regocijó con su fría dentellada. Retrocedió un paso cuando el cuerpo cayó hacia un lado y se derrumbó justo encima de esa patética lanza de salvajes.

El bárbaro muere. Como ha de ser, pues mía es la mano de la civilización.

Oyó una conmoción en el otro extremo y giró en redondo.

El cuadrillo lo alcanzó con un fuerte golpe en el hombro izquierdo, lo echó hacia atrás, donde tropezó con los dos cadáveres, se giró en su caída y aterrizó sobre el lado herido.

El dolor destelló y lo aturdió.

—No… —gimió Seto y apartó de un empujón a Koryk, que se volvió con una expresión mortificada en la cara.

—Maldito seas, Koryk —empezó decir Violín.

—No —dijo Ben el Rápido—. Tú no lo entiendes, Viol.

Koryk se encogió de hombros.

—Perdón, sargento. Es la costumbre.

Violín observó al mago seguir a Seto hacia donde los tres cuerpos estaban echados en la arena. Pero el zapador no prestaba atención al letherii ensartado, en su lugar se dejó caer de rodillas junto a uno de los tiste edur.

—¿Veis las monedas de ése? —preguntó Sepia—. Incrustadas a fuego…

—Ése era el emperador —dijo el capitán que los había llevado allí—. Rhulad Sengar. El otro edur… no lo conozco. Pero —añadió entonces— parece que vuestros amigos sí.

Sí, Violín ya se había dado cuenta, y pareció que no había más que dolor en aquel lugar. Atrapado en los últimos alientos, expresado por los alarmantes gritos de dolor de Seto, unos lamentos casi animales, muy poco propios de él. Conmocionado, Violín se volvió hacia sus soldados.

—Tomad posiciones defensivas, todos. Capitán, usted y los otros prisioneros pónganse allí, junto a ese muro, y no se muevan si quieren conservar la vida. Koryk, deja tranquila la ballesta de los cojones, ¿ya?

Violín se acercó adonde estaban sus amigos. Y estuvo a punto de retirarse otra vez cuando vio la cara de Seto, la angustia tan desnuda, tan… expuesta.

Ben el Rápido se volvió y lanzó una mirada a Violín, una advertencia de algún tipo, y después el mago se acercó al letherii caído.

Temblando, confuso, Violín siguió a Ben el Rápido. Se quedó a su lado, mirando al hombre del suelo.

—Vivirá —dijo.

Tras ellos, la voz áspera de Seto.

—No, no vivirá.

Esa voz ni siquiera parecía humana. Violín se volvió, alarmado, y vio a Seto con los ojos alzados, mirando a Ben el Rápido, como si una comunicación silenciosa se estuviera transmitiendo entre los dos hombres.

—¿Puedes hacerlo, Rápido? —preguntó entonces Seto—. Algún lugar con… con un tormento eterno. ¿Puedes hacer eso, mago? ¡Te he preguntado que si puedes hacerlo!

Ben el Rápido miró a Violín, una pregunta en sus ojos.

Ah, no, Rápido, no soy yo el que debe decirlo…

—Violín, ayúdame a decidir. Por favor.

Dioses, hasta Ben el Rápido está de duelo. ¿Quién era este guerrero?

—Eres mago supremo, Ben el Rápido. Haz lo que hay que hacer.

El mago se volvió de nuevo hacia Seto.

—El Embozado me debe una, Seto.

—¿Qué clase de respuesta es ésa?

Pero Ben el Rápido se dio la vuelta, hizo un gesto y un contorno borroso y oscuro se alzó alrededor del letherii, encerró por completo el cuerpo del hombre y se fue encogiendo como si se metiera en la arena hasta que no quedó nada. Se oyó un grito leve cuando lo que fuera que aguardaba al letherii se estiró para apoderarse de él.

El mago alargó una mano de golpe y acercó a Violín a sí, tenía el rostro pálido de rabia.

—No lo compadezcas, Viol. ¿Me entiendes? ¡Ni se te ocurra compadecerlo!

Violín sacudió la cabeza.

—Yo… no lo haré, Rápido. Ni un solo momento. Que grite para toda la eternidad. Que grite.

Un asentimiento lúgubre y Ben el Rápido lo volvió a empujar.

Seto sollozó sobre el tiste edur, sollozó como un hombre para el que toda la luz del mundo se había perdido y jamás regresaría.

Y Violín no supo qué hacer.

Mientras observaba desde un lugar invisible, el Errante retrocedió un paso, se apartó como si hubiera estado a punto de arrojarse de un acantilado.

Era lo que era.

El que desequilibraba las cosas.

Y en ese momento, en ese día (que el Abismo lo devorara entero), un hacedor de viudas.

Karsa Orlong subió por la suave pendiente de la playa y se detuvo. Estiró el brazo para coger la espada que le empalaba la pierna y rodeó con la mano la hoja en sí, justo por encima de la empuñadura. Sin hacer caso de los bordes llenos de muescas que le rebanaban la carne, tiró del arma y la liberó.

La sangre brotó de las perforaciones, pero solo por un momento. La pierna se le estaba entumeciendo, pero todavía podría utilizarla durante un rato.

Continuó avanzando sin soltar la espada maldita por la hoja y cojeó hasta el césped. Y vio, a corta distancia a su derecha, una chocita de la que salían rachas de humo.

El guerrero toblakai se dirigió hacia allí.

Llegó enfrente, dejó caer la espada de hierro, dio otro paso más, se agachó y metió una mano bajo el borde de la choza. Con un tirón brusco levantó la estructura entera y la volcó como una tortuga tirada patas arriba.

El humo ondeó y lo atrapó la brisa, que se lo llevó flotando.

Ante él, sentada con las piernas cruzadas, había una criatura antigua, encorvada y rota.

Un hombre. Un dios.

Que alzó la cabeza con los ojos entrecerrados y llenos de dolor. Esos ojos se movieron, miraron algo tras Karsa, y el guerrero se giró.

Vio que había llegado el espíritu del emperador. Joven… más joven de lo que Karsa había imaginado que era Rhulad Sengar, y con esa carne limpia, sin mácula; un hombre al que no le faltaba atractivo. Estaba echado en el suelo como sumido en un sueño dulce.

El emperador abrió los ojos de golpe y chilló.

Un grito muy breve.

Rhulad se ladeó de un empujón, se apoyó en manos y rodillas y vio, tirada no muy lejos, su espada.

—¡Cógela! —exclamó el dios Tullido—. Mi querido y joven paladín, Rhulad Sengar de los tiste edur. ¡Toma tu espada!

—No lo hagas —dijo Karsa—. Tu espíritu está aquí, es todo lo que tienes, todo lo que eres. Cuando lo mate, el olvido y la nada te llevarán.

—¡Mírale la pierna! ¡Está casi tan tullido como yo! ¡Coge la espada, Rhulad, y acaba con él!

Pero Rhulad seguía vacilando, allí, a gatas, respirando con rápidos jadeos.

El dios Tullido resolló, tosió y después habló en voz baja, como un canturreo.

—Puedes regresar, Rhulad. A tu mundo. Puedes enmendarlo. Esta vez puedes enmendarlo todo. Escúchame, Rhulad. ¡Trull está vivo! ¡Tu hermano está vivo y se dirige al Domicilio Eterno! ¡Va a buscarte! ¡Mata a este toblakai y puedes regresar con él, puedes decir todo lo que hay que decir!

»Rhulad Sengar, puedes pedirle que te perdone.

Al oír eso, la cabeza del tiste edur se alzó. Los ojos se iluminaron de repente y lo hicieron parecer tan… tan joven.

Y Karsa Orlong sintió, en su corazón, un momento de pesar.

Rhulad Sengar estiró la mano hacia la espada.

Y la otra espada, la de pedernal, bajó con un movimiento amplio que lo decapitó.

La cabeza rodó y se posó encima de la espada. El cuerpo se precipitó de lado, las piernas patalearon de forma espasmódica y fueron aquietándose a medida que la sangre brotaba del cuello abierto. En un momento, el flujo de sangre se ralentizó.

Detrás de Karsa, el dios Tullido lanzó una carcajada áspera y entrecortada.

—Te he esperado mucho tiempo, Karsa Orlong —dijo—. He trabajado tanto… para traerte a esta espada. Pues es tuya, toblakai. Ningún otro puede empuñarla como tú. Ningún otro puede soportar su maldición, puede conservar la cordura, puede seguir siendo su amo y señor. Esta arma, elegido mío, es para ti.

Karsa Orlong se enfrentó al dios Tullido.

—A mí nadie me elige. No le doy a nadie ese derecho. Soy Karsa Orlong de los teblor. Soy yo el que elige.

—Entonces elige, amigo mío. Arroja ese patético trasto de piedra que llevas. Escoge el arma hecha para ti por encima de todas las demás.

Karsa mostró los dientes.

Los ojos del dios Tullido se abrieron más por un breve instante y se inclinó hacia delante, sobre su brasero de carbones ardientes.

—Con la espada, Karsa Orlong, serás inmortal. —Agitó una mano nudosa y se abrió una puerta como una ampolla a unos pocos pasos de distancia—. Ahí lo tienes. Regresa a tu

tierra natal, Karsa. Proclámate emperador de los teblor. Guía a tu pueblo para siempre jamás. Oh, el tuyo es un pueblo acosado. Solo tú puedes salvarlos, Karsa Orlong. Y con la espada, nadie puede enfrentarse a ti. Los salvarás, los llevarás a la dominación absoluta… Una campaña de «niños» masacrados como el mundo no ha visto jamás. ¡Da respuesta, toblakai! ¡Da respuesta a todos los males que tú y tu pueblo habéis sufrido! ¡Que los niños sean testigos!

Karsa Orlong se quedó mirando desde su altura al dios Tullido.

Y su mueca burlona se ensanchó por un momento, antes de darse media vuelta.

—¡No la dejes aquí! ¡Es para ti! ¡Karsa Orlong, es para ti!

Alguien subía por la arena. Un hombre ancho de grandes músculos, y tres bhok'arala de piel negra.

Karsa fue cojeando a reunirse con ellos.

Asimismo sintió el corazón martilleándole en el pecho. No esperaba… bueno, no sabía qué esperar, solo lo que se esperaba de él.

—No eres bienvenido —dijo el gigante de la cara tatuada y la pierna herida.

—No me sorprende. Pero aquí estoy de todos modos. —Los ojos de Asimismo se posaron un momento en la espada tirada en la hierba. La cabeza del tiste edur reposaba sobre ella como un regalo. El armero frunció el ceño—. Pobre muchacho, nunca comprendió…

—Yo sí —rezongó el gigante.

Asimismo alzó la cabeza y miró al guerrero. Después volvió los ojos hacia donde se agazapaba el dios Tullido antes de que su mirada regresara con el gigante.

—¿Dijiste no?

—Así lo hice.

—Bien.

—¿La cogerás ahora?

—Lo haré… para romperla en la forja donde se hizo. —Y señaló la desvencijada herrería que se distinguía a lo lejos.

—¡Dijiste que nunca se podría romper, Asimismo! —siseó el dios Tullido.

El armero se encogió de hombros.

—Siempre decimos cosas así. Es lo que paga las facturas.

El dios Tullido dejó escapar un grito horrendo que terminó en un ataque estrangulado de toses ásperas.

El gigante también estaba estudiando a Asimismo.

—¿Tú hiciste esta arma maldita? —preguntó.

—Así es.

El revés cogió a Asimismo por sorpresa y lo mandó volando hacia atrás. Cayó con un golpe seco de espaldas y se quedó mirando los giros del cielo azul… que de repente se llenó del guerrero, que lo miraba desde su altura.

—No lo vuelvas a hacer.

Y después de decir eso, el gigante se alejó.

Parpadeando bajo la luz blanca del sol, Asimismo se las arregló para girarse de lado y vio que el gigante entraba en un portal de fuego y se desvanecía, el dios Tullido chilló otra vez. El portal desapareció de golpe con un gruñido desdeñoso.

Uno de los nachts acercó su horrenda carita a Asimismo, como un gato a punto de robarle el aliento. La criatura ronroneó.

—Sí, sí —dijo Asimismo al tiempo que lo apartaba de un empujón—, coge la espada. Sí. Rompe ese maldito trasto.

El mundo giró a su alrededor y tuvo la sensación de que iba a vomitar.

—Sandalath, amor, ¿vaciaste el cubo? Pues claro que era pis, pero olía sobre todo a cerveza, ¿no? Podría habérmelo vuelto a beber, ¿sabes?

Se puso en pie como pudo, se tambaleó de un lado a otro por un instante y después estiró el brazo y, tras unos cuantos intentos, consiguió recoger la espada.

Rumbo a la herrería. No había muchas formas de romper una espada maldita. Un arma incluso peor podría hacerlo, pero en ese caso no la había. Así que de vuelta al secreto del viejo herrero. *Para romper un arma orientada, tráela a casa, a la forja donde nació*.

Bueno, eso sería lo que haría, y lo haría en ese mismo momento.

Al ver a los tres nachts que lo miraban desde el suelo, frunció el ceño.

—Id a vaciar de agua el puñetero bote, no estoy de humor para ahogarme a cincuenta golpes de remo de la costa.

Las criaturas cayeron unas sobre otras en su precipitación por regresar a la playa.

Asimismo caminó hasta la vieja herrería para hacer lo que había que hacer.

Tras él, el dios Tullido berreaba al cielo.

Un sonido terrible, terrible, el llanto de un dios. Algo que él no quería volver a oír jamás.

En la forja, Asimismo encontró un viejo martillo y se preparó para deshacer todo lo que había hecho. Aunque, como comprendió cuando colocó la espada en el yunque oxidado y estudió la hoja salpicada de sangre, eso era, a decir verdad, imposible.

Tras un rato, el herrero levantó el martillo. Y lo bajó con fuerza.

Epílogo



Ella atravesó los sudarios del atardecer
y llegó al refrigerio,
a las Puertas de la Locura.

Donde los vivos jugaban con los muertos
y se pavoneaban triunfantes,
a las Puertas de la Locura.

Donde los muertos se burlaban de los vivos
y contaban relatos de futilidad
a las Puertas de la Locura.

Ella llegó a posar su hijo recién nacido
allí, en el altar manchado,
a las Puertas de la Locura.

Esto, dijo ella, es lo que debemos hacer,
con esperanza y humildad,
a las Puertas de la Locura.

Y el niño lloró en la noche
para anunciar la osada llegada,
a las Puertas de la Locura.

¿Lo hemos soñado suficiente ya?
¿Nuestra promesa de sufrimiento
a las Puertas de la Locura?

¿Querrás bajar los ojos y contemplar este rostro nuevo,
y susurrar canciones de angustia
a las Puertas de la Locura?

¿Cogiendo la llave serrada en la mano
para soltar un futuro roto
a las Puertas de la Locura?

Cuéntale entonces tu relato de futilidad al niño,
todos tus juegos con la muerte,
a las Puertas de la Locura.

Los que aquí nos encontramos ya lo hemos oído antes,
en éste el otro lado
de las Puertas de la Locura.

Plegaria del niño
—Los monjes enmascarados de Cabal

Sacó su alma a rastras de su lugar de agotamiento y horror, el sonido de una cadena que giraba despertó a Nimander Golit. Se quedó mirando el techo manchado de su pequeña habitación, el corazón le latía con fuerza en el pecho, el cuerpo bañado en sudor bajo las mantas húmedas.

El sonido… había parecido tan real…

Fue abriendo los ojos y lo volvió a oír.

Giros y después unos chasquidos secos, extraños. ¡Snap! Y luego más giros otra vez.

Se sentó. El miserable pueblo dormía fuera, ahogado en una oscuridad que no mitigaba luna alguna. Y sin embargo… el sonido procedía de la calle que tenía justo debajo.

Nimander se levantó de la cama, se dirigió a la puerta y se encaminó por el pasillo gélido. Grava y polvo bajo sus pies desnudos mientras bajaba sin ruido por las desvencijadas escaleras.

Salió por la puerta y se precipitó a la calle.

Sí, el pozo más profundo de la noche, y no era, no podía ser, un sueño.

La cadena que siseaba y el tintineo suave, cercano, lo hizo darse la vuelta. Y vio salir otro tiste andii de la oscuridad. Un desconocido. Nimander ahogó un grito.

El desconocido estaba dándole vueltas a una cadena que le colgaba de una mano levantada, una cadena con anillos en cada extremo.

—Hola, Nimander Golit.

—¿Quién… quién eres? ¿Cómo sabes mi nombre?

—He recorrido un largo camino hasta esta isla de los Temblor; son parientes nuestros, ¿lo sabías? Supongo que sí, pero pueden esperar; aún no están listos y quizá nunca lo estén. No hay solo sangre andii, después de todo. Sino también edur. Quizá incluso liosan, por no mencionar humana. No importa. Déjale a Crepúsculo su isla… —se echó a reír—, su imperio.

—¿Qué quieres?

—A ti, Nimander Golit. Y a tus parientes. Ve ahora, reúnelos. Es hora de irnos.

—¿Qué? ¿Dónde?

—¿Es que eres un niño? —soltó el desconocido de repente con tono frustrado. Los anillos tintinearon, la cadena le envolvió con fuerza el índice—. Estoy aquí para conduciros a casa, Nimander. A todos los que engendró Anomander Rake, el señor de las Alas Negras.

—¿Pero dónde está nuestra casa?

—¡Escúchame! ¡Os voy a llevar con él!

Nimander se quedó mirando y dio un paso atrás.

—No nos quiere allí…

—No importa lo que él quiera. ¡Ni siquiera lo que quiero yo! ¿No lo entiendes todavía? ¡Soy el heraldo de ella!

¿De ella?

De repente Nimander lanzó un grito, se dejó caer de golpe de rodillas sobre los adoquines y se llevó las manos a la cara.

—Esto… ¿esto no es un sueño?

El desconocido esbozó una mueca burlona.

—Puedes quedarte con tus pesadillas, Nimander. Puedes clavar los ojos en la sangre de tus manos para toda la eternidad por lo que a mí respecta. Ella estaba, como tú dices, loca. Y era peligrosa. Te voy a decir una cosa, yo habría dejado su cadáver aquí tirado, en la calle, esta noche, si siguiera con vida. Así que ya basta.

»Vete, trae aquí a tus parientes. Rápido, Nimander, mientras la Oscuridad todavía domina esta isla.

Nimander se puso en pie y se metió cojeando en el deteriorado bloque de pisos.

Su heraldo. Oh, madre Oscuridad, ¿llamarías a nuestro padre como nos llamas ahora a nosotros?

¿Pero por qué?

Oh, tiene que ser. Sí. Nuestro exilio, por el Abismo del inframundo, ¡nuestro exilio está llegando a su fin!

Mientras esperaba en la calle, Clip hacía girar su cadena. Si el mejor de todos era Nimander, menuda pandilla de patéticos. Bueno, tendrían que servir, no mentía cuando decía que los temblor no estaban listos todavía.

Ésa era, de hecho, la única verdad que había contado en ésa, la más oscura de las noches.

¿Y cómo te fue en Letheras, Silchas Ruina? No demasiado bien, apostaría.

No eres tu hermano. Nunca lo fuiste.

Oh, Anomander Rake, te encontraremos. Y nos responderás. No, ni siquiera un dios puede alejarse tan alegremente, no puede escapar de las consecuencias. De la traición.

Sí, te encontraremos. Y te enseñaremos. Te enseñaremos lo que se siente.

Rud Elalle encontró a su padre sentado encima de un canto rodado erosionado por los elementos al borde del pequeño valle que había cerca del pueblo. Trepó, se reunió con Udinaas y se acomodó a su lado, sobre la piedra calentada por el sol.

Un ternero de ranag se había separado de algún modo de su madre, del rebaño entero, de hecho, y estaba vagando por el fondo del valle berreando.

—Podríamos darnos un festín con ése —dijo Rud.

—Podríamos —respondió Udinaas—, si no tienes corazón.

—Debemos vivir, y para vivir hemos de comer…

—Y para vivir y comer, debemos matar. Sí, sí, Rud, soy consciente de todo eso.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —preguntó Rud, que se quedó sin aliento. La pregunta le había salido sin más, la que había estado temiendo hacer durante tanto tiempo.

Udinaas le lanzó una mirada sorprendida y volvió a posar los ojos en el ternero perdido.

—Ella llora —dijo—. El dolor es tan profundo en su corazón que me alcanza, como si la distancia no fuera nada. Nada. Es lo que pasa —añadió sin rastro de amargura— cuando se viola a alguien.

Rud decidió que era demasiado duro observar el rostro de su padre en ese momento, así que bajó los ojos hacia el ternero que se veía a los lejos.

—Se lo conté a Onrack —continuó Udinaas—. Tuve que hacerlo. Solo… solo para sacarlo, antes de que me devorara. Ahora, bueno, me arrepiento de haberlo hecho.

—No tienes por qué. Onrack no tenía ningún amigo mejor. Era necesario que supiera la verdad…

—No, Rud, eso no es nunca necesario. Conveniente, unas veces. Útil, otras. El resto del tiempo, solo hiere.

—Padre, ¿qué harás?

—¿Hacer? Bueno, nada. Ni por Seren, ni por Onrack. No soy más que un antiguo esclavo. —Una sonrisa momentánea, irónica—. Que vive con los salvajes.

—Eres más que eso —dijo Rud.

—¿Lo soy?

—Sí, eres mi padre. Así que te lo pregunto otra vez, ¿cuánto tiempo te vas a quedar?

—Hasta que me eches, supongo.

Rud estuvo más cerca que nunca en su vida de estallar en lágrimas. Se le cerró la garganta, el nudo era tan fuerte que durante un largo momento no pudo decir nada mientras la marea de sentimientos se alzaba en su interior, y solo fue remitiendo muy poco a poco. Con los ojos empañados observó al ternero vagar por el valle.

Udinaas continuó como si no le importara la reacción que habían provocado sus palabras.

—Y no es que pueda enseñarte mucho, Rud. A arreglar redes, quizá.

—No, padre, puedes enseñarme lo más importante de todo.

Udinaas lo miró de soslayo, escéptico y suspicaz.

Tres ranag adultos aparecieron en una cima y bajaron con pesadez hacia el ternero. Al verlos, la bestezuela gritó otra vez, incluso más alto si cabe, y salió disparado para encontrarse con ellos.

Rud suspiró.

—Padre, tú puedes enseñarme tu mayor habilidad. Cómo sobrevivir.

Ninguno de los dos dijo nada durante algún tiempo, Rud mantuvo los ojos clavados en los ranag que subían por el otro lado del valle. Durante ese tiempo pareció que a Udinaas le pasaba algo en los ojos, porque se llevaba las

manos a la cara una y otra vez. Rud no se volvió para observarlo.

Luego, con el tiempo, con el valle vacío ante ellos, su padre se levantó.

—Parece que vamos a pasar hambre, después de todo.

—Nunca durante por mucho tiempo —respondió Rud levantándose también.

—No, eso es cierto.

Y regresaron al pueblo.

Con las manos manchadas de pintura, Onrack ató las correas de cuero crudo alrededor del fardo, se lo echó al hombro y miró a su mujer.

—Debo irme.

—Eso dices —respondió Kilava.

—El viaje, adonde se encuentra el cuerpo de mi amigo, aliviará mi espíritu.

—Sin duda alguna.

—Y he de hablar con Seren Pedac, hablarle de su esposo, de su vida desde el momento en el que él le entregó su espada.

—Sí.

—Y ahora —dijo Onrack—, debo ir y abrazar a nuestro hijo.

—Voy contigo.

Onrack sonrió.

—Le dará vergüenza.

—No, maldito idiota. He dicho que voy contigo. Si crees que te vas a alguna parte sin mí es que estás loco.

—Kilava…

—Lo he decidido. Dejaré que el viaje alivie tu espíritu, marido. No parlotearé hasta que te sangren los oídos y, como un bhederin, busques el risco más cercano.

Él se la quedó mirando con el amor rebosándole por los ojos.

—¿Parlotear? Jamás te he oído parlotear.

—Ni me oirás.

Él asintió.

—Me parece bien, esposa. Ven conmigo, entonces. Ayúdame a sanar solo con tu presencia…

—Cuidado, Onrack.

Como hombre sabio que era, Onrack no dijo nada más.

Fueron a despedirse de su hijo.

—¡Esto es agotador! —dijo el emperador Tehol Beddict mientras se dejaba caer en su trono.

La cara de Bicho se agrió al hablar.

—¿Por qué? Todavía no ha hecho nada.

—Bueno, solo han pasado tres semanas. Déjame que te diga que mi lista de reformas es tan larga que jamás me pondré a hacer nada.

—Aplaudo que abrace la incompetencia —dijo Bicho—. Será usted un magnífico emperador.

—Bueno —aventuró Brys desde donde se encontraba apoyado, en un muro a la derecha del estrado—, hay paz en la tierra.

Bicho hizo una mueca.

—Sí, lo que nos lleva a preguntarnos cuánto tiempo puede un imperio aguantar el aliento.

—Y si alguien tiene la respuesta a eso, querido criado, tienes que ser tú.

—Oh, ahora sí que me divierto.

Tehol sonrió.

—Te lo notamos. Y que conste que ése no era el plural mayestático. Al que admitimos que no podemos acostumbrarnos en nuestra joven inocencia.

—La consejera viene de camino —dijo Brys—, y luego está Shurq Elalle, que quiere hablar contigo de algo. ¿No hay cosas que es necesario debatir? —Esperó una respuesta, cualquier respuesta, pero en su lugar no se ganó más que miradas inexpresivas de su hermano y de Bicho.

Por una entrada lateral apareció la nueva canciller entre un remolino de túnicas chillonas. Brys ocultó una mueca de dolor. ¿Quién habría pensado que se zambulliría en el mal gusto como un gusano en una manzana?

—Ah —dijo Tehol—, ¿no tiene mi canciller un aspecto encantador esta mañana?

La expresión de Janath siguió siendo distante.

—Se supone que los cancilleres no tienen un aspecto encantador. La competencia y la elegancia bastan.

—No me extraña que usted destaque tanto aquí —murmuró Bicho.

—Además —continuó Janath—, son descripciones que se ajustan más al papel de primera concubina, lo que me indica con precisión con qué cerebro estás pensando ahora mismo, amado esposo. Otra vez.

Tehol alzó las manos como si se rindiese y contestó a su esposa en su tono de voz más razonable, un tono que Brys reconoció con cierta consternación.

—Sigo sin ver razón alguna para que no puedas ser también primera concubina.

—No hago más que decírselo —dijo Bicho—. Esposa del emperador significa que es emperatriz. —Se volvió hacia Janath—. Lo que le concede a usted tres títulos legítimos.

—No te olvides de erudita —comentó Tehol—, que la mayoría sostendría que anula a todos los demás. Incluso el de esposa.

—Vaya —dijo Bicho—, ahora sus lecciones jamás terminarán.

Otro momento de silencio mientras todo el mundo consideraba lo dicho.

Tehol se agitó en su trono.

—¡Siempre está Rucket! ¡Ella sería una magnífica primera concubina! Cielos, cómo fluyen y rebosan las bendiciones.

—Cuidado no te ahogues, Tehol —dijo Janath.

—Bicho jamás dejaría que pasara eso, cielito. Oh, puesto que estamos debatiendo asuntos importantes antes de que llegue la consejera a despedirse, estaba pensando que el preda Varat Taun necesita un finadd capacitado para que le ayude en sus esfuerzos de reconstrucción y demás.

Brys se irguió. Por fin se metían en temas de verdad.

—¿A quién tenías en mente?

—¡Pues nada menos que a Ublala Pung!

—Yo me voy a dar un paseo —dijo Bicho.

Seren Pedac utilizaba una barra de hierro como palanca para luchar con los pesados adoquines que había a la entrada de su casa. El sudor resplandecía en sus brazos desnudos y el cabello se le había soltado de las cintas que lo sujetaban, tendría que cortárselo pronto. Como correspondía a su nueva vida.

Pero esa mañana todavía tenía que terminar esa tarea y ella se puso a realizarla con implacable diligencia, utilizando su cuerpo sin considerar las consecuencias. Tenía que soltar las pesadas piedras, arrastrarlas y empujarlas a un lado con las manos ensangrentadas, llenas de arañazos.

Una vez hecho eso, cavaría con una pala el relleno inferior, a tanta profundidad como consiguiera llegar.

De momento, sin embargo, la piedra central la estaba desafiando y Seren mucho se temía que no tendría la fuerza para moverla.

—Disculpe la intrusión —dijo una voz de hombre—, pero parece que necesita ayuda.

Seren alzó la vista de donde estaba apoyada en la barra. Guiñó los ojos con escepticismo.

—No sé si quiere arriesgarse, señor —le dijo al anciano, pero después se quedó callada. El hombre tenía muñecas de albañil, manos grandes y curtidas. Seren se limpió el sudor de la frente y miró ceñuda el adoquín—. Lo sé, esto debe de parecer… inusual. Mientras en todos los demás sitios la gente está volviendo a colocar las cosas, aquí estoy yo…

El anciano se acercó.

—En absoluto, corifeo… usted fue corifeo, ¿no es cierto?

—Eh, sí. Lo fui. Ya no. Soy Seren Pedac.

—No, en absoluto, entonces, Seren Pedac.

La corifeo señaló con un gesto la piedra central.

—Esta puede más que yo, me temo.

—No durante mucho tiempo, sospecho, pase lo que pase. Parece usted muy decidida.

Seren sonrió, y le sorprendió lo extraño que le pareció. Cuándo había sido la última vez que había sonreído… no, no quería pensar en aquel entonces.

—Pero debería tener usted cuidado —continuó el anciano —. Traiga, déjeme probar.

—Gracias —dijo ella, y retrocedió para dejarle espacio.

El anciano de inmediato dobló la barra.

Ella se lo quedó mirando.

El hombre apartó la barra con una maldición y se agachó para meter los dedos en un lado del enorme bloque de piedra.

Lo alzó por el borde, metió las manos a los lados, levantó la piedra a pulso con un gruñido, giró, se tambaleó dos pasos y la dejó encima de las demás. Se irguió y se limpió el polvo de las manos.

—Contrate a un par de hombres jóvenes para volver a colocarla cuando haya terminado.

—Cómo… no, bueno. Pero. ¿Cómo sabe que tengo intención de colocarla otra vez?

El hombre la miró.

—No guarde luto demasiado tiempo, Seren Pedac. Es usted necesaria. Su vida es necesaria.

Y después se inclinó ante ella y se fue.

Seren se lo quedó mirando.

Tenía que entrar en la casa, recoger la lanza de piedra y la espada de él, enterrar las armas bajo el umbral de su hogar, su hogar con aquel terrible vacío.

No obstante, seguía dudando.

El anciano regresó de repente.

—Vi al Errante —dijo—. Teníamos mucho que… debatir. Así fue como supe de usted y de lo que había pasado.

¿Qué? ¿Es que está confuso, el pobre viejo? ¿Uno de los nuevos fanáticos del Errante? Fue a darse la vuelta…

—¡No, espere, Seren Pedac! Usted tiene todo lo que hay de él, todo lo que queda. Cuídelo y quiéralo, por favor. Seren Pedac, cuídelo. Y cuídese usted. Por favor.

Y mientras se iba, era como si sus palabras la hubieran bendecido de un modo inexplicable.

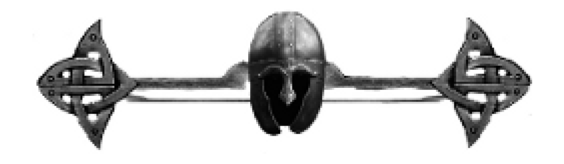
«Tienes todo lo que hay de mí, todo lo que queda…».

Con gesto inconsciente levantó la mano y se la posó en la tripa.

No tardaría en dedicar mucho tiempo a hacer eso.

Así termina el séptimo relato
del libro malazano de los caídos

Glosario



Acero de estilo azul: acero letherii en otro tiempo utilizado para armamento.
Ahkrata: tribu barghastiana.
Andara: templo del culto del Señor de las Alas Negras.
Arapay: la tribu más oriental de los tiste edur.
Ascenso (el): título temblor.
Atri-preda: comandante militar que gobierna una ciudad, pueblo o territorio.
Barahn: tribu barghastiana.
Barghastianos: pueblo guerrero de pastores nómadas.
Bast Fulmar: lugar de batalla.
Batallón Artesano: unidad militar de Lether.
Batallón de los Mercaderes: unidad militar de Lether.
Batallón Rosazul: unidad militar de Lether.
Beneda: tribu tiste edur.
Brigada Harridicta: unidad militar de Lether.
Brigada Rampante Carmesí: unidad militar de Lether.

Cabal: archipiélago-nación al sur de Perecedero.

Canal Quillas: uno de los canales principales de Letheras.

Casa de las Escamas: sede del gremio de los Cazarratas en Letheras.

Ceda: mago supremo del Imperio Letherii.

Cedance: cámara de losas que representan las Fortalezas, en Letheras.

Consigna Libertad: consorcio libre de negocios de Lether.

Corifeo: cargo autorizado como guía/comisionado cuando se trata con pueblos no letherii.

Costa (la): religión de los temblor.

Crepúsculo: título temblor.

Den-ratha: tribu tiste edur.

Diques: moneda de Lether.

Domicilio Eterno: sede del emperador de Lether.

Drene: ciudad de Lether al este de Rosazul.

Emlava: felino con dientes de sable.

Faraed: pueblo sometido de Lether.

Fent: pueblo sometido de Lether.

Finadd: equivalente de capitán en el ejército letherii.

Gilani: tribu de Siete Ciudades.

Gilk: tribu barghastiana.

Gremio de los Cazarratas: gremio de Lether que se ha ilegalizado.

Guardia (la): título temblor.

Guerras Justas: conflicto mítico entre los tiste liosan y los forkrul assail.

Hiroth: tribu tiste edur.

Ilgres: tribu barghastiana.

Jheck: tribu del norte.

K'risnan: hechiceros tiste edur.

Kenryll'ah: nobleza demoníaca.

Lago Escaño: lago deteriorado en el centro de Letheras.
Látigo caladara: arma lezna.
Lezna: ciudad de Lether. También el nombre de una tribu.
Lezna'dan: praderas al este de Drene.
Lobo de Espuma: buque insignia de la consejera Tavore.
Lupo: pez grande y carnívoro del río Lether.
Magos de Ónice: magos andii que gobiernan el Andara de Rosazul.
Meckros: pueblo de marineros.
Mercados de Abajo: distrito de Letheras.
Merude: tribu tiste edur.
Nerek: pueblo sometido de Lether.
Nith'rithal: tribu barghastiana.
Pamby Valeroso: personaje de un poema cómico.
Patriotas: policía secreta del Imperio de Lether.
Preda: equivalente a general o comandante en el ejército letherii.
Refugio: reino mágico rodeado por Omtose Phellack.
Rhizan/rhizano: lagarto alado.
Rosazul: nación subyugada en Lether.
Rygtha: hacha lezna con forma de medialuna.
Segundo Fuerte de la Doncella: isla que era un penal y que se ha hecho independiente.
Senan: tribu barghastiana.
Sollanta: tribu tiste edur.
Temblor: pueblo sometido del Imperio de Lether.
Trono de Obsidiana: trono tradicional de Rosazul.
Tronos de guerra: barcos perecederos.
Verdith'anath: el puente jaghut de la Muerte.
Zorala Risitas: personaje de un poema cómico.



STEVEN ERIKSON nació en Toronto, Canadá, en 1959. Estudió Antropología y Arqueología antes de matricularse en una escuela de escritura.

Desde que empezara a escribir en 1993, ha firmado algunas novelas con su nombre, Steven Lundin, pero ha conocido el éxito bajo su seudónimo, gracias a la saga *Malaz: El libro de los caídos*, calificada como la obra de fantasía más importante desde *Canción de hielo y fuego* de George R. R. Martin. *El mundo de Malaz* surgió de las mentes de Steven Erikson y del también escritor Ian C. Esslemont. En un principio, lo idearon para que fuera el escenario de un juego de rol. En 1991, Erikson plasmó su primera historia de *Malaz: El libro de los caídos* en un guion, pero no cuajó, y derivó finalmente en Los jardines de la Luna, ya que el libro

era el soporte más adecuado para el extenso universo de fantasía que había creado.

Erikson no es un autor convencional, y lo demuestra distanciándose de los estereotipos del género: sus personajes no se ajustan a los tópicos asociados a sus roles, la trama no sigue una estructura lineal, sino que empieza en el medio de la acción, y ha sido alabado por tener el valor de matar a algunos de sus personajes principales, rompiendo con el esquema habitual de que el «bueno» siempre debe salir airoso de las situaciones más inverosímiles.